HESPERIA
LIBROS
Plaza Los Sitios, 10 - ZARAGOZA

25 anos
R. 74.663

LECCIONES ELEMENTALES

DE

HISTORIA CRÍTICA DE ESPAÑA

POR

D. Francisco de Paula Villa-Real y Valdivia,

CATEDRÁTICO NUMERARIO DE DICHA ÁSIGNATURA

EN LA

Universidad literaria de Granada.

SEGUNDA EDICIÓN.

1899

Imp. Lit. y Lib. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel,
calle de Mesones, número 52.
GRANADA

INTRODUCCIÓN

Hace años, que en la no interrumpida práctica de la enseñanza de la *Historia Universal,* en esta Universidad, dedicaba largo espacio de tiempo á la parte relativa á la Historia de nuestro país. Y al estudiar las grandezas de la patria en las pasadas edades, y al ver que nuestra historia puede, por su importancia y significación grandísima en la historia de las Naciones, figurar, con justicia, á la cabeza de todas, me tracé un plan de lo que entendí debía constituir la enseñanza de la *Historia crítica de España,* en nuestras Universidades, tanto para los alumnos privativos de la Facultad de *Filosofía y Letras,* que en corto número asisten á las aulas, como para los que, en número crecidísimo, concurren á nuestras primeras casas de estudios, cursando esta asignatura, como preparatoria é importantísima, para las enseñanzas peculiares de la Facultad de *Derecho.*

Habiendo sido nombrado Profesor numerario de esta asignatura en la Universidad de Granada, creo un deber profesional, y hasta de conciencia, para beneficiar á mis alumnos, cuyo adelantamiento constituyó el ideal profesional de toda mi vida, dar forma al plan, que por incidencia formé, del desarrollo que debía darse á la exposición de esta asignatura.

Y en efecto; comencé, con la ayuda de Dios, y en espera de las atinadas observaciones de mis ilustrados compañeros, la redacción de estas *lecciones elementales* de *Historia crítica de España,* en las que, á todo trance, deseo que prevalezcan dos factores principalísimos; es á saber: los elementos todos de la Historia que hagan de ella una enseñanza utilísima y de cultura general, propia para ser conocida en todos sus detalles por los alumnos de Filosofía y Letras y por todos los que tengan necesidad de aprender la historia patria, de modo elemental; y además de todo esto, los elementos generadores y que informan el desarrollo de nuestro *Derecho,* en su parte esencial y en su parte accidental, con el fin de que los conozcan y los tengan siempre muy presentes nuestros alumnos del curso preparatorio de la Facultad de *Derecho;* que con ellos no encontrarán luego ideas ni hechos nuevos, cuando empiecen los estudios técnicos de dicha Facultad, y podrán además conocer,

sin grandes esfuerzos, en qué épocas y situaciones históricas fácilmente se desarrollaron las instituciones jurídicas en nuestro país.

A este fin, hemos trazado en la presente obra un cuadro general del desarrollo de la *Historia de España,* procurando incluir en él, ante todo, la Historia *primitiva* de nuestro país, donde, de acuerdo con la divina revelación, y al amparo de hipótesis no exageradas, presentamos la síntesis de lo que pudo ser la España de los primeros hombres, sin pretensiones de secta, ni exclusivismos de escuela.—Sigue después el ordenado estudio de la Historia de España en las edades *antigua*, *media* y *moderna,* juzgadas con imparcial criterio.—Y cierra el cuadro de estas enseñanzas el estudio de la edad *contemporánea* de España, donde los juicios son ya más someros y la exposición más concreta, huyendo siempre del apasionamiento al hacer la crítica de los hechos históricos de este siglo, casi de todos conocidos, por presencia muchos de ellos, ó por tradición directa de los que los presenciaron.

En esta forma, no dándole extraordinaria extensión al hecho histórico *(Historia externa),* pero sin olvidar nada esencial, se presenta al fin de cada edad un estudio detallado del desarrollo de la cultura y civilización general de nuestro pueblo *(Historia interna),* explicando cómo fueron naciendo todas las instituciones en España, y el progresivo desarrollo del arte, la literatura y las ciencias en nuestro país.—Y al fin de estas lecciones de Historia interna de España, en cada edad, se colocan las privativas al desenvolvimiento del *derecho* patrio, que sólo así, y con las precedentes, se podría justificar cumplidamente la importancia y significación grandísima de esta asignatura, como privativa del año preparatorio de la Facultad de Derecho.

No sé si habré acertado en el plan que me propuse, y su desarrollo en esta obra. Si así no fuera, no será por falta de voluntad, sino por culpa de mi limitada inteligencia y de mis pobres estudios.

Pero, de todos modos, esperamos que profesores y alumnos la consideren hija de un buen deseo, y todos nuestros compañeros procuren con sus consejos y observaciones utilísimas, desvanecer los errores y suplir las deficiencias de la presente obra, que lanzamos á los vientos de la publicidad sin pretensiones de ningún género.

Granada 1.º de Octubre de 1898.

LECCIÓN 1.ª

PRELIMINARES GENERALES.

Concepto y definición general de la Historia.—Sujeto, objeto y fines de esta ciencia.—Sus cualidades fundamentales.—Su carácter distintivo.—Utilidad de la Historia.—Métodos de exposición histórica.—Clasificaciones y divisiones de la Historia.—Por el sujeto, por el objeto y por la forma.—Historia externa é interna.—Ciencias auxiliares de la Historia.—Valor de la Geografía en esta sentido.—Geografía histórica.—Su importancia y principal aplicación para las edades primeras de la Historia.—La Cronología como ciencia auxiliar de la Historia.—Divisiones generales del tiempo.—Eras, edades, épocas y períodos.—La Crítica como ciencia auxiliar de la Historia.—Leyes de la crítica.—Fuentes históricas.—Divina revelación.—Su importancia.—La tradición.—Su valor histórico.—Los monumentos.—Manera de estudiarlos por medio de la Arqueología y sus ramas particulares.—Narraciones escritas.—Sus varias clases y su aplicación á distintos períodos históricos.—La historia como género literario.—Cualidades del historiador.—La filosofía de la Historia.—Bibliografía histórico-general y particular de España.

El concepto primario de la Historia se adquiere por el conocimiento del hecho humano, que es el elemento esencial y principalísimo de esta ciencia.

La Historia puede definirse diciendo que es la narración verdadera é imparcial de los hechos importantes realizados libremente por la humanidad en el cumplimiento de su providencial destino.—Se dice narración porque ésta y no otra es la forma literaria de la Historia; verdadera, porque sólo caben en ella los hechos ciertos; imparcial, para evitar el apasionamiento en la exposición del hecho histórico y en su crítica; de los hechos importantes, porque sólo de ellos se ocupa la Historia; añadiendo que éstos los realiza la humanidad, que es uno de los factores de la Historia; libremente, para demostrar la libertad humana; y bajo la acción de la providencia divina, para evitar el fatalismo en los hechos históricos.

El sujeto de la Historia es el hombre; el objeto son los hechos históricos que han influído en la vida de los pueblos.—El fin de la Historia es indagar la verdad de los hechos y sus causas, sacando consecuencias acertadas de los mismos, y sirviendo estos hechos de enseñanza utilísima para las generaciones posteriores.

Las cualidades fundamentales de la Historia son la verdad y la imparcialidad. Para ello no se debe admitir nunca en la narración histórica hecho alguno incierto ni fabuloso, sino aquel del que se tenga completa certeza histórica: y además el historiador debe conservar siempre serenidad de juicio calificando los hechos históricos sin pasión alguna que pueda desfigurarlos, ó falsear la crítica histórica.

El carácter distintivo de la Historia, es ser ciencia de la verdad, que presta continuamente sus enseñanzas á la humanidad, bajo una forma sistemática y ordenada, al exponer con claridad y método los sucesos históricos.

La importancia y utilidad de la Historia se comprende al ver que esta ciencia es el vasto arsenal adonde todos acuden para encontrar utilísimas enseñanzas en el estudio á que cada uno se dedique. Ya de antiguo se le llamó la maestra de la vida.

Los métodos principales que pueden emplearse para la exposición histórica son cuatro: el cronológico, que se limita á referir los sucesos por el orden del tiempo en que se verificaron; el geográfico, que expone la historia de los pueblos, unos en pos de otros; el etnográfico, que va contando los sucesos por orden de razas ó por otros vínculos sociales; y el sincrónico, que relata los hechos de todos los pueblos agrupados por orden de tiempo. Este es el más aceptable, pero no puede seguirse en modo absoluto, y hay que aceptar un método mixto.

La Historia como ciencia es susceptible de clasificaciones y de divisiones, y éstas pueden ser, por razón del sujeto, por el objeto y por la forma. Atendiendo al primer concepto, se divide en universal, si relata la historia de todos los tiempos, hombres y pueblos de la tierra; general, si sólo se refiere á los más conocidos; particular, si abraza la de una nación, provincia ó municipio.—Por razón del objeto se divide la Historia en multitud de clases, según el asunto á que se dedique y el fin que se proponga. Así podrá ser, ante todo, sagrada y profana, con sus subdivisiones especiales.—Por razón de la forma se divide la Historia en narrativa, que sólo refiere los hechos; pragmática, que señala sus causas; filosófica, que saca las consecuencias de ellos; y crítica, que los analiza con relación á su verdad y en su origen.

La Historia se divide también en Historia externa ó material de los hechos, ó sea el movimiento político de los pueblos; y en Historia interna ó moral de los mismos, ó sea de su civilización, traducida en el movimiento literario, científico, jurídico, etc.

Las ciencias auxiliares de la Historia son tres: la Geografía, que señala el sitio donde ocurrieron los sucesos; la Cronología, que marca el tiempo de su realización; y la Crítica, que analiza y depura la verdad de los mismos. A las dos primeras se llamó siempre *los ojos de la Historia.*

El valor de la Geografía como ciencia auxiliar de la Historia, no se determina señalando sólo las localidades donde pasaron los hechos, sino que además estudia el origen, carácter y condiciones de los pueblos, para justificar la razón de ser de los hechos históricos. La Geografía histórica, llamada también comparada, estudia los pueblos en todas sus vicisitudes, con los nombres que éstos han tenido y los sucesos que en ellos se verificaron.

Esta parte de la Geografía es importantísima, y tiene grande aplicación para la Historia, y especialmente para sus primeras edades, porque aclara los nombres de pueblos y regiones del mundo antiguo, comparándolos con los pueblos que conocemos en la actualidad, y señalan-

do en los mapas modernos su exacta ó aproximada correspondencia.

La Cronología es también ciencia auxiliar de la Historia, y sirve para determinar el tiempo en que se verificaron los hechos históricos. Es importantísima como auxiliar de la Historia en todas las edades, pero especialmente en las primeras, á pesar de la grande dificultad de concordar las fechas de los acontecimientos. En la Edad media adelantó mucho la Cronología aplicada á la Historia, alcanzando en la moderna su completo desenvolvimiento. Para que la Cronología aplicada produzca sus efectos, hay necesidad de hacer divisiones del tiempo, que unas son naturales, por estar basadas en observaciones astronómicas, como el día, mes y año, y otras convencionales, como la era, edad, época, período, etc.

Era, es el punto desde donde comienzan á contarse los años de existencia histórica de una nación, refiriéndose á algún suceso notable histórico ó astronómico.—Edad se llama á una serie más ó menos extensa de siglos, durante los cuales viven los pueblos vida parecida en carácter, leyes y costumbres, y se preparan á vivir bajo otras leyes, por haber cambiado las condiciones de su existencia.—Las Edades se dividen en épocas.—Epoca es el espacio de tiempo comprendido entre dos acontecimientos notables que sirven á la vez de descanso y de punto de partida. Las épocas se dividen en períodos, que son espacios de tiempo que determinan modificaciones dentro de la época. Los períodos se subdividen á su vez en subperíodos.

La tercera ciencia auxiliar de la Historia es la Crítica, que se define diciendo que es la que enseña á formar juicio y recta inteligencia de los hechos, distinguiendo los verdaderos de los falsos, juzgándolos con imparcialidad y sacando las consecuencias de los mismos. Esto lo hace la Crítica con conocimiento de los testigos y en presencia de los testimonios ó fuentes históricas.

La Crítica como ciencia auxiliar de la Historia tiene sus leyes, ya respecto al testigo, ya al testimonio ó la fuente histórica. Testigo es la persona ó personas que trasmiten la noticia de un hecho, y pueden ser oculares ó de referencia. Las leyes de la Crítica con respecto al testigo, ó sea el historiador, exigen que éste cuente los hechos con veracidad y con imparcialidad, sin añadir nada, ni apasionarse al contarlo; y que además posea moralidad, memoria, perseverancia y conocimientos generales de todas las ciencias y artes, que directa ó indirectamente auxilian á la Historia.

Los testimonios ó fuentes históricas son aquellos medios por los cuales se trasmite la noticia de un hecho. Por su origen se dividen en divinas y humanas, y por su forma en tradicionales, monumentales y escritas.

La divina revelación es el conjunto de doctrinas reveladas por Dios á los hombres y contenidas en el Antiguo y Nuevo Testamento y en las enseñanzas de la Iglesia, por las que el hombre conoce su origen y fin último, y puede penetrar en los más obscuros problemas de las ciencias, conociendo, por último, el origen de los pueblos y las principales vicisitudes de la Historia.—Todas las demás fuentes que no arrancan de la divina revelación, son humanas.

La primera de las fuentes histórico-formales es la Tradición, que puede definirse diciendo que es la continuada sucesión de testigos que trasmiten oralmente la noticia de un hecho, de generación en generación.

Su valor histórico es grandísimo, siempre que la Tradición sea constante en el transcurso de los siglos, universal, en la sucesión de personas que conocieron el hecho, y uniforme por no haber sufrido alteración esencial en su contenido.

La segunda fuente formal para la Historia, son los monumentos, que pueden definirse en el sentido histórico, todo objeto perteneciente á tiempos pasados en que se conserva la memoria de algún hecho histórico. Estos objetos pueden ser de barro, madera, piedra, metal, pintura, etc.

Los monumentos como fuente ó testimonio histórico, hay que estudiarlos constituyendo parte esencial de la Arqueología ó ciencia de las cosas antiguas y sus ramas particulares. Por ello se estudiarán entre los monumentos, ante todo, los epigráficos, referentes á las inscripciones antiguas, comprobando su autenticidad. Los paleográficos ó de las escrituras antiguas, descifrándolas y estudiando sus diferentes modificaciones. Los diplomáticos, para conocer, especialmente por lo que se refiere á la Edad media, la escritura de las cartas, diplomas y títulos antiguos. Y los heráldicos ó del blasón, que enseñan á conocer y á explicar los escudos de armas de pueblos, linajes y personas.—Los monumentos propiamente arqueológicos ó antiguos, son de muchas clases y todos prestan señalados servicios á la Historia, especialmente en las primeras edades.—Los arquitectónicos ó de construcciones, son religiosos, civiles, militares, hidráulicos, navales, etc., según el uso á que se dedicaban.—Los de escultura ó de imágenes, representan las antiguas estátuas y la ornamentación, ya bajo la forma de altos ó de bajos relieves, recibiendo toda esta clase de monumentos el nombre de plásticos. —Los de pintura son de muchas clases, ya por el procedimiento (fresco, óleo, temple, etc.), ya por el asunto (religioso, histórico, de batallas, etc.), ó ya por la escuela, según la ejecución y los distintos paises. Entre los de pintura se cuentan los mosaicos.—Los de indumentaria se refieren á los trajes usados en los distintos tiempos de la Historia.—Los de cerámica se contraen á todos los objetos de barro, especialmente los vasos antiguos, con inscripciones, muy apreciadas para la Historia.— Los de gliptografía ó de grabado, para conocer las piedras finas grabadas en hueco y en relieve, especialmente las de las primeras edades de la Historia.—Los de orfebrería, para estudiar los adornos de oro, plata y otros metales, como anillos, collares, etc., de mucha utilidad también para las primeras edades históricas.—Los de toreutica, para conocer los objetos de metal cincelado.—Y, por último, los numismáticos, para distinguir y apreciar el valor histórico de las monedas y las medallas. —Todas estas ramas de la Arqueología prestan señalados servicios á la Historia para aclarar puntos importantísimos de Cronología y de Geografía política.

Las narraciones escritas son las que exponen los hechos históricos por medio de la escritura. Se pueden dividir en divinas y en humanas. Las primeras se contienen en el Antiguo y en el Nuevo Testamento.

Las humanas se dividen en oficiales y en privadas, y hoy están contenidas en los periódicos, en las relaciones de viajes y en las historias propiamente dichas.

Estas varias clases tienen distinto carácter y se aplican á distintos períodos históricos. Las divinas, á las primeras edades de la Historia, y las humanas, á las tres últimas.—Los periódicos son medios muy poco seguros para adquirir el conocimiento del hecho histórico, por la pasión política que tuerce los hechos; pero sacando la verdad por comparación entre publicaciones de opinión distinta, pueden prestar preciosos materiales para la Historia.—Las relaciones de viajes tampoco ofrecen grandes garantías de verdad; pero la Crítica determina que para que sean verdaderos auxiliares de la Historia, deben mirarse las descripciones con mucho cuidado, fijándose en las condiciones personales del viajero, en la distancia de los lugares descritos y en los pormenores de la descripción.—Y, por último, las historias propiamente dichas, son arsenal vastísimo para el historiador, siempre que no resulte apócrifo el libro que se consulte, que esté completo, tenga autor conocido, y el historiador esté adornado de condiciones de moralidad, veracidad é imparcialidad.

La Historia como género literario forma por sí sola uno didáctico ó de enseñanza. Tiene mucho de épico y de dramático, y se asemeja en algo á la poesía y á la novela. Pero se exige en ella que haya en la exposición gran interés, vida y movimiento, verdad en las descripciones, método y belleza en la exposición, y lenguaje elegante, correcto y armonioso.

El historiador debe estar adornado de determinadas condiciones: por eso ha de tener discernimiento, imparcialidad, ciencia y libertad; y su narración de los hechos históricos debe ser concisa, verdadera, ordenada y digna. De este modo el historiador podrá merecer tal nombre, y la historia cumplir con su misión de ser la maestra de la vida, y la doctrinadora de la verdad.

Se suele confundir la ciencia histórica con la filosofía de la Historia, siendo estudios muy distintos. La Historia ya sabemos lo que es. La Filosofía de la Historia no es hoy más que una aspiración, y puede definirse diciendo que pretende ser la ciencia de los principios y de los últimos resultados de las acciones humanas, y trata de fijar las leyes que rigen el desenvolvimiento y destino de la humanidad. El origen de estos estudios se encuentra en la *Ciudad de Dios* de San Agustín, explicado más tarde por Bossuet y que hoy se halla dividida en las escuelas de los católicos y los no católicos, según acepten ó no la Providencia como ley segura y fija de los actos humanos.

La Bibliografía histórico-general y particular de España puede reasumirse en cuanto á la Historia Universal, en los siguientes nombres principales: Moisés, Herodoto, Tácito y San Agustín en la antigüedad. En la Edad media, Jornándes, Froissard y Joinville. Entre los modernos, Bossuet, Schelegel y Cantú.—Los historiadores españoles más dignos de consulta son Alfonso el Sabio, Ayala y Hernando del Pulgar en la Edad media; y el Padre Mariana, Hurtado de Mendoza, Alcalá Galiano, Gebbardt y Lafuente en la época moderna.

LECCIÓN 2.ª

PRELIMINARES Á LA HISTORIA DE ESPAÑA.

Definición de la Historia de España.—Carácter crítico y general de la misma.—Elementos que deben informarla.—Importancia de su estudio.—Situación geográfica de la Península ibérica.—Consecuencias de esta situación estratégica.—Nombres que recibió España.—Caracteres especiales del pueblo español.—Ideales del mismo.—Proceso maravilloso del desarrollo de la Historia de España.—Sus divisiones cronológicas.—Cinco edades de la misma.—Extensión y carácter diferencial y propio de cada una de ellas.—Subdivisión de las mismas en épocas y períodos.—División de la Edad Primitiva en cuatro épocas particulares.—Subdivisiones de estas épocas, y caracteres diferenciales de los respectivos períodos.—División de la Edad Antigua en dos épocas.—Períodos que comprende cada una de ellas, y su carácter propio.—División de la Edad Media en dos épocas principales.—Subdivisión de las mismas en períodos, y detalles en orden cronológico á que da lugar su conocimiento.—División de la Edad Moderna en tres épocas.—Caracteres particulares de cada una, y subdivisiones que pueden hacerse de las mismas.—División de la Edad Contemporánea en cinco épocas, señalando las diferencias que las distinguen y las divisiones que son precisas para facilitar su estudio.—Cuadro general cronológico de la Historia de España.

Haciendo aplicación de la definición de la Historia en general, puede definirse la Historia de España, diciendo que es la narración verdadera é imparcial de los hechos importantes realizados libremente por el pueblo español bajo la acción de la Providencia divina.—En esta definición como en la de la Historia en general, descuellan los dos factores importantísimos de la Historia, que son, el hombre con su hermosa libertad y Dios que con su sabia Providencia dirige y ampara la realización de los hechos históricos.

La Historia de España, para estudiarse como verdadera ciencia, ha de revestir los caracteres de generalidad en la exposición de los sucesos importantes que la constituyen, y de crítica al analizarlos y depurar la verdad de los mismos.—Así la Historia de España será verdaderamente filosófica y realizará el fin propio de la Historia, narrando los hechos principales, fijándose en las causas y consecuencias de los mismos, estudiando la acción providencial en nuestra patria, razonando el porqué de los acontecimientos históricos, y deduciendo de ellos lecciones de utilidad para las generaciones venideras.

Siendo esta asignatura propia de enseñanzas distintas, y sirviendo ya de cultura general á todos los que deseen conocer nuestro glorioso pasado, y también como estudios superiores históricos, y de preparación á la facultad de Derecho, debe hacerse su exposición de una manera especial, distinguiendo en absoluto la historia externa, con la somera

descripción y apropiada crítica del hecho histórico, y la historia interna, en que racionalmente, y con el posible detalle, se estudien en cada edad histórica y con separación, el origen, fundamento y desarrollo de todas nuestras instituciones; que así se conocerán los elementos generadores, y que informan el desarrollo de nuestro Derecho, en su parte esencial y en su parte accidental, y de este modo no aparecerán luego ideas ni hechos nuevos, en los estudios técnico-jurídicos, y se conocerá, sin grandes esfuerzos, en qué épocas y situaciones históricas, se desarrollaron las instituciones jurídicas en nuestro país.

Es importantísimo el estudio de la Historia de España, porque siendo una de las naciones que más han influído con sus pasadas grandezas en el mundo, la relación de sus gloriosos hechos de armas, de sus descubrimientos, de sus progresos científicos, de su cultura literaria y de la evolución progresiva de su derecho, han de levantar cada vez más el espíritu patrio, hoy tan decaído, y marcar el camino que debe seguirse copiando hermosos ejemplos de nuestro pasado, para lograr la posible regeneración de nuestro país. Si á esto se añade, que España por sus condiciones particulares de situación geográfica ó por destino providencial, ha sido desde la más remota antigüedad, la causa directa ó indirecta de los acontecimientos más importantes del mundo, y que hubo un tiempo en que dictaba por su poder y por su grandeza las leyes á todos, se aumentará más la importancia de su conocimiento y de su estudio, porque conociéndola, se tiene en gran parte conocida la historia de las demás naciones; despertando también entre nosotros el más noble entusiasmo, para que se procuren imitar los ejemplos de valor, lealtad y fe inquebrantable de nuestros mayores.

Es muy digna de tenerse en cuenta la situación geográfica de la península ibérica. Separada de Europa por la cordillera Pirenaica, del Africa por el Estrecho de Gibraltar, y rodeada del mar por todas partes, se presenta majestuosa como un baluarte inexpugnable, señalándonos que fué el centro de la vida activa del mundo antiguo, y que hoy linda con el centro de la civilización y de la cultura por un lado, y con el del atraso y falta de civilización, por otro. Parece que Dios la colocó en esta situación especialísima, para ser como la intermediaria entre el mundo antiguo y el moderno, y entre la civilización y la barbarie, para que fuese siempre depositaria de misteriosas tradiciones de fe, y centinela avanzado de la civilización y de la cultura.

Las consecuencias que se desprenden de esta situación especial de nuestra península, son unas referentes al fin providencial que se ha venido cumpliendo en nuestra patria, y otras al que pudiera realizar, en días de mayor ventura que los presentes, en tiempos posteriores. Al abrigo de las cordilleras que cruzan el suelo español, se ha evitado en lo posible la invasión de pueblos extranjeros, se ha desarrollado la gloriosa Historia de nuestro país, y se ha dado prueba siempre del espíritu de independencia en todas las edades. Así ha cumplido perfectamente su fin providencial, especialmente en las épocas de su mayor grandeza y superior florecimiento. Y siendo verdaderamente estratégica su situación, así como la de las islas Canarias y Baleares, España podría des-

empeñar un papel importantísimo en los tiempos venideros, si la lucha entre pueblos y naciones, que hoy están á la defensiva, llegara á revestir los caracteres de una guerra general y si nuestra nación supiera aprovechar las ventajas de su especial configuración geográfica.

España en el mundo antiguo ha recibido distintos nombres, que envueltos unos en el misterio de la leyenda, otros en las bellezas de la poesía, y alguno en la verdadera tradición histórica, han hecho que sea la nación conocida con nombres más distintos en la antigüedad. Se la llamó Tartesia, interpretando un pasaje de la Biblia; Tubalia por los pobladores de España después del Diluvio, refiriéndose á la venida de Túbal ó sus descendientes á la península; Spania por los fenicios, significando para éllos país oculto, ó tierra de conejos, por los muchos que aquí había, cuyo significado lo recuerda una moneda del emperador romano Adriano, que representa á España en figura de matrona con un conejo á sus pies: los griegos la llamaron Hesperia ó lucero de la tarde, por estar al occidente de Grecia: también se la llamó Iberia, del río Iber (Ebro), refiriéndose á la parte de España bañada por el mediterráneo hasta el Estrecho de Gibraltar; y, por último, los romanos la llamaron Hispania, del que ha resultado, por traducción corrumpida, el nombre de España con el que hoy se le conoce.

El pueblo español, como nación de larga y hermosa historia, y á pesar de las constantes y hoy subsistentes aspiraciones á la autonomía local y al regionalismo, que dificultaron mucho la unidad nacional, tiene caracteres especialísimos que se sintetizan en su amor á la independencia desde los tiempos primitivos hasta la Edad contemporánea; en la lealtad puramente española, cantada siempre por historiadores y poetas; en su inquebrantable fe monárquica, por ver siempre en sus reyes los defensores de la patria y de sus libertades; por el sentimiento religioso, vivo y perenne desde que los españoles abrazaron el Cristianismo hasta nuestros días; por el valor indomable en sus contínuas luchas guerreras; por la constancia heroica con que ha resistido siempre los duros golpes de la adversidad, y por la viveza de su ingenio, que le ha dado facilidad siempre para entregarse, lo mismo á los puros goces de la poesía, que á la resolución de los más intrincados problemas de las ciencias.

España tiene también y ha tenido siempre sus ideales, que circunscritos á las aspiraciones políticas, han sido y deben seguir siéndolo, la conquista y civilización del Norte de Africa, la unión de Portugal á España y la conquista de Gibraltar. De estos ideales, el primero quiso iniciarlo D. Fernando III el Santo, y reanudaron su planteamiento los Reyes Católicos y Cisneros. El segundo vendría á realizar la unión completa, como ya estuvo, de la península ibérica; y el tercero quitaría de nuestra nación ese centinela avanzado en el Estrecho, que imposibilita todas nuestras aspiraciones y que parece ser el eterno enemigo de nuestros proyectos sobre Africa.

La Historia de España se desarrolla á merced de un proceso maravilloso, sólo aplicable comprendiendo nuestro indomable genio nacional. Unidos los españoles con la unidad de lengua y de religión, con su

temerario valor, su fe religiosa, su desconfianza en los hombres, la paciencia con que han realizado todos sus hechos heróicos, y la confianza en Dios, de días venturosos para la patria, ha podido desarrollar su historia, siendo en toda ocasión el genio de la resistencia, conquistando siempre y siempre protestando de la conquista que le hacían de su territorio; no habiendo pueblo alguno que haya rechazado con mayor constancia al invasor extranjero, y lográndose, á pesar de todas las invasiones, se conserve puro é intacto su carácter nacional.—De todas las dominaciones sólo aceptó la romana y con ella el Cristianismo, viéndose el fenómeno de que los godos recibieron nuestra civilización cristiana, los árabes en ocho siglos no logran identificarse con el genio español, y la Reconquista se abriese paso hasta terminar con la unidad nacional en tiempos de los Reyes Católicos, naciendo entonces la verdadera monarquía española, de la que es el genuino representante Felipe II, rey eminentemente español y cristiano.

Para hacer ordenadamente el estudio de la Historia de España, hay que adoptar divisiones cronológicas de la misma, en edades, épocas, períodos y subperíodos.

La Historia de España se divide en cinco edades con los nombres de primitiva, antigua, media, moderna y contemporánea.

La primera comprende desde la primitiva población de nuestra península, hasta la primera venida de los cartagineses á España (ocho siglos antes de J. C.); y se caracteriza por la obscuridad que en ella reina, por el imperio de la tradición y de la fábula, por las opiniones encontradas sobre la misma y por el espíritu de reconstitución de dicha edad, merced á los descubrimientos modernos.—La segunda comprende desde la dominación cartaginesa hasta la venida de los visigodos á España (414 años después de J. C.); y se caracteriza por el espíritu de independencia durante la dominación cartaginesa, y la casi adaptación al poder romano, que supo presentarse ante España como más humano y más generoso, preparando así más tarde la propaganda del Evangelio. —La tercera comprende desde la venida de los visigodos á España, hasta la proclamación de los Reyes Católicos (1474 años después de J. C); y se caracteriza por la lucha primero contra los godos, y su unión más tarde por el lazo del catolicismo, por la lucha constante con los árabes durante ocho siglos y por el esfuerzo tenaz de la Reconquista, desde los primeros alzamientos en Covadonga, hasta el total vencimiento de los armas cristianas en la vega de Granada.—La cuarta comprende desde la proclamación de los Reyes Católicos, hasta la guerra de la Independencia (en 1808, después de J. C.); y se caracteriza por la unidad nacional, los descubrimientos allende los mares, el afianzamiento del sentimiento religioso y el poderoso dominio de la monarquía.—Y, por último, la quinta comprende desde la guerra de la Independencia hasta nuestros días; y se caracteriza por el espíritu revolucionario y de transición que la informa, por las reformas sociales de la misma y por el gran desarrollo que han adquirido las ciencias, las letras y las artes.

Cada una de estas edades se subdivide á su vez en épocas, períodos y subperíodos, en la siguiente forma.

La edad primitiva de la Historia de España se divide en cuatro épocas: la protohistórica ó de los aborígenes, la mítica ó tradicional, la de constitución de la nacionalidad española, y la colonial.

La época protohistórica se subdivide en cuatro períodos: el propiamente troglodita, el megalítico, el del bronce, y el del cobre y otros metales. El carácter de esta época y sus períodos es el de la obscuridad. —La época mítica ó tradicional se divide en tres períodos: el de la tradición, el de la monarquía fabulosa y el de la leyenda; y se caracteriza por la belleza de la ficción poética y de la tradición.—La época de constitución de nuestra nacionalidad, comprende cuatro períodos: el de los iberos, el de los celtas, el de los celtíberos y el de los etruscos; y se caracteriza por la primitiva idea de verdadera nacionalidad, que comienza á aparecer en nuestra patria.—Y la época colonial se divide en dos períodos, el fenicio y el griego, caracterizados por el espíritu mercantil.

La Edad antigua se divide en dos épocas, comprendiendo la primera la dominación cartaginesa, y la segunda la dominación romana.—La época cartaginesa se divide á su vez en tres períodos comprensivos de las primeras empresas cartaginesas, sus primeras guerras en España y sus últimos hechos de armas hasta el fin de su dominación en nuestra península. Se caracterizan estos períodos por la manera poco franca y leal con que se condujeron los cartagineses en España.—La época romana se divide en dos períodos, comprensivos de la situación de España bajo la República y bajo el Imperio; estudiándose en el primer período cuatro subperíodos, comprensivos de las Guerras de Viriato, las de Numancia, las de Sertorio y las de César en España; y en el segundo se estudian otros dos subperíodos, mirando la situación de España desde Augusto hasta Constantino, y desde éste hasta el fin de la dominación romana; caracterizándose estos períodos por la tenaz lucha en los primeros, y el espíritu de asimilación en los segundos.

La Edad media se divide en dos épocas, con los nombres de visigoda y de la reconquista. La primera comprende dos períodos: el arriano y el católico, con los subperíodos respectivos de infancia y adolescencia, y de esplendor y decadencia; caracterizándose por la constitución de un fuerte poder en nuestra patria, que se hace mayor por la fusión entre visigodos y españoles, merced á la unidad católica.—La época de la Reconquista, comprende los períodos árabe y cristiano, que conjuntamente se estudian en cuatro subperíodos, en esta forma: emirato dependiente y reyes de Asturias; emirato independiente y califato, reino asturiano-leonés y estados cristianos pirenáicos; los estados de Taifas, y el reino leonés-castellano; y el reino moro de Granada, y los de Castilla y de Aragón.—Estos períodos se caracterizan por la lucha constante entre árabes y cristianos, y por la constitución de diversos reinos en España, que al cabo todos se funden arrojando á los moros de nuestra península y formando la unidad nacional.

La Edad moderna se divide en tres épocas, referentes á los Reyes Católicos, la Casa de Austria y la Casa de Borbón. La primera época se divide á su vez en dos períodos, el de los Reyes Católicos y el de las regencias. El primero abarca tres subperíodos, desde la proclamación

de los Reyes Católicos hasta las guerras de Granada, el detalle de estas guerras y los hechos posteriores hasta la muerte de D.ª Isabel. El segundo comprende cuatro subperíodos, que hacen referencias á la primera regencia de D. Fernando, al reinado de D.ª Juana y Felipe el Hermoso, á la segunda regencia del rey católico, y á la regencia del Cardenal Cisneros; se caracterizan estos períodos por la unidad nacional, las reformas interiores, las guerras fuera de España y los descubrimientos.—La segunda época se divide en los períodos de engrandecimiento y de decadencia, que comprende durante la dominación de la Casa de Austria, dos subperíodos con los reinados de Carlos I y de Felipe II en el período de esplendor, y tres, con los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, en el período de la decadencia; caracterizándose estos períodos por el inmenso poder de la nación española y su preponderancia en Europa, que vá decayendo en los tres últimos reinados de la Casa de Austria, por el funesto sistema de los reyes de gobernar con favoritos.—La tercera época comprende los períodos de grandeza y decadencia, abarcando el primero cuatro subperíodos, con los reinados de Felipe V, Luis I, Fernando VI y Carlos III, y el segundo un subperíodo con el de Carlos IV; siendo el carácter de estos períodos la introducción de un régimen completamente nuevo en la política y en la administración española, tomado de Francia, que pudo vivir durante los cuatro primeros reinados de la Casa de Borbón, pero que decayó en el de Carlos IV, preparándose el período de las revoluciones en el presente siglo.

La Edad contemporánea se divide en cinco épocas, con los nombres de Casa de Borbón, el Interregno, la casa de Saboya, la República y la Restauración borbónica; subdividiéndose cada una de éllas en períodos y subperíodos del siguiente modo:—La Casa de Borbón, comprende dos períodos, el reinado de Fernando VII y el de Isabel II; el primero se subdivide en cinco subperíodos, referentes á los primeros años del reinado de Fernando VII, el rey intruso, y la guerra de la Independencia, la primera época del absolutismo, el período constitucional y la segunda época del absolutismo; el segundo comprende dos subperíodos, referentes á la menor y á la mayor edad de D.ª Isabel II; y se caracterizan estos períodos por la lucha entre el absolutismo y la libertad, y después por el militarismo y las camarillas.—La época del Interregno comprende un solo período, propiamente revolucionario, subdividido en cuatro subperíodos con los nombres de Días de la revolución, Gobierno provisional, Poder ejecutivo y la Regencia.—La época de la Casa de Saboya comprende un solo período, el reinado de Amadeo I, y dos subperíodos referentes á la política de los demócratas conservadores y de los radicales.—La época de la República comprende tres períodos: el de la República unitaria, con el subperíodo de la presidencia de Figueras; el de la federal, con los subperíodos de las presidencias de Pi y Margall, Salmerón y Castelar, y el de la conservadora ó Poder ejecutivo de la República, con el subperíodo de la presidencia del general Serrano.—Todos los períodos de estas tres épocas se caracterizan por el espíritu eminentemente revolucionario que los informa, y por la falta de orden

y de tranquilidad en el país.—La época de la Restauración borbónica, comprende dos períodos con los reinados de Alfonso XII y Alfonso XIII, bajo la regencia de su madre D.ª María Cristina de Austria, subdivididos cada uno de éllos en dos subperíodos, referentes á la política de conservadores y de liberales; y se caracteriza por la relativa tranquilidad de la nación, las insurrecciones coloniales y las reformas de todo género, especialmente en nuestro Derecho.—La introducción y manifestación en varios códigos políticos del Derecho constitucional, es signo característico de toda la Edad contemporánea.

Todas estas divisiones y subdivisiones de la Historia patria, se encuentran gráficamente expresadas en el siguiente CUADRO.

CUADRO GENERAL CRONOLÓGICO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

Edades.	Épocas.	Períodos.	Subperíodos.
1.ª—Primitiva.	1.ª Protohistórica ó de los aborígenes	1.º Propiamente troglodita.	
		2.º Megalítico.	
		3.º Del bronce.	
		4.º Del cobre y otros metales.	
	2.ª Mítica ó Tradicional	1.º De la tradición.	
		2.º De la monarquía fabulosa.	
		3.º De la leyenda.	
	3.ª Constitución de la nacionalidad española	1.º De los iberos.	
		2.º De los celtas.	
		3.º De los celtíberos.	
		4.º De los etruscos.	
	4.ª Colonial	1.º Fenicio.	
		2.º Griego.	
2.ª—Antigua.	1.ª Dominación cartaginesa	1.º Primeras empresas.	
		2.º Primeras guerras en España.	
		3.º Ultimas guerras hasta el fin de su dominación en España.	
	2.ª Dominación romana	1.º España bajo la República.	1.º Guerra de Viriato.
			2.º Guerra de Numancia.
			3.º Guerra de Sertorio.
			4.º Guerra de César en España.
		2.º España bajo el Imperio	1.º Desde Augusto hasta Constantino.
			2.º Desde Constantino hasta el fin de la dominación romana en España.
3.ª—Media.	1.ª Visigoda	1.º Arriano.	1.º Infancia.
			2.º Adolescencia.
		2.º Católico.	1.º Esplendor.
			2.º Decadencia.
	2.ª Reconquista	1.º Árabe	1.º Del Emirato dependiente, y los reyes de Astúrias.
			2.º Del Emirato independiente y Califato, reino asturiano-leonés, y los Estados cristianos pirenáicos.
			3.º Los Estados de Taifas, y el reino leonés-castellano.
		2.º Cristiano	4.º Reino moro de Granada, y reinos de Castilla y

- **4.ª—Moderna**
  - **1.ª De los Reyes Católicos**
    - 3.º Hasta la muerte de D.ª Isabel.
    - 2.º Las Regencias.
      - 1.º Regencia de D. Fernando.
      - 2.º Reinado de D.ª Juana y de D. Felipe el Hermoso.
      - 3.º Segunda Regencia de D. Fernando.
      - 4.º Regencia del Cardenal Cisneros.
  - **2.ª Casa de Austria**
    - 1.º Engrandecimiento
      - 1.º Reinado de Carlos I.
      - 2.º Reinado de Felipe II.
    - 2.º Decadencia.
      - 1.º Reinado de Felipe III.
      - 2.º Idem de Felipe IV.
      - 3.º Idem de Carlos II.
  - **3.ª Casa de Borbón**
    - 1.º Grandeza
      - 1.º Reinado de Felipe V.
      - 2.º Reinado de Luis I.
      - 3.º Reinado de Fernando VI.
      - 4.º Reinado de Carlos III.
    - 2.º Decadencia.
      - Reinado de Carlos IV.
- **5.ª—Contemporánea**
  - **1.ª Casa de Borbón**
    - 1.º Reinado de D. Fernando VII.
      - 1.º Primeros años del Reinado de Fernando VII.
      - 2.º El rey intruso y la guerra de la Independencia.
      - 3.º Primera época del absolutismo.
      - 4.º Período constitucional.
      - 5.º Segunda época del absolutismo.
    - 2.º Reinado de D.ª Isabel II
      - 1.º Menor edad de Isabel II.
      - 2.º Mayor edad.
  - **2.ª El interregno.**
    - Revolucionario
      - 1.º Días de la Revolución.
      - 2.º Gobierno provisional.
      - 3.º Poder ejecutivo.
      - 4.º La Regencia.
  - **3.ª Casa de Saboya**
    - Reinado de Amadeo I
      - 1.º Democracia conservadora.
      - 2.º Idem radical.
  - **4.ª La República.**
    - 1.º Unitaria.
      - Presidencia de Figueras.
    - 2.º Federal.
      - 1.º Presidencia de Pí y Margall.
      - 2.º Idem de Salmerón.
      - 3.º Idem de Castelar.
    - 3.º Conservadora, ó poder ejecutivo de la República
      - Presidencia del General Serrano.
  - **5.ª Restauración borbónica**
    - 1.º Reinado de D. Alfonso XII
      - 1.º Política conservadora.
      - 2.º Idem liberal.
    - 2.º Reinado de D. Alfonso XIII y la Regencia
      - 1.º Conservadores.
      - 2.º Liberales.

LECCIÓN 3.ª

EDAD PRIMITIVA.

Historia externa.

ÉPOCA PROTOHISTÓRICA Ó DE LOS ABORÍGENES.

Extensión que comprende la Edad Primitiva.—Su carácter general.—División en cuatro épocas principales.—Exámen de la primera, llamada protohistórica ó de los aborígenes.—Cálculos probables sobre la manera de verificarse la primera población de España.—Los aborígenes españoles.—A falta de detalles sobre la vida de los hombres en nuestra Península en esta época se justifica su existencia por los descubrimientos modernos.—La protohistoria española se caracteriza por los troglodítas ó habitantes de cavernas.—¿Hubo en España otra raza anterior y menos civilizada?—Cuatro períodos en que convencionalmente puede dividirse la primera época de la protohistoria de España.—Período paleolítico y neolítico.—Piedras, hachas é instrumentos de combate que justifican la existencia de los hombres en este período.—Monumentos megalíticos que atestiguan la población de España en el segundo período de la protohistoria.—Dólmenes y piedras movibles, como manifestación de este período.—Objetos de bronce hallados en nuestra Península, como prueba del tercer período protohistórico.—Idem de cobre, oro, y otros metales y de esparto tejido, como demostración de mayor cultura en el cuarto período de la protohistoria española.—Descubrimientos principales hechos en España en la segunda mitad de este siglo.—Importancia de los de la provincia de Granada.—*Crítica.*—Impropiedad de la palabra Prehistoria.—Posibilidad de ser habitada nuestra Península en la época antidiluviana.—Cálculo probable acerca de la época á que pertenecen los más antiguos restos de trabajo humano entre nosotros.—Repoblación española después del diluvio.—Escuelas africanista y asiática.—Cuál parece la más acertada.

La Edad Primitiva de la Historia de España comprende desde la primera población de nuestra península, hasta la venida de los cartagineses á España, unos ocho siglos antes de J. C.

El carácter general que la distingue, es el de la obscuridad, teniéndonos que valer de hipótesis más ó menos fundadas, para ir reconstruyendo en lo posible los hechos de la misma; y habiendo necesidad de ir mirando con mucha prevención los hechos fabulosos, legendarios y tradicionales que hay en toda ella, no aceptando como verdadera más que la Tradición bíblica, con las interpretaciones racionales referentes á los hombres que habitaron á España después del Diluvio, y de la confusión de las lenguas al pie de la Torre de Babel.

La Edad Primitiva de España se divide en cuatro épocas principales, con los nombres de protohistórica ó de los aborígenes, mítica ó tradicional, del principio de la constitución de la nacionalidad española, y la colonial.

La protohistórica ó de los aborígenes, comprende la primera apari-

ción de los hombres en nuestra península, y para ello hay que hacer este estudio merced á las reglas que informan y á los diligentes trabajos que caracterizan á la modernísima ciencia, que nacida en 1837, recibió la impropia denominación de ciencia ó estudios prehistóricos, y que llamaremos con más justicia protohistoria ó estudio de los aborígenes.—Aunque nacida esta ciencia con caracteres de ordenación y de método á principios de este siglo, y de entonces acá se han extendido sus trabajos de exploración por todo el mundo, los principios que la informan eran antiquísimos y de ello hay testimonios en el mundo romano, siendo el siglo XVIII aquel en que se echaron los cimientos de estos estudios, sistemáticamente ordenados en el siglo actual; comenzando los estudios sobre prehistoria en la época dicha, y siguiendo avanzando los trabajos de exploración y las obras escritas sobre los mismos, con pasmosa rapidez hasta nuestros días.—Todos los autores procuran enlazar los estudios que llaman prehistóricos con la ciencia geológica y paleontológica, apartándose desgraciadamente las más de las veces de las hermosas enseñanzas de la tradición mosaica, y haciendo divisiones y subdivisiones de la historia primitiva, de la formación del mundo, que unas pueden aceptarse con reservas en el sentido hipotético y ante la explicación dada ya por la Iglesia á los días de la Creación, y otras no resisten la más ligera crítica por los principios antirracionales é impíos en que descansan.

La nación Española desde 1862 en que se hicieron los primeros descubrimientos protohistóricos en nuestra patria, se dedicó con empeño á estos estudios, y siguiendo las opuestas tendencias que caracterizan á los sabios arqueólogos en esta materia, se han escrito obras y publicado minuciosa relación de descubrimientos, no siendo la provincia de Granada la que menos contingente ha dado para la formación de la protohistoria española, merced á los incesantes trabajos del inteligente arqueólogo y celoso profesor D. Manuel de Góngora y Martínez.

Viniendo á estudiar la primera época de la Edad Primitiva de España, la primera cuestión que se intenta resolver por los amantes de estos estudios, es averiguar la manera de verificarse la primera población de España, ó lo que es lo mismo, quiénes fueron los aborígenes españoles. —No pudiendo de modo alguno determinarse opinión concreta sobre este punto tan controvertido, no cabe otra cosa que emitir cálculos más ó menos probables y presentar hipótesis más ó menos fundadas, acerca de este particular, deduciendo consecuencias, en lo posible racionales, acerca de la época en que se verificó la primera población de España, punto por donde comenzó ésta, y primeros monumentos que atestiguan la existencia del trabajo humano entre nosotros.—No es aventurado pensar, y en nada contradice la doctrina de la Iglesia, el que España pudo ser primeramente poblada en la época antidiluviana, toda vez que los monumentos antiquísimos en ella encontrados, son testimonios de que proceden de pueblos y razas anteriores á los que nos describe la Biblia cuando se extendieron los hombres por el mundo después del Diluvio.—Tampoco es exagerado suponer, que la primitiva población de España pudo verificarse como otras posteriores, por las costas de la

fértil provincia granadina, pues así induce á creerlo los monumentos de distinto género, y de épocas distintas dentro de la Edad Primitiva, descubiertos en la citada provincia. Y por último, no es aventurado afirmar, que aquí también se han encontrado los restos que atestiguan la existencia del trabajo humano entre nosotros, desde el hacha de piedra sin pulimentar, como primer instrumento de defensa de los primitivos españoles, hasta la tela tejida de esparto, el letrero ininteligible, y la habitación humana.—Luego sin exageración y sin fantasías de entusiasmo regional, podría hipotéticamente consignarse, entre otras opiniones respetables, que bien pudieran ser los primeros habitantes del país granadino, los aborígenes españoles.

Se desconocen los detalles sobre la existencia y vida de los hombres en nuestra península, durante la Edad Primitiva; pero á falta de estos detalles, se justifica su existencia por todos los descubrimientos modernos.—Ya no es posible negar que nuestra península estuviera habitada durante la Edad primera del mundo, pues que desde el Sur hasta el Norte, y desde el Este hasta el Oeste, se han venido descubriendo manifestaciones de la vida y del trabajo humano entre nosotros, que atestiguan la existencia y relativa cultura de los primitivos españoles.

Es doctrina corriente entre los escritores de la mal llamada ciencia prehistórica, que la protohistoria española se caracteriza por los troglodítas ó habitantes de cavernas. Y todos se fundan para hacer esta afirmación en la multitud de cuevas antiquísimas descubiertas en nuestra patria, sirviendo unas de habitación humana, otras de lugar religioso y bastantes de mansión para los muertos.—En todas ellas se han encontrado objetos que revelan adelanto más ó menos progresivo en las primeras artes, lo cual nos prueba que á pesar de vivir los primeros españoles la vida troglodita, no estaban salvajes é incultos, cumpliéndose así lo que se expresa en el Génesis, de que el hombre salió perfecto de las manos de su Criador, desarrollando bien pronto el cultivo de todas las artes, y con aptitudes para todas las manifestaciones del trabajo humano. Luego los primeros españoles merecen sólo el nombre de troglodítas por su manera de vivir, pero teniendo una relativa cultura en el ejercicio de las artes, y para satisfacer las primeras necesidades de la vida.

Por eso hipotéticamente se indica por algunos escritores, no tachados de impiedad, que fué posible que al posesionarse de España los troglodítas por la parte Sur de nuestra península, destruyeran ó acaso arrojaran á la opuesta playa otra raza, de la que hasta hoy no hay vestigios, y que fuera quizá más antigua, más desdichada y de menos cultura.

La primera época de la protohistoria española puede dividirse en cuatro períodos, con los nombres de paleolítico y neolítico, megalítico, del bronce, y del cobre y otros metales.

El primer período que llamamos paleolítico y neolítico, es el propiamente troglodita, que determina la primera fase de la vida de los españoles y de su primitiva cultura.—Las cavernas eran por entonces la habitación humana, sirviendo á los hombres de refugio durante la noche,

y siendo la ocupación de los mismos la caza, para subvenir á las primeras necesidades de la vida.—Este período debe corresponder á lo que los geólogos convencionalmente llaman edad cuaternaria, que es desde donde comienza á sentirse la mano del hombre en el mundo, después que habiendo pecado, tuvo que dedicarse al trabajo, como obligación precisa de la vida y como castigo impuesto por Dios á la primera pareja y su descendencia, por haberle desobedecido en el Paraiso terrenal.

Este período propiamente troglodita, recibe también los nombres de paleolítico y neolítico, porque en él sólo quedan como testimonio del mismo, las cavernas en las desnudas rocas, como habitación humana, y los monumentos llamados paleolíticos ó de la piedra tallada, como son las armas de pedernal, el cuchillo y la punta de flecha, y los de la piedra pulimentada, como las hachas, las puntas de lanza, los mazos, etc.. que como instrumentos de combate justifican la existencia del hombre en este período, así como enseñan la vida primera de los españoles de aquella época antiquísima.

La segunda manifestación de la vida de los primitivos españoles, está justificada por el período megalítico ó de los grandes monumentos de construcciones en piedra, que si por mucho tiempo se han tenido como monumentos druídicos, los estudios protohistóricos en nuestra patria, han venido á demostrar de una manera clara que son manifestaciones de la vida humana en el segundo período de la época primera de la Edad primitiva.

La primera señal de estos monumentos megalíticos es el menhir, de donde proceden nuestros hitos ó mojones para separar las heredades, siendo el dolmen y las piedras movibles la manifestación más perfecta de este período protohistórico. El dolmen, compuesto de tres piedras, y alguna de ellas movible, para tapar la entrada, forma cuevas antiquísimas, que sirvieron primero de habitación humana y luego de tumba para sus habitantes: ejemplo de ellas es la famosa cueva de Menga, en Antequera (Málaga). En ellas, además de los instrumentos de piedra y de osamentos de animales, se encuentran ya objetos de adorno para el vestido incipiente de los primeros habitantes, así como algunas demostraciones de trabajo artístico, figuras informes, vasos de barro, escudillas y alguno que otro objeto de cerámica en aquellos primitivos tiempos.

En nuestra península se han encontrado tambien varios objetos de bronce, que determinan el tercer período de la protohistoria española, y justifican el tránsito de la edad de piedra á la de los metales. De bronce se han hallado objetos como hachas y armas rudimentarias diferentes, ya en las cuevas, ya en los dólmenes, ó ya en los túmulos, notándose en estos objetos una influencia de razas procedentes del Asia, mezcladas con las de los aborígenes españoles, que caracterizan los dos anteriores períodos, y que al parecer son de procedencia africana. Y no es extraño que á este período se le califique del bronce y le estudiemos antes que el del cobre, á pesar de existir mucho metal de esta clase en nuestra península y ser más fácil de trabajar que aquél, porque esas razas asiáticas que comenzaron á usar los metales en nuestras península-

la, se hallaban ya cuando vinieron en la edad de bronce, y por eso hicieron desde luego figuras toscas de animales de este metal que se encuentran en algunas cuevas; pasando fácilmente á trabajar el cobre y el hierro cuando vieron la abundancia de dichos metales en nuestra península y la facilidad de emplearlos mejor que el bronce. Por eso muchos arqueólogos aseguran que el período del cobre precedió al del bronce entre nosotros.

El cuarto período de la protohistoria española se caracteriza por el mucho trabajo que hicieron los aborígenes en objetos de cobre, hierro, oro y otros metales, así como manifestaciones de la vida humana en otras artes, especialmente la del tejido y la escritura, como lo prueban los descubrimientos y la existencia de martillos de cobre, puñales de forma originalísima, puntas de lanza y objetos de defensa que parecen espadas, así como pequeñas diademas de oro y vestiduras y cestos hechos de esparto, de los que unos aparecen como fabricados á mano y otros en verdaderos telares; lo que justifica, robusteciéndose esta opinión con la existencia de letreros en las cuevas habitadas, que fué superior la cultura y el adelantamiento de los primeros españoles en estos dos últimos períodos de la protohistoria.

Son muchos los descubrimientos de objetos protohistóricos en España en la segunda mitad de este siglo. Fueron los primeros los encontrados en el valle del río Manzanares, cerca de San Isidro de Madrid, el 30 de Junio de 1862, consistentes en silex tallados y hachas de gran tamaño, cuya regularidad de líneas revelan en los primitivos artífices el sentimiento de la belleza; encontrándose también los percutores para labrar dichas hachas, que fueron los primeros cuchillos de pedernal que creó el hombre primitivo. De éstos se encontraron también en la cueva de Altamira (Santander), donde aparecieron conchas y piedras pulimentadas, que revelan la existencia del trabajo humano de aquellos españoles, toda vez que se encuentran, al mismo tiempo que la piedra, los huesos de animales y algunos que otros objetos de cerámica, así como se han visto también restos de comida petrificada, que justifican los caracteres que hemos dado á la vida troglodita de los primeros tiempos, no hallándose por entonces, al menos en el primer período, signo de que aquellos hombres enterraran á los muertos.—En las provincias de Segovia, Huelva, Gerona, Málaga y otras, así como en Galicia y Portugal, se han encontrado multitud de manifestaciones del trabajo humano en estos dos períodos protohistóricos.—De los dos períodos posteriores, ó sea de los de los metales, se han encontrado restos en las minas de Cerro Muriano, cerca de Córdoba, en las del Milagro, en Covadonga, en las de Cuevas de Vera (Almería), y en las de hierro de Galicia y Córdoba, que justifican cumplidamente la existencia del hombre en los cuatro períodos protohistóricos, así como el progresivo adelanto al dedicarse al trabajo y cultivar las primeras artes.

De intento hemos dejado como los últimos descubrimientos los de la provincia de Granada, de los que la mayor parte pertenecen á los afanosos trabajos del Dr. Góngora, porque son, sin duda alguna, los más importantes de toda España, y justifican nuestra opinión de haberse podido

verificar por esta provincia la primitiva población de España, así como que en ella hubo una larga vida y una población no interrumpida durante la protohistoria española. En efecto, en nuestra provincia se han encontrado, así como en los puntos cercanos de la de Almería, de la de Jaén y de la de Málaga, multitud de objetos de todos los períodos, que pueden resumirse en los siguientes: 1.°, los de la cueva de la mujer en Alhama, con objetos de barro, piedras y dientes de animales; 2.°, los de Dílar, donde se encontró un dolmen de extraordinaria importancia; 3.°, los de Montefrío; donde á mas de dólmenes se encontraron objetos de cerámica é hierro; 4.°, los de Ibros y Laguardia (Jaén), donde quedan restos del período megalítico; 5.°, la citada cueva de Menga, en Antequera (Málaga), del mismo período; 6.°, los de la cueva de los Murciélagos, en Albuñol, donde se hallaron varios cadáveres sentados en forma de círculo, con flechas de punta de pedernal en las manos, y uno de ellos con una diadema de oro, viéndose allí bandejas, canastillos, bolsas, gorras, telas, calzados, y collares de esparto tejido, así como instrumentos de piedra, cucharas, cráneos, objetos de barro y armas de pedernal; 7.°, la cueva de los Letreros, en Vélez Blanco (Almería), donde se notaron letreros ininteligibles y cráneos en sepulturas cercanas á la cueva; y 8.°, las inscripciones del cerro del Sol, en Granada, de la misma época, al parecer, que la cueva de los Letreros antedicha.

Crítica.—La palabra prehistoria hay que rechazarla siempre como impropia y antirracional, y además como contraria á la tradición mosaica; pues no puede haber hecho alguno anterior á la Historia y al hombre, y éste, según nos refiere el Génesis, comenzó su vida humana, y con ella la historia del mundo, después de haber pecado en el Paraíso. Por eso la sustituímos con la de protohistoria, ya por todos aceptada.

Es posible que España fuese habitada en la época antidiluviana, porque no hay nada que lo contradiga, y porque á más lo justifica de una manera cumplida la existencia y el descubrimiento de cráneos pertenecientes á razas antidiluvianas y de objetos más ó menos artísticos, anteriores también á este suceso histórico.

Por eso puede hacerse el cálculo probable de que la primera población de la península española, y la aparición del trabajo humano con las primeras hachas de piedra tallada, coinciden con esa época nebulosa y convencional á que los geólogos han dado el nombre de edad cuaternaria en la formación del Globo. Y como puede muy bien al interpretarse los *días de la Creación,* relacionarse el de la del hombre con la citada época, de aquí que pueda hipotéticamente pensarse que no muchos siglos después de vivir el hombre sobre la tierra, se verificó la primera población de España.

Pero como más tarde, por la catástrofe del Diluvio, el mundo quedó vacío y sin habitantes, España tuvo que ser repoblada después de aquel cataclismo, como se verificó y nos lo enseñan todas las tradiciones, indicándolo también, aunque no con mucha claridad, la tradición mosaica.

Para explicarse la primera población de España, hay dos escuelas, la

africana y la asiática, que ambas pueden aceptarse, pensando que la raza primitiva debió ser procedente del Norte de Africa, y que después, en los últimos períodos de la protohistoria española, viniese una raza de procedencia asiática, dando más importancia á las obras del trabajo humano, en estos primeros tiempos de la Historia de España, y conservándose por algún tiempo rasgos diferenciales de la raza primitiva, que al fin se funde con la de los hombres que vinieron después, y producen obras de arte, que aunque rudimentarias, son más excelentes que las primeras, en el último período de la protohistoria española. Luego, ambas escuelas, son aceptables en el terreno puramente hipotético y problemático en que se hacen estos estudios de cálculo racional acerca de los primeros pobladores de la península ibérica.

LECCIÓN 4.ª

ÉPOCA MITICA Ó TRADICIONAL

Tránsito de la época protohistórica á la mítica ó tradicional.—Carácter que distingue á esta segunda época de la Edad Primitiva de España.—Valor de las tradiciones en las primeras edades de la Historia de todos los pueblos.—Tradición mosaica, y opiniones de los escritores de los primeros siglos del Cristianismo, sobre la población de España después del Diluvio.—Túbal y Tarsis.—La isla Tarseya.—Cómo parece que encontró Túbal á España.—Engrandecimiento de su poder.—Nombres de poblaciones que según la tradición justifican su estancia en la Península.—Reyes tradicionales de España.—Relaciones míticas para justificar la existencia de estos monarcas.—Nombres de ríos, montes y pueblos en nuestra Península, que simbolizan estos reyes.—Las columnas de Hércules y la Atlántida.—La raza bereber como primitiva población de España.—Tradición de los hermanos Geriones, y fundación de Gerona.—Tradición de Híspalo, y fundación de Sevilla.—Tradiciones de Héspero, Sículo y otros, hasta el fin de la época tradicional ó mítica.—*Crítica.*—Escaso valor de estas tradiciones para la primitiva Historia de España.—Fondo de verdad que encierran.—Juicio de los historiadores antiguos y modernos acerca de las mismas.—Símbolo del sentimiento de libertad é independencia de los españoles en algunas de dichas tradiciones.—Belleza y obscuridad de esta época de la Historia de España.

El tránsito de la época protohistórica á la mítica ó tradicional no puede determinarse de una manera clara y precisa como el de otras épocas históricas, inmediatamente unidas por el tiempo y los sucesos; toda vez que terminando según nuestra opinión, la época protohistórica, con el Diluvio, al concluir el mundo con este cataclismo de destrucción universal, terminó definitivamente esta primera época de la Historia de España, comenzando la segunda, que recibe la designación especial de *mítica* ó *tradicional*, y que empieza con la repoblación de España después del Diluvio, ochenta ó cien años posterior á este suceso histórico, y mucho después también á la confusión de las lenguas, en la torre de Babel.

Esta segunda época de la Edad Primitiva de España se caracteriza por la forma esencialmente tradicional y legendaria que la distingue, lo que le presta á la par de una belleza literaria indiscutible, una grande obscuridad, que obliga á estudiarla por medio de cálculos y de interpretaciones, más ó menos acertadas, si no queremos invadir el campo de la fantasía, abandonando el de la verdad histórica.

Las primeras edades de la historia de todos los pueblos, se hallan envueltas en los misterios de la tradición mitológica, y adornadas con los encantos de la leyenda poética; porque el orgullo de los hombres les llevó á buscar en todos los países su primitiva ascendencia al Olimpo de sus dioses, ó relacionó la vida de los primeros habitantes de un es-

tado ó nación, con los héroes hazañosos, que de su mentido Cielo trajeron á la tierra en confusa unión, sus virtudes y su valor, mezclados con sus vicios y con sus ambiciones.

No podía ser España menos que otras naciones, una vez que después del Diluvio fué repoblada, como sucesivamente se fueron repoblando también los países que antes estuvieron habitados, y que quedaron yermos y desiertos al venir sobre la tierra el castigo de Dios por los pecados de los hombres. Y por eso observamos que al lado de las tradiciones mosaicas, tal vez mal aplicadas á nuestra patria, se presentan otras que arrancan del sentido mitológico de distintos países, y que perteneciendo al dominio de la fábula y de la leyenda, simbolizan, no obstante, tres grados distintos en la vida de los españoles en esta época histórica. Por eso la subdividimos en tres períodos, con los nombres de la Tradición, de la Monarquía fabulosa, y de la Leyenda.

La Tradición mosaica, que por mucho tiempo ha venido aceptándose por todos como legítima, respecto á la repoblación de España después del Diluvio, indica solamente que los hijos de Noé fueron los padres y pobladores de todas las naciones; que á Jafet le cupo en suerte la población de Europa, y que Túbal, hijo de éste, ó su descendiente Tarsis, dieron nombre á España, ya que ocuparon la parte meridional de la península.—Esta tradición que en el verdadero texto bíblico, solamente nos dice que Túbal ó sus descendientes poblaron las *islas de las Gentes,* en lo que se ha querido ver por unos la Iberia asiática, y por otros la Iberia española, ha sido interpretada con más ó menos amplitud por los escritores antiguos, y los de los primeros siglos del Cristianismo, como lo prueba la opinión de Flavio Josefo, que la refiere á la Iberia sin calificativo alguno, la de San Jerónimo, que al hablar de iberos los hace españoles, la de San Isidoro, que amplía la opinión de éste, y lo mismo la de otros escritores de todos los pasados siglos. Más tarde, el arzobispo don Rodrigo, asegura que la descendencia de Jafet, pobló la España; Alfonso el Tostado consigna la venida de Túbal en persona á nuestra península; y después en la época de los Reyes Católicos, Viterbó amplió en forma poética la interpretación de esta idea tradicional, recogiéndola más tarde Florian de Ocampo, Masdeu y el P. Mariana, así como Ferreras y algún otro historiador de los más crédulos en cuanto á los hechos de la época tradicional de nuestra Historia.

Hoy ha perdido gran valor la opinión de estos escritores, y cuando más, lo que se afirma y acepta por historiadores imparciales, y sólo en terreno hipotético, es que Túbal fuese poblador de parte de Europa, pero no de España, y que su nieto Tarsis fuese el que por primera vez pisase nuestro suelo, y con los suyos intentara la repoblación de este territorio.

A esto obedece el nombre de Tarsis y Tartesia, con que de muy antiguo se viene distinguiendo á nuestra Nación, ó por lo menos la parte meridional de la península Ibérica.

Por eso también según la tradición mosaica, á la primera parte de España, que era según el texto bíblico, una especie de isla, se la llamó la isla Tarseya, y Tarseya al territorio de las costas de la Bética, que corresponde en parte á las comarcas contiguas al Estrecho de Gibraltar,

y también á las islas conocidas hoy con los nombres de Mayor y Menor, formadas por el Guadalquivir, antes de desaguar en el Océano.

Conformes con la tradición bíblica y las enseñanzas de la Iglesia, que nos indican que después del Diluvio universal, el mundo quedó vacío y sin habitantes, España, que aún no había sido repoblada, la debió encontrar la descendencia de Túbal con Tarsis y los suyos, vacía también, y sin habitantes; justificándose que había habido humanos poseedores de esta tierra, por los vestigios que se fueron notando, y las manifestaciones de la vida animal, en cada uno de los puntos que sucesivamente fueron ocupando los descendientes de Túbal, que indudablemente llegaron á la parte oriental de España, ó atravesando el continente de la Atlántida, si aún no había sido destruído en parte, ó corriéndose, lo cual es más probable, después de un largo camino desde el Asia, por la parte Norte de Africa, si no existía por entonces el Estrecho de Gibraltar, ó como es de suponer era angostísimo, y muy cercanas las costas de uno y otro Continente, según indican los escritores antiguos: ó España estaba unida á la Atlándida, y al Africa, como sostienen otros.

Siguiendo la tradición mosaica y otras tradiciones de distinto origen, hay que admitir, aunque sea en el terreno hipotético, que el poder de los descendientes de Túbal fué engrandeciéndose en España, llegando hasta el punto de constituirse aquí una monarquía, á la que hay quien le asigna el carácter de hereditaria, y dando nombre, no solo á la nación, á quien llamaron Tubalia, sino también á varias poblaciones, como Tarragona en Cataluña, Setúbal en Portugal, Tudela en Navarra, y otras.

Desde este punto, y pretendiendo enlazar la parte tradicional mosaica con la tradición de la monarquía en España, se acepta por los crédulos historiadores antes mencionados, entre ellos el P. Mariana. que con reservas y contradicciones la pone en su obra, una larga lista de reyes fabulosos de nuestra nación, que ocupan convencionalmente sin duda, todo el segundo período de esta época histórica. Estos reyes, que se hacen ascender hasta venticuatro, y que tomando por ascendiente según unos á Túbal, y según otros á Tarsis se les conoce con los nombres de Ibero, Jubalda, Brigo, Tago, Beto, Atlante, Sicoro, Sicano, y otros, cuyos nombres llenan la laguna de la monarquía y del poder de de la España primitiva, y se les hace no sólo dominadores de nuestra península, sino ascendientes de los pobladores de los principales países de Europa.

Toda esta larga serie de reyes, no tienen más fundamento, que las relaciones míticas de los tiempos primeros de nuestra Historia, acogidas sin reserva por el fraile dominicano Viterbó, publicada en 1498, y dedicada á los Reyes Católicos, titulada «*España Primitiva*», y con tal copia de datos fantásticos y cronológicos, que parecen tomados de fechas recientes, y de documentos incontrovertidos.

Esta lista de reyes, que está simbolizada por nombres de ríos, montes y pueblos de nuestra península, como el río Betis, el monte Idubeda y la ciudad de Sagunto, entre otros, no debemos considerarla sólo como una hermosa fábula, desprovista de fundamento, sino que tenien-

do en cuenta que todas las tradiciones míticas de los pueblos, tienen algo de verdad en su fondo, ésta de los reyes fabulosos de España, aceptada con reserva por historiadores de gran nombre, viene á simbolizar algo de verdadero, y á justificar, que los primitivos españoles, á partir de la repoblación de nuestra península después del Diluvio, estaban gobernados de una manera ordenada y sistemática, tenían las manifestaciones de cultura y arte, que á los descendientes de Túbal les asigna la Biblia, y justifica que la idea monárquica y de gobierno, es antiquísima en España; pudiendo ser además esta lista de reyes fabulosos, que hoy rechaza la sana crítica, el símbolo, la expresión y el nombre, de los primeros régulos que acertadamente gobernaron á España, en aquellos antiguos tiempos, que edificaron sus primeras ciudades, y extendieron por toda ella una relativa civilización y cultura.

A partir de los detalles y de la vida fantástica de algunos de los reyes fabulosos de España, comienza el tercer período de esta época mítica, con las hermosas leyendas traídas de otros países y aplicadas al nuestro. En el período de la Leyenda, se hace venir á Hércules á nuestra patria, y fundar las columnas de su nombre, en el Estrecho de Gibraltar en la forma que se dirá después; relacionándose también este suceso, con la existencia y destrucción del continente de la Atlántida, que se supone de grandísima extensión, y que ocupaba territorio que casi todo él es hoy el mar, destruído, según esta leyenda, por un terremoto y un diluvio, y del que, como justificación de su existencia, quedan hoy las islas Canarias, las Azores y las de Madera.

Con estos hechos se relaciona también el de que la raza bereber, mezclada con la de los descendientes de Túbal, ó según otros, anterior á su venida, fué la originaria de la primitiva población de España; fundándose para ello en la unión, en remotas edades, de Africa y Europa y en el estudio comparado de la primitiva historia del Norte de Africa y de España, así como en los monumentos y en los cráneos descubiertos, que para algunos arqueólogos no son antidiluvianos, y prueban una mezcla de razas africana y asiática, en los tiempos primitivos de la repoblación de España, ya por uniones de los descendientes de Caín y de Jafet, ó por cruzamientos de otras razas.

De todas estas leyendas de la España primitiva, ninguna es tan importante y tan simbólica como la de los Geriones, los cuales vinieron de lejanas tierras á España, como lo dá á entender su nombre, que en caldeo significa peregrino y extranjero. El primero de los Geriones, enamorado de las bellezas y riqueza de esta tierra, asentó aquí su dominación, edificando frente á Cádiz un castillo de su nombre, y en la falda de los Pirineos, en los montes Ausetanos, la ciudad de Gerona, con el fin de abrazar con estas dos defensas la de toda España. Por entonces, en que el poder monárquico había ido templándose, desapareciendo los caracteres de absoluto que antes tenía, se hace tiránico, y no pudiendo resistirle más con su violento despotismo, pidieron ayuda los naturales del país á Osiris el egipcio, que viniendo con su ejército presentó batalla á los tiranos en los campos de Tarifa, muriendo Gerión en ella, y quedando tres hijos suyos, que al fin quisieron resuci-

tar las tiránicas violencias de su padre, y que dando muerte á Osiris, cesó la paz que había en el reino; ocurriendo después, según la leyenda, que Hércules el Libio exterminó á los hermanos Geriones, arrojó en el Estrecho grandes piedras, levantó dos montes, Calpe y Abila (Gibraltar y Ceuta, ó sean las dos columnas de Hércules), marchando después á Italia, y dejando el gobierno de España á Híspalo, fundador de Híspalis (Sevilla).

También es peregrina la leyenda de Híspalo, de quien se dice dió nombre á España y explotó la riqueza comercial de Sevilla por el Guadalquivir, gobernando la nación con grande acierto, asignándole también la fundación de Segovia y su acueducto (á todas luces romano), la torre del Espejo en la Coruña, para ver las naves que venían y atribuyéndole otra porción de hechos notables que sólo existieron en la fantasía popular.

A la muerte de Híspalo suceden, según la leyenda, Hércules y Atlante, así como Héspero, Sículo y otros, á quienes se les hace ascendientes de los contestanos, y fundadores de ciudades, entre ellas Palencia, hasta llegar al último de los pretendidos reyes llamado Gargóris, con quien concluye tan mentida dinastía y el período de la leyenda en esta época primitiva, pues que sus autores aseguran que de aquí pasó la descendencia de estos reyes á Italia, y allí continuaron su carrera de triunfos y de despótica soberanía.

Crítica.—Es muy escaso el valor que todas estas tradiciones y leyendas tienen para la Historia primitiva de España, porque nacidas al calor de sentimientos de orgullo nacional, y ante la idea de querer aparecer como antiquísima la monarquía en nuestra patria, se las debe considerar desde luego como una bella ficción poética que en absoluto no debe despreciarse, pero tampoco concederle en la forma en que aparece redactada condiciones de verosimilitud.

Sin embargo, todas estas tradiciones encierran un fondo de verdad, pues que vienen á representar las condiciones favorables en que siempre se encontró España para ser visitada y explorada por pueblos extranjeros, así como que en toda ocasión hubo en nuestra península un gobierno ordenado y estable, bien fuere con el nombre de rey, de régulo, ó de gobernador supremo de la nación. y ejerciendo el poder de una manera absoluta al principio, más templada después y tiránica en último término, lo que obligó á los naturales del país á llamar en su auxilio á otros pueblos africanos y asiáticos, que no otra cosa vienen á simbolizar la leyenda de Osiris y de Hércules, como verdadera expresión de la venida de iberos y celtas, fenicios, griegos y cartagineses á nuestra península, así como la influencia también de las civilizaciones orientales.

Todos los escritores antiguos y modernos han estado contestes en calificar de tradiciones y leyendas estos sucesos, y desde Herodoto y Pomponio Mela, en los tiempos antiguos, hasta el Marqués de Mondéjar y Alderete, en los modernos, así como los historiadores críticos de la época actual, todos están conformes en que estas leyendas vienen á significar caracteres propios de los habitantes de España en la época

primitiva, engendradas unas por la superstición y nacidas otras por odio á los invasores extranjeros. Por eso la sana crítica jamás admitió como posible verdad histórica estas leyendas, y cuando más, como hizo el historiador Ferreras, reconoce algo de verdad en los hechos, con circunstancias fabulosas en su exposición.

Sin embargo, en medio de lo legendario y poético de estas tradiciones, se encuentran también perfectamente definidos dos sentimientos muy antiguos del pueblo español: el de su libertad y el de su independencia.—Las tradiciones referentes á la manera como Tarsis se estableció en España y engrandeció su poder, á la lucha constante entre los aborígenes españoles y los pretendidos reyes ó gobernadores intrusos en el país, la guerra entre los hermanos Geriones con Osiris y con Hércules, que en último caso no fué otra cosa que la defensiva del comercio de Cádiz y de toda la Bética, con los que de Africa y demás lejanas tierras venían á explotar nuestras riquezas, es una manifestación clarísima del sentimiento innato de nuestra raza, de libertad para su vida, y de independencia para la administración y gobierno de su pueblo, rechazando siempre toda invasión extranjera, y protestando sin someterse de buen grado, á las invasiones que tuvieron la fortuna de vencer á los que estaban posesionados de la península ibérica, en cualquiera de las épocas de su larga y accidentada Historia.

A pesar de todo, esta época fabulosa y tradicional de suyo, tiene dos caracteres distintivos, el de la belleza con que se describen los sucesos, y la osbcuridad en que éstos se hallan envueltos á causa del ropaje poético con que se oculta la falta de verdad histórica.

LECCIÓN 5.ª

PRINCIPIO DE LA CONSTITUCION DE LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA.

Tercera época de la Edad Primitiva de España.—Verdadero principio de la constitución de nuestra nacionalidad.—Carácter de esta época.—Procedencia de los iberos.—Camino que siguieron desde el Asia hasta nuestra Península.—Escuela africanista.—La raza ibérica como denominación geográfica.—Puntos por donde penetraron los iberos en la Península.—Sucesiva población de nuestra Nación por los iberos.—Precedieron desde luego á los celtas.—El vascongado como lengua ibérica.—Nombres de origen ibero que aún quedan entre nosotros. —Tribus iberas.—El mediodía y el oriente de España, como definitivo dominio de los iberos.—Invasión de los celtas.—Precedieron á los fenicios.—La costa cantábrica fué la de su desembarco.—Cinco grandes tribus en que se fraccionaron al ocupar el norte de España.—Guerras con los iberos, hasta el definitivo establecimiento de los celtas en la Península.—La raza celtibérica como tercer elemento de población, en la tercera época de la Edad Primitiva de España.—Formación de esta raza.—Su carácter.—Parte de España en que fijaron su dominio.—Tribus principales en que estaba dividida.—Opiniones sobre la raza celtíbera.—Refutación de los que la creen fusión de tirios y celtas.—Colonización etrusca en España.—*Crítica.*—Con estos pueblos comienza la verdad y la fijeza en nuestra Historia.—Las cuestiones sobre el origen del pueblo ibero se resuelven perfectamente por la Filología.—Criterio imparcial, con el que ha de apreciarse la opinión de los que defienden la entrada de los celtas en España por la provincia de Granada.—Error de los que no creen á los celtíberos como mezcla de celtas é iberos.—Razonado juicio sobre esta época de la Edad primitiva de España.

La tercera época de la Edad primitiva de España, comprende la invasión de pueblos ya más conocidos, y cuya historia, aunque produce multitud de discusiones entre los escritores sobre su origen, reviste ya caracteres de relativa verosimilitud, y desaparecen las ficciones de la poesía y los encantos de la leyenda, apareciendo los principios de la verdadera certeza histórica.

Esos pueblos, siguiendo la común opinión de todos los escritores al ocuparse de esta época histórica, son los iberos, los celtas, los celtíberos y los etruscos.

Esta época tiene una importancia grandísima, porque no sólo aparece con más detallados caracteres la verdad histórica, sino que en élla comienza el verdadero principio de la constitución de la nacionalidad española, estableciendo principios estables de organización y de gobierno, dejándonos nombres, instituciones y costumbres, que algunas no han desaparecido de nuestro suelo, y viéndose en élla perfectamente definido el origen y el sello de nuestro indomable genio nacional.

Se caracteriza, á pesar de las notables diferencias que las separan de las anteriores, porque aun todavía subsiste, y en alto grado, la obscu-

ridad en la Historia de nuestra nación por aquellos tiempos, originándose disputas y acaloradas controversias entre los sabios, acerca de muchos puntos relacionados con la dominación de estos pueblos antiquísimos en nuestra península.

Al estudiar los primeros habitantes de España, cuando comienza la época de su relativa certeza histórica, los primeros que nos encontramos son los iberos.—Su historia no está clara, cual fuese de desear, pues se han perdido los documentos más importantes de la antigüedad que podían ilustrarla, entre ellas la memoria escrita de los turdetanos, lo que de ellos escribieron fenicios y cartagineses, y la mayor parte de los libros de griegos y romanos que á este punto se refieren, quedándonos sólo un pasaje de Plinio, que describe á los iberos como los primeros que en esta época pisaron el suelo español. Y como quiera que de ese pasaje se hace referencia á los iberos con distintos caracteres, de aquí que al examinar la procedencia de este pueblo, se acepte desde luego la idea de dos invasiones; una por el Norte que penetró por el Pirineo, y procedía de Asia, y otra por el Sur que venía de Africa, las que concluyeron por mezclarse con el nombre común de razas ibéricas, predominando en las épocas primitivas las del Norte, y más tarde y por más espacio de tiempo la del Sur. Permanecen en España cerca de siete siglos, fundaron y dieron nombre á ciudades y á ríos, y vivieron con organización tranquila y autoridad patriarcal, con ocupaciones agrícolas y comerciales, extrayendo también los metales de los riquísimos veneros del país.

Es opinión corriente que la primera invasión ibera procedía del Asia, y que los iberos españoles de raza indo-escítica, siguiendo su camino de emigración, desde la región del Cáucaso que fué su punto de partida, se extendieron por toda la Europa, penetrando en España por el valle del Baztán y por los afluentes del Ebro, y acampando en la orilla izquierda de este río.—La procedencia asiática de los iberos está justificada por la semejanza de nombres iguales ó parecidos á los de España, de pueblos y de ríos, ya en el Asia, ya en Italia, ya en la Tracia, lo que demuestra el punto de donde los primitivos iberos procedían, así como el camino que siguieron hasta venir á España, y los rastros que fueron dejando de su dominación en distintos países.

La escuela africanista sostiene en contrario, que los iberos penetraron en España por la parte Sur, habiendo seguido desde su origen por el litoral asiático y africano, y atravesando después el Estrecho de Gibraltar, que tal vez no existía en aquellos tiempos.—También aseguran los defensores de esta escuela, que los iberos proceden de la Atlántida, con caracteres eminentemente africanos, añadiendo que hasta en el Norte de España se han encontrado esqueletos de antiguos vascos, muy parecidos á las primitivas osamentas africanas.—En nuestro sentir, las escuelas asiática y africana son defendibles ambas, pues que obedecen á las dos corrientes de emigración Iberas antedichas, que penetraron en España por puntos extremos y que llegaron á fundirse bajo la única denominación de raza ibérica, presentando en sus distintas tribus caracteres diferenciales de las procedencias asiática y afri-

cana. Muy bien prueba esta opinión el distinto tipo y carácter de hombres de raza ibera que hubo en España con semblante atezado y ensortijado cabello, y otros de pelo rubio y rostro blanco. Esto justifica bien á las claras, y demuestra la existencia de las dos emigraciones iberas, pacífica la una y guerrera la otra, de la que quedó siempre, como representación genuina de la del Norte, el pueblo vasco ó euskaro, que no entró en la fusión, y de la segunda, los distintos pueblos que con distintos nombres también, constituyeron en nuestra península las variadas tribus iberas.

La raza ibérica no debemos considerarla en España como de denominación etnográfica, sino geográfica, toda vez que el nombre de ibero que á estos antiguos habitantes de España dieron griegos y latinos, ocultaba el nombre y procedencia de pueblos distintos, y de distinto origen, que al fin se mezclaron, produciendo muchas tribus encargadas de conservar las tradiciones del punto de donde procedían.

Los iberos al penetrar en nuestra península en la primera emigración lo hicieron por el Norte, llegando en sus correrías hasta muy cerca del Sur de España, y dejando en un rincón de la parte Norte de nuestra península á los que siempre habían de ser fieles guardadores de sus antiquísimas tradiciones. La segunda emigración fué por el Sur, llegó en sus correrías á trabar lucha con los de la primera, que defendían el terreno conquistado, y vivieron por muchos siglos ocupando toda la parte meridional de España y constituyendo verdadera nacionalidad, dominando á todos por su superior ilustración y cultura.

Se ha justificado que sucesivamente poblaron los iberos toda la península y aun algo más, pues no solamente ocuparon lo que hoy es España y Portugal, sino también las grandes islas del Mediterráneo, el Sur de Francia y tal vez la Irlanda, pues que de todo ello hay testimonios en los escritores antiguos.

Está fuera de toda duda que los iberos precedieron desde luego en España á los celtas, pues todos los historiadores y antiguas narraciones así lo aseguran, refiriéndose todas ellas á las guerras que los celtas tuvieron que sostener con los iberos á su entrada en España.

El vascongado actual, euskaro ó euskaldunac, como también se le llama, procede según algunos historiadores y filólogos, de la antigua lengua ibera, creyendo que era un idioma derivado de aquélla, ó tal vez la misma, por encontrarse en el vascuence actual desinencias muy parecidas á las de aquella lengua primitiva. Otros sostienen que nada tiene que ver con el vascuence, añadiendo que el lenguaje de los iberos es de origen fenicio, fundándose en su alfabeto y en el carácter oriental de dicho idioma. La cuestión está sin resolver, ganando mucho terreno la opinión de los últimos, aunque hay también quien opina que el vasco procede del celta y el ibero del griego.

Entre nosotros quedan una multitud de nombres de procedencia ibera, esparcidos por todas las regiones, y que se han conservado y se conservan á pesar de todas las dominaciones posteriores. Ejemplo de ellos son los de Iberus, Astapa, Iliberis, Munda, Calagurris y otros.

El pueblo ibero al dominar España se dividió en varias tribus, conti-

nuamente en lucha, y á cuyo fraccionamiento ayudaba la configuración del país. De estas tribus las principales eran las de los turdetanos, vástulos, vastetanos, edetanos, contestanos, lacetanos y otras.

El mediodía y el oriente de España fué el definitivo asiento de los iberos, subdividiéndose en otros pequeños grupos, y viviendo algunos de ellos todavía la vida troglodita, á pesar de que tenían una relativa cultura y que habían edificado ciudades, como manifestación de su poder y del cultivo de las artes.

Después de los iberos llegan á España los celtas, procedentes de la Indo-Escitia, que salieron de su país en busca de climas más templados, y que en varias ocasiones se extendieron por toda la Europa, llegando también á España en distintas invasiones.

Precedieron desde luego á los fenicios al venir á España, como lo prueba el que los celtas y los iberos unidos se defendieron contra los fenicios, cuando éstos quisieron tiranizar á nuestra península, encerrándoles en Cádiz, hasta que con fuerzas auxiliares los arrojaron definitivamente de nuestro territorio.

La primera invasión de los celtas (pues que hubo varias en nuestra península), unos quince ó diez y seis siglos antes de J. C., debió verificarse por las costas cantábricas, pues así lo prueban la multitud de monumentos célticos que hay en dichas costas y lo difícil que les era atravesar los Pirineos; por lo que debieron de valerse para su desembarco de frágiles barquillas forradas de cuero, que más tarde les sirvieron para dedicarse á la pesca.—Puede asegurarse también que los celtas en su primera invasión pasaron por la Galia, y desde luego precedieron en España á las colonias griegas.—A más de esta primera invasión céltica, por todos aceptada, se admite después por los historiadores otra que se verificó por el Sur, y precisamente por las costas de la provincia de Granada, en el puerto de la Herradura, así como se añade que hubo una tercera, seis siglos antes de J. C.; sosteniendo también algunos críticos, con suma ligereza, la idea de que este pueblo tiene escasa antigüedad y no el antiguo abolengo que le asignan los historiadores.

Los celtas ocuparon en un principio el Norte de España, fraccionándose en cinco grandes tribus ó regiones, con existencia y vida propia. Estas eran las de los cántabros, vascones, astures, galáicos y lusitanos.—Más tarde hubo pueblos célticos en el centro de España y en la Bética.

Al llegar los celtas á la península, encontrándola toda ella dominada por los iberos, en sus distintas tribus de aborígenes españoles, y pretendiendo extender sus correrías de Norte á Sur, tuvieron que sostener una encarnizada lucha con los iberos, que no en todas partes de España les opusieron igual resistencia, estableciéndose fácilmente en el Norte y Oeste, y llegando al centro de la nación, que es hasta donde se extendían los iberos en su más arraigada dominación, ó sea la parte oriental española.—Como producto de la segunda emigración céltica por el Sur de España, se cuentan sus establecimientos en la Bética y en la Lusitania.

Producto de la fusión de razas, efecto de la guerra continuada y tenaz

entre celtas é iberos, aparece la celtibérica, como tercer elemento de población, en esta tercera época de la Edad primitiva de nuestra nación.

Formóse la raza celtíbera, como elemento de población de España, después de la lucha encarnizada que obligó á los iberos á refugiarse en las provincias del Levante y Mediodía de España.—Cuando el celta llegó á las mesetas de Castilla, allí perdió su carácter, que sólo conservó siempre el celta montañés, y fundiéndose con la raza ibera, produjo de este enlace el tercer elemento de población española, prodominando en él el celta sobre el ibero, excepción de los pocos celtíberos de la parte Sur de España, procedentes de la segunda invasión céltica, en los que siempre predominó el ibero sobre el celta.

El carácter general de la raza celtíbera, era la robustez y el valor; buscaba siempre al enemigo y le provocaba, peleando á campo raso y varonilmente, faltándole sólo la resistencia tenaz y constante de los celtas.

Los celtíberos no se sabe con fijeza cuál fué la región que en toda ocasión habitaran en España. En los tiempos primeros, al fusionarse con los iberos, fijaron su dominio en toda la península; pero más tarde quedaron circunscriptos á la región del centro, ó sea á la Celtiberia, ó ambas Castillas, y aun hubo época en que el territorio de su dominación fué más escaso.

También los celtíberos estaban divididos en varias tribus, de las que conservamos el recuerdo, como de las más principales, las de los arévacos, los carpetanos, los bacceos y los oretanos.

Muy distintas son las opiniones de los críticos, los historiadores y los sabios, acerca de la raza celtíbera en España, ya respecto al nombre con que se le distingue, ya también á su procedencia, ó ya en último término al lugar de su establecimiento. Unos suponen que el pueblo celtíbero nació, como es lo más factible, de la fusión después de la guerra entre celtas é iberos; otros le creen producido sin relación alguna con los iberos y con los primitivos celtas, por una nueva emigración céltica desde la Galia, que vino de aquel país y se refugió en España y en Italia, por la violenta invasión de los Cimerios en la Galia.—Consecuentes con esta idea de nueva invasión, afirman otros, que el nombre de celtíberos quiere decir tanto como celtas del Iber ó Ebro, por haber acampado y haberse establecido cerca de este río; y hay, por último, quien asegura que la raza celtíbera procede de la fusión de tiriosy celtas.—La primera de estas afirmaciones es la que á todas luces parece más aceptable y más conforme con la verdad histórica.

La opinión de los modernos geógrafos é historiadores que defienden la idea de que el pueblo celtíbero es una mezcla de tirios y de celtas, no puede aceptarse en manera alguna, aunque se funde en hallar elementos ibero-griegos dentro de los pueblos celtíberos, pues no hay razón que justifique tan gratuita afirmación, ni los celtas antes, ni después de su venida á España tuvieron relación alguna con los tirios, ni pudieron tenerla en España con los griegos, que posteriormente establecen aquí sus colonias, pues que la venida de los celtas y la aparición

de los celtíberos, como tercer elemento de población española, es muy anterior á la primera venida de los griegos á nuestra península.

El cuarto período de los que comprende la tercera época de la Edad primitiva de España, abraza la colonización etrusca entre nosotros. Verificóse ésta en los siglos VII y VIII (antes de J. C.), pues que los etruscos dominaban en el centro de Italia y eran dueños del mar Adriático y del Tirreno, haciendo un gran comercio exterior, lo que produjo que llegaran sus naves á las costa oriental de España, fundando la ciudad de Cose (Tarragona), cuyas antiquísimas murallas nos recuerdan las de otras del mismo nombre en la Etruria. Por eso á Tarragona y á otras ciudades en la costa de Cataluña, que han desaparecido, se les llamó en lo antiguo ciudades tirrénicas ó etruscas.

Crítica.—Puede afirmarse sin género alguno de duda que con la dominación de los iberos, de los celtas, de los celtíberos y de los etruscos, que constituyen los cuatro períodos de la tercera época de la Edad primitiva de España, comienza á dibujarse ya la verdad y fijeza en nuestra Historia, y á la vez se echan los cimientos de nuestra nacionalidad y de nuestra organización política. En efecto, durante las dos épocas anteriores, la antidiluviana y la posterior al Diluvio, no vemos en ellas datos algunos de certeza histórica, y todos los hechos que por reconstrucción estudiamos, están envueltos, ó en la más densa obscuridad, ó cubiertos con los encantos de la poesía, de la tradición, ó de la leyenda.

No cabe duda que todas las cuestiones suscitadas entre los sabios acerca de los orígenes del pueblo ibero, sólo pueden resolverse por medio de la filología, pues que con esta ciencia se analizan los elementos constitutivos del idioma que habló aquel pueblo primitivo, y se puede deducir, por las radicales y terminaciones del mismo, la procedencia de dicho pueblo y las relaciones de origen que tuviera con otros primitivos, de donde tomara su lengua que hoy se quiere hacer originaria del actual vascongado.

Sin apasionamiento de ningún género, puede defenderse, como lo hacen sabios eminentes, la entrada de los celtas por la provincia de Granada. Y para ello sólo hay que tener en cuenta que no se refieren á la primera invasión, sin duda venida por el Norte, sino á la segunda, efectuada por el Sur, y producida por la necesidad de buscar los celtas que aun quedaban en la Scytia, un lugar más á propósito para su vida, y costeando en embarcaciones más perfeccionadas que las de la primera invasión, llegaron á la parte Sur de España, y por el puerto de la Herradura, cerca de Almuñécar, en la provincia de Granada, desembarcaron, como antes habían desembarcado otras invasiones primitivas, y comenzaron su lucha con los iberos, con quienes se entendieron más tarde, aunque con cierto grado de independencia.

Cometen error crasísimo los que no creen á los celtíberos como mezcla de celtas é iberos, toda vez que analizadas las costumbres, el carácter y las condiciones de este pueblo, presentan un vivo retrato, en armónico conjunto, de las que separadamente tenían cada uno de los otros dos pueblos, que después de una lucha tenacísima y encarnizada, vinieron á fusionarse en el centro de nuestra península.

La tercera época de la Edad primitiva de España, merece á los historiadores un juicio razonado é imparcial, toda vez que en ella van desapareciendo las densas nieblas que obscurecían las épocas anteriores, mereciéndonos gran respeto y consideración aquellos segundos aborígenes españoles, á que se contrae dicha época, pues que en los mismos se encuentra el tipo perfecto y acabado de la serenidad é indómito carácter que á través de los siglos conserva todavía el pueblo español.

LECCIÓN 6.ª

ÉPOCA COLONIAL.

Cuarta época de la Edad Primitiva de España.—Dominación feno-helénica en nuestra patria.—Llegada de los fenicios á España.—Origen de los mismos.—Sus primeras exploraciones.—Cómo se condujeron con los españoles.—Colonias que fundaron en nuestra Península.—Crimen que cometieron al vivir entre nosotros.—Guerra de los turdetanos con los fenicios.—Por qué llaman á los cartagineses.—Su expulsión de España.—Venida de los griegos.—Tradición acerca de la época en que llegaron.—Cómo se establecen entre nosotros.—Su sistema colonial distinto del de los fenicios.—Colonias de rodios y samnios.—Idem de los focenses.—Otras colonias griegas.—Relaciones de estas colonias con la metrópoli.—Influencia de la civilización griega en la española.—Guerra de los griegos con los iberos.—Fundaciones de ciudades importantes.—Leyendas y tradiciones sobre la dominación de los griegos en España.—Sus relaciones con el rey de Tartesia.—Mapa general de España en la Edad Primitiva.—*Crítica.*—Juicio sobre el carácter de la dominación fenicia en nuestra patria.—Manera de descubrir la verdad entre las leyendas relacionadas con la venida de los fenicios á España.—Símbolo del Hércules fenicio.—Astucia de los fenicios.—Diferencia entre los fenicios y los otros pueblos antiguos.—Modo de aclarar las fábulas que rodean la venida de los griegos á España.—No vinieron ninguno de los príncipes y héroes de la Grecia antigua.—Dudas sobre la fundación de algunas ciudades españolas.—Quiénes fueron los griegos que según la Historia y la Crítica se puede afirmar que vinieron á España, y en qué tiempo lo realizaron.

La cuarta época de la Edad primitiva de España recibe la denominación de colonial, pues que se ocupa de las colonias y factorías que los fenicios y los griegos establecieron en nuestra patria en aquellas remotas edades.

La dominación Feno-Helénica en nuestra península, comprende desde el año 1500 al 501 (antes de J. C.) y se diferencia de las épocas anteriores porque no es el espíritu de guerra y el de conquista el que mueve á estos pueblos al venir á España, sino la idea de lucro y el interés comercial.

Los fenicios llegaron á España en dos épocas diferentes y con distinto motivo: los primeros arribaron en el siglo XVI y los segundos en el XV (antes de J. C.). Los primeros vinieron aquí como exploradores y para extender su comercio; los segundos, conocedores de nuestras riquezas y obligados por la necesidad, huyeron de su país y se propusieron explotarlas.

Procedían del Asia, junto al Monte Líbano, y eran oriundos de los pueblos cananeos, por lo que los hebreos llaman á la Fenicia tierra de Canaan, y los griegos Fenicia propiamente dicha.

Las primeras exploraciones de los fenicios en España fueron debidas

al afán de extender su comercio por todo el litoral del Mediterráneo, una vez que se les había cerrado el camino del Mar Negro, comenzando por establecer colonias en Africa, y extendiéndose después por vía de exploración á nuestras costas.—Se dice que esta primera expedición la mandaba el rico comerciante fenicio Midácrito, el que cargó sus bajeles en nuestras costas de estaño, no sin que antes, como recuerdo de tan feliz suceso, levantase dos columnas en los montes que separan el Estrecho de Gibraltar; atribuyéndosele también á él la apertura de dicho Estrecho, y viniendo á simbolizar entre los suyos á Hércules.—Un siglo después, los descendientes de aquellos fenicios exploradores, huyendo de su país, donde ya no podían vivir, á causa de haberse posesionado de todo él el pueblo de Israel, emprendieron la empresa de explorar nuevas comarcas, hicieron su camino nó con grandes facilidades, establecieron algunas colonias en el Africa, y fijándose al llegar á nuestras costas en la isla de Santi Petri, edificaron allí un templo á Hércules, y de este punto salieron para fundar la ciudad de Gádir (Cádiz), que desde entonces fué el centro y la capital de las colonias fenicias españolas. La antigua Gádir, que significa lugar cercado, ocupaba las dos islas que forman las de León, y que en época anterior á los fenicios se cree fué habitada con el nombre de Cotinusa.

Los fenicios al llegar á España y establecerse en Cádiz, llegaron como amigos, se dedicaron á los negocios como comerciantes, explotaron nuestras grandes riquezas y se atrajeron el afecto de los naturales del país, trabando con ellos cordiales relaciones y comunicándoles su cultura y civilización. Tanto explotaron nuestras minas, especialmente las de plata de los Pirineos, que cuando regresaban á su país todo el cargamento era de plata y hasta hicieron de este metal las áncoras de sus bajeles. Al pasar por Grecia, y para desorientar á este pueblo sobre el origen y facilidad de explotación de aquellas inmensas riquezas, contaron á los griegos la leyenda de que un monte encendido por los pastores había abierto sus entrañas, ardiendo la plata que había en su interior, la que saliendo á torrentes por las grietas fué recogida por ellos y transportada á sus navíos, quedando después el monte frío y sin producir desde entonces más cantidad de aquel precioso metal. Los griegos creyeron este cuento, no molestaron á los fenicios en sus continuadas explotaciones de nuestras minas, y á los montes donde éstas se encontraban les dieron el nombre, que aun ostentan de Pirineos, ó montes del fuego.—Se dice que las flotas de Salomón y del rey de Tiro, Hiram, venían con frecuencia á España y se llevaban á su país plata, oro y otras riquezas.

Los fenicios establecieron en nuestro país más de 200 colonias, de las que las principales fueron, á más de la capital central, las de Hisvelia ó Hispalis (Sevilla), Malac (Málaga), Corteba ó la ciudad de los molinos de aceite (Córdoba), Sex (Motril). Abdera (Adra), Calpe (Gibraltar), etc. Habiendo quien á la ciudad de Granada la hace también de procedencia fenicia.

Un grande crimen cometieron los fenicios al vivir entre nosotros. Cegados por la codicia y no satisfechos con la buena acogida de los na-

turales del país, no se contentaron con las riquezas del Sur de España, sino que penetraron en el interior, y creyeron poder explotarlo todo y convertirse de amigos cordiales y de simples comerciantes y colonizadores de este país en tiranos y dominadores del mismo, lo que no les parecía empresa difícil, viendo la consideración y el cariñoso trato que siempre le habían dispensado los españoles.

Habían pasado muchos siglos desde el establecimiento de las primeras colonias fenicias en España, cuando el VI (antes de J. C.), los turdetanos no pudiendo sufrir más la rapacidad y ambición de los fenicios, y escudados también con el apoyo que le ofrecían los griegos focenses establecidos ya en nuestra península con ricas factorías é ilustradas colonias, decidieron declarar una guerra cruel á los que hasta entonces se habían conducido como amigos, siendo el resultado de esta lucha que vencieran en toda la línea los turdetanos, arrebatando á los fenicios todas sus posesiones y plazas mercantiles, encerrándoles, por último, en Cádiz, como el baluarte inexpugnable del poder fenicio en nuestra península.

En situación tan apurada recordaron los fenicios que había una ciudad hermana, poderosa entonces, cual era Cartago, y á ella pidieron socorro en contra de los españoles, que estaban ya á punto de arrojarlos definitivamente de la península. Entonces los cartagineses deslizaron sus naves por el Mediterráneo y lograron la libertad de la colonia fenicia de Cádiz, sometiendo y venciendo á los turdetanos, recobrando las ciudades fenicias en que éstos dominaban y dejando en ellas guarniciones cartaginesas.

Pero el resultado fácil de esta empresa, y la fertilidad del país, despertó de tal modo la ambición del pueblo que había venido como auxiliar de los fenicios, que excitados en su ambición, pensaron en la conquista y dominio de toda España, llegando en el año 550 (antes de J. C.) á volver sus armas contra los mismos fenicios, sitiando la ciudad de Cádiz, que al fin cayó en su poder rendida á los duros golpes de sus terribles *arietes*, logrando vencerlos y expulsarlos definitivamente de España, no extendiendo su dominación por todo el país, sino esperando ocasión más propicia, y dejando sólo gobernadores en las posesiones adquiridas, como ya lo habían hecho en las Baleares, de las que eran señores desde el siglo VII (antes de J. C.).

El segundo pueblo colonizador en España fué el griego. De costumbres parecidas al fenicio por su afición al comercio y á la navegación, acometió empresas de exploración parecidas á las de estos pueblos, llegando á nuestra península después de los fenicios y cuando dominaban éstos en la mayor parte de la misma.

Muchas y variadas son las tradiciones que hay acerca de la venida de los griegos á España, asegurándose por escritores y poetas que poco después de la guerra de Troya vinieron los griegos á la península ibérica, que el Hércules griego estuvo en ella, que la expedición de los argonautas desembarcó en nuestras costas, y que Ulises fundó á Lisboa; habiendo quien en su afán de poetizar la venida de los griegos á España, hace que Homero, el padre de la poesía, estuviese tambien entre nosotros.

Todas estas leyendas y tradiciones están desprovistas de fundamento y sólo puede aceptarse como posible verdad histórica la manifestación del historiador griego Herodoto, que hace llegar á los griegos ó rodios á nuestras costas en el siglo X (antes de J. C.), fundando la ciudad de Rodas (Rosas) y poblando la isla de Ophiusa (Formentera), en las Baleares.—Después, según Strabón, una nave de Samos que se dirigía al Egipto en el siglo VII (antes de J. C.), combatida por la tempestad fué arrojada á las costas de Tartesio, recibiendo acogida favorable de Argantonio, rey ó régulo de aquel país.—Luego vienen los focenses establecidos en Marsella, que fundan á Emporiom (Ampurias), y los de Zante ó Sagunto, así como otras varias colonias de menor importancia.

Al establecerse los griegos entre nosotros plantean un sistema colonial distinto al de los fenicios, empleando el río Ebro como vía natural de su comercio, así como aquéllos habían aprovechado el Guadalquivir. Sus colonias eran más bien factorías, y estableciéndose ya en el litoral, ya en el interior, fundando granjas modelos de agricultura, escuelas de ciencias y artes, y mercados donde se cambiaban nuestros productos con los extranjeros, amparados en el principio que profesaban de la libertad de comercio, tratando á los españoles como hermanos, y arraigando más este trato fraternal enlazándose con mujeres indígenas, lo que dió origen á una raza mixta, que se distinguió siempre de las dos de que procedía.—En cambio con los fenicios estuvieron siempre en guerra, viendo en ellos los verdaderos enemigos para el engrandecimiento de su comercio, y no pudiendo transigir nunca con el sistema comercial y colonizador enteramente opuesto al que ellos profesaban.

Las colonias de los rodios se establecieron en las costas de Cataluña; de éllas las más importantes fueron las de Rosas y las de las Baleares. —Las de los sannios se situaron en el país de Tartesia, fundando pueblos en Andalucía que aun hoy día conservan su primitivo nombre.

Los focenses que primitivamente se establecieron en Marsella, atravesaron los Pirineos y fundaron colonias también en Cataluña y Valencia, de las que aún queda como recuerdo Denia, donde edificaron un templo á Diana. Estos fueron los más emprendedores y cultos de los que tuvieron colonias en España, llegando, según algunos historiadores, á haberlas en territorio gallego y en alguna parte de la Cantabria, así como en Andalucía, donde se les atribuye la fundación de la de Vélez-Málaga.

Hubo además otra colonias griegas, entre ellas las de los de Zante, fundadores de la heróica Sagunto, señalándose en la Bética otras colonias suyas, y particularmente en la provincia de Granada, las de Almuñécar en la costa, y la de Ugíjar en el interior de la Alpujarra.

Todas las colonias griegas en España vivieron una vida independiente en cuanto á su administración, pero con dependencia absoluta con la Metrópoli, que les mandaba sus jefes para sus nuevas colonizaciones, donde todos vivían como ciudadanos griegos y en pequeñas repúblicas.

La civilización griega ejerció una gran influencia en la española, estableciendo aquí su culto y sus adelantos, fundando ciudades opulen-

tas y comerciales, adelantando las artes y la agricultura, y dejando entre nosotros la huella de su sentimiento poético y artístico.—Hoy nada nos resta de aquella antigua dominación en nuestra patria.

Aunque esta civilización griega tanta influencia ejerció en la española, no fué sin que antes los griegos tuvieran que sostener guerra con los iberos, representados por los indigetes, cuya lucha terminó por un tratado amistoso de paz, borrándose las diferencias que existían entre las dos razas, y que separadas vivieron por algún tiempo.

Así lograron fundar pueblos importantes en la península, y desde las Baleares hasta la Bética, y desde Ampurias hasta Gibraltar, en todas partes edificaron ciudades, y por todas fueron dejando rastros de su genio culto y civilizador.

Pero influídos por el sentimiento poético que caracteriza á este pueblo, dejaron también en España sus poéticas tradiciones relacionadas con su dominación en nuestra patria. Y las leyendas de la madre de Mercurio, de Hércules y de su compañero Zazynto, de Olisipo y Licurgo, se encuentran relacionadas con la fundación de Sagunto, de Cástulo y de otras ciudades españolas de aquella época.

Pero con quien tuvieron relaciones directas y en cuyos Estados ejercieron más civilizadora influencia fué con el rey Therón, en la España citerior, y con Argantonio rey de Tartesia, en Andalucía. A éstos les ilustraron mucho en política, náutica y comercio, recibiendo á cambio grandes donaciones de aquellos monarcas.

El mapa general de la España primitiva al concluir la cuarta época de dicha Edad, puede formarse con los iberos reducidos al Este y Sur de la península; los celtas al Noroeste; en el centro los celtíberos; en la parte meridional el reino tartesiano, y en las costas y orillas de los ríos, la mayor parte de las colonias fenicias y griegas.

Crítica.—Con imparcialidad puede juzgarse el carácter de la dominación fenicia en nuestra patria, afirmando que de una manera astuta explotaron nuestras riquezas naturales, fingiéndose primero amigos para ser después nuestros enemigos encarnizados.

Siendo muchas las leyendas relacionadas con la venida de los fenicios á España, hay necesidad de distinguir siempre lo verdadero de lo falso, afirmando que este pueblo tradicionalmente envuelve su venida á nuestra península con todas las leyendas relacionadas con este suceso histórico, y entre éllas la referente á la venida de Nabucodonosor, y otras historias fabulosas que sólo disfrazan la idea comercial y el afán de explotar nuestras riquezas marítimas.

El Hércules fenicio que se supone establecido en Cádiz, y á quien se levantan templos y se ofrecen sacrificios, no es otra cosa que el símbolo del atrevido comerciante fenicio Midácrito, que á su vez venía á representar en España el espíritu emprendedor de su país.

La astucia fenicia ha sido reconocida como peculiar de este pueblo, pues que desde el principio no emplearon franqueza alguna con los naturales del país, y de un modo cauteloso se condujeron con ellos intentando después dominar á los que primeramente adularon y trataron como amigos.

Hay una diferencia notable entre los fenicios y los otros pueblos antiguos que invadieron á España: pues que éstos, atentos á la idea comercial, no despertaron sospechas en los que á su llegada ocupaban la península, y los otros invasores hicieron la guerra y conquistaron el país á mano armada y sin ocultar propósitos ulteriores.

La manera de aclarar las fábulas que rodean la venida de los griegos á España, es consultar las antiguas historias de aquel pueblo y del romano, y en ellas se verá cómo es falso que los titanes estuviesen en nuestra península, que viniesen por la Atlántida, que estableciesen un templo á sus dioses en Cádiz, así como la multitud de leyendas que tratan de poetizar esta época antigua de nuestra Historia.

También puede afirmarse que ni el Hércules griego, ni los príncipes Lacedemonios, ni los argonautas, ni los príncipes y heroes de la Grecia antigua vinieron á España, pues que ni Herodoto, ni Strabón, ni ninguno de aquellos antiguos escritores imparciales nos dicen nada sobre estos sucesos históricos.

Por eso se duda también sobre la fundación de algunas ciudades atribuídas á los griegos, especialmente en Galicia y Lusitania, toda vez que el padre de los historiadores griegos afirma lo contrario, y justifica lo poco que los griegos habían navegado hasta entonces, y que sólo la casualidad les hizo arribar á las costas de España.

La Historia y la Crítica nos enseñan que sólo las colonias de rodios, samnios, focenses y los de Zante, de quienes se tiene verdadera certeza histórica, por los datos que nos suministran geógrafos é historiadores antiguos, son los únicos que vinieron á España en el espacio de tiempo que media desde el siglo X al VI (antes de J. C.), siendo fabuloso todo lo demás que se quiera añadir para poetizar esta época histórica.

LECCIÓN 7.ª

EDAD PRIMITIVA.

Historia interna.

CULTURA Y CIVILIZACION DE LOS ESPAÑOLES EN LA 1.ª Y 2.ª ÉPOCA DE LA EDAD PRIMITIVA.

Confusa manifestación de la Historia interna de España en la primera época de la Edad Primitiva.—Los monumentos descubiertos prueban la escasa civilización de los primeros españoles.—Instrumentos guerreros.—Idem de la industria y objetos de cerámica y adorno en los tres primeros períodos.—Los descubrimientos de las cuevas habitadas, primer rastro de la arquitectura y de las sepulturas humanas.—Significación de los dólmenes.—Los adornos é instrumentos de bronce y cobre, y los tejidos de esparto, y las cuevas de los letreros, indican adelanto en los últimos períodos de esta edad.—Manifestaciones escasas en ella, referentes á la agricultura, á la carpintería y á otras artes.—Culto religioso.—Ninguna justificación del poder y de la autoridad.—Cultura en la segunda época de la Edad Primitiva.—Ya aparece el poder real.—Primeros ensayos de la agricultura y de la minería.—Principio de la marina nacional.—Creencias mitológicas.—Va templándose el poder absoluto de los reyes.—Primeros destellos de la medicina.—Perfeccionamiento de la arquitectura.—Aumenta el ejercicio de las artes de adorno.—Tradiciones bíblicas sobre el cultivo de las artes y ciencias por Túbal y sus descendientes en este período tradicional de la Historia de España.—*Crítica.*—Cómo debe de apreciarse la cultura primitiva española por los monumentos de los aborígenes.—Manera de considerarse todas las tradiciones míticas sobre el poder real, la cultura, las artes, la agricultura y la industria, en la segunda época de la Edad Primitiva de España.

La Historia interna de España en la primera época de la Edad primitiva, se presenta en confusa manifestación y sin detalle alguno digno de apreciarse, como ocurre en la Historia externa de dicha Edad, donde sólo tenemos como prueba de la existencia del hombre en nuestra patria, en los tiempos antidiluvianos, los monumentos que en el presente siglo se van descubriendo en toda la nación, y que prueban que desde los tiempos primitivos de la vida humana, España tuvo habitantes, dejando como señal de su existencia algunos testimonios de su cultura y civilización primitiva.

Esta, á juzgar por los monumentos descubiertos, debió ser escasa; aunque nunca puede aceptarse la idea errónea de la rusticidad del hombre primitivo, que salió perfecto de las manos de Dios, y que al juzgarlo en sus obras durante esta Edad primitiva de la Historia de España, se le ve ir ascendiendo progresivamente en cultura y civilización, dejando rastros de ellas en los monumentos antiquísimos, y en las cuevas habitadas, como demostración de que fueron relativamente cultos é ilustrados los primeros españoles.

Los instrumentos guerreros y de combate son los primeras manifestaciones de la vida primitiva de los españoles. Y las armas de piedra ó de hueso, las flechas y los chuzos, servían á aquella gente para cazar los animales de que se alimentaban y para defenderse de las acometidas de sus semejantes, en las contínuas disputas de aquellos tiempos al luchar por la existencia individual.—A más de la caza, la pesca con utensilio rudimentario de hueso ó de madera, y con su cebo, era otra de las ocupaciones de aquellos hombres, y otra manifestación también de sus primeras artes ó industrias.

Estas van adelantando, y el hombre necesita fabricar moradas, que casi siempre fueron cuevas en las peladas rocas, de donde les vino el nombre de trogloditas, cuando no vivían en pozos hechos en el interior de la tierrra, no habiendo en unas y en otras más que el preciso respiradero para el humo, y pasando más adelante á la construcción de cabañas, cercanas las unas á las otras, como signo del instinto de sociabilidad que distingue al hombre en todas las épocas de la Historia.—Y no contentos con satisfacer la necesidad primera de la alimentación y de la casa, aprovecharon el barro que tenían cercano y construyeron varios objetos de cerámica incipiente, como escudillas, jarros, platos, etc., dando así un nuevo paso en el camino de la cultura y de la civilización.—Los troncos de los árboles agujereados por el tiempo les sirvieron de primeros barcos para comunicarse por las costas, así como pensaron en objetos de adorno cuando comenzaron á descubrir los metales, y cambiaron aquellos primitivos adornos de pintura en su cuerpo, para siempre indelebles, parecidos al moderno *tatuaje*, por adornos y aderezos, tanto en el hombre como en la mujer, que si en un principio lo constituían perlas de arcilla endurecida, arracadas de hueso, y dientes de animales, más tarde, y en los últimos períodos, fueron adornos más perfeccionados de oro, bronce y otros metales.

Las cuevas habitadas son la primera manifestación, no sólo de la arquitectura, sino también de las sepulturas humanas. En efecto, los muertos, desde los tiempos más remotos eran depositados en sepulturas, que al principio se colocaban cerca de las cuevas habitadas, y que después lo eran en el fondo de la caverna que les sirviera de habitación. Encontrándose sepulturas en aquellas cuevas que demuestran el inquebrantable afecto de la pareja habitadora de aquella morada, pues que juntos están depositados el hombre y la mujer que allí vivieran, descubriéndose también en dichas tumbas imperfectos dibujos, grabados y esculturas, así como conchas perforadas, aderezos y otros objetos diferentes, que se interpretan hoy al verlos colocados allí, como destinados para que los usasen los difuntos en la nueva vida que iban á emprender, ó como amuletos que les protegieran en la peregrinación que iban á hacer.

Los dólmenes en la Edad primitiva vienen á significar no sólo un adelanto del arte de la fabricación de la piedra, sino un paso más, y más perfeccionado, de la caverna tallada en la roca, á la habitación hecha de piedra y en condiciones de larga duración y relativa comodidad. Otros sólo estaban destinados á los muertos, notándose en todos

ellos, especialmente en los funerarios, teniendo todos un orificio, que según la explicación moderna servía para que por él escapase el alma, volando á regiones felices ó desgraciadas en la otra vida, cuya creencia fué admitida siempre por los pueblos primitivos.—La significación de los dólmenes como sepulturas humanas, está probada por la riqueza de objetos funerarios descubiertos en ellos, en los que se colocaban las alhajas y armas de más valor, como ofrenda á los difuntos, y que nadie se atrevió á arrancar nunca de aquellas mansiones de los muertos.

Los adornos é instrumentos de bronce y cobre, en los dos últimos períodos de la protohistoria española, marcan un adelanto notabilísimo en las artes de aquella primera edad, notándose que el español primitivo fué aficionado siempre á adornar su cuerpo, y que ya por entonces trabajaba bien los metales, como lo prueba la especie de diadema de oro descubierta en la cueva de los murciélagos (Albuñol), y los variados objetos de adorno de este metal y de bronce que se exhiben en nuestros museos.—Los tejidos de esparto determinan también un gran adelanto en esta industria, encontrándose vestidos, bolsos, calzados y otras prendas para el uso humano, ya tejidos á mano en los pueblos de las agrestes Alpujarras, ó en verdaderos telares, y marcando un grande adelanto industrial, como en los objetos hallados en Carmona (Sevilla). —Las cuevas de los letreros con inscripciones hasta ahora no traducidas y de las que hay ejemplares en varios puntos de España, nos prueban que el hombre primitivo fué adelantando progresivamente en su cultura y civilización; pues que en aquellos antros y cavernas, fué legando á las generaciones posteriores las manifestaciones de su pensamiento en aquel idioma desconocido, que se ha dado en llamar la lengua paleontológica.

Son escasas las manifestaciones que hay en la Edad primitiva de España referentes á la agricultura, á la carpintería y á otras artes; no sin que se hayan encontrado petrificados el trigo, la cebada, la nuez y la manzana; que se hayan visto también algunas manifestaciones de la carpintería incipiente, como los mangos de las hachas; que se hayan hallado también petrificados algo como panes para el alimento, y otras vasijas de barro para las operaciones diarias de la vida humana.

El culto religioso no puede negarse en esta Edad primera; aunque no tenemos más manifestación para creerlo que las sepulturas humanas, las maneras de estar colocados en ellas los cadáveres en grandes tinajas de barro cubiertas con arcilla, y los dólmenes, siendo todo esto manifestación de la creencia religiosa de aquellos primeros pueblos, de cuyo culto religioso exterior, no tenemos hasta ahora manifestación alguna. Tampoco la tenemos del poder y del Estado en aquellas primeras Edades, pues que todo lo más que se ha encontrado en las cuevas habitadas, es el signo de la autoridad de la familia, sin que hasta ahora conozcamos otros distintivos de que existió por entonces el poder supremo y la autoridad pública.

Después del Diluvio, repoblada España en la segunda época de la Edad primitiva, aparece la organización social ya más definida, como para todos los países nos lo enseña la Biblia y nos lo justifican las tradicio-

nes y leyendas de nuestro pais, que siempre envuelven algún fondo de verdad.—Ya aparece en esta época el poder real con caracteres absolutos y de verdadero dominio en el primer período, templado en el segundo, y tiránico y despótico en el tercero.

En esta época empieza á manifestarse con caracteres propios la agricultura y la minería, pues que los descendientes de Túbal que repoblaron á España, se dedicaron desde el principio á laborear su fértil tierra, á extraer el fruto de los árboles, y á fabricar el vino, habiendo historiador que asegura que en esta época primitiva también se cultivó el olivo y que los ganados de España eran de los mejores entonces conocidos. Por esta época se dice que comenzaron á explotarse las minas de oro, plata é hierro y las canteras de mármol, lo cual no es increible, pues en las invasiones posteriores se encontraron ya vestigios de estas antiguas explotaciones.

Por entonces, se echan asimismo los primeros cimientos de la marina nacional, pues que al defenderse los españoles de los que venían á compartir con ellos las riquezas de sus puertos, tuvieron que ir perfeccionando los primitivos barquichuelos, armándoles de un modo primitivo, y dedicándoles á las defensas de nuestras costas.

Las creencias mitológicas se enseñorearon de nuestro pais, en la segunda época de la Edad primitiva. Tuvieron aquellos españoles toda clase de dioses y de héroes, y en sus relaciones y en su trato con otros pueblos, les trajeron sus mentidas creencias, envueltas en el misterio de la tradición, la fábula y la leyenda, que caracterizan á esta segunda época de nuestra Historia.

El poder absoluto de los reyes, que en el primer período según la tradición, tenía este carácter, va templándose, y la forma monárquica se hermana perfectamente con el pueblo, que respeta al monarca á cambio de la independencia y relativa libertad de sus súbditos en aquellas remotas Edades; hasta que en el último período aparecen las tiranías de los Geriones, y se obliga á los españoles á pedir auxilio á gente extraña, con lo que se determinan otras invasiones y la venida de nuevas gentes á nuestra península.

La medicina, de la que sólo aparecen ligerísimos rastros en la época protohistórica, presenta sus primeros destellos en la época tradicional, habiendo el recuerdo de plantas milagrosas para la curación de determinadas enfermedades, y el descubrimiento de cráneos, que se atribuyen á esta época, aunque otros los asignan á la protohistórica, y alguno al tiempo de los iberos y de los celtas, en los que la operación del trépano, y la curación de fractura en las extremidades, aparece perfectamente señalada en las osamentas humanas, descubiertas en las grutas de aquellas primeras épocas.

La arquitectura fué adelantando también más que en solidez, en comodidad, pues que después de aquellas portentosas construcciones de piedras, los hombres posteriores al Diluvio quisieron tener habitaciones donde vivieran más agrupados y con algo de vida social; y por eso empezaron á construir cabañas y pequeñas casas con troncos de árboles, cañas entrelazadas y barro arcilloso, naciendo así los verdaderos oríge-

nes de nuestra moderna arquitectura, y formándose pequeños pueblos, que habían de ser los anunciadores de nuestras populosas ciudades.

También aumenta el ejercicio de las artes de adorno de nuestro país, durante la segunda época de la Edad primitiva de España. Con la frecuente explotación de las minas se aficionaron los españoles á trabajar todos los metales, y en sus relaciones con otros pueblos del Oriente, que intentaban conocer y explotar nuestras riquezas, se dedicaron á fabricar adornos con que hombres y mujeres cubrían sus cuerpos, así como también perfeccionaron, aunque de una manera embrionaria, todas las artes de adorno aplicables al vestido y á la habitación humana.

Y esto no es de extrañar, teniendo en cuenta las tradiciones bíblicas acerca del cultivo de las ciencias y las artes por los descendientes de Noé. Y siendo tradicional que Túbal y sus descendientes, á quienes se les hace repobladores de España después del Diluvio, cultivaron todas las artes, forjaron admirablemente el hierro, trabajaron todos los metales, construyeron ciudades y teniendo el sentimiento delicado del arte, á él rindieron culto, presentando en nuestra patria las primeras manifestaciones del divino arte de la música.

Crítica.—La cultura primitiva de los aborígenes españoles debe apreciarse de una manera imparcial por el examen de los monumentos que nos manifiestan su especial cultura y relativa civilización. Aunque aquellos primeros hombres hicieron la vida troglodita nunca vivieron como salvajes, y su inteligencia estuvo iluminada por la luz divina, teniendo aptitudes para dedicarse desde el principio á construir viviendas y edificar grandísimos monumentos de piedra, que hoy, á través de los siglos, son la admiración de las actuales generaciones, y que prueban, así como los objetos de adorno y de vestido, de combate y de uso doméstico, que tuvieron en aquellas apartadas Edades, una cultura y un sentimiento artístico, del que quizás carecieran en tiempos posteriores otros países que pasaron por más civilizados.

Por último, todas las tradiciones míticas y tradicionales de la segunda época de la Edad Primitiva de la Historia de España que se relacionan con el poder real, la cultura, las artes, la agricultura y la industria, deben apreciarse bajo la forma simbólica con que hemos estudiado la Historia externa de esta época, aceptando sólo como verídica la tradición mosaica, y reconociendo como legendario todo lo demás, pero no olvidando que en todas estas ficciones más ó menos poéticas, hay un fondo de verdad que pueden ser utilísimo para la Historia.

LECCIÓN 8.ª

CULTURA Y CIVILIZACIÓN DE ESPAÑA EN LA 3.ª Y 4.ª ÉPOCA DE LA EDAD PRIMITIVA

Cultura y civilización de los españoles en la tercera época de la Edad Primitiva.—Cultura de los iberos.—Monumentos religiosos.—Idioma.—Costumbres sobrias de este pueblo.—Sus fiestas y origen de la lidia de toros.—Desarrollo de la agricultura.—Clases sociales.—Propiedad colectiva.—Arte militar.—Instrumentos de combate.—Monumentos literarios.—Dialectos y alfabetos de los iberos.—Inscripciones iberas.—Cultura y civilización de los celtas.—Religión y lenguaje céltico.—Sus costumbres.—Clases sociales.—Monumentos literarios y arquitectónicos de los celtas.—Sentimientos que debemos á iberos y celtas.—Costumbres y carácter de la raza celtíbera.—Traje, religión y armas de los celtíberos.—Caracteres comunes á celtas y celtíberos.—Cultura y civilización de los españoles en la cuarta época de la Edad Primitiva.—Cultura y civilización fenicia.—Religión, comercio, arte marítimo, minería, agricultura y lenguaje de los fenicios.—Costumbres particulares que aún conservamos de ellos.—Colonización fenicia.—Cultura y civilización de las colonias griegas en España.—Su sistema colonial.—Religión, artes y agricultura de los griegos en nuestra Península.—Restos de esta civilización.—*Crítica.*—Manera desapasionada como debe estudiarse la civilización y cultura de los iberos, celtas, celtíberos, fenicios y griegos en España.

La cultura y civilización de los españoles en la tercera época de la Edad Primitiva de España, va adelantando de una manera rapidísima, encontrándonos con descripciones muy detalladas de usos y costumbres de los pueblos que poblaron á España en esta Edad, que nos demuestran el progresivo adelanto de los mismos en aquellos remotos tiempos.

El primer pueblo cuyas costumbres y civilización hemos de estudiar en esta Edad Primitiva, es el pueblo ibero. Su cultura está muy adelantada con relación á los de las otras épocas que les preceden, y puede asegurarse que de él proceden muchas de las costumbres y usos que aún hoy día, á través de los siglos, no han desaparecido.

Los monumentos religiosos á que se refieren las tradiciones iberas, nos prueban que su religión y su culto tenía muchos puntos de contacto con las religiones orientales. Adoraban á los astros, en especial á la luna, con los nombres de sus cuatro fases, adorando también al sol, teniendo entre sus símbolos religiosos el lábaro y la cruz, también venidos de oriente, aceptando otra clase de dioses á más de los principales, y como el supremo, el que llamaban Dios desconocido.—Profesaban especiales doctrinas religiosas, como la de la restauración ó purificación para la otra vida, hacían sacrificios á sus dioses en sus templos y adoratorios, y sus ritos funerarios estaban revestidos de ceremonias especialísimas.

Su idioma, que para unos filólogos es el ascendiente del vascongado

actúal, y para otros de importación fenicia, parece que tiene grande enlace con la raza pelásgica, y los ligures de la Italia, predominando en él el caracter oriental, como en casi todos los pueblos primitivos.

Las costumbres de los iberos revisten un carácter de sobriedad particular. Durante los varios siglos que las tribus iberas estuvieron en España, fundaron multitud de ciudades, y vivieron con una tranquila organización y patriarcal gobierno, especialmente en el Sur de nuestra nación, dedicándose á la agricultura y el pastoreo, no sin que se ocuparan también en algunos trabajos comerciales, y explotaran la riqueza de nuestras minas, especialmente de plata.—El ibero era altivo, sus mujeres laboriosas, frugales y espléndidos, ligeros y valientes en el combate, aficionados á las joyas, á las sidras y las cervezas, al licor de las cien yerbas, y al uso de pintarse el cuerpo con colores indelebles.

Eran también muy alegres y divertidos, teniendo las danzas del banquete, las coreadas de hombres solos, y las de ambos sexos, los bailes religiosos, la danza egipcia Mendesca, y las superticiosas del Aquelarre. Eran ocurrentes, y se caracterizaban por la *vis cómica*, y el gracejo, que heredaron después los andaluces; y sus juegos especiales eran el de pelota, del que tanto recuerdo queda en el Norte de España, y la lidia de toros, que se suponen cazados en la Atlántida, y cuya forma de diversión en campo abierto, engendró nuestra fiesta nacional, de la que tantos recuerdos se conservan en España, y especialmente en Andalucía.

La agricultúra se desarrolló por entonces de una manera rapidísima, trayendo costumbres agrícolas de otros países, explotando las riquezas naturales, dedicándose á la caza y á la cría de animales, especialmente perros y caballos, á que eran muy afectos, cazando los silvestres con lazo, y los conejos con hurón, y dedicándose á ejercicios higiénicos, al par que á los trabajos agrícolas.

Las clases sociales de los iberos eran las de los sacerdotes, las de los guerreros, y el pueblo, que cada una tenía misiones especiales que cumplir, y que todos en su esfera ayudaban á la guerra y á la defensa del territorio, y que siempre obedecían á la asamblea suprema, que dirigía todos los negocios en cada tribu.

La propiedad era colectiva, en algo parecida á la que pretenden los socialistas modernos, perteneciendo la propiedad inmueble agraria á la tribu, y repartiéndose todos los años entre los labradores, con obligación de entregar los productos á ésta para su distribución oportuna, y castigando con crudísimas penas las ocultaciones. En esto se ve algo parecido con el jubileo israelita.

Los trajes iberos con calzado especial, con casquetes ó caperuzas y llevando descubierta la cabeza, con túnicas varoniles de anchos pliegues, preparaban los ejercicios guerreros y daban importancia al arte militar que era su principal ocupación, usando como armas defensivas los cascos de tres crestas, ordinariamente de bronce, los yelmos de esparto, los petos de lino, el cuchillo recto de piedra, la *sica* ó puñal puntiagudo, el hacha de dos filos, la larga lanza y la espada, originarias de las espadas españolas, usando también armas arrojadizas como la lanza,

de donde proceden las que hoy se usan. El arte militar estaba muy adelantado, mezclando en la guerra la infantería con la caballería, cantando al entrar en el combate, siendo notable la táctica de caballería, los ejercicios del caballo, y el auxilio que los ginetes prestaban á los peones en la guerra.

Como monumentos literarios de la época de los iberos nos restan, aunque no son de los tiempos primitivos, dos cantos, uno de la época de Augusto, y otro posterior. Ambos son cantos guerreros.—Como monumentos de otro género y como demostración de su adelanto en la náutica, la industria, la arquitectura y otras ciencias, nos quedan recuerdos pequeñísimos, entre otros los referentes á sus construcciones, que merecieron el nombre de cicópleas ó pelásgicas.

Su lengua se dividía en varios dialectos que hablaban sus diversas tribus, y su alfabeto constaba de diez y seis letras, casi iguales á las diez y seis primeras del alfabeto griego, que es en lo que se fundan los defensores del origen fenicio de la lengua ibérica.

Pocos son los monumentos con inscripciones iberas que hoy existen, habiéndose descubierto alguno en bronces antiguos con las tres simbólicas cabezas y que parecen surtidores, no estando los críticos conformes en el origen legítimo de los pocos monumentos descubiertos, ni en la interpretación de sus inscripciones.

También es de grandísima importancia el conocer la cultura y civilización de los celtas, habitadores de España en los primeros tiempos de la Edad primitiva.

La religión céltica era el druidismo rodeado de obscuros misterios, adorando al Sol, la Luna y el fuego, precursoras según algunos de la Santísima Trinidad de nuestra religión; adorando también á otras divinidades politeistas con terribles sacrificios y repugnantes devociones, y teniendo asimismo la idea de un Dios desconocido.—El lenguaje céltico es parecido al bretón y al primitivo de las Galias, como lo justifica el nombre de sitios y personas y con caracteres propios y específicos. De este idioma quedan todavía en el nuestro algunas palabras, como truhán, banco, glotón, etc.

Las costumbres célticas son especiales y semejantes á las de todos los pueblos germanos. Vivían en rústicas cabañas, sus trajes eran de hilo, bebían el zumo de las frutas, y la pesca era su principal ocupación. Contínuamente estaban en la guerra, pocas veces dejaban de vestir los arreos militares, y sus mujeres tipo perfecto de la fidelidad conyugal, eran salvajes heroinas que clavaban en el corazón de sus hijos su puñal de doble filo, antes de permitir que cayesen prisioneros, y que se suicidaban al lado del cadáver de sus esposos.

Las clases sociales de aquel pueblo eran tres: la de los druidas ó sacerdotes encargados de la enseñanza y sacados de las demás clases sociales, la de los caballeros que se ocupaban de la guerra y de la administración del país, y la del pueblo que gozaba de los derechos civiles pero que no ejercía los políticos.

Dos monumentos literarios nos restan de la dominación céltica en España: son dos cantos cántabros, esencialmente guerreros y que se

refieren á las luchas de Annibal con los romanos.—Los monumentos arquitectónicos son de dos clases, unos reproducción de los de la época protohistórica, como los menhires, los dólmenes y los túmulos; y otros á ellos peculiares, como las piedras horadadas para colocar los miembros enfermos y lograr su curación, las piedras con pila para recoger la sangre de los sacrificios, los recintos sagrados donde se constituían los tribunales de justicia, y las piedras oscilatorias para probar la culpabilidad ó inocencia de los acusados.

A celtas y á iberos debemos sentimientos que han llegado hasta nosotros y que han constituído el fondo del carácter español, como son el de la independencia, de la libertad, del amor á la patria, el heroismo y el odio á la tiranía.

La raza celtíbera tiene también costumbres y condiciones especiales, y otros que son comunes á iberos y á celtas. Su carácter era aparecer siempre robusto y valiente, no esperar nunca el ataque del enemigo, provocarle y pelear en toda ocasión á campo raso. Sus costumbres eran guerreras, siendo para ellos la más hermosa muerte la de la batalla; gustaban del aislamiento; tenían la propiedad agrícola colectiva, y los frutos cuando iban á la guerra los guardaban en silos ó subterráneos, que aún subsisten en Castilla y en Sierra Nevada; fabricaban armas defensivas y tenían el comercio de cambio con sus vecinos, no habiendo hasta esta época en España señal alguna de la moneda.

Su traje era pantalón ajustado con botín de cuero, tosco sayo ceñido con cinturón, con capucha en la cabeza, y siempre pendiente del cinturón su espada de dos filos.—Su religión, parecida á la de los celtas, tenía todos sus dioses y además un Dios oculto que nunca nombraban. —Sus armas eran la espada de doble filo, la lanza española, la pica de hierro y la honda, de tres clases según sus dimensiones, y que tan bien manejaron siempre los Baleares. Se defendían con el yelmo y la cota y piezas metálicas circulares para los brazos y piernas. Usaron también escudos especiales, y fueron los primeros que en España emplearon las trompetas y clarines. Su táctica de combate era atacar formando una figura triangular, llamándose *cuneus* á este orden de batalla.

Los caracteres comunes á celtas y celtíberos, así como á iberos, eran la religiosidad, sobriedad, valor, rudeza, sencillez, amor á la libertad, odio á la servidumbre y desprecio de la vida.

De la invasión etrusca solo nos queda como recuerdo algo de monumentos como las murallas de Tarragona, los vasos etruscos allí descubiertos, otros monumentos de este género en las provincias de Jaén y de Córdoba, y ligeras semejanzas de palabras en el idioma.

La cultura y civilización de los españoles adelanta mucho en la cuarta época de la Edad primitiva, merced á la colonización de fenicios y griegos en España.

La cultura y civilización fenicia se extendió muchísimo por los pueblos de la Bética á los que enseñaron su lengua, su alfabeto, su comercio y su mitología.

La religión fenicia que tal vez fuera la primer religión idolátrica en España, pues que aun en medio de grandes errores los naturales del país

habían conservado siempre la idea monoteista, se encontraba plagada de muchas divinidades que todas fueron introducidas por los fenicios en España con los nombres de Baal, Astarte y Melkarte. La Esfinge y la Triquetra ó deidad del año, son también manifestaciones de la religión y del culto fenicio entre nosotros, que se conservó por mucho tiempo, pues que en el siglo IV se adoraba en Sevilla á la diosa Salamber.—El comercio adelantó muchísimo durante este tiempo, pues que de Cádiz se comerciaba con todas las partes del mundo conocido; dando la vuelta al Africa, y llegando hasta Inglaterra. Adelantó también bastante el arte marítimo que hasta entonces había estado embrionario.—La minería y la agricultura creció en importancia, pues que extrajeron los metales por métodos más perfeccionados, así como en la agricultura enseñaron mucho que se desconocía, y entre otras cosas el cultivo del olivo y la extracción del aceite.—Su lenguaje y su escritura fué un grande adelanto para nuestra patria pues que ellos inventaron la escritura alfabética simplificando el geroglífico.—Ellos también cultivaban la aritmética, la astronomía, la poesía y la música, construyendo instrumentos músicos.—Otros inventos se les atribuyen, entre ellos el del vidrio que ya se empleó para las habitaciones, y sobre todo para las paredes de ellas y para adornos; inventaron también la púrpura, cuyo invento fué debido á la casualidad; tejían finísimamente la lana y el hilo; salaban el pescado admirablemente; y su traje común para ambos sexos, se componía de una especie de saya, un delantal y una esclavina, usándolo los magnates de púrpura, y construían faros, entre ellos la torre de Hércules de la Coruña.—Poco nos resta de ellos, salvo algunos sarcófagos fenicios descubiertos en Cádiz en 1887, del siglo V (a. de J. C.) También quedan de origen fenicio arranques de torres y de puentes, las salinas de San Fernando, y restos de explotación de minas de las que se conservan recuerdos en el museo del Louvre, así como un bajo relieve descubierto en 1872 en las minas de Palazuelo (Zamora).

Aún se conservan entre nosotros muchas de las prácticas de los fenicios para la minería y para la explotación del aceite, así como algunas costumbres particulares, entre ellas las de las verbenas y la de encender hogueras para celebrar las festividades de San Juan, San Pedro y Santiago, copia de lo que hacían los fenicios de igual modo al acercarse la canícula.

La colonización fenicia tiene un sello especial que solo puede compararse con la colonización inglesa en nuestros días, pues que sus colonias eran consecuencia del comercio, y que aunque defendidas, nunca llevaron la intención de conquista, sin más aspiración que el lucro, empleando la astucia y el disimulo para engañar á todos, y ocultando sus viajes ante el temor de ser descubiertos en sus empresas.

Las colonias griegas en España ejercieron también gran influencia en la cultura y civilización del país, toda vez que trajeron un nuevo modo de ser á la península, y se condujeron siempre de manera amistosa con los primeros españoles.

La colonización griega tiene un sistema distinto á la fenicia; pues que se fundaba en la amistad con los naturales del pais, en la ilustra-

ción que á ellos prestaron, y en la unión con mujeres indígenas, lo cual dió origen á una raza mixta, que se encuentra en todas las colonias griegas.

Los griegos introdujeron en España su religión y su culto, siendo su principal diosa Artemisa ó Diana, á quien levantaron templos en Sagunto y en Denia.—Las artes griegas tuvieron aquí su representación, y el comercio y la agricultura adelantaron muchísimo con la venida de este pueblo nuevo á colonizar entre nosotros.

Todo se ha perdido de lo que aquí dejaron los griegos de su dominación: ni existen monumentos, ni hay más antecedentes que alguna que otra escultura y fragmentos cerámicos descubiertos en Tarragona, y algunas monedas muy parecidas á las celtibéricas.

Crítica.—Sólo de una manera desapasionada debemos estudiar la civilización y cultura de los iberos, celtas, celtíberos, etruscos, fenicios y griegos con relación á España, señalando como lo hemos hecho, los beneficios que con su dominación prestaron á nuestro país, sin exageraciones de ningún género y fijándonos sólo en lo que la tradición, el recuerdo y los monumentos existentes nos enseñan acerca de la influencia civilizadora de estos pueblos en nuestra península.

LECCIÓN 9.ª

ORIGENES DEL DERECHO ESPAÑOL EN LA EDAD PRIMITIVA.

Nace el derecho español en la primera edad de la Historia de España.—Verdaderamente no adquiere éste su desarrollo hasta la entrada de los godos en nuestra Península.—Período de preparación del derecho español.—Dos épocas que comprende.—Su relación con las edades primitiva y antigua de la Historia de España.—Primera época.—Caracter tradicional de estos primeros tiempos.—Primeros legisladores.—Costumbres jurídicas de los aborígenes. —Idem de la época mítica ó tradicional.—Idem al principiar la constitución de nuestra nacionalidad con los iberos.—Detalles sobre algunas disposiciones legislativas rudimentarias de iberos, celtas y celtíberos.—Leyes de los turdetanos y su extraordinaria antigüedad.—Antiguas leyes lusitanas dignas de especial mención.—Restos de costumbres jurídicas de los antiguos cántabros.—Origen del derecho mercantil desde la llegada de los fenicios á España. —Tradiciones sobre la legislación fenicia.—Adelanto de los principios de la legislación mercantil con la venida de los griegos á nuestra Península.—Este pueblo y el fenicio echaron los primeros cimientos del derecho colonial en España.—Publicidad de la legislación griega.—Senado perpetuo de los griegos.—Desarrollo de su poder ejecutivo y de su administración de justicia.—En esta época no hubo uniformidad en el gobierno de España.—Asamblea popular en caso de guerra.—Espíritu democrático é intervención del pueblo en las primeras Asambleas de los españoles de la Edad Primitiva.—Primera noción del régimen municipal. —*Crítica.*—Sólo á título de recuerdo tradicional, y por vía de preparación al estudio de nuestro Derecho, es como deben considerarse estos precedentes á la legislación de nuestra patria.

Los orígenes del derecho español, aunque en forma rudimentaria y mezclados con ideas mitológicas y símbolos extraños, los encontramos en la primera Edad de la Historia de España, que hemos apellidado con la denominación de Edad primitiva de nuestra nación.

Pero verdaderamente el Derecho español no adquiere su desarrollo hasta la entrada de los godos en nuestra península, en que comienza á manifestarse verdaderamente nuestra existencia nacional, y en que se promulgan códigos que son el fundamento del derecho peculiar y propio de los españoles desde entonces en adelante.—Con los godos terminan las involucradas ideas de derecho de las épocas primitivas, y el principio social que caracteriza al Derecho Romano, naciendo el propiamente individual como producto de la influencia germana, representada en nuestra patria por la invasión goda.

Por eso se acostumbra á dividir la historia del Derecho español en dos grandes períodos, con los nombres de *preparación* y de *consumación;* comprendiendo el primero desde los aborígenes españoles hasta los godos, y el segundo desde este suceso histórico hasta nuestros días.

Apellidamos al primero de *preparación,* porque efectivamente du-

rante las distintas dominaciones y los varios pueblos que viven en nuestra patria, en las Edades primitiva y antigua de su Historia, se vá preparando y elaborando nuestra legislación á merced de las fórmulas y de los ritos en la primera Edad y determinándose la influencia comercial y colonizadora de los pueblos que aquí iniciaron el sistema mercantil, viniendo más tarde el Derecho Romano con sus sabias disposiciones y su universal aceptación, á ser el Derecho patrio y el que también dejara huellas, aún no desterradas en absoluto, en el Derecho español.

Este período de *preparación*, comprende dos épocas únicas, llamada á la primera puramente tradicional, y á la segunda de certeza histórica; caracterizando la primera el derecho consuetudinario, y muy poco del derecho escrito, y distinguiéndose la segunda, porque ya el derecho adquiere una forma estable, y determinada y en aplicación á las propias necesidades del país.

Estas dos épocas, se relacionan con las Edades primitiva y antigua de la Historia de España, pues que tienen el mismo carácter que cada una de ellas; y el estudio de las nociones jurídicas que á las mismas se refiere, sólo puede hacerse en la forma en que vamos determinando el de la historia interna y externa de las mismas.

La primera época del período de *preparación* del derecho español, comprende toda la Edad primitiva de la Historia de España, desde los primeros posibles pobladores de nuestra península, en los tiempos antidiluvianos, hasta la venida de los cartagineses á España.

Estos primeros tiempos tienen un carácter eminentemente tradicional, y sólo de entre los sepulcros y las cuevas habitadas descubiertas, de las tradiciones y de los informes restos de las civilizaciones primitivas, es de donde podemos sacar algo que nos indique cuáles fueron las primeras manifestaciones jurídicas de estos tiempos antiquísimos.

Por eso afirmaremos, que desconociéndose en aquellas épocas remotas quiénes pudieron ser, especialmente al principio, los primeros legisladores, al estudiar sus costumbres, deducidas de los pocos restos que nos quedan de ellas, podremos dejar sentado que los sacerdotes, jefes de tribu, y jefes de la familia, fueron y debieron ser los que al dirigir sus respectivas colectividades, de modo autoritario, fueron los primeros que dictaran la ley, y la hicieran aplicar entre los suyos en nuestra patria, en aquellas nebulosas edades.

Las costumbres jurídicas de los aborígenes son difíciles en alto grado, de representar en nuestros días. Quedan sólo de ellas sepulturas, é informes monumentos, y consultándolos sólo podremos deducir, que por entonces nació el derecho de familia, y la institución matrimonial, pues así nos lo enseña esas sepulturas, donde con frecuencia se ven los esqueletos del hombre y de la mujer unidos, como símbolo en la muerte, de la unión que tuvieron en la vida; y aquellas otras, en que aparecen sentados en la cueva que les sirvió de habitación, los humanos despojos de toda una familia, que tal vez se hallaban congregados en ceremonia familiar, cuando vino la catástrofe, que á ellos, y á los demás habitantes de la tierra, les privó de la vida.

Ya en la época mítica ó tradicional, aun en medio de las fantasías y de las leyendas, se descubren otras costumbres jurídicas relacionadas con el Derecho público, viéndose aparecer la idea de supremo poder, gobierno y autoridad, y presentándose éste con tres grados de distinta fuerza al ejercitar sus funciones en España en aquellos tiempos primitivos.

Después, al comenzar la constitución de nuestra nacionalidad con los iberos, aparecen más claras algunas manifestaciones de la vida jurídica de aquellos pueblos, citándose el ejemplo de que conocían la adopción y la ejercitaban por fórmula simbólica, que las mujeres sometían á un tribunal el valor de su trabajo en las telas que fabricaban, que los menores no podían declarar contra los mayores, y otras. De los celtas sabemos, que la mujer, como fiel compañera, le seguía á la batalla y con él ganaba la presa del combate, así como que la propiedad era siempre colectiva, que tenían recintos sagrados donde se constituían los tribunales de justicia, y que en el proceso criminal toda la prueba se fiaba al movimiento de la piedra oscilatoria, siendo señal, su movimiento ó su quietud, de inocencia ó de culpabilidad en el acusado.—Y en los celtíberos encontramos el origen primario del derecho comercial, en sus cambios ó permutas de objeto á objeto, con costumbres también especiales de socialismo agrícola.

También nos asegura el geógrafo Strabón, que los turdetanos de la Bética tenían sus leyes con fabulosa antigüedad, escritas en verso; lo que á ser cierto, nuestros aborígenes jurídicos serían más antiguos que los de todos los pueblos de Europa.

Son dignas de especial mención algunas leyes de los antiguos lusitanos, disponiendo que los empleos se adjudicasen á los mayores de edad, que la pena capital se ejecutase despeñando á los condenados, que muriesen ahogados ó apedreados los parricidas, y que á los cautivos se les cortase la mano derecha, como holocausto á los dioses.

De los antiguos cántabros nos quedan también restos de costumbres jurídicas, como las de que en la sucesión paterna eran preferidas las hembras á los varones, que sólo percibían la dote dada por el padre, no faltando monumentos que nos enseñan que entre ellos existió también el *hetairismo*, ó comunidad de mujeres dentro de la tribu.

Ya desde la llegada de los fenicios á España (XVI siglos antes de J. C.), son más ciertas las noticias que tenemos sobre nuestros orígenes jurídicos, especialmente las relativas al Derecho mercantil.

También la presencia de los fenicios y el principio de su comercio entre nosotros, está envuelto en tradiciones más ó menos fabulosas. Y la venida del Hércules fenicio, y la fundación de Cádiz, y las columnas del Estrecho, son otras tantas manifestaciones del poder comercial fenicio, cuyo comercio é industria adelantó muchísimo, y que á creer á historiadores imparciales, tenían historias y leyes escritas, referentes todas al Derecho mercantil, que desgraciadamente no han llegado hasta nosotros.

Pero cuando adelantan mucho los principios de nuestra legislación comercial, es con la venida de los griegos á nuestra península, pues que aquí trajeron sus famosas leyes Rodias, dictadas para el comercio,

y desde que se establecieron en las Baleares fueron aplicando en todas sus colonias y factorías sus oportunas leyes mercantiles.

Este pueblo, así como el fenicio, echó también los cimientos en España del Derecho colonial, y aunque era distinto el sistema colonizador de los fenicios al de los griegos, dejaron rastros en la península el uno y el otro pueblo de la organización jurídica de sus colonias, esencialmente lucrativas é interesadas las fenicias, é ilustradas y más generosas las griegas.

Por eso la legislación griega en nuestra patria nos merece más respeto que ninguna otra, pues que sus leyes, que por lo regular estaban calcadas en un excelente fondo de justicia, obedecían también al principio de la publicidad permanente, que siempre tuvo en su país y en el nuestro la legislación griega, lográndose de este modo que nunca se olvidaran y que rara vez fueran infringidas.

Los principios del Derecho político español en sus orígenes se marcan también con la colonización griega, pues que se gobernaron ellos aquí como en su patria, teniendo un senado perpetuo ó cuerpo supremo, compuesto de 600 individuos, todos de la nobleza y probada ésta á través de tres generaciones.

El poder ejecutivo se desarrolla también en nuestra patria en este tiempo, así como en la administración de justicia, pues que aquél lo confiaban los griegos á tres presidentes, y ésta á quince magistrados, que precisamente habían de ser senadores.

Más á pesar de todos estos antecedentes no logró haber uniformidad alguna en el gobierno de España en estas remotas épocas, pues que la independencia de las distintas tribus y su distinto gobierno é independencia entre sí, evitó que se crease un cuerpo propiamente nacional y un gobierno para toda la península ibérica.

Había, sin embargo, momentos supremos, en caso de guerra, en los que se imponía la creación de una asamblea popular, donde se unían los habitantes de distintas comarcas para ponerse de acuerdo en la elección de un caudillo militar que los dirigiese, y bajo la inspección del senado de la ciudad, presidido por el senador de más edad, cuyo cuerpo lo dirigía todo, así como se ocupaba de las relaciones exteriores de paz ó de guerra.—Aquí pueden verse los primeros orígenes de nuestro Derecho internacional.

En toda esta Edad primitiva, los templos, como lugares sagrados, eran el sitio donde se reunían estas asambleas, que siempre revistieron espíritu eminentemente democrático, pues que en ellas el pueblo tenía entrada, aunque no votaba, y su presencia y opinión pesaba siempre mucho, hasta en las resoluciones de los negocios más arduos.

Aquí, por último, en estas asambleas particulares, y en otras de menor importancia, se echaron los cimientos de nuestra vida municipal; pues que el español en aquellas remotas edades y en todas las épocas de su Historia, ha odiado para su administración la intervención extraña, y ha preferido siempre gobernarse por sí, subdividiendo el territorio en pequeñísimas porciones, para facilitar de este modo la administración y el gobierno del mismo.

Crítica.—Sólo á título de recuerdo tradicional, y por vía de preparación al estudio de nuestro derecho, es como deben considerarse estos precedentes á la legislación de nuestra patria, pues que la tradición, la leyenda, el monumento, los restos informes de legislaciones primitivas y hasta la fábula, nos enseñan para satisfacción propia, que nuestra nación ha sido siempre desde las primeras edades un estado ordenadamente dirigido y con principios de religión y de legislación para su gobierno, sin que por un momento se olvidara de establecer principios más ó menos aceptados para su organización interior y su administración de justicia.

LECCIÓN 10.

EDAD ANTIGUA.

Historia Externa.

PRIMERA ÉPOCA.—PRIMER PERÍODO.

PRIMERAS EMPRESAS DE LOS CARTAGINESES EN ESPAÑA.

Extensión de la Edad antigua.—Su carácter general.—Su división en dos épocas principales.—Examen de la primera que comprende la dominación cartaginesa en España.—Subdivisión de ésta en tres períodos.—Estudio del primero.—Venida de los cartagineses á España.—Precedentes de este pueblo en la Historia.—Origen de Cartago.—Su constitución política.—Su particular sistema colonial.—Progresivo engrandecimiento de Cartago.—La prosperidad de los fenicios españoles excita la ambición de los cartagineses.—Vinieron por primera vez á España en el siglo VIII, antes de Jesucristo.—Sus primeras factorías en las Baleares.—Fundación de Ibiza.—Invasión en España.—Su dominio en el territorio de Murcia.—Sus relaciones con fenicios y griegos.—El Rey Argantonio.—Vencimiento de los cartagineses.—Su establecimiento en Cádiz.—Aumento de su poder por su establecimiento en España.—Engrandecimiento de Roma por entonces.—Constitución política de Roma.—Posesión de la isla de Sicilia.—Primera guerra púnica.—Los cartagineses en Sicilia y los sicilianos en Cartago.—Síntesis de la primera guerra púnica y cómo termina.—Se separan militarmente los cartagineses de España, pero siguen comerciando con los españoles.—Cádiz, siempre fiel á los cartagineses.—Guerra de Cartago con los mercenarios.—*Crítica.*—Los cartagineses vienen á España en esta primera expedición, más como comerciantes y exploradores y para fundar colonias, que en son de guerra.—Aprovechan las riquezas de España y sus soldados para todas sus guerras.—Empiezan á manifestar su carácter y falta de lealtad en esta primera venida á España.

La Edad antigua comprende desde la venida primera de los cartagineses á España, hasta la extinción del poder romano, y llegada de los godos á nuestra península, ó sea desde el siglo VIII (a. de J. C.) hasta poco más de cuatro siglos después de la venida del Salvador al mundo.

El carácter general de esta Edad es la lucha por la independencia durante la dominación cartaginesa y parte de la romana, y la casi adaptación del poder de este pueblo durante el Imperio, que en esta época fué más humano para con nosotros y preparó la propagación del Evangelio.

La Edad antigua se divide en dos épocas principales, comprendiendo la primera la dominación cartaginesa, y la segunda la romana.

La época cartaginesa abarca el período de tiempo comprendido entre la primera venida de los cartagineses á España, hasta el fin de su dominación en nuestra península al ser vencidos definitivamente por las armas romanas.

Esta época se subdivide en tres períodos con los nombres de prime-

ras empresas en España, sus primeras guerras en nuestra península, y sus últimos hechos de armas, hasta el fin de su dominación en nuestra patria.

El primero comprende desde el siglo VIII (a. de J. C.) en que los cartagineses se dirigieron por primera vez á las costas españolas, hasta el siglo IV, en que abandonaron nuestro territorio para reunir fuerzas en Africa, y atender á la primera guerra púnica.

Los cartagineses vinieron por primera vez á España en el siglo VIII (a. de J. C.); pero entonces no pasaron de las Baleares, y en Ibiza abrieron sus mercados para granjearse la amistad de los que poblaban nuestra Península.

Este pueblo tiene como precedentes en la Historia, los de su capital Cartago, ciudad famosísima en la antigüedad, y cuyo poder fué creciendo de día en día, merced á su constitución interior.

No es muy conocida la Historia primitiva de Cartago *(Ciudad nueva)*, establecida en las costas africanas, que en tiempo de los sidonios, se la llamó Cambé, y que en el siglo IX (a. de J. C.) fué engrandecida por la colonia tiria de Dido, hermana de Pigmalión.

Vivió Cartago según las noticias que nos dá Aristóteles, con una especial organización política. Primero fué monárquica, y después se amparó en una república aristocrática gobernada por dos Sufetas, vitalicios, electivos, parecidos á los reyes de Esparta, y con un senado absorbente, y una asamblea popular, que aprobaba ó rechazaba sus decisiones.

De muy antiguo tuvieron los cartagineses su particular sistema colonial, que consistía en comenzar por explorar amistosamente territorios, ya en Africa, ya en Italia ó en España, dejando en todos sus factorías comerciales. y preparando donde podían para más adelante el dominio absoluto, político y comercial de dichos paises. Pero su gobierno colonial carecía de principio fijo, y no tenía sistema absoluto de libertad ó prohibición.

El poder de Cartago fué progresivamente engrandeciéndose por el comercio y por las conquistas, extendiéndose por la Numidia y la Mauritania, así como por el Mediterráneo, citándose los nombres de reyes ó jefes, como Malco y Magón, que conquistaron parte de la isla de Sicilia, y que llegaron á celebrar tratados comerciales con la misma Roma.

Viendo cuán próspera iba siendo la dominación de los fenicios en España, y aprovechando la oportunidad de ser llamados por éstos, vinieron á nuestra península, ayudaron á los fenicios que iban decayendo en su poder, y desde entonces calcularon las ventajas comerciales y de toda clase de poder que algún día pudieran sacar de nuestro territorio.

Al venir los cartagineses por primera vez á España en el siglo VIII (a. de J. C.), se establecieron, como llevamos dicho, en las Baleares, como punto intermedio entre España y Africa, preparando el sucesivo engrandecimiento de su comercio en la península.

Por eso en las Baleares fundan sus primeras y pequeñas factorías, que no eran otra cosa que insignificantes mercados de los productos de

su país, traídos al nuestro, más bien que con el afán de lucrarse, con el de facilitar el cambio con los nuestros, y lograr su engrandecimiento comercial, á merced de las riquezas agrícolas y mineras, que podían extraer de nuestra península.

Sus primeras empresas comerciales les fueron favorables, como lo demuestra el que ellos fundaron á Ibiza, logrando más tarde arrojar á los rodios de las islas de Mallorca y Menorca que las poseían.

Presentando después raros objetos en sus mercados, y tratando amable y cariñosamente á los naturales del país, que á ellos concurrían, iban estrechando sus relaciones con los españoles, y poco á poco sin oposición de éstos fueron verificando su invasión en España, introduciéndose y fijando su comercio como negociantes astutos en todas las costas de la península.

Es la opinión más fundada que donde se establecieron definitivamente después de las Baleares, fué entre Andalucía y Valencia, en el punto que comprende el territorio de Murcia, donde se fijaron de una manera definitiva, aumentando su poder comercial de día en día, y excitando desde luego la envidia de los que hasta entonces venían explotando nuestras riquezas, y nuestra buena fé.

De ahí nació que si los españoles les habían recibido con benignidad y hasta con cariñosa solicitud, no ocurrió así con los fenicios y con los griegos, que de una manera descarada, y cada uno por distinto sistema, estaban dominando nuestro país, y enriqueciéndose á nuestra costa. Los fenicios sufrieron al cabo el dominio de este pueblo, que se hace dueño de Cádiz y los lanza de la Península; y los griegos también fueron vencidos por los nuevos invasores, no sin que se diese una batalla decisiva y quedase el triunfo por los cartagineses.

Estos sucesos tenían lugar durante los últimos años de la larga vida del rey Argantonio, que siempre había sido amigo de los focenses, y que derrotado, concluyó con él su poder y su dinastía, en toda la comarca andaluza y demás países de la antigua Tartesia.

Con esto quedan los cartagineses absolutos dueños de este territorio, que ya no les disputan sus antiguos moradores, hasta que más tarde, y al desaparecer la idea comercial, y comenzar el período de violenta conquista, se presenta como siempre noble y digno el español, resistiendo los alardes de la tiránica y cruel dominación cartaginesa.

Se establecen éstos en Cádiz, la hacen cabeza de su gobierno colonial, y desde allí dirigen todas sus operaciones mercantiles en la península, sin descuidar la administración de los territorios en que dominaban; pero sin excederse por entonces en el gobierno y administración de nuestro país.

Y así fué aumentando en el mundo el poder cartaginés, no siendo la causa menos importante su definitivo establecimiento en nuestra península; pues que á su patria y á los demás pueblos con quienes tenían relaciones comerciales ó de conquista, podían hacer ver cuán importante era su dominación en España, y cuán grandes las riquezas de todo género que sacaban de aquí.

Al mismo tiempo que Cartago se iba corrompiendo, esclava de su

avaricia, iba engrandeciéndose la pequeña población de Roma, fundada sobre el monte Palatino. Lo cual se verificó merced á las tres civilizaciones que le dieron vida, la latina, la sabina y la etrusca, á las que fué deudora del terreno para su implantación, de la independencia que la caracterizó siempre, y de la civilización que extendió por todo el mundo.

Y Roma se engrandece más á merced de su constitución política, que obedece á las dos razas ó familias de patricios y plebeyos que la constituyen.—La legislación de ambas es distinta; distintos también sus ritos religiosos; distinta su organización familiar, y con forma equitativa el derecho patricio, y dura, casi de hierro, la legislación del plebeyo.—Después de estas dos clases, está la del esclavo, que sólo se regeneró con el Cristianismo.—Las razas aristocrática y plebeya, en todos los períodos de la historia de Roma, y la lucha entre una y otra, (defendiendo el patricio sus derechos, y queriendo aumentar los suyos el plebeyo), llenan toda la historia del pueblo romano, y dan explicación al engrandecimiento del mismo.—Es distinta la aspiración constante de Roma y de Cartago; en ésta domina el egoismo y la ambición, y sus guerreros son siempre mercenarios; la otra, conserva constantemente puro el amor de la patria, y es amante de la gloria y deseosa de que sus leyes y su civilización se fundan siempre con las de los pueblos que venzan.—Conocido el carácter distintivo de ambos pueblos, que van á luchar dentro y fuera de nuestra patria, veamos las causas ocasionales que prepararon esta lucha.

De muy antiguo habían combatido los cartagineses por la posesión de la isla de Sicilia que la tenían frente á sus Estados, y que ya tiempos atrás habían logrado conquistar parte de dicha isla; pero más tarde comienzan de nuevo estas guerras, que duran siglo y medio, y que con próspera ó adversa fortuna, según los casos, fueron aumentando ó disminuyendo los dominios cartagineses en Sicilia. Después de la guerra de Pirro, en dicha isla, y lograr los griegos las posiciones que aquél había conquistado, pusieron éstos sitio á Messina, que estaba ocupada por los mamertinos (soldados mercenarios de Italia), y que en tan duro trance pidieron auxilio á los romanos, que gustosos acudieron á defenderlos, deseosos de poseer la isla de Sicilia, que algún día pudiera ser el granero de Italia, como antes había sido el punto donde se abastecían los cartagineses.—Este suceso dió ocasión á que se encontraran frente á frente Roma y Cartago y que con él comenzara la primera guerra púnica.

Esta, que recibió su nombre de la palabra *púnico*, que se refiere á todo lo que hace relación con los cartagineses, fué una guerra sostenida por éstos con los romanos, con motivo de la posesión de la isla de Sicilia, y fué desastrosa para Cartago, que al fin se vió obligada á pedir la paz con condiciones nada favorables.

Como los cartagineses dominaban una gran parte de Sicilia, tenían allí tropas cartaginesas y tropas sicilianas en Cartago. Esto dió causa á que por agravios del general cartaginés á las tropas indígenas de Sicilia, se sublevaran contra Cartago, agriándose los ánimos hasta el punto de estallar la guerra.

La primera guerra púnica, que duró veinticuatro años y que después de mucha sangre vertida y de veinticuatro tenacísimas campañas, de las que la más importante es la quinta, por las hazañas y estratagemas del cónsul Duilio, terminó por una paz vergonzosa para Cartago, á virtud de la cual los cartagineses tuvieron que evacuar á Sicilia, y dar una crecida indemnización de guerra, que se calcula en 3.000 talentos, hoy próximamente unos 20 millones de pesetas. En esta guerra casi todas las tropas auxiliares abandonaron á Cartago, excepción de las españolas, que hasta el último tiempo estuvieron peleando en favor de los cartagineses.

Con ocasión de esta guerra tuvieron éstos que separarse por completo militarmente de España, no sabiéndose con certeza si así lo hicieron porque les convenía, ó fueron valerosamente arrojados de nuestro suelo, aprovechando la ocasión favorable de la primera guerra púnica. Más creible es lo primero, toda vez que durante este tiempo, y á pesar de la guerra, los cartagineses continuaron haciendo su comercio con los españoles, quizás con más interés que antes, pues que con las ganancias que aquel comercio les producía, iban más fácilmente atendiendo á los crecidos gastos de la primera guerra púnica.

De todas las ciudades españolas que satisfechas habían visto marchar á los cartagineses de nuestra península, sólo Cádiz permaneció siempre fiel á aquel pueblo comercial, y más tarde le abrió sus puertas cuando volvió á España, aunque en són de guerra, después de la primera guerra púnica. Y es que Cádiz, antes y después de los fenicios, había sido siempre comercial, y con los cartagineses vió un nuevo elemento de prosperidad mercantil, así como los miró siempre como continuadores en sus empresas y en su religión de aquel otro pueblo á quien debía su origen y su engrandecimiento.

Una vez que terminó con la paz la primera guerra púnica, Cartago se encontró en grande apuro, pues que todos los soldados mercenarios reclamaban, y con justicia, sus pagas. Y no siendo atendidas sus peticiones, antes bien, abandonándolos al acaso, se sublevaron éstos al mando de Espendio y Mathos, que en esa guerra cruel, llamada de los *mercenarios*, cometieron toda clase de tropelías y de venganzas, que ponen en grande aprieto al senado cartaginés. Entonces éste nombra como general del ejército para combatirles al esforzado Amílcar Barca, que con la fuerza y con la astucia termina aquella sangrienta y deshonrosa campaña, que dura tres años, sobornando, dividiendo y humillando á los jefes, crucificando á los caudillos de la rebelión y cogiendo hasta 40.000 soldados rebeldes prisioneros, que fueren villanamente asesinados.—Con estos sucesos militares pierden los cartagineses sus posesiones de Sicilia y de Cerdeña, y comienzan á pensar en otros países, con cuya conquista puedan indemnizarse de aquellas pérdidas.

Crítica.—En esta primera expedición de los cartagineses á España, vienen sólo á fundar colonias y á establecer su comercio, así como á explorar el terreno, sacando gran partido de nuestras riquezas naturales, aprovechando nuestros productos para su comercio general y sin que demuestren para con nosotros ningún pensamiento guerrero.

Las riquezas de España, que con suma facilidad extraen de nuestro país, les sirven no sólo para engrandecer su comercio, sino para sostener sus guerras, especialmente la primera púnica, pretendiendo la posesión absoluta de la isla de Sicilia, y para todas sus empresas militares aprovecharon también nuestros soldados, que siempre les fueron leales y que los reconocieron en toda ocasión como los más aguerridos, valientes y sufridos de los que constituían sus ejércitos.

Pero aunque en esta primera venida á España no dejaran entrever pensamientos de dominación guerrera en nuestro país, ya empezaron á manifestar su carácter astuto y su falta de lealtad, pues que nunca cumplieron sus promesas y nos explotaron vilmente, con cautela escudados en la sencillez y buena fe de los naturales del país.

LECCIÓN 11.

PRIMERAS GUERRAS DE LOS CARTAGINESES EN ESPAÑA.

Segundo período de la primera época de la Edad antigua,—Vuelta de los cartagineses á España.—Pensamiento de éstos de conquistarla.—Nombramiento de Amílcar como generalísimo del Ejército.—Primeras empresas guerreras en la Bética y en la Lusitania.—Fundaciones de Barcelona y de Peñíscola.—Los españoles defienden su independencia.—Indortes é Istolacio primeros héroes de la independencia española.—Sitio de Hélice.—Estratagema de los sitiados.—El caudillo Orisón.—Muerte de Amílcar.—Elección de Asdrúbal.—Destrucción de Hélice.—Simpatiza Asdrúbal con los naturales del país.—Fundación de Cartagena.—El príncipe Tago.—Alianzas de algunos pueblos españoles con el Senado cartaginés.—Muerte de Asdrúbal.—Anníbal le sucede.—Sus primeras empresas guerreras.—Guerras con los hólcades y vaccéos.—Sitio de Elmántica.—Alzamiento de los carpetanos.—Sitio de Sagunto.—Heroismo de los sitiados.—Destrucción de la ciudad.—*Crítica.*—La fé púnica se refleja en todos los actos de los cartagineses durante su dominación en España.—Paralelo entre Asdrúbal y Amílcar como genios militares.—Verdadera representación de Anníbal en la guerra de España.—Anníbal simbolizaba todo el poder de Cartago.—El sitio de Sagunto retrata á Anníbal y á los españoles.

El segundo período de la primera época de la Edad antigua, comprende desde el año 237 (antes de J. C.), en que concluída la primera guerra púnica volvieron los cartagineses á apoderarse de las plazas que habían poseído antes en España, hasta el 218 (antes de J. C.), en que comenzó la segunda guerra púnica, y el tercer período de esta segunda época de la Edad antigua.

Vuelven los cartagineses á España con el fin de reparar las pérdidas experimentadas en la primera guerra púnica; pero ya vienen con un pensamiento enteramente distinto al que tuvieron en su anterior ocupación, que fué única y exclusivamente mercantil; comenzando con esta segunda vuelta de los cartagineses su verdadera dominación en España, que sólo duró el escaso tiempo de 36 años.

Mas los cartagineses vienen á España en esta segunda invasión con pensamiento único y decidido de conquista y para que les supliese la falta que tanto sentían de la hermosa Italia, y cuyo país les había encantado en su anterior expedición mercantil, al ver las bellas y florecientes ciudades que poseían los fenicios y los griegos, y las riquezas que podían atesorar, siendo los únicos dueños de tan privilegiada nación.

Fué nombrado como generalísimo del ejército que había de invadir nuestra península Amílcar Barca, noble cartaginés que se había batido con esfuerzo, pero sin éxito, en la primera guerra púnica, que contaba 30 años á la sazón, y que al salir de Cartago hizo jurar á su hijo Anní-

bal, niño de nueve años, odio eterno á los romanos ante el altar de Melkarte, haciendo que también le acompañaran al campo guerrero sus dos hijos menores Asdrúbal y Magón, para que sus tres *leoncillos,* como les llamaba, se acostumbraran desde muy niños á la guerra y pudiesen más tarde heredarle en todas sus empresas militares y políticas. También le acompañó en estas guerras otro general llamado Asdrúbal, á quien dió su hija por esposa, y que había de sucederle en la campaña de nuestra península.

Las primeras empresas guerreras de Amílcar, después que desembarcó en Cádiz, fué sujetar á su dominio todos los pueblos de la Bética y de la Lusitania, recogiendo cuantioso botín, que entregaba á sus soldados una parte, á las personas influyentes de Cartago otra y la tercera al Senado, en señal de sumisión.

Siguiendo en su plan de devastación y de conquista, é imponiendo tributos en todos los pueblos que dominaba, se extendió por la costa oriental de Levante hasta los Pirineos, fundando la ciudad de Barcino (Barcelona), destinada con Cadiz para ser más tarde las más importantes ciudades comerciales de España, y después fundó también la población de Acra-Leuka (Peñíscola), en sitio estratégico é inexpugnable, á la cual hizo el centro de sus almacenes y pertrechos, y donde se reunían sus naves y el cuartel general de su ejército.

El sistema de conquista de Amílcar y su mando tiránico en España, despertaron á los sencillos habitantes de nuestro país, que comprendieron al fin cuáles eran los planes de absoluta dominación que abrigaba el general cartaginés. Y entonces los españoles, viendo en peligro su libertad y su independencia, acudieron á las armas en defensa de las mismas.

Fueron los jefes de este primer arranque de noble indignación, dos príncipes llamados Istolacio é Indortes, que juraron ante los suyos preferir la muerte antes que consentir tan tiránica dominación extranjera. Amílcar con su poderoso ejército, ahogó con sangre los nobles esfuerzos de aquellos primeros heroes de la independencia española, é Istolacio murió en el campo de batalla, al frente de los tartesios y de los célticos del Cúneo, é Indortes, jefe de los lusitanos y de los betones, cayó prisionero y fué crucificado, aumentándose con estas crueles violencias el odio de España al invasor cartaginés, y el santo amor de las libertades patrias.

Después de vencer Amílcar en esta primera rebelión y cuando se había retirado á Peñíscola para descansar, tuvo que salir precipitadamente del campamento para reprimir otra sublevación en aras del amor que siempre hemos tenido á la independencia. Llevaba nueve años Amílcar guerreando en España y era dueño de parte de la península, cuando se rebeló la ciudad de Hélice ó Vélice (que unos creen que es Alicante, otros Elche y algunos Belchite), acometiendo la gigantesca empresa de sacudir el yugo cartaginés. Amílcar creyó fácil vencerla, y al efecto la puso formal sitio, teniendo la seguridad de que el triunfo coronaría bien pronto sus esfuerzos.

Pero no sucedió así, pues que los sitiados se valieron de una estrata-

gema especial, cual fué la de esperar á Amílcar en orden de batalla, colocando sus huestes detrás de una línea de carros tirados por novillos, en cuyas hastas pusieron materias combustibles, así como dentro de los mismos carros. Dada la señal de la pelea, espolearon á aquellos animales y pusieron fuego al combustible, siendo el resultado que los noivillos, enardecidos por el dolor, corriesen en distintas direcciones, llevando al ejército enemigo la desolación, la dispersión y el espanto, así como el voraz incendio.

Entonces los cartagineses huyeron despavoridos ante tan extraño lance, dispersándose por completo, en cuyo momento el jefe de los celtíberos Orisón, que preparando otra estratagema se había pasado al principio del sitio con los cartagineses, inspirándoles confianza, abandonó á éstos, uniéndose con los suyos á los sitiados, y todos juntos persiguieron á los enemigos, causando en ellos una espantosa matanza, vengándose de este modo la muerte alevosa de Indortes é Istolacio y todas las traiciones de que habíamos sido víctimas hasta entonces por parte de los cartagineses.

En lo más recio de la pelea, según el historiador Polibio, ó al pasar el Guadiana ó el Ebro, quedó muerto Amílcar, que frente al enemigo, audaz y temerario, vendió cara su vida, antes que presentarse al senado cartaginés como vencido por los españoles y torpemente engañado por el caudillo Orisón.

Cuando en Cartago se supo este desgraciado suceso, volvió á renacer la lucha entre los Hannones y los Barcas, para decidir quién había de suceder á Amílcar en el mando del ejército de España, y aun dentro de este último partido, se disputaban este puesto el hijo mayor de Amílcar, Anníbal, y Asdrúbal, casado con Himilce, hija del guerrero cartaginés, muerto en el sitio de Hélice. Fué al fin Asdrúbal elegido general del ejército, triunfando así el partido popular de Cartago.

Su primera empresa en España, como generalísimo de las huestes cartaginesas, fué nombrar comandante de caballería y teniente general de su ejército á su cuñado Anníbal, aumentando las fuerzas de su mando y dirigiéndose inmediatamente á los dominios de Orisón, entrando en Hélice y destruyéndola, cogiendo prisionero y dando muerte al caudillo celtíbero, y destrozando á sus aliados, á quienes tomó además doce ciudades.

Pero como Asdrúbal tenía carácter dulce y afable, y era más político que Amílcar, decidió, una vez atemorizados los españoles por aquella primera empresa guerrera, atraerse por medio de la habilidad y de la astucia, la simpatía de los naturales del país, llegando para lograr tales fines hasta tomar por segunda esposa á una joven princesa española, una vez muerta su primera mujer, que fué el lazo de unión entre España y el general cartaginés.

Enemigo de la guerra por naturaleza, con un carácter cariñoso y dulce, se hizo bien pronto popular en España, muchos pueblos se declararon voluntariamente sus súbditos, con otros celebró tratados muy beneficiosos, y como signo de paz y en recuerdo de su nuevo matrimonio, fundó una ciudad que le sirviera de corte, frente á Cartago, que en

breve fué la capital de los dominios púnicos en España. A esta le puso por nombre Cartagonova (Cartagena).

Hay un solo hecho, no aclarado por la Historia, que mancha la memoria del caudillo cartaginés. Este fué que en una de las batallas que sostuvo con los españoles, hizo prisionero á un príncipe lusitano llamado Tago, á quien odiaba, y á quien clavado en una cruz paseó por sus dominios hasta que expiró.

Algunos pueblos españoles, á pesar de las simpatías que tenía Asdrúbal, se excitaron ante las crueldades de éste con el príncipe Tago, y lograron de Cartago, de acuerdo con Roma, que firmase dos tratados de alianza de algunos pueblos de nuestra península con el senado cartaginés, á virtud de los cuales se obligaba á respetar la independencia de los pueblos del Norte del Ebro y á no hacer armas contra la población griega de Sagunto, aliada de Roma.

Ocho años estuvo Asdrúbal al frente del ejército cartaginés, muriendo al cabo á manos de un esclavo de Tago, que testigo de su muerte cruel, juró vengarle, y que le asesinó, según unos historiadores en una cacería, y según otros, al pie de los altares, ó cuando salía distraído de gozar las delicias de un festín.

Su muerte levantó en Cartago de nuevo las ambiciones para sucederle, luchando por el puesto Hannon y Anníbal. Al fin le sucede éste representando al partido popular y á la gloria de los Barcas, y muy muy joven aún se vió al frente de un ejército numeroso y aguerrido en España.

Lo primero que hizo en nuestra península, ya casado con una española de Castulón, fué vengar la muerte de Asdrúbal, haciendo morir al esclavo de Tago en los más crueles tormentos. Sus primeras empresas guerreras le valieron gran renombre, recorriendo en dos años casi toda la España, estando en Castilla la Nueva y en León, fundando en Occidente el puerto que lleva su nombre, y en los Pirineos orientales los pozos de Anníbal.

Con los Holcades y Vacceos, tuvo guerras crueles que le valieron gran renombre no sólo por el esfuerzo suyo al combatirles, sino también por el heroismo de los sitiados, y las estratagemas que emplearon para defenderse.

En el sitio de Elmántica (Salamanca), demostró Anníbal la tenacidad de su carácter, frente á la resistencia que con él tuvieron los sitiados. Anníbal se dirigió á Salamanca y la puso sitio, resistiendo los sitiados por bastante tiempo, hasta que al fin consintieron en salir desarmados de la ciudad, á cambio del respeto de sus vidas. Así lo hicieron, y en las puertas de Elmántica, un piquete de caballería registraba á todo el que salía para ocuparles las armas y dejarles indefensos. Las mujeres de Salamanca, dignas sucesoras de las mujeres celtas, salieron detrás de sus maridos, y comprendiendo que por su sexo no inspiraban sospechas y no serían registradas, se metieron entre la ropa espadas y dardos, logrando con esta estratagema que sus maridos, padres y hermanos pudieran acometer á los cartagineses que ya se habían entregado al robo y al saqueo en la ciudad, destrozándolos por el momento y fortifi-

cándose después en un monte, donde al fin se rindieron con honor, permitiéndoseles vivir nuevamente en la ciudad.

También los carpetanos se rebelaron contra Anníbal, que con un poderoso ejército les atacó en la margen derecha del Tajo, causando con sus soldados y con sus elefantes, un horrible destrozo, pues casi todos perecieron; logrando con esta victoria Anníbal el concepto de animoso y experimentado jefe, así como la sumisión de casi todos los españoles.

Pero una cuestión insignificante de límites entre una población aliada de Roma, y los turbuletas, dió ocasión á Anníbal para demostrar su odio encarnizado á Roma y realizar un acto que aunque traten de defenderlo los historiadores, como representación de su genio colosal, no tiene disculpa posible. Es el sitio de Sagunto. Surgió éste porque los saguntinos sometieron al fallo de Anníbal la cuestión de límites fallando éste injustamente á favor de los turbuletas. La protesta de los saguntinos fué la declaración de guerra, y Anníbal violando los tratados se presentó ante Sagunto, y ni oyó á los embajadores romanos que defendían la ciudad aliada, ni el senado de Cartago atendió la Embajada de Roma, dándose carácter formal á la guerra y sitio de Sagunto.

El heroismo de los sitiados es y será memorable en los fastos de la Historia. Y no bastó que las espadas y los pechos de los españoles fueran sustituyendo á las piedras arrancadas de la muralla por los arietes cartagineses; ni que Alcón y otro saguntino ilustre entablaran negociaciones de paz con Anníbal, porque siendo deshonrosas, no las aceptaron los saguntinos.

Entonces los sitiados decidieron destruir la ciudad antes que entregarse, y encendiendo una inmensa hoguera en la plaza pública, á ella arrojaron cuantas riquezas poseían, y en ella perecieron todos sus moradores, menos unos pocos, que creyeron morir en la brecha, y que fueron sacrificados por Anníbal al tomar posesión de una inmensa hoguera y un montón de ruinas y de escombros, en vez de la ciudad sitiada.

Crítica.—La fe púnica se refleja en todos los actos de los cartagineses durante su dominación en España; pues que la deslealtad, la astucia y la falta de cumplimiento en los tratados, es la nota característica del poder cartaginés en nuestra península.

Entre Amílcar y Asdrúbal como genios militares, no cabe exacto paralelo; pues que el primero representa la fuerza y la violencia en la guerra, hasta lograr la destrucción del país conquistado, y el segundo, la posible humanidad dentro de la campaña y un sistema de atracción para los naturales del país.

Anníbal en la guerra de España aparece como un genio colosal, y aun en el cruel y duro trato que dió á los pueblos sitiados, se ve siempre el talento militar del general cartaginés, pintado con negros colores por los escritores romanos, sus eternos enemigos.

Simbolizaba todo el poder de Cartago. En él estaba condensada toda la vida de la ciudad púnica, y venido á España no tenía más pensamiento que no olvidar el juramento hecho á los dioses, durante su niñez, de profesar siempre odio eterno á los romanos.

Por eso el sitio de Segunto, aún en medio de las crueldades de que está rodeado, tiene explicación histórica, retrata á Anníbal, pues que aquel sitio era el reto formal á la República romana, y retrata á los españoles que en él supieron demostrar su heroismo, grandeza y dignidad, así como su amor de siempre, á la patria española, y á la libertad é independencia de nuestro territorio.

LECCIÓN 12.

ÚLTIMAS GUERRAS DE LOS CARTAGINESES, HASTA EL FIN DE SU DOMINACIÓN EN ESPAÑA.

Tercer período de la primera época de la Historia antigua.—La segunda guerra púnica.—Crecimiento del poder de Roma.—La segunda guerra púnica se desarrolla en Italia y en España.—La guerra en Italia.—Los romanos y cartagineses en España.—Venida de Gneo Scipión.—Sublevación de los ilergetes y batalla del Ebro.—Indivil y Mandonio.—Publio Scipión.—Levantamiento de los carpesios.—Sitio de Ibera.—Otras batallas.—Tregua de la guerra.—Muerte de Publio y Gneo Scipión.—Lucio-Marcio y Claudio Nerón.—Nuevo aspecto de la guerra.—Toma de Cartagena y batalla de Bécula.—Asdrúbal vá á Italia y batallas notables que se libran.—Creciente poder de los romanos en España.—Sitios de Iliturgis, Cástulo y Astapa.—Enfermedad de Scipión y expulsión de los cartagineses de España.—Sigue la guerra en Africa al mando de Scipión, y da fin á la segunda guerra púnica con la batalla de Zama.—Mapa general de España durante la dominación cartaginesa.—*Crítica.*—Juicio imparcial sobre la dominación cartaginesa en España.—Esta no deja huellas en nuestra Península.—Comparación entre la política seguida por los cartagineses en España, y la que hasta el fin de la segunda guerra púnica siguieron los romanos.—¿Cómo se explica, á pesar del violento trato de los cartagineses, la simpatía hacia ellos de los naturales del país?—Los sitios memorables de ciudades y su heróica defensa en este período, son prueba de la independencia y heroismo del pueblo español en todas las épocas de su historia.

El tercer período de la segunda época de la Historia ó Edad antigua, comprende desde el año 218 (antes de J. C.), en que comenzó la segunda guerra púnica, hasta el 201 (antes de J. C.) en que se hundió la república cartaginesa bajo la espada del gran Scipión.

La destrucción de Sagunto decidió á los romanos á declarar la guerra á Cartago, siendo causa de la segunda guerra púnica y de la destrucción de la república cartaginesa, preparando la absoluta dominación de los romanos en España.

El poder de los romanos había ido creciendo de una manera pasmosa, y ofendidos éstos de la conducta de los cartagineses, pretendieron la entrega de Anníbal por haber violado los tratados celebrados con Asdrúbal, oponiéndose á ello abiertamente el senado cartaginés, y declarando la guerra Fabio Máximo, presidente de la Embajada romana. Así comienza, y esta fué la causa de la segunda guerra púnica, que duró 17 años y cuyas consecuencias prepararon la ruina de Cartago.

La segunda guerra púnica se desarrolla en Italia y en España. Anníbal quería atacar al pueblo romano en la misma Roma, por cuyo motivo comenzó los preparativos para tan larga guerra; y en efecto, dividió su ejército en tres cuerpos, mandando á Cartago 15.000 españoles, que

evitasen una invasión romana; dejó otro en España, dividido en dos cuerpos, á las órdenes de Hannon y de Asdrúbal, y dispuestos á marchar donde se les llamara, y otro con él, que partió hacia Roma, llevando 90.000 hombres, la mayor parte españoles.

La guerra de Italia fué gloriosísima para Anníbal, pues desde que pasó los Alpes venció á los romanos en las batallas del Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, de la que vinieron á España preciosos despojos de la multitud de caballeros romanos que en ella perecieron.

Los romanos, repuestos de los desastres anteriores, mandan un ejército á España al mando de Gneo Scipión, y se recrudece la guerra de romanos y de cartagineses en la península.

La venida de este general romano se caracteriza en España porque desde que desembarcó en Ampurias estableció el sistema de dulzura y de amabilidad, aliándose con los griegos del litoral y venciendo á los generales cartagineses Hannón y Asdrúbal, empezando con esto á crecer el poder romano entre nosotros.

Valiéndose de la astucia de concitar Asdrúbal contra los romanos á los ilergetes, ausetanos y otros, se sublevaron éstos contra el poder de Roma; pero el vencimiento de los romanos, la toma de las principales capitales de los sublevados y el triunfo total en la batalla naval del Ebro, aseguró el poder de Scipión, que avanzó hasta el mediodía de España y sometió á su poder á 120 pueblos.

Los hermanos Indivil y Mandonio, príncipes ó régulos españoles, se levantaron contra los romanos, pretendiendo contener á sus paisanos, que favorecían los propósitos del general vencedor, no logrando favorable resultado en esta empresa, pues que ambos príncipes, amantes de la independencia española, fueron vencidos por las tropas del general Scipión, mientras los celtíberos, que eran sus aliados, vencían á Asdrúbal en dos batallas sucesivas.

En el año 216 (antes de J. C.) apareció en las costas de Tarragona Publio Cornelio Scipión, hermano de Gneo, con un considerable ejército y muchas provisiones, y juntos los dos hermanos aumentaron considerablemente su poder, dirigiéndose ante todo á Sagunto, donde auxiliados por un español conocedor de los secretos cartagineses, rescataron los rehenes que éstos tenían en su poder encerrados en la ciudadela, dándoles libertad y captándose así las generales simpatías en España.

Por entonces los carpesios se sublevaron también contra los cartagineses, y aunque al principio fueron venciendo á sus enemigos, la indisciplina minó el ejército de los sublevados, cuya circunstancia aprovechó oportunamente Asdrúbal para atacarlos y vencerlos, hasta el punto de que toda la región de los carpesios se entregó al general de los cartagineses.

Asdrúbal fué llamado á Italia en socorro de Anníbal, á quien la fortuna le era adversa. Y cuando en cumplimiento de la orden del senado iba á marchar, los Scipiones pusieron sitio á la ciudad de Ibera, junto al Ebro, la que no fué defendida por el general cartaginés, que á su vez sitió otra plaza sometida á los romanos, ante cuyos muros quedó vencido Asdrúbal, que imposibilitado de marchar ya á Italia, atacó á Ili-

turgi (Andújar) é Intibili (Teruel), venciendo en todos estos sitios las armas romanas.

A pesar de estos descalabros, Asdrúbal, alentado con los refuerzos que le habían traído los generales Magón y Giscón, emprendió nuevas acciones militares, venciendo en las primeras campañas, sucediendo después otras batallas importantes en Bigorra y Munda (en Aragón), donde fueron vencidos, así como en el sitio de Auringis (Jaén), y al recobrar la ciudad de Sagunto, reedificada por Anníbal, y devuelta á sus moradores.

Durante un año se suspende la guerra, y en este tiempo los romanos atraen á su partido á Sifax, rey de los númidas y á otras tribus celtíberas.—A su vez los cartagineses se alían con la tribu celtíbera de los Snessetanos, al mando de Indivil, y con Masinisa, joven rey de Numidia, que después de derrotar á Sifax, vino á España en socorro de los cartagineses.

Ya con estos refuerzos se lanzan á la lucha el uno y el otro bando, con más encarnizamiento, siendo desastroso este período para los romanos, á causa del error de los Scipiones dividiendo su ejército para hacer frente á Asdrúbal, que marchaba á Italia, y á los generales cartagineses que quedaban en España, lo que costó la vida á ambos Scipiones, muriendo Publio de un golpe de lanza en el costado, peleando en Aragón, y al mes escaso su hermano Gneo en territorio valenciano, al refugiarse en una torre, que incendiada por los cartagineses, fueron pasados á cuchillo todos sus moradores y entre ellos Gneo Scipión.—España guarda las cenizas de ambos hermanos cerca de Tarragona, en el monumento que se llama «Torre de los Scipiones».

Tal vez con estos desastres hubiera para siempre concluído en España el poder romano, á no ponerse al frente de las destrozadas legiones el centurión Lucio Marcio, que alentó á los soldados, atacó de improviso á Asdrúbal y le derrotó cerca de Tortosa, aclamándole los legionarios con entusiasmo y llamándole pro-pretor ó general.—Este pomposo título disgustó al senado romano y nombró para el mando de España al pretor Claudio Nerón, de cuya ineptitud se burlaron los cartagineses, que cerca de Iliturgis escaparon por medio de una estratagema del desfiladero en que casualmente tenía encerrado á Asdrúbal.

Claudio Nerón tuvo que ser destituído del mando del ejército de España, y ante el pavor en Roma de los triunfos de las armas cartaginesas, era difícil hallar un general experimentado que viniese á la península, cuando Cornelio Scipión, joven de 25 años, se ofrece á ello, para vengar la muerte de su padre y de su tío, sirviendo á su patria y atrayendo á los españoles con su cultura y su cortesanía al lado de Roma.—El senado aceptó sus ofrecimientos y vino con grueso ejército, desembarcando en Ampurias, y empezando á poner en práctica su plan de campaña, que era expulsar á los cartagineses de España, y llevar después la guerra á Cartago.—Con la llegada de Scipión toma un nuevo y favorable aspecto la guerra de España.

Viendo que los cartagineses tenían dividido su ejército en tres cuerpos distintos, Scipión quiso atacarles, y para ello sitió á su capital Car-

tagena, la cual tomó, á pesar de ser inexpugnable, en menos de cuatro días, escalando los muros y asaltando la ciudad.—Entonces dió Scipión pruebas de grande generosidad, pues que entre los prisioneros se encontraban la esposa de Mandonio y la hija de Indivil, que devolvió á los suyos, los que agradecidos engrosaron sus legiones; así como una hermosa princesa desposada con el régulo celtíbero Allucio, al que entregó la joven sin condición alguna y el oro de su rescate como regalo de boda.—Igual generosidad tuvo al año siguiente, al vencer á Asdrúbal en Becula (Baeza), remitiendo á Masinisa, con grandes presentes, un joven númida sobrino de éste, que allí estaba prisionero.

Siendo insistentes las peticiones de Anníbal desde Italia en demanda de socorro, marchó allí Asdrúbal, dejando la Bética confiada al mando de Masinisa. Y tuvo tan mala fortuna al llegar á Italia, que recorriendo el mismo camino que Anníbal, al llegar junto al río Metauro, fué atacado por los ejércitos romanos, siendo vencido y muerto en la batalla, mandando uno de los cónsules romanos que se le cortase la cabeza y se lanzase al campo de Anníbal, el que al contemplarla exclamó: «Ésta es la suerte de Cartago y la pérdida de mi dicha.»—La batalla del Metauro fué la salvación de Roma y el anuncio de la destrucción de Cartago.

Así como en Italia, iba también creciendo, de modo rapidísimo, el poder de los romanos en España.—Fué derrotado el general cartaginés Hannón en la Celtiberia, tomándose á Jaén en la Bética, destruyéndose asimismo los ejércitos cartagineses de Magón y de Giscón, entre Córdoba y Sevilla, coronando todos los triunfos romanos en nuestra península la hábil diplomacia de Scipión, que sabiendo cuán descontento se encontraba Masinisa de los cartagineses (á causa de haberle entregado á Sifax por esposa á la hermosa Sofonisba, que más tarde y por poco tiempo fué su mujer), hizo con él una alianza secreta, y desde entonces fué un poderoso y leal aliado de los romanos.

Scipión no podía olvidar que había algunas ciudades españolas que habían cerrado las puertas á su padre y aún se sostenían valerosas é independientes, haciendo alarde de desafiar al general romano. Estas eran, entre otras, Iliturgis (Andújar), Cástulo (Cazlona) y Astapa (Estepa). Las dos primeras fueron sitiadas, tomándose ambas, y castigándose á sus moradores de una manera cruel, pues que sin distinción de sexo, ni edad, todos fueron pasados á cuchillo, siendo este acto de ferocidad sin límites y de venganza incalificable, el que hizo desaparecer la aureola de generoso y humano que rodeaba al gran Scipión.—Pero la ciudad de Astapa resistió más que ninguna, é imitando á Sagunto, perecieron todos sus moradores, algunos en el combate, y la mayor parte en la hoguera, que encendida en la plaza pública, sólo dejó cenizas á los romanos cuando entraron en la ciudad.

Ocurre por entonces que Scipión cae enfermo, y su enfermedad estuvo á punto de ser causa de que se destruyese todo el poder romano en España, pues que Indivil y Mandonio, creyéndole muerto, se sublevaron, y los soldados se amotinaron á su vez pidiendo las pagas. Pero restablecido el general romano, venció y perdonó á los rebeldes, destru-

yó la armada de Magón, sitió y tomó á Cadiz, último baluarte del poder cartaginés en España, arrojando á éstos definitivamente de nuestra península, y teniendo Magón, después de cometer la indignidad de crucificar á los magistrados de Cádiz, creyéndoles cómplices de la entrega de la ciudad, que la realizó Masinisa, que retirarse definitivamente de nuestra península, no sin que antes invernase en el puerto de Menorca, que desde entonces tomó el nombre de puerto de Magón ó Mahón.

En Italia también abandonó la fortuna á los cartagineses. Anníbal salió de Capua y marchó al Africa, donde Scipión realizó su plan de atacar á los cartagineses en su mismo territorio. La guerra en Cartago coronó de laureles á Scipión, y en la batalla de Zama venció á Anníbal, hundiendo para siempre el poder de Cartago y terminando la segunda guerra púnica con el vergonzoso tratado de paz, sólo favorable á Roma, cuya primera cláusula estipulaba que ningún cartaginés pondría en adelante los pies en suelo español.—Así termina el poder cartaginés en nuestra península, concediendo Roma á Scipión el sobrenombre de «Africano», y siendo tristísimos los últimos días de Anníbal, pues que fagitivo en Asia y ya frisando en los 70 años, tuvo que tomar veneno para sustraerse á la muerte, que valiéndose de infames asesinos, le preparaban en tan apartados lugares, sus eternos enemigos los romanos.

El mapa de España durante la dominación cartaginesa, se forma con la España independiente (citerior y ulterior), al Norte de la península, y desde el Sur hasta Toledo en Castilla, y Rosas en Cataluña, constituye la verdadera España cartaginesa.

Crítica.—Nada favorable á los cartagineses es el juicio imparcial que acerca de su dominación en España puede hacerse y se emite por todos los historiadores. La política de crueldad, de mala fe, de deslealtad y de astucia que siguieron en la península, no puede merecer más que acerbas censuras, mucho más teniendo en cuenta que nuestra patria fué para éllos venero de riqueza para su comercio, que nos explotaron cuanto pudieron y nos agobiaron con tributos, introduciendo la ominosa esclavitud para el trabajo de las minas; así se comprenderá que sólo con horror puede recordarse la dominación de los cartagineses en España.

Si á esto se añade que nada nos resta de la dominación cartaginesa, cuya política rastrera no dejó huellas fecundas, como las dejaron los griegos y los fenicios, y después los romanos, así como no existe monumento ni institución alguna de esta época, ni poblaciones que recuerden su origen primitivo, se comprenderá que la dominación cartaginesa en España fué meramente egoista y ejercida por envidia al poder fenicio, y como intermediaria á la larga y fructífera dominación romana.

Si se compara la política de los cartagineses en España y la que hasta el fin de la segunda guerra púnica siguieron los romanos, se notarán las diferencias que las separan; pues que frente á la crueldad y mala fé púnica, puede presentarse la dulzura y generosidad que hasta ahora tienen los romanos para con los españoles, sólo desmentida con algún acto preciso de crueldad, que fué el anuncio de la que después habían de manifestar en su absoluta dominación en nuestra península.

Mas como se observa que los naturales del país, á pesar del duro trato de los cartagineses, tenían simpatías por éllos y lograron la adhesión de muchos españoles, especialmente de los del Mediodía, hay que explicar esta contradicción, sólo por la larga dominación de los fenicios y la comunidad de origen con los cartagineses, así como por la identificación de intereses de las numerosas colonias libio-fenicias.

Pero la heróica defensa de las ciudades sitiadas por los cartagineses y los actos de heroismo realizados en éllas, son prueba evidente de que el pueblo español, en todas las épocas de su historia, ha conservado vivo y perenne el santo amor de la libertad é independencia de la patria, como lo prueban Sagunto y Astapa, prefiriendo ser destruídas y perecer todos sus habitantes, con todas sus riquezas, á entregarse ignominiosamente á los invasores extranjeros.

LECCIÓN 13.

Dominación romana en España durante la República.

GUERRAS DE VIRIATO Y DE NUMANCIA.

Segunda época de la Historia antigua.—Dominación romana en España.—Su carácter distintivo.—División de la misma en dos períodos principales.—Examen del primero y subperíodos en que puede dividirse.—Indicación del segundo y subperíodos que comprende su estudio.—Período de lucha, ó España bajo la república romana.—Estado de nuestra Península al comenzar esta época.—Cambio de conducta de los romanos.—Rebeliones de Indivil y Mandonio, y otros.—División de España en citerior y ulterior.—Catón en España.—Batallas importantes.—Supresión y restablecimiento de las preturas.—Guerras con los celtíberos.—Batallas y sitios de ciudades.—Traición de Galva.—Primer subperíodo.—Guerra de Viriato.—Su origen.—Derrotas que engrandecen el nombre de Viriato.—Alianza contra los romanos.—El cónsul Metelo y Fabio Serviliano, y tratado con Viriato.—Deslealtad de Scipión y muerte de Viriato.—Tántalo, último representante de la independencia lusitana.—Segundo subperíodo.—Guerra de Numancia.—Su origen.—Quinto Pompeyo Rufo y Marco Popilio Lénate.—Mancino y sus sucesores.—Scipión el Africano.—Sitio de Numancia.—Su heroismo.—Retógenes.—Glorioso fin de Numancia.=*Crítica.*—Juicio sobre la conducta seguida por los romanos en nuestra Península en los comienzos de su dominación.—Partido español en Roma.—La guerra de Viriato simboliza la aspiración constante de la independencia española.—Pensamiento de unidad que preside al levantamiento de Viriato.—La guerra de Numancia es símbolo también del espíritu de independencia española.—Influencia moral de la heróica defensa de Numancia.

La segunda época de la Edad Antigua, ó sea, la dominación definitiva de los romanos en España, comprende un espacio de tiempo de 610 años, principiando el 201 (antes de J. C.) en que terminó la segunda guerra púnica y acabando el 409 (después de J. C.), en que con la venida de los bárbaros pierden los romanos su soberanía en nuestra península.

La dominación romana en España, preparada lentamente durante el Imperio de los cartagineses, tuvo después su definitivo desarrollo, pues que en los sueños de grandeza de Roma, veía en nuestra patria un país con cuya dominación podía aumentar más y más su poder, á merced de las riquezas de nuestras minas, la feracidad de nuestros campos y la aptitud reconocida de los españoles para el trabajo y para la guerra.

El carácter distintivo de la dominación romana en España, ofrece un doble aspecto, pues que mientras al implantar su dominación, no se logra ésta, ni se establece más que por la lucha encarnizada y tenaz, más tarde, nuestra nación, aunque vencida por los romanos, se asimila al carácter y costumbres de aquel pueblo, desarrollando su agricultura y sus artes de una manera prodigiosa, y en relación con las necesidades y aspiraciones de Roma.

Por eso se divide la época de la dominación romana en España en dos períodos principales: España bajo la República y España bajo el Imperio, ó sean los períodos de lucha y de asimilación del poder romano en nuestra península.

El primero, ó sea el estudio de España bajo la República romana, duró 171 años, comenzando desde el momento en que P. C. Scipión pasó al Africa, dejando en España sus procónsules, hasta el año 30 (antes de J. C.), en que fué elegido emperador Augusto.—Este período se divide á su vez en cuatro subperíodos, comprensivos, el primero de las guerras de Viriato, el segundo de las de Numancia, el tercero de las de Sertorio y el cuarto de las de César en España.

El segundo período de la España romana, ó sea bajo el Imperio, cuenta 439 años de existencia, desde el 30 (antes de J. C.), en que fué elegido emperador Augusto, hasta el 409 (después de J. C.), en que ocurrió la venida de los bárbaros del Norte.—Este período se subdivide también en dos subperíodos, comprendiendo el primero desde Augusto hasta Constantino, y el segundo desde este emperador hasta el fin de la dominación romana en España.

El primer período, que hemos apellidado de lucha, ó España bajo la República, es un espacio de tiempo durante el cual nuestra nación padece un martirio prolongado y tenaz, defendiendo su libertad y su independencia, y peleando por los derechos de la humanidad y de los pueblos contra el absorbente poder de Roma.

Al comenzar la época romana en nuestra península, se encontraba ésta encantada con el trato afable de los jefes romanos, especialmente de los Scipiones; y halagados por su dulzura y cortesanía y viendo en ellos á hombres ilustrados que venían á representar aquí los elementos simpáticos de la cultura griega, les creyeron de buena fe, y por algún tiempo, los libertadores de la tiranía y opresión cartaginesa en nuestra patria.

Mas á poco cambiaron las cosas en España, y arrojados definitivamente de nuestro suelo los cartagineses, variaron de conducta los romanos, y á la dulzura y amabilidad de los pasados tiempos, sucedió el de la opresión y la violencia sobre nuestro pueblo, hasta el punto de que bien pronto despertaron los españoles de su letargo, y comprendieron que sólo habían cambiado de dueños ó de tiranos, y enemigos siempre de la violencia y de la tiranía, se aprestaron inmediatamente á resistirla.

Y los primeros que se levantaron fueron aquellos famosos régulos Indivil y Mandonio, que siempre pelearon por la independencia de la patria, y que antes fueron aliados de los romanos en contra de la tiranía cartaginesa. Este primer aliento en aras de la independencia y la libertad de la patria contra el nuevo proceder de Roma, fué castigado duramente por los procónsules Léntulo y Acidino, que gobernaban á España, y los heróicos jefes no tuvieron la suerte de vencer en la batalla, muriendo en ella Indivil y cayendo prisionero Mandonio, para morir en una cruz y desde ella lanzar un grito de protesta contra Roma, que había de preparar las guerras posteriores que se suceden en Espa-

ña durante este período.—A estas rebeliones siguieron otras, que sofocadas en un lado, renacían en sitio distinto, y que hicieron que Roma pensara seriamente en la que llamaba resistencia española.

Durante este tiempo los romanos dividieron nuestra península en dos partes ó provincias, llamadas citerior y ulterior; es decir, del lado acá y de allá, con relación á Roma, separadas en un principio por el Ebro y más tarde por línea fronteriza trazada desde el N. O. al S. E. La primera tenía por capital á Tarragona, y la segunda á Cádiz, llegando la citerior hasta Cartagena por el Sur y hasta el mar Cantábrico por el Norte, y comprendiendo el resto la ulterior, incluyendo á Galicia.—Cada una de ellas estaba gobernada por un pretor ó pro-pretor romano, casi siempre patricio ó general de escasa fortuna, que venía á rehacerla en nuestra península.

Después de las insurrecciones de Indivil y Mandonio, y de otros régulos y ciudades, el estado de intranquilidad en España era tal, y tan justificadas las quejas contra la rapacidad de los pretores, que el senado romano envió aquí á Marco Pocio Catón, el Censor, que era un hombre tan íntegro como cruel. Este general romano con sus dos legiones, nada guardó para sí de lo que recaudó en España, pero destrozó en menos de un año á más de 400 pueblos, venció á los celtíberos y turdetanos, vendió á los habitantes de las poblaciones destruídas como esclavos, y en medio de tanta crueldad hay que hacerle la justicia de que más tarde, á su vuelta á Roma, fué el creador del llamado Partido español, defensor de nuestros lastimados derechos en la capital de la República.—Después de estos sucesos, continúa la guerra en nuestra península sin interrupción y sin plan de unidad, pero sin que se lograra dominar á este pueblo, á pesar de las batallas del Tajo y de Ebura (Talavera), que en ambas, así como en otras menos importantes, vencieron los romanos.

La rapacidad de los pretores fué en aumento, creciendo por ello la irritación de los españoles.—El senado romano toleraba tácitamente tales indignidades, creyendo que nuestro suelo y nuestra bondad eran un venero inagotable de riqueza.—Cítase sólo como raro modelo de pretor honrado el de Sempronio Graco, logrando la amistad de Numancia y de otras poblaciones, y que durante los años que gobernó en España empezase á desarrollarse aquí la cultura y la política de Roma.—Pero á éste sucedió el cruel Furio Filón, que originó con sus crueldades y rapiñas un levantamiento general, y que el Partido español en Roma lograse que fuese procesado, suprimiéndose las preturas y mandándonos un procónsul, en cuyo tiempo renació la tranquilidad en España, que poco duró, pues las preturas fueron restablecidas y comenzó de nuevo la rebelión entre nosotros.

Los celtíberos, al mando de Salondico, se sublevaron contra los pretores romanos, así como los lusitanos, encarnizándose la guerra de una manera cruel y despiadada por uno y otro bando.

Esto dió origen á varias batallas y sitios de ciudades, entre ellas Numancia, que se defendió con denuedo, é Intercatia y Pallantia, que á su vez hicieron heróica defensa, llegando á causar terror á Roma, que no encontraba generales que mandar á España.

De todos los pretores romanos en nuestra patria, el más cruel y traicionero fué Galva. Brindó con la paz á los lusitanos y les suministró tierras para la labranza, y cuando estaban ocupados en sus tranquilas tareas cayó sobre éllos é hizo una horrible matanza, reduciendo á los pocos que quedaron á la más ominosa esclavitud.

Después de estos sucesos de preparación á las verdaderas guerras de abierta rebelión en España, comienza el primer subperíodo de los que comprende la época romana en su primer período, ó sea bajo la República.

La guerra de Viriato, que abarca todo el primer subperíodo, es el grito de honrada protesta de los oprimidos lusitanos, contra el tiránico poder de Roma, y el primer acto formal y decidido á favor de la independencia de España.

Tiene por origen esta guerra la referida matanza del pretor Galva. Era Viriato un joven pastor de la Lusitania, que había escapado milagrosamente de la traición del general romano, y que teniendo animoso corazón y levantados sentimientos, llamó á sus convecinos á la vida de la independencia y les propuso vengarse de la maldad romana, reuniendo á poco un ejército de 10.000 lusitanos, que le eligieron jefe, y que durante catorce años, al abrigo de las montañas patrias, por medio del ardid y de la estratagema, llegó á cansar y rendir á los romanos.

Las derrotas de Vectilio en Tribola (Tobarra, en Albacete), donde merced á un ardid atrajo al pretor á un bosque pantanoso y le venció, la de los Tilios y Belos, aliados de Roma, la del pretor Plancio, y las victorias de Ourique y Viseo, dieron tanto prestigio á Viriato, que Roma empezó á preocuparse de la que al principio llamaba guerra de bandidos.

Por eso Quinto Fabio Máximo aprestó sus huestes contra Viriato, que á pesar de ser vencido en Becor no se desalentó, sino que levantó el espíritu público, formando una alianza contra los romanos, en la que entraron casi todas las tribus españolas, que á haberse sostenido en ella, hubieran hecho imposible el triunfo de Roma.

A pesar de todo, y durante los consulados de Metelo y de Fabio Serviliano, y de rehacerse algo el poder de las legiones en nuestra contra, el caudillo lusitano logró tal prestigio, que propuso un tratado, de potencia á potencia, con el senado romano, que al fin fué aceptado por éste, estipulándose solemnemente que habría paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato.

Mas este tratado se violó vió pronto, pues que Quinto Servilio Scipión, que sucedió á su hermano Serviliano en la pretura de España, hizo comprender al senado que no era digno de su majestad aquella importancia dada á Viriato, y traidoramente y con violencia de la pactado, atacó sus reales. Entonces noblemente Viriato mandó una Embajada reclamando del general romano el cumplimiento del tratado, y aquél, en vez de aceptar las justas razones del caudillo lusitano, apeló á la traición, sobornó á los tres embajadores y les ofreció riquezas, que les negó después el senado romano, á cambio de la muerte de Viriato. Aceptaron éstos, y al volver al campamento de su jefe, penetraron de

noche en su tienda, donde se hallaba descuidado, y le dieron muerte, cosiéndole á puñaladas.

A la muerte de Viriato, los lusitanos eligieron por general á Tántalo para continuar su guerra de independencia contra Roma. Pero éste, aunque último representante de las libertades patrias en el presente subperíodo, no tenía las condiciones de aquél, y sus soldados tuvieron bien pronto que disolverse entre las montañas del país, aguardando mejor ocasión para lograr sus nobles aspiraciones.

El segundo subperíodo de este período histórico, comprende desde el año 153 (antes de J. C.), en que se declaró la guerra de Numancia, hasta la destrucción de la ciudad sitiada, 133 años (también antes de J. C.).

La guerra de Numancia es uno de los acontecimientos más importantes de la España antigua, preparado, según algunos historiadores, por hechos anteriores en que tuvo participación, relacionados con su primer sitio, y según otros, más fundadamente por cierto, en los sucesos ocasionales que motivaron esta guerra.

La ciudad de Numancia, cerca de Soria, pequeña capital de los pelendones en la Celtiberia, había sido declarada independiente, á merced de un tratado celebrado el año 162 (antes de J. C.), permaneciendo neutral durante las guerras de Viriato, y siendo sagrado asilo lo mismo para recibir á los fugitivos de esta guerra que á los del ejército romano. —Al amparo de este tratado acogió á algunos segedanos vencidos y á otros soldados de Viriato; y muerto éste, los romanos exigieron á los numantinos que los entregaran, á lo que se negaron abiertamente, porque entonces violaban las leyes de la humanidad.—Esta contestación ocasionó la declaración de guerra á Numancia, por más que esto fué sólo un pretexto, pues que el verdadero motivo no era otro que el que causaba bochorno á Roma la independencia de la pequeña ciudad y aprovecharon un motivo cualquiera para hostilizarla.

Cinco fueron los cónsules que como jefes guerreros dirigieron consecutivamente las operaciones contra Numancia. Fué el primero Quinto Fulvio Novilior, que no llevó á cabo el sitio que pensara de Numancia, porque siendo derrotado en una batalla por el escaso ejército de 8.000 hombres de los numantinos, tuvo que abandonar sus proyectos.—Quinto Pompeyo Rufo, apretó las operaciones, defendiéndose los numantinos al mando de Megára, y siendo vencido el general romano, haciéndose una paz vergonzosa para Roma, que no cumplió el cónsul y negó más tarde ante el senado romano.—En tiempo de Marco Popilio Lénate, tercer general romano debelador de Numancia, fué vergonzosamente derrotado ante los muros de la ciudad, como justo castigo á la negativa del senado romano para sancionar el tratado de paz anteriormente celebrado.

Cayo Hostilio Mancino, siguió las operaciones contra Numancia, con tan mala fortuna, que envuelto por los numantinos todo su ejército de 20.000 hombres en un desfiladero, al huir vergonzosamente de la ciudad, que creyó iba á ser socorrida por los pueblos comarcanos, tuvo que pedir la paz, que le fué otorgada, á condición de que se reconocie-

se por Roma la independencia de la ciudad sitiada. El senado romano anuló el pacto hecho por Mancino, y entregó á éste, atado de pies y manos, á los de Numancia, de una manera indecorosa, poniéndole á las puertas de la ciudad. Los numantinos, más humanos, soltaron al cónsul y lo enviaron á sus reales.—Los sucesores de Mancino (otros tres cónsules), fueron tan desgraciados como sus antecesores en el sitio de Numancia, á quien se le llamó, y con justicia, el terror de Roma.

Entonces se pensó en nombrar generalísimo y cónsul de la España citerior, al valiento P. C. Scipión Emiliano, ya apellidado el *Africano*, por su vencimiento en Cartago, que con un ejército importante y con lo más selecto de la juventud romana, que se había alistado en sus banderas, puso sitio á Numancia.

Scipión encontró el ejército corrompido y desmoralizado. Restableció en él la disciplina, y rehuyendo batallas, se propuso rendir á los sitiados por el hambre, rodeando la ciudad con cuatro líneas de atrincheramiento y cortando también la comunicación por el Duero, con gruesos maderos herizados con puntas de hierro, que evitaban el paso á las barcas y á los nadadores.

La ciudad sitiada se resistió con heróico empeño, no perdonando medio alguno para resistir, y sosteniéndose decidida frente al enemigo, convencidos sus moradores de que no les quedaba otro recurso que perecer por el hambre ó por el hierro enemigo; pero sin que nunca tuviesen el pensamiento de rendirse, porque esta idea pugnaba siempre con su valor y heróico arrojo.

Entonces el esforzado numantino Retógenes escaló las fortificaciones y asolando á su paso cuanto encontraba, demandó auxilio á sus convecinos los arévacos, no encontrando apoyo, sino débiles promesas castigadas por Scipión. Vuelto con iguales estratagemas á Numancia, se pide la paz por medio de Alúro, que sólo demanda honrosas condiciones para la entrega, lo que negado por el general romano, decidió el heróico fin de Numancia.

Entonces los numantinos, viendo que se estrecha el cerco, emulan la suerte de Sagunto, y todos, ó perecen en el combate, ó en la hoguera de la plaza pública, donde se ofrecen gustosos como sagrada hecatombe para la independencia de la patria, quedando sólo un montón de ruinas y de humeantes cenizas cuando Scipión entró en la ciudad y 50 desgraciados que maniatados y casi arrastrando fueron llevados atados á Roma, tras la triunfante carroza de Scipión.

Crítica.—La conducta seguida por los romanos en nuestra península, en los comienzos de su dominación, merece las más acerbas censuras. Quisieron aparecer como redentores de nuestra patria en contra de la tiranía cartaginesa, y fueron ellos más tiranos, si cabe, despertando las justísimas iras y el ardiente entusiasmo de los naturales del país.

La guerra de Viriato simboliza la aspiración constante de la independencia española, pues que aquel audaz guerrillero, tan mal juzgado por los escritores romanos, sus eternos enemigos, que torpemente le apellidaron bandido y ladrón, jamás hizo la guerra en provecho propio y nada sacó de ella, más que la satisfacción del deber cumplido en aras

de las libertades patrias.—La Historia hace ya justicia á Viriato, que hasta el mismo día de sus bodas con una princesa celtíbera lo celebró en el campamento, que nunca fué bandido y sí heróico guerrillero, y que todo lo que recogió en la campaña fué lo permitido por el Derecho de guerra, repartiéndolo entre sus soldados, y no aprovechándose de nada del botín que cogía á los romanos.

Al levantamiento de Viriato preside un hermoso pensamiento de unidad que le hace triunfar, porque identificados todos en la idea de la libertad de la patria, todos caminan á un fin único y salvador, sin miras egoistas, que les facilita sus continuos triunfos.

También es la guerra de Numancia y su glorioso sitio, símbolo sublime de la independencia española. Ante los muros de la ciudad sitiada, como ante los de Sagunto y los de Astapa, se demostró á los que han querido tiranizarnos con sus crueles dominaciones, que España puede ser dominada por el halago y la dulzura, y nunca por la fuerza, y que se resiste siempre con actos de tal violencia, que concluyen con heroismos de épica grandeza.

Y estos actos de resistencia audaz y terrible como los de Numancia, ejercen una influencia moral tan grande en nuestro pueblo, que á su solo recuerdo, y continuando las hazañosas empresas de los numantinos, nuestra patria sigue resistiendo la tiranía romana y no se identifica con el pueblo opresor, hasta que cambiando de táctica, atrae á nuestra nación por medios distintos, oponiendo al sistema de la fuerza el de la dulzura, la ilustración y la comunidad de intereses.

LECCIÓN 14.

España bajo la República romana.

GUERRAS DE SERTORIO Y DE CÉSAR EN NUESTRA PENÍNSULA.

Tercer subperíodo del período primero de la segunda época de la Historia antigua.—Período de paz después de la destrucción de Numancia.—Nueva sublevación de lusitanos y celtíberos.—Origen de la guerra de Sertorio.—Quinto Sertorio.—Su venida á España.—Sus primeros hechos de armas.—Formalízase la guerra y derrota Sertorio al general Metelo.—Pensamiento de Sertorio respecto á España.—Su organización en provincias.—Le auxilia Perpenna.—Viene en su contra Pompeyo.—Sitios de ciudades y batallas importantes hasta el levantamiento del sitio de Pallianza.—Va decayendo el poder de Sertorio.—Muerte de Sertorio.—Muerte de Perpenna y asedio de Calagurris.—Cuarto subperíodo.—Guerras de César en España.—César y Pompeyo.—Los pompeyanos en España.—Sumisión de la Bética.—Consecuencias en España de la batalla de Farsalia.—Se recrudece la guerra en España.—Batalla de Munda.—¿Dónde estuvo situada esta ciudad?—Total sumisión de la Bética y fin de las guerras de César en España.—Mapa general de España durante la dominación romana en nuestra Península en esta época.—*Crítica.*—Sertorio simboliza en España las aspiraciones del partido popular y la libertad de los pueblos.—Su sistema de guerra y su organización administrativa fué el primer paso de ilustración entre nosotros.—Las guerras de César simbolizan que España era el campo de batalla donde se decidía la suerte de Roma.—Juicio crítico imparcial sobre la dominación de Roma en nuestra Península, durante el mando de la república.

El tercer subperíodo del período primero de la segunda época de la Historia Antigua, comprende desde la destrucción de Numancia, 133 años (antes de J. C.), hasta el año 30 (también antes de J. C.), en que Augusto es proclamado emperador de Roma.

Terminada la destrucción de Numancia, hubo veinte años de relativa tranquilidad en España, sólo turbada por la conquista que de las islas Baleares hizo Cecilio Metelo, y por las frecuentes acometidas que á los romanos hacían de vez en cuando las bandas de guerrilleros insurrectos refugiados en los bosques y en las montañas.

Más tarde los celtíberos y lusitanos, excitados por la contínua rapacidad de los nuevos pretores, se sublevan contra el yugo romano, entablando una guerra sostenida con intermitencias, que duró muchos años, hasta que al fin fueron vencidos por los generales de la república, los que celebraron su vencimiento con mil crueldades, que cada día fueron aumentando el odio de los españoles para con los romanos.

Años después, y con ocasión de las luchas civiles que en Italia estallaron entre Mario y Sila, vino á España un hombre que en Roma había sido lugarteniente de Mario y entusiasta defensor de los intereses del partido popular romano, y con cuya venida comenzaron unas guerras de carácter particular; pues si bien fueron contra Roma, y los

españoles luchaban en favor de su independencia, nuestra nación no hizo otra cosa que tomar plaza y ayudar á uno de los partidos que dividían á la república romana. Tal fué el origen de las guerras de Sertorio en España.

Quinto Sertorio, que conocía nuestra nación por haber militado en ella y haber llegado á los más altos puestos guerreros, fué comprendido en la proscripción de Sila, y saliendo de Roma vagó primero por las costas de Africa y las islas Canarias, hasta que el eco de sus proezas se difundió por España, y los lusitanos le llamaron como su libertador, teniendo en cuenta su carácter y el amparo que había dado en Roma al partido popular.

Llega Sertorio á España, y desde su llegada pensó realizar aquí la última esperanza del partido popular romano, levantando contra Roma las provincias occidentales. Por eso, ante todo, llamó á la libertad de los pueblos que estaban oprimidos, y juntó á su alrededor multitud de voluntarios que le creyeron de buena fe el restaurador de las libertades patrias.

Reuniendo un ejército de cerca de 9.000 hombres, realiza sus primeros hechos de armas en España, que fueron desgraciados, pues que el general de Sila, Cayo Annio, enviado en su contra, valiéndose de la traición, desbandó el ejército de Sertorio, que acampaba en el Pirineo, y aquél tuvo que huir al Africa con las tropas que pudo salvar de la desbandada, pasando mil fatigas y penalidades, pero sin renunciar nunca á sus proyectos sobre nuestra península.

Así es que bien pronto se sublevan los lusitanos en contra de los generales de la República, y llaman á Sertorio, que viene presuroso, ayuda á los españoles, formaliza la guerra, vence á los romanos, se alía con los celtíberos, y se hace dueño del porvenir de España, siendo desde entonces el más terrible adversario de Roma, mucho más desde que con sus ardides logró vencer al general de Sila, Metelo Pío, que había venido á combatirle, obligándole á huir en vergonzosa derrota.

Sertorio desde entonces concibió, con respecto á España, un pensamiento decisivo, cual era formar en nuestra patria una pequeña Roma que oponer á la existente, hasta que ésta pudiera comprender todo el alcance de su valer y de su fortuna, y á él se uniese, siendo el árbitro de todo, aumentando sus dominios y asegurando la tranquilidad de España.—Y con respecto á los españoles, ya que logró captarse sus simpatías y que comprendió su natural sencillo y confiado, así como el inmenso poder que sobre ellos ejercía lo sobrenatural, les hizo creer que recibía las inspiraciones de los dioses en favor de España, por mediación de una corza blanca que siempre le acompañaba, logrando por este medio y por sus victorias el amor y respeto de este pueblo.

Para completar su obra con respecto á nuestra península, la organizó de una manera admirable. La dividió en dos grandes provincias, la Lusitania, cuya capital era Ebora, donde él residía, y la Celtiberia ó central que tenía por capital á Osca. En la primera estableció un senado, copia del romano, compuesto de 300 individuos, y en la segunda fundó una universidad, donde los jóvenes españoles pudiesen aprender los conocimientos literarios de Roma y de Grecia. Es opinión general que la Osca

de Sertorio, corresponde á la Huesca de Aragón, aunque había entonces cuatro ciudades de este nombre, y de ellas dos en la Bética. Y acostumbrando con frecuencia Sertorio á asistir á las clases y presidir los exámenes y actos públicos, parece más probable que la Osca universitaria estuviese en la Bética, pues no era fácil que con frecuencia atravesare España para concurrir á aquel centro docente, ni le convenía tampoco tener tan lejos de sí á la juventud que allí estudiaba, y á cuya ilustración fiaba Sertorio su porvenir y el de España.

Cuando se ocupaba con más empeño en realizar sus planes en nuestra patria, construyendo murallas y acueductos, y desarrollando la agricultura, la industria y el comercio, recibió un notable refuerzo con la venida de Perpenna, proscripto como él y amigo de Mario, que con 20.000 hombres y envidioso de su fortuna, vino á España desde Cerdeña, donde se encontraba, levantando bandera propia, que no fué secundada, pues que su ejército, contra su voluntad, se puso á las órdenes de Sertorio, lo reconoció como jefe, y secundó sus planes.

En tal estado, y muerto Sila, se encargó la dirección de la guerra de España á Gneo Pompeyo, el que vino para unirse á Metelo y oponer un formidable ejército al de Sertorio. El primer hecho de armas que se lleva á cabo es el sitio de la ciudad de Laurona (hoy Liria, en Valencia), y cuya ciudad pretendió socorrer con arrogancia Pompeyo, llevando el desengaño de ser vencido por Sertorio, que al fin tomó é incendió cruelmente la ciudad sitiada.

Se suceden otros sitios de ciudades y batallas importantísimas (en que pocas veces fué vencido Sertorio), como fueron la derrota de Hirtuleyo, su general predilecto, el triunfo y vencimiento de éste en Contrebia (cerca de Velchite), merced á estratagemas guerreras, la batalla del Júcar, en que venció Sertorio para vengar la toma de Valencia, y la de Sigüenza en que Pompeyo y Metelo huyeron, no sin que más tarde éste se proclamase triunfador, aunque bien pronto le castigó Sertorio, haciéndole levantar hábilmente el sitio de Pallianza ó Pallancia (Palencia), lo que le hace crecer en importancia, y que Pompeyo pidiese socorros á Roma, temeroso de que hasta allí le siguiese Sertorio.

Pero llega un momento en que á pesar de todos sus triunfos y de haber aceptado con condiciones que nunca pudieran perjudicar á Roma la alianza de Mitrídates, rey del Ponto, que le envía socorros por mar y tierra, va sin embargo decayendo el poder de Sertorio, porque Metelo pone precio á su cabeza y excita á los españoles en su contra, que aunque entusiastas por él no le perdonaban que para ellos habían estado cerradas las puertas del senado de Ebora, y se les había negado las altos puestos del ejército; y entonces las conspiraciones aumentan en el campamento, alentadas por Perpenna, que siempre fué enemigo de Sertorio. En tal estado éste receló de todos, cambió su guardia romana por una española, y fueron amargos los desengaños que tuvo en sus últimos tiempos, creyendo ver un enemigo en cada legionario, y entristeciéndose al ver que muchos pueblos celtíberos abandonaban su causa.

La conspiración fraguada en el ejército dió sus frutos, y en el año 72 (antes de J. C.), hallándose Sertorio en Osca, ideó Perpenna un festín

para celebrar una soñada victoria, y en él, á la seña convenida de dejar caer una copa, el lugarteniente Marco Antonio le atravesó con su espada, rematándole los jefes rebeldes que asistían al banquete. Para honra de España ninguno era español, y su guardia, toda española, se dió la muerte antes que militar á las órdenes de Perpenna, que por triste lección de la suerte resultó en su testamento el heredero de Sertorio.

Perpenna que le sucede, pero sin prestigios en el ejército y sin los talentos de Sertorio, fué derrotado y hecho prisionero por Pompeyo, que le mandó matar en suplicio infamante, como castigo á su atroz alevosía. A poco sometió Pompeyo á su poder todas las ciudades españolas, en número de 976, fundó á Pamplona y marchó á Roma, no sin que antes tuviera que sitiar duramente á las poblaciones de Osma, Clunia y Calagurris, en la Rioja, rindiéndose las primeras y resistiéndose la última, que emuló las glorias de Numancia, y que al fin tomó Pompeyo, pasando á cuchillo á los pocos habitantes que en ella quedaban, terminando con este hecho memorable la guerra sertoriana en España, y dominando en la península con el terror las armas romanas.

El cuarto subperíodo de este período histórico, comprende desde el año 69 (antes de J. C.), en que definitivamente termina la insurrección sertoriana en nuestra península, hasta el año 30 (también antes de J. C.), en que Octavio es proclamado primer Emperador de Roma, bajo el nombre de Augusto.

Las guerras de César entre nosotros, que principalmente abarcan este subperíodo, tienen su origen en la primera venida de Julio César á España, como pretor, 60 años (antes de J. C.); pues que entonces comenzó á darse á conocer, venciendo á los sublevados lusitanos, dando leyes contra la usura, siempre extendida en nuestra península desde los tiempos antiguos, y oponiendo á estos jurídicos alardes de moralidad administrativa una rapacidad sin límites en nuestra patria, que le hizo pagar todas sus deudas cuando volvió á Roma con las inmensas riquezas que llevó de España.

Otra vez en Roma obtuvo el consulado, y con Craso y Pompeyo formó el primer triunvirato, que de modo cruel tiranizó á la República romana; y siendo el lazo que unía á los triunviros la amistad de Craso con Pompeyo, y la de César con éste, á quien diera á su hija Julia en matrimonio.—Pero muere Craso, y muere también Julia, y rotos los vínculos de unión que retenían á los triunviros, disuélvese el triunvirato, y el odio sucede á la amistad con que comenzara este gobierno. Y aunque nada tenía que ver César en España, que toda era de Pompeyo, y aunque el senado prohibiera que nadie pasara el río Rubicón, límite de los Estados de ambos rivales, César lo pasó, hizo huir á Pompeyo, se apoderó de Italia, se hizo dictador, y se dirigió á España, donde mandaban los generales de Pompeyo, Varrón, Afranio y Petreyo.

César hizo en España una campaña breve y decisiva. Los pompeyanos fueron vencidos en ella; las ciudades aclamaron á César, y después de mil peripecias en que venció por medio de ardides y sus recursos militares, logró una completa victoria cerca de Lérida, en la que sin efusión de sangre venció á los pompeyanos.

Luego logró la completa sumisión de la Bética, donde mandaba Varrón, entrando en Córdoba como triunfador, y logrando que Carmona, Hispalis y otras ciudades le aclamaran, marchándose desde Cádiz á Italia, no sin que antes exigiese estrechas cuentas de su administración á Varrón, y dejase á sus gobernadores en toda Andalucía, distinguiéndose entre todos por su rapacidad el pretor Casio Lonjino.

De Roma marchó César contra Pompeyo, á quien derrotó en Farsalia, y fué muerto éste en Egipto, donde se refugió, siendo asesinado por el rey Ptolomeo, que con ello quería congraciarse con César, y que no lo logró, pues éste colocó en el trono á la hermosa Cleopatra, que tanta importancia había de tener después en la Historia de Roma, dando cuenta César al senado romano de su total vencimiento con aquellas célebres palabras: *veni, vidi, vici*. La batalla de Farsalia tuvo consecuencias inmediatas en España, porque el partido pompeyano, que parecía haber sido aniquilado, quiso hacer un supremo esfuerzo en nuestra península.

Por eso los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto, recrudecen la guerra en nuestra península y hacen un levantamiento general que obliga á César á venir precipitadamente, tardando veintiseis días desde Roma hasta Córdoba, y logrando victorias importantes, apoderándose de multitud de ciudades que se declararon en favor de César, el que trató á sus habitantes con grande humanidad, contraria á las crueldades de Pompeyo. Este, perseguido por César y desalentado, comenzó una retirada, plantando sus reales cerca de Munda.

La batalla de este nombre, tuvo lugar en una llanura cercana á esta ciudad, y en ella pelearon romanos, españoles y africanos, siendo cruel y decisiva, y en la que si al principio parecían vencidas las tropas de César, éste las reanimó con sus palabras y con su ejemplo, logrando una victoria absoluta, apoderándose de Munda, refugio de los pompeyanos, y clavando las cabezas de los muertos en picas, rodeando la ciudad. En la batalla de Munda perdió la vida lo mejor del ejército de los pompeyanos, y de éstos, fugitivo Gneo fué muerto cerca de Carteya por los soldados de César, logrando su hermano Sexto salvar la vida ocultándose en la Celtiberia.

No está aclarado por los geógrafos é historiadores, el lugar donde estuvo emplazada la antigua Munda, habiendo quien afirma que lo fué donde está hoy Monda, otros en Ronda la Vieja, otros en Monturque, y otros en Montilla.—Parece lo más probable según los detalles que el historiador romano Hircio nos dá de esta batalla y las precedentes, que tuvo lugar en los alrededores de Montilla, lo cual se justifica, entre otros hechos por la facilidad con que, según la Historia, se llevó á Córdoba, (que se supone cercana) el detalle de estas empresas guerreras.

Con la batalla de Munda se logra la total sumisión de la Bética y terminan las guerras de César en España; pues si bien Córdoba, Sevilla y Osuna, resistieron por algún tiempo, al fin cayeron en poder de César, que recorriendo toda la Bética, recogió inmensas riquezas, que llevó á Roma, para donde marchó, desde el puerto de Cartagena. Muere más tarde, á manos de Bruto y Casio, y por un poco tiempo Sexto Pom-

peyo, que había quedado en Andalucía, renueva la guerra, hasta que al fin admite las proposiciones de paz que le presentó el Senado romano.

Durante la República romana y su dominación en España, puede formarse el mapa de nuestra Península, dividida en citerior y ulterior, comprendiendo la primera los astures, cántabros, vacceos, oretanos y bastetanos, hasta el Pirineo, y la ulterior, el resto de España.

Crítica.—Sertorio viene á simbolizar en España las aspiraciones del partido popular romano y la libertad de los pueblos de nuestra Península, aunque lo hizo en forma distinta á como se habían hecho los anteriores alardes de independencia española. Pero como el jefe y los soldados eran romanos, la lucha tiene un nuevo carácter, pues aunque la guerra se hace contra Roma y en favor de la independencia patria, sus consecuencias fueron contraproducentes, pues España se romanizó hasta tal punto, que aceptó no sólo las costumbres sino también las instituciones municipales y políticas de Roma, é intervino como si fueran asuntos propios, en las luchas y guerras civiles de la República romana.

Pero no hay que negar que su sistema de guerra y su organización administrativa, fué el primer paso dado en España para ilustrarnos, toda vez que aunque tomándolo de Roma, se hizo la guerra de una manera distinta á como se acostumbraba hasta entonces, y nuestra Península se organizó administrativamente con tal acierto, que dicha organización subsistió bastante, y fué la base de las divisiones administrativas que posteriormente se establecieron.

Las guerras de César simbolizan que España era el campo de batalla donde se decidía la suerte de Roma, pues que la lucha encarnizada, primero entre los dos triunviros, y después de la muerte de Pompeyo, entre César y los hijos de éste, tomó tales caracteres, se localizó de tal modo en nuestra Península, y fueron tan decisivas sus consecuencias, que aquí se decidieron los posteriores triunfos de César, que hubieran sido mayores en Roma, después de los alardes de su absoluto poder, á no haberle cortado la vida el puñal asesino de sus ingratos hijos de adopción Bruto y Casio.

Puede formarse un juicio crítico imparcial sobre la dominación de Roma en nuestra Península, durante el mando de la República, diciendo que á pesar de las violencias que caracterizan su cruel dominación, prestó servicios á nuestra patria, ilustrándola cuanto pudo, y preparando el período de completa asimilación á Roma, en nuestras costumbres sociales y políticas, durante el siguiente período del Imperio romano.

LECCIÓN 15.

ESPAÑA BAJO LOS EMPERADORES ROMANOS, DESDE AUGUSTO HASTA CONSTANTINO.

Examen del segundo período de la época segunda de la Historia antigua.—España bajo la dominación del Imperio romano.—Período de asimilación.—División de este período en dos subperíodos.—Estudio del primer subperíodo.—Consecuencias de la disolución del segundo triunvirato romano.—Octavio emperador con el nombre de Augusto.—Sucesos en España.—Era hispánica.—División de las provincias en senatoriales é imperiales.—Guerras cantábricas.—Detalles de cada una de ellas.—Augusto en persona dirige las operaciones.—Este emperador mata las libertades españolas, y en cambio reporta beneficios materiales á nuestra nación.—Emperadores del segundo siglo de la Era cristiana y su influencia en España.—Tiranías en nuestra Península de los secuaces de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón.—Ingratitud de Galva.—Mejoras de Otón.—Emperadores del siglo III de la Era cristiana en su relación á España.—Beneficios que reporta nuestra Península en tiempo de Vespasiano y de Tito.—Cruel mando de Domiciano.—Benéfico reinado de Nerva.—Importancia que tiene para España el reinado del Emperador Trajano.—Beneficios á nuestra nación.—Adriano, también español, favorece á España y la visita.—Favorable reinado de Antonio Pio.—Marco Aurelio, también oriundo de España, y sucesos favorables.—Decadencia del Imperio romano y pocos sucesos dignos de notarse en nuestra península desde Marco Aurelio hasta Constantino.—Particularidad de los reinados de Galieno, y de Diocleciano.—*Crítica.*—Juicio sobre la dominación romana en España desde Augusto hasta Constantino.—Que significa la idea de asimilación pretendida por los emperadores con respecto á nosotros.—La presencia de varios españoles en el trono imperial realza la importancia de esta nación.—Los españoles sólo á la fuerza, y siempre con protestas, es como se someten al yugo de los emperadores romanos.

El segundo período de la época segunda de la Historia ó Edad Antigua de España, comprende desde el año 30 (a. de J. C.), en que Augusto fué proclamado emperador romano, hasta el 409, (d. de J. C.), en que ocurre el suceso histórico de la invasión de los bárbaros del Norte, y por ello la verdadera terminación del imperio de Occidente.

Durante este período, España vive bajo la dominación del Imperio romano, y este cambio de situación política se miró en nuestra nación desde el principio, como anuncio de época favorable, toda vez que bajo la república había sido presa de la rapiña de los generales romanos, y con el nuevo orden de cosas, había fundadas esperanzas de que variase nuestra triste condición de dependencia con el poder central de Roma.

El tiempo fué justificando que con el imperio mejoraba, y sucesivamente iría mejorando, la condición de España, y así se explica que merced á las acertadas reformas de algunos emperadores, y á la hábil política de gobierno para con nosotros, se puede calificar á este perío-

do histórico como de asimilación, frente al anterior que se llamó de lucha; pues si entonces se estuvo resistiendo al yugo romano, por insufrible y tiránico, en éste se aceptan sucesivamente todas las costumbres del pueblo dominador, y llega un momento en que á pesar de algunas resistencias parciales, España se asimila en un todo con las costumbres y política del Imperio.

Este período se divide á su vez en dos subperíodos, comprendiendo el primero desde el año 30 (a. de J. C.), en que Augusto es proclamado emperador, hasta el 313 (d. de J. C.). en que por Constantino se permite en el Imperio á los cristianos profesar su culto; y el segundo, desde este suceso histórico, hasta el año 409 (d. de J. C.), en que ocurre la invasión de los bárbaros, y en que el Imperio pierde la posesión de nuestra Península.

Al estudiar el primer subperíodo, hay que tener en cuenta la situación del Imperio, y de España en los últimos tiempos de la República romana. Así podrá comprenderse todo el valor de la nueva organización política romana, y apreciar la significación que en la Historia tiene la primera parte del período imperial, en la que si bien es cierto que el paganismo siguió siendo la religión del Estado, aparece en sus comienzos el Salvador del Mundo, y su doctrina va extendiéndose por todo el Imperio, y particularmente por España. A esto hay que agregar los beneficios materiales que nuestra nación recibió por entonces, y muy particularmente de algunos emperadores españoles.

Habiendo concluído el segundo triunvirato romano en la batalla de Actium, se encontró Octavio como único señor de Roma, y recordando el odio eterno de los romanos á la monarquía, y que en aquel pueblo todo era obediencia y legalidad, pero no virtud y justicia, ideó por medios hábiles usurpar cautelosamente todos los poderes, aparentando rehusarlos todos. Es su deseo hacer aparecer que la República subsiste, y que él, árbitro y señor de Roma, no es más que un ciudadano. Pero tras de aquel gobierno está su persona, que hábilmente va captándose las simpatías del Senado y del ejército, y acaparando todas y cada una de las dignidades militares, judiciales, legislativas, y de todo orden, esperando el momento de sancionar con un último título de poder, el dominio absoluto que ya ejercía sobre Roma.

Y es llegado este momento supremo; y Octavio recibe el nombre de imperator ó generalísimo del ejército, y después emperador, con el nombre de César Augusto. Conserva por algún tiempo las instituciones republicanas; pero tiene el poder ejecutivo, y dispone del ejército, teniendo el tacto de que el senado, los magistrados y el pueblo, tuviesen un poder que solo era de jurisdicción delegada, cuando estaba ya fundado por Augusto el Gobierno militar, con el nombre de Imperio, que verdaderamente representaba una idea de progreso, cual era la unión de todas las naciones, la muerte de las antiguas aristocracias, y la redención de la humanidad ya por el Cristianismo, ya también por que desde entonces, política y religiosamente, fué Roma la ciudad cabeza del mundo.

Para España tiene la constitución del Imperio una importancia gran-

de, no sólo porque desde el principio se le consideró como suceso redentor de las pasadas tiranías, (á pesar de que también se protesta aquí contra el Imperio), sino porque á raíz de su nacimiento se realizan dos hechos importantes que cambian la faz de la nación española.

Es el primero la creación de la era hispánica, que fué establecida con el objeto de señalar la declaración de España en provincia tributaria de Roma, y en que todos los pueblos de nuestra Península, quedaban sujetos á las mismas leyes romanas, caminándose de este modo á la unidad de las diferentes tribus que aquí existían, y preparando el cambio en las costumbres de los españoles, hasta que por el sistema de asimilación del Imperio, se hicieron completamente romanos.

Es el segundo la división que astutamente hizo Augusto de España en tres provincias, la Tarraconense, la Lusitania y la Bética, llamando á las dos primeras, imperiales, y á la última senatorial, como consecuencia del plan que había concebido para el Imperio y para consolidar su poder. A las provincias tranquilas, las hizo depender del senado, que no disponía del ejército, y á las levantiscas las llamó imperiales, gobernándolas él directamente como generalísimo del ejército. Por eso á la Bética se la hizo senatorial, por su relativa tranquilidad, é imperiales á la Tarraconense y á la Lusitania, por sus frecuentes rebeldías, gobernando á la primera, un pro-pretor con el título de pro-cónsul, y en las otras, dos legados de Augusto que en su nombre ejercían en ellas el poder y la autoridad.

Después de dos siglos de lucha, más ó menos encarnizada, los españoles no estaban sometidos del todo al poder romano, pues que los cántabros y los astures se rebelaban con frecuencia. En tiempo de Augusto se rebelaron unos y otros, desafiando el poder romano, y verificando varias correrías por las comarcas de otros pueblos españoles sometidos al yugo romano. Augusto, que conocía el carácter español y su tenacidad sin límites, no perdonó medio alguno para reprimir esta insurrección y asegurar la paz al Imperio.

Estas guerras cantábricas fueron dos; la primera, empezada por el mismo Augusto y terminada por Cayo Antistio, y caracterizada por el sistema de emboscadas, que cansa á los soldados romanos, retirándose Augusto á Tarragona y terminando la guerra su lugarteniente, que vence á los cántabros en Vélica y en el monte Medulio, mientras que el general Carisio vencía á los astures. —La segunda guerra cantábrica, pocos años después fué dirigida por Agripa, yerno de Augusto, que empleó en ella para vencer, el sistema de guerra con los germanos, que era destruir los pueblos, incendiar los bosques y hacer bajar á los moradores á la llanura, ocupando militarmente el país, y pasando á cuchillo la mayor parte de sus habitantes.

Estas guerras que Augusto en persona comienza á dirigir, son el último aliento de España por su independencia, para resistir la esclavitud que Roma quería imponerle. De entonces en adelante, los españoles aceptan las mejoras materiales que el Imperio les presta, se identifican en absoluto con el pueblo dominador, y nuestra nación se asimila por completo á Roma.

El emperador Augusto, aunque con las referidas guerras y su poder militar mató las libertades españolas, reportó en cambio beneficios materiales á nuestra nación. Así vemos que moralizó la admininistración pública, las ciudades se administraron por sí, naciendo de este modo el régimen municipal, abrió escuelas, caminos y canales, y desarrolló la agricultura, la industria y el comercio en nuestro país.

Los emperadores del siglo II de la era cristiana, ejercieron muy poca influencia en el gobierno de España, no ocurriendo en nuestra nación sucesos importantes que variaran la condición de nuestro pueblo.

Pero sí se dejaron sentir en él las tiranías de los secuaces de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, pues que en tiempo del primero sus prefectos Vibio Sereno y Lucio Pisón, cometieron tales excesos que el senado les castigó y depuso.—En los tiempos de Calígula y Claudio, España continuó siendo víctima de la rapacidad de los gobernadores, y comenzó aquí la predicación del Cristianismo.—En el de Nerón, sólo se recuerda la muerte del español Séneca y las persecuciones á los cristianos.

Aquí en España se fraguó la conspiración de Galba para derrotar á Nerón, que ya en el trono, fué ingrato con nosotros, arrasando ciudades y exigiendo onerosos tributos á todos, contentándose con hacer caballeros á algunos jóvenes españoles, á quienes confió su guardia de honor.

El emperador Otón, en solo tres meses que reinó, recompensó á los lusitanos, protegió el comercio, y agregó á la Bética la costa norte de Africa, llamada Mauritania, con el nombre de Hispania Tingitana. Su sucesor Vitelio, nada hizo en favor de España.

Los emperadores del siglo III de la Era cristiana, son más favorables á nuestra nación y la reportan beneficios.

En tiempo de Vespasiano, se concedió á toda España los derechos latinos, se comenzó el acueducto de Segovia, y tuvimos otras mejoras materiales que agradeció España, dando el nombre de Flavias á muchas de sus ciudades.—En tiempo de Tito, (llamado por los agradecidos españoles, *amor* y *delicias* del género humano), se disfrutó el mismo bienestar en nuestra nación, llegando los judíos á España y estableciéndose en Mérida, en Zamora y en otras poblaciones.

El mando de Domiciano fué cruel en todas partes, y especialmente en España, donde arreciaron las persecuciones y donde fueron cada vez más rapaces los gobernadores y recaudadores de tributos.

El reinado de Nerva fué benéfico para nuestra nación, pues la dotó de sabios magistrados, y embelleció notablemente la ciudad de Córdoba.

De todos estos reinados, el que más importancia tiene para España es el de Trajano, natural de Itálica (Sevilla), y el primer español que ocupó el trono imperial. De él tenemos monumentos y recuerdos, que demuestran que las ciencias, las industrias y las artes florecieron en España durante su mando patriarcal.

El puente de Alcántara, el circo de Itálica, el acueducto de Tarragona y otras monumentos son testimonios de los beneficios que dispensó á nuestra nación, así como en su tiempo se castigó al gobernador

de la Bética por sus exacciones, y que por entonces la legión séptima llamada «gémina», fundó y dió nombre á la ciudad de Legio (León).

Adriano, también español, favorece á España y la visita. Hizo mejoras en su patria (Itálica) construyó el puente de Alcántara en Extremadura, y en su tiempo vino la segunda emigración de judíos, gozando entonces nuestra Península, de paz y de prosperidad, y dividiéndola en seis provincias con los nombres de Bética, Lusitania, Cartaginense, Tarraconense, Galecia y Mauritaria Tingitana. En su visita á España, celebró una asamblea en Tarragona para tratar de los asuntos que interesaban á nuestra nación.

Su sucesor Antonio Pío, oriundo de familia española, dió paz á España y aumentó su prosperidad y riquezas, siendo amado por todos sus súbditos.

También fué oriundo de España el emperador Marco Aurelio, y mereció el cariño y consideración de los españoles por los beneficios sin cuento que dispensó á nuestra patria. En este tiempo los mauritanos invadieron á España, sitiando á Singilis, (Antequera la Vieja), logrando hacerles levantar el cerco y lanzándoles de nuestra Península, tras de ruda persecución hasta las costas de Tánger.

La historia del Imperio romano desde este punto hasta Constantino, es insignificante bajo el aspecto general y mucho más con relación á España. Desde Marco Aurelio hasta Constantino, vivimos en absoluta identificados con Roma, y como provincia del Imperio, en ella repercutían todas las convulsiones que agitaban á la gran ciudad, presa de la tiranía de los emperadores, y constantemente amenazada por la invasión de los bárbaros, cuyos horrores se iban aminorando merced á la regeneración moral que lentamente obraba, y sobre todo en España, la propagación del Cristianismo.—Por eso ni los reinados de Commodo, criminal y vicioso y tributario de los bárbaros, ni los de Helvio Pertinas, Didio Juliano, Septimio Severo, Caracalla y Heliogábalo, dejaron rastro alguno en nuestra patria, ni recuerdo halagüeño en la historia del mundo.—Se descansa un poco de las tiranías imperiales, con el reinado un tanto halagüeño de Alejandro Severo, al que siguen los emperadores legionarios Maximino, Gordiano I y II, y otros de cuyo nombre no queda recuerdo alguno en España, excepción de Gordiano III, que favoreció á la Bética, y particularmente á Iliberis, como lo prueba un pedestal con inscripción de agradecimiento de esta ciudad, á la esposa de aquel emperador.—Vienen después emperadores usurpadores, y de ellos sólo hemos de mencionar a Postumio por la particularidad de haber reinado en la Galia y en España, y haber librado á Tarragona del poder y saqueo de los francos, siendo muy amado y querido de los españoles.

En este largo espacio de tiempo que media desde Valeriano hasta Constantino, se distinguen los reinados de Galieno y de Diocleciano, pues que en el primero comienzan las insurrecciones militares, que logran hacer suya la corona imperial, y en el segundo se varía la sucesión del trono formándose la tetrarquía con los dos Augustos y los dos Césares, restableciendo el prestigio y poder del Imperio, y preparando

el camino para que Constantino más tarde, venciendo á todos sus enemigos y amparando en su libre culto á los cristianos, diese días de prosperidad y de ventura á los dilatados Estados de Roma, y muy particularmente á España, donde tanto fructificó desde el principio la religión del Crucificado.

Crítica.—La dominación romana en España durante los Emperadores, desde Augusto hasta Constantino, merece á los historiadores un juicio imparcial y desapasionado. Si bien es cierto que el gobierno de los representantes del Imperio no cometían las rapacidades de los antiguos pretores, y que las ciudades vivían con vida propia como medidas de precaución para evitar las rebeliones, hijas del levantisco carácter español; no lo es menos que los tributos que pesaban sobre nuestra patria tuvieron que ser muy crecidos para todas las clases, y con una recaudación complicada y funesta, que si bien fué llevadera en tiempo de algunos emperadores, se aumentaron en la vida de otros, hasta el punto de que España, regenerada intelectualmente y asimilada á Roma, sufría el duro peso de todas las calamidades venidas de Italia, y que llegó un tiempo en que ni pudo resistirlas, ni tenía elementos sin aniquilarse para continuar en este sistema de tributación.—Por eso en este tiempo, en España y en otras provincias del Imperio, se va iniciando ya la ruina de esta organización política.

La idea de asimilación de España á Roma, pretendida por algunos emperadores, y al fin lograda con respecto á nosotros, es una idea de alta política que bien pronto dió sus frutos, pues que identificados los españoles con los usos, costumbres y vida íntima de Roma, así como ilustrados con su cultura literaria y científica, fueron al fin sometiéndose al avasallador dominio del Imperio, aunque recordando de cuando en cuando, sus antiguos alardes de independencia.

Pero España tiene sobre la mayor parte de las provincias imperiales, una importancia eficaz y decisiva debida á la presencia de varios españoles en el trono imperial, que hacen realzar más y más la importancia de esta nación, pues que siendo patria de los Trajanos, de los Adrianos y de otros, supo llevar á Roma nuestro genio nacional en cuanto pudo, y atrajo también á nuestra Península, como era de justicia, las miradas, la consideración y el afecto de aquellos emperadores.

Más á pesar de todo, aun disfrutando á veces de las benevolencias y distinciones de la Corte imperial, en ninguna ocasión se sometieron los españoles de buen grado al yugo de los emperadores romanos, lanzando siempre su protesta más ó menos airada, y demostrando que sólo á la fuerza y contra su voluntad abdicaban de sus hermosos principios de libertad y de independencia.

LECCIÓN 16.

ESPAÑA DESDE CONSTANTINO HASTA EL FIN DEL IMPERIO ROMANO.

Segundo subperíodo del período segundo de la segunda época de la Historia antigua.—España bajo la dominación de Constantino el Magno hasta la disolución del Imperio romano.—Reinado de Constantino.—Política y conversión de este emperador al cristianismo.—La Iglesia cristiana de España al comenzar su reinado.—Reformas generales en el Imperio que indirectamente afectan á España.—Humanidad de Constantino.—Su muerte.—Reinado de sus hijos y su influencia en nuestra nación.—Reinados desde Juliano el Apóstata hasta Teodosio el Grande.—Irrupción de los godos en el Imperio.—Gobierno y carácter del español Teodosio.—El Cristianismo y los bárbaros.—División del Imperio romano á la muerte de Teodosio.—Suerte que cupo á España con esta división.—Otros emperadores de Occidente.—Emperadores intrusos en las Galias y en España.—Guerras civiles que se provocan.—El Imperio de Occidente hasta su ruina total.—Causas de la ruina del Imperio romano.—¿Hay alguna que afecte directamente á nuestra nación?—Triste situación de España al concluir el Imperio Romano.—Mapas de España durante el Imperio romano.—*Crítica.*—La asimilación de España por los romanos se completa en este segundo período de la dominación imperial en España.—Las reformas de Constantino y su caracter particular ejercen una gran influencia entre nosotros.—La política de Teodosio como español favorece á su patria.—Juicio crítico general del imperio romano en este segundo período, y en particular por lo que respecta á España.

El segundo subperíodo del período segundo de la segunda época de la Historia é Edad Antigua de España, comprende el espacio de tiempo que media desde el año 313 (d. de J. C.), en que Constantino vencedor de Magencio publicó el famoso edicto de Milán, hasta el 409 (también d. de J. C.), en que ocurre la invasión de los bárbaros, y termina el poder del Imperio romano.

España en este período de tiempo sufre algunas modificaciones, ya en sus divisiones territoriales administrativas, ya en las que hacían referencia al gobierno de la Iglesia española, é hizo una vida muy parecida á la de las demás provincias del Imperio, teniendo períodos de relativa grandeza durante el mando de Constantino y de Teodosio, y aniquilándose á su vez cuando paulatinamente se destruía todo el colosal edificio del Imperio romano. Pero hay que hacer justicia á nuestra patria, y afirmar, que habiéndose arraigado en ella, como en ninguna otra provincia del Imperio, la semilla evangélica, pudo resistir cual ninguna otra también, los duros golpes de la adversidad, y ponerse en condiciones para que más tarde, y con las nuevas gentes que la invaden, luciera esplendorosa la idea cristiana, y se arraigara después como preciada joya en nuestra patria, la unidad católica.

El reinado del emperador Constantino es notable en los fastos de la Historia; pues que dió nueva organización al Imperio, y le asentó sobre bases distintas á las en que vivía, trasladando su corte á Bizancio, desde entonces llamada Constantinopla, como para huir de Roma, que no podía ni debía ser ya la capital del Imperio, desde que Jesucristo la había designado como capital del orbe católico.

El emperador Constantino, al convertirse al Cristianismo, permitiendo públicamente á los Cristianos profesar su culto, y protegiendo desde la silla imperial nuestra religión, inició una nueva política en el Imperio, dió libertad á la Iglesia, venció al paganismo, y dió disposiciones que hacen que todos los pueblos cristianos veneren y con razón su santa memoria.

La Iglesia de España al comenzar el reinado de Constantino se encontraba floreciente. como lo justifica el gran número de fieles que había en el siglo III, la multitud de mártires españoles, los obispos de nuestra patria impugnadores de las herejías, y el Concilio de Iliberis, de que en otra lección hablaremos, anterior al de Nicea, que son prueba de lo difundido que estaba el Cristianismo por España, á pesar de las rudas persecuciones que sufría, permitiendo que la disciplina de la iglesia española se asentara sobre sólidas bases, y pudiera presentarse España como la nación privilegiada para que fructificara en ella la religión del Crucificado.—Por eso en este tiempo florecen hombres ilustres en virtud y letras cristianas, que son gloria de nuestra nación y de la Iglesia.

Entre las reformas generales que Constantino realiza en el Imperio, merece citarse el de su división en cuatro prefecturas, porque ésta afecta directamente á nuestra patria, toda vez que la prefectura de las Galias, comprendía las provincias de Bretaña y las siete de España, estando nuestra patria regida por un vicario subordinado al prefecto, que residía en la Galia, y al cual iban las causas en apelación.

La humanidad de Constantino se muestra en todas sus reformas inspiradas en el Cristianismo, y en sus sabias leyes, que tenían por base la caridad evangélica, siendo de citar las que prohibían la bárbara costumbre de matar ó exponer los niños en los sitios públicos, la que suprimía los combates de los gladiadores, y la que facilitaba los medios de emancipación de los esclavos, con la fórmula jurídica, hasta entonces desconocida, de la manumisión en las sacrosantas iglesias. La Historia recordará siempre con veneración y con respeto al grande Osio, obispo de Córdoba, muy amigo de Constantino, é inspirador sin duda de todos estas reformas.

Después de haber realizado este emperador la revolución social más grande y más necesaria que ha existido, murió el año 337 de J. C., después de reinar 31 años, tributándole su pueblo merecidos honores y sepultándole junto á su madre Santa Elena, y al amparo de la Cruz del Redentor que aquélla había descubierto.

La suceden sus hijos Constantino II, Constante y Constancio, que tras de luchas sin cuento, van sucediéndose en el poder en todas las provincias del Imperio, entre ellas España, siendo por entonces en

nuestra patria lastimosa en extremo la situación de la administración pública, y citándose el nombre de cuatro gobernadores que emularon los vicios y rapacidades de los antiguos pretores romanos.

Desde Juliano el apóstata hasta Teodosio el Grande, media un espacio de tiempo durante el cual las luchas con los bárbaros ocupan toda la atención del Imperio, y la persecución á los cristianos, á los magos y á hechiceros, atraían las miradas de todos, citándose los raros ejemplos de algún emperador que fué buen administrador de su pueblo, encastado en la civilizadora idea del Cristianismo, torpemente mezclada con su ferocidad de carácter y sentimientos de crueldad.

Por entonces los godos comienzan su irrupción en el Imperio, y suplicantes unas veces, vencedores otras, con triunfos como el de Andrinópolis, y con saqueos como el de la Tracia, obligan á los emperadores de Oriente y de Occidente á auxiliarse en contra del enemigo común; y Valente y Graciano, tratan de oponerse á aquel torrente devastador, y ante los muros de Constantinopla, se desarrollan escenas de tal crueldad que obligan á Graciano á buscar un general que ponga coto á las crecientes demasías de los bárbaros, el cual fué Teodosio, español de nacimiento, y que en España se hallaba retirado desde la muerte violenta de su padre. Este, según unos historiadores, fué definitivamente proclamado emperador de Oriente, y según otros, quedó asociado al trono del emperador de Occidente, encomendándole éste la defensa del Oriente.—Muerto Graciano y Valentiniano II hijo de aquél, quedó Teodosio como único señor del Imperio.

El carácter y gobierno de este emperador, se distingue por sus insignes virtudes, y por el afán con que procuró en sus dominios la extinción total del paganismo, y por la defensa del Imperio contra los bárbaros durante su mando, logrando ambas aspiraciones, pues el paganismo expiró en su tiempo y los bárbaros fueron detenidos en su irrupción, dando días de gloria al Imperio y á España, su patria, por sus acertadas disposiciones y por sus sabias leyes.

Al mismo tiempo que los bárbaros amenazaban con sus invasiones dominar todo el Imperio, varias herejías surgieron por entonces en España y en otras provincias, que obligaron á Teodosio á defender más y más con entusiasmo la ardiente fé católica que profesaba, así como reformó todos los órdenes de la administración en su tiempo, y apareció con los caracteres de generoso y amante de la justicia que le conquistaron el título de Grande con que le conoce la Historia, no turbado más que un momento por la matanza de Tesalónica por él decretada y que le obligó más tarde á hacer pública penitencia ante San Ambrosio, que á su vez fué causa del definitivo vencimiento del Cristianismo sobre el paganismo en el Senado romano.

A su muerte cometió el error de dividir el trono entre su hijos Arcadio y Honorio, siendo el primero emperador de Oriente, y el segundo de Occidente, y dividiéndose desde entonces y para siempre ambos imperios, para morir bien pronto el de Occidente á mano de los bárbaros, y tener una larga vida el de Oriente, con caracteres distintos y distinta organización durante toda la Edad media.

España, como provincia del imperio de Occidente, fué siguiendo todas las eventualidades del mismo, y se vió invadida bien pronto por los bárbaros, especialmente los godos, preparándose lentamente el absoluto poder de éstos en nuestra Península, no sin que antes hubiese en nuestra patria situaciones tristísimas, y los horrores del hambre y de la peste se dejaran sentir en este país, pareciendo como que el genio de la devastación se había apoderado de él.

Desde que Teodosio muere, y Honorio es el primer emperador de Occidente, este Imperio agoniza de una manera rápida y sin que haya nada en lo humano capaz de detener su ruina. Y ni son bastantes los titánicos esfuerzos de Estilicón. pues que los bárbaros invaden todo el Imperio en sucesivas invasiones, y los emperadores que suceden á Honorio son impotentes para detener esta avalancha de gentes nuevas, que con los nombres de vándalos, suevos, alanos, y borgoñones, todo lo destruyen y acaban con aquel floreciente Imperio romano. Sucede á esta invasión la primera de Alarico; y aunque son derrotados los bárbaros en Florencia, no hay ya esperanzas de redención para el Imperio de Occidente.

Por entonces se nombran emperadores intrusos á Graciano, Constantino y Constante, en las Galias, mientras que en España se proclama á Máximo, dando con esto lugar á nuevas guerras y á nuevo desbarajuste en el Imperio, que facilitan los triunfos de los bárbaros.

Estas guerras civiles que se enseñorean de nuestra patria y de otras provincias del vacilante Imperio, facilitan los triunfos de Alarico, que en su segunda expedición penetra en Roma, y la saquea, perdiendo entonces á España, que cae en poder de alanos, suevos, vándalos y visigodos, y preparándose después con la muerte de Alarico otros sucesos, que habían de cambiar la faz de nuestra nación con la llegada de Ataulfo y la implantación de su poder.

Pero el imperio de Occidente tenía que morir por destino providencial, y si bien detuvo algo su ruina el poderoso esfuerzo de Valentiniano III, y del general Aecio, que contiene las hordas del feroz Atila, del Imperio romano sólo queda una sombra, y aquellos emperadores que únicamente de nombre eran conocidos, van sucediéndose uno tras otro, sin dejar en pos de sí rastro alguno de significación y de poder, hasta que el año 476 de J. C., es depuesto Rómulo Augústulo de la dignidad imperial, que por sarcasmo de la fortuna había de ejercer el último, llevando los nombres unidos del primer rey y el primer emperador romano, y realizándose en su tiempo la ruina total del poderoso Imperio de Occidente.

Varias han sido las causas que se han querido buscar para explicar la ruina de este Imperio; pero todas pueden reducirse á tres principalísimas, cuales eran la espantosa corrupción de las costumbres, la desaparición del verdadero espíritu militar romano, y la situación especialísima de las provincias agobiadas por los tributos.

Hay además una particular que afecta á nuestra patria, cual era, que á pesar de haberse ido asimilándose á las costumbres romanas, su espíritu de libertad é independencia estuvo siempre vivo y continua-

mente se rebeló contra Roma y contra los excesivos tributos que le imponía, así como contra la rapacidad de sus gobernadores, lo que hizo que no recibieran muy mal á los bárbaros, y que creyeran ver en ellos un elemento de regeneración para nuestra patria, cansados como estaban del pillaje romano. Por eso las facilidades que estos invasores tuvieron en España para su dominación, fueron causa indirecta que ayudó con otras, á la ruina del Imperio romano.

Y esto no es de extrañar, teniendo en cuenta la situación tristísima en que se encontraba España por este tiempo. A los horrores de la guerra y de la devastación, se unía la miseria en que nos había dejado la administración romana, no siendo difícil que entonces los bárbaros, después de sus rapiñas se dividieran entre sí la España, tocando á los suevos la Galicia, á los alanos la Lusitania y la Tarraconense, y á los vándalos la Bética, que la apellidaron Vandalucia, que por corrupción aún conserva este nombre, y viviendo así hasta la venida de Ataulfo y de sus godos á la península Ibérica.

Durante el Imperio romano varía mucho la división geográfica de España, pudiendo formarse tres mapas distintos de tres diferentes épocas; á saber: 1.°; España desde Augusto hasta Caracalla, que aparece dividida en tres provincias; la Tarraconense, que comprendía toda la Citerior y la Galáica, la Lusitania al Oeste, y la Bética al Sur.—2.° España desde Caracalla hasta Constantino. En este tiempo se segrega la parte Occidental, á que se da el nombre de Galecia, compuesta de los pueblos galáicos, astures y cántabros, y siendo por tanto cuatro las provincias españolas.—Y 3.°, España desde Constantino hasta los bárbaros en que fueron sucesivamente aumentándose sus provincias, agregándose primero la Cartaginense, luego la Tingitana, y más tarde la Baleárica, quedando al fin con siete provincias durante los últimos catorce años del vacilante Imperio romano hasta la venida de los bárbaros.

Crítica.—El sistema de asimilación de España al Imperio, que se inicia en tiempo de Augusto, se completa de una manera definitiva en este segundo período de la dominación imperial en España, no sólo por que nos fuimos identificando paulatinamente con todos los usos y costumbres de Roma, sino también porque efecto de las contínuas guerras y exacciones del Imperio, fueron debilitándose nuestras fuerzas, é inconscientemente nos identificamos con los usos y costumbres romanas, sobre todo en la cultura literaria, á la que dimos gran realce con escritores eminentes nacidos en nuestra patria.

Si á esto se añade que España fué siempre, desde la aparición del Cristianismo, la nación que recibió con más entusiasmo la nueva doctrina religiosa, al acometerse en este período las reformas de Constantino y declararse el Cristianismo como religión del Imperio, estas reformas con su carácter particular, religioso, jurídico y social, habían de ejercer como ejercieron, gran influencia entre nosotros, pues que todo lo que favoreciera el Cristianismo era mirado en España con santa veneración, y facilitaron de modo admirable nuestra asimilación, ya preparada, á las costumbres del mundo romano.

Y sólo faltaba para que esto se completase en absoluto, que un español como Teodosio ocupara el trono imperial, y con su política justa y cristiana, favoreciese los intereses del Cristianismo y los de su patria. Por eso en su tiempo, España recibió grandes beneficios que se traducen por leyes beneficiosas ó por medidas administrativas, que tienden á hacer más llevadero el yugo romano en nuestra península.

No es difícil, por último, formar un juicio crítico general del Imperio romano en este segundo período, y en particular de España, asegurando que sólo las figuras de Constantino y de Teodosio son las únicas que se destacan en este período de grande decadencia, y que á no ser por la protección al Cristianismo y las disposiciones dictadas al amparo de esta religión de paz y de caridad, el Imperio romano hubiera concluído mucho antes su misión providencial en la Historia, y España hubiera quedado obscurecida entre las disueltas provincias del Imperio, de lo que indudablemente le salvó su eterno amor á la libertad del país, y su ardiente fé cristiana.

LECCIÓN 17.

EDAD ANTIGUA.

Historia Interna.

CULTURA Y CIVILIZACIÓN DE ESPAÑA DURANTE LA DOMINACIÓN CARTAGINESA.

Cultura y civilización de los españoles en los tres períodos de la primera época de la Historia antigua, durante la dominación cartaginesa en España.—Religión cartaginesa traída á nuestra Península.—Costumbres y vicios de los cartagineses.—De la fé púnica y de la codicia cartaginesa.—Su industria y su comercio.—Su aplicación á la construcción de navíos.—Su instrucción en las ciencias y en las artes.—Escritores cartagineses y su influencia en España.—Expedición de Annón y su Periplo.—Cuándo se verificó.—Bellas artes que cultivaron los cartagineses en España.—Otros estudios á que se dedicaron.—Antigüedad del comercio de los cartagineses en España.—Los cartagineses comunicaron su instrucción á los españoles.—Ciudades de España aliadas de los cartagineses.—Particularidad de Cartagena.—Los españoles aprenden mucho de los cartagineses en el arte militar.—Las tropas españolas son las de más confianza de los cartagineses en sus guerras fuera de España.—Gobierno de los españoles en tiempo de los cartagineses.—Provincias que participaron de su cultura.—Trabajos de minería de los cartagineses en España.—Monumentos religiosos del arte cartaginés descubiertos en España en este siglo.—Gobierno colonial de los cartagineses.—*Crítica.*—El escaso tiempo que los cartagineses dominaron en España fué causa de que no nos legaran más monumentos, testigos de su dominación en nuestra Península.—Juicio imparcial sobre la influencia intelectual de los cartagineses en España.

La cultura y civilización de los españoles en los tres períodos de la primera época de la Historia ó Edad antigua, ó sea, durante la dominación cartaginesa en España, presenta un carácter especial; pues si bien es cierto que por el corto tiempo que este pueblo dominó en nuestra Península, no nos dejó instituciones, ni rastros de su existencia, sin embargo, su cultura y civilización se reflejó en nuestra patria, y durante el tiempo que aquí dominaron tuvieron religión, gobierno y cultura, enteramente igual á la que tenían en Cartago.

Aquel pueblo que comprendía que sin la religión y culto de la divinidad, no puede haber estado floreciente, tuvo su religión particular, que trajo á España, plagada de errores y en la que se convertía la piedad en superstición, como ocurría á los fenicios, de cuyo culto era heredero el cartaginés. Hércules, Juno, y Ceres, eran sus dioses tutelares, así como Saturno, á quien ofrecían sacrificios humanos, que llegó á veces hasta cién jóvenes ilustres para aplacar la cólera de los dioses, lo que los padres de las víctimas, y entre ellos Anníbal, permitían con pasmosa calma, lo cual prueba la crueldad y fanatismo de este pueblo.

—Tal fué la religión idolátrica traída por los cartagineses á nuestra Península.

Las costumbres y vicios de los cartagineses, tenemos que conocerlas sólo por el informe de sus enemigos, pues que no hay historia alguna de Cartago escrita por ellos mismos. A pesar de todo, no hay autor, sea griego, latino ó de otro punto, que no demuestre de una manera clara, que no dominaba en ellos la suavidad del trato, ni la dulzura de la humanidad. Pero se les atribuye, además de su costumbre esencialmente mercantil, un afectado amor á la justicia, castigándose hasta los delincuentes de alta esfera, y en sus costumbres privadas los senadores y soldados se abstenían del vino, así como durante mucho tiempo, comieron la carne de perro.—No tenían posadas públicas, usaban baños distintos para la nobleza y el pueblo, consultaban á los agoreros, y siendo su vicio principal el amor al lucro, se representaba su avaricia en sus mismos dioses, á quienes simbolizaban con grandes bolsas ó talegas de dinero.

La codicia de los cartagineses y su egoismo, que les llevaba á considerar las guerras como objeto de especulaciones mercantiles, les hacía ser hombres sin generosidad, sin compasión y sin fe, y que se cuidaran poco de la santidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, lo que dió origen á que la *fe púnica,* como demostración de la falta de lealtad de aquel pueblo se hiciera proverbial, y como retrato fiel del mismo pasase á través de las naciones, así como su excesiva codicia que les hacía aceptar las condiciones más humillantes en los tratados de paz, después de ser vencidos, y cuyo senado lloraba al entregar el dinero de la indemnización, pues preferían todo lo más deshonroso para su país, antes que dar cantidad alguna metálica.

Realmente la nación cartaginesa, era sólo una república de comerciantes. Por eso fueron tantos los progresos que en el comercio hicieron, que esta afición decidida al arte de la contratación y á la explotación de todas las industrias y manufacturas, fué sin duda el origen de su poder y el fundamento de su grandeza. Por eso cultivaron todas las artes y ciencias que tienen conexión con el aumento y perfección del tráfico mercantil, y todos los habitantes de sus grandes ciudades eran artistas ó negociantes, viéndose por doquiera talleres y obradores que demostraban su gran pericia y su estímulo constante en el trabajo, si éste había de ser reproductivo.

Su industria y pericia en las cosas de mar y de guerra llegaron á aumentar tanto, que durante las guerras púnicas construyeron en brevísimo tiempo 120 naves de guerra, abrieron canales, y diariamente labraban 140 escudos, 300 espadas, 500 lanzas y 1.000 dardos, cuyas cuerdas á falta de otros materiales, se fabricaban con las trenzas de pelo de las esclavas. Sus arsenales, almacenes y astilleros, eran notables, y á ellos se debe la invención de las galeras de cuatro órdenes de remos, y los cables de navío formados de esparto, que desde Cartagena y sus cercanías, mandaban en grandes remesas á Cartago.

Mas no sólo se cuidaron del arte de la navegación, sino que además fueron muy instruídos en otras ciencias y artes, en las que llegaron á

tal grado de perfección, que los romanos, eternos enemigos de los cartagineses, llamaban púnica á cualquier pieza de invención singular y exquisito artificio. Sus obras y muebles domésticos, admiraban por la belleza de su hechura.—Tampoco fueron los cartagineses refractarios á las ciencias, heredando también la literatura y la cultura fenicia, encontrándose en Cartago muchas bibliotecas y famosas escuelas, donde iban á estudiar hijos de príncipes, lo que demuestra, aunque se hayan perdido para nosotros todas las producciones del ingenio cartaginés, que aquel pueblo á pesar de su constante aplicación al tráfico y de sus incesantes guerras, no había abandonado su afición al estudio y al cultivo de la literatura.

De pocos escritores cartagineses tenemos noticia, siendo el primero que se recuerda, el famoso general Magón, autor de una obra de agricultura en 28 volúmenes, traducida al latín por orden del senado, y en la que se inspiró nuestro paisano Columela para su obra de Re Rústica. Esta obra nos enseña que los cartagineses eran muy dados á la agricultura, desde el siglo VI (a. de J. C.), y que sus preceptos los aplicaron á España, durante el tiempo que dominaron en nuestra patria.—Otros dos célebres escritores se mencionan en la historia literaria de Cartago, cuales son Himilcón y Hannón, que escribieron obras importantísimas describiendo las expediciones y viajes que llevaron á cabo por encargo del Senado cartaginés, y en los tiempos de su mayor esplendor.—Himilcón, recorrió las costas occidentales y septentrionales de Europa, y después escribió un Periplo, ó relación de su viaje, con exacta noticia de sus descubrimientos. Esta obra, que existía aún en el siglo IV y que hoy se ha perdido, era interesantísima y prestaría grandes servicios para el conocimiento de la Geografía antigua de Europa, y particularmente de España.

Más largo y famoso fué el viaje del otro general cartaginés, llamado Hannón, que costeó la parte occidental y meridional de Africa, que llevaba pasajeros de toda clase para fundar colonias, y que desde el Estrecho de Gibraltar llegó hasta el Golfo de Guinea, escribiendo un curioso Periplo ó relación de su viaje, después de volver á su país, cuando la escasez de víveres le obligó á ello, y de haber recorrido 600 leguas de costa, cuyo Periplo, conservado hasta hoy, se depositó en el templo de Saturno, y es un vivo testimonio que nos dá una grande idea de la política y náutica de los cartagineses, así como nos presenta á Hannón como un sabio aventurero, que prestó en aquellos lejanos tiempos, grandes servicios á la geografía y á la náutica.

No hay certeza respecto á la época en que se verificó la expedición de Hannón, sabiéndose sólo lo que nos dice el escritor romano Plinio, que afirma que fué en el tiempo en que la república de Cartago se hallaba más floreciente, reduciéndola los escritores imparciales, al siglo V (a. de J. C.).

También los cartagineses, aunque inclinados al comercio, no descuidaron las bellas artes, especialmente en España. Por eso se sabe que fueron muy peritos en arquitectura, sobre todo en militar y naval, la jardinería, la escultura y la pintura, no teniendo noticia de que culti-

varan la poesía, ni quedando restos algunos de composiciones poéticas de los cartagineses.

También se dedicaron á otros estudios; así se citan filósofos cartagineses, entre ellos Clitómaco, que estudió en Grecia; también cultivaron la medicina y la botánica, llevándose de Cartago á otros pueblos y trayéndose á España drogas medicinales y un bálsamo especial que les dió mucho renombre. En la astronomía y en la geografía fueron grandes maestros, aplicándolas á la náutica, y en historia se dieron también á conocer con sus anales púnicos, ó registro de los sucesos importantes del país.

El comercio de los cartagineses en España, como hemos visto en lecciones anteriores, es muy antiguo. De ellos sacaron multitud de riquezas, y seducidos con el porvenir que les ofrecía esta tierra privilegiada, aspiraron á poseerla, estableciendo en ella varias colonias, y dominándola por la fuerza. Parece probable que comenzó el comercio cartaginés en España, en tiempos muy inmediatos á la fundación de Cádiz, aumentándose éste cuando los fenicios les llamaron en su auxilio, al estar en guerra con los naturales del país; aunque hay quien asegura, equivocadamente, que el primer establecimiento de los cartagineses en España, fué en el espacio de tiempo que media entre la primera y segunda guerra púnica.

Los cartagineses comunicaron desde luego su instrucción á los españoles, lo que se prueba con el ejemplo de Cádiz, que era una microscópica república, imitación de Cartago, con magistrados, religión y comercio, iguales á los de la metrópoli, y donde florecieron todas las artes y ciencias, y de donde se extendió la instrucción cartaginesa á otras ciudades españolas.

Muchas de éstas fueron colonias ó ciudades aliadas de los cartagineses, entre ellas Cástulo (Cazlona, junto á Linares), que fué la silla del imperio cartaginés en España hasta que se fundó Cartagena.

Esta ciudad fundada ó ampliada por Asdrúbal, se la llamó Cartagonova para distinguirla de la antigua, y también Spartaria por la abundancia del esparto que allí se cría, y dada su situación especial y de su puerto, uno de los mejores del mundo, fué en España Corte del imperio colonial cartaginés, y donde éstos tenían su astillero, almacenes, embarcaciones, etc., con su religión púnica y su gobierno, y de donde se extendió la cultura y poder cartaginés á las demás provincias españolas.

En el arte de la guerra, es donde más adelantaron los españoles al comunicarse con los cartagineses. De ellos tomaron su pericia militar, la máquina de guerra el ariete, para destruir las murallas, y otros usos y costumbres guerreras, que no olvidaron nunca.

A su vez los cartagineses viendo que la nación española, por su naturaleza era guerrera y aficionada al ejercicio de las armas, para todas sus guerras reclutaron tropas españolas y fueron nuestros soldados los de su mayor distinción, teniendo en cuenta que nuestra caballería era superior á la suya y nuestra infantería más fuerte y valerosa, así como que la vida del soldado español era frugal y siempre apta para la campaña, del mismo modo que jamás faltaban á sus juramentos militares. Por eso

eran y fueron siempre los soldados en quienes más confianza depositaron los jefes cartagineses, hasta el punto de que á veces formaron con ellos su guardia íntima y de honor entre las tropas mercenarias de que se componían sus ejércitos.

Durante la dominación cartaginesa en España, fueron distintas las costumbres y gobierno de los españoles en este tiempo. Las costumbres españolas variaron algo y fueron menos sencillas de lo que antes eran, aunque nunca la franqueza española se acomodó mucho con la astucia cartaginesa.—En cuanto á gobierno, había por entonces de todas clases en la península ibérica. Así había Estados libres, otros de pequeños régulos ó monarquías insignificantes y otros de dominios extensos y de dilatadas monarquías, como los de Argantonio, Therón y Orisón.—Los cartagineses, como llevamos dicho, en el corto tiempo de su dominación, no lograron apoderarse de toda España, siendo su dominio más militar que político y no reconociendo la mayoría de los españoles su vasallaje, aunque respetaban sus fuerzas y militaban en sus ejércitos.

Las provincias españolas que más participaron de su cultura y se sometieron también más al yugo cartaginés fueron la Bética, Murcia, Valencia, la Celtiberia, parte de la Lusitania y otros pueblos hasta el Duero. El resto de España, hacia las costas occidentales y septentrionales, conservaba su libertad y su antigua independencia.

Los cartagineses en España explotaron también con grande afán nuestras minas, perfeccionando los trabajos de minería de los fenicios y explotando de tal modo nuestra riqueza minera, con tal arte y con tales procedimientos (que muchos son originarios de los actuales), que con estas riquezas que sacaban de nuestra patria, costearon muchas de sus guerras fuera de ella.

Entre los monumentos que se quieren considerar por los autores como pertenecientes á esta época, hay unos que más bien son tránsito entre los protohistóricos y los de la verdadera Historia, y otros que evidentemente son producto de la dominación cartaginesa en nuestra patria. Los primeros pertenecen á las últimas épocas de la Edad primitiva, y son hijos de las dominaciones ibérica, céltica, etrusca y fenicia, como las mamoas ó dólmenes y los castros ó viviendas de Galicia, los talayots ó recintos de las islas Baleares, las murallas ciclópeas de Tarragona y los sepulcros de Olérdola y de otros pueblos de Cataluña, así como ciertas esculturas celtibéricas é ídolos de tosca ejecución y las inscripciones de difícil lectura que se encuentran en el Museo arqueológico nacional y en los provinciales de esta clase.—En cuanto á los segundos, que los críticos asignan á la época cartaginesa, son los descubiertos en la montaña de la Bastida, cerca de Totana (Murcia), donde se encontraron veinte urnas cinerarias, dos sepulcros de piedra y varios objetos de bronce, oro y plata, como espadas, puñales, lanzas, anillos, pendientes y brazaletes de bronce, no viéndose objeto alguno de hierro. Y los descubiertos en el cerro de los Santos ó de los Angeles (Murcia), cerca de Yecla, en la antigua Altea, capital de la Bética, y que según la autorizada opinión del señor D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y de otros críticos extranjeros, todos los monumentos allí encontrados

forman el punto de unión entre la Edad primitiva de España y el mundo romano, ofreciendo dicho cerro un carácter religioso, al encontrarse allí cimientos al parecer de un templo y de otros edificios, con restos de columnas y de esculturas, especialmente las quince estátuas, casi todas de sacerdotisas, empezadas á descubrir en 1860, y que si bien puede entre ellas haber alguna que no sea auténtica, en todas las que se conservan en el Museo arqueológico nacional, por su forma y por sus inscripciones recuerdan, así como la esfinge descubierta en Balazote (Albacete), la influencia del arte cartaginés en España.

Por último, el gobierno cartaginés en nuestra patria tuvo caracteres distintos en su forma colonial al de los fenicios y al de los griegos; pues que las colonias fenicias y griegas fueron aquí siempre repúblicas libres, y las cartaginesas imitaban siempre á su matriz, aunque los españoles en ella frecuentemente se gobernaban por sus leyes propias.

Crítica.—Sólo teniendo en cuenta el escaso tiempo que los cartagineses dominaron en España y su especial sistema de gobierno, es cómo se explica que á pesar de su organización especial, de su cultura, de su poder y de sus riquezas, no nos legaran más monumentos que los poquísimos que hemos examinado como testigos de su dominación en nuestra península, y que afirmemos, como lo hacen todos los autores, que su paso por España fué como un meteoro fugaz que destruye sin hacer bien alguno.

A pesar de todo puede formarse un juicio imparcial sobre la influencia intelectual de los cartagineses en nuestra patria, diciendo que según los precedentes que hemos analizado, y á pesar del corto tiempo que estuvieron entre nosotros, no fué escasa, pero que el poderoso orgullo romano, al aniquilar su poder, quiso también borrar y destruir, como lo hizo, todas las huellas que pudieran quedar en España referentes á su civilización y cultura.

LECCIÓN 18.

CULTURA Y CIVILIZACIÓN DE ESPAÑA, DURANTE LA DOMINACIÓN ROMANA.

Organización interior, cultura y civilización de los españoles en los dos períodos de la segunda época de la Historia antigua, durante la dominación romana en nuestra Península.—Divisiones hechas de España.—En tiempo de la república.—Durante el imperio.—Conventos jurídicos en que se dividían estas ciudades.—Clases de las mismas.—Población.—La cana y dos períodos de su historia.—Ciudades que acuñaban moneda en España.—Tributos que estaban obligados los españoles á pagar á Roma.—Servicio militar.—Estadística de población.—Riqueza territorial de España.—Artículos de que abastecía á Roma.—Agricultura é industria.—Comercio interior y exterior.—Los andaluces, los primeros agricultores de España.—Minería.—Riqueza de minas en España.—Administración particular de las minas.—Marina.—Su adelanto en España.—Ciencias, artes y oficios.—La gramática, la elocuencia, la poesía, la astronomía, la medicina y la botánica.—Aguas medicinales de España.—Beneficencia é higiene pública.—Bellas artes manifestadas en los monumentos que nos quedan de los romanos.—Monumentos escultóricos, arquitectónicos, numismáticos, de pintura, cerámicos, etc.—Arte militar.—Grandes vías militares.—Cultura hispano-romana.—Primera Universidad española.—Escritores españoles paganos durante la república.—Idem durante el imperio.—Idem cristianos.= *Crítica.*—Varía la organización y la cultura de los españoles en los dos períodos de la dominación romana, según impera la fuerza ó la ley de la asimilación.—España fué una de las provincias del imperio donde más se desarrollaron todas las ciencias y las artes.—La literatura hispano-romana es de las más importantes en el mundo romano.

Al estudiar la cultura y civilización española durante la dominación romana, hay que afirmar desde luego, que fué origen y copiosa fuente de la nuestra, y que paso á paso la civilización romana tomó carta de naturaleza en nuestro suelo, lográndose al fin de su larga dominación el que nos asimiláramos como pretendían, á sus usos, costumbres, religión y lengua. Para justificar esta opinión, bastará estudiar someramente la organización interior, cultura y civilización de España durante la dominación romana en nuestra península.

Ante todo, los romanos dividieron á España, teniendo en cuenta las necesidades de su dominación, y también el criterio que dominaba en ellos y su distinta organización política. Por eso estudiaremos las divisiones hechas de España durante la República, y las que se hicieron durante el Imperio.

Durante la República, en que fué constante la lucha entre españoles y romanos, y en que el gobierno de éstos fué puramente militar, España, como ya hemos visto, estuvo dividida en dos partes muy desiguales con los nombres de Citerior y Ulterior, cuya única división entre éstas, era el río Ebro.

Más tarde, durante el Imperio, y al comenzar con el nuevo régimen el sistema de asimilación de nuestra Península, se dividió ésta por Augusto, en tres provincias, la Tarraconense, la Lusitania y la Bética. Después Otón, incorporó á la Bética la Tingitana, y Adriano nos dividió en seis provincias con los nombres de Bética, Lusitania, Cartaginense, Tarraconense, Galicia y Tingitana. Constantino separó la Tingitana de la Bética, y Teodosio, añadiendo las Baleares, elevó á siete el número de las provincias españolas.

Para la administración de justicia, hubo en España, durante los romanos, lo que se llamaban conventos jurídicos, á modo de nuestras audiencias territoriales, y que eran catorce (casi como en la actualidad), y que comprendían siete en la Galicia y en la Tarraconense, tres en la Lusitania y cuatro en la Bética.

Las ciudades españolas sujetas al yugo romano, eran de distinta clase en su condición y también en sus derechos, llamándose colonias á las que sus habitantes gozaban de todas las franquicias del ciudadano romano; municipios á los que se gobernaban por sí mismos, pero no tenían este derecho; ciudades latinas á las que gozaban sus moradores de los derechos del lacio, y á veces llegaban á los de los ciudadanos romanos; libres ó inmunes, que no pagaban tributos (sólo seis en España); confederadas, que vivían en absoluta independencia, y fué escasísimo su número; tributarias que pagaban todas las cargas; y estipendiarias que eran las vencidas, sujetas al pago de las tropas, sin leyes é instituciones propias, y gobernadas por un jefe ó comandante militar.

La población de España durante la época romana, se hace subir por los historiadores desde 40 á 70 millones de habitantes, comprendiendo 614 ciudades y 26 colonias de ciudadanos romanos.

La administración interior de las ciudades españolas, estaba confiada á un consejo ó senado llamado curia, compuesto de individuos apellidados decuriones ó curiales, escogidos entre los ricos, cuyas funciones eran gratuitas, y á cuyo frente estaban los dunviros y los cuatuorviros, parecidos á nuestros alcaldes. Había además, los triunviros quinquenales que administraban justicia, los censores quinquenales que formaban el censo y corregían las malas costumbres, los decenviros cuyas funciones eran parecidas á nuestros jueces de primera instancia, los ediles que cuidaban de la policía, y los administradores y defensores de las ciudades que defendían las poblaciones y cuidaban de los abastos de las mismas.—La curia tuvo dos períodos en Roma y entre nosotros, siendo primero honrosísimo el cargo de curial, y después, de durísima carga en el segundo período, al hacérseles responsables con sus bienes de las faltas en el ejercicio de su cargo, ocasionándose con esto la extinción de la curia y la ruina de la clase media.

Dada la riqueza metalúrgica de España, fueron muchas las poblaciones que acuñaron moneda, explicándose así la multitud de ellas que se encuentran en nuestra patria. Llegaron hasta 138 las ciudades españolas que acuñaron moneda, entre ellas las más principales, siendo un derecho concedido desde Augusto y que fué limitándose posteriormen-

te. Son frecuentes las monedas de Gadir, Hispalis, Itálica, Corduba y otras.

Los españoles tenían obligación precisa de pagar tributos á Roma, á cambio de libertarse desde el Imperio de las rapiñas y exacciones de los pretores que aquí mandaron, durante la República romana. Estos tributos eran ordinarios á todas las provincias romanas, y uno especial á nuestra patria, que consistía en la entrega de la vigésima parte del producto de todos los granos, vendidos al precio señalado por el Senado romano y cobrado por una legión de empleados, que violentamente, y hasta con el tormento, lograban hacer efectivos tan ominosos tributos. Estos eran el de patentes para ejercer las industrias, el de consumos sobre las sustancias que se vendían, el de puertas sobre los artículos que entraban en las poblaciones, el de hipotecas que gravaban las transacciones, el suntuario sobre los objetos de lujo, el derecho de aduanas, la veintena de las herencias y legados, y algunos más.

Otro de los impuestos más odiosos, que los españoles pagaban á los romanos, era el del servicio militar. Ellos sacaban de aquí soldados para todas sus guerras, y éstos eran los más valerosos de todos sus ejércitos, como lo acreditan varias inscripciones que en su honor se han conservado, lo cual hacía que con frecuencia se pidieran subsidios de hombres, y que llegara un momento en que los diputados de Tarragona, en tiempo de Adriano, pusieran resistencia á este tributo, fundados en que iba desapareciendo la juventud española.

La estadística de población también se conoció entre nosotros, demostrando su existencia el gran número de censos romanos que se conocen, y que prueban que era numerosa la población hispano-romana durante el Imperio, mayor si cabe, en el duplo, de la que hoy tiene nuestra Península.

A pesar de los impuestos con que se nos gravaba por los romanos, era España la provincia que tenía más riqueza territorial de todas las del Imperio. Era una de las provincias, como Sicilia y Africa, que poseía más riqueza de esta clase y que oponía frente al lujo y desenfreno romano, el amor al trabajo y á los cuidados de la agricultura, que siempre fué para España venero perenne de riquezas.

Por eso todos los frutos de su suelo iban á parar á Roma, y sobre todo el trigo y la cebada, así como el vino abastecían la ciudad imperial, teniendo en cuenta que de cereales había parajes donde se cogían dos cosechas al año, que sus vinos competían con los de Grecia é Italia, que su lana y su tintorería, así como la cera, la miel y el aceite eran superiores á todos, lo cual hizo que á pesar de los crecidos tributos éstos pudieran pagarse con exceso con el valor de los productos de nuestro suelo.

Al principio fué prohibido en España todo el cultivo que no fuese el de cereales; pero más tarde se extendió la agricultura á los viñedos y á la elaboración del aceite, llegando á dar crecidos rendimientos, así como el comercio y la industria española, desdeñada por los romanos como innoble, y que fué proporcionando riquezas á las provincias productoras. En España, fueron pueblos comerciales y de grande industria exterior, durante los romanos, Barcelona, Málaga, Cádiz y otras

poblaciones, donde existían corporaciones de industriales, dirigidos por un presidente.

El comercio español en este tiempo fué muy floreciente, existiendo por entonces colegios de mercaderes, á semejanza de las agremiaciones mercantiles de nuestra época, banqueros ó usurarios, que liquidaban sus cuentas cada quince días, y mercaderes de todos los productos del país, que á virtud del comercio exterior llevaban los productos de España á Italia y á otras partes del Imperio.—En cuanto al comercio interior, aunque agobiado por cargas de portazgos, pontazgos, etcétera, tuvo un grande desarrollo en nuestra patria, facilitándose por las 34 carreteras principales que cruzaban á toda España.

Los andaluces fueron siempre los primeros agricultores de nuestra nación y los que aprovechando la fertilidad de nuestro suelo y las doctrinas de los insignes romanos peritos en la agricultura que vinieron á España, supieron elevarla á grande altura, como lo prueban los frutos abundantes de la Bética, y las obras inmortales en este género del español Columela.

También la minería fué otro de los ingresos que España proporcionaba á Roma con sus minas de oro, plata, cobre y hierro. En esto no hicieron los romanos más que seguir las obras comenzadas por los fenicios y los cartagineses.

Era grande la riqueza de minas en España, siendo notables las de oro de la Bética, Asturias y Galicia, las de plata de Cartagena, Linares y los Pirineos, explotándose ya también las de Almadén, de donde se sacaba el cinabrio, que usaban en Roma los pintores, y las damas para colorearse la tez.

Las minas tenían una explotación y administración particular, siendo algunas explotadas en España por los emperadores, arrendando otras á compañías de explotación, y cediendo algunas á pueblos determinados que á modo de censo les daban tierras con que vivir, á cambio de que elaborasen en beneficio del Estado las minas de plomo. Había un jefe de explotación al frente de la administración y de los trabajos, y sólo los criminales y los esclavos se ocupaban en ellos.

Pero no sólo los españoles, y especialmente los andaluces, tenían predilección particular por la agricultura y por la plantación de los árboles, teniendo en cuenta los productos que de ello sacaban, sino que también esto les proporcionaba materiales para la construcción de grandes navíos de madera, que unos quedaban en España y otros se mandaban á Roma.

Y adelantó tanto la marinería entre nosotros, que de España se surtieron siempre los romanos para la construcción de todos sus barcos de guerra; y cuando César hizo la guerra de las Galias, de España se llevó todo lo necesario para construir y equipar su armada.

Las ciencias, las artes y los oficios prosperaron mucho en nuestra patria durante la dominación romana, no habiendo un estudio serio que aquí no se desarrollase, ni un arte ú oficio á que no se rindiera culto. De todas partes, la Bética fué la más civilizada, y de Roma vienen sabios que enseñan á los naturales del país, lográndose grandes

frutos, dada la aptitud particular de los españoles para el estudio.

Créanse escuelas de gramática en la Bética, dirigidas por sabios romanos, siendo notable en esta ciencia el español Julio Higinio, confundiendo verdaderamente á los sabios gramáticos con los retóricos, y habiendo otros que solo enseñaban los rudimentos de la lectura. También tuvieron enseñanzas de elocuencia y de poesía, saliendo notables escritores en el arte de hablar, como Quintiliano, y antiquísimos poetas como los turdetanos y los de Córdoba. En la astronomía, la medicina y la botánica, adelantaron también mucho, aplicando la primera al cultivo de las tierras y á las crecientes y menguantes del mar, y las segundas á la curación de enfermedades; pues si la medicina fué desde el principio botánica, más tarde se fué perfeccionando con doctrinas extrañas y con inventos propios, pero siempre bajo la base de la botánica, teniendo bebidas especiales para la curación de enfermedades distintas, como la bebida de las cien hierbas que adquirió gran renombre dentro y fuera de España, citándose también como remedios propios de la medicina española en aquellos tiempos, los de la hidrofobia, el dolor de gota, la mordedura de la víbora y otros.

Las aguas medicinales de España, ya frías, ya calientes, fueron antiquísimas en nuestra patria, usando los baños fríos antes de la llegada de los romanos, y calientes en termas naturales. después de este suceso. Ya por entonces se citaron las termas de Galicia, las de Alhama de Aragón y de Granada, las de Zújar (Granada), las de Graena y otras, así como las aguas frías de Marmolejo. Fuentepiedra. Carratraca, etcétera, lo que demuestra que la riqueza de aguas medicinales de España, es por lo menos contemporánea, si nó más antigua, de la dominación romana.

La beneficencia y la higiene pública, creció en importancia en España, durante este tiempo, levántándose asilos, hospitales y hospicios al amparo del Cristianismo, y creando empleados para cuidar de la higiene de las poblaciones, cuales eran los ediles, que se ocupaban de la inspección de los víveres, de la prohibición de los enterramientos en derredor de las ciudades, del abastecimiento de las aguas potables, de las cloacas y los alcantarillados.

Las artes y las bellas artes españolas, durante la época romana, son manifestación de la cultura y civilización de nuestra patria en aquella época antigua. Por eso se recuerdan las labores finísimas de manufacturas, lanas, paños y lienzos, así como los velos de lino de Tarragona, los lienzos de Ampurias y Cartagena, los barros saguntinos, los trabajos de piedra é hierro de Córdoba y Mérida, y las armas de finísimo temple de Bílbilis (Calatayud). También son notables los trabajos de plata descubiertos en nuestra patria, los de vidrio y otros de gran importancia.—De todas las bellas artes nos quedan monumentos, que atestiguan el alto grado de esplendor á que éstas llegaron en España.

Entre los monumentos que nos quedan del arte y civilización romana, encontramos los restos de edificios públicos, castillos, murallas y puertas, y de todo género, ya sean escultóricos, ya arquitectónicos, de

pintura, cerámica, etc. Por eso se recuerdan como auténticas las puertas y murallas de Gerona, Barcelona y León; los puentes de Alcántara y Mérida; el acueducto de Segovia; las estatuas colocadas en las entradas de los puentes con dedicatorias; los restos de circos y teatros de Sagunto é Itálica; las torres de Hércules en la Coruña y la de los Scipiones en Tarragona; los túneles para dar paso á las aguas; los templos como los de Antequera y otros, convertidos después en iglesias cristianas; los sepulcros, como el de los Scipiones, en Tarragona; las esculturas de dioses y emperadores que se conservan en los museos; las pinturas murales, parecidas á las de Pompeya; los pavimentos de mosáicos; las grandes ánforas; los ladrillos y tejas, exclusivamente romanas; las monedas, las urnas cinerarias y los monumentos epigráficos (de que nos ocuparemos al hablar de las manifestaciones jurídicas en España), así como las antigüedades romano-cristianas, especialmente en sarcófagos con adornos religiosos, que cierran el cuadro de la manifestación de la cultura y civilización de nuestra patria durante la dominación romana.

El arte militar de los españoles adelantó muchísimo durante este período histórico, pues á las condiciones propias para la guerra y á su número, valor y fidelidad, así como su constancia y generosidad, hay que añadir las contínuas enseñanzas que diariamente recibieron de los romanos, y especialmente de Sertorio, que identificado con el genio español, les instruyó en el combate á la romana, armonizando así las condiciones propias del español con el arte militar romano. Por eso se citan ilustres hijos de España en esta época, que dieron gloria en la guerra, como fueron Retógenes, Cayo Marcio y Viriato, que son dignos representantes de la pericia y arte militar de España, durantes estos antiguos tiempos.

Para todas estas operaciones militares, así como para el desarrollo del tráfico y del comercio, se abrieron en España grandes carreteras, vías ó caminos llamados militares, especialmente en la época de los emperadores Antoninos, Marco Aurelio, Trajano y Adriano, de las que todavía quedan restos que asombran por su magnificencia, y dirigiéndose una de ellas del Oriente al Occidente, prolongándose desde las Galias hasta Italia, teniendo casi todas entrada por la parte Norte de la península, y siendo el centro de las mismas Zaragoza, Tarragona, Mérida y Cádiz.

Las costumbres, así como la cultura y civilización españolas, variaron de una manera notable durante la dominación romana. Así es que la vida individual, la vida de familia, la vida pública, la casa y la ciudad, fué identificándose en absoluto con la romana, no sin que España tuviese una influencia decidida también en la cultura y civilización de Roma y que nuestro país á su vez aceptase toda la suntuosidad y esplendor venido de Italia, así como que se desarrolla de un modo admirable la cultura en nuestra patria, formándose una civilización hispano-romana que dió días de gloria literaria á España y que á su vez ensanchó los horizontes con carácteres especialísimos y particulares de la literatura latina.

En este largo período, España durante las guerras de Sertorio, funda su primera universidad ó grande casa de estudios en Osca, y al amparo de aquel importante centro docente de donde proceden todos los hoy existentes, la juventud española se educa á la romana, creciendo las escuelas y academias literarias, y formándose el grande plantel de notables escritores hispano-romanos, que florecieron en nuestra patria durante la República y durante el Imperio.

Muchos fueron los escritores españoles paganos en el período de tiempo que nuestra patria dependió de la República romana. El primero que se cita por Strabón, es el profesor de la Bética Asclepiades Mirleano, autor de una historia de los turdetanos, siguiéndole el profesor sevillano Troilo, la poetisa Julia Secunda, Porcio Latron, los poetas cordobeses, que fueron á Roma con Metelo, los Balbos, Cayo Julio Higinio y el famoso cordobés Marco Anneo Séneca.

Durante el Imperio, y dominando todavía el paganismo, son notables en España el cordobés Lucano, autor de la Farsalia y rival literario de Nerón, su pariente y paisano; el filósofo y trágico Lucio Anneo Séneca; el Bilbilitano Marcial, celebrado autor de epigramas; el gaditano Columela, autor de su notable obra de agricultura; el riojano Quintiliano, autor de sus celebradas instituciones oratorias, y hasta el emperador español Adriano, que figura como poeta, historiador y orador.

Ya cuando el Cristianismo, desde la época de Constantino, pudo ejercer públicamente su culto en nuestra patria, vemos aparecer á Yuvenco, autor de su historia poética sobre el Evangelio; Prudencio con su sublime poesía religiosa; San Paulino de Nola; el Papa San Dámaso; San Gregorio el Bético, obispo de Iliberis; el historiador Orosio, y sobre todos el famoso Osio, obispo de Córdoba y presidente del gran Concilio de Nicea.

Crítica.—A pesar de que durante todo el largo período de la dominación romana en España, aumentó mucho la cultura y civilización en nuestra patria, no obstante varía muchísimo la organización y la cultura de los españoles en los dos períodos de la dominación romana, siendo mayor ésta durante el Imperio que en tiempo de la República; pues que en este último período, los romanos sólo emplearon para dominarnos el sistema de la fuerza, y nuestra eterna resistencia no daba lugar á la ilustración que pretendían nuestros dominadores; mientras que en el segundo, ya la ley de la asimilación, de la dulzura y de las relaciones mútuas van estrechando las distancias, mucho más, desde que el Cristianismo se declaró religión del Estado, aumentando así de modo considerable el cultivo literario, la cultura y la civilización en nuestra península.

Pero podemos afirmar con orgullo patrio, que España fué una de las provincias del Imperio donde más se desarrollaron todas las ciencias y las artes, siendo esto debido á la aptitud particular de los españoles para recibir ajenas enseñanzas y al sentimiento innato del arte, que siempre hemos tenido en todas las épocas de nuestra Historia.

Por eso también la literatura hispano-romana es de las más importantes en el mundo romano, no habiendo aquí género literario que no

se cultivase, habiendo afamados escritores en los períodos de esplendor de la literatura latina, y siendo nuestra patria la que, en la época decadente de las letras romanas, la salvó con escritores esclarecidos, nacidos en nuestro suelo, de su inminente decadencia y segura ruina literaria.

LECCIÓN 19.

ORIGENES Y PROGRESOS DEL CRISTIANISMO EN ESPAÑA.

Creencias religiosas de los españoles durante la dominación romana.—La idolatría ó paganismo en el período de la república.—El Cristianismo, contemporáneo del imperio romano.—Predicación del Cristianismo en España.—Tradiciones sobre la venida de Santiago y San Pablo á España.—Los siete varones apostólicos.—Se establecen en Andalucía.—Primeras sillas apostólicas.—Otros santos que también predicaron el Cristianismo en España.—El Cristianismo redime la corrupción de costumbres del imperio romano.—¿De donde procedía ésta?—El Cristianismo moraliza y civiliza.—Costumbres de los primeros cristianos.—Primeros templos cristianos.—Persecuciones que sufren éstos en España.—Edad heróica del Cristianismo en nuestra Península.—Mártires españoles.—El Cristianismo gana primero al pueblo y después á las clases elevadas.—Celebración del Concilio de Iliberis.—Implantación de esta ciudad.—Examen de sus principales cánones y revolución que obró en la disciplina y en las costumbres españolas.—Herejías que aparecen en España.—El Arrianismo.—El Priscilianismo.—Triunfo del Cristianismo en España. = *Crítica.*—La sociedad pagana era impotente para lograr se moralizaran los pueblos.—El Cristianismo cumple esta misión.—Las persecuciones de los emperadores aumentan el fervor de los cristianos.—El combate con las herejías hace resplandecer más la pureza del Cristianismo.

Durante todo el largo período de la Edad Antigua, profesan los españoles en toda ocasión idea religiosa, no habiendo un momento en que olvidaran el nombre de Dios, ya fuese bajo la forma de religión primitiva ó natural, ya bajo la de un Dios desconocido ó anónimo, pero siempre teniendo en sus corazones la creencia religiosa y predominando la idea del monoteismo.—Durante la dominación romana, aceptaron también los errores gentílicos y el politeismo se enseñoreó desgraciadamente de nuestra nación.

Mas como España siguió todas las evoluciones del pueblo romano, como una de sus más importantes provincias, fué durante la República, gentílica, pagana é idolátrica, dominando el politeismo en nuestra Península, negando los dogmas fundamentales de la religión primitiva y reduciendo á la sociedad al más abyecto y envilecido estado, así en el orden moral como en el político y en el civil. Halagando el despotismo y rindiendo culto á la obscenidad, la esclavitud y todos los vicios, fué amparada por los sacerdotes paganos y los patricios romanos, que tanto la explotaban para sus fines sensuales, políticos y sociales.

Pero con la aparición del Imperio, se ofrece para la salvación de las sociedades, en tiempo de Augusto, el nacimiento del Hombre Dios y la predicación del Cristianismo, que como buena nueva se extiende por todo el mundo, sellando con la sangre del Redentor su alianza con los

hombres, y comenzando una era de paz, de caridad y de humildad en armonía con las doctrinas de Jesucristo.

Es piadosa tradición por nadie desmentida, que España fué uno de los primeros países que tuvo la dicha de recibir la luz del Cristianismo; y como siempre amó la libertad, acogió entusiasta la nueva doctrina, que venía á ser la religión de los pueblos libres, la que nos concedía la libertad moral de que antes carecíamos, que á la mujer y al hijo les daba el lugar que siempre debieron tener en las familias, y que con sus máximas de amor y caridad universal protegía siempre á los que sufrían ó estaban perseguidos.

La tradición piadosa antes referida nos asegura, que el año 38 ó 39 vino á España el apóstol Jacobo ó Santiago el Mayor, desembarcando en Cartagena, pasando por Zaragoza, y predicando la fe cristiana en Galicia, donde eligió nueve discípulos que con él volvieron á Palestina. También es verdad, ya hoy muy admitida, que San Pablo estuvo asimismo en España, y que siete de aquellos discípulos de Santiago fueron electos obispos por San Pedro, así como que él mismo fundó en España las iglesias de Avila, Cartagena é Ilibiris, siendo martirizado en Jerusalém y trayendo sus discípulos su sagrado cuerpo para enterrarlo en Iria Flabia (Padrón, cerca de Santiago). También es de tradición piadosa, sancionada por la Iglesia, la aparición de la Virgen María en el Pilar de Zaragoza.

La obra comenzada por San Pablo y por Santiago en nuestra patria de evangelizarla por completo, fué secundada por esos siete obispos, discípulos del segundo, llamados los Varones apostólicos, que fundaron las primeras iglesias, como después diremos, y que continuaron la obra de San Teodoro y San Atanasio, que predicaron el Evangelio en Asturias y en Galicia, y á cuyos trabajos de propaganda se agregaron los del mismo San Pablo, fundador de la iglesia de Ecija, así como la de Braga, fundada por Santiago, y las de Toledo, Astorga y Sevilla la Vieja, que son del mismo tiempo.

Los siete Varones apostólicos, que después de Santiago y San Pablo evangelizaron á España, se establecieron todos en Andalucía, como lugar cercano al de su desembarco, y donde encontraron hombres muy creyentes, de grande corazón y de ardiente caridad, muy á propósito para recibir la nueva doctrina.

Cada uno de éllos fundó una iglesia y silla episcopal que se llamó apostólica, siendo la primera y que siguió como primada de todas ellas, la de Acci (Guadix), fundada por San Torcuato; y fundando San Indalecio la de Ursi, cerca de Almería; San Texifonte, la de Bergium (Berja, en Almería); San Eufrasio, la de Iliturgis (Andújar, en Jaén); San Cecilio, la de Iliberis (Granada); San Hesiquio, la de Carteya, cerca de Cartagena, y San Segundo, la de Abula (Avila), que bien puede ser la moderna Abla, de Almería, pues que era probable que todos los Varones apostólicos estuvieran unidos en territorio no distante, y parece difícil que San Segundo se separase de sus compañeros y fuese á Castilla la Vieja para ser martirizado allí en Avila de los Caballeros, como suponen la mayor parte de los historiadores. Esta opinión, á más de ser

racional y no ir contra las doctrinas de la Iglesia, nos la sugiere el que por entonces había en España varias poblaciones con el nombre de Abula, y el que hubo también tres mártires con el nombre de Segundo, y bien pudo uno de éllos ser martirizado en Avila, de Castilla la Vieja, y el Varón apostólico ejercer su ministerio y sufrir su martirio en la ciudad también llamada Abula de la provincia de Almería.

También hubo otros santos que predicaron el Cristianismo en España, entre éllos, á más de los ya nombrados, San Pedro de Rates, primer obispo de Braga; San Honesto y San Saturnino, que predicaron en Pamplona, y San Geroncio, mártir y primer obispo de Itálica.

El Imperio romano estaba muy corrompido cuando apareció el Cristianismo, encargado de redimirle de aquella corrupción y de los vicios que minaban al pueblo romano. Por eso, desde que comenzó la predicación cristiana, tendía á la redención moral del mundo, que vivía bajo el imperio de la tiranía de todos los vicios, de todas las abominaciones y de todas las crueldades.

Y es que el Imperio romano, al comenzar su vida, heredó una corrupción de costumbres que estaba encastada en la religión falsa y en el falso culto, en la organización política, el gobierno, las leyes, y en las extraviadas doctrinas filosóficas, que tanto contribuía á fomentar la corrupción intelectual y moral del pueblo romano. Por eso las divinidades estaban plagadas de las mismas pasiones de que adolecía la humanidad, el sensualismo y la lascivia tenían asiento en el Olimpo, el pueblo romano era un esclavo de la tiranía política, y la tiranía legal existía en el hogar doméstico, donde las mujeres y los hijos, así como los esclavos, no tenían derechos ningunos, cerrando este triste cuadro la aceptación de las doctrinas filosóficas de Epicuro, fundadas sólo en el egoismo material y en los placeres sensuales.

El Cristianismo, oponiendo sus predicaciones contrarias completamente á estas doctrinas, santificando el amor, la caridad y la igualdad de todos los hombres, moralizó á todos los pueblos y los civilizó á su vez; pues frente á los dioses cargados de vicios del politeismo romano, señaló un Dios único, puro y sin mancilla, que se ofrecía en sacrificio para la redención del linaje humano, y frente á las costumbres de sensualismo, de depravación y lujo de las altas clases, presentó como propagadores de la nueva doctrina á hombres pobres, humildes y virtuosos, que fueron ganando de día en día multitud de adeptos á la nueva doctrina, que llevaban escrito en su bandera con caracteres indelebles el lema santo del amor é igualdad de los pueblos, base firmísima de la moralidad y civilización de los mismos.

En consonancia con estas puras doctrinas se presentaban las costumbres de los primeros cristianos, formando grande contraste con las que seguían ejercitando los hombres de la antigua sociedad. Y diariamente se veía practicar á éstos la moralidad, la pureza, la inocencia y la indisolubilidad del matrimonio, y el cariño hacia los hijos, frente á las más repugnantes costumbres de lascivia y de deleite, y á los actos repugnantes también de crueldad para con la mujer y con los hijos, en el santo hogar de la familia.

Como esta nueva doctrina era eterna acusación y una censura elocuente de los vicios dominantes, los primeros cristianos se vieron desde el principio combatidos por todos, especialmente por las clases privilegiadas, á quienes más se acusaba con ella; y por eso sus ritos y ceremonias sagradas tuvieron muchas veces que celebrarse misteriosamente en las catacumbas y sitios ocultos al furor gentílico, costando gran trabajo el que los primeros templos cristianos pudiesen estar donde no sufrieran las iras de los paganos, que veían en el Cristianismo y en Jesucristo una eterna censura de sus vicios, crueldades y tiránico proceder.

Por eso comienza en España, especialmente al finalizar el siglo I, en que ya había muchos cristianos, las crueles persecuciones que sufren en nuestra patria, ya bajo el pretexto de que con su nuevo culto, cuando era público, perturbaban la tranquilidad del Estado, ó que se reunían en sociedades secretas cuando en las catacumbas practicaban los sagrados ritos, huyendo del hacha del verdugo.

Así se forma la edad heróica del Cristianismo en nuestra península, y durante las diez persecuciones que decretó el Imperio contra la nueva religión, desde Nerón hasta Diocleciano, en todas ellas, desde el siglo I hasta el IV, España dió un gran contingente á la religión de defensores ardientes de la fe, teniendo la gloria de que nuestra nación fuese una de las que defendieron con más empeño la religión del Crucificado.

Entre los mártires españoles de que se tienen noticias, pueden citarse á Santa Marta, en Córdoba, San Fructuoso en Tarragona, San Lorenzo en Roma, Santa Justa y Rufina en Sevilla, San Vicente en Valencia, San Justo y Pastor en Alcalá, y los innumerables mártires de Zaragoza, despertándose tanto, especialmente en la Tarraconense, el afán de morir por el Cristianismo, que faltaron verdugos para inmolarlos, y la Iglesia cristiana tuvo que tomar acertadas medidas para reprimir el exagerado celo de aquellos propagandistas de la religión del Crucificado.

Esta religión fué ganando primero á las clases populares y después á la nobleza, pues que aquéllas vieron en la nueva doctrina una redención material y moral de la situación tristísima en que vivían, y un grande consuelo al conocer que en la otra vida podían igualarse según sus merecimientos, á los que en ésta les habían subyugado y oprimido.—Las clases elevadas tardaron más en hacerse cristianas, pero al fin lo realizaron, teniendo en cuenta al estudiar los fundamentos filosóficos y morales de la nueva doctrina, que ésta amparaba á todos, y con sus principios de humanidad y de dulzura, cambiaba por completo las bases de la organización social, y sin alardes de socialismo, á ricos y á pobres les colocaba en el lugar que les correspondía, civilizando y moralizando los pueblos, y reservando para después de esta vida, el premio ó castigo de los actos individuales. Así se logró que el Cristianismo penetrase hasta en el palacio de los emperadores, y que más tarde Constantino, fuese el paladín más esforzado de esta Santa religión.

Cuando había un poco de tranquilidad para la Iglesia, después de estas crueles persecuciones, celebráronse varios concilios en España,

unos generales y otros diocesanos, para arraigar la fe cristiana y combatir no solo las herejías, sino la falta de pureza de costumbres en aquellos remotos tiempos. Aparte de muchos concilios diocesanos no aceptados por todos los escritores, hay recuerdo de uno lusitano, otro cordobés, y otro toledano, anterior al primero de esto nombre.—De los generales, el primero fué el de Iliberis (Granada), primero de los nacionales de España, de que después nos ocuparemos, celebrado en el año I del siglo IV, el segundo fué el de Zaragoza para combatir la herejía de Prisciliano y otros errores, y el tercero fué el primer concilio de Toledo, que tuvo lugar el año 400 de J. C. con asistencia de 19 obispos, y en el que se trató de los Sacramentos, de las órdenes, y la continencia de monjes eclesiásticos y sus viudas.

Al tratar del concilio de Iliberis, la primera cuestión que tratan de resolver los críticos, es la referente á la implantación de esta ciudad, opinando unos que estuvo en las faldas de Sierra Elvira, muy cerca de Granada y junto al pueblo de Atarfe, y otros, que la ciudad romana estuvo edificada en lo que hoy es el Albaicín de Granada.—Los primeros se apoyan en los descubrimientos romanos hechos en el sitio referido, y en que hasta el siglo XVI hubo allí un pueblecillo que como recuerdo de la ciudad antigua, llevaba el nombre de Elvira.—Los defensores de que esta ciudad estuvo en la alkazaba de Granada, afirman, y con razón, que el pueblo antes referido era sólo recuerdo de una población romana de escasa importancia, pero que el municipio florentino iliberitano, la ciudad romana donde se celebró el primer concilio nacional de España, estuvo situada en lo que hoy es el Albaicín de Granada, que comprendía todo el terreno que hoy tiene, y á más descendía mucho por la parte baja de la ciudad hasta las márgenes del Dauro, y por la parte alta comprendía también el sagrado monte Ilipulitano, donde estuvo situado anteriormente el Suburbio de Ilípula, lo que le daba una extensión grande y en relación con la importancia que tuvo la ciudad del concilio; que hay quien asegura, subsistía á la vez dividida por el río, y frente á la primitiva Garnatha y la antiquísima Natibola.—Abonan esta opinión los descubrimientos sin cuento hechos en el Albaicín de Granada, que aunque algunos fueron apócrifos, otros justifican cumplidamente la existencia de Iliberis en aquel sitio, cuyas murallas aún existentes, son testigos vivos de su pasada significación y grandeza.

Allí se celebró el famoso concilio de Iliberis, el más antiguo de los de España y de todos los del mundo, anterior al de Nicea, y al que asistieron 19 obispos, 36 presbíteros y 54 diáconos, y que presidió el obispo de Guadix, en calidad de primado de las sillas apostólicas. El bautismo, la confirmación, el matrimonio, la virginidad, y varios asuntos de disciplina eclesiástica se discutieron allí, y sus cánones obraron una gran revolución en la disciplina y en las costumbres españolas, prohibiéndose los matrimonios de cristianos con gentiles, refrenando el indiscreto celo de éstos para el martirio, y estableciendo penas muy severas contra la usura, el homicidio y las uniones carnales contra la Iglesia.

No en balde ésta dictaba sus soberanas disposiciones, no sólo contra

los gentiles, sino que también había llegado el tiempo de minarse la pureza de la doctrina cristiana, y aparecer sectas y herejías que era preciso combatir, y que combatió la Iglesia desde su nacimiento hasta nuestros días.

Fué la primera el arrianismo, debida al presbítero de Alejandría, Arrio, que negaba la divinidad de Jesucristo, y que desde el tiempo de Constantino en que apareció hasta que los godos la trajeron á España, se fué combatiendo por la Iglesia y evitando su introducción entre nosotros.

Además, por este tiempo apareció en España la herejía del gallego Prisciliano, que negaba la trinidad y la divinidad de Jesucristo, afirmando la existencia conjuntamente de los dos principios el del bien y el del mal, y entregándose en sus secretos conciliábulos á las más asquerosas liviandades, hasta que, en el año 385 de J. C., imperando Máximo, fué condenado á muerte Prisciliano y sus secuaces, quedando sólo por algún tiempo como Sociedad secreta en nuestra patria.

Por fin se logra el triunfo del Cristianismo en España que no fué rápido sino obra de largo tiempo, combatiendo los restos del gentilismo, que á pesar de los esfuerzos y condenas de los concilios españoles, subsistieron bastante tiempo, bajo la forma de supersticiones que pretendían armonizar con las prácticas del Cristianismo, que al fin triunfó definitivamente en toda la Península, olvidándose por completo el pasado gentilismo, y habiendo más tarde un largo período de arrianismo con los godos, hasta que la unidad católica se implantó definitivamente en nuestra patria, en tiempo de Recaredo.

Crítica.—La sociedad pagana era impotente para lograr se moralizaran los pueblos, toda vez que en ella estaba el germen de la desmoralización y corrupción de costumbres y que en su falso Olimpo se hacía la apoteosis de todos los vicios y liviandades, así como se santificaban y admitían los crímenes más repugnantes y más escandalosos.

Por eso el Cristianismo cumple la misión moralizadora de los pueblos, toda vez que en su bandera llevaba escrito el lema de la más pura moral, y proclamando la igualdad del hombre ante Dios, á todos los hacía igualmente responsables en la otra vida de los actos contrarios á la virtud, que realizasen en el mundo.

Y los cristianos, que con grande fervor acogieron la buena nueva como obra del Dios único que vino á redimirnos, aumentaron más y más su fervor religioso con las persecuciones de los emperadores, lográndose efecto contraproducente al que éstos pretendían, y aumentándose más y más con éllas el fervor y entusiasmo de las nuevas ideas.

Sólo faltaba, para que la pureza del Cristianismo resplandeciera brillantemente, el combate con las herejías, resultando de ellas que fueran analizadas por la severa crítica del Cristianismo, dándose á conocer en los cánones de los Concilios todos los errores de que aquéllas adolecían y la hermosa aureola de pureza, de inocencia y virtud inmaculada con que desde el principio se caracterizó el Cristianismo.

LECCIÓN 20.

EL DERECHO ESPAÑOL DURANTE LA EDAD ANTIGUA.

Manifestaciones del Derecho español durante la dominación cartaginesa.—Aumenta en importancia el derecho comercial.—Legislación especial cartaginesa en España, para algunos pueblos del Norte respecto á la dote, su administración, derecho hereditario y pena de muerte.—Ya con los romanos comienza desde el primer período de su historia la implantación de su derecho en la Península.—La ley de las doce Tablas y otras disposiciones suplementarias regían en España con carácter de ley general.—Otras disposiciones generales con carácter legislativo aplicables á España.—Fuentes de derecho hispano-romano con carácter particular.—La ley provincial.—En qué consistía.—Edicto provincial.—Imitación de los de Roma.—Leyes especiales de ciudades ó municipios.—Las tablas malacitanas.—Los bronces de Osuna.—Principales bronces hispano-romanos, descubiertos desde el siglo XVI hasta nuestros días.—Auxiliares de la administración de justicia en España.—Abogados, fiscales y escribanos.—Asambleas ó conventos jurídicos.—El municipio romano aplicado á España.—La curia y sus vicisitudes. = *Crítica.*—La legislación cartaginesa no deja huellas en nuestra Península por su corta duración.—Principios que informan el derecho romano.—Adaptación de estos principios á nuestra legislación.—Instituciones jurídicas que aún se conservan en nuestros códigos tomadas de los romanos.—Escuela romanista en España.—Juicio imparcial sobre la influencia del derecho romano en nuestra legislación é importancia del mismo en la época actual.

El Derecho español, que lo hemos visto de una manera embrionaria en la primera época del período de preparación, tiene un carácter especial durante la dominación cartaginesa; pues aunque fué muy poco el tiempo que este pueblo estuvo entre nosotros, sin embargo, dejó aquí alguna semilla de su vida jurídica, ya en el tiempo primero en que sólo explotaron nuestras riquezas como comerciantes y colonizadores, ya también cuando más tarde trataron violentamente de dominarnos por la fuerza de las armas.

Por eso tanta importancia adquiere el Derecho comercial, y con este pueblo se echan los cimientos de nuestra legislación mercantil, cambiándose los principios de ésta que nos legaron á su paso los fenicios y los griegos, por otros más estables y más ordenados, fijados por los cartagineses, que vienen á ser el fundamento en que descansa toda la organización actual de nuestro Derecho comercial, que tanta importancia adquirió en España durante la dominación púnica en nuestra Península.

Y no fué sólo en el Derecho mercantil donde los cartagineses dejaron sentir su civilización y su cultura en España, en materia legislativa; que hubo algunos pueblos del Norte que nos legaron su legislación es-

pecial, que por su carácter particular es muy digna de tenerse en cuenta.—En efecto, los lusitanos, vascones, asturianos, cántabros y gallegos, que conservaban su independencia en medio de la dominación cartaginesa, tenían prácticas legislativas tomadas de aquéllos, y que eran anuncio de disposiciones particulares que más tarde habían de tomar carta de naturaleza en nuestro Derecho. Así vemos que los maridos dotaban á sus mujeres, compartiendo con ellos su vida guerrera, y administrando también los intereses de la familia: que había la costumbre especial de que sólo las hijas heredaran á sus padres con la obligación de alimentar á sus hermanos; que eran supersticiosos en extremo, consultando las entrañas de los animales y de los cadáveres enemigos para averiguar los hechos ocultos, y que la pena de muerte por despeñamiento era muy frecuente y por todos aplicada.—No ocurre lo mismo respecto á los españoles meridionales, de los que no quedan datos ningunos con relación á su legislación y costumbres jurídicas durante la dominación cartaginesa.

Ya con los romanos comienza desde el primer período de su historia la implantación de su derecho en la Península; pues que España era una de las diócesis del Estado occidental de Roma, y que aquí no podían regir otros códigos que los suyos, por su política constante y su tendencia dominadora y absorbente de imponer su modo de ser á los pueblos vencidos.

La ley de las *doce tablas* y otras disposiciones suplementarias, regían en España con carácter de ley general, como representación del Derecho civil, así como el edicto de los pretores que simbolizaba el Derecho natural y el de gentes, y los plebiscitos y senado-consultos que fueron desde el principio las fuentes generales del Derecho en nuestra patria, y á las que siempre se recurrió con ese mismo carácter para la aplicación del Derecho, durante la República.

Cuando el Imperio se enseñoreó del mundo, hubo para España una nueva fuente de derecho, cual fueron las constituciones imperiales, en virtud de la plenitud de poderes con que se revistió al emperador por la ley regia. Y como fueron éstas tantas, hubo necesidad en su tiempo, de que se coleccionaran en los códigos Gregoriano y Hermogeniano, como representación del Derecho romano pagano, el código teodosiano como expresión del Derecho cristiano, las novelas de este emperador y las respuestas de los jurisconsultos á las que se les dió fuerza legal por la llamada ley de citas.

Además de estas disposiciones generales del Derecho romano, aplicables á España, hay otras con carácter particular que forman un especialísimo Derecho hispano-romano, cuales eran las leyes y edictos provinciales que tenían carácter particular, propio y determinado á nuestra nación.

La ley provincial venía á ser como una constitución especial que se daba á cada pueblo al tiempo de ser sujeto á la dominación romana, y en la que se fijaban los derechos particulares y especiales de cada provincia.

Así España tuvo una ley provincial especialísima, por la que se otor-

gaba á sus habitantes la condición de ciudadanos romanos y el derecho de sufragio, con todos los privilegios que llevaba anejos.

El edicto provincial era publicado por los gobernadores que Roma destinaba al frente de las provincias, y comprendía reglas para la administración, Derecho civil y Procedimientos judiciales en las mismas.

Era una imitación ó reflejo de los publicados en Roma por los pretores y otros magistrados; pues que éstos antes de salir de Roma se asesoraban de ilustrados jurisconsultos y formaban un edicto comprensivo del Derecho civil, procesal y administrativo, que publicaban al llegar á la provincia de su mando.

Pero además había fuentes particulares de Derecho ó leyes especiales de ciudades ó municipios, que tenían un derecho especialísimo y particular, como lo prueban los descubrimientos de las tablas malacitanas en 1851, comprensivas de fragmentos de las leyes del municipio malagueño y del salpenciano, los hermosos bronces de Osuna descubiertos en 1870, y las leyes de Itálica encontradas en 1888, conteniendo un discurso senatorial sobre los fraudes cometidos por los empresarios de los gladiadores, respecto del fisco.

Las tablas malacitanas de las que, así como las de Osuna, ha hecho un detenido estudio el Dr. Berlanga, y que después de haber estado en museo particular se hallan hoy en museo del Estado, contiene un fragmento de la ley municipal, dada á Málaga por el primer emperador de la familia Flavia, en el siglo I de Jesucristo, sobre toda clase de asuntos jurídicos relacionados con la ciudad, y fueron grabados hacia el año 81 de Jesucristo.

Los bronces de Osuna comprenden cinco tablas encontradas del 1870 al 71, que parecen ser del período de los Flavios, y tal vez en el año 75 de J. C. con manifestaciones de Derecho municipal á la ciudad de Osuna, así como también otros dos bronces referentes á dicha ciudad sobre leyes otorgadas por César á la misma, antes de su muerte, año 44 (antes de J. C.)

A más de las tablas malacitanas y de los bronces de Osuna, se conservan otra porción de bronces en nuestros museos, como manifestación del Derecho municipal hispano-romano, como son el bronce de Lazcuta (Alcalá de los Gazules), el de Bonanza, el de Audita (Grazalema), el de Bocar (Mallorca), el Asturiano, el de Abrahantes, los de Pamplona, los de Riotinto, los de Itálica, y los de Córdoba, así como las piedras de Barcelona, Tarragona, Sevilla y Mérida, con inscripciones epigráficas relativas á asuntos relacionados con el Derecho hispano-romano, y todas descubiertas y publicadas, desde el siglo XVI hasta nuestros días.

La administración de justicia en España tenía sus auxiliares y principales representantes, de que hemos hablado anteriormente, y que formaban una cadena de la administración judicial, desde los jueces inferiores en adelante, con cinco grados ó títulos, de jerarquía judicial iguales á los de Roma.

Los auxiliares de la administración de justicia, eran los abogados fiscales y asesores, cuyas funciones expresan sus propios nombres; los actuarios, que instruían los procesos; los secretarios judiciales; los que

realizaban las prisiones; los que interrogaban á los reos y aplicaban el tormento; y los alguaciles, que se ocupaban especialmente de materia civil.

Las asambleas ó conventos jurídicos, cuya noción hemos dado en lecciones anteriores, eran los consejos judiciales ó tribunales colegiados, presididos por los gobernadores de las provincias, y compuestos siempre de peritos en Derecho, con reunión periódica, y congregándose en el punto que se llamaba convento jurídico. Así como los concilios, enteramente distintos á los de la época visigótica y á los de la Iglesia católica, eran asambleas administrativas que nada decidían por sí, y todo lo exponían á la resolución del emperador.

Otra institución notable de esta época, de que ya anteriormente hemos hablado, era la curia ó senado compuesto de varios vocales, que recibían el nombre de decuriones ó de curiales, y que los presidían los duunviros y á veces el prefecto nombrado por el emperador,—La condición de curial fué muy apetecida en un principio por los beneficios que llevaba consigo y las exenciones que otorgaba á los curiales, así como por los títulos y honores que á ellos se concedían durante la República; pero llegó un tiempo en el Imperio en que se desnaturalizó por completo, y en que se hizo odioso el cargo, efecto de haber cesado los antiguos privilegios y de imponerse á los curiales grandes responsabilidades por el ejercicio de su cargo, cambiándose éste de honrosa distinción en penoso é ineludible gravamen.

Crítica.—La legislación cartaginesa, no dejó huellas ningunas en nuestros códigos por el corto tiempo que aquéllos dominaron en nuestra patria, y á más, porque los romanos quisieron, en su orgullo de poder y de dominación, al arrojarlos de España, que no quedaran rastros algunos de su legislación y de su gobierno.

El Derecho romano, que tiene principios especialísimos y que á todos los preside la ley de universalidad de su legislación, aparece con caracteres particulares, según se aplicara el Derecho latino ó el Derecho itálico, y según los pueblos gozasen de la ciudadanía romana y de los derechos de comercio y de sufragio que aquél establecía.

Por eso España adaptó muchos de estos principios á su legislación, habiendo ciudades que gozaban de todo el Derecho romano en su primitiva pureza; otras que tenían leyes propias, porque eran ciudades españolas; algunas que se equiparaban al Derecho del lacio; muchas que como libres se regían con independencia de Roma, aunque bajo su protectorado; y varias que, como confederadas, tenían un Derecho especial, á virtud del pacto de alianza que celebraran con Roma. Todo esto fué con el tiempo desapareciendo, creciendo á su vez la importancia del municipio.

A pesar de los tiempos, casi todas las instituciones romanas se han conservado en nuestro Derecho, mucho más desde que el Cristianismo operó una gran revolución en la legislación del Imperio. Por eso vemos, consultando los códigos españoles, y hasta el moderno código civil, que en matrimonios, sucesiones y contratación, se ve en todas ellas un dejo ó recuerdo de las costumbres romanas, que no ha podido borrarse á través de los tiempos y de las edades.

Así se explica que aún subsista como necesario el estudio del Derecho romano, como preparación al del Derecho patrio, y que á pesar de las opiniones contrarias, la escuela romanista subsista con vida y con grande fuerza en parte de nuestra nación, especialmente en Aragón y en Cataluña, donde todavía quiere dársele vida en la práctica, especialmente en el autoritario poder de los padres, al Derecho romano, que mal que pese á sus impugnadores es y será siempre la fuente más pura adonde hay que acudir para buscar los verdaderos orígenes del Derecho español, especialmente en lo que se refiere á la organización de la familia y á las sucesiones.

No es, pues, difícil formar un juicio imparcial acerca de la influencia del Derecho romano en nuestra legislación y la importancia del mismo en la época actual, afirmando que aquel Derecho, que con justicia fué apellidado la «Ley escrita», es el arsenal donde hay que acudir siempre para buscar el origen de nuestras instituciones jurídicas, y que si bien es cierto que en la época actual se ha pretendido quitarle importancia, todos los esfuerzos de sabios y legisladores se han estrellado ante la significación altísima del mismo, pudiendo concluir, que á pesar de las innovaciones de godos y de otros pueblos, así como del Derecho peculiar de los antiguos reinos españoles, todo está calcado en los sabios principios del Derecho romano.

LECCIÓN 21.

EDAD MEDIA.

Historia externa.

INFANCIA DE LA MONARQUÍA VISIGODA DESDE SU PRINCIPIO HASTA ALARICO II.

Extensión de la Edad media.—Su carácter general.—Primera época de la misma, que comprende la dominación visigoda en España.—Subdivisión de ésta en dos períodos principales.—Subperíodos en que puede dividirse el primero.—Invasión de los bárbaros.—Origen de los germanos y su emigración á Europa.—Luchas entre germanos y romanos.—Tribus septentrionales que llegaron á España.—Causas que favorecieron á los bárbaros en la conquista de nuestra Península.—Origen y correrías de los godos.—Los alanos, suevos y vándalos en España.—Vicisitudes porque pasaron los bárbaros en nuestra península.—Reino de los suevos y cronología de sus reyes.—Mapa de España durante la dominación de los bárbaros.—Monarquía visigoda en España.—Extensión que comprende.—Los visigodos hasta Alarico.—Reyes arrianos.—Implantación de esta monarquía en España.—Reyes de la dinastía de los baltos.—Ataulfo.—Sus correrías.—Su casamiento.—Fundación del verdadero reino visigodo.—Muerte de Ataulfo.—Sigerico.—Arrebata el trono á la muerte de Ataulfo.—Walia.—Sus guerras.—Expulsión de los vándalos.—Teodoredo.—Los Hunnos y Atila.—Turismundo.—Teodorico.—Guerras entre visigodos y suevos en España.—Eurico.—Definitiva ruina del imperio de Occidente.—Eurico legislador.—Persecución de los católicos.—Alarico II.—Código de Alarico.—Concilio de Agde.—Muerte de Alarico II.=*Crítica.*—Juicio sobre la invasión de los bárbaros en España.—Carácter del reino de los suevos.—Realización del pensamiento de Ataulfo y su complemento.—Definitiva implantación de esta monarquía en España con las reformas legislativas de Eurico y Alarico II.—Monarquía de hecho y de derecho á partir del reinado de Eurico.

La historia de la Edad media de España, comprende desde la terminación del poder romano en nuestra patria, la venida de los bárbaros y la implantación del poder visigodo, hasta la proclamación de los Reyes Católicos, ó sea desde el 409 de J. C. en que entraron los bárbaros en España, ó el 416 en que comienza la verdadera monarquía visigótica, hasta el 1474 en que se verifica la proclamación de los Reyes Católicos en la ciudad de Segovia como reyes de Castilla.

El carácter general de la Edad media española, está determinado por las invasiones de los bárbaros y su dominación en España, que duró siete años, preparando el poder visigodo en nuestra nación, iniciado por las correrías del aventurero primer Alarico, y continuado por sus sucesores, que en los primeros tiempos y bajo el arrianismo, llega á su período de progreso en los reinados de Teodorico y Eurico, para decaer

lastimosamente después, restablecerse en tiempo de Liuvigildo, llegar con el catolicismo en tiempo de Recaredo á su período de esplendor, conservándose el poder y la grandeza de esta monarquía hasta Recesvinto, que completa la obra de la constitución visigoda, para comenzar el período de decadencia en tiempo de Wamba y terminarlo en el de D. Rodrigo.

La Edad media comprende dos épocas principales, que con los nombres de visigótica y de la reconquista se conocen en la Historia. La primera duró en España 295 años, desde Ataulfo hasta el último monarca de los godos, que se hundió con su poder en las orillas del Guadalete.

Esta primera época de la Edad media, conocida con el nombre de dominación visigótica, se subdivide á su vez en dos períodos principales, que con los calificativos de arriano y católico determina las dos series de reyes desde Ataulfo hasta Recaredo, y desde éste hasta D. Rodrigo, que dominaron en nuestra península y profesaron, como culto del Estado, la herejía arriana ó la doctrina verdadera del catolicismo.

El primer período, ó sea el arraino, se subdivide á su vez en dos subperíodos, con las denominaciones de infancia y adolescencia ó progreso de la monarquía visigótica, comprendiendo el primero desde Ataulfo hasta Alarico II, y el segundo, desde éste hasta la muerte de Liuvigildo.

Como precedente á la dominación visigótica en España, hay que conocer la invasión de los bárbaros en nuestra Patria, que duró desde el 409 al 416 de J. C., en que vinieron los godos y se establecieron entre nosotros. Recibieron la denominación de bárbaros, sinónimo de extranjeros, y para otros de faltos de civilización y de cultura, y todos ellos tienen un origen común, cual es el de las tribus germánicas, que ya desde el siglo IV estaban distribuídos en varios pueblos, y que fraccionados se extendieron en su invasión por toda Europa.

Los germanos eran de raza aria y de éllos se tiene noticia 320 años (antes de J. C.). En guerras con sus vecinos comenzaron á extender sus dominios, y lo hubieran logrado á no ser por la resistencia y acometida de las legiones romanas, hasta que decadente el poder de este pueblo, lograron realizar su ideal de emigración á Europa, como lo verifican en los últimos tiempos de la Edad antigua y principios de la Edad media.

Para ello tuvieron, no obstante, que sostener una lucha encarnizada, germanos y romanos, que fué continuación de las que antiguamente habían tenido en tiempo de César, pero que verdaderamente se formaliza con motivo de la invasión, desde Honorio en adelante, aprovechando por entonces varias circunstancias, sobre todo lo indefenso de las fronteras romanas para franquearlas y realizar la invasión que proyectaban.

De estas tribus septentrionales que invadieron el territorio romano y se extendieron después por la Gran Bretaña y las Galias, los alanos, al mando de su caudillo Atace, los suevos con su jefe Hermaurico, los vándalos con su general Gunderico, y los silingos con su señor Re-

pendial, penetraron en España, y después de feroz devastación fueron estableciéndose, los suevos en Galicia, los alanos en la Lusitania y en la Cartaginense, algunos vándalos en el centro del país, otros con los silingos en Andalucía (de donde tomó nombre), quedando la Celtiberia y la Carpetania sin ser dominada al principio por los bárbaros.

Las causas que favorecieron á éstos en la conquista de nuestra península, fueron la concentración de la propiedad en pocas personas, la triste situación de los curiales, los siervos y los esclavos, el crecido número de vagaudas que recorrían los montes, y otras más, que motivaron el que al verificarse la invasión nadie opusiera resistencia, viendo los ricos y el populacho la toma y destrucción de ciudades con imperturbable calma.

A los godos se les hace proceder por algunos de la Gotia, siendo lo más probable que saliendo del Oriente se establecieron en las orillas del Vístula, de donde salieron obligados por el exceso de población, estando en el siglo II de J. C. junto al Mar Negro, siguiendo sus guerras con los romanos, y encontrándose ya, á mediados del siglo IV, con un dilatado imperio, teniendo reyes hereditarios y siendo los primeros pueblos de origen germánico que abrazaron el Cristianismo.

Los alanos, suevos y vándalos, después de devastar la Galia, trataron de penetrar en España, y aunque en los Pirineos hubo constante resistencia, al fin penetraron, sembrando en nuestra patria el horror y la devastación, uniéndose á estas tristezas la peste y el hambre más espantosas, hasta que restablecida en algún tanto la normalidad, repartióse entre ellos la península ibérica, quedando alguna parte todavía unida al Imperio romano.

Distinta fué la suerte y varias las vicisitudes porque pasaron los bárbaros en España, pues mientras los suevos tuvieron durante siglo y medio un reino propio, los otros fueron sucesivamente exterminándose por los visigodos, que al cabo concluyen también con aquella monarquía, quedando solos, como absolutos dominadores de nuestra península.

El reino de los suevos establecido en Galicia, comienza con Hermaurico, á quien siguen Rechila y Rechiario, en cuyo tiempo una guerra civil lleva al trono á Remimundo, que abjura del catolicismo; habiendo después un siglo de obscuridad en la historia de este reino, volviéndose á hablar de él para seguir la cronología de sus reyes con Cariarico y Teodomiro que vuelve el catolicismo á sus Estados, siendo los últimos reyes suevos en nuestra patria Miro, Eborico y Andeca, á quien venció Liuvigildo, incorporando á sus Estados el reino de los suevos.

El mapa de España durante la dominación de los bárbaros, comprende el establecimiento de los suevos en Galicia y Lusitania, de los alanos en la Lusitania y en la Cartaginense, y de los vándalos en sus dos clases, en la Bética y en la parte alta de la península. A más, desde el 416 de J. C. aparecen los visigodos y otras ciudades dependen del Imperio.

La monarquía visigótica en España arranca verdaderamente desde los tiempos de Ataulfo, aunque antes, los visigodos, habían tenido su monarquía y vida propia, pero fuera de nuestra nación.

Esta monarquía comprende desde el año 416 en que Ataulfo entró en Barcelona, hasta el 711 de J. C., en que las armas agarenas hundieron el poder visigótico en tiempo de su último monarca D. Rodrigo.

Como hemos dicho, los visigodos tienen su historia propia, aunque poco conocida, desde Hermaurico rey de los Ostrogodos, hasta Alarico I, luchando con el Imperio, pactando otras veces con él, ó rebelándose contra los emperadores, hasta que muerto Atanarico, fué elegido rey de los visigodos Alarico, á quien sucede Ataulfo en sus Estados, el 410 de J. C., y que es el verdadero fundador de la monarquía visigótica en España.

Los visigodos, cuando vinieron á nuestra peninsula, profesaban el arrianismo que les habia predicado el obispo Ulfilas, aunque el cristianismo era conocido de ellos y protegido por alguno de sus reyes, muchos años antes. Así sus primeros monarcas, dentro y fuera de la península, fueron arrianos, aunque alguna vez la iglesia de los godos estuvo representada en concilios famosos como el de Nicea.

La implantación de la monarquía goda en España fué debida á los deseos de Ataulfo y de su pueblo de buscar un asiento definitivo para establecerse. Por eso, á cambio de las concesiones del emperador Honorio, combatió á los enemigos de éste, estableció su corte en Narbona, casándose con Gala Placidia, hermana de aquel emperador, y á quien hizo prisionera en Roma, tiranizándole por su hermosura.

Los reyes de la dinastía de los baltos en España, hereditarios todos, fueron los comprendidos desde Ataulfo hasta Amalarico inclusive.

Ataulfo, ó Adolfo, que fué sucesor y hermano de la mujer de Alarico, es el verdadero fundador de la monarquía visigótica en España. A él se debe el pensamiento de formar un vasto imperio gótico ó restaurar el Imperio romano.

Para ello emprendió sus correrías, y después de largas negociaciones con Honorio, se estableció en Toscana, estuvo en las Galias, y apoderándose de varias ciudades, logró penetrar en España para fundar aquí una verdadera monarquía gótica.

Su casamiento con Gala Placidia, su antigua cautiva, tiene gran significación en la Historia, pues indica desde las ceremonias puramente romanas con que se celebró, hasta la intervención de su esposa, que impidió la guerra de Ataulfo con los romanos peninsulares, después de haberse enemistado con su cuñado Honorio, que á pesar de sus grandes esfuerzos y sus dotes militares, pudieron más en él los ruegos de su esposa que las aspiraciones de su ejército, y quiso ser un conquistador más humano que lo habían sido los otros bárbaros que dominaron en España.

Con él se funda el verdadero reino visigótico, cuya corte fué Barcelona, creyéndose por el corto espacio de tiempo que reinó, que sólo constituyeron sus dominios lo que hoy comprende la parte de Cataluña y de Aragón.

Su muerte fué debida (al año de reinar) á la traición de un enano de su servidumbre, llamado Dubios ó Vernulfo, que asesinó al rey cuando estaba en sus caballerizas, no siendo sentida su muerte por la mayoría

de los godos, que continuamente le censuraban su afición á los usos y costumbres romanas.

Le sucede por voluntad de los asesinos de Ataulfo, Sigerico, en quien confiaban tener un auxiliar para sus pretendidas guerras contra el Imperio.

Reinó sólo siete días, y en ellos mató á los seis hijos de Ataulfo y trató cruelmente á su viuda, no teniendo valor ni tiempo para declarar la guerra á los romanos, y como había arrebatado el trono por la fuerza y á más por sus crueldades, en su semana de reinado, fué cruelmente asesinado por los suyos.

Su sucesor Walia, siguió opuesto camino, continuando la obra de Ataulfo, tratando con miramientos á su viuda y apareciendo con condiciones de un rey verdaderamente político.

Tuvo guerras con los moros de Africa, siendo destrozada su armada por una tempestad en el Estrecho de Gibraltar. También las tuvo con los romanos, con quienes al fin hizo la paz, convenciendo á los suyos, entregando al general romano Constancio á Gala Placidia, con quien éste contrae matrimonio.

Consecuencia de la paz con los romanos, emprendió la guerra con los otros pueblos que dominaban en España, venciendo y expulsando de nuestra península á los vándalos y á los alanos, volviendo los romanos por entonces á dominar en nuestra península y estableciéndose en Tolosa (en la segunda Aquitania), la capital del reino visigótico, muriendo allí Walia, cargado de laureles, el año 419 de J. C.

Su pariente Teodoredo le sucede, siendo un notable monarca visigodo por su valor y por su habilidad, permaneciendo en paz con el Imperio y guerreando con los que se rebelaban en nuestra patria.

En su tiempo ocurrió la célebre batalla contra Atila, jefe de los hunos, dándose en los campos cataláunicos la batalla, en que lucharon unidos romanos, visigodos y francos, y en la que, si bien fué vencido el terrible Atila, que á sí mismo se llamaba *el azote de Dios*, el rey visigodo Teodoredo perdió la vida en ella, haciéndosele solemnes funerales en el campo de batalla.

Fué muy fugaz, de sólo tres años, el reinado de Turismundo, sucesor de Teodoredo, y durante él hizo la guerra á los alanos, intentó pelear contra Atila y se indispuso con los romanos, siendo asesinado en una conspiración dirigida por sus hermanos Teodorico y Federico, que no podían resistir su carácter despótico y altanero.

Teodorico, aunque fratricida, y teniendo un reinado tumultuoso, mostró en el trono relevantes cualidades; pues que en su tiempo España fué el teatro de todas las guerras y en ellas mostró aquel rey sus condiciones políticas y militares.

Sus guerras fueron á favor del Imperio en España, y contra los suevos y vagaudas levantiscos, venciéndolos á todos, así como á los érulos. No tuvo acierto después de vencer á los suevos, en consentir la continuación de este reino, ni emprender su guerra con el Imperio, terminando su vida á manos de su hermano Eurico, que providencialmente fué el vengador del crimen de Teodorico.

Con Eurico (rico en leyes) se señala el apogeo de la monarquía visigótica, pues que pudo realizar el pensamiento de Ataulfo y sus conquistas en la Galia y en España. Cimentaron el poder de la más grande monarquía que los bárbaros establecieron sobre las ruinas del Imperio.

En su tiempo concluyó de una manera definitiva el Imperio romano, con cuya circunstancia y con el valor y acierto de Eurico, se extendió considerablemente el poder de su pueblo.

También se enaltece la gloria de Eurico por ser el primero que dió á su pueblo leyes escritas, con el código que lleva su nombre, pues que hasta entonces sólo se habían gobernado por sus usos y costumbres.

Sin embargo, como era fanático arriano, persiguió con rigor al clero católico de las Galias, no causando vejaciones á los de España y muriendo en Arlés, á los 19 años de reinado, siendo el más poderoso de los monarcas visigodos y el primer rey godo independiente de España.

Su hijo Alarico II hereda el trono, pero no las cualidades de su padre, y aunque continúa con los ministros de Eurico, no puede resistir á su poderoso adversario Clodoveo, rey de los francos, que á pesar de los trabajos de Teodorico el grande, rey de los ostrogodos, en Italia, le declaró la guerra y le venció en la batalla de Vougle, cerca de Poitiers, en la que los francos, que ya eran católicos, creyeron ver en el cielo y junto al río prodigiosas señales que les anunciaban la victoria contra el arriano Alarico, la que al fin consiguieron, no siendo total la pérdida de sus Estados por el auxilio de los ostrogodos.

Dos años antes de su muerte, publicó un compendio de las leyes teodosianas para los hispanos y galo-romanos, fundado en el derecho anterior á la invasión y en las modificaciones posteriores, y que por haberse promulgado por Aniano, ministro del rey, se le llama Código de Alarico ó Breviario de Aniano.

A pesar de ser arriano Alarico II, miró con respeto á los católicos, especialmente á los obispos, acogiendo á los príncipes de la iglesia desterrados de otros países, y permitiendo también al clero celebrar concilios y deliberar sobre asuntos eclesiásticos. De estos concilios es muy importante el de Agde, presidido por el obispo de Arlés, y cuyos cánones especifican la autorización real para reunirse, y se reprodujo en ellos la disciplina vigente, fortaleciendo la autoridad episcopal y reconociéndose en la España visigótica, á pesar de ser arrianas las órdenes pontificias.

Alarico II murió en la batalla referida contra los francos, en la que el mismo Clodoveo, su enemigo, le arrancó del caballo con un certero golpe de lanza, y un soldado que le vió en tierra acabó de matarle.

Crítica.—Al formar juicio de la invasión de los bárbaros en España, causa extrañeza la poca resistencia que encontraron para penetrar en nuestra Península, y sólo puede explicarse por el odio al poder romano y porque estando nuestra sociedad sumamente corrompida y viviendo en la más atroz indiferencia, la venida de los bárbaros fué un castigo providencial para purificar á España de la corrupción y vicios en que se hallaba sumida.

El reino de los suevos tiene en España un caracter especialísimo, porque es el único pueblo de los bárbaros que logra establecer su dominación ordenada en nuestra patria, que tiene su cronología de reyes, y que queriendo sostener su independencia está en lucha constante con los visigodos, hasta que Liuvigildo los vence por completo é incorpora su pequeño reino de Galicia á la monarquía visigótica.

El pensamiento de Ataulfo de formar un vasto imperio gótico sobre las ruinas del romano, se realiza en parte por este monarca, bajo la forma de restablecimiento del poder romano, teniendo su complemento en los reinados posteriores, especialmente en los de Walia y Teodoredo.

Pero la monarquía visigótica tiene su definitiva implantación en España con las reformas legislativas de Eurico y Alarico II, toda vez que el poder real pudo ya, de entonces en adelante, desenvolverse más ordenadamente después de estas leyes, y lograr que elementos tan distintos como el de los hispano romanos y los godos, tuviesen leyes propias para cada uno de ellos, preparando la fusión de razas, y la de derechos que más tarde había de realizarse.

Por eso no es extraño que los historiadores aseguren que la monarquía de hecho y de derecho entre los visigodos en España, comenzó verdaderamente desde el reinado de Eurico; pues hasta entonces no se había estado más que en el período de implantación, llegando por este tiempo el poder visigodo á su apogeo en nuestra patria y sus empresas guerreras afortunadas, y el ser el primer legislador de los godos le asignan un puesto señaladísimo en la historia de esta monarquía.

LECCIÓN 22.

PROGRESO DE LA MONARQUÍA VISIGÓTICA DESDE GESALEICO HASTA LIUVIGILDO.

Período de progreso de la Monarquía visigoda.—Reinado de Gesaleico.—Su poca importancia.—Amalarico.—Su menor edad, bajo la regencia de Teodorico.—Su mayor edad.—Su casamiento con Clotilde.—Segundo concilio de Toledo.—Muerte de Amalarico.—Reyes electivos.—Teudis.—Sus guerras con los francos y en Africa.—Fugaz reinado de Teudiselo.—Agila.—Tiranía de este monarca.—Atanagildo.—Los bizantinos en España.—Sus guerras.—El reino de los suevos.—Liuva I.—Asocia en el trono á su hermano Liuvigildo.—Sus guerras.—Reinado de Liuvigildo.—Cuatro sucesos importantes de su reinado.—Liuvigildo asocia en el trono á sus hijos Ermenegildo y Recaredo.—Lucha por la unidad política.—Expediciones contra suevos, cántabros y otros que se habían rebelado.—Liuvigildo hace cambios y reformas en su reino, de grande importancia.—Casamiento de Ermenegildo é Ingunda.—Provócase la persecución contra los católicos.—Esta persecución produce el levantamiento de Ermenegildo.—Detalles de esta lucha.—Prisión y destierro de Ermenegildo.—Su martirio.—Definitiva conquista del reino de los suevos.—Guerra con los francos.—Reformas legislativas de Liuvigildo.—Ciudades que funda.—Su muerte.—Mapa de España desde la fundación de la Monarquía visigoda, hasta Liuvigildo.—*Crítica.*—Juicio imparcial sobre los monarcas visigodos, desde Gesaleico hasta Liuvigildo.—Cómo debe apreciarse la venida é intervención de los bizantinos en España.—Política de Liuvigildo como rey y como cristiano.—Carácter general de Liuvigildo.—Forma particular que presenta la lucha entre Liuvigildo y su hijo San Ermenegildo.—Razones políticas y religiosas que justificaron la guerra entre Liuvigildo y su hijo.

El período de progreso de la monarquía visigótica en España, ó sea, la adolescencia de la época arriana de la misma, comprende desde el rey Gesaleico, que ocupó el trono visigodo el año 507 de J. C. hasta la muerte de Liuvigildo, ocurrida el 586.

Gesaleico, hijo bastardo de Alarico II, ocupa el trono contra los derechos de su hermano Amalarico, y esto da lugar á que el rey de Italia, abuelo de éste, le declare la guerra, en la que fué vencido y muerto á los cuatro años de reinar, á pesar de los socorros metálicos que los vándalos de Africa le proporcionaron.

Su reinado tiene muy poca importancia, y fué muy desgraciado para nuestra nación, pues que cobarde, é incapaz, desmembró el territorio nacional, cediéndolo vergonzosamente á los francos, á cambio de protecciones que no llegaron, contra los favorecedores de su hermano.—Al fin ocupa el trono Amalarico, cuyo reinado presenta dos períodos, el de su menor y el de su mayor edad.

Durante el primero, rigió á España, bajo la regencia de su abuelo Teodorico el Grande, que á su vez encargó á Teudis del gobierno de la

nación, y que á poco le usurpa el trono, lo que no logró por las acertadas medidas de su abuelo y tutor Teodorico.

Al fin llega á la mayor edad y coge las riendas del gobierno, empezando á gobernar el reino con independencia de los ostrogodos y aboliendo el tributo que hasta entonces había percibido Teodorico de los visigodos.

Temiendo el poder de los francos, Amalarico se casó con Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de Childeverto, rey de París. Estas bodas produjeron obstinadas guerras, porque Amalarico, que era arriano, no permitia á su esposa ejercer el culto católico que profesaba, maltratándola cruel y brutalmente, y provocando de este modo una guerra con los francos, que le fué muy funesta.

Durante su reinado se celebró el segundo concilio de Toledo, primero de los que tuvieron lugar en dicha ciudad en tiempo de los godos, y que presentó un carácter especialísimo, como veremos más adelante, en posteriores lecciones, por la forma de su celebración y los elementos que concurren á él.

Amalarico murió en la batalla de Narbona contra su cuñado Childeverto, concluyendo con él los reyes godos hereditarios de la dinastía de los baltos, para empezar la forma electiva en la Monarquía goda.

Después de la muerte de Amalarico, comienzan entre los godos los reyes electivos, pues que ya en su reinado se había ido propagando la idea de que era preciso que el monarca visigodo lo fuese siempre á satisfacción de sus súbditos, y que se borrara la costumbre de recibir por rey al que la suerte ó la casualidad designaba como sucesor del anterior.

El primer rey electivo de los visigodos es Teudis, el ayo de Amalarico, que casado con una noble española se había hecho partido propio. Sus primeros actos fueron de tolerancia para los católicos, y dió sabias disposiciones para la administración de justicia.

En su tiempo hubo guerra con los francos por la invasión de Childeverto y Clotario, que devastaron la Tarraconense, salvándose Zaragoza por la protección de San Vicente mártir, cuya imagen pasearon los sitiados por las murallas, haciendo huir á los sitiadores. Tamiénb llevaron sus armas al Africa contra Ceuta, donde no fueron afortunados. Teudis fué asesinado por un fingido loco, brazo sin duda de oculta conspiración, al entrar en su palacio de Sevilla, en el año 548.

Fué muy fugaz el reinado de Teudiselo, elegido á la muerte de Teudis, el que, entregándose á vicios y crueldades licenciosas, obligó á los magnates á asesinarle, lo que efectuaron en Sevilla estando en un banquete, muriendo á mano de los conjurados que allí le dejaron sin vida á estocadas de unos y de otros.

También por elección le sucede Agila, que fué continuación en su reinado de las depravaciones y licenciosas costumbres del anterior, así como de sus sacrílegos atentados contra los templos católicos.

Sus tiranías hicieron que contra él se alzara un partido capitaneado por Atanagildo, que en Córdoba primero, y en toda Andalucía más tarde, se pusieron frente al rey destrozándolo y matándole á su hijo, no sólo con las fuerzas propias de los rebeldes, sino con las tropas de los grie-

gos bizantinos, que el emperador Justiniano les había enviado á cambio de territorios en la Península. Al fin los visigodos se cansaron del dominante carácter de Agila y le asesinaron en Mérida, reconociendo á Atanagildo como su soberano.

De buenas condiciones era Atanagildo como rey, habiendo quien asegura que interiormente era católico, cuya religión no abrazó públicamente por no disgustar á sus súbditos, que todos eran arrianos.

Tuvo buen cuidado de establecer paz sólida con los francos, casando sus hijas con los reyes Sigeberto de Austrasia y Chilperico de Neustria, haciéndose ambas católicas. Durante su reinado, los bizantinos eran dueños de muchas ciudades, é intentaban continuar sus conquistas para extender sus dominios.

Para evitarlo Atanagildo, tuvo guerras con ellos, olvidando la antigua alianza que con los mismos pactara, siendo sus esfuerzos inútiles, pues los griegos continuaron 80 años en nuestra Península, quitándoseles sólo algunas ciudades, y logrando ellos que su dominación se extendiera por una gran parte de nuestra nación.

El reino de los suevos adquiere en este tiempo una gran importancia haciéndose independiente, durante el mando de su rey Teodomiro I, que se hizo católico, merced á las predicaciones del Obispo de Braga, en cuya ciudad se celebró un concilio que condenó el priscilianismo.— Atanagildo murió en Toledo, su corte, después de un reinado de 14 años, y de ser muy querido de sus súbditos.

A la muerte de Atanagildo, hubo un interregno que unos historiadores creen de cinco meses, y otros, con más razón, de cinco años, al cabo de los cuales fué elegido rey Liuva I, que sin ambiciones, especialmente sobre España, se contentó con gobernar la Galia Narbonense, y con acierto, como ya antes la había dirigido con fortuna.

Como á más de no tener ambiciones, temía al partido que no le había ayudado en su elección, logró de los nobles le asociasen en el trono á su hermano Liuvigildo, el cual durante el corto reinado de Liuva rigió solo y acertadamente á España, merced á su energía de carácter y al numeroso partido que tenía en la Península.

Sus primeros hechos de armas, en nombre de su hermano fueron, arrojar de España á los griegos imperiales que en mal hora trajera Atanagildo á nuestra patria, reduciéndolos á estrechos límites y sometiéndoles á la rebelde Córdoba.

Muerto Liuva, se reasume todo el poder en su hermano Liuvigildo (Leopoldo), que definitivamente sitúa su corte en Toledo, y que á estos dominios une la Galia gótica, que había gobernado tan acertadamente su hermano. Este monarca, hay que estudiarlo como furibundo arriano, como prudente legislador, y como afortunado guerrero.

Cuatro son los sucesos importantes que ocurren en España mientras reinó Liuvigildo; á saber: la lucha por la unidad política; los cambios y reformas interiores; la guerra contra San Ermenegildo, y á favor del arrianismo; y la incorporación del reino de los suevos y guerra con los francos.

Liuvigildo tuvo de su primera esposa Teodosia ó Rinchilde, dos hijos,

Ermenegildo y Recaredo, á quienes asoció en el trono, y declaró príncipes herederos de la corona. Muerta ésta casó con Gosvinda, viuda de Atanagildo y arriana de corazón, casando á su hijo Ermenegildo con la católica Ingunda, y á Recaredo con Ringunda, hija de Chilperico, rey de los francos.

Luchó ante todo Liuvigildo por la unidad política, y para ello concibió el plan de someter á su dominio á todos los rebeldes que por distintas causas no querían reconocerle como tal monarca.

Al efecto, dirigió expediciones contra las tropas romanas, que tenían ocupada España, contra los vascos levantiscos, y contra los suevos; siendo afortunado en todas estas empresas, y haciendo que todos reconocieran su poder.

También hizo cambios y reformas en su reino de gran importancia, después de realizar la unidad política en la monarquía visigótica, ya para mejorar la administración, como para rodear de pompa la autoridad real. Por eso estableció el fisco, regularizó las rentas públicas, hizo hereditario el reino, usando además cetro, manto y corona, é instituyendo el oficio palatino con los condes consejeros del soberano.

Por el casamiento de Ermenegildo é Ingunda, y la diferencia de religión de ambos, y la segunda mujer de su padre, se originaron furiosas reyertas dentro del palacio real, tratando Gosvinda con saña impía á Ingunda para atraerla á las doctrinas arrianas, sin poder lograr nada en sus intentos. Por eso Liuvigildo separa á ambas y da á su hijo Ermenegildo el gobierno de la Bética, donde merced á los atinados consejos de su esposa, y á las virtudes y predicaciones de San Leandro, á quien sin razón se le llama tío del santo mártir, y las primeras doctrinas que recibiera de su madre, abrazó el catolicismo, reinando desde entonces la paz y el contento en el palacio de Sevilla, y siendo muy favorecidos desde allí en adelante los católicos españoles.

Pero este suceso, al aumentar los partidarios del catolicismo, que aparecían rebeldes contra Liuvigildo por cuestión de religión, provocó una persecución contra los católicos, que si bien quiso cortar el rey llamando á su hijo á la corte, y más tarde reuniendo un concilio en Toledo de obispos arrianos con el hipócrita pretexto de concertar á los católicos con éstos, bajo fórmulas capciosas que fueron rechazadas, la persecución siguió adelante, y fueron muchas las víctimas de su fervor religioso.

Ya no tuvo más remedio Ermenegildo que levantarse contra su padre, auxiliándole los griegos, los suevos y los francos, declarados enemigos del arrianismo y entusiastas por la causa que defendía Ermenegildo.

La guerra entre Liuvigildo y Ermenegildo, fué favorable para el padre, ya por la fuerza de las armas, ya por los trabajos diplomáticos, que privó á Ermenegildo de todos sus auxiliares, venciendo ignominiosamente á Ermenegildo, humillándole á sus pies, quitándole sus reales vestiduras y escarneciéndole cuanto pudo; aunque aparentemente le perdonó como padre.

A la prisión de Ermenegildo, siguió el llevarle encadenado á Toledo, desterrarle después á Valencia y conducirle más tarde á una fortaleza de

Tarragona, donde en obscuro calabozo estuvo preso por orden del rey.

Este, que á todo trance deseaba que Ermenegildo fuese arriano, le envió un obispo de dicha secta para hacerle apostatar, y rechazando el sacrilegio que le proponían, el cruel padre decretó su muerte, que fué ejecutada por Sisberto, gobernador de la fortaleza, el 13 de Abril de 585, colocándosele más tarde por la iglesia en el catálogo de los mártires.

Liuvigildo conquistó definitivamente el reino de los suevos, aprovechando disensiones interiores á la muerte de su rey Miro, entrando en Galicia, venciéndoles á todos, é incorporando á sus dominios aquel pequeño reino.

Como consecuencia del martirio de San Ermenegildo, estalló la guerra con los francos, á los que venció Recaredo, enviado por su padre, entretanto que éste destrozaba una armada franca, que pretendía dar vida á la muerta nacionalidad de los suevos.

Liuvigildo como legislador, reformó las leyes de los códigos de Alarico y de Eurico, quitándoles lo superfluo, añadiendo lo necesario, y ordenando lo que estaba desordenado.

Fundó en la Celtiberia la ciudad de Recopolis, hoy Almonacid, y según algunos historiadores también la de Vitoria.

Anciano ya y acosado de remordimientos que le causaban el recuerdo de la muerte de su hijo, murió Liuvigildo, habiendo quien asegure, aunque sin fundamento, que antes de morir abjuró de sus errores arrianos en manos del Arzobispo de Sevilla, San Leandro.

El mapa de España desde la fundación de la monarquía visigótica hasta Liuvigildo, estaba formado por la Celtiberia, Cantabria y Asturias, en la parte alta de la Península; la Cartaginense, que comprendía la Carpetania y la Orospeda; y por último, la Galecia, la Lusitania, la Bética y las Baleares.

Crítica.—Los monarcas visigodos, desde Gesaleico hasta Liuvigildo, merecen un juicio imparcial; pues si bien todos no preparan el progreso en este período de adolescencia de la monarquía visigótica, llega un momento en que algunos de ellos inician la obra que más tarde realiza Liuvigildo, imponiéndose á todos los pueblos, y dando un paso hacia la unidad nacional, á lo que también contribuyó los lazos que le unían de afecto con los españoles.

La venida de los griegos bizantinos á España, llegados en tiempo de Agila, y que intervinieron mucho en los sucesos interiores, debe apreciarse de una manera desapasionada; pues si bien es cierto que con sus ambiciosos proyectos y afán de extender sus dominios turbaron muchas veces la pública tranquilidad, hasta que más tarde tienen que ser arrojados de la Península, es lo cierto que prestaron buenos servicios en alguna ocasión, y que siempre favorecieron directa ó indirectamente la buena doctrina religiosa, no simpatizando con las ideas arrianas.

La política de Liuvigildo hay que juzgarla de muy distinto modo, como rey y como cristiano. Bajo el primer concepto, levantó á gran altura la institución monárquica con reformas oportunísimas y con instituciones administrativas muy aceptables, siendo el primer rey que concedió audiencias públicas en España. Como cristiano fué un arriano

fanático que persiguió cruelmente á los católicos, obscureciendo con este acto y el asesinato de su hijo, la grandeza de su nombre.

El carácter general de este rey está sintetizado en la lucha constante que sostuvo durante su reinado entre el bien y el mal, y en los triunfos brillantes de sus armas, así como en los abusos de su poder que le hacen á la vez, ser digno de los más entusiastas elogios y de las más acerbas censuras.

La lucha entre Liuvigildo y su hijo San Ermenegildo, presenta una forma particular en la Historia de España; pues que aparece un hijo guerreando contra su padre y un cristiano fervoroso defendiendo su religión hasta lograr el martirio.

Por eso historiadores de todas opiniones, emiten juicios contradictorios sobre este suceso, olvidando que la lucha entre Liuvigildo y su hijo tuvo razones políticas y religiosas que la justificaron, toda vez que San Ermenegildo defendió legítimamente una causa justa, cual era la religiosa, y que no fué rebelde contra su padre, pues que esta rebeldía se fundó en su oposición á hacerse arriano; mucho más cuando con su heróica resistencia defendía, como razón política, el derecho de la inmensa población de los hispano-romanos, que todos eran católicos. La Iglesia, al colocarle en el catálogos de los santos mártires, sancionó la justicia de su causa, y la razón de oponerse á su padre por motivos religiosos.

LECCIÓN 23.

ESPLENDOR DE LA MONARQUIA VISIGÓTICA EN ESPAÑA DESDE RECAREDO HASTA WAMBA.

Período de esplendor de la Monarquía visigótica en España.—Reinado de Recaredo.—Su reconocimiento como rey.—Su conversión al Catolicismo.—Conjuración arriana.—Concilio III de Toledo.—Otras guerras.—Largo período de paz.—Recaredo legislador.—Este monarca realiza en España la unidad religiosa y la unidad política.—Carácter de Recaredo.—Su muerte.—Breve reinado de Liuva II.—Traición de Witerico.—Usurpación por éste del trono.—Corto reinado del mismo.—Su muerte.—Gundemaro.—Su reinado de escasa duración.—Sisebuto.—Sus guerras y sentimientos humanitarios.—Decretos contra los judíos.—Intolerancia religiosa.—Recaredo II.—Su brevísimo reinado.—Suintila.—Sus expediciones militares.—Expulsión definitiva de los imperiales.—Proclamación de Sisenando.—Le apoya el brazo eclesiástico.—Concilio IV de Toledo.—Sisenando legislador.—Reinando de Chintila.—Concilios V y VI de Toledo.—Tulga.—Escasa importancia de su breve reinado.—Chindasvinto.—Su reinado enérgico y vigoroso.—Chindasvinto legislador.—VII Concilio de Toledo.—Recesvinto.—VIII Concilio toledano.—Completa fusión de godos y españoles.—Elección de Wamba.—Rebelión de Paulo.—Su vencimiento.—Los árabes.—Wamba legislador.—Su destronamiento.—*Crítica.*—Juicio particular sobre el reinado de Recaredo en España.—Transforma el carácter de su pueblo.—Cómo debe juzgarse la influencia del romanismo bizantino en la Corte de Recaredo.—Juicio que merecen los reinados desde Liuva II hasta Recesvinto.—Idem de la política seguida por este monarca y por Wamba.

El período de esplendor de la Monarquía visigótica en España, abarca desde el año 587, en que comienza el reinado de Recaredo I hasta el 680, en que termina el de Wamba, último de los trece monarcas que comprende este período histórico.

Recaredo I, que antes había estado asociado al trono por su padre, le sucede al morir, pensando desde luego realizar sus dos ideales, cuales eran la unidad política y la unidad religiosa de España.

Fué por todos reconocido como rey, procurando sin descanso establecer la paz en sus Estados y hacer comprender á su pueblo, que á los aciagos días de tribulación y de tristezas, iban á suceder otros de plácida calma y de general concordia.

Recaredo, que por todos conceptos y ascendencias, tenía simpatías por el catolicismo, y que desde niño estaba dirigido por San Leandro, obispo de Sevilla, decidió á los diez meses de reinado abjurar la herejía arriana para preparar la proclamación del catolicismo en sus Estados. Y al efecto, él y su esposa la española Babda, con toda la familia real y crecido número de obispos, sacerdotes y nobles, después de pública conferencia en que quedó vencedor el catolicismo, el rey y todos aceptaron esta religión el año 587 de J. C.

Tal decisión del monarca excitó las iras de los arrianos, comenzando las conjuraciones y conspiraciones sectarias, ya las de la Septimania, como las de Mérida y Toledo, siendo en todas vencedor el rey y los católicos.

Vencido ya moral y materialmente el arrianismo, convocóse por el rey el concilio III de Toledo, celebrado el año 589 bajo las bóvedas de la basílica de Santa Leocadia, presidido por el metropolitano Mansona, de Mérida, y realmente dirigido por San Leandro de Sevilla, que fué el alma del mismo. En esta solemne asamblea se abjuró el arrianismo, y se declaró el catolicismo como religión del Estado, naciendo allí la unidad católica de España, que ha subsistido hasta que en 1868 en mal hora la perdimos, como consecuencia de las doctrinas revolucionarias aplicadas á la libertad de conciencia. Este concilio lo firmaron el rey, la reina y los obispos, así como los Grandes que asistieron á él, naciendo de aquí la fusión de godos é hispano-romanos por la unidad religiosa.

No hubo más actos guerreros, después de estos sucesos, en el reinado de Recaredo, que los trastornos interiores por él sofocados, así como el rechazar á los vascones que deseaban establecerse en la Península, y pactar con el emperador Mauricio la tranquila posesión de las plazas del litoral sin hacer nuevas conquistas.

A todo esto sucede un largo período de paz, durante el cual dedicó todos sus afanes á labrar la felicidad de su pueblo con sus actos de justicia, con su bondad, y con la dulzura de su carácter.

Recaredo I fué también legislador, y por eso y para facilitar la fusión de godos é hispano-romanos, permitió el enlace entre ambas razas, publicando además un código basado en los de Eurico y Alarico, disponiendo también que la lengua latina fuese la oficial, tomando el nombre de Flavio, y haciéndose ungir con el óleo santo por los obispos.

Este monarca realizó en España la unidad religiosa y la unidad política, lográndolo tal como lo concibiera: pues realizada la primera en el concilio de Toledo, consiguió la segunda por sus acertadas disposiciones, fundiendo las razas en un sólo cuerpo de nación y transformando en absoluto la condición de su pueblo.

El carácter de este rey se simboliza por su caridad, desprendimiento y piedad. Edificó varios templos, rebajó los tributos, devolvió los bienes confiscados por su padre, dió al clero el prestigio que de derecho le corresponde, colocó á la nobleza en la condición en que debía de estar con relación á los obispos, y estableciendo la unidad política y la unidad religiosa, echó la base firmísima de la nacionalidad española.

Murió este monarca á los 15 años de su glorioso reinado, dejando á España en estado floreciente, querido de todos sus súbditos y respetado hasta de sus enemigos, que no podían resistir el atractivo que les arrastraba hacia á él.

Muerto Recaredo el año 601, ocupa el trono, no sabemos si por elección ó si por sucesión directa, su hijo Liuva II, de 20 años de edad, que por sus buenas prendas parecía ser el continuador de su inolvidable padre.

Sólo dos años ocupa el trono, pues Witerico, á quien encargó la defensa del reino contra los levantiscos imperiales, le hizo traición asesinándole, como ofrenda á sus doctrinas arrianas y como pago á la generosidad que con él había tenido Recaredo, perdonándole después de infame rebeldía.

Asesinado Liuva II, usurpa el trono Witerico, á quien los historiadores llaman el Juliano de España, y que tuvo pretensiones de restablecer el arrianismo en nuestra nación, por lo que el clero y el pueblo se puso en su contra, desacreditándole por completo.

Su corto reinado de siete años, fué desgraciado en todas sus empresas, y lo mismo dentro del reino que fuera de él, fué vencido ó despreciado, y por todos aborrecido, teniendo en cuenta su tiranía, su vileza y sus groseros vicios.

Por eso sus súbditos se amotinaron, y un día el pueblo de Toledo asaltó su palacio y le dió muerte, cuando se encontraba sentado á la mesa, enterrando su cadáver en un muladar, como especial expiación de sus nefandos crímenes.

Le sucede Gundemaro, jefe del movimiento que costó la vida á su antecesor y que siendo protector decidido de los católicos y con buenas condiciones de carácter, logró un reinado próspero y feliz.

Aunque éste fué de corta duración, pues sólo reinó dos años, venció á los vascones y á los imperiales, dió disposiciones en favor de la Iglesia, estableciendo el derecho de asilo y disponiendo que el metropolitano de Toledo fuese el de la provincia cartaginense; muriendo de enfermedad en la capital del reino, y siendo llorado por sus vasallos leales.

Sisebuto ocupa el trono visigodo á la muerte de Gundemaro, siendo uno de los monarcas más notables, y distinguiéndose por su valor, generosidad, cultura y celo por la fé católica.

Desde el principio tuvo guerras, ya con los levantiscos de Asturias y la Extremadura, ya para expulsar de España á los bizantinos, mostrándose en esta ocasión sus sentimientos humanitarios con los griegos vencidos, ya con los heridos, ya con los prisioneros, y ajustando un tratado con el emperador Heraclio, por el que los imperiales cedían todas sus plazas del litoral del Mediterráneo.

Hostigado por dicho emperador y excitado por su ardiente fe religiosa, decretó el forzoso bautismo de todos los judíos que hubiese en el reino, ó la expulsión en el espacio de un año, de los que no abjurasen la ley mosáica y abrazasen la cristiana.

Esta medida produjo consecuencias fatales, huyendo unos judíos á Francia y bautizándose hipócritamente otros, ante el temor de las penas personales y confiscación de bienes, y entronizándose la intolerancia religiosa en España, que con motivo de esta disposición, fué justamente censurada por San Isidoro y después por el IV Concilio toledano, y más tarde por historiador tan católico como el Padre Mariana; pues que unos y otros, entusiastas de la unidad católica, no podían serlo de las medidas de intolerancia religiosa, ni conceptuar lícito que á la fuerza se obligase á nadie á cambiar de religión.

A los siete años de reinado murió Sisebuto, dudándose si fué efect

de un veneno ó de una medicina, sucediéndole su hijo Recaredo II, como prueba del cariño que el pueblo profesaba á su padre.

Su reinado fué brevísimo, pues murió á los cuatro meses de ceñir la corona; aunque algunos historiadores creen que dos años antes estuvo asociado al trono con su padre y dirigió los destinos de España.

Flavio Suintila, general de Sisebuto, ocupa el trono por elección, teniendo en cuenta la fama que antes había adquirido como general en las guerras contra los griegos, y comenzando su reinado con tan bondadosos actos, que sus súbditos le llamaron el padre de los pobres, y siendo, al fin de su mando, el más vicioso de los soberanos godos.

Sus expediciones militares contra los griegos y los vascones, muy afortunadas, hicieron que en su tiempo toda España quedara sometida á sus Estados, venciendo por último á los vascones aquitanos, que habían invadido la Tarraconense, y dedicándose al gobierno y administración de su pueblo.

Teniendo en cuenta que el emperador Heraclio estaba muy ocupado con la guerra de los persas, arrojó definitivamente de España á los imperiales, creciendo así su fama militar, proyectó hacer hereditaria la corona en su familia, por lo que asoció al trono á su hijo Recimiro; lo que y el variar de conducta y entregarse á los vicios y al más tiránico proceder, hizo estallar una sublevación en el reino, dirigida por Sisenando, virey de la Galia gótica, dando por resultado que el rey, vencido ó en vergonzosa huída, renunciase la corona y se retirase á la vida privada el año 631.

Depuesto Suintila, es proclamado Sisenando por el elemento militar, aprobando más tarde el pueblo aquella proclamación armada y á todas luces ilegítima.

Le apoyó el brazo eclesiástico, queriendo afirmar su poder con la religión, que á veces es capa, como dice el Padre Mariana, con que suelen cubrirse sólo para el mundo grandes engaños.

Reprimió una sublevación en su contra, dirigida por Geila, hermano de Suintila, y convocó el Concilio IV de Toledo, presidido por San Isidoro, en el que se ordenaron cánones, sancionando la elección del rey, privando de sus derechos á Suintila, variando la ley fundamental de la sucesión á la corona, prohibiéndose el obligado bautismo de los judíos, y dándose otras disposiciones que hacen de esta asamblea nacional casi una cámara constituyente; pues que los cánones de la misma son una verdadera constitución para asegurar la paz y el gobierno de España.

Sisesando aparece también como legislador, pues que en el referido Concilio se dictaron disposiciones legislativas sobre cuestiones políticas, de disciplina eclesiástica y también sobre asuntos de la autoridad civil, marcándose ya en esta asamblea la invasión de los concilios en los negocios propios de la potestad civil.

Muerto Sisenando, ocupa el trono Chintila por elección de los Grandes, únicos que concurrieron á la proclamación del monarca.

Para asegurarse en el trono, convocó los concilios V y VI de Toledo, siendo el primero una asamblea donde se reformó el Derecho público godo en la sucesión á la corona y la dignidad real; y el otro tuvo un

carácter más amplio, pues no sólo trató de los bienes de las iglesias y de las prohibiciones para ocupar el trono, sino que sancionó el que no pudiese vivir en España quien no fuese católico.

Muerto á los cuatro años de reinar, le sucede su hijo Tulga, teniendo sólo en cuenta las bellísimas cualidades que le adornaban, y con ataque directo al Derecho germánico en la sucesión á la corona.

Es escasa la importancia de su breve reinado, y durante el tiempo de su mando fué celoso de la religión, prudente y compasivo, perdiendo el reino por estallar un motín, capitaneado por Chindasvinto, el que se apoderó del monarca, y recluyéndolo en un monasterio, tonsurándole y haciéndole vestir el hábito monacal, le inhabilitó para reinar, según los cánones del último Concilio toledano.

Sucede en el trono Chindasvinto, á pesar de las decisiones de los concilios, comenzando por actos violentos que contrastaban con su ancianidad, y desentendiéndose de la nobleza, que parte de ella no acataba sus disposiciones.

Su reinado fué muy enérgico y vigoroso, apelando á veces al rigor, dando muerte á los nobles que contra él se rebelaban, extrañando á otros del reino y secuestrando á algunos sus bienes hasta lograr la tranquilidad del país.

A Chindasvinto como legislador se le atribuye la derogación del Breviario de Alarico II, ordenando que visigodos é iberos-romanos se rigiesen por las mismas leyes góticas, y fué autor del código inmortal del Fuero Juzgo, que algunos historiadores atribuyen á otros monarcas godos.

En su tiempo se celebró el VII Concilio toledano, en el que se dictaron disposiciones de carácter mixto, pero que todas tenían por objeto asegurarse en el trono él y su familia.

Le sucede su hijo Recesvinto asociado antes al trono por su padre, y contra la voluntad de algunos magnates godos, que al mando de Froya se sublevaron con los navarros y vascones, siendo vencidos por el rey.

Durante su reinado se celebraron el VIII, IX y X Concilios toledanos, permitiendo á los Grandes entrar en los concilios, derogando el Derecho romano, como ley del país, y disponiendo que la elección de rey se verificase en el sitio donde muriera su predecesor.

En tiempo de Recesvinto se realiza la completa fusión de godos y españoles, permitiendo los matrimonios entre unos y otros, y rigiéndose todos por las leyes godas. Después de 23 años de reinado, murió en el pueblo de Wamba ó Gerticos, cerca de Valladolid.

Entonces se verificó la elección de su sucesor, llamado Wamba, quizás por el pueblo donde fué aclamado, contra su voluntad, rodeándose su elección de simbólicas leyendas, y no estando tampoco aclarado si el rey era un anciano noble ó un rico labrador ocupado en sus labranzas cuando se le ofreció la corona.

Ungido Wamba con el óleo santo, comenzó su enérgico reinado conteniendo la rebelión de Ilderico, Conde de Nimes, y la del Conde Paulo, que al ir á combatirle quiso destronarle, ciñendo él la corona. A

todos venció el rey, entrando triunfante en Toledo, trayendo prisionero á Paulo, que montado en un asno y con corona de cuero, fué objeto de general irrisión.

El vencimiento de Wamba le aseguró en el trono, dedicándose á hacer reformas en el reino, protegiendo las artes, las letras y la administración pública.

Por entonces aparecen por primera vez los árabes ó sarracenos, que dueños de Africa intentaron apoderarse de Algeciras, por lo que el rey reunió una armada y derrotó á los invasores, en empeñado combate naval, destruyendo la escuadra africana y obligándoles á volver á Africa.

También es necesario considerar á este rey como legislador, pues que promulgó varias leyes, entre otras la que obligaba á seglares y clérigos á defender la patria; celebrándose también en su tiempo el Concilio XI de Toledo, y otro en Braga, restaurando las costumbres eclesiásticas y demostrando en sus cánones el ilimitado poder de los obispos, como jueces civiles y criminales en aquellos tiempos.

El destronamiento de Wamba fué debido á la intriga de Ervigio, que dió á beber al rey un brebaje, cayendo en un profundo letargo que hizo á sus súbditos creerle muerto, decalvándole y vistiéndole el hábito de penitente para enterrarle. Vuelto en sí Wamba, se vió incapaz para reinar, y aunque algunos de sus vasallos leales quisieron que continuara reinando, se resistió á ello invocando el acuerdo de los Concilios, y con la grandeza de alma que tuvo para aceptar la corona, la abdicó en Ervigio y se retiró al monasterio de Pampliega (Burgos), donde murió al cabo de siete años de vivir en el retiro y la austeridad.

Crítica.—El reinado de Recaredo en España merece un juicio particular y muy favorable, toda vez que al dar el golpe de gracia á la herejía arriana y merecer el nombre de católico con que le conoce la Historia, obró una revolución grandísima en la nación, y al unificar las conciencias unificó también la organización del país.

Transformó el carácter de su pueblo, pues hasta su reinado, los godos habían conservado por espacio de dos siglos su idioma y sus costumbres, y con la disposición de Recaredo y la permisión de matrimonios, se dió un paso de gigante en la fusión de razas y en las costumbres españolas.

La influencia del romanismo bizantino en tiempo de Recaredo tiene también gran significación en esta época, pues que la corte varió de carácter, y con la adaptación del latín como lengua oficial, se fué civilizando é ilustrando más á los godos y se facilitó también la influencia de los obispos como pastores de los pueblos.

Los reinados desde Liuva II hasta Recesvinto, merecen, al formar juicio de éllos, distinta opinión, pues salvo Sisebuto, que todos los historiadores le elogian, y Chindasvinto que con sus obras legislativas engrandeció á nuestra patria, los otros no merecen entusiastas alabanzas, aunque indirectamente coadyuvaron á realizar el ascendente esplendor de la monarquía visigótica en este período histórico.

Ya la política seguida por Recesvinto y por Wamba, logrando el pri-

mero la gran fusión de razas en España, y consiguiendo el segundo con sus disposiciones y sus actos guerreros rechazar la primera intentona de los árabes, merece los más entusiastas elogios, y que la Historia señale estos reinados como unos de los más importantes en el período de esplendor de la monarquía visigótica en España.

LECCIÓN 24.

PERIODO DE DECADENCIA Y RUINA DE LA MONARQUÍA VISIGODA EN ESPAÑA, DESDE ERVIGIO HASTA DON RODRIGO.

Período de decadencia y ruina de la Monarquía visigoda.—Reinado de Ervigio.—Su política.—Concilios de Toledo que se celebran en su reinado.—Ervigio legislador.—Egica.—Conspiración de Sisberto y de los judíos.—Concilios XV, XVI y XVII de Toledo.—Egica legislador.—Reinado de Witiza.—Leyes que se le atribuyen.—Crímenes y errores que se le asignan.—Concilio XVIII y último de Toledo.—Fin del reinado de Witiza y diversas versiones acerca del mismo.—Reinado de D. Rodrigo.—Vigor del nuevo monarca.—Origen de la leyenda de la cueva de Hércules.—Conspiración contra D. Rodrigo.—Los hijos de Witiza.—El llamado Conde D. Julián.—Su origen.—D. Julián tribuno de Ceuta.—D. Oppas.—Leyenda de Florinda ó la Cava.—Primera invasión de los árabes en España.—Los árabes intervienen á favor del bando de Witiza.—Primeras derrotas de los cristianos.—D. Rodrigo desde el Norte viene á combatir á los árabes.—Refuerzos que reciben los invasores.—Posiciones y jefes que tiene cada uno de los ejércitos.—Batalla del Guadalete, del lago de Janda ó de Barbate.—Primeros movimientos.—Intrigas de D. Oppas.—Defección de Sisberto.—Duración de la batalla.—Derrota definitiva de D. Rodrigo.—Su desaparicion.—Consecuencias de esta batalla.—Conquistas sucesivas de los árabes después de la misma.—El godo Teodomiro.—Mapa de España desde el reinado de Liuvigildo hasta D. Rodrigo.= *Crítica.*—La política seguida por Ervigio, Egica y Witiza preparan la ruina de la Monarquía visigótica.—El estado en que D. Rodrigo encuentra la Monarquía disculpa á éste del desastre del Guadalete.—Verdaderas causas que determinaron la ruina de la Monarquía visigoda en España.—La campaña de intervención de los árabes en nuestra Península, es consecuencia del pensamiento que sobre la misma tenían éstos desde el reinado de Wamba.

El período de decadencia y ruina de la Monarquía visigótica en España, comprende desde el año 680 hasta el 711 de J. C., y abarca los reinados de Ervigio, Egica, Witiza y D. Rodrigo.

Ervigio, de estirpe goda y conde palatino, fué consagrado rey como fruto de su conspiración, y apellidándose descendiente de San Ermenegildo y de Chindasvinto.

Su política se caracteriza por haber fiado al clero todo el amparo de su elección y de su gobierno, creyendo que de este modo podría fácilmente encubrir su traidora alevosía contra Wamba.

Al efecto, convocó varios concilios de Toledo, que llevan en la cronología de los mismos los números XII, XIII y XIV, logrando en el primero que se aprobase su elección, y que en los otros dos se sostuviesen sus derechos, se indultase á los conspiradores y se derogasen varias disposiciones del reinado anterior. También se aprobaron los cánones del concilio de Constantinopla, y se reconoció en España la su-

premacía de la Sede Romana, así como se dió grande preeminencia al metropolitano de Toledo.

Como legislador en tiempo de Ervigio, se formó la tercera colección del Fuero Juzgo, se reformaron disposiciones legales de anteriores monarcas, se restituyeron derechos á la nobleza, se dispuso que á todos se castigase conforme á las leyes, se garantizó la inmunidad real, y se prohibió conferir los cargos de la corte á siervos y á libertos.

Egica, sucede á Ervigio á virtud de su casamiento con una hija de éste, y á título también de sobrino de Wamba.

El metropolitano de Toledo, Sisberto, tramó una revolución contra el rey, que se extendió hasta Francia, sosteniendo Egica tres batallas contra los francos, venciendo el monarca y deponiendo á Sisberto.—También hubo por entonces una conjuración de judíos de acuerdo con los de Africa, dirigida contra el rey, y para favorecer la venida de los árabes. Fué descubierta, y vencidos los revoltosos, se les confiscaron los bienes y se les vendió como esclavos.

En este tiempo se celebraron los concilios XV, XVI y XVII de Toledo, lográndose en el primero castigar á muchos magnates rebeldes, en el segundo se trató de reformar la incontinencia de las costumbres, hasta del clero, y en el último se dictaron disposiciones crueles contra los judíos, auxiliares de los árabes, que intentaron penetrar en España, lo que no lograron merced á la pericia de Teodomiro, jefe de la escuadra goda.

Egica como legislador, reformó el Fuero Juzgo, formando la última y definitiva colección de este código, y dando disposiciones especiales legislativas, que todas tendían á contener la inminente ruina de la monarquía visigótica, y la amenazante actitud de los árabes, deseosos de intervenir en los asuntos de España y conquistarla, auxiliados y discretamente aconsejados por el gran número de judíos lanzados al Africa por Egica.

Este rey había asociado en el gobierno á su hijo Witiza, á quien nombró rey de Galicia. El principio de su reinado fué un modelo de virtud, apareciendo como rey humanitario y justo; variando después de muerto su padre, y de regir por sí todo el reino visigodo, siendo entonces inícuo é inmoral, teniendo varias concubinas, permitiendo que los clérigos se casasen, quebrantando sus sagrados votos y autorizando á los judíos para volver á España, y facilitar la llegada y ocupación de los árabes en nuestra península.—Los dos períodos de su reinado y su distinto modo de mandar, armonizan las contrarias opiniones de los historiadores acerca de este monarca godo, y la obscuridad que hay sobre el mismo.

Se da por seguro que Witiza fué legislador, atribuyéndosele un código de leyes, que se cree terminó en su reinado, y del que sólo nos quedan algunos recuerdos del mismo, merced á crónicas escritas, sin detalle alguno, después de la invasión sarracena.

Se le han atribuído multitud de crímenes en su vida de Rey y en su vida privada, y varios errores políticos en la administración de su reino. Pero como hay historiadores que le calumnian sin piedad, y otros que

imprudentemente le defienden con pasión, resulta que su reinado es el más obscuro de todos los de la monarquía visigótica. Corre como seguro, que cometió el error político de hacer volver á los judíos á España, facilitando así la venida de los árabes, y que temeroso de rebeliones destruyó las armas, haciéndolas instrumentos de labranza; asegurándose también, por historiadores imparciales, que mandó matar a los que podían disputarle la corona, pudiéndose escapar de tan feroz desiguio D. Rodrigo, que violentamente le sucede, y D. Pelayo, que tan interesante papel había de desempeñar después en la historia de España.

En su tiempo se celebró el XVIII y último concilio de Toledo, al que asistieron muy pocos obispos, sólo los que eran esclavos de sus caprichos, ó secuaces de su hermano D. Oppas, arzobispo de Sevilla, y cuyas actas fueron destruídas, ya por estar en oposición con las de los concilios anteriores, ya también porque se suprimía la apelación pontificia, se permitía el casamiento de los clérigos, y al mismo tiempo se confiscaba la propiedad del clero, aumentando la de los magnates.

El reinado de Witiza, sobre el que hay tan diversas versiones, y cuya verdad no ha podido aún aclararse, cual era de desear, concluyó de una manera desastrosa, pues que D. Rodrigo, hijo de Teodofredo, el duque de Córdoba, á quien se dice mandó sacar los ojos Witiza, capitaneó una rebelión amparándola la antigua nobleza en Andalucía, siendo vencedor en ella, proclamándosele rey y condenándose á su antecesor á perder también los ojos y ser encerrado en Córdoba ó Toledo donde murió en el año 709, sin saberse si fué de muerte violenta, ó presa de los sufrimientos que tenía en su prisión.

Esta tradición sobre la muerte de Witiza, que durante mucho tiempo ha subsistido en las historias, aparece hoy desprovista de fundamento, y autores muy sensatos aseguran que este rey falleció de muerte natural en Toledo á últimos del año 708, ocurriendo después una espantosa anarquía, que duró año y medio, hasta que en el verano del año 710, ocupó el trono D. Rodrigo ó Ruderico, duque de la Bética, deteniéndose un poco en la Lusitania, hasta tomar posesión de la ciudad de Toledo.

Comenzó su reinado con grande vigor, acometiendo á los hijos de Witiza, y á todos los revolucionarios, capitaneados por Rechesindo, arrojándolos al Africa, y confiscando sus bienes.

Pero el nuevo monarca se encontró con que el reino se hallaba en situación tristísima, y que sus enemigos sacaban partido de todo para excitar contra él á los vascones, así como para buscar en Africa un apoyo, y donde, por vía de intervención, creyesen encontrar remedio á todos los males y amparo á los derechos del partido witizano.

Siendo los apuros metálicos muy grandes para las expediciones militares y existiendo en la basílica de San Pedro y San Pablo, anexa al palacio Real, una cámara de macizas paredes, donde se guardaban coronas votivas y grandes tesoros, á esta cámara á que la leyenda popular llama «la cueva de Hércules», acudió Rodrigo, cerrándola después que vió su contenido; y ante el temor de un sacrilegio, respetando aquel tesoro, como religioso y creyente, y facilitando el que más tarde se apoderase de él Tarik, al tomar á Toledo.

Pero esta leyenda de la cueva de Hércules, simboliza uno de los elementos de que se valieron los conspiradores en contra de Rodrigo, explotando su falta de religiosidad y de respeto á las venerandas tradiciones de los godos; aumentando la conspiración sostenida por vascones y witizanos, y que en brevísimo plazo, con los auxiliares africanos, concluyeron con el reinado del último monarca visigodo.

Los hijos de Witiza, Olmundo, Rómulo y Ardobasto, unidos á Siberto y D. Oppas, hermanos de aquel monarca, y amparados en el especial estado de la sociedad visigoda, entregada á los goces y los deleites, é indiferente en absoluto al estado de postración de la nación, decidieron á todo trance acabar con tal estado de cosas, llamando en su auxilio á los árabes, tomando como principal elemento para esta empresa al Conde D. Julián.

Este conde bizantino, procedente de aquellos persas cristianos que á la caida del Imperio se pusieron al lado de los griegos, llegó á ser gobernador de Ceuta; aunque otros historiadores de gran fama aseguran que era godo y perteneciente al partido de Witiza.

Su origen pues, no está claro, cual era de desear, aunque sí puede afirmarse que su existencia está históricamente confirmada y comprobada por varios testimonios.

No cabe duda que D. Julián fué tribuno de Ceuta, y no de Algeciras, como alguien supone, y mandó allí como súbdito del bajo Imperio, toda vez que esta ciudad dependia del duque de la Mauritania Cesariense, afiliándose desde allí al partido de Witiza, creyendo contrarrestar la primera acometida de los árabes, y sirviendo más tarde, por sus relaciones con Muza, de intermediario para lograr, si no el triunfo de los witizanos, el destronamiento de Rodrigo, enemigo del bando político en que militaba.

A estas empresas ayudó muy mucho D. Oppas, arzobispo de Sevilla, y enemigo personal del rey, invitando á Muza para que viniese á España, de acuerdo con D. Julián, que tomó parte directa y personal en la empresa, apoyándose así á los hijos de Witiza, é interviniendo los árabes en los asuntos de España, sin creer nunca al principio que su intervención les había de proporcionar, como no soñaban, el completo dominio de nuestra nación.

Envueltos con estos sucesos y apoyados en la novela, existe la leyenda de Florinda ó la Cava, hoy desautorizada, que explica la deslealtad de D. Julián por haber abusado D. Rodrigo, en Toledo, de su hija, valiéndose de la fuerza, y despertando así los odios y las traiciones del padre que abrió á los árabes las puertas de España. Esta leyenda está desprovista de todo fundamento, se halla inspirada en los autores árabes, fué poetizada en la Edad media, y solo viene á simbolizar el estado de oprobio y de opresión en que se encontraba la nobleza, en tiempo de D. Rodrigo, y el odio de parte de ésta contra el rey.

La primera invasión de los árabes en España, determina su campaña de intervención en los asuntos del Reino, que más tarde se trocó en política de conquista, cumpliendo los deseos que sobre nuestra patria tenía aquel pueblo desde el tiempo de Wamba. Y entonces, á instancias

de D. Julián, viene la primera invasión de árabes al mando de Tarif por vía de exploración, satisfaciéndoles mucho lo que aquí vieron, y aumentándose sus esperanzas sobre la posesión de nuestro suelo.

Esto ocurría en el año 710, y ya al año siguiente un ejército árabe de 12.000 hombres al mando de Tarik, desembarcó en Algeciras, apoderándose del Estrecho, y fundando á Gibraltar, titulándose desde luego favorecedores del bando de Witiza, y disculpando su extraña invasión, con el pretexto de ser llamados para intervenir en los asuntos de España, y poner en orden, por medio de la fuerza, el desorganizado reino visigodo.

Después de ser tomadas por los árabes Carteya y Algeciras y todo el territorio comarcano al Estrecho, derrotando al godo Teodomiro, dispuso D. Rodrigo, que por entonces estaba en el Norte combatiendo con los rebeldes vascones, que su sobrino el duque de Córdoba (llamado Bencio), saliera á defender las armas cristianas, como lo hizo, amparando la ciudad de Córdoba, sitiada por los invasores, y cuya defensa costó la vida al sobrino del rey, aunque no pudieron tomar la ciudad los árabes, á pesar de sus esfuerzos y de otras derrotas que ya habían tenido los cristianos.

Advertido Rodrigo de la verdadera situación de las cosas, abandonó en el norte la guerra de francos y vascones, y vino á Andalucía, reuniendo todos los refuerzos que pudo, y teniendo la desgracia que Sisberto fuese uno de sus generales y otros partidarios de Witiza, los que plantan su cuartel real cerca de Córdoba, no entrando en ella, como había ordenado el rey.

Los invasores entre tanto piden refuerzos á Africa, que se los envía al mando de Tarif, jefe de la primera expedición, reuniendo un ejército, entre árabes y witizanos, que descaradamente se pusieron al lado de los árabes, de unos 25.000 hombres, logrando ir marchando por toda Andalucía hasta los campos de Medinasidonia, donde cerca de éllos había de darse la batalla que tan fatal había de ser para los cristianos.

No bastó que Rodrigo formase tres grandes cuerpos militares, confiando el mando de uno á Sisberto, asegurando algún historiador que D. Oppas y Teodomiro mandaban los otros dos, así como se cree que también estaba en el ejército Pelayo, como guardia que era de la real persona.—Los jefes árabes eran Tarik, aliado con D. Julián, y como jefes secundarios Mogueit, Tarif, Abdelmelic, Alcama y Munuza.—El árabe tomó posiciones apoyándose en las montañas jerezanas, y D. Rodrigo estableció su campamento en el valle de Barbate, junto á Sidonia, donde podía maniobrar su numeroso ejército de cerca de 100.000 hombres, que había traído para combatir á los 25.000 agarenos venidos de Africa.

Y entonces animados los combatientes por odios de raza y de traición, comienza la batalla, comunmente llamada del Guadalete, que duró desde el domingo 19 al 26 ó 31 de Julio del año 711. Esta batalla parece más probable que se diese junto al río Barbate, llamado por los árabes Wadibeca (hoy el Salado), ó Wadilacca ó del lago de Janda, por haberse dado junto á esta gran laguna, donde desemboca el referido río. Por eso este combate recibe todos estos nombres, llamándosele

también la batalla de Jeréz, y siendo el de Guadalete el que menos justificación tiene hoy ante la Crítica Historia.

Esta batalla tan decisiva en nuestra Historia, comenzó por los primeros movimientos de Tarik, tomando la ofensiva D. Rodrigo, y siendo rechazados por los bereberes, cambiando de táctica el rey godo, atrayendo al ejército al llano de Barbate, para poder maniobrar la caballería cristiana, superior á la árabe, y mejorar su condición.

Este plan hubiera dado excelentes resultados, como los concebía don Rodrigo, cuando comienzan las intrigas de D. Oppas y la defección de Sisberto, amparadores de los derechos de Witiza y enemigos del rey, que con D. Julián hicieron que toda el ala derecha se fugara del ejército cristiano y se pasaran al árabe, dejando desamparado á Rodrigo en lo más crudo de la pelea, y haciendo traición á su rey, á su patria y á su religión.

Duró esta batalla, como llevamos dicho, toda una semana, ó algo más, y á pesar de los esfuerzos de D. Rodrigo y su ardimiento como rey y como cristiano, el desmayo cunde, y quedando incomunicado con Córdoba y Medinasidonia, se pone en fuga el ejército cristiano, buscando su salvación en las alturas de la cuenca del río Barbate.

Así se logra la derrota definitiva de D. Rodrigo y la espantosa carnicería que los árabes hacen en su ejército al vencer en esta batalla, siempre llamada del Guadalete, y que hoy se conoce con los nombres de Barbate ó de Medinasidonia. En élla, los partidarios de Witiza y los traidores á la causa real y cristiana, contemplaron satisfechos, en su odio al rey y sus parciales, la venganza que veían realizada en aquellos campos de desolación y de muerte.

No murió, como siempre se ha creído, el rey D. Rodrigo en esta batalla. Desapareció después de ella, y allá en la Lusitania conservó una pequeña sombra de su antigua soberanía, hasta que á fines del año 713, en el combate de Segoyuela, alcanzó obscura muerte, según los escritores árabes á manos de Meruan, hijo de Muza. Su cuerpo fué salvado por sus leales servidores, que lo llevaron á Viseo, donde se le dió sepultura, como lo prueba el haber visto su sepulcro el rey Alfonso III el Mayor de León, y el conservarse aún, en el pasado siglo, una lápida en la iglesia de San Miguel del Fetal, extramuros de Viseo, con una inscripción que decía: «Aquí descansa Rodrigo, rey de los godos.»

Las consecuencias de esta batalla y de la muerte del rey, fueron muy desastrosas, hasta para la memoria del monarca, pues que su mujer Egilona casó en 714 con Abdelazis, uno de los primeros emires establecido en Sevilla, y los árabes siguieron su marcha triunfal y sus conquistas en España, no logrando los witizanos la realización de sus planes (como ocurre casi siempre á los traidores) de que los árabes se volvieran al Africa, y que muerto D. Rodrigo se hubiese verificado en Toledo la proclamación de Achila, como legítimo descendiente de Witiza. Pero nada de esto consintieron los árabes, que si al principio parece que vinieron en su política de intervención, como meros auxiliares del hijo de Witiza, las facilidades del triunfo le hicieron concebir la idea de la completa dominación en España.

Y por eso los invasores, después de estos sucesos, fueron sojuzgando los territorios comarcanos, valiéndose para ello, no sólo de la fuerza, sino también de la astucia, propalando por todas partes la noticia de la muerte de Rodrigo, y durante el período del 711 al 718, en que verdaderamente comienzan los primeros alardes de independencia española y cristiana, los árabes, con jefes distintos, fueron apoderándose de todo el territorio de España, dándose el ejemplo de que por un corto espacio de tiempo subsistieran dos sombras de monarquía visigótica en el Sur de la península ibérica, la una con D. Rodrigo, que sólo dura desde 711 á 713 en que ocurre su muerte, y el pequeñísimo reino de Tadmir, tributario de los árabes, que también dura sólo tres años y tiene escasísima importancia.

Teodomiro, á quien la tradición ha idealizado como héroe de la independencia patria, defensor de la religión y sucesor de Rodrigo en el trono visigodo, era hijo de Ergobardo, noble godo que alcanzó señalados triunfos contra los griegos en tiempos de Witiza. Su hijo permaneció siempre fiel á este partido, que se creía el legitimista, y enfrente de Rodrigo, y por eso estuvo al lado de D. Julián, llevando un grande desengaño, cuando después del vencimiento de los árabes y de sus aliados, no lograron colocar en el trono á Achila, y verificándose una gran excisión en el reino, yéndose á las montañas los partidarios de Rodrigo, y quedando en la parte baja de la península los witizanos, por lo que pacíficamente y sin ser hostilizado por los árabes, gobernó la región murciana en nombre del hijo de Witiza, teniendo su corte en Orihuela.

El mapa de España desde el reinado de Liuvigildo hasta D. Rodrigo, comprendía las siguientes provincias: Celtiberia, Cantabria, Asturias, Cartaginense, Galecia, Lusitania y Bética.

Crítica.—La política seguida por Ervigio, Egica y Witiza, preparan la ruina de la monarquía visigoda, pues que atentos sólo á sostenerse en el trono y á vencer las continuas rebeliones que ocurrían en su tiempo, no hicieron nada para levantar el decaído espíritu público, y cometieron errores políticos como el relativo á los judíos. También la vida privada de estos últimos monarcas no era hermoso modelo para vencer el glacial indiferentismo en que se encontraba el país.

Por eso, y teniendo en cuenta que D. Rodrigo al ocupar el trono por brevísimo plazo, encuentra el reino desorganizado y en verdadero estado de corrupción y de anarquía, hay que disculparle del desastre del Guadalete, pues que á este calumniado monarca se le imputa lo que no realizó, ni pudo realizar, recogiendo sólo la triste herencia de sus predecesores, y no dejando un día, en los pocos meses que reinó, antes y después de la rota del río Barbate, de vestir el arnés guerrero, ya para reprimir las sublevaciones interiores de los witizanos y de francos y vascones, como para resistir también con ardoroso empuje la avalancha africana, que al fin venció auxiliada por la impiedad y la traición, y ocupando los dos últimos años en que conservó pequeña sombra de soberanía en la Lusitania, en combatir á los enemigos de nuestra fe y de nuestras venerandas tradiciones, muriendo al fin por ellas como un rey español y cristiano, que tuvo la desgracia de que en su tiempo acabase

el reino visigodo, que agonizante le entregaron cuando comenzó á regirle.

Las verdaderas causas que determinaron la ruina de la monarquía visigoda en España, no son sólo las producidas por los disturbios interiores y las guerras civiles, que preparando las traiciones y las deslealtades dieron el triunfo á los árabes, sino también las luchas religiosas, la no existencia de la unidad política y de la unidad social, á pesar de los gigantescos esfuerzos de Liuvigildo y de Recaredo, los odiosos privilegios que existian en el reino, la esclavitud como núcleo de los ejércitos visigóticos, el carácter militar de la monarquía, que nunca fué civil, y la falta de la clase media, así como la muerte del germanismo en los últimos tiempos del Imperio godo; todas estas causas determinaron el acrecimiento de la molicie y de los vicios, contaminándose de ellos el clero y el trono, y entrando el reino en un estado tal de descomposición, que facilitando las diarias rebeliones prepararon, con la venida de los árabes, la ruina de su antiguo poderío.

Por último, la campaña de intervención de los sectarios de Mahoma en nuestra península, hay que considerarla como consecuencia del pensamiento que sobre nuestra patria tenían éstos desde el tiempo de Wamba, sólo que sus aspiraciones eran limitadas al principio, y sólo deseaban extender sus territorios por el litoral, frente á Africa, para lo que aprovecharon la lucha civil de los witizanos, y después al verse vencedores en toda la línea y conocer el verdadero estado de descomposición del país, faltaron á sus promesas, engañaron á sus auxiliares, y dominando paso á paso toda la nación, cambiaron violentamente de política, sustituyendo la de intervención por la de conquista.

LECCIÓN 25.

Segunda época de la Edad Media en España.

PRELIMINARES SOBRE LA HISTORIA DE LOS ÁRABES PARA ESTUDIAR ESTE PERIODO HISTÓRICO.

Segunda época de la Historia de la Edad media.—Subdivisión de ésta en dos períodos.—División de los mismos conjuntamente y para hacer de ellos un estudio en orden cronológico en cuatro subperíodos.—Primer subperíodo.—El emirato dependiente y el reino de Asturias.—Extensión que comprende este subperíodo en cada una de las dominaciones que han de estudiarse del mismo en nuestra patria.—España árabe.—Preliminares para estudiar á este pueblo que invade á España al principiar el siglo VIII.—Ligeras noticias sobre la Arabia.—Primitivos árabes.—La Arabia en el siglo VI.—Los árabes antes de Mahoma.—Nacimiento, educación y predicación de Mahoma.—El Islam y la Egira.—El Korán.—Principios religiosos y de otro orden comprendidos en el Korán.—Conducta política y religiosa seguida por Mahoma.—Contrariedades y progresos del Islamismo.—Muerte de Mahoma.—Discípulos y sucesores.—Conquistas de los musulmanes.—Guerras con los berberiscos.—Se hacen éstos mahometanos.—Política de los sucesores de Mahoma.—El Califato.—Califas electivos.—Califas hereditarios.—Conquista de Africa.—Naturaleza del poder supremo entre los árabes.—Muza gobernador de Africa.—Venida de Muza á España.—Sucesos posteriores á la batalla de Guadalete.=*Crítica.*—La raza árabe con vida y costumbres especiales tomó derroteros distintos desde Mahoma.—Juicio imparcial sobre el sistema de intervención ó conquista de los árabes en España.—Sentimientos que traían los árabes á nuestra Península.—Sentimientos que les opusieron los españoles.

La segunda época de la historia de la Edad media en España, llamada de la Reconquista, comprende desde la venida de los árabes á España hasta la proclamación de los Reyes católicos, ó sea desde el 711 para la dominación agarena, y el 718 para la restauración cristiana, hasta el 1474 en que los Reyes católicos son proclamados reyes de Castilla, ó el 1492 en que se toma á Granada y se realiza la unidad nacional en España.

Esta época se subdivide á su vez en dos períodos, el árabe y el cristiano, que determinan las distintas civilizaciones, religión y costumbres que hay en nuestra patria durante el largo período de cerca de ocho siglos que abarca la Reconquista.

Pero con el fin de facilitar el estudio de este confuso período de la Historia nacional, lo dividimos conjuntamente en cuatro subperíodos, teniendo en cuenta el orden cronológico de los sucesos y la manera sincrónica de efectuarse éstos en cada uno de los Estados árabes y cristianos. Así veremos en el primero el emirato dependiente y los reyes de Asturias; en el segundo el emirato independiente y califato, el reino asturiano-leonés y los Estados cristianos pirenaicos; en el tercero, los

reinos de Taifas y la monarquía leonés-castellana: y en el cuarto, el reino moro de Granada y los de Castilla y de Aragón.

El primer subperíodo que estudia el emirato dependiente y el reino de Asturias, empieza á determinar la lucha constante entre árabes y cristianos, y el nacimiento de la restauración de la perdida monarquía en las escabrosidades de las montañas de Asturias, adonde se refugiaron los pocos leales al partido de D. Rodrigo, después que éste sucumbió, defendiendo nuestra religión y venerandas tradiciones.

Este primer subperíodo tiene especial extensión, según sea la dominación arabe ó la cristiana la que estudiemos. Respecto á la primera, comprende desde el 711, ó mejor desde el 714, en que los árabes vencedores se derraman por toda la Península, hasta el 756 en que España deja de estar sometida á los califas de Damasco y es gobernada por soberanos con el título de emires independientes. Y en cuanto á la España cristiana, comprende desde el 718, en que empieza la restauración en Asturias, y termina en el mismo año en que Abderramán I fundó en España el Imperio árabe de Occidente: pues que ya después, aunque al principio continúa la monarquía asturiana con ese nombre, van extendiéndose sus dominios por la parte de León, y empieza á dibujarse lo que comenzó á llamarse el reino asturiano-leonés.

La España árabe, cuya extensión ya hemos examinado, tiene el carácter de que merced á su triunfo pretenden y logran la conquista de toda la nación, embarazada sólo por el anuncio de reconquista cristiana en Asturias y por no haber podido realizar los infieles su pensamiento aquí en España de fundir en una sola nación, á todos los pueblos que habían acudido á su conquista, como eran los berberiscos, los sirios y los árabes propiamente dichos, naciendo de aquí las guerras civiles entre ellos, producidas por el odio de razas, y que facilitan el triunfo de los cristianos en el largo período de la Reconquista, llegando á perder los invasores la cuarta parte de la Península cuando aún no había transcurrido medio siglo de su conquista.

Con el fin de que puedan comprenderse ciertos hechos en la Historia, que conjuntamente estudiamos de árabes y cristianos, durante la Edad media, son necesarios algunos preliminares para conocer á este pueblo que invade nuestra península á principios del siglo VIII, ya respecto al punto de donde procedían, así como de su religión, cultura y política; y por último, acerca de las causas que motivaron su venida á España.

La Arabia es una gran península que limita al Norte con la Turquía Asiática, al Este, con el Golfo Pérsico y Mar de Omán, al Sur con el Océano Indico, y al Oeste con el Golfo Arábigo ó Mar Rojo. Se dividió en lo antiguo en tres partes, con los nombres de Petrea, Desierta y Feliz, y en la actualidad comprende seis provincias.

Los primitivos árabes tuvieron por ascendientes á los aditas, de raza camítica, á los arameos, de raza semítica y á los amálicas, producto de la fusión de ambas razas. Más tarde entraron en ella los yectánidas y los israelitas, que al fin se apoderaron de toda la Península arábiga.

En el siglo VI había en la Arabia Petrea dos reinos árabes independientes, en uno de los que dominaba el Cristianismo; en el Yemen, in-

peraban los persas, y en el N. O. predominaba la tribu de los Koeris-chitas, de la cual había de nacer Mahoma.

Antes de este Profeta, los árabes estaban divididos en tribus diversas, cuyos jefes ó emires las gobernaban, y teniendo condiciones características de bondad frente á sus naturales defectos. Así eran valientes y hospitalarios, honrados y algo cultos, lo que no impedía que además tuviesen instintos de rapacidad y de venganza.—Monoteistas primero, fueron idólatras después, renaciendo más tarde la idea de un Dios único, por las ideas cristianas y judías que influyeron en ellos. Su Dios Supremo era de antiguo Allah, y la Meca con su sagrada piedra era la capital religiosa de todas las tribus árabes.

Mahoma nació en la Meka, perteneciendo á la tribu de los Koeris-chitas y á la familia de los Haxemitas. Cuando joven fué comerciante, viajó mucho por razón del comercio, y conociendo todas las doctrinas de los árabes y judías y cristianas, concibió la idea de hacer de todas para su pueblo una sola y predicarla con entusiasmo como el Profeta enviado por Dios para salvarle.

Al efecto; cuando frisaba en los 40 años, abandonó sus antiguas operaciones mercantiles, y haciendo creer á los suyos que había recibido de Dios la alta misión de matar la idolatría, comenzó á predicar con entusiasmo su nueva doctrina, á la que se le llamó el Islam en lo sucesivo. La enemiga que concitó en su país y en su familia su reforma religiosa, le hicieron huir de la Meka y refugiarse en Yatreb ó Medina, que desde entonces se le llamó la Ciudad del Profeta, comenzando con este suceso la Era de los árabes ó sea la Egira. Su triunfo religioso se extendió muchísimo, muriendo el año 632, cuando proyectaba extender el Islamismo por el Oriente.

La doctrina religiosa y política de Mahoma que se supone inspirada á éste por el Arcángel Gabriel, se halla contenido en el Koram, que no pudo escribirlo el Profeta, pues no sabía hacerlo, pero que recogiendo todas sus máximas y doctrinas su suegro y discípulos, formaron después el sagrado libro.

El Korám contiene principios religiosos y políticos y de distintos órdenes. Así preconiza á Allah como Supremo Dios y á Mahoma como su profeta, admite el fatalismo, alimenta el sensualismo con la poligamia, impone la guerra santa, y sus obligaciones religiosas son: la oración, el ayuno, la limosna y la peregrinación á la Meka.

Mahoma al fijar su doctrina, siguió una conducta político-religiosa pretendiendo que su religión se impusiera como fundamento del gobierno civil y estableció doctrinas tan especiales en cuanto á la moral, como la permisión de muchas mujeres, los placeres materiales hasta en el Paraiso y el odio á los infieles, admitiendo el monoteismo, combatiendo la Trinidad, y la Divinidad de Jesucristo, y reuniendo en el Califa la suprema autoridad religiosa y civil; pues que los mahometanos no tuvieron nunca, en el verdadero sentido de la palabra, un cuerpo de sacerdotes.

El Islamismo, como hemos dicho, tuvo muchas contrariedades, así como más tarde progresó de modo rapidísimo. Las contrariedades na-

cieron en su propia tribu, temerosos de la revolución político-social-religiosa que anunciaba, y determinando su huida á Medina, cuando contaba 54 años de edad y llevaba 14 de predicación. Entonces comenzaron sus grandes triunfos religiosos, políticos y militares, siendo proclamado primer jefe y Sumo Pontífice de los Islamitas, agrupándosele todas las tribus de la Arabia, y preparándose la extensión de su doctrina por la Persia y la Siria, y presidiendo él con 80.000 adeptos, la primera peregrinación á la Meka.

A poco murió Mahoma, cuando más entusiasmado se hallaba con sus triunfos y gozaba de torpes placeres en casa de una de sus amadas, en Medina, su ciudad querida, que tanto había amparado su nueva doctrina.

A su muerte enarbola el estandarte del Profeta su suegro y predilecto discípulo Abu-Beker, que con otros empezó á propagar con las armas el mahometismo por todo el mundo, logrando en poco tiempo reunir un ejército inmenso de fanáticos sectarios, á quienes el astuto sucesor de Mahoma engañó con las falsas doctrinas de la nueva creencia consignadas en el Korám, asociando á su persona para el mando de los ejércitos á otros, que primero habían de ser generales á sus órdenes y más tarde sus sucesores, lanzándose al mundo en busca de conquistas, bajo la base de la propagación del mahometismo. Y entonces comienzan las empresas de los musulmanes por la Siria y por la Persia, rindiéndosele multitud de ciudades, y paseándose en poco tiempo triunfantes por todas partes. A la muerte de Abu-Beker le sucede Omar, que continúa su carrera de triunfos hasta el Egipto, lográndose también que en Alejandría se implante la nueva religión.

Casi todo el Africa va sometiéndosele de buen grado, y sólo los moros agrestes, los fieros berberiscos, son los que oponen resistencia á aceptar la nueva religión, combatiendo á estos árabes fanáticos que invaden su territorio con resistencia dura y porfiada.

Pero al fin la política, la astucia y la perseverancia de los agarenos, triunfaron de los berberiscos, que se hicieron mahometanos, y en medio del Desierto edificóse la primera ciudad mahometana, como anuncio de las importantes ciudades de Fez y de Marrakesh, que siglos después habían de ser guardadoras entusiastas de la doctrina del Profeta.

Los sucesores de Mahoma, siguieron en absoluto la política que aquel predicara y por vía de conquista armada, fueron extendiendo la nueva religión por gran parte del mundo, especialmente por aquellos países en que por su condición topográfica eran más accesibles las ideas de sensualismo, placer y goces materiales que entraña el mahometismo.

Tomaron éstos el título de Califas ó Vicarios, y fundaron el califato, que asumía en sí toda clase de representación y de poder, ya como Pontífice máximo de la doctrina religiosa, ya como jefe del Estado, ya también como generalísimo del ejército y director de la política y administración del país.

El califato fué primero electivo y después hereditario en la familia de los Omeyas. Los califas electivos comienzan con Abu-Beker y duran

hasta que Mohawiah hizo hereditario el califato en su familia, fundando la dinastía de los omniadas ú Omeyas.

Con éste comienzan los califas hereditarios en Damasco y con grandes guerras civiles que perturbó los reinados de sus sucesores hasta el de Abd-el-Meleck, en que se intentan nuevas conquistas y se varía en algún tanto la condición del califato.

Esto ocurría en el año 705, y por entonces Muza se apoderó del Norte de Africa, no sin que también se sometiera la India y llegaran los árabes á la frontera de la China.

El poder supremo entre los árabes tenía un carácter especialísimo, como queda indicado, cuyo carácter autoritario tiene lógica explicación, teniendo en cuenta lo despótico y violento de la doctrina mahometana que en cuanto al califato establecía el Korám, en lo religioso, en lo político y en lo militar.

Con estos caracteres, á principios del VIII siglo y después de reducir completamente al Africa, á merced de las dotes características de Muza, el Islamismo se enseñoreó de toda élla, siendo nombrado aquel afortunado guerrero gobernador de élla.

A poco ocurren los sucesos que amenazan concluir con la monarquía visigótica en España, y Muza envía las expediciones de Tarif y de Tarik, que al fin el 711, por sus esfuerzos unidos á los de la traición, logran vencer á los cristianos en la batalla del río Barbate, entusiasmando estos triunfos al gobernador de Africa, que al fin decide venir á España para imprimir dirección á los vencedores y evitar que sus lugartenientes eclipsaran sin su presencia aquí sus propias glorias.

Por eso después de la batalla de Guadalete ó de Barbate, y presente en España, organizó el ejército, dirigió las expediciones y llegó hasta Toledo, ampliando las conquistas de Tarik, y comprendiendo la gran importancia que para los musulmanes tenía la conquista definitiva de España, no sin que surgieran grandes desavenencias y rivalidades con sus lugartenientes, que al fin tuvo que decidir el gran Califa, jefe supremo de ellos.

Crítica.—La raza árabe que antes de Mahoma vivía la vida nómada y sedentaria, con costumbres especiales y con división en tribus, varió de condición y costumbres y tomó distintos derroteros desde Mahoma; pues que este reformador quiso hacer de aquellos pueblos nómadas, otros más civilizados, halagando sus propios sentimientos, pero inspirándoles los que hasta entonces desconocían, y que estaban tomados de las doctrinas religiosas y de la vida íntima de judíos y cristianos.

No es difícil formar un juicio imparcial sobre el sistema de intervención ó conquista de los árabes en España, caracterizándolo muy duramente, pues que con hipocresía aprovecharon el momento oportuno para sacar partido de nuestras desdichas nacionales, y después, burlando á los traidores que les solicitaron para que vinieran en su auxilio, determinaron y lograron la completa conquista de España, en la que algo soñaban desde los tiempos de Wamba.

Los árabes, al realizar su conquista y venida á España, lo hicieron bajo tres sentimientos que nunca podían olvidar, y que inmediatamente

aplicaron al gobernar y administrar nuestra nación. Estos eran la esclavitud religiosa, la esclavitud política y la esclavitud social.

Frente á estos sentimientos opusieron los cristianos otros tres, que eran el entusiasmo religioso, el amor á la patria y sus libertades políticas y civiles, y que puestos frente á las doctrinas del fanatismo musulmán, despertaron incontinenti la idea de reconquista, que si fué larga y atrevida, no por eso dejó de representar en sus ocho siglos de existencia el espíritu de religiosidad y de amor patrio, que durante ellos animó siempre á los españoles enfrente de los árabes.

LECCIÓN 26.

EL EMIRATO DEPENDIENTE EN ESPAÑA, HASTA EL ENTRONIZAMIENTO DE LOS OMEYAS, Y LA INDEPENDENCIA DE ESTE GOBIERNO.

Estados que existen en España después de la invasión musulmana.—España árabe.—El andaluz.—Emires dependientes de Damasco.—Abdelazis regulariza la administración de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Al-Horr ó Alhaor.—Tiránico poder de este emir.—Rebelión de los cristianos en Asturias.—Le sucede Alzama.—Hace una estadística de España.—Abderrahmán el Gafequí.—Ambiza.—Sus sucesores hasta que por segunda vez ocupa el emirato Abderrahmán el Gafequí.—Sublevación de Munuza y su término.—Derrota de Eudón.—Famosa batalla de Poitiers.—Abdelmelic.—Ocba y los berberiscos.—Carlos Martell y la guerra de las Galias.—Situación interior de los musulmanes.—Segundo emirato de Abdelmelic.—Sublevación de los berberiscos en España y llegada de los sirios.—Baleg.—Thaalaba.—Abulkatar.—Thueba.—Yusuf el Fihrita.—Rebeliones en su tiempo.—Durante la dominación de los emires dependientes de Damasco consideraron dividida á España en cuatro grandes regiones.—Abderrahman-ben-Moawiah, representante de la raza Omeya, viene á España para destruir el poder de los emires dependientes de Damasco y declararse independiente.—Los mozárabes en España durante el emirato dependiente.—El reino de Tadmir y su corta duración.=*Crítica.*—Juicio sobre el sistema que Abdelazis implanta en España al comenzar el emirato con relación á los cristianos.—Cambio de conducta de sus sucesores.—El pensamiento de dominar los árabes á toda Europa, impidió lo realizase el esfuerzo de Carlos Martell.—Las insurrecciones políticas y religiosas de España hicieron que se impetrara el auxilio de los sirios.—La llegada de Abderrahman puso término á todas estas sublevaciones y preparó el engrandecimiento de los árabes en España.

Tres eran los Estados existentes en nuestro país después de la invasión musulmana: la España dominada por los árabes, el pequeño reino tributario de Tadmir, de escasísima duración, y la naciente monarquía cristiana de Asturias, que comienza pocos años después de la batalla decisiva que dió el triunfo á los sectarios de Mahoma.

Al estudiar la España árabe lo hemos de hacer siguiendo el plan trazado, examinando primero los emires dependientes de Damasco, después los independientes y el califato de Córdoba, más tarde los Estados de Taifas, que se forman al morir éste, y por último, el reino moro de Granada con el que, al cabo de ocho siglos, se da fin á la dominación de los árabes en España.

En un principio se le llamó á la España árabe el «Andaluz», nombre con quiso entonces significarse á la parte de la península que se llamó

Bética ó Vandalucía, y que fué donde desembarcó Tarik. Más tarde este nombre se generalizó á gran parte, ó á toda la España árabe.

El «Andaluz» ó la España árabe, fué gobernada desde el vencimiento de este pueblo en nuestra península, por emires dependientes del califa de Damasco, que consideraban este gobierno como un vicariato del de Africa.

Después de las luchas civiles que hemos reseñado entre Tarik y Muza, celosos uno y otro de sus propios prestigios, y de la resolución del califa de Damasco, haciendo salir á ambos de nuestra península y comparecer á su presencia, fué nombrado definitivamente como primer emir de España Abdelazis, hijo de Muza, que fijó su corte en Sevilla, y se dedicó á regularizar de modo admirable la administración del país, nombrando recaudadores de los impuestos, rodeándose de un consejo que le asesorase, y encargando la administración de justicia á funcionarios especiales con la denominación de alcaides.

Enamorado de la viuda de Rodrigo, la hermosa Egilona, casó con élla, dándole el nombre de Ommalisán, que quiere decir *la de los lindos collares*. Este matrimonio, y su carácter especial, hizo que tuviese grande tolerancia con los cristianos, que sólo aparecían como tributarios de los árabes, conservando sus obispos, sacerdotes y templos. Esto, y la ambición monárquica que en él despertó su esposa, fueron causa de que una oculta conspiración, tal vez autorizada por el califa, acabase con él, dándole muerte en una mezquita cuando practicaba sus oraciones, y enviándose su cabeza á la corte de aquél, como prueba del acatamiento de sus órdenes.

Ayub, sobrino de Muza y uno de los conspiradores, fué aclamado emir de España, siendo su gobierno, aunque breve, muy justo y moderado, haciéndose algunas mejoras en la administración del país, trasladando la corte de Sevilla á Córdoba, fundando á Calatayud, y dividiendo la península en cuatro regiones.

A los siete meses de gobierno, y por orden del califa, fué destituído, fundado en el odio á la familia de Muza, sustituyéndole Al-Horr, ó Alhaor, para que variare de conducta en España y siguiese un procedimiento distinto al empleado hasta entonces en su trato con los cristianos.

Su poder fué tiránico y cruel, desplegando gran rigor en la exacción de tributos, y siendo duro no sólo contra cristianos sino también contra musulmanes, y emprendiendo una expedición á las Galias, sin obtener en ella ventajoso resultado.

En tiempo de este emir, en el año 718, comenzó la restauración asturiana, capitaneada por D. Pelayo, que entusiasta por la independencia de la patria, dió en las escabrosidades de las montañas el primer grito contra el poder sarraceno, y su ya tiránico proceder.

Este emir, acusado ante el califa por sus vejaciones y tiranías, fué depuesto y sustituído por Alzama, que impuso como tributo el quinto de los productos á los cristianos é hizo restauraciones romanas en Andalucía.

Hábil administrador de su pueblo, hizo una estadística en forma de

minuciosa descripción de la península, con el fin de que en Damasco se conocieran todos los detalles de la misma, siendo también afortunado en sus expediones militares en la Galia gótica, muriendo ante los muros de Tolosa.

Abderramán el Gafequí al sucederle, aseguró la posesión de la Galia gótica, subyugó á los rebeldes de Jaca, y fué tan liberal con sus soldados, que fué depuesto por orden del walid de Africa.

Ambiza sigue en el mando de España, aumentó los tributos á los cristianos, muriendo en una expedición á las Galias, pereciendo en un combate después de causar grandes estragos á sus enemigos.

Entonces y en el intervalo de cuatro años, suceden en el gobierno de España cinco emires, que ninguno de ellos fué notable, pues todos fueron cortos en duración de mando, aunque largos en rapiñas y tiranías. Sus nombres fueron Odeira, Yahya, Hodeyfa, Otman y Al-Haitan, que violentamente fué depuesto y públicamente escarnecido por las calles de Córdoba.

A seguida los soldados aclamaron nuevamente emir á Abderrahmán el Gafequí, cuyo nombramiento confirma el walid de Africa, y el que procuró restablecer el orden, venciendo la sublevación de Munuza, caudillo berberisco que pretendía auxiliar á Eudon, duque de Aquitania, destruyendo sus proyectos, y cuya cabeza fué enviada al Africa, quedándose Abderrahman en su harém con la hermosa Lampegia, esposa de Munuza é hija de Eudon.

Luego marcha contra éste, atravesando los Pirineos, venciéndole junto al Dordoña, destruyendo á Burdeos, saqueando ciudades y templos, y recogiendo un inmenso botín.

Hubiera seguido su carrera de triunfos y puesto en peligro también por aquella parte el nombre cristiano, si Carlos Martell, en las llanuras entre Tours y Poitiers, no le hubiese hecho frente, después de una espectativa de seis días por ambos ejércitos, venciendo el franco al árabe Abderramán, al segundo día de la batalla, y pereciendo en ella el jefe de los árabes, y salvándose así á la cristiandad del duro golpe que le amenazaba.

A Abderrahmán sucede el anciano Abdelmelic, que intenta vengar la derrota de Poitiers, pero que, derrotado en la Vasconia, retrocedió hasta el Ebro, siendo depuesto inmediatamente por órdenes del califa.

Ocba continúa la empresa iniciada por su antecesor, siendo emir inexorable y justo, así como ilustrado, que se ocupó ante todo en contener la lucha entre los berberiscos y los árabes; pues que éstos trataban muy mal á aquéllos que les creían sus esclavos.

También intentó las guerras de las Galias, alentado por su triunfo con los berberiscos, mandando á ésta á su general Omar-ben-Caled, que fué derrotado nuevamente por Carlos Martell, que por su misma mano partió la cabeza con su hacha al caudillo árabe.—Ocba sobrevivió muy poco á esta derrota, muriendo en Córdoba en el año 740.

Entre tanto era muy difícil la situación interior de los mulsumanes en España; pues que la lucha entre árabes y berberiscos se aumenta con la venida de 20.000 sirios que llegan á España en apoyo de los emi-

res, y que destrozan el país por los odios de raza y la situación particular de cada uno de ellos en la península.

En tal estado, y á la muerte de Ocba, se encarga del gobierno por segunda vez Abdelmelic, que contaba 90 años cuando volvió á ocuparse del gobierno de la península, y que comenzó su mando manifestando en todos sus actos un odio encarnizado á los sirios, que por entonces llegaban á la península.

Mas como los berberiscos, unidos á sus hermanos de Africa, se rebelasen contra su gobierno, accedió á cuanto pedían los sirios, y unido á ellos derrotó á aquéllos, no cumpliendo nada de lo prometido á sus auxiliares, que indignados le acometieron en su propio palacio, le condenaron á muerte, expusieron su cadáver en una cruz á las puertas de Córdoba y nombraron emir á su jefe Baleg.

Estos sucesos provocaron la guerra civil inmediata entre sirios y árabes, y capitaneados estos últimos por los hijos de Abdelmelic, dióse cruda batalla entre ambos bandos muy cerca de Calatrava, siendo vencido y muerto en ella Baleg.

Su compañero Thaalaba le sucede en el mando, y dando impulso á los rencorosos odios que abrigaba en su pecho, dejó cometer mil excesos contra los árabes, que enardecieron cada vez más los ánimos de todos y que aumentaron de día en día los horrores de la guerra civil.

Mayores hubieran sido éstos á no haber decidido el walid de Africa que fuese emir de España Abulkatar, que tomó acertadas medidas, usando de la dulzura para todos, echando fuera de Córdoba á los sirios, á quienes dió tierras de labranza en toda Andalucía.—Cambió pronto de conducta, cometiendo violencias sin cuento, lo que hizo estallar la guerra civil dirigida por Samail, que aliándose con Thueba, se sublevó contra el emir, venciéndole y sustituyéndole en el gobierno de España.

Cortísimo fué el mando de éste, pues sólo vivió un año, durante el cual nada ocurrió de notable más que la frustrada intentona de Abulkatar para recobrar su perdido poderío en la península.

El astuto Samail dejó transcurrir un corto interregno desde la muerte de Thueba, y no queriendo ocupar por sí el emirato, pero sí que lo tuviera un ciego instrumento de sus deseos, logró que fuese elegido para dicho cargo Yusuf-el-Fihirita, de gran nobleza árabe, con condiciones para el papel que iba á desempeñar, y en cuyo nombre y sin presentarse nunca de frente, gobernó desde entonces Samail en España como único señor y dueño.

Dos rebeliones hubo en su tiempo, la una sostenida por Horaith, pretendiente desairado al emirato, y la otra por el derrotado Abulkatar. Ambas fueron sofocadas, y vencidos los rebeldes, pagaron con su vida muriendo decapitados cerca de Córdoba. Otras rebeliones se suceden después, y duran cinco años, en el Norte de España, venciendo á todos al fin, y después de varios sucesos, la astuta política de Samail.

Durante la dominación de los emires dependientes de Damasco, consideraron dividida á España en cuatro grandes regiones, que eran Andaluz, capital Córdoba; Tolaitola, capital Toledo; Lusitania y Galasia, capital Mérida; y Sarakosta, capital Zaragoza.

Después del vencimiento de las rebeliones del Norte, supo el emir Yusuf que hacia España venía un enemigo más poderoso, cual era Abderrahmán-ben-Moawiah, valiente joven representante de la raza Omeya, que habiendo escapado de la matanza de los suyos, y después de grandes peligros que pasó en Asia y Africa, desembarcó en Almuñécar (Granada), y con el auxilio de sus parciales, intentó establecer en España la dinastía de los Omniadas, destruyendo el poder de los emires dependientes de Damasco y declarándose independiente en su nuevo gobierno.—La fortuna fué desfavorable á Yusuf en los primeros encuentros, venciendo á todos el joven Abderrahmán, al año siguiente, cerca de Córdoba, y sosteniéndose la guerra por algún tiempo, hasta que todos se sometieron á éste, que quedó como el único soberano independiente de la España árabe.

Los cristianos, que después de la insurrección sarracena quedaron sometidos á los árabes durante el emirato dependiente, recibieron el nombre de mozárabes, siendo su situación muy distinta, según el emir que gobernaba á España, y sucediéndose á la primitiva tolerancia de culto público y justicia particular de los primeros tiempos, y á las uniones de españoles y árabes, los enormes tributos, las persecuciones religiosas y hasta los martirios con que pagaban su cobarde conducta de aceptación del yugo árabe, en vez de imitar el valiente empeño de los que en las asperezas de las montañas, y á los siete años de la rota del río Barbate, enarbolaron el estandarte de la reconquista en defensa de su religión y de su patria.

El godo Teodomiro, que con tan esforzado valor defendió la causa cristiana, aunque perteneciente, según se asegura, al partido contrario de D. Rodrigo, logró por sus condiciones, que el emir Abdelazis pactase con él, dejándole como soberano de un pequeño Estado tributario cristiano, que se extendía desde Alicante hasta Almería, y desde el Mediterráneo hasta Guadix, fijando su corte en Orihuela, viviendo en paz, y disfrutando sus dominios con la aprobación del califa, desde el año 715 al 743 en que murió.—Este reino se cree sucumbió, según unos el 756, con la venida de Abderrahmán, y según otros el 779, no conociéndose más sucesor de Teodomiro que su hijo Atanaildo, del que sólo se sabe que vivía en 754, pero se desconoce la época de su muerte y si hubo algún otro monarca más en este pequeño reino tributario de los árabes.

Crítica.—El sistema implantado por Abdelazis al comenzar el emirato, tratando con moderación y tolerancia á los cristianos, merece juicios distintos á los historiadores árabes y cristianos, censurándole unos y aplaudiéndole otros por tal medida. En nuestro sentir obró como hábil político, y tal vez oyendo los consejos de su esposa Egilona, pues que de este modo facilitó se extendiese el triunfo de las armas agarenas por toda la península, sin tener que echar mano de medidas de represión y de violencia.

No merece igual juicio el cambio de conducta seguido por sus sucesores, que sin duda fué providencial, pues que los actos de crueldad de los que siguieron á Abdelazis, facilitaron el que más prontamente se

levantaran los cristianos en Asturias, contra el yugo sarraceno. No obstante, no fué ni con mucho política la conducta seguida por algunos de los emires de España, con relación á los cristianos.

También debe considerarse como providencial el grandioso triunfo de Carlos Martell en la batalla de Poitiers; pues á no ser por el esfuerzo de este monarca cristiano, el estandarte de Mahoma se hubiera paseado en triunfo por mucha parte de Europa, y naciones civilizadas y cristianas, hubiesen tenido que ser esclavas de los feroces hijos del Islam.

El mando de los emires dependientes de Damasco en España no pudo ser tranquilo como pensaron en un principio, no sólo por variar la conducta noble y humanitaria con que se inició este gobierno en nuestra patria, sino también porque los distintos elementos auxiliares que tenían aquí los árabes, provocaron multitud de insurrecciones políticas y religiosas, y obligaron á que en tiempo del segundo mando del emir Abdelmelic se impetrara el auxilio de los sirios, que al cabo se hacen dueños de todo, aumentan la guerra civil y producen otras rebeliones que preparan la ruina del emirato dependiente de Damasco.

Todos estos sucesos hubieran acabado quizás para siempre con el poder de los árabes en España, sin la llegada de Abderralmán, que puso término á todas estas sublevaciones, y que con su carácter particular y su idea de gobierno independiente y nacional, mató todas estas rebeliones, preparó el engrandecimiento de los árabes en nuestra Península, creó un gobierno fuerte y estable, é inició una era de orden y de cultura, precursora de la gran ilustración arábigo-española, durante el califato de Córdoba.

LECCIÓN 27.

España Cristiana.

PRINCIPIOS DE LA RECONQUISTA, DESDE DON PELAYO HASTA ALFONSO EL CATÓLICO.

España cristiana.—Principio de la Reconquista.—Los cristianos en Asturias.—Desolación en que se encontraba España.—Se inicia el pensamiento de Reconquista.—D. Pelayo.—Idea de rebeldía contra los gobernadores sarracenos.—Batalla de Covadonga.—Formación de un reino cristiano en Asturias y principio de la independencia española.—El campo de la Jura.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Cortísimo reinado de su hijo Fabila.—Elevación de Alfonso I al trono.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso I.—Sus guerras en la Galia con Carlos Martell.—Escisiones entre las razas muslímicas de España.—Atrevidas excursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Renuévanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situación de la España sarracena.—Repoblación de territorios en tiempo de Alfonso el Católico.—Extensión del reino de Asturias á su muerte.—Primeros albores de la reconquista pirenáica en el siglo VIII.—Estados en que empieza dicha reconquista.—Tradiciones que la justifican.—La peña de Uruel.—La cruz de Sobrarbe.—Juicio acerca de estas tradiciones.—Mapa de España desde la invasión árabe hasta la venida de Abderraman I y muerte de Alfonso el Católico.= *Crítica.*—El espíritu de independencia del pueblo español y la idea cristiana fueron los móviles primeros de la reconquista.—Esta presenta un carácter de restauración de la Monarquía gótica en Asturias.—La reconquista pirenáica no viene á ser otra cosa que la prolongación de la lucha por conservar nuestra libertad, religión y costumbres.—El estado de descomposición de la España árabe, favoreció estos primeros esfuerzos de la reconquista.

La España cristiana en el primer subperíodo de la segunda época de la Historia de la Edad media, comprende desde el año 718 en que por D. Pelayo se inicia en Asturias la idea de reconquista, hasta la muerte de Alfonso I el Católico, ocurrida en 756.

El principio de la reconquista, tiene por fundamento el estado en que se encontró de pronto el pueblo vencido, al ver cómo los árabes vencedores recorrían, sin obstáculo alguno, toda la España; y aunque hubo muchos que de buen grado aceptaron su yugo, otros buscaban su refugio en las alturas de las montañas, y allí todos, olvidando antiguas rivalidades, se concertaron contra el enemigo común, y fueron elaborando el alzamiento contra el invasor, que al cabo de siete años tiene efecto en las montañas de Asturias.

Los cristianos, que ardían en el fuego santo de la defensa de su religión y de su patria, y que esparcidos se hallaban por todo el Pirineo, se concentraron en gran número por la parte de Asturias, y allí nació el foco principal de insurrección, animados por las ideas de fé y de pa-

tria, viviendo algún tiempo con estrechez y privaciones hasta que creyeron oportuno levantar la bandera de la independencia, bajo la idea de la reconquista, teniendo en cuenta todo lo ocurrido y el estado tristísimo en que se encontraba la nación.

En efecto, España se hallaba presa de la desolación más espantosa, pues á los primeros alardes de condescendencia de los emires que nos gobernaron después de la rota del Guadalete ó de Barbate, se sucedieron gobiernos violentos, y el cuadro que presentaba nuestra patria era tristísimo, ofreciendo sólo ciudades incendiadas, templos profanados, habitantes pasados á cuchillo, y una tierra sin vida, sin hijos, y dominada violentamente por el enemigo encarnizado de nuestro Dios y de nuestras tradiciones.

Entonces se inicia en Asturias la santa idea de la reconquista, prefiriendo morir con honra á no hacer un supremo esfuerzo, que en otro pueblo hubiera sido temerario, pretendiendo con santo aliento ver si podía, en poco ó en mucho tiempo, rescatar su religión y su tierra perdidas, y con ellas su nacionalidad y su propia vida.

Faltábales un jefe para dirigir tan atrevido alzamiento, y la Providencia les hizo fijar los ojos, para realizar sus ideales de Dios, patria y libertad, en D. Pelayo, que unos hacen hijo de Bermudo y sobrino de D. Rodrigo, otros de Fabila, duque de Cantabria, otros del duque de Alava, otros de la raza real de los godos, y otros de sangre hispano-romana; pero que todos están conformes en que era esforzado cristiano y de puros alientos españoles, para poderse levantar sobre todos ellos, como el genio de la muerta monarquía visigoda, sin sus vicios y defectos, y como el primer escalón de la monarquía cristiana, que se inicia con la reconquista.

Y surge desde luego entre él y los suyos, la idea de rebeldía contra los gobernadores sarracenos, que á la sazón talaban el país obedeciendo órdenes del emir Alhaor, que al saber el primer aliento de independencia asturiana, envió á su general Alkamah, para que con poderoso ejército, ahogase desde luego los nobles esfuerzos de aquel corto número de hombres valerosos, que pretendían luchar contra sus feroces dominadores, y contra la rapacidad y violencias de los que en su nombre los gobernaban.

En cuanto Pelayo tuvo conocimiento del grueso ejército que se acercaba para combatirle, marchó de Cangas al monte Auseba, y resguardado con parte de su gente en una gruta llamada de Covadonga, ó cueva honda, (hoy Santa María de Covadonga), mientras que el resto de los suyos ocupaba aquellas alturas, aguardó el combate, puesta su confianza en Dios y en la santa causa que defendía. Y Dios coronó sus esfuerzos, haciendo que tan pocos vencieran al ejército árabe, causando en el gran destrozo las flechas cristianas y las árabes que al rebotar en la roca, les herían de rechazo, y las enormes piedras y troncos que desde las alturas lanzaban sobre ellos los cristianos montañeses; favoreciéndoles también una horrible tempestad, que aterrorizó á los infieles, que en vergonzosa fuga huyeron de allí, no sin que en ellos hicieran los cristianos una horrible mortandad, y que desde el sitio que hoy se llama

de Re-Pelayo, á la salida de la cueva, contemplaran la espantosa derrota del enemigo.

En aquellos momentos, y después de tan memorable triunfo, se forma el reino cristiano de Asturias, y tiene principio la independencia española, considerándose este suceso como un milagro providencial, y por mediación de la Virgen María, cuya imagen llevara Pelayo á la cueva. Este hecho ha sido inmortalizado por escritores árabes y cristianos, que sólo se explican su desenlace por la acción divina, siendo extraordinario el resultado de esta batalla, que costó la vida al general árabe, y que dejó libre de soldados sarracenos todo el territorio de Asturias, comprendido entre los montes y el mar.

El entusiasmo de los cristianos no tuvo entonces límites, y en el campo mismo cercano á Covadonga, proclamaron rey á D. Pelayo, apellidándose desde entonces este sitio con el significativo nombre del Campo de la Jura, pues que allí le habían aclamado como rey, alzándole sobre un pavés, según la antigua usanza goda.

Diecinueve años duró el reinado de Pelayo, no refiriéndose nada de otras empresas guerreras suyas durante su vida de rey, pues vivió tranquilo con su mujer Gandiosa y sus hijos Fabila y Ermesinda, agrupando sus gentes, fundando pueblos y restaurando iglesias, y organizando religiosa, militar y civilmente su naciente monarquía, hasta que, el año 737, murió tranquilamente en Cangas de Onís, donde tenía su corte.

A su muerte dejó echados los cimientos de la gloriosa obra de la Restauración cristiano-española, que había de durar ocho siglos, y desde su sepultura, junto á Covadonga, había de ver los gigantescos esfuerzos de la España cristiana para sacudir el yugo sarraceno, y el definitivo triunfo de aquélla, al cabo de tan largo espacio de tiempo, en la vega de Granada.

Le sucede su hijo D. Fabila, en cuyo corto reinado de dos años sólo se recuerda la construcción de la iglesia ó ermita de Santa Cruz en la vega de Cangas, en memoria de ser aquel sitio el primer lugar en que Pelayo se atrevió á luchar con los musulmanes en campo raso. Murió despedazado por un oso en una casería, á las que era muy aficionado.

A su muerte, aclaman como rey á Alfonso I, hijo del duque de Cantabria y yerno de Pelayo, lográndose por este medio hacer hereditaria la corona en la familia del restaurador, aunque no por rigurosa sucesión, pues Fabila había dejado dos hijos.

La España cristiana al advenimiento de Alfonso I, se encontraba reducida á estrechos límites; aunque ya el entusiasmo de la victoria y la idea de la reconquista, iba animando á todos para extender sus dominios. Esto y las derrotas de los musulmanes, alentaron al nuevo rey, que siempre fué de ánimo esforzado y se propuso extender sus conquistas, dentro y fuera de la nación que iba á regir.

Por eso no sólo se fijó en la extensión de sus dominios en el suelo patrio, sino que también aprovechó el estado de la España musulmana, cuando subió al trono, y sus guerras con Carlos Martell, sacando grande partido de aquellas luchas, fuera de nuestra nación, y preparando la extensión de territorios cristianos en nuestra patria.

También favoreció mucho á sus empresas la excisión de las razas muslímicas de España, y las luchas encarnizadas que aquí se libraban entre árabes y berberiscos, aumentadas más y más con la venida de 20.000 sirios á nuestra Península, que de auxiliares se convirtieron más tarde en enemigos, llegando á ser después verdaderos señores de la España sarracena.

Así pudo Alfonso I dar rienda suelta á sus instintos guerreros, ensanchando los reducidos límites de su reino; y traspasando las montañas que separan á Asturias de Galicia, llevó el estandarte de la fé por Galicia, parte de Lusitania y de León, devastando los campos, abandonando á veces lo conquistado, y conservando aquello que estaba cercano á sus Estados para mantenerlo como ciudades de su reino, y en donde restablecía el culto católico, así como eregía fortalezas y castillos en lo más enriscado de las montañas, para defender las fronteras de sus reinos.

Con estas conquistas y afortunadas correrías militares de Alfonso I, cunde el terror entre los árabes, que no encontrándose seguros, á pesar de su grande número, tratan de tomar medidas para evitar el anárquico estado en que se hallaban.

Se renuevan con furor las guerras civiles entre la gente musulmana, y se aumentan más todavía con la venida de los africanos; pues éstos, como todos, querían, á cambio de su apoyo y protección, que se les diese en nuestra patria las provincias más productivas y más fértiles, ocasionándose continuamente discordias entre unos y otros, especialmente entre árabes y sirios, que se creían con preferencia en la repartición, dando lugar á que á cada uno se le señalase la comarca más semejante á su país natal, lo que, si en principio era de justicia, excitaron más y más los disturbios y las discordias, rebelándose unos contra otros, á merced de sus odios y rencores.

Así se fraccionan las provincias y se hacía pedazos el imperio fundado por Muza y por Tarik. Y hubiera rápidamente facilitado el triunfo cristiano este fraccionamiento de territorios y disolución de la España sarracena, al no haber pensado en la elección de Abderrahman para que con independencia absoluta aunara las voluntades y aniquilase todas las rebeldías.

Pero hasta que éste ciñó con mano fuerte el cetro del Islám en España, los sarracenos vivieron en una anárquica situación tan grande, que el desorden y la inseguridad imperaban por doquiera, siendo preciso que hasta los labradores y pastores defendieran con las armas sus propiedades y ganados.

Mientras tanto Alfonso el *Católico* repoblaba territorios, estableciendo obispados y poblaba ciudades, destruyendo otras de las conquistadas sin que nunca, á pesar de la gran extensión que dió á su territorio, separara su corte de la pequeña villa de Cangas, donde estaba establecida. En las ciudades conquistadas, comenzó á recibir árabes tributarios, que con el nombre de *mudejares* empiezan á sonar por primera vez en la Historia, y á quienes, á cambio de un tributo, se les permitía el libre ejercicio de su religión y de su culto.

A su muerte, y al terminar el primer subperíodo de la España cristiana, el reino de Asturias comprendía, además de Asturias, la Vasconia, la Cantabria, gran parte de Galicia y el Norte de las actuales provincias de León y de Palencia.

También en el siglo VIII aparecen los primeros albores de la reconquista Pirenáica, tan antigua como la asturiana, pero que si en Covadonga se quiso restablecer el Imperio gótico, la lucha de los Pirineos no era otra cosa que una prolongación de la guerra por la independencia contra los árabes, como antes guerrearon con romanos y visigodos.

Aunque es oscurísima la historia de esta reconquista, puede asegurarse que dos Estados ó dos centros principales de resistencia la caracterizan, cuales eran el Condado de Aragón que envuelve la historia de Sobrarbe y Ribagorza, y la Monarquía de Navarra, que más tarde forman un solo reino de reconocida importancia.

La reconquista Pirenáica, cuyos primeros pasos no pueden señalarse con fijeza histórica, se halla amparada en tradiciones legendarias, que aunque mezcladas con fábulas inadmisibles, arrojan alguna luz sobre estos antiquísimos sucesos. Estas dos tradiciones son la referente á la peña de Uruel y á la cruz de Sobrarbe. La primera nos enseña que 300 cristianos, huyendo de los musulmanes, se reunieron en la peña de Uruel, y después de mil reveses, y hasta de la fundación de un pequeño pueblo, que fué destruído por los árabes, dos ermitaños, Voto y Félix, habitaron la cueva, dirigieron á los fugitivos y les aconsejaron el nombramiento de un jefe, que fué Garci-Jiménez, venciendo á los moros en Ainsa, á la que hicieron capital del reino de Sobrarbe.

De aquí arranca la segunda tradición de la cruz de este nombre, referente á que los cristianos, en la batalla con los árabes, vieron una cruz sobre una encina, que les causó grande aliento y les llevó á la victoria. La tradición añade que la divisa del antiguo reino de Sobrarbe era una cruz roja sobre un árbol.

Estas tradiciones, como todas las de los primeros pueblos, merecen un juicio desapasionado é imparcial; pues si bien es cierto que se encarnan en la fantasía popular y carecen de absoluta verdad histórica, también lo es que envuelven un testimonio del suceso verídico en su fondo, aunque nos son desconocidos sus caracteres y forma de realización, y que explican desde luego que Sobrarbe fué el primer núcleo de resistencia contra los árabes, sin que esto evite que por entonces también se fundara el reino de Pamplona, y que ambos sean el origen del posterior reino de Navarra.

El mapa de España, desde la invasión árabe hasta la venida de Abderramán I y muerte de Alfonso I el *Católico*, comprende la dominación de los árabes en la mayor parte de la Península, excepción de la parte alta de España, que desde el alzamiento de Pelayo comenzó á ser cristiana, y que como hemos visto antes, se extendía desde la cordillera cantábrica hasta el mar, y desde los Pirineos hasta Galicia y parte alta de Lusitania, así como llegaban las fronteras del reino cristiano al punto donde comenzaban las fronteras de León.

Crítica.—Sólo puede explicarse la reconquista asturiana y pirenáica

en medio del absoluto y avasallador poder de los árabes, teniendo en cuenta que á los españoles únicamente les guió en aquel épico alzamiento, el santo amor á la independencia y el fervoroso respeto á la idea cristiana, que había sido por tanto tiempo la religión de sus mayores.

Pero la reconquista presenta distintos caracteres en Asturias y en los Pirineos. En Asturias se vislumbra desde luego, hermanada con el sentimiento religioso, la idea política de la restauración del Imperio gótico, que perdiera D. Rodrigo; pues que Pelayo procedía de éllos, estaba identificado con aquellas costumbres, y su solo deseo hubiera sido poder restaurar aquella monarquía española y cristiana, que quedó sepultada en las aguas del río Barbate.

En cambio, la reconquista pirenáica no viene á ser otra cosa que la prolongación de la lucha por conservar nuestra libertad, religión y costumbres, y obedeciendo al espíritu de contínua rebeldía en que aquellos montañeses habían vivido siempre y en todas las épocas de la Historia. La idea de constituirse en monarquía vino después, y la falta de unidad de miras con los cristianos de Asturias, hizo nacer desde el principio los pequeños reinos cristianos que viven durante la Edad media, y cuya falta de unión en un centro común, dificultaron y alargaron la obra de la reconquista.

Sin embargo, estos primeros esfuerzos de los cristianos en pro de la reconquista, fueron favorecidos por el estado de descomposición de la España árabe, toda vez que las luchas incesantes entre las diversas tribus agarenas que poblaban nuestra península, debilitaban su poder y eran causa de que no pudieran atender á los levantamientos cristianos del Norte de España, que amparados en su fe religiosa y en su entusiasmo patrio, fueron extendiéndose rápidamente por Asturias y los Pirineos.

LECCIÓN 28.

EL EMIRATO INDEPENDIENTE EN ESPAÑA, DESDE ABDERRAMÁN I HASTA LA PROCLAMACIÓN DEL CALIFATO.

Segundo subperíodo de la segunda época de la Historia de la Edad Media.—El emirato independiente y el califato, y el reino asturiano-leonés.—Extensión que comprende este subperíodo en cada una de las dominaciones que han de estudiarse del mismo en nuestra Patria.—Estados que hay que conocer en él.—España árabe.—El andaluz.—Emirato independiente de Damasco.—Independencia política y administrativa.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Se acuerda la fundación de un imperio independiente en España. —Dinastía de los Omeyas.—Abderrahmán I desembarca en la provincia de Granada.—Guerras civiles con Jusuf y Samail.—Campañas en Andalucía.—Guerras con Al-Mansur y con Abd-el-Gafir.—Florecimiento del reinado de Abderrahmán.—Alianzas en su contra. —Abderrahmán en Roncesvalles.—Sublevación de los Fihiritas.—División del territorio de España en seis gobiernos militares.—Muerte de Abderrahmán.—Le sucede su hijo Hixem I.—Guerra civil.—Campañas contra los cristianos.—Reformas en el gobierno y muerte de Hixem.—Al-Hakem I.—Fin de la guerra civil.—Guerras con los cristianos.—Rebeliones en Toledo, Mérida y Córdoba.—Muerte de Al-Hakem.—Le sucede Abderrahmán II.—Campañas contra los cristianos.—Sublevaciones en su tiempo.—Los normandos en Andalucía. —Persecución de los mozárabes y muerte de Abderrahmán.—Emirato de Mohamed.—Sus guerras.—Rebeliones en su tiempo.—Omar-ben-Hafsum.—Guerras en Galicia y Asturias.—Corto emirato de Almondhir.—Le sucede Abdalláh.—Batalla de Poley.—Conversión de Hafsum.—Muerte de Abdalláh y término del primer período del emirato independiente.= *Crítica.*—Los partidos rebeldes entre los árabes españoles al llamar á Abderrahmán I á España, proclaman la independencia política del gobierno.—Durante este primer período del emirato independiente nada se hace en materia religiosa.—Córdoba, capital del emirato.—Las guerras civiles en este período dificultan el engrandecimiento de su gobierno.—Juicio imparcial de la dominación de los emires en este período.

El segundo subperíodo de la segunda época de la Historia de la Edad media en España, comprende desde el año 756 en que comienza el emirato independiente y el reino asturiano-leonés, hasta el 1031 en que termina aquél y el 1037 en que tiene fin este último reino cristiano.

Conjuntamente se estudian en este segundo subperíodo el emirato independiente y califato, y el reino asturiano-leonés, para seguir el plan de estudio sincrónico que nos trazamos al principio, viendo en esta segunda época de la dominación árabe en España, cómo se afianza su poder y se desarrolla la grandeza y cultura muslímica, así como la rápida manera como van ensanchándose las fronteras cristianas, naciendo entonces el verdadero reino de León.

La extensión particular á cada una de estas dominaciones, es algo diferente entre una y otra, aunque sólo de pocos años; pues que la do-

minación árabe arranca con Abderrahmán I en 756, y termina con la deposición del último califa Hixem III en 1031, y la de los Estados cristianos comienza también en el referido año 756, con la proclamación de Fruela I, concluyendo en 1037 con la unión de Castilla y de León en las sienes de Fernando I.

Durante este subperíodo hay que estudiar en España varios Estados árabes y cristianos, á saber: el Andaluz, que ocupaba la mayor parte de la nación; la Monarquía asturiano-leonesa, teniendo ya vida en él también el Condado de Aragón, hasta que se incorpora á Navarra; el de Cataluña y el de Castilla.

La España árabe, por otro nombre el Andaluz, comprende los gobiernos ya independientes del de Damasco en todo, menos en lo religioso, desde Abderrahmán I hasta Abderrahmán III, que con el título de emires gobernaron el país, y desde éste hasta Hixem III en que declarado califa ó príncipe de los creyentes, se desligaron también los árabes españoles de los califas de Damasco, apareciendo los de Córdoba con iguales prerrogativas que aquéllos.

El emirato en España se hace independiente de Damasco, después que Abderrahmán I, de la raza de los Omeyas, desembarcó en España y venció á Yusuf el Fihirita, quedando como único señor del emirato, y roto el vínculo que existía con aquel antiguo poder, estableciendo su corte y centro de gobierno en la ciudad de Córdoba.

Mas por lo pronto, no declaró más que la independencia política, militar y administrativa, que es lo que necesitaba para afianzarse en el poder, dejando por entonces que en asuntos espirituales continuara la dependencia que de antiguo venía existiendo con los califas de Bagdad, y reservando á un descendiente suyo la atrevida reforma religiosa en la España árabe.

Todo esto fué consecuencia de la guerra civil que había en Damasco y el cambio de dinastía en aquel califato. La revolución que arrojó del trono á los Omeyas y dió el poder á los Abbsidas, decretó cruel persecución contra los individuos de la primera raza, de la que sólo escapó, y de la matanza de toda su familia, un joven de veinte años, llamado Abderrahmán, que refugiado en Africa y errante de tribu en tribu, logró ganar adeptos y prestigios y crearse un partido especial en España para sus fines ulteriores.

Este partido fué creciendo tanto, que sus parciales acordaron la fundación de un imperio independiente en nuestra patria, y una embajada de árabes prestigiosos enemigos de lo existente, salieron de las playas españolas y fueron á ofrecer á Abderrahmán el poder supremo de nuestra nación.

Este aceptó gozoso la oferta de sus clientes de España, y con su proclamación y después su triunfo, comenzó en nuestra península la dinastía de los Omeyas y el nuevo cambio en el gobierno de esta tierra, decretándose la independencia del emirato desde luego, pues que Abderrahmán había nacido para mandar, y su primera condición fué el no aceptar yugo extranjero en el nuevo gobierno que iba á implantarse en España.

Muy en breve llegó Abderrahmán á España, desembarcando en Almuñécar (Granada), atravesando la Alpujarra y los territorios de Elvira y Sevilla, llegando á Córdoba, apoderándose violentamente de ella, y formando en la misma un núcleo de poder y de grandeza con todos sus parciales, que andaban proscritos y errantes por Siria, Egipto y Africa.

Para ello tuvo antes que sostener guerras civiles encarnizadas con Yusuf y Samail, representantes del vacilante emirato que existía en España, siéndole la fortuna favorable desde los primeros encuentros, aunque sus enemigos no cesaron de molestarle continuamente.

Sus campañas en Andalucía fueron notables, tomando á Archidona, Ronda y parte de la provincia de Cádiz, y venciendo á sus enemigos cerca de Córdoba, no sin que también en Almuñécar ganara importante batalla contra sus enemigos, que al fin se someten unos, y otros huyeron de los lugares del combate, y en tierras de Murcia murió el tenaz Yusuf, alma de la sublevación de los Fihiritas, que aunque resistieron todavía cuatro años, al fin reconocieron la autoridad del nuevo emir independiente.

Este tuvo también que sostener encarnizada lucha con Al-Mansur, califa de Bagdad, celoso de que Abderrahmán se hubiera declarado independiente de su poder autoritario, mandando al efecto desde Africa un ejército á Andalucía para combatir á Abderrahmán, el que cerca de Córdoba derrotó completamente al ejército enemigo, confirmándose con este triunfo la independencia de la España musulmana.— También quiso disputarle su poder en España Abd-el-Gafir, que procedente de Africa, y titulándose descendiente directo de Mahoma, hizo en Andalucía la guerra de asaltos y emboscadas por espacio de siete años, hasta que al fin cerca de Ecija le dió muerte Abderramán en formal batalla, destruyendo su partido y el de sus auxiliares.

Asegurada ya la paz, se dedicó Abderrahmán á procurar el florecimiento y grandeza de su reino, aumentando la marina para evitar las incursiones enemigas de Africa, y desarrollando la cultura y la riqueza, las artes, las letras, el comercio y la agricultura en la ciudad de Córdoba.

Más tarde se trama una funesta alianza del walid de Zaragoza, Suleiman-ben-Alarabí, que quería declararse independiente, y que llamó en su ayuda á Carlo Magno, de quien hubiera sido tributario en su día, y á Abderrahmán-ben-Habbi, de la dinastía de los Abasidas, que había desembarcado en territorio murciano para restablecer en España la sumisión y obediencia á los califas de Bagdad. Esta última alianza se desbarató como el humo; pues resentimientos entre Suleimán y Habbi trajeron consigo la lucha, en la que pereció éste último á manos de un berberisco mercenario de Abderrahmán.

También se desvaneció la alianza con Carlo Magno; pues las luchas interiores con los árabes hicieron que después de pasar el monarca francés los Pirineos y tomar á Pamplona, le cerraron las puertas de Zaragoza, y que teniendo que retroceder á su país sufriese una derrota espantosa en Roncesvalles por los montañeses vascos, que en aquel

desfiladero dejaron sepultado casi todo el ejército invasor á los duros golpes de peñascos, flechas y troncos de árboles, y muriendo allí el famoso Roldán y lo más florido de la nobleza franca. Todo esto favoreció á Abderrahmán, que al cabo de algún tiempo tomó á Zaragoza y á Pamplona y se apoderó de toda aquella comarca.

Los Fihiritas intentaron después una nueva sublevación, que como todas fué también vencida por Abderramán en la batalla de Cazorla, asegurándose ya su poder y su tranquilidad en los últimos años de su vida, en los que se dedicó á embellecer á Córdoba, empezando la edificación de su gran mezquita y realizando otras obras de embellecimiento de la gran metrópoli de Occidente.

En tiempo de Abderrahmán se distribuyó el territorio de España en seis gobiernos militares, que eran Zaragoza, Toledo, Valencia, Murcia, Granada y Mérida, y como gobierno central el de Córdoba.

Abderrahmán I, aunque ha sido juzgado por algunos como tirano, cruel y sanguinario, tenía cualidades inapreciables, que hacen que historiadores árabes y cristianos le elogien sin reparo, considerándole como hábil político, valiente guerrero, poeta de altos vuelos y creyente entusiasta y fervoroso, que al idear la creación de la grande aljama de Córdoba, echó los cimientos del centro religioso de los musulmanes españoles.—Murió en Mérida á los 59 años de edad y 32 de reinado, designando á su hijo menor Hixem para sucederle.

A su muerte le sucede éste, que siempre fué un príncipe religioso y justiciero, y que creyendo por predicción de un agorero que iba á tener muy pronta muerte, dedicó su vida á las buenas obras y al estudio de una nueva secta religiosa, de entre cuyos adeptos nombró sus jueces y sacerdotes.

La guerra civil se encendió en su territorio por las aspiraciones de sus dos hermanos mayores Suleimán y Abdalláh, walíes de Toledo y Mérida, á los que venció y perdonó generosamente, así como al berberisco Said, walid de Zaragoza.

Terminadas las guerras civiles comenzó la que llamó santa campaña contra los cristianos, predicada en todas las mezquitas, y formando tres cuerpos de ejército se dirigieron á Cataluña, Asturias y Galicia, siendo vencedor en casi todas sus empresas y obteniendo un botín, que la parte que á él pertenecía la dedicó á la terminación de la gran mezquita de Córdoba. Seis años más tarde sufrió una gran derrota en Lutos (Lodos), cerca de Cangas de Tineo, por Alfonso el *Casto*, siendo tan grande el desastre para los musulmanes que aún á aquellos sitios se les llama el Campo de la Matanza.

Durante su gobierno hizo Hixem I multitud de reformas en el reino, restaurando obras romanas, construyendo escuelas y hospitales y protegiendo las ciencias, las letras y las artes. Celoso mahometano, prohibió á los cristianos el latín y les obligó á aprender el árabe. Murió á los 39 años de edad, designando por sucesor á su hijo Al-Hakem I.

Este ocupó el trono en los momentos de mayor exaltación de la escuela teológica de los árabes, y como era muy despreocupado y no seguía los preceptos de la referida escuela, con la asiduidad de su padre,

despertó las iras de los alfaquíes que excitaron en su contra á sus enemigos.

Por eso la guerra civil se enciende nuevamente en el califato, y Suleimán y Abdallâh, auxiliados por Ludovico Pío, rey de los francos, tratan de inquietarle, siendo completamente vencidos por el emir, y terminando así la guerra civil en los Estados musulmanes.

En sus guerras con los cristianos de los Pirineos también fué afortunado, conquistando á Pamplona, Huesca y Tarragona, y haciendo un duro escarmiento en aquellos jefes independientes aliados de los francos. Mas como en Toledo, Mérida y Córdoba surgieran sublevaciones en son de rebeldía, por el descontento contra los gobernadores y por el poco prestigio que en su tiempo tuvieron los alfaquíes, tuvo que combatir á todos Al-Hakem, venciéndoles y asegurando la pública tranquilidad, no sin que en Córdoba hiciese tan espantosa matanza, que fueron degollados 300 jefes de la insurrección.

Muy tristes fueron los últimos años de Al-Hakem, pues después de los sucesos de Córdoba se apoderó de él una melancolía grande por el recuerdo de sus víctimas, que degeneró en locura y que le duró cuatro años, muriendo al fin en 822.

Le sucede Abderrahmán II, hijo del anterior, de trato dulce y afable, amigo de la pompa y del embellecimiento de las ciudades, y dirigido por un alfaquí, por la sultana Tarub, y por un músico y un eunuco.

Todos les inspiraron un grande odio á los cristianos, comenzando sus guerras contra éllos, ya con los francos, ya también contra los de Asturias, habiendo triunfos y ventajas de unos y otros en estas guerras, dándose el caso de que el emir fuese aliado del emperador bizantino Miguel el *Tartamudo*, así como de vascos y navarros, que unidos á los árabes, derrotaron nuevamente á los francos en Roncesvalles.

En su tiempo volvió á haber sublevaciones en Mérida y en Toledo, por cuestiones interiores, que al fin fueron todas sofocadas por el emir, que rindió las ciudades y trató con benignidad á los rebeldes.

Por entonces ocurrió la invasión de los piratas normandos, que rechazados por los cristianos en Asturias y Galicia, penetraron en Andalucía; y en Sevilla, Córdoba y Extremadura cometieron tales crímenes y devastaciones, que Abderrahmán tuvo que enviar contra ellos un ejército, que al fin les venció y les arrojó de la Península.

Durante su emirato hubo una gran persecución contra los mozárabes, que al principio libremente ejercían su religión y su culto, y que en tiempos de Abderrahmán fueron cruelmente perseguidos, obteniendo el martirio multitud de cristianos, entre ellos Adolfo y Juan, el presbítero Perfecto, el monje Isaac, las doncellas Flora y María, y otros muchos; pues á pesar del concilio de Córdoba, que trató de contener en los cristianos el afán del martirio, éstos continuamente sufrían la muerte en aras de sus convicciones religiosas.—Abderrahmán murió de apoplegía en el momento que dictaba órdenes para quemar los cuerpos de algunos mártires cristianos, á las orillas del Guadalquivir.

A su muerte ocupa el emirato Mohamet I, que siguió el camino trazado por su antecesor en contra de los cristianos, muriendo en su tiem-

po San Eulogio y San Alvaro, así como otros muchos, especialmente en Córdoba, siendo tristísimo que por entonces los malvados obispos de Elvira y Málaga, Samuel y Hostigesis, apostataran y ayudaran al emir en contra de los cristianos.

En tiempo de este emir hubo guerras contra los francos, llegando hasta Narbona, y con los cristianos de Asturias, que fueron derrotados cerca de Albelda ó de Clavijo por Ordoño I.

Por entonces ocurrió la rebelión de Muza, como consecuencia de la anterior derrota, uniéndose á su hijo el walid de Toledo, y aliándose con vascos y navarros, durando largo tiempo la guerra civil en la España musulmana, y siendo varia la fortuna para uno y otro bando.

Pero de todas las rebeliones, la más importante fué la de Omar-ben-Hafsum, en el mismo centro del emirato cordobés. Era éste de familia de renegados y descendiente de un conde cristiano, que hizo una larga guerra de aventuras y emboscadas contra los Omeyas, y que desde Bobastro, en la cora de Raya (Málaga), cercano á Archidona, Antequera ó Ronda, donde estableció sus reales, concibió la idea de libertar á su pueblo del yugo sarraceno, mereciendo que la posteridad le haya apellidado, *el Viriato de la España árabe*. Amigo primero del emir y su enemigo después, guerreó con él con varia fortuna, hasta que la muerte de Mahomed I le hizo extender sus dominios y proclamarse jefe y redentor de la oprimida raza española.

Durante este emirato hubo guerras en Galicia y Asturias con poca fortuna para los musulmanes, siendo éstos vencidos por los cristianos por mar y por tierra, y logrando que las fronteras cristianas se extendiesen por todas partes, mermando territorios á los feroces sectarios de Mahoma.

Muy corto fué el emirato de Almondhir que todo él se ocupó en sus guerras contra Hafsum, que astuto más que el emir aunque vencido en Archidona, supo engañarle bajo protestas de paz y de sumisión, derrotándole cerca de Bobastro, y muriendo éste por sugestión de su hermano Abdalláh, cuando se disponía á marchar a combatir al rebelde.

Su hermano le sucede en el trono en situación muy crítica, cuando la anarquía y la insurrección dominaban en todo el emirato y cuando Omer-ben-Hafsum, auxiliado por todos los rebeldes, era el verdadero rey del Mediodía.

Al efecto, trató el emir de atraerse á éste bajo promesa de dejarle el gobierno de sus Estados, lo que si al principio se aceptó por aquél, su carácter inquieto le hizo volver á la lucha, y en la batalla de Poley (Aguilar de la Frontera), el triunfo no favoreció al rebelde, y por lo pronto sus Estados se mermaron aunque más tarde los recobró casi todos.

Ya entonces Hafsum realizó su pensamiento de siempre de hacerse cristiano con toda su familia, tomando el nombre de Samuel y aliándose con el rey de León y otros árabes enemigos del emir de Córdoba, empezó la restauración cristiana en sus Estados.

Esta por providencial destino, no prosperó cual era de desear, mejorando mucho la situación del emirato en los últimos años de Abdallah.

que atrajo á varios jefes rebeldes, y disfrutando los nueve últimos años de reinado de relativa tranquilidad, hasta que murió en 15 de Octubre de 912, á los 68 años de edad y 24 de reinado, y sucediéndole su nieto Abderrahmán III, que había de establecer el califato de Córdoba, y la absoluta independencia religiosa de los árabes españoles.

Crítica.—A no existir la rebeldía entre los partidos de los musulmanes en nuestra patria, no se hubiera pensado en llamar á Abderrahmán I, y en proclamar la independencia política de este gobierno, siguiendo el vacilante y revuelto estado en que aquél se encontraba desde la venida de los árabes á España. Luego por rara casualidad, á la falta de unidad del gobierno en los musulmanes españoles, se debió el entronizamiento de una nueva dinastía, y el principio de una era de esplendor y de grandeza en nuestra patria, que dificultó muchísimo la obra de la restauración cristiana.

Nótase el fenómeno en este primer período del Emirato independiente que nada se hace en materia religiosa; pues que no tuvieron valor suficiente para desligarse de un solo golpe de las ligaduras que en cuestiones de creencia le sujetaban al califa de Damasco, reservándose al genio atrevido é independiente de Abderrahmán III la realización de esta reforma importantísima.

Pero durante este tiempo, Córdoba es la capital del emirato; ella atrae la mirada y la protección de todos los emires; comienza á ser el centro de la cultura literaria y artística de los musulmanes; y al edificarse su gran mezquita, despierta para el porvenir las ideas de independencia religiosa que más tarde tienen realización.

Y en este período histórico, el emirato se hubiera engrandecido, cual parecía, dado el impulso que á la gobernación del país supo imprimir Abderrahmán I, á no ser porque las luchas civiles que se enseñorean por todas partes, dificultaron este pensamiento, y algunos emires que estaban animados de muy buenos deseos, en pró del engrandecimiento de su reino, no pudieron lograrlo, al ocupar casi toda su vida, en combatir estas revueltas interiores, que diariamente amenazaban la paz de sus Estados.

Por eso puede formarse un juicio imparcial, acerca de la dominación de los emires en este período histórico, diciendo que si bien todos no tuvieron la grandeza de ánimo y las condiciones, particulares del fundador de la dinastía, hicieron algo en pró de su gobierno, y sobre todo prepararon con la independencia política y administrativa, la independencia religiosa, y el esplendor del Califato de Córdoba, en el siguiente período.

LECCIÓN 29.

EL CALIFATO INDEPENDIENTE DE CÓRDOBA, DESDE ABDERRAMÁN III HASTA EL FIN DE ESTE GOBIERNO EN TIEMPOS DE HIXEM III.

Segunda faz que presenta el emirato independiente en la España árabe.—El Califato.—Abderrahmán III.—Estados existentes en España al nacer el Califato.—Monarquía sin limitación que funda Abderrahmán III.—Abderrahmán califa.—Término de la lucha con Omar-ben-Hafsum y sumisión general de los rebeldes.—Guerras con los cristianos y batallas principales que se libran por este tiempo.—Esplendor de la corte de Abderrahmán III y embajadas que recibe.—Conspiraciones.—Sancho el Craso y Abderrahmán.—Muerte de Abderrahmán.—Le sucede Al-Hakem II.—Cualidades de que se hallaba adornado.—Guerras y gobierno de Al-Hakem.—Protege las letras y las artes.—División que los árabes hacían de España en tiempo de Al-Hakem.—Gobierno de Ixem II.—Almanzor.—Sus expediciones militares.—Destrucción de Barcelona, León y Santiago.—Otras correrías.—Leyenda de Almanzor.—Abdelmelic y Abderrahmán hijos de Almanzor.—Guerras civiles, que dan fin al Califato.—Mahomed II y Suleimán.—Supuesta muerte de Ixem II.—Reposición de Ixem.—Ida de Suleimán.—Fraccionamiento del Califato.—Caída de Suleimán.—Alí.—Alcasim.—Abderrahmán IV.—Yahya.—Alcasim, segunda vez.—Abderrahmán V.—Yahya segunda vez.—Ixem III.—Término del Califato y de la monarquía de Córdoba.—Proclamación de la república.= *Crítica.*—La formación del Califato es el primer signo de la absoluta independencia del poder de los árabes españoles.—El gobierno de Abderrahmán III simboliza la paz y la ilustración de los árabes en nuestra península.—La grandeza de su corte atrae á los sabios de todas partes y le proporciona relaciones con todos los Reyes.—Desde la muerte de Abderrahmán III comienza la decadencia del Califato.—Muerto Almanzor, concluye con él, si no de hecho, en sus efectos, el Califato.—Juicio imparcial sobre el período que comprende la dominación del Califato en nuestra Península.

La segunda faz que presenta el emirato independiente en la España árabe, es la del Califato, en que los emires se desligaron en absoluto de los califas de Oriente, y asumieron sobre todas las representaciones que ya tenían, la religiosa, siendo los únicos que desde Córdoba, centro y corte del Califato de Occidente, resolvían todas las cuestiones que se presentaban de distinto orden y de variada naturaleza.

Sube al trono Abderrahmán III por designación de su abuelo Abdallah, y encuentra el emirato en situación especialísima, pero á pesar de sólo contar con 22 años cuando ciñó la corona, supo hacer frente con política franca y atrevida á la anárquica situación que por todas partes dominaba, desplegando en el gobierno tan extraordinarias cualidades que de derecho ocupa, entre los soberanos cordobeses, el primer puesto.

Al nacer el Califato de Córdoba existían en España, como Estados independientes, además del Califato en el Andaluz que era el predo-

nante, los reinos de León y de Navarra, y los condados de Barcelona y de Castilla.

Abderrahmán III al establecer el Califato, forma una dinastía sin limitación, pues que al lograr sofocar la insurrección del partido nacional, la de la aristocracia árabe y la de los berberiscos, y reduciendo á su obediencia á Toledo, hace fundir en un solo cuerpo de nación las diferentes razas de la España árabe, extendiendo sus dominios por el Africa y apellidándose emir Al-Mun-Emin, ó sea califa, príncipe de los creyentes y defensor de la fe, con iguales prerrogativas que los califas de Bagdad.

Abderrahmán hecho jefe espiritual del Islamismo con el nombre de califa, y con autoridad por todos reconocida, hasta en el Africa septentrional, acuñó moneda propia, y se dedicó á engrandecer á su pueblo, embelleciéndole cuanto pudo, y aumentando su civilización y su cultura.

Su primer cuidado, fué terminar la lucha de sus predecesores contra Omar-ben-Hafsum, cuyo partido había decaído mucho entre los árabes por su conversión al Cristianismo, logrando en tres meses pacificar todas las comarcas en que dominaban los parciales de aquél, y destruyendo en el mismo Bobastro sus fortificaciones, no respetando ni aún el convento que su hija fundara, al convertirse al Cristianismo, y siendo la ruina de los rebeldes la muerte de Hafsum, ocurrida el año 917, pues que sus hijos, aunque sostuvieron la lucha con empeño, nada lograron, á pesar de que alguno había vuelto al mahometismo, pues que los otros ó murieron en las batallas, ó fueron presos por orden de Abderrahmán, ó vivieron obscuramente en Córdoba, ó sufrieron heróicamente el martirio, como su hija Argentea, colocada más tarde en el catálogo de los santos.—Así quedaron por completo sometidos los insurrectos, venciéndose después á todos los demás de España, y pudiéndose dedicar Abderrahmán á la guerra con los cristianos.

Esta tuvo lugar al advenimiento de Ordoño II al trono de León, que como príncipe belicoso entró á saco por las tierras de los árabes, resultando vencedor en sus excursiones de Mérida y de Toledo, así como en las de Salamanca, Alange y Badajoz. Más señalado fué el triunfo de los cristianos en la batalla de San Esteban de Górmaz, donde León y Navarra se aliaron contra los árabes, venciendo éstos en Valdejunquera, y siendo vencidos en las batallas de Nájera y de Viguera, así como más tarde Ramiro II les vence también en Madrid y en Osma, y luego en Simancas y Alhandegas en que lucharon unidos los reyes de León y de Navarra, y Fernán González, conde de Castilla.

Mientras tanto Abderrahmán lograba triunfos en Africa, apoderándose de parte del Mogreb, y dedicándose á engrandecer el Califato, aumentando de modo extraordinario la prosperidad y cultura de su imperio. Embelleció á Córdoba, edificó para regalo de su sultana favorita la célebre ciudad de Medina Azahara, que era un primor del arte y un compendio de todo el lujo oriental; aumentó la pública riqueza, llegando á tanto la prosperidad de su reino, que su poder era conocido de todos los soberanos, y su alianza solicitada por todos los monarcas de

Oriente y de Occidente, llegando á Córdoba embajadas como la de San Juan de Gorcia, en nombre del emperador de Alemania, Otón el Grande, cuya embajada concluyó con un tratado de paz, siendo el heróico monje Gorcia, recibido con señaladas distinciones en la corte del califa.—También recibió Abderrahmán otras embajadas con expresivos obsequios de emperadores y reyes, cambiándose de este modo sus productos entre Córdoba y Bizancio.

También en su tiempo ocurrieron graves conspiraciones en su reino, cual fué entre otras la del príncipe Abdallah, que irritado por que su hermano Al-Hakem iba á suceder en el trono de Córdoba, capitaneó á los rebeldes para deponer á su padre y asesinar á su hermano. Abderrahmán sofocó esta conspiración, prendió á su hijo, que resultó convicto de su crímen, y que condenado á muerte fué ejecutado en el silencio de la noche en la cámara del monarca.

Sancho el *Craso*, de León, vencido por su hermano, tuvo que refugiarse en Navarra, y de allí vino á Córdoba en busca de afamados doctores musulmanes que le curaran de su gordura, logrando en parte su salud y que Abderrahmán III se aliase con él y le diese un ejército con el que entró triunfante en León, recobrando el trono y haciendo huir á su hermano Ordoño.

A los 62 años de edad y 49 de reinado, murió el primer califa Abderrahmán siendo el príncipe más insigne de los que ocuparon el trono de Córdoba, convirtiendo su reino en un Estado robusto y poderoso, por más que afean su memoria y su amor á la justicia, la terrible muerte de su hijo, y el martirio del heróico niño San Pelayo, así como es censurable bajo el punto de vista político la humillación en que siempre tuvo á la aristocracia árabe y el predominio de los esclavos ó milicias extranjeras, que fueron más tarde la causa de enconadas luchas civiles.

Le sucede su hijo Al-Hakem II, siendo su dominación, con la de su padre, el período más culminante de poderío y de grande civilización de la España árabe.

Las cualidades de que se hallaba adornado, hicieron que fuera un príncipe de carácter pacífico, amante de la ilustración y de la pública prosperidad, y aunque subió al trono á la edad de 47 años, no descansó un momento por dotar á su pueblo de elementos de esplendor y de grandeza.

Tuvo guerras con el conde de Castilla Fernán González, venciendo á los cristianos por la traición del conde Vela en San Esteban de Gormaz, Simancas y Osma, así como en tierras de Navarra y Cataluña; expulsó de España á los piratas normandos que habían venido hacia Lisboa, y aunque al principio tuvo mala fortuna en Africa, al fin recobró todos sus territorios y sus campañas fueron afortunadas.—Su gobierno se distingue porque en los largos períodos de paz se dedicó á las letras, su pasión favorita, y á engrandecer á su país.

Por eso, como protector de las ciencias, las letras y las artes, se cita la formación de la hermosa biblioteca de Merwam, que constaba de 600.000 volúmenes, las academias literarias, los liceos de mujeres, en

los que brillaron poetisas distinguidas, sus brillantes construcciones, el empadronamiento general de todos sus Estados, los canales de riego de Granada, Murcia y Valencia, y el establecimiento de hermosos jardines con flores de las más lejanas regiones, que hacían de Córdoba un oasis de delicias, y que por su cultura literaria se le apellidase *Atenas* de Andalucía.—Murió Al-Hakem á los 15 años de su próspero reinado.

Durante su tiempo, se dividía la España árabe de la siguiente manera: tierra de Oriente, desde Zaragoza hasta Murcia; tierra de en medio, desde Toledo hasta Archidona, y tierra de Occidente, desde Mérida hasta Huelva. Y la España cristiana la llamaban tierra de los galáicos, desde Santiago hasta Oporto; tierra de los vascos, desde Pamplona hasta León, y tierra de los francos, que comprendía Cataluña y Aragón.

A la muerte de Al-Hakem, ocupa el trono su hijo Hixem II, que siendo niño de 12 años dirigió la gobernación del país su madre la sultana Sobheiya (Aurora), de origen vascongado, haciendo que su hijo, rodeado de guardias y de espías, de placeres y de diversiones, viviese perpetuamente encerrado en su alcázar, ignorante de su altísima dignidad.

En esta empresa ayudó á la sultana su hagib, ó primer ministro, Mohamed-ben-Avi Amir, conocido con el nombre de Almanzor, que de modestísimo origen, y de simple memorialista, pasó á administrar los bienes de la sultana, aumentó sus riquezas, se dió á conocer por sus talentos, llegó á general y venció en una expedición contra los cristianos, y elegido primer ministro, de acuerdo con la sultana, se encargó del gobierno y fué el verdadero soberano de Córdoba, anulando á sus enemigos, y reformando el ejército con hechuras suyas, no sin que también tuviese entre sus tropas á muchos cristianos, á quienes trataba con grande liberalidad.

Sus expediciones militares llevadas á cabo con el doble fin de simpatizar con los musulmanes, y á la vez por el odio que profesaba á los cristianos, fueron tantas, tan repetidas, tan afortunadas y tan atrevidas, que los autores las hacen subir á cincuenta, en las que arrasó ciudades y destruyó iglesias, pareciendo llegado el último momento de la España cristiana, y conquistando el nombre con que se le conoce, de Almanzor el *Victorioso*.

Barcelona fué sitiada por Almanzor en un momento de descanso de sus acometidas á León y Castilla, tomando la ciudad y pasando á cuchillo á sus habitantes, con destrucción de tan importante población, cuyos principales edificios fueron incendiados.—También sitió á León, sin consideraciones á Bermudo, su rey tributario, sufriendo al cabo de un año la terrible desgracia del vencido, degollando á toda la población y muriendo el gobernador de la ciudad al pie de sus muros.—Asimismo se apoderó de Santiago, cuya ciudad estaba desierta, y cuyos templos saquearon los árabes, llevando los esclavos cristianos en hombros desde Santiago á Córdoba, las grandes campanas del templo del apóstol, para que lucieran como lámparas en la mezquita.

Otras correrías llevó á cabo Almanzor en tierras del conde García Fernández de Castilla, por haber dado asilo á su hijo, que contra él

conspiraba, renunciando después el cargo de primer ministro abdicándolo en su hijo Abdelmelic, y tomando el título de Melic-Carim (noble rey), y preparándose para otras expediciones militares, después de tomar á Avila, Clunia, San Esteban, Simancas y otras, llegando cerca de Calatañazor, donde unidos navarros, leoneses y castellanos fué vencido el emir, muriendo á poco en Medinaceli, de sus heridas, ó por la tristeza de haber perdido esta batalla.

Sobre Almanzor corre la leyenda de que cuidadosamente sacudia y guardaba en una caja el polvo de sus vestidos después de cada batalla en que salia victorioso, con el fin de que con él cubrieran su sepultura; faltando para éllo sólo un poco, que era sin duda el que hubiera producido al salir vencedor en la batalla de Calatañazor, negada, así como esta leyenda, por algunos historiadores árabes y cristianos.

Muerto Almanzor, su hijo Abdelmelic gobernó también como primer ministro de Hixem y sin hacer caso para nada del imbécil califa. A su muerte le sucede su hermano Abderrahmán, que de condiciones distintas á su hermano, y con aspiraciones directas al califato, proporcionó alzamientos en Córdoba que le arrebataron el mando y la vida.

Entonces comienzan las guerras civiles que acaban al fin con el califato. Mohamed II hace creer que ha muerto Hixem y se proclama califa, y Suleimán, ayudado de los berberiscos, le derrota y se proclama á su vez jefe del Estado.

La supuesta muerte de Hixem II es el arma de que se valen los partidarios de uno y otro bando para lograr sus fines, que buscaron alianzas en todas partes para realizar sus atrevidos planes.

Al fin la contrarevolución venció á los rebeldes y volvió á colocar en el trono al desdichado Hixem II, á quien se le creia muerto, comenzando entonces el cortísimo reinado personal de Hixem, que hasta entonces no fué el verdadero monarca de Córdoba.

Siguió la lucha entre Hixem II y Suleimán, y la anarquía más espantosa se enseñoreó del vacilante califato, venciendo otra vez los soldados de Suleimán y desapareciendo el monarca, que no volvió á encontrársele más, cuando vencido su enemigo quiso ponérsele en el trono.

Entonces comienza el verdadero fraccionamiento y ruina del califato de Córdoba, aspirando todos los partidos á dirigir la nave del Estado, y presentando la ciudad el cuadro más triste de desgobierno y de anarquía.

Por eso á la caida de Suleimán, y al morir asesinado por los idrissitas de Africa, al pretender que sea repuesto Hixem, y no apareciendo éste, aunque más tarde un impostor tomó su nombre, y hay leyendas que le creen asesinado por Suleimán, y otras que le hacen escapado de palacio, huyendo á Asia de un trono que no habia gobernado, es lo cierto que llegó el momento en que los conjurados eligieron califa á Alí, aunque otros pretendian la restauración de los omniadas en la persona de Abderrahmán IV.

Alí, fundador de la dinastía de los hammuditas de Málaga y amigo de los andaluces, se impuso por el rigor desde el principio, echándose

después en brazos de los berberiscos, ante el temor de su rival, hasta que después de un cortísimo reinado fué muerto por tres esclavos de su propio palacio.

El despótico reinado de Alí no produjo la caída de los hammuditas, pues dejó dos hijos y un hermano llamado Alkasím, gobernador de Sevilla, que fué proclamado califa seis días después de la muerte de Alí, no sin que el bando contrario se le rebelara, acordando que fuese elegido califa Almortadir ó Abderrahmán IV.

Este luchó con denodado empeño por sostener el trono que le confiaran sus parciales, y después de pelear algunos días con valor en defensa de sus derechos, fué abandonado por los suyos y en la fuga asesinado por emisarios de sus propios enemigos.

Entonces Yahya, el hijo de Suleimán, desembarcó en Málaga, y logrando parciales se hizo proclamar califa, reinando poquísimo, pues hasta su guardia negra le abandonó, así como los capitanes andaluces, huyendo de la capital de su reino, y marchándose á Málaga y de allí á Africa.

Alkasím es proclamado califa por segunda vez, pero sin base sólida, volviendo á insurreccionarse los cordobeses, huyendo de la ciudad y cayendo prisionero de su sobrino Yahya, que le tiene preso tres años y al fin le da la muerte.

Se restaura entonces la dinastía Omeya con Abderrahmán V, que ocupa el trono sólo siete semanas, y que á su vez fué depuesto por el populacho de Córdoba, colocando en el solio á Mahomed III, de igual dinastía, que gobernó tan mal que fué separado por los mismos que poco antes le elevaron al trono.

Recordando que Yahya había vuelto á Málaga, y que éste tenía tropas extranjeras para contener al populacho, fué llamado á Córdoba, y por segunda vez ocupa el califato con poca fortuna, después de seis meses de interregno y sin que llegase á ir á la ciudad, temeroso de lo que pudiera ocurrir, gobernando en su nombre un general, que á poco fué expulsado de la capital por otro levantamiento popular.

Consecuencia de esto fué la restauración de la dinastía Omeya en la persona de Hixem III, hermano de Abderrahmán IV, que sin grandes condiciones de mando é irresoluto para el poder, tardó tres años en ceñir la corona, y disgustando á la nobleza, ésta le hizo abdicar á los siete años de su proclamación, en cuyo tiempo se destruye el imperio árabe-español, proclamándose la independencia de muchos Estados del antiguo poderoso imperio árabe de los españoles.

Así tiene término el califato y la monarquía de Córdoba, efecto de las luchas y las guerras civiles, así como la preponderancia de los partidos que abriendo camino á la ambición de todos, concluía bien pronto con la vida de los califas, y matando la unidad política en el dominio árabe en España.

Por eso en tiempo de Hixem III se proclama en Córdoba la república, bajo un consejo de estado presidido por Gehwar, y concluyendo de este modo el Califato que había durado dos siglos y medio, para comenzar en el período siguiente, los Estados ó reinos de Taifas.

Crítica.—La formación del Califato de Córdoba es el primer signo de la absoluta independencia del poder de los árabes españoles; pues que proclamado el califa jefe supremo y director único de las conciencias y de la religión y culto de sus súbditos, así como era antes el generalísimo de sus ejércitos y el supremo jerarca en la administración del país, ya no quedaba lazo alguno que uniese á España con el Oriente, y podía hacer la vida independiente y libre que comenzó con el Califato.

Y dentro de él, el gobierno de Abderrahmán III simboliza la paz y la ilustración de los árabes españoles, pues que este monarca no sólo estuvo atento á sus empresas guerreras, sino que también hizo á Córdoba capital de la cultura española, aspirando á que con las delicias de una paz ilustrada se lograse la prosperidad del país.

La grandeza de la corte de los califas, atrae la mirada de emperadores y de reyes, y las embajadas de éstos se suceden buscando alianzas ó amistosas relaciones, y los sabios de todos los países ven en Córdoba un centro tal de cultura, que con los maestros de sus escuelas, tienen directas relaciones científicas, y á ellas acuden en más de una ocasión para la resolución de intrincados problemas.

Pero desde la muerte de Abderrahmán III comienza la decadencia del Califato, pues á pesar de los esfuerzos de Al-Hakem y de Almanzor, que gobierna en nombre de Hixem II, no logran realizar y secundar el grandioso pensamiento del fundador del Califato.

Este, si no de hecho, en sus efectos, concluye con la muerte de Almanzor, pues que después sólo las ambiciones personales, las intrigas de los partidos, las luchas políticas y las guerras civiles, ocupan el período de tiempo que media desde el año 1002 hasta el 1036, en que aquél concluye y se proclama la república en Córdoba.

Acerca del período importantísimo que comprende la dominación del Califato en la Península, puede formarse un juicio imparcial sin apasionamiento alguno, asegurando que fué el período más brillante de la dominación árabe en España, á pesar del triste estado que presenta en sus últimos tiempos, pues que durante el espacio que media entre Abderrahmán III y Almanzor, el poder árabe en nuestra Península no tuvo límites, y la cultura literaria, científica y artística de Córdoba, capital del Califato, figuró á la cabeza de los pueblos más civilizados y cultos de aquella época.

LECCIÓN 30.

ESPAÑA CRISTIANA.—MONARQUÍA ASTURIANA DESDE FRUELA I HASTA ALFONSO III, Y ORÍGENES DEL CONDADO DE ARAGÓN, REINO DE NAVARRA Y CONDADO DE CATALUÑA.

España cristiana.—Continuación de la monarquía asturiana.—Reinado de Fruela I.—Sus hechos de armas.—Los matrimonios de los clérigos.—Fundación de Oviedo.—Muerte de Fruela.—Reyes usurpadores.—Aurelio.—Silo.—Mauregato.—Bermudo I.—Leyendas de esta época de la historia del reino de Asturias.—Alfonso II, el Casto.—Batalla de Lutos.—La cruz de los Angeles.—El sepulcro del apóstol Santiago.—Muerte de Alfonso II.—Reinado de Ramiro I.—Su carácter justiciero.—Los normandos en España.—Batalla de Clavijo ó de Albelda.—Su no autenticidad en este reinado.—Persecuciones de los cristianos.—Ordoño I.—Verdadera batalla de Clavijo.—Victorias de Ordoño.—Mejoras en el reino.—Alfonso III, el Magno.—Sus campañas.—Victorias que logra.—Rebeliones contra Alfonso.—Repartición de sus estados.—Muerte de Alfonso III.—Mapa de España desde la fundación del califato y Fruela I en el reino de Asturias, hasta la destrucción de la monarquía cordobesa y muerte de Alfonso III.—Reconquista pirenáica.—Recuerdo de las tradiciones con que comienza.—Primeros jefes de la restauración pirenáica.—Condado de Aragón.—Aznar Galindez I.—Sus descendientes hasta la incorporación de Aragón á Navarra.—Condado de Ribagorza.—Reino de Navarra.—Su antiquísimo origen.—Sus principales representantes en la primera época de su historia.—Oscuridad de la misma.—Reyes de Navarra desde Iñigo Arista hasta Sancho Garcés.—Cataluña.—La reconquista en este país.—Condes dependientes de los francos desde Bera hasta Wifredo el Belloso.=*Crítica.*—Carácter que presenta la monarquía asturiana en este período.—Marcha y desarrollo del reino en Asturias.—Cómo contribuyó á él cada monarca.—Forma particular como se vá desarrollando la reconquista en el condado de Aragón, en el reino de Navarra y en el condado de Cataluña.—Juicio crítico imparcial sobre la España cristiana en este período de su historia.

La España cristiana en la primera parte del segundo subperíodo de la segunda época de la Historia de la Edad media de España, comprende desde el año 756 hasta el 910, en cuyo espacio de tiempo no se hace otra cosa que combatir diariamente con los árabes, y adelantar terreno en la difícil y atrevida empresa de la reconquista.

Por entonces continúa y termina la verdaderamente llamada monarquía asturiana, desde Fruela I hasta Alfonso III el Magno, apareciendo también en este tiempo los orígenes del condado de Aragón y del reino de Navarra, así como los antiquísimos principios del condado de Cataluña.

En el reino de Asturias, á la muerte de Alfonso I el Católico, sucede su hijo Fruela I, que imitó las virtudes de su padre, y que todo su rei-

nado lo ocupó en guerrear con los árabes, y en combatir y acallar á los que dentro de su reino se habían proclamado independientes.

Sus hechos de armas se reasumen en la batalla de Pantumio en Galicia, contra el general de Abderrahmán I, por la sumisión de los gallegos, navarros y vascones, que se erigieron en gobiernos independientes, y por otras rebeliones y conspiraciones que oportunamente sofocó con mano fuerte, restableciendo la tranquilidad en su reino.

Se le atribuye la prohibición de casarse los clérigos, que, según algunos escritores de época posterior, venían haciéndolo desde el reinado de Witiza. Este hecho, negado por la mayor parte de los historiadores, y que cuadra muy mal con la continencia general eclesiástica, produjo, en opinión del monje de Silos, autor de tal especie, la desafección de parte del clero y una revolución en Galicia.

A Fruela I se le atribuye la fundación de la ciudad de Oviedo, que la destinó para su corte, alrededor de una ermita construída por monjes y fieles en honor de San Vicente, adelantando la población y edificándose en ella un grande templo al Redentor, y aumentándose sucesivamente aquella ciudad que tan modestamente había nacido.

Fruela I, que estaba adornado con condiciones inapreciables, aunque de carácter enérgico y cruel, tiene en su historia una mancha infamante, cual es la muerte de su hermano Vimarano, ante el temor de que le disputara el trono. Su muerte fué una expiación de tan horrendo crimen, pues pereció á manos de algunos súbditos, que violentamente le asesinaron en Cangas, descontentos de su carácter.

Y aunque dejó un hijo, que debía sucederle en el trono, no le sucede inmediatamente, sino que á su muerte entra una serie de reyes que recibe la denominación de usurpadores, porque sin título alguno, y sin virtudes propias, ocuparon el trono, no haciendo nada en bien de la causa cristiana, y deteniendo la grandiosa obra de la reconquista.

Aurelio, pariente del rey muerto, y quizás jefe del partido que asesinó á D. Fruela, fué elegido rey de Asturias, paralizando la empresa de la reconquista, estando en paz vergonzosa con los árabes, y sofocando sólo por la astucia una rebelión de esclavos, hasta que ocurre su muerte, á los cinco años de reinar.

Le sucede Silo, que si bien reina diez años, y justifica su elevación al trono por ser yerno de Alfonso el *Católico*, hay quien le cree hermano de Aurelio, y de madre sarracena, siguiendo la paz con los moros, sujetando á los gallegos sublevados, siendo en su tiempo la famosa derrota de Roncesvalles, trasladando su corte á Pravia y fundando iglesias y monasterios.

A la muerte de Silo, su esposa la reina Adosinda y los principales señores, aclamaron rey á D. Alfonso, hijo de Fruela; pero Mauregato, bastardo de Alfonso el *Católico* y de una esclava sarracena, y tal vez auxiliado por ejército árabe, le arrebató el cetro y se colocó en el trono, reinando tiránicamente durante seis años, aunque haya quien trate de esforzarse en defender su odiosa memoria.

A su muerte tampoco ocupa el trono el rey legítimo Alfonso, sino que reina D. Bermudo, llamado el Diácono, por haber recibido algunas

órdenes sagradas, y que después de ellas contrajo matrimonio, tuvo sucesión, renunció la corona en D. Alfonso, llamado después el *Casto*, separándose de su esposa y concluyendo sus días en el monasterio de Sahagún, teniendo un cortísimo reinado de dos años, en los que demostró que era varón magnánimo y de esforzado corazón, y más ilustrado de lo que por entonces se acostumbraba; concluyendo con él esa serie de reyes de Asturias que recibieron la denominación de usurpadores, y que por apatía ó por falta de condiciones personales, nada hicieron para que adelantase la causa española y cristiana.

Durante este tiempo vivieron los reyes en paz con los árabes, dando origen á los pactos y condiciones que entre ambos mediaron, especialmente en tiempo de Aurelio, á una serie de fantásticas tradiciones y leyendas que han poetizado este período histórico. De todas, la más importante es la del tributo de las *cien doncellas*, que no tiene otra verdad histórica que la permisión de casamiento de varias doncellas cristianas con algunos señores musulmanes, y que es la expresión del abatimiento de los cristianos en aquellos tiempos.

Alfonso II, el hijo de Fruela, que como jefe de las milicias cristianas le había tenido Bermudo en su corto reinado, subió al fin al trono después de una juventud piadosa é instruída, y de tener que huir de su país natal cuando Mauregato le usurpó la corona.

Este rey que por sus virtudes y continencia le apellida la Historia con la denominación del *Casto*, comenzó su reinado venciendo á Hixem I en la batalla de Lutos, ó Lodos, donde en terreno pantanoso derrotó completamente á los árabes, muriendo 70.000 de ellos y el jefe que los mandaba.

De este reinado corre también la cristiana tradición de *La Cruz de los Angeles*, que la piadosa leyenda atribuye su formación á dos hermosos peregrinos que se ofrecieron al rey para ser artífices de aquella cruz, que aún se conserva en la catedral de Oviedo, y que la Crítica histórica imparcial la hace donación del rey, y construída por entendidos plateros extranjeros, para adornar la iglesia de San Salvador, construida por su padre, así como él edificó los templos de San Miguel, San Tirso, San Julián y el monasterio de San Pelayo.

También en su tiempo descubrióse el cuerpo del apóstol Santiago en Iria Flavia, cerca de Padrón, en Galicia, á merced de manifestaciones sobrenaturales, que hicieron que el obispo reconociese aquellos lugares, encontrando el sepulcro de mármol donde se guardaban los sagrados restos, y siendo aquellos sitios en adelante objeto de veneración, de peregrinación y de culto, y apellidándose aquel paraje con el nombre de Campo de las Estrellas, y existiendo en la actualidad el sepulcro en la gran basílica de Santiago de Compostela. Durante el reinado de Alfonso II el *Casto*, que trasladó su corte á Oviedo, y que guerreó contra los árabes Hixem, Abderrahmán y AlHakem, siendo también amigo de Carlo Magno, hasta la rota de Roncesvalles, no se vió libre del odio de los Grandes, que á poco de reinar le obligaron á buscar refugio en un monasterio, quizás por creer sus súbditos que iban á ser feudatarios de los francos. Pero vuelto al trono se condujo tan hábil-

mente como político, en el gobierno interior del reino, como había sido valiente guerrero en los campos de batalla. Restableció las leyes góticas, promovió los estudios y revistió de grande prestigio la autoridad real. Entre los grandes que más importancia tuvieron en su reino, se cuenta á Bernardo del Carpio, sobre cuyo nacimiento y proezas tanto ha fantaseado la leyenda y el romancero popular.

Ya en los últimos años de su vida tuvo la desgracia de que Mohammed, el caudillo de Mérida, pagase con la ingratitud los favores recibidos del monarca y le tomase el castillo de Santa Cristina, que á poco recobró el rey, muriendo á los 58 años de glorioso reinado y 82 de edad.

Le sucede Ramiro I, el primogénito de Bermudo el Diácono, que aun cuando subió al trono teniendo 50 años de edad, supo ser digno sucesor de Alfonso en su corto reinado.

Su carácter justiciero le hace ser apellidado *el de la vara de la justicia*, por la severidad y rectitud con que reprimía y castigaba toda clase de delitos, ahogando también en sangre por ser preciso á la salud del reino, las rebeliones que ocurrieron en su tiempo, y las del conde Nepociano y otros dos rebeldes, que aspiraban al trono, y que fueron ejecutados públicamente, así como la de otros que con ruines instintos habían llenado el país de salteadores y malvados.

Por entonces asaltan la costa los normandos, por la parte de Gijón y de la Coruña, arrojándolos Ramiro de allí, después de incendiar sus naves y causar en ellos una horrorosa matanza.

Se le atribuye en sus guerras con los árabes, según la crónica de Alfonso el Magno, dos victorias, creyéndose por algunos críticos, que fueron la de Clavijo y la de Albelda, no habiendo certeza para demostrar la verdadera existencia de la una ni de la otra, en este tiempo, ni el piadoso fundamento que se le quiere asignar, relacionado con el voto de Santiago.

Pero puede afirmarse que en este reinado no tuvieron autenticidad dichas batallas; pues aunque en la relación del voto de Santiago que hace el Arzobispo don Rodrigo se consigna esta leyenda, no tiene justificación histórica en las obras del monje Albeldos, ni en la de Silos, ni en la de Sebastián de Salamanca, ni en la de ninguno de los antiguos cronistas que se ocupan de este asunto.

Por este tiempo corrían malos vientos para la cristiandad en el poderoso imperio de Córdoba, sucediendo á la era de tolerancia la del martirio, en tiempo de Abderrahmán II, á merced del odio de religión y de raza que existía entre árabes y cristianos, y ocurriendo la muerte de los santos Isaac, Eulogio, Flora, María y otros, en la misma capital de los árabes españoles.

A Ramiro I le sucede su hijo Ordoño I, que fué un príncipe insigne en el que se hermanaban la virtud y la misericordia, así como el valor y la prudencia.

En su época se rebelaron los vascones, que fueron vencidos con mano fuerte; y poco tiempo después en guerra con los árabes, se dió la verdadera batalla de Albelda ó de Clavijo, junto al monte Laturce, en

tre Clavijo y Albelda, saliendo vencedor Ordoño y cayendo Albelda en su poder, arrasándose y destruyendo á la ciudad.

Otras victorias importantes tuvo Ordoño, como fueron las de Coria, Cintra, la de los normandos y la de Salamanca, que todas, ganadas por él, le resarcieron del dolor y la pérdida que antes había experimentado cerca de Toledo, con la rota del Guadalecete por las tropas árabes.

Así mismo se distinguió Ordoño por las mejoras interiores de su reino, y durante los 16 años en que gobernó á Asturias, repobló ciudades, edificó iglesias, aseguró las fronteras y concedió privilegios á las nuevas poblaciones, muriendo amado de su pueblo, aumentando el reino en una tercera parte de territorio.

Alfonso III el Magno sucede al anterior, no sin que el Conde de Galicia, Fruela, le disputase el trono, que al fin y por muerte de su rival ocupa, sin contradicción, á los 18 años de edad, y con tal acierto que obtiene ante la Historia y con justicia, el título de *Magno*.

Sus campañas, después de reprimir á los vascones, fueron contra los árabes arrojándoles de toda la región leonesa hasta el Duero, que fué la frontera de su reino, no sin que también corriese en son de guerra por la Lusitania, y después reedificase á Simancas, Zamora y Toro.

Son notables las victorias que contra el emir Almondir logró en Zamora y Polvoraria, así como en Lusitania y en Sierra Morena, que le hicieron temible para los árabes, concertando con aquéllos una paz honrosa, que por él fué religiosamente guardada.

Pero tuvo la desgracia que dentro de sus Estados surgiesen contínuas rebeliones, ya de los nobles, ya de sus hermanos, teniendo necesidad de hacer en todos crueles escarmientos y causándole inmensa pena la rebelión de su hijo el príncipe García, que, aunque vencida, fué la causa de que el rey pensara seriamente en la división de su reino.

Y al efecto, antes de encender en él la guerra civil, reparte sus Estados entre sus hijos, tocando á García la mayor parte con la corona, que ya recibe el nombre de reino de León; Ordoño, toma la Galicia y parte de la Lusitania; Fruela el señorío de Asturias; Ramiro usaba el título de rey sin territorio propio, y Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcediano en Oviedo.

Alfonso III el Magno, residió los últimos años de su vida en su palacio de Gijón y en Zamora, cultivando las letras, y haciendo una venturosa expedición contra los árabes, de acuerdo con su hijo García, muriendo al fin después de 44 años de reinado, llorado de sus súbditos y bendecido de la posteridad.

El mapa de España desde la fundación del Califato por Abderrahmán I y la muerte de Alfonso I de Asturias, hasta la destrucción de la Monarquía cordobesa y muerte de Alfonso III, comprende en la parte musulmana, el mismo territorio que tenía en la época anterior, y á más el reino de Teodomiro que se incorporaron los árabes; y por su parte los cristianos habían adelantado en territorio, siendo el Duero la divisoria de ambos estados.

La reconquista pirenáica de que someramente hemos hablado en lec-

ciones anteriores, y que tiene el carácter de prolongación de la lucha de los naturales del país con los invasores extranjeros, comienza como hemos visto, en los Estados de Aragón y de Navarra, siendo tan antigua como la de Asturias, y apareciendo ya en el siglo VIII en todo el Pirineo, incluso las montañas de Cataluña.

La peña de Uruel y la cruz de Sobrarbe, como recuerdo de las tradiciones con que comienza esta restauración, y de que ya hemos hecho mención anteriormente, nos indican que la leyenda popular y el entusiasmo patrio, mezclaron hechos verdaderos con sucesos fantásticos en la arriesgada empresa que sostuvieron para resistir y contrarrestar la invasión sarracena.

Los primeros jefes de la restauración pirenáica que ya en el siglo IX figuran como representantes de estos alzamientos son Aznar Galindez, primer Conde de Aragón, Iñigo Arista, primer rey de Pamplona ó de Navarra, y García Jiménez, que con su hermano Iñigo, se titulaba rey de Sobrarbe, y á veces de Navarra.

El Condado de Aragón no se remonta su antigüedad más allá del siglo IX, y constituía un pequeñísimo estado entre los ríos Aragón y Subordán ó Alga, que al principio estuvo en dependencia de Navarra y de ella se emancipó después.

En efecto, Aznar Galindez I hijo de Udón el Grande de Francia y jefe vasco sometido á aquéllos, llegó á los confines de Navarra y comenzó á guerrear contra los moros, posesionándose del país que á aquéllos arrancara, titulándose Conde de Aragón, y estando sujeto por algún tiempo á Navarra, hasta que se emancipa después y se constituye en reino independiente.

Son descendientes de Aznar Galindez I en el Condado de Aragón, Galindo Aznar, Aznar Galindez II. que conquistó á Jaca, y Galindo Aznar II. Por el casamiento de Andregoto, hija de éste, con García Sánchez, rey de Navarra, se incorporó este reino á dicho Condado.

Hay también que hacer mención aquí al estudiar el principio de estos estados pirenáicos, del Condado de Ribagorza, de origen antiquísimo, pues que ya entre los ríos Cinca y Noguera, existía en la época visigoda. Y desde Armentario, que en 711 le regía, pasa por una serie de accidentes variados, ya uniéndose á la Aquitania, ya luchando con los árabes, hasta que en tiempo de Guillén, éstos son expulsados totalmente de dicho Condado, y á su muerte pasan estos territorios á ser dominio de Sancho el Mayor, rey de Navarra.

Este reino tiene también su historia y principios en el siglo IX, pues que hasta entonces los vascones habían vivido en tribus aisladas, ya independientes, ya sometidas á los francos ó á los árabes.

Pero su origen es antiquísimo, pudiéndose asegurar que procedían de aquellos vascones que en el siglo V ó VI, dieron origen á la Vasconia francesa ó á la Gascuña, siguiendo la guerra en la parte española con los visigodos y luego con los francos.

En la primera época de su historia, son representantes de Navarra, después de la rota de Roncesvalles, Aznar Galindez, el Conde Jimeno, García Jimenez é Iñigo Arista; pero todo este período primero de la

historia de Navarra está envuelto en la más densa obscuridad, pues se carece de documentos que justifiquen los hechos, y á más, hay mucha semejanza de nombres en los primitivos reyes, lo que hace que la cronología de Navarra ofrezca serias dificultades, aún después de descubierto el famoso Códice de Moyá, que en parte ha venido á esclarecerlas.

Los reyes de Navarra, desde Iñigo Arista hasta Sancho Garcés, son los siguientes.—Iñigo Arista, Conde de Vigorra, llamado también Sancho, tiene un reinado muy accidentado, luchando unas veces con los francos y sometiéndose otras á ellos, hasta que al fin Navarra se declara independiente. Con él en ocasiones comparte el trono su hermano García Jiménez, que á su muerte le sobrevive continuando sus empresas. Le sucede García Iñiguez, que ocupa todo su reinado en guerrear contra los árabes, sucediéndole su hijo Fortun Garcés, que había estado 20 años cautivo en Córdoba y que reinó hasta que su hermano Sancho Garcés se alzó rey de Pamplona, muriendo en el solio con más de cien años.

Cataluña es también otro país donde se inicia la restauración cristiana, ya que de antiguo, desde principios del siglo VIII, los naturales eran gobernados por un jefe especial, llamado Quintiliano, viviendo al parecer con absoluta independencia.

La reconquista en este país, está rodeada de misteriosas hazañas, citando la leyenda y la tradición popular los nombres de Otger y de los nueve varones de la fama, como representantes de aquellas gloriosas empresas, hasta que Loudovico Pío conquista el Norte de Cataluña, y forma la marca hispánica, á la que dá por capital Barcelona.

Y por entonces, y en el espacio de más de 70 años aparecen los Condes de Cataluña dependientes de los francos, desde Bera hasta Wifredo el *Belloso*, en esta forma. Fué primero Conde de Barcelona el noble godo Bera, que dirigió sus Estados 18 años, sucediéndole Bernardo, Berenguer ó Berengario, Seniofredo, Aledrán, Odalvico, Wifredo de Arria, Salomón y Wifredo el *Belloso*, que se separó de la dependencia de los francos y se hizo Conde independiente de Cataluña.

Crítica.—La monarquía asturiana en este período, presenta ya carácter distinto al que tenía anteriormente, pues que á los primeros esfuerzos con que se inicia la reconquista en tiempo de Pelayo, suceden períodos de desaliento y de transacciones con los árabes y otros de grandeza y de heróica resistencia á ellos, extendiéndose grandemente los territorios cristianos, desde Alfonso II el *Casto*, hasta Alfonso III el *Magno*.

Por eso al casi tranquilo período de Fruela I y los reyes usurpadores, sucede el período de guerra del segundo Alfonso y las victorias sucesivas contra los árabes, coronadas con éxito supremo, especialmente en los tiempos del tercer Alfonso, que extiende sus dominios de modo extraordinario, y que logra sea el Duero la línea fronteriza de sus estados.

Pero esto no quita para que cada uno de estos monarcas tenga su participación en la obra de la reconquista; pues que Fruela I venció á

los árabes en Galicia, Aurelio sofocó la rebelión de los siervos de su reino, Silo á los gallegos sublevados, Bermudo I obtuvo triunfo sobre los árabes, y las señaladas victorias de Alfonso el *Casto*, Ordoño I y Alfonso III, preparan de una manera rapidísima el adelantamiento de las empresas cristianas en el naciente reino de Asturias.

En el Condado de Aragón, reino de Navarra y Condado de Cataluña, se vá desarrollando también la reconquista de una manera particular, al amparo del sentimiento religioso y del amor patrio, y logrando á veces sus afanes por el propio esfuerzo, ó buscando en otras ocasiones apoyo en extraño y creyente país, para romper más tarde sus ligaduras, y declararse independientes, continuando con grande entusiasmo la atrevida empresa de la reconquista.

En este período importantísimo de la Historia patria, merece la nación española, que sobre su Historia se forme un juicio crítico imparcial, al par que entusiasta, pues que aunados los esfuerzos de todos, nobles y plebeyos, no se persigue más ideal que asegurar la independencia del territorio y las libertades patrias, arrojar de él al invasor sarraceno, y hacer que la cruz de Cristo sea sólo adorada donde se rendía culto al Dios de Mahoma y al sensualismo musulmán. Para ello se realizan actos de épica grandeza, que envueltos unos en la tradición y justificados otros por la verdadera crítica, vienen á demostrar que es este uno de los períodos más grandiosos de la Historia nacional.

LECCIÓN 31.

España Cristiana.

REINO DE LEON, DESDE DON GARCIA HASTA BERMUDO III.— NAVARRA, CASTILLA Y CATALUÑA EN ESTE TIEMPO.

España cristiana.—Principios del Reino de León.—Tránsito de la monarquía asturiana á la de León.—Reinado de García.—Le sucede Ordoño II.—Triunfos y derrotas de éste.—Fruela II.—Alfonso IV el Monje.—Ramiro II.—Sus victorias.—El conde Fernán-González.—Batallas de Simancas y Zamora.—Reinado de Ordoño III.—Luchas interiores.—Sumisión de los gallegos.—Sancho el Craso.—Su destronamiento.—Su reposición.—Sancho en Córdoba.—Su guerra con Al-Hakem.—Ramiro III.—Su menor edad.—Los normandos.—Mapa de España desde Alfonso III hasta Ramiro III.—Reinado de Bermudo II el Gotoso.—Desastres en este reinado.—Los árabes en León.—Rebeliones en el reino.—Alfonso V el Noble.—Alianza de todos los soberanos cristianos contra Almanzor.—Batalla de Calatañazor.—Fuero y concilio de León.—Bermudo III.—Muerte del Conde de Castilla.—Muerte de don Bermudo y unión de Castilla y de León.—Ligera reseña de los condes dependientes de Galicia.—Reyes de Navarra.—Sancho Garcés.—Jimeno Garcés.—García Sánchez.—Sancho II Abarca.—García II el Trémulo.—Sancho III el Mayor.—Grandes Estados que éste reunió en su tiempo.—Al morir los divide entre sus hijos.—Origen del condado de Castilla hasta el siglo X.—Primeros condes de Castilla.—Fernán-González.—Garci-Fernández.—Sancho García.—García Sánchez.—Condes independientes de Barcelona.—Wifredo el Belloso.—Borrell I.—Suniario.—Borrell II y Mirón.—Ramón Borrell.—Berenguer I el Curvo.= *Crítica.*—La reconquista adelanta de una manera rapidísima en este período.—Se extienden los límites del reino de León, lográndose al fin del mismo la unión de los reinos de Castilla y de León.—Por su parte los Estados de Navarra, Castilla y Cataluña, han ido engrandeciéndose favoreciendo los progresos de la reconquista.—Juicio imparcial sobre la España cristiana durante este período.

La España cristiana, en la que con D. Alfonso III el Magno termina la monarquía propiamente de Asturias, comienza aquí con el reino de León á la muerte de aquél, llamándose así, no sólo por la extensión de territorios hacia la parte de León, sino porque la corte se establece definitivamente en esta Ciudad.

Estas causas justifican el tránsito de la Monarquía asturiana á la de León, en cuyo reino sucede D. García, efecto del reparto que hizo del mismo su padre, obligado por las circunstancias.

El reinado de García, primer rey privativo de León, fué muy breve; duró sólo tres años, haciendo en ellos una expedición contra los moros, devastando los campos de Toledo y Talavera, dotando varios monasterios, y edificando también algunas poblaciones.

Muerto sin sucesión, le sucede su hermano Ordoño II, ya rey de Galicia, que desde el principio, y ungido por los obispos y aclamado por

el pueblo, hizo adelantar mucho en la grande empresa de la reconquista.

Todo su reinado fué un contínuo batallar con los infieles, siendo gloriosas sus expediciones de Mérida y San Esteban de Górmaz, así como la de Nájera, y desgraciada la de Valdejunquera por la deslealtad de los condes de Castilla.

Aunque Ordoño II dejó varios hijos varones, los Grandes á su muerte eligieron á Fruela II que en su corto reinado, sin suceso notable más que los actos de crueldad é injusticia que realizó, hasta que murió de lepra, se reunieron las coronas de Galicia, Asturias y León, estando en contínua enemiga con los Grandes y parte del clero.

Muerto Fruela II al año y dos meses de reinar, ocupa el trono por voluntad del pueblo leonés, el hijo de Ordoño II, Alfonso IV, que la Historia califica con el sobrenombre de el *Monje,* porque en un momento de pesar, abdicó en su hermano Ramiro, y se retiró á un monasterio, pretendiendo más tarde, burlando la ausencia de éste, escalar el trono, lo que no consiguió, pues que D. Ramiro le venció y á todos los rebeldes, sacando los ojos á su hermano y á los infantes auxiliares, y recluyéndoles para siempre en el monasterio de Sahagún.

El reinado de Ramiro II fué notable por sus triunfos contra los árabes, que no fueron otra cosa que la continuación de las valerosas empresas de su padre Ordoño II.

Sus victorias relatadas anteriormente en el reinado de Abderrahmán III, se reasumen en sus triunfos de Madrid y de Osma, de Simancas y Alhandega, poblando muchas ciudades y restaurando otras, lo que le hizo alcanzar fama extraordinaria en España y fuera de esta nación.

También tuvo guerra con el conde Fernán-González de Castilla, que en su afán de hacerse independiente se rebela contra él, y que vencido pactó con él alianzas, y se obligó á guardarle fidelidad, dando en matrimonio su hija Urraca á Ordoño, primogénito del rey.

Durante su reinado se dieron también contra los árabes, las célebres batallas de Zamora y de Simancas, que si al principio en la lucha que se llama del *foso de Zamora* triunfaron los árabes, al fin Ramiro venció en la pelea y reconquistó la plaza, como antes había vencido en toda la línea en la de Simancas, y como más tarde venció también á los musulmanes en la de Talavera.

Ordoño III sube al trono de León á la muerte de Ramiro II por cesión de su padre, y que desde el principio encontró un competidor en su hermano Sancho, unido con el rey de Navarra y con el conde de Castilla.

Las luchas interiores se desarrollaron en el reino, teniendo que guerrear Ordoño III con sus enemigos, que eran su propia familia, y dando ocasión la deslealtad de su suegro el Conde Fernán-González, para que repudiase á su esposa, hija de aquél.

Por entonces los gallegos se aprovecharon de las circunstancias y se rebelaron contra el rey de León, que al fin los sometió, abatió el orgullo del conde Fernán-González, con quien al fin se reconcilió, y siguió las expediciones contra los infieles, siempre victoriosas en Lisboa y en Sa

Esteban de Górmaz, sorprendiéndole la muerte cuando se preparaba á nuevas empresas.

Le sucede sin dificultad Sancho III, llamado el Craso, hermano del anterior, que pasó en su reinado amarguras análogas á las de su hermano, aumentadas por la falta de respeto de sus vasallos, que se burlaban de su excesiva obesidad.

Y entonces el mismo conde Fernán-González, fomenta el descontento de los nobles, que deponen á Sancho y colocan en su lugar á Ordoño IV, llamado el *Malo*, hijo de Alfonso el Monje y que casó con Urraca, la viuda de Ordoño III.

Al fin Sancho, que estaba refugiado en Pamplona al amparo de su abuela Toda, logró ser repuesto en el trono por auxilios extraños, y curado de la enfermedad que tanto le molestaba.

En efecto, por consejos de su abuela marchó á Córdoba, y el califa Abderrahmán puso á su disposición los médicos de su real cámara que entonces eran los más afamados doctores de Europa, y los que le curaron su obesidad con unas yerbas que le hicieron tomar: también celebró un pacto, y recabó el auxilio de un ejército sarraceno, con el que penetró en León, y recobró el trono, huyendo el cobarde Ordoño, y muriendo de todos despreciado en tierra sarracena.

A la muerte de Abderrahmán y sucederle en el califato Al-Hakem II, no cumplió aquél las condiciones del pacto con el musulmán, originándose una guerra en que fué vencido el rey de León, que al fin pidió la paz, y se dirigió á someter á los rebeldes de Galicia, donde se asegura fué envenenado por el conde Gonzalo, muriendo antes de llegar á la capital de su reino.

Ramiro III, hijo de Sancho, le sucede cuando era muy niño y necesitaba el ajeno apoyo para la dirección de los arduos negocios del Estado, pues sólo contaba cinco años cuando ciñó la corona.

Durante su menor edad, dícese que se encargó de la tutela del rey niño á su madre D.ª Teresa y á su tía D.ª Elvira, las que, y especialmente esta última, dirigieron los negocios del Estado tan hábilmente, que la mayor prosperidad existió en el reino, ratificándose los ventajosos tratados de paz que existían con los musulmanes.

Los normandos invadieron la Galicia, por entonces, pero fueron rechazados por el conde Gonzalo Sánchez y lanzados de nuestra nación.—A poco de estos sucesos, llegó Ramiro á la mayor edad, y por su carácter se hizo odioso, cuando por sí dirigió los negocios del reino, logrando que los nobles se le rebelaran y proclamasen por rey á D. Bermudo, hijo de Ordoño II, con quien sostuvo una batalla sin consecuencias, y otra desastrosa con Almanzor, muriendo á poco, y dejando expedito el camino á su competidor.

El mapa de España desde Alfonso III hasta Ramiro III, presenta disminuída la España musulmana con los territorios incorporados al reino de León, que se extendieron hasta el Duero, aumentándose la España cristiana por entonces, con los condados de Castilla y Barcelona y el reino de Navarra.

A la muerte de Ramiro III, ocupa el trono Bermudo II, llamado el

Gotoso, que fué un príncipe misericordioso, prudente y recto, que restableció las antiguas leyes góticas, y mejoró considerablemente la situación del reino.

Durante su reinado hubo grandes desastres y rebeliones de los nobles, á pesar de que Almanzor le ayudó para establecerse en su reino, apareciendo como tributario de aquel caudillo.

Sin embargo, los árabes no cumplen lo pactado, y en sus expediciones militares anteriormente relatadas, llegan hasta el mismo León, capital del reino, destruyéndola sin contemplación alguna, así como la de Santiago, en cuya hermosa basílica causaron grandes destrozos.

Durante todo su reinado, los nobles le fueron desleales, se rebelaron contra él continuamente, se aliaron con los infieles, y se apoderaron de la hacienda del rey, que víctima de la gota, murió á los seis años de reinar, dejando sólo como recuerdo de su tiempo la restauración del templo famoso de Santiago de Galicia, destruído por Almanzor.

Le sucede su hijo Alfonso V, apellidado el Noble, hábilmente dirigido durante su menor edad, por su madre D.ª Elvira, y por el conde Melendo González y su esposa.

Ya mayor de edad, casó con Elvira, hija del referido Conde, castigó con mano fuerte las rebeldías de los nobles, y especialmente la protección que á ellos prestó el conde de Castilla Sancho García, reedificó á León, y volviendo allí la corte, que estaba en Oviedo desde que aquella ciudad había sido destruída por los árabes.

Era tanto el poder de Almanzor y tan grande el temor de los soberanos cristianos, que todos se unieron en contra de él, y al efecto los reyes de León, el de Navarra y el conde de Castilla principalmente, reclutaron un ejército poderoso en contra del árabe, decididos á interrumpir la carrera de triunfos del feroz devastador, que ya llevaba ganadas 49 batallas á los cristianos.

Al efecto, dióse la célebre batalla de Calatañazor en la raya de Castilla y de León, que fué terrible para los árabes, como hemos visto anteriormente, y en la que, quedando por primera vez vencido Almanzor, se retiró á Medinaceli, donde murió víctima de mortal melancolía.

Después de este triunfo, hay que reseñar como importantísimo en el reinado de Alfonso V, la celebración del concilio de León, con carácter político religioso, que recordaba los de Toledo, y en el que se hizo el fuero de León, como pequeño cuerpo de leyes, que concedía á los pueblos una existencia independiente, y que era el principio de las Cartas-pueblas ó legislaciones locales y de la libertad municipal.

A su muerte, herido por un dardo sitiando á Viseo, ocupa el trono Bermudo III, que aunque joven se distinguía por sus cualidades de bondad, firmeza y justicia, que las aplicó á reprimir con mano fuerte la sublevación de los nobles en Galicia.

Cuando comenzaba su reinado, tuvo lugar en León la muerte del conde de Castilla, García, asesinado por los Velas, al ir á desposarse con D.ª Sancha, hermana de Bermudo. Por cuya causa Sancho III de Navarra se posesionó del condado de Castilla, á nombre de su esposa doña Mayor, guerreando con su pariente el rey de León, cuya lucha termi-

con el casamiento de D.ª Sancha hermana de Bermudo, y D. Fernando hijo del rey navarro, bajo las condiciones de incorporaciones de todos los Estados en uno, y concesión de título de reino al Condado de Castilla.

Muerto el rey de Navarra, quiso D. Bermudo recobrar las tierras que aquél le conquistara en su reino, pero D. Fernando se opuso á ello, trabándose batalla en el valle de Tamarón, en la que perdió la vida el rey de León, uniéndose de este modo los reinos de Castilla y de León, y jurándose á D.ª Sancha y á D. Fernando como reyes de estos Estados que ya constituirían en adelante uno solo.

Los Condes de Galicia que tanta significación tienen en la historia de León, no eran otra cosa que Condes ó gobernadores de aquella región, dependientes de dicho monarca. Hay una larga serie de ellos, desde Pedro que fué el primero, nombrado desde tiempo de Ordoño I, siguiéndole Fruela, y Ordoño, que se declara independiente, así como Gonzálo Sánchez, Rodrigo Velázquez, Guillermo González y Menendo González, pues que los demás, hasta que Galicia se hace reino independiente, no tienen importancia alguna.

El reino de Navarra por esta época, comienza con Sancho Garcés sucesor de García Iñiguez en 905, y en cuyo tiempo empieza á tener importancia Navarra, sosteniendo guerra con los sarracenos, extendiendo sus dominios por Aragón, venciéndole Abderrahmán III en Valdejunquera y en Pamplona, y dejando al morir, después de un reinado de 21 años, un hijo de corta edad llamado García, bajo la tutela de su madre Toda.

Muerto aquél, sigue reinando su hermano Jimeno, hasta su muerte en 931, y entonces García su sobrino ocupa el trono, casándose con Andregoto, hija del conde de Aragón, que de este modo incorpora aquel territorio á la Navarra, reinando 35 años, interviniendo en las luchas de sus vecinos, y aliándose con ellos en contra de los árabes.

A su muerte, Sancho II Abarca ciñe la corona, por más que su hermano Ramiro toma el título de rey en el pequeño territorio de Viguera, aunque por poco tiempo, quedando otra vez unido todo el territorio de Navarra.

Por eso le sucede ya en todo el reino García II el *Trémulo*, que nada hizo de notable en los seis años de su reinado.

Reina después su hijo Sancho III el Mayor, llamado así por la extensión de sus Estados, que intervino en la batalla de Calatañazor, incorporó los territorios de Sobrarbe y Ribagorza, á los suyos y como marido de D.ª Mayor, se apoderó del condado de Castilla cuando murió D. García, preparando con el casamiento de su hijo Fernando, y la hermana de Bermudo, la unión definitiva de Castilla y de León.

Grandes eran los Estados que reunió en su tiempo Sancho III el Mayor, pues que logró que el pequeñísimo espacio en que naciera el reino de Navarra, se fuera extendiendo ilimitadamente, y en su tiempo por conquistas y anexiones, pudiera disponerse de grandísimos territorios.

Pero comete al morir, el error de dividir sus Estados entre sus hijos, tocando á García la Navarra, á Fernando Castilla, á Gonzalo, Sobrarbe

y Ribagorza, y á Ramiro Aragón, dificultando nuevamente con este reparto la obra de la reconquista, y de la unificación de los Estados cristianos.

El condado de Castilla, antes del siglo X recibió distintas denominaciones. Se le llamó Cantabria en tiempo de los romanos, Bardulia en el siglo VIII y Castella ó Castilla, por sus innumerables fortalezas desde el siglo IX, gobernándose por condes independientes de Asturias y de León, desde el principio, y llamándose vieja y nueva á la parte primitiva y posterior de estos Estados.

Los primeros Condes de Castilla, desde Nuño Núñez en 824 hasta Fernán-Conzález, que da existencia propia al mismo, son Rodrigo, Diego Rodríguez Porcellos fundador de Burgos, Gonzálo y Nuño Fernández, y otros Condes subalternos de escasísima importancia.

Pero el verdadero fundador del Estado independiente castellano, fué el Conde legendario Fernán-González, hijo de Gonzalo Fernández, que vencedor siempre de los árabes en miles escaramuzas ya aparece en 931 como conde independiente, concurriendo con el rey de León más tarde, á las batallas de Osma, Simancas y Alhandega, así como luego á la de San Esteban de Górmaz, interviniendo en los asuntos de León y luchando contra los árabes hasta su muerte.

Su hijo Garci-Fernández le sucede como conde independiente, dando fueros á las ciudades, y no siendo tan afortunado como su padre en su incesante guerra contra los musulmanes, muriendo al fin á consecuencia de la desgraciada batalla de Alcocer.

Viene después á reinar Sancho García, que fué tributario de los moros al principio, aunque después tomó parte gloriosa en la batalla de Catalañazor, interviniendo en las luchas civiles que desgarraban el Califato y aumentando ilimitadamente sus dominios.

García Sánchez, que iba á casarse con la hermana de Bermudo III de León, y que fué asesinado por los Velas, es el último Conde de Castilla; pues que estos Estados pasaron á Sancho el de Navarra á nombre de su esposa, y después su hijo Fernando toma ya el título de rey de Castilla unido á los demás Estados que poseía.

Los Condes independientes de Barcelona, que hay que estudiar en este tiempo, son los comprendidos desde Wifredo el *Belloso,* hasta Berenguer Ramón I el *Curvo.*

Wifredo el *Belloso,* es el primer conde independiente de Barcelona, que expulsó á los moros de parte de su territorio, fundó dos célebres monasterios catalanes y aseguró la independencia de aquel Condado.

Le sucede su hijo Borrell I ó Wifredo II, que continuó la obra de la reconquista, y que no dejando más que una hija fué excluída del trono porque los catalanes se regían por la ley franca.

Por eso le sucede Suniario, hermano del primer Wifredo, que armonizó perfectamente un carácter guerrero con un acendrado fervor religioso, asociando en el trono por último á su hijo, y retirándose al monasterio de Ripoll donde murió.

Borrell II, aunque señor del Condado, dió participación en el gobierno á su hermano Mirón que vivió muy poco, gobernando aquél su Es-

tado, luchando con los árabes, siendo vencido por ellos, y reconquistando al fin á Barcelona, concluyendo su gobierno en 992, y dejando el Condado de Barcelona á su primogénito Ramón, y el de Urgel á su otro hijo Armengol.

Ramón Borrell, ocupa todo su reinado, desde 992 hasta 1018 en lucha con los árabes, y en favorecer las disensiones que iban destruyendo el Califato. Tuvo relativa fortuna en sus empresas guerreras, y promovió la felicidad de sus Estados.

A su muerte ocupa el gobierno de Cataluña, Ramón Berenguer, llamado el *Curvo*, bajo la tutela de su madre Ermesinda, siendo el tiempo de su mando el período de florecimiento y paz de aquel estado, y en el que se publicaron leyes, confirmando las franquicias de los catalanes. A éste sucede su primogénito Ramón Berenguer llamado el *Viejo*.

Crítica.—Es de notar que en este período la reconquista adelanta de una manera rapidísima, pues que todos los Estados cristianos independientes por su parte se unen en contra del árabe, y en más de una ocasión presentan batalla y vencen á los feroces musulmanes que tan ensoberbecidos se hallaban con su dilatado poder en la Península ibérica.

Siendo de notar también que favorecen estos sucesos, la extensión de los límites con que vá engrandeciéndose el ya fuerte reino de León, que por destino providencial y causas imprevistas, se une al fin de este subperíodo con Castilla en la persona de Fernando I, formándose de este modo la poderosa monarquía de Castilla y de León.

Por su parte, los Estados de Navarra, Castilla y Cataluña, han ido engrandeciéndose parcialmente, coadyuvando á esta obra patriótica y facilitando por medio de uniones para el porvenir el engrandecimiento de todos los Estados cristianos y los progresos de la reconquista, que sucesivamente van extendiéndose en los dos subperíodos que aún restan de la segunda época de la Historia de la Edad media.

Por eso puede decirse, juzgando imparcialmente la España cristiana durante este período, que realiza una obra gigantesca, y que sobre los pequeños cimientos de la monarquía asturiana se van alzando y engrandeciéndose el reino fuerte de León y los Estados pirenáicos, que todos viven y luchan contra el árabe, estimulados por la idea de reconquista y animados por los santos amores de religión y de patria, que han sido siempre los ideales del español en todas las épocas de su historia.

LECCIÓN 32.

España Árabe.

LOS ESTADOS DE TAIFAS, Y LOS ALMORAVIDES Y ALMOHADES EN NUESTRA PATRIA, HASTA LA RUINA CASI COMPLETA DE LA DOMINACIÓN MUSULMANA, POR LAS CONQUISTAS DE S. FERNANDO Y JAIME I.

Tercer subperíodo, de los períodos en que se divide la segunda época de la historia de la Edad Media.—Los Estados de Taifas en la España árabe, y el reino leonés-castellano.—Estados que comprende.—España árabe.—Desde el fin del Califato hasta la muerte de San Fernando.—Los reinos de Taifas y ruina de la Monarquía musulmana en España.—Tres párrafos principales que comprende este período de la Historia.—Primer párrafo.—Reinos de Taifas.—Consecuencias del fraccionamiento del Califato.—Vicisitudes porque pasaron los reinos de Taifas.—Córdoba, bajo la forma republicana.—Málaga con los hammuditas.—Granada con los zihiritas.—Sevilla con los abbaditas.—Toledo con los Beni-Dzinum.—Valencia y su incorporación á Toledo.—Principados de Denia, las Baleares y Murcia.—Zaragoza, y vasallaje de los walíes de Huesca, Lérida y Tortosa.—Párrafo segundo.—Los almoravides.—Su llegada á España.—Batallas importantes en que intervienen.—Conquista de la España árabe por los almoravides.—Reyes cristianos que les combatieron.—Los almohades vienen á destruir la dominación de los almoravides.—Conquistas que realizan.—Revolución en España á favor de los almohades.—Engrandecimiento de su poder.—Fin de los almoravides.—Representantes de los almohades en España.—Párrafo tercero.—Ruina casi completa de la dominación musulmana en España por las conquistas de San Fernando y Jaime I.—Conquistas de los cristianos que anulan el poder musulmán en nuestra Península.—*Crítica.*—Los reinos de Taifas vienen á significar en España el período decadente del poder musulmán.—Las invasiones de almoravides y almohades, no son otra cosa que un supremo esfuerzo del fanatismo musulmán en contra de la idea cristiana.—Las conquistas de San Fernando y Jaime I, acaban con este poder en España, dejándolo reducido al reino tributario de Granada.—Juicio desapasionado sobre la dominación de los árabes en España, en este período.

El tercer subperíodo de la segunda época de la Historia de la Edad media de España, abarca más de dos siglos, ó sea desde el año 1031 al 1252, continuando encarnizada la guerra entre cristianos y árabes, y acentuándose cada vez más la decadencia de éstos.

Lo característico y principal de este período, son los Estados de Taifas en la España árabe, y el reino leonés-castellano en la cristiana, pues que entre unos y otros se acentuó la lucha, que fué siempre teniendo ventajas para las armas cristianas y que da predominio á Castilla y á León, ya unidos, ya separados, en este espacio de tiempo.

Pero á su vez, en la España árabe hay que estudiar también, á más de los Estados de Taifas, que comprende esta lección, la invasión de

los almoravides y los almohades, como fanáticos auxiliares de los sectarios de Mahoma en nuestra patria y la ruina casi completa de su poder; así como entre los cristianos hemos de ver, á más del reino leonés-castellano, los sucesos importantes que se desarrollan en Navarra y Aragón, y especialmente en Cataluña, así como el nacimiento del condado de Portugal.

La España árabe, desde el fin del califato hasta la muerte de San Fernando, comprende un período durante el cual, sobre las ruinas del poderoso imperio de Córdoba, se alzaron pequeños reinos y gobiernos, cuyo número excesivo y falta de unidad, preparó, á pesar de auxilios extraños, la casi completa ruina de la monarquía musulmana en España.

Por eso los reinos de Taifas y la destrucción de dicha monarquía, están perfectamente enlazados, toda vez que la diversidad de razas, dentro de la España árabe, y de los auxiliares poderosos que tuvieron contra los cristianos y que por ellos fueron vencidos, prepararon el aniquilamiento de su poder, que casi es ilusorio en el período siguiente.

Este subperíodo de la Historia patria, comprende para su estudio tres párrafos principales, ó sean: 1.°, los reinos de Taifas; 2.°, los almoravides y almohades; 3.°, ruina casi completa del poder árabe en España.

El primer párrafo se refiere á los reinos de Taifas ó pequeñas soberanías, que se formaron por vía de tribu ó de desmembración, á la disolución del califato de Córdoba.

Consecuencias de dicha disolución fué el estado anárquico en que se encontró la España árabe, á merced de la independencia de las provincias y de la lucha encarnizada entre los árabes de pura raza, los berberiscos y esclavos, que odiaban á la aristocracia musulmana, sirviendo de apoyo á estas diferencias la falta de unidad de fe religiosa, los cismas musulmanes y el diario auxilio que á los que se insubordinaban prestaban contínuamente los mozárabes y muladíes.

Pero los reinos de Taifas, desde su establecimiento hasta su extinción, pasaron por mil vicisitudes, siendo más de veinticinco, y teniendo una existencia muy azarosa, ya por el contínuo batallar de las armas cristianas, ya también por las guerras que estallaron entre ellos.

Córdoba, que había sido el centro del califato y del gran poder árabe en España, proclamó á la caída de aquél la república, siendo elegido presidente del Poder ejecutivo Abulhacén-Djewar, que gobernó con poder absoluto y tuvo sucesores en el gobierno, desde 1031 en que comenzó, hasta 1075 en que fué incorporada esta pequeña república, por la fuerza de las armas, al reino de Toledo.

Málaga con los hammuditas, forma reino independiente, poniéndose á la cabeza de él Alí-ben-Hamud, y sucediéndole los de su dinastía hasta el año 1052, en que fué despojado por Badis, rey de Granada.

En esta ciudad se forma también reino independiente con los zihiritas, cuya dinastía fundó el berberisco Sawi en 1016, que tuvo existencia propia, hasta que los almoravides primero y los almohades después, dominaron en la ciudad, y luego en tiempo de San Fernando se fundó el verdadero reino de Granada, de la dinastía nazarita.

Sevilla, á su vez, estableció monarquía con los abbaditas de Siria, siendo el primero de sus monarcas Abulkasin, y continuando con una serie de reyes hasta Almotamid, que fué el último de los monarcas independientes destronados por los almoravides en 1091.

En Toledó también fundó dinastía la familia berberisca de los Beni-Dzinum, que desde Ismail hasta Alcadir, dan una serie de reyes toledanos, hasta que esta capital cayó en poder de Alfonso VI.

Valencia fué gobernada siempre durante este período por tenientes de califas, que al fin se hacen independientes, y desde 1021 hasta 10[illegible] hay varios monarcas, en cuya época se proclama en Valencia la república, no contentos sus moradores con que se incorporara á Toledo, en calidad de tributaria, y así continuó hasta 1094 en que fué tomada por el Cid.

Los principados de Denia, las Baleares y Murcia, tienen reyes particulares, casi todos esclavos hechos independientes, que fueron perdiendo territorios, como ocurre en Denia, ó incorporándose á Zaragoza y Toledo, cual sucede á las Baleares y á Murcia.

Los de Zaragoza eran arabes de pura raza, reinando al principio dos familias independientes unas veces, y sometidas otras á los califas de Córdoba, viviendo independiente y con reyes propios de la familia de los Beni-Hud, desde 1039 hasta que en 1110 fué conquistada por los almoravides, y en 1118 por Alfonso I de Aragón.—Hubo además otros reyezuelos de Taifas, independientes, como los de Almería, Alpuente, Badajoz, Albarracín, Niebla, Huelva, Mérida, Morón, Ronda, Algeciras, etc., que todos, aunque tuvieran pequeñísimo territorio, tenían vida propia, administraban justicia, y hasta acuñaban moneda.

El párrafo segundo de esta lección, comprende el estudio de la invasión de los almoravides y almohades en España, durante este período histórico, cuyos sucesos están íntimamente ligados y se detallarán principalmente en la Historia de la España cristiana.

Los almoravides eran una multitud de fanáticos berberiscos, oriundos del Desierto de Sahara, en Africa, que desde su primer jefe Abdeláh comenzaron á extender su imperio, y fundando á Marruecos, extendieron su poder desde Guinea hasta el Mediterráneo.

Llegan á España en tiempos de Alfonso VI, llamados por estos musulmanes para que los auxiliaran, y desembarcan en las costas valencianas, al mando de Yusuf-ben-Taxfin, uniéndose con los árabes españoles, y formando un poderoso ejército de más de 100.000 hombres.

Los almoravides intervienen en batallas importantes, como la de Zalaca (Badajoz), en que salieron completamente vencedores; la de Alcá (Murcia), en que no tuvieron igual fortuna, y otras muchas, en que demostraron el ciego furor que les animaba, su odio al nombre cristiano, así como los sufridos que eran para el combate, ya que siempre, desde sus orígenes habían combatido con todos sus enemigos con tanta tenacidad como fiereza.

Y así logran en poco tiempo hacerse dueños de la España musulmana, á pesar de que sólo vinieron aquí como fanáticos auxiliares de los árabes españoles. Por eso se hacen fácilmente dueños de Granada,

después de Sevilla, Córdoba, Carmona, Almería y toda la costa de Valencia, con inclusión de la capital, conquistando, por último, á Badajoz y á las Baleares, que completaron el cuadro de las empresas guerreras de estos feroces sectarios de Mahoma.

Los reyes cristianos que más combatieron las atrevidas empresas de los almoravides, fueron Alfonso VI, en cuyo tiempo ocurrieron las legendarias hazañas del Cid contra los moros, Alfonso VII que conquistó multitud de poblaciones á los árabes, y otros que como auxiliares favorecieron estas empresas contra la avasalladora conquista de los almoravides.

Viendo los árabes de Africa que iba decayendo en España el poder árabe, y sobre todo por no encontrar muy ortodoxa la fe religiosa de aquéllos, vienen de las cordilleras del Atlas otros musulmanes más fanáticos que éstos, y para combatirles, llamándose almohades, que quiere decir unitarios, contrarios á la fe religiosa de los almoravides, y á la relajación de sus costumbres, y enemigos también encarnizados de la creencia cristiana.—Por eso su jefe, llamado Abdelmumem, desembarca en España con fuerte ejército para defender con las armas su nueva doctrina en 1144, y al fin logran en poco tiempo la ruina de los almoravides.

Realizan la conquista de Niebla, Evora, Béjar y Mérida, á las que siguieron después Córdoba, Valencia, Murcia, Almería, Málaga, Sevilla y Granada.

Sus rápidos triunfos realizan una revolución en España á favor de los almohades, aunque la suerte de las poblaciones árabes no mejoró nada con la dominación de estos nuevos sectarios de Mahoma, ni con que en sus alcázares se enarbolase la bandera blanca de los almohades, abatiéndose los negros estandartes de los almoravides.

Su poder se vá engrandeciendo de día en día, siendo humillante el yugo que sufrieron los conquistados; pues que los almohades, como africanos puros, trataron de exterminar la antigua raza, creyendo que engrandecían más y más su poder, no dejando en España más que moros africanos.

Así concluyen en absoluto los almoravides, que van desapareciendo de España, volviendo al Africa, notándose el fenómeno de que el fanatismo que éstos trajeron á la península, resultó escaso y pequeño al lado del que simbolizaron los almohades, que á sangre y fuego lo exterminaban todo, y los arrojaron de la península, pretendiendo, en su insensato orgullo, borrar de aquí el nombre cristiano.

Los verdaderos representantes de los almohades en España, son Abu-Yacub, conquistador de Cuenca; Yacub Almanzor, vencedor de Alfonso VIII de Castilla, en la célebre batalla de Alarcos, y Yacub Mahomed Annasir, que á su vez fué vencido en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, con la que se preparó la ruina del poder almohade y musulmán en nuestra península.

El párrafo tercero de esta lección, determina el engrandecimiento del poder de las armas cristianas y la ruina casi completa del poder musulmán en España.

Efectivamente: después de la batalla de las Navas de Tolosa, comenzó para los árabes un período de verdadera disolución y de decadencia, que aprovecharon oportunamente, no sólo el mismo Alfonso VIII, con conquistas posteriores á la de las Navas, sino otros reyes cristianos, que entusiastas por la guerra con el musulmán, como los de León, fundan órdenes militares para ayudar esta empresa, hasta que unidas definitivamente las coronas de Castilla y de León, en Fernando III el Santo, y las de Aragón y Cataluña en Jaime I, se verifica la ruina casi completa de la dominación musulmana en España, anulándose el poder de los almohades en nuestra península.

Y efectivamente, las conquistas de los cristianos en tiempos de San Fernando, tomando á Córdoba, Jaén, Martos, Ubeda y Baeza, Murcia y Sevilla, y preparando que Alhamar, el rey de Arjona, fundase el reino moro tributario de Granada, así como las conquistas de las Baleares, Valencia y Murcia, en tiempo de Jaime I de Aragón y de Cataluña, anulan por completo el poder musulmán en nuestra patria, á pesar de que los moros españoles conciben algunas esperanzas con la invasión de los Beni-Merines, que de Africa habían llegado á Castilla, para reanimarles, aunque por poco tiempo, y que cobrara algún aliento su vacilante poder.

Crítica.—Los reinos de Taifas vienen á significar en España el período decadente del poder musulmán, pues siendo como fueron desmembraciones, tribus ó gobiernos parciales, desprendidos del gran poder que se hundió con el califato, no pudieron tener unidad alguna en su gobierno, fueron todos reyezuelos independientes, y la falta de cohesión en sus aspiraciones, guerras y gobierno, ayudaron indirectamente el triunfo de las armas cristianas.

Y hubieran terminado más pronto su rápida é infructífera misión en la España árabe, á no ser porque las invasiones de almoravides y almohades contuvieron en algún tanto aquella rápida decadencia del poder musulmán en España, iniciada con los reyes de Taifas, toda vez que unos y otros representaron aquí un supremo esfuerzo del fanatismo musulmán en contra de la idea cristiana, y con sus predicaciones y salvaje furor en la guerra religiosa, que aquí emprendieron, opusieron dique por algún tiempo á las armas cristianas, que á no ser por estas invasiones, hubieran adelantado rápidísimamente la obra de la reconquista.

Pero la Providencia, al permitir que coincidieran los triunfos contra la morisma, de San Fernando y Jaime I, acaban casi por completo con el poder árabe en España, dejándolo reducido al reino tributario de Granada, consentido quizás ó preparado por Fernando III, por razones de alta política; pues que á continuar sus expediciones, le hubiera sido fácil, auxiliado del rey de Aragón, expulsar en absoluto á los moros de España, ya que llegó con sus armas victoriosas hasta las fronteras del reino de Granada.

Desapasionadamente hay que juzgar la dominación de los árabes en España en este período, afirmando que hicieron cuanto pudieron, alentados por el fanatismo religioso, para sostenerse en el país; pero que si

los que gobernaron en los restos del califato, ni los nuevos invasores, supieron sostener aquí el prestigio y grandeza de los tiempos pasados, mucho más cuando la Providencia concedió á la cristiandad esforzados monarcas que prepararan su completa ruina en nuestra patria, pues que al fin de él sólo queda, como restos del orgulloso poder de los musulmanes en España, el naciente reino de Granada, que sólo puede vivir por ser tributario de Castilla.

LECCIÓN 33.

España cristiana.

CASTILLA Y LEÓN UNIDOS, DESDE FERNANDO I HASTA ALFONSO VII.—NAVARRA HASTA SU UNIÓN CON ARAGON.

España cristiana.—Reinos de Castilla y de León, unidos.—Fernando I el Magno.—Cómo reunió en sus sienes las coronas de Castilla y León.—Turbulencias en el reino.—Concilio de Coyanza.—Guerras que hubo en su tiempo y división entre sus hijos, al morir, de sus extensos Estados.—Sancho II el Fuerte.—Guerras civiles y consecuencias de ellas.—Alfonso VI, rey de Castilla, León y Galicia.—El Cid.—Juramento del rey.—Primeros actos de su reinado y prisión de D. García.—Casamiento de Alfonso VI.—Toma de Toledo.—Llegada á España de los almoravides y batalla de Zalaca.—Sitio de Aledo.—Creación del condado de Portugal.—Conquista de España musulmana por los almoravides.—Batalla de Uclés.—Hazañas del Cid.—Muerte de Alfonso VI.—Mapa de España desde el reinado de Ramiro III hasta Alfonso VI.—Reinado de doña Urraca.—Disensiones interiores y guerras en su tiempo.—Proclamación de Alfonso VII el Emperador.—Guerras entre éste y su madre doña Urraca.—Revoluciones en el reino y nuevas invasiones de los moros.—Muerte de doña Urraca y elevación al trono de Alfonso VII.—Guerras con D. Alfonso el Batallador, y con los almoravides.—Conquistas de Alfonso VII.—Se hace proclamar Emperador.—Guerras con Portugal.—Otras empresas guerreras.—Los almohades.—Conquista de Almería.—Sitio de Córdoba y otras empresas hasta la muerte de Alfonso VII.—Mapa de España desde Alfonso VI, hasta la muerte de Alfonso VII.—Historia de Navarra hasta su unión con Aragón.—García de Nájera.—Sancho de Peñalén.—Aragón, hasta la muerte de Alfonso el Batallador.—Reinado de Ramiro I.—Idem de Sancho Ramírez.—Pedro I.—Alfonso I el Batallador.—Sus expediciones y conquistas hasta su muerte.=*Crítica.*—Importancia que para la Historia tiene el reinado de D. Fernando I.—La división que hace de sus Estados perjudica los progresos de la reconquista.—Los reinados de Alfonso VI y Alfonso VII son un paso gigantesco de la misma.—La personalidad del Cid ante la tradición y ante la Historia.—Los almoravides y almohades como elementos de poder de la raza musulmana.—Navarra y Aragón, coadyuvando á las grandes empresas de la reconquista.—Juicio imparcial sobre los sucesos históricos de esta parte de la Historia de la Edad Media.

La España cristiana en este período histórico, comprende desde don Fernando I el Magno hasta D. Alfonso VII el Emperador, ó sea desde el 1037 en que comienza el reinado del primero, hasta el 1157 en que termina el de este último.

En dicho período, aparecen unidos los reinos de Castilla y de León que por sucesos providenciales y extraños se reunen las coronas de Castilla y de León en Fernando I, siendo la suya la más poderosa monarquía de la península. Caracterizándose este tiempo por los pactos con los árabes y la constitución del Imperio cristiano.

Fernando I el Magno, se hace dueño de una extensa monarquía á la muerte de D. Bermudo, reuniendo las coronas de Castilla y de León, siendo modelo de reyes y de cristianos, así como legislador muy previsor y acertado para subvenir á todas las necesidades de su pueblo.

Reunió en sus sienes las coronas de Castilla y de León, ya merced á su matrimonio con D.ª Sancha, ya también por el asesinato del Conde de Castilla y la muerte desgraciada de D. Bermudo de León, cuyos sucesos hicieron que en él recayesen tan extensos dominios en España.

Durante un gran número de años, al principio de su reinado, hubo grandes turbulencias en su reino de León, cuyos súbditos no le miraban con agrado, creyéndole autor de la muerte de D. Bermudo y considerándosele siempre extranjero en aquellos Estados.

Pero él, con su buen gobierno y sus sabias determinaciones, procuró captarse el amor de sus súbditos, restaurando el orden y dando acertadas disposiciones, para lo que reunió el famoso Concilio de Coyanza (Valencia de D. Juan, en León) el año 1050, que para unos es considerado como continuación de los concilios de Toledo por el restablecimiento de las antiguas leyes góticas, y para otros es el origen verdadero de las Cortes de Castilla.

Durante su reinado tuvo guerras, no sólo con los rebeldes leoneses sino también con D. García de Navarra, y después de varias batallas con diversos resultados y la intervención de San Iñigo y Santo Domingo de Silos, hasta que en la de Atapuerca venció, y le costó la vida á su hermano D. García. También tuvo guerra con los mahometanos en los que consiguió triunfos decisivos como los de Viseo, San Esteban de Gormaz y Coimbra.—Al morir dividió sus Estados entre sus hijos, dando á Sancho, Castilla; á Alfonso, León y Asturias; á García, Galicia; y á sus hijas Urraca y Elvira, los señoríos de Zamora y de Toro, mereciendo por su glorioso reinado que la Historia le apellide con el sobrenombre de el Magno.

Su hijo primogénito Sancho II, llamado el *Fuerte*, le sucede en el trono de Castilla, y desde el momento de ceñir la corona demostró su disgusto por el reparto hecho por su padre, y dejó entrever sus belicosos proyectos contra sus hermanos, contenidos mientras vivió la reina D.ª Sancha.

Pero muerta ésta, comenzó la guerra y las discordias civiles se enseñorearon de la España cristiana, luchando primero contra D. Alfonso de León, á quien venció en Llantada y en otras batallas, venciendo después á D. García en Galicia, y arrebatando á su hermana Elvira, la ciudad de Toro, encontrando traidora muerte á manos de Bellido Dolfos, cuando sitiaba á Zamora, patrimonio de su hermana Urraca.

Después de estos sucesos, Alfonso VI, que había perdido su reino de León y estaba refugiado en la Corte del rey moro de Toledo, cuando supo por su hermana la muerte de D. Sancho, se dirigió á Zamora, siendo reconocido como rey de León y de Galicia, presentándose dificultades por los castellanos para aceptarlo como monarca hasta que se cumplieran ciertas honrosas formalidades que exigía la lealtad castellana, Era el alma de los que andaban remisos en prestar homenaje al rey.

Rodrigo Díaz de Vivar, el héroe de la batalla de Golpéjar contra los leoneses, y el que por sus esforzados hechos de armas, especialmente contra los moros, recibió por éstos el nombre del Cid Campeador, ó el Señor esclarecido en los combates.

Este, que con otros nobles castellanos dudaba si D. Alfonso había tenido alguna participación en la muerte de su hermano D. Sancho ante los muros de Zamora, fué el encargado en representación de la nobleza castellana, de hacerle jurar al rey hasta tres veces en la iglesia de Santa Gadea, de Burgos, que no había tenido parte alguna en la muerte de D. Sancho, naciendo de aquí la enemiga del rey contra el Cid, que éste pagó siempre con la más acrisolada lealtad.

Los primeros actos de D. Alfonso VI como rey, fueron reducir á prisión hasta su muerte, á su hermano D. García, ayudar al rey moro de Toledo contra el de Sevilla, é incorporar á sus Estados la Rioja y la Vizcaya.

Varias veces estuvo casado Alfonso VI, llegando á hacerlo hasta seis veces, siendo de sus mujeres las más notables D.ª Constanza, madre de D.ª Urraca que le sucede en el trono, y Zaida hija del rey moro de Sevilla, la que al casarse se hizo cristiana y tomó el nombre de Isabel.

Después de intervenir en los asuntos del rey moro de Toledo, colocando en el trono á Alcadir, y rindiendo á Madrid, Guadalajara y otras plazas fuertes, puso sitio á Toledo, que al fin rindió, quedando el rey moro como rey de Valencia y trasladando Alfonso su corte á Toledo, que había de ser como antes, la metrópoli de la España cristiana.

La toma de Toledo por los cristianos causó tal consternación en los musulmanes, que pidieron auxilios á Africa, y de allí vienen los almoravides, oriundos del Sahara, fundadores de Marruecos y fanáticos sectarios del Islám, al mando de Yusuf, que unido con su ejército al de los emires españoles, reunieron más de 100.000 hombres, y en Zálaca (Badajoz), se dió una cruenta batalla contra Alfonso de Castilla y sus aliados Sancho Ramirez de Aragón, y Ramón Berenguer II de Cataluña, decidiéndose el triunfo por los feroces musulmanes, reanimándose con este triunfo las perdidas esperanzas de los árabes españoles.

El feroz Yusuf, marchó á poco al Africa de donde regresó más tarde á España, poniendo sitio á Aledo (cerca de Lorca), donde no fueron afortunados los musulmanes que sufrieron una espantosa derrota por los cristianos.

El país llamado de antiguo Porto Cale, después Portugal, formó un distrito especial desde que Fernando I conquistó á Coimbra, uniéndose á Galicia, y siendo poseído después por Sancho II y Alfonso VI.

En tiempo de este monarca, al casar á su hija Teresa con Enrique de Borgoña, le dió el reino de Portugal con el título de Condado para él y sus sucesores, naciendo así este Estado en tiempo de Alfonso VI, con existencia y gobierno independiente.

Los almoravides al venir á España, se convirtieron bien pronto de auxiliares en dominadores conquistando en poco tiempo á Granada, Córdoba, Sevilla y Almería, Valencia, Zaragoza y las Baleares, logrando así la dominación absoluta de la España musulmana.

El rey de Castilla Alfonso VI, no permaneció inactivo, y aprovechando las luchas civiles de los árabes españoles, y con el poderoso auxilio del Cid, conquistó á Valencia y á Medinaceli, siendo desgraciada para los cristianos la batalla de Uclés, que fué perdida, así como las ciudades de Cuenca, Huete y otras, marcándose por entonces el punto culminante del poder de los almoravides en España.

Como llevamos dicho, el Cid, héroe de legendarias hazañas, es el personaje importantísimo del reinado de Alfonso VI, siempre leal á este rey, y muchas veces perseguido por él, siendo de sus proezas las más importantes y verdaderamente históricas, la conquista de Valencia, la de Gandía y la de Murviedro, y siendo él por su valor y por su arrojo temerario el verdadero terror de la morisma.

La pérdida de la batalla de Uclés, en la que murió Sancho, niño de once años, hijo de Alfonso VI, causó tal impresión en el ánimo del anciano rey que enfermó gravemente hasta morir bien pronto, después de 41 años de glorioso reinado.

El mapa de España desde el reinado de Ramiro III hasta el de Alfonso VI, sufre grandes modificaciones, ya en los Estados de Navarra, León y Castilla, extendiéndose los dominios cristianos hasta el Guadarrama, y encontrándose en completa ruina el Califato, y en descomposición por los Estados de Taifas.

Sucede en el trono á Alfonso VI su hija D.ª Urraca, que casó con su pariente Alfonso I de Aragón.

Su reinado en Castilla fué muy desgraciado, y todo él le ocupa las turbulencias y guerras civiles, nacidas del opuesto carácter de los cónyuges, de las antipatías de castellanos y de aragoneses, surgiendo el rompimiento entre los esposos y estallando la guerra con el rey de Aragón, venciendo éste y teniendo D.ª Urraca que refugiarse en Galicia.

Entonces se verifica la proclamación de Alfonso VII, como rey de este país, declarándose más tarde nulo el matrimonio de D.ª Urraca y de D. Alfonso en el Concilio de Palencia, y decayendo así el fundamento á las pretensiones del rey de Aragón.

Ya entonces, y habiendo D.ª Urraca contraído nuevo matrimonio, comienzan las luchas interiores entre ésta y su hijo, que después de mil rebeliones, concluyeron con el pacto de Sahagún, en el que se acordó que Alfonso VII reinaría solo en Toledo, su madre sola en León, y mancomunadamente los dos, en Castilla, Galicia y Asturias.

Mas no con esto terminaron los disgustos, pues hubo á poco varias revoluciones en el reino, de las que la más importante fué la de Santiago de Galicia, en la que estuvo á punto de perecer D.ª Urraca. También por entonces, los moros hicieron nuevas invasiones sitiando á Toledo y otras poblaciones, que se defendieron con esforzado empeño.

Y cuando la tranquilidad iba renaciendo en el reino, murió D.ª Urraca á quien la Historia juzga quizá con apasionamiento, y á quien se le atribuyen costumbres livianas que nunca tuvo, aunque fué en extremo inconstante y veleidosa.

A su muerte fué proclamado Alfonso VII como rey, contando 22 años, considerándole desde luego como una fundada esperanza para su reino.

Desde el principio sostuvo guerras con todos sus enemigos, ya con D. Alfonso el *Batallador*, aliado de los portugueses, que al fin concluyeron con la paz de Almazán, ya con los almoravides, á quienes constantemente estuvo combatiendo, casi siempre con éxito, durante su reinado.

Hizo grandes expediciones por tierra de moros, atravesando toda Andalucía y llegando hasta Cádiz, coronando sus empresas con éxitos guerreros; hizo después otras expediciones en la Rioja, conquistándola é incorporándola á sus Estados, así como en Zaragoza y en otros puntos, donde entró triunfalmente, extendiendo de modo inusitado sus dominios.

Ya con estos triunfos, y halagado por tan favorables empresas, se hizo coronar solemnemente en León, estando presente García, rey de Navarra, y proclamándole todos como emperador; pues que feudatarios suyos eran los demás príncipes de la España cristiana.

Pero tuvo que sostener guerras con Portugal, por no reconocerle su primo Alfonso Enriquez como superior, terminando dicha guerra después de varios encuentros favorables con su contrario, con el tratado de Valdevéz, por el que el de Portugal se reconoció vasallo del emperador.

Después celebró el tratado de Carrión, por el que Navarra quedó dividida entre Aragón y Castilla, y aunque continuó la guerra y fuésitiada Pamplona, al fin la paz se ajustó y Alfonso pudo dedicarse á otras empresas guerreras con los almoravides, tomándoles á Aurelia y á Coria y conteniendo el poder de aquellos fanáticos sectarios del Islám en España.

Por entonces aparecen en nuestra península los almohades, más fanáticos aún que aquéllos, y que creyendo expirante el poder de los mismos entre nosotros, vinieron á levantar desde Africa el espíritu religioso de los árabes españoles, derrocando el prestigio de los almoravides.

Intentó D. Alfonso el sitio de Córdoba, logrando rendirla y que el jefe almoravide fuese su feudatario. Después puso sitio á Almería, que era un nido de piratas, auxiliado por las naves de Barcelona, Génova y Pisa, obteniendo al fin que cayese en su poder la ciudad y que el ejército sitiador se repartiese un riquísimo botín.

Con estos triunfos creció el prestigio de Alfonso VII que exigió al jefe árabe de Córdoba un tributo mayor ó la cesión de la ciudad, la que prefirió entregarse á los almohades antes que al emperador, el que tuvo que abandonar el cerco de Córdoba y el de Jaén, viendo con tristeza, que Almería caía también en poder de los almohades, y aunque conquistó á Alarcos, Montoro y Andújar, murió de enfermedad común cuando intentaba recobrar á Almería.

A su muerte dividió sus Estados, dejando Castilla á su primogénito hijo Sancho, y León á su otro hijo Fernando.

El mapa de España desde Alfonso VI hasta la muerte de Alfonso VII, comprende los dominios cristianos por el Guadarrama y el valle del Tajo, así como por la parte de Valencia, existiendo más extendidos también los otros Estados cristianos; y en la España musulmana

hay á más unidad, primero con los almoravides, y más tarde con los almohades.

La historia de Navarra desde la muerte de Sancho el Mayor, hasta la unión de estos Estados con Aragón, comprende el período de tiempo que media desde el año 1035, en que comienza el reinado de García de Nájera, hasta el 1076 en que por muerte de Sancho de Peñalén se incorporó la Navarra á Aragón.

El reinado de García de Nájera, rey privativo de Navarra, está todo él lleno, en los diez años que duró, de las guerras con sus hermanos, en las que venció al principio, pero que al fin en lucha con su hermano D. Fernando, fué muerto en la batalla de Atapuerca.

Le sucede su hijo Sancho, cuando sólo contaba 15 años. Venció é hizo tributario al rey moro de Zaragoza, Almotadir, y estando tranquilo en su reino algunos años después, en una partida de caza, por instigación de sus hermanos, fué despeñado por la roca de Peñalén, causando este crimen tal horror en sus vasallos, que los asesinos tuvieron que refugiarse en la corte del rey moro de Zaragoza, y los navarros se unieron á Aragón.

La historia de Aragón desde Ramiro I hasta la muerte de Alfonso el *Batallador*, abarca desde el año 1035 en que comienza el reinado de aquel príncipe, hasta el 1134 en que termina la vida del último.

Ramiro I, apellidado el *Bastardo*, ciñó la corona de Aragón por reparto de su padre Sancho el Mayor. Su territorio era sólo los límites de Jaca, aumentados con Sobrarbe y Ribagorza, á la muerte de su hermano D. Gonzalo, y con alguna plaza que conquistó á los moros, en cuya guerra perdió la vida.

Después de él ocupa el trono de Aragón Sancho Ramirez, su primogénito, con quien se engrandece aquel reino. Batalló constantemente contra los moros, ganándoles castillos y plazas fuertes, pobló ciudades, fundó el monasterio de Monte Aragón y pereció en el sitio de Huesca.

Su hijo Pedro I le sucede y continuó la empresa de su padre, siguiendo el sitio de esta ciudad, que á pesar del auxilio de los mahometanos se rindió, después de importantes victorias como la de Alcoraz, Calasanz y Barbastro, pero sin lograr la toma de Zaragoza, como intentaba, pues murió antes de haberlo conseguido.

A su muerte ocupa el trono de Aragón Alfonso I, hermano de aquél, que no dejó descendencia y que ocupa un lugar importantísimo entre los monarcas españoles, mereciendo el dictado de batallador, justificado por las tomas de Tudela y Zaragoza (á la que hizo su corte), Calatayud y Tarazona, así como por su famosa expedición á Andalucía, estando frente á Granada, atravesando la Alpujarra y llegando cerca de Motril, llevando á su reino multitud de mozárabes, y siguiendo sus conquistas, logró honrosa muerte en la desastrosa batalla de Fraga.

Sus expediciones y empresas guerreras están simbolizadas en las 29 batallas que ganó á los árabes, mereciendo con justicia el dictado con que le conoce la Historia, y siendo el monarca que hizo á Aragón adelantar más y más en las empresas guerreras contra los árabes españoles.

Crítica.—El reinado de D. Fernando I el Magno, tiene una grande

importancia para la Historia patria, pues que en él, por sucesos extraños y no esperados, se reunieron en sus sienes las coronas de Castilla y de León, y en su tiempo se celebró el famoso Concilio de Coyanza, que para algunos es el fundado origen de las Cortes españolas y de nuestra vida parlamentaria.

Pero á su muerte cometió un error gravísimo, cegado por el afecto paterno y queriendo imitar el ejemplo de su padre, al dividir el reino entre sus hijos, con lo cual perjudicó notablemente á la obra de la reconquista, pues que de este modo facilitó á los árabes en sus empresas y faltó la unidad de acción en la guerra contra los mismos.

También los reinados de Alfonso VI y Alfonso VII, representan un paso gigantesco en la empresa de la reconquista, pues que el constante batallar de éstos contra los árabes, sus contínuas guerras contra los almoravides y almohades, así como sus atrevidas expediciones al Sur de España, prepararon otras empresas importantes y fueron como el prólogo de las conquistas que sus sucesores hicieron más tarde en la España musulmana.

La personalidad del Cid en el reinado de Alfonso VI, tiene dos caracteres distintos ante la tradición y ante la Historia, poetizando y fantaseando la primera sus heróicas hazañas, y depurando la segunda, con su crítica imparcial, lo que hay de verdad sobre las mismas; pero presentando de consuno ambas á este personaje legendario é histórico, como el tipo perfecto y acabado de la lealtad castellana y como el terror de la morisma.

Los almoravides y almohades en este período histórico, vienen á simbolizar en España el último esfuerzo del fanatismo musulmán, viniendo aquí desde los desiertos africanos para contener la indisciplina religiosa, militar y política que se notaba entre los sectarios de Mahoma, y lograr, como consiguieron por algún tiempo, merced á un último esfuerzo, algo de unidad en las huestes agarenas y dificultar, como elementos de poder de la raza musulmana, la grande empresa de la reconquista cristiana.

Por su parte, Navarra y Aragón conquistando plazas y ciudades á los árabes, levantando el espíritu patrio y haciendo atrevidas expediciones hasta las costas mismas de la provincia de Granada, coadyuvan de modo importantísimo á la grande empresa española y cristiana que se realiza por este tiempo.

No es, pues, difícil formar un juicio desapasionado é imparcial sobre los sucesos históricos de esta parte de la Edad media española, asegurando que reyes y magnates emularon diariamente en sus empresas gigantescas y atrevidas, y que lo mismo Fernando I que Alfonso VI y Alfonso VII en Castilla, así como Alfonso el Batallador en Aragón, simbolizan el espíritu eminentemente español y cristiano que les animaba, así como el Cid es el verdadero prototipo del caballero español de la Edad media, ferviente cristiano, fiel vasallo y contínuo debelador de los moros.

LECCIÓN 34.

REYES PRIVATIVOS DE CASTILLA Y DE LEÓN, DESDE SANCHO III Y FERNANDO II HASTA FERNANDO EL SANTO.

Reyes privativos de Castilla. -Reinado de Sancho III el Deseado.—Sus guerras y creación de la orden de Calatrava.—Alfonso VIII el Noble.—Minoría del mismo y guerra civil. —Su mayoría y guerras con las mahometanos y con Navarra.—Toma de Cuenca y expedición á Andalucía.—Batalla de Alarcos.—Ligas y rebeliones contra Alfonso VIII.—Guerra con Navarra y paz con este Estado.—Incorporación á Castilla de Alava y Guipúzcoa.—Otras empresas guerreras hasta la batalla de las Navas de Tolosa.—Detalles de esta batalla.—Tradición sobre la misma.—Grandes figuras de esta empresa guerrera.—Porqué no concurrieron á ella los reyes de León y Portugal.—Ultimos hechos de armas de Alfonso VIII, hasta su muerte.—Reinado de Enrique I.—Regencia de Don Alvaro de Lara.—Corto reinado de Enrique I, y su muerte.—Es reconocida reina doña Berenguela.—Renuncia de ésta y proclamación de su hijo Fernando III.—Reyes privativos de León.—Reinado de Fernando II. —Rivalidad entre Portugal y León.—Los sarracenos.—Creación de las órdenes de Santiago y Alcántara.—Muerte de Don Fernando.—Alfonso IX.—Sus casamientos y guerras con Castilla y Portugal.—Conquistas de este monarca hasta su muerte.—Mapa de España desde la muerte de Alfonso VII, hasta Fernando el Santo.=*Crítica.*—Las campañas de Alfonso VIII contra los sarracenos, dieron un grande impulso á la reconquista y facilitaron las empresas posteriores.—La cruzada que preparó la batalla de las Navas simboliza el espíritu de cristiana unión de todos los Estados en aquella época.—La creación de las órdenes militares expresa el verdadero carácter de la nobleza en su lucha contra los moros.—El reinado de Alfonso IX de León es un timbre de gloria para aquella monarquía.—Juicio acerca de este período histórico en Castilla y en León.

Los reyes privativos de Castilla después de la muerte de Alfonso VII, comprenden desde el año 1157 al 1217, ó sea desde Sancho III hasta la proclamación de Fernando III el *Santo*.

Fué muy breve el reinado de D. Sancho III, llamado el *Deseado*, y que dotado de buenas cualidades pudo hacer muy poco en el brevísimo tiempo que ciñó la corona.

Durante su reinado sólo se recuerda una expedición guerrera contra los almohades, con indecisa victoria, y su vencimiento sobre el rey de Navarra, así como la fundación de la Orden militar de Calatrava, debida á la defensa de esta plaza, sitiada por los moros, que fué heróicamente salvada por San Raimundo, Abad de Fitero, y Fray Diego Velázquez, que la defendieron con empeño, instituyendo esta Orden militar, que tomó el nombre de la plaza sitiada, y cuyos individuos, sujetos á los votos del Cistér, tenían la obligación de pelear con los mahometanos.

Muerto D. Sancho al año de reinar, dejó un hijo de cuatro años, que fué jurado con el nombre de Alfonso VIII, y que la Historia apellidó más tarde con los honrosos calificativos del *noble* y el *bueno*.

Su minoría fué turbulenta en Castilla, produciendo una enconada guerra civil las descaradas ambiciones de los Laras y los Castros, así como de D. Fernando de León, que todos querían ejercer la Regencia, pasando esta guerra por mil accidentes, en que unas veces prodominaron los Laras y otras los Castros y el rey de León, hasta que en 1169 fué D. Alfonso declarado mayor de edad.

Las Cortes de Burgos que determinaron la mayoría del rey, dictaron otras disposiciones para el gobierno de Castilla. Al año siguiente casó el rey con Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, y decidió emprender la guerra con los mahometanos, que hostilizaban la frontera de Castilla y con el rey de Navarra, que durante su menor edad le había usurpado algunas plazas, terminando esta lucha con un amistoso tratado de paz.

Siguiendo la guerra con los almohades y auxiliado por el rey de Aragón, tomó la ciudad de Cuenca, levantó el feudo al monarca aragonés é hizo una expedición notable á Andalucía, recogiendo copioso botín en la tierra de moros, en las provincias de Córdoba, Málaga y Sevilla.

Estas correrías de D. Alfonso despertaron la ira de los musulmanes é hicieron venir al califa Yacub-Almanzor hasta Sierra Morena, con un grueso ejército, dándose una encarnizada batalla en Alarcos, donde fué vencido el ejército cristiano, no sólo por el excesivo número de los contrarios, sino también por el abandono en que le dejaron los demás monarcas cristianos.

Los triunfos que en sus primeras campañas había logrado Alfonso VIII, despertaron los recelos de los reyes de León y de Aragón y del monarca de Portugal, ajustándose entre ellos una liga contra Castilla, que después de la batalla de Alarcos se manifestó por la invasión de Alfonso de León y Sancho de Navarra, auxiliando á los moros y llegando á poner sitio á Toledo, salvado por el eficaz auxilio de Pedro II de Aragón.

La guerra con Navarra, engendrada por la alianza de aquel rey con el emperador almohade, tuvo al fin término por una tregua que más tarde se convirtió en paz definitiva, á merced de mutuas concesiones.

Mas durante esta guerra, Alfonso VIII, aprovechándose de la ausencia de su rival cuando pasó á Africa para concertar su alianza con los musulmanes, se apoderó de Alava y Guipúzcoa, que desde entonces fueron y siguieron unidas á Castilla.

Desde estos sucesos hasta la batalla de las Navas, tomó Alfonso VIII parte en otras expediciones guerreras contra los árabes en Andalucía, enardeciendo nuevamente el furor almohade, que intentó borrar el nombre cristiano en España, comenzando por sitiar el castillo de Salvatierra, que se defendió con empeño, formándose una liga de príncipes cristianos, amparada por la predicación de una cruzada por el Papa Inocencio III, en la que entraron no sólo Castilla, Aragón y Navarra, sino caballeros de Italia, Francia y Alemania, y que después de tomar

á Malagón, Calatrava y Alarcos, forzaron el paso de Muradal y llegaron á las cercanías de las Navas de Tolosa.

En esta llanura á la que al fin pudieron llegar los cristianos, se dió la célebre batalla de este nombre el 16 de Julio de 1212, espantando á los árabes, ver á los cristianos en son de batalla cuando los creían cercados, y dándose aquélla contra 600.000 combatientes agarenos con tenaz empeño por ambas partes, pues que en ella iba á decidirse el triunfo entre la Cruz y la Media luna. El rey de Castilla y el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo de Rada, animaron á los combatientes; la lucha resultó encarnizada y tenaz. el triunfo fué decisivo para los cristianos, muriendo en dicha batalla 200.000 musulmanes, y relativamente escaso número de los cristianos, y conmemorando después la Iglesia Católica este suceso glorioso con una fiesta religiosa anual, titulada del Triunfo de la Santa Cruz.

Hay acerca de la batalla de las Navas de Tolosa y de sus precedentes, una piadosa tradición llamada del «Pastor de las Navas», la que refiere que la noche antes de aquel combate se encontraban los cristianos en un desfiladero infranqueable llamado de Losa, y que cuando más difícil era su situación, presentóse al rey de Castilla un pastor á quien la leyenda popular hace ser San Isidro, patrón de Madrid, é indicó al monarca un fácil acceso á la llanura cercana, obrando el ejército un movimiento durante la noche, y preparándose para la batalla en condiciones favorables al amanecer del día siguiente.

En la empresa guerrera de las Navas de Tolosa, descuellan como grandes figuras de la misma, á más del rey de Castilla y el Arzobispo de Toledo, Pedro II de Aragón y de Cataluña, Sancho el Fuerte de Navarra, que asistieron al combate, y Alfonso II de Portugal, que mandó fuerzas considerables; así como se dice que asistieron á él, como extranjeros, los obispos de Burdeos, Narbona y Nantes, y muchos caballeros extranjeros como el Conde de Benevento el vizconde de Turena y otros.

No concurrieron á la batalla de las Navas de Tolosa los reyes de León y de Portugal, porque el primero, olvidando sus deberes de cristiano y de pariente muy cercano del rey de Castilla. se ocupó mientras estas empresas guerreras, en escaramuzas y otros asuntos perjudiciales á Alfonso VIII; y el de Portugal, teniendo que resolver negocios interiores y árduos de su reino, se contentó con mandar bastantes tropas auxiliares á Castilla. También se asegura que muchos extranjeros abandonaron á este rey y no estuvieron en la batalla, temerosos del excesivo calor que fatigaba á sus huestes.

Los últimos hechos de armas de Alfonso VIII, fueron las tomas de Baeza y de Ubeda, de Dueñas y de Alcañiz, no realizando otras que intentaba; pues que murió en 1214. á los 57 años de su edad.

Le sucede Enrique I, de siete años, y único que quedaba varón, con su hermana D.ª Berenguela, de los once hijos que tuvo D. Alfonso.

Su madre D.ª Leonor fué regente del reino durante los 25 días que sobrevivió á su esposo, y después su hermana D.ª Berenguela, hasta que tuvo ésta que ceder y dejar la regencia á D. Alvaro de Lara, que

como siempre él y sus parciales abusaron de su poder, persiguieron á la hermana del rey, y envolvieron al reino en una sangrienta guerra.

Cortísimo fué el reinado de Enrique I, y ni las Cortes de Valladolid reunidas por el regente y por D.ª Berenguela, ni las aspiraciones de los nobles para que ésta fuese jurada reina de Castilla, lograron atajar la lucha civil, que sólo tuvo término con la muerte del rey niño Enrique I, ocurrida por el desprendimiento de una teja, cuando se hallaba jugando á la pelota con otros de su edad, en el palacio episcopal de Palencia.

Muerto éste, D.ª Berenguela fué reconocida como reina de Castilla por las Cortes de Valladolid, á la que asistieron los prelados, Grandes y procuradores de las ciudades, no sin que antes por medio de un arbitraje de madre cariñosa y de noble señora, lograse que su esposo D. Alfonso de León, le mandase á su lado á su hijo D. Fernando, que desde niño estaba en la corte de su padre.

Más entonces, D.ª Berenguela, que para nada quería la corona, y que solo aspiraba á que su hijo gobernase á Castilla, la renunció en manos de los que la habían proclamado reina, é hizo, á pesar de la oposición de D. Alvaro de Lara y sus parciales, y de D. Alfonso de León, que su hijo D. Fernando, más tarde apellidado el *Santo*, fuese proclamado solemnemente como rey legítimo de Castilla.

Los reyes privativos de León, comprenden desde Fernando II hasta la proclamación de San Fernando, también como rey de León, ó sea desde el año 1157, hasta el 1230.

D. Fernando II de León, ocupó el trono como hijo segundo de Alfonso VII, y comprendiendo, no sólo este territorio, sino también Asturias y Galicia.

Desde el principio existió rivalidad entre Portugal y León, no sólo por estar celoso Fernando II de la preponderancia de Alfonso Enriquez de Portugal, fundando D. Fernando la plaza de Ciudad Rodrigo, como centinela avanzado contra su rival, y verificándose por una y otra parte la toma de ciudades fronterizas conquistadas ya por León, ya por Portugal, á los sarracenos.

Estos lucharon con empeño en defensa de sus terrenos, reconquistaron á Badajoz y Alcántara, sitiaron á Ciudad Rodrigo, y verificándose hechos memorables, en que á pesar de su guerra con Portugal, el rey de León auxilió á los portugueses contra los moros, haciéndoles vencer á éstos en la memorable batalla de Alcobaza.

Es notable también este reinado de D. Fernando II de León por la fundación de las Ordenes militares de Santiago y de Alcántara, llamada también de San Julián del Pereiro, y destinada la primera á la protección de los peregrinos al sepulcro del apóstol Santiago, y una y otra para ayudar la santa guerra contra los infieles.

Cuando D. Fernando II de León se dirigía en peregrinación á Compostela, murió en Benavente, dejando á la Historia un nombre de gran memoria como rey valeroso y caballero sin mancilla.

Le sucede su hijo Alfonso IX, habido en su matrimonio con doña Urraca, hija del mencionado Alfonso Enriquez de Portugal.

Alfonso IX casó primeramente con Teresa de Portugal, de quien tuvo tres hijos, cuyo matrimonio se disolvió por sentencia pontificia. Casó después con D.ª Berenguela, infanta de Castilla, de quien tuvo por hijo á San Fernando, y cuyo matrimonio fué disuelto también, aunque legitimados los hijos. Tuvo guerras con Castilla y con Portugal, la primera para apoderarse de la dote de D.ª Berenguela, y la segunda con motivo del primer casamiento, terminando ésta con la paz de Valladolid.

Hasta su muerte, tuvo otras guerras y verificó otras conquistas, haciendo una expedición desgraciada contra los moros en Extremadura, luchando contra su hijo Fernando al ser proclamado rey de Castilla, y obteniendo otros triunfos contra los árabes, fundando la Universidad de Salamanca, y sorprendiéndole la muerte, cuando iba á visitar el sepulcro de Santiago á los 42 años de su reinado, excluyendo del trono sin fundados motivos, á su hijo D. Fernando, que más tarde, contra la voluntad de su padre y por espontánea manifestación de los leoneses y la discreta intervención de su madre D.ª Berenguela, ocupa aquel trono.

El mapa de España, desde la muerte de Alfonso VII hasta Fernando el *Santo*, comprende por un lado á Castilla, extendiendo sus fronteras hasta parte de Andalucía, Portugal hasta el Tajo, León y Aragón, extendiendo también sus fronteras, y la España musulmana en poder toda ella de los almohades ó moros unitarios.

Crítica.—Las campañas de Alfonso VIII contra los sarracenos, dieron un grande impulso á la Reconquista y facilitaron las empresas posteriores, pues que la batalla de las Navas de Tolosa y la alianza en ella de los príncipes cristianos en contra de los árabes, fueron un lisonjero anuncio del espíritu de unidad que había de manifestarse después en reinados siguientes, siendo como el prólogo de las gigantescas empresas de San Fernando y del adelantamiento de la Reconquista.

La Cruzada que preparó la batalla de las Navas de Tolosa, simboliza también ese espíritu de cristiana unión de todos los Estados en aquella época, que á la voz del Romano Pontífice acuden presurosos en defensa de los santos ideales de patria y de religión, y son un baluarte inexpugnable para las feroces ambiciones de los árabes españoles.

La creación de las Ordenes militares, reducidas hoy á una mera condecoración nobiliaria, expresa en aquellos tiempos de contínua lucha guerrera, el verdadero espíritu de la nobleza española, que lo mismo vestía el arnés guerrero, que practicaba los votos religiosos ofrecidos al entrar en la orden, y sin más aspiración y más deseo que expulsar á los moros de nuestra Península.

El reinado de Alfonso IX de León, es un timbre de gloria para aquella monarquía; pues que aparte de las rivalidades que tuvo con su hijo, todo él lo ocupó, como rey español y cristiano en la guerra contra los moros y en el cultivo de las ciencias, fundando y dotando espléndidamente la Universidad de Salamanca, que bien pronto rivalizó con las de París y Bolonia.

De este período histórico en Castilla y en León, puede formarse un

juicio imparcial, diciendo que con las grandes figuras de Alfonso VIII de Castilla y Alfonso IX de León, se representan los tipos admirables de esos monarcas cristianísimos y valerosos de la Edad media, atentos sólo al engrandecimiento de sus Estados y al adelantamiento de la Reconquista.

LECCIÓN 35.

CASTILLA Y LEÓN UNIDOS EN TIEMPO DE FERNANDO III.—CATALUÑA Y ARAGÓN UNIDOS.— PORTUGAL HASTA DIONISIO I.

Unión de Castilla y de León en tiempo de Fernando III el Santo.—Primeros años del reinado de este monarca.—Luchas con León.—Rebeldías en el reino y matrimonio de Don Fernando.—Sus primeras expediciones contra los moros.—Muere su padre Alfonso IX de León, y las coronas de este reino y de Castilla se unen definitivamente y para siempre en las sienes de Fernando III.—Conquistas de San Fernando.—Toma de Córdoba.—Matrimonios del rey.—Conquistas de Murcia y de Jaén.—Vasallaje de Alhamar y creación del reino moro de Granada.—Muerte de Doña Berenguela y conquista de Sevilla.—Reformas en su reino.—San Fernando legislador.—Muerte de Fernando III.—Su santidad.—Cataluña hasta su unión con Aragón.—Reinado de Ramón Berenguer el Viejo.—Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II el Fratricida.—Ramón Berenguer III el Grande.—Sus muchas empresas guerreras y extensión de sus dominios.—Ramón Berenguer IV y unión de Cataluña á Aragón.—Historia de Aragón hasta su unión con Cataluña.—Ramiro II el Monje.—Independencia de Navarra.—Unión de Aragón y Cataluña.—Historia de Aragón y Cataluña unidos.—Ramón Berenguer y doña Petronila.—Alfonso II el Casto.—Pedro II el Católico.—La unión aragonesa.—Los Albigenses.—Sucede á Don Pedro II, Don Jaime el Conquistador.—Glorioso reinado de este monarca.—Conquista de las Baleares.—Idem de Valencia y de Murcia.—Los hijos de Don Jaime.—Disturbios en Aragón.—Carácter y muerte de Don Jaime el Conquistador.—Portugal se erige en condado, y principales condes desde Teresa de Portugal hasta Alfonso Enriquez.—Monarquía portuguesa desde éste hasta Dionisio I.—Navarra desde García Ramirez el Restaurador, hasta Sancho VII el Fuerte.—Ruina de los Estados musulmanes.=*Crítica.*—El reinado de Don Fernando III el Santo acaba con el poder de los árabes españoles, y crea un reino tributario de sus empresas.—Sus reformas y virtudes le colocan á la cabeza de los monarcas de nuestra nación.—La unión de Cataluña y Aragón favorece muchísimo la realización del pensamiento de unidad de todos los Estados cristianos.—El reinado de Don Jaime solo puede compararse con el de San Fernando.—Juicio de este importantísimo período de la España cristiana.

La unión de Castilla y de León, se verifica de un modo definitivo en tiempo de Fernando III el Santo, obteniendo la corona de Castilla por abdicación de sus derechos que en él hizo su madre D.ª Berenguela, y la de León como hijo único varón de D. Alfonso IX, aunque preterido por éste en su testamento.

Los primeros años del reinado de este monarca en Castilla, arrancan desde los 18 de su edad, teniendo desde entonces que mostrar las dotes de virtud, prudencia y energía que le caracterizaban y el respetuoso afán con que siempre atendió las indicaciones y atinados consejos de su discreta madre.

La primera lucha que á su pesar, tuvo que sostener D. Fernando en su primer reino de Castilla, fué con su mismo padre, que auxiliado por algunos rebeldes de estos reinos, entró dos veces en el territorio de su hijo, ya con el intento de desbaratar los proyectos de la que fué su esposa, ó para apoderarse también del reino, no logrando resultado práctico; pues los leales castellanos y el clero le obligaron á aceptar la paz y evitaron que contra su voluntad, su hijo le hubiese tenido que combatir en defensa de sus legítimos derechos.

Pero dentro de Castilla existían vivas las rebeldías mantenidas por D. Alvaro de Lara y sus hermanos, á quienes venció y obligó á salir del reino, contrayendo entonces matrimonio con D.ª Beatriz de Suavia, madre del rey sabio, y poniendo las primeras piedras en las edificaciones de las catedrales de Burgos y de Toledo, debidas á su entusiasta piedad y á su celo religioso.

Asegurada la paz interior en sus Estados, empezó sus expediciones contra los moros, haciendo tributario al emir de Baeza, y siguiendo todos los años sus guerras contra los infieles, todas afortunadas, que dieron por resultado las conquistas de Andújar, Martos, Baeza y otras ciudades, llegando hasta Loja, en la frontera granadina.

Ya llevaba 13 años de reinar, cuando murió su padre D. Alfonso IX de León; y aunque éste, movido por odios hacia D.ª Berenguela, ó por afectuoso cariño hacia sus hijas, le había despojado de su legítimo derecho á aquel otro trono que le correspondía, no vaciló un momento cuando tuvo noticia de la muerte de su padre en marchar inmediatamente desde el sitio de Jaén, donde se encontraba, hacia León, teniendo la fortuna de que sin violencias y sin sangre se allanaran todos los obstáculos y fuese jurado rey, entrando en la capital como tal monarca, y uniendo en sus sienes de entonces y para siempre, las coronas de Castilla y de León.

Acrecentado ya su poder y sus territorios, dedicóse con afán á continuar la empresa de guerrear contra los infieles, logrando en menos de cuatro años las conquistas de Trujillo, Medellín, Montiel y Ubeda, y preparándose para la conquista de más importantes poblaciones.

Ya por entonces puso cerco á la ciudad de Córdoba, cuyos arrabales habían sido tomados por sus parciales, marchando desde Benavente, y reuniendo un ejército crecido de castellanos, extremeños y leoneses, logrando al fin que en 29 de Junio de 1636 la gran mezquita se convirtiese en catedral católica, después de rendida la ciudad y respetadas las vidas de todos sus habitantes.

Habiendo muerto su primera mujer, y por consejos de su madre, contrajo segundo matrimonio con Juana de Ponthieu, nieta de Luis VII de Francia, continuando sus empresas contra los árabes, y ocurriendo por entonces la heróica defensa del castillo de Martos contra el rey moro Alhamar, el de Arjona, merced á la estratagema de D.ª Mencía de Haro, esposa del alcaide de aquella fortaleza, ausente á la sazón del castillo, y teniendo el infiel que abandonar el cerco que le tenía puesto.

Más tarde, el príncipe D. Alfonso, hijo de D. Fernando, conquistó á

Murcia, Lorca y Cartagena, por la parte de Levante, sometiéndose á Castilla muchos lugares y ciudades cercanos á Córdoba y Sevilla, y rindiendo á Arjona, devastando la vega de Granada y tomando la ciudad de Jaén, bajo condiciones favorables y que facilitaron ulteriores pensamientos de D. Fernando III.

En efecto, como consecuencia de la toma de Jaén y de las disensiones interiores, el rey moro Alhamar de Granada, se hizo tributario del rey de Castilla, respetándole en sus dominios y estando dispuesto á ayudarle con una cantidad anual y cierto número de ginetes, cuando reclamase su apoyo el monarca castellano.

Cuando más satisfecho se encontraba D. Fernando III con todos estos triunfos, murió su madre D. Berenguela en 1246, dedicándose desde entonces á la importantísima empresa de la conquista de Sevilla, que al fin logró, merced á sus acertadas disposiciones dirigiendo el ejército de tierra, y al bloqueo que de la ciudad hizo desde el Guadalquivir el heróico almirante Ramón Bonifás, entregándose sus habitantes sin condiciones, después de 15 meses de asedio, mostrándose generoso el rey con ellos, y terminando en Andalucía el imperio de los almohades.

D. Fernando III hizo grandes reformas en su reino, manifestadas por su política, dando unidad á sus Estados, no guerreando nunca contra los cristianos, refrenando el poderío de la nobleza, fomentando la importancia del estado llano, creando los adelantados, favoreciendo los municipios, fundando la Universidad de Valladolid y haciendo adelantar la riqueza é industria de los pueblos.

Fué también legislador, inició la reforma en la administración de justicia, creando un cuerpo respetable que más tarde había de ser el Consejo de Castilla, y pensó en la formación de un código general, cuya realización dejó confiada á su hijo D. Alfonso.

Cuando se preparaba á llevar la guerra á Africa, fué atacado de mortal dolencia, muriendo en 1252, edificando á todos con sus palabras y acciones, haciendo con gran humildad que separasen de su lado los signos de su elevada jerarquía y pronunciando estas palabras que demuestran su grande humildad: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré al seno de la tierra.»

Las heróicas virtudes de San Fernando merecieron la consideración y el respeto de todos sus súbditos y que la Iglesia Católica, reconociendo su santidad, le colocase más tarde en el catálogo de los santos, siendo canonizado por el Papa Clemente X, el año 1271.

La historia de Cataluña por entonces y hasta su unión con Aragón, comprende el espacio de tiempo que media entre el año 1035 hasta el 1137.

A Ramón Berenguer I el *Curvo*, sucedió en Cataluña Ramón Berenguer I el *Viejo*, que tuvo que luchar contra las ambiciones de su propia familia, pero que á pesar de todo extendió sus dominios al otro lado del Pirineo y compiló el famoso Código de los Usatges.

Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II el *Fratricida*, le suceden y gobiernan simultáneamente el reino, siendo muerto el primero á

manos de su hermano, que por espacio de 14 años conservó el mando contra la voluntad de sus súbditos y conquistó á Tarragona, dejando al fin el gobierno á su sobrino Ramón Berenguer III el *Grande*.

Este gobernó en los extensos Estados de su abuelo, guerreó contra los árabes, conquistó las Baleares, fomentó la marina catalana, restauró y fortificó á Tarragona, é incorporó á sus dominios los de Provenza, Cerdeña y otros, extendiendo considerablemente sus territorios y muriendo cristianamente, como profeso templario, en una pobre cama del hospital de Santa Eulalia.

En todos sus Estados, excepción de la Provenza, le sucede su hijo Ramón Berenguer IV, que á virtud de su matrimonio con Petronila de Aragón, unió en sus sienes la corona de ambas monarquías.

La historia de Aragón hasta su unión con Cataluña en este período histórico, comprende desde el año 1131 al 1137, ó sea desde Ramiro II el *Monje* á Ramón Berenguer IV.

Ramiro II el *Monje* ocupa el trono de Aragón á la muerte de Alfonso el *Batallador*, por la voluntad de los nobles aragoneses y contra la de aquél que en su testamento le legaba á las Ordenes militares de Jerusalém.

Pero los navarros protestaron de esta elección, eligiendo rey á García Ramirez, sobrino de Sancho de Peñalén, lo que dió origen á la independencia de Navarra y su separación de Aragón.—A pesar de los votos monásticos dispensados por el Pontífice, D. Ramiro casó con doña Inés de Poitiers de quien tuvo una hija que se llamó D.ª Petronila.

La unión de Aragón y de Cataluña se verifica á merced del desposorio de la referida D.ª Petronila, de un año de edad, con D. Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, abdicando en él D. Ramiro, gobernando el reino aquél como regente y príncipe del país, y verificándose de este modo la unión de Cataluña y Aragón.

La historia de Aragón y de Cataluña, unidos, tiene dos períodos, comprendiendo el primero desde D. Ramón Berenguer y D.ª Petronila hasta Jaime el *Conquistador*, y el segundo el reinado de este príncipe insigne.

La monarquía de Cataluña y de Aragón unidas en el reinado de don Ramón Berenguer y D.ª Petronila, fué de alta importancia por las condiciones inapreciables del joven conde de Barcelona, logrando en su reinado el arreglo de las Ordenes militares de Jerusalém, luchando con Navarra hasta incorporarla á Aragón y obteniendo victorias no interrumpidas contra los sarracenos, á quienes expulsó de Cataluña, y teniendo discreta intervención en los asuntos de la Provenza.

Hijo de este matrimonio tan prematuramente concertado, fué D. Alfonso II el *Casto*, que á los 12 años sucedió á su padre, bajo la regencia de su madre, hasta que ya mayor de edad la suerte le favoreció mucho, adquiriendo la Provenza por herencia de su primo Ramón Berenguer, declarándoseles feudatarios otros Estados y heredando otros dominios, luchando siempre con fortuna con los mahometanos, y teniendo relaciones unas veces de amistad y otras de obligada alianza con casi todos los príncipes cristianos de aquella época, y mereciendo

por la honestidad de sus costumbres el calificativo del *Casto* con que le conoce la Historia.

Le sucede su hijo Pedro II el Católico, aliado del rey de Castilla, teniendo desde el principio cuestiones con su madre D.ª Sancha, por la posesión del castillo de Ariza, interviniendo en la Provenza, en auxilio de su hermano, y declarando á Aragón feudatario de la Santa Sede al recibir la corona de manos del Pontífice Inocencio III.

Este hecho, realizado al parecer sin contar con su pueblo, disgustó á aquél é hizo formar lo que se llamó por primera vez la unión aragonesa, á pesar de que el rey protestaba que sólo había querido establecer una obligación personal.—Es suceso de importancia en este reinado el divorcio de Pedro de su esposa D.ª María de Mompeller, por las disipadas costumbres del rey, que formaban contraste con su acendrado catolicismo, y el entusiasmo con que asistió á la batalla de las Navas en contra de los mahometanos.

Por entonces, aparece la herejía de los albigenses, nacida en Albi, en el mediodía de la Francia, y contra la que el Papa predicó una cruzada, cuyos soldados desposeyeron de sus Estados á Raimundo de Tolosa, amparador de la herejía. Por raro destino, Pedro II de Aragón, que había perseguido esta herejía en su reino, acude á defender á su pariente y feudatario, y es muerto en la batalla del lago de Muret por las tropas de los cruzados.

A D. Pedro II sucede en Cataluña y en Aragón, unidos, su hijo don Jaime el *Conquistador*, que por destino implacable y extraña coincidencia, se hallaba bajo la guarda y tutela de Simón de Montfort, que al cabo es entregado á los aragoneses y jurado rey, bajo la custodia del maestre del temple.

Este monarca tiene un glorioso reinado, y desde los nueve años supo hacer frente á los bandos y las parcialidades de su reino, que logró en poco tiempo imponerse á todos y que su autoridad no fuese por nadie discutida.

Ya de 20 años comienza á acometer empresas de importancia contra los moros, pensando ante todo en la conquista de las Baleares, cuyo pensamiento acogieron con entusiasmo las Cortes de Barcelona. logran la de Mallorca, después de formidable cerco, y luego la de Menorca é Ibiza, añadiendo estos Estados á la corona aragonesa y adquiriendo en estas empresas el honroso título del *Conquistador*.

Después pensó D. Jaime en la conquista de Valencia, iniciada por las tomas de Arés, Morella, Peñíscola y otras, y la celebrada victoria del Puig, hasta que sitiada la capital, los valencianos se sometieron, no sin que más tarde los moros de Valencia se rebelaran y fueran vencidos por D. Jaime. También por este tiempo conquistó á Murcia para su yerno el rey de Castilla, lo que le valió grande afecto y consideración también en estos estados.

Con motivo de los casamientos verificados por D. Jaime y tener hijos de uno y otro, pretendió que Aragón fuese para su primogénito Alfonso y que Pedro quedase con Cataluña. Con este motivo surgieron cuestiones entre los hijos, acalladas por la muerte del infante D. Alfonso, pero

que renacieron entre D. Pedro y su hermano D. Jaime, á las que puso término una proyectada división del reino entre D. Pedro y D. Jaime, hijos del *Conquistador*.

Hubo además discordias interiores en el reino, merced á las aspiraciones del hijo bastardo de D. Jaime, llamado Fernán Sánchez, que concluyen después de guerra civil, y que terminó por la batalla de Pomár, desfavorable á éste, la muerte del bastardo y la rendición de los principales rebeldes.

El carácter de D. Jaime el *Conquistador* está perfectamente definido, asegurando que fué un gran guerrero, generoso y magnánimo, con grande fe y piedad, aunque de costumbres un tanto licenciosas. Su gobierno interior fué acertadísimo; refrenó la levantisca nobleza aragonesa, uniformó la legislación, teniendo el sentimiento en los últimos años de su vida de que con la venida de los Beni-Merines de Africa, los pocos moros de Valencia se sublevaran, teniendo dos desastres en Alcoy y Játiva y muriendo cristianamente después de 63 años de reinado.

Portugal se erige en condado en tiempos de Enrique de Borgoña, casado con Teresa, hija de Alfonso VI de Castilla. Teresa de Portugal gobernó este Estado en vida de su esposo, y á su muerte siguió gobernándolo por derecho propio la infanta D.ª Teresa, amparadora de Portugal, hasta que los nobles proclamaron á Alfonso Enriquez, su hijo, y la arrojaron del gobierno del reino.

La monarquía portuguesa desde Alfonso Enriquez hasta Dionisio I, comprende el reinado de éste con hechos gloriosísimos, como la batalla de Onrique (en el Algarbe), contra los sarracenos, la paz de Valdevez, en que Castilla reconoció la independencia de Portugal, la multitud de batallas ganadas á los moros y la declaración de Portugal como feudatario de la Santa Sede, siendo éste verdaderamente el fundador de la monarquía portuguesa. Le suceden Sancho I, que mejoró interiormente el reino; Alfonso II, que guerreó contra los moros y fué excomulgado por el Papa; Sancho II, á quien el Pontífice tuvo que deponer, y Alfonso III, que aunque también es excomulgado por el Pontífice y rehabilitado más tarde, hizo prosperar el naciente reino de Portugal. A este le sucede su hijo D. Dionisio I.

La Navarra por este tiempo y desde el 1134 al 1234, ocupa un período de tiempo en que le gobiernan García Ramírez el *Restaurador*, que se defendió contra Aragón y Castilla, y que asistió á la conquista de Almería; Sancho VI el *Sabio*, en cuyo tiempo Castilla se incorporó la Rioja, y Sancho VII el *Fuerte*, que en su época perdió Alava y Guipúzcoa y que intervino en la batalla de las Navas, extinguiéndose en él la línea varonil en el reino de Navarra.

Los estados musulmanes tienen en este período su completa ruina; pues que en él, aunque con la victoria de Uclés, llegan los almoravides al apogeo de su poder, los triunfos de los almohades eclipsan á aquéllos hasta que las empresas de Alfonso VIII y sus sucesores aniquilan su grandeza, y á aquellas razas fanáticas, en un tiempo poderosas en España, y ya destruidas, sustituyen la de los Beni Merines, que no logran salvar de su ruina á los Estados musulmanes en nuestra península.

Crítica.—El reinado de D. Fernando III el *Santo,* acaba con el poder de los árabes españoles, y sus empresas guerreras y la conquista de las más importantes ciudades andaluzas, le dan tal prestigio, que aniquilan el altanero poder de los árabes, más destruído todavía desde que al crear el reino moro de Granada, como tributario de sus empresas, demuestra una gran habilidad política que facilita todos sus pensamientos guerreros y de otro orden, y que permitiendo la existencia de un pequeño reino tributario en los últimos confines de Andalucía, preparaba para sus sucesores el medio de terminar fácil y honrosamente, la gloriosa empresa de la reconquista.

Las reformas y virtudes de San Fernando, le colocan á la cabeza de los monarcas de nuestra nación, pues que aunque toda su vida la ocupó en guerrear contra los árabes, no descuidó un solo momento la administración de su reino, modificó toda su organización interior, preparó los trabajos legislativos de su hijo, y sus costumbres públicas y privadas le merecieron durante su reinado el respeto y la consideración de propios y extraños, y más tarde la veneración de los fieles al ser colocado en el catálogo de los santos.

La unión de Cataluña y de Aragón favoreció muchísimo la realización del pensamiento de unidad de todos los Estados cristianos, pues que hasta aquí andaban divididos en aspiraciones parciales, dificultando bastante la obra de la Reconquista y dejando que crecieran en su poder é insolente altanería los árabes españoles.

El reinado de D. Jaime el *Conquistador,* apellidado también el *Justo,* en Aragón y Cataluña, sólo puede compararse con el de San Fernando, pues que ambos realizaron el mismo pensamiento de guerra sin cuartel á la morisma, y de acertadas reformas en su reino, aunque las costumbres privadas de ambos reyes no tengan exacta semejanza.

Este importantísimo período de la España cristiana merece un juicio muy favorable, toda vez que en él se da el golpe de gracia á los estados musulmanes, y las relevantes figuras de San Fernando y de Jaime I, son timbre gloriosísimo de los monarcas españoles y hacen pensar que de seguir sus sucesores el camino emprendido por éllos, hubiera sido muy fácil y pronto el término completo de la reconquista.

LECCIÓN 36.

EL REINO MORO DE GRANADA DESDE SU FUNDACIÓN CON ALHAMAR HASTA MULEY-HACEM.

Cuarto subperiodo, de los periodos en que se divide la segunda época de la Historia de la Edad Media.—Reino moro de Granada. y monarquías de Castilla y de Aragón.—Extensión que comprende este subperíodo.—Reino moro de Granada.—Su origen.—Alhamar.—Precedentes de esta monarquía.—Los últimos almohades.—Declárase Alhamar feudatario de San Fernando.—Alhamar en la conquista de Sevilla.—Alhamar y Alfonso el Sabio.—Mahomed II.—Venida de los Beni-merines á España.—Pensamientos que éstos traían.—Mahomed III.—Nazar.—Abul-Walid.—Mahomed IV.—Intervención de los Beni-merines.—Yusef-Abul-Hegiaz.—Guerra con Castilla y batalla del Salado.—Mahomed V.—Ismael.—Abu-Said el Bermejo.—Mahomed VI.—Abu-Abdalah-Yusef.—Mahomed VII.—Distintas épocas de su reinado.—Yusef III.—Mahomed VIII el Zaguer.—Yusef IV.—Mahomed-Beu-Osmín.—Sus correrías.—Abem Ismael II.—Guerra con los cristianos.—Victoria del Madroño y conquistas de Gibraltar y de Archidona.—Muley-Hacem, ocupa el trono de Granada y con él comienza la guerra con los Reyes Católicos.=*Crítica.*—La conducta de Alhamar al declararse feudatario de Castilla, señala el momento de la definitiva decadencia de los árabes en España.—Estacionamiento de la reconquista, durante el período desde San Fernando hasta los Reyes Católicos.—Período de esplendor de la monarquía árabe de Granada.—Las guerras civiles de Granada favorecen la empresa de los Reyes Católicos.—Juicio desapasionado sobre el largo período que comprende la historia del reino moro de Granada.

El cuarto subperíodo de los períodos en que se divide la segunda época de la Historia de la Edad media española, es el que se ocupa de los últimos albores de la dominación agarena en España, así como del gran período de unidad en las monarquías cristianas para poder llevar á feliz término la obra de la reconquista.

Por eso, conjuntamente se estudian en él el reino moro de Granada, como tributario de Castilla, que es la última expresión del poder de los mahometanos en nuestra Península, y las monarquías cristianas de Castilla y de Aragón, que por separado hacen la guerra al infiel, hasta que por destino providencial se unen con los Reyes Católicos, formando la verdadera nacionalidad y la monarquía propiamente española.

Este subperíodo comprende, en la parte árabe, desde el año 1238 al 1481, y en la historia cristiana desde 1252 hasta 1474.

La ciudad de Granada, cuyo origen etimológico procede de *Garnata*, fué población pequeña, edificada frente á Iliberis (Elvira), como arrabal de ésta y separada por el río Darro que atraviesa la ciudad, viviendo así en los últimos tiempos de la dominación romana y durante todo el imperio de los visigodos, hasta que llegó un tiempo en que la ciudad

antigua y populosa fué transformada y absorbida por la Granada actual. Conquistada ésta por los árabes después de la batalla de Barbate ó del Guadalete, fué patrimonio de los caballeros de la guardia real de Damasco, permaneciendo sujeta al yugo de los emires dependientes del Oriente, luego al dominio de Abderramán I, que desembarcó en sus costas, y de sus descendientes, viviendo sumisa á este poder y al de los califas de Córdoba, teniendo más tarde reyes zihiritas, cuando la implantación de los Estados de Taifas, y dominando en ella también los almoravides y almohades, como dominaron en toda España. En este último período, Aben-Habó, caballero de esta ciudad, se proclamó rey de élla y estableció su corte en un palacio del Albaicín. Y entonces es cuando comienza verdaderamente el origen del reino moro de Granada, porque Alhamar, llamado el *Rojo*, de la familia de Nazar, rey de Arjona, y apellidado descendiente del Profeta, que ya en tiempo de San Fernando empezó á hostilizar al titulado rey de Granada, con conquistas sucesivas llegó á ser proclamado rey de esta ciudad el 16 de Julio de 1232.

Los precedentes de esta monarquía, antes de que Alhamar afianzase su reino, declarándose feudatario del rey de Castilla, se encuentran en la efímera dominación de los últimos almohades en el territorio granadino, Aben-Hud y Annasir, que bien poco dominan en él, hasta que la proclamación de Alhamar inicia en Granada la fundación de la dinastía Nazarita que por espacio de más de dos siglos había de conservar el cetro de esta monarquía.

Después de mil batallas en que Alhamar vió caer en poder de San Fernando mucha parte del territorio de Jaén, temió perder su reino de Granada y se declaró feudatario de San Fernando en 1246, obligándose á pagarle un tributo anual, á asistir con sus tropas cuando el rey de Castilla le llamase y asistir á sus Cortes como uno de sus ricos hombres.

Alhamar fué un príncipe insigne que formó un Estado floreciente, y que después de las conquistas de Córdoba y Sevilla por los cristianos, quedó reducido al territorio de Granada, Málaga y Almería. Durante su mando se comenzó el palacio de la Alhambra, el del Generalife y la Torre de la Vela, y se hermoseó la ciudad con palacios, colegios, hospitales, baños públicos y acueductos para la distribución de aguas y de riegos. Fiel al vasallaje que había jurado á San Fernando, le acompañó en la conquista de Sevilla con gran lealtad y esforzado empeño, amparando después en la capital de su reino á los moros fugitivos de Sevilla y Valencia, que después de las conquistas de San Fernando y de don Jaime no quisieron vivir entre los cristianos.

Pero muerto San Fernando, y aunque al principio fué leal con su sucesor Alfonso el *Sabio*, más tarde favoreció el alzamiento de los moros de Murcia y de Jeréz, concluyendo su reinado con la lucha que sostuvo contra los cristianos, hasta que murió en una expedición guerrera en 1273, quedando como recuerdo de su tiempo los nombres de Zegríes, Abencerrajes, Gomelez, Zenetes y otros, que de cuerpos militares para la defensa de las fronteras, se convirtieron en bandos políticos que tu-

vieron vida propia y lucharon con encarnizamiento durante toda la dominación de la dinastía Nazarita.

A su muerte ocupa el trono de Granada su primogénito Mahomed II, que siguió en un todo las huellas de su padre, y que sorprendiendo una traidora conspiración contra su persona, y con el auxilio de los castellanos, derrotó á los sostenedores de la misma.

Ya por los años 1302, y habiendo terminado la tregua pactada con los cristianos, reclama el auxilio de los Beni Merines a quienes cedió Algeciras y Tarifa, y en cuya época ocurrieron sucesos importantes y guerreros, ya en tiempo de D. Alfonso X, mientras éste se hallaba ocupado en sus pretensiones á la corona de Alemania, como fué la batalla de Martos, tan desgraciada para los castellanos, y más tarde, en tiempo de D. Sancho, el sitio de Tarifa y su heróica defensa por Guzmán el *Bueno*. Mahomed II fué un rey prudente y justo que tiene un nombre relevante en la Historia, y que en Granada siguió las obras de la Alhambra, así como en Málaga construyó el castillo de Gibralfaro.

Los Beni-Merines al venir á España traían el pensamiento, que no pudieron realizar en absoluto, de levantar el decaído espíritu musulmán con los descalabros sufridos por almoravides y almohades, empleando en España una política muy especial, unas veces amigos y otras enemigos del rey de Granada, y en más de una ocasión auxiliares y aliados de los monarcas castellanos.

Mahomed III, por otro nombre Abu-Abdalah, sucedió á su padre, dedicó toda su vida al trabajo y al estudio, reinó sólo siete años, y en éllos agregó la plaza de Ceuta á sus estados, construyéndose en su tiempo el gran baño público del Albaicín y la suntuosa mezquita de la Alhambra, en el sitio donde hoy está emplazada la iglesia de Santa María.

Una conspiración de enemigos que le acusaban de no poder regir el reino por estar ciego, le hicieron abdicar la corona en su hermano Nazar (el Defensor), para algunos fundador de la dinastía Nazarita, que bien poco reinó también, recordándose sólo de él que obligó á Jaime II de Aragón á levantar el sitio de Almería, y que fué destronado por una conspiración dirigida por su sobrino Abu-Said, conservando sólo el señorío de Guadix.

Entonces le sucede Abul-Walid, príncipe malagueño, intrépido, activo y generoso, en cuyo tiempo se verificó la invasión de los infantes D. Pedro y D. Juan, que murieron en la vega de Granada, conquistando también la ciudad de Martos, lo que fué causa de su muerte, siendo asesinado por el hijo del walid de Algeciras, enamorado de una hermosa joven cristiana, hecha prisionera en el ataque de aquella fortaleza.

Su hijo Mahomed IV le sucede, siendo muy niño y estando en tutoría cuando comenzó á reinar, teniendo brillante historia militar al llegar á su mayor edad, haciendo varias correrías en campo cristiano, combatiendo á los rebeldes de su reino y á los Beni-Merines, que le habían arrebatado algunas plazas, muriendo asesinado traidoramente por orden de un jefe rebelde de su reino.

Su hermano Yusef-Abul-Hegiaz, ocupa el trono á su muerte. Se dedicó durante los primeros años de su reinado á reorganizar la administración pública y á reformar las leyes de su reino, ajustando una paz con Castilla, y edificando en Granada la mezquita mayor que hoy es el Sagrario, y un arsenal en Málaga.

Más tarde se rompe la paz con el cristiano, luchando en unión del rey de Marruecos, contra éllos, é interviendo en el sitio de Tarifa y en la batalla del Salado, continuando los últimos años de su vida en su empresa de hermosear á Granada, hasta que en 1354 fué asesinado por un loco estando orando en la mezquita.

Mahomed V, su hijo, le sucede, reinando sólo cinco años y siendo amado de su pueblo, hasta que una conjuración dirigida por una sultana de su padre le arrebató el trono, colocando en él á su hijo Ismael, y retirándose á Guadix.

Ismael, débil, afeminado y más amante del serrallo que de la gobernación del estado, apenas reinó un año, siendo destronado y muerto por su pariente Abu-Said, en quien había depositado toda su confianza.

Abu-Said el *Bermejo*, le sucede, pero bien poco ocupa el trono; pues Mahomed V reclamó el auxilio de D. Pedro I de Castilla, que venció al monarca granadino, y más tarde le dió muerte en Sevilla, en los campos de Tablada, volviendo al trono por segunda vez Mahomed V, que desde 1362 á 1369 gobierna á Granada con grande acierto, embelleciéndola cuanto pudo con grandes obras, entre ellas el hospital del Hageriz.

Su hijo Mahomed VI le sucede, y fué apellidado el de *Guadix*, por el cariño que siempre tuvo á esta ciudad, gobernó tranquilamente su reino en paz con los cristianos, con prudencia y rectitud, y procurando el bienestar de su monarquía.

Abu-Abdaláh-Yusef, siguió el camino trazado por su padre, venciendo las insurrecciones tramadas en su contra, reanudando la guerra contra los cristianos, y muriendo envenenado, según se cree, por instigaciones de su propio hijo.

Mahomed VII (el Izquierdo), ocupa el trono á su muerte, aunque correspondía á su hermano Yusef, teniéndole encerrado en la fortaleza de Salobreña y mandándole dar muerte, lo que no pudo efectuarse, pues él murió antes, y aquél fué aclamado rey. En su tiempo, siguió la guerra con los cristianos con escasa fortuna, perdiendo la fortaleza de Zahara.

Son distintas las épocas de su reinado, ya cuando al principio se hechó en brazos de los Abencerrajes, ya cuando después de depuesto reina por segunda vez, ya cuando, por último, ocupa por tercera vez el trono y es personal enemigo de los que antes fueron sus parciales.

Yusef III ocupa el trono de Granada desde 1408 á 1423, siendo amado de su pueblo por sus bondades, ocurriendo en su tiempo la toma de Antequera por los cristianos y el sitio de Gibraltar, sin resultados favorables para las tropas granadinas.

Mahomed VIII el *Zaguer*, pariente del anterior, le sucede, siendo bien pronto destronado por los Abencerrajes, á quienes perseguía cruel-

mente, y dándose en su tiempo la batalla de Sierra Elvira, que algunos historiadores confunden con la de la Higueruela, en la misma vega de Granada, reinando muy poco tiempo, siendo depuesto y muerto por los conspiradores.

Yusef IV reinó sólo seis meses, en cuyo tiempo hubo algunas escaramuzas con los cristianos, muriendo después de mortal melancolía en 1432.

Mahomed-Ben-Osmín el *Cojo,* ocupa el trono de Granada, y aunque ambicioso y ardiendo en deseos de encender la guerra con los cristianos, no pudo lograr en ella favorables resultados.

Sus correrías ocupan los seis años que rigió á Granada, siendo las principales las de Baza, Levante, Ronda y Murcia, hasta que sus tiranías y la muerte que se le atribuye de los principales Abencerrajes de la ciudad, levantaron el estandarte de la rebelión en manos de éstos, y temeroso Osmín de la muerte, huyó cobardemente de la ciudad, no sin que antes los conspiradores le hicieran con violencia que abdicara la corona.

Entonces ocupa el trono Aben-Ismael II, que de buena condición y de generosos instintos, benefició mucho las obras de pública utilidad de Granada, construyéndose entonces el acueducto para conducir las aguas del río Darro á la capital.

Guerreó con los cristianos, siendo de esta época la prisión del obispo D. Gonzálo de Stuñiga, y su famoso rescate con el que se construyó, según se asegura, la llamada Cerca de D. Gonzalo, en Granada, ocurriendo también por entonces la muerte en Alora, del alcaide de Málaga, Aliatar, por el esforzado capitán Hernando de Narvaez.

El príncipe Muy-Hacem, su hijo, que tanto le había ayudado en las anteriores campañas contra los cristianos, sufrió una gran derrota en la batalla del Madroño por el marqués de Cádiz, siguiendo á esto las conquistas de Gibraltar y de Archidona por aquel insigne capitán, ayudado del duque de Medinasidonia, del maestre de Calatrava y del Conde de Cabra, logrando al fin que los últimos años de su reinado fueran prósperos y pacíficos, muriendo en 1465, ó según otros, abdicando en su hijo, que tanto le ayudara en sus empresas guerreras.

De uno ú otro modo, en este año ocupa el trono en Granada el rey Muy-Hacem, que con genio activo y emprendedor, y ayudado por la ambición y altivez de su esposa Aixa, declaró la guerra á los cristianos al exigirle los Reyes Católicos el tributo á que estaban obligados, comenzando así aquella guerra de diez años para la conquista de Granada, y que ocupó todo el reinado de este monarca moro y el de su hijo Boabdil, que al fin tuvo que entregar la ciudad al comenzar el año 1492, como veremos en lecciones posteriores, terminando así el reino moro de Granada y la total dominación de los árabes en España.

Crítica.—La conducta de Alhamar al declararse feudatario de Castilla, señala el momento de la definitiva decadencia de los árabes en España; pues que no fué voluntariamente como aceptó tal vasallaje, sino obligado por la necesidad, y teniendo que pasar por el duro trance para conservar su soberanía, de auxiliar muchas veces al cristiano con-

tra sus hermanos de religión, y de que el humillante signo de sumisión y de feudo, apareciese esculpido entre los calados y primorosos adornos del palacio que en Granada lleva su nombre.

Pero es de notar que por causas inexplicables, que al gigantesco esfuerzo de San Fernando en sus empresas contra los árabes, sucede un largo estacionamiento en la Reconquista, hasta que los Reyes Católicos, uniendo en sus sienes las coronas de Castilla y de Aragón, dan unidad á la nacionalidad española y acometen y terminan la grande empresa de la Reconquista, logrando que al fin al tremolarse el estandarte de la Cruz en la Torre de la Vela, concluya definitivamente el poder de los árabes en España, sostenido en este rincón de Andalucía, durante dos siglos y medio, á merced del feudo á que se sometió Alhamar, y á la independencia de acción en las empresas guerreras de castellanos y aragoneses.

A pesar de todo, hay que reconocer que en este tiempo, hubo un período de esplendor en la monarquía árabe-granadina, como lo justifican las soberbias construcciones arquitectónicas que nos legaron los árabes, así como los rastros de civilización y de cultura de que dan testimonio las historias, y que pudieron apreciar, aunque ya en estado más decadente, los conquistadores, al entrar en Granada.

Y la empresa gigantesca de los Reyes católicos al acometer y lograr al cabo de porfiada y tenacísima lucha, la conquista de Granada, tuvo un favorable auxiliar en las guerras civiles que destrozaban el reino, pues que á su amparo, y fomentándolas sin descanso, pudo lograrse que se encendiera más y más el odio que animaba á los bandos civiles de la ciudad, y que al cabo hasta los mismos celos de la familia real preparasen la entrega que al fin tuvo que hacer de ella y de todo el reino, su último monarca Boabdil.

La historia del reino moro de Granada en el largo período que comprende, merece un juicio desapasionado é imparcial, afirmando que á pesar de las revueltas y violentas conspiraciones que minaban aquella monarquía, casi todos los monarcas granadinos cumplieron bien su cometido, y procuraron el engrandecimiento y la cultura de este reino, que á haber ocurrido antes la unión de Castilla y de Aragón, hubiera terminado su vida histórica, ó á no haberse acobardado los ejércitos castellanos, cuando muy cerca de Granada dieron formal batalla y se retiraron aterrorizados ante el horror que les causaba las terribles convulsiones de la tierra, tan frecuentes entonces y ahora en la comarca granadina.

LECCIÓN 37.

España Cristiana.

DESDE ALFONSO X EL SABIO, HASTA D. ALFONSO XI EL JUSTICIERO.

España cristiana.—Reinado de Alfonso X el Sabio.—Primeros actos del reinado de Don Alfonso.—Alteración de la moneda.—Cesión de Algarbe á Portugal.—Renuncia de la Gascuña.—Proyecto de la conquista de Navarra.—Renueva su alianza con el rey moro de Granada.—Es elegido emperador de Alemania.—Disgustos en el reino.—Rebelión de los moros y alzamiento de la nobleza del reino en su contra.—Los Beni-merines.—Casamiento y muerte del infante la Cerda.—El principe D. Sancho, heredero del trono.—El infante la Cerda y doña Violante.—Sitio desgraciado de Algeciras y expedición contra el rey de Granada.—Rebelión de D. Sancho y deposición del rey.—El papa excomulga á D. Sancho disminuyendo su partido.—Llama el rey á los Beni-merines y empeña su corona.—Muerte y testamento de Alfonso el Sabio.—D. Alfonso legislador y literato.—Reinado de D. Sancho IV el Brabo.—Sus primeros actos.—Invasión de los Merinitas.—Privados del rey.—Guerra civil y tratado de Bayona.—Toma de Tarifa y heroismo de Guzman el bueno.—Testamento y muerte de Sancho el Bravo.—Reinado de Fernando IV el Emplazado.—Rebeliones y regencia en su menor edad.—D. Alfonso de La Cerda.—Se casa el rey y es ingrato con su madre doña María de Molina.—Conquista de Gibraltar.—Sitio de Algeciras y guerra con Granada.—Los hermanos Carvajales, y emplazamiento y muerte del rey.—D. Alfonso XI el Justiciero.—Su menor edad y aspirantes á la regencia.—Muerte de los infantes D. Pedro y D. Juan.—Mayoría del rey.—Alianza de D. Juan Manuel y de D. Juan el tuerto, y muerte de este último.—Primeras campañas del rey.—Siguen las rebeliones.—Guerra con los moros.—Doña Leonor de Guzman.—Acaban las rebeliones.—Guerra con Portugal y con el rey de Marruecos.—La armada castellana es destruida.—Batalla del Salado.—Toma de Algeciras y expedición á Gibraltar.—D. Alfonso legislador.—Su muerte.—*Crítica.*—D. Alfonso el Sabio como rey perseguió la desgracia.—La conducta rebelde de D. Sancho IV juzgada ante la Historia.—D. Fernando IV ante la tradición y ante la Historia.—Situación del reino en tiempo de Alfonso XI.—Personalidad de doña María de Molina en estos últimos reinados.

La España cristiana en este período histórico, abarca los reinos de Castilla y de Aragón como las más poderosos, teniendo también alguna significación Navarra y Portugal.

El reinado de D. Alfonso X el *Sabio* es el primero de los reyes de Castilla que ahora hay que estudiar. Subió éste al trono por el derecho que á él le daba el ser hijo de San Fernando, á los 31 años de su edad y con el precedente de haber realizado actos distinguidos en la conquista de Murcia, esperándose mucho de él como monarca de Castilla.

Sus primeros proyectos fueron llevar la guerra al Africa, lo que no pudo realizar; y ademas ejecutó después otros actos que desgraciadamente le desacreditaron entre sus súbditos, y que demostraron no ir

á ser como político, y como monarca, el rey que soñaban los castellanos.

La alteración de la moneda, decretada dos veces por D. Alfonso X, produjo resultados y consecuencias fatales en el reino, como fué el que se aumentara considerablemente el precio de todo, viéndose obligado más tarde á que se dictaran decretos para restablecer en Castilla el equilibrio económico.

Así mismo fué muy desfavorable para la nueva monarquía, la cesión que el rey hizo del Algarbe á Portugal, como consecuencia de la intrusión de su monarca en territorio de España, y mediante el matrimonio de la hija bastarda de D. Alfonso de Castilla con D. Alfonso de Portugal.

También renunció la Gascuña, como base de otro matrimonio, entre su hermana D.ª Leonor y el monarca inglés, lo que al fin se efectuó, perdiendo Castilla aquellos territorios que le pertenecieron en tiempo de Alfonso VIII.

D. Alfonso X proyectó conquistar á Navarra durante la menor edad de los hijos de Teobaldo I, lo cual no pudo efectuar; pues que D. Jaime de Aragón en la alianza que proyectó con la madre de los menores, impidió sus proyectos respecto á esta parte de nuestra nación.

La alianza que su padre tenía hecha con el rey moro de Granada fué renovada por este monarca, y con la ayuda de dicho emir reconquistó las poblaciones de Jerez, Arcos, Medinasidonia y Lebrija, y después puso cerco á la plaza de Niebla (Huelva), donde los moros se batieron con gran denuedo y emplearon los tiros con trueno de fuego (cañones), hasta que cayó la ciudad en poder de los cristianos.

Después Alfonso X aspiró al trono imperial de Alemania que estaba vacante por la muerte de Guillermo de Holanda, malgastando 18 años en aquella empresa y esquilmando los tesoros de la nación sin resultado práctico; pues que aun después de todo no fué aprobada su pretensión por el Pontífice, ni le coronaron, quedando sólo con el título de emperador electo, y elegiéndose á Rodolfo de Habsburgo.

Esto produjo grande descontento y disgusto en el reino por intentar empresas imposibles y gravar á su pueblo con tributos escandalosos, de cuyo descontento se hicieron eco los prelados, los magnates y los vasallos.

Y por si no bastase todo esto, los moros, olvidando los tratos que tenían con el rey de Castilla, se rebelaron contra él, y desde Murcia hasta Jerez se alzaron en armas, teniendo que reprimir con mano fuerte esta sublevación y hacer que cayeran en su poder las principales ciudades sublevadas. También la nobleza castellana, excitada por D. Nuño de Lara, se alzó en contra del rey, que fué débil en esta ocasión accediendo á las pretensiones de ellos aunque otros salieron del reino, y al fin volvieron á él merced á las grandes concesiones que les hizo el monarca con desprestigio notable de la dignidad real.

Cuando el Rey D. Alfonso se hallaba celebrando entrevistas con el Papa, á propósito de los sucesos interiores de su reino, una nueva invasión de moros africanos de la raza de los Beni-Merines, de acuerdo con el rey de Granada, y con propósito de reanimar el decaído espíritu de los árabes españoles, hizo una entrada en España, desembarcando

en Tarifa y siendo preciso que se reuniese un ejército en su contra, capitaneado por el Conde D. Nuño de Lara que tuvo la desgracia de perecer en el combate y que las armas cristianas fuesen violentamente arrolladas por el ejército marroquí.

D. Fernando de la Cerda, su hijo primogénito, y regente del reino mientras la ausencia del monarca, contrajo matrimonio con D.ª Blanca, princesa de Francia, aunque tardó tres años en revalidarse el matrimonio por la corta edad de los príncipes. Este infante fué el que dirigió una expedición contra los árabes después de la anterior derrota, muriendo al llegar á Ciudad Real, y dejando dos hijos conocidos con el nombre de los Infantes de la Cerda.

Entonces el príncipe D. Sancho, hijo segundo de D. Alfonso, pretendió de su padre, y obtuvo á pesar de los derechos de los hijos de su hermano, que fuese proclamado y jurado heredero del trono en las Cortes de Segovia.

Como esto violaba el derecho que se creían podían ostentar los primogénitos de D. Fernando, fué causa de que D.ª Violante, abuela de éllos, los pusiese en salvo y se refugiara en Aragón al amparo de su hermano el rey D. Pedro III, reuniendo poderosos auxiliares que intentaban una guerrera invasión en España á favor de los Infantes de la Cerda, que fué desbaratada por la mediación del Papa.

En tal estado, el rey D. Alfonso pensó en recobrar la plaza de Algeciras, formando una gran armada dirigida por el infante D. Pedro, cuya expedición fué sumamente desgraciada y que concluyó con una tregua pedida al emperador de Africa. Después D. Alfonso, dirigió sus armas contra el rey de Granada, también muy desgraciada, y en que perecieron 3.000 cristianos y el maestre D. Gonzalo Girón, no lográndose más en esta empresa y en la del año siguiente que talar la vega de Granada.

D. Sancho, no pudiendo continuar sus insensatas aspiraciones al trono, aún en vida de su padre, y tomando por pretexto los deseos de éste para dar á su nieto el reino de Jaén, las alteraciones de la moneda y el descontento general, hizo armas contra su padre, y con poderosos auxiliares, convocó Cortes en Valladolid, á las que asistieron todos, reunidos en contra de D. Alfonso X y en las que fué depuesto el rey, proclamándose á D. Sancho, no quedándole á aquél más ciudad leal que la de Sevilla y viéndose en la necesidad de pedir el auxilio y la protección metálica, que le fué concedida, del emperador de Marruecos.

Mas entonces, el Pontífice, viendo lo injustificado de la rebeldía de D. Sancho, le excomulga por esta causa y por su matrimonio incestuoso, á lo que el hijo rebelde contestó con la muerte de los legados pontificios. Pero la maldición de su padre y la excomunión pontificia, le hicieron decaer en su partido, y hasta sus principales aliados volvieron á reconocer la autoridad de D. Alfonso, que tuvo que aceptar contra su hijo la ayuda de los Beni-Merines.

En efecto, D. Alfonso llamó á estos africanos en su ayuda, y hasta dicen las crónicas que les empeñó su corona, logrando que con más ó menos entusiasmo le auxiliasen en contra de D. Sancho, y que éste

comprendiese al fin que había necesidad de entablar negociaciones para cortar las asperezas que existían con su padre, cuyas negociaciones fueron amparadas por D.ª Beatriz de Portugal y D.ª María de Molina.

Todas estas ingratitudes de D. Sancho hicieron dura mella en el corazón de D. Alfonso, que herido de muerte, enfermó para morir bien pronto, perdonando al hijo rebelde y sepultándosele en Sevilla en 1284. Por su testamento dejaba el reino á sus nietos los Infantes de la Cerda, el de Sevilla á su hijo D. Juan y el de Murcia á D. Jaime, como feudatarios de Castilla.

A D. Alfonso hay que considerarle como legislador y como literato. Como legislador, inmortalizó su nombre «El Fuero Real» y el «Código de las Siete Partidas»; como literato, «El Libro del Tesoro», «Las Tablas Astronómicas», «Las Cántigas», «Las Querellas», «La Grande General Historia» y su «Historia de España».

A pesar del testamento de D. Alfonso X, á su muerte fué jurado rey de Castilla D. Sancho IV el *Bravo*, teniendo en cuenta un antiguo precepto legal de que rota la rama principal del árbol debía buscarse la segunda para la sucesión en el reino.

Sus primeros actos como rey de Castilla fueron anular los privilegios y fueros que él había concedido á los pueblos, sus auxiliares en la rebelión contra su padre, apareciendo desde luego como vigoroso y enérgico en contra de los que inmediatamente no acataban sus superiores disposiciones.

Por este tiempo Abu-Yusuf, jefe de los Merinitas de Marruecos, invadió la Andalucía, sitiando á Jeréz. Los esfuerzos del feroz musulmán fueron inútiles, pues que D. Sancho y sus parciales desbarataron inmediatamente sus proyectos, huyendo de nuestras costas y marchándose nuevamente al África.

Entre los privados del nuevo rey se cuenta á Lope de Haro, señor de Vizcaya, cuyo orgullo crecía con su poder, hasta el punto de que el monarca tuvo que prenderle, no sin que atentase á su vida y fuese muerto por los caballeros que defendían al rey. Esta suerte siguieron otros privados del monarca y amigos del de Haro, lo cual provocó sucesos interiores, sembrando el desconcierto en el país.

Por eso comienza una guerra civil en España por la unión de los parciales de D. Lope de Haro y el rey de Aragón, que proclamaron rey á D. Alfonso de la Cerda, el que logró tener á su devoción á parte de España, y cuya guerra civil comprende toda ella contínuas escaramuzas y deslealtades, hasta que al fin terminó con el tratado de Bayona, en 1288, por el que el rey D. Sancho dió al rebelde D. Alfonso el reino de Murcia, como feudatario de Castilla, y la dispensa del matrimonio de D. Sancho por la Corte pontificia.

Ya más tranquilo este, se atreve á sitiar la población de Tarifa, aprovechando la guerra de Marruecos con Granada, y logrando rendir aquella ciudad. Pero después, siendo nuevamente rebelde el infante don Juan y huyendo á Tánger, prometió la conquista de la plaza, y sitiada esta por ellos ocurrió el hecho inmortal realizado por Guzmán el *Bueno*, de la defensa de aquella ciudad murada, no entregándola, y viendo de-

gollar á su hijo, prisionero por el infante D. Juan, antes que rendirla, cuyo hecho inmortalizó el nombre de este magnate y le hizo el tipo más perfecto de la lealtad castellana, obligando á los árabes á levantar el cerco de la ciudad sitiada.

Y aquí termina el reinado de D. Sancho, que agravado en la enfermedad larga que padecía murió á los 36 años de edad en Toledo, dejando á su hijo primogénito D. Fernando bajo la tutela de su prudente esposa D.ª María de Molina, según oportunamente disponía en el testamento otorgado antes de su muerte.

Le sucede, en virtud del mismo, D. Fernando IV, cuyo reinado fué uno de los más turbulentos de España, y si conservó el trono fué sólo debido á la prudencia, discreción y tacto de su heróica madre D.ª María de Molina.

Durante su menor edad, comienzan las rebeliones en el reino, siendo el primero que se alza el infante D. Juan, que se proclama rey de Castilla, y D. Diego de Haro y los Laras, que aspiran á apoderarse de otra parte de España. También D. Enrique, hijo de San Fernando, se hace proclamar regente del reino, y sostuvieron una grande lucha, que hubiera acabado con el monarca á no ser por el varonil esfuerzo de la reina D.ª María, que al fin sostuvo los derechos del rey é hizo que don Enrique venciese como regente del reino las aspiraciones de todos los rebeldes; y cuando parecía que todo estaba tranquilo en el reino, surgió un nuevo competidor en D. Alfonso de la Cerda, que encendió la guerra civil, contando con el apoyo de Aragón y de Portugal, y que aspiraba á la división del reino. Pero todo fué desbaratado por la habilidad y discreción de la reina D.ª María, ajustando paces con Portugal y concertando un matrimonio con D. Fernando y la hija de aquel rey, así como logrando que el Pontífice declarara la legitimidad del mismo.

Pero todos estos esfuerzos de D.ª María de Molina fueron pagados con una negra ingratitud. Casóse el rey y entregóse en manos de los rebeldes, llegando hasta pedirle cuentas á su madre de su tutela y administración, lográndose que éstas fuesen la ejecutoria de la nobleza y dignidad de la reina madre, que pudo probar con sus libros de cuentas, no sólo su honrada administración, sino que hasta sus bienes propios y sus propias rentas las había empeñado para atender á los servicios de su hijo.

Llegó el momento en que los Infantes de la Cerda se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos y prestaron juramento de fidelidad al rey, así como se le sometieron también todos los rebeldes, dedicándose entonces D. Fernando á una empresa de grande importancia, cual fué la conquista de Gibraltar, que al fin logró en 1309.

Después sitió á Algeciras, cuyo sitio terminó con una paz honrosa, con la posesión de las plazas fronterizas de Bedmar y Quesada, y 50.000 doblas de oro. La guerra con Granada tuvo por causa obligar al monarca musulmán á que pagase el tributo que á su padre satisfacía, lo que al fin consiguió, renovando el feudo y vasallaje que desde San Fernando tenía aquel monarca para con Castilla.

Y precisamente con ocasión de esta guerra, y al ir á sitiar la pla-

de Alcaudete, fué cuando mandó matar á dos caballeros hermanos, llamados los Carvajales, en quienes recaían sospechas de haber sido autores del asesinato de D. Juan de Benavides, ocurrido en Palencia, desafiándoles por la roca de Martos, y siendo emplazado por éstos para ante el tribunal de Dios, muriendo dentro del plazo por ellos fijado, en 1312.

A D. Fernando IV el *Emplazado*, sucede D. Alfonso XI el *Justiciero*, que ocupa el trono teniendo poco más de un año y en situación tristísima, dadas las revueltas de príncipes y señores que había en el reino.

Su menor edad fué muy turbulenta, pues pretendían la regencia sus tíos D. Pedro y D. Juan, los infantes D. Felipe y D. Juan Manuel y D. Juan Núñez de Lara, amparados unos por D.ª María de Molina y otros por la reina viuda D.ª Constanza, resolviéndose por las Cortes de Palencia dividir la regencia entre ambos bandos, para acallar las aspiraciones de unos y de otros.

Pero mueren los infantes D. Pedro y D. Juan, peleando en la vega de Granada contra los moros, y entonces la reina D.ª María de Molina queda única tutora del rey por haber muerto también su madre doña Constanza, naciendo otros aspirantes á la regencia, entre ellos D. Juan el *Tuerto* y D. Fernando de la Cerda, y aumentándose la anarquía en Castilla, principalmente desde que en 1321 tuvo el rey la desgracia de perder á su abuela D.ª María de Molina.

Mas ya con 14 años el monarca fué declarado mayor de edad, recibiendo la sumisión de sus tutores y nombrando á Garcilaso de la Vega y á Alvar Núñez Osorio, como privados de su consejo, comenzó á gobernar el reino.

Visto esto por los infantes D. Juan Manuel y D. Juan el *Tuerto*, se alian en contra de rey, cuyos proyectos desbarató este, acabando todas las esperanzas de ellos con la muerte de D. Juan el *Tuerto*, ocurrida en Toro por orden de D. Alfonso, al entrar en su palacio, produciendo tan terrible suceso, necesario entonces, aunque no leal, una impresión horrorosa en todos los rebeldes que, ó se sometieron, ó huyeron cobardemente del reino.

La primera campaña que hizo el rey D. Alfonso XI fué contra los moros, conquistando algunas fortalezas de escasa importancia.

Siguieron, no obstante, las rebeliones en el reino, capitaneadas por D. Juan Manuel, que se puso enfrente del monarca y de los validos Garcilaso y Núñez Osorio, que fueron muertos al fin, el uno á manos del pueblo y el otro de orden del rey.

Operóse entonces un cambio favorable en la monarquía con la muerte de los privados y el casamiento del rey con D.ª María de Portugal, así como con el perdón que se concedió al infante D. Juan Manuel, reanudándose entonces la guerra contra los moros, conquistándose á Teba (Málaga) y ratificándose el feudo del rey de Granada.

Surgió entonces en el reino un suceso al parecer de poca importancia y que había de tener gran significación en posteriores hechos históricos. Este fué que el rey se enamoró ciegamente de la hermosa señora sevillana D.ª Leonor de Guzmán, y desde entonces fué la verda-

dera reina de Castilla, causando vejaciones y grandes disgustos á su legítima esposa D.ª María.

Al fin se acabó la rebelión en el reino, castigando rigurosamente el monarca á los que quedaban en armas, y haciéndose, por último, una paz definitiva mediante la intervención del rey de Aragón y el reconocimiento de su soberanía y poder por todos los rebeldes.

Pero los amores del rey excitaron las iras de Portugal y provocaron una guerra que duró dos años y en la que venció Castilla, terminando por la intervención de los Legados pontificios. También sostuvo guerra con el rey de Marruecos, que pretendía entrar en España, y que á pesar de los esfuerzos del rey no pudo impedir el desembarco de las tropas africanas, aunque costó la vida al hijo del emperador de Marruecos.

Pero entonces éste preséntase frente á Algeciras con gruesa escuadra, que quiso ser combatida por la armada castellana, la cual desgraciadamente, y por terrible destino, fué destruída, muriendo honrosa y heróicamente en aquella batalla naval el almirante Jofré Tenorio.

Con tal triunfo, las tropas africanas, en gran número, desembarcaron en España, y unidas con los granadinos formaron un ejército de 400.000 hombres, á los que hizo frente D. Alfonso con todos sus ejércitos cuando iba á sitiar á Tarifa; y cerca del río Salado se dió la gran batalla, en que venció el rey de Castilla, á pesar de la superioridad del enemigo, que perdió más de 200.000 hombres de los suyos, y cuyo triunfo, muy parecido al de las Navas, causó alegría inmensa en toda la cristiandad.

Puso luego sitio á la ciudad de Algeciras, y después de 19 meses de asedio logró entrar en ella, pensando á seguida en recobrar á Gibraltar, para lo que solicitó recursos de las Cortes de Alcalá de Henares, y emprendió la expedición contra dicha plaza, que para él y los cristianos fué muy desgraciada, por la peste que se declaró en el ejército y que costó la vida al rey y la destrucción de todos sus proyectos.

Como legislador, D. Alfonso XI publicó el «Ordenamiento de Alcalá» y puso en vigor el Código de las Siete Partidas.

Su muerte, ocurrida como llevamos dicho, en el sitio de Gibraltar, en 1350, causó un duelo general en toda la nación y en toda la cristiandad, por las condiciones inapreciables que le adornaban como monarca, como caballero y como cristiano.

Crítica.—A D. Alfonso el *Sabio,* como monarca, le persiguió la desgracia, como lo prueban todas las empresas en que tomó parte, sus disposiciones poco acertadas para el gobierno del reino, sus alianzas con monarcas no cristianos, y hasta las rebeldías de su reino y las de su propio palacio alimentadas por su hijo D. Sancho.

Este, en su conducta rebelde contra su padre, no puede tener nunca disculpa ante la Historia, aunque se pretendiera justificar sus deslealtades por el bienestar de su reino, toda vez que su rebeldía no tuvo amparo de nadie, y hasta el mismo Pontífice tuvo que excomulgarle en vista de los hechos realizados por aquel hijo que ni respetaba á su padre, ni atendía las soberanas disposiciones de su rey.

D. Fernando IV, considerado ante la Historia, tampoco merece un lugar envidiable en ella, toda vez que la ingratitud que mostró con su egregia madre D.ª María de Molina le colocan en situación poco agradable, y hasta la tradición no justificada de su emplazamiento por los hermanos Carvajales, viene á demostrarnos que fué un monarca sin corazón é incapaz de nobles afectos, y por tanto, que no mereció un lugar importantantísimo entre los reyes de Castilla.

Este reino en tiempo de Alfonso XI se encontraba en situación muy especial, y sólo merced al temple de su alma, á su valor y á sus condiciones inapreciables pudo lograrse que á todos los venciese, que enfrenase el poder de la morisma, y que asimismo se dedicase á ilustrar á su pueblo y á promulgar códigos de importancia.

Pero en los reinados de D. Sancho IV el *Bravo*, D. Fernando IV el *Emplazado* y D. Alfonso XI el *Justiciero*, se destaca sobre todas la personalidad insigne de D.ª María de Molina, que como esposa, como madre y como abuela de estos monarcas, jugó un papel importantísimo en la gobernación del estado, demostró sus dotes de virtud, energía y discreción, y logró que la Historia la coloque casi al nivel de D.ª Isabel la Católica.

LECCIÓN 38.

España Cristiana.

REINADOS DESDE D. PEDRO I DE CASTILLA HASTA D. ENRIQUE IV EL IMPOTENTE.

Reinado de D. Pedro I de Castilla.—Sus primeros actos.—Matrimonios de D. Pedro.—D.ª María de Padilla.—Ligas contra el Rey.—Guerras en Aragón y Granada.—Los bastardos.—Violencias del Rey.—Tres reinas en Castilla.—Aspiraciones de D. Enrique de Trastamara.—Guerra civil.—Batalla de Nájera y muerte de D. Pedro en Montiel.—Casa de Trastamara.—Enrique II.—Mercedes enriqueñas.—Guerra de sucesión.—Guerras que tuvo Enrique II.—Su muerte.—Reinado de D. Juan I.—Aspiraciones á Portugal.—Guerras que sostuvo y batalla de Aljubarrota.—Muerte de Don Juan I.—Reinado de D. Enrique III el Doliente.—Su minoría.—Su Gobierno y guerras.—Muerte de D. Enrique.—Reinado de D. Juan II.—Su menor edad.—Guerra con Granada.—Mayor edad del Rey.—D. Alvaro de Luna.—Su privanza y destierros.—Guerra con Aragón.—Guerra con Granada y sucesos importantes.—Guerra civil.—Batalla de Olmedo.—Matrimonio del rey.—Muerte de D. Alvaro.—Muerte del rey.—Reinado de D. Enrique IV el Impotente.—Sus primeros años.—Casamiento del rey.—Privanza de D. Beltran de la Cueva.—Nacimiento de la Beltraneja y primera rebelión de los nobles.—Jura de D. Alfonso.—La farsa de Avila.—Batalla de Olmedo.—Muerte de D. Alfonso.—Los toros de Guisando, y D.ª Isabel, heredera del trono.—Muerte de Enrique IV.—Mapa de España desde la muerte de San Fernando hasta la unión de Castilla y Aragón con los Reyes Católicos.=*Crítica.*—Dada la situación del reino en tiempo de D. Pedro I, ¿fué este cruel ó justiciero?—Cuestión acerca del casamiento de D. Pedro con D.ª María de Padilla.—Las mercedes de D. Enrique II, crearon una nobleza especial.—D. Enrique II, como hombre y como Rey.—D. Juan I respetuoso para con las Cortes y con títulos especiales á la gratitud de su pueblo.—La severidad de D. Enrique III con los magnates prueba el estado de la Corte de Castilla.—Situación especial de la monarquía española durante el reinado de D. Juan II.—Triste cuadro que presentaba Castilla en el reinado de Enrique IV.—Orgullo de la nobleza en su tiempo.

El reinado de D. Pedro I de Castilla, abarca desde el año 1350 al 1369. Fué un príncipe de carácter duro y violento, y las circunstancias le colocaron en ocasiones dadas, en situaciones de fuerza que para unos fueron justicias, y para otros historiadores merecieron el nombre de crueldades.

Hijo de D. Alfonso XI y de D.ª María de Portugal, sus primeros actos tuvieron que ser de violencia para D.ª Leonor de Guzmán, amante de su padre, cuya muerte es más tarde realizada, y por cuyo suceso surgieron bandos en el reino, que se desarrollan y causan disgustos y hasta acaban con la vida del monarca. También hay que mencionar entre los primeros actos de D. Pedro; el vencimiento de su herma-

D. Enrique de Trastamara y su perdón, así como la reunión de Cortes en Valladolid y el Ordenamiento de los Menestrales, favorables al comercio y á la industria castellana.

El primer casamiento de D. Pedro fué con D.ª Blanca, de la casa real de Francia, y con la cual parecía que iba á establecer relaciones íntimas entre ambas monarquías y un apoyo para el ya poderoso reino de Castilla.

Más por entonces, enamoróse el rey ciegamente de la hermosa dama D.ª María de Padilla, y abandonó á su legítima esposa, creándose partidos y empezando á adquirir valimiento privados y parientes de la amada del rey, que hicieron caer de su poder y de sus distinciones al privado D. Juan Alonso de Alburquerque.

Este suceso y los amores del rey, despertaron en la nobleza un odio encarnizado contra ella, y le hicieron formar una liga en la que entraron los Alburquerques y los bastardos D. Enrique, D. Tello y D. Fadrique, cuya liga amedrentó un tanto al rey que volvió á reunirse con su esposa, y abandonó á los secuaces de su amada; mas después venció á los de la liga y fué más irritante el absorbente poder de D.ª María de Padilla y de sus parciales.

Habiéndose apresado dos naves florentinas por los aragoneses, en San Lúcar de Barrameda, estalló una guerra civil entre Aragón y Castilla, y en la que peleó al lado de Aragón el bastardo D. Enrique, terminando esta lucha, después de derrotas y victorias por ambas partes, por la mediación de los Legados pontificios. También intervino D. Pedro en la guerra civil de Granada, entre Mohamed V y el Bermejo, que solicitando su apoyo fué muerto en Sevilla por orden de Don Pedro.

Los bastardos hermanos del rey, D. Fadrique, D. Pedro y D. Juan, unidos á D. Enrique y D. Tello, estuvieron constantemente haciendo armas contra su hermano, á excepción de un poco tiempo en que halagaron los amores del rey con D.ª María de Padilla; pero siempre fueron causa de los disturbios del reino, y formaron parte de todas las ligas que en Castilla hubo contra el rey.

Uno de los pretextos que taomron sus hermanos y sus aliados contra el monarca fueron las violencias que éste había cometido y las sangrientas ejecuciones que llevara á cabo de tres de sus hermanos bastardos, del infante D. Juan de Aragón, de su tía la reina D.ª Leonor y su primera esposa D.ª Blanca, de D.ª Juana de Lara y de otros muchos que provocaron la guerra civil y levantaron el ánimo de la nación en contra del rey, que unas veces obedeció á sus instintos de violencias y de crueldades, y otras obligadamente tenía que ejecutar estos actos violentos para reprimir las deslealtades y altiveces de la levantisca nobleza castellana.

D. Pedro, que primeramente había casado con D.ª Blanca, casó después con la hermosa D.ª Juana de Castro, y llegó un momento en que verdaderamente hubo tres reinas en Castilla, hasta que murió su primera esposa; pues aunque ésta tenía sus parciales y oficiaba de reina, D.ª Juana tenía los suyos; y sobre todas disponía, y mandaba en el corazón del rey, D.ª María de Padilla, que era la verdadera reina de Castilla.

De todos los hermanos bastardos, el más violento y el que con más temeridad luchaba en contra del rey, era D. Enrique de Trastamara, el cual buscó auxilio en las famosas compañías blancas, acaudilladas por Beltrán Duguesclín, aspirando á destronar á su hermano, y logrando, al entrar en Castilla que fuese aclamado rey en Burgos, Sevilla y Toledo, lo que obligó al rey á huir en busca de extraños auxilios en contra de su hermano.

Encendióse cruelmente la guerra civil en Castilla. La liga de nobles y magnates, unida á los Bastardos en contra del rey, fué engrosándose cada vez más, y las demasías del monarca, ó las represiones á los actos de la revuelta nobleza, hicieron que la guerra civil y las ligas en contra del rey se aumentasen cada vez más, hasta el punto de venir á las manos los parciales de unos y otros, y ensangrentarse los campos de Castilla, que fueron testigos de las violencias de uno y de otro bando.

D. Pedro I logró el auxilio del Príncipe Negro, hijo de Eduardo III de Inglaterra, venciendo á D. Enrique en la batalla de Nájera, teniendo aquél que huir á Francia, y ejercitando D. Pedro, después de este suceso, rigores que quizás fueran justicia con sus enemigos, los partidarios de D. Enrique.

Pero eclipsóse la estrella de D. Pedro, pues le abandonó el Príncipe Negro, y en cambio su hermano obtuvo el auxilio del rey de Francia, entró en Castilla, levantó el espíritu público á su favor, y encontrándose á D. Pedro en los campos de Montiel, le citó traidoramente para la Torre de la Estrella, y allí el combate de ambos ejércitos se tornó en lucha personal, que fué favorable á D. Enrique, merced á la tradición de Duguesclín, que le ayudó con aquellas históricas palabras de «ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor». Y entonces D. Enrique atravesó el corazón de su hermano con el puñal, acabando así una vida dedicada, quizás por las circunstancias en que vivió, á los más lúbricos amores y á las más crueles venganzas.

Con su muerte, comenzó para Castilla el entronizamiento de la casa de Trastamara con D. Enrique II, que en la Historia mereció el nombre de el *Bastardo* ó el de las *Mercedes*.

Lo primero que éste hizo al subir al trono después de su fratricidio, y al ver que muchas ciudades no le reconocían como monarca, fué ofrecer protección y amparo á los que le ayudasen, lo que al fin logró, entrando en las ciudades rebeldes arreglándose por medio de un Legado pontificio las aspiraciones de otros que se habían hecho feudatarios de Portugal y de Navarra, y concediendo mercedes y dignidades sin cuento á todos los nobles y guerreros que le habían ayudado, hasta colocarle pacíficamente en el trono de Castilla. Estas mercedes son conocidas en la Historia con el nombre especial de «mercedes enriqueñas».

La primera guerra que tuvo que sostener D. Enrique fué, con motivo de su sucesión al trono, con el duque de Lankanster, que siendo rey de Inglaterra y casado con Constanza, hija de D. Pedro el *Cruel*, reclamó el trono de Castilla para sí, y obtuvo también la alianza con Portugal. Esta guerra terminó favorablemente para D. Enrique, venciendo á todos los enemigos y haciéndose una paz que le aseguraba en el trono.

También tuvo guerras Enrique II con Aragón, que reclamaba la posesión de Murcia, prometida hacía tiempo por los castellanos y que terminó por el matrimonio de D. Juan, hijo mayor de D. Enrique, con D.ª Leonor, hija de Pedro IV el *Ceremonioso*, de Aragón. Asimismo la tuvo con Navarra, por haber dado paso á los ejércitos del duque de Lancaster, logrando también vencer en dicha guerra y obtener una paz con condiciones muy ventajosas para Castilla. Un año había transcurrido del término de estas guerras cuando murió D. Enrique II, en 1379, diciendo la tradición que su muerte fué debida á un veneno introducido en unos borceguíes que le regaló el rey moro de Granada.

Le sucede su hijo D. Juan I, que aunque de condiciones particulares apreciables no tenía el tino y la prudencia necesaria á un buen rey. Sus Cortes de Burgos y su alianza con Francia para las expediciones navales afortunadas, son los primeros pasos de su reinado.

Tuvo que sostener guerra con Portugal por las aspiraciones al trono de Castilla que demostró el rey de aquella nación, dándose la batalla naval de Saltes, y siendo el triunfo para los castellanos que ajustaron una paz honrosa con Portugal, y como consecuencia de ella se concertó el matrimonio de D. Juan con D.ª Beatriz, heredera de aquel reino, bajo las condiciones de no unirse después Portugal á España.

Posteriormente tuvo que sostener otras guerras, á propósito de sus pretensiones al reino de Portugal por la muerte de su monarca; mas como surgiera un competidor en D. Juan, Maestre de Avís, tuvo que invadir el rey de Castilla la nación vecina, no siendo afortunado en su empresa pues que una peste aterradora le atajó en sus proyectos, proclamándose el Maestre de Avís con el nombre de D. Juan I, continuando después sus luchas guerreras y penetrando nuevamente en Portugal y siendo derrotado en la batalla de Aljubarrota á la que debe aquel pueblo indudablemente su verdadera independencia. La guerra con el de Lankanster pretendiente al trono de Castilla, le originó otros encuentros en Galicia, terminando sus pretensiones con un matrimonio que aseguraba la paz y que había de unir todas las pretensiones al trono de Castilla.

Y cuando el rey se encontraba dedicado á los placeres de la paz y de las artes, y descansaba de las azarosas fatigas de la guerra, murió de la caída de un caballo, á los 32 años de edad, dejando un recuerdo dulce y afable entre sus vasallos por su benigno corazón y el amor que siempre tuvo á sus súbditos.

A los once años de edad, sube al trono por muerte de aquel su hijo Enrique III, al que la Historia apellida el *Doliente* y en condiciones tales, que todos los nobles aspiraban á encargarse de la dirección del reino y á ser los verdaderos señores en la monarquía.

Por eso la minoría de D. Enrique III es tan accidentada que una guerra civil amenazaba al Estado y no bastó que los varios Corregentes intentaran cada cual por su lado dictar medidas para el gobierno del reino, ni que Burgos propusiera Cortes, ni el rey de Navarra mediara en el asunto; pues que la anarquía y la división fué cada día mayor en el reino.

Entonces el rey, habiendo llegado á los 14 años, declaróse mayor de edad, empuñó con mano fuerte las riendas del Estado, corrigió todos los abusos, hizo rendir estrechas cuentas á sus administradores, entre ellos al duque de Benavente, al conde de Trastamara y al Arzobispo de Santiago, á quienes trató con dureza, dedicándose después á sus guerras, ya con Granada, ya con Portugal, costando la primera la muerte del maestre de Alcántara, y más tarde la derrota y el triunfo de Aravaca y de Ayamonte. También con Portugal sostuvo guerra, que duró dos años, favorable siempre para Castilla y justificada por la sorpresa que éstos habían hecho en la plaza de Badajoz. Su embajada al Emperador de los Mogoles Tamorlán, y la conquista de Canarias, cierran el cuadro de las empresas, durante la monarquía de D. Enrique III.

Hubiera continuado las aspiraciones guerreras que proyectaba, especialmente contra los moros, cuando á los 27 años de edad se le agravaron los achaques que minaban su existencia y le dieron nombre ante la Historia, privándole de la vida y dejando el recuerdo de un grande corazón y un enérgico carácter, encerrados en un cuerpo pobre y enfermo.

Sucede á su padre el rey D. Juan II, á la edad de dos años, bajo la tutela de su tío el infante D. Fernando y su madre D.ª Catalina.

Durante su menor edad, hubo nobles en Castilla que inclinaron al regente á que se proclamara rey, lo cual en su nobleza nunca aceptó, haciendo jurar á su sobrino, siendo el sostén del trono y estando en la mayor armonía con la madre del monarca.

Durante este tiempo los regentes proyectaron seguir las empresas contra los moros; y al efecto reunieron un ejército poderoso que se dirigió á Andalucía, lo que visto por el rey de Granada pidió auxiliares al Africa, destrozando á su escuadra la castellana cerca del Estrecho; y siguiendo D. Fernando en sus empresas guerreras puso sitio á Antequera, siendo el resultado muy favorable para los cristianos, que á los pocos meses rindieron la plaza, á pesar de los 80.000 hombres que en su auxilio mandara el rey moro de Granada, y conquistando aquí don Fernando el nombre del de Antequera con que le conoció la Historia.

Poco tiempo después fué D. Fernando elegido rey de Aragón, conociéndose inmediatamente su ausencia en el reino castellano, pues que los bandos y parcialidades trataron de desbaratar los nobles pero débiles propósitos de la reina D.ª Catalina; y entonces por muerte de ésta, y contando sólo el rey 13 años de edad, se le proclamó públicamente como tal monarca y tomó las riendas del Estado, teniendo la desgracia de que desde sus primeros pasos empezara á señalar su distinción y su afecto por determinados privados.

De todos ellos, D. Alvaro de Luna, de noble familia aragonesa, fué el más favorecido por el cariño y la predilección de D. Juan II, originando disgustos, celos y grandes contrariedades al monarca, que terminaron de una manera desastrosa para el privado.

Los Infantes de Aragón, hijos del de Antequera, especialmente don Enrique, comenzaron á oponerse á la voluntad Real y á la del favorito D. Alvaro, manifestándose esta violencia en la sorpresa de Tordesillas

en que D. Enrique tuvo cautivo al rey y le obligó á que le diera en matrimonio á su hermana D.ª Catalina, lo que no se realizó merced á la evasión del monarca; y después, de varios accidentes el rey logró prender al infante rebelde, aumentando el poder de D. Alvaro que fué creado Condestable, y terminando esta primera guerra civil hasta que todos los nobles se pusieron frente á él y lograron su destierro, lo que fué por poco tiempo, toda vez que el rey, que no sabía gobernar sin su privado, le llamó de nuevo, volviendo con más poder que nunca.

Entonces el monarca, lo primero que hizo fué alejar de la Corte á D. Juan de Navarra, lo que irritó á D. Alfonso V de Aragón, que declaró la guerra á Castilla, comenzando una enconada lucha, que fué muy favorable para esta, pero con la condición de que los Infantes don Pedro y D. Enrique habían de salir de ella.

Aseguida, dedicóse D. Juan II á proseguir la empresa de la Reconquista y continuar la guerra de Granada, penetrando en su vega, y dándose, al pie de Sierra Elvira, la célebre batalla de la Higueruela, llamada así por un arbol de esta clase que sobrevivió á los destrozos de la campaña, no adelantándose en la empresa de sitiar á Granada porque los nobles antes quisieron abandonar idea tan loable que ver este triunfo como uno de los de D. Alvaro; y contentándose con seguir la guerra y varias escaramuzas de ella, logrando una tregua, y después de la misma, la conquista de la plaza de Huéscar.

El Condestable D. Alvaro fué nuevamente desterrado del reino á propuesta de los nobles en la concordia de Castronuño, reuniéndose después todos sus enemigos en Avila y formulando un acto solemne de acusación contra él, encendióse una lucha civil entre los confederados y los partidarios del Condestable, que presentó caracteres alarmantes, hasta el punto de apoderarse en Medina del Campo de la persona del rey, obligando a éste á que se juzgase á D. Alvaro y se le condujese al destierro.

Poco después dióse la célebre batalla de Olmedo, fatal para los confederados, que allí sufrieron una completa derrota y en la que murió el infante D. Enrique.

Esta victoria elevó el poder de D. Alvaro, que obtuvo el maestrazgo de Santiago y siguió mandando en el reino, hasta el punto de concertar el matrimonio del monarca, á la sazón viudo, con D.ª Isabel de Portugal. Esto molestó notablemente al rey, y de allí nació el aborrecimiento que llegó á tener á su privado, lo mismo que la reina, que ella sola quería dominar en el ánimo de su marido, naciendo de aquí una liga importante contra el de Luna, en la que figuraban multitud de personajes de Castilla, y ocupando con estas rivalidades y asuntos interiores toda la atención de rey y señores del reino, mientras que por entonces el rey de Granada, aprovechándose de todo esto, talaba los campos cristianos y lograba recoger botín riquísimo en los de Lorca y de Murcia.

Ya llegó á agriarse en tales términos la situación tirante entre el rey y el privado, que aquél le aconsejó que saliese del reino, y resistiéndose, se decidió el rey á procesarle de manera solemne, lo cual fué reali-

zado, mandándole prender y llevándole á Valladolid, donde fué condenado á muerte, que sufrió con entereza y dignidad grandísimas, y cuya memoria trátase de restablecer en los tiempos modernos.

Muy poco tiempo después de la muerte del privado, murió el rey don Juan II en 1454, cuyo carácter débil hizo que no pudieran resplandecer las buenas cualidades que le adornaban.

A su muerte ocupa el trono de Castilla el rey Enrique IV el *Impotente*, desde 1454 á 1474, y que si infeliz había sido el reinado de su padre, más desastroso había de ser aún el del último monarca castellano.

Sus primeros años de reinado se significaron por actos de clemencia y por la paz de Navarra, así como por expediciones contra el rey de Granada, que sólo se señalaron por la toma de Gimena, contentándose en las demás expediciones con llegar á territorio de los moros, evitando todo encuentro y sembrando de este modo el descontento en la nobleza, que no podía consentir estos actos que creía contrarios á la dignidad y al valor castellanos.

D. Enrique casó en 1439 con D.ª Blanca de Navarra, y no teniendo sucesión se logró el divorcio, contrayendo segundo matrimonio con D.ª Juana de Portugal, que no estaba adornada de las condiciones de dignidad y recato que se requerían para ser una honrada y digna reina de Castilla.

Bien pronto los cortesanos comenzaron á hablar de la no justificada privanza del gallardo caballero D. Beltrán de la Cueva, hasta el punto de que todos aseguraban que estaba en amores con la reina, y que el carácter débil de D. Enrique y los favores que á aquél y á sus parciales dispensaba, era la ejecutoria de aquella indigna privanza y de la debilidad incansable del monarca, *Impotente* para gobernar el reino y para dirigir su propia casa. Por eso se formó inmediatamente una liga contra D. Enrique, que había de costar grandes disgustos al rey, y en la que entraron arzobispos, nobles y magnates, auxiliados por los reyes de Aragón y de Navarra.

En esto nació la infanta D.ª Juana, á la que el vulgo comienza desde luego á apellidar la *Beltraneja*, pero que fué jurada como heredera del trono, y cuyo nacimiento alentó la rebelión de la nobleza, así como los favores y distinciones que iban en aumento para D. Beltrán; cuya sublevación subió de punto en el momento en que el privado fué nombrado maestre de Santiago.

Esta rebelión fracasó, como otra posterior, y como representaran al rey los nobles propósitos de sus aspiraciones y pidiesen que fuese jurado heredero del trono D. Alfonso su hermano, el monarca accedió á ello, á condición de que se casara con su pretendida hija, lo que al fin se sancionó con el reconocimiento de su hermano como heredero del trono, cuya concesión fué anulada por los nobles en la reunión de Medina del Campo, excitándose más las violencias en contra del rey.

Entonces los nobles llegaron en su osadía inaudita á levantar un tablado junto á Avila, y allí representar la farsa de este nombre, despojando á un maniquí, vestido con las insignias reales, de todas ellas, y

aclamando al príncipe D. Alfonso. Pero esto, por lo extraordinario, reaccionó algo la opinión á favor del rey, entrando en negociaciones con ellos, y creyendo que todo había concluído por la mediación del marqués de Villena; mas no fué así, pues bien pronto lo que se creía terminado comenzó de nuevo y se dió una batalla entre los conjurados y la tropa real en los campos de Olmedo, no siendo decidida la victoria por ninguno de los combatientes y continuando el reino en la mayor anarquía.

Muere por entonces repentinamente el príncipe D. Alfonso, tal vez víctima de un veneno, y ya los sucesos varían de condición, fijando la nobleza sus ojos en otra persona, para que nunca pudiese suceder en el trono D.ª Juana la *Beltraneja*.

Por eso los rebeldes brindan con el trono á D.ª Isabel, hermana del rey, negándose esta con austera dignidad y aceptando sólo el título de sucesora del mismo, lo cual consintió el rey; y celebrando con su hermana una conferencia en los Toros de Guisando (Avila), D.ª Isabel fué reconocida como heredera del trono, y más tarde celebra matrimonio con el infante D. Fernando de Aragón; cuyo matrimonio hace que la nobleza, y especialmente el marqués de Villena, opuestos á esta unión, tratasen de violar el tratado anterior, lo que al fin se consiguió, mucho más cuando el duque de Gullena pidió la mano de D.ª Juana la *Beltraneja*, por lo que el rey revocó el Tratado de los Toros de Guisando, volviendo nuevamente á reconocer á ésta como su heredera, aunque muchas provincias continuaran leales á la causa de D.ª Isabel, hermana del rey.

Pero no celebrándose el casamiento de D.ª Juana la *Beltraneja*, y reconciliándose el rey con su hermana, cambiaron las cosas en Castilla y hubo momento de paz, aunque el monarca no se atrevió á levantar la revocación del Tratado de Guisando. A poco murió el rey, en 1474, concluyendo con él la dinastía de la Casa de Trastamara, y entrando á sucederle en Castilla D.ª Isabel la Católica, una vez que por todos se reconoció la legitimidad de su derecho y la ilegitimidad del nacimiento de D.ª Juana la *Beltraneja*.

El mapa de España desde la muerte de San Fernando hasta la unión de Castilla y Aragón en tiempo de los Reyes Católicos, comprende toda la Península en poder de los grandes Estados cristianos de Castilla y Aragón, quedando sólo la España árabe reducida al reino moro de Granada.

Crítica.—Es cuestión muy debatida entre los historiadores y los críticos, la de si D. Pedro I de Castilla pudo merecer el título de *Cruel* ó de *Justiciero*. Este segundo nombre se lo dan algunos, teniendo en cuenta la situación especial de la levantisca nobleza en aquellos tiempos y las descaradas aspiraciones de sus hermanos. Por otra parte, como están tan claras las violencias y crueldades que cometió aquel monarca durante su reinado, hay que afirmar que aunque D. Pedro era un hombre dotado de energía y de grandes prendas, éstas tuvieron mala dirección, no reprimiendo nunca los arrebatos de su ira ni los impulsos de sus lúbricas pasiones, aunque á veces tuvo que realizar actos violentos por

imperiosa necesidad. Por eso puede afirmarse en buena crítica, que el título de *Cruel* está bien dado por la Historia; aunque en muchas ocasiones sus crueldades tuvieron que ser de necesaria justicia.

Existe también ante la crítica Historia una cuestión especial acerca del casamiento de D. Pedro con D.ª María de Padilla: pues que aunque se justifican los matrimonios del monarca con la reina D.ª Blanca y con D.ª Juana de Castro, el de D.ª María de Padilla únicamente se apoya en la manifestación del rey, diciendo que antes de conocer á su primera esposa se había desposado en secreto y ante testigos con ella, lo cual lo manifestó ante las Cortes de Sevilla, proclamándola reina de Castilla y de León y á sus hijos como herederos del trono.

Las mercedes de D. Enrique II de Trastamara, crearon en Castilla una nobleza especial, pues que el monarca tuvo necesidad absoluta de apoyarse en los que le habían auxiliado en contra de su hermano don Pedro, y por eso esta nobleza apareció en aquel reinado y en los posteriores, enfrente de la antigua nobleza castellana, que traía su especial abolengo desde los tiempos primeros de la Reconquista.

A D. Enrique II, hay que considerarle como hombre y como Rey. Como hombre, tiene y tendrá siempre sobre sí, ante la Historia, el crimen de fratricidio que le llevó al trono, y que nada podrá disculpar. Como rey, procuró armonizar los intereses de todos al captarse las simpatías de sus súbditos, otorgando mercedes y haciendo concesiones que aumentaron sus parciales, pero no realizando acto alguno que le desacredite como monarca.

D. Juan I aparece siempre respetuoso para con las Cortes y con todos para la gratitud de su pueblo, toda vez que no había asunto de importancia que no llevase á la Representación Nacional, y que procuró hacer cuanto pudo la felicidad de su pueblo, defendiendo todos los derechos que él creía tener y guerreando con cuantos aparecían como sus enemigos.

La severidad de D. Enrique III el *Doliente* con los magnates, residenciando desde los arzobispos hasta los nobles más distinguidos, prueban que enmedio de la enfermedad que minaba su cuerpo, tenía un carácter decidido y enérgico, y á más demostró el estado de la Corte de Castilla con una nobleza que abusó descaradamente de la minoría del rey, destruyendo las rentas públicas y abusando de todo, hasta el punto de correr como justificada «La leyenda del empeño del gabán del niño» para poder cenar, como prueba del estado en que al llegar á su mayor edad encontró las arcas del Tesoro, cuando el caudal de los nobles y administradores de la hacienda pública había acrecido de una manera escandalosa.

La monarquía española durante el reinado de D. Juan II, se encontraba en una situación particular, haciendo á todo frente aquel monarca con su carácter y con sus bellas dotes de rey, de administrador de su pueblo, continuando la guerra con los moros y realizando otros actos que si bien están algo obscurecidos por el entusiasta favor que concedió á su privado D. Alvaro de Luna, sin embargo, todo su pueblo no pudo menos de reconocer las bellísimas cualidades de aquel monarca.

que hubieran sido notabilísimas como rey y padre de su pueblo, á ser otra la situación de su reino.

Era muy triste el cuadro que presentaba Castilla en el reinado de Enrique IV, pues que ya sin reparo se pusieron los nobles en frente del monarca, y éste, con sus debilidades y tristes concesiones, hizo que degenerara en alto grado el esplendor de la monarquía, siendo débil ante las debilidades de su esposa y ante el altanero poder de su favorito D. Beltrán de la Cueva.

Mas á pesar de todo, no podía tener disculpa alguna el satánico orgullo de la nobleza en tiempos de Enrique IV, pues aunque merced á su energía y rebelde actitud en contra del monarca, se logró que no se consumase el crimen de llevar al trono á la hija ilegítima D.ª Juana, y que más tarde fuese reina de Castilla D.ª Isabel la Católica, no obstante el poder, la dignidad y la grandeza de la monarquía, quedó reducido á la más mínima expresión, y en cambio la nobleza tuvo un poder superior en mucho al del monarca.

LECCIÓN 39.

MONARQUÍA ARAGONESA, DESDE D. PEDRO III EL GRANDE HASTA D. MARTÍN EL HUMANO.

Monarquía aragonesa.—Reinado de Don Pedro III el Grande.—Sus guerras.—Los asuntos de Sicilia y las vísperas sicilianas.—Conquista de Sicilia por Don Pedro.—Excomunión del monarca.—Privilegio general de la unión.—Guerra con Francia y sucesos principales hasta la retirada de los franceses.—Muerte de Don Pedro.—Alfonso III el Liberal.—La nobleza aragonesa.—Actos de política exterior.—Reinado de Don Jaime II el Justo.—Guerra con Sicilia.—Los catalanes y aragoneses en Oriente.—Los templarios y la orden de Montesa.—Conquista de Córcega y Cerdeña.—Muerte de Jaime II.—Le sucede Alfonso IV el Benigno.—Revolución en Cerdeña.—Luchas intestinas.—Muerte del rey.—Reinado de Don Pedro IV el Ceremonioso.—La isla de Mallorca se une á Aragón.—El privilegio de la unión.—Guerra civil en el reino y batallas de Epila y Mislata.—Campañas en Cerdeña y conquista en Sicilia.—Muerte de Don Pedro.—Reinado de Don Juan I.—Don Juan y el cisma.—Es rey en Cerdeña y en Sicilia.—Su muerte.—Reinado de Don Martín I el Humano.—Parte que toma en el Cisma.—Sumisión de Cerdeña y unión de Aragón y Sicilia.—Muerte de don Martín sin designar sucesor, extinguiendose con él la dinastía de los condes de Barcelona.—*Crítica.*—Elogio que á todos merece Don Pedro III de Aragón.—El privilegio de la unión y las libertades aragonesas.—Importancia de las expediciones de aragoneses y catalanes á Oriente.—Contraste entre Aragon y Castilla al ocupar este trono Don Jaime II.—D. Pedro IV y el privilegio de la unión.—Juicio sobre el reinado de Don Martín el Humano.

La monarquía aragonesa en este período histórico comprende varios reinados, desde el de D. Pedro III el *Grande*, hasta que por muerte de D. Martín el *Humano*, hay un interregno en Aragón, y al fin se acepta la dinastía de Castilla y se elige á D. Fernando I el de Antequera.

D. Pedro III el Grande reinó en Aragón desde 1276 hasta 1285. Este reinado es de importancia grande y de decisiva influencia en aquel estado, apareciendo recibir la corona en nombre del Pontífice, pero aparentando no aceptar el feudo de sus antecesores.

Sostuvo varias guerras, siendo la primera la de los moros valencianos, á los que expulsó después de vencidos en todo el reino, la sumisión de los catalanes rebeldes por no haber jurado sus fueros y costumbres, á los que sitió y venció en la plaza de Balaguer, y el feudo de Mallorca, que D. Jaime le prestó, aunque no de buen grado, como rey de aquel territorio.

Lo más importante de este reinado fueron los asuntos de Sicilia, toda vez que la mujer de Pedro III, Constanza, era hija de Manfredo, rey de Sicilia, de cuya isla se apoderó Carlos de Anjou, hermano de San Luis rey de Francia, cuyos crímenes y dominación se hicieron intolerables, y aunque quisieron sacudir aquel yugo y costó la vida al joven Conra-

fino, nada pudieron lograr, volviendo los ojos los oprimidos á Pedro III, que resuelto á conquistar á Sicilia tuvo un favorable auxilio, en lo que la Historia llama las «Vísperas sicilianas», ó sea la explosión de furor popular contra los franceses el día de Pascua de 1282, que costó la vida á más de 28.000 franceses y que facilitó los proyectos del rey de Aragón.

Estaba D. Pedro en sus empresas de Africa cuando recibió mensajeros de Palermo y de Mesina, rogándole les sacara del afrentoso yugo de Carlos de Anjou, lo que aceptó D. Pedro, llegando con su escuadra á Sicilia, siendo proclamado rey en Palermo y venciendo á la armada francesa, observando una conducta contraria á los dominadores de aquel país, lo que le ganó el amor de los súbditos y el aumento de sus parciales.

Pero el Pontífice Martino IV, irritado porque Pedro III se hubiera apoderado de Sicilia, le excomulgó, declarándole también depuesto del reino de Aragón y no obligados sus súbditos al respeto y fidelidad que le prometieron.

Y en tanto que D. Pedro se coronaba rey de Sicilia, surgían las desavenencias en su propio reino de Aragón, por el disgusto causado por la excomunión del Pontífice y por las amenazas de guerra, así como por el agravio que se creía iba á inferírsele á sus fueros y libertad. Por eso los nobles y varones exigen que aquellos fueros se confirmen, lo que no logrado en las Cortes de Tarazona, se obtiene en las de Zaragoza, otorgándoseles el famoso privilegio general de la Unión.

Como quiera que el Papa no solamente depuso á Pedro III, sino que designó á Carlos de Valois para este reino, surgió inmediatamente la guerra con Francia, siendo difícil la situación de D. Pedro, pues que al no cumplir á los aragoneses lo ofrecido en el privilegio, no le ayudaban en la guerra, aunque por sí solo y con muy poca gente defendió los Pirineos, ínterin los catalanes comenzaron á ayudarles y después los aragoneses, con lo que se logró dificultar la marcha del ejército francés, siendo notable en esta campaña el sitio de Gerona y las victorias navales de San Feliu de Guisols, al mando de Roger de Lauria, lográndose que se retiraran los franceses, que al fin evacuaron el territorio, dejándoles franco el paso del Pirineo, pero apoderándose de todos sus bagajes.

Luego D. Pedro recobró todas las posiciones de que se hubieron apoderado los franceses, disfrutando poco de su triunfo, pues murió en 1285, pidiendo la absolución de la Iglesia y prometiendo estar á lo que ella determinara en los asuntos propios y en los de su reino.

Le sucede su hijo Alfonso III el *Franco* ó el *Liberal*, que quiso continuar la obra de su padre, y llevó sus expediciones militares á Mallorca, hasta dejarla sometida.

Mas como quiera que hubiese sido titulado rey sin ser admitido y jurado en Cortes, la nobleza aragonesa no le reconoce ínterin no jurase los fueros y franquicias del reino, como lo hizo, siendo después mayores con las exigencias de los ricos hombres, que querían disponer en el Consejo del rey, lo que no lograron, teniendo el monarca que realizar actos de rigor, aunque al fin les otorgó el célebre privilegio de la Unión.

Los asuntos de Sicilia, los de Mallorca y los de la Santa Sede, todos eran motivo de negociaciones de política exterior, que oportunamente las salvó y arregló en el tratado de Tarascón, aunque no á entera satisfacción de sus súbditos, lo que le hubiera originado disgustos interiores á no ocurrir la muerte del rey, á los 27 años de edad.

D. Jaime II el *Justo,* su hermano, ocupa el trono entonces, y desde Sicilia, donde reinaba, pasó á Aragón, siendo su primer cuidado arreglar los disgustos que mediaban con Castilla, á merced de su matrimonio con Isabel, hija de Sancho IV el *Bravo.*

Mas el asunto principal que ocupaba la atención de los aragoneses y del rey, era el de Sicilia, y que después de varios encuentros guerreros y de haber subido á la Silla pontificia un nuevo Papa, terminó con el Tratado de Agnani, por el que D. Jaime renunciaba á la Sicilia, siendo proclamado rey D. Fadrique, hijo de Pedro III, luchando con éste y terminando la guerra por una paz, en la que D. Fadrique fué al cabo reconocido rey de Sicilia.

En este reinado tuvo lugar la famosa expedición de catalanes y aragoneses á Oriente, al mando de Roger de Flor, y en la que conquistaron los ducados de Atenas y de Neupatria.

Como por entonces hubiese sido abolida en Francia la Orden de los Templarios y se quisiera acusar también á los caballeros de ella que había en España, fueron absueltos por los concilios de Tarragona y de Salamanca, aunque suprimida la Orden, creándose por D. Jaime la de Montesa, y aplicando á los caballeros de la misma los bienes confiscados á los templarios de Aragón.

Por entonces pensó D. Jaime en la conquista de Córcega y Cerdeña, que por el Tratado de Aragón había cedido el Papa, lográndose que una y otra viniesen á poder del rey.

Pocos años antes de morir, confirmó el privilegio general, prohibió la confiscación de bienes y la pena del tormento, mereciendo el dictado de *Justo* con que le conoce la Historia y muriendo en 1327.

Le sucede Alfonso IV el *Benigno*, pues que su hermano mayor Jaime se había hecho hospitalario, siendo coronado en Zaragoza y estrechando íntimamente sus relaciones con la Corte de Castilla.

Pero en Cerdeña ocurre una revolución que dió origen á guerra sanguinaria, en la que estuvo á punto de perderse aquélla para Aragón, entablándose negociaciones de paz, que por entonces no dieron resultado alguno.

El afecto que profesaba á los hijos de su segundo matrimonio con D.ª Leonor de Castilla, y las donaciones que les hizo, excitaron el disgusto de los valencianos, que lograron al fin su revocación, y que fueron causa del odio encarnizado y de la diaria lucha entre el primogénito del rey y su madrastra.

Por esta causa, y la agravación de las dolencias del monarca, la reina, temerosa de venganzas posteriores, salvó la frontera de Castilla, muriendo á poco en Barcelona el rey, en 1336.

Los primeros actos del reinado de D. Pedro IV el *Ceremonioso* de Aragón, sucesor del último monarca, fueron perseguir á su madrastra doña

Leonor y á sus hijos, pretendiendo quitarles las donaciones que les hiciera el rey D. Alfonso V.

También con el fin de apoderarse de los bienes del rey D. Jaime II de Mallorca, que no quiso ser su feudatario, y por no haber concurrido á las Cortes de Barcelona, D. Pedro le acusó de desobediente y propaló otras noticias que le desacreditaran; pero aquél le negó el homenaje, y el rey le hizo condenar y confiscar sus estados, quedando desde entonces definitivamente incorporado el reino de Mallorca al de Aragón.

El privilegio de la Unión que antes había existido, renace en este reinado con una nueva fuerza y con el nombre de Nueva Unión, á virtud de querer D. Pedro, por no tener hijos varones, que le sucediera en el trono su hija D.ª Constanza, en contra de los derechos de D. Jaime, Conde de Urgel, lográndose por el partido de éste que el rey revocase el reconocimiento de heredera hecho para su hija, y quedara don Jaime aclamado como heredero del trono.

A causa de haber ido el rey á convocar Cortes en Barcelona con independencia de los grandes, y llegar á morir allí su hermano D. Jaime, nació una guerra civil que al principio hizo sufrir mucho al monarca; pero que al fin, repuesto el rey de sus primeros desastres y con grueso ejército, marchó contra los de la Unión, dándose las célebres batallas de Epila y Mizlata, en las que se mataron de una vez todas las aspiraciones de los grandes de la Unión aragonesa en contra del poder real.

Después tuvo que sostener campañas en Cerdeña para contener la sublevación de los naturales; y aunque la guerra fué muy larga, pues duró casi todo el reinado de D. Pedro, al fin, después de 34 años de esfuerzos, pudo terminarse con una concordia no muy favorable para Aragón, ni muy decorosa para el rey. En los asuntos de Sicilia fué más feliz, pues que creyéndose con derecho á la sucesión de aquel trono por muerte de su monarca D. Fadrique III, logró ser reconocido como tal, donándolo á su hijo D. Martín, y ahogando los gérmenes de sublevación en aquel país.

Los últimos años de reinado de D. Pedro IV el *Ceremonioso*, fueron sumamente azarosos, debido más que en nada á las discordias de su reino por el casamiento con Sibilia de Forcia, la que se hizo dueña del corazón de su esposo, y del gobierno del reino; enfermando gravemente el rey, hasta que falleció en 1387, abandonándole Sibilia, temiendo las iras del pueblo y las venganzas de su hijastro.

A D. Pedro IV el *Ceremonioso*, sucede D. Juan I, que no tiene las grandes cualidades de su padre, y que comenzó su reinado persiguiendo á su madrastra y á todos los que creía sus enemigos.

En cuestiones religiosas, y á propósito del cisma por la existencia, conjuntamente, de los Pontífices Urbano VI y Clemente VII, se declaró por este último, no siguiendo la conducta neutral de su padre.

Este rey, en los asuntos de Cerdeña, no demostró condiciones de monarca experimentado y de esforzado guerrero, pues que torpemente trató con los rebeldes, casi sometiéndose á ellos, vergonzosa y cobardemente. En Sicilia observó la misma conducta, aunque tuvo más felices resultados, merced á los esfuerzos del infante D. Martín

y á la escuadra que por su indicación se mandó, hasta someter toda la isla.

Este rey, dotado de un carácter frívolo, dado al boato, la caza y la música, murió en una cacería á manos de una furiosa loba, en 1395, no dejando de sí ningún agradable recuerdo.

A su muerte, ocupa el trono D. Martín el *Humano*, hermano suyo, que pacificó inmediatamente la Sicilia y dejó allí de gobernador á un hijo de su mismo nombre.

D. Martín tomó una parte muy activa en el cisma que dominaba en la Iglesia, favoreciendo de una manera decidida y enérgica la causa del antipapa Benedicto XIII.

En su tiempo, y por los esfuerzos de su hijo, se sometió completamente la Cerdeña, lográndose también, al ocurrir la desgraciada muerte de su hijo, que Aragón y Sicilia se juntasen en las sienes del anciano monarca.

Este muere en 1410 sin designar sucesor, y extinguióse con él la dinastía de los Condes de Barcelona, mereciendo por sus virtudes, bondad de carácter y amor á la justicia, que la Historia le llame siempre con el significativo nombre de D. Martín el *Humano*.

Crítica.—A todos merece justificado elogio el reinado de D. Pedro III el Grande, de Aragón; pues que fué uno de los que más influyeron en la monarquía aragonesa, no solamente por su esfuerzo contra los árabes sino porque logró la sumisión de los catalanes, recabó el feudo de Mallorca y conquistó á Sicilia, dando días de gloria y lauros inmarcesibles para su patria.

El privilegio general de la Unión y sus ampliaciones posteriores hay que considerarlo como una manifestación de lo que fueron siempre las libertades aragonesas y la alta significación que tenían los ricos hombres y los varones del reino para poder lograr y sostener siempre sus antiguas franquicias y sus exagerados privilegios.

Las expediciones de los aragoneses y catalanes á Oriente, tienen una alta significación en la Historia, toda vez que vienen á simbolizar el esfuerzo del valor cristiano contra la media luna representada por los turcos y la creación de un poder que despertó la envidia y el recelo de los griegos, apareciendo Roger de Flor como un héroe legendario y simpático, y de los más esforzados y valientes entre los guerreros españoles de la Edad media.

Aragón y Castilla presentan un contraste grande al ocupar aquel trono D. Jaime II; pues mientras que Sancho IV el *Bravo* guerreaba contra su padre, y la tea de la discordia la lanzaba en su reino, el monarca aragonés cortaba todas las desavenencias que tenía con Castilla y se dedicaba única y exclusivamente á hacer la felicidad de su reino y á practicar la más estricta legalidad, por lo que mereció la honrosa denominación de D. Jaime II el *Justo*.

La nueva Unión, en la que todos los nobles trataron de desbaratar los proyectos del rey D. Pedro IV el *Ceremonioso*, de Aragón, tiene una importancia grandísima en aquel reino por la preponderancia que adquiere en él, y porque logra obligar al monarca, aún á cambio de su

propia dignidad personal, á que destruya su obra y no logre sus propósitos en el gobierno general del reino, atendiendo sólo á las indicaciones de los grandes y ricos hombres aragoneses.

El reinado de D. Martín el *Humano,* merece un juicio imparcial, teniendo en cuenta que las agitaciones de los bandos ocuparon todo él, así como la atención vivísima que prestó al Cisma de Occidente, por ser D. Pedro de Luna el prelado aragonés causante de esta división de la Iglesia. Las consecuencia de su muerte se dejan sentir, y con grande significación, en la historia aragonesa.

LECCIÓN 40.

DINASTÍA DE CASTILLA EN ARAGÓN.— HISTORIA DE NAVARRA Y DE PORTUGAL, HASTA LA TERMINACIÓN DE ESTE PERÍODO HISTÓRICO.

Dinastía de Castilla en Aragón.—Aspirantes al trono á la muerte de Don Martín.—Compromiso de Caspe y elección de Don Fernando I, el de Antequera.—Gobierno de Don Fernando.—Sus pretensiones para extinguir el Cisma.—Muerte del rey.—Alfonso V el Magnánimo.—Alfonso en Italia.—Alfonso y Juana de Nápoles.—Sitio de Gaeta.—Prisión del rey y toma de Nápoles.—Otras guerras en Italia.—Período brillante del reinado de Alfonso V y pensamiento de una cruzada.—Muerte del rey.—Reino de Navarra.—Casa de Champaña.—Teobaldo I.—Teobaldo II.—Enrique I el Gordo.—Juana I.—Casa de Francia.—Juana I y Felipe el Hermoso.—Reyes de Francia que ocupan el trono de Navarra.—Casa de Evreux.—Juana y Felipe.—Carlos II el Malo.—Accidentado mando de este rey y sus guerras.—Carlos III el Noble.—Aragón y Navarra.—Juan II de Aragón y I de Navarra, y D.ª Blanca.—Don Carlos heredero de Navarra.—Guerra entre Don Juan y su hijo.—Fuga del Príncipe don Carlos y sucesos importantes hasta la proclamación de éste.—Independencia de Cataluña y ofrecimiento del trono á Enrique IV de Castilla.—Sucesos posteriores de este reinado hasta la muerte de Don Juan.—Quién le sucede en Navarra y en Aragón.—Reino de Portugal desde Dionisio I hasta la muerte de Alfonso V el Africano.—Reinado de Dionisio I.—Idem de Alfonso IV el Bravo.—Pedro I el Justiciero.—Fernando I.—Guerras con Castilla.—Casa de Avís.—Juan I.—Batalla de Aljubarrota.—Eduardo I.—Alfonso V el Africano.—Sus expediciones.—Guerras con Castilla.—Su muerte.—*Crítica.*—Juicio sobre el reinado de Fernando I en Aragón y síntomas precursores de la unidad española.—El Cisma de Occidente.—Paralelo entre Navarra y Aragón antes del siglo XV.—Portugal en este período.—Juicio general sobre el estado de los reinos de Aragón, Navarra y Portugal en el mismo.

A la muerte de D. Martín el *Humano*, se entroniza en Aragón la dinastía de Castilla, que dura desde 1410 hasta 1458.

Varios eran los pretendientes que había al trono aragonés después de la muerte de D. Martín, el que no dejó heredero legítimo, y por lo que D. Jaime, Conde de Urgel, viznieto de Alfonso III, y D. Fernando de Castilla, hijo de D.ª Leonor, hermana de D. Martín, aspiraban al trono, en unión de D. Alfonso, duque de Gandía, D. Luis, duque de Calabria y D. Fadrique, conde de Luna, con más remotos derechos.

Cuatro años estuvo vacante el trono aragonés, pretendiendo disputarlo por medio de las armas el Conde de Urgel, lo que creía su derecho, y amenazando con una desastrosa guerra civil en el reino, hasta que Cataluña, Aragón y Valencia, dando ejemplo de sensatez y de cordura, confían á nueve árbitros (tres por cada región), la resolución de aquella discordia; y éstos, de los que fué alma San Vicente Ferrer, que era uno de ellos, (reunidos en el Castillo de Caspe), examinaron los derechos de uno y otro, y después de estudio prolijo y atento dieron el compromiso de este nombre, se decidieron por mayoría, á favor de D. Fernando el de A-

Antequera, eligiéndole rey de Aragón, á pesar de la oposición violenta del Conde de Urgel, que más tarde fué rendido y preso por el rey.

Fué acertadísimo el gobierno de D. Fernando I el de Antequera, en Aragón, pues que logró arreglar todos los negocios, mejorar la situación interior del gobierno y que quedaran zanjadas todas las dificultades que había en los asuntos de Sicilia y de Cerdeña.

Grandes también fueron sus esfuerzos para extinguir el cisma que amenazaba á la Iglesia, y que tanta significación tiene para Aragón por ser aragonés el Antipapa. Y aunque amenazó con apartarse de la obediencia del pretendido Pontífice, y unido con Segismundo, emperador de Alemania, intentó renunciase la tiara, nada pudo conseguir.

A poco, ya en 1416, y sólo con 37 años de edad, murió D. Fernando en Igualada, mereciendo los honrosos títulos del *Honesto* y del *Justo*, y siendo un modelo de príncipes y uno de los reyes que más honran la monarquía aragonesa.

Su primogénito Alfonso V el *Magnánimo* le sucede en todos sus estados, siendo su primera ocupación la cuestión del cisma, aunque sin resultados, y demostrando públicamente reconocer como legítimo Pontífice, al Papa Martino V.

En Italia tuvo negocios de grande importancia, siendo su expedición allí afortunada, pues que arregló los negocios de Cerdeña y de Sicilia, sometiendo al rebelde Vizconde de Narbona y á todos los que en contra suya se alzaron en armas en aquellas islas.

Por entonces, Juana de Nápoles, le ofrece adoptarle por hijo y sucesor, y á cambio de su apoyo contra Luis III de Anjou, le hace marchar con su armada á Nápoles y vencer á los enemigos de D.ª Juana; y ésta, releidosa en el cumplimiento de su palabra, tuvo que huir de la ciudad cuando Alfonso, recabando el cumplimiento de lo prometido, se hizo dueño de ella, sobreviniendo después otras ligas en contra de este rey, en cuyo tiempo sus enemigos triunfaban en Italia, mientras él buscaba en España recursos para aquella guerra, terminando todo con la nueva alianza con D.ª Juana, que caprichosa siempre, renovaba aquella adopción y más tarde la desautorizó, nombrando otro heredero y muriendo á poco, en 1435.

Por eso D. Alfonso trató de apoderarse del reino y poner sitio á Gaeta, que hubiera caído en su poder á no haber sido por el auxilio de la armada genovesa, y cuyo sitio fué desastroso para el rey, que con sus hermanos y toda la nobleza, fueron vencidos y hechos prisioneros.

Después de estos sucesos, recobra Alfonso la libertad con el auxilio del Duque de Milán, dedicándose, aliado con éste, á la conquista del territorio, quedando sólo por conquistar la ciudad de Nápoles, ante cuyos muros murió su hermano D. Pedro y penetrando al fin en la ciudad, que fué la señal de sumisión de todo el país.

Además tuvo otras guerras en Italia, como fueron las de Venecia y Florencia, en las que desoló los más hermosos parajes y las más bellas ciudades, hasta que al fin, por la intervención del Patriarca de Aquilea, aceptó una honrosa paz, y terminó aquella guerra de devastación y de muerte.

Y aquí comienza el verdadero período de apogeo y de engrandecimiento del reinado de Alfonso V, siendo amigo de todos los príncipes, árbitro de todos los negocios, amparador de literatos y artistas, y Nápoles el centro de la cultura de aquella época. Sobrevino por entonces la toma de Constantinopla por los turcos, y le hizo pensar al rey en una cruzada cuyo noble pensamiento nunca pudo realizar por el poco apoyo que encontró en los demás príncipes cristianos.

A poco de estos sucesos, en 1458, le sorprendió la muerte cuando estaba en guerra con Génova, designando para sucederle en Nápoles, á su hijo Fernando, y en Aragón á su hermano D. Juan, rey de Navarra.

La historia de Navarra en este período, comprende varias dinastías en el espacio de tiempo desde 1234 á 1425.

La primera casa que hay que estudiar es la de Champagna, que comprende varios monarcas, desde Teobaldo I hasta Juana I.

Teobaldo I ocupó el trono de Navarra á la muerte de Sancho VIII el *Fuerte*, siendo sólo notable el reinado de este rey por haber formado dicho monarca parte de la sexta cruzada y por su afición á la música y á la poesía.

Le sucede su hijo Teobaldo II, que á no ser por su discreta madre y tutora D.ª Margarita de Borbón hubiera perdido la corona, que conservó casando con una hija de San Luis, rey de Francia, á la que acompañó en la octava cruzada, muriendo también allí de la peste.

Le sucede, por no tener hijos, su hermano Enrique I el *Gordo*, el que nada notable ofrece en su gobierno, reinando después su hija Juana I, bajo la tutela de su madre Blanca de Artois, en cuyo tiempo grandes discordias civiles ensangrentaron el reino, hasta que vino la mayor edad de la reina y su casamiento.

Y como este matrimonio se realizó con Felipe el Hermoso, rey de Francia, de aquí que esta casa comience á reinar en Navarra y una á ambos países.

Juana I y Felipe el Hermoso ocupan el trono, y su reinado es notable por el amor que la reina demostró siempre á la justicia, y por la paz que al fin tuvo en sus Estados y por su protección á las letras y á las artes.

Después de ella, fueron reyes de Navarra, de la Casa de Francia, Luis Utín, Felipe V el *Largo* y Carlos IV el *Hermoso*, hasta que, á la muerte de éste, Navarra vuelve á ser independiente.

Entonces comienza la Casa de Evreus, en que se señalan varios monarcas, desde Juana y Felipe, hasta Carlos III el *Noble*.

Juana y Felipe de Evreus, ocupan el trono, jurando ante todo no confiar sino á navarros, la defensa de las plazas, y sosteniendo, durante todo su reinado, la independencia de este país, muriendo el rey, como auxiliar de Alfonso IX de Castilla, en Jerez, y siguiendo D.ª Juana gobernando el reino con acertada prudencia.

En 1349, por muerte de ésta, ocupa el trono Carlos II, llamado el Malo, cuya historia más está relacionada con Francia que con Navarra, y por la parte tan activa que tomó en la guerra de los cien años.

Sin embargo, fué muy accidentado el mando de este rey y sus guerras en Navarra, siendo de notar en su época la muerte del Condestable de Francia, la prisión del rey, su intervención en la guerra de la Jaquería, su nombramiento por el pueblo, de Capitán de París, los destrozos de la guerra civil, la nueva guerra con Francia, la intervención de Carlos en la guerra civil de Castilla, y otros sucesos, como el apoyo que prestó al rey de este país contra Portugal, muriendo de lepra, en 1387, no sin que los últimos años de su vida los dedicase á la virtud, y á la piedad.

Carlos III el *Noble* le sucede, haciéndose amar de sus súbditos por su bondad y por su amor á la justicia, y huyendo de las luchas de sus padres, renunciando á ciertos derechos mediante suma que le entregó el monarca francés, y muriendo en 1425, sucediéndole su hija Blanca, que estaba casada con D. Juan, hermano del magnánimo Alfonso V.

Ahora hay que estudiar á Aragón y á Navarra unidos, en el período de tiempo que comprende desde 1425 á 1476, ó sea, en el reinado de D. Juan II, que tanta importancia y significación tiene en la historia de este país, y que es el segundo de este nombre en Aragón y primero de Navarra.

La vida de este príncipe es muy accidentada, y toma una parte muy activa, no sólo en los asuntos de Navarra y de Aragón, sino en los de Castilla, ya por los derechos propios, ya por los de su esposa D.ª Blanca que con acierto gobernó la Navarra, que le pertenecía, mientras su marido guerreaba en Castilla y tomaba parte directa en los asuntos de este reino.

D. Carlos, príncipe de Viana, es jurado heredero de Navarra á la muerte de su madre D.ª Blanca, no titulándose más que lugarteniente del reino para obedecer los ruegos de esta, mientras que su padre consintiese en su proclamación al trono.

Después el rey D. Juan, contrae segundas nupcias con D.ª Juana Enriquez, hija del Almirante de Castilla, y comienzan grandes disensiones entre el padre y el hijo, traducidas más tarde en los bandos de agramonteses, defensores de D. Juan, y de beamonteses, que apadrinaban á D. Carlos; naciendo de aquí una guerra entre uno y otro, de accidentados resultados, aunque una concordia parecía iba á terminarla, dando libertad á su hijo que le tenía prisionero, y volviendo más tarde á estallar y con más fuerza la enconada guerra civil en Navarra.

Ya no hay avenencias entre el padre y el hijo, y entonces D. Carlos tuvo que huir, dejando á su hermana en el gobierno del reino, y siendo ambos desheredados por su padre, que se tituló rey de Navarra y de Aragón, estando entretanto D. Carlos en Sicilia, ganándose partidarios hasta que con arterías le atrajo su padre á España, donde le procesó, provocando esto la indignación general, sublevándose sus parciales de ambos reinos y de Italia, hasta que tuvo que devolver la libertad al príncipe, que al cabo, en Barcelona, es proclamado como rey, no gozando de esta aureola de prestigio y de grandeza mucho tiempo, pues una enfermedad repentina, que la maledicencia atribuyó al veneno, le llevó al sepulcro á los 40 años de edad.

Los catalanes, al ver la inesperada muerte del príncipe D. Carlos, ardieron en odios en contra de D. Juan; se proclaman independientes y ofrecen la corona á Enrique IV de Castilla, como antes la ofrecieron á LuisXI de Francia.

Como éste no fuese leal con los catalanes, éstos se pusieron á las órdenes de D. Pedro, condestable de Portugal y luego a la de Renato de Anjou cuyo hijo, Juan de Lorena, alcanzó señalados triunfos y aumentó su renombre. Más no por eso se abatia el esfuerzo de D. Juan, que con su varonil esposa y la habilidad de su hijo D. Fernando (después el rey católico), conjuró todos los males que le amenazaban, vió morir al de Lorena, rindió á Barcelona, terminó la guerra, luchó con Francia, y siguió con esfuerzo imposible, hasta que á los 82 años de edad murió tan pobre, que no hubo dinero para costearle los funerales, sino vendiendo el oro y plata de su recámara.

Le sucede en Aragón su hijo D. Fernando, casado con D.ª Isabel de Castilla, y en Navarra su hija Leonor, que ostentaba el título de Condesa de Foix.

El reino de Portugal, desde Dionisio I hasta la muerte de Alfonso V el Africano, comprende un período de tiempo desde el año 1279 al 1481.

Dionisio I sucede á Alfonso III, siendo príncipe de nobles cualidades que engrandeció mucho á Portugal y que tuvo la suerte de ser esposo de Santa Isabel, hija de Pedro III de Aragón, que fué el lazo de unión entre el rey y su hijo Alfonso, que continuamente se rebelaba contra su padre.

A Dionisio I el *Liberal,* sucede Alfonso IV llamado el *Bravo*, que ya en el trono y obediente á los consejos de su santa madre se reconcilia con todos; fué un rey celoso y que hizo prosperar á su reino, concurrió á la batalla del Salado y rechazó a los árabes en su monarquía, afeando su memoria la violenta muerte dada á D.ª Inés de Castro, concubina de su hijo D. Pedro.

A su muerte ocupa éste el trono con el nombre de *Justiciero*, siendo su primera justicia la rehabilitación de la que llamaba su esposa, colocando su cadáver sobre el trono y haciendo que recibiera el homenaje de sus cortesanos. Por algunos se le llama también el *Cruel;* pues que su exajerado amor á la justicia, y el deseo de castigar crímenes y abusos, le hizo á veces traspasar los verdaderos límites de esta virtud.

Le sucede Fernando I, que casa con D.ª Leonor Telles, lo que originó tumultos en su reino y enconadas guerras con Castilla.

Estas fueron tres, por sostener el monarca castellano el tratado por el cual el rey de Portugal debía casarse con su hija Leonor, y que al fin, después de mil accidentes, termina por una concordia, en la que se convino el matrimonio de Beatriz, hija del rey portugués, con D. Juan I de Castilla, dando esto ocasión á la muerte de D. Fernando y á que D. Juan I pretendiese la corona portuguesa, no logrando nada, pues la mayoría del reino se declaró á favor de D. Juan I de la casa de Avis.

La Casa de Avis, comprende un largo espacio de tiempo, siendo su primer monarca, el rey D. Juan I.

Este príncipe mostró cualidades inapreciables para el gobierno y un grande amor á su patria, no transigiendo con aspiraciones extrañas y rechazando toda invasión extranjera.

Por eso combatió á los ejércitos castellanos y los vence en Aljubarrota, asegurándose en el trono, dedicándose después á reorganizar su reino, conquistando á Ceuta, descubriendo la isla de Madera y siendo el alma de las expediciones marítimas importantísimas de los portugueses en las costas africanas.

Le sucede su hijo Eduardo I, que fué un rey prudente y sabio, teniendo la desgracia de que al sitiar á Tánger fuese derrotado su ejército y prisionero su hermano D. Fernando, que murió en la prisión. Su reinado fué muy próspero para el reino, y reformó la justicia impulsando las letras, el comercio y las artes.

A su muerte ocupa el trono Alfonso V el *Africano*, bajo la minoría de su madre D.ª Leonor de Aragón, habiendo guerras á propósito de la regencia del rey niño, teniendo al fin que ser regente D. Pedro, duque de Coimbra, hasta que llegó á la mayor edad, y á propósito de crímenes supuestos cometidos por el regente, guerreó con D. Pedro, que murió en el campo de batalla, mostrándose después justiciero al justificarse no había motivo para tales acusaciones, rehabilitando la memoria de su tío y dando libertad á todos sus parciales.

Sus expediciones al Africa le dieron nombre, sitiando y tomando la plaza de Alcázar-Seguer, en la que pereció el infante D. Enrique y tomando después otras plazas y ciudades, como fueron Arzila y Tánger, redimiendo cautivos y adquiriendo un nombre preeminente en la historia, y el honroso título de el «Africano».

También guerreó con Castilla á propósito de haberse desposado con D.ª Juana la Beltraneja, y aspirar al trono que dejara vacante Enrique IV para su pretendida hija; pero siendo vencido en la batalla de Toro se acalló algún tanto, hasta después que continuó la guerra, la que tuvo fin con el pacto de casamiento de D.ª Juana con el infante D. Juan, ó su entrada en un convento, como al fin ocurrió, profesando en el de Santa Clara, de Coimbra, en 1460.

D. Alfonso muere cuando abdicaba su corona y resuelto á entrar en un monasterio, iba decidido á realizar su propósito, falleciendo de la peste en Cintra, á los 49 años de edad.

Crítica.—El reinado de D. Fernando I de Aragón llamado el de Antequera, tiene una alta significación en la historia de este reino, no tan solo por lo acertado de su mando y sus esfuerzos en contra del cisma, sino porque determina el primer síntoma precursor de la unidad española, y de que, andando el tiempo, Aragón y Castilla, de donde procedió, habían de verse unidos formando el gran lazo de la unidad nacional.

El cisma de Occidente que tanto nombre tuvo en Aragón en los reinados anteriores, tiene en el de D. Fernando I una significación altísima; pues que este rey reconoció inmediatamente á Martino V como Papa legítimo, negando la obediencia al Antipapa Luna, á pesar de ser aragonés y de haber tenido el apoyo y los prestigios de aquella corona.

Navarra y Aragón antes del siglo XV, constituyen estados especiales con los que no es posible formar un verdadero paralelo; pero que en el reinado de D. Juan II, por los accidentados sucesos del mismo, vienen á fusionarse y á crear un estado importantísimo, que dá margen tal vez á preparar providencialmente la fusión de estos importantísimos estados con Castilla, más adelante, con el matrimonio de los Reyes Católicos.

En este período, Portugal tiene grande significación, no sólo porque hay monarcas de alta importancia como D. Dionís I, D. Juan I y Alfonso V, sino porque entonces los portugueses se dedican á las expediciones marítimas, que á tanta altura le colocaron, apareciendo entonces como los primeros navegantes, conquistadores y expedicionarios de la época, y siendo, por decirlo así, los precursores de la atrevida empresa de Castilla y Aragón, realizada al amparo de estas monarquías, por el genio inmortal de Cristóbal Colón.

El estudio de los reinos de Aragón, Navarra y Portugal en este período histórico, merece un juicio imparcial, asegurando que Aragón, desde la entrada de la dinastía de Castilla hasta su último monarca tuvo un período de grande esplendor, así como Navarra, en medio de todas las luchas civiles, recaba también esa misma importancia en los sienes de D. Juan II, y Portugal con sus expediciones marítimas, gana un puesto en el concierto general de las monarquías europeas.

LECCIÓN 41.

EDAD MEDIA.

Historia Interna.

ORGANIZACIÓN GENERAL, RELIGIOSA, POLITICA, DE CLASES SOCIALES Y COSTUMBRES DEL PUEBLO GODO.

Plan para su ordenado estudio.—Tres períodos que comprende.—Elementos que informan cada uno.—Historia interna de España en la época visigoda.—Consideraciones sobre la transformación que se obró en España con la conquista de los godos.—Doble misión que traían los godos y cómo la llenaron.—Godos é hispano-romanos.—Los vascones.—Los judíos.—Organización religiosa entre los godos.—Constitución de la iglesia.—El arrianismo.—La unidad católica.—Orden jerárquico del clero.—La Iglesia goda nunca fué independiente.—Derechos del Papa.—Relajación de la disciplina.—Metropolitanos, Obispos y presbíteros.—El matrimonio de los clérigos.—Derecho de patronato.—Seminarios.—Rentas eclesiásticas. Inmunidad eclesiástica.—Tribunales eclesiásticos.—Leyes particulares de la iglesia hispano-goda.—El monacato.—La iglesia entre los suevos.—Organización política.—Monarquía electiva antes y después de Recaredo.—Atribuciones de la Corona.—Títulos y honores de los Reyes.—Los hijos del rey no heredaban.—Los concilios de Toledo.—¿Fueron precedentes de nuestras Cortes?—¿Eran solo Asambleas Nacionales?—Opiniones.—Verdadera naturaleza de los concilios de Toledo.—Relaciones entre los Concilios y los reyes.—Influencia de estos Concilios.—El oficio palatino.—Magistrados de provincia.—Régimen municipal.—Clases sociales.—La servidumbre.—La propiedad territorial y sus tres clases.—Organización militar entre los godos.—Límites territoriales de la España goda.—Capitales.—Costumbres especiales del pueblo godo.= *Crítica.*—La representación de la Monarquía y de la Iglesia, son los dos factores principalísimos de la época visigótica.—Los concilios de Toledo y la administración goda, determinan un carácter particular en la dominación de este pueblo.—Su sistema militar semejante al romano.—Las clases sociales de los godos indican un cambio radical en el modo de ser de nuestra nación.

El plan que ha de seguirse para el conocimiento de la Historia interna de la Edad media en España, se refiere al estudio que ligerísimamente, pero en ordenada síntesis, ha de hacerse, ya de la vida religiosa y moral, así como del desarrollo político, legislativo, militar, agrícola, literario, artístico y de todo género, para que pueda conocerse sin esfuerzo alguno cual fué la vida interna de nuestra nación durante toda la Edad media de su historia.

Este estudio comprende tres períodos referentes el primero á la historia interna de los godos, el segundo á la de los árabes, y el tercero á la de los cristianos durante la época de la Reconquista.

A cada uno de ellos le informan elementos distintos, toda vez que el primero se refiere todo él al pueblo godo, que vive al amparo de instituciones políticas, religiosas y sociales de carácter propio, siendo el

poder real, la nobleza y el clero, los principales elementos de su vida nacional; en el segundo, ó sea el árabe, se notan como elementos propios principales, las razas distintas que fijan aquí su planta, así como el elemento guerrero y el religioso con su exagerado fanatismo; y por último, el tercero, ó sea la España cristiana, tiene por caracteres la unidad de la fé, la idea monárquica y la extensión del territorio nacional, hasta lograr ver realizada la grandiosa obra de la reconquista.

La historia interna de España en la época visigoda, hay que estudiarla teniendo en cuenta el estado político de aquel pueblo antes de venir al nuestro, y después las modificaciones que aquí se obraron, tanto en el orden religioso, como en el político, literario, artístico y legislativo.

Ante todo hay que considerar la transformación que se obró en España con la conquista de los godos, pues que el gobierno, la religión, las leyes y las costumbres, todo varió de un modo portentoso por destino providencial para libertarnos de la tutela del pueblo romano y para fundar nueva sociedad al amparo del cristianismo.

Los godos traían una doble misión que llenar, cual era el aniquilar á los otros pueblos más bárbaros que le precedieron y crear los reinos góticos en el Occidente. Y así fundan, (por ser los menos feroces de los pueblos bárbaros), esos reinos, y llenan acertadamente su misión, hasta el punto que se les cita como modelo de todo en el naciente concierto de los pueblos. Más como aquí existían los hispano-romanos, primero viven con ellos sin hostilidad manifiesta, y luego, más tarde, prepara la unión Liuvigildo, y la logra Recaredo con la unidad religiosa hasta que se fusionan unos y otros.

Pero enmedio de esta deseada unión nacional, había en España un pueblo, cual era el de los vascones, que resistió á los romanos y después á los godos, rebelándose siempre al principio de cada reinado, y no estando nunca sometido al pueblo conquistador.

Los judíos también existían en España; pues ya según el Concilio de Iliberis, se les prohibía el matrimonio con los católicos, y fueron primero auxiliares de los bárbaros por ser herejes, y ayudaron también siempre contra los católicos. De ahí nació después del Concilio III de Toledo, la enemiga que siempre se les tuvo y su expulsión de España y la eterna lucha entre cristianos y judíos en toda la larga época de la dominación visigoda entre nosotros.

La organización religiosa entre los godos, se manifiesta, como hemos visto, apareciendo bajo la forma arriana en los primeros tiempos de la monarquía, y después, desde Recaredo con la absoluta unidad católica, no sin que hubiese en medio de la sociedad otras herejías que infestaron la fé, y que hicieron necesarias medidas de rigor, y reuniones eclesiásticas que depurasen la verdad y la pureza de la doctrina religiosa.

Por eso notamos que la Iglesia tiene una constitución especial á propósito de la época á que se refiere, siendo distinta la que tuvo durante el arrianismo, á aquella con que aparece después de la unidad católica en tiempos posteriores.

La conversión de Recaredo cambió la situación de todo, respecto de la religión, decretándose la unidad católica, á pesar de que los arrianos y las malas artes de los judíos pretendían quitar prestigios y grandeza al Catolicismo, como única religión del Estado.

El orden gerárquico del clero, se componía entre los godos de metropolitanos, obispos, sufraganeos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, lectores, salmistas, exorcistas, acólitos y hostiarios, cuyas funciones indican sus nombres, y á los que se agregaron, en el siglo VI, los arciprestes, arcedianos y primiciarios.

Puede afirmarse desde luego, que la iglesia goda nunca fué independiente del Pontífice, á pesar de que hay escritores que defiendan lo contrario: pues que desde el principio de la dominación goda todos los asuntos importantes se consultaban á Roma, y de allí venían las resoluciones, que eran acatadas por la iglesia española, como lo prueban multitud de ellas, ya relacionadas con nuestra nación, ya con otros asuntos generales relativos al poder del romano Pontífice en todas las iglesias del mundo.

Así se vé, que además de todos los testimonios que prueban este aserto y los documentos que justifican, en todas las épocas históricas de la dominación goda, el Papa tuvo intervención directa en los negocios de España, y hay que reconocer que tuvo también sus derechos especiales, como lo prueba desde San Isidoro hasta el último escritor de este asunto, justificando que el Primado de Roma ha sido reconocido siempre por España en la época goda, no solo como primacía de honor y jurisdicción, sino también acatando todas las resoluciones en los asuntos que se le consultaban.

Mas después la disciplina de la iglesia fué relajándose é introduciéndose una directa intervención de la potestad secular en los asuntos eclesiásticos, como lo prueba el que los reyes, después de hacerse católicos, ejercieron un poder que siempre fué privativo de la Iglesia, como es el dar órdenes y providencias para la edificación y el bien de los fieles, el tener tribunales para la ejecución de las sentencias canónicas, el nombrar los obispos y el convocar los concilios, autorizándolos con su presencia.

La jerarquía episcopal se componía de metropolitanos y sufragáneos, sin que existiera el patriarcado nacional, arzobispo ó título de primado durante la dominación goda, ni hasta después de la invasión de los árabes, teniendo los metropolitanos la supremacía de los derechos, y aumentándose después los obispados, según las necesidades. El presbítero solo predicaba, decía misa y daba la bendición al pueblo.

Otra cuestión de grande importancia era la relativa al matrimonio de los clérigos, en que poca variación se hizo de las épocas anteriores; así se permitía al sacerdote el matrimonio una sola vez y con mujer virgen, ocupándose la mayor parte de los concilios de tan delicado asunto, y dictándose disposiciones especiales, hasta que vino más tarde la absoluta castidad y continencia para los sacerdotes.

También hay que estudiar aquí lo que dió origen desde el siglo VII, al derecho de patronato, ó sea, á la fundación de iglesias ó lugares de

piedad, y la concesión del patronato de los mismos á los fundadores, derecho reservado primeramente á la iglesia y que después, en siglos posteriores, gozaron las familias seculares.

Los seminarios tuvieron su origen también en este tiempo, y eran una especie de colegios ó cónclaves de niños para los hijos y descendientes de los libertos de la catedral y otros ofrecidos por sus padres al servicio de la iglesia, saliendo de allí, ó para casarse, si lo deseaban, ó para recibir las órdenes sagradas.

Las rentas eclesiásticas eran de dos especies; las unas procedían de los diezmos y de las donaciones de las familias, y las otras de los productos de la hacienda y demás bienes inmuebles propios de la iglesia. Con unos y con otros se atendía á las necesidades del culto y de los ministros de la iglesia.

La inmunidad eclesiástica no estuvo muy definida en tiempo de los godos, estando todos los clérigos sujetos en gran parte á la ley civil, que dictaba penas lo mismo contra el alto clero que contra el bajo, si bien gozaba de algunos privilegios porque no sufría cierta clase de penas, aunque pagaba tributos al rey y estaba sujeto á la justicia ordinaria.

Sin embargo, tenían sus tribunales eclesiásticos, que juzgaban á los clérigos por orden jerárquico, y en virtud de apelación, imponiéndose verdaderas penas eclesiásticas y teniendo el privilegio dicho tribunal á favor de los pobres que podían ir allí, quejándose de los jueces y gobernadores de las ciudades, lo que prueba la mezcla que existía por entonces entre las potestades eclesiástica y civil.

Relacionadas con los asuntos eclesiásticos había leyes particulares de la iglesia hispano-goda, ya referentes á los ayunos de todos los fieles, ya á los entierros, ya también á otros particulares, ya á la prohibición de la sepultura de los cristianos en los templos, ya á los sepulcros, cuyas urnas cinerarias á veces se llevaban los parientes por devoción ó piedad, y ya por último, á la ley de asilo, cuyo derecho quedó solo reducido al altar y al coro de las iglesias.

El monacato, conocido en España desde el siglo III, adquirió gran desarrollo en la época visigoda, y desde San Millán de la Cogulla en adelante, se fueron aumentando los monasterios y las órdenes monásticas, siendo notables multitud de sabios monjes, entre ellos San Martín de Braga, Leandro obispo de Sevilla, Juan de Viclara, y otros.

La iglesia entre los suevos vivió muy perseguida hasta el tiempo de Rechiario, lográndose también que Teodomiro se convirtiese más tarde al catolicismo, instruído por San Martín Dumiense, y que celebrase un concilio, siendo ya en adelante católicos hasta su incorporación al reino visigodo.

En cuanto á la organización política, hay que estudiar en tiempo de los godos lo que fué la monarquía, y la que puede llamarse representación nacional, así como la vida palaciega, la administración de las provincias, y el origen del régimen municipal, viendo después las clases sociales de esta nación.

La monarquía fué siempre electiva, antes y después de Recaredo, sin más diferencia que desde Ataulfo hasta Amalarico, había de recaer á

elección en un individuo de la familia de los baltos, y después se ejercía libremente este derecho, lo cual despertaba la ambición y generalizó las guerras civiles.

La Corona tenía sus atribuciones propias, siendo ilimitada y absoluta la monarquía en sus primeros períodos y estando modificada ó restringida por otras influencias ó poderes en el último. Sin embargo, el rey estaba sujeto á las leyes como el pueblo, salvo el derecho de indulto y su intervención en los asuntos eclesiásticos, presentando á obispos y convocando concilios, pero teniendo su facultad limitada por la nobleza y el clero.

Los títulos y honores de los reyes godos, arrancan de su estancia en nuestra península; pues que cuando entraron en España no usaban trono ni corona, ni vestidura propia que les distinguiese de los demás, siendo Liuvigildo quien erigió trono, y recibiendo los títulos de píos, de gloriosos, de vencedores, de serenísimos, tomando el nombre de Flavios como símbolo de resplandecientes ó espléndidos; y aumentándose sucesivamente el lujo de la corte goda, que ya en tiempo de Chindasvinto todo era de púrpura, plata, oro y piedras preciosas.

Los hijos del rey no heredaban, según la Constitución visigoda, y por eso sólo tomaban á la muerte de su padre los bienes de su casa paterna, ó los que por herencia ó por otro derecho legítimo les correspondiese, y los que el rey había adquirido con motivo de la coronación pasaban al inmediato sucesor á la corona.

Los concilios de Toledo tuvieron una altísima significación en tiempo de los godos, y fueron el símbolo de la armonía que mediaba entre la iglesia y el poder temporal, imperante desde Recaredo, en que se declararon cánones, no sólo en asuntos religiosos sino en leyes civiles, y prepararon nuestra Constitución política española.

Es cuestión muy debatida el averiguar si los concilios de Toledo, que para algunos fueron continuación de las asambleas de los pueblos septentrionales en los bosques de la Germania, fueron ó no origen de nuestras antiguas Cortes, fundándose en que los obispos y los grandes firmaron las actas en que se hablaba de la asistencia del pueblo á dichas asambleas, y aunque parece verse en dichos concilios la concurrencia de los tres estamentos que después asisten á las Cortes españolas, teniendo en cuenta la forma de su celebración y los asuntos primarios de que se ocupaban, podemos afirmar que de ningún modo los concilios de Toledo fueron origen de nuestras Cortes actuales.

Lo que sí podemos determinar es que fueron las verdaderas asambleas nacionales del pueblo godo, con carácter religioso predominante, pero ocupándose de asuntos civiles por esa armonía íntima en que ambas potestades estaban en aquella época.

No todas las opiniones están conformes en este particular, habiendo quien asegura que los concilios de Toledo fueron simplemente concilios eclesiásticos; otros que fueron continuación de los Campos de Mayo de la Germania; alguno que eran asambleas mixtas; y por último, como llevamos dicho, que fueron precedentes de nuestras Cortes.

Sin apasionamiento puede determinarse la verdadera naturaleza de

los concilios de Toledo, diciendo que eran asambleas mixtas, donde tenían representación todas las clases sociales, y donde los asuntos religiosos eran los primarios, sin que por eso se descuidaran los negocios y la legislación civil.

Los concilios de Toledo tuvieron una relación inmediata y directa con los monarcas godos que los convocaban y confirmaban sus decisiones, como protectores de la iglesia, y que determinaban una relación directa entre el sacerdocio y el imperio, estableciendo lazo de unión entre el representante de la monarquía y aquellas asambleas, que simbolizaban el espíritu religioso y popular de los visigodos.

Estos concilios ejercieron una influencia decidida en la sociedad visigoda, pues que sus cánones eran acatados y respetados siempre, variando todo lo que era preciso variar, atentos en toda ocasión á la ley de la necesidad, á los deseos de evitar mayores males, conservando en todo momento la pureza del dogma, suavizando la antigua rudeza de los primeros godos y prestando á más de esa influencia decidida en la sociedad un beneficio grandísimo á toda la organización social.

Los grandes y principales dignatarios de la corte goda, formaban cerca del rey un consejo que se llamaba Oficio palatino, cuya significación é importancia se demostró por la multitud de leyes dadas fuera de los concilios de Toledo y á virtud de su iniciativa.

Además de este consejo, existían multitud de magistrados de provincias, cuales eran los duques que gobernaban la provincia, los condes que administraban la ciudad, y los villicos que regían á los pueblos, así como los gardingos y los vicarios, que sustituían respectivamente á los duques y á los condes.

El regimen municipal, con muy ligeras variaciones, continuó á la romana en tiempo de los godos, como lo prueba el Código de Alarico, el que nos enseña que no se cuidaron mucho los godos de los municipios y conservaron su régimen interior.

Las clases sociales fueron distintas mientras medió la barrera de godos é hispano-romanos, pero siempre existieron los nobles, los hombres libres y los siervos, siendo la nobleza goda de muy distintos grados y con aplicaciones militares, civiles y administrativas, y habiendo, por último, la nobleza hispano-romana, que traía su abolengo de los antiguos patricios.

La servidumbre existió entre los godos, aunque más suavizada por el cristianismo, que paulatinamente iba infiltrando la idea de su desaparición al no ser posible matarla de un solo golpe.

La propiedad territorial se encontraba en España en tiempo de los godos, dividida en tres clases, á saber: tierras aliodales ó conquistadas por el vencedor y que le tocó en suerte; las tierras de beneficio, originarias del régimen feudal, é hijas de concesiones particulares; y las tierras tributarias, que eran las que pagaban un censo ó tributo, y que nunca fueron poseídas en propiedad por el que las cultivaba.

La organización militar entre los godos no se acerca á los sistemas modernos, sino á los de las antiguas distribuciones militares romanas, y se fundaba en la base decimal, como todas las de los pueblos de raza

germana; así, después de los duques y condes, seguían los millenarios, que mandaban mil hombres, y sucesivamente los quingentenarios, centenarios, decanos y decuriones, según el número decimal de hombres que dirigían.

Los límites territoriales de la España goda no tenían por frontera á los Pirineos como hoy, pues que la Hispano-Vasconia, que estaba dentro del imperio gótico-español, comprendía parte del Languedoc y del país de Foix, siendo toda la cordillera pirenáica perteneciente á España.

La capital de la nación se fija en varios puntos, habiendo quien la asigna en Barcelona y en Ebora, estando en Sevilla desde Amalarico hasta Atanagildo, que la trasladó á Toledo, siendo Sevilla y Toledo las dos ciudades más importantes de la España visigoda.

Fueron costumbres especiales de los godos, el vestido de pieles, el cabello largo, la túnica y el manto de lino, la esplendidez en la comida, el aseo en el peinado, y su pasión por los juegos, caza y teatro, siendo su lujo grandísimo, lo que no evitaba que se dedicaran á las artes y las cultivasen con gran fortuna.

Crítica.—La representación de la monarquía y de la iglesia son los dos únicos factores que podemos encontrar como principalísimos de la época visigótica, pues que el sentimiento religioso que se mantuvo siempre vivo, ya arriano, ya católico, entre los visigodos, enfrenó en cuanto pudo las malas pasiones de aquel pueblo bárbaro, y el respeto á la monarquía, símbolo de sus primeros caudillos, uniendo perfectamente ambas aspiraciones y estableciendo sin violencias la armonía y el equilibrio social.

También hay que notar que los concilios de Toledo y la forma particular de administración goda, determinan un carácter especialísimo en la dominación de este pueblo, pues que siendo estas asambleas de carácter mixto, y con la triple representación que á ellas concurría, todos los elementos sociales están allí representados, y no hay preterición alguna para fuerza viva del país, facilitando de este modo la obra legislativa y la administración del mismo.

Su sistema militar, con ser casi semejante al romano, tiene un carácter propio y diferencial que echó los cimientos de la organización militar posterior y de la que hoy conocemos.

Y por último, las clases sociales de los godos con sus distintos derechos y su varia condicionalidad, indican un cambio radical en el modo de ser de nuestra nación, y manifiestan muy á las claras que á la violenta organización romana ha sustituído otra distinta, inspirada exclusivamente en la idea cristiana.

LECCIÓN 42.

AGRICULTURA, INDUSTRIA, MARINA, BELLAS ARTES, LITERATURA Y CIVILIZACIÓN DE LOS GODOS.

Desarrollo de la agricultura durante la dominación visigoda en España.—La industria godo.—La minería y los metales.—El comercio godo.—Las monedas.—La marina nacional.—Ciudades fundadas por los godos.—Desarrollo de las ciencias entre los godos.—Extravagante idea de los godos sobre la medicina.—Errada calificación de la arquitectura gótica.—Principales fábricas de los godos.—Sus caracteres.—La tradición artística de la antigüedad no se interrumpe en nuestra Península.—Restauraciones artísticas de los godos.—Tesoros de los visigodos.—Coronas de Guarrazar.—Pintura y escultura.—Arquitectura.—Música.—Medallas. Inscripciones lapidarias.—Era española.—Era de Jesucristo.—Caracteres numéricos.—Corrupción del latin en las inscripciones.—Literatura hispano-visigoda.—Estado intelectual de España en esta época.—Renacimiento de las letras clásicas.—Fulgencio.—San Isidoro y su escuela.—Cultivo de las letras por los magnates visigodos.—Historiadores, poetas y teólogos visigodos.—Escritores de otros géneros.—Espectáculos y artes escénicas.—Supersticiones gentílicas.—Lucha de la Iglesia contra las formas de la idolatría en algunas representaciones escénicas.—Las costumbres españolas al acercarse la invasión agarena.—Anarquía de la nobleza.—Estado del pueblo.—Consideraciones generales sobre la civilización goda.—Crítica.—Las luchas entre el arrianismo y el catolicismo influyeron mucho en las manifestaciones artísticas y literarias de los godos.—La ilustración del alto clero contuvo por algún tiempo el desquiciamiento que se iniciaba en la organización política.—La Iglesia al ocurrir la condisión del poder visigodo en España.—¿Fué conveniente ó perjudicial el establecimiento de los godos en nuestra Península?

La agricultura durante la dominación de los godos en España, no fué abandonada por ellos, presentándose las tierras con distintas clases, ya tributarias, ya inmunes, ya beneficiales, teniendo algunos un estancamiento infecundo, pero sin que se dejara de proteger nunca, prohibiendo con severas penas los atentados á élla y á los límites de las propiedades, y favoreciendo asimismo los riegos y todos los elementos de engrandecimiento de la agricultura española, así como la ganadería muy desarrollada al ser todos los montes públicos.

La industria goda se desarrolló también con grande impulso, como se ve por el «Libro de las Etimologías» de San Isidoro, donde se habla de los hilados y tejidos, y donde se mencionan prendas como la camisa, la sábana, la cortina y el mantel, que han pasado hasta nosotros; habiendo también memoria de tejidos de seda, de paño, cordones de oro y vidrios de colores que demuestran la afición que tuvieron á todas las industrias, entre las que no dejaron de tener grande importancia la de las aplicaciones del cañamo y del esparto.

La minas también fueron explotadas por los godos en nuestra península, especialmente las de hierro y de minio, así como de plomo y de

estaño, y las de oro del Tajo, aplicándose todos los materiales á construcciones artísticas, toda vez que había gran número de orífices y plateros, y que se tejían prendas de oro y de plata, siendo testimonio del desarrollo de este arte los tesoros de las iglesias y el lujo de las cortes de Teodorico y Liuvigildo.

Del comercio godo no se sabe perfectamente su verdadera situación, pues que los autores no están conformes sobre este particular. Sin embargo, teniendo en cuenta que entonces no se construyeron grandes naves, puede afirmarse que el comercio, especialmente el exterior, no se desarrolló mucho al principio, aunque después hubo escuadras que se hicieron respetar de todo el mundo, hablándonos el Fuero Juzgo de los comerciantes que vienen de Ultramar y del comercio interior, del que se ocupa también este código, admitiendo la usura y el interés comercial á un rédito muy superior al que hoy se conoce; estableciéndose, por último, que los contratos comerciales fuesen todos por escrito, y habiendo tribunales de comercio especiales para los extranjeros y particulares de la nación. En las pesas y medidas para el comercio, siguieron los godos con los usos y costumbres que tenían los romanos.

Las monedas son la mayor parte de oro, algunas de plata y muy raras las de cobre, con el nombre del rey y su busto, así como la ciudad en que se acuñó, el año de la acuñación y una cruz con invocación al nombre de Jesucristo. Dieciocho reyes hicieron monedas y en 27 ciudades se acuñaron éstas.

La marina nacional no tuvo gran desarrollo en tiempo de los godos, no sólo porque la preocupación de este pueblo tenía por oficio vil el comercio, sino también por haberse abandonado la exploración del mar, cuando antes, en el siglo IV, ya los habitantes de Cádiz tuvieron la remota idea de la existencia de un nuevo mundo. Doscientos años estuvo en mal estado la armada naval hasta los tiempos de Sisebuto y los posteriores, en que se engrandeció y se hizo temer de otros estados.

Sólo tres ciudades verdaderamente pueden tener como origen en su fundación á los godos. Estas son: la 1.ª, Rocopolis, fundada por Liuvigildo en el territorio de Cuenca; la 2.ª, Vitoriacum, hoy Vitoria, en Alava, por el mismo rey; y la 3.ª, Ologitis, hoy Olite, en Navarra, fundada por Suintila. Todas las demás que se atribuyen á los godos, no hay justificación cumplida que lo demuestre.

Las ciencias entre los godos, especialmente las naturales, florecieron muy poco en este tiempo, creyéndoselas sin importancia y no apareciendo con verdadero carácter hasta la época de los árabes.

Los godos tenían una extravagante idea acerca de la medicina, no pudiendo los médicos asistir á mujer libre ó ingenua, á no ser á presencia de algún varón de la familia y condenándole si por la medicina sufría perjuicios, entregándose el médico á los parientes del enfermo, si moría, según éllos, á consecuencia de los medicamentos y recibiendo aquél muy pequeña recompensa á pesar de todo á lo que se exponía, pues que sólo después curado el enfermo recibía cinco sueldos de oro.

Con frecuencia se llama arquitectura gótica á cierto género y estilo arquitectónicos, que no se conoció hasta el siglo XIII en España; así

es que el sistema ojival, que constituye el gusto gótico y que no nació hasta después de los godos, no figuraba en la Historia, ni éstos hicieron otra cosa en arquitectura que acabar de corromper el gusto romano, muy degenerado en los tiempos del imperio, y aunque fundaron esas tres ciudades dichas y construyeron algunas iglesias, palacios y monasterios, se conservan pocos monumentos propiamente góticos, y en ellos se subordina la escultura á la arquitectura, apareciendo más bien en los tiempos de la dominación puramente gótica, el estilo latino-bizantino mejor que el que se ha llamado propiamente gótico.

Las fábricas principales arquitectónicas de los godos, se refieren á los edificios sagrados, á los públicos, á los comunes y á los de todo género de aquella época, de los que, así como de los elementos de construcción y ornamentación, nos habla con gran detenimiento el mencionado San Isidoro, quedándonos sólo multitud de restos de la edificación de aquella época, siendo extraño que no subsistan edificios enteros de este tiempo que puedan acreditar detalladamente cual fué el gusto que presidió en aquellas construcciones; siendo la iglesia de San Juan Bautista, en el pueblo de Baños, cerca de Palencia, aunque hoy muy desfigurada, el más auténtico monumento arquitectónico visigodo que nos queda.

El carácter distintivo de éllos es el propio del arte latino-bizantino, y así siguió y continuó durante toda la dominación gótica, y sin alteraciones notables fué transmitida á sus sucesores, conservándose entre los heroes de la Reconquista, y viéndose después en la monarquía asturiana y en las dominaciones sucesivas.

Por eso podemos afirmar que la tradición artística de la antigüedad no se interrumpe en tiempo de los godos, y la aceptaron los sucesores de Ataulfo, tal y como la encontraron, reformándola convenientemente merced á las modificaciones y á las necesidades de la época, y por el ejemplo de las provincias imperiales, así como por el frecuente trato con la ciudad de Bizancio.

También puede afirmarse que restauraron los godos las antiguas fábricas romanas que en lo violento de la conquista habían sufrido deterioros, valiéndose al efecto de los despojos de las que habían quedado completamente arrasadas, aprovechando también para sus construcciones columnas y otros elementos de la edificación romana.

Las artes del diseño todas ellas participaron del carácter general de la influencia latino-bizantina, aplicándolas al fausto y á las riquezas, de que nos dan muestra aquellas aulas regias de Toledo y los tesoros portentosos que se encerraban en ellas, llegando á 170 el número de coronas de diademas y de piedras preciosas que halló Tarik en el palacio de Rodrigo, así como una habitación que estaba llena de preseas y vasos de oro y plata, y libros sobre hojas de oro, que brillaban en medio de aquellas riquezas, con lo que formaba armónico conjunto otros mil adornos, y entre éllos la mesa de Salomón, con perlas y esmeraldas y toda clase de piedras preciosas.

Además de estos tesoros, encontráronse otros cerca de Toledo, que la Historia conoce con el nombre de Coronas, ó Tesoro de Guarrazar, en

importancia grandísima, no sólo por su valor intrínseco, sino porque venían á simbolizar coronas votivas de los reyes ante los altares cristianos, y de las que unas han quedado entre nosotros, y otras, desgraciadamente enriquecen los museos extranjeros.

La escultura y la pintura participaron del mismo carácter, apareciendo con obras muy sencillas, aunque no queda de la última de dichas artes casi ningún monumento que justifique el estado verdadero de la misma durante la dominación de los godos.

La arquitectura, como llevamos dicho, era sencilla y tosca, y nunca tuvo los caracteres propios, que por equivocación de nombre le han querido asignar algunos escritores.

La música se cultivó entre los godos, especialmente la segrada aplicada al canto religioso, que era pausada y grave con el fin de no confundirla con la afeminada de los teatros, según la feliz expresión de San Isidoro, conociéndose las notas musicales y el órgano para acompañar todas las composiciones religiosas.

Las medallas de este tiempo son generalmente de trabajos groseros y de difícil interpretación, siendo sus caracteres á veces ilegibles, y estando el busto de los reyes, desde Recaredo en adelante, adornado con las insignias reales.

Las inscripciones lapidarias no merecen gran consideración, siendo la más notable, como legítima, un epitafio de Lebrija que lleva la fecha del año 523 de la era española. Las inscripciones en metal pertenecen á tiempos muy remotos.

La era española y la era cristiana aparecen confundidas en la Historia en tiempo de los godos; pero hay que tener presente que la era cristiana se menciona para facilidad de los hechos, si bien los cronistas del período gótico se valen siempre de la era española, empezando á usarse la cristiana mucho tiempo después, y no abandonándose el uso de la era española hasta muy adelantado el siglo XIV. Sin embargo, hay que tener presente que la era cristiana no se hace común en España hasta el siglo XIII, por lo que hay que mirar con prevención todas las fechas que se hagan según ese cómputo, anteriores á la época dicha.

Los caracteres numéricos aplicados á las inscripciones aparecen presentando las cifras romanas hasta el siglo XIII, y de allí en adelante usándose los caracteres arábigos, y á veces empleando en algunas inscripciones cristianas dos cifras, la T, sinónima de mil, y la X con una coma á su derecha, cuyo valor era cuarenta, pudiéndose ya con estos datos hacer el cómputo numérico de las inscripciones profanas y cristianas de los siglos medios.

El idioma que se empleó en las inscripciones fué siempre el latín, hasta el siglo XIII, aunque corrompiéndose este idioma en dicha aplicación, y presentándose, posteriores á dicho siglo, muchas inscripciones en lengua vulgar y otras de época anterior, que son apócrifas á todas luces ó redactadas posteriormente.

La literatura española-visigoda, participa del mismo carácter religioso de aquella sociedad, y salvo honrosas excepciones, no pudo desarro-

llarse con todo el esplendor que fuera de desear, merced á las condiciones particulares en que los godos encontraron el país y á la destrucción que en él hicieron con su conquista, así como por la lucha latente entre el arrianismo y el catolicismo, brillando sólo como modelos literarios de este tiempo los principales defensores de la fe y del entusiasmo religioso, más que los cultivadores de las letras profanas.

Por eso llega un momento en que mientras los bárbaros estaban sumidos en la ignorancia en otras épocas, aquí brillaban los godos por su cultura ya propiamente suya, ya con los caracteres hispano-romanos con fisonomía ascética y austera y con dirección del clero, caracterizándose los estudios por la predilección á la Teología, al Derecho, á Filosofía y la Historia.

Por esta causa, las letras clásicas, que hubo un momento se abandonaron en nuestro país, renacieron, pero con caracteres distintos en cuanto á su esencia á las que tuvieron en la antigüedad y bajo una forma puramente piadosa y mística, pero aplicándolas á todos los asuntos que principalmente constituyeron la seria literatura del mundo clásico.

Entre los escritores notables que justifican el cultivo de las letras góticas, se encuentran Fulgencio, hermano de San Leandro y San Isidoro, y cuyas obras han sido confundidas con otro escritor de igual nombre, aunque no de los prestigios que aquél alcanzó en la iglesia y en la literatura con sus trabajos teológicos y filosóficos.

San Isidoro es la gloria de la época visigoda en España, escribiendo multitud de obras sobre Sagrada Escritura, sobre Historia, sobre Filosofía y sobre toda clase de ciencias, siendo su rica Enciclopedia de las Etimologías, la obra maestra de la Edad media, y teniendo la suerte de formar escuela, y que sus discípulos continuaran la obra por él trazada, y siguieran engrandeciendo el nombre de su maestro. Entre los discípulos de San Isidoro, encontramos á Ildefonso, á Braulio y á otros, cuyas obras teológicas é históricas hacen honor á la gloria del maestro.

También los magnates visigodos se dedicaron á la literatura, citándose al rey Sisebuto que escribió 61 exámetros sobre los eclipses, á Chindasvinto que comentó las obras morales de San Gregorio el Grande, y á otros personajes de su corte que se dedicaron con afán al cultivo de la literatura y de las artes.

Entre los historiadores visigodos se citan á San Isidoro, á Idacio y á Juan de Viclara; como escritores de otro género, citaremos, entre los gramáticos, á San Braulio y á San Juan de Toledo; como oradores á San Leandro y San Isidoro; como poetas á Draconcio y Orencio; y entre los teólogos, á más de los arzobispos ya mencionados, á Julián y Félix de Toledo, y á San Braulio y Tajón de Zaragoza. En Derecho se distinguieron San Martín Dumiense por sus obras canónicas, de ciencias físicas el geógrafo Castorio, y Eugenio II de Toledo, por sus obras astronómicas.

Los espectáculos y las artes escénicas fueron muy anatematizados por la Iglesia, aunque desgraciadamente no desaparecieron en la forma en que estaban á la venida de los godos á España.

Por eso las supersticiones gentílicas se presentaban con todas las antiguas fiestas de la idolatría, aplicándolas los visigodos y convirtiendo el teatro en escuela de prostitución y de iniquidad, teniendo un obispo español que lanzar sus anatemas contra todo aquél que asistiese á dichos espectáculos, que no eran otra cosa que continuación de las saturnales romanas y á las que calificó con el nombre de fiestas por escarnio.

De ahí que la Iglesia tuviese que luchar contra los magos, los nigrománticos, los adivinos y contra todas las manifestaciones escénicas con formas idolátricas, sustituyendo los obispos aquellos cantos nocivos con himnos místicos y lanzando los concilios sus anatemas contra tales representaciones, hasta que llegó un momento en que se corrompió la disciplina y en que se resucitaron los antiguos vicios del gentilismo, y desconcertada la sociedad acabaron con el poder y con los monarcas del imperio gótico en España.

Las costumbres españolas al acercarse la invasión agarena, fueron desgraciadamente de las más depravadas que darse puede, lográndose de este modo que dominara el enervamiento en aquella raza vigorosa, cuando entró en España, y decaída en sus últimos tiempos, aceptando toda la afeminación, todo el lujo y toda la corrupción del mundo pagano, con sus banquetes nocturnos, sus fiestas de Himeneo, las danzas y torpes cantares, y todo lo que venía á simbolizar un estado de verdadera relajación social.

Si á esto se añade la anarquía en que estaba la nobleza en los últimos tiempos, así como el estado del clero al concluir la dominación visigoda en España, no nos extrañará que por entonces, las ideas más supersticiosas tuvieran carta de naturaleza en nuestra patria, y se creyeran como sucesos reales y evidentes los más fantásticos y misteriosos, y que algunos muy extravagantes pasasen como moneda de buena ley.

También el pueblo se encontraba en un estado muy lamentable, debido por completo el sentimiento de patriotismo y de libertad que siempre caracterizó á la nación española con su indiferentismo grande á todo lo que pudiera ocurrir, no extrañándonos que sucediera la rota de Barbate ó de Guadalete, y que después esos mismos que se vieron arrollados por las furiosas turbas de africanos, pactaran con ellos y vivieran en amigable consorcio por espacio de algún tiempo; pues que todo era consecuencia del estado de mortal decadencia y de insensato egoismo en que vivían los visigodos, al concluir su dominación en España.

Por último, al exponer alguna consideración general sobre la civilización goda, podemos afirmar, que aunque fué muy grande el pueblo godo y grande la civilización que dejó en nuestra patria, pues que dominó á los romanos, creó una gran iglesia y una gran literatura y un gran codigo, pero que por leyes providenciales se acabó con el mismo, no quedando de aquella civilización y de aquella cultura, más que ese código inmortal que fué base y asiento de las legislaciones posteriores; pudiendo afirmar, en conclusión, que España, á pesar de todo, ganó mucho con la dominación de los godos, merced á las ideas cristianas

que se infiltraron en todo, y á las doctrinas que se reflejan en sus códigos.

Crítica.—Las luchas entre el arrianismo y el catolicismo, tuvieron necesariamente que influir mucho en las manifestaciones artísticas y literarias de los godos, toda vez que la influencia decidida del clero en las manifestaciones artísticas, no podía borrarse de ningún modo, y el espíritu de religión verdadera y de las falsas sectas se dejó sentir siempre, lo mismo en la determinación de las artes, que en las bellas expresiones de la literatura.

Aunque á pasos agigantados se iniciaba el desquiciamiento en la organización política de los godos, y como hemos visto en muchos reinados parece que se preparaba la destrucción de la monarquía visigoda, tardó bastante en realizarse este fenómeno histórico, merced sólo á la ilustración del alto clero, que contuvo por algún tiempo aquella hecatombe del poder y de la grandeza visigoda; pues que con sus sabios escritos y con su arrebatadora palabra, enfrenaba las costumbres y dirigían á los grandes y al pueblo por el camino conveniente para evitar sucesos de tanta trascendencia.

Mas desgraciadamente, hasta la Iglesia misma se encontraba en un estado deplorable al concluir el poder visigodo en España; y á las grandes figuras de los Isidoros, Fulgencios y Leandros, habían sucedido otros obispos y otros sacerdotes que, ó débiles por naturaleza, ó á veces excitados por el egoismo, no supieron hacer frente á la avalancha que trataba de destruir el poder de la monarquía visigoda en España y fueron los primeros que con sus fieles sufrieron la triste suerte del vencido, después de la invasión árabe en nuestra península.

Pregúntase por muchos si fué conveniente ó perjudicial el establecimiento de los godos en España, y aunque anteriormente se han hecho algunas indicaciones sobre este particular, ahora hemos de afirmar en definitiva, que bastó solo que en su tiempo se lograse para nuestra patria la preciada joya de la unidad católica, á cuyo amparo la ilustración, la cultura, la civilización y la vida de nuestro pueblo, se desarrolló de una manera prodigiosa para que tuviésemos que bendecir, aunque no fuera más que por esto, el momento en que los godos pisaron nuestro suelo, aceptando primero la idea cristiana aunque en forma extraviada, y proclamando más tarde, en el concilio III de Toledo, la idea católica, como religión única y exclusiva del Estado.

LECCIÓN 43.

DESARROLLO DE LA LEGISLACION EN LA EPOCA VISIGODA.

Desarrollo de la legislación en la época visigoda.—Periodo de consumación en el derecho patrio.—Fuentes del mismo.—Leyes romanas.—Costumbres germanas.—Primera época de la legislación goda.—Legislación de castas y códigos que las representan.—Código de Toloza, de Eurico ó ley visigoda.—Fragmentos que de él se conservan.—Elementos que le informan.—Código de Alarico, Breviario de Aniano, ó ley romana.—Caracteres que le distinguen y partes integrales de esta colección legal.—Elementos constitutivos de la nacionalidad goda.—El Clero influye en la formación de las leyes.—Los concilios de Toledo.—Causas que preparan la unidad legislativa.—Segunda época de la legislación goda.—Unidad legislativa.—Publicación del Fuero Juzgo.—Análisis del mismo.—Principios que en él dominan.—Diversas clases de leyes que comprende.—De derecho civil y su clasificación especial.—De derecho público.—De derecho mercantil.—De derecho penal.—De derecho procesal.—Legislación contra los judíos en dicho código.—*Crítica*—El pueblo godo trajo elementos nuevos que modificaron su legislación.—El Fuero Juzgo estableció en el derecho civil instituciones que aún se conservan entre nosotros.—Su derecho penal se caracteriza por la personalidad de las penas.—Los jueces son siempre responsables de sus actos.—Juicio crítico sobre la legislación goda entre nosotros.

La legislación en la época visigoda se desarrolla de una manera muy distinta á la del período anterior, toda vez que al llegar á España el pueblo godo se encontró con otro que tenía legislación especial, distinta á las costumbres que él traía, engendrándose de este modo una legislación particular enfrente de la otra, viviendo así por espacio de algún tiempo con códigos particulares para cada uno de los pueblos que residían en España, hasta que llega el momento en que se funden las colecciones legislativas de todos en una legislación común.

Aquí comienza con justicia el período de consumación del derecho patrio, por que al amparo de los cuerpos legales que se dictaron por los godos, se realizó más tarde la verdadera legislación española con carácter propio y atenta sólo á las necesidades del país y á la fisonomía propia del pueblo para quien se daban aquellas leyes.

Las fuentes del derecho español, al ocurrir la venida de los godos y llegar el tiempo de nuestra verdadera existencia nacional, fueron desde el principio dos; las leyes romanas con su caracter propio y diferencial, aplicadas al pueblo vencido y que vivió entre el vencedor, y además las costumbres del pueblo godo que como conquistador las implan-

tó desde luego en España y que tienen un caracter propio y diferenci reseñadas perfectamente entre la de los pueblos germanos por el co cienzudo historiador Tácito.

Estas pueden reasumirse en el caracter particular guerrero de aqu pueblo, llevando á sus mujeres é hijos á la batalla, sus asambleas ge rales y particulares, el derecho de acusación que á todos se concede la relación de pena con el delito, la elección de príncipes en sus ju tas magnas, el aislamiento de sus casas, la misma pureza como se gua dan las leyes del matrimonio, para el que solo tienen una mujer, quien dotan y á la que llaman compañera en los peligros de la vida, carencia de testamentos escritos y la proscripción total de la usura; co otros detalles que demuestran la fisonomía particular de ellos reflejad más tarde en las leyes del pueblo godo que vino á dominar á España.

La primera época de la legislación goda se caracteriza por la vid común con los vencidos, con un solo poder supremo de religión, costum bres y leyes con entera libertad para que cada uno practicase en todo los asuntos de su vida social los precedentes y costumbres que de an tiguo venía practicando.

He aquí porqué la legislación de castas ó legislación doble, es la pr mera manifestación del derecho de los visigodos, existiendo una legis lación para los godos y otra para los romanos, y siendo la personifica ción del derecho de los nuevos conquistadores el Código de Eurico ó d Tolosa, y el de los romanos el de Alarico ó Breviario de Aniano.

El Código de Tolosa, de Eurico ó ley visigoda, es sin disputa el C digo más antiguo de nuestra monarquía, y por el que se redactaron en preceptos escritos las costumbres del pueblo visigodo, afirmándose qu fué publicado en Tolosa, entre los años de 466 á 484, no estando clar si fué su autor Recaredo, Alarico, ó el monarca cuyo nombre lleva e te Código.

De él nos quedan 35 fragmentos, y por ellos se viene en consecuen cia que Eurico fué el verdadero autor ó inspirador del mismo, como pa rece indicarlo San Isidoro al referirse á las correcciones de este Códig hechas por Liuvigildo.

Los elementos que le informan nos demuestran que no sólo entró en él como exclusivo y único, el germano, teniendo cabida también el ro mano, del que se trasladan algunas instituciones como la compraventa, la fianza, el depósito, el testamento, etc. unas desconocidas de los go dos, y otras contrarias á su espíritu, siendo de general aplicación en los puntos de derecho político, administrativo y penal, y de aplicación especial á los godos en lo referente al derecho civil.

El Código de Alarico, Breviario de Aniano ó ley romana, represen ta propiamente en nuestra patria, el elemento romano, y lleva el nom bre de Alarico por ser el monarca que lo publicó. Debió su formación á pretender á que de igual modo que las costumbres godas ya estaban reducido á preceptos escritos, se fijara también el derecho de las hispa no-romanas, que estaba difundido en las Constituciones romanas y en los escritos de los jurisconsultos; publicándose este Código después de un trabajo de una comisión de sabios, en el año 506, y recibiendo el sobre

nombre de El Breviario de Aniano, por estar escrito por el Canciller de este nombre.

Los caracteres esenciales que le distingue son ser un resumen del Derecho romano, consultado hasta entonces (y no el de Justiniano que es posterior á la fecha de su promulgación,) comprendiendo diez y seis libros del Código de Teodosio, las novelas de este emperador y de otros, la Instituta de Gayo, cinco libros de las sentencias de Paulo, varios títulos de los Códigos Gregoriano y Hermogeniano, y un pequeño fragmento del de Papiniano, presentándose dividido en dos partes, una de texto y otra de interpretación.

Los elementos constitutivos de la nacionalidad goda, son antes que todo, la monarquía absoluta, á la par que electiva; la nobleza, que figuraba en los consejos de la Corona; el pueblo que, aunque alejado de las contiendas políticas, tenía alguna representación en la vida pública; y por último, el clero, depositario de la ciencia, y el que preparó más tarde la fusión de las castas y la aparición de un Código único.

No puede negarse la decisiva influencia del clero en la formación de las leyes; pues desde que á fines del siglo VI se abraza por los godos la religión católica, su prestigio fué grande, toda vez que los monarcas acudían á ellos para que les ilustraran en todas sus determinaciones; y á ellos se debió la mayor parte de la legislación administrativa y legislativa de la época visigoda.

Si á esto se añade que el clero con la nobleza y el rey, reunía concilios de importancia, siendo hasta diez y siete los celebrados en Toledo, en tiempos de los godos y éstos conocían y resolvían sobre materias relativas á la Iglesia española, y á la vez eran consultados sobre las determinaciones para la administración del país, publicando el Tomo Regio, donde se anotaban las consultas de los reyes sobre asuntos no eclesiásticos, se comprenderá la gran importancia que tuviera y su influencia en la evolución legislativa del pueblo godo.

Varias fueron las causas que produjeron la unidad legislativa de los godos, siendo la principal, que no podía facilmente vivir código de distinta naturaleza y de tendencia variada para pueblos y castas distintas también, resultando, que ó venía la absorción del más fuerte al más débil, ó que era precisa la fusión de ambas legislaciones en una sola, y esto se logró merced á esas causas productoras, cuales fueron la gratitud con que los vencidos recibieron el respeto de sus instituciones por los vencedores, y respecto á la superior cultura de los naturales la profesión de una fé religiosa, la conciliadora intervención del clero, la permisión de matrimonio entre unos y otros, y el cambio de política de los monarcas godos que tendía á la fusión de las razas.

La segunda época de la legislación goda, comienza con la publicación del Fuero Juzgo, á mediados del siglo VII, y concluye con la invasión de los musulmanes á principios del VIII, en el año 711 de Jesucristo.

Se caracteriza por la unidad legislativa que se produce con la publicación de ese código, en que se unen las aspiraciones de todos los ele-

mentos que había en el país, tratándolos á todos el legislador de igual modo, y dictando disposiciones de caracter común para todos los habitantes de España.

El Fuero Juzgo representa tres grandes unidades, el Estado, la Religión y el Derecho. Se le atribuye por algunos á Recaredo, por otros á Sisenando, la opinión pública se lo atribuye á Chisdasvinto, no recibiendo el nombre que en la actualidad tiene, hasta el siglo XIII, pues antes se le citaba con el nombre de El Libro de los Godos, Libro de los Jueces y Libro de las Leyes. Fué escrito en latín y traducido al castellano en la época de San Fernando.

Al hacer el análisis sucinto de dicho código, lo encontraremos dividido en doce libros, precedidos de un título preliminar, dividiéndose los libros en títulos y los títulos en leyes.

Los principios ó elementos que en él dominan se traducen por las diversas clases de leyes que comprende, encontrándose unas formadas por el concilio con el rey, otras por éste y el Oficio palatino, algunas leyes góticas antiguas reproducidas en este código, y varias leyes de procedencia romana.

Por la clase de asunto de que se ocupa, sus leyes pueden llamarse de Derecho civil, de Derecho mercantil, de Derecho procesal, existiendo también en él algo de legislación contra los judíos.

En cuanto al Derecho civil, hay una parte general, determinando el estado de las personas y la condición de la familia, y en la parte especial se trata de los derechos reales, confirmando la división de las tierras entre godos y romanos, hablándose de la hipoteca y de la prenda y de los medios de adquirir el dominio que eran la ocupación, la accesión, la prescripción y la herencia. En los derechos de obligación, habla de la compraventa, el arrendamiento, el mutuo, el comodato, el depósito, las donaciones y la prenda, no admitiendo el contrato verbal ni el escrito. En el derecho de familia se ocupa del matrimonio, ya permitido entre godos y españoles, hablándose por primera vez del promesamiento, prohibiéndose el matrimonio con mujer de más edad que el varón, ocupándose de las arras y de las donaciones matrimoniales, á las que llama esponsalicias, presentando los impedimentos y fijando los verdaderos caracteres de la patria potestad, que sólo se adquiere por el matrimonio, sin que se ocupe de la generalidad de la tutela, de la que solo conoce la legítima. En las sucesiones se conoce el testamento y el abintestato con todos los caracteres y todas las facultades de uno y otro con la particularidad que el testamento ológrafo sin testigos y de puño y letra del testador, que como novedad aparece en nuestro moderno Código civil, lo conocieron los godos.

Entre las leyes de Derecho público de los godos, se habla de la potestad legislativa que reside en el monarca, de la igualdad de la ley para todos y de la no ignorancia de ésta como causa de excusa para su cumplimiento.

En las leyes de Derecho mercantil solo hay cuatro de esta índole que las que son dos de escaso interés, y se refieren al comercio marítimo y las otras dos determinan la anulación de la venta mercantil por

condición furtiva de la cosa, y que los juicios á propósito de comerciantes extranjeros se ventilen ante jueces de su país.

Entre las de Derecho penal se consigna el precepto hermoso de la personalidad de la pena, admite la de muerte con caracter de pública, modera el tormento, se admite el asilo eclesiástico, había penas pecuniarias y de azotes, y se castigaban severamente los delitos de adulterio y de todos los que eran contra la castidad.

En cuanto al Derecho procesal, la comparecencia de los litigantes en los juicios era directa, admitiéndose en ellos tres períodos, teniendo todos los juicios los caracteres de verbales, y siendo la prueba testifical, documental y juratoria, llegando á veces el obispo á asociarse al juez para el fallo, que era apelable ante el rey.

En el Fuero Juzgo había legislación especial contra los judíos, exigiéndoles á los que se convirtiesen, ciertas condiciones y obligaciones precisas, cuya no observancia llevaba implícita la confiscación de bienes cuando aquellos no compraban el indulto, valiéndose de sus artes y de sus cuantiosas riquezas. La tendencia de estas disposiciones, era siempre ir contra las sectas y las herejías, y defender la pureza de la doctrina católica.

Crítica.—El pueblo godo trajo nuevos elementos que modificaron su legislación, pues que la idea del individualismo germano era desconocida en las legislaciones antoriores, y los humanitarios principios en que se inspiraron, con respecto á la mujer, al lujo y al esclavo, son prueba evidente de que estos elementos habían de modificar la legislación, concediendo á aquellos seres nuevos derechos que antes les negaba en general la legislación romana.

El Fuero Juzgo estableció varias instituciones nuevas, especialmente en Derecho civil, que hoy se conservan y que ha llegado hasta nosotros como ejemplo, la dote, las gananciales, las mejoras, la forma de constitución y otras que con ligeras modificaciones son en su esencia lo que quiso que fuera el Fuero Juzgo.

En cuanto al Derecho penal se caracteriza por la personalidad de las penas, habiéndose logrado que desapareciese aquella triste herencia de criminalidad de las legislaciones antiguas y que los hijos llevaran sobre su frente el padrón de ignominia de los delitos cometidos por sus padres y se extendiesen éstos á distintas generaciones.

Por último, los jueces son siempre responsables de sus actos; hay revisión de sus sentencias, intervención del objeto en determinados casos, y nunca el magistrado ni el juez aparece como un déspota ó como un tirano, sino que siempre ante el superior, ante el obispo, ó ante el rey, tiene que dar cuenta de todos sus actos, y se exige la verdadera y directa responsabilidad realizada cuando las partes ofendidas así lo exigían.

La legislación goda nos merece un juicio crítico especial, afirmando que fué un paso gigantesco en las reformas legislativas de nuestra patria, pues que existiendo los elementos antiguos del Derecho romano y los nuevos que trajeron los godos con su legislación especial, era preciso que se armonizase uno y otro para las distintas clases sociales que vi-

vian en España, y á esto tendió el Fuero Juzgo, que como unión de códigos anteriores, vino á echar las raices y el fundamento de nuestra legislacion nacional, observándose que hasta en las leyes recientemente publicadas, asi como no se olvidan los principios del Derecho romano, casi todos se cimentan en el Fuero Juzgo y en la legislacion visigoda.

LECCIÓN 44.

RAZAS, RELIGIÓN, RELACIONES CON LOS VENCIDOS, COSTUMBRES Y ORGANIZAGIÓN SOCIAL DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA.

Historia interna de la edad media de España en el período de la reconquista.—Dominación árabe.—Razas y naciones que constituyeron el pueblo musulmán en España.—Orientales, occidentales, mozárabes, judíos, esclavos.—Religión musulmana.—El Korán como código religioso y general para los musulmanes.—La sunna como representación de la tradición.—Obligaciones impuestas por el Korán en materia religiosa.—Idem en lo político.—Idem en lo civil y penal.—Idem en lo militar.—Inmutabilidad de la legislación musulmana.—Conducta de los árabes con los cristianos que quedaron en España.—Situación de los mozárabes.—Comportamiento de los emires.—Iglesias, obispos y monjes en Córdoba.—Situación de los muladíes.—La raza judía entre los árabes.—Administración de justicia.—Administración económica.—Sistema de sucesión al trono.—Varias costumbres de los árabes.—Organización militar.—Empleos militares.—Marina de guerra.—Forma de gobierno.—Población.—Rentas públicas.—Minas.—Contribuciones.—Agricultura, ganadería, industria y comercio.—Organización social entre los árabes.—Vicios de la misma.—¿Dejaron los árabes algunas huellas en nuestra organización política á pesar de su larga dominación en España?=*Crítica.*—Juicio acerca del Korán como código general de los musulmanes.—¿Cómo se explica la conducta de los árabes durante su dominación en España para con los cristianos y en sus luchas civiles?—Juicio imparcial acerca de la dominación de los árabes en España y respecto á su organización interior y á sus costumbres.

La Historia interna de la Edad media en España, en el período de la Reconquista, comprende todo el desarrollo político, literario, artístico y jurídico, así como de costumbres particulares de árabes y cristianos durante el largo espacio de tiempo en que de manera distinta se desarrolla la vida nacional en ambos pueblos, desde la rota de Barbate ó de Guadalete, hasta el término de la Reconquista con la toma de Granada.

La dominación árabe, que cerca de ocho siglos se dejó sentir en España de una manera violenta, hay que estudiarla, teniendo en cuenta que procedente de la raza semítica que desde Oriente venía á reemplazar á la jafética en España, ofrece cualidades, las más opuestas, en religión, carácter y costumbres, reuniendo en raro maridaje el ardor y el salvajismo con la generosidad caballeresca de aquellos tiempos, y disculpándose por su extremada pobreza muchas de las aventuras y correrías que realizaban donde ponían su planta los árabes.

Pero no todos los musulmanes que vinieron á España eran de la misma raza, pues que su procedencia era distinta, y al serlo tuvieron que fijarse aquí con caracteres variados y con costumbres diferentes también, siendo estos elementos tan opuestos por su origen, causa de la forma como ejercieron su dominación en España.

Por eso vemos que entre las razas y pueblos que constituian el imperio musulmán en España, hallamos los orientales, que constituian los arabes propiamente dichos, ó la aristocracia de ellos; los sirios como aliados suyos y con privilegios de nobleza; y los egipcios que se dedicaron al cultivo de las ciencias y de las artes. Después de los orientales, venían los occidentales, moros ó berberiscos, que eran ciudadanos, artesanos, labradores, formando la masa del pueblo y cargando con todo el trabajo y todos los tributos. Los mozárabes ó cristianos, que vivían al amparo de los moros en los campos y en la capital, como Toledo, Córdoba y Sevilla, tuvieron el ejercicio de su religión y sus leyes propias, existiendo para ello la jerarquía particular eclesiástica, y llegando hasta tener en Córdoba un magistrado, titulado el protector de los mozárabes. Entre los vasallos de los califas estaban también los judíos, con igual libertad de culto que los cristianos, y aliándose unos con otros, se logró ser España la parte del mundo donde hubo más judíos; y por último, tenían también los musulmanes, como elemento de su nación, á los esclavos, ya de guerra, ó ya comprados, que estaban destinados al servicio del califa y de los grandes del imperio.

La religión musulmana ó mahometismo, es una modificación del antiguo politeismo en que vivían los árabes, que al amparo del dogma de la unidad de Dios, creó una nueva doctrina, representada por el libro sagrado del Korán, y bajo la dirección del Profeta de aquella gente que se llamó Mahoma.

El Korán hay que considerarlo como código religioso, civil, político, militar y general para los musulmanes, toda vez que dicho código, que para ellos apareció dictado por Dios y revelado por el Angel Gabriel, tenía como dogma fundamental la unidad de Dios y la abolición de la idolatría y admitiendo la inmortalidad del alma, la resurrección, el paraíso y el infierno. Como código civil y penal, están allí consignados todos los preceptos, así como los deberes y derechos de todos los asociados y siendo el califa el supremo juez. En lo político, establece las relaciones entre el jefe del Estado y los súbditos, y en lo militar determina y alienta las condiciones guerreras del pueblo, hasta el punto de haberse llamado á este código El libro de la Espada.

Además del Korán veneraban los musulmanes la sunna ó la tradición, que eran doctrinas transmitidas de viva voz por el Profeta y recogidas por sus discípulos, naciendo para su interpretación diversas sectas que ensangrentaron muchas veces el campo mahometano.

En materia religiosa se presentan en el Korán, como principales, las obligaciones de creer en Dios y en su Profeta, la oración, la limosna, el ayuno, y á ser posible, la peregrinación á la Meka, prohibiéndoseles en comidas y bebidas todo aquello que pudiera serles perjudicial, dado el clima en que vivían los árabes, á quienes principalmente se dedica este código.

En lo político se determinan tambien las relaciones de los súbditos con el jefe del Estado y las que cada uno de éllos tenía en todos los negocios de la vida puramente política y social.

En lo civil y en lo penal están también las leyes de este género, pues

que los árabes no nos han dejado un código especial de estas leyes; así es que en el Korán se determinan los preceptos sobre el matrimonio, sobre la legitimidad de los hijos, el castigo del adulterio, etc., y como prueba penal, algunas muy especiales, como la de que la deposición de dos mujeres equivale á la de un hombre, la pérdida de la mano al ladrón, y otras, determinándose también en dicho código los tribunales superiores y los inferiores.

En cuanto á las obligaciones militares se determina el afán de inflamar el espíritu veleidoso de los árabes y la continua guerra con los cristianos, fijándose en el Korán la manera de repartirse el botín cogido al enemigo cuya quinta parte pertenece á Dios y á Mahoma, así como á los pobres, espresándose también las condiciones en que habían de quedar los que cayesen prisioneros en la guerra.

Como quiera que toda la ley de los árabes está en el Korán y en él se prohiben leyes nuevas, que como innovación las llama extravíos que conducen á la eterna perdición, de aquí que nada se cambió ni añadió á la legislación de este código, y por tanto que fué inmutable la legislación musulmana, encontrándose sólo ordenanzas, interpretaciones y á veces reglamentos de policía, como explicación sólo de los preceptos del Korán.

Los árabes observaron una conducta especial con los cristianos que quedaron en España, y toda ella estaba en relación con las máximas y con los preceptos del Korán. Por eso se les dejó desde el principio el libre ejercicio de su religión y de sus leyes ,conservando sus propiedades, pagando sus tributos y viviendo con relativa tolerancia entre los árabes.

Los mozárabes, á pesar de lo que determinaba el Korán, y de que al principio se les trató con relativa dulzura, vivieron después en una triste condición, debido á las arbitrariedades y demasías de muchos emires, que fanáticos unos y ambiciosos otros, hicieron intolerable su vida entre los árabes.

El comportamiento de los emires no fué igual en las distintas épocas de la Historia árabe; pues que desde Abdelazis, que por complacer á su esposa cristiana Egilona los trató por igual como á los árabes, hasta otros que ejercieron medidas de violentísimo vigor, y á veces hasta de martirio en los pobres mozárabes, media una gran distancia, y no puede establecerse un juicio imparcial, por más que fué mayor el número de los que les trataron con dureza que los que les dejaron vivir, tal y como preceptuaba el Korán, y aconsejaba la política de atracción que habían traído los árabes á nuestra nación.

Ya cuando se emancipó España del Califato de Damasco, y Córdoba era el centro del poder religioso, político, militar y civil de los árabes, la situación de los cristianos varió algo, presentándose una tolerancia, que aunque interesada y política, sin embargo permitía que hubiese iglesias, obispos y monjes en Córdoba, en Málaga, en Baeza, en Granada y en Elvira, presentándose los sacerdotes en público con su traje, y viviendo los monjes en su claustro, y habiendo en Córdoba tres iglesias y tres monasterios, que contrastaban muy mucho con lo que

ocurría en muchas partes y lo que más tarde sucedió cuando las luchas religiosas y las persecuciones por este motivo.

Los muladíes (sometidos), ó cristianos renegados, eran muy numerosos y habían abrazado el Islamismo por conservar su libertad, siendo vistos con recelo por parte de los árabes, que con insolentes maneras les trataban á diario y no creyeron nunca en la sinceridad de su conversión, excluyéndoles de los empleos públicos, y no pudiendo volver al cristianismo sin exponerse á perder la vida. También se les llamó maulas á los cautivos que recobraban la libertad al hacerse mahometanos.

La raza judía entre los árabes ocupó al principio de la conquista, una posición importantísima como premio á los trabajos dados, ayudando á la guerra contra los cristianos: pero después llegaron á ser tan odiados de los musulmanes como los cristianos, habiendo persecuciones y matanzas entre ellos, de la que es muy notable la del siglo IX, en la ciudad de Elvira, en la que perecieron más de 4000, á manos de los árabes.

La administración de justicia en este pueblo, que carecía de ley positiva, se fundaba en la equidad, en la ley natural, y por ello los Kadies ó jueces encargados de administrar justicia, tenían que reunir ciertas garantías morales, aunque el derecho de apelación para el califa y al tribunal superior estaba expedito para todos los súbditos, siendo los jueces no solo administradores de justicia sino intérpretes del Korán.

La administración económica, teniendo en cuenta que la riqueza del imperio musulmán en España, procedía de la plata de las minas y de las contribuciones, así como de los tributos, que unos eran limosnas y otros el diezmo de los productos de la agricultura, la industria, el comercio, la ganadería y la entrada y salida de las mercancías, así como la capitación de cristianos y judíos, estaba ejercida por funcionarios dependientes del califa, aplicándose ante todo á los gastos del palacio y después á la enseñanza popular, las bibliotecas, las posadas públicas, los regocijos nacionales y las fiestas del culto.

Cuando ya hubo en España califato, y el soberano era depositario de todo poder con el título de Príncipe de los creyentes, y España se dividió en seis provincias, que tenían gobernadores principales y secundarios, el trono no era hereditario, ni verdaderamente electivo, sino que por sistema medio el califa elegía sucesor entre sus descendientes, prestando el pueblo juramento de fidelidad al futuro heredero del trono.

Varias eran las costumbres de los árabes que aquí vivieron entre nosotros, siendo las principales la de la guerra, á que tan acostumbrados estaban, formando sus campamentos al uso del Oriente. El encender las hogueras contando á su alrededor las hazañas de sus primogenitores, las algaradas, que tan frecuentes eran en España; su afición á las artes y á la poesía, y el no usar nunca el nombre de la familia, sino añadiendo el nombre de su padre y el de la tribu, son expresión de algunas de las costumbres que los árabes tuvieron en nuestra patria, por más que otras ya están reseñadas al hacer la historia externa de dicho pueblo, habiéndose fijado sólo especialmente en las que se refieren á la vida militar, toda vez que este carácter y lo religioso es lo que simboliza

verdaderamente el paso de este pueblo durante su larga dominación en España.

Su organización militar se caracteriza por no tener ejército permanente, quedando sólo en tiempo de paz algunos soldados destinados al interior del palacio y á la guardia del califa, y siendo el servicio militar una obligación religiosa, pero no política, en la que cabían los judíos y los mozárabes en estos cuerpos mercenarios de guerreros cristianos á los que se les llamaba con el significativo nombre de campeadores.

Los empleos militares, independientes de los gobernadores generales y de los gobernadores subalternos eran los alcaides, que mandaban en las ciudades ó fortalezas, los walíes ó comandantes de fronteras para evitar las acometidas cristianas y algunas otras de menos importancia en la organización militar, pero aparte de las generales del ejército en plan de batalla, que casi siempre, á ser posible, iba mandada por el mismo califa ó por el heredero del trono.

La marina de guerra, al principio muy corta, se aumenta desde Abderrahmán, lográndose que desde Cádiz hasta Tarragona, se armasen naves en todos los puertos españoles y que los sectarios de Mahoma invadiesen las costas de Galicia y de Italia, así como todas las islas del Mediterráneo.

La forma de gobierno entre los árabes, desde el califato en adelante, se constituyó bajo la forma del de Bagdag, siendo el soberano el depositario de todo poder, la fuente del honor, el árbitro de la vida y de los bienes, llamándosele jefe de los creyentes, y teniendo como los califas orientales, su primacía absoluta en lo espiritual y en lo temporal, dividiéndose el Estado en seis provincias gobernadas por un walí, y teniendo el califa su consejo de estado, secretarios y magistrados que le auxiliaban en el despacho de los negocios públicos.

La población fué en aumento en la España musulmana, hasta el extremo que Córdoba, en el siglo X, era una población inmensa, según el censo público de aquella época.

Las rentas públicas, como llevamos dicho, procedían de dos fuentes, de las minas y de las contribuciones, siendo el jefe del personal de hacienda el califa, al que seguían los recaudadores de los tributos, ya en las aduanas, ya en las alhóndigas, ya en otros servicios de menos importancia.

También era muy notable entre los árabes la explotación de las minas, dando un gran rendimiento á las rentas públicas, y citándose, como importantísimos, los criaderos de corales en Andalucía y de perlas en Zaragoza, así como las minas de oro en Jaén y los Algarbes, y dos minas de rubíes junto á Málaga.

La contribución que pagaban los árabes eran de dos clases, personales y reales; la primera era la del servicio militar, como obligación religiosa y política; y las reales eran el diezmo, el derecho de aduanas y los tributos de los mozárabes, muladíes y judíos, y otras de menos importancia.

Respecto á la agricultura, la industria, la ganadería y el comercio, la primera tuvo extraordinario desarrollo, estableciendo sistema agrícо-

la especial y abriendo canales de riego, traduciéndose también al árabe las principales obras de agronomía de la antigüedad. La ganadería fué muy explotada entre los árabes, aplicándose directamente á la agricultura y viviendo los ganados con grandes facilidades en los montes públicos. La industria estuvo muy desarrollada, siendo notables las fábricas de armas de Córdoba y de Toledo, la de papel de Játiva, cuya fabricación aprendieron de los chinos, la de los cueros cordobeses, y otras. Y en cuanto al comercio, era muy floreciente el que se hacía con Africa y el Oriente, especialmente con el Imperio griego, donde eran muy apreciados nuestros productos, y más que todo los tejidos de lana y de seda.

La organización social, tal como la tuvieron los árabes, era muy deficiente; pues que faltaba la base de la verdadera familia, y por ello todas las ramificaciones tenían que serlo también y no obedeciendo á una organización adecuada.

Por eso encontramos en su organización social vicios tales, como el despotismo en la autoridad del califa, la ferocidad de costumbres, el fanatismo intolerante religioso y las frecuentes rebeliones y guerras civiles, cuya sociedad, fundada sólo en la fuerza se deshizo, cuando roto el lazo de unión del poder central de Córdoba, fué fácil á los cristianos ir destruyendo aquella organización que había vivido hasta entonces sólo de la fuerza y del despotismo.

Nótase con extrañeza, que á pesar de la larga dominación de los árabes en nuestra patria, no dejaron éstos ninguna huella de su organización política, porque como estaba tan en contra del sistema que de antiguo venía rigiendo entre nosotros, los cristianos, en su incesante labor de la Reconquista, aspiraban á destruir todo aquello que encontraban entre los árabes y que era contrario á su espíritu religioso y á su organización política; de aquí que, á pesar de todo, no quedó rastro ninguno de ella, después que se terminó la obra de la Reconquista, así como nos quedaron muchísimos restos de su civilización, de su cultura, de su arte y de muchas de sus costumbres.

Crítica.—El Korán, como código general de los musulmanes, merece un juicio especial, afirmando que al pretender ser el código único para todas las manifestaciones de la vida, engendró el despotismo y el autoritario poder de los califas, haciéndose una vida tan especial y tan despótica por el primer jefe del Estado y por sus subordinados, que no merece los honores de la crítica aquel código, que con pretensiones de modificación, relajóse, y que como reforma político-administrativa no vino á ser más que un resumen de todas las religiones y todas las legislaciones conocidas por Mahoma para que fuesen dictatorialmente aplicadas por el Príncipe de los creyentes.

El carácter que los árabes siguieron para con los cristianos en su dominación en España y en sus luchas civiles, permitiéndose unas veces el libre ejercicio de su culto, aliándose otras con ellos; y entendiéndose unos y otros en más de una ocasión, contra individuos de su misma raza y de su mismo culto, se explica sólo teniendo en cuenta la situación de España durante la Edad media, el incesante guerrear de

unos y otros y que los árabes al venir á España vinieron aparentemente con el deseo de intervenir en nuestros asuntos, y después continuaron su marcha triunfal al amparo del quietismo y del poco patriótico entusiasmo que encontraron en los naturales del país.

La dominación de los árabes en España, así como su organización interior y sus costumbres, nos ofrece un juicio imparcial y desapasionado, pudiendo decir que como fanáticos sectarios de una nueva idea y entusiastas guerreros de su doctrina, pudieron acometer facilísimamente la empresa de la conquista toda de España, lográndose merced á los defectos que hallaron en la organización interior y en la viciada sociedad de los godos, y constituyéndose después con una organización y unas costumbres propias que no encajaron nunca en nuestro pueblo, que fueron rechazadas siempre por el cristiano, y de cuyo paso y de cuya larga dominación, sólo nos restan los monumentos y las obras que atestiguan el desarrollo de la cultura y civilización arábigo-española.

LECCIÓN 45.

CULTURA Y CIVILIZACIÓN ARÁBIGO-ESPAÑOLA.

Cultura y civilización arábigo-española.—Literatura de los árabes en España.—Caracteres de la literatura arábigo-española.—Su influencia en la literatura occidental.—La literatura en el siglo de Abderrahmán III.—Poetas de este tiempo.—Idem del de Al-Haken II.—Siglo de oro de las letras arábigo-españolas.—Cultura literaria y establecimientos de educación.—Origen de los Institutos de segunda enseñanza.—Universidades ó madrazas en once ciudades españolas.—Poetas y príncipes.—Córdoba, capital de la cultura literaria.—Bibliotecas públicas.—Reuniones literarias.—Las poetisas del harém.—La literatura y la poesía desde la conclusión del califato.—Idem en el reino moro de Granada.—Escritores ilustres granadinos.—Literatura de mozárabes, muladíes, mudejares y judíos durante la dominación de los árabes en España.—Las ciencias entre los árabes españoles.—La historia.—Historiadores principales.—La medicina y sus auxiliares.—La Historia natural.—Comercio, viajes y descubrimientos y ciencia geográfica.—La Astronomía.—Las matemáticas y la invención de los signos algebráicos.—Observatorios astronómicos.—Escritores de estas ciencias.—La agricultura como ciencia entre los árabes.—Los estudios filosóficos.—La jurisprudencia confundida con la teología.—La elocuencia.—Novelas árabes.—Estudio de los idiomas extranjeros.—Descubrimientos de los árabes.—Carácter particular de los árabes andaluces.—Traje é indumentaria de los mismos.—Influencia de la invasión musulmana en el desarrollo de nuestro derecho.—*Crítica*.—¿Cómo se explica el caudal de conocimientos que tenían los árabes españoles?—Juicio sobre la literatura en general de los mismos.—Influencia de los cristianos en la cultura de los árabes en nuestra Península.—Influencia de la dominación árabe en la cultura española-cristiana.—Causas de haberse extinguido la civilización árabe á la caída del reino moro de Granada.

La cultura y civilización arábigo-española aparece con caracteres propios, unos traídos de fuera y otros que se adquieren después de la dominación de los árabes en España, pero que son el rasgo característico y distintivo de la vida de este pueblo en nuestra patria, especialmente en lo que se llama el siglo de oro de su literatura y de sus artes.

La literatura de los árabes españoles presenta una superioridad grande sobre todas las que por entonces se estudian en Europa, ya porque ofrece un caudal grandísimo de obras escritas, como también por el número grande de escritores eminentes.

Los caracteres de la literatura arábigo-española son carecer por completo de espiritualismo y de elevación, siendo su única aspiración los goces de los sentidos, sin elevarse nunca á la belleza espiritual, pues que los placeres materiales de la vida eran los únicos alicientes del árabe, y hasta el materialismo se presentaba con caracteres especiales en su fingido paraiso.

La literatura de los árabes ejerció una influencia grande en toda la literatura occidental europea, determinándose esto más que en ninguna parte en España, y siendo sus obras literarias el nexo ó la unión y el primer camino que se abrieron los sarracenos para su influencia general en todo el Occidente.

La poesía, como manifestación la más hermosa de la literatura, presenta los más sublimes caracteres en España en el reinado de Abderramán III, pues que el mismo califa dió el ejemplo, y á su sombra aparecieron sublimes composiciones en que se reflejaba la ardiente imaginación de los árabes, especialmente bajo el hermoso cielo de Andalucía; ofreciéndonos poesías que ningún otro pueblo ha podido competir con ellas en deleite de conceptos, siendo los cantos líricos, las elegías y los idilios, las formas poéticas más conocidas de los árabes españoles.

Entre los poetas del siglo de Abderramán III, se cuentan Abdi Kabbih, cantor de las proezas de los emires, y las poetisas Fatima de Valencia y Aixa de Córdoba.

En tiempo de Al-Haken II, más fecundo todavía que el anterior reinado para las letras árabes, brillaron entonces en la poesía Ismael-ben-Bedr, Ibraim Benjiba, y las poetisas Lonna y Merien, que unos y otros encantan por sus cadenciosas composiciones poéticas.

Este siglo y la época de Hixen II, por los favores que á poetas y á escritores dispensó Almanzor, merece en la historia de las letras arábigo-españolas el nombre de siglo de oro; pues que se desarrolló en nuestra patria una gran pasión por el cultivo de la literatura, y Córdoba se convirtió en centro de movimiento intelectual y de bellezas artísticas, derramando allí y por las poblaciones cercanas grande brillo y gran esplendor, y continuando este estado de cosas hasta muy entrado el siglo XIV.

Y esta cultura literaria fué muy favorecida por el trato contínuo con los cristianos españoles, los cuales les comunicaban nobles ideas que reflejaban más tarde en sus obras, notándose el fenómeno de que muchas ciudades rivalizaban en el entusiasmo por el cultivo literario y que los establecimientos de educación aumentaban como por encanto, teniendo los profesores un gran prestigio y apreciándose de un modo muy singular el mérito literario de cada uno de éllos.

Por eso se multiplican los establecimientos de educación, y se crean colegios, academias y gimnasios, no sólo en las ciudades principales, sino en pueblos, algunos muy pequeños, llegando hasta haber 50 de esta clase de colegios en los arrabales y en las llanuras de Granada, y 70 librerías públicas, siendo estos colegios ó gimnasios donde los niños de edad intermedia iban á instruirse, después de haber estado en las escuelas de primeras letras, el origen de los Institutos de segunda enseñanza, tal y como hoy se les conoce, y donde aprendían conocimientos también de género intermedio á los ya conocidos y á los que seguían después sus estudios en las Madrazas ó Universidades árabe-españolas.

Estas existieron en once ciudades de España, que fueron la central, residente en Córdoba, y además las de Sevilla, Granada, Toledo, Játi-

va, Valencia, Vélez, Almería, Quesada y Jaén, en donde se estudiaba gramática, oratoria y poesía.

Los poetas y los príncipes no desdeñaban en modo alguno el cultivo de la poesía y los deportes de la literatura, como nos lo prueba el nombre de Abderrahmán III, de Hixen y de Al-Haken, que fueron improvisadores, y que lo mismo se dedicaban á la administración del país que se entregaban á los goces de la literatura y á los encantos de la poesía, por lo que protegieron mucho á los literatos y á los poetas, y favorecieron la publicación de toda clase de obras.

Córdoba fué, pues, el centro de la cultura literaria de España, y más tarde, de allí á Sevilla, á Murcia, á Málaga y á Granada, se continuó derramando la protección literaria y se fundaron en todas ellas esos establecimientos de educación y de enseñanza para difundir las luces de la instrucción en todas las clases populares.

Asimismo se fundaron también bibliotecas públicas y se adquirieron las obras más preciadas que por entonces se publicaban, siendo la de Meruan la más importante de todas, no sólo por el número inmenso de sus volúmenes, sino por lo escogido de éllos, notándose el fenómeno de que á pesar del espíritu de su religión, opuesto á las letras, y de haber sido los árabes mismos que quemaron la Biblioteca de Alejandría, luego buscaban con avidez los monumentos de la sabiduría del pueblo antiguo y los pasaban á su idioma por medio de traducciones.

No solamente se manifestaba esta cultura literaria en la forma que llevamos dicho, sino que también los emires y los califas disponian la celebración de reuniones literarias, donde á estilo de liceos y ateneos de la época actual, se leían composiciones poéticas y se adjudicaban premios con el fin de estimular á todos los que se dedicaban al cultivo de todas aquellas manifestaciones literarias.

Además, las poetisas del harem unidas á las otras que rendian culto á la poesía, competían con los poetas y poetisas de aquella época, siendo la academia científica y literaria de Toledo y la de Córdoba, un modelo de academias literarias privadas, que no tendría nada que envidiar á las que hoy puedan celebrarse con análogo motivo.

Así fué la literatura y la poesía engrandeciéndose durante el califato, merced á la protección de los califas, que no solamente amparaban á los escritores, sino que vigilaban la educación y la enseñanza, visitando las escuelas, los gimnasios y las madrazas; pero desde el momento en que concluyó el califato, la literatura comenzó su decadencia, así como el cultivo de la poesía, notándose el fenómeno de que únicamente en Sevilla y en Badajoz hubiese continuadores de las escuelas literarias de Córdoba, marchando algunos otros poetas fuera de nuestra nación, ya que aquí no tenían durante la dominación de los reyes de Taifas toda la protección y el amparo que tuvieron cuando el califato.

Durante la dominación de los reyes moros de Granada, hay un renacimiento en las letras árabes, y parecía como que quería emularse en lo la grandeza de la antigua corte de Córdoba.

Entre los escritores ilustres granadinos, debe citarse el notable his-

toriador Ben-Al-Jatib, que como historiador y poeta brilló en Granada, y que no tiene rival en su género, y al que siguen otros que nunca pueden igualarle y que cultivan toda clase de obras literarias, presentándose este renacimiento literario de la corte con vida más aparente que positiva, y acercándose el día en que tanto las letras como las naciones musulmanas murieran á manos de los cristianos.

La literatura de mozárabes, muladíes, mudejares y judíos, durante la dominación de los árabes en España, tiene también caracteres particulares, presentándose la primera como un modelo especial por la situación en que los cristianos se encontraban entre los árabes, la de los segundos como mezcla rara de conocimientos y de arte literarios, la de los terceros sin la exuberancia de la literatura árabe y la de los últimos como depositaria de la cultura y de la labor literaria de los antiguos.

Las ciencias entre los árabes españoles fueron también estudiadas y cultivadas, aunque no todas tuvieron aplicación y desarrollo entre nosotros, no inventando nada éllos por sí, sino que las recibieron de persas, indios, egipcios, sirios y griegos.

La Historia la cultivaron con gran provecho los árabes, citándose obras notables como modelos de su labor en este ramo de las ciencias morales y políticas.

Entre los historiadores principales se citan á Arrib-ben-Sad, Matarif-ben-Isa y Ben Alcutiá, cuyas obras, unidas á las de Ben-Aljatib, historiador de Granada, son prueba del cultivo de la Historia en este pueblo.

La medicina y sus ciencias auxiliares tuvo en los árabes muy sabios intérpretes, yendo los judíos á aprender á sus escuelas y alcanzando los médicos árabes fama imperecedera, como lo prueban los nombres de Avicena, Aberroes y otros, que hicieron adelantar la cirugía, la botánica, la farmacia y la química con inventos que aun hoy día se conservan.

La Historia Natural en todos sus ramos era cultivada por los árabes, y nos han dejado infinitos trabajos sobre los animales, las plantas, los metales, las piedras preciosas, etc., aunque iban en ocasiones por caminos extraviados en busca unas veces del elixir de la vida y otras de la piedra filosofal.

El comercio, los viajes, los descubrimientos y la ciencia geográfica, tampoco fueron descuidados por los árabes. Así vemos que al comercio se dedicaban los principales, y los nobles á la agricultura, haciendo frecuentes viajes con motivo de este comercio en los que hicieron ya uso de la brújula y otros inventos, que proporcionaron grandes adelantos en la ciencia geográfica, por los descubrimientos de países, y las obras de Geografía que nos dejaron escritas, donde se prueba el adelanto de esta ciencia.

No menos cultivadas que estas otras ciencias lo fué la Astronomía, pues que los discípulos de los caldeos se dedicaron con afán á estos estudios y nos dejaron pruebas evidentes de los adelantos que hicieron en ella.

Asimismo en las matemáticas, como auxiliar de la Astronomía, en la

Aritmética y en Algebrà, con la invención de los guarismos y la simplificación de las ciencias exactas prestaron un grande servicio á los estudios astronómicos que se realizaban en España.

Añádase á esto, los observatorios que erigieron en nuestra nación, de lo que era el más hermoso ejemplo la Torre de Sevilla, y no nos extrañará que pensaran en medir la magnitud de la tierra por medio de un grado del meridiano, y que inventaran el almanaque.

Como cultivadores de estas ciencias, especialmente la Astronomía, podemos citar á Ben-Amina y á Ben-Zair, que ambos aparecen como consumados astrónomos y matemáticos y autores de obras distinguidas sobre estas ciencias.

La Agricultura merecía entre los árabes el dictado de ciencia, quedando multitud de obras voluminosas sobre ella, calcadas en el sistema de riego, que aún se conoce en la parte meridional de nuestra nación, y debiéndoseles á ellos también, la introducción del cultivo del arroz, de las moreras, de la caña de azúcar y del algodón.

Los árabes no descuidaron los estudios filosóficos, y por eso nos legaron hermosas obras de Lógica y de Metafísica, imitación de los escritores griegos, especialmente de Aristóteles, y sin que en sus obras hagan más que generalizar los conocimientos adquiridos, pero sin crear escuela.

Como los árabes no tenían leyes positivas, la Jurisprudencia la encontramos confundida con la Teología, y sólo se compone de largos comentarios acerca de la aplicación de la ley religiosa.

La elocuencia solo era sagrada, y se circunscribía á las ceremonias de los doctores y alfaquíes, acerca de materias religioso-políticas, y de las que existen muchas colecciones en el Monasterio del Escorial.

En cuanto á novelas escribieron los árabes obras de imaginación que alcanzaron general aplauso en toda Europa, y que han merecido grandes elogios de los críticos modernos. Entre ellas tenemos Los Doce Palatines, Los Suspiros de un Amante, y el famoso Cuento de Calila y Dinna, que algunos creen de otro origen, y anterior á los árabes españoles.

Tampoco descuidaron los árabes el estudio de los idiomas extranjeros, pues que aquí se hablaban multitud de idiomas, entre ellos el árabe, el hebreo, el caldeo y varios dialectos de las lenguas semíticas, y tuvieron que aprender esos y otros más para poder estar al tanto del concierto general en la cultura literaria de aquel pueblo.

Entre los descubrimientos que se les atribuyen, además de la brújula, hay que añadir la fabricación del papel, inventada en China y perfeccionada por ellos, fabricando el papel de algodón y de hilo, ya por los años de 1.006 y de 1.009.

El carácter particular de los árabes andaluces se manifiesta por ser desde el principio ciudadanos, agricultores, llegando más tarde al grado de civilización mayor que darse puede, como se manifiesta por las viviendas que nos dejaron, donde al exterior nada aparece, gozándose de todas las delicias en el interior de los edificios.

El traje é indumentaria de los árabes españoles, no varió en su for-

ma entre nosotros, aunque con las riquezas se introdujo en él el lujo; así el turbante, el albornoz y el calzón ancho eran y fueron siempre las prendas de su vestido, lo mismo que en la indumentaria de sus casas y palacios, que no era otra cosa que trasunto del gusto oriental.

En el desarrollo de nuestro Derecho, nada pudieron dejarnos los árabes en España, pues que á pesar del contínuo trato y de las galantes relaciones de uno y otro pueblo durante su dominación en España, como mediaba un abismo entre el origen y fuentes de derecho de una y otra nación, y como á más su jurisprudencia estaba confundida con su Teología, nada nos resta hoy que sea símbolo de su Derecho escrito; más en cambio, por efecto de la invasión musulmana, nuestro Derecho, al romperse la unidad nacional y nacer nuevos Estados, se rompe la unidad legislativa y aparece la multiplicidad de legislación y la vida municipal.

Crítica.—El caudal de conocimientos que tenían los árabes españoles, se explica por las íntimas relaciones que siempre tuvieron con los pueblos de donde procedían, y al mismo tiempo por las que tuvieron con mozárabes y muladíes, cuya cultura se anexionaron, y de la que aprendieron muchísimo en su desarrollo científico y literario. Pero sobre su literatura general, hay que formar un juicio especial, diciendo que toda ella no descansa sobre la base de un sólido raciocinio y de un juicio detenido y concienzudo, sino que la viveza de su imaginación y lo fantaseador de su carácter se reflejó siempre en todas sus obras escritas.

La ponderada cultura árabe pierde mucho de su importancia y grandeza, desde el momento en que se tenga en cuenta que la civilización de los árabes andaluces no fué propia sino prestada, y que corrompió la ciencia antigua, recibiendo de griegos, de egipcios, de sirios, y sobre todo en sus relaciones con los cristianos, mucha parte de lo que después le ha dado inmerecido renombre.

En la cultura española cristiana ejercieron una influencia en extremo perniciosa; pues que en el orden moral y en el científico, corrompieron por su tendencia á los goces materiales y sensualistas todo el hermoso y puro edificio científico y literario que los cristianos tenían antes de su íntimo contacto con los árabes.

Y por último, no es de extrañar que se extinguiera la civilización árabe á la caída del reino moro de Granada, porque uno de los pensamientos de los conquistadores era destruir aquella civilización material y sensualista de los sectarios de Mahoma, y por otra parte la creación de la literatura y del arte mudejar fueron también sobrada causa para que se fuese extinguiendo rápidamente la civilización puramente árabe, después de la conquista de Granada por los Reyes Católicos.

LECCIÓN 46.

DESARROLLO DE LAS BELLAS ARTES DURANTE LA DOMINACION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA.

Desarrollo de las bellas artes durante la dominación de los árabes en España.—La música entre los árabes.—Obras sobre este arte.—La pintura y la escultura.—Precepto del Korán.—Esculturas y pinturas de la Alhambra.—Artes secundarias ó mecánicas.—Los curtidos.—La fundición.—Los tejidos de seda y las fábricas de armas entre los árabes.—Granada y sus establecimientos mercantiles extranjeros.—Industrias arábigas de que se conservan recuerdos en los museos.—Obras de orfebrería.—Armas.—Objetos de bronce.—Trabajos de marfil.—Telas de brocado, etc.—Originalidad de la cerámica árabe.—Sus dos clases de manifestación.—Inscripciones arábigas.—Numismática arábigo-española.—La arquitectura como símbolo del carácter original de los árabes.—Tres períodos en que puede dividirse la historia de la arquitectura arábigo-española.—Estilo y extensión del primero.—La mezquita de Córdoba.—Idem del segundo.—La Giralda de Sevilla.—Idem del tercero.—La Alhambra de Granada.—El arte mudejar en España.—Monumentos que de él se conservan.=*Crítica.*—El arte arábigo representa el carácter del pueblo que dominó á España por cerca de ocho siglos.—Como armonizaron los árabes el culto á las bellas artes y el respeto al Korán.—El cultivo de la seda entre los árabes fué origen de una grande riqueza que continuaron explotando los cristianos después de la conquista de Granada.—Muchas de nuestras artes é industrias imitadas de los árabes.—Juicio sobre el arte arábigo-español.

El desarrollo de las bellas artes durante la dominación de los árabes en España, se manifiesta por una grande vida en la sociedad arábigo-española, pues que en su larga dominación dejó restos importantes de las mismas; y todas las manifestaciones por regla general, de las artes bellas, prueban que los árabes rindieron culto fervoroso á todas las artes, ya á aquellas que halagan inmediatamente los sentidos, como á las que dejaron monumentos imperecederos para las generaciones posteriores. La música, aunque prohibida en cierto modo á los mahometanos, por un pasaje del Korán, fué muy cultivada por éstos, que tenian conservatorios de este divino arte y que honraban á los músicos con grandes distinciones, y tradujeron los libros griegos que trataban de él.

Existen manuscritos en la Biblioteca del Escorial, que tratan expresamente del arte de la música con notas árabes y su escritura musical, refiriéndose á más de 30 instrumentos músicos distintos, y demostrándose que los árabes se servían de las matemáticas en la composición musical y que conocían la ciencia de la armonía. Muchos de nuestros aires populares traen su origen de los árabes.

La pintura fué más desgraciada entre los árabes, así como la escultura, no pudiéndose citar gran cosa de ellas más que por excepción.

El Korán prohibe á los musulmanes la reproducción de todo ser animado y toda clase de imágenes, y aunque se asegura que hubo estatuas en los jardines de Zahara en tiempo del califato, no hay pruebas que lo demuestren.

Estos preceptos del Korán fueron burlados verdaderamente en cuanto á la escultura y la pintura en la misma Alhambra, como lo demuestran la fuente del patio de los leones y algunos otros leones de piedra y bronce que aún se conservan en Granada, procedentes de la casa de la moneda, y de otros monumentos, imitados de autores persas y con un carácter verdaderamente hierático. En la misma Alhambra, la bóveda de la sala de la justicia, está decorada con pinturas que la crítica más imparcial atribuye á obra de algunos cristianos en la época árabe ó inspirada por lo menos en las obras y pinturas que se hacían en los reinos cristianos.

En las artes secundarias ó mecánicas, sobresalieron los árabes como curtidores, fundidores, cinceladores, forjadores de armas y fabricantes de tejidos, que alcanzaron en Europa fama universal.

Los curtidos fué una de las manifestaciones de las artes secundarias entre las árabes que tanta importancia tuvieron, así como sus cueros, que eran uno de los elementos principales de su industria y comercio para todas las partes del mundo.

Los tejidos de seda y las fábricas de armas también alcanzaron grande renombre, advirtiéndose que sólo en el reino de Jaén había 600 pueblos ocupados en las manufacturas de la seda, en los tiempos en que los europeos las conocían por los trasuntos del Imperio griego. Y en cuanto á sus armas, son notables sus cimitarras de temple irresistible, sus cotas de malla, ligeras é impenetrables, y sus espadas, de las que son modelo las de Boabdil, de las que hay dos ejemplares, uno en Granada y otro en Madrid con primorosos adornos en la empuñadura.

Granada fué el centro por algún tiempo del comercio árabe, y por la fama de buena fe de que los moros granadinos gozaban en los puertos de esta ciudad, acudían multitud de gentes de todos los países de Europa, teniendo los genoveses establecimientos mercantiles en Granada, y recibiendo de ella, las ciudades de Italia, grandes cantidades de seda, cuyos tejidos con los de algodón y lana eran los principales artículos del comercio que se hacía en Almería y Málaga, extendiéndose después por Constantinopla y por todo el mundo oriental, llegando el caso de que hasta los califas de Córdoba comerciaban por su cuenta, y era una de las fuentes más copiosas de su riqueza.

De otras industrias arábigas se conservan recuerdos en los museos y en poder de particulares, presentándose productos y ejemplares notabilísimos y algunos únicos en su género.

Como obras de orfebrería hay algunos ejemplares que atestiguan el empleo de procedimientos, como el repujado, el cincelado y el esmaltado, reflejando la influencia oriental, pudiéndose citar entre otros muchos los que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, y que datan de los siglos XII al XV.

Entre las armas hay que citar algunas que se conservan en la Arme-

ría Real y que ofrecen primorosos adornos en la guarnición de la vaina, de lacería repujada, hechos en plata dorada y realzados con esmalte traslucido.

Como objetos de bronce, existen lámparas ó candiles, de los que se conservan ejemplares en el Museo de Granada, una fuente de Medina-Azahara, y las magníficas lámparas de la mezquita de la Alhambra, que existen en el Museo Arqueológico. Se conservan también objetos de hierro, entre ellos las llaves de ciudades que se guardan como recuerdo de las entregas de las mismas.

Como trabajos de marfil, tenemos algunas arquetas ó cajas con adornos calados é inscripciones cúficas de los siglos X al XII, de las que hay ejemplares en el Museo de Kesinton y en la Sede de Braga.

Restos de tela de brocado hispano-arábigo, se conservan en el Museo de Cluní de París, y en el Arqueológico de Madrid, así como restos de vestiduras, mantos y birretes casi todo de brocado mudejar.

La cerámica árabe es la que ha dado más producto y tiene más originalidad y señales características, presentándose bajo la forma puramente árabe y bajo la mudejar.

Tiene dos clases de manifestaciones: lozas y barros cocidos. A la primera pertenecen los azulejos de Córdoba, Granada y Sevilla, los jarrones, platos y otros objetos con reflejos metálicos; y á la segunda, las tinajas, los brocales de pozo, las tejas, los ladrillos para construcciones, los candiles y todos los trabajos de barro cocido.

Las inscripciones arábigas, muy frecuentes en los monumentos y en las lápidas, han sido objeto de estudio por varios sabios á partir del siglo XVI, y en el presente se ha publicado una obra muy curiosa y completa sobre las inscripciones arábigas de España y de Portugal por el docto académico D. Rodrigo Amador de los Ríos.

En cuanto á las monedas, cuyas principales colecciones son las del Museo Arqueológico Nacional, y la que en Sevilla tiene el celoso arabista D. Francisco Caballero Infante, se ha escrito también una obra muy importante en nuestros dias, titulada Numismática Arábiga por un profesor oficial de este idioma en nuestras Universidades.

La arquitectura, como símbolo del carácter original de los árabes, dejó restos importantes en nuestra patria, que son de dos clases, pertenecientes á la primera los monumentos, como mezquitas, fortalezas, alcázares y sepulturas de puro arte árabe, y á la segunda, las construcciones ó parte de ellas, obras de ensamblajes, como techumbres artesonadas, en que el arte árabe se siente influído por el cristiano ó mezclado con él. El arte de los primeros monumentos es el propiamente árabe y el de los segundos el mudejar.

La historia de la arquitectura arábigo-española, puede dividirse en tres períodos principales que se caracterizan por tres estilos distintos, y que se llaman *gusto imitativo* ó arte bizantino, *gusto transitivo* y *gusto propiamente andaluz*.

El primero, que vivió desde el siglo VIII al XI, se llama *imitativo* porque en él nada de original encontramos, no siendo sólo copia del estilo bizantino, sino que de Bizancio vinieron los artistas que constru-

yeron dichos monumentos y que levantaron los planos adecuados para su construcción.

La gran Alhama ó Mezquita de Córdoba, es el símbolo perfecto de este primer período de la arquitectura árabe, pudiéndose también citar como monumentos de dicho período, el palacio de Azahara y los muros de la Almunia.

El segundo, mereció la denominación de *transitivo,* porque en él se descubría tendencia á abandonar el gusto bizantino y á introducir otro género propio y exclusivo en nuestra patria, viéndose ya en él, el Arco de la Herradura y los ricos adornos de detalle. Comprende desde el siglo XI al siglo XIII.

La Giralda de Sevilla es el monumento más perfecto de este período de la arquitectura árabe, al que pueden añadirse las obras que Al-Haken II hizo en la mezquita de Córdoba y la que hoy es capilla de Villaviciosa.

El tercer período de la arquitectura arábigo-española, comprende desde el siglo XIII al XIV, y se caracteriza por el gusto propiamente andaluz, señalado por sus esbeltas columnas, por sus apiñadas bovedillas y la riqueza de la ornamentación, y de los calados mostrando que se han roto todas las relaciones artísticas con el Oriente.

Este arte arquitectónico, que también se llama granadino, tiene como ejemplar el más precioso, la Alhambra de Granada, y á él pueden añadirse el Generalife y la multitud de monumentos de aquella época de que aún quedan restos en esta ciudad.

El arte mudejar en España es otra manifestación de la forma arquitectónica en nuestra patria durante parte de la dominación arábiga, el cual está formado del arte arquitectónico transitivo y el andaluz, y se manifiesta en las construcciones hechas por los sectarios de Mahoma, teniendo diversos caracteres, según la localidad y las influencias ejercidas sobre él por los estilos cristianos.

De él se conservan en España varios monumentos, como Nuestra Señora del Tránsito, en Toledo, la Torre inclinada de Zaragoza, el Alcázar del rey D. Pedro de Sevilla y algunas preciosas iglesias y torres de las mismas en Granada.

Crítica.—El arte arábigo en todas sus manifestaciones, representa el carácter del pueblo que dominó á España por ocho siglos, pues que en sus variadas manifestaciones y en sus gustos distintos, en todos ellos reflejó la idea eminentemente material y sensualista de los sectarios del Korán.

A pesar de las prohibiciones de este código político religioso de los árabes, éstos pretendieron armonizar el ferviente respeto hacia Mahoma y su aspiración de cultivar determinadas bellas artes, representativas de imágenes en sus monumentos, y para ello se valieron de la estratagema de desfigurar notablemente los seres animados que pretendían reproducir, como nos lo demuestran los leones que hay en la fuente de este nombre en el palacio de la Alhambra, y algunas otras pinturas, donde no se nota la influencia cristiana.

Entre los árabes, fué el cultivo de la morera y la fabricación de la

seda, origen de una gran riqueza, que continuaron explotando los cri... tianos después de la conquista de Granada, y que originaria de lejan... tierras la explotaron los árabes cual ningún otro pueblo, llegando á tal perfeccionamiento en sus tejidos de seda, que una de las bases más importantes de su comercio exterior, eran los tejidos de lana y seda de Granada, Valencia y Murcia.

Muchas de nuestras artes é industrias, tales como hoy se conocen, y especialmente en Andalucía, son verdadera imitación y trasunto por no decir continuación de las que en su género tuvieron los árabes. De esto puede dar ejemplo la ciudad de Granada, desde las operaciones agrícolas rudimentarias y calcadas en los trabajos árabes hasta la decadente fabricación de la seda, y los antiguos telares del Albaicin, así como otros trabajos, son prueba de que tenemos en arte é industria muchas heredadas de las industrias y artes de los árabes.

Sobre el arte arábigo español, se puede formar un juicio imparcial, afirmando que á pesar de todos los defectos que algunos enemigos de aquella civilización, quieren asignarle, sin embargo, este tiene caracteres especiales y diferenciales que no han podido ser imitados después por nadie, y que ya en su primitiva pureza, ya en su unión ó influencia con el arte cristiano, logró llegar á una altura inconcebible, y presentarse como modelo de la manifestación artística en todas sus ramas, en el largo período de la Edad media.

LECCIÓN 47.

HISTORIA INTERNA DE LA ESPAÑA CRISTIANA EN LA EDAD MEDIA. MONARQUÍA, NOBLEZA, CONCEJOS, CORTES, ETC. EN CASTILLA, BARCELONA Y ARAGÓN.

Historia interna de la Edad media de España en el periodo de la reconquista.—España cristiana.—Caracteres distintivos de la Edad media española.—La unidad de la fé.—El feudalismo en España.—Sus caracteres especiales.—El derecho divino.—Situación de la España después de la invasión sarracena.—Estados cristianos.—Monarquía asturiana.—Tradiciones góticas.—Territorio nacional.—Formación é incorporación de los reinos de León y Castilla, y tendencias á la unidad nacional.—De la monarquía en esta época.—Aclamación y coronación de los reyes.—Matrimonio de los mismos.—Sucesión á la corona.—Testamento de los reyes.—Incapacidad de los mismos.—Renuncia de la corona.—Mercedes de la corona.—La nobleza castellana.—Progreso, decadencia, bandos y servicios de la nobleza en la Edad media.—El rey como lazo de unión para con la nobleza.—Señoríos y sus clases.—De la milicia.—Justicia y moneda, y las suyas.—De los concejos.—Principio, esplendor y decadencia de los mismos.—Las Cortes de Castilla.—Elementos que las componían.—Progresos de las mismas y formas de celebración.—Los procuradores y su grande poder.—Potestad legislativa de las Cortes.—Gran importancia del estado llano.—Las hermandades.—Las rentas públicas.—Pobreza del trono.—Clases sociales.—Condado de Barcelona.—Principio hereditario de la soberanía.—Organización feudal.—Reino de Aragón.—Origen de sus libertades.—Clases sociales.—El justicia.—Cortes de Aragón.—Cortes de Cataluña.—La Diputación.—Municipalidad de Barcelona.—El consejo de ciento.—Los concelleres.=*Crítica*.—La Edad media juzgada con criterio imparcial.—El feudalismo de la España cristiana, y defensa del mismo.—Juicio sobre la monarquía cristiana en la Edad media.—Las Cortes, y criterio desapasionado para juzgarlas.—El Concejo como manifestación de la vida municipal.—Progreso de la nacionalidad española en la Edad media.

La Historia interna de la España cristiana en el período de la Reconquista, comprende todos los detalles acerca de la vida de instituciones variadas durante esa edad, tan despreciada otras veces y tan rehabilitada hoy, merced á los atinados juicios de la Crítica histórica imparcial, que hacen que dicha edad, en lo que se refiere exclusivamente á la España cristiana, tenga caracteres distintivos esenciales que no se pueden confundir con ningunos otros y en que se presenta perfectamente armonizada la manifestación de la fe más pura, así como más esplendente la libertad en todas sus manifestaciones.

Los caracteres distintivos de la Edad media española, en cuanto á los Estados cristianos, son principalmente el reinar en España la unidad de la fe, el aparecer el feudalismo con caracteres propios y la presentación del poder, como emanación adecuada del derecho divino y en sus altísimas y ordenadas relaciones con el poder civil.

Entonces existía en España la unidad de la fe con uniformidad de culto y universalidad de adhesión á las lecciones de la Iglesia y á las más altas cuestiones de Filosofía y de Moral, no imponiendo al principio de autoridad divorcio alguno á las creencias de los hombres y animando esa misma fe viva religiosa al pensamiento de aprender y estudiar hasta lograr que en aquellos tiempos (que desconociéndolos, se les ha llamado de la ignorancia), se hiciesen los más poderosos descubrimientos y se adelantase notablemente en todas las ciencias y en toda clase de estudios; pues que, aunque la religión todo lo dominaba, no oprimía nada, sino que dejaba libertad para todos los estudios. Por eso la Edad media es y será siempre la edad heróica de la sociedad cristiana, y en la que la Cruz, como signo de la religión, es la segura guía que á todos dirige para la realización de los ideales que se desarrollan durante la misma.

El feudalismo es otra de las instituciones de la Edad media, venida á España como una necesidad para contener la invasión sarracena, presentándose diversos Estados federales, que al principio, aunque después no tanto, facilitaron la heróica resistencia de los cristianos españoles contra los árabes.

El feudalismo, ó los Estados federales, es una verdadera exageración de la libertad; se caracterizó en España principalmente porque el poder estaba distribuido entre muchos por conveniencias providenciales de que no apareciese en uno solo, preparándose por este camino, que sin duda era el más corto, para alcanzar la emancipación definitiva de aquella feroz dominación árabe y que llegara un día en que se realizase la unidad nacional al terminar aquella.

El Derecho divino, que la sociedad admite como procedente de Dios, y que después se traspasa por medios legítimos á la persona ó personas que ejercen la autoridad, en tanto en cuanto que la hubiese adquirido legítimamente, ó la haya legitimado en sus manos, fué reconocido universalmente en la Edad media, justificándose hasta la insurrección cuando se representaba con caracteres ilegítimos este poder, lo mismo que, cuando siendo legítimo, aparecía con caracteres de tiránico, hasta el punto de declarar un concilio que tenía derecho el súbdito á matar un tirano cualquiera para librarse de sus tiranías. Bajo esta base y con estas doctrinas acerca del Derecho divino, se asentó el edificio de las monarquías europeas, y bajo ellas también se cimentó el de la monarquía española.

España, después de la invasión sarracena, se encontró en una situación especial; pues que los africanos se fueron apoderando de las ciudades y fortalezas de España, prefiriendo algunos pueblos pagar un tributo y vivir con los conquistadores, no siendo igual la situación de unos pueblos que la de otros, originándose de este modo distinto carácter y distintas condiciones entre éllos, y que la intolerancia de algunos de los gobernadores árabes facilitara la insurrección que dió origen á la Reconquista. De este modo se acerca la raza germánica á la raza latina en presencia del común peligro y todos se unen contra los árabes.

En España, al comenzar la Reconquista, se forman varios Estados cristianos, que son el fundamento de otros más grandes y poderosos, reparadores del espíritu de resistencia contra los árabes y enemigos de la esclavitud de la patria, naciendo en el siglo VIII la monarquía asturiana, en el IX el condado de Barcelona y el reino de Navarra, en el X el condado de Castilla y en el XI la verdadera monarquía de Aragón, debiéndose todo sintetizar perfectamente en los tres grandes estados de Castilla, Aragón y Navarra, que al fin se funden todos en uno con el nombre de España en tiempo de los Reyes Católicos.

La monarquía asturiana procuró resucitar las formas del antiguo gobierno gótico, lo cual no fué muy fácil, pues que el monarca tenía muy reducido centro de acción; la nobleza, todo lo más, mandaba una banda errante de guerreros, siendo la clase popular la que reportó mayores beneficios, viendo desaparecer las distinciones sociales, y formándose otra nueva al amparo de sus esfuerzos y de la conquista.

Las tradiciones góticas aplicadas al gobierno de los pueblos, que primeramente ampararon la Reconquista, lo fué bajo la base de la fe religiosa y del amor patrio, siendo las montañas asturianas con sus leales guerreros, animados de fervor religioso, altivo espíritu de independencia y valor caballeresco, una copia de la destruída monarquía visigoda, viniendo á realizar en la práctica todas las tradiciones góticas, celebrando sus asambleas político religiosas y pretendiendo en la administración del país, y en todo cuanto se relacionase con la monarquía y el gobierno del mismo, se atuviesen á lo que disponían las antiguas decisiones de los godos.

También los asturianos en cuanto al territorio nacional, seguían las tradiciones góticas, y éste era indivisible como elemento de fuerza en contra de los moros. Más hubo varios casos de división, como excepción de la regla, aunque los reyes, al subir al trono, juraban no partir el reino, y así lo cumplieron por regla general.

En cuanto los cristianos formaron un gobierno, intentaron la creación del reino de Asturias; más luego, fundado León por Ordoño II, se creó el reino de este nombre, y más tarde el Condado de Castilla se hizo reino por capitulación de Fernando el *Magno* y Bermudo III, sucediendo en ambos reinos, Fernando I, estando unidos y separados á veces, hasta Fernando III el *Santo*, y uniéndose por último la corona de Aragón á la de Castilla, por el matrimonio de los Reyes Católicos.

Era muy favorable á la incorporación de los diferentes Estados y Señoríos de la Península, la ley de sucesión cognaticia, admitida en León y Castilla, con la cual se unían las familias reinantes, aumentándose el territorio también por las conquistas á los árabes, y siendo todos estos factores principalísimos para la unidad nacional, que al fin se realiza en tiempo de los Reyes Católicos, y que fundada por los romanos, quebrantada por los godos, amparada por la unidad religiosa y en lucha constante por su realización, fué el ideal de toda la Edad media.

La monarquía durante este grande período histórico, nace desde el momento mismo en que, los cristianos, refugiados en Asturias, aclaman á Pelayo, y con él se enlaza la antigua serie de los reyes godos con la

nueva de los monarcas de Asturias, León y Castilla. Esta monarquía fué electiva; pues era imposible el principio hereditario, cuya idea se inicia en tiempo de Fernando el *Magno* no sancionada por la ley hasta la publicación de las Partidas y presentándose la monarquía hereditaria, como la más excelente, la única verdadera y de larga vida, no interrumpida desde que se estableció durante toda la Edad media.

Los godos aclamaban á sus reyes, levantándolos sobre un pavés para mostrarlos á la muchedumbre, y esta costumbre pasó á la monarquía de Asturias, que en solemne ceremonia les aclamaban, jurando el rey la observancia de los fueros y privilegios del reino, recibiendo pleito homenaje de sus vasallos y coronándolos en alguna iglesia principal, rodeados de toda la majestad y de la grandeza de su corte. También eran consagrados los reyes entre los godos y en los reinos de Asturias y de León, siendo esto el cumplimiento y la sanción religiosa de aquel acto.

El matrimonio de los reyes es asunto importantísimo en las monarquías hereditarias, y por eso á los matrimonios ajustados con arreglo á las leyes de una buena política, se debió la incorporación de los reinos de León y de Castilla, de Castilla y de Aragón, y más tarde de España y de Portugal. Casi siempre las Cortes tenían intervención en estos matrimonios, aprobando las capitulaciones matrimoniales, dotando los monarcas á sus esposas é hijas, y llegando el caso de cederles ciudades y territorios.

En cuanto á la sucesión á la corona, tenemos como recuerdo en la Edad media ya la asociación al trono de los hijos del rey, ya haciéndoles jurar como infantes herederos, ya haciendo solemnemente esta jura en Cortes, ya con la declaración de príncipe heredero del reino, que en lo antiguo se llamó infante, hasta que, en tiempo de D. Juan I, aparece el de príncipe de Asturias, que si antes tuvo Estados con rentas y vasallos, desde D. Juan II fué mayorazgo del primogénito á la corona, sucediendo también después los infantes de Castilla los otros hijos del rey, que poseían grandezas é importantes privilegios y que pertenecían á los consejos privados de los reyes, no pudiendo contraer matrimonio sin licencia de su padre.

El testamento de los reyes en esta época, es distinto de cuando la monarquía es electiva á cuando era hereditario. En el primer caso, no podían testar de los bienes que poseían, porque eran vitalicios; más tarde disponían del reino, de acuerdo con las cortes, y previa la confirmación del voto de los grandes, prelados y ciudadanos, siendo raro el caso en que el reino se opusiese á la voluntad del monarca.

Tanto para la menor edad del rey, que fueron muy raras en la monarquía electiva, y más esplícita en la hereditaria, se determinaba la tutela con el cargo anejo de gobernador del reino, y otras veces separadamente, hasta que las leyes de las Partidas señalaron como tutor á quien el testamento del rey difunto señalara, en su defecto á la madre y luego á quien las Cortes designaran. No ocurre lo mismo en cuanto á la capacidad del rey; pues las leyes antiguas nada decían, y no hubo ejemplo práctico de este asunto hasta la época de D.ª Juana I, apellidada

la *Loca*, en que la previsión de la Reina Católica salvó todas las dificultades, y preparó la regencia del reino durante la incapacidad de su hija.

En cuanto á la renuncia de la corona, nada se nos presenta sobre el particular, durante la Edad media; pues que sólo hasta el enaltecimiento de la potestad real en el siglo XVI, no podía el monarca renunciar la corona, porque prevalecía la opinión, de que el rey y el reino estaban ligados con mutuos deberes y con un pacto de recíproca unión. De entonces á acá, se han visto ejemplos de renuncia de la corona española, determinándose por una ley especial que podían hacerlo con la expresa autorización de las Cortes.

El patrimonio real fué grande conforme se aumentaban los confines del territorio nacional, formándose con los despojos de los moros y salido de ahí lo que se llamaron donaciones ó mercedes de la corona que empobrecían el patrimonio y que iban aumentando el de los nobles; pues que á éstos se les concedían tierras y vasallos, así como lugares, villas y ciudades, abusando algunos monarcas de estas concesiones para sus aspiraciones particulares, de los que son ejemplo don Sancho IV el *Bravo* y D. Enrique II, cuyas mercedes tienen significado nombre en la Historia.

La nobleza castellana como elemento de poder y de grandeza en la Edad media, se le vé aparecer como auxiliar importantísimo de la Corona en la lucha contra los moros, decayendo después, cuando, por sus maneras, tiene el rey que reprimirla, naciendo bandos que debilitan el poder y originan luchas civiles.

No se puede negar los grandes servicios que la nobleza prestó á la monarquía y á las conquistas de los territorios, y estando esta misma nobleza dividida en grados distintos, desde los grandes y ricos *homes* en adelante, hasta que más tarde, de amigos y primos de los reyes como éstos les apellidaban, se convierten en títulos del reino, tal y como hoy se conocen, marcándose de este modo el progreso y la relativa decadencia de la nobleza.

Pero el rey, hay que considerarle en la Edad media, necesariamente como lazo de unión entre la monarquía y los grandes, pues que enfrenando unas veces sus ambiciones, y concediéndoles amplios derechos otras, venía á ser el monarca un poder moderador que enfrenaba las locuras pretensiones de aquellos nobles entusiastas de su propio valer, y á veces reprendiendo y castigando con mano fuerte sus demasías, como ocurrió de modo particular en el reinado de Enrique III el *Doliente*.

Como recuerdo de esta época de guerras y de turbulencias, aparecen los que se llamó señoríos, con jurisdicción especial por esa misma nobleza, que aunque sobre ellos estaba el rey, tenían un poder dictatorial, y que era de cuatro especies: el *realengo*, sin más señor que el rey; el *abadengo*, para con la Iglesia; el *solariego*, con relación á los colonos que pagaban renta ó censo, y el de *behetría*, mezcla de unos y de otros.

La milicia era otra de las instituciones importantísimas de la Edad media, nacida como producto de la obligación que los godos tenían de

ir con sus gentes con el rey, y que heredaron los asturianos, leoneses y castellanos cuando fueran requeridos por el monarca, formándose después las milicias de los concejos y las de los ricos *homes*, así como las de los caballeros de las órdenes militares, no conociéndose por entonces más que la guardia de los reyes con el nombre de «Continuos» y no apareciendo el ensayo de ejércitos permanentes hasta la época de los Reyes Católicos.

Asimismo se recuerda la forma de la justicia y de la moneda en el tiempo de la jurisdicción especial y de los señoríos, como cosas inherentes á la monarquía, y que no podía ser nunca de los señores por elevada que fuese su jerarquía, cuales eran la *justicia suprema*, administrada por el monarca, la moneda por él acuñada, y que se le pagase como reconocimiento de señorío, el tributo para la manutención de la gente en caso de guerra, y los gastos necesarios para el mantenimiento del rey y de la casa real.

Los concejos aparecen como derivación del municipio romano, conservados durante la monarquía visigoda, renaciendo después de la invasión de los sarracenos, con administración propia y con franquicias y libertades que venían á ser un contrapeso para el absorbente poder de la nobleza durante la Edad media.

Este principio de los concejos, va extendiéndose más y más llegando á un gran período de esplendor en el reinado de Alfonso V, como institución poderosa y organizada, entrando el estado llano en las Cortes y teniendo un poder de grandeza que disputaban el suyo á los nobles del reino. Pero este poder vino á menos por la intervención de la nobleza en el gobierno de las ciudades, llegando en tiempo de Alfonso XI el verdadero decaimiento de los concejos, como medio de evitar las grandes discordias y los bandos y parcialidades entre los vecinos de un mismo pueblo.

La institución más importante de todas las que hay que estudiar en la Edad media, son las Cortes de Castilla, que alguien ha querido ver en ellas un renacimiento de los antiguos concilios de Toledo, y que como hemos visto tienen su origen, más bien en el concilio de Coyanza, donde aparecen ya dibujados todos los elementos que después forman las cortes de la Edad media, especialmente las de Castilla.

Ciñéndonos á éstas, vemos que entran en ellas varios elementos, con representaciones de todas las fuerzas vivas del país, ya de la iglesia, ya de la nobleza, ya de la milicia, hasta que, por último, el estado llano entra también en las Cortes, y tiene tal autoridad con la representación popular, que hay momentos en que el clero y la nobleza se retiran de ellas; pero nunca abandonan este derecho los procuradores del reino.

Una vez que el estado llano entró en las Cortes, y que los tres elementos formaron parte de las mismas, éstas progresaron de una manera rapidísima y no hubo asunto que no se les consultara, verificándose la celebración de aquéllas prévia la presencia de los tres brazos del reino por convocatoria del monarca, sin haber época cierta ni período para ello, reuniéndose en lugar seguro para libremente poder deliberar, mostrando los procuradores sus poderes y los prelados y grandes su

cartas-convocatorias y deliberando separadamente los tres brazos, aunque á veces el rey los reunía á todos; y abriéndose éstas con un discurso ó razonamiento del monarca.

Los procuradores, como representantes de las libertades municipales, llevaban representación especial con omnímodo poder, aunque á veces escudados en que dicho poder nada decía sobre determinados asuntos, negaban lo que por el rey se pedía á las Cortes. Aunque aparecían con un gran poder los procuradores del reino, sin embargo, en más de una ocasión fueron residenciados por lo que les habían concedido dichos poderes, notándose que según la clase y condición de la persona, eran más ó menos ámplios los poderes que se concedían.

La potestad legislativa ejercida por las cortes del reino, lo fué desde determinada época, pues que antes los reyes no llamaban á todos los estamentos para ejercerla, sino que se valían de su propia autoridad, ó de consultas parciales; pero desde que, en las Cortes de León, el rey echa mano de los tres brazos del reino, se vé que casi todas las leyes, y por lo menos las perpétuas, tuvieron necesariamente que ser hechas en Cortes.

El estado llano que tardó en tener alta representación en las Cortes, adquirió al cabo, conforme iba creciendo en número, riqueza y saber, un gran prestigio; pues que los monarcas fueron apadrinando el desarrollo de las ciencias, las letras, las artes, los oficios y el comercio, hasta el punto que, ya á fines del siglo XII, los procuradores del reino son un elemento principalísimo de las Cortes, y no hay ninguna de ellas sin el concurso de los mismos.

Las hermandades ó confederaciones de las ciudades principales, fué una de las instituciones en que también se reveló la fuerza del estado llano, y que en ocasiones dadas, formaban ligas y alianzas para la defensa de sus libertades, llegando á tener hasta el nombre de Cortes extraordinarias, y extralimitándose tanto en su altanero poder, que los reyes tuvieron que moderar su imperio, y en tiempo de los Reyes Católicos se regularizó de modo ordenado esta institución.

Las rentas públicas eran distintas según los distintos reinos que hubo en España en la Edad media, siendo entre otras las de «fonsadera», por eximirse del servicio militar; la «moneda forera» por el reconocimiento del señorío; la «sisa» ó contribución de consumos; los «diezmos» para el culto y la iglesia; la «aduana» por la importación ó exportación; y otras muchas que sería prolijo enumerar, y que han sido fundamento, aunque variando el nombre y aglomerándolas entre sí, de las rentas públicas actuales, y cuyos recursos no iban á la caja general sino que se hacían los pagos, afectos á cada uno de ellas, lo que fué origen de una variada administración y de multitud de fraudes y malversaciones.

Pero puede afirmarse que si no era muy grande la autoridad del rey en aquellos tiempos, en que tanta era la de la nobleza, tampoco eran abundantes las rentas de la corona, constituyéndolas al principio, sólo los dominios particulares del rey, el quinto de los despojos de la guerra y las prestaciones señoriales, agregándose desde el siglo X algunos

otros impuestos de los que antes hemos mencionado, y creándose más tarde los derechos de Chancillería y algún otro, para hacer menos triste la extremada pobreza del trono.

Las clases sociales en Castilla tenían por base los *ricos hombres*, que gozaban de todas las franquicias y no pagaban tributo, viniendo después los *hidalgos* ó los caballeros, que iban descendiendo en importancia en la condición social. El clero y la milicia vivían en situación y forma especial, y los siervos primero y los vasallos después, así como los *solariegos*, formaban la última capa social, sobre quien cargaban todas las contribuciones y todos los tributos.

El Condado de Barcelona, creado en el siglo IX, y con un carácter mixto de godo y franco, refleja en sus usos y costumbres, el genio y carácter de los dos pueblos de queprocedía.

Ante todo se observa en él, como en Navarra y en Aragón, el principio hereditario de la soberanía con carácter patrimonial, distinto en todo al electivo de la monarquía gótica, subsistente en Asturias.

También en este condado se nota la fisonomía feudal por su derivación franca, y que, arrancando de la corona, se extendía á los últimos funcionarios del Estado, formando una escala de infeudaciones, señoríos y vasallaje.

El reino de Aragón, originario del «Fuero de Sobrarbe», (en el siglo IX), pugnó mucho tiempo para alcanzar su existencia independiente, y estuvo en guerra incesante con los árabes.

Y hubiera vivido obscurecido y sin historia de reconocida importancia, á no ser porque en el siglo XII se realizó aquella feliz unión que á Cataluña y á Aragón les hizo más poderosos, y que al amparo de una federación vivieron independientes y unidos, gozando de hermosas libertades, que no tienen igual en ningún otro Estado.

Entre las clases sociales de Aragón, que eran las mismas de Castilla, y á más los «Infanzones», descendientes de reyes, se nota un poder de la nobleza en contra del monarca, que si hoy se juzga como levantamientos en contra del rey, fueron beneficiosos para las instituciones libres del pais, y á la vez de la unión aragonesa, pues que todos podían defender sus libertades y derechos, y llegar á imponerse siempre en defensa de la justicia, al monarca mismo, haciéndole ver que todos los barones del reino valían más que el propio rey.

Una de las instituciones de más importancia en Aragón, fué la del «Justicia Mayor», cuya institución es la que caracterizó y dió más justa celebridad á la legislación y á la Constitución aragonesa, toda vez que aquel que iba á ser muro y defensa, así de los reyes como de los *ricos hombres*, era elegido de clases especiales, y por el rey, y con el derecho de manifestación que le daba asilo al amparo de su autoridad y de su nombre.

Las Cortes de Aragón tienen la particularidad de que en ellas entre el estado llano antes que en las de Castilla, y que se componían de cuatro brazos, que eran los «barones», ó ricos hombres, los «infanzones» ó caballeros, el «clero» y la «Universidad», nombrándose los procuradores con mayores privilegios civiles que en Castilla, verificándose las

Cortes cuando una necesidad determinada lo imponía, y ocupándose de asuntos del género deliberativo, legislativo y judicial.

Las Cortes de Cataluña tenían mucha semejanza con las de Aragón. Constaban sólo de tres brazos, pues que la nobleza alta é inferior, formaban una sola, se congregaba cada tres años y tenía iguales atribuciones que las de Aragón, siendo convocadas por el rey, reuniéndose al principio cada un año, y luego cuando la necesidad lo exigía.

Todos los diputados que asistían á estas Cortes catalanas, podían ser residenciados por una junta especial que se llamaba la Diputación general de Cataluña, como alto tribunal del pais, y como verdadero cuerpo representativo, en los intervalos que mediaban de unas á otras Cortes. Ejecutaba las leyes hechas en Cortes, cuidaba del cobro y reparto de los tributos, y sólo estaba cerrada cuando las Cortes se encontraban abiertas; componiéndose este supremo tribunal de la Diputación, de tres individuos, uno por el brazo eclesiástico, otro por el militar, y otro por el de las municipalidades, á los que se agregaban otros tres, dos asesores y un abogado fiscal para administrar lo que llamaba su justicia y el derecho público de visita, teniendo su residencia en Barcelona.

Esta ciudad tuvo sus grandes privilegios, siendo su municipalidad modelo como gobierno de la misma y por su organización particular.

Desde muy antiguo datan los privilegios de Barcelona, en cuanto á su organización interior, componiéndose su gobierno municipal de un consejo de ciento y un cuerpo de regidores que varió de cuatro á seis. El primero juzgaba á los concelleres y empleados del municipio, interpretaba leyes de Cortes, hacía ordenanzas, imponía penas pecuniarias y corporales, hasta la de muerte, dirigía la Universidad de Barcelona, costeaba la enseñanza, etc., distribuyéndose las plazas del Colegio entre los ciudadanos honrados de la orden ecuestre, casi siempre doctores en derecho ó en medicina, los negociantes, los artistas (en cuya clase entraban los escribanos), y los cortesanos ó menestrales, no entrando los nobles hasta mucho después que tuvieron 16 plazas en el consejo.

Los concelleres de Barcelona eran ciertos magistrados populares nombrados por el príncipe y llamados próceres ó consejeros del Veguér, durando un año su poder y eligiéndose ellos sucesores: ejercían la facultad ejecutiva, representaban á las ciudades en los actos y funciones públicas, nombraban cónsules ultramarinos, acuñaban moneda, y tenían tales privilegios que como consejeros natos de los monarcas ostentaban el título de «magníficos».

Crítica.—La Edad media en España, puede juzgarse con un criterio imparcial y afirmarse sin rebozo que no fué como alguien afirma el período del oscurantismo y de la negación de todos los derechos, sino que al contrario, las letras, las ciencias y las artes, brillaron en gran manera y los derechos y las libertades populares se manifestaron también como en ninguna época de la Historia, siendo esto producto sin duda de la especial organización de reinos y confederaciones por entonces en nuestra nación.

El feudalismo de la España cristiana, muy distinto al de todas las naciones de Europa, fué necesario y utilísimo entre nosotros, y merece

una entusiasta defensa; pues que á su amparo, los señores y vasallos pudieron cada uno de por sí, y todos unidos con el rey, acometer empresas gigantescas y realizar las grandes epopeyas que se registran en esta época durante la no interrumpida serie de combates con los árabes hasta lograr arrojarlos de nuestro suelo.

La monarquía cristiana también en la Edad media, merece juicio desapasionado y favorable, toda vez que con raras excepciones todos los reyes estuvieron sólo atentos al engrandecimiento de su reino, á la extensión de su territorio, al amparo de los derechos de sus súbditos, y al prestigio de la idea patriótica y cristiana, que eran los dos elementos esenciales para la encarnizada lucha que diariamente sostenían con los moros.

También las Cortes del reino, que han sido juzgadas de muy distinta manera por los autores, merecen un juicio asimismo imparcial, toda vez que ellas vienen á ser la verdadera encarnación de la libertad de los pueblos, durante este período de continuo batallar y de ambiciones incesantes de los unos y de los otros, y sus procuradores casi siempre residenciados y en toda ocasión entusiastas por los pueblos que les otorgaran su representación, son un hermoso modelo que siempre debía ser imitado en los tiempos modernos.

Asimismo el concejo, como manifestación de la vida municipal, y además como recuerdo del municipio romano y del municipio gótico, tiene una forma particularísima é imprime tal carácter y tan propia vida á la administración municipal, que ya desearan nuestros municipios actuales estar regidos tan sabia y ordenadamente como lo estaban nuestros pueblos en la Edad media, predominando los concejos, como emblema hermoso de la vida municipal.

Y por último, la nacionalidad española vá progresando de una manera rapidísima al amparo de todos los factores que le dan vida, y teniendo por base el elemento religioso, el amor patrio y la idea de la libertad, hasta que esa nacionalidad se encuentra perfectamente engrandecida, merced á la unión de todos los reinos que se funden en uno solo, en tiempo de los Reyes Católicos, al concluir la Edad media y comenzar los primeros albores de la moderna.

LECCIÓN 48.

LA IGLESIA DURANTE LA ESPAÑA CRISTIANA EN LA EDAD MEDIA.

Poder temporal de la Iglesia durante los siglos medios en la España cristiana.—Extensión del poder pontificio.—Libertad de la iglesia.—Disciplina de la iglesia española.—Convocación y presidencia de los concilios.—Sillas metropolitanas.—Obispados.—Elección de los obispos.—Nombramiento de los canónigos regulares.—Provisión de los beneficios.—Apelaciones y dispensas reservadas al pontífice.—Derecho de patronato.—El primado de Toledo.—El clero.—Costumbres del mismo.—Bienes del clero y sus inmunidades.—Concilios principales que se celebran en España en la Edad media.—Herejías que afligen á la iglesia durante este período histórico.—Errores de Migecio.—Idem de Féliz de Urgel y Elipando de Toledo.—Los mozárabes extranjeros.—Herejías de los albigenses y valdenses.—Misión de la iglesia para suavizar las costumbres.—La tregua de Dios y su verdadero concepto.—Las cruzadas y sus consecuencias.—Las órdenes militares españolas y sus verdaderos fines.—Órdenes monásticas, y su desarrollo en España.—Órdenes medicantes.—Institución de la orden mercenaria de la redención de cautivos.—La Inquisición en España antes de los Reyes Católicos.—Su carácter en esta época.—El rito muzárabe y el romano.—La raza judía en España.—Su historia.—Vicisitudes porque pasó en nuestra Península.—Su estado al concluir la Edad Media.—Civilización judía.—Carácter de la raza hebrea.—El sistema rentístico cristiano.—Impuestos de Castilla y de Aragón.—Funcionarios que los recaudaban.—Aplicación de estos impuestos.—*Crítica.*—La iglesia como poder moderador de los siglos medios.—El clero, auxiliar de la monarquía, y de la nobleza en las empresas de la Reconquista.—Las órdenes monásticas favorecedoras de la agricultura y de la ilustración.—Juicio sobre la influencia religiosa en este período histórico.

El poder temporal de la Iglesia durante los siglos medios en la España cristiana, debe estudiarse con detenimiento, toda vez que ella es el alma de esta Edad, y que á su amparo se resuelven las más intrincadas cuestiones políticas; y el fervor religioso es el acicate más importante para la terminación de todas nuestras empresas guerreras, siendo un beneficio grande la influencia de la Iglesia en la legislación civil y la gran preponderancia temporal del clero, una salvaguardia de todos los intereses sociales.

El poder pontificio tiene en la Edad media una grande extensión; pues que en aquellos tiempos en que la sociedad parecía que iba á hundirse, los Papas, robusteciendo su poder y amparando todos los elementos de sociedad y de cultura, de ciencias y de artes, dan el espectáculo de que se sucedieran guerras, formas de gobierno é instituciones de todo género, y en nada variara la grandeza y excelencias del poder temporal del Pontifice. Tenía que realizar una misión providencial, que era salvar á la sociedad, y por eso el Pontificado, desde Gregorio VII, forma una teocracia universal que abrazaba todos los reinos cristianos

y tiene los mandamientos de la iglesia por base de su política, oponiendo un muro inquebrantable á las pasiones de los pueblos y protestando contra los vicios de los reyes y de los poderosos.

Pero esta dominación de la Iglesia no llegó á ser por todos reconocida como omnipotente; mas en cambio fué siembre libre, y lo fué con la libertad general, la que gozaban todas las corporaciones y todos los propietarios, aunque en medio de esa libertad tuvo que estar resistiendo constantemente, alcanzando casi siempre la victoria y no teniendo nunca una completa derrota, pero no adormeciéndose ni con los hónores del triunfo, ni con los temores de la dictadura.

La Iglesia española tuvo variación en su disciplina, estrechando más y más los lazos de la unión con el Pontífice romano; y la disciplina visigoda subsistió hasta el siglo XI; y los reyes, enmedio de la conquista, legislaron sobre religión, hasta que ya en tiempo de Alfonso VI, empezóse á sentir en Castilla la influencia pontificia y varió en absoluto la disciplina eclesiástica, arrancando de entonces también el nombramiento del primado de Toledo, conferido á su metropolitano, y siendo esta iglesia la primada de España.

Desde la época que vamos analizando, los Legados pontificios convocaban y presidían los Concilios, designando el Pontífice al primer prelado de Toledo, después de la Reconquista, y ya desde el siglo XIII, sancionando las nuevas costumbres eclesiásticas, el Código de las Partidas.

Los árabes cuando entraron en España, encontraron seis sillas metropolitanas, Toledo, Sevilla, Mérida, Tarragona, Braga y Narbona, conservando las cuatro primeras sus honores, trasladándose la de Braga á Lugo y la de Narbona á Wich, erigiendo á Santiago en silla arzobispal en el siglo XII y á Granada en el XV. Los metropolitanos, hasta el siglo XI, ejercieron las atribuciones anteriores, llamándoseles después arzobispos, con derecho á consagrar los obispos de la provincia, y usando el palio como signo de honor y de la plenitud del oficio pontifical.

El número de obispados varió muchísimo en la España cristiana por motivo de las contínuas guerras con los moros. Antes del siglo XI era escaso el número de éllos y fueron aumentándose sucesivamente, teniendo las catedrales, como en tiempo de los godos, un cónclave ó claustro donde se educaban los clérigos y vivían los canónigos en comunidad, y variándose la disciplina de la Iglesia, respecto á este punto, de entonces en adelante, pero siempre estando en funciones el cabildo, como senado y consejo del obispo.

La elección de los obispos desde el siglo XII estaba conferida á los cabildos catedrales, efecto de los abusos de las potestades seculares, que en grandes confusiones les hicieron con sus antiguas elecciones dependientes de la voluntad espiritual y temporal; pero aunque el cabildo elegía casi siempre á los obispos, á veces los Papas los elegían también, como consecuencia de su potestad apostólica.

Los canónigos regulares, desde el Concilio de Santiago celebrado en 1050, fueron elegidos por sus respectivos obispos, de acuerdo con el clero, viviendo en comunidad, y no introduciéndose en España la regla

de San Agustín que éstos observaban en otras iglesias de Europa, hasta los últimos años del siglo XI, y habiendo un hospital en todo colegio de canónigos, para el sustento de pobres y enfermos.

La distribución de los beneficios que no eran de patronato, dependía enteramente del obispo á quien estaba también encargada la administración de todas las rentas eclesiásticas, pero no haciendo nada respecto á esto sin el consejo y auxilio inmediato del cabildo catedral, originándose contiendas con los cabildos que pretendían la colación de dichos beneficios, hasta que hubo transacciones en que se separaron los derechos de unos y otros.

El derecho de apelación fué ejercido por el Pontífice en la Iglesia española, conociendo de todas las causas eclesiásticas por sí ó por sus delegados, quedando las dispensas de ley reservadas exclusivamente también al Pontífice, y cesando los Legados generales ante la intervención de los Legados extraordinarios en toda clase de negocios, aunque invadiendo las atribuciones de los obispos.

El derecho de patronato como privilegio que se concedía en tiempo de los godos á los fundadores de Lugares Píos y á su descendencia, se conservaron en España durante toda la Edad media, y por eso el patrono nombraba á los curas y abades y á los capellanes de la iglesia, como así mismo administraba todas las rentas de los mismos, y á título de este derecho aquellos señores señalaban tan pequeña renta á los capellanes, y á los curas, que no podían vivir, y hubo necesidad que los concilios y el Pontífice redactaran los límites de la administración de los patronos, y fijaran el ejercicio de su autoridad.

El primado de Toledo, arranca desde el año 1085, en que reconquistada la ciudad, su primer prelado acudió á la silla pontificia para que se le renovaran sus derechos y se declarase la primacía de su iglesia, ya que tanto prestigio y tanta grandeza había tenido durante la dominación de los visigodos en España. Por eso Urbano II le otorgó el palio y los honores primaciales, y por eso también las leyes de Partida, equiparan el primado de Toledo á la dignidad de patriarca.

El clero secular, efecto de la manera como se ejercía su nombramiento, y del absorbente poder de algunos señores, llegó á caer en situaciones tristes, y la codicia, la violencia y las licenciosas pasiones se rebelaron muchas veces contra el yugo de la Iglesia, habiendo necesidad de que se dictaran disposiciones para reprimir estos males.

Por eso las costumbres del clero llegaron á corromperse de cierto modo, dándose ejemplos tristes, producto de las exageraciones del espíritu seglar y del poder temporal, aunque casi siempre el mal fué vencido por el bien, y aquellos excesos de costumbres fueron redimidos con ejemplos de abnegación, de caridad y de penitencia, y dirigiéndose los por acertado camino, merced á la prudente política del Pontífice y de los obispos.

Los bienes del clero en España fueron aumentando considerablemente merced á las donaciones de los particulares, llegando en este período, al colmo de riqueza y esplendor, lo que si relajó algo las costumbres y la disciplina de la iglesia, fué causa también de que la inmunidad

eclesiastica, que tantos prestigios alcanzó en tiempos anteriores, fuese aminorando y llegase un punto en que se destruyera por completo para renacer después en otra forma á la que tuvo anteriormente.

Los concilios principales que se celebran en la Edad media, ya bajo la forma de provinciales, ya de diocesanos, son, entre otros, los de Leyanza, de Jaca y de Gerona, que se afanaron por corregir el lastimoso estado del clero, hasta que después, merced á la voluntad de hierro del monje Hildebrando, se restituyó al clero á su pasada dignidad y se puso en vigor la primitiva y antigua ley del celibato. Estos concilios, que fueron en gran número, se celebraron lo mismo en los dominios sometidos á los árabes que en los cristianos, conservando al principio el carácter semi-político-religioso que tuvieron entre los godos, y teniendo del siglo XIII en adelante carácter meramente eclesiástico. Durante este período histórico afligen varias herejías á la Iglesia, de las cuales algunas son particularísimas á la iglesia de España.

En el siglo VIII esparció sus errores por Andalucía el presbítero Migecio, enseñando que las tres divinas personas son humanas y corpóreas, y que una representaba á David, la otra á Jesucristo y la tercera al apóstol San Pablo. Ocurrió la desgracia de que elobispo de Iliberis, Egilano, aceptara dicha herejía, que por fortuna se extendió muy poco y fué de corta duración.

También son notables en ese siglo, la de los obispos Félix de Urgel y Elipando de Toledo, que inficionados en las doctrinas de los antiguos Nestorianos, predicaban el gravísimo error de que Jesucristo no era Hijo natural de Dios, sino sólo adoptivo, y cuya herejía fué combatida con celoso empeño por Alcuino y condenada por los concilios de Narbona y de Franfort, teniendo la suerte de que al fin sus autores murieran reconciliados con la Iglesia católica.

Ya en el siglo IX se predicó también en Andalucía la herejía que apadrinaba la secta de los acéfalos, llamada así porque no tenía jefe ó cabeza, y que vino á la tierra española predicada por extranjeros, y cuyos errores eran ayunar el día de Navidad si caía en viernes, reprobar el culto de los Santos, no emplear el crisma en el bautismo de los niños, admitir el matrimonio sin dispensa entre parientes muy cercanos y permitir á los sacerdotes, no sólo el casamiento, sino la libre cohabitación con toda clase de mujeres. Esta herejía fué condenada por los obispos de Iliberis, Córdoba y Sevilla, y por el Concilio de Córdoba en 839.

Mas no sólo estas herejías inficionaron á la católica España, sino que también las de los Albigenses y Valdenses se propalaron por los reinos de Aragón y de Castilla, siendo el fundamento de ellas el desprecio de las riquezas. usar traje andrajoso, el aceptar los principales errores de los Maniqueos y Donatistas, y despreciando las autoridades eclesiásticas, pretender que el espíritu del mal era el creador de todo lo visible, rechazando el matrimonio como cosa impura, y en cambio teniendo la más desenfrenada licencia, negando la confesión y la inmortalidad, y todo lo que los sentidos no conocen, admitiendo el fatalismo, y no creyendo en la libertad del hombre y de Dios.

En medio de todos estos errores y herejías sin cuento, la Iglesia católica era la única vía de salvación, y por eso esta misma Iglesia combatió las herejías con mano fuerte, y amparando á los príncipes y á los reyes que difundían el principio religioso, contó la herejía entre los delitos políticos, siendo por lo tanto, perseguidos los Albigenses y los Valdenses.

También la Iglesia, que pretendía la progresiva abolición de la esclavitud, trabajaba por suavizar las costumbres por distintos medios y preparando lo que hoy es uno de los timbres de la moderna civilización.

Entre estos medios, estaba el que se conocía con el nombre de «tregua de Dios», originada en la acción civilizadora de la Iglesia, y que vino á ser el triunfo del derecho sobre el hecho, y uno de los más admirables artificios empleados para suavizar las costumbres de un pueblo bárbaro. En el siglo XI nace esta institución en el Concilio de Tuluza, en el Rosellón, disponiendo que desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes, nadie tomase cosa alguna por fuerza, ni se vengase de ninguna injuria, ni se exigiesen prendas del fiador, teniendo severos castigos por la infracción de estas disposiciones, y siendo reproducidas en todos los puntos de Francia, llegando á España en 868, aceptándolas en un Concilio de la ciudad de Wich, en el que, como en el de Gerona y en el de Palencia, celebrados posteriormente, se aceptó la «tregua de Dios» y se impusieron penas severísimas á los contraventores, extendiéndose también en gran manera lo sagrado de la Iglesia y los derechos de los ministros del Señor.

Las Cruzadas ejercieron notabilísima influencia é inmensos bienes á toda Europa, dando á los pueblos cristianos gran preponderancia sobre los musulmanes, fortificando el espíritu militar, extendiendo el sentimiento de fraternidad, desenvolviendo el espíritu humano y mejorando el estado de los vasallos, creando la marina, fomentando el comercio y la industria, engrandeciendo los horizontes y desarrollando los estudios geográficos. De España, sólo los catalanes tomaron parte en aquellas heroicas empresas, ocupados como estaban en su incesante guerra con los moros.

Como consecuencia de estas Cruzadas y la tendencia del catolicismo en convertir sus ideas en instituciones, se crearon las Ordenes militares con hombres que lo mismo vestían el sayal que la cota guerrera, y que prestaron grandísimo apoyo á la Iglesia y á la causa de la civilización, especialmente en la guerra contra los moros, y viniendo en el siglo XII á establecerse en España, viéndose guerrear en los campos de Valencia y de Murcia, de Castilla y de Andalucía, y estando en perpetua cruzada contra los que eran enemigos de nuestra religión y de nuestras instituciones. Estos, y no otros, eran los verdaderos fines de las Ordenes militares españolas, relegadas hoy á una mera condecoración nobiliaria.

Las Ordenes monásticas también nacen en nuestra patria y se desarrollan admirablemente, siendo la Regla de San Benito la que prevalecía, después de la conquista árabe, en varios monasterios, y viviendo así hasta el cambio general del siglo XI, en que corrompido algo el

clero secular, los monjes fueron los defensores de la nueva idea, naciendo entonces aquellos capítulos generales en todas las órdenes monásticas y la influencia que ejercieran en la civilización europea; siendo los claustros el auxilio de la ciencia, y penetrando en Castilla, en Cataluña, en Navarra y en Aragón, poblando á España de ciudades y pueblos, secando pantanos, y siendo el origen de esa población aglomerada entre las ciudades; viendo el pueblo español, al concluir la Edad media que los órdenes religiosas eran el escudo contra los poderosos y su amparo en los días de infortunio.

En el siglo XIII, á las órdenes monásticas, antes conocidas, y las de los caballeros de órdenes militares, suceden otras que hacen profesión de pobreza y humildad, y que se conocen en España con el nombre de órdenes mendicantes, cuyo fin era la predicación contra la herejía, el ejercicio de la caridad y la práctica de todas las virtudes, siendo Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, las dos grandes figuras de estas órdenes que tan importantísimos servicios habían prestado en nuestra nación, y que, con el nombre de «hermanos menores» y de «frailes predicadores», recorrían inmensos territorios, predicando la doctrina del Crucificado.

Habiendo multitud de cautivos en poder de los infieles, creóse en la Edad media la Orden para su redención, que recibió el nombre de «Mercenaria», y que tuvo su establecimiento en Barcelona, en 1218, fundándola Jaime I, San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort, no sólo con el fin de redimir cautivos, sino de entregarse al cautiverio para rescatar á los demás. Esta Orden fué aprobada por Gregorio IX, 1235, y recibió la regla de San Agustín.

La institución más importante que empieza á presentarse en este período histórico, es la Inquisición, instituída para inquirir lo que hubiese de verdad respecto á la opinión de determinadas personas sospechosas de herejía, para que luego que fuesen pronunciadas las penas espirituales se les entregase al brazo secular. Este fué el verdadero origen de la Inquisición, que en 1232 se introdujo en España por Breve de Gregorio IX, á propósito de la doctrina de los Albigenses, estableciendo el Concilio de Tarragona la orden que precedió á la Inquisición, siendo muy protegida, lo mismo por Jaime I que por San Fernando, y combatiendo tanto la herejía, que se presenta el fenómeno de que á últimos del siglo XIV y principios del XV, muy poca noticia tenemos de la Inquisición en España, á causa de haber disminuido muchísimo el número de los herejes, pudiéndose afirmar que en el reinado de Enrique IV no existía la Inquisición en Castilla.

Este era el estado de la Inquisición en España, antes de los Reyes Católicos, teniendo bajo la forma antigua, sólo aplicación contra los herejes, y variándose su carácter cuando después se fué extendiendo á los delitos de blasfemia, sortilegio, adivinación, cisma, y particularmente contra los judíos y los moros, obedeciendo á las delaciones que se hacían en libro reservado, y dándose á los reos copia para su defensa, pero ocultando el nombre del delator y testigos, y presentándose el sistema penal y penitenciario de la Inquisición, anterior á los Reyes Ca-

tólicos, mucho más rudo y fuerte que el de la Inquisición posterior; siendo solemnísimos los autos de fe, y restableciéndose con gran imperio en 1478, á petición de la reina D.ª Isabel, con el fin de extirpar de sus reinos á los judíos y judaizantes y después á los moros del reino de Granada.

En este período la Iglesia católica tuvo un cambio notable con la abolición del rito mozárabe, tan usado anteriormente, y su sustitución por el romano, verificándolo en Aragón, Navarra y Castilla, y por fin se estableció esta novedad litúrgica en todas partes y la dependencia absoluta con el Romano Pontífice.

La raza judía, que se extendió por toda la faz de la tierra, y que no tenía ni tiene nacionalidad propia, pensó desde muy antiguo establecerse también en España, y así lo hizo, viviendo como en todas partes del comercio, la usura y las artes de especulación, no muy concienzudas, á que se ha dedicado.

Se cree que los judíos llegaron á España cuando Tito destruyó á Jerusalem, pero es lo cierto que el primer testimonio histórico que de este suceso encontramos son los cánones del Concilio de Iliberis, en los que se aconseja á los cristianos que se separen de los judíos que habían llegado á nuestra nación.

En España pasaron los judíos por vicisitudes distintas, teniendo una posición ventajosa al principio de la dominación visigoda por su conocimiento en las artes y en las industrias, separándolos de los demás, los Concilios de Toledo, y siendo tratados con gran dureza hasta el reinado de Witiza. Ya en tiempo de la Reconquista vivieron dedicados al comercio, siendo amparados hasta por nuestros códigos, y llegando á tener algunos de nuestros reyes tesoreros judíos, pero desde la época de Enrique II es más triste su situación; y la voz de San Vicente Ferrer tiene que dejarse oir para que no se consuma en Valencia un degüello general de hebreos, que de buena ó de mala fé reciben el bautismo.

Al concluir la Edad media, su situación era muy desgraciada; pues que se les prohibía el público ejercicio de su culto y llevaban un distintivo especial como marca de ignominia, concluyendo verdaderamente su vida histórica en España cuando los Reyes Católicos lanzan sus anatemas contra ellos, crean el Tribunal de la inquisición, y conquistada Granada, decretan su definitiva expulsión de los dominios españoles.

La civilización judía está caracterizada, por ser una raza inteligente y activa, que hacía del comercio y de la industria los elementos de su riqueza. El comercio de alta banca, y la usura, han sido siempre las manifestaciones de su gran poder rentístico, pero en España, en el siglo X, se manifiesta su civilización en obras de Filosofía, Medicina, Alquimia y Poesía, aunque carecieron de Escultura, Arquitectura y Pintura, como hombres que vivían sin patria y sin estado político.

El carácter de la raza hebrea está simbolizado en el afán del lucro, y á no ser dados más que al trato de la logrería, especialmente en los sitios donde eran más mal mirados; pues que la falta de libertad de contratación y la inseguridad en su cumplimiento, les hacía ir á la vista de ánimo y á los vicios propios, y á su falta de consideración, re-

flejándose siempre su carácter interesado que les hacía llegar por el logro de sus aspiraciones metálicas, hasta la abdicación de sus más sagrados sentimientos, y hasta la venta de los seres más queridos de su corazón.

El sistema rentístico cristiano se fundó siempre en el privilegio, como sociedades nacientes á quienes habían de hacer concesiones extraordinarias, viniendo después la exención como forzosa consecuencia del mismo, estando libres de tributos, la nobleza y el clero, y apareciendo desordenada en un principio la exacción de los mismos.

Los impuestos de Castilla y de Aragón vienen á simbolizar los de toda España, y como hemos visto eran los principales la «cuota», que se satisfacía al que convocaba á la gente de guerra, la «moneda forera» por el reconocimiento del señorío real, el «llantar», que se pagaba al rey cuando llegaba á una ciudad, la «capitación de judíos», la «alkabala», la «pecha» ó contribución de los villanos, la «bolla», y el «sello» que gravaba las manufacturas catalanas, así como los impuestos públicos de que en casos determinados se echó mano para salir de apuros.

Para la recaudación de estos tributos había en Castilla un mayordomo general del reino, ó supremo administrador, que recibió el nombre de *bayle general,* en Aragón, habiendo además otros funcionarios subalternos con el nombre de cancilleres, notarios mayores, cogedores y arrendadores, con funciones particulares cada uno.

Estos impuestos no iban á la caja general del Tesoro, sino que se aplicaban á pagos especiales, no realizándose la centralización de Hacienda hasta el siglo XVI; y siendo causa de que como los gastos eran crecidos, y la guerra, los monasterios, las iglesias, la recompensa de los servicios prestados, etc. se pagaban con ellos, de aquí que hubiera muchas filtraciones y que no estuviese reglamentada, cual era de desear, la inversión de estos impuestos.

Crítica.—La iglesia Católica tenemos que considerarla siempre como poder moderador de los siglos medios, puesto que dada la fuerza que la regía y la fiereza que á veces imperó en ellos, á no ser por las doctrinas de mansedumbre y dulzura del Catolicismo, no hubiera podido hermanarse la vida social y la rudeza de la campaña de la manera como lo logró la Iglesia, con su oportuna y moderada intervención.

Añádase á esto que el clero, no sólo en aquellos tiempos se dedicaba á la predicación y á los sacramentos, sino que ayudaba al rey y á la nobleza en las empresas de la Reconquista, no solo personalmente, cuando era preciso, sino desde su puesto sagrado, predicando é inculcando á sus fieles el respeto hacia sus reyes y hacia sus superiores gerárquicos, y se verá el importantísimo papel y el grande auxilio que el Clero tuvo durante la Edad media para los reyes y para los nobles, en aquella época tan levantisca y de contínuo guerrear contra los moros.

Y mientras nobles, guerreros y algunos sacerdotes, estaban dedicados á la grande empresa de la reconquista, las Ordenes monásticas, eran, en el secreto de los claustros, las amparadoras de las letras, las ciencias y las artes, y al mismo tiempo se dedicaban á los cultivos agrícolas, hasta el punto de dejarnos no sólo obras notables de todos los ra-

nos del saber humano, sino métodos especiales de cultivo y asociaciones religiosas á la agricultura especialmente dedicadas, que hoy se copian y se siguen como modelos muy apreciables.

En este periodo histórico tiene la influencia religiosa un carácter particularísimo, que hay que juzgarle desapasionadamente, puesto que no era el fanatismo religioso el que guió á los hombres de toda esta Edad, sino un verdadero espíritu de religión y de piedad, que enardeciendo los ánimos y levantando los espíritus identificaba á los inferiores con los superiores y con el monarca, y de todos formaba un admirable conjunto para ir á combatir con los enemigos de la religión y de la patria.

LECCIÓN 49.

CULTURA LITERARIA, ARTÍSTICA É INDUSTRIAL DE LA ESPAÑA CRISTIANA EN LA EDAD MEDIA.

La cultura literaria de España en la Edad Media.—Ignorancia general.—Los restos del saber humano se refugian en los monasterios.—El idioma castellano.—Primeras letras españolas.—Las crónicas.—El nacimiento de las Universidades.—El latín se corrompe y se forma la lengua castellana.—Primeras manifestaciones desde el poema del Cid hasta D. Alfonso el *Sabio*.—Otros escritores hasta Juan de Mena.—La literatura en el siglo XV.—Los judíos conversos.—Los cronistas del siglo XV.—Progresos de las ciencias.—Los libros de caballería.—Los romances.—Aparición del teatro.—Las llamadas lengua y literatura catalanas.—Poesía catalana ó provenzal.—Los trovadores y el consistorio del Gay Saber.—Influencia de la literatura Provenzal en Castilla.—La erudición caracteriza este período histórico.—Las bellas artes.—La arquitectura con sus tres períodos.—Las artes industriales.—La orfebrería.—La industria de hierro y bronce.—La talla de marfil.—Los trabajos de bordado y tapicería.—La relojería.—Las artes mecánicas.—La escultura.—La pintura.—La música.—La agricultura.—La industria.—El comercio.—La marina.—El arte militar.—Espíritu caballeresco de esta época.—Gremios.—Costumbres.—Torneos.—Pasos honrosos.—Bandos.—*Crítica*.—La cultura y civilización de España se desarrolla durante la Edad Media con el auxilio de las órdenes religiosas.—Carácter particular de las Universidades en la Edad Media.—Juicio imparcial sobre la literatura y su carácter en este período histórico.—Las bellas artes y sus caracteres particulares en esta época.—Las costumbres reflejan el espíritu que anima á la Sociedad española en la Edad Media.

La cultura literaria de España en la Edad media, ha sido juzgada de muy distinto modo por los autores, aunque siempre con exageración, pues unos la han creído nula, y otros la han elevado á altura superior á la que realmente tuvo en aquellos tiempos, debiendo aceptarse un criterio imparcial para juzgarla.

Al comienzo de la invasión sarracena apagóse la luz que hubiera iluminado con vivos resplandores á la Edad media, al seguir los prestigios literarios de los tiempos anteriores, y desde el siglo VIII al XI, hubo un verdadero período de obscuridad literaria; pero ya desde entonces se despierta la inteligencia humana, y en el siglo XIII aparece la literatura, florida y arrogante, para llegar, en el XVI, al período brillante de su grandeza.

En aquellos tiempos de ignorancia general los restos del saber humano se refugian en los monasterios, puesto que los clérigos y los monjes eran los únicos que sabían redactar una escritura y reunían en sus bibliotecas los escasos libros que existían, transmitiendo á las generaciones posteriores la historia de aquella edad. Y eso que España no se siguió en absoluto esa corriente de ignorancia general, y en los monasterios aparecen hombres que cultivan toda clase de ciencias,

citándose nombres importantes anteriores al siglo X, que justifican estas verdades, y aumentando los progresos científicos del siglo XI en adelante, escribiéndose ya verdaderas historias y haciendo adelantar otras ciencias y distintos estudios.

El idioma latino fué el lenguaje oficial y literario hasta el siglo XI, en que parece comenzó á adoptarse el castellano como lengua vulgar, nacido como idioma peculiar de los cristianos libres, en los reinos de Oviedo y de León, obrándose una revolución en el latín al revestir las formas del romance; pero sin perder nunca el castellano su inmediata filiación del latín corrupto que se hablaba en las montañas de Asturias, estando ya en el siglo XII el idioma formado y con regularidad gramatical, y en el XIII con galas y ordenada estructura, presentando el poema del Cid y los escritos de Berceo como primera manifestación de la lengua castellana.

Las primeras letras españolas aparecen bajo la forma poética y el Poema del Cid puede considerarse como el primer monumento indiscutible ya de la lengua castellana, y la primera manifestación literaria de este idioma.

Las crónicas fueron también representación literaria de España en esta época, siendo muy numerosas las que por entonces se escribieron y que bajo la forma de crónicas propiamente dichas ó de cronicones de manifestación externa distintas á las visigóticas, se nos presenta como la primera aparición de la prosa en nuestra lengua castellana.

El nacimiento de las universidades como centros de estudios generales es una forma de expresión de la cultura literaria de la Edad media, citándose como primeras las de Palencia y Salamanca, fundadas por Alfonso VIII y Alfonso IX, la de Valladolid por San Fernando, y la de Valencia por Jaime el *Conquistador;* y fundándose más tarde los estudios de Alcalá por Sancho el *Bravo*, y otras muchas en gran número, como prueba de que, á pesar de todo, la Edad media española no revistió los caracteres de obscuridad que en otros paises.

Antes de reseñar siquiera sea someramente las manifestaciones escritas de nuestra lengua, hay que ver que el latín, como idioma oficial y literario, que vivió en los comienzos de la Reconquista, se fué corrompiendo sucesivamente, y ya en el siglo XI parece que se presenta con carácter vulgar, variándose de tal modo en su original latino, y formándose el romance con inmediata filiación del latín corrupto que se hablaba en Asturias, hasta que, en el siglo XII, ya el idioma está formado y en el XIII ostenta todas las galas y ordenada estructura de esta lengua.

Las primeras manifestaciones de la lengua Castellana desde el Poema del Cid hasta D. Alfonso el *Sabio,* abarcan, á más de este Poema, como manifestación de poesía natural y original, las obras variadas de Gonzalo de Berceo, de los principios del siglo XIII, las del clérigo de Astorga, Juan Lorenzo de Segura, y algunas otras en prosa como la versión al castellano del Fuero Juzgo.

Desde D. Alfonso el *Sabio* hasta Juan de Mena, merecen citarse las obras en prosa y verso del Rey sabio, lo poco que escribió su hijo don

Sancho, las del Infante D. Juan Manuel, las del Arcipreste de Hita, y otras, que demuestran los adelantos que la literatura iba haciendo durante estos siglos de elaboración de la misma.

Con Juan de Mena se inicia otro período literario que algunos califican de decadencia, teniendo en cuenta que el siglo anterior había sido de gran vigor literario; y por eso después de Juan de Mena, debe citarse á Fernán Sánchez de Tobar, á Pedro López de Ayala y Juan Nuño de Villasan que son los poetas cronistas de su tiempo y que vienen á simbolizar algo del movimiento literario de aquel siglo.

Hay ya en el siglo XV otras influencias para nuestra literatura, y en los reinados de D. Juan II y Enrique IV se presentan manifestaciones de un gran desarrollo literario desde el marqués de Villena y la aparición de los consistorios del Gay Saber hasta el marqués de Santillana, así como con los Manriques y los Urreas, y los escritores en prosa Fernán-Gómez de Ciudad Real, el Tostado y otros, que muestran los adelantos literarios al finalizar la Edad media.

Muchos judíos se convirtieron por entonces, prestando con ello grandes servicios á las letras patrias, y siendo notables entre ellos los miembros de la familia conocidos con el nombre de Santa María ó de Cartagena y Juan Alfonso de Baena, así como Fray Alfonso de Espina, antes rabino entre los suyos, y otros muchos que dieron no pocas pruebas de su amor á las letras, distinguiéndose como escritores y como filósofos.

Los cronistas del siglo XV se distinguen por la forma especial como escribieron sus historias, citándose como modelo de las mismas formas, Pérez de Guzmán, Enrique del Castillo, Alfonso de Palencia y otros, que presentaron la Historia bajo la forma de crónica, y como una manifestación notable de la forma literaria de aquel período histórico.

Todas las ciencias hacen progresos durante la Edad media, figurando Alfonso X á la cabeza del renacimiento científico en España con sus célebres «Tablas Astronómicas», y siendo el más insigne de los filósofos de esta edad, Raimundo Lulio, que escribió sobre toda clase de asuntos, así como se deben mencionar entre los teólogos, á San Raimundo de Peñafort, á San Vicente Ferrer y á otros.

Durante los siglos medios, la mayor fecundidad de la literatura se usaba en los libros de caballerías, como una de las manifestaciones de la poesía popular en prosa, y que hoy permanecen olvidados desde que Cervantes les dió el golpe de gracia. Importados de Inglaterra y del Norte de Francia, se extendieron por toda España, siendo la familia de los Amadicis y de los Palmerines, las dos principales manifestaciones de estos libros, que concluyen por su grande desprestigio y que tienen como última manifestación los libros de caballería á lo divino.

También el romance hay que considerarlo como otra forma de la poesía popular, que con el nombre de Cantares y de Trovas, empezaron en nuestra nación, hasta que perfeccionadas la lengua y la poesía vulgar apareció verdaderamente el romance, de que se formaron colecciones ó romanceros y de los que aparecen varias clases con el nombre de «Históricos», de «Moriscos», de «Costumbres populares» y de varios asuntos.

El teatro es la última manifestación de la poesía popular en España, y desde los misterios de que ya se ocupan las leyes de Partidas, hasta la verdadera aparición del teatro con las coplas de Mingo Revulgo, el «Diálogo entre el amor y el viejo» y la tragicomedia «La Celestina», media un espacio de tiempo en el que va presentándose la aparición del teatro con formas más claras y definidas para aparecer más tarde con las obras de Juan de la Encina, Gil Vicente y Torres Naharro, como verdaderos iniciadores de la manifestación dramática en este período histórico.

En Cataluña, lo mismo que en Castilla, la descomposición del latín ó romano rústico, se obró por igual transformación, con alteraciones acomodadas á la disposición oral de los moradores, y en los siglos X y XI desaparece el latín, apareciendo en los documentos oficiales la nueva lengua que había de hablarse en Cataluña con el nombre de romance, y llamándose por unos provenzal, por otros catalán-provenzal, por otros romano-provenzal y por otros lengua de Oc, como propia y exclusiva del lenguaje catalán y como engendradora de la literatura propiamente catalana, que con caracteres especiales había de aparecer posteriormente.

Esta poesía se presenta con los nombres de catalana ó de provenzal, porque la aceptaron los más próximos á la Provenza, recibiendo también la denominación de lemosina, y siendo la verdadera lengua de los trovadores, enriquecida con diferencias dialécticas que rechazaban toda forma literaria, tenida por grosera y fundada en el habla común.

Más tarde, al amparo de esta poesía provenzal, empiezan á aparecer los trovadores por la unión de las Casas de Barcelona y de Provenza, que se unen por una nacionalidad de lenguas y de costumbres, y cuya literatura cantó la institución de la caballería, que cuenta con más de dos siglos de vida y que aparece con caracteres de poesía lírica cortesana. Ellos idearon los Juegos florales de Tolosa y el consistorio del Gay saber, que trasplantados de Provenza á Cataluña y á las demás partes de España, van teniendo hoy renacimiento bajo la misma forma de concierto del Gay Saber.

Las influencias de la literatura provenzal en Castilla se marcan, no con tanta significación como en Italia y en Alemania, á pesar de que los trovadores tuvieron á veces gran prestigio en la corte de nuestros monarcas, y llegó aquí por conducto de D. Enrique de Villena, su influencia de una manera característica de que dan buena prueba los escritos del marqués de Santillana.

Pero todo esto está caracterizado por la erudición; así es que la sutileza y las cavilosidades, campeaban en todas las manifestaciones literarias de la época, buscándose el análisis, el examen y el estudio de los textos y de los monumentos, y siendo la Filosofía, la Teología y sus ramas auxiliares, con la Dialéctica y la Metafísica, las principales manifestaciones del entendimiento humano en los siglos medios.

Las bellas artes bajo la dominación cristiana en la Edad media presenta también manifestaciones especiales, ya como continuación de las artes visigóticas, ya como modificación de las mismas.

La arquitectura presenta en este período una gran transformación y aparece con el nombre de estilo gótico ú ojival, y á su vez tiene tres épocas: la primera hasta el siglo XIII notable por su sencillez; la segunda, en el siglo XIV con mayor gusto y riqueza artística; y la tercera, gótico florido, en el siglo XV, con prodigiosa variedad en los adornos. Ejemplo de la primera, la catedral de León; de la segunda, la de Barcelona; y de la tercera, la de Sevilla.

Las artes mecánicas ó industriales se continuaron perfeccionando durante la Edad media, siendo notables los paños y tejidos de lana de Castilla y de Extremadura, la construcción de buques de Vizcaya, Asturias y Galicia, la de armas de Castilla, y la de sedas de Castilla, Murcia y Granada.

La orfebrería es la industria que ha conservado más antiguos productos del estilo latino bizantino. Sirva de ejemplo la catedral de Oviedo, donde se conserva la Cruz de la Victoria, y la Cruz de los Angeles, recuerdos de Pelayo y de Alfonso II, el relicario de Fruela y el Arca Santa, obra de los siglos X al XII, así como otras muchas obras de orfebrería que se conservan en la catedral de León y en la de Toledo, y en el Museo Arqueológico Nacional.

La industria de hierro se manifestó en verjas para iglesias con gran delicadeza en el forjado, siendo notable la de Santa Ana de Barcelona, como ejemplo de reja románica, las de las iglesias de Barcelona como de verja ojival, y la de Toledo como de estilo plateresco. En trabajos de bronce puede citarse el magnífico tenebrario de la catedral de Sevilla, que tiene por coronación las figuras de los apóstoles.

La talla de marfil fué muy cultivada en España. Conserva la catedral de Oviedo un díptico consular del período de Justiniano, habiendo otros muchos en el Museo Arqueológico Nacional, siendo las principales una arqueta del siglo IX y otra del XII, procedente de San Isidoro de León, y otras imágenes demarfil, como la Virgen de las Batallas del el siglo XII, que se conserva en la catedral de Sevilla.

Entre los trabajos de bordado y tapicería se cita como el más antiguo el tapiz bordado de la catedral de Gerona, representando la Creación, obra del siglo X, y otros ornamentos bordados y pintados de los siglos XIV y XV, conservándose también ricas tapicerías del siglo XV, entre ellas los paños de los Reyes Católicos, que se existen en la catedral de Toledo, y algunos otros.

Respecto á relojería, hemos de afirmar que á fines del siglo XIV se introdujo en España esta industria siendo los primeros relojes de torre que se pusieron, el de Barcelona y el de la Giralda de Sevilla.

De las artes mecánicas ya hemos hablado incidentalmente con anterioridad. Todos estos oficios de industria se constituyeron en gremios en la Edad media, publicándose ordenanzas para los mismos como el ordenamiento de menestrales de D. Pedro I, y siendo el gremio más antiguo de todos el de tejedores de Segovia.

La Escultura presenta un gran progreso en el siglo XIII, distinguiéndose las estátuas por sus formas sencillas, aunque careciendo de flexi-

bilidad, y en el XIV es mayor la perfección en los detalles, adquiriéndose por completo ésta en el siglo XV.

La pintura, especialmente la mural, tiene escasa importancia en las iglesias, dedicándose el pintor á ejercitarse en las vidrieras donde los asuntos están tratados con gran arte, y presentándonos el modelo notable de la pintura en los miniados de los libros donde hay gran finura y elegancia en el estilo.

La música también se cultivó, principalmente en los templos, creándose establecimientos para su enseñanza, entre ellos la Escolania de Monserrat, que fué el más notable de Europa, y la Escuela de Salamanca.

La agricultura, descuidada en los primeros tiempos de la Reconquista por no existir ni el trabajo, ni la libertad, comienza á renacer en el siglo XI por la aparición de los concejos y por el establecimiento de las iglesias principales, así como por el apoyo que á la misma dieron las Ordenes monásticas. De aquí arrancan las ordenanzas sobre riegos contenidas en las leyes de Aragón y en la de Partidas, y otras disposiciones sobre montes que favorecieron mucho la agricultura española.

La industria también retrocedió con la invasión de los moros y por la falta de libertad para su ejercicio. Por eso en los siglos IX, X y XI, hay muy pocas manifestaciones industriales, pero en el XII y XIII, se descubren ya disposiciones sobre las industrias, organizadas en gremios, y en los siglos XIV y XV adquieren más importancia hasta robustecerse y organizarse por las Cortes de Valladolid y por las de Daroca, que conceden ordenamientos y privilegios á las industrias.

El comercio aparece pobre desde un principio por la falta de comunicaciones y por las trabas que para el mismo existían, desarrollándose el interior desde el siglo XIII en adelante, y apareciendo el exterior desde la conquista de Sevilla, y con la creación de la casa de contratación en 1383, y la aparición de las primeras leyes mercantiles.

En cuanto á la marina, que estuvo bien escasa hasta los tiempos de Alfonso X recibió por este monarca gran impulso al crearse los talleres de galeras, que hoy es la Maestranza de Sevilla, y al concederse otros privilegios por monarcas posteriores.

El arte militar adquiere importancia desde el tiempo de Alfonso XI por las milicias concejiles, que en tiempo de San Fernando fueron ya tropas muy disciplinadas, no siendo cuerpos permanentes hasta la época de D. Juan II, y siendo desde D. Juan I los cargos principales de la milicia el de mariscal y el de condestable. Las máquinas de guerra se perfeccionaron desde San Fernando, generalizándose el uso de la pólvora en este período histórico.

El espíritu caballeresco de esta época, se determina por los ejercicios y costumbres militares, que tan en boga estaban entonces, y de que son manifestación algunos actos importantes realizados en ella, y las obras que los describen.

Los gremios venían á ser la representación de la estrecha unión que existía entre los que practicaban los oficios é industrias de todo género y que vivían al amparo de ordenanzas particulares para su régimen in-

terior. Estos gremios, aunque modificados en su forma de vida traban de resucitarse en la época actual.

Las costumbres de los señores y del pueblo, especialmente de los primeros, varió mucho durante todo el período de la Edad media, creándose la clase especial de los letrados en que se atiende al saber y no al nacimiento, creciendo el lujo á pesar de las disposiciones de las leyes suntuarias, y habiendo necesidad de que se dictaran disposiciones severísimas para que este lujo, que corroía á la sociedad en el siglo XV, concluyese con el mismo, ya que de los nobles había pasado al pueblo y amenazaba invadir á toda la sociedad.

Toda la Historia de la Edad media está llena de escenas romancescas, caballerosas, de torneos y de justas, que no venía á ser otra cosa que el alarde del espíritu caballeresco que dominaba en ella, usándose éstos en las coronaciones y matrimonios de los príncipes, para celebrar victorias, ó para otro suceso importante, y siendo causa de desgracias sin cuento y de la muerte de muchos valientes caballeros.

Cuando estas empresas se acometían al calor del entusiasmo amoroso por un caballero en honor de su dama, se llamaban pasos honrosos, de los que son testimonio claro el «Paso honroso de Suero de Quiñones» y el de D. Beltrán de la Cueva, en el Sitio Real de El Pardo.

Y este espíritu guerrero que á fines de la Edad media se disipaba en justas y torneos también se mostraba en ocasiones dadas por guerras intestinas y particulares en que la nobleza contra el rey, y unos señores contra otros, y ciudades contra ciudades, formaban parcialidades que se traducían en luchas civiles y que en la Historia se conocen con el significativo nombre de bandos de la nobleza.

Crítica.—La cultura y civilización de España se desarrolla durante la Edad media con el auxilio de las Ordenes religiosas, pues que de otro modo era imposible que pudiera realizarse, teniendo en cuenta que solo vivían al amparo de la guerra todos los pueblos y todos los señores, y que si no hubiera sido por ese campo neutral del cultivo de las ciencias, las letras y las artes, hubieran por completo muerto en nuestra patria, durante la Edad media.

Las Universidades como agrupaciones de maestros y como sitios donde se enseñaban los conocimientos propios y los traídos de otros países, tienen una gran influencia y una alta significación en la Historia de la Edad media, no tan solo por ser centros grandísimos de cultura, donde á millares acudían los alumnos para escuchar la enseñanza de los profesores, sino también por la vida íntima de dichos centros docentes, con existencia propia é independiente, distinta á la que tienen en la actualidad.

La literatura tiene un carácter propio en este período histórico, que merece un juicio imparcial, pues que unas veces aparece como propia y exclusiva de nuestra nación y otras con influencias extrañas que modificaron su carácter y que la hicieron á veces muy dulce y agradable, como ocurría con la influencia provenzal ó lemosina. Por eso es imparcial el juicio que debe emitirse de dicha literatura, diciendo que se formó merced á grandes trabajos en medio del continuo batallar de los tiem-

pos medios y que representa un esfuerzo gigantesco de la inteligencia de España durante la Edad media, cuando la ignorancia era mucho más general en otros paises.

Asimismo las bellas artes tienen caracteres particulares en esta época, como nos lo demuestran esos magníficos ejemplares, que son recuerdos de dicha Edad, y que se conservan especialmente en nuestros monumentos religiosos, que hoy sería sumamente difícil imitarlos, ya por los detalles, ya en la elegancia de su construcción.

Por último, las costumbres esencialmente caballerescas y guerreras de esta edad, los torneos, los pasos honrosos y los bandos de la nobleza son el símbolo más acabado y fiel de lo que era la sociedad española en esta edad y reflejan el espíritu levantisco y altanero de la nobleza por entonces, así como dan idea de la situación del pueblo durante aquellos tiempos de contínuo batallar y de constitución de nacionalidades.

LECCIÓN 50.

LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA, DESDE EL PRINCIPIO DE LA RECONQUISTA, HASTA EL FUERO VIEJO DE CASTILLA

Legislación española en el período de la Reconquista.—Elementos que durante esta época se desenvuelven en los distintos reinos cristianos.—Variedad legislativa.—Tiempo que comprende.—Nacimiento del sistema foral.—Su doble aspecto.—Los señoríos.—Su origen y clases.—Los feudos.—Sus efectos.—Decadencia de las leyes godas.—Fueros municipales.—Trascendencia que tuvieron los fueros municipales.—Principales fueros municipales.—Manifestaciones de los mismos con respecto al Derecho civil, público, penal y procesal.—Principios que dominan en los fueros municipales.—Fueros provinciales.—Ligera reseña de los de Aragón y Cataluña.—Representación nacional en España durante la Edad Media.—Las Cortes y su poder legislativo.—Códigos nobiliarios.—Ordenamiento de las Cortes de Nájera.—¿Por qué vicisitudes pasó?—El Fuero Viejo de Castilla.—Verdadero carácter de este Código.—Elementos que le informan relativos al Derecho civil, al público, al penal y al procesal.—Fuerza legal del mismo.—*Crítica.*—Juicio acerca del sistema foral español.—Carácter particular del feudalismo en España.—Qué fin realizaron los fueros municipales en nuestra patria.—Carácter especial de los fueros provinciales.—Importantísimo papel de las Cortes en este período.—Su nuevo carácter con la entrada en ellas del estado llano.—Los códigos nobiliarios como símbolo del poder de la nobleza española durante la Edad Media.

La Legislación española en el período de la Reconquista, se nos presenta variando absolutamente de forma, á causa de la invasión musulmana, y por la política de los invasores, así como por el nacimiento de los reinos de Asturias y de León, y la formación de otros Estados, que amparaban la causa española y cristiana, rompiéndose la unidad nacional, y premiándose particularmente á las fuerzas vivas sociales, que ayudaban la Reconquista, por lo que se rompe también la unidad legislativa, naciendo las leyes de la nobleza, y del clero, y las especiales del elemento popular.

Por eso durante esta época hay necesidad de que se estudien distintos elementos para el desarrollo legislativo en los variados reinos cristianos, siendo en primer término la nobleza, dedicada exclusivamente á la guerra, de donde arrancaron derechos especiales concedidos por los reyes, como premio de sus proezas; y el clero que, ayudando á la guerra con los infieles, conquistaron territorios y adquirieron derechos señoriales; las municipalidades, que si estuvieron algo eclipsadas durante la dominación goda, vuelven ahora á tener grande vida, y ejercen funciones de administración y de gobierno; y las Cortes, que tenían derecho de nombrar procuradores para que las representen en los con-

gios de los reyes, nace de aquí la participación del estado llano en el gobierno de los reinos, y la aparición de nuestras antiguas Cortes.

Ya en esta tercera época de la historia legislativa de España, hay una verdadera variedad que presenta un aspecto múltiple, y que arranca desde el planteamiento en España de la legislación foral, y llega hasta el Ordenamiento de Alcalá.

Comprende, pues, desde los años siguientes al 711, en que ocurrió la rota de Barbate y la invasión musulmana, hasta el 1348 en que se promulgó el mencionado código; y en ella nace el verdadero sistema foral ó colección de privilegios y franquicias á determinados pueblos y territorios.

El sistema foral nace por la destrucción de la unidad nacional y legislativa de la antigua monarquía goda, y por la guerra de la Reconquista con los invasores, al demandar los reyes el auxilio á la nobleza y al pueblo para aquella gigantesca empresa.

Presenta un doble aspecto, pues si bien tiene el carácter común de privilegiaria para todas las clases á cuyo favor se dicta, tiene también una variedad grande originada por las necesidades de cada una de ellas; resultando que por un aspecto tiene el carácter esencialmente nobiliario, y por el otro, municipal, propiamente dicho.

Los señoríos, confundidos por algunos con los feudos, vienen á ser las grandes concesiones otorgadas á los nobles, como premio de su afanoso empeño en la conquista; siendo el feudo la forma ó título de la concesión de los mismos, pero no necesaria para su manifestación. Los señoríos tienen por origen la guerra, el engrandecimiento de la nobleza, la organización de los municipios, y el ascendiente del clero, siendo de varias clases, según se otorgaran á la nobleza y al clero, ó los ejerciera el rey, por lo que se llamaban de «solariego», de «abadengo» de «behetría» y de «realengo», constituyendo dichos señoríos una relación jurídica entre señores y vasallos, con deberes más ó menos recíprocos.

Los feudos como manifestación del feudalismo, que no fué institución exclusiva de España, sino general á Europa, y que hay quien la hace originaria del patronato y de la clientela de Roma, (aunque sus verdaderos gérmenes están en el individualismo germano), existía en España en tiempo de los godos, aunque no en la forma que tuvo después; pues el Fuero Juzgo nos habla de las relaciones entre patronos y libertos, y presentándose la propiedad alodial como primera manifestación de la propiedad feudal, que se convierte después en beneficial.

Los feudos ejercieron sus efectos, no solamente en el orden público sino en el privado, puesto que la organización social varió completamente de rumbo al amparo de los mismos, y la condición de las personas, y la organización de la familia de igual modo, toda vez que el feudalismo, cuya esencia está en la propiedad, modificó todos los derechos, siendo para algunos base de grandes bienes, y para otros de males sin cuento.

Con el nacimiento del sistema foral, tuvo necesariamente que desprestigiarse algo el poder real, pues que todo cuanto ganaba en privi-

legios, y grandezas la nobleza lo perdía la corona, siendo consecuencia obligada también de estos hechos, el decrecimiento en autoridad é importancia de las antiguas leyes godas, que al perder su carácter de generalidad, quedaron, todo lo mas, como fuero municipal de algunos territorios.

Como consecuencia de aparecer las municipalidades con un sistema de legislación propia, se presentan los fueros municipales como cuadernos de leyes que se les dieron para su régimen y gobierno civil, y que se multiplicaron de un modo tan extraordinario hasta los tiempos del rey santo, que todas las ciudades y villas de importancia llegaron á adquirirlos. Los fueros municipales tuvieron una trascendencia grande, pues que al tener la nobleza su legislación especial con ellos la tuvieron también las municipalidades, y fueron, no sólo un contrapeso de la influencia de aquéllos, sino también un medio de procurar el propio desarrollo de los pueblos, su engrandecimiento y su defensa, á los que el rey no podía atender directamente á causa de los diarios cuidados de la guerra.

Los principales fueros municipales de que tenemos noticia son el de León, dado en 1020 por Alfonso V á dicha ciudad, y que es el más antiguo, arrancando del Concilio de aquel nombre; el de Sepúlveda, en 1076, dado por Alfonso VI; el de Toledo, que el mismo rey concedió á dicha ciudad, en 1085; el de Salamanca, en 1154, por Alfonso VII; el de Cuenca, en 1191, por el mismo rey; y los de Madrid, Burgos, Santander, etc.; pues que desde Alfonso IX hasta la publicación del Ordenamiento de Alcalá, se promulgaron muchísimas, ó se sancionaron otras ya publicadas por anterioridad.

Al hacer el análisis de los fueros municipales, vemos que tienen manifestaciones especiales, ya con respecto al Derecho civil, en cuanto á la organización de la familia con una clase especial de matrimonios no conocida hasta entónces, libertándose al hijo de la patria potestad por el casamiento, y observando la *troncalidad* para la herencia, en cuanto al origen de los bienes. Respecto al Derecho público, determinaba el poder del rey, y todos los habitantes eran iguales ante el fuero, siendo el monarca quien en tribunal de alzada dirimía todas las discordias. En cuanto al Derecho penal y procesal, solo se encuentran leyes aisladas y algo violentas, para el castigo de los delitos.

En los fueros municipales dominan los principios de Derecho germano, modificados por la influencia de las nuevas costumbres, siendo legislación de circunstancias y tendiendo á la consolidación de los municipios: por lo que, cesando la causa que los produjo, perturban nuestro Derecho, y se hacen precisos los trabajos posteriores en pró de la unidad legislativa.

A más de los fueros municipales, como leyes propias de cada pueblo, existían otros que merecieron el nombre de provinciales, y que se clasifican en distintos grupos, según la región á que pertenecen, pero que indica una legislación especialísima y que han vivido casi siempre en separación del Derecho de Castilla.

Los fueros de Aragón, recopilados por D. Jaime I se comprendían

ocho libros, confirmándose después dichos fueros por el privilegio general de la Unión, aumentándose otros cuatro libros más por las disposiciones legales de los reinados posteriores á D. Jaime. Y al fin, bajo el nombre de «Observancias», se recopilaron las antiguas costumbres, como se hizo después un nuevo arreglo de fueros y de observancias para reunir todo el Derecho foral de Aragón. En Cataluña, desde el Código de los Usages en adelante, se fueron formando constituciones y capítulos de Cortes, costumbres generales, pragmáticas y privilegios, bulas apostólicas, concordias y sentencias reales, que con todas ellas se formó lo que se llamó el Fuero Catalán, en distintas épocas y en tres colecciones distintas. A más de esto, pueden citarse los Fueros de Valencia, de las Islas Baleares, de Navarra y de las provincias vascongadas, que todas simbolizan la legislación española porque se regían estas regiones durante la Edad media.

La representación nacional en España durante esta Edad, la hemos visto ya indicada en lecciones anteriores, cuando estudiábamos la aparición de las Cortes y las opiniones distintas sobre si éstas tenían carácter propio ó eran continuación de los concilios de Toledo.

Ahora como elemento de poder legislativo hay que verlas con la representación de los tres Estamentos y con la entrada en ellas del estado llano, que vino á representar todas las fuerzas vivas del país y á ser el contrapeso del poder de los grandes señores, y el medio de facilitar á los monarcas el que pudieran legislar sin la avasalladora influencia de la nobleza; pero cuyas Cortes, que tanta importancia tienen durante la Edad media, van decayendo en prestigios y grandeza, tanto como pierde en grandeza y prestigio el estado llano.

Durante este período legislativo, hay que estudiar lo que se llamaron fueros nobiliarios y donde estaban unidos todos los privilegios y prerrogativas concedidas á la nobleza, determinando los derechos á ella concedidos y sus relaciones con los súbditos.

Lo primero que hemos de conocer es el llamado Ordenamiento de las Cortes de Nájera, dado en las mismas por Alfonso VII, en 1138, y recibiendo los nombres de Ordenamiento de las Cortes de Nájera, Fuero de los Fijos-dalgos, y también de las Fazañas y Albedríos.

Este código fundado en las costumbres de Castilla y en las fazañas y albedríos, fué general al tiempo de su publicación, se comprobó su aplicación por leyes posteriores, y se determinó en sus 58 leyes las relaciones de los señores y los vasallos, y con el rey, como verdadero código nobiliario que era, y cuyo carácter no perdió nunca, á pesar de las reformas que en él hizo D. Alfonso XI.

El Fuero Viejo de Castilla, atribuído según unos al conde de Castilla D. Sancho García, y otros á los concejos, ó á Alfonso VIII, fué un código nobiliario que tuvo fuerza legal, desde D. Alfonso VIII solo para la nobleza, siendo enmendado por D. Pedro I, en 1356, y teniendo desde entonces el carácter de código general.

Tiene pues este código un doble carácter: de código meramente nobiliario en sus orígenes y en sus aplicaciones, y de código general cuando fué arreglado y enmendado por el referido rey de Castilla.

Este código tiene elementos que le informan, relativos al Derecho civil, ocupándose de la familia, de los derechos reales y de los derechos de obligación: referentes al Derecho público, en que aparece como un verdadero código feudal: en cuanto al Derecho penal, con los atroces principios de venganzas privadas y penas pecuniarias, y de Derecho procesal, admitiendo el juicio arbitral, instituyendo por vez primera el juicio ejecutivo, y con plazos ordinarios y extraordinarios, para las pruebas judiciales.

Este código solo podía tener fuerza legal, en los casos en que regía según la legislación anterior al código civil, atendiendo á lo que determina la Novísima Recopilación, en que habla de todos los fueros, y por tanto se refiere á este también, que solo como monumento histórico y como testimonio de datos para la Edad media, hay que considerarlo; pues que como código es desordenado, deficiente y confuso á pesar de que sus leyes procesales manifiestan un gran adelanto en el desarrollo jurídico de aquellos tiempos.

Crítica.—El sistema foral español tiene un carácter propio y diferencial, distinto al de los otros pueblos de Europa, pues que nació al amparo de necesarias concesiones, por la incesante guerra con los moros, y tuvo que presentarse de una manera muy distinta á la que pudiera tener en otros países.

También el feudalismo tiene un carácter particular en nuestra patria; pues que el feudo no es ni con mucho lo que fué en otras naciones, y los señores, aunque altaneros y orgullosos, no lo fueron tanto particularmente y en el ejercicio de sus derechos como aparecen en otros pueblos, donde el feudalismo se desarrolló con mas amplitud y mas violencia.

Los fueros municipales en nuestra patria realizan un bien grandísimo, toda vez que los municipios al amparo de dichos fueros pudieron hacer vida propia y administrarse por sí, facilitándose de este modo con este régimen casi federativo, el que todos pudieran dedicarse á la grande obra de la Reconquista.

También los fueros provinciales tienen un carácter particular en la Edad media española y realizan otra misión particular, cual es la de agruparse por regiones con vida y legislación especial, que entonces no fué contraproducente y que dió vida á la región sin desmembrar ni debilitar la aspiración geneneral de la guerra contra el infiel.

En este periodo histórico jugaron las Cortes un papel importantísimo, porque son la verdadera expresión de la representación nacional, y porque allí se anudan los esfuerzos de todos; y el rey, la nobleza y el clero, van todos á un fin común, cual es el de dictar disposiciones acertadas para la administración del pueblo, y para la empresa nacional y cristiana contra los árabes.

Pero estas Cortes tienen un nuevo carácter con la entrada en ellas del estado llano, y con el importantísimo papel de los procuradores de que tanto partido saca el monarca en más de una ocasión cuando quiere enfrenar las exageradas peticiones sin cuento de la nobleza y del clero, siendo el verdadero contrapeso de la una y de las otras.

Y por último, los códigos nobiliarios vienen á ser en la Edad media el símbolo del poder de la nobleza española, puesto que, no contenta solo con el poder dictatorial que ejercían, lograron y obtuvieron del rey y de las Cortes que se dictaran disposiciones especialísimas que garantizasen esos exagerados derechos y que también fijasen las relaciones inmediatas entre los nobles y los vasallos.

LECCIÓN 51.

LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA, EN LOS REINADOS DE D. FERNANDO III Y ALFONSO X EL SABIO.

Importancia que en materia legislativa tienen en España los reinados de Fernando III y Alfonso X.—Estado de la legislación de nuestra patria al comenzar este período histórico. —Proyectos legislativos de San Fernando.—El septenario y su importancia legal.—Trabajos legislativos de D. Alfonso el *Sabio*.—Fin que se propuso de uniformar la legislación española.—El Fuero Real.—Elementos que le componen y espíritu que preside en dicho código. —Principios que en él dominan y sus elementos con relación al Derecho civil, al público, al mercantil, al penal y al procesal.—El Espéculo.—¿Es código distinto al de las Siete Partidas?—Elementos que le informan y su contenido.—Código de las Partidas.—Causas, tiempo y lugar de su información.—¿Es un libro doctrinal, ó un verdadero código?—Distintos nombres que recibe.—Autor y redactores de las Partidas.—Correcciones del mismo.—Principios de este código referentes al Derecho civil, al público, al mercantil, al penal, al procesal y al canónico.—Trabajos importantes sobre las Partidas.—Otras manifestaciones legislativas del reinado de D. Alfonso X.—Leyes de los adelantados mayores.—Leyes nuevas, ordenamiento en razón de las Tafurerías.=*Crítica*.—Ideales de Fernando el *Santo*, en materias legislativas.—Elementos que aprovechó su hijo en la redacción de sus códigos.—Carácter que distingue á las disposiciones legales del Fuero Real y del Espéculo.—Gran significación que en la Historia de España tiene el Código de las Siete Partidas y las otras leyes de la época de D. Alfonso X.—Juicio imparcial acerca de D. Alfonso el *Sabio*, como legislador.

Los reinados de Fernando III el *Santo* y de Alfonso X el *Sabio*, tienen grandísima importancia en materia legislativa en España, toda vez que durante ellos se forman ya verdaderos códigos generales y se saca á la legislación del estado en que se encontraba anteriormente, dándose á luz los monumentos legislativos más importantes de la Edad media, y que fueron sin disputa el fundamento y precedentes de las legislaciones posteriores.

Al comenzar este período histórico se encontraba la legislación española sin caracter uniforme, sin plan alguno de unidad y con forma transitoria y de circunstancias, producto de la necesidad para satisfacer las ambiciones de los señores feudales, y la exagerada autonomía de los municipios.

Entonces San Fernando proyecta uniformar la legislación, dotando á su reino de un código general que destruyese las variedades del Derecho foral, de mas inconvenientes hasta entonces que las ventajas que había reportado. Para ello adopta medidas preparatorias para hacer comprender á todos que el bien de los súbditos era quien le llevaba á tomar tales medidas, y á la vez suprime los gobernadores vitalicios y nombra los alcaldes y jueces, los merinos y adelantados mayores, y el

mayor adelantado de la corte, y concede á los municipios territorios enclavados en su jurisdicción. dándose por vez primera el ejemplo en España de que el rey pida consejo á sus súbditos más ilustrados para el gobierno de su reino y para las reformas legislativas que proyectaba.

Y cuando vió que todas las clases del reino estaban dispuestas á recibir la mencionada reforma, comenzó á realizarla, escribiendo una especie de catecismo moral y religioso, que venía á ser la verdadera síntesis de toda la ciencia de la Edad media, y que con el nombre de septenario, se conoció en la Historia, y que no pudo terminar; pues le sorprendió la muerte, quedándonos solo fragmentos de dicho código y del que solo conocemos la introducción y un tratado de la «Fe Católica y Sacramentos de la Iglesia», en el que se demuestra su plan de concluir con el Derecho foral, modificándolo notablemente.

Su hijo D. Alfonso el *Sabio* prepara trabajos importantísimos que le acreditaron como legislador, mereciendo ciertamente este dictado toda vez que se ocupó de multitud de ellos con aplicación práctica, y formando códigos de importancia y no como algunos quieren, para ilustrar sus súbditos y preparar las reformas posteriores.

D. Alfonso X se propuso desde luego el plan de uniformar la legislación española, de fundir en un solo código la teoría con la práctica, la costumbre con la tradición y con la ciencia, y el elemento romano con el elemento germano, ya que de Italia había venido el renacimiento de los estudios jurídicos y canónicos, y que era la ocasión apropiada de lanzarse á reformas de tan grande trascendencia.

El fuero real, conocido también con el nombre de «Libro del Fuero», «Fuero de las Leyes», «Fuero de la Corte», «Fuero Castellano», «Flores de las Leyes» y «Libro de los consejos de Castilla», es el primer código, debido á la iniciativa fecunda en materia legislativa del rey D. Alfonso X, apareciendo á fines de 1254, y siendo dado como provincial á varias poblaciones, y teniendo después el carácter de código general.

Los elementos constitutivos de este código son el Fuero Juzgo y los Fueros municipales, personificando gráficamente el Derecho germano y nacional, siendo éste el espíritu en que se halla informado, é interviniendo solo el Derecho romano para suplir vacíos en algunas instituciones civiles.

Los principios que en él dominan, indicados anteriormente, nos prueban, al comparar este código con el Espéculo, de que ahoran hablaremos, que ambos están animados de un mismo espíritu, sin mas diferencia que éste inicia la generalización del elemento visigodo, difundida por los fueros, y el fuero real lo desenvuelve y completa. Los elementos de este código, con relación al Derecho civil, se refieren al matrimonio, arras, gananciales, dote, tutela (concedida también á la madre que no se casa, propiedad, contratación, etc.), todo inspirado en el código visigótico: respecto al Derecho público habla de la religión, formación de las leyes, monarquía, alcaldes, escribanos públicos y abogados: el Derecho mercantil tiene algunas leyes relativas al comercio marítimo, especialmente sobre las averías: en el Derecho penal señala castigos, particularmente en los delitos contra la fe católica; y

en los Procedimientos se desenvuelve un sistema completo de todos ellos, desde la demanda hasta la sustanciación de las apelaciones.

El Espéculo es otro código de Alfonso X, de pequeñísima importancia, y que nunca parece que tuvo aplicación en el foro, siendo sólo una pura teoría, como espejo de todos los derechos, y como generalización del elemento godo diseminado en los fueros.

Ha habido quien pretendió demostrar que el Espéculo es el mismo Código de las Siete Partidas, aunque no llegó á promulgarse ni fué verdadero código. Otros sostienen que sí lo fué, y que es distinto al mismo; pudiéndose en buena crítica afirmar que el Espéculo es un trabajo incompleto que nunca tuvo existencia propia ni fuerza legal, y que fué un trabajo teórico y de preparación para el código posterior de las Siete Partidas.

Los elementos que le informan se tomaron de los mejores fueros de Castilla y de León, generalizando aquellos precedentes de legislación goda, y sin tener en el origen las tradiciones romanas. Se pensó fuera código general de la monarquía castellana, pero nunca fueron aplicadas sus leyes en los tribunales. Su contenido, de los siete libros que comprende, trata de la legislación y de la religión, del Derecho público, la clase militar y de la organización de los tribunales y administración de justicia, creyéndose por algunos que los libros VI y VII, se referían á otros asuntos, no mencionados en los anteriores.

El código de las Siete Partidas es el más importante de los que se hicieron en tiempo de D. Alfonso, llamado con justicia el Justiniano del Derecho español.

Se cree que la causa de la formación del Código de las Siete Partidas, era, según declara el mismo monarca, á más de la indirecta de rendir parias á la silla pontificia, por sus aspiraciones á la corona de Alemania, el verificar la reforma legislativa con el auxilio del gobierno en esta tarea, y poner á los hombres en camino de conocer el derecho y la razón. Comenzó á hacerse este código, en 23 de Junio de 1256, acabándose siete años después. Se cree que el lugar de su formación fué Sevilla, ya porque fué la ciudad donde más residió D. Alfonso, ya también porque todos los ejemplos de este código se refieren á hechos realizados en dicha población. Sin embargo, hay otros que creen que se redactó en la ciudad de Murcia, pudiendo afirmarse en definitiva, que en ambas poblaciones se redactó el inmortal Código de las Partidas.

Es cuestión muy debatida el afirmar si D. Alfonso quiso hacer con esta obra un libro puramente doctrinal ó un verdadero código, y á pesar de los razonamientos que defiende la primera opinión, hay que afirmar que las Siete Partidas tuvieron por fin en su formación, el sustituir con una legislación única y ordenada la multiforme y anárquica de los fueros municipales y nobiliarios.

También recibe multitud de nombres las Sietes Partidas, llamándoseles «Libro de las Leyes ó Fuero de las Leyes» y «Libro de las Posturas»; y se le dió oficialmente el nombre de Partidas por D. Alfonso XI, en las Cortes de Segovia de 1357, y en las de Alcalá de 1348.

En cuanto al autor y redactores de las Partidas, desde luego se seña-

como autor á D. Alfonso X, que si materialmente no las hizo fué el inspirador de ellas, el director de todos los trabajos y el iniciador de esa reforma legislativa de tan significativa importancia. En cuanto á redactores hay multitud de nombres, citándose el de Azón y sus discípulos, los Alcaldes y Casa-Corte de Sevilla, el Consejo de Castilla, el mismo D. Alfonso, el maestro Jácome Ruiz, Roldán, y Fernando Martínez, y los diez sabios, que en el reinado de Fernando III prepararon la formación de este código; pero la opinión más unánime es que los verdaderos redactores de este código fueron los jurisconsultos Jácome Ruiz, Fernando Martínez y Roldán.

La corrección de este código fué debida á D. Alfonso XI, antes de sancionarlo por el Ordenamiento de Alcalá, restableciendo la integridad de los textos, reparando los errores de los copistas y las adulteraciones hijas del tiempo.

El Código de las Siete Partidas comprende principios importantísimos de Derecho, referentes a todas las manifestaciones del mismo. En cuanto al Derecho civil habla de todas las cosas sujetas á señorío, de los modos de adquirir inspirándose en la ley romana, del matrimonio y sus efectos civiles para las personas y bienes, tomándose todo del Derecho canónico y del romano en cuanto á los bienes dentro del matrimonio; y hablando también de la contratación, estipulación, testamento y herencia, casi todo tomado del derecho de Justiniano. En cuanto al Derecho público trata de emperadores, reyes y señores por sucesión y derecho hereditario, declarando la indivisibilidad del reino. De Derecho mercantil se disponen preceptos sobre mercados, compañías mercantiles, comercio marítimo y tribunales especiales de comercio. De Derecho penal, se establecen principios sobre el castigo de los delitos y el procedimiento de oficio, por acusación ó denuncia, fijando la naturaleza y condiciones de la pena. De Derecho procesal, siguiendo el plan del Fuero real, habla de la clasificación de los juicios, y forma un plan completo de Derecho procesal español. Y por último, en cuanto al Derecho canónico, cita varias disposiciones, muchas tomadas del Decreto de Graciano y de las Legítimas ó Falsas Decretales, especialmente del Derecho de asilo, regularizando el cobro de los diezmos y dando gran facultad á la autoridad eclesiástica.

Sobre las Partidas se han hecho muchísimos trabajos, no solo en la Edad media sino en épocas posteriores, siendo de notar que de dicho código hay hasta 25 ediciones, que de ellas tres son las más importantes, así como los trabajos y monografías, á propósito de este código, especialmente en el siglo actual.

En el reinado de D. Alfonso X el *Sabio* hubo otras manifestaciones legislativas, aunque de menos importancia, pero que representan el afán de aquel monarca de dar una ordenación adecuada á toda la legislación durante su tiempo.

Entre éstas se mencionan tres pequeñas colecciones publicadas en su época, llamándose la primera Leyes de los Adelantados Mayores, y que consta de cinco leyes, encaminadas á fijar las atribuciones y deberes de los Adelantados.

La segunda, publicada después del Fuero real y para aclarar las dudas de la misma, recibió el nombre de Leyes Nuevas, disponiéndose en ellas algunas particularidades sobre particiones y contratos, y en el Derecho penal lo relativo á injurias y lesiones. También en 1276, el rey D. Alfonso comisionó al jurisconsulto Roldán para que redactase el Ordenamiento en razón de las Tafurerías, con el fin de que una manera ordenada se determinase el régimen que debía seguirse en las casas públicas de juego, de envite y de azar.

Crítica.—El rey D. Fernando III el *Santo*, tuvo como ideal en materia legislativa la uniformidad de la legislación, y el que en España hubiese un Código general con el fin de que desapareciesen los graves peligros del Derecho foral para lo que toma medidas y precauciones, y se ilustra con los sabios de su reino; y hubiera realizado perfectamente todos los ideales que se proponía en materias legislativas, á no haberle sorprendido la muerte en los momentos críticos en que estaba dedicado á estas empresas de reforma de la legislación española.

Pero no fueron infructuosos sus trabajos; pues que éstos y la disposición del país á recibir estas reformas, así como la comisión de sabios que en ellas se ocupaban, las aprovechó perfectamente como elementos propios, su hijo D. Alfonso X, é hizo que sin dificultad alguna, la gigantesca empresa de la reforma legislativa de nuestra nación, se realizase por el rey legislador, que con toda justicia ha merecido ante la Historia el dictado de *Sabio*, y que fuese el que real y efectivamente, con los elementos que aprovechó de su padre y con los suyos propios, realizó la verdadera unidad de la legislación española.

El Fuero real y el Espéculo, ya se le considere como Fuero provincial ó general, tienen un carácter particular en todas sus disposiciones, como representación del Derecho germano y como unión del Fuero Juzgo y los Fueros municipales, con carácter más teórico el 2.° que el otro de dichos códigos.

El Código de las Siete Partidas como la obra monumental y la más grandiosa de todas las que en materia legislativa acometió el rey don Alfonso X, tiene una grande significación en la Historia de España, toda vez que varió en absoluto la legislación del país y resultó un código de grande importancia; si bien es cierto que el Derecho romano y el canónico son la base primordial del mismo, sin que por eso se olvidasen otros principios distintos que ya están perfectamente exteriorizados en otros códigos del mismo rey, completándose su obra legislativa con las pequeñas colecciones de leyes de que anteriormente hemos hablado.

D. Alfonso el *Sabio*, que como autor notable de obras en prosa y en verso merece una altísima consideración, y es uno de nuestros más insignes literatos de la Edad media, como legislador ocupa un puesto importantísimo en nuestra patria, toda vez que él, por su iniciativa fecunda y por sus eficaces trabajos, logró dar unidad completa á nuestra legislación, sacarla del caos en que vivía, armonizar todas las pretensiones jurídicas, y rindiendo el merecido tributo á la religión y á su representante acá en la tierra, no por eso olvidó en lo más mínimo las reales prerrogativas ni los justificados derechos de cada uno de sus súbditos.

LECCIÓN 52.

LEGISLACIÓN ESPAÑOLA DESDE D. FERNANDO IV EL EMPLAZADO, HASTA LOS REYES CATÓLICOS.

Trabajos legislativos de la época de D. Fernando IV el *Emplazado*.—Las leyes del Estilo.—Análisis de los principios que en ellas dominan y elementos que las informan.—Pensamiento legislativo de Alfonso XI.—Solemne promulgación del código de las Siete Partidas.—El Ordenamiento de Alcalá.—Carácter de transacción que tiene la legislación de este período histórico.—El antiguo y el nuevo derecho.—Elementos constitutivos del Ordenamiento de Alcalá.—Sus escasas manifestaciones en cuanto al Derecho civil, al público, al penal y al procesal.—Fuerza legal que alcanzó este código.—Instituciones políticas, administrativas, judiciales y científicas relacionadas con el derecho en este período.—Jurisconsultos españoles notables del mismo.—Estado de la legislación española desde el Ordenamiento de Alcalá hasta los Reyes Católicos.—Ordenanzas reales de Castilla ó de Montalvo.—Examen de su contenido y autoridad legal de las mismas.—Pragmáticas posteriores al Ordenamiento de Alcalá.—La representación nacional en España durante este tiempo.—Elementos que aportaron á la legislación las Cortes de Castilla y de León, de Navarra, de Aragón, de Cataluña y de Valencia.—Organización judicial que se implanta por entonces.—El consejo real de Castilla y su importancia.—= *Crítica*.—Pensamiento que informan las reformas legislativas en España desde D. Fernando IV hasta los Reyes Católicos.—Juicio imparcial acerca de los códigos desde las leyes del Estilo hasta las últimas ordenanzas y pragmáticas de este período histórico.—Comparación entre el estado que presenta la legislación española y el que tenía en las épocas anteriores.

Desde el reinado de D. Alfonso X el *Sabio*, no aparecen trabajos legislativos hasta la época de D. Fernando IV el *Emplazado*, lo cual no es extraño teniendo en cuenta los disturbios ocurridos en Castilla durante los últimos años del rey sabio, y los que tuvieron lugar durante el tiempo de su hijo D. Sancho IV el *Bravo*, y la primera parte del reinado del mismo D. Fernando IV, que prodigando favores á la nobleza extendió también la concesión de señoríos.

En su tiempo, y bajo la tutela y regencia de su heroica madre doña María de Molina, se dió la primera colección de leyes, que recibe la denominación de «Leyes del Estilo», en la que ni se pensó en la unificación del Derecho, ni se sancionó por dicha soberana.

Se compone de 252 declaraciones, que no habiendo sido sancionadas por el legislador no merecen, aunque así se califican, el nombre de leyes. Se les atribuye al jurisconsulto Oldrado; se publicaron en 1310; comprenden los estilos observados en los tribunales de Castilla, desde la época del rey sabio; y tratan de los procedimientos civiles y criminales, aclarando otros puntos dudosos en materia civil, y siendo verdaderas aclaraciones al Fuero real, dominando en ellas el mismo espíritu

que en aquél, con carácter eminentemente nacional sin fuerza obligatoria, hasta que después en las recopilaciones la adquirieron.

En el reinado de D. Alfonso XI, toma el Derecho otro camino, cual es el de la generaclizaión. Y por eso dicho rey regularizó la acción del Estado, y hace que desaparezca la anarquía del Derecho para que todo su pensamiento se concrete en esta reforma á fin de completar la obra del monarca legislador.

Por eso lo primero que hace es tomar en consideración los Fueros nobiliarios y municipales, y aceptar el Código de las Siete Partidas, promulgándolo solemnemente, ya que los jurisconsultos lo estudiaban y los tribunales aplicaban frecuentemente su doctrina.

El Ordenamiento de Alcalá, publicado en las Cortes de dicho nombre, en 1348, tuvo por precedentes los de Ciudad Real y Segovia, donde con las leyes promulgadas directamente por Alfonso XI, y el Ordenamiento de las Cortes de Nájera se hizo esta compilación, hallándose con las encontradas aspiraciones de nuestro Derecho; cuya compilación ha sido por mucho tiempo desconocida hasta que después se publicó y se extendió, empezando con este código de leyes la cuarta época de la historia de nuestro derecho.

Este período histórico, en cuanto á su legislación, tiene un carácter de transacción especial, toda vez que transige con los principios y con el movimiento filosófico-legislativo de los tiempos anteriores y prepara una nueva fisonomía á la legislación patria.

Por eso también se llama este período *mixto*, porque enlaza el antiguo y el nuevo Derecho, estableciendo la armonía ó concordia del romano y el germano, los cuales comparten la unidad legislativa, pero conservando una y otra su propia personalidad é independencia, y que una representaba á la unidad, otra á la variedad; una indicaba la sabiduría y su fondo de justicia, y la otra constituía nuestras primitivas y seculares leyes con carácter eminentemente legislativo.

Los elementos constitutivos del Ordenamiento de Alcalá son: 1.°, el Ordenamiento de leyes de las Cortes de Ciudad Real, con el título de leyes de Villa Real: 2.°, las de las Cortes de Segovia; 3.°, las del Ordenamiento de Nájera, dadas por Alfonso VII y que el mismo las divide en las Cortes de Alcalá de 1348, que derogan algunas de las leyes de Partidas y son anteriores al Ordenamiento de Alcalá que estamos examinando.

Son muy escasas sus manifestaciones en cuanto al Derecho; pues que de Derecho civil en sus 32 títulos, sólo son notables aquellas leyes que tratan de la contratación, en las que se aparta de las tradiciones romanas, y se da fuerza al principio de la obligación siempre que se pruebe su existencia. Lo mismo ocurre con las disposiciones testamentarias, en que los testigos son la solemnidad importante para darlas fuerza. En cuanto al Derecho público se declara el sentido de algunas leyes sobre jurisdicción y señoríos. De Derecho penal se castiga á los funcionarios del orden judicial que no cumplen con sus deberes; y en cuanto al Procesal, se organiza y unifica esta materia introduciendo grandes reformas.

Este código alcanzó fuerza legal, realizando la transacción entre el antiguo y el nuevo Derecho, determinando el orden de prelación de los códigos, extendiéndose ante todo á las leyes de este Ordenamiento y después al Fuero municipal y al fuero de las leyes con carácter general en todas las ciudades, villas y lugares. Este cuerpo legal fué confirmado por D. Pedro en las Cortes de Valladolid y sus sucesoras, hasta los Reyes Católicos, que lo incluyeron en la primera de las Leyes de Toro.

En este período histórico hay que estudiar también algunas instituciones políticas, administrativas, judiciales y científicas relacionadas con el Derecho. Entre las primeras están las Cortes, en cuyo período se desarrollan y llega á su mayor apogeo, siendo las más notables las convocadas en Burgos por Alfonso VIII, y después las de León de 1118, compuestas de la nobleza y el clero en Castilla, y de éstos elementos, más los Infanzones en Aragón; y siendo también notables las Cortes de Valencia, de Cataluña y de Navarra, como verdaderas representaciones en nuestro pueblo en aquellas edades. En cuanto al Derecho administrativo se hicieron variaciones, creándose un cuerpo especial que sirviera de norma en el gobierno y en el régimen de la nación, cuyo cuerpo adquiere su grande importancia en la época posterior. En la institución judicial vemos los jueces y las audiencias divididas: los primeros en mayores y menores y alcaldes de corte, y los últimos con oidores, letrados y eclesiásticos; siendo Segovia, desde D. Juan I, la primera ciudad en donde se estableció audiencia. Y en cuanto á instituciones científicas nos encontramos con las universidades, que desde la de Salamanca, fundada en el reinado del rey sabio, se fueron creando otras, como la de Barcelona en 1430, y las posteriores, que demuestran el afán con que se miraba por entonces la pública instrucción.

Entre los jurisconsultos españoles notables de este período histórico, además de los muchos que florecieron en las universidades extranjeras, como García, en Bolonia, San Raimundo de Peñaflor y otros, tenemos los que anteriormente han sido nombrados, y que estudiaron en centros de enseñanza españoles, y que mas ó menos directamente intervinieron en la redacción de las Partidas y en los Códigos posteriores.

La legislación española, desde el Ordenamiento de Alcalá hasta los Reyes Católicos, va variando de aspecto, y se publican algunos códigos que son ordenamientos y recopilaciones, cuyos nombres indican que estos trabajos son más prácticos que científicos, y cuyo fin era reunir en determinados volúmenes las leyes y pragmáticas con anterioridad publicadas sobre distintas materias.

Lo primero que hemos de estudiar es lo que se llama Ordenanzas de Castilla ó de Montalvo, que viene á ser la aclaratoria de la multitud de órdenes, leyes y pragmáticas publicadas después del reinado de don Alfonso XI, y que si bien se quería formar desde los reinados de don Juan II y Enrique IV, no se realiza hasta el de los Reyes Católicos.

Fué formado este Ordenamiento por Alfonso Díaz de Montalvo, y se publicó en Huete, en 1484, recibiendo los nombres de Ordenanza Real de Castilla, Ordenamiento Real, Ordenamiento de Montalvo y otros,

distribuyéndose en ocho libros, y éstos en títulos y leyes, y conteniendo la materia eclesiástica, el Derecho público, los procedimientos judiciales, el civil, la administración y el Derecho penal, dominando en él el elemento nacional y práctico, con exclusión de las leyes de origen romano, y estando en vigor hasta que perdió su importancia con la aparición de la Nueva Recopilación.

Posteriores al Ordenamiento de Alcalá hubo multitud de pragmáticas que para algunos eran un suplemento al Ordenamiento de Montalvo, y que se publicaron en 1503, comprendiendo no sólo las pragmáticas que los Reyes Católicos promulgaron con posterioridad á dicho Ordenamiento, sino también las Bulas pontificias en favor de la Real Jurisdicción, aprobándose por este monarca, según la cédula confirmatoria de las mismas.

Durante este tiempo tiene una gran importancia la Representación nacional en España, pues que es cuando se desarrollan y llegan á su mayor apogeo las Cortes, preparando la pérdida de su influencia en el siguiente período, á causa de aumentar considerablemente el poder y las prerrogativas de los monarcas.

A la legislación aportan grandes elementos las Cortes de Castilla y de León, de Navarra, de Aragón, de Cataluña y de Valencia, lo cual no es extraño, porque los pueblos habían conseguido de los monarcas el derecho de hacerse representar en Cortes por sus procuradores; y las leyes de este período y otras de la Recopilación, demuestran la grande influencia de estas Cortes, ya en lo relativo al juramento del príncipe de Asturias y del monarca, ya en votar ó en negar los impuestos, ya para las declaraciones de guerra y de paz y pago de las contribuciones, ya en Aragón para lo que se llama el privilegio de la unión y el poder de la justicia mayor en los interregnos parlamentarios, así para el ejercicio del privilegio de las manifestaciones, ya también para el ejercicio de sus fueros en las Cortes de Valencia, Cataluña y Navarra.

Por entonces también se inicia é implanta en España la verdadera organización judicial, pues que á la forma que anteriormente tenía y á la manera de administrar justicia, sucedió una organización judicial con giro de trascendencia y novedad, cual es la creación de los tribunales colegiados ó audiencias, en que ya comienza de una manera separada á administrarse en todos la justicia para los asuntos civiles y criminales, y se rompe la antigua nomenclatura de los jueces de las pequeñas comarcas, de Adelantados de provincias y de la administración de justicia por el monarca en última instancia, y en los casos llamados de corte, hasta que estas audiencias tienen su suprema sanción con el establecimiento de las dos chancillerías, como supremos tribunales de la nación, en Valladolid y Granada, en tiempo de los Reyes Católicos.

El Consejo real de Castilla, como manifestación la más alta de las instituciones administrativas de la época actual, tiene su origen en el reinado de D. Juan I, por más que hay quien asegura que existió en tiempo de los godos, y otros que se creó en época de San Fernando. Sus facultades é importancia eran muy grandes, aunque sólo administrati-

vas, componiéndose de 12 individuos, cuatro de ellos letrados, los que se aumentaron después hasta 16, reglamentando sus funciones, y siendo elevado su número en tiempo de D. Juan II hasta 65, clasificándose en dos secciones y variando su organización de modo muy distinto en la siguiente época histórica de la legislación española para preparar lo que después había de ser el actual Consejo de Estado.

Crítica.—Las reformas legislativas en España desde la época de don Fernando IV el *Emplazado* hasta la de los Reyes Católicos, las informan todas ellas un pensamiento especial, cual es el de romper los antiguos moldes de la legislación anterior, el de aclarar todas las dudas, y el de que el Derecho, eminentemente nacional, se sobreponga á los derechos particulares que hasta entonces venían rigiendo.

Los códigos publicados en este período histórico desde las Leyes del Estilo hasta las Ordenanzas de Montalvo, merecen un juicio imparcial y desapasionado, toda vez que los primeros, como verdaderas aclaraciones al Fuero real, y como relacionadas con la jurisprudencia de los tribunales y las costumbres de la época, prestaron un gran beneficio al país en materia legislativa. El Ordenamiento de Alcalá realiza la grande obra de la generalización legislativa y la transición entre el antiguo y el nuevo Derecho; y las Ordenanzas de Montalvo, así como las pragmáticas publicadas posteriormente á este Ordenamiento, vienen á recompilar todas las disposiciones anteriores, y resplandece en ellas, como en todos los códigos de este período, el espíritu eminentemente nacional y práctico.

Al comparar el estado que presenta la legislación española y el que tenía en épocas anteriores, podemos afirmar, sin exageraciones de ningún género, que aunque como colecciones legislativas y como códigos de alta significación é importancia, los hubo superiores en la época anterior, esta tiene un carácter distinto y diferencial, cual es el de hacer que á todo trance resplandezca la condición del Derecho, como eminentemente nacional y práctico, y de ahí que en justa comparación, esta época no pueda presentarse como inferior á la anterior, sino que lo que en importancia de los códigos pierde, lo gana en la significación y en las tendencias eminentemente nacionales que le distinguen en materia legislativa.

LECCIÓN 53.

EDAD MODERNA.

Historia Externa.

PRINCIPIO DEL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS HASTA LAS GUERRAS DE GRANADA.

Extensión de la Edad Moderna.—Su carácter general—Primera época de la misma.—Subdivisión de ésta en dos períodos principales.—División del primer período en tres subperíodos.—Examen del primero desde la proclamación de D. Fernando y D.ª Isabel hasta las guerras de Granada.—Hechos importantes que le caracterizan.—Cómo tiende la Edad Moderna á unir la Antigua y la Media.—Importancia que tiene para la Historia patria el matrimonio de D. Fernando y de D.ª Isabel.—Proclamación en Segovia de D. Fernando y D.ª Isabel como Reyes de Castilla.—Cuestiones sobre la gobernación del reino.—La princesa D.ª Juana.—Guerra de sucesión.—D. Alfonso V penetra en Castilla.—Celebra esponsales con D.ª Juana.—La nobleza castellana y el arzobispo de Toledo.—Batalla de Toro.—San Juan de los Reyes.—Paz con Portugal.—Nacimiento de la infanta D.ª Juana.—La Beltraneja se retira á un claustro.—D. Fernando, rey de Aragón.—Unión de Aragón y de Castilla.—Creación de la Santa hermandad.—Revocación de las mercedes enriqueñas.—La administración de justicia.—Tendencias á la unidad legislativa.—Reformas en el orden eclesiástico.—Relaciones de los reyes con la iglesia.—Concilios inéditos.—Célebres Cortes de Toledo.—Expedición á las islas Canarias.—Leyes sobre moneda dictadas por los reyes.—Establecimiento de la Inquisición.—Cómo es recibida en Castilla y en Aragón.—La Inquisición antigua en España.—Su estado en los siglos XIV y XV.—La Inquisición moderna.—Repugnancia de la reina á su establecimiento.—Por fin se establece en Castilla y en Aragón.—*Crítica.*—Sólo por causas providenciales vienen á ser reyes de Castilla y de Aragón D. Fernando y D.ª Isabel.—Cómo se explica el tránsito de la Edad Media á la Moderna.—Juicio acerca de la conducta independiente de D.ª Isabel sobre la gobernación del reino.—Opinión imparcial acerca de las reformas realizadas en este subperíodo por los Reyes Católicos, especialmente sobre el establecimiento de la Inquisición.

La Edad moderna de la Historia de España, comprende la extensión de tiempo desde el año 1474, en que se verifica la proclamación de los Reyes Católicos como monarcas de Castilla, hasta 1808 en que verdaderamente comienza la guerra de la Independencia y la Historia Contemporánea.

Se caracteriza por la unidad nacional, por los descubrimientos allende los mares, por afianzarse fuertemente el sentimiento religioso y por el poderoso dominio de la Monarquía.

Dividida esta Edad en tres épocas principales, se ocupa la primera del reinado de los Reyes Católicos, desde los primeros sucesos del mismo hasta el definitivo entronizamiento de la Casa de Austria en España.

A su vez esta primera época se subdivide en dos períodos principales, comprensivo el primero del privativo reinado de los Reyes Católicos hasta la muerte de D.ª Isabel I en 1505; y el segundo, que se ocupa de las regencias en Castilla desde aquel suceso histórico, hasta el año 1517 en que termina la regencia del Cardenal Cisneros.

También para el ordenado estudio que hemos de hacer del primer período de la primera época de la Edad moderna, la dividimos en tres subperíodos; estudiando en el primero los primeros años del reinado de los Reyes Católicos; en el segundo, las guerras de Granada; y en el tercero, los hechos históricos ocurridos en España hasta la muerte de doña Isabel.

Examinando el primero, hay que ver los sucesos importantes ocurridos en nuestra nación, desde 1474, en que son proclamados reyes de Castilla D. Fernando y D.ª Isabel, hasta 1481, en que comienzan las guerras de Granada por negarse el penúltimo monarca nazharita á satisfacer el vasallaje á que estaban obligados sus predecesores desde los tiempos de San Fernando.

Los hechos importantes que caracterizan este subperíodo, que los historiadores llaman de reorganización y reforma son los siguientes: la guerra de Sucesión y las Reformas para mejorar el estado social y para asegurar la unidad religiosa y política.

La Edad moderna parece que tiende á unir la Antigua y la Media; pues que con nuevos elementos y con nueva savia se gobierna la nación española; pero sin olvidar por un sólo instante los elementos que los dominadores de nuestra nación en la Edad Antigua, y los godos primero, y los cristianos de la Reconquista después, en la Edad media, aportaron á nuestro gobierno, en consonancia con las exigencias y necesidades de los nuevos tiempos.

El matrimonio de D. Fernando II de Aragón con D.ª Isabel I de Castilla, tiene una importancia grandísima para la Historia patria, toda vez que sin saberlo, y providencialmente, se preparó la unión de las coronas aragonesa y castellana, y el período brillante de la unidad nacional y de la grandeza de nuestro país. Este matrimonio verificado más por amor que por conveniencia, pues que no podía vislumbrarse nunca que ninguno de los dos esposos reinara, llevó desde el primer momento el sello de la felicidad, por las inapreciables condiciones de virtud de la esposa, y el talento discretísimo y enérgico de D. Fernando.

Muerto Enrique IV de Castilla fueron proclamados ambos esposos como reyes de esta nación en la ciudad de Segovia, y presente sóla la reina, allí se repitieron las ceremonias cuando D. Fernando volvió de Aragón. La fórmula de esta proclamación fué: «Castilla por el rey don Fernando y por la reina D.ª Isabel, su mujer, propietaria de estos reinos.»

El carácter enérgico y entero del monarca aragonés y sus pretensiones de gobernar solo en Castilla, dieron origen á algunos disgustos y cuestiones entre los esposos sobre la gobernación de estos reinos, que fueron orilladas con la exquisita prudencia de D.ª Isabel, logrando que su esposo acatase la decisión de dos árbitros nombrados para este asunto

que fueron el Cardenal Mendoza y el Arzobispo de Toledo, decidiéndose que ambos monarcas administrasen la justicia de mancomún ó independientemente, que los documentos reales fueran firmados por ambos, que en el sello real fuesen juntas las armas de Castilla y Aragón, y que siempre se reconociese á D.ª Isabel como reina propietaria y con atribuciones especiales. De aquí nació la famosa leyenda «Tanto monta» que aparece esculpida en monumentos de aquella época.

Mas como á la muerte de Enrique IV hubiese quedado solo su pretendida hija D.ª Juana la *Beltraneja*, que á pesar de su origen tenía parciales en Castilla, éstos levantaron la bandera de la insurrección, oponiéndose al entusiasmo conque había sido acogida la proclamación de D.ª Isabel.

Los parciales de la *Beltraneja*, entre los que estaban el marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo, ofrecieron la mano de la pretendida Infanta á D. Alfonso V de Portugal, que aceptó, y se dispuso á defender sus derechos con las armas en la mano, comenzando así aquella guerra de Sucesión, iniciada en 1475.

D. Alfonso V, que á más de defender los derechos de la *Beltraneja*, deseaba manifestar su despecho por haber sido desairado, tiempos atrás, en sus pretensiones al enlace con la reina de Castilla D.ª Isabel, entró con grueso ejército en territorio castellano y se hizo dueño de Toro y de Zamora.

Antes había contraído esponsales con D.ª Juana, que no llegaron por la fuerza de las circunstancias á convertirse en verdadero matrimonio.

Es de notar la división en la nobleza castellana; pues mientras casi todos amparaban el legítimo derecho de D.ª Isabel, otros se colocaron al lado de la Beltraneja, siendo de advertir que muchos lo hicieron también por despecho y por ser enemigos del ascendiente que el Cardenal de España, Arzobispo de Sevilla D. Pedro Fernández de Mendoza iba logrando en el ánimo de los reyes. Estos, viendo la invasión del portugués en territorio castellano, con actividad y enérgia equiparon una hueste numerosa, secundada por el pueblo y por sus vasallos leales, y sufragada en parte con recursos de todo género, entre ellos la mitad de la plata de las iglesias, y en poco tiempo formaron un ejército á cuyo frente se puso D. Fernando, saliendo en contra del invasor lusitano.

Entonces dióse la batalla decisiva de Toro en 1476, en la que después de accidentes de distinto género, fué vencido el portugués con tal resolución que casi todos los nobles rebeldes se pasaron al bando de D.ª Isabel y fueron recobrándose todas las plazas que estaban en poder de los portugueses.

Para conmemorar esta decisiva victoria se mandó por los reyes de Castilla construir en Toledo el magnífico edificio de San Juan de los Reyes, que es un modelo notable de arquitectura de aquellos tiempos y que demuestra la piedad sin tasa de los monarcas católicos.

No pudiendo sostenerse la guerra por parte de los rebeldes, y después de nuevas derrotas, tuvo que pactarse en 1479 una paz con Portugal á virtud de la cual aquellos abandonaron sus pretendidos derechos á la

corona de Castilla, mediante promesas de casamientos que la fortuna impidió se realizaran.

Por entonces nació la Infanta D.ª Juana, que tanta importancia había de tener más tarde en nuestra Historia y que estaba destinada á heredar y trasmitir á sus sucesores la monarquía española definitivamente formada.

Desengañada de todo, ó forzada por las circunstancias, D.ª Juana la *Beltraneja* tomó el habito en el Convento de Santa Clara, de Coimbra, muriendo fuera de él, en su palacio de Lisboa, el año 1530.

Casi cuando concluían las discordias con Portugal y nacía D.ª Juana, muere D. Juan II de Aragón; y por haber muerto antes el príncipe de Viana, (según algunos víctima del veneno), heredero de la corona, ocupa el trono de aquella nación D. Fernando, II de este nombre en aquel país, y V en Castilla, y que más tarde había de merecer, como su esposa, el honroso dictado de «católico.»

Y ya entonces se realiza la unión de Castilla y de Aragón, dada la inquebrantable solidaridad de miras de ambos esposos, y preparándose así la gran obra de la unidad nacional.

Por eso los reyes, desde entonces, y una vez vencido Portugal, así como las pretensiones de Luis XIV de Francia, y el motín de Segovia, originado por celos de la nobleza, se dedicaron los reyes á implantar y promover importantes reformas, siendo la primera la creacion de la Santa Hermandad (muy parecida á nuestra moderna guardia civil), formando un cuerpo de 2,000 hombres de á caballo para perseguir á los malhechores, y si era preciso contener á los mismos nobles que devastaban los territorios, cuya creación fué confirmada por las Cortes de Madrigal en 1476, siendo sus procedimientos sumarios y ejecutivos, y las penas que imponían graves y rigurosas.

También se ocuparon los reyes de revocar la multitud de mercedes que á la nobleza se habían concedido desde la época de D. Enrique, y que se conocían con el nombre de «enriqueñas», que acrecentaban el poder de los grandes y empobrecían el erario. Es justo confesar que la nobleza no se rebeló, y acató gustosa esta disposición que le privaba de la mitad de su fortuna.

La administración de justicia fué otro de los asuntos de que se ocuparon los reyes con tanto empeño que la misma reina presidía los tribunales de justicia (los viernes de cada semana), rodeándose de letrados y hombres de valer, instituyendo las chancillerías como tribunales superiores de justicia, creando cinco Consejos superiores, y publicándose en su tiempo el Ordenamiento de Montalvo, cuyo fin era entre otros, reducir á justos límites la influencia de los nobles y enaltecer el prestigio del trono.

Por eso los reyes tendieron siempre á la unidad legislativa, desapareciendo en su tiempo aquellas leyes de privilegio, estando armonizados los intereses de la nobleza con los generales del Estado, y de todos sus súbditos.

También en el orden eclesiástico acometieron D. Fernando y D.ª Isabel grandes reformas, como fueron las de las órdenes religiosas, realiza-

das por el Cardenal Cisneros, que de humilde fraile llegó al más alto puesto del Episcopado español. Asimismo lograron la incorporación á la corona de los maestrazgos de las Ordenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, aumentándose de este modo los ingresos del tesoro y quitándoseles á dichas órdenes y á sus maestres, el absorbente poder que hasta entonces habian tenido.

Las relaciones de los reyes con la Iglesia se manifestaron por lograr de la Santa Sede el restablecimiento del antiguo patronato de los reyes de Castilla y de Aragón para la presentación de candidatos á los Obispados vacantes.

Asimismo se celebraron varios concilios provinciales y diocesanos en España en este tiempo para tratar de asuntos relativos á la exclusiva disciplina de nuestra Iglesia, pero que por la fuerza de las circunstancias y porque al fin los reyes se entendieron perfectamente con la corte romana, no se sancionaron y promulgaron sus cánones, mereciendo la denominación de inéditos.

Son también en este tiempo célebres las Cortes de Toledo de 1480, porque en ellas recibió considerable impulso el sistema de orden y gobierno que se habían propuesto los reyes aplicar á Castilla, ya referentes á la administración de justificación, ya á la visita de cárceles, ya á la creación de abogados de pobres y á la inspección de los tribunales inferiores.

En este tiempo también fueron definitivamente conquistadas las Islas Canarias, que desde Enrique III estaban parte de ellas bajo la protección de Castilla. Estas islas fueron pobladas por los *guanches,* y con el nombre de Afortunadas las conocieron los romanos, fenicios y cartagineses.

También acerca de la moneda dictaron algunas disposiciones los Reyes Católicos, siendo las principales la que fijaba el valor de la misma, la reducción de las fabricas de acuñación á 5, y la prohibición absoluta á la nobleza de acuñar moneda en los reinos de Castilla.

Por último, para terminar las grandes reformas iniciadas y asegurar definitivamente la unidad religiosa y política en España, establecieron el tribunal de la Inquisición, cuya existencia databa en España de 1232 desde que Cataluña la recibió de la Provenza, en adelante.

En Castilla fué implantado en 1483 á pesar de la oposición de doña Isabel, por Bula del Papa Sixto IV, siendo nombrado gran inquisidor Torquemada, y estableciéndose para su gobierno el Consejo de la Suprema, y sirviendo como instrumento para afianzar la unidad religiosa, abatir el poder feudal, afianzar la monarquía absoluta y destruir los privilegios de la nobleza y de las ciudades. Mayores dificultades tuvo en Aragón, porque muchos abogados de Zaragoza, eran conversos y estaban emparentados con judíos muy ricos é influyentes, lo que dió ocasión á la muerte de San Pedro de Arbues, primer inquisidor aragonés, y á la matanza de judíos con este motivo.

La Inquisición antigua en España data desde el siglo XIII, estableciéndose en Cataluña, adonde llegó desde la Provenza, siendo creada como una necesidad contra los albigenses por el Papa Inocencio III y

por bula de Sixto IV, y siendo su objeto inquirir y castigar á los herejes y apóstatas, recibiendo el nombre también del Santo Oficio.

En los siglos XIV y XV toma mayores vuelos y presta señaladísimos servicios, ya en contra de las herejías, ya para facilitar la implantación definitiva con carácter de unidad de la fe católica en España á fines del siglo XV y principios del XVI, librando á nuestra patria de las guerras religiosas que asolaron á Europa en los siglos XVI y XVII con motivo del protestantismo.

La inquisición moderna tuvo un carácter distinto al de la inquisición de los otros siglos, y llegó á ser solo un auxiliar de los tribunales ordinarios de justicia, empleándose en ella las pruebas y tormentos que estaban admitidos por la legislación común. Es cierto que tuvo un período de relajación y en que quizás se abusó de ella, hasta que merced á las ideas liberales del presente siglo se decretó su abolición; pero nunca podrá negarse que prestó señaladísimos servicios á la causa nacional y cristiana en España en sus mejores tiempos.

La repugnancia de D.ª Isabel al establecimiento de la inquisición en Castilla, se explica por el carácter dulce, generoso y benigno corazón que tenía, aunque estaba llena de celo religioso, por lo que condescendió en el establecimiento de dicho tribunal, no sin que una vez establecido, suspendiese la ejecución de la Bula pontificia hasta ver si lograba por medios más suaves el fin apetecido, lo que hubiese conseguido á no ser por la aparición del libro de un impío judío contra la religión, que excitó todos los ánimos y obligó á la reina á su establecimiento.

Por eso se implantó en Castilla y más tarde en Aragón como poderoso auxiliar para que se lograse la pureza y la unidad de la fe en los dos Estados, se corrigiesen las pretensiones de judíos y conversos y se realizase la ansiada unidad religiosa y política en nuestra Nación.

Crítica.—Sólo por causa providencial vinieron á ser reyes de Castilla y de Aragón, D.ª Isabel y D. Fernando, toda vez que á no haber sido declarada ilegítima D.ª Juana la Beltraneja, nunca hubiera ocupado el trono la infanta D.ª Isabel que lo rechazó en mil ocasiones, hasta que se convenció de la legitimidad de su derecho; y á no morir quizás víctima del veneno el príncipe de Viana, tampoco hubiera ceñido la corona de Aragón el rey D. Fernando, realizándose así sólo por medios providenciales la tan deseada unión de Castilla y de Aragón, y la creación de la unidad nacional.

No es difícil explicar el tránsito de la Edad media á la moderna; pues que el reinado de los Reyes Católicos es el lazo de unión, y simboliza un modo de ser enteramente distinto al anterior, dando el golpe de muerte al feudalismo y á las ambiciones de los nobles, que era el carácter distintivo de la pasada edad, así como el poder real y la unidad nacional son á su vez el distintivo carácter de la Edad moderna.

A pesar de que la Historia refiere que al principio hubo disgustos entre los reyes D. Fernando y D.ª Isabel sobre la gobernación de Castilla, éstos fueron pasajeros y merece un juicio muy lisonjero la conducta independiente de D.ª Isabel sobre la gobernación de su reino;

pues que dicha señora, si como esposa era la más sumisa y obediente á su marido, como reina no permitió nunca que nadie mas que ella llevara oficialmente la dirección de los negocios, y que su nombre, como reina propietaria de Castilla, encabezase siempre las reales providencias.

Por último, hay que emitir opiniones imparciales de las reformas realizadas en este subperíodo por los Reyes Católicos, asegurando que todas ellas fueron oportunísimas y necesarias, especialmente la del establecimiento del tribunal de la Inquisición; pues de otro modo aquellos reyes no hubieran podido realizar la alta misión que les encomendara la Providencia, ni tampoco acometer las grandes empresas de guerras y de descubrimientos que realizaron durante su reinado, teniendo á los nobles como leales auxiliares suyos, y no como poder independiente y dictatorial cual estuvieron en los reinados anteriores.

LECCIÓN 54.

LAS GUERRAS DE GRANADA HASTA EL CRECIMIENTO DE LAS LUCHAS CIVILES EN ESTA CIUDAD.

Segundo subperíodo del período primero de la primera época de la Edad Moderna de la Historia de España.—Las guerras de Granada.—Sus causas y principio de ellas.—Estado decadente del reino moro de Granada.—Muley Haxem y su corte.—Su altiva respuesta á los reyes de Castilla y de Aragón.—Guerra civil en Granada.—Los moros se apoderan de Zahara.—Batalla tenebrosa y toma de Alhama.—El rey sale para Andalucía.—Primer cerco de Alhama.—Pulgar en Alhama.—Levantamiento del cerco.—Otros cercos de Alhama y triste jornada de Loja.—El desastre de la Ajarquía.—Dos reyes en el reino moro.—Por entonces se conquistan las Canarias.—Embajadas permanentes.—Política de D. Fernando y de D.ª Isabel en Italia y en Navarra.—El gran triunfo de Lucena.—Prisión de Boabdil.—Nuevas luchas en Granada.—El pacto de Córdoba.—Tomas de Zahara, Álora, Coín y Ronda.—Muley Haxem y Abdalah el Zagal.—Conciertos entre Abdalah y Boabdil.—Retirada y muerte de Muley Haxem en Mondújar.—Jornadas de Loja, de Íllora y de Moclín.—Gonzalo de Córdoba.—La reina en el campamento.—Tala en la vega de Granada.—Sigue la guerra civil de Granada.—Boabdil y el Zagal.—Los cristianos en apoyo de Boabdil.—La embajada cristiana en el alcázar de la Alhambra.—Asalto del Albaizin.—Aumenta la guerra civil en Granada.=*Crítica.*—Oportunidad que aprovechan los Reyes Católicos para declarar la guerra á Granada.—Los nobles castellanos en las primeras empresas de esta guerra.—Política de D. Fernando con Boabdil.—Las guerras civiles de Granada favorecen las empresas de los Reyes Católicos.—Juicio imparcial sobre estos sucesos históricos.

El segundo subperíodo del período primero de la primera época de la Edad moderna de la Historia de España, comprende el espacio de tiempo de diez años, desde fines de 1481 á los primeros días de 1492, en que se desarrollan y terminan las guerras de Granada.

Estas guerras que ponen fin al gran período de la Reconquista española, son de grandísima importancia en nuestra Historia, porque revelan el titánico esfuerzo de los árabes para defender su territorio y el incesante tesón con que los monarcas de Castilla y de Aragón acometieron tan gigantesca empresa hasta terminarla.

Las causas y principio de estas guerras se encuentran en la altiva respuesta dada por el monarca nazharita Muley-Haxem á la Embajada de los Reyes de Castilla, negándose á pagar el tributo que en señal de vasallaje venían satisfaciendo á estos desde la época de Fernando III el *Santo;* y principia por la traición de Zahára, que originó la violenta toma de Alhama.

Cuando subió al trono el príncipe Muley Haxem, hijo de Ismael II, se encontró el reino en un estado de grande decadencia, minado todo él por las ambiciones de los bandos políticos que continuamente venían á las manos en las calles de la ciudad, ensangrentándola, y dando el

triste espectáculo de una monarquía próxima á sucumbir y en plena decadencia.

Los primeros años de su reinado se señalaron por la rebelión de varios de sus alcaides, por el nombramiento del Zagal, su hermano, jefe superior de Málaga, y el que existiesen corteses relaciones entre moros y cristianos en aquélla época caballeresca, teniendo la desgracia por entonces el rey granadino de conocer á la hermosa cristiana D.ª Isabel de Solís, á quién hace su esposa con el nombre de Zoraya, y repudia á su legítima mujer Aixa, siendo esto causa de multitud de desgracias en su corte, que atenta sólo á adular al rey, celebra fiestas sin cuento para solemnizar su casamiento con la cristiana renegada, sin tener para nada en cuenta ni el monarca, ni su corte, los negocios del reino.

Por entonces los reyes de Castilla y de Aragón, que ya en 1475 habían concebido la idea de terminar con el poder agareno en España, le envían en 1478 una Embajada como contestación á la que el rey granadino había mandado, pidiendo prórroga del amistoso tratado entre moros y cristianos, y al llegar á Granada el Embajador D. Juan de Vera, le contestó altivo el rey moro diciendo que en esta ciudad no se fabricaban ya armas mas que para su defensa, ni moneda más que para la guerra y nunca para pagar vasallaje alguno. Esta altiva respuesta provocó las iras de los Reyes Católicos, atribuyéndose á D. Fernando el pensamiento de comenzar inmediatamente la guerra, al pronunciar aquéllas palabras: «Yo arrancaré uno á uno los granos á esa Granada».

Y por si algo faltase en la desgracia que empezaba á rodear á Muley-Haxem, los bandos civiles se desencadenan en la ciudad de Granada, y la guerra civil toma tales proporciones, que diariamente había coaliciones entre zegríes y abencerrajes, gomelez y zenetes en las calles de la ciudad.

Para acallar esta rebelión y enardecer el espíritu guerrero de los suyos en un momento de relativa prosperidad de su reino, las tropas del rey de Granada marchan sobre la fortaleza de Zahara (junto á Ronda), en Diciembre de 1481, apoderándose por sorpresa del castillo de aquella población en noche oscura y tempestuosa, pasando á cuchillo á todos sus habitantes, y siendo esta la señal ostensible del rompimiento de hostilidades entre moros y cristianos.

Lo mismo fué conocer este suceso los reyes de Castilla y de Aragón, que determinaron inmediatamente, á principios de 1482, el ataque y conquista de una plaza árabe como contestación al reto de los moros. Por eso también en noche oscura y tempestuosa, los cristianos se sitúan frente á Alhama, que era un sitio de recreo de la corte granadina, y donde se conservaba el tesoro de los reyes; y después de la batalla que mereció el nombre de tenebrosa, y con valerosa defensa de los moradores, se apoderan de la ciudad los cristianos, recibiéndose con luto y con gran consternación en Granada tal noticia, y preparándose los moros para seguir ya de modo formal y decidido la guerra con los cristianos.

Entre tanto, el rey D. Fernando que se encontraba en Medina del Campo, y que fué quien inspiró la sorpresa de esta plaza, salió para

Andalucía seguro de que los árabes irían á recobrar la población y que había de seguir la campaña con todas sus consecuencias.

En efecto; el rey moro de Granada con poderosa hueste se presentó ante la ciudad, siendo rechazado con esfuerzo el primer asalto de los moros, aunque quedó establecido el cerco, no sin que se pasasen grandes apuros en la plaza por falta de víveres y de socorros, que hubieran facilitado la toma de la misma por los moros, á no venir extraño auxilio.

Mas como quiera que Hernán Pérez del Pulgar, esforzado capitán del ejército cristiano, se ofreció á buscar apoyo y socorro desde Alhama, donde se encontraba conferenciando con el marqués de Cádiz, llegando á Antequera, reuniendo gente y víveres y volviendo á Alhama, la tranquilidad renació en la ciudad.

Como consecuencia de este suceso y de haberse prevenido otro socorro en Sevilla, los moros tuvieron que levantar el cerco y retirarse de frente á la plaza, quedando Alhama salvada y abastecida por entonces.

Después de este suceso cercaron los moros otras dos veces la misma ciudad, defendiéndola con esforzado empeño y acudiendo á su socorro el rey D. Fernando, entrando en Alhama por dos veces y logrando por dos veces también, que los moros levantasen el cerco y que, enardecidos los cristianos se tratase de conquistar la cercana ciudad de Loja, lo que se intentó con poca fortuna; pues que el ejército cristiano fué, envuelto en una emboscada por las tropas del Alcaide de la ciudad Aliatar, salvándose D. Fernando milagrosamente.

Esto ocurría en 1482, y al año siguiente tiene lugar otro suceso desgraciado para las tropas cristianas, cual fué el desastre de la Ajarquía, cerca de Málaga, en que los árabes envolvieron en terreno montuoso á las tropas cristianas, escapando pocos con vida y salvándose solo los principales caudillos.

Por entonces la guerra civil había ido encendiéndose de tal modo en la ciudad de Granada, que llegó á haber dos reyes en la misma; Muley-Haxem, que tenía su corte en la Alhambra, y su hijo Boabdil, apadrinado por su madre, la vengativa Aixa, que reinaba en el Albaicín.

Por aquel tiempo se conquistan las Islas Canarias, cuyo encargo se había confiado á D. Pedro de Vera, caballero de Jerez de la Frontera, con la gente de su mando y la armada con que le proveyeron los reyes.

También por aquella época el rey Fernando se preocupó mucho de lo que hoy se llama política exterior, siendo lo primero que hizo nombrar embajadores permanentes con cargos reconocidos, que no solo se ocupaban de facilitar el comercio, sino que también trataban de conservar las buenas relaciones entre distintos países, arreglando los asuntos por medio de negociaciones diplomáticas.

Asimismo D. Fernando y D.ª Isabel tuvieron que ocuparse con política discreta y sagaz, de los asuntos de Italia y de Navarra, terminando favorablemente los primeros por medio de sus embajadores cerca del Papa; y arreglándose los asuntos del último reino por medio de promesas del casamiento de su hijo el rey niño D. Juan, con la joven heredera del reino de Navarra.

Ya entonces pudieron dedicarse exclusivamente los reyes á la continuación de las guerras de Granada, lográndose por ellos, cerca de Lucena, el grande triunfo, primero importantísimo de aquella campaña, por el cual, y á pesar de estar mandado el ejército moro por el rey Boabdil, la plaza se defendió con empeño, dándose la memorable batalla, á las puertas de la ciudad, que fué un verdadero desastre para los moros.

En tal estado, y queriendo Boabdil sostener la retirada de los suyos después de aquel gran desastre, en el que murió el valeroso Alcaide de Loja, Aliatar, fué hecho prisionero consternándose Granada con tal noticia y recibiéndose con grande júbilo en Castilla las nuevas de tan señalada victoria.

Este suceso dió origen á que en la corte mora, hubiera nuevas luchas civiles, y que después de la consternación del pueblo por la prisión de Boabdil y las angustias de la Sultana madre, los jeques de la ciudad ofreciesen á Muley-Haxem el trono y se prepararan para continuar la guerra contra los cristianos.

Los partidarios de Boabdil no podían consentir que siguiera prisionero su rey, y aprovechando la ocasión de que D. Fernando estaba en Córdoba, después de varias talas en la vega de Granada, recibe proposiciones para el rescate del rey, lográndose al fin que se firmara el llamado Pacto de Córdoba, en virtud del cual Boabdil entregaba á su hijo mayor en rehenes, y él se obligaba á renovar el vasallaje, pagando tributo anual y libertando todos los cautivos cristianos, sujetándose además á todas y á cada una de las condiciones del feudo aceptado por Alhamar. De este modo se consiguió, por discreta política del rey, encender más los bandos de Granada y facilitar la empresa de su definitiva conquista.

Ya en Granada Boabdil, y acrecentadas nuevamente las luchas civiles en la ciudad, tienen lugar escenas tumultuosas, y mientras tanto se logran las tomas de Zahara y las victorias de Alora, Coin y Ronda, merced al plan acertadísimo de campaña del Rey Católico y á la discreta intervención del Conde de Tendilla, así como al oportuno uso de la artillería cristiana. Por aquel entonces se hace el primer ensayo del uso del papel moneda para facilitar los gastos de la campaña.

Continuando las guerras civiles en Granada, y ante las pretensiones de Boabdil para ocupar nuevamente el trono, el padre se concierta con Abdaláh, el Zagal, su hermano, á fin de desbaratar los proyectos de su hijo, fugándose entre tanto Boabdil de la ciudad de Almería, donde se refugió huyendo de Granada, y amparándose en Córdoba con los Reyes de Castilla, hasta que aparece en las calles de Granada enardeciendo los ánimos de los suyos.

Y aunque hay sangrientas luchas en la ciudad, y es proclamado el Zagal también como rey de Granada, en unión de Boabdil, el tío y el sobrino se entienden al fin, sacrificando al anciano Muley-Haxem y quedando el reino repartido entre ambos monarcas.

Por entonces el rey Muley-Haxem comprende que la fortuna no le era ya propicia y que sus parciales se habían pasado al opuesto bando, y se retiró á su castillo de Mondújar, (en el valle de Lecrín, á seis leguas

de Granada), donde murió á poco. rodeado de su segunda esposa Zoraya y de los hijos de ésta.

Prosigue la campaña porque los reyes moros de Granada faltan á lo convenido con los de Castilla y de Aragón, realizándose las célebres jornadas de Loja, Illora y Moclín, siendo Boabdil herido á las puertas de Loja y cayendo segunda vez prisionero el último monarca granadino, tomándose la ciudad, y después Illora y Moclín, Montefrío y Colomera.

En estas empresas fué uno de los personajes más distinguidos Gonzalo de Córdoba, que allí probó el temple de su alma y las condiciones inapreciables que más tarde le habían de merecer el honroso título del gran Capitán.

Una de las causas que más enardecieron á los cristianos en estas jornadas, fué la presencia de la reina en el campamento, que colmó de regocijo al ejército y les alentó á todos para proseguir la campaña y vencer en ella. Después de haber tomado todos los terrenos desde Loja hasta Moclín, el ejército se dirigió á la vega de Granada y allí hizo una tala extraordinaria, sembrando el pánico entre los moros que escasamente salieron de su asombro cuando ya el ejército cristiano, satisfecho, regresaba con los reyes otra vez á Córdoba donde estaba la Corte.

Ya por descalabros sufridos, ya también porque la política hábil de los Reyes Católicos alentase la tea de la discordia en Granada, es lo cierto que seguían las luchas civiles en la ciudad y en el reino, siendo exageradas las pretensiones del Zagal en contra de su sobrino, que pretendía tener más territorio que el pactado, y que al fin logra dominar como señor absoluto en la ciudad de Málaga.

Los cristianos entretanto secretamente apoyan á Boabdil, seguros de que de este modo facilitaban mucho la empresa guerrera que había de terminar con la toma de Granada.

Por eso mandan una Embajada, que es recibida en el alcázar de la Alhambra, contestando al mensaje del Zagal, y que presidida aquélla por el noble D. Juan de Vera termina con un hecho violento en la misma Sala de Embajadores, cual fué el de la muerte de un fanático que profirió insultos contra el Cristianismo, y que fué muerto á presencia de todos por el Embajador cristiano, el que hubiera perecido á manos de la muchedumbre á no ser caballerosamente amparado por el rey de Granada, que secretamente le protegió hasta salir de la ciudad.

Pero el pueblo, creyendo que Boabdil como rey del Albaicín, favorecía la empresa de los cristianos, determinó asaltar aquel barrio para destruir al Rey Chico y á sus parciales, lo que no lograron; pues éstos vencieron á aquéllos, y solo tuvo por consecuencia esta descabellada empresa que se enardecieran más los odios entre unos y otros.

Por eso se renueva y aumenta más la guerra civil en Granada, siendo diarios los combates en sus calles, lo que veían con gozo los cristianos, que cautelosamente apoyaban á uno y á otro bando, para que destrozándose entre sí les facilitaran sin grandes esfuerzos sus proyectos, y llegara el día en que sin resistencia se les abrieran las puertas de la ciudad.

Crítica.—No pudo ser más oportuna la ocasión que aprovecharon los Reyes Católicos para declarar la guerra á Granada; pues que desde ha-

cía tiempo venían pensando en destruir el único baluarte que quedaba á la morisma, y la altiva respuesta de Muley-Haxem les facilitó el camino, pudiendo presentarse ante todos sin ser ellos los que violaron los pactos y tratados anteriores; antes al contrario, justificando que nacía la guerra por falta de cumplimiento de los moros respecto á los mismos.

La nobleza castellana en las primeras empresas de esta guerra, se revela tal cual ella era con un sentimiento de acrisolada lealtad y de valor invencible, haciendo sus primeras armas y anunciando los que habían de ser guerreros esforzados, que más tarde son gloria de España con sus épicas hazañas en las últimas jornadas de estas guerras y en las posteriores empresas de nuestra nación en otros países.

La política del rey D. Fernando con Boabdil, último rey de Granada, demuestra la habilidad característica de aquel rey en toda clase de asuntos y negocios diplomáticos; pues que ya en los pactos que con el monarca granadino realiza, ya en la conducta que secretamente seguía con sus parciales dentro de Granada, demostró que no sólo á la fuerza de las armas quería fiar el éxito de la empresa, sino que por medios indirectos iba preparando y facilitando el triunfo, que al fin logró con la rendición de la ciudad.

También las guerras civiles de Granada y la lucha cruenta entre los distintos bandos que la destrozaban, favoreció muchísimo la empresa de los Reyes Católicos, pues faltando la unidad de miras y de acción en ellos, y estando también divididos en cuanto á la obediencia y sumisión á sus jefes y monarcas, cada día se iba debilitando más aquel poder y se abría más el camino á los triunfos de los Reyes de Castilla y de Aragón.

Todos estos sucesos históricos, que son, por decirlo así, el hermoso prólogo de la toma de Granada, merecen un juicio honrosísimo; pues que revelan no sólo el valor de los cristianos en estas primeras empresas, sino también el tacto, la discreción y la hábil política de los Reyes Católicos, que ni por un momento descuidaron nada que pudiera favorecer la gigantesca empresa que habían acometido.

LECCIÓN 55.

SIGUEN LAS GUERRAS DE GRANADA HASTA LA TOMA DE LA CIUDAD POR LOS REYES CATÓLICOS, Y CONSECUENCIAS DE ESTE SUCESO HISTÓRICO.

Sumario: Siguen las guerras de Granada.—La empresa de Vélez-Málaga.—Castilla, Aragón, Valencia y Cataluña toman parte en ella.—Batalla de Ventomiz.—Ordenanzas del campamento.—Toma de Vélez.—Boabdil y el Zagal en esta empresa.—Sitio y conquista de Málaga.—Se le intima la redención.—Empresa de Pulgar.—Hamet el Zegrí y Alí Dordux.—El moro santo.—Resistencia de Málaga.—Toma de Málaga.—El rey y la reina durante el sitio de Málaga.—Sitio de Baza.—Contratiempo de los cristianos.—Hazaña de Pulgar.—La reina en el campamento.—El rasgo de la reina.—Ocupación de Baza, Almería y Guadix.—El Zagal rey de Andarax.—Preparativos contra Granada.—Tala de la vega.—El Zagal se retira á África.—El triunfo del Ave María.—Sitio de Granada.—Batalla de la Zubia.—Fundación de Santa Fé.—Rendición de Granada.—Preliminares de ella.—Artículos secretos de la capitulación.—Tumultos en Granada.—El 2 de Enero de 1492.—Ocupación de Granada.—Entrada en la Alhambra.—El Cardenal Mendoza, Boabdil y el Conde de Tendilla.—Los monarcas en la Alhambra.—Vuelta de los reyes al campamento.—Entrada triunfal.—Rendición de las Alpujarras.—Fin de las guerras de Granada.—Boabdil en Andarax.—Boabdil en África.—Verdad acerca de su muerte.—La sultana Zoraya y sus descendientes.—Expulsión de los judíos del reino de Granada.=*Crítica.*—Sólo á la enérgica política de los reyes se debió la insistencia y feliz término de las guerras de Granada.—Juicio imparcial sobre algunos de estos últimos hechos históricos.—La Historia y la leyenda en estas guerras.—Entusiasmo por la toma de Granada en Roma y en todas partes.—Opinión desapasionada acerca de la expulsión de los judíos.

Continúan las guerras de Granada después del enardecimiento y la lucha de los bandos civiles en la ciudad, pero llega el momento en que los Reyes Católicos comprenden que deben aumentar el esfuerzo en la campaña, y desde 1487 en adelante, la guerra toma derroteros de más violenta acometida que en los hechos de armas anteriores.

Así la empresa de Vélez-Málaga es el signo y anuncio de que el ejército cristiano va á acometer decididamente contra los árabes, reuniéndose al efecto todos en Córdoba, y dictándose disposiciones acertadísimas para el logro de los deseos, há tiempo concebidos por los monarcas de Castilla y de Aragón.

Y las casas más importantes de estos reinos, así como de Valencia y de Cataluña, toman parte en esta empresa, distribuyéndose los mandos entre todos y asentando el rey su campo frente á Vélez-Málaga, lo que visto por los moros, les decide á hacer una salida que pone en peligro la vida del rey, y que éste dicte órdenes especiales para evi-

tar las salidas parciales de las tropas y la forma de las operaciones guerreras.

Dáse la célebre batalla de Ventomiz, que fué ganada por los Reyes Católicos, así como otras escaramuzas en la sierra que dominaba á la ciudad, que tanto ansiaban poseer los cristianos por creerla la llave de Granada; poniendo formal sitio á la ciudad sin miramientos ya de ningún género.

En este sitio se dieron por el rey unas ordenanzas muy notables para guardar el orden debido en el campamento y arreglar la disciplina y compostura necesarias en una gente de tan diversos paises.

Entonces ya se decidieron á dar la primera batalla decisiva para tomar á Vélez, que duró seis horas, después de asaltar y tomar los arrabales, y que al fin lograron apoderarse de la ciudad después de otorgársele por el rey católico una honrosa capitulación.

En esta empresa guerrera, el Zagal y Boabdil debieron auxiliar á los suyos, pero no fué así; pues que el Rey Chico nunca quiso entenderse con su tío y abandonó á la ciudad, que fué auxiliada por el Zagal, pero sin resultado alguno.

Dueños ya los cristianos de Vélez-Málaga, ponen sitio é intentan la conquista de la ciudad de Málaga, que para los moros era de una significación grandísima y cuyo sitio fué dirigido por el mismo rey católico.

Se intima la rendición á la plaza, y el gobernador de ella, Amet-el-Zegrí, no acepta proposición de ningún género, contestando con acento espartano, que sabían morir antes que rendirse, y apretándole el cerco cada vez más, poniendo en duro trance á los habitantes de la ciudad sitiada.

Entonces el valeroso Hernán Pérez del Pulgar, que desde Vélez venía jugando un papel importantísimo en esta segunda campaña de las guerras de Granada, acepta la misión peligrosa de penetrar en Málaga para intimar nuevamente la rendición, y con el valor que le caracterizaba, atraviesa sólo por medio de la ciudad sitiada, llegando al castillo de Gibralfaro donde conferenció con el gobernador de la ciudad sin resultado alguno, volviendo otra vez tranquilo y sereno por entre las turbas enfurecidas á reunirse con los suyos en el campamento cristiano.

Forma contraste con la conducta violenta de Hamet el Zegrí la política tranquilizadora de Alí-Dordús, que comprende no es posible resistir al sitio puesto á Málaga y que toma á su cargo y por cuenta propia las negociaciones diplomáticas para entregar en su día la ciudad sitiada.

Dánse varias batallas á las puertas de la ciudad y asaltos á los arrabales, se estrecha el cerco, se intima nuevamente la rendición y el Zagal intenta socorrer á Málaga; pero las expediciones de socorro son derrotadas por fuerzas de Boabdil, que á su vez envía una Embajada á los Reyes Católicos, y está decretada la toma de la ciudad.

Por entonces el llamado moro santo predica en Guadix la santa guerra contra los cristianos, y con 400 hombres sale para ayudar á sus hermanos de Málaga, atacando las estancias del marqués de Cádiz, é intentan

do asesinar á los reyes, lo que hace que preso y muerto por los cristianos se arroje su cadáver al Real de los moros, y siga en éste el desconcierto, el hambre y la anarquía.

Y Málaga resiste, y contínuamente tratan de oponerse á los cristianos hasta que se comienza el asalto de las torres y la toma del puente de la ciudad, consternándose ésta, que envía embajadores á Hamet-el-Zegrí para que se entregue, asegurándoles éste que una próxima victoria hará que los cristianos abandonen el sitio de la plaza.

Pero nada de esto ocurre, y al darse la batalla decisiva y ser completamente derrotados los moros, Hamet-el-Zegrí abandona la ciudad y se encierra en Gibralfaro. Alí-Dordús se presenta en el campo de los Reyes Católicos y allí contrastan la fiereza de D. Fernando contra los habitantes de Málaga y los deseos de clemencia de D.ª Isabel, venciendo el primero y no aceptando las capitulaciones propuestas por el moro, y dándose órdenes para el asalto, y entregándose al fin los de Málaga, á merced del rey, que entra con su ejército en la ciudad, da libertad á los cautivos cristianos, se reparten los bienes y haciendas de los moros y quedan á disposición de los reyes todos los moradores de la misma.

Ni un momento, durante el sitio de Málaga, faltaron los Reyes Católicos del campamento, dictando acertadas disposiciones, facilitando el abastecimiento hasta lograr que no escaseen víveres ni un sólo día en el mismo, y existiendo una diaria lucha ante las opiniones del rey y de la reina sobre la conducta que debía seguirse con los sitiados.

Una vez que se tomó posesión de la ciudad de Málaga, el 18 de Agosto de 1487, y que gozosos y satisfechos regresaron los Reyes á Córdoba sigue la campaña por tierras de Almería y Baza, estando todavía el reino de Granada dividido en tres fracciones y pensándose entonces, ya en 1488, en el sitio de Baza, no sin que antes se hiciesen otras operaciones preliminares. Se sitia la ciudad y se dan algunas batallas á la vista de la misma, se toma á Zújar, y ya se presentan los cristianos ante los muros de Baza, considerándose como de grandísima importancia la toma de esta ciudad para la definitiva posesión de la de Granada. Mas al principio tienen los cristianos un desastre ó contratiempo en la batalla de las Huertas, que les hace retirarse de aquéllos sitios, y volver á sus antiguas posiciones, y que llevan algún desconcierto al ejército cristiano, que después del consejo de capitanes quisó hubiera abandonado el sitio de Baza, á no ser por la entereza de la reina que á todo trance la continúa, y que ofrece sus joyas de la corona de Castilla si fueran precisas, para la continuación y término de aquella campaña en que estaba tan interesada.

La entereza de la reina animó á los cristianos de un modo extraordinario, y siguió la campaña con grandes esfuerzos, talándose los bosques, organizándose el campamento, estableciéndose las líneas atrincheradas y dándose diarios asaltos, en uno de los cuales viendo Hernán Pérez del Pulgar que iba á ser envuelta la gente que le acompañaba, y que el alférez que llevaba la bandera vacilaba en adelantarse frente á los moros, cogió un lienzo blanco, lo puso en su lanza, hizo de él ban-

dera de sus huestes y enardeció á los suyos, lográndose sobre los moros una completa victoria y la prisión de 11 alcaides, que es una de las hazañas más notables de aquel capitán esclarecido de los ejércitos de Castilla.

En este campamento no faltó ni un solo momento la reina, que no solamente atendía á las necesidades del ejército sino que también desde allí alentaba la insurrección en Granada, mandando dinero á Boabdil para que pudiera realizar sus planes y oponerse á los designios de sus enemigos.

El rasgo de la reina ofreciendo sus joyas y el patriotismo de las damas de Castilla, estando al lado de su soberana y señora y ayudándola en su empresa, es uno de los timbres más gloriosos de aquella arriesgada campaña, en que todos á una favorecían los designios que se habían concebido para terminar aquellas famosísimas guerras.

Es llegado el año 1489; y después de entablarse negociaciones con la plaza y de recorrer la reina el campamento, Baza capitula, se conviene en la entrega de Almería que al fin se rinde, se entregan también Almuñécar y por último Guadix, después del convenio secreto que se había establecido con el príncipe Cidi-Hiaya, que era el principal representante de los moros, y á quien mejor que al Zagal obedecieron en definitiva los habitantes de esta ciudad y pueblos que al fin vienen á poder de los cristianos.

Como consecuencia de estos sucesos y de aquellos pactos secretos, el Zagal es reconocido como rey de Andarax, dándose fin á aquellas campañas y preparándose, ya de una manera definitiva, al comenzar el año 1490, al ataque, asalto y toma de la ciudad de Granada.

Empiezan, pues, los preparativos contra esta ciudad; es muy comprometida la situación de Boabdil, á quien D. Fernando exige el cumplimiento del pacto de Loja; pero obligado por los suyos decide resistirse, y con hábil astucia D. Fernando hace que cundan los motines en Granada, se hacen todos los preparativos para la guerra, el mismo rey sale á campaña, y con prevenciones acertadísimas del Conde de Tendilla, y de los demás capitanes de su ejército, comienza la acometida contra Granada.

Se principia por talar violentamente lo mejor de la vega, y entonces el Zagal y Cidi-Hiaya, por enemistad manifiesta contra Boabdil ayudan el propósito del rey católico, concluyendo esta expedición con tomar la fortaleza del Soto de Roma, (muy cercana á Granada), no sin que Boabdil hiciese algunas correrías con éxito, y sitiara el castillo de Salobreña, que es heróicamente defendido por Pulgar, volviendo el ejército árabe á la ciudad, sin haber obtenido el vencimiento.

Por entonces en Guadix, el rey D. Fernando celebra una oportuna entrevista con el Zagal, el que le vende su dominios, y se retira al Africa, donde murió ciego, pobre y desgraciado.

Regresa después D. Fernando á Córdoba y se hacen los últimos preparativos para la toma de Granada, realizándose por entonces la inmortal hazaña del Pulgar, titulada «El Triunfo del Ave María», á fines de Diciembre de 1490, que consistió en llegar á Granada con sus escude-

ros; penetrar dentro de la ciudad, dejar un cartel y un hacha en las puertas de la gran mezquita, con el acta de la toma de posesión de la ciudad por los Reyes Católicos; y hubiera quemado la alcaicería, como era su pensamiento, á no haber olvidado la lumbre uno de sus escuderos y tener que marchar por el alboroto de la ciudad.

En 1491, pónese sitio formal á la ciudad de Granada, se hace la tala de la vega, se resiste el Consejo de generales de Boabdil á entregar la plaza, se hacen correrías por los alrededores, y se da la batalla del Padúl, aumentándose cada vez más el inminente cerco de la ciudad.

La reina, que estaba en el campamento á dos leguas de estos, desea verla desde la que hoy es villa de la Zubia, y con un lucido cuerpo de ejército marcha á aquel sitio para contemplar á Granada, siendo sorprendidos los cristianos por los árabes y dándose la llamada batalla de la Zubia presenciada por la reina, y de la que tanto ha fantaseado la leyenda, refiriéndola de mil modos y creando la hermosa tradición de «El laurel de los siete siglos».

Dánse batallas á las puertas mismas de Granada, es derrotado el rey moro, y cuando por casualidad de un incendio en el Real se advierte á los cristianos del peligro que corrían, se ideó fundar, y se consiguió en 80 días, la ciudad de Santa Fe, lo que hace que los moros pierdan toda esperanza de defensa y que se facilite la entrega y rendición de la ciudad.

Este importantísimo suceso histórico fué muy discutido siempre en las frecuentes reuniones del alcázar nazharita, y entristeció mucho á Boaddil, que por un lado no quería en manera alguna entregar la ciudad y abandonar á los suyos, y por otro veía era imposible sostenerse por más tiempo enfrente del ejército sitiador.

Muchos fueron los preliminares de la rendición de Granada, nacidos á virtud de tregua de hostilidades y por las contínuas entrevistas que los comisionados de uno y otro bando celebraban con frecuencia de noche en un pueblecito de la vega cercano á Granada, y que de noche también se ratificaba en secretas conferencias en el Alcázar de la Alhambra.

Por fin se firmaron, á fin de 1491, los artículos referentes á la capitulación de la ciudad, no sin que antes el hijo de Boabdil quedara en rehenes en poder de los Reyes Católicos en Santa Fe, y que hubiese algunos artículos secretos en la capitulación referente á la familia toda del rey moro y sus propiedades, que las circunstancias hicieron no se pudieran después cumplir cual se habia pactado.

En el momento mismo en que se conoció en Granada la capitulación celebrada con los Reyes Católicos, crecieron los tumultos y motines en la ciudad; el rey tuvo que dirigir alocuciones á sus súbditos, así como por medio de su primer ministro Aben-Comixa, pedir á D. Fernando que acelerase la entrada en la población, bajo el ceremonial convenido, por serle ya imposible someter á sus rebeldes súbditos.

Y el día 2 de Enero de 1492, después de haberse pregonado en el Real de Sante Fe la rendición de Granada y de salir el rey con el ejército, queda la reina en el pueblo de Armilla, y D. Fernando se presenta

á las puertas de la ciudad, yendo el Conde de Tendilla y el Cardenal Mendoza al encuentro de Boabdil, tomándose posesión de la fortaleza de la Alhambra, y entregándose las llaves de la ciudad, tremolándose el estandarte de Castilla y fijandose la Cruz de Cristo en la Torre de la Vela y terminándose de este modo y en aquel día memorable, la grande empresa de la Reconquista.

Se ocupa Granada por el ejército cristiano y penetran los reyes en la ciudad deseosos de admirar todas sus maravillas: pero no queriendo hacer su entrada triunfal hasta ver en los primeros días cómo se conducían los que habían seguido las instigaciones de rebeldía en contra de la capitulación firmada por Boabdil.

Y por eso entran en la Alhambra con los jefes militares y gobernadores de la ciudad, reservándose para cuatro días después la entrada triunfal y la definitiva posesión de aquellos palacios.

Son figuras respetabilísimas de estos sucesos, además de los Reyes Católicos, el Cardenal Mendoza, Boabdil y el Conde de Tendilla, por que el uno representa el emblema de la religión, y el otro la idea guerrera, los cuales estuvieron sumamente atentos y diplomáticos con el último rey de Granada, así como D. Fernando, que no permitió que Boabdil realizase acto alguno de humillación, consolándole siempre en su inmensa desgracia.

Poco tiempo estuvieron, el día de la entrada en Granada, los monarcas en la Alhambra, embelesados con aquellos primores, y dando gracias á Dios que al concederles la posesión de aquella ciudad, les entregaba un nuevo pueblo para la fe de Cristo y al mismo tiempo se realizaba con este hecho histórico la gran obra de la unidad nacional.

Después se volvieron los reyes al campamento, acompañados de toda la familia real destronada, tomando los monarcas católicos acertadas disposiciones para el gobierno de la nueva ciudad y para evitar cualquier intentona que pudiera oscurecer la gloria y general alegría que a todos dominaba por la toma de Granada.

Cuatro días tardaron los reyes en hacer su entrada triunfal en la ciudad rendida, no sin que antes hubiese ésta estado ocupada por todo el ejército cristiano y se hubieran indultado á todos los reos, y libertado todos los cautivos cristianos, siendo al parecer muy cordiales las relaciones entre Boabdil y los Reyes Católicos, y estando aquél en el campamento algunos días.

Cuando supieron los habitantes de las Alpujarras la rendición de Granada, enviaron emisarios á los reyes acogiéndose á la capitulación y declarándoseles sus vasallos, no quedando un solo lugar á los musulmanes en toda Andalucía.

Así terminan las guerras de Granada y el imperio de los árabes en España, que había durado desde el 711 hasta los primeros días del 1492.

Desde el Real de Santa Fe se trasladó Boabdil con los Reyes Católicos á Granada, y en la Alcazaba estuvo algún tiempo hasta que después se fué á sus dominios de Andarax, donde permaneció hasta fin de 1492 en que traidoramente su ministro Aben Conixa le vendió á los Reyes

de Castilla y de Aragón aquellos territorios, teniendo que marchar á Africa, rendido ante la fuerza de la circunstancias.

Entonces pasó á Fez, donde vivió 24 años con las consideraciones de príncipe y en un palacio labrado por él, á semejanza del de la Alhambra.

Pero su desgracia, que por todas partes le perseguía, le hizo tomar parte como auxiliar de un reyezuelo, su amigo, muriendo en la batalla víctima de su desgracia, y bien lejos de su querida Granada; por más que haya autores árabes que aseguren que murió de tristeza en la ciudad de Fez sin tomar parte en batalla alguna.

La sultana Zoraya merece en los últimos tiempos de Boabdil toda clase de respetos, viviendo después de la entrega de Granada en el castillo de Mondújar, y más tarde volvió á la religión cristiana con su antiguo nombre, residiendo en Castilla, practicando las más esclarecidas virtudes y viendo que sus hijos, cristianos también, eran el tronco de la ilustre casa española de los Granada-Venegas.

Una vez tomada Granada y en el mismo año de 1492, se decretó la famosa expulsión de los judíos de estos reinos, dándoles cuatro meses para ser bautizados y saliendo al cabo de ellos á diversas partes de Europa y Africa, los que no quisieron ser cristianos, á cambio de la posesión de sus riquezas.

Crítica.—Solo á la enérgica política de los reyes, se debió la insistencia y feliz término de las guerras de Granada; pues que en los diez años que éstas duraron y que les hizo merecer al calificativo de las de *Troya andaluza*, los moros granadinos se defendieron con tenacísimo empeño, valiéndose de toda clase de recursos, é impetrando auxilios extraños que hubieran hecho desistir en sus pretensiones á monarcas que no hubiesen tenido el temple de alma y la insistente política de los reyes de Castilla y de Aragón.

Muchos de estos últimos hechos históricos relacionados con la toma de Granada, aunque verdaderos en su esencia y relatados por historiadores árabes y cristianos, han entrado por algunos de sus detalles en el dominio de la fantasía y de la leyenda, levantando el espíritu de los españoles al referirlos. siendo símbolo de grandezas pasadas y de heroismos sin cuento; y estando á la cabeza de todos la famosa hazaña de Pulgar, llamada del *Triunfo del Ave María*, que aunque bastardeada en sus detalles por novelistas y romanceros, es el símbolo del valor y del heroismo de aquel caudillo, y de todos los que tomaron parte en las guerras de Granada.

Pero es necesario que la Historia y la leyenda estén separadas en absoluto respecto á muchos hechos fantásticos de suyo, ocurridos durante estas guerras y al amparo de la vida caballeresca de aquellos tiempos entre moros y cristianos. Por eso la verdad histórica se depura con minucioso análisis, y la tradición y la leyenda se relegan al vasto arsenal del romance, el cuento y la novela, que si cantan los hazañosos hechos de los guerreros de aquellos siglos y descansan siempre sobre algún fondo de verdad, no es posible aceptarlas nunca como verdaderos elementos de la Historia propiamente dicha.

La toma de Granada despertó en todo el mundo tal entusiasmo que

fué recibida con júbilo en todas partes; en Roma se celebró con fiestas solemnísimas, representándose una comedia alusiva al acto; haciéndose después otras composiciones dramáticas por Lope de Vega y otros autores, y representandose anualmente en Granada la tradicional comedia de *El Triunfo del Ave María*, que equivocadamente se atribuye á Felipe IV.

Acerca de la expulsión de los judíos realizada por los Reyes Católicos, una vez tomada Granada, debe emitirse una opinión desapasionada, diciendo que si privó á estos reinos de brazos para la agricultura y para las artes, éstos se compensaron con los que vinieron de Castilla y con los moriscos convertidos; teniendo siempre disculpa tal medida, pues que se fundaba en el bien público y nunca en codiciosas ambiciones de los Reyes Católicos, que ante todo tenían presente el bien espiritual y temporal de sus súbditos.

LECCIÓN 56.

CRISTÓBAL COLÓN Y SUS DESCUBRIMIENTOS EN AMÉRICA.

Tercer subperíodo del período primero de la primera época de la Edad Moderna de la Historia de España.—Desde el fin de las guerras de Granada hasta la muerte de D.ª Isabel. —Hechos importantes que caracterizan este subperíodo.—Las empresas de Colón.—Origen de este explorador.—En qué se fundaba para acometer su empresa.—Colón en España.—Su presentación á los reyes.—La junta de Córdoba.—La de Salamanca.—Colón al servicio de la reina.—El guardián de la Rábida.—Exigencias de Colón.—Luis de Santangel.—Primer viaje de Colón.—Su salida.—Detalles de este viaje.—Primera tierra descubierta.—Otras islas que se descubren.—Regreso de Colón á España.—Cómo le reciben los reyes.—Línea de demarcación y tratado de Tordesillas.—Segundo viaje de Colón.—Nuevos descubrimientos.—La Isabela.—Enfermedades.—Insubordinación—La Jamaica.—Bartolomé Colón.—Fray Buyl y Margant.—Los colonos.—Represión de los indios.—Juan de Aguado.—Regreso de Colón. —Tercer viaje de Colón.—Dificultades para la expedición.—Descubrimiento de tierra firme. —Las encomiendas.—Los reyes envían á Bobadilla.—Colón viene prisionero á España.—Cuarto viaje de Colón.—Últimos descubrimientos.—Conducta de Ovando en América.—Muerte de Colón.=*Crítica.*—Juicio sobre las acusaciones á Colón.—Conducta de los reyes para con Colón.—Conducta de los españoles en América.—La esclavitud.—Lo que América debe á España.—Los indios, su origen y costumbres.—Juicio acerca del sistema de colonización iniciado en América con los descubrimientos de Colón, y comparación imparcial con el seguido por otras naciones en aquel Continente.—D.ª Isabel y D. Fernando en las empresas de Colón.

El tercer subperíodo del período primero de la primera época de la edad moderna de la Historia de España, comprende desde el fin de las guerras de Granada, hasta la muerte de D.ª Isabel, ó sea, desde el año 1492 al 1504.

Desde que concluyen aquellas guerras hasta que ocurre el fallecimiento de la egregia Señora, la nación española realiza hechos importantísimos de todo género, que son la admiración de propios y extraños, y que nos colocan á la cabeza de las naciones de Europa.

Los hechos más importantes que caracterizan este subperíodo, son los descubrimientos de Cristóbal Colón, las reformas y reveliones en Granada, y las guerras de Italia.

Las empresas de Colón, surcando los mares, al amparo de los reyes de Castilla y de Aragon, y descubriendo el Continente Americano, és el suceso más importante y trascendental del reinado de los Reyes Católicos, y que con la conquista de Granada, inmortaliza el nombre de aquellos reyes.

Acerca del origen de este explorador no están contestes las opiniones, habiendo hasta quien le dé por patria á un modesto pueblo de Ga-

licia. Pero la opinión más seguida le hace ser genovés, (de la aldea de Cogorito), y de familia humilde, como que era hijo de un pobre cardador de lanas.

Para acometer la atrevida empresa que concibiera,—no de descubrir un *nuevo mundo*—sino de buscar un camino más corto para las Indias orientales, cuyo pensamiento le sugirieron sus frecuentes estudios de geografía y náutica, se fundaba, en la redondez de la tierra, en las opiniones de los antiguos, en noticias sobre apartadas regiones, y en secreto presentimiento de ser por Dios destinado para cristianizar á gentes de lejanas tierras que vivían en la más grosera idolatría.

Despues de ofrecer su empresa á Génova, Francia y Portugal, y no ser escuchado en sus ofrecimientos, vino á España confiado en que la magnánima Isabel había de amparar sus propósitos. Y en el convento de la Rábida encontró en su guardián Fr. Juan Pérez, el protector que necesitaba, que amparó sus proyectos, y que habiendo sido confesor de la Reina, le recomendó á ésta, y á los principales personajes de la Corte.

Entre éstos se contaron Luis de Santangel, tesorero de D. Fernando, el príncipe D. Juan, el Cardenal Mendoza, y otros, que le presentaron á los reyes, que si desde el principio no apadrinaron entusiastamente la idea, tampoco le desahuciaron, esperando oir el juicio autorizado de los sabios y Corporaciones del reino.

Por eso en Córdoba, se reunió una junta presidida por Fr. Hernando de Talavera, que creyó ser irrealizable el pensamiento de Colón; el que á pesar de esta primera repulsa siguió á los reyes, esperando, aunque con vida pobre y miserable, que tal vez otros modificaran con nuevos estudios, este dictamen, que echaba por tierra la realización de sus proyectos.

Más tarde en 1487, por mediación de Fr. Diego de Deza, que era otro de los protectores de Colón, se reunió en Salamanca otra junta de frailes, y doctores de su Universidad, ante los que el marino genovés expuso su pensamiento, y el dictamen ya le fué completamente favorable.

Consecuencia de esta reunión de sabios, fué el entrar Colón ya decididamente al servicio de los reyes, mandando estos librarle algunas cantidades, para su subsistencia, y estando incorporado al cuartel Real, hasta que se verifica la conquista de Granada.

Mas durante este tiempo, hubo ya en 1491 un momento de impaciencia en Colón, que le decidió á marcharse á Portugal, donde le ofrecían entonces amparo para su empresa. Al marchar tocó en el convento de la Rábida para despedirse, y recoger á su hijo, y allí, afectóse tanto el guardián del convento Fr. Juan Pérez, que le hizo detener, y logró de los reyes, á la sazón residentes en Santa Fe, que hiciesen ofrecimiento á Colón, el que provisto de fondos volvió al lado de los monarcas Católicos.

Nuevamente en la Corte y al establecerse condiciones para la proyectada expedición, exigió Colón el título de Almirante de las tierras que descubriera, el nombramiento de Virrey de las nuevas islas, la de-

cima parte de cuanto ganase para España, etc. lo que hizo que pareciendo exageradas estas pretensiones, quedase roto todo pacto.

Y en tal estado, Luis de Santangel, celoso de que no se perdieran para España aquellas grandezas que se vislumbraban, decidió á la Reina, que ofreció las joyas de su corona para la empresa; lo que no fué preciso, pues Santangel anticipó el dinero. Pero como Colón había partido de Granada, se envió un mensajero que le alcanzó á dos leguas de la ciudad, en el puente de Pinos, y vuelto á presencia de los reyes, se firmaron las capitulaciones y se acordó la realización de la empresa.

Al efecto se dispuso todo lo preciso para el viaje de Colón, sin presumir siquiera, que en vez de acortar el camino para las Indias, se iba á descubrir un nuevo mundo.

El día 3 de Agosto de 1492, salió el atrevido genovés del puerto de Palos, con la gente que pudo reunir, componiéndose la pequeña flota de tres embarcaciones, la nao Santa María que llevaba las insignias de almirante, y donde iba este, y la Pinta y la Niña, mandadas por los segundos en aquella empresa, Alonso, y Vicente Yáñez Pinzón.

Hicieron vela los expedicionarios hacia Canarias, donde repararon averías, y confiados sólo en el favor del Cielo, y en la segura confianza que animaba á Colón, se internaron en la inmensidad del Océano, desesperanzándose todos, menos el intrépido marino, cuando al cabo de un mes nada habían descubierto, y teniendo que entretenerlos á todos ya con amenazas, ya con castigos, ya con promesas, hasta fijar un plazo dentro del cual, ó descubrían tierra ó regresarían á España.

La providencia, al fin, premió la fe del cristiano navegante. Y el 11 de Octubre, á los setenta días de navegación, descubrieron tierra, y saltaron á una isla feracísima, poblada de hombres desnudos é incultos, plantando allí la bandera española, y la Cruz de Cristo, siendo esta isla á la que los naturales llamaban de Guanahani, y Colón apellidó de San Salvador, el primer punto del nuevo Continente donde por primera vez se enseñó la verdadera doctrina del Crucificado, y donde por primera vez también, se habló nuestra hermosa lengua castellana.

Después de esta isla, que forma parte del Archipiélago de las Lucayas, se descubrieron otras, que recibieron los nombres de la Concepción, Fernandina, é Isabela, y más tarde la de *Cuba,* y la de Haiti, llamada Española por Colón.

Satisfecho éste del feliz éxito de la expedición y puesto de acuerdo con el cacique principal de aquellas costas, dejó allí con recomendaciones especiales, para captarse el amor de los naturales del país á 39 españoles, embarcándose con rumbo á España en la carabela llamada la Niña, deseoso de mostrar á los reyes y á todos, que ya no era sueño de un loco, la expedición que con tanto éxito había llevado á cabo.

El 15 de Marzo de 1493 llegó Colón á Palos, y de allí presuroso se dirigió á Barcelona, donde entonces estaba la Corte, y donde los reyes le recibieron con honores extraordinarios, quedando todos atónitos al ver los isleños que desembarcaron con el almirante, y las aves y productos americanos, trocándose en entusiasta delirio todo el desprecio y desconfianza que antes había inspirado el intrépido genovés.

Pensóse desde luego, en una segunda y más amplia expedición, pero queriendo tener los Reyes Católicos la suprema sanción del Pontífice para las conquistas que realizaran, obtuvieron la bula especial de Alejandro VI en 3 Mayo 1493, que les garantizaba en todas sus conquistas y con línea imaginaria, llamada de *demarcación*, de polo á polo, y á 100 leguas de las Azores, para que se supiese para siempre lo que era propiedad en sus descubrimientos de portugueses y españoles, que por entonces eran los señores del mar. Esta línea de demarcación se aclaró más tarde por el tratado de Tordesillas, entre Portugal y España, ampliándose á 360 las leguas señaladas por el pontífice.

Alentado Colón, y todos los españoles con el favorable resultado del primer viaje pensóse en otro, ya en mejores condiciones, y con mayor número de embarcaciones, y de tripulación.

En efecto el 25 de Septiembre de 1493, partió la segunda expedición compuesta de 17 buques y 1500 personas, ávidas de los tesoros americanos, logrando descubrir bien pronto á las islas Dominica, Guadalupe y Puerto Rico, pero teniendo el sentimiento Colón de saber habían sido asesinados por los indios los 39 colonos que dejó en su primer viaje.

Para asegurar la vida de los españoles en lo sucesivo, determinó el almirante crear un establecimiento colonial en las indias descubiertas, comenzando á seguida su planteamiento, y quedando en poco tiempo establecida una ciudad que recibió el nombre de *la Isabela*.

Dos nuevos enemigos se le presentaron á Colón, que tan satisfecho estaba con su naciente colonia. El primero fué la aparición de enfermedades desconocidas, que pusieron en grande riesgo la continuación de la empresa.

Fué el segundo el descontento é insubordinación de los colonos por estas enfermedades lo que fué reprimido fuertemente por el almirante, que exploró toda la isla, construyó el fuerte de Santo Tomás, é igualó á todos, nobles y plebeyos, en los trabajos de las obras de la Isabela.

Durante cinco meses, estuvo Colón haciendo expediciones logrando descubrir la Jamaica, y otras hermosas islas, á las que apellidó el Jardín de la Reina.

Mientras se verificaba esta expedición, llegó á la isla Española el hermano del almirante, Bartolomé Colón, de inapreciables condiciones para las empresas de exploración, pero con un carácter violentísimo que le enajenaba todas las voluntades.

Esto dió origen á rivalidades con Fr. Buyl, y Margarit, que tan señalados servicios prestaban en la colonia, y que disgustados se apoderaron de un buque, y regresaron á España.

Los frutos de la venida de estos colonizadores, se dejaron sentir bien pronto. Los colonos viéndose libres del necesario y férreo yugo de Margarit, cometieron toda clase de excesos, que obligaron á un cacique prestigioso de los indios á pretender el sacudir yugo de los desbordados españoles.

La fortuna no le fué favorable. El cacique fué hecho prisionero; y su situación se les agravó cada vez más, pues que á los esfuerzos de

independencia, contestó el almirante con dureza, pereciendo una gran parte de la población indígena.

Las quejas que en España se formularon contra Colón, y las de este contra los indios rebeldes, originaron el que los reyes tuvieran que nombrar un delegado que investigase la verdad de todo.—Este comisario que inmediatamente partió para América, fué Juan de Aguado.

Al llegar á la isla no se entendió con Colón, ni este permitió pasase adelante en sus proyectos. Por eso el almirante dejó allí de Gobernador á su hermano, y con Aguado se volvió á España, desvaneciendo todos los cargos que había contra él, obteniendo nuevas distinciones, empleos y honores para su familia, y acordándose una tercera expedición.

El tercer viaje de Colón, venía á significar su completo triunfo sobre todos sus enemigos, y los amplios poderes que llevaba al nuevo continente para su gobierno y administración.

Pero se tropezó con grandes inconvenientes para esta expedición; nadie quería ir temeroso á la enfermedades, al clima, y á los indios; siendo preciso un indulto á los delincuentes, para que de San Lúcar saliesen seis buques con rumbo á las islas descubiertas.

Entonces fué cuando se descubrió la isla de la Trinidad, y el golfo de Paria, y más tarde la verdadera *tierra firme*, ó sea el continente americano, que todavía lo creía Colón la estremidad Occidental de Asia, teniendo que reprimir grandes rebeliones en la Española por los disgustos ocurridos durante su ausencia.

Para calmar á los insurrectos, comenzó á repartirles terrenos con el nombre de *encomiendas*, que no á todos satisfizo, y que produjo quejas, que abultadas llegaron á la Corte de Castilla.

Entonces los reyes, aterrorizados de que Colón redujese aquellas islas á la más ominosa esclavitud, y desconfiando de sus condiciones de gobierno, enviaron un nuevo comisario regio, á Francisco Bobadilla, con plenos poderes para residenciar si era preciso al almirante, y depurar la verdad de los hechos.

Bobadilla, enemigo disfrazado del descubridor del nuevo mundo, cuando llegó á la Española le puso preso, le encadenó, le procesó y le envió á España queriendo borrar en aquellas islas hasta el nombre de Colón. La reina Isabel, al llegar el gran marino á España, le quitó los grillos, le reintegró en sus títulos y honores, menos el de Virrey de las Indias, y se mandó á D. Nicolás Ovando á la Española para que juzgase á Bobadilla, y depurase los hechos ocurridos.

Estos sucesos amargaron la vida de Colón que pretendía de los reyes, se armase una Cruzada para reconquistar á Jerusalem, lo que no pudo efectuarse, pero sí, que realizase su cuarto cuarto viaje á América con cuatro carabelas y 150 hombres, y sin tocar en la Española, lo que al fin tuvo que efectuar para reparar averías, teniendo el disgusto de que Ovando no le permitiese desembarcar, y viendo perecer en la borrasca de aquel día á Bobadilla, y todos sus enemigos, que yéndose á pique los navíos que les traían á España, tuvieron por sepultura el mar lejos de su patria.

Los últimos descubrimientos de Colón, fueron las Guayanas. Y cuando pensaba seguir en sus trabajos de exploración, arribó como un náufrago á la Española, donde Ovando lo detuvo un año, hasta que pudo fletar un buque, y llegar á España en Noviembre de 1504.

La conducta de Ovando en América, no merece más que censuras, pues sin la maldad característica de Bobadilla, carecía de condiciones para el cargo que desempeñaba, y con Colón y con los indios, se condujo torpemente no captándose las simpatías de nadie.

Muy tristes fueron los últimos años de la vida de Colón. Entre privaciones y enfermedades, y sin el apoyo de la Reina Isabel, muerta ya, no logró el amparo que solicitaba de D. Fernando y olvidado de todos, murió en Valladolid el 20 de Mayo de 1506.

Crítica.=Merecen juicio imparcial las acusaciones contra Colón, especialmente de los extranjeros, pues que si este hombre insigne se equivocó en América, no fué por móviles de maldad y de violencia, y si tuvo que tomar medidas de represión, fueron tan necesarias, que los hechos han venido á demostrar despues, que sólo así, podía intentarse allí la dominación de España.

La conducta de los reyes para con Colón, se ha juzgado muy equivocamente por los críticos; pues si bien es cierto, y en eso todos están conformes, que D.ª Isabel fué siempre la amparadora del almirante, también lo es, que las medidas que se tomaron, aparentemente en su contra, fueron aconsejadas por la prudencia, y D. Fernando nunca fué enemigo del gran genovés, explicándose su frialdad en los últimos años de su vida, por haber muerto ya la reina Católica, y ser muy escasa su ingerencia en los asuntos de Castilla.

También ha sido muy exagerada por extranjeros y malos españoles, nuestra conducta en América, pues que si hubo excesos que no es posible negarlos, fueron consiguientes á toda guerra de conquista, no duraron mucho, y la deslealtad de los indios justificó muchas veces las medidas de rigor tomadas contra ellos.

La esclavitud en América también ha sido muy mal juzgada por los escritores; pues que ésta sólo fué autorizada por los reyes con respecto á los indios caribes y antropófagos, como medio de civilizarlos, y después las sabias leyes de Indias, determinaron oportunamente todo lo que según las circunstancias debía hacerse sobre este particular.

América debe á España, además de haber llevado á millares de indios á la verdadera fe católica, el haberla iniciado, aprendiendo nuestra hermosa lengua castellana, en las letras, las ciencias y las artes, de que son público testimonio las Universidades importantes del Nuevo mundo, donde desde entonces acá, se rinde culto á todas las manifestaciones del saber humano.

Los indios de remoto orígen, con vestigios de antiguo poder, los encontró Colón salvajes y antropófagos unos, más civilizados y cultos otros, con creencias religiosas groseras y supersticiosas, y con costumbres tan especiales, que costó gran trabajo á los conquistadores hacérselas desterrar, y que fué causa de la mayor parte de los disturbios entre colonos y colonizadores.

El sistema de colonización iniciado por los españoles en América, y continuado después, excepción de lo referente á la idea religiosa y á la de cultura, no pudo ser más deplorable, y trajo consigo por la explotación violenta del indígena, el odio de raza latente siempre, y el deseo de emancipación, hasta que lo han visto logrado por completo. En cambio, otras naciones no se han fijado allí en la idea religiosa ni de cultura, pero han tomado el camino de la atracción, logrando establecer solidaridad de miras y de aspiraciones entre conquistadores y conquistados.

Mucho se ha debatido entre historiadores y críticos, á propósito de la conducta distinta de D.ª Isabel y D. Fernando en las empresas de Colón, llegando hasta presentar á este último como enemigo de la idea, y perseguidor del almirante. Nada de esto es cierto; D.ª Isabel amparó siempre la empresa de Cristóbal Colón; pero D. Fernando, si bien cómo más reflexivo no apareció tan entusiasta como su esposa, como ella secundó también los trabajos del genovés, y llevó la dirección de la conducta que debía seguirse en América, que de haberse seguido tal como él quería, hubieran sido más favorables los frutos de todo género, que para España hubiera tenido la conquista y colonización americana.

LECCIÓN 57.

GRANADA DESPUÉS DE SU CONQUISTA POR LOS REYES CATÓLICOS.

Situación de Granada después de su conquista por los Reyes Católicos.—Los consejeros de la reina Isabel.—Fray Hernando de Talavera.—Su conducta humanitaria con los moros granadinos.—El Cardenal Mendoza.—Sus consejos á la reina.—Fray Francisco Jiménez de Cisneros.—Sus reformas.—Cisneros, arzobispo de Toledo.—Reforma de las órdenes.—Cisneros en Granada.—Los conversos.—Sublevación del Albaizín.—Acción heroica de Talavera.—Conversion general de moros en Granada.—Sublevación de los moros en las Alpujarras.—El Gran Capitán, Pulgar y el Conde de Tendilla.—Otro alzamiento.—Venida del rey.—Sumisión de pueblos.—El castillo de Mondújar.—Condiciones de la sumisión.—Terrible levantamiento de los moros de Sierra Bermeja.—Ejército cristiano en la Serranía de Ronda.—Muerte de D. Alonso de Aguilar.—El rey en la Serranía.—Sumisión general de los moros.—Edicto de los Reyes Católicos.—Emigración y bautismos de los musulmanes.—Pragmática de los reyes para los mudejares de Castilla.—Bautízanse todos los que quedan en España.—Unidad de culto en la Península.=*Crítica.*—Juicio acerca de la personalidad de Fray Hernando de Talavera cerca de los reyes, y en Granada.—El Cardenal Mendoza juzgado ante la crítica imparcial histórica.—Cisneros, y examen de las opiniones históricas acerca del mismo, como reformador y en su intervención en los asuntos de Granada.—Cisneros y los moriscos.—Cisneros y los libros arábigos.—Juicio acerca de la conducta seguida por éste con los moros de Granada.

La situación del antiguo reino granadino, después de ser conquistado por los Reyes Católicos, no fué todo lo tranquila que esperaban estos monarcas, ya por distinto criterio de gobierno en los representantes del poder, ya también porque los moriscos creyeran que no se cumplían lealmente todos los pactos de las capitulaciones firmadas para la entrega de la ciudad.

Y como quiera que en estos asuntos ejercieron influencia grande y decisiva los consejeros de la reina Isabel, de aquí que tengamos que ocuparnos de cada uno de ellos, fijando los caracteres de los mismos, y su conducta particular en los asuntos del territorio conquistado á los moros.

Es el primero Fr. Hernando de Talavera, que á una gran virtud unía un alto concepto de su elevado ministerio, y que al ser nombrado confesor de la reina, comenzó por igualarla á toda penitente, lo que hizo que aquella gran señora, viese desde entonces en aquel religioso el confesor que cuadraba con sus deseos y humildes aspiraciones, como cristiana y como reina.

Siempre se distinguió Talavera por su conducta humanitaria con los moros, creyendo que de este modo hacía más prosélitos que con las medidas de rigor, y porque entendía también, que á eso estaban obligados

los que tenían que cumplir lo pactado, con los últimos poseedores de la Granada musulmana.

El segundo de los Consejeros de la Reina Católica, fué el gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, y que por su valimiento poderoso cerca de los reyes, mereció el calificativo del tercer rey de España.

Asociado siempre á todas las grandes empresas de D.ª Isabel, alentándolas con sus esfuerzos personales, y dirigiéndola en toda clase de negocios, por arduos que estos fuesen, sus consejos eran siempre atendidos por aquella señora, que veía en ellos la expresión del más acendrado patriotismo, y el más celoso respeto hacia sus reyes. A sus consejos se debió sólo, el que á su muerte ocupara alto puesto, y tuviese ingerencia directa y muy fructífera en los asuntos de España, el austero franciscano D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros.

Fué este fraile, después de haber desempeñado cargos eclesiásticos, en los que honró su nombre, y á Torrelaguna su patria, y tenía 55 años cuando ya siendo Granada cristiana, fué elegido como confesor de la Reina Isabel.

Lo primero que este grande hombre intentó reformar, fueron las órdenes religiosas, pues tuvo ocasión de observar la relajación en que se encontraban, al ser nombrado provincial de la de Franciscanos á que pertenecía, lo que pudo realizar, merced á la bula especial que se obtuvo del pontífice Alejandro VI.

Cuando se encontraba ocupado con este pensamiento, un suceso imprevisto vino á sacarle de sus tareas, y á elevarle á altos puestos, donde pudiera lucir las notables aptitudes que le distinguían.

Por muerte del Cardenal Mendoza, es nombrado arzobispo de Toledo, y cuando la Reina Isabel le presenta las bulas pontificias, se horroriza de obtener tan alta dignidad, y huye de la Corte siendo preciso nueva orden del papa para que obedeciese, y no olvidando nunca sus costumbres de fraile franciscano, á pesar de las altas dignidades que desempeñó en España.

Lo primero de que se ocupó como arzobispo de Toledo, fué de realizar su antiguo pensamiento de reformar las órdenes religiosas de España, lo que al fin consiguió ayudado de los reyes, á pesar de la ruda oposición de todos, y de los mismos religiosos.

También Cisneros, tiene alta personalidad en Granada, á donde vino acompañando á los monarcas, y para auxiliar al arzobispo Talavera, en la conversión de los infieles, si bien fueron distintos los caminos, que á este fin siguieron uno y otro, en la ciudad recien hecha cristiana.

Por eso y dado el carácter enérgico de Cisneros, sustituyó la dulce exhortación de Talavera, por las públicas conferencias y discusiones con los alfaquíes, emprendiendo una activa campaña de propaganda, y á veces de rigor con los conversos, quemando todos los ejemplares del Koran que halló en Granada, y no descansando hasta lograr que en la ciudad no se rindiese más culto, público ni secreto, al falso mahometismo.

Pero estos actos, que justifican su grande celo religioso, y que nun-

ca llegaron á destruir los tesoros de las ciencias arábigas, que hoy existen en la Biblioteca del Escorial y en otras, despertaron las iras de los moriscos, y alentados por un entusiasta defensor de sus pasados prestigios, estalló en el Albaizín de Granada un motín formidable y aterrador, dirigido principalmente contra Cisneros por sus medidas de rigor.

No fueron bastantes los esfuerzos del Conde de Tendilla, para destruir aquella rebeldía. En cambio, cuanto subió á las alturas de la ciudad el santo alfaquí, como llamaban los moros á Talavera, al momento depusieron las armas, y cedieron antes la magia de su dulce y persuasiva palabra.

Consecuencia de todo esto, y de la evangelización que ambos prelados hacían de contínuo, mezclando el rigor con la dulzura, la dádiva con el castigo, fué la conversión general de moros en la ciudad, que llegó á ser extraordinaria y tan amplia, que en un solo día bautizó Cisneros á 4000 por aspersión en la nueva iglesia del Salvador, en el popular barrio del Albaizín.

Los moros de las Alpujarras, que estaban más fanatizados todavía, que los de la ciudad con sus creencias, aprovecharon la rebelión de Granada para levantar el estandarte de la sedición en las fragosidades de la sierra, seguros que allí habían de dar mucho que hacer á los capitanes cristianos, en las escaramuzas de emboscadas que preparaban.

Esta primera intentona de rebeldía, fué sofocada con grande esfuerzo por Gonzalo de Córdoba, Pulgar, y el Conde de Tendilla, que pasaron á cuchillo á todos los amotinados que se encerraron en el pueblo de Güéjar Sierra, incendiando la población, así como logrando que Mondújar se rindiese también, después de quemar parte de la nueva iglesia los moriscos.

Pero no bastó que este alzamiento primero se sofocase fácilmente, pues que otro más formidable estalló en toda la Alpujarra, y desde Lanjarón en adelante, no se oían más que voces de protesta y rebelión en contra del cristiano.

Y entonces, el mismo rey D. Fernando con grueso ejército, cree precisa su intervención, y acude al teatro de la guerra, comenzando desde el valle de Lecrín, una campaña tenacísima, que se había de coronar con el vencimiento.

Pero al fin, sitiados y tomados Lanjarón, Tablate, Laujár y otros pueblos, el terror cunde en los sublevados, que todos se rinden y toman el bautismo, no quedando al fin del año 1500 un solo moro rebelde, y que al menos aparentemente no fuesen cristianos, en los extensos territorios de las Alpujarras y de la parte de Almería, Guadix y Baza.

Entre los pueblos más levantiscos de esta sedición, se contó el de Mondújar, donde Pulgar, tuvo que demostrar una vez más sus inapreciables condiciones guerreras, y donde se dió el caso de que el antiguo castillo, que fué residencia de Muley Haxem, al ser asaltado por los rebeldes se defendiera heróicamente por la esposa del gobernador del mismo, ausente á la sazón.

Los pueblos que obligadamente se sometían, aceptaban condiciones que algo le favorecían referentes al cumplimiento de las capitulaciones

de la entrega de Granada, á sus usos y costumbres, ó á concesiones especiales que se hacían, á los que de buena ó mala fe, se cristianizaban.

No había trascurrido un año de la sumisión de los moros de la Alpujarra, cuando estalló otra sublevación, más formidable aún, en la sierra de Filabres, que fué prontamente sofocada por el alcaide de los Donceles, y otra más tenaz aún en Sierra Bermeja, comenzando por la Serranía de Ronda, acaudillada por Ben Estepar que se titulaba el salvador de los oprimidos musulmanes.

Entonces un grande ejército cristiano va á combatirlos al mando de capitanes tan esclarecidos como D. Alonso de Aguilar, (hermano del gran capitán), y los condes de Cifuentes y de Ureña.

La lucha en las escabrosidades de la sierra, es encarnizada y feroz. Los combates se hacen personales, y el mismo D. Alonso de Aguilar, ya herido y maltrecho, combate cuerpo á cuerpo con el caudillo moro, muriendo á sus manos, y terminando así su gloriosa campaña de tantos años contra los musulmanes.

Estos sucesos, y el incremento de la sublevación de la serranía de Ronda, obligaron á D. Fernando á armar un grueso ejército que les combatiese y venciera, yendo él á su cabeza y presentándose en el centro de la insurrección, atemorizando á los moros con su sola presencia y la del ejército.

No hubo necesidad ya de librar un solo combate. Todos los moros se sometieron, pidieron perdón al rey, y aceptaron las condiciones que se les impusieron, que eran ó salir del suelo español ó bautizarse, que fué lo que aceptó la mayoría de los rebeldes.

Consecuencia de estos sucesos parciales, fué el decreto general de los Reyes, de 1502, por el que se obligaba á todos los moros de estos territorios á bautizarse ó salir de la península, lo que casi todos cumplieron, leal ó disfrazadamente, pero lográndose que en los primeros años del siglo XVI no se rindiese públicamente culto á Mahoma en ningún punto de España.

Y por entonces era frecuente ver como al mismo tiempo que á millares se bautizaban los moros de las antiguas comarcas musulmanas, siendo hermosos espectáculos, que llenaban de entusiasmo á los reyes, y á todos los cristianos españoles, por otro lado se veían numerosos emigrantes de aquella raza, que preferían ir á vivir lejos de la tierra que les vió nacer con privaciones, y con amarguras, que ser perjuros á su fe religiosa, ó traidores á la que juraran contra sus convicciones.

También en este general pensamiento de que no quedara un solo español profesando ideas distintas á la católica, en materia de religión, se acordaron los reyes de los mudejares de los reinos de Castilla y de León, y les conminaron como á los moriscos, con el bautismo ó la expulsión, y casi todos abrazaron el cristianismo, y aquellos con más buena fe que los moriscos de Granada, las Alpujarras, y la Serranía de Ronda.

Se bautizan todos los que quedan en España. La idea cristiana se abre paso en todas las conciencias, y parece como que se va á olvidar para siempre en nuestra na ción que en ella ha habido sectarios de Mahoma.

Y la unidad de cultos absoluta predomina en la península. Y todos

adoran con más ó menos fervor al Dios de los cristianos, estando los reyes, en su grande piedad, contentos y satisfechos de que en la nación privilegiada del catolicismo, no se rinda culto por entonces á las sectas del error, sin presumir que muchos de los moriscos bautizados, no lo eran de buena fe, que ellos habían de alentar nuevas insurrecciones, y que el espíritu de unidad católica había de vivir esplendoroso en nuestra patria, hasta que las ideas disfrazadas del libre examen invadieran andando el tiempo, nuestra nación.

Crítica.=La personalidad de Fr. Hernando de Talavera en Granada, y cerca de los reyes merece un juicio imparcial y desapasionado, pues á sus condiciones de ciencia, virtud y santidad, unió un sistema de dulzura para convertir á los infieles, y á pesar de su edad avanzada, aprendió el árabe, predicó en ese idioma, se hizo querer del pueblo, que le llamó santo, y las conversiones que logró en Granada, casi todas fueron estables, como nacidas al calor de la caridad y la dulzura evangélica, é hijas de la convicción en la verdad de la doctrina católica.

El Cardenal Mendoza es también figura respetabilísima, ante la crítica histórica, toda vez que su poder cerca de los monarcas de Castilla y de Aragón, se debía sólo á su valer, y á sus condiciones inapreciables; y muchas de las empresas de los Reyes Católicos fueron hijas de sus felices iniciativas, que si le crearon un grande ascendiente, y un ilimitado poder, fué muy merecido y por nadie ha sido discutido.

La personalidad de Cisneros, sí ha sido más discutida, como reformador, y por su intervención directa en los asuntos de Granada. Bajo el primer punto demostró grandes condiciones de innovador, y se adelantó á tiempos posteriores en que se verificaron reformas de esa índole en las órdenes religiosas. En cuanto á los asuntos de Granada, las opiniones no pueden estar conformes, por ser distinto el criterio de los escritores en este punto.

Respecto á los moriscos, si bien es cierto que siguió camino distinto al de Talavera, no es censurable, porque su caracter era distinto al de aquél, y creía que con aquellos seres hipócritas y desleales, no cabía seguir otro camino que el de la violencia y el exterminio.

En cuanto á las ciencias arábigas, por la quema que se le atribuye de libros en este idioma de estudios médicos, y de ciencias naturales, es completamente falso tal aserto, pues hizo todo lo contrario. Celoso de las ciencias, mandó apartar todos los libros científicos, y solo quemó en la plaza de Bibarrambla, todos aquellos que de religión ó de política trataban, y que eran un peligro para la unidad de la fe, ó para la tranquilidad de las instituciones.

Por eso en definitiva puede afirmarse, que su política con los moros de Granada, no puede aparecer como hija de intolerancia religiosa sino de plan político que arrancaba del íntimo convencimiento que tenía, de que ninguno de los conversos era de corazón, y prefería su exterminio ó su expulsión, á crear una raza de malos cristianos y malos españoles, que fueran después, como intentaron más tarde, los eternos revolucionarios, y los contínuos enemigos del cristianismo, que habían públicamente profesado.

LECCIÓN 58.

LAS GUERRAS DE ITALIA, Y ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIDA DE LA REINA CATÓLICA.

Las guerras de Italia y últimos años de la vida de D.ª Isabel la Católica.—Origen de las guerras de Italia.—Ludovico Sforza y Carlos VIII.—Invasión de Carlos.—Conquista de Nápoles.—Conducta de Carlos VIII.—La liga santa.—Retirada de Carlos VIII.—Batalla de Fornovo.—Reconquista del reino y derrota de Seminara.—Fernando recobra á Nápoles.—Conquista de Calabria.—Sumisión de la Basilicata.—Gonzalo de Córdoba es enviado en socorro del Papa.—Toma de Ostia.—Renovación de la guerra en Italia.—Conquista de Milán.—Partición de Nápoles.—Conquista de Nápoles.—Guerra entre Francia y España.—Victoria de Barletta.—Victoria de Ceriñola.—Entrada de Gonzalo de Córdoba en Nápoles.—Renovación de la guerra.—Los franceses en Italia.—Sitio de Gaeta y batalla del Garellano.—Rendición de Gaeta y retirada de los franceses.—Gonzalo de Córdoba en Nápoles.—Tratado de Lión y fin de la guerra.—Últimos años de la vida de D.ª Isabel la Católica.—Familia de los Reyes Católicos.—Enfermedad de D.ª Isabel.—Su testamento.—Su muerte.—Carácter de esta insigne reina.—Desgracias que amargaron sus últimos días.—El codicilo de D.ª Isabel.—Transformaciones de España en el reinado de los Reyes Católicos.—Portugal.—Reinado de D. Juan II.—Su conducta con la nobleza.—Sus relaciones con Castilla.—Su conducta con los judíos.—Descubrimiento del Congo.—Bartolomé Díaz.—Reinado de D. Manuel I, el afortunado.—Vasco de Gama.—Conquistas de los portugueses en el Oriente.—Camoens.—*Crítica.*—Conducta de los españoles en las guerras de Italia.—Personalidad del Gran Capitán.—Juicio unánime de todos los historiadores sobre la Reina Católica.—Sus acertadas disposiciones al morir.

La descripción de las guerras de España en Italia, durante el reinado de los Reyes Católicos, así como los últimos años de la vida de D.ª Isabel I, son los sucesos importantes con que se termina el tercer subperíodo del período primero de la primera época de la edad moderna de la Historia de España.

El origen de las guerras de Italia se encuentra en la traición de un príncipe italiano, Ludovico Sforza, y en la ambición de Carlos VIII de Francia, que al renovar las antiguas pretensiones de los angevinos al trono de Francia, dieron origen á estas guerras, é hicieron que Italia fuese mucho tiempo teatro de luchas entre Francia y España.

Ludovico Sforza, llamado el Moro, gobernaba el ducado de Milán en nombre de su sobrino Galeazo, y en Nápoles, Fernando, hijo de Alfonso V; y temiendo el primero de que el segundo unido á la república de Florencia, tramase algo á favor del duque de Milán, excitó á Carlos VIII para que renovase sus pretensiones al trono de Nápoles en representación de la casa de Anjóu.

Y este, alentado y ambicioso, hace sus preparativos y penetra en el

territorio napolitano, y vence al principio al ejército de este rey; lo que visto por D. Fernando el Católico, que no podía mirar con tranquilidad se despojase de su trono á un individuo de su familia, se alió con el pontífice, y decididamente ayudó á Alfonso II de Nápoles en contra del usurpador.

Pero la fortuna fué en extremo favorable á Carlos VIII, que en 15 días, y casi triunfante hizo su campaña, se apoderó de todo, entró en Nápoles, é hizo salir del reino al joven Fernando II en quien abdicara su padre Alfonso.

La conducta de Carlos VIII fué odiosa para los italianos, y concitó á todos bien pronto contra el, pues su vida licenciosa, y su tiranía, enajenaron todas las voluntades, odiándole de corazón los que antes le creian su libertador.

En tal estado, el rey D. Fernando se alió con Inglaterra, con Alemania, con el duque de Milán, como ya lo estaba con el Papa, y formó la llamada *Liga Santa*, mandando una armada á las costas sicilianas, y tropas al mando de Gonzálo Fernández de Córdoba.

De improviso cogió á Carlos VIII la noticia de la formación de esta liga formidable. Y aterrorizado, y sin precaver las consecuencias, salió de Nápoles, dejando allí la mitad de su ejército, y queriendo marchar á Francia con la otra mitad.

En su retirada, aquel rey de violentas impresiones, y de caracter frívolo, que se hizo coronar emperador antes de abandonar la ciudad, tuvo la fortuna de derrotar cerca de Fornovo (en los Apeninos), á un cuerpo de tropas venecianas, y de apartar de la liga á Luis el Moro, logrando llegar á Francia, donde bien pronto se olvidó de sus aventuras napolitanas.

Entonces se intenta la conquista del reino por Fernando II, y ayudado por Gonzalo de Córdoba que estaba en Mesina, empezaron la campaña sobre la Calabria, aunque fueron derrotados en la batalla de Seminara por los franceses.

Pero antes que esta derrota desalentase á sus partidarios, el rey Fernando se dirigió á Nápoles, que á pesar de los esfuerzos del duque de Montpensier que le gobernaba, le abrió sus puertos, le aclamó con entusiasmo, y acuchilló á cuantos franceses no tuvieron la fortuna de salir con su general en los primeros momentos.

Por otro lado, Gonzálo de Córdoba iba conquistando toda la Calabria, lo que logró bien pronto, menos una parte pequeñísima que quedó sometida todavía al general francés.

El rey Fernando, que estaba sitiando á Atella, ciudad de la Basilicata, llama á Gonzálo de Córdoba en su ayuda, el que al llegar favoreció tanto la causa del rey, que los enemigos capitularon, el general español acabó de apoderarse de Calabria, y quedó terminada la guerra.

El pontífice Alejandro VI, teniendo en cuenta los señalados servicios que los reyes de España D. Fernando y D.ª Isabel habían prestado á la causa de la cristiandad, así como su acendrada piedad y entusiasmo religioso, les concedió el honroso título de *Católicos;* y ellos á su vez viendo la situación en que el pontífice se encontraba, en sus estados

le mandó en su ayuda al esforzado Gonzálo de Córdoba, que bien pronto dejo sentir allí el esfuerzo de su brazo, y sus inapreciables condiciones personales.

En efecto: ocupada la plaza de Ostia por el bandido Menaldo Guerri, la sitió y tomó en ocho días, pasando después á Roma, donde fué aclamado como libertador, agasajado por el pontífice, y recibiendo del rey de Nápoles el título de duque de Santángelo acreditándose allí como el primer Capitán del siglo, y favoreciendo el que el rey Católico pudiese ya hacer las paces con el rey de Francia.

Este, que era Luis XII sucesor de Carlos VIII renovó las guerras en Italia, deseoso de apoderarse de Milán y de Nápoles.

Por eso, invadió la Lombardía, sometió en 15 días el ducado de Milán, llevó prisionero á Francia al feroz Sforza, y puso sus ojos en Nápoles, para coronar todos sus atrevidos proyectos.

Quiso evitarlo el rey Católico, y al efecto propuso al de Francia, se partiese entre ambos el reino de Nápoles, toda vez que ambos creían tener sobre él, el mismo derecho, y no sin que mandara una armada á Sicilia con Gonzálo de Córdoba, aparentando auxiliar á Venecia contra los turcos, deponiendo del trono á D. Fadrique que le ocupaba, y tomando España la parte meridional, y Francia la septentrional.

Empieza entonces la conquista de Nápoles, entrando en el reino un ejército francés que saquea y se apodera de Cápua y otras ciudades, mientras que Gonzálo de Córdoba tomaba la Calabria y La Pulla, á las que sometió en poquísimos días.

Consecuencia del tratado de partición de Nápoles, entre Francia y España, fué que generales franceses, penetrasen en plazas españolas, y que tuviese pretensiones también sobre otros puntos no comprendidos en el tratado, lo que hizo que, á pesar de la prudencia del rey Católico, la guerra quedase declarada entre ambas naciones, siendo difícil la situación de Gonzálo de Córdoba que falto de soldados y recursos quedó á la defensiva en la plaza de Barletta, en el Adriático.

Sitiada Barletta por los franceses, hubieran todos perecido, á no ser por las condiciones de este general, que logró distraer á los sitiadores, aparentar combates fuera de la ciudad, llamarles nuevamente la atención, y envolverles en tales términos, que los sitiados resultaron vencedores, y prisioneros los más señalados jefes del ejército francés.

Después de esto, y con el refuerzo de 2000 soldados que había recibido, no vaciló el Gran Capitán en seguir la campaña en son de acometida á los franceses, y al efecto se dirigió á Ceriñola, donde á pesar del número grande de los contrarios, logró una señalada victoria, muriendo el duque de Nemours, general en jefe de los franceses, y lográndose el triunfo más completo y decisivo por el ejército español.

Fué seguido este triunfo importantísimo de la sumisión de las ciudades principales del reino, escepción de Venosa y Gaeta, y que á Gonzalo de Córdoba le abrieran las puertas de Nápoles, donde fué recibido con entusiasta delirio y entre alfombras de flores.

No podían entretanto los franceses, estar tranquilos después de tantas derrotas; y al efecto crearon tres cuerpos de ejército, que invadie-

ron á España, el Rosellón, é Italia, quedando desde luego allí renovada la guerra.

El mejor de esos ejércitos, compuesto de 30000 hombres, y donde iba la flor de la nobleza francesa, fué destinado á Italia, encontrándose allí otra vez los franceses, dispuestos á vengar con sangre, las pasadas derrotas.

Y entonces Gonzalo de Córdoba que tenía puesto sitio á Gaeta, le abandonó ante la superioridad del enemigo, situándose á orillas del río Garellano, donde á pesar de todo, y de las inundaciones que sobrevinieron, pudo el ejército español cruzar el río, y merced á la táctica experimentada de nuestro invicto general, desconcertó de tal modo á los franceses, que envueltos y arrollados, tuvieron que huir en fuga cobarde y desordenada.

Ya no fué difícil nada para el ejército español. Así es que enseguida se rindió Gaeta, y con honrosas capitulaciones, salieron los franceses, decididos ya á volver á su país, retirándose de Italia, donde creyeron dominar siempre.

Dueño y señor absoluto del reino de Nápoles, el Gran Capitán, (en cuyas campañas mereció tal dictado), hizo su entrada triunfal en la capital, dedicándose á ordenarlo todo, demostrando las grandes cualidades de gobierno, que le asigna su biógrafo Hernán Pérez del Pulgar.

Término de esta honrosísima campaña fué el tratado de Lión, en virtud del cual, Luis XII daba por terminada la guerra, y reconocía que el reino de Nápoles, era únicamente propiedad de España.

Veamos ahora los últimos años de la vida de D.ª Isabel la Católica, y las amarguras que tuvo que pasar, así como su esposo, con su descendencia.

La familia de los Reyes Católicos, se componía de cinco hijos, uno varón y cuatro hembras. El príncipe D. Juan, muerto á poco de casar, y sin dejar herederos. La infanta Isabel, casada dos veces en Portugal, y de quien quedó el príncipe D. Miguel, muerto siendo muy niño. Las infantas D.ª María y D.ª Catalina, casadas en Portugal, y en Inglaterra, y D.ª Juana, la mayor de todas, que casada con D. Felipe el Hermoso de Austria, perdió la razón, por multitud de causas, siendo la que después de muertos los Reyes Católicos, heredó sus extensos dominios.

La pérdida de dos de sus hijos y de su nieto, que era toda su esperanza, y la locura de D.ª Juana, quebrantaron la salud de la reina doña Isabel, que al fin vencida por la enfermedad se postró en el lecho, no sin que diariamente atendiese á los cuidados del gobierno, y al bien de sus súbditos, que fué el constante anhelo de toda su vida.

Viéndose morir otorgó su testamento en 12 de Octubre de 1504 en el que como reina, como esposa, y como madre, no se olvidó, ya de lo referente á la situación mental de su hija, ya del gobierno del reino, ya de la civilización y cultura de los indios de América.

Y cumplidas todas sus disposiciones temporales y espirituales, entregó su alma á Dios, en Medina del Campo á 26 de Noviembre de 1504, siendo por todos llorada, pues más que una reina, perdían una madre

tierna y cariñosa, y siendo trasladado su cuerpo al convento de San Francisco de la Alhambra de Granada.

Su carácter y condiciones particulares, la hacían de todos ser querida, pues su afabilidad, grandeza de ánimo, amor á la justicia, y profunda piedad, le hicieron ser la reina más notable de España, comparable sólo aunque superándole, á la insigne D.ª María de Molina.

Los últimos días de su vida, fueron bien amargos, pues no podía quitar de su imaginación la pérdida de sus hijos, el estado mental de D.ª Juana, y el que pudieran sobrevenir por estas causas accidentes desconocidos, que hicieran peligrar la unidad de la patria, por la que tanto había trabajado en unión de su esposo D. Fernando.

En 23 de Noviembre de 1504, otorgó un codicilo en que dispuso se nombrase una junta de letrados para que se recopilasen las leyes del reino, y se extendiese á la reforma de los monasterios, y á las necesidades de los naturales de América.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, se transforma España de modo admirable, pues que se agregó todo el reino de Granada, conquistado á los moros, se realizaron las empresas de América y de Italia, y por fin, se logró la unidad nacional, pronunciándose por vez primera el nombre de España, como símbolo de una nación, y no de varios reinos independientes, que hasta entonces se habían constituído.

Durante este tiempo, se desarrollan dentro de la Península ibérica, en Portugal, varios sucesos, que son importantes y que algunos tienen grande relación con nuestra nación.

Á Alfonso V el Africano, sucede en el trono portugués D. Juan II, que continuó la obra de sus antecesores en las expediciones marítimas, y en la colonización de los países descubiertos.

En su tiempo se insurreccionó en su contra parte de la nobleza feudal de su reino, teniendo necesidad de someterles, matando al Duque de Braganza, cercenándole sus privilegios, y obligándoles á la dependencia que debían á sus reyes.

Sus relaciones con Castilla se marcaron á propósito de los primeros descubrimientos de América, y la línea de demarcación señalada por el Pontífice, y ampliada por el tratado de Tordesillas.

Para con moros y judíos, no tuvo complacencias, sino que preparó el camino del rigor, que hizo decretar su completa expulsión en el reinado de su sucesor D. Manuel I el afortunado.

En su reinado descubrieron los portugueses el Congo, y siguieron con grande ahinco las expediciones y aventuras marítimas, que por entonces sólo compartieron con España.

También, entonces, el atrevido explorador Bartolomé Díaz, llega hasta el Cabo de las Tormentas, al que el monarca portugués cambió este nombre, por el de Buena Esperanza.

Sucede al rey D. Juan II de Portugal, su primo D. Manuel I apellidado el afortunado, por serlo mucho en todas sus empresas, especialmente en las de exploraciones marítimas.

Durante su reinado, Vasco de Gama dobló por vez primera el Cabo de Buena Esperanza, y se halló el camino de las Indias Orientales.

Al mismo tiempo Alfonso de Alburquerque extendía la dominación portuguesa por las Indias, relacionándose con la China y con la Oceanía, y descubriendo Cabral en sus días, y casi casualmente, las costas del Brasil.

Su reinado fué muy feliz—y su gobierno muy atento á todo lo que llevase engrandecimiento para Portugal.—Ya cantó Camoens después del reinado del rey D. Sebastián, en sus *Luisiadas*, las empresas marítimas de este pueblo, comparable sólo con el nuestro en tan atrevidas exploraciones.

Crítica.—La conducta de los españoles en las guerras de Italia, al mando del Gran Capitán, no puede ser más digna y esforzada de lo que fué, frente á la que siguieron los franceses, que nunca cumplieron lo pactado, que celosos de nuestras glorias, quisieron allí emularlas, recibiendo duro escarmiento en Ceriñola y Garellano, cuyos nombres les recuerdan diariamente nuestro valor y pujanza en aquella guerra.

La personalidad de Gonzalo de Córdoba en dichas guerras, es tan de realce, que los generales y príncipes de todos los países tenían puestos sus ojos en aquel general español, que lo mismo cautivaba por su apuesto y gentil continente, que aterraba al contrario en la lid guerrera y que llevaba cual ninguno con acierto y dignidad la más complicada negociación diplomática, por todas cuyas raras y unidas cualidades, mereció el significativo dictado del *Gran Capitán*.

Es unánime y entusiasta el juicio de todos los historiadores, respecto á la Reina Católica. Todos reconocen en ella un grande corazón, energía é ilustración impropias de su sexo, y un entusiasmo por las cosas de su reino, que ni un momento dejó de pensar en el bien de sus vasallos.

Por eso al morir, dictó esas sabias disposiciones, que son el símbolo de su hermoso carácter de reina, y madre amorosa de su pueblo, acordándose hasta de los indios de América, y dando consejos, que á haberse seguido, aun hoy, estaríamos recogiendo el fruto de tan acertadas disposiciones.

LECCIÓN 59.

LAS REGENCIAS

Segundo período de la primera época de la Edad Moderna de la Historia de España.—Las regencias.—Subdivisión de este período en cuatro subperíodos.—Primer subperíodo.—Primera regencia de D. Fernando el *Católico*.—Cortes de Toro.—Pretensiones de Felipe el *Hermoso*.—Descontento de algunos nobles.—Concierto de Blois.—Alianzas de D. Felipe.—Concordia de Salamanca.—Segundo casamiento de D. Fernando el *Católico*.—Peligro en que estuvo la unidad nacional.—D. Felipe y D.ª Juana llegan á España.—Concierto de Villafáfila.—D. Fernando renuncia la regencia y marcha á Aragón.—Segundo subperíodo.—D.ª Juana y D. Felipe el *Hermoso*.—Mal gobierno de D. Felipe.—D. Fernando desconfía del Gran Capitán y marcha á Nápoles.—Cortes de Valladolid.—Muerte de D. Felipe el *Hermoso*.—La locura de la reina.—Gobierno provisional en Castilla.—El consejo de regencia.—Situación del país.—D. Fernando en Nápoles.—Las cuentas del Gran Capitán.—Solución inesperada para el gobierno de Castilla.—Tercer subperíodo.—Segunda regencia del Rey Católico.—Represión de la nobleza.—Guerra de África.—Conquista de Orán.—Toma de Bujía y Trípoli.—D. Fernando y el Gran Capitán.—Guerra de Italia.—Liga de Cambray.—La santa liga.—Batalla de Rávena.—Los franceses en Italia.—Batallas de Novara y Vicenza.—Conquista y sumisión de Navarra.—Se incorpora á la corona de Castilla.—Enfermedad y muerte de D. Fernando el *Católico*.—Muerte del Gran Capitán.—Cuarto subperíodo.—Regencia del Cardenal Cisneros y de Adriano de Utrech.—Proclamación de D. Carlos.—La milicia real.—Medidas contra la nobleza.—Guerras en Navarra y África.—Disposiciones respecto de América.—Codicia de los flamencos.—Venida á España de D. Carlos I.—*Crítica*.—Las regencias de D. Fernando juzgadas ante la Historia.—Su segundo casamiento, y crítica del mismo.—D. Fernando el *Católico* y el Gran Capitán.—Las empresas de África.—Juicio imparcial sobre el Cardenal Cisneros, sus empresas y gobierno.

El segundo período de la primera época de la edad moderna de la Historia de España, comprende desde la muerte de D.ª Isabel la Católica en 1504, hasta 1517 en que termina con la muerte de Cisneros la regencia de este, y comienza en nuestra patria el verdadero poder de la Casa de Austria.

Este período recibe el calificativo especial del de las Regencias en el gobierno de Castilla, pues que dado el estado mental de la reina D.ª Juana, y la menor edad del príncipe D. Carlos, hay un espacio de tiempo de 13 años, durante el cual, ya por designación de D.ª Isabel, ya por la fuerza de las circunstancias, gobiernan otros el reino, hasta que la llegada de D. Carlos pone fin á esta situación especial.

Este período histórico se subdivide á su vez en cuatro subperíodos, comprensivos de la primera regencia de D. Fernando, el gobierno de D. Felipe y D.ª Juana, la segunda regencia del rey Católico, y la del Cardenal Cisneros.

El primer subperíodo comprende desde 1504, en que por muerte y

designación de D.ª Isabel se encarga su marido del gobierno de Castilla, hasta 1506, en que el monarca aragonés, renunció la regencia, para que gobernaran sus hijos.

La primera regencia de D. Fernando al Católico se inicia por la aceptación de éste del cargo de regente de Castilla, una vez que renunció á sus derechos á este reino, y la proclamación de D.ª Juana como reina propietaria de Castilla y de León.

Y para que todo tuviese la suprema sanción, las Cortes de Toro de 1505, juraron solemnemente su fidelidad á D.ª Juana como reina propietaria, y á D. Felipe como marido suyo.

D. Felipe el Hermoso, no estaba satisfecho de no ser el regente, ni tampoco se contentaba con la regencia de su suegro, y al efecto pretendió la regencia como curador ejemplar de su mujer, y apoyado por su padre, por el rey de Francia, y por los nobles descontentos de Castilla.

Estos eran bastantes, y no simpatizaban con D. Fernando, ya por su carácter suspicaz, severo, y económico en alto grado, ya también por que nunca se sometió gustosa Castilla al gobierno del monarca aragonés.

D. Fernando, por medio de su embajador Conchillos, quiso entenderse con su hija; pero vigilada en extremo, tuvo ya que oponerse a las medidas y alianzas, que abiertamente concertaba D. Felipe, y ciego por la ira, más que seducido por el amor, hizo el concierto de Blois, por el que casaría con la hermosa joven Germana de Foix, de 19 años de edad, sobrina del rey de Francia.

Cuanto supo esto el rey D. Felipe, estableció alianzas de gran valer, con los reyes y grandes que favorecían sus pretensiones, para ver de desbaratar los que llamaba insensatos proyectos de su suegro.

Pero al mismo tiempo, celebró con él la llamada concordia de Salamanca, ajustada con sus embajadores, en virtud de la cual, D. Felipe y D.ª Juana serían jurados reyes, y D. Fernando gobernador perpétuo de Castilla.

El rey Católico, no obstante, llevó á cabo su pensamiento, y realizó su segundo casamiento con la joven Germana en 1506, siendo según la opinión de escritor insigne, el primer desacierto que aceleró su muerte, y acabó de enajenarle la voluntad de los castellanos.

Este suceso histórico, fué de tanta importancia, que á no ser por providencial destino, con él se hubiera roto la unidad nacional, y se hubieran destruído todos los esfuerzos, realizados en tanto tiempo para lograrlo.

Al fin llegan á España D.ª Juana y su marido; y aunque aquélla no pudo llegar á ver á su padre como éste quería, y suegro y yerno tienen sin consecuencias una entrevista en la alquería del Remesal, los ánimos se agriaron cada vez más, la concordia de Salamanca no se cumplía, y D. Felipe ganaba en partidarios, mientras que D. Fernando iba quedándose sin ninguno.

Después de otra entrevista en Reciedo junto á Valladolid, firmóse el concierto de Villafafila (cerca de Benavente), por el que D. Fernando renunciaba el gobierno de Castilla en sus hijos D.ª Juana y D. Felipe.

Una vez renunciada la regencia, y visto el poco amor de los castellanos, marchó á Aragón, donde le preocupaban los asuntos de Nápoles, sabiendo bien pronto que la reina había sido declarada loca, y que en su nombre gobernaría D. Felipe como regente del reino.

El segundo subperíodo de este período histórico, es bien corto; comprende menos de un año: la prematura muerte del archiduque y la clara demencia de la reina, hicieron nombrar un consejo de regencia para Castilla.

D.ª Juana y D. Felipe en el corto tiempo que juntos gobiernan, poco hacen digno de especial mención; y lo poco que se hace, es por don Felipe, empeñado sobre todo en que las Cortes declararan la incapacidad de la reina, logrando sólo se reconociese á ambos como monarcas, y á su hijo D. Carlos como heredero del Trono.

El poco tiempo que, contra la voluntad de los castellanos, gobernó D. Felipe, lo hizo mal, y en abierta oposición á las aspiraciones de sus súbditos, empezando por colocar á todos los flamencos, y dejar sin puestos oficiales á los más leales castellanos.

Entretanto, D. Fernando el Católico, ya vuelto á Aragón, y excitado por el lujo, boato y absorbente poder del Gran Capitán en Nápoles, desconfía de él y marcha allí para arreglar por sí determinados asuntos y para hacer notar á aquel pueblo, que él estaba por encima de sus vasallos, por poderosos que fuesen.

D. Felipe el Hermoso, en su gobierno de Castilla, logró su propósito de gobernar solo, pues aunque las Cortes de Valladolid juraron reina propietaria á D.ª Juana, su marido absorbió todo el poder, concedió privilegios irritantes á los suyos, se malquistó con todos, muriendo á poco de gobernar en Castilla de unas calenturas ocasionadas por excesos de montar á caballo, jugar á la pelota y beber después agua muy fría, en un festín que le preparó su privado D. Juan Manuel.

Ya entonces no tuvo dique la locura de la Reina. Mandó exhumar su cadáver, le colocó en cama de respeto y le acompañó á Granada, tomando en el camino precauciones que justificaban su estado mental.

Entonces hubo necesidad, mientras se arbitraba lo más conveniente para el país, que se nombrase en Castilla un gobierno provisional, en tanto que se avisaba al rey Católico de aquellos sucesos y se pensase lo más oportuno para la gobernación de estos Reinos.

Puesto á la cabeza de los nobles el Cardenal Cisneros, se nombró un Consejo de regencia, que él presidió, y al momento se avisó de todo á D. Fernando, que camino de Nápoles, y deseoso de que Castilla le deseara, después de carecer de gobierno, tardó nueve meses en pisar estas tierras y hacerse cargo de la dirección de los negocios públicos.

La situación del país era lastimosa, pues por un lado la locura de la reina, por otro las ambiciones de la nobleza y por otro las de los flamencos, sumieron á Castilla en un estado anárquico é imposible.

Entretanto D. Fernando estaba en Nápoles siguiendo derroteros opuestos á los seguidos por el Gran Capitán, y desautorizando las concesiones que éste hiciera, hasta lograr que Gonzalo de Córdoba volviese á España, recelando de su poder en aquellas regiones.

Y hasta se dice que le exigió justificase los gastos de la campaña, lo que ha dado origen á la creación de esa leyenda sobre las *cuentas del Gran Capitán*, que viene á simbolizar la ojeriza con que siempre miró al que le había conquistado el reino de Nápoles.

Cuando menos se pensaba, un golpe de energía de la reina preparó una solución inesperada para el gobierno de Castilla. D.ª Juana revocó todas las mercedes de su esposo, alhagó á los castellanos, y secundada por Cisneros, preparó, sin saberlo, el camino del nuevo gobierno del rey Católico en Castilla.

El tercer subperíodo de este período histórico, comprende la segunda regencia de D. Fernando, y abarca el espacio de tiempo desde 1507 en que nuevamente se encarga del gobierno, hasta que muere en 1516.

La segunda regencia del rey Católico fué preparada por las circunstancias y por la habilidad con que durante algún tiempo fué atrayéndose á la nobleza castellana, y resistiéndose á venir á gobernarlos, esperando que el estado de descomposición y anarquía en que se encontraban, obligaría á todos á llamarle para tomar las riendas del poder.

Y en cuanto comenzó á gobernar, su primer cuidado fué reprimir la levantisca nobleza, lo que logró en breve plazo, sometiéndola y perdonándola después de vencida, como prueba de su poder y de sus personales condiciones, y para atraer á todos á su lado.

Desde la época de San Fernando, se pensaba por todos los reyes, y entre éllos D.ª Isabel, en la conquista de Africa. Al ocupar la regencia por segunda vez D. Fernando acomete la empresa, más que por iniciativa propia, por seguir los levantados propósitos del Cardenal Cisneros.

Este adelantó los gastos de la empresa, se puso al frente de élla, se confió el mando de la armada al célebre Pedro Navarro, general experimentado de las guerras de Italia, y llegando al puerto de Mazalquivir caminaron hacia Orán, que la tomaron después de rudo combate en las cercanías de la ciudad.

Vuelto entonces Cisneros á España, quedó dirigiendo la campaña Pedro Navarro, que bien pronto se apoderó de Bujía y de Trípoli, y hubiera seguido su campaña felicísima á no ser porque la inesperada derrota de la isla de Gelves, paralizó por entonces las empresas de Africa.

Ya hemos visto en lecciones anteriores, las causas productoras de las guerras de Italia, y cómo el Gran Capitán conquistó allí laureles inmortales para España, y este dictado con que se le conoce, así como que D. Fernando el Católico, receló, á nuestro juicio sin motivo, de que pudiera ser Gonzalo de Córdoba más que él, el verdadero soberano de Nápoles.

Ya sabemos también que la usurpación de los estados pontificios, por la república de Venecia, hizo que el papa Julio II promoviera una liga en la que entró el rey Católico, y justificó su intervención en Italia.

Esta liga, llamada de Cambray, después de mil sucesos, dió por resultado la derrota de los venecianos en Agnadel.

Pero rotos los pactos de esta concordia, formóse la Santa liga, en que también entró el rey Fernando, á quien el Papa dió la investidura del reino de Nápoles, y, con Venecia, lograron los tres expulsar de Italia á los franceses y que recobrase esta el condado de Bolonia.

Y los franceses hacen un supremo esfuerzo, y Gastón de Foix, duque de Nemours, dirige un poderoso ejército, obteniendo algunos triunfos, y sobre todos la batalla de Rávena, á pesar de los esfuerzos de Pedro Navarro, y que costara la vida al general francés.

Va decayendo el poder de los franceses en Italia, y comienza la división en el ejército, empezando también á despertarse los celos contra los españoles y la hostilidad contra España, no realizándose el plan que se fraguaba contra nosotros por la muerte de Julio II.

Tomó la guerra en Italia nuevo aspecto; se hicieron nuevas alianzas y se dieron las batallas célebres de Novara y Vicenza, en que tan bien quedó el ejército español, concluyéndose la guerra por mediación del pontífice León X, y siendo el rey D. Fernando el que sacó resultados positivos de esta campaña.

Sólo quedaba para terminar la empresa gigantesca de la época de los Reyes Católicos, y por completo realizar la unidad española, el que se conquistase la Navarra. Y en efecto; durante la regencia segunda del rey Católico se conquistó este país, donde reinaba Catalina de Foix y Juan de Albret, y que según las Bulas de Julio II debía pertenecer á España, no sin que antes los reyes navarros tratasen con Francia, y el rey Católico tomase á Pamplona, y fuese después dueño de toda Navarra, á pesar de los esfuerzos posteriores de los franceses y la deslealtad de los ingleses.

La guerra terminó al fin con un tratado entre el rey Católico y Luis XII, en 1515, y más tarde en las Cortes de Burgos del mismo año, el rey Católico incorporó el territorio de Navarra, recién conquistado, á la corona de Castilla.

Después de esto, los franceses, olvidando lo pactado, pretendieron restaurar en su trono á los reyes de Navarra, lo que obligó al rey don Fernando á entrar en otra liga contra ellos, y ocuparse de estas guerras; por lo que, y el delicado estado de salud (que algún malicioso atribuyó al veneno), se vió minada su existencia, muriendo al cabo, después de larga enfermedad, en Madrigalejos, el 23 de Enero de 1516, como cristiano ejemplar, legando todos sus estados á su hija doña Juana, y quedando Cisneros como regente del reino, hasta que viniese á España su nieto D. Carlos de Austria.

En 2 de Diciembre de 1515 había muerto en Granada el Gran Capitán, á donde vino, desde su retiro de Loja, en busca de mejoría á su quebrantada salud y á los sufrimientos de su alma, viendo cuán mal se le pagaban sus afanosos esfuerzos, dentro y fuera de España.

El cuarto subperíodo de este período histórico, comprende la regencia del Cardenal Cisneros, que asoció á la misma á Adriano, en nombre de D. Carlos, durando este gobierno desde 1516 hasta 1517 en que muerto el gran Cardenal, y llegado D. Carlos á España, se hizo cargo

de la dirección de los negocios públicos juntamente con su madre, y teniendo en cuenta su delicado estado de salud.

El Cardenal Cisneros, una vez muerto el rey Católico y conocido su testamento, se encargó de la Regencia del Reino, no teniendo inconveniente en asociar en la Regencia á Adriano de Utrech, Dean de Lobaina, previa la presentación de documentos que le acreditaban con tal carácter por el príncipe D. Carlos.

Al momento, se pretendió por éste se le jurase Rey de España, y aunque esto no era muy correcto viviendo su madre, Cisneros lo logró en Castilla, no pudiendo ser en Aragón, hasta que presente el monarca, jurase los fueros y franquicias aragonesas.

Por entonces se echaron los cimientos de nuestros ejércitos permanentes, creando Cisneros, por contener las ambiciones de la nobleza, una milicia real, que llegó á constar de 30,000 hombres.

A más de esto, tomó otras medidas contra la nobleza, como fué la supresión de las pensiones y privilegios que había concedido D. Fernando, y la devolución á la Corona de tierras y señoríos abusivamente detentados por los nobles.

En Navarra y Africa tuvo guerras Cisneros en nombre de España.—La primera contra Albret que pretendía recobrar Navarra, y que no lo consiguió; y la segunda contra el corsario Barbarroja, en la que nuestras armas no fueron tan afortunadas.

También respecto de América tomó el Cardenal medidas muy acertadas, disponiendo que se mejorase la condición de los naturales de América, y prohibiendo se empleasen esclavos negros en los trabajos de las colonias.

No le dejaba tranquilo en España la codicia de los flamencos, no sólo por sus ambiciones, sino por el escandaloso tráfico de los destinos públicos, vendidos al mejor postor, y yendo á Alemania nuestros tesoros, cuando estaba esquilmada de dinero España con sus contínuas guerras.

A fin el 19 de Septiembre de 1517, desembarcó D. Carlos en Villaviciosa de Asturias, rodeado de flamencos, y dispuesto su ánimo en contra de Cisneros, á quien escribió una carta, fría, y desagradecida, que recibida en Roa por el Cardenal, cuando iba á recibir á su soberano, agravó sus padecimientos, muriendo santamente el 8 de Noviembre de 1517.

Crítica.—Las dos regencias de D. Fernando el Católico, juzgadas imparcialmente ante la historia, merecen juicio imparcial, pues á pesar del poco afecto que siempre le tuvo su yerno, y le demostraron los castellanos, no dejó un solo momento de interesarse por los asuntos de este Reino, al que espontáneamente agregó la Navarra, después de conquistada en cruda guerra.

No merece igual juicio su segundo casamiento y los proyectos anteriores que tuvo de enlazarse con D.ª Juana la Beltraneja; pues que parecía que con esto olvidaba bien pronto la dulce memoria de su santa esposa la Reina Católica, y además, que por orgullo, por despecho, y por amorosas locuras impropias de su edad, adelantó su muerte y puso muy en peligro la unidad nacional.

Tampoco estuvo muy correcto con el Gran Capitán. Su carácter suspicaz y receloso, así como el contraste que formaba su vida económica y la fastuosa de Gonzalo de Córdoba, fueron causa de que siempre mirase mal su conducta, temiese de su lealtad, fuese en persona á Italia, le pidiese cuentas de la campaña, y le dejare vivir retirado en Loja, y morir triste y apesadumbrado en Granada, lejos de la Corte y del rey á quien regalara un trono.

Las empresas de Africa, felizmente comenzadas en este tiempo, iniciadas por Cisneros, son el símbolo de lo que debieron ser siempre las aspiraciones posibles y fructíferas para España, y para la Religión, que honró á D. Fernando y al gran Cardenal, y que marcaron el camino, que después debió seguirse por sus sucesores.

En cuanto al Cardenal Cisneros, no es necesario esforzarse mucho para formar sobre él, sus empresas y su gobierno, un juicio imparcial.— Todos los historiadores españoles le elogian como príncipe de la Iglesia, como Regente del Reino, por su energía en defensa de los derechos de D. Carlos, y en contra de la nobleza, y por sus empresas de Africa. Se le puede comparar con Richelieu, pero en la comparación sale siempre ganando, como Cardenal y como hombre de gobierno.

LECCIÓN 60

CASA DE AUSTRIA.—REINADO DE CARLOS I HASTA EL LEVANTAMIENTO DE NÁPOLES

Segunda época de la Edad Moderna de la Historia de España.—La Casa de Austria.—Sus reyes.—Carlos I de España y V de Alemania.—Sucesos importantes que comprende su reinado.—Proclamación de D. Carlos y primeros actos de este.—Su jura en Castilla, Aragón y Cataluña.—D. Carlos emperador.—Descontento de los españoles.—Tumultos y Cortes del reino.—La guerra de las comunidades y de las germanías.—Sublevación de las ciudades.—División de los comuneros.—Batalla de Villalar, y fin de las comunidades.—Rebelión de las germanías.—Capitulación de los Trece.—El encubierto de Játiva y fin de las germanías.—Guerras entre España y Francia.—Sus causas.—Primera guerra.—Rivalidades entre Carlos V y Francisco I.—Invasión de Navarra.—La guerra en Italia.—El condestable de Borbón.—La guerra en Francia.—Los franceses en Italia.—Batalla de Pavía.—Prisión de Francisco I.—Tratado de Madrid.—Segunda guerra.—La liga clementina.—Los españoles en Roma.—Asalto y saqueo de Roma.—Liga contra el emperador.—Nueva faz de la guerra entre Francia y España.—Andrea Doria.—Antonio de Leiva.—Paz de Cambray, y fin de estas guerras.—Rebelión de los moriscos de Valencia y su derrota.—El Emperador en Italia.—El protestantismo y la lucha religiosa.—Lutero, su herejía y su separación de la Iglesia.—Dieta de Worms.—Dieta de Spira.—Dieta de Augsburgo.—Liga de Smalcalda.—Los turcos en Hungría.—Los anabaptistas hasta la toma de Munster.—Cortes de Monzón y de Madrid.—Guerras contra los turcos.—Expedición á Túnez.—D. Carlos en Túnez.—Tercera guerra con Francia.—Tregua de Niza.—Los turcos en Italia.—Expedición á Argel.—Cuarta guerra con Francia.—Paz de Crespi.—Muerte de Barbarroja.—Desórdenes en Italia.—El levantamienio de Nápoles.—*Crítica.*—Verdadero carácter de la guerra de las comunidades.—Paralelo entre Carlos V y Francisco I.—Carlos V paladín entusiasta del Catolicismo.

La segunda época de la edad moderna de la Historia de España, comprende la dominación de la casa de Austria, que cerca de dos siglos ocupa el trono, ó sea, desde 1517 hasta 1700.

Mas, como la dominación de esta dinastía en nuestra patria, ofrece distintos caracteres durante su mando, de aquí que esta época se divida en dos períodos, con los nombres de engrandecimiento y de decadencia, según va señalándose el grande poder, ó la marcada decadencia, en nuestra patria.

Esto hace, que la lista de sus reyes, determine también la división de estos períodos en subperíodos, comprendiendo el engrandecimiento de la monarquía, los subperíodos que detallan los reinados de Carlos I y Felipe II, y la decadencia, los que marcan el poder y gobierno de los reyes Felipe III, Felipe IV y Carlos II.

Se inicia la dominación de la Casa de Austria en nuestra Patria, con Carlos I de España, y V de Alemania, que por condiciones de carácter y por providencial destino, ejerce grandísima influencia en toda

Europa, al ser rey, y emperador de dos naciones poderosísimas, y señor á la vez de los inmensos territorios americanos, recientemente descubiertos por España.

Siendo tantos los sucesos y accidentes de su reinado, hay que concretar sólo los principales, sin olvidar ninguno, fijándonos especialmente en su proclamación, como rey de España y emperador de Alemania, en las guerras de las comunidades y de las jermanías, en las guerras entre Francia y España, en el protestantismo, y las luchas religiosas, en las guerras contra los turcos, en las conquistas y descubrimientos en el nuevo mundo, para terminar el reinado y gobierno del rey emperador, con los últimos años de su vida pública que también dejará huellas en la historia de nuestra nación.

Durante la regencia de Cisneros fué proclamado rey de España, jurándosele en Castilla, y aguardándose su presencia, para ser jurado en Aragón, conforme á las leyes de aquellos reinos.

Venido á España, y reunidas Cortes en Valladolid, fué jurado rey de Castilla á pesar de la oposición de algún noble castellano, sobre la intervención de los extranjeros en los asuntos de esta nación; costando más trabajo el ser jurado en Aragón y Cataluña, juntamente rey con su madre D.ª Juana.

Cuando se estaba ocupando de estos asuntos, y comenzaba verdaderamente su reinado, quedó vacante el trono de Alemania por muerte de su abuelo Maximiliano; y aunque eran varios los aspirantes á él y entre ellos su eterno rival Francisco I de Francia, después de varios incidentes fué elegido Carlos, como emperador, llevando el número V entre los monarcas de su nombre en aquella nación.

Los españoles que recordaban el caso igual de Alfonso el Sabio, recibieron la noticia con marcado disgusto, y el descontento se hizo general, ante el temor de las ausencias del monarca, y de que los tesoros de España fueran á nación extranjera, ó sirvieran para costear guerras ó necesidades de otro pueblo.

Comenzaron enseguida los tumultos en el reino, sobre todo desde que se supo que el rey convocaba Cortes en Santiago para pedir subsidios; y las Cortes de la ciudad de Toledo, y la sublevación de Valencia, y la de Valladolid, hicieron al rey marchar á Galicia, trasladando las Cortes á la Coruña, donde le dieron los subsidios que pedía, á cambio de pequeñas concesiones, marchando el rey á Alemania el 20 de Mayo de 1520, quedando encargado del gobierno el Cardenal Adriano, que si tenía buenas condiciones personales, era refractario á los españoles, por su cualidad de extranjero.

Todos estos sucesos dieron origen á la llamada guerra de las Comunidades en Castilla, y de las germanías en Valencia. Toledo con Juan de Padilla á la cabeza, Segovia con Juan Bravo, Salamanca con Maldonado, y Madrid, Zamora y otras poblaciones, enarbolaron el estandarte de la rebelión, defendieron la causa de las comunidades, se apoderaron de la reina D.ª Juana que estaba en Tordesillas, y comenzó la lucha entre el pueblo defensor de las libertades castellanas y el gobierno de D. Carlos.

Nombróse por los comuneros una junta que se llamó Santa, pero el rey, uniendo castellanos á los de su gobierno, logra que decaiga el espíritu de los rebeldes, y que éstos se dividan por cuestiones de mando, no sin que todos fuesen en contra del regente, y que Padilla llevara la dirección de las luchas, como capitán general que fué nombrado en Valladolid.

Entonces fué inminente un hecho de armas entre realistas y comuneros, dándose en Villalar, donde estos fueron derrotados, quedando prisioneros los tres jefes Padilla, Bravo y Maldonado, que fueron degollados despues de juicio sumarísimo, y siendo estériles los esfuerzos de D.ª María de Pacheco viuda de Padilla en Toledo, y del obispo Acuña, que fueron impotentes para lograr sus deseos, huyendo la primera á Portugal, y muriendo el segundo en garrote, despues de larga prisión y ruidoso proceso.

Las germanías de Valencia, tuvieron otro carácter que las comunidades de Castilla; nacieron contra los nobles, tuvieron por jefes á 13 revolucionarios, que odiaban la nobleza, y defendían la idea popular, y extendidas por todo el territorio valenciano cometieron mil desmanes, fueron vencidos por los nobles, que les obligaron á rendirse una vez muerto el jefe que les dirigía.

Al fin tuvo que capitular la hermandad de los 13, no sin que los adeptos siguieran guerreando contra el virrey en Jativa, Onteniente y otros puntos, al mando del esforzado Vicente Perís, que al fin es muerto en Valencia, y quemada su casa por las tropas de sus enemigos.

La muerte del jefe de la insurrección, hubiera terminado la guerra, á no ser por el encubierto de Játiva, que oculto para todos, se titulaba hijo de príncipes, cuando era un descendiente de judíos, alentando á las masas, hasta que cogido por los soldados fué muerto, muriendo con él las germanías.

Las guerras entre Francia y España, es otro de los sucesos más importantes del reinado de Carlos I, y que le ocupan casi todo él, demostrando el carácter particular de los contendientes, y los ódios personales, y de otro género, que animaba aquella guerra.

La elección de Carlos I como emperador de Alemania, despertó las iras de Francisco I, lo que unido al carácter personal de ambos monarcas, y á otras razones políticas, fueron causas determinantes de estas guerras, que se trasmitieron á sus descendientes en prueba del tesón con que las sostenían uno y otro monarca.

La primera guerra duró desde 1521 á 1526, ó sea desde la invasión de Navarra por el rey de Francia, hasta el tratado de Madrid.

Ya hemos visto, que la rivalidad entre Carlos V y Francisco I era violenta y decidida, y estaba latente desde la elección del primero para el imperio alemán; pero si á esto se añade la posesión de Nápoles, el Milanesado, la Navarra, y el ducado de Borgoña, se comprenderá, cuántos eran los resortes y razones políticas, que el monarca francés puso en juego para provocar la guerra.

Nace ésta, por la invasión de los franceses en Navarra, apoderándose de Pamplona, á pesar de la heróica defensa de Iñigo de Loyola (después

S. Ignacio), y de otros sucesos en que recibieron duro castigo los franceses, pereciendo casi todos al huir, en los desfiladeros del Pirineo.

Por entonces ocurrieron sucesos en Italia que aumentaban estas rivalidades. Próspero Colonna, general de los imperiales, y el Marqués de Pescara, se apoderan de Milán y de casi toda la Lombardía, que estaba en poder de los franceses. A esto sigue la elección de Adriano (el Cardenal Regente de España), como Papa, y ya los celos de Francisco I no tienen límites, ni su furor y su ira pueden contenerse.

Se hace entonces una alianza contra el turco, en la que entran la mayor parte de los príncipes cristianos, no teniendo á su lado á ninguno el rey de Francia, que se vió abandonado hasta de su pariente el condestable de Borbon, pero luchando en Italia y siendo vencido por los aliados, al mando de Pescara, y pereciendo en la huida que siguió á la derrota de los franceses, el famoso caballero Bayardo.

Ya con estos triunfos se llevó la guerra á la misma Francia, pretendiendo la conquista de este país, apoderándose de varias ciudades, y sitiando á Marsella, que no pudo ser tomada.

Contento Francisco I con el triunfo de Marsella, decidió marchar á Italia, llegando hasta Milán, y aprovechando los horrores de una peste asoladora comenzó á enseñorearse del territorio, haciendo que Pescara y Antonio Leiva se retiraran y encerraran en Pavía.

Allí fué á ponerles sitio el mismo rey Francisco. Y allí se defendieron con arrojo, dirigidos por el esperto general Antonio Leiva, hasta que un refuerzo de 12.000 alemanes cortó los alientos de los franceses, que mal aconsejados, presentaron batalla, en la que fueron destrozados, quedando sólo el rey combatiendo con sus contrarios.

Entonces, y no pudiendo sostenerse por más tiempo (en vez de hacerse matar heroicamente), Francisco I entregó su espada al soldado vizcaino Juan de Urbieta, comenzando su cautiverio, siendo trasladado á Madrid y encerrado en la torre de los Lujanes, pasó por situaciones tristísimas, que destruyeron su salud y abatieron su orgullo, de todo lo que daba cuenta á su madre en las cartas que le escribía, después de aquélla famosa en que describiéndole la batalla de Pavía, señalaba entre las cosas no perdidas por él, el honor y la vida.

Y ya deseoso el monarca francés de salir de la situación en que se encontraba, no vaciló en firmar el tratado de Madrid, por el que entregaba sus dos hijos en rehenes, y renunciaba á sus pretensiones de Italia y la Borgoña, ratificando todo lo pactado, en cuanto pisara el territorio francés.

A todo faltó Francisco I, que al llegar á Francia se desligó de sus compromisos, no ratificó la concordia de Madrid, y originó con su doblez y mala fe la segunda guerra de Carlos V con él.

Habiendo expulsado de Italia á los franceses, y venciendo el poder del rey emperador, se formó la liga Clementina, en contra de éste, en la que entró el Papa, Francia, Venecia y el rey de Inglaterra, lo que obligó á Carlos V á reforzar su ejército de Italia, y á buscar otras alianzas, que le hicieron comenzar su carrera de triunfos, apoderándose, ante todo, del castillo de Milán.

A poco, los españoles, al mando de Hugo de Moncada, entran en Roma por sorpresa, refugiándose el papa en el castillo de Santángelo, desbordándose las tropas alemanas, y preparando el saqueo de la ciudad.

Este tuvo al fin efecto, asaltándose á Roma, por las tropas de Borbón, que quedó muerto en el sitio, logrando la soldadesca penetrar, saquearlo todo, hacer prisionero á Clemente VII, que al fin capitula, no aparentando el emperador apadrinar estos sucesos, protestando solemnemente de su ejecución.

Tal hecho produjo la indignación general y la formación de una liga contra el emperador, en la que entró Francia é Inglaterra, pretendiendo la libertad del Pontífice y el rescate de los hijos de Francisco I, prisioneros desde el tratado de Madrid.

La guerra entonces tomó nueva faz, y Francia y España se acometen con nuevo ardor, pretendiendo D. Carlos asegurar lo que creía sus derechos, y Francisco I realizar los proyectos que hacía tanto tiempo ambicionaba.

Francia nombró como generalísimo del ejército al famoso Lautrec, que experimentado y discreto, supo dirigir con acierto las tropas aliadas.

Fué su poderoso auxiliar Andrea Dória, el más famaso marino de aquellos tiempos, que bien pronto se apoderó de Génova y de Pavía, y que hubiera seguido adelante, á no ser porque el Pontífice se opuso.

Por parte de los imperiales, el intrépido Antonio Leiva, aunque enfermo de la gota, dirigió perfectamente las operaciones, venciendo completamente á los franceses, y favorecido por la defección de Dória, que se pasó al emperador, después del bloqueo de Nápoles y de la muerte del general Lautrec, víctima de la peste que diezmaba el ejército.

Viendo los franceses perdidas todas sus esperanzas y parte de su ejército, y sintiéndose por todos la necesidad de la paz, se concertó ésta, ante todo, entre el Papa y Carlos V, que fué ratificada después por el tratado de Cambray ó de las Damas, concertado entre Margarita, tía del emperador, y Luisa, madre de Francisco I, terminando de este modo, y por entonces, la guerra entre Francia y España.

Los moros de Valencia, que como consecuencia de la guerra de las Germanías, se les había bautizado obligadamente, cuya decisión confirmó después el emperador, se resistieron á tal medida, se alzaron en armas, nombraron por rey á Zelím Almanzor, y en la sierra se defendieron, cometiendo desmanes, que fueron reprimidos por los ejércitos imperiales, rindiéndose al cabo de dos meses de resistencia, ejecutándose á los jefes rebeldes y á los de Aragón, y obligándoseles, así como á los de Granada, á bautizarse y no practicar sus antiguos usos y costumbres.

Satisfecho Carlos V con todos sus triunfos, marchó á Italia, donde se captó las simpatías de todos, prometiéndoles una paz general, y siendo coronado por el Pontífice en Bolonia, con las coronas de oro y de

hierro, para justificar que era de derecho emperador de romanos y rey de la Lombardía.

Las luchas religiosas estaban produciendo entonces gran efecto en Europa. Las doctrinas protestantes iban perturbando las conciencias, y á atajar este mal dirigió también todas sus miradas Carlos V, enemigo irreconciliable de los luteranos.

En efecto, mientras las guerras de Francia, había estallado la Reforma, apadrinada por el agustino Martín Lutero, nacida al encomendarse á los dominicos la predicación de las indulgencias por el Papa León X, y que concluyó por verdadera herejía y separación de la Iglesia católica, aceptando el libre examen y poniéndose frente al Papa, que si al principio quiso atajar el mal con medidas severas, tuvo que lanzar después su excomunión contra Lutero y sus parciales, que envalentonados, quemaron públicamente la Bula de excomunión y abiertamente se separaron del catolicismo.

Carlos V, que al principio no negó tuviera grande importancia la Reforma, convencido de ello, convocó la dieta de Worms, donde Lutero fué condenado, extendiéndose después la nueva doctrina por toda Alemania, y no pudiéndo ser reprimida en el acto con mano fuerte por coincidir con las alteraciones políticas de España y las guerras de Italia, y sucediendo á la lucha religiosa, la socialista ó de los campesinos contra los señores feudales, que al fin fué sofocada entre torrentes de sangre.

Celébranse después las dietas de Spira, en que predomina el elemento luterano, y á pesar de los edictos imperiales, los rebeldes no los acatan, y al protestar de ellos, toma nombre lo que después se llamó el protestantismo.

Ya en 1530, y después de ocho años de faltar Carlos V de Alemania, vuelve el emperador y asiste á la dieta de Augsburgo, en la que quedan definitivamente separados católicos y protestantes, si bien aquel señala un plazo para la aceptación de la fórmula de los católicos, única que permitía se aceptase en sus estados.

Entonces los príncipes que habían adoptado la doctrina protestante, formaron la liga de Smalcalda, recabando el auxilio de Francisco I de Francia, por su odio á Carlos V, y de Enrique VIII de Inglaterra, que de este modo veía posible su casamiento con Ana Bolena.

Cuando estaban discutiéndose estas cuestiones religiosas, los turcos invaden la Hungría, y el emperador para arrojarlos de aquel país y hacerles levantar el sitio de Viena, tiene que pactar con los protestantes la paz de Nuremberg, por la que quedó reconocida en Alemania la existencia legal del protestantismo, y se recabó el apoyo de éstos, con cuya ayuda se arrojó á los turcos invasores del territorio donde se encontraban desafiando las tropas imperiales.

Los anabaptistas, secta fanática del protestantismo, invadió algunas ciudades de Alemania, y en Munster, al mando del panadero Juan de Haslem y del sastre Juan de Leiden, recorrieron la ciudad, fanatizaron sus habitantes, hicieron huir al obispo, y dueños de todo, empeñaron batalla, en la que murió Haslem, siendo Leiden proclamado rey, y obli-

gando á los príncipes del imperio á sitiar á Munster, que al fin se rinde, después de 15 meses de sitio, en los que sufrieron sus habitantes las más horrorosas crueldades de aquel rey fanático y de sus locos sectarios.

Por lo que á España compete, se rescató por entonces á los hijos de Francisco I, después de cuatro años de cautiverio y del pago de dos millones de escudos de oro; celebrándose después las Cortes de Monzón y de Madrid, en las que se tomaron acertadas disposiciones, y sobre todo la de que se hiciera una compilación de nuestras leyes, que fué el origen de la Nueva Recopilación.

También tuvo Carlos V que sostener guerras contra los turcos, pues que dos piratas, Horín, y Haradín, infestaban el Mediterráneo, y aunque el primero muere bien pronto á manos de los españoles, el segundo se hace proclamar rey y toma el nombre de Barbarroja, se alía con el sultán de Constantinopla, y conquista á Túnez, amenazando á Sicilia y á Nápoles.

Entonces Carlos V proyectó una expedición á Túnez, á la que le ayudaron el pontífice y los príncipes italianos, yendo él á la cabeza, con generales tan experimentados como D. Alvaro de Bazán, sitiando y tomando el fuerte de la Goleta, y marchando sobre la ciudad, que se rinde á las disciplinadas tropas imperiales.

Y al fin el 21 de Julio de 1535 el emperador entró en Túnez, donde repuso á Muley Hacém, como rey vasallo de España, quedándonos con algunos puntos estratégicos, y persiguiendo nuestros generales á Barbarroja, que derrotado, y maltrecho, tuvo que abandonar aquellos lugares, que habían sido teatro de sus piraterías y rapacidades.

Con ocasión de los celos y falsías de Francisco I, y sus pretensiones al ducado de Milán, empieza una tercera guerra con Francia, invadiendo los franceses el Piamonte, siendo enviado Antonio Leiva para combatirlos; pensando después llevar la guerra á Francia, lo que se ejecuta con tan mala fortuna, que hasta la peste, declarada en su ejército, se puso en su contra, teniendo que levantar el sitio de Marsella, y abandonar por entonces su pensamiento sobre la nación vecina.

El Papa, quiso apaciguar los ánimos, viendo que á pesar de todo seguía la guerra en Italia, logrando al fin que se firmase la tregua de Niza, por la que todo quedaría como estaba por el espacio de diez años.

Los turcos entretanto tenían puestos sus ojos en Italia, y al mando de Barbarroja, se dirigieron á aquellas costas, estando encargado de combatirlos el célebre Andrea Doria, tomando aquellos la plaza de Candía y algunas más, y saqueando los corsarios las costas de Génova, Córcega y Cerdeña, y entrando otros en Gibraltar, aunque por poco tiempo, mientras nuestros marinos se apoderaban de varias poblaciones de Berbería.

Pensóse realizar una atrevida expedición á Argel para poner coto á estas demasías, y al efecto el mismo emperador dirigió la expedición con Andrea Doria, con tan mala fortuna, que una furiosa tempestad deshizo nuestra escuadra, salvándose milagrosamente el emperador y el general, de la furia de los elementos, y del ataque de los moros, y re-

tirándose con grande habilidad, desembarcando al fin en Mallorca, después de tal desastre, debido no sólo á las inclemencias del tiempo, sino también á lo poco meditado de aquella campaña.

Tomando pretexto Francisco I de las guerras de Argel, y creyendo rotos los pactos de Niza, promovió nuevamente la cuarta guerra, entre Francia y España, mediando reclamaciones sobre la muerte de dos emisarios franceses á la corte turca, y formando alianza con varios monarcas recelosos del poderío de Carlos V.—Cinco ejércitos se dispusieron á combatirles pero sin resultado, en tanto que el emperador lograba la neutralidad del Papa, y la alianza del rey de Inglaterra, recorriendo la Italia y la Alemania, é invadiendo á Francia, y poniendo sitio á París, lo que sembró la consternación en sus contrarios, viéndose obligado Francisco I á pedir la paz.

La aceptó el emperador, se firmó en Crespi, en Octubre de 1544 y se levantó el sitio de París, terminando así las luchas entre ambos monarcas, muriendo á poco el rey de Francia, presa de la desesperación al verse vencido por el emperador.

La paz de Europa se aseguró también por entonces, con la muerte de Barbarroja, ocurrida en 1545.

En Italia tuvo también que reprimir el emperador algunos desórdenes, que sólo tuvieron carácter religioso, pero que amenazaban turbar la pública tranquilidad.

Fué el principal el levantamiento de Nápoles, pretendiendo implantallí el luteranismo, lo que no se consigue, siendo vencidos los rebeldes por las tropas imperiales, dándose después un indulto general por el emperador, que puso término á aquellas revueltas, terminadas casi al nacer.

Crítica.—La guerra de las comunidades de Castilla, tiene un carácter enteramente distinto, al de las aspiraciones socialistas de los tiempos modernos. Eran sólo revueltas en defensa de las libertades castellanas, y en contra del gobierno de los extranjeros. Las germanías, tuvieron otro carácter, y pretensiones; fueron revoluciones democrático-socialistas, y sus ataques eran directos contra la nobleza.

Al formar el paralelo entre Carlos V y Francisco I, nos encontramos con dos reyes, que llenan toda su época, con ambiciones y poder sin límites; pero con una grande nobleza y dignidad el emperador, y una bajeza y grande deslealtad el rey de Francia; por eso la historia al hacer un juicio crítico de uno y otro, tendrá imparcialmente que inclinarse siempre al lado del rey emperador.

Y mucho más si se tiene en cuenta que Carlos V fué siempre paladín esforzado del Catolicismo, y enemigo declarado del protestantismo; que hizo cuanto pudo por evitar su propagación en Alemania, y su introducción en España, y que infiltró en su hijo, tal horror á aquellas doctrinas, que después de él, no hubo en el mundo un defensor más entusiasta del Catolicismo, y un enemigo más tenaz del protestantismo que Felipe II.

LECCIÓN 61.

FIN DEL REINADO DE CARLOS I.

Continuación del reinado de Carlos I de España.—La reforma católica.—El Concilio de Trento.—Españoles ilustres en Trento.—La Compañía de Jesús.—Constitución de la Compañía.—Guerra con los protestantes.—Mauricio de Sajonia.—El ínterin y sus consecuencias.—Guerra con Enrique II de Francia.—Sucesos principales de la misma.—Guerras con los turcos.—Sucesos importantes.—Toma de Bujía y Trípoli.—Abdicación de Carlos V.—Su retiro á Yuste.—Su muerte.—Nuevos descubrimientos en América en tiempos de Carlos V.—Conquista de Méjico.—Hernán Cortés.—Primeros sucesos de la conquista.—Destrucción de los ídolos.—Conquista de Tabasco.—Cortés quema las naves.—Los españoles en Chulula y en Méjico.—Prisión de Motezuma.—Cortés y Pánfilo de Narvaez.—Muerte de Motezuma.—Retirada de los españoles.—La noche triste.—Batalla de Otumba.—Guatimocín.—Defensa y rendición de Méjico y últimos años de Hernán Cortés.—Conquista del Perú.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luque.—La colonia de San Miguel y el paso de los Andes.—Prisión de Atahualpa.—Su rescate y muerte.—Diferencia entre los conquistadores y fundación de Lima.—Almagro y Pizarro.—Almagro en Chile.—Sublevación general.—Vuelta de Almagro y prisión de los Pizarros.—Batalla de Salinas.—Muerte de Almagro y asesinato de Pizarro.—Batalla de Chupas.—Sucesos importantes hasta la completa pacificación del Perú, después de la batalla de Chuquinga.—Estudio ligerísimo sobre las razas mejicana y peruana antes de la conquista.=*Crítica.*—Juicio imparcial acerca del reinado de Carlos V.—El Concilio de Trento y la disciplina española.—La Compañía de Jesús juzgada sin apasionamientos.—Importancia de los descubrimientos de Méjico y el Perú.

La continuación del reinado de Carlos I en España, se marca después de los sucesos exteriores, anteriormente narrados, por otros de orden puramente interior, y que afectan muy directamente á nuestra nación.

Ante todo, era preciso ocuparse de la cuestión religiosa. Y al efecto; al reto lanzado por Lutero, pretendiendo ser reformador, y apadrinando su mal llamada reforma religiosa, contestó la iglesia católica con la suya, que se tradujo principalmente en dos sucesos importantísimos, cuales fueron la celebración del Concilio de Trento, y la formación de la Compañía de Jesús.

Como la idea de Reforma surgía hacía tiempo en la iglesia católica, para restaurar la disciplina y las costumbres, aprovechó Carlos I la ocasión oportuna de la aparición de la doctrina luterana, logró del pontífice la convocación de un concilio general, que al fin se celebró en Trento (en el Tirol), y cuyo concilio, varias veces suspendido por distintas causas, realizó al fin la apetecida reforma católica, dictando declaraciones dogmáticas sobre puntos controvertidos por el error, pecado original, sacramentos, celibato eclesiástico, etc. y restaurando la disciplina eclesiástica, muy quebrantada por entonces.

España estuvo dignamente representada en Trento; pues á más de la

gloria de Carlos I y de su hijo por la intervención que tuvieran en él, brillaron en el concilio como estrellas refulgentes de virtud y ciencia D. Diego Guerrero, arzobispo de Granada, los otros prelados D. Martín Pérez de Ayala, y D. Diego Covarruvias, el famoso teólogo Melchor Cano, los jesuitas Salmerón, y Laines, y muchos más.

Otra de las armas de que se dispuso durante el reinado de Carlos I, contra la dominación de la herejía protestante, fué la Compañía de Jesús; milicia celeste venida á la tierra para combatir el error, y que bajo la base de organización especial, y con severa ordenanza, oponía la absoluta obediencia á la autoridad de la iglesia, la oración, la predicación y la ciencia, á los destemplados ataques de los sectarios de Lutero, que proclamaban en su loco orgullo, insensata soberbia, y sensuales afanes, la emancipación del pensamiento, la negación de toda autoridad divina y humana, y la desaparición del celibato eclesiástico.

Esta célebre compañía, que se impuso y sigue impuesta en el mundo por el invencible poder de la virtud, la ciencia y el talento, que tan dignamente representan sus hijos, fué fundada de modo milagroso, por aquel Iñigo, ó Ignacio de Loyola, que heróicamente defendió á Pamplona de la invasión francesa, y que al ser herido, pidió para distraerse en su larga curación libros de caballerías ó de novelas, y llevándole en vez de éstos la vida de J. C., y de los Santos, se operó bien pronto su conversión, y concibió bien pronto también, la formación de la Compañía de Jesús, no sin que antes renunciase á la vida de noble guipuzcoano á que estaba acostumbrado, y vestido de pobre sayal visitase á Monserrat, hiciese vida ascética en Manresa, visitase los Santos lugares, y estudiando en las mejores Universidades de España y del extranjero, reclutase la adhesión de sus seis primeros compañeros, entre ellos S. Francisco Javier, y formase después su notable compañía ó instituto religioso con organización militar, con la jefatura del Papa y el general de la Orden, y viviendo en medio de la Sociedad, para dirigirla con escritos, predicaciones y consejos.

También, y como consecuencia de estos precedentes, acomete Carlos V la guerra decidida contra los luteranos, que crecidos y orgullosos protestaron contra el concilio de Trento, tomando por jefes al elector de Sajonia, y al Landgrave de Hesse, cuyo destierro decretó el emperador, á lo que siguió la rebelión de estos jefes, de la liga de Smalcalda, teniendo D. Carlos que penetrar en Alemania, y establecer su campamento en una ciudad de Babiera, donde no quiso trabar batalla con los rebeldes, seguro, como ocurrió, que la indisciplina y el cansancio les haría levantar el campo; y entonces, fué contra ellos, logrando en muy poco tiempo disolver el ejército de la liga, y que todos le obedecieran.

El apoyo de Mauricio de Sajonia, aunque protestante, á las pretensiones del emperador, y el posesionarle de los estados del elector de Sajonia, fueron causa de cruda lucha entre unos y otros, que concluyó con la célebre batalla de Mühlberg, que duró seis horas, y en las que quedó hecho prisionero el elector de Sajonia y vencedoras las tropas imperiales.

Dió Carlos su famoso decreto llamado el Interin, ó tregua de Augs-

burgo, que desagradando á protestantes y católicos, aunque aparentemente concluyó por entonces con la lucha, renació ésta á poco, por la traición de Mauricio de Sajonia, que cautelosamente se fué separando del emperador, y pasándose á los luteranos, sus hermanos de religión.

Y por si algo faltase en este rudo batallar, que fué la nota distintiva de la vida de Carlos V, estalla nuevamente la guerra, entre Francia y España, sostenida ahora por Enrique II que había heredado de su padre Francisco I, el odio hacia el emperador, y siendo estas guerras consecuencia de la que había estallado entre Francia y el Papa Julio III.

Son sucesos principales de esta guerra, la invasión francesa en Italia y Flandes, la traición de Mauricio de Sajonia, el tratado de Passau que restableció la libertad religiosa en Alemania, el sitio de Metz, y el de otras ciudades, el llevar las guerras á Italia, y la alianza del pontífice Paulo IV con Francia, que afectó mucho al emperador, y quizá fuese una de las causas, que le hizo tomar la resolución extrema, que había de cambiar la faz de las naciones de Europa.

Asimismo, son acontecimientos importantes de los últimos años del reinado de Carlos I, las guerras contra los turcos, representadas en sus piaraterías, por el terrible Dragut, heredero de los crímenes y violencias del famoso Barbarroja.

Estableciόse en una ciudad de Africa, cerca de Túnez, allí fué sitiado por los cristianos, defendiéndose con tenaz empeño, hasta que la ciudad es tomada, y Dragut entró al servicio de Turquía, ganando en poco tiempo á Malta, y pensando apoderarse de otras poblaciones.

Y en efecto las ciudades de Bujía y de Trípoli, que con tanto orgullo contemplaba como suyas el emperador, caen en poder de los turcos, por falta de resistencia en el gobernador de la primera, que con su vida pagó en Valladolid su falta, y la segunda por la traición de un francés que enseñó á los sitiadores el punto facil para apoderarse de la ciudad.

Estos accidentes desgraciados decidieron á Carlos V de Alemania, y primero de España, á tomar un partido, que á todos causó extraordinario asombro.

Era este el de abdicar sus estados en su hijo D. Felipe, al que hizo ir á Bruselas, renunciando primero en él, el maestrazgo de la Orden del Toisón, y después los estados de Flandes y España, que bien pronto juran fidelidad á su nuevo monarca.

Esto tenía lugar en 1555, y ya en 1556, después de haber renunciado el imperio en su hermano D. Fernando, se retiró al Monasterio de Yuste (Estremadura), donde olvidado de su antigua grandeza, hizo vida ejemplar, de virtud, mortificación y penitencia, esperando sin cesar la hora de su muerte, y el tránsito de su vida, en el que continuamente estaba reflexionando.

Poco más de un año estuvo en Yuste haciendo esta vida ejemplar, (y según aseguran algunos, celebrando sus propios funerales á los que asistió él mismo), hasta que agravado en sus dolencias, entregó su alma á Dios con cristiana piedad el 21 de Septiembre de 1558.

Durante el reinado de Carlos I se realizaron en América nuevos descubrimientos, como fueron los de Diego de Ojeda, en la costa oriental,

las de Vasco Núñez de Balboa en el Pacífico, los de Ponce de León en la Florida, Hernández de Córdoba en el Yucatán, y otros.

En 1518, cuando gobernaba la isla de Cuba Diego Velázquez, descubrió á Méjico Juan de Grijalva, que presentó las muestras de ricos tesoros que trajo de los puntos por él descubiertos.

Excitado Velázquez con tales noticias, designó al extremeño Hernán Cortés, para que con 11 naves, y poco más de 500 soldados, fuese á conquistar y colonizar á Méjico, á lo que el valiente español accedió gustoso, acometiendo la empresa antes que el general pudiese arrepentirse de sus propósitos.

Son heróicos todos los pasos de esta atrevida expedición, pero más que nada los primeros sucesos de esta conquista, en la que Cortés, como guerrero español y apóstol de la idea cristiana, alcanzó lauros inmarcesibles, venciendo á los indios en Conneval y Grijalva, y fundando la ciudad de Vera Cruz, como punto de apoyo, y puerto para los buques, decidiéndose á tomar la capital del imperio, ayudado de caciques indios, que querían sacudir el tiránico poder del emperador de Méjico Motezuma.

Viendo Cortés que los indios eran fanáticos, y ayudado de la joven Marina, hija del cacique principal, (que al fin cautivó su corazón), acometió la empresa de destruir todos los ídolos, causando estupor en aquellos indígenas, ver que el fuego del Cielo no consumía á los destructores de sus falsos dioses.

Ya penetrando en el interior del país, y después de mil dificultades y peligros, conquista la importante ciudad de Tabasco, después de batalla campal, en que con escasas fuerzas vence á 40,000 indios.

Como ocurre á todos los genios superiores, tuvo Cortés enemigos implacables dentro de su ejército, que fraguaron en su contra una conspiración, descubierta la cual, le inspiró la idea de quemar sus naves, lo que visto por sus soldados elocuentemente arengados por él, pidieron marchar sobre Méjico, adelantando en sus conquistas, y sometiendo á la república de Tlascále, cuyo jefe al fin, fué desde entonces su amigo y decidido auxiliar.

En Chulúla, corrieron los españoles grande riesgo, por otra conspiración, descubierta por la leal é intrépida joven Marina, ahogando en sangre la feroz conjura, y marchando sobre Méjico, al que descubrieron bien pronto con grande embeleso, siendo extraordinaria su admiración, cuando el mismo emperador Motezuma, salió á recibirles, al acercarse á la ciudad.

Surgió por entonces una conspiración en Veracruz, con muerte de soldados españoles, y creyendo Cortés que el emperador mejicano era cómplice de la misma, se apoderó de él; y cargado de grillos le llevó al cuartel general, donde se constituyó feudatario de España.

Cuando se ocupaba de estos asuntos, sabe que Pánfilo de Narvaez, teniente de Velázquez había desembarcado en las costas mejicanas, y con gran presteza sale á su encuentro, le vence, y hace prisionero, y con sus tropas, á él sometidas, vuelve á Méjico, donde dominaba con absoluto poder.

Pero al volver, encuentra la ciudad insurreccionada en contra de los españoles. Trata de rendirles, y entonces Motezuma, que quiere aparecer como mediador de sus antiguos súbditos, cae mortalmente herido en la pelea, en la que pierde la vida.

Se nombra á seguida emperador á un hermano suyo, se renuevan los ataques, y entonces comprende Cortés la necesidad de abandonar la ciudad de modo estratégico y oculto.

La salida fué difícil en extremo. En noche obscurísima, los indios cerraron las calzadas del lago, y en mil canoas lanzaban flechas contra los fugitivos, que al fin, con dolorosas pérdidas llegaron á tierra, recibiendo desde entonces esta jornada el significativo nombre de la noche triste.

A los seis días de estos sucesos, dióse en el valle de Otumba, formal batalla entre las tropas mejicanas, y las de Cortés, en la que éste por un supremo esfuerzo, de sus inagotables recursos guerreros, mató al general mejicano, le arrebató la enseña, puso en dispersión á los indios en número crecidísimo, y aprovechándose de los refuerzos españoles llegados á Veracruz, acometió nuevamente la conquista de Méjico.

Allí reinaba entonces Guatimozin, que hábil é ilustrado al par que valeroso, pensó resistir, con inaudito esfuerzo é incalificable tenacidad á los españoles

Así lo hizo: Méjico se defendió por cuantos medios pudo, estando á punto de perecer Hernán Cortés; pero al fin los españoles entraron en la ciudad, cogieron prisionero al emperador, y le encarcelaron por espacio de 3 años, y con crueles tormentos para hacerle declarar dónde tenía sus tesoros, ahorcándole al fin, por creerle causa de una conspiración para arrojar de Méjico á los españoles. Hernán Cortés, cansado de conatos de independencia vino á España, recibió honores, siguió después sus descubrimientos, y acompañó á Carlos V á Argél, muriendo cerca de Sevilla en 1547.

Al mismo tiempo que se realizaban las expediciones por la parte de Méjico, se verificaban también otras, entre ellas la del Perú, valiéndose de los datos y antecedentes que sobre él se tenían por exploraciones anteriores.

Esta la llevaron á cabo el estremeño Francisco Pizarro, que con Ojeda y Balboa había estado en las expediciones de tierra firme, el aventurero Diego de Almagro, y el sacerdote Fernando de Luque. Después de mil accidentes desembarcaron en Tucumán, (cerca de Quito), y viendo dificultades para la empresa, buscaron recursos en Panamá, vino Pizarro á España, y con honores y auxilios que le concedió Carlos V, volvió á la empresa con cuatro hermanos suyos, llegando por fin al pais de los Yucas (Perú), donde reinaba Atahualpa.

El primer hecho importante de esta empresa, fué fundar Pizarro la Colonia de S. Miguel, para el caso de tener que retroceder, atravesando los Andes, y llegando á la ciudad cercana al campamento del emperador.

Entonces Pizarro, le llamó á conferenciar á la ciudad, donde confiado fué el Inca, y negándose á adorar la cruz, el general español hizo una

señal, comenzó la acometida, y el ruido de los mosquetes, armas y caballos causó tal espanto en los indios, que dejaron solo á Atahualpa, del que facilmente se apoderó y aprisionó el atrevido general español.

El inca pretendió su rescate, que se concedió á cambio del oro contenido en la mitad de su prisión, siendo á poco muerto en garrote después de hecho cristiano, por justificársele que alentaba una conspiración contra los españoles.

Luego estallaron diferencias entre Pizarro y Almagro, á los que se apegó Alvarado, teniendo el primero para terminarlas, que contentarlos á todos con fuertes sumas de dinero, espléndidos regalos, y promesas de poder para lo sucesivo.

Orgulloso el general con estos triunfos, y con su absorbente poder, fundó en 1535 la ciudad de Lima, en situación deliciosa y estratégica, para que fuese su residencia, y el centro de sus operaciones.

Bien pronto recibieron los dos principales conquistadores del Perú, el premio de sus proezas. A Pizarro le concedió Carlos V el título de marqués de las Charcas. A Almagro le nombró adelantado mayor y capitan de Nueva Toledo (Chile), aun no conquistada, como símbolo de que él debia encargarse de aquella empresa, como al fin lo hace partiendo para allí en Julio de 1535.

Arregladas las diferencias entre los dos jefes, surgen rebeliones en el pais en contra de los españoles, y el inca Manco se coloca al frente de ella, y á pesar de los esfuerzos de Hernando Pizarro, gobernador del Cuzco, se pone sitio á esta ciudad, que duró varios meses, y que al fin tuvo que ser levantado por los indios.

De regreso Almagro de su expedición á Chile, donde no halló los tesoros con que soñaba, se dirigió al Cuzco, lo tomó por sorpresa, hizo prisioneros á los hermanos de Pizarro, á los que más tarde puso en libertad.

Pero ya no podían vivir tranquilos, el uno y el otro conquistador del Perú. Y viniendo á las armas, se dió cerca de Cuzco la célebre batalla de Salinas, en la que quedó Almagro prisionero, y derrotados todos sus parciales.

Y enseguida, prévio proceso sumarísimo, se le condenó á muerte, que ejemplar y valerosamente sufrió en garrote; comenzando después la persecución á los suyos, lo que excitó las iras contra Pizarro, que allanero, no conocía superior alguno, y que al fin vino á ser asesinado en una conjuración dirigida por un oficial de Almagro, cuyo partido quedó á la muerte de Pizarro, dueño absoluto del Perú.

Por entonces, llegó allí Vaca de Castro, delegado de España para detener tales desmanes, y puesto al frente del ejército, quiso contener la rapacidad de Almagro el mozo, que dirigía á los rebeldes, encontrándose los ejércitos en Chupas, y siendo vencidos los almagristas, y prisionero su jefe, fué á poco ejecutado en Cuzco.

Los sucesos principales que en el Perú ocurren hasta su completa pacificación, son el nombramiento de Vela para virrey, la rebelión de Gonzalo Pizarro, la muerte de Vela, la administración de D. Pedro de la Gasca, y el alzamiento de Girón, que venció á aquel en la batalla

de Chuquinga, entrando el Perú, después de 20 años de luchas en un período de tranquilidad, y de próspero bienestar con el acertado mando del virrey D. Andrés Hurtado de Mendoza.

El origen de la raza mejicana data del siglo VI de J. C. Allí hubo siempre imperio poderoso, que á partir del siglo XIII fué creciendo más, con monarquía absoluta, distintas clases sociales, milicias fuertes, agricultura, artes y comercio desarrollado, usando los geroglíficos y con repugnantes sacrificios humanos. El imperio de los Incas en el Perú, de origen egipcio, también tiene muy grande antigüedad, con monarquía casi divina, nobleza prepotente, pueblo con trabajo reglamentado, y religión en que adoraban el sol, aunque tenían reminiscencias cristianas, que ha dado origen á una tradición de que allí estuvo predicando el apóstol Santo Tomás.

Crítica.—El reinado de Carlos V merece un juicio imparcial y desapasionado, asegurando que aquél fué el primer monarca de su tiempo, que sus virtudes fueron superiores á sus defectos, que como guerrero, no tuvo rival, y como campeón del Catolicismo, sus guerras contra turcos y herejes y su cristiana y ejemplarísima muerte, son ejecutoria de su piedad y de su entusiasmo por la religión.

El Concilio de Trento, celebrado á petición del rey emperador, y como medio de contener la herejía protestante, tiene para nosotros, además de todo, una particular importancia, pues que varió, reformando y enmendando la disciplina española, que estaba como todas la disciplina general de la iglesia, muy necesitada de útil y oportuna reforma.

La Compañía de Jesús, hay que juzgarla sin apasionamientos, y ver en élla un arma poderosa para defender la religión contra las herejías, una milicia permanente para el combate contra el error, una reunión de hombres, todos notables y con especiales aptitudes, que unido su talento, virtud y constancia, á un conocimiento perfecto de la sociedad en que viven, despiertan de contínuo la enemiga de los secuaces del mal, que ven en éllos el eterno dique á sus desmanes, la contínua enseñanza de la verdad y la diaria predicación del deber, cuando sólo quisieran oir palabras que les permitiesen seguir por el camino de sus apetitos y liviandades.

Fué grandísima la importancia de los descubrimientos y conquistas de Méjico y del Perú, realizados por este tiempo. Con éllos se completa la obra de Colón y sus auxiliares, si bien, desgraciadamente, en esta empresa predomina más la idea de conquista y la sed de oro, que la de cristianizar é ilustrar á los numerosos súbditos de Motezuma y de los Incas. Por eso, siempre la conducta de los primeros exploradores, con tener grandísimos lunares, no tendrá tantos como la de éstos, aunque realizaran en las conquistas hazañas y heroicidades de imperecedera memoria.

LECCIÓN 62.

REINADO DE FELIPE II HASTA LAS GUERRAS DE FLANDES

Reinado de Felipe II.—El absolutismo y la Monarquía católica.—Primeros años de Felipe II.—Felipe II Regente.—Su casamiento con María Tudor y su conducta en Inglaterra.—Felipe II Rey de España.—Cuestiones acerca de Nápoles.—Guerra con Paulo IV.—Invasión de los Estados pontificios por el Duque de Alba.—Guerra con Francia.—Batalla de San Quintín.—El Monasterio del Escorial.—Paz con Paulo IV.—Toma de Calais por los franceses.—Batalla de Gravelinas.—Paz de Chateau-Cambressis.—Deplorable situación económica del reino.—Córtes de Valladolid y de Toledo para arbitrar recursos.—Expediciones contra los africanos y turcos.—Derrota de los Gelbes.—Sitio de Mazalquivir.—Conquista del Peñón de la Gomera.—Defensa de Malta.—Rebelión de los moriscos granadinos.—Los monfíes de las Alpujarras.—Aben-Humeya.—El Marqués de Mondéjar y el Marqués de los Velez.—D. Juan de Austria.—Expulsión de los moriscos de Granada.—Muerte de Aben-Humeya.—Aben-Abóo.—Sumisión de Aben-Abóo.—Rebelión en Ronda.—Expulsión total de los moriscos del reino de Granada.—Muerte de Aben-Abóo.—Liga contra el turco.—Conquista de Chipre por Selim II.—Batalla de Lepanto.—Toma de Túnez y de Biserta.—Lucha de Felipe II con el protestantismo.—El protestantismo en España.—El luteranismo en Sevilla.—El luteranismo en Valladolid.—Procesos célebres.—La Inquisición.—Pragmática de Aranjuez.—Santa Teresa y la Compañía de Jesús.=*Crítica.*—El carácter de Felipe II se revela desde sus primeros años.—Su entusiasmo católico le hace atacar de frente las herejías.—A su insistencia y decisión se debió el matar las repetidas rebeliones de los moriscos granadinos.—La Inquisición en este período.

El reinado de Felipe II comprende el espacio de tiempo que media del año 1556 al 1598, y con el de su padre, se marca el período de mayor grandeza de la dominación de la Casa de Austria en España. La vasta monarquía de Felipe II comprende todos los estados que rigió el emperador Carlos V, menos los pertenecientes á la corona de Alemania.

Durante su mando fué la época de mayor entronizamiento en nuestra patria del absolutismo y la monarquía católica, consagrando á la defensa de ambos ideales todos sus esfuerzos y gigantesco poder. La monarquía absoluta representada por este rey, que cifraba todo su empeño en que no se mermara nada de los atributos y prerrogativas del poder real, corría parejas con el trabajo diario y nunca contenido de que esta monarquía fuese la amparadora del catolicismo, como única posible religión en España.

Desde 1527 en que D. Felipe nació en Valladolid, hasta que por mano propia rigió nuestros destinos, son los primeros años de su vida durante los que demostró sus condiciones nada comunes y sus aptitudes para el estudio, en el que hizo grandes progresos, bajo la dirección de Juan Martínez Siliceo. Durante el tiempo que su padre estuvo ausente de España, con motivo de las guerras con Francisco I, y aunque no

contaba más que 16 años, estuvo entendiendo en los negocios del reino, anunciando las felices disposiciones de que estaba dotado, como hombre, como rey y como gobernante.

Más tarde, después de haber sido jurado heredero en Flandes, regresó á España, siendo nombrado regente del reino, á virtud de los poderes que le confiara su padre. En Alemania había sido recibido con grandes festejos y obsequios, asistiendo á la dieta de Augsburgo, ostentando el superior carácter con que á aquel pueblo le presentara su padre el emperador.

D. Felipe II casó primero con D.ª María de Portugal, que fué madre del príncipe D. Carlos, y á los nueve años de enviudar contrajo matrimonio con María Tudor, reina de Inglaterra, en cuya nación fué muy bien recibido, y en la que contribuyó al restablecimiento de la religión católica. Los estados de Italia fué la dote que llevó al matrimonio, titulándose también rey de Inglaterra, y permaneciendo allí querido de todos, hasta que fué llamado por el emperador para el solemne acto de su abdicación.

Al fin aparece D. Felipe como rey de España, y desde sus primeros actos deja entrever el carácter de hierro que siempre tuvo y la fuerza de sus determinaciones. Este hecho histórico importantísimo, arranca del año 1556 en que comenzó á reinar, creyendo todos que sería bajo la base de una paz general, pero surgiendo á poco cuestiones que turbaron esta aparente tranquilidad.

Aunque por tratados anteriores todos admitieron al emperador como rey de Nápoles, el Pontífice se negó á reconocer á D. Felipe semejante título, rompiéndose por este motivo las hostilidades. El pretexto de esta guerra fué asegurar el Papa que el rey de España había faltado á la fidelidad que debía á la Santa Sede, dando asilo en sus estados á los excomulgados de la familia rebelde de los Colonna.

Entonces D. Felipe tuvo ya, sin miramiento alguno, que declarar la guerra al Pontífice, no sin antes apurar todos los medios pacíficos y justificar cumplidamente la razón que le asistía para tomar tal determinación. En efecto: convocó antes de todo una junta de teólogos, á la que hizo presente, como fervoroso católico, su repugnancia de guerrear contra el Papa, autorizándole aquélla para esta determinación extrema, ya que había apurado todos los medios para evitarlo.

La manifestación ostensible de esta guerra fué la invasión de los estados pontificios por el duque de Alba con 12.000 hombres, que se apoderó de varias ciudades, y que aceptó la paz propuesta por Paulo IV, en cuanto éste la propuso. Pero la guerra se encendió nuevamente por los auxilios que Enrique II de Francia envió al Pontífice, por su odio á España, y que mandando allí al duque de Guisa, no tuvo gran fortuna en sus empresas, y provocó la guerra decidida entre Francia y España.

Declarada ésta con toda solemnidad, y con el auxilio de Inglaterra, que dió á D. Felipe 8.000 auxiliares, comenzó la campaña al mando de Filiberto, duque de Saboya, poniéndose sitio, ante todo, á la importante plaza de San Quintín. Esta plaza, fronteriza entre Francia y los Pai-

ses Bajos, y de excepcional importancia, fué la designada para comenzar las operaciones, que hubiera caído inmediatamente en poder de los españoles, á no ser por el temerario arrojo del almirante Coligni, que penetró en la ciudad y animó á los sitiados.

Ya no era posible retroceder; la batalla se hacía inminente; y frente á frente los ejércitos francés y español, dióse la memorable batalla de este nombre, en que tanto se probó la pericia de nuestros generales y el heroico valor de nuestros soldados, siendo completo nuestro triunfo, y cogiéndose prisionero al general francés Montmorency y los principales jefes, y muerto lo mejor del ejército francés. La capital de Francia se consternó, con tal noticia; el ejército español quiso ir sobre París; pero nuestros prudentes generales no lo hicieron así, contentándose con apoderarse de San Quintín y coger prisionero á Coligny y todos los suyos.

En recuerdo y en memoria de esta batalla, dada el 10 de Agosto, en que la iglesia celebra la fiesta de San Lorenzo, proyectó Felipe II la construcción de un monumento, grande y magnífico, cual fué el del Escorial. El rey estuvo diariamente inspeccionando las obras, desde el sitio que se conoce con el nombre de la Silla de Felipe II, dando instrucciones acertadas á los arquitectos Juan de Toledo y Juan de Herrera, y logrando que este edificio, por su grandiosidad y suntuosa magnificencia, se le llame por todos la octava maravilla del mundo.

Después del desastre de San Quintín, y viéndose el Papa abandonado en sus pretensiones, solicitó Paulo IV la paz, que le fué concedida de buen grado por el rey de España y en condiciones muy favorables, teniendo sólo en cuenta el afectuoso respeto que le inspiraba la Santa Sede. Pero tal vez esta paz no se hubiera firmado, á haber prosperado las pretensiones de Enrique II, que solicitó auxilios del turco, que pretendió encender la guerra en Inglaterra y que intentó otras empresas que no le favorecieron ni pudieron favorecer al Papa.

Pero, como llamase al duque de Guisa, y éste llegase á Francia, puso sitio á la importantísima plaza de Calais, que hacía dos siglos poseían los ingleses, y que al fin fué rendida y tomada, causando tan penosa impresión este suceso en el ánimo de la reina María de Inglaterra, que le precipitó su muerte. El duque de Guisa siguió en sus empresas, logrando otras victorias, y apoderándose de nuevas plazas, no sin heróicas defensas, y empeñados hechos de armas.

Las cosas no podían quedar así, pues España é Inglaterra tenían que vengar estos desastres, y al mando de Filiberto de Saboya, y con el auxilio de la escuadra inglesa, se dió la célebre batalla de Gravelinas, quedando el triunfo por España, y siendo para los franceses una derrota, quizá más terrible que la de S. Quintín. Este desastre fué tan grande para los franceses, que de su ejército compuesto de 15.000 hombres, escasamente se salvaron 300, que eran otros tantos predicadores de la paz, que por todas partes se solicitaba con empeño.

La paz se pactó al fin, y llevó el nombre de Chateau-Cambressis, con condiciones favorabilísimas para España, y afrentosas para Francia, y se llevó á cabo, porque el rey D. Felipe, afectado con la muerte de

su padre y de su esposa María, no estaba en condiciones de ánimo para seguir la guerra, como de otro modo hubiera ocurrido. Consecuencia de esta paz, fué el pacto de matrimonio de D. Felipe, con Isabel hija de Enrique II, cuyas bodas se celebraron en 1559, muriendo á poco el rey de Francia, y el Pontífice Paulo IV, y dejando el rey de España á su hermana D.ª Margarita de Austria, como gobernadora de los Países Bajos, con su Consejo de regencia bajo la presidencia del Cardenal Granvela.

No fué nada halagüeña la situación económica en que D. Felipe encontró á España cuando subió al trono. pues si bien las empresas de Carlos V, y los descubrimientos de su tiempo, habían acrecentado la importancia de nuestra nación, eran tantos lôs gastos causados para las mismas, que estaban exhaustas las arcas del Tesoro. Por eso hay historiadores que censuran al emperador, considerándolo más afanoso por los asuntos y negocios de Alemania, que por los que directamente se relacionaban con España.

Dado este estado económico en nuestra nación, las Cortes de Valladolid y de Toledo, celebradas en 1558 y 1560, concedieron autorizaciones, para arbitrar recursos, lo mismo de los extraordinarios ingresos de Indias, que de la exacción de rentas eclesiásticas. Se llegó al extremo de venderse cartas de hidalguía, jurisdicciones perpétuas, y los terrenos baldíos de los pueblos, acordándose también empréstitos forzosos, para poder salir adelante en la triste situación económica del Reino.

Como quiera que los piratas berberiscos seguían dañando continuamente los países cristianos, al mando del feroz Dragút, el rey D. Felipe organizó una expedición, contra africanos y turcos, con el decidido propósito ante todo de apoderarse de la plaza de Trípoli. Preparóse al efecto una armada al mando del duque de Medinaceli, y en Octubre de 1559 se comenzó esta campaña civilizadora y cristiana, que por todos los pueblos europeos, debía haber sido amparada y espontáneamente protegida.

En Siracusa experimentó nuestra armada grandes contratiempos, obligándole á marchar á Gelves, donde fuimos completamente destrozados por los tropas del Sultán. Las enfermedades y las privaciones obligaron á los cristianos á variar de rumbo, y esta fué su desgracia, pues si bien lograron apoderarse del castillo de Gelves, al fin lo perdieron más tarde después de heróica resistencia y de tenaz batalla, en que pereció lo más florido del ejército español.

Ya por los años de 1563 y alentados los turcos por el desastre de los Gelves, decidió el virrey de Argel Hassén, poner sitio á Orán y Mazalquivir, que después de mil accidentes pudo defenderse de los turcos y derrotarlos completamente. En efecto: aunque al principio la armada cristiana al mando de D. Juan de Mendoza, tuvo que volver á España, y no socorrer á los cristianos, volvió más tarde, y logró un triunfo decisivo, haciendo que el hijo de Barbarroja levantase el cerco de Mazalquivir.

Esto alentó al rey de España, y á seguida dispuso, y logró en poco tiempo, que se conquistase el Peñón de la Gomera, que venía siendo

nido de piratas, y asilo en aquella fortaleza inexpugnable de todos los bandidos de las cercanías. Para ello se formó una grande armada, al mando del Marqués de Villafranca, que se dió tal arte en la expedición que los piratas se rindieron sin combate, y con este triunfo renació la alegría y tranquilidad en los países cristianos.

Irritado el turco por aquellos descalabros, y deseando vengarse de los caballeros de Malta que nos ayudaban en aquellas empresas contra los infieles, puso sitio Solimán á la plaza, que se defendió con tenaz empeño, y que al fin no fué tomada por los turcos que levantaron el cerco, temerosos de los socorros que llegaban de Sicilia.—Esta es una de las páginas más brillantes del valor cristiano, donde se acreditaron de héroes, el gran maestre de Malta, y otros caballeros, y donde hallaron su sepultura el feroz Dragút y otros.

Desde la época de Carlos V venían intranquilos y rebeldes los moriscos granadinos: pero esta sublevación estalló grande y potente en el reinado de Felipe II, teniendo por jefes al tintorero granadino Farax Aben Farax, al joven veinticuatro de Granada D. Fernando de Valor, (después Aben Humeya), y á su suegro Diego López, más tarde Aben Aboó. La publicación de la pragmática que prohibía los baños y trajes de los árabes, fué el pretexto para el alzamiento, siendo el Jueves Santo de 1568 el día en que se dió el grito en el Albaicín de Granada, cogiéndose á los principales jefes.

En las Alpujarras siguió el grito de guerra, y los rebeldes con el nombre de Monfíes, asesinaron á los cristianos, y viniendo algunos á Granada, nada lograron para sus propósitos. Inútiles fueron los esfuerzos de Farax para excitar los ánimos, no logrando nada, huyendo al campo antes que fuesen juzgados por las autoridades de la ciudad.

Habiendo huido de su prisión el joven D. Fernando de Válor, descendiente de los Omeyas, marchó á Béznar (Granada), donde fué aclamado rey de Granada con el nombre de Aben Humeya, internándose en la Alpujarra para lograr sus propósitos. Entonces, al mando de Farax, cruel y sanguinario, comenzó una serie de violencias contra los cristianos, destrucción de imágenes y templos, matanza de mujeres, sacerdotes, niños, etc., que disgustó á Aben Humeya y que ensangrentó mucho la guerra.

Los cristianos tomaron la ofensiva, y al mando del marqués de Mondéjar comenzó la campaña, tomando los principales puntos estratégicos, y suspendiéndose un poco la guerra, hasta que el marqués de los Velez, con grueso ejército, logró resultados favorables, sometiendo la Alpujarra por poco tiempo, pues renace la insurrección, y se verifica una gran matanza de moriscos en Granada. El paso del puente de Tablate, cortado por los moriscos, y los triunfos de Orgiva, Ugíjar y Paterna, fueron los éxitos principales del marqués de Mondéjar, que mientras su expedición á las Guajaras, dió lugar al marqués de los Veles para su marcha á Almería y sus triunfos, así como para que los enemigos de Mondéjar hicieran contra él acusaciones formidables.

Viendo todo esto el rey D. Felipe decidió mandar á su hermano natural D. Juan de Austria para que terminase aquellas guerras de em-

boscadas, lo que hasta entonces no se había logrado. A causa de las disenciones contra los jefes cristianos la insurreción habían ido sosteniéndose, y cuando D. Juan de Austria llegó á Granada estaba pujante, y Aben Humeya á pesar de todos sus sufrimientos y heridas recibidas, aparentaba desafiar con su pequeño ejército de 5000 hombres, á las tropas cristianas.

Coincidió con esto la orden dada por D. Felipe de expulsar del territorio granadino á todo morisco de 10 á 60 años, para que se le diseminara por todo el interior de la península. Por eso los moriscos de la vega, y todos los que pudieron engrosaron el ejército de la Sierra, siendo precisa la formación de dos ejércitos al mando de D. Juan de Austria, y el duque de Sesa para destruir la insurrección en la Alpujarra y en la parte de Almería.

Los rebeldes estaban descontentos de Aben Humeya, á quien creían traidor á su causa, y por eso conspiraron contra él, y le dieron muerte. Su mismo suegro Diego López (Aben Abóo), Diego Alguacil, y el caudillo turco Hussein, fueron los jefes de esta conspiración, y los que cogiéndole desprevenido le dieron muerte, proclamando enseguida á Aben Abóo como rey.

Comienza entonces el reinado de Aben Abóo, que coincide con las violencias de la campaña por D. Juan de Austria, logrando éste apoderarse de Güéjar, Galera, y Serón, y sembrar el desconcierto entre los rebeldes. El modo distinto que D. Juan tenía de llevar la campaña, le hizo lograr todos estos triunfos, yendo alejando á los rebeldes cada vez más de Granada, y llevando el exterminio y la muerte por donde quiera que penetraban los soldados cristianos.

Ya en 1570 todos estos triunfos hicieron decaer el espíritu de los moriscos, que comprendieron era perdida su causa, y el mismo Aben Abóo se sometió á sus enemigos. En efecto, las promesas de perdón que don Juan de Austria mezclaba con su violenta campaña, y los descalabros sufridos, decidieron al rey de las Alpujarras á someterse, dispuesto á traicionarnos en la primera ocasión favorable.

Pero no fué de corazón, pues que habiéndose encendido nueva guerra de rebeldes en la Serranía de Ronda, Aben Abóo se creyó desligado de compromisos, y hubo necesidad, mientras el duque de Arcos terminaba la primero insurrección, que D. Juan de Austria acabara á sangre y fuego la segunda. Los pocos moriscos que escaparon en la matanza de Ronda se refugiaron en los picos de la sierra, y mientras tanto Requesens asolaba la Alpujarra sometiéndoles por medio del degüello, el fuego, y la más completa destrucción.

Fué, pues, llegada la hora de la total expulsión de los moriscos del reino de Granada, y por eso el rey determinó, por una orden severísima, que no quedase uno sólo en el territorio granadino, como así ocurrió en Noviembre de 1570. Todos los moriscos fueron internados en Castilla, cogiéndolos en la Sierra, y llevándolos á su destierro, lográndose, después de larga y crudísima campaña, ver libre el territorio granadino de estos feroces enemigos de nuestro Dios, y nuestras instituciones.

Para ello hubo necesidad de concluir con la sombra de soberanía que representaba Aben Abóo, que con 400 rebeldes merodeaba sin entregarse (por haber faltado á anteriores pactos), entre Bérchules y Trevélez, logrando al fin darle muerte los mismos suyos y concluyendo así su efímero poder. Sus parciales, deseosos de tranquilidad, y ansiando someterse, le asesinaron dentro de una cueva, le entregaron á los jefes cristianos y su cabeza fué expuesta en una jaula en la puerta del Rastro de Granada.

Allá por el año de 1570, el turco pretendía apoderarse de Chipre, que pertenecía á Venecia, y esto obligó á los estados cristianos á formar una liga contra el infiel, en la que entró España. El papa San Pío V fué el alma de esta liga, ofreciendo doce galeras armadas á su costa, y formándola con España y Venecia.

Felipe II quiso ampliar los efectos de esta liga á todos los enemigos de la cristiandad, logrando ponerse frente á Selím II, que había tomado por sorpresa á Chipre. Así se organizó la armada contra el turco, con tres generales cristianos, que no pudieron ponerse de acuerdo, y que facilitaron los triunfos del enemigo, hasta que D. Juan de Austria se pone al frente de la liga como generalísimo de élla.

Puesto D. Juan de Austria al frente de la armada, sale de Mesina y se dirige al golfo de Lepanto para atacar al turco, que contaba con 240 galeras y 120.000 hombres, á los que venció en la batalla de este nombre, en 7 de Octubre de 1571, muriendo en ella el jefe de los infieles Alí Bajá, peleándose allí cuerpo á cuerpo, ganando el hermano de Felipe II nombre inmarcesible, é instituyéndose por el Pontífice la fiesta del Santo Rosario, en recuerdo de esta señalada victoria. En esta batalla, en la que todos fueron heroes, peleó como soldado y perdió un brazo Miguel de Cervantes Saavedra; no viéndose los resultados de la misma por no seguir todos los consejos de D. Juan de Austria, y por la vergonzosa paz de Venecia con el turco.

De entonces en adelante la lucha fué sólo por España, logrando apoderarse D. Juan con sus naves, (donde sólo ondeaba el estandarte de España), de Túnez y de Biserta. Y ya de aquí en adelante, el turco decayó notablemente, debido todo al esfuerzo de España, que fué la única que continuó la lucha contra los infieles.

Felipe II, no sólo combatía el mahometismo, como enemigo del cristianismo, si no que, cual había hecho su padre, declaró la guerra también fuerte y decidida al protestantismo. Por eso, llamándose con orgullo defensor del Catolicismo, combatió de frente y á mano armada la herejía de Lutero, en la escasa manifestación que tuvo en España, así como en Inglaterra, Francia y los Países Bajos.

Aunque parezca raro, ya desde la época de Carlos V había empezado á introducirse la herejía protestante en España, y si bien fué combatida á tiempo, no se había logrado su total extinción. Este fenómeno se explica perfectamente porque muchos teólogos impresionables, y quizá algun tanto relajados, acompañaron al emperador á Alemania y le satisfizo la nueva doctrina, que amparaba algunas de sus sensuales y libres aspiraciones.

Sevilla fué el primer punto donde se exteriorizó el protestantismo en España, debido al fanatismo de Rodrigo de Válor, al Dr. Egidio y algunos nobles, terminando todo merced al lujo de medidas oportunas tomadas por la inquisición. Y no fueron suficientes estas violencias para matar el fanatismo de estos flamantes luteranos, que unos murieron en la prisión y otros en la hoguera, entre éllos el hermano del conde de Bailén, y varios religiosos y sacerdotes, terminando todo en la capital andaluza en 1560.

El canónigo de Salamanca, Agustín de Cazalla, fué el propagandista del protestantismo en Valladolid, que hubiera extendido con más rapidez su doctrina, á no ser por los esfuerzos de la inquisición, que rápidamente atajó el mal. Hasta el mismo Felipe II presenció algunos de estos autos de fe, de los que no se libraba la misma nobleza, á la que el rey contestaba cuando uno de sus miembros le increpaba porque lo dejaba quemar, que él mismo traería la leña, si fuera preciso, para quemar á su propio hijo, si tuviera la desgracia de ser protestante.

Son procesos célebres en este tiempo, según algunos escritores, el del Arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé Carranza, que fué obligado á abjurar de proposiciones sospechosas, y que al parecer murió dentro de la iglesia; así como el que se siguió, según otros autores, á personas ajenas á la herejía luterana. No es posible creer que fueran procesados, ni sometidos á autos de fe, aunque lo aseguran escritores que se suponen imparciales, á San Francisco de Borja, San Juan de la Cruz, el Brocense, el P. Mariana, etc., y caso de serlo, la inocencia probada, fué sólo el término de los mismos.

Mucho se ha dicho por escritores serios y por novelistas acerca de la inquisición en tiempo de Felipe II, creyendo, lo cual no es cierto, que su época fué la de mayor violencia de este tribunal. Todo esto es incierto, pues lo mismo ocurrió en tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos V, y que administraba justicia en materia criminal, al tenor de la doctrina consignada en todos los Códigos, pues que mucho tiempo antes se castigaba con pena de muerte la herejía, y se aplicaba el tormento como medio de prueba.

La pragmática de Aranjuez, dictada por Felipe II sobre estudios en Universidades extranjeras, ha sido muy combatida, cuando sólo obedeció al deseo de que no se contaminaran sus súbditos de las herejías, y porque España iba entonces en ciencias y estudios á la cabeza de las naciones de Europa. Y prueba de ello es que en dicha pragmática se citan los estudios que pueden hacerse en país extranjero, así como otros de países lejanos venir al nuestro á aprender lo mucho y bueno que aquí se enseñaba, cuyos hechos destruyen la nota de intolerancia con que se caracteriza por los espíritus sectarios á esta pragmática.

Los nombres de Santa Teresa de Jesús y Fr. Luis de León, y la intervención de la Compañía de Jesús en estos asuntos de inquisición y procesos, ha dado mucho juego á los impíos para clamar, sin motivo, contra el tribunal de la fe y contra la iglesia. Ya está averiguada la verdad de todo, y el místico fervor de los Santos quedó probado; la buena fe del Dr. de Salamanca se demostró perfectamente, y la Compañía

de Jesús, si á veces tuvo que ser víctima de la necesidad de inquirir, ante doctrinas al parecer raras, por lo nuevas, nunca quedó dudosa la verdad y buen nombre de los acusados.

Crítica.—Desde sus primeros años se revela perfectamente el carácter de Felipe II, la tenacidad de sus determinaciones y el santo entusiasmo que le inspiraba la idea católica, de la que siempre fué el más esforzado defensor. Por eso desde niño se instruyó en todo, y lo mismo el arte de la guerra que las ciencias, fueron patrimonio de su privilegiada inteligencia, y formaron de día en día su carácter de hierro y la energía incansable que le distingue.

A no haber sido por su entusiasmo religioso, las herejías hubieran penetrado resueltamente en nuestra patria, como invadieron á Europa, mucho más teniendo en cuenta el roce constante con los alemanes, que siempre tuvimos en el reinado de Carlos V. Pero D. Felipe se dedicó á atacar de frente la herejía, y fué un poderoso auxiliar el que en él tuvo la inquisición para matar los chispazos de protestantismo en Sevilla y Valladolid.

También á su enérgico carácter se debió el acabar definitivamente las rebeliones de los moriscos granadinos, pues al nombrar á D. Juan de Austria, con plenos poderes, generalísimo del ejército, fué la orden de terminación de aquella guerra que tanto odiaba, por ser sus mantenedores mahometanos y enemigos de la patria y la religión. Si no toma esta determinación y sigue el sistema de guerra iniciado por Mondéjar, tal vez no se hubiera fácilmente pacificado el territorio granadino, lo que solo se debió al buen deseo y energías sin límites del monarca.

Por último, la inquisición en este período no fué lo que quieren que sea autores dramáticos y novelistas, sino un tribunal auxiliar de los tribunales ordinarios. En efecto: quizá fuera menos violenta la inquisición de la época de Felipe II que la anterior, ya porque los tiempos habían cambiado, suavizándose algo las costumbres guerreras de la época de la conquista, ya también porque con las reformas legislativas la inquisición no hizo otra cosa que aceptar y aplicar las nuevas doctrinas jurídicas en materia criminal.

LECCIÓN 63.

TERMINACIÓN DEL REINADO DE FELIPE II

Continuación del reinado de Felipe II en España.—Guerras de Flandes.—Los Países Bajos.—Margarita de Parma.—Levantamiento de los Países Bajos.—Sucesos principales hasta el gobierno del duque de Alba.—El tribunal de la sangre.—Pericia del duque de Alba.—Victorias de los españoles.—Proclamación de la República en Holanda.—Fin del gobierno del duque de Alba.—Gobierno de D. Luis de Requesens.—Sucesos hasta la toma de Amberes.—Gobierno de D. Juan de Austria.—Sus victorias.—Muerte de D. Juan de Austria.—Gobierno de Alejandro Farnesio.—Sus triunfos.—La armada invencible.—Su desastre.—Las guerras de religión en Francia.—Alejandro Farnesio en Francia.—Su muerte.—Sucesos interiores del reinado de Felipe II.—Incorporación de Portugal.—Ojeada sobre la Monarquía portuguesa desde D. Juan III.—Su reinado.—D. Sebastián.—Leyenda del mismo.—El Cardenal D. Enrique.—Pretendientes á la corona.—Conquista de Portugal.—D. Felipe II Rey de Portugal.—Personajes notables de esta conquista y batallas importantes.—Otros sucesos interiores.—El príncipe D. Carlos.—Su prisión y proceso.—Su muerte.—Antonio Pérez y la princesa de Éboli.—Su proceso.—Antonio Pérez en Aragón.—Antonio Pérez en Francia.—D. Juan de Lanuza y los fueros de Aragón.—Muerte de Antonio Pérez.—Conquistas en América y en Oceanía, durante este reinado.—Conquistas de Valdivia en Chile.—Guerras de Arauco.—Conquista y colonización de las Filipinas.—Últimos años del reinado de Felipe II.—Guerra de Flandes.—Renuncia de los Países Bajos por Felipe II.—Guerra con Francia.—España é Inglaterra.—Saqueo de Cádiz y desastre de la nueva armada.—Fin del reinado de Felipe II.—Su cristiana muerte.—Mapa general de España desde los Reyes Católicos hasta la incorporación de Portugal á España, en tiempos de Felipe II.=*Crítica.*—Ideal político y religioso de Felipe II.—Juicio acerca de los Países Bajos.—La incorporación de Portugal y lo que representaba.—Juicio imparcial acerca del Príncipe D. Carlos.—Idem con referencia á Antonio Pérez y su proceso.—Felipe II é Inglaterra.—Juicio desapasionado acerca del carácter y reinado de Felipe II en España.

La continuación del reinado de Felipe II en España, comprende sucesos importantes, lo mismo dentro de esta nación, que fuera de ella, y relativos á hechos guerreros relacionados ya con luchas religiosas, ya con asuntos interiores, ó de otro género. Los más importantes son, las guerras de los Países Bajos, las religiosas, la conquista de Portugal, y los descubrimientos en América, así como todo lo referente al príncipe D. Carlos, y al proceso de Antonio Pérez.

Las guerras de Flandes, ocupan un espacio de tiempo desde el 1560 al 1598, siendo producidas éstas por las medidas dictadas contra el luteranismo en los Países Bajos. Comprenden varios períodos referentes á los primeros sucesos de estas guerras, el gobierno del duque de Alba, y los de Requesens, D. Juan de Austria, y Alejandro Farnesio.

En los Países Bajos había ido extendiéndose con rapidez la herejía

protestante, á la que prestaba apoyo más ó menos directo lo principal de la nobleza. Por eso tuvo Felipe II al venir de aquellos estados que dictar disposiciones violentas contra los herejes, que á la vez eran rebeldes á su autoridad, ó restaurando las severísimas penas que contra ellos había dictado en su tiempo el emperador Carlos V.

El principal encargo que el rey hizo á Margarita de Parma, que quedó de gobernadora de la Países Bajos, fué el evitar á todo trance la propagación de la herejía luterana, y tener á raya los pujos de independencia de los condes de Horn y Egmont, así como del príncipe de Orange. Tomaron los rebeldes como pretextos ya el temor al establecimiento allí de la Inquisición española, ya los abusos en el poder del cardenal Granvela, ó ya otros, cuando la causa principal de todo era el entronizamiento de la herejía, y el deseo de independencia de aquellos estados bajo la forma republicana.

Al fin se verifica el levantamiento general de aquellos países contra el gobierno de España, no sin que el rey hubiese hecho salir de allí las tropas españolas, se hubiesen ampliado los obispados, saliese Granvela de aquellos estados, y no se estableciese la Inquisición en ellos como estaba en España. Pero todo esto no satisfizo á los rebeldes, que siguieron representando al rey en contra de sus gobernantes, que proclamaron la libertad de conciencia en el compromiso de Breda, y que en la liga de los mendigos ó noble unión, se pidiese con altanería la supresión del tribunal de la Inquisición tal como le tenían desde la época del rey emperador.

La rebelión se convirtió más tarde, en desenfreno: todos los tiros eran contra la religión: se profanaron los templos, y los religiosos; y aunque se prometió un perdón general, nada se logró, hasta que Margarita de Parma, pudo acallar por el pronto la rebelión, por la fuerza de las armas. Y no bastó que la gobernadora de las Países Bajos lograra del rey que se moderase el efecto de los edictos, ni que el perdón por los primeros desmanes fuese un hecho, pues que sólo el ejército después de reñida lucha, terminó por el pronto aquel conflicto.

Entonces comprendió D. Felipe que en Flandes era preciso un gobierno fuerte y enérgico, después de los sucesos anteriores, y mandó allí con plenos poderes al duque de Alba con 10,000 hombres á sus órdenes. Tal medida disgustó á los flamencos, y á la gobernadora Margarita, que en el acto renunció el cargo, y se retiró á Italia, quejosa de que después de pacificado aquel país, se le quitara airadamente todo su prestigio y autoridad.

Pero tenía razón D. Felipe, pues no era posible que la gobernadora, pudiera matar de raíz aquella gran sublevación, como lo intentó oportunamente el de Alba, creando el tribunal de la sangre ó de los tumultos, y castigando á los Condes de Horn y de Egmont, que perdieron la vida, así como haciendo frente á Guillermo de Orange, que invadió con tropas considerables el territorio. La resistencia de éste no hubiese podido tener efecto, sin el auxilio de los alemanes, que al ayudarle, ayudaban la propagación de la herejía protestante.

El duque de Alba demostró en esta campaña una gran pericia, con-

sistente en evitar batallas, en espera del invierno, y de que las tropas rebeldes, se cansasen y amotinaran contra su jefe. Así resultó en efecto, pues que los españoles cansando diariamente con marchas y contramarchas á los sublevados, lograron arrojarlos del país y que tuvieran que refugiarse en Francia.

Los españoles durante estas campañas, fueron de victoria en victoria, y hubieran fácilmente ahogado para siempre la insurrección, á no ser por los socorros de los protestantes, que diariamente aumentaban los descontentos, favorecidos más que por nadie por Isabel de Inglaterra, que llegó á secuestrar unas naves, con recursos y armas para los españoles. A pesar de todas estas victorias y de ir á Bruselas el duque de Alba como triunfador, la insurrección siguió latente, y se aumentó por los tributos que hubo que imponer.

Aunque se publicó un perdón general, los rebeldes siguieron adelante, y en Holanda fué proclamada la república bajo la presidencia del de Orange, lo que hizo violentar más en sus determinaciones al gobernador español, que tuvo la fortuna de estar acertadísimo en sus medidas de rigor, y lograr el vencimiento á sus ejércitos. Los rebeldes no disimularon en este período de la guerra su odio á España y al Catolicismo, pues colocaban imágenes religiosas en las murallas de las plazas sitiadas, para que las hiriesen las balas de nuestros soldados.

Y entonces, cuando más precisa era la unidad de acción en aquella guerra, viendo que los orangistas tenían algunas plazas á pesar de nuestras contínuas victorias, se aceptó la renuncia del duque de Alba, y fué nombrado generalísimo del ejército D. Luis de Requesens.

Esto fué debido á que D. Felipe comprendió, que era preciso en el teatro de la guerra un general más conciliador que el de Alba, que con sus violencias y carácter enérgico estaba diariamente excitando cada vez más las pasiones de los rebeldes.

Era Requesens carácter opuesto á su antecesor, y aunque á destiempo llegó á los Países Bajos, hizo cuanto pudo con su carácter templado, no sin que hiciese frente á las tropas rebeldes con empeño, señalándose el primer período de su mando por las derrotas de Middelburgo y Leiden, y las victorias de Moock, en que el jefe de los contrarios y su hijo perdieron la vida.

En estos hechos de armas se señaló de modo admirable el valor español, pues teniéndolo todo en frente supieron resistir, y á veces vencer á sus enemigos, que todos les amparaban.

A estos sucesos, siguen otros importantísimos, como fué la conquista de varias ciudades, y de alguna isla de la Zelanda, donde Requesens y los suyos demostraron valor heróico, muriendo á poco el general en Bruselas y apoderándose la anarquía del gobierno de los Países Bajos, hasta que después de combates de épico valor, los amotinados se apoderaron de Amberes.

La causa de este desconcierto después de los anteriores triunfos, fué debido á la falta de unidad en el gobierno después de muerto Requesens, y quizás alimentada por parte del consejo.

Sucede en el gobierno D. Juan de Austria, que al llegar á los Países

Bajos, se encontró con un tratado de paz que firmó solo por conservarse en él la religión católica.

Pero comprendiendo su verdadera situación, se retiró de Bruselas y tomando el castillo de Namur, desde allí escribió al rey, dándole cuenta del verdadero estado del país.

Mas como el emperador Matías fuese declarado Sr. de Holanda, y á Orange se le nombrase lugarteniente suyo, tuvo D. Juan de Austria que oponerse á todo esto consiguiendo grandes triunfos para España.

Estos fueron la señalada victoria de Gemblernx, en que tantos laureles alcanzó el joven Alejandro Farnesio y las de Luxemburgo, Henao, y Limburgo que tanto prestigio dieron al vencedor de Lepanto, y á nuestra nacion.

El hermano de D. Felipe escapó á los manejos de sus enemigos que querían asesinarle, pero no pudo salir de una terrible enfermedad que le causó la muerte en Octubre de 1587.

Esta desgracia evitó el triunfo definitivo é inmediato de los españoles en los países rebeldes, pero quedó inmarcesible la fama del gran guerrero, que como español, y como católico, guerreó y venció á moriscos, turcos, y protestantes, enemigos todos de su patria y del Dios de sus mayores.

Alejandro Farnesio, duque de Parma, é hijo de la princesa Margarita, sucede en el gobierno de Flandes, cuando la situación de aquellas provincias era de abierta rebelión á España. La toma de Maestricht, y otros triunfos le dieron grandes prestigios, é hicieron que el de Orange formase la unión de Utrech en contra de nuestra nación, y que se procurase por todos los medios imaginables deshacerse del general español.

Los triunfos del de Parma se sucedieron uno á uno, y se aumentaron los prestigios que tenía en el ejército, más alentado aún con la muerte del príncipe de Orange, víctima de un infame asesinato. Las victorias de Tournay y Amberes, Esclusa y Güeldres, acabaron de acreditar á Farnesio como general experimentado, venciendo á los rebeldes al mando de Mauricio de Nassau, sucesor de Orange, y auxiliado por todas las potencias, especialmente por Inglaterra.

Entretanto Felipe II idió una empresa contra los ingleses, para vengarse de la reina Isabel, y del apoyo que prestaba á los protestantes de los Países Bajos. Al efecto, con una armada llamada desde el principio la invencible, compuesta de 139 bajeles y 40,000 hombres, al mando del duque de Medinasidonia y después Farnesio, se iría á las costas de Inglaterra, para escarmentar á aquel país y dar una lección á los enemigos del Catolicismo.

Pero el destino lo tenía decretado de otro modo, pues dentro de las costas españolas sufrieron un descalabro nuestras naves, repetido en las costas inglesas, y que terminó con nuestra armada en Calais, víctima de las tempestades y de la pericia naval inglesa, que supo aprovecharse de las circunstancias. El duque de Medinasidonia llegó á España con los pobres restos de nuestra escuadra, retirándose á su casa por Real Orden, para llorar esta desventura, que Felipe II sufrió

con imperturbable serenidad cristiana, disculpándola con estas sencillas frases: «mis navíos fueron á combatir con los hombres, no con las tempestades».

Ya por este tiempo había ido tomando el protestantismo incremento en Francia, y sus secuaces con el nombre de hugonotes, ensangrentaron más de una vez las calles de París, originándose las guerras de religión, que tan fatales fueron para católicos y protestantes. De este tiempo son los bandos, capitaneados el católico por el duque de Guisa, y el protestante por el rey de Navarra, las matanzas de San Bartolomé y las guerras de los tres Enriques y sus consecuencias.

Entonces ocurre el sitio de París, y á socorrer á los católicos manda Felipe II á Alejandro Farnesio, entrando triunfante en la capital, volviendo á Flandes y nuevamente á París, salvando todos los peligros con su grande estrategia militar. Aunque de mal grado fué Farnesio á Francia por dos veces, pues comprendió se perdía en los Países Bajos todo lo hecho, pero obedeció al rey y dejó allí tan bien puesto el nombre español, que el mismo Enrique IV sitiador de París, estuvo á punto de caer prisionero en su poder.

Pero en medio de todos estos triunfos, le sorprendió la muerte, y víctima de terrible hidropesía, murió en 1592 á los 47 años de edad. Su muerte fué la señal de pérdida de nuestra dominación en Flandes, pues era difícil encontrar quien pudiera secundar los planes guerreros de aquel invicto general, y consumado político.

A más de todos estos sucesos exteriores, ocurrieron otros interiores importantes en el reinado de Felipe II, que todos revelan su carácter de hierro, y el fin providencial que creía cumplir siendo rey de España. Estos fueron la incorporación de Portugal, la muerte del príncipe D. Carlos, el proceso de Antonio Pérez, el levantamiento de Aragón y las conquistas de América y Oceanía.

La incorporación de Portugal tiene una alta significación en este período histórico, y realiza la unidad ibérica. Retrata perfectamente también á nuestro gran monarca, pues aprovechó las circunstancias favorables, sin pérdida de tiempo para lograr este fin.

Portugal desde Alfonso V el Africano, tiene una serie de reyes que todos, hasta Juan III, se dedicaron á las expediciones marítimas, al par que nosotros realizábamos las de América. Juan II con sus descubrimientos y colonización de ellos, y D. Manuel el Afortunado, con los suyos, especialmente el del Cabo de Buena Esperanza, señalan un período de gloria para Portugal.

D. Juan III siguió las huellas de sus predecesores en conquistas, descubrimientos y evangelización de los países que sometió á las armas portuguesas. Extendió su poder en las Indias, las cristianizó con San Francisco Javier y los suyos, todos jesuitas, y aseguró definitivamente su dominio en el Brasil.

Su nieto D. Sebastián le sucede en el trono, y después de larga minoría acomete la empresa caballeresca de Alcazarquivir, donde encontró la muerte. Esta expedición para favorecer al rey de Marruecos, la llevó á cabo en contra de los consejos de Felipe II, de la reina Cata-

lina y del Cardenal D. Enrique que comprendían lo atrevido y estéril de tal empeño.

Acerca de la muerte del rey D. Sebastián, corre la leyenda del pastelero de Madrigal, Gabriel de Espinosa, que años después de estos sucesos aseguraba no haber muerto el rey y serlo él, que milagrosamente se había salvado de la muerte. Todo esto tuvo apoyo en altas personalidades, hasta que descubierto el enredo, fué preso el impostor en Valladolid y ahorcado con algunos de sus favorecedores.

A la muerte de D. Sebastián sin sucesión, obligadamente fué proclamado rey de Portugal su tío el anciano y enfermo Cardenal don Enrique. Este intentó obtener del Papa permiso para casarse, que le fué denegado, abriendo entonces un concurso público entre los que se creyeran con derecho más ó menos legítimo á ocupar el trono de Portugal.

Entre los aspirantes que se presentaron á la corona portuguesa, se contaban Felipe II como nieto del rey D. Manuel, la duquesa de Braganza y el prior de Ocrato. De todos ellos, el que tenía más perfecto derecho, era el rey de España que á su lado juntó clero y nobleza, y que al fin tuvo la sanción de su derecho en el lecho de muerte del Cardenal D. Enrique.

Felipe II intentó desde luego la conquista de Portugal, entrando en el vecino reino un ejército al mando del duque de Alba y bloqueando á Lisboa nuestra armada, dirigida por D. Alvaro de Bazán. El triunfo fué completo y la resistencia del prior de Ocrato ilusoria, siendo aclamado el hijo de Carlos V como rey de Portugal.

En 1581 entró D. Felipe en su nuevo reino, siendo jurado rey y reuniendo bajo su cetro toda la península ibérica. Perdonó á todos excepción de su contrincante y sus parciales, y organizado aquel gobierno, el rey abandonó á Lisboa dejando de gobernador de Portugal á su sobrino el archiduque Alberto.

Los personajes principales de esta conquista fueron, á más de los indicados, el marqués de Santa Cruz, D. Pedro Valdés y D. Pedro de Figueroa; y las batallas importantes de la misma, las de Setuval, Cascaes y Alcántara. También tuvo el rey que reprimir la rebeldía de las islas Azores, que terminó por una completa victoria naval de los españoles.

Ahora hay que estudiar otros sucesos interiores, muy importantes también en el reinado de Felipe II, que han sido juzgados con distinto criterio por los historiadores. Estos reflejan el carácter de hierro del rey de España, así como su propósito nunca desmentido, de hacer siempre valer el absoluto poder que distinguió todo su reinado.

Hijo de Felipe II y de su primera esposa María de Portugal, fué el príncipe D. Carlos nacido en 1545, cuyo carácter violento y las circunstancias de su vida y muerte, han hecho que muchos historiadores dirijan acerbas censuras contra su padre. Creese que la caída que dió en Alcalá y que puso en peligro su vida, perturbó su razón y le hizo realizar actos de violencia y crueldad, que determinaron á su padre á tratarle con obligada y necesaria dureza.

Y llegaron á tanto los actos y desmanes realizados por el príncipe con personas respetables y con gente de su servidumbre, que el rey, más atento á sus deberes de monarca que á transigir como padre bondadoso en los gravísimos defectos de su hijo, tuvo que decretar la prisión y proceso del mismo. Desconocidas aún las causas de este proceso, y atribuyéndole unos á atentado contra la vida de su padre y otros á connivencia con los rebeldes de Flandes, todavía no ha podido decirse la última palabra sobre este misterioso suceso.

Este proceso causó violenta perturbación en el ánimo del príncipe, que cometió mil excesos en su prisión, ocasionándole una dolencia mortal que en poco tiempo acabó con su vida. Al morir tuvo momentos de piedad, muriendo como cristiano y justificando que su muerte fué debida á sus excesos y no á la pretendida crueldad de su padre.

Otro de los sucesos interiores importantísimos del reinado de Felipe II es el relacionado con Antonio Pérez, Secretario del rey y la famosa princesa de Eboli. Antonio Pérez sucedió á su padre en la Secretaría del monarca, abusando de su poder y aumentando el de su amada la referida princesa, hasta que fueron presos como responsables del asesinato de Juan de Escovedo, Secretario de D. Juan de Austria.

Obscuro es también cuanto se refiere á este proceso; en el que se acumularon cargos gravísimos contra el privado, que viéndose descubierto y en peligro su vida, huyó de su prisión para salvarse. No están conformes los historiadores en este suceso, aunque la crítica imparcial ha legitimado ya la conducta del rey y ha execrado la memoria de Antonio Pérez.

Este al huir de su prisión se refugió en Aragón, amparándose en el fuero de la manifestación y empezando allí otro proceso y un segundo por la inquisición que excitó los ánimos de los zaragozanos y costó la vida al marqués de Almenara. Entre tanto en Madrid había sido fallada la causa y condenado Antonio Pérez á muerte, que hubiera sufrido en la Corte ó en Aragón á no ser porque las turbas le sacaron violentamente de la cárcel de la Inquisición.

Nuevos sucesos hicieron que Antonio Pérez huyese á Francia, lo que excitó el furor del rey, entrando las tropas reales en Zaragoza, que creyendo ser esto contra sus fueros, se aprestaron á la defensa al mando del Justicia mayor D. Juan de Lanuza. Los aragoneses no fueron protegidos como querían por Cataluña ni por Valencia, siendo vencidos los defensores de aquellos fueros y presentándose todos al general vencedor incluso el Justicia mayor.

Poco tiempo tardó en morir este en el cadalso y otros nobles aragoneses, viniendo después un perdón general y la reforma de los fueros de Aragón. La acusación que se lanza contra Felipe II de haber destruído estos fueros no tiene razón de ser, pues que sólo los modificó reformando en algo muchos de sus irritantes privilegios y viviendo así hasta que son completamente destruídos en tiempo de Felipe V.

Los últimos años de Antonio Pérez, fueron los de un traidor y un hombre por todos conceptos repugnante ante la historia, pues que refugiado en Francia, vivió adulando á todos y vendiendo secretos del

Estado español. Murió en la miseria como justo y providencial castigo á su traición, después de haber recibido pensiones de los reyes de Francia é Inglaterra, á cambio de los secretos que comunicaba paulatinamente á dichos soberanos.

Durante este reinado se verificaron otras conquistas en América y Oceanía, que cierran el cuadro de nuestros trabajos de exploración en aquellas apartadas regiones.

Las empresas que en tiempo de Carlos V había iniciado para conquistar á Chile el extremeño Pedro de Valdivia, se reproducen y continuan en tiempo de Felipe II. Estas primeras empresas hicieron que se fundara la ciudad de Santiago de Chile, capital del territorio, y otras poblaciones importantes.

La guerra de los españoles en Chile hizo estallar la rebelión de los feroces araucanos que se defendieron con tenaz empeño y que cogiendo prisionero á Valdivia le hicieron morir entre el atroz suplicio de rellenar sus fauces de oro derretido. Más tarde son vencidos los araucanos, condenando á muerte á su jefe y resistiendo á la invasión española continuamente los naturales del país.

Por este tiempo también se verificó la conquista y colonización de las Islas Filipinas merced al tacto del guipuzcoano Miguel de Legazpi, que en 1564 salió de Méjico y casi sin efusión de sangre, realizó la conquista. Legazpi fundó á Manila y auxiliado de las órdenes religiosas, creó allí un gobierno paternal y justo que engrandeció á aquellas islas, y que no fué rechazado, hasta que la idea separatista, inspirada públicamente por la masonería, ha hecho que perdamos aquellas lejanas posesiones.

Los últimos años del reinado de Felipe II, comprenden el desarrollo de la guerra de Flandes, hasta que el rey renuncia á aquellos Estados, la campaña contra Francia por los proyectos de Felipe II, y la guerra entre Francia é Inglaterra.

La guerra de Flandes tuvo en estos tiempos varias alternativas, según los jefes que en nombre del rey de España dirigían la campaña tomándose varias plazas y restableciéndose la disciplina. El último de los gobernadores fué el archiduque Alberto, que á pesar de las diferencias religiosas obtuvo grandes triunfos sin positivos resultados.

En tal estado y casándose la Infanta Isabel hija de Felipe II con el archiduque Alberto, en éstos renunció el rey, bajo la base de la religión católica en aquellos estados. La parte meridional recibió á los nuevos soberanos con entusiasmo, pero no así la Holanda que por largo tiempo siguió en su espíritu de independencia.

La guerra con Francia fué debida á los proyectos de Felipe II, para que un monarca católico fuese rey de aquella nación, lo que no pudo lograr pues que Enrique IV abjuró el catolicismo y fué por todos aclamado. Esto hizo estallar la guerra entre Francia y España, que se sostuvo con varias alternativas, hasta que por mediación del Papa se hizo la paz de Vervins en 1598 que no fué muy favorable para las aspiraciones españolas.

También es de notar en este último período del reinado de Felipe II,

la guerra entre Francia é Inglaterra originada por el auxilio que siempre prestaron los ingleses á nuestros enemigos, especialmente á los rebeldes de Flandes.

Por eso se organizó una armada que molestase las costas de Irlanda, siendo sorprendidos los trabajos preparatorios en Cádiz, por una flota inglesa que saqueó la ciudad. Otra tentativa contra Inglaterra, y otra armada contra Irlanda destruída como la Invencible, pusieron término á las aspiraciones de Felipe II contra los ingleses.

Los últimos tiempos del reinado de Felipe II se señalan por el estado tristísimo de la Hacienda española, y por la creación de crecidísimos impuestos que agobiaban al país. Esto se explica por la lucha tenacísima sostenida por el rey más cristiano de España contra turcos y herejes, ingleses y franceses, que hicieron aparecer pobre ya en estos tiempos, á la nación que poco antes había sido la más rica y poderosa del mundo.

Molestado el rey Felipe II por la gota hereditaria en su familia y llagado todo su cuerpo, después de dos años de cruel enfermedad, murió cristianamente en El Escorial el 13 de Septiembre de 1598. Antes mandó llamar á sus hijos, exhortándoles á perseverar en la fé, y haciéndole ver á su primogénito en lo que paraban las grandezas de la vida, y dándole consejos para el buen gobierno de su reino, bajo el amparo de la religión católica.

El mapa general de la nación española desde los Reyes Católicos, hasta la incorporación de Portugal á España en tiempo de Felipe II, comprende ya completa, la dominación española en la Península Ibérica, pues conquistada Granada y Navarra por los Reyes Católicos, é incorporado Portugal á España en tiempo de Felipe II, no quedaba nada en la Península que no estuviese sujeto á nuestra dominación.

Crítica.—El rey D. Felipe II tuvo como base de su vida y de su gobierno, un ideal político y religioso que se simbolizan en el absoluto poder de la monarquía y en el exclusivo imperio del Catolicismo. Por eso todo su plan de gobierno estuvo supeditado á la grande autoridad de su poder, y todos los esfuerzos de sus guerras contra turcos y herejes, fueron por su afán de extender el Catolicismo por el mundo.

Los Países Bajos no aceptaron de buen grado nunca el poder del rey de España, porque en aquel país no imperaba por regla general, más idea religiosa que la protestante, y los planes del rey iban sólo encaminados á establecer allí como en todas partes, la unidad católica. Por eso los gobernadores que en su nombre rigieron dicho estado, no pudieron captarse las simpatías de aquel pueblo, que merece el juicio ante la historia de ser siempre enemigo de las ideas católicas, y amante de su independencia.

La incorporación del reino de Portugal á España, realizada por Felipe II, representa la unión completa de la Península Ibérica, y la realización de uno de los eternos ideales conque en toda ocasión ha soñado el pueblo español.

El príncipe D. Carlos, sus desgracias y su muerte, merecen un juicio imparcial al historiador sin apasionamientos de secta, y conside-

rándolo como un pobre desequilibrado á quien tuvo que contener la justa severidad de su padre. Las novelescas escenas con que se le presenta y las crueldades que contra él ejercidas se atribuyen á su padre no resisten ya los embates de la crítica y quedan sólo para ser aprovechadas por novelistas y poetas.

Lo mismo puede decirse con respecto á Antonio Pérez y su proceso, pues que, una vez probada la culpabilidad del magnate, no podía el rey eximirle de castigo, igualándole á todos los vasallos. Y sus determinaciones contra el pueblo aragonés, aunque rigurosas, fueron muy justas y oportunas, como lo probaron el amparo que prestaron bajo la idea de fueros á un hombre tan indigno, que fuera de España vendió cobardemente todos los secretos de Estado.

Respecto á sus guerras con Inglaterra también tuvieron razón de ser, aunque entonces como en otra ocasión su orgulloso poder de monarca absoluto le llevó á olvidar el inmenso valer de los ingleses y de sus potentes armadas, que destruyeron las nuestras y nos hicieron sufrir grandes reveses. Pero tampoco es censurable en alto grado esta conducta de Felipe II, pues que en dichas empresas pretendía castigar la solapada conducta de siempre del pueblo inglés en contra de nosotros, sus secretos auxilios á todos nuestros enemigos, y sus traidoras acometidas á nuestras posesiones de América.

Por último; del rey Felipe II se puede formar un juicio desapasionado acerca de su carácter y reinado, diciendo que fué prudentísimo, piadoso, discreto, espléndido y justiciero, logrando durante su mando ser el monarca dominador del mundo, y dejando en paz á todos sus Estados. Tuvo sólo como defecto, el miedo á cuantos le rodeaban y la sospecha siempre á su lado; y muriendo tan cristianamente, que acreditó la grandeza de su vida con la ejemplar resignación de su muerte.

LECCIÓN 64

REINADO DE FELIPE III

Reinado de Felipe III.—Proclamación del rey.—Continúa la idea de Monarquía universal.—Carácter del Rey.—Estado en que recibe el reino.—El Marqués de Denia, luego Duque de Lerma.—Traslación de la Corte á Valladolid.—Gastos excesivos.—Mandato secreto de inventariar toda la plata de las iglesias, establecimientos y particulares.—Donativos voluntarios.—El Rey pidiendo limosna.—Alteración de la moneda.—Fiestas en Valladolid y estado de las costumbres.—Disgusto general.—Vuelve la Corte á Madrid.—Guerra de Flandes.—Intervención de España.—Triunfos de D. Juan de Mendoza.—Las tropas se amotinan por falta de paga.—La Archiduquesa Isabel.—Batalla de las Dunas.—Sitio de Ostende.—Ambrosio Spínola.—Sitio y toma de la Exclusa por Mauricio de Nassau.—Otros sucesos de la guerra.—Piraterías inglesas y holandesas.—Desgraciada expedición á Irlanda.—Confederación europea contra España.—Matrimonios de los príncipes herederos de Francia y España.—Conspiraciones de los moriscos.—El decreto de expulsión.—Cómo se llevó ésta á cabo.—Guerra de Monferrato.—Sucesos y fin de esta guerra.—Supuesta conspiración de Venecia.—El Duque de Osuna.—Guerra de la Valtelina.—Intervención de España en la guerra de los treinta años.—Lucha con los berberiscos y los turcos.—Empresas de España en América y Oceanía.—Estado interior de España.—El Duque de Lerma y D. Rodrigo Calderón.—Caída del Duque de Lerma.—Privanza del Duque de Uceda.—Intrigas cortesanas.—Proceso contra D. Rodrigo Calderón.—Visita del Rey á Portugal.—Consulta del Consejo de Castilla.—Muerte de D. Felipe III.=*Crítica.*—Vacilante situación del reino en tiempo de Felipe III.—¿Fuéron favorables ó nó á España las guerras que sostuvo en este tiempo, y la intervención en los asuntos exteriores?—Juicio acerca de la conducta de Europa contra España en este reinado.—Crítica imparcial acerca de la expulsión de los moriscos.—Juicio desapasionado sobre los privados de Felipe III, y sobre el reinado de este Monarca.

El reinado de Felipe III de España comprende desde el año 1598 en que muere su padre, hasta el 1621 en que concluye la vida de este rey.

A poco de cumplir el príncipe D. Felipe 21 años fué proclamado rey de España y de sus inmensos estados, ocupando la monarquía universal heredada de su padre. Ya éste al morir había manifestado el pesar, conociendo las cualidades é indolencia de su hijo, de no dejar un sucesor digno de él y capaz de gobernar sus inmensos estados.

A pesar de todo comienza su reinado bajo la base de continuar la idea de la monarquía universal y con las heróicas tradiciones de sus tres anteriores predecesores. A esto sólo se debió que la época de Felipe III fuese estacionaria para la monarquía española y no decayese como era de esperar dadas las condiciones del nuevo monarca.

El carácter del rey Felipe III está perfectamente descrito por todos los historiadores que le pintan de natural tímido, de frías pasiones, de fácil imaginación, siendo además casto, limosnero y devoto, lo que le

hizo merecer el dictado de Piadoso. Pero con estas buenas condiciones no podía por sí solo ser un buen rey, pues carecía de talento y de carácter decidido y enérgico, lo que le hizo entregarse desde el principio en manos de los privados.

El joven monarca recibió el reino en un estado deplorable en cuanto á la Hacienda, pues que las últimas atrevidas empresas de su padre habían esquilmado el tesoro público y consumido cuanto oro venía de nuestras posesiones americanas. Este estado nada satisfactorio hubiera podido remediarse haciendo grandes economías en los gastos públicos como indicaban las circunstancias, pero nada de esto se hizo, sino que se siguió por camino distinto aumentándose locamente los gastos públicos.

No bien ocupó el trono el rey Felipe III cuando entregó las riendas del gobierno en su adulador favorito D. Francisco de Sandoval y Rojas, Marqués de Denia, á quien más tarde hace Duque de Lerma, y que enemigo de las personas de confianza del anterior monarca, las separó á todas de sus puestos nombrando para ellos á las que él apadrinaba. Añádase á esto que el valido acumulaba de día en día en su persona los honores, las distinciones y las mercedes y se comprenderá por qué camino comenzó á llevar el favorito del rey la gobernación del estado.

Queriendo favorecer á Castilla la Vieja y evitar la miseria que sobre ella pesaba, ideó el Duque de Lerma la traslación de la Corte á Valladolid, contra los derechos y las reclamaciones de Madrid, que las desatendió por completo. Esto acarreó grandes disgustos y gastos enormes, pues que en la nueva Corte hubo que hacer muchos gastos para habilitar edificios públicos, desde el Real Palacio hasta la última oficina del Estado.

Sin cuidarse para nada del estado ruinoso de la Hacienda, se hacían gastos excesivos hasta para satisfacer caprichosas aspiraciones del primer Ministro del rey ó para que brillase el fausto de la Corte, como en las bodas de Felipe III con Margarita de Austria y las de la Infanta Isabel Clara con el Archiduque Alberto. Para subvenir á estos dispendios se logró que las cortes creasen tributos nuevos y nuevos arbitrios que aumentaron la ruina de la Nación y excitaron más y más el descontento general.

Entre otros recursos de que arbitrariamente se quizo echar mano fué el de inventariar toda la plata labrada que hubiese en las iglesias, en los establecimientos públicos y en poder de los particulares, en el espacio de 10 días, con el fin de hacer con ella moneda, ya que se creía que la falta de numerario era la causa principal de la ruina en que se encontraba la hacienda española.

Pero fué tal el descontento que produjo la medida y la alarma en toda la nación, que hubo necesidad contra la voluntad del primer Ministro de suspender la ejecución del acuerdo y levantar el embargo secretamente declarado, en evitación de las alteraciones del orden público.

Y entonces se ideó el medio tan repetido en épocas posteriores, de los llamados donativos voluntarios, dándose el hermoso ejemplo de que los prelados y la nobleza hasta los últimos funcionarios públicos

y los modestos particulares, todos acudieran con su óbolo para levantar el triste estado en que se encontraba la Hacienda nacional.

Pero llegó á tanto la funesta administración en los primeros años del reinado de Felipe III, que no teniendo lo preciso para pagar los salarios y raciones de sus criados, ni aún para su propia mesa y palacio, se dió el triste espectáculo de que el soberano de dos mundos tuviese que aparecer ante sus súbditos pidiendo una limosna, pues que no otra cosa significaban esas comisiones que de casa en casa iban recogiendo lo que cada cual quería dar para el sostenimiento de la vida y esplendor de la Corte.

No bastaron los medios ideados para conjurar el mal, y entonces se pensó en un descabellado proyecto que siempre y en todos los países ha dado malísimos resultados su implantación, cual fué la alteración del valor de la moneda de vellón, produciéndose con esto grande disgusto general y funestísimas consecuencias.

Estas fueron que al doblarse el valor de la moneda se dobló incontinenti el precio de los artículos y mercancías y que se facilitó el que los extranjeros introdujesen gran cantidad de moneda á cambio de la mucha plata que existía en España.

A pesar del triste estado de la Hacienda, las fiestas menudeaban en Valladolid y el estado de las costumbres no era nada lisonjero, pues que los gastos de la casa Real se iban aumentando de día en día, las mercedes se prodigaban con rentas excesivas á los adictos del Duque de Lerma y se verificaban espectáculos costosos y fiestas donde se iban acabando de esquilmar la Hacienda nacional, y en donde también padecían las costumbres del país, como padecían asimismo al traficarse impúdicamente con inmoral comercio, con los oficios y cargos públicos, que descaradamente se vendía por los Secretarios del privado entre los que ya comenzó á distinguirse el joven D. Rodrigo Calderón.

Todos estos sucesos ocasionaron un disgusto general y con razón, pues que el pueblo que daba su dinero para los gastos precisos y ordinarios de la administración pública, no podía estar satisfecho al ver que sus donativos se consumían en mascaradas y torneos, y que el rey nunca recibía audiencias públicas ni oía las quejas y reclamaciones de su pueblo, indolentemente entregado á las diversiones y fiestas de su palacio.

Solo cinco años estuvo la Corte en Valladolid, pues que Felipe III tuvo al cabo que atender las reclamaciones del pueblo de Madrid y trasladar allí nuevamente la Corte, quedando todo en el mismo estado en que se encontraba cuando se tomó la medida de trasladarla de su antigua residencia. Pero tal hecho excitó los clamores de la ciudad donde por tan pocos años había estado la Corte, pues que al amparo de ella se habían hecho nuevas edificaciones y ocasionado dispendios que no podían ya tener producto alguno.

Por entonces comienza una nueva guerra en Flandes, á pesar de que Felipe II había cedido á aquellos estados á su hija Isabel, casada con el Archiduque Alberto.

Y tiene que intervenir España, porque Felipe III se cree obligado á

ello, no solo por el inmenso amor que profesaba á su hermana representante genuina ya de los Países Bajos, sino también por si el día de mañana pudiera obstentar España algunos derechos y sobre todo, por el interés de la causa católica que continuó siendo como en tiempo de su padre, el ideal de su vida y de su gobierno.

Comienza la lucha y en ventajosas condiciones para España, pues que D. Juan de Mendoza, almirante de Aragón y general en jefe de las tropas del príncipe Alberto, se apoderó de varias ciudades y fortalezas, llegando á dominar hasta en los países neutrales que pertenecían á Alemania. Al año siguiente siguió sus triunfos hasta que se formó el ejército de los confederados, que alentado por los príncipes alemanes tuvo que disolverse á pesar de contar con 25.000 hombres, y no sin que sufriese algunas sensibles derrotas.

Mas á pesar de tan felices auspicios, las tropas españolas se amotinaron por falta de pagas, lo que facilitó el que Mauricio de Nassau sitiase algunas plazas y recrudeciese la campaña en contra de nuestro ejército.

Entonces la Archiduquesa Isabel y su esposo reunen en Gante todas las tropas, y montando á caballo la heróica princesa, promete solemnemente pagar á los soldados, ya con el dinero que de España llegase, ya con sus propias joyas que estaba dispuesta á vender ó empeñar si fuera preciso.

Alentado el ejército con tales promesas y poniéndose el Archiduque á la cabeza de sus tropas, sitió al enemigo obteniendo triunfos parciales, hasta que se dió la célebre batalla de las Dunas cerca de Nienport, en que fué derrotado el ejército español y herido Alberto en la pelea. Esto alentó los triunfos de Mauricio, que si entonces no logró resultados positivos, al año siguiente rindió la ciudad de Rhinberg después de un asedio tenacísimo y con grandes pérdidas para los españoles.

Los ejércitos del archiduque plantearon, robustecidos ya con los tercios de Italia llegados de España, el famoso sitio de la ciudad de Ostende, al que opusieron gran resistencia las provincias unidas y que se resistió con grande empeño. Ni el asalto ordenado por el archiduque, ni las pérdidas de los sitiados, ni los rigurosos castigos que hubo que emplear contra los soldados amotinados, fueron bastantes á lograr el fin apetecido, y vencer á los habitantes de la ciudad protegidos por los príncipes protestantes.

Pero nada se hubiera logrado á no ser por la casual llegada del Marqués italiano, Ambrosio de Spínola, que con 8000 hombres, vino desde su patria á la ciudad sitiada, y que confiándosele la dirección de la campaña, hizo cambiar el orden de los sucesos. Así cuando llevaba dos años y medio el sitio de Ostende y eran innumerables los sacrificios de hombres y de dinero allí empleados, se vé cambiar la situación de las cosas, y la ciudad está próxima á ser tomada por el ejército sitiador.

Entre tanto Mauricio de Nassau, sitió y tomó con tenaz empeño la ciudad de Esclusa, lo que obligó á Spínola á apretar el cerco de Ostende, que al cabo de tres años de sitio tuvo que rendirse mediante una capitulación especial. Fué tan importante el sitio y toma de esta ciudad,

que se considera como una hazaña importantísima y que acreditó el valor y la pericia militar de Spínola, no sin que fuera aquella larga campaña un suceso de tristes resultados para sitiados y sitiadores, pues en ella murieron más de 100.000 hombres.

Pero esta guerra, que se creyó terminaría con la toma de Ostende, no concluye con ella, sino que Mauricio intenta la toma de Amberes, que evita Spínola, el que nuevamente se corona de gloria tomando al año siguiente la ciudad de Rhimberg, lo que por poco le cuesta la vida. A esto siguió una tregua de 12 años, durante los cuales cada uno de los combatientes conservaría las provincias, ciudades y plazas que poseyera y cesaría toda hostilidad de mar y de tierra.

También en el reinado de Felipe III siguieron las naves inglesas y holandesas, pirateando y saqueando todas nuestras costas, ó esperando para robarlas á las naves, que cargadas de plata venían de América. Esto no era otra cosa que una continuación de la lucha que Inglaterra había tenido con Felipe II, y que seguía en el reinado de su hijo, siendo frecuentes los combates navales que había que sostener para defendernos de aquellas piraterías.

El duque de Lerma, quizo vengarse de tales atropellos enviando una escuadra contra Inglaterra, que fué deshecha por las tempestades, así como otra enviada un año después para favorecer á los católicos de Irlanda, que como la anterior, fué desgraciada y que nos hizo volver bien pronto á la península después de sufrir grandes pérdidas y no lograr el fin que se proponía España con dicha expedición. No tardó mucho en morir la reina Isabel de Inglaterra, y con la subida al trono de Jacobo VI de Escocia, se calmaron los ánimos y la paz de Londres de 1604 varió las relaciones entre ambas naciones é hizo cambiar la condición de los sucesos.

A pesar de que por la paz de Vervins se habían terminado las hostilidades entre Francia y España, Enrique IV organizó una confederación europea contra nosotros, en que entraban italianos y protestantes de Alemania, con el fin de arrebatarnos muchas de nuestras posesiones fuera de la península. Nada pudo lograrse, por morir asesinado el rey de Francia y variar por completo de condición los planes de la diplomacia europea, que entró inmediatamente por caminos distintos á los recorridos hasta entonces.

Al efecto, la política española triunfa desde entonces en la corte de Francia, y se acuerdan dos matrimonios de los príncipes herederos de Francia y España como lazo de unión entre ambas naciones. El príncipe Felipe, heredero de España, había de casarse con la primogénita de Enrique IV de Francia, y el heredero de esta nación, Luis XIII, con D.ª Ana, hija de Felipe III.

También en este reinado es de notar la atrevida conspiración de los moriscos, que aunque en secreto practicaban el cristianismo, eran nuestros eternos enemigos y mantenían secretas relaciones con berberiscos, turcos y franceses, para que invadiesen nuestra nación, contando con su ayuda personal y metálica. Era tan peligrosa la enemiga de los moriscos, como que una gran parte de nuestra población y una gran parte

también de las riquezas de España les pertenecía, viviendo entre nosotros conociendo nuestras intimidades y no teniendo más aspiración que satisfacer su odio contra el cristiano.

En vista de estos sucesos y teniendo en cuenta las peticiones del Arzobispo de Valencia, se decidió el rey á publicar el decreto de expulsión de los moriscos en el año 1609, no sin que esta medida fuese contrariada por altas representaciones de la nación, que veían desaparecer con ellos grandes elementos de riqueza.

El decreto de expulsión se llevó á cabo sin resistencia al principio por parte de los moriscos, y después, teniendo que emplear la fuerza armada, para arrojarlos de la Península, costando una tenacísima lucha y la muerte del jefe que los acaudillaba. Verificóse primero la de los moriscos de Valencia, y después, la de los de Andalucía, Murcia, Aragón, Cataluña y Castilla, elevándose á número considerable los moriscos que, secretamente y sin poder llevar fuera de la nación más que lo que ellos mismos condujeran, salieron de España.

Por este tiempo se realiza también la guerra del Monferrato, debida á las aspiraciones del duque de Saboya, que á la muerte del de Mántua se apoderó por fuerza de este territorio, y que titulándose libertador de Italia, invadió el Milanesado.

Los sucesos principales de esta guerra, fueron la derrota de Carlos Manuel, por las tropas leales, y el tratado de paz, poco favorable á España, las victorias del marqués de Villafranca, y por último, la paz de Pavía, que pone fin á esta campaña, y por la que el Monferrato se restituye al marqués de Mántua, su legítimo dueño.

Siendo por entonces virrey de Nápoles el duque de Osuna, y habiendo tenido que perseguir á los venecianos, que en las guerras con Saboya habían estado en contra de España, éstos idearon una supuesta conspiración, dirigida por el de Osuna, cuyo fin era incendiar el Senado y los edificios públicos y apoderarse de la ciudad. Pero el Senado no creyó las acusaciones lanzadas contra España, y la supuesta conjuración quedó en el misterio, considerándose de entonces acá como falsa, y desde luego la intervención en ella del virrey de Nápoles.

El duque de Osuna D. Pedro Téllez Girón, prestó por entonces señaladísimos servicios á la causa española en Italia, levantando á gran altura la marina siciliana, derrotando á los venecianos y haciendo cuanto pudo por favorecer los derechos de su amada patria. Por su mucho valer tuvo enemigos allí y aquí, y á más de acusarle como principal fautor de la conjuración de Venecia, se le acusó también de querer unirse con Nápoles, convirtiéndolo en reino independiente, lo que fué causa de su destitución, á pesar de que ninguna de estas acusaciones pudieron ser plenamente justificadas.

También y por accidente, intervino España en aquellos tiempos, en la llamada guerra de la Valtelina, originada porque los calvinistas grisones se habían apoderado de aquel país, cuyos habitantes eran católicos, lo que originó la intervención de España, dirigida por el duque de Feria, el que logró expulsar del país á los grisones, levantando fortalezas y dejando allí guarnición española.

Asimismo tiene que intervenir España en la guerra de los treinta años que en Alemania se desarrolla, entre el Imperio y los protestantes, yendo un ejército español de 30,000 hombres, mandado por el marqués de Spínola, á socorrer al emperador Fernando II, y que indudablemente decidió la victoria de Praga, que tan favorable fué para los católicos alemanes.

Además de todas estas empresas, también hay que estudiar en el reinado de Felipe III, la lucha contra los berberiscos y los turcos, que infestaban nuestras costas, y en la que España, venciendo casi siempre, prestó señaladísimos servicios á la causa del cristianismo y de la civilización. Los nombres de Andrea Doria dirigiendo la expedición de Argel, el de Diego de Silva, el marqués de Santa Cruz, el duque de Osuna, D. Luis Fajardo y otros, justifican el arrojo de los españoles en aquellos tiempos, merced á cuyas empresas se limpió de piratas berberiscos y turcos, todos los mares donde ejercían su terrible poder, siendo consecuencia de todo esto también, la línea de defensa que se levantó con torres y castillos, á lo largo de nuestras costas.

En tiempo de Felipe III se realizaron empresas en América y Oceanía, alcanzando prestigios las armas españolas, ya defendiendo los territorios conquistados, ó ya añadiendo otros nuevos y de gran valer. Nuevo Méjico fué sometido á España, se conquistó el reino de Cegú en la India Oriental, se recobraron las Molucas en la Oceanía, y se descubrió el estrecho de San Vicente, para pasar fácilmente al mar del Sur.

Y mientras que las armas españolas alcanzaban grandes prestigios fuera de la nación, el estado interior del reino era deplorable en extremo, continuando el monarca entregado á sus fiestas y devociones, y creciendo el descontento general en contra del favorito, que tan mal administraba en nombre del rey. No bastó que se procesara á muchos consejeros, para dar una satisfacción á la moral pública, y que muchos de ellos resultaran culpables de abusos y defraudaciones, pues que el pueblo señalaba con el dedo, reclamando ejemplar justicia para el que era el principal causante de tantos males.

Formóse, pues, un partido en la Corte, contra el duque de Lerma y su favorito particular D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, que de simple hidalgo había llegado á Secretario de Cámara, y que al fin fué depuesto de su cargo, por consejos de la reina Margarita. Entonces comenzó una serie de intrigas en la Corte, en que entró el duque de Uceda, hijo del de Lerma, y D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, privado del príncipe D. Felipe, dirigidos por el confesor del rey, Fray Luis de Aliaga, preparando la caída del primer ministro, y su completa anulación en los negocios públicos.

Entonces el duque de Lerma, á pesar de haber obtenido del Papa Paulo V el capelo de Cardenal, cayó estrepitosamente de su privanza, despidiéndole el rey de su servicio, y comenzando el poder de otro valido.

Empieza luego el valer del duque de Uceda, hijo de aquél, que arrastrado por ruín y cobarde ambición, había minado el terreno á su padre y que siendo peor que él, pues que no tenía alguna de las bue-

nas prendas que adornaban al de Lerma, ocupó el cargo de favorito del rey y de primer ministro, para desgracia de España, por las malas dotes y exagerada ambición que demostró en todos los empleos y cargos que desempeñó en la Corte.

Las intrigas cortesanas y las vergonzosas asechanzas palaciegas, se suceden de día en día, dirigidas por D. Gaspar de Guzmán, que no se detienen hasta exterminar á todos los que habían sido favoritos del rey Felipe III.

Por eso se lanza la acusación contra el privado del caído primer ministro, D. Rodrigo Calderón, acusándosele y procesándosele por asesinato y otros crímenes, de todos los que resultó inocente, y muy atenuado, por ser en defensa propia, el de asesinato. De todo este proceso hubiera salido bien el reo, á no morir el rey Felipe III, y cambiar por completo para el porvenir, su futura condición.

No conociendo D. Felipe á Portugal y deseando verlo, ideó una visita á aquel reino, con el fin de que allí fuese jurado como heredero su hijo, siendo aclamado y recibido con grandes muestras de júbilo. A su vuelta, y después de visitar las principales ciudades portuguesas, enfermó en el camino, donde algo tuvo que detenerse, volviendo á Madrid con su salud muy quebrantada.

Pero antes de salir para Portugal, consultó al Consejo de Castilla, acerca de los males que afligían al país y de sus remedios, contestándole aquel alto cuerpo con ruda franqueza, que todo era debido á la carga insoportable de los tributos, que oprimían á los pueblos, á las mercedes de los grandes señores de la Corte, y á las trabas conque se desarrollaba la agricultura y la industria. Este hermoso documento que prueba el estado de España en tiempo de Felipe III, era una enseñanza grande para el rey y marca la norma á que debía atenerse para la regeneración del país.

Tal vez hubiera remediado el monarca algo la triste situación de España, á su vuelta de Portugal, á no sobrevenirle la muerte, debida á una fuerte fiebre, que acabó con su vida piadosísima, muriendo ejemplar mente el 31 de Marzo de 1621.

Crítica.—En tiempo de Felipe III, se encuentra el reino en una vacilante situación, á causa de la falta de energía de aquel monarca, que aceleró la decadencia de nuestra nación, viviendo á merced de los privados y con la desconfianza de todos. Además, las guerras que sostuvo en estos tiempos y su intervención en los asuntos interiores, no fueron realmente favorables á nuestro pueblo, pues que nada ganamos con ellas, y sólo se probó el valor no desmentido de los soldados españoles.

Por otra parte, la conducta de Europa contra España en este reinado, merece acre censura, pues que todos fueron contra nosotros y en estas guerras, sostenidas en tiempo de Felipe III, no se hizo otra cosa que sostener antiguas rivalidades contra España, y tratar de aminorar el prestigio y grandeza que nuestra nación había adquirido en los reinados anteriores.

La expulsión de los moriscos, tan criticada por muchos historiadores, como causa de despoblación de España, y de ruina de nuestra

agricultura, tiene que defenderse en crítica imparcial, teniendo en cuenta que con la conspiración diaria de aquellos falsos cristianos, se preparaba el golpe de gracia á la unidad católica, y se alentaba á todos los rebeldes que trataban más ó menos encubiertamente, de realizar la división de la madre patria, siendo esta medida, juzgada imparcialmente, un triunfo de la unidad de raza, de la unidad de religión, de lengua y de costumbres, entusiastamente celebrada por Cervantes y Lope de Vega, y por toda la España cristiana del siglo XVII.

Desapasionadamente, pueden juzgarse á los privados del rey Felipe III, como causantes de la ruina de la nación, y de preparar la decadencia de la misma; así como también puede emitirse juicio imparcial sobre el reinado de Felipe III, diciendo que aquel monarca tuvo las virtudes de un particular, pero le faltaron las de un rey; no habiendo decaído más nuestra nación, porque todavía se respiraban los grandes alientos de los reinados anteriores, y existían muchos hombres y soldados insignes, educados en la escuela militar y política del rey Felipe II.

LECCIÓN 65.

REINADO DE FELIPE IV.

Reinado de Felipe IV.—Principios de su reinado.—D. Gaspar de Guzmán, después Conde-Duque de Olivares.—Persecuciones.—Muerte de D. Rodrigo Calderón.—Medidas beneficiosas.—Desengaño general.—Cortes del reino.—Guerra de la Valtelina.—Paz de Monzón.—La guerra en Alemania.—La guerra en Flandes.—Sitio y rendición de Breda.—Guerra del Monferrato.—Guerra con Francia.—Tratado de Querasco.—Guerra de los treinta años.—El cardenal infante D. Fernando.—Período francés en la guerra de los treinta años.—Sucesos importantes hasta el sitio de Fuenterrabía.—Otros sucesos hasta la derrota de los franceses.—Desastre de la Armada española.—Sublevación de Cataluña.—Sus causas.—Muerte del virrey.—El Duque de Cardona.—Medidas de rigor.—La república catalana.—Los catalanes y Luis XIII de Francia.—Sucesos posteriores.—El rey en la guerra.—Paz de los Pirineos.—Rebelión de Portugal.—Sus causas.—El duque de Braganza.—Principios de la rebelión.—Pérdida de las posesiones portuguesas.—Juan IV.—Conspiración de Ayamonte y de Medina Sidonia.—Descontento general contra el primer ministro.—Separación del Conde-Duque de Olivares.—Frustradas esperanzas de paz.—La guerra en Flandes.—Sigue la guerra de Cataluña.—Privanza de D. Luis de Haro.—Sigue la guerra en Portugal.—Rebelión en Sicilia.—Rebelión en Nápoles.—Nápoles independiente.—Sumisión de Nápoles.—Sigue la guerra en Flandes con Francia é Inglaterra.—Pérdida de la Jamaica.—Sumisión total de Cataluña.—Paz de los Pirineos.—Continuación de la guerra con Portugal.—Alfonso VI.—La guerra en Galicia.—Separación definitiva de Portugal.—Muerte de Felipe IV.—Mapa de España desde la sumisión de Portugal por Felipe II hasta la independencia de este reino, en tiempo de Felipe IV.—*Crítica.*—Juicio imparcial acerca de la privanza del Conde-Duque de Olivares.—Las desgracias del reinado de Felipe IV juzgadas ante la crítica histórica.—Felipe IV y Sor María de Agreda.—Justicia de los títulos de grande y poeta, dados á Felipe IV.—Juicio de las costumbres españolas en esta época.—Carácter del Rey.

El reinado de D. Felipe IV en España, abarca el espacio de tiempo comprendido entre el año 1621 en que comenzó á reinar, hasta el 1665 en que ocurrió la muerte de este rey.

Cuando solo contaba 16 años de edad, ocupó el trono sin tener condiciones propias para gobernar el país, y siendo tan indolente como su padre y de un carácter dado á la frivolidad, y más amigo de los goces de la literatura y de la poesía, que del contínuo trabajar de los negocios públicos. Parecía que España estaba desgraciadamente destinada á ser gobernada por favoritos y no por reyes, pues que desde el principio se echó Felipe IV en brazos de su privado D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, y éste fué el verdadero rey de España.

Era éste hijo del virrey de Sicilia y tenía condiciones particulares de ingenio, aptitudes cortesanas y sagacidad exquisita, lo que le hizo

captarse la voluntad de D. Felipe cuando solo era príncipe, depositando de tal modo en él después su confianza como monarca, que ni un momento tuvo voluntad propia en los negocios de Estado.

Aparentando grande celo por el monarca y bajo el pretexto de castigar abusos y crímenes, realizados por los consejeros de Felipe III, comenzó una serie de persecuciones contra ellos, en las que se demostró por su parte gran ensañamiento y crueldad. Pero la razón de estado era únicamente un pretexto, pues que el favorito de Felipe IV solo aspiraba á deshacerse de los que creía sus rivales, siendo las primeras víctimas de su sórdida ambición el duque de Osuna, que fué el político más esclarecido de su tiempo y que murió en la prisión, y su consecuente amigo el poeta notable de aquel tiempo, D. Francisco de Quevedo.

Para rodearse de la aureola de violencia y de poder conque quería estar revestido, continuó el proceso de D. Rodrigo Calderón, que sentenciado á muerte y protestando de su condena, sufrió el castigo con heróico valor y cristiana resignación. Completó su obra con el destierro del padre Aliaga, el duque de Uceda y el de Lerma, formando triste contraste las mercedes que otorgó á sus parientes, que si algunos eran medianías que para nada sirvieron, tuvo la suerte de premiar acertadamente, como consejero del rey á su tío D. Baltasar de Zuñiga, de grande honradez y muy práctico en los negocios de Estado.

Pero no todo fueron actos dignos de censura, pues que se tomaron algunas medidas beneficiosas, como fueron la creación de la Junta de reformación de costumbres, la Inspección de Hacienda y la responsabilidad personal de todos los funcionarios, desde ministro abajo, previa información de lo que poseían antes de desempeñar sus cargos. Estas medidas, completadas con la creación de Montes de Piedad, Bancos agrícolas y reducción de los gastos la la Casa Real, hicieron á los españoles concebir lisonjeras esperanzas de que se volvería á mejores tiempos.

Mas como todas estas reformas no se cumplieron, y el conde de Olivares, más altanero que nunca, vivía en palacio en las habitaciones de los príncipes, donde despachaba con los ministros y alardeaba impúdicamente de su omnímodo poder, el desengaño fué general y se perdieron todas las esperanzas de regeneración para la patria. Aumentándose más el disgusto popular, al ver que recababa el valido para sí, todos los honores y mercedes, logrando ser grande de España y duque de San Lúcar, lo que dió origen al dictado de conde-duque, con que conoce la historia al eterno adulador de Felipe IV, que hizo llamar el *grande,* sin haber hecho nada que mereciese tal dictado.

Con el fin de jurar los fueros especiales, se convocaron Cortes en Aragón, Valencia y Cataluña, originándose con este motivo y por la falta de tacto del primer ministro, para con los representantes de estos reinos, un disgusto general que más tarde se manifestó como altanera rebelión. Las ciudades destinadas para estas Cortes, fueron Lérida, Barbastro y Monzón, y en ellas estuvo á punto de surgir graves conflictos, pues que los vasallos trataban de imponerse al rey, y éste tuvo que amenazarles con la supresión de sus privilegios, sofocándose por el

momento la idea de rebeldía, que más era contra el privado que contra el monarca.

Continua por este tiempo la guerra de la Valtelina, á causa de no haberse cumplido el trado de Madrid de 1621, haciendo reclamaciones el rey Luis XIII de Francia, que con su ministro Richelieu formó alianzas contra España, obligando á esta nación á formar otras, comenzando la guerra en la que el duque de Feria por nuestra parte, logró apoderarse del Monferrato y que los genoveses recobraran su territorio. La liga primera formada por Francia, era con Saboya y Venecia, á la que siguió otra alianza entre Francia y España; así como la de esta nación en contra de Francia, comprendía Parma, Módena, Toscana, Génova y Luca.

Viendo Richelieu el disgusto general que había contra él en Europa, por ir contra los católicos de la Valtelina, tuvo que retroceder y entablar negociaciones de paz, que al fin se ultimaron en Monzón en 1626, bajo la base de la completa libertad de la Valtelina, y de que cesaran los auxilios que hasta entonces se venían prestando á los grisones de aquel país.

Asimismo intervienen los ejércitos de Felipe IV en la guerra de Alemania, ayudando con empeño al emperador Fernando, en contra de los protestantes rebeldes, y dándose las batallas de Hoecht y Fleurus, en que aquellos fueron vencidos y restablecida la tranquilidad del imperio. Entre los generales españoles, que alcanzaron en Alemania señalados triunfos, figuraron el conde de Tilly y Gonzalo Fernández de Córdoba, viznieto del Gran Capitán, que como su ilustre abuelo, acreditó fuera de España las inapreciables condiciones político-militares que le adornaban.

También se renueva la guerra de Flandes por haber terminado el plazo de 12 años, concedido al advenimiento al trono del rey Felipe IV, y porque los holandeses se negaron á reconocer la soberanía del archiduque Alberto, siendo Dinamarca y Francia las potencias que favorecieron en esta lucha á Holanda.

Pero como antes la victoria favoreció á las armas españolas destrozando en Gibraltar á la escuadra holandesa el general español D. Fadrique de Toledo, apoderándose el marqués de Spínola de varias plazas y sitiando y rindiendo la ciudad de Breda, mientras que nuestras tropas conseguían otros triunfos de grande importancia. Lo cual prueba, que aún todavía existían en España generales experimentados, que sabían llevar los soldados al vencimiento, y que á no ser por la desatentada política del primer ministro, no hubiera comenzado muy pronto la decadencia de nuestro poder.

Muerto el poseedor del ducado de Mántua, se presentaron para ocuparle el príncipe de Guastalla y el duque de Nevers, lo que dió ocasión á que España, aprovechándose de aquella ocasión favorable y de acuerdo con Saboya, se apoderase del Monferrato distribuyéndose este entre ambos países.

Pero esto dió ocasión á que Francia interviniese en la contienda, y enviase un ejército en favor del duque de Nevers, y España mandase á

Spínola, y se encarnizara la guerra, obteniendo los primeros triunfos los franceses, aunque otros lograron los aliados. Pero la muerte del duque de Saboya y la aparición de la peste en los ejércitos, así como la rapida enfermedad que quitó la vida al marqués de Spínola, fueron causa de que se aplacaran un poco las hostilidades cuando ya dirigía los ejércitos españoles el famoso marqués de Santa Cruz.

Y al cabo de estas guerras se convino la paz de Querasco, por la que el Monferrato lo conservaba un comisario en nombre del emperador, con cuyo tratado de paz nada ganó nuestra nación después de tantos sacrificios para esta campaña.

Cómo quiera que la guerra de los 30 años se había recrudecido por la invasión en Alemania de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, España para defender sus estados de Flandes, y favorecer al emperador Fernando II, tuvo que intervenir en esta lucha, siendo muy accidentada la empresa y de favorables resultados para el rey de Suecia, aunque al fin el archiduque Fernando tomó la plaza de Ratisbona.

Entonces el cardenal infante D. Fernando, hermano de Felipe IV y gobernador de los Paises Bajos, pasó á Alemania, salvando la ciudad de Nordlinga, y al cabo de dos días de cruelísima batalla quedaron los suecos derrotados y muy alto el nombre y prestigio de las armas españolas.

La guerra de los 30 años hubiera aquí terminado, á no ser por la malhadada intervención en ella del cardenal Richelieu que hace comenzar el período francés de dicha guerra, y en el que obligadamente tuvo también que intervenir España. El afán del cardenal de exterminar la casa de Austria en sus ramas de España y Alemania, le hizo aliarse con los protestantes, ofreciéndoles tropas y dinero, y preparando una liga en Italia contra España.

La lucha se hace general, y en Alemania y en Flandes se pelea con ardor, siendo al principio desfavorable á los franceses y sucediéndose las campañas de 1636, 37 y 38, en que por regla general triunfaron los franceses, aunque al fin fueron derrotados.

Pero el orgulloso cardenal de Francia lleva la guerra á la península española, y el príncipe de Condé sitia la plaza de Fuenterrabía, heróicamente defendida por el marqués de Mórtara que salvó á la ciudad, sucediéndose las campañas de Flandes y de Italia y la invasión del Rosellón, pues que Francia, en su loco furor, no perdonaba medio de destruir á los austriacos. Y entonces el conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, sitió la plaza de Salces y guerrearon con tanta fortuna, que los franceses huyeron, siendo derrotados los sitiadores, cubriéndose de gloria los tercios catalanes, que fueron los que decidieron la rendición de la plaza.

Pero estos triunfos se vieron entibiados bien pronto por los desastres de la armada española, mandada por D. Antonio de Oquendo, que en su lucha con la holandesa en el canal de la Mancha, fué destrozada y en América nuestros buques fueron también dispersados por los holandeses.

Y ahora comienza dentro de la península una serie de sucesos que si

bien aquí tuvieron su desenvolvimiento, obedecían á la secreta protección de Francia, pues que la rebelión de los catalanes á que nos referimos, quizá no hubiera estallado tan potente, á no ser por el auxilio con que contaban allende los Pirineos, aunque no manifestaron los catalanes hasta mucho después sus simpatías con Francia.

Las causas ostensibles de esta sublevación, fueron el carácter independiente de los catalanes, su disgusto contra el conde-duque de Olivares, y la que llamaban infracción de sus fueros. La primer causa les hacía desear gobernarse por ellos mismos, estando irritados por la altanería del primer ministro y creyendo se violaban sus fueros dando alojamiento á las tropas del Principado.

Teniendo el conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, que emplear medidas de rigor contra dos conselleres de Barcelona y un diputado de la nobleza, surgió el motín de la ciudad el día del Corpus de 1640 y 3.000 segadores que ocultando sus armas pululaban por las calles, dieron el grito de *venganza, viva la fe,* y *abajo el mal gobierno,* y atacaron al virrey, dándole muerte á la orilla del mar. La milicia de la ciudad ayudó á los revoltosos, siendo innumerables los asesinatos cometidos en aquel día, en que se asaltaron y saquearon las casas de los ministros reales y las de todos los castellanos, contra quienes se desencadenó el furor del pueblo catalán.

Extendiéndose la rebelión por todo el Principado y cometiéndose iguales excesos por todas partes, fué nombrado virrey el catalán duque de Cardona, cuyo nombramiento fué una esperanza para la tranquilidad del país. Pero como las tropas que marchaban al Rosellón contra los franceses encontraron cerradas las puertas de Perpiñán, se trabó rudo combate hasta tomar y saquear la ciudad y entregarse después á la licencia y al pillaje por las aldeas vecinas.

Esto obligó al virrey á acudir á Perpiñán y entablar medidas de rigor que desautorizó el conde-duque, lo que causó la muerte del virrey é hizo nombrarse por sucesor al Obispo de Barcelona, D. García Gil y Manrique. Pero esto no evitó que se tomaran medidas de rigor contra los catalanes, y que el Marqués de los Vélez, general de las tropas en contra de los rebeldes, con ejércitos reclutados en todas las provincias españolas, tratase de reducir por la fuerza á Cataluña.

El Principado, con una especie de república ó gobierno independiente rebelde á la Corte, se aprestó á la defensa y resistió al marqués de los Vélez, siendo muy accidentada la campaña y logrando triunfos los ejércitos catalanes y los del rey, siendo los hechos de armas de Tortosa, del Coll, de Balaguer y de Tarragona, preludios de lo que había de ocurrir después cuando las armas reales toman á Villafranca de Panadés y á Maltorell rindiendo el altanero orgullo catalán en estos últimos combates.

Y entonces los catalanes ya descaradamente ofrecen la corona al rey Luis XIII de Francia, *dándole el título de conde* de Barcelona, que gustoso lo acepta, mejorando la situación catalana especialmente con el triunfo que estos lograron en el sitio de Barcelona y la derrota de los castellanos el 26 de Enero de 1641.

Los sucesos posteriores de esta guerra se desarrollan en el Rosellón, donde al principio, y en Cataluña, vencieron los castellanos, aunque el rey de Francia estaba al frente de sus ejércitos, pero después la derrota y prisión del marqués de Povar, jefe de las tropas castellanas, decidieron el triunfo de los franceses y la pérdida del Rosellón, que desde entonces dejó de pertenecer á España.

Ante estos sucesos, el rey Felipe IV, en contra de la opinión del conde duque de Olivares, decidió marchar al teatro de la guerra, con tan mala fortuna y con tan escasa previsión, que tardó mucho tiempo en llegar á Aragón, cuyo viaje más pareció un paseo triunfal que una expedición guerrera, y que no moviéndose de Zaragoza, el ejército castellano, al mando del marqués de Leganés, fué derrotado por los franceses, volviendo avergonzado Felipe IV á Madrid, después del poco favorable éxito de la campaña.

Esta guerra dentro del país y relacionada con Francia, concluyó, después de estas alternativas, en 1659, por la llamada paz de los Pirineos, por la que se señaló aquellos montes como frontera divisoria de ambas naciones, y España conservaba á Cataluña, que había de seguir disfrutando de sus antiguos fueros y privilegios.

También por aquellos tiempos ocurren otros sucesos dimanados de la sublevación de Cataluña, cual fué la rebelión de Portugal, por querer imitar lo que los catalanes habían hecho en contra del poder central.

Las causas de la rebelión de Portugal, fuera parte del deseo de independencia que siempre habían tenido, fueron principalmente la tiránica opresión del conde-duque de Olivares y la pretensión de que las Cortes portuguesas se uniesen á las castellanas, así como también el mal proceder y violento gobierno de los representantes de España en aquel país.

Entonces los lusitanos quieren imitar á los catalanes y eligen por jefe á D. Juan, duque de Braganza, que si personalmente no tiene caracteres de energía para la difícil carga que echaba sobre sus hombros de redimir á su patria, los títulos que le acreditaban como heredero de la corona portuguesa, y el esforzado y resuelto carácter de su esposa, le pusieron en condiciones de emprender la lucha y alentar la rebelión.

Comienza ésta sin grandes alientos al parecer, lo que hizo que el Gobierno español no recelase de su fin y consecuencias, hasta que en Diciembre de 1640 se dió en Lisboa el grito aclamando á Juan IV de Portugal, que fué reconocido como rey por todo el pueblo, dando muerte á los representantes de España. Estos sucesos causaron triste impresión en Madrid, no pudiendo fácilmente conjurarse aquel conflicto, y mandando un pequeño ejército á Portugal, donde tuvieron nuestras armas una suerte desdichada, alentándose los rebeldes hasta el punto de invadir la misma Galicia.

Y por si algo faltaba, nuestras posesiones portuguesas de Asia, Africa y América se declararon inmediatamente independientes, al tener noticias del alzamiento de Lisboa, no reconociendo la soberanía de España.

Quiso reivindicarse los derechos de nuestra nación y se tramó una conspiración en contra de Juan IV de Portugal, pero un pliego de los rebeldes fué á parar á manos del aclamado rey y la conspiración fué descubierta, costando la vida á los principales instigadores de ella.

Igual suerte tuvo otra conspiración aquí en España, en Ayamonte y Medinasidonia, que también fué descubierta, y que tenía por fin, separar a Andalucía, como independiente, del resto de España, bajo la jefatura monárquica del duque de Medinasidonia.

El descontento general contra el primer ministro fué en aumento, por considerar todos que no había evitado ninguno de los desastres que afligían al reino, comprendiéndolo así también el mismo Felipe IV, que vió inminente la necesidad de separarlo de su cargo. Entonces formóse el partido contra el privado, á cuya cabeza estaba la reina Isabel y otros personajes, y del que fué alma la nodriza del monarca, que con ruda franqueza habló á D. Felipe, el que conociendo la verdad de los hechos se puso enfrente de su antiguo favorito.

Ya no hubo esperanzas para Olivares, pues que recibió orden del rey para retirarse, y el júbilo de la nación fué grande con esta separación, anunciando el pueblo días de ventura al monarca que separaba al que por engrandecerse le había empequeñecido. Dedicóse el rey por sí al despacho de los negocios públicos, con no vulgares aptitudes, y se asesoró de los hombres eminentes que durante largo tiempo habían estado presos por orden del conde-duque.

Creyóse por entonces que la paz iba á ser un hecho, teniendo en cuenta la muerte del rey de Francia y de su primer ministro, pero esto no fué así, pues que los consejeros del rey llevaron á éste por la continuación de la campaña.

En la guerra de Flandes, muerto el Cardenal Infante y sucediéndole Melo, tuvimos el grande triunfo de Honnecourt, seguido de la honrosa derrota de Rocroy, en que quedó muerta la flor del ejército español. Siguiendo la guerra en sucesivas campañas con escasa fortuna, hasta que se hace un pacto con el emperador de Alemania, que dió pocos resultados, y que con la paz de Westfalia, que puso término á la guerra de los 30 años, España tuvo que reconocer la independencia de la Holanda.

También sigue la guerra de Cataluña y marcha el rey á Aragón, poniéndose sitió á Lérida, donde fueron derrotados los rebeldes y los franceses, así como en el sitio de Tarragona por éstos, que con grandes pérdidas le abandonaron. Igual fortuna tuvieron las armas francesas en las siguientes campañas, reanimándose con esto el espíritu español en aquella guerra.

Ocurre por entonces la muerte del príncipe D. Baltasar, y por ello el rey abandona la guerra y vuelve á Madrid, teniendo la desgracia de volver á sus antiguas costumbres y de echarse en brazos de D. Luis de Haro, sobrino del de Olivares, y más inepto y de peores condiciones que aquél. Siguió entretanto la guerra con los franceses, fué sitiada nuevamente Lérida, y Cataluña se reaccionó en contra de sus aliados viendo la falsedad con que se conducían.

La guerra de Portugal siguió sostenida y el rey D. Juan iba ganando terreno, dándose la batalla de Montijo, cuyo triunfo se atribuyeron portugueses y españoles, y después de siete años de lucha el papel de los españoles era tan triste, que sólo se mantenían á la defensiva en la frontera de Portugal.

Allá por los años de 1647 y 48, el espíritu de insurrección que cundía por todas las posesiones españolas, llegó á Sicilia, y bajo el pretexto del aumento de los tributos y la carestía de los artículos, estalló la rebelión en Palermo, saqueando durante tres días gran parte de la ciudad. El marqués de los Velez, virrey de Sicilia, decretó la abolición de los impuestos, y con el auxilio de los nobles mató la insurrección que ya iba extendiéndose por toda la isla.

Pero en Nápoles por iguales causas y al mando de Masaniello, estalló formidable la insurrección; el virrey, Duque de Arcos, estuvo irresoluto; se negoció con los rebeldes, que cometieron mil incendios y asesinatos, y á no morir asesinado el joven jefe que los dirigía la anarquía hubiera cundido por el reino de Nápoles. A Masaniello sucede el Marqués de Toralto que también muere asesinado después que la armada española al mando de D. Juan de Austria bombardeó la ciudad.

Los napolitanos se proclamaron independientes bajo la jefatura del Duque de Guisa y los nobles unidos al almirante español, lograron derrotarle y á los franceses que les ayudaban.

Con esto decae la insurrección y el conde de Oñate que había sucedido al de Arcos, logró matar la rebelión derrotando á Guisa y haciendo que Nápoles reconociese la soberanía del rey de España.

Pero desgraciadamente la guerra continúa en Flandes con Francia é Inglaterra, pues que Francia no respetó la paz que se había pactado y pedía la cesión completa de los Paises Bajos, el Franco condado y el Rosellón, y aunque tuvimos por entonces superioridad en aquellos paises, la presencia de Luis XIV en los Paises Bajos nos causó desventajas que tuvieron su compensación con las victorias de D. Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, que obligaron á Luis XIV á pedir la paz.

Ocurre por aquel tiempo la proclamación de la república inglesa bajo la presidencia de Oliverio Cromwel, el que pacta alianza con Francia contra nosotros para apoderarse de alguna de las colonias españolas, y aunque intentó tomar á Méjico y á Cuba, sólo logró conquistar á la Jamáica que era la más preciada de nuestras posesiones antillanas. También en Flandes nos tomaron varias plazas que fueron á poder de los franceses, entre ellas la de Gravelinas, y hubieran continuado más adelante á no ser por la paz de los Pirineos, que puso término á aquella lucha.

En cuanto á la guerra de Cataluña, los franceses siguen atacando y toman á Tortosa, que más tarde vuelve á nuestro poder, así como nuestro heróico general marqués de Mórtara, sitió á Barcelona, que al fin se rinde, conservando sus fueros y continuando la guerra hasta que al cabo se le pone término también por la paz de los Pirineos.

Esta paz, que fué intentada en los años 1648 y 1649, se realiza como

llevamos dicho en 1659 y bajo las condiciones antes indicadas, tan ventajosas para Francia como humillantes para España.

La guerra de Portugal continuó también después del tratado de Westfalia sin sucesos de grande importancia, hasta el año 1656 en que ocurre la muerte de D. Juan de Braganza.

Entonces y con la proclamación al trono portugués de Alfonso VI se reanima la guerra llegando hasta sitiarse á Badajoz que fué salvada y en la que triunfante entró D. Luis de Haro. Alentado con este triunfo penetró el valido con su ejército en Portugal y sitió á Elvas con tan mala fortuna, que fué derrotado por completo.

También en Galicia tuvimos guerra con mayor fortuna, obteniendo el marqués de Viana nuestro jefe, algunos triunfos contra los rebeldes, pero sin resultados definitivos.

Y entonces se renueva la guerra; se pacta alianza de Portugal, con Francia é Inglaterra; D. Juan de Austria penetra en Portugal rindiendo varias plazas, hasta que después fuimos derrotados en la batalla de Estremóz, con pérdida de varias plazas, entrando los portugueses en España; quedando después definitivamente separado Portugal de nosotros, lo que se acuerda por la paz de Lisboa.

Estos sucesos hicieron tantos estragos en el ánimo del rey, que ya no tenía á su lado por haber muerto, á su último favorito D. Luis de Haro, que una mortal melancolía le consumió en poco tiempo, privándolo de la vida en 1665.

El mapa de España desde la sumisión de Portugal por Felipe II, hasta la independencia de este reino, en tiempo de Felipe IV, comprende toda la península ibérica, como una sola nacionalidad, y tal como estuvo en tiempo de los godos.

Crítica.—La privanza del conde-duque de Olivares, merece un juicio imparcial de acre censura, pues que aunque dotado de algunas buenas prendas, él solo fué responsable de la funesta política de este reinado, persiguiendo con loca soberbia á nobles y á sacerdotes, á privados y á escritores, creyendo que todos le estorbaban, para realizar su plan de absoluto poder y de única privanza.

Las desgracias del reinado de Felipe IV, juzgadas ante la crítica histórica, tienen gran disculpa, pues que el reino que heredara estaba ya decadente, siendo el mando de este monarca un reinado de crisis, y responsables sus favoritos de todas las amarguras porque pasó, pues que en el poquísimo espacio de tiempo que gobernó solo, demostró notables aptitudes que no pudo justificar cumplidamente, por la vacilación é indolencia de su carácter.

La correspondencia que siguió Felipe IV con Sor María de Agreda, hace poco publicada por el eximio estadista D. Francisco Silvela, acreditan las buenas intenciones del rey y la lucha eterna de su conciencia, queriendo seguir los santos consejos de aquella piadosa monja, y no pudiendo siempre llevarlos á cabo, por la indecisión de su carácter y la decisiva influencia de sus privados.

Los títulos de *grande* y de *poeta* dados á este rey, no los mereció en justicia, pues que nada hizo como monarca para obstentar el primero,

debido á la servil adulación del conde-duque; y en cuanto al segundo, sus obras envueltas en el pseudónimo de «Un ingenio de esta Corte», se confundieron con las que por entonces y con el mismo pseudónimo, publicaba el canónigo de Guadix Mira de Amezcua, poeta notabilísimo de aquel reinado.

Asimismo las costumbres españolas en esta época, merecen un juicio desapasionado y nada favorable, pues que la desmoralización había cundido en todas las clases, y el pueblo español estaba decaído de su antigua severidad, no teniendo decoro ni moralidad, quedándole solo la soberbia y estando minadas todas las clases sociales de la más espantosa corrupción.

El carácter del rey Felipe IV, está perfectamente descrito por un ilustre escritor, diciendo que era de buenas intenciones, generoso y recto y luchando siempre en su conciencia, entre sus deberes de rey y su inclinación á los placeres, pero sin energía bastante para gobernar por sí mismo el reino.

LECCIÓN 66.

REINADO DE CARLOS II

Reinado de Carlos II.—Menor edad del Rey.—D.ª Mariana de Austria. - El padre Nithard y D. Juan de Austria. —Bandos de la nobleza.—Primer pronunciamiento. —Guerra de Portugal.—Reconocimiento de su independencia.—Primera guerra con Francia hasta el tratado de Aquisgrán.—Segunda guerra entre Francia y España.—Tratado de la Haya.—Guerra del Rosellón y Cataluña.—Guerra general.—Paz de Nimega.—Rebelión de Mesina —Situación interior del reino —Privanza de Valenzuela.—Mayor edad del Rey.—Los partidos en la corte.—Triunfos de Valenzuela.—Su prisión.—Gobierno de D. Juan de Austria.—Primer casamiento del Rey.—Ministerio de Medinaceli y guerra con Francia.—Ministerio de Oropesa y reformas que intenta.—Guerra con Luis XIV.—Segundo casamiento del Rey.—Gobierno de este monarca.—El duque de Montalto.—Otras guerras hasta la paz de Ryswick.—Pretensiones á la corona de España.—Derechos de los pretendientes.—El príncipe de Baviera es designado como heredero del trono.—Su muerte.—Caída de Oropesa.—El Rey hechizado.—Fray Froilán Díaz y Fray Mauro Tenda.—D. Baltasar de Mendoza.—Proceso del padre Froilán.—Nuevo tratado de repartición de España.—Indignación de los españoles.—El Cardenal Portocarrero.—Continuación de las intrigas en contra de España.—Manifiesto de Luis XIV.—Testamento de Carlos II.—Su muerte.—Fin de la dinastía austriaca en España.= *Crítica.*—Juicio que merecen á la Historia la regente y privados de Carlos II.—Inoportunidad de la mayor parte de las guerras que sostuvo este monarca.—La ambición francesa con respecto al trono español, juzgada ante la Historia.—Los hechizos del Rey, símbolo popular de su pertinaz dolencia.—La leyenda y la Historia en los últimos años de la monarquía de D. Carlos II.—El testamento de este monarca ante la sana crítica.—Juicio imparcial acerca de la situación de España al concluir la dominación de la casa de Austria.

El reinado de Carlos II en España se desarrolla en el tiempo que media desde 1665 en que, aunque en menor edad, comienza á reinar, hasta 1700 en que concluye su vida.

Este rey, que era el único hijo legítimo que dejara Felipe IV, tenía sólo cuatro años cuando murió su padre, y durante su menor edad quedaba encargada de la regencia del reino su madre D.ª Mariana de Austria, auxiliada por una junta que le ilustrarara en los negocios públicos. Esta la componían el arzobispo de Toledo, el marqués de Aitona, el conde de Peñaranda y el vice-canciller de Aragón, los que si bien debían ser consultados no podían mermar en lo más mínimo la autoridad de la reina gobernadora.

D.ª Mariana de Austria era mujer de poco talento, pero imperiosa y sin grande amor á los españoles, á quienes siempre miró como extranjeros. Y su mayor desgracia fué no saberse rodear de personas que estando adornadas de grandes aptitudes, pudiesen suplir las dotes que le faltaban, dándose el caso de que la mayor parte de sus ministros y fa-

voritos tenían menos condiciones que élla, con ser tan pocas las que poseía para el gobierno del reino.

El jesuita padre Juan Everardo Nithard, que como confesor de la reina llevaba tiempo de estar en Madrid al lado de la corte, fué la primera persona en quien la regente depositó toda su confianza para los negocios de estado. Esto disgustó notablemente á D. Juan de Austria (hermano bastardo del rey), que no podía ver á un extraño dirigiendo los negocios del reino. El padre Nithard se hallaba dotado de condiciones religiosas, pero no tenía tacto ni capacidad para la política, disgustando á todos su nombramiento de inquisidor general y ser verdaderamente el árbitro del Consejo de regencia. Don Juan de Austria, que le odiaba cordialmente, se disgustó mucho más cuando supo que se le nombraba á él general y gobernador de Flandes, y comprendió que de este modo se le alejaba de la corte y de la dirección de los negocios públicos, y que todo era obra del confesor de la reina, por lo que hizo un llamamiento á la nobleza para ver de matar el absorbente poder del jesuita alemán que ya aparecía como el único director de los negocios del reino.

Y entonces la nobleza se dividió en bandos, y hasta las damas de Palacio siguieron este camino, y los nithardistas y austriacos se enardecían cada vez más, llegando los folletos y libelos alusivos al caso á invadir la corte, manifestándose las simpatías por uno y otro. En tanto, se dictó orden de prisión contra D. Juan y contra sus secretarios, y desde Consuegra, donde estaba desterrado, marchó á Aragón y Cataluña, donde recabó el amor de la nobleza y el pueblo, logrando también que las ciudades todas se pusieran al lado del príncipe fugitivo.

Crecido D. Juan de Austria, tuvo lugar entonces, en 1669, el primer pronunciamiento militar de España, dirigido por D. Juan, que, con tres compañías de caballería y 200 infantes, se presentó cerca de la corte é imperiosamente exigió á la reina la salida del padre Nithard, que insultado por el pueblo salió de Madrid y fué á Roma, donde más tarde se le nombra cardenal y arzobispo de Edessa. Pero esto que obligadamente tuvo que hacer la reina gobernadora, le disgustó tanto que ordenó á D. Juan no se presentara en la corte y se retirara á Guadalajara, y élla entretanto formó la guardia de la reina, llamada la Chamberga, de cuyo mando encargó al marqués de Aitona, enemigo de D. Juan, al que nombró virrey de Aragón, cuyo cargo aceptó, viniendo á un acuerdo con la regente.

La situación de Portugal era por entonces tan poco envidiable como la de España, pues que los excesos del rey Alfonso VI y las arbitrariedades de su favorito, crearon un partido para colocar en el trono al infante D. Pedro, de cuyas circunstancias no supo aprevecharse España, al continuar tímidamente la guerra con Portugal.

En efecto; ésta sigue sin hechos de armas decisivos, hasta que por mediación de Carlos II de Inglaterra, y cansados españoles y portugueses de 28 años de lucha, se ajustó la paz, que fué firmada en 1668, por la que se reconoció la independencia de Portugal, á quien se restituyó todas sus posesiones, menos Ceuta, que quedó para España.

Entonces comienzan las aspiraciones del rey Luis XIV y la primera guerra con Francia, por haber entrado aquel rey en los Países Bajos, pretendiendo su posesión, como pertenecientes á su esposa María Teresa, hija de Felipe IV, y en varias campañas, el rey de Francia se apoderó de muchas ciudades, hasta que por la triple alianza, Holanda, Inglaterra y Suecia se pusieron á nuestro lado, lo que no detuvo al monarca francés, que conquistó el Franco-condado, aunque luego se vió obligado á firmar el tratado de Aquisgrán, por el que devolvió esta última conquista, conservando las anteriores.

La segunda guerra entre Francia y España se origina porque Luis XIV invade la Holanda, la que resistió con empeño y con grandes vicisitudes en la guerra, dibujándose nuevas alianzas para el porvenir, viendo á Francia unida á Inglaterra, en contra de España y sus auxiliares. En esta guerra, los Países Bajos nombraron gobernador al príncipe de Orange, que alcanzó triunfos marítimos, aunque los franceses les vencían por tierra, llegando á las puertas de Ansterdam, y teniendo que capitular la ciudad de Maestricht.

Por entonces se pactó el tratado de la Haya, en virtud del cual se hizo alianza entre el emperador de Austria, España y Holanda, y se separó á Inglaterra de la alianza con Francia, obligándose España á hacer la guerra á esta nación. Este tratado, que la Historia conoce con el nombre de Grande Alianza, hizo que Francia conquistase todo el Franco-condado, mientras que se daba en Flandes la batalla de Seneff, cuyo triunfo se atribuyeron ambos combatientes.

Por entonces tiene lugar la guerra del Rosellón y de Cataluña, mandando los españoles al duque de San Germán que invadiese el territorio, causando grandes bajas á los franceses, y teniendo lugar al año siguiente el sitio de Gerona por éstos, que ante el heroismo de los sitiados tuvieron que retirarse.

Y entonces la guerra se hace general con las potencias aliadas, y se lucha en los Países Bajos, en Alemania y en España, con varia fortuna, otorgándose tratados de paz que no fueron decisivos. Durante este tiempo la guerra ofrece, entre nosotros, como notables generales, al duque de Villahermosa, marqués de Cerralbo y conde de Montercy, y entre los enemigos Turena y Montecuculy, otorgándose el tratado de la Haya de 1668 entre Inglaterra, Holanda y España, contra Francia, y la paz entre esta nación y Holanda, que traidoramente nos abandonó al firmar este tratado.

Por fin se firmó la paz definitiva, llamada de Nimega, en 1768, por la que se restituía á España parte de Flandes y la ciudad de Puigcerdá, que nos conquistaran en Cataluña, quedándose Francia con el Franco condado y varias plazas en Artois y en Flandes. Todas las naciones contendientes ganaron más que nosotros en esta paz, por la que perdimos importantes posesiones, viendo crecer el predominio marítimo de Holanda é Inglaterra y el absorbente poder de Luis XIV.

Asimismo, en Messina estalla una rebelión, apoyada por éste en contra del gobernador de España, que tuvo el mal tacto de querer quitar á los messinenses el gobierno particular por que se regían, sien-

do el resultado de esta lucha la toma de Messina por los franceses, que nuevamente vencieron á españoles y holandeses coaligados, y que nos abandonó la ciudad, convencidos de que eran odiados por los sicilianos.

En tanto que íbamos perdiendo nuestras posesiones, fuera del reino la situación interior del mismo iba siendo cada vez más crítica, estando toda la corte presa de ambiciones y de pequeñas intrigas, que unas eran debidas a la ambición de D. Juan de Austria y otras á los desaciertos de la regente.

Esta, que no podía estar sin privado, fijó sus ojos en el joven rondeño D. Fernando de Valenzuela, que había estado al servicio del padre Nithard, de claro talento y aficionado á las letras, y que bien pronto mereció toda la confianza de la reina madre, obteniendo el puesto de introductor de embajadores, marqués de San Bartolomé de Pinares, primer ministro y absoluto privado de D.ª Mariana de Austria. Valenzuela no desempeñó mal su papel, procurando captarse la voluntad del pueblo, promoviendo obras de ornato y utilidad, y tomando otras acertadas medidas, lo que no evitó que contra él se desatara toda la corte, cuya nobleza miraba con irritación su encumbramiento y altanería, siendo causa de que hubiera murmuraciones contra la egregia señora, madre del monarca, que todas estaban destituidas de fundamento.

En esto el rey Carlos II llegó á la mayor edad, y se encontró en situación difícil, pues los partidos de la corte le instaban unos para que se echase en brazos de su hermano D. Juan, y otros con la reina á la cabeza, pretendían que fuese Valenzuela el director de los negocios públicos.

Los partidos de la corte eran dirigidos, el uno por la reina madre y el confesor del rey, y el otro por D. Juan de Austria y los suyos. Todo el triunfo iba á ser para el hermano del rey, atemorizado el monarca por los clamores populares y la llegada de éste á Madrid, con refuerzo grande de tropas aragonesas, que odiaban á los partidarios del privado.

La reina influyó en el ánimo del rey, y fué nombrado primer ministro Valenzuela, comenzando sus triunfos hasta que por nuevas intrigas cayó del pedestal á que solo su ambición y el favor de la reina le habían elevado. En efecto, el privado que solo había ascendido al puesto de primer ministro, cuando iba á firmarse el decreto nombrando para ese cargo á D. Juan de Austria (el que volvió á Aragón), obtuvo grandes honores y el título de marqués de Villasierra, hasta que toda la corte reunida contra el valido, logró sacar secretamente al rey de Madrid, y que desde su palacio del Buen Retiro, separase á la reina de la influencia ministerial y se nombrase á D. Juan primer ministro; por lo que Valenzuela se refugió en el Escorial, todavía de acuerdo con el rey.

Al ser nombrado D. Juan de Austria primer ministro, fué preso Valenzuela, llevado á Consuegra y más tarde desterrado á Filipinas. La prisión del privado se hizo con toda solemnidad, yendo un escuadrón

de caballería á prenderle, al mando del duque de Medinaceli y el hijo del duque de Alba, confiscándosele todos sus bienes que no eran los que se creían, muriendo desgraciadamente en Méjico y muy pobre su mujer en Toledo.

El gobierno de D. Juan de Austria, defraudó las esperanzas que en él se habían cifrado, dando solo pruebas de soberbia y de venganza, y muriendo de tercianas en 1679. Solo se ocupó en el gobierno, en desterrar á sus enemigos, en reformar los trajes de los empleados de palacio, no socorriendo á los ejércitos que defendían nuestros territorios, lo que hizo que el partido contrario que favorecía á la reina, fuese creciendo y que se vislumbrase su separación, á no haber muerto cuando menos se esperaba.

Un mes antes de la muerte de D. Juan de Austria, se verificó el primer casamiento de Carlos II con María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV. Esto se efectuó teniendo el rey 17 años, siendo un matrimonio que agradaba á la nación, y no disgustaba al rey que se enamoró del retrato de aquella princesa, más que de ninguno de los que le habían presentado, y celebrándose los desposorios en Fontainebleau.

El primer acto del gobierno del rey D. Carlos II, fué nombrar primer ministro al duque de Medinaceli, continuando la guerra con Francia, sin provocación por nuestra parte, y entrando en España una invasión francesa, heroicamente resistida por los españoles. Entonces, vuelta la reina madre á Madrid, y habiendo venido también la esposa del rey, se hizo un tratado entre España, Suecia, Holanda y el Imperio, contra Luis XIV, siendo escandalosas las pretensiones de este rey, á algunas de nuestras posesiones de Flandes, lo que originó la guerra con Francia que para ellos fué desgraciada, concertándose después una tregua de 20 años para la guerra de Flandes, y siendo tan infelices los acontecimientos en nuestra patria, que hicieron precisa la caída de Medinaceli en 1685.

A Medinaceli sustituyó en el gobierno el conde de Oropesa, que reformó la Hacienda, disminuyó los gastos públicos y suprimió los cargos inútiles, no atreviéndose á realizar lo que proyectaba, en la disminución de asignaciones á la Casa Real. Por entonces el rey se dedicó á los asuntos públicos, y se logró atraer á nuestro lado á otras potencias, formándose contra Luis XIV la liga de Augsburgo, en que entraron el Imperio, Suecia y España, y alcanzándose también que como auxiliares en la guerra de Hungría, obtuviésemos triunfos importantes.

Se declara la guerra general contra Luis XIV, aumentándose los confederados en su contra con el duque de Saboya, y el elector de Baviera, y variando la situación de Inglaterra, con la proclamación de Guillermo de Orange como rey. Luis XIV en esta ocasión no quería la guerra, y propuso que la tregua de 20 años, se convirtiese en paz duradera, lo que no siendo aceptado por las potencias coaligadas, comenzó la campaña con grandes triunfos para Francia, que segunda vez brindó con la paz, y segunda vez fué desechada ésta.

A la muerte de la primera esposa de Carlos II, que no había dado sucesión al trono, casó el rey con María Ana de Neuborg, hija del

elector palatino, lo que originó que Luis XIV nos declarara la guerra. Esta fué encarnizada contra españoles y holandeses, y después del sitio de varias plazas, la guerra se llevó á la parte del Rhin y á Italia, invadiendo á España los ejércitos franceses, que llegaron hasta bombardear á Barcelona y á Alicante, y aunque se apoderaron de la Seo de Urgel, tuvieron que marchar á su país.

En cuanto al estado interior del reino, cayó éste en grande decaimiento, á pesar de que la reina quería levantar con su carácter imperioso el abatimiento del rey, y que éste dió en algunas ocasiones, al intentar gobernar por sí, muestras de pasajera energía. Por entonces cayó Oropesa acusado del tráfico de los empleos, y odiado por la nueva soberana, que tuvo la desgracia de rodearse de personajes tan desprestigiados, que hasta el mismo rey á pesar del estado débil de su razón, se burlaba de ellos.

Un nuevo valido eligió Carlos II en la persona del duque de Montalto, que cometió la indiscreción de dividir á España, en cuatro grandes distritos, que produjo en la nación un descontento general. Después de esto, se nombró una junta que arbitraba recursos para la guerra de Francia, siendo el principal el donativo general, y la leva para sacar soldados, bajo la base de uno por cada cien vecinos.

La guerra de Francia y otras, siguieron hasta la paz de Ryswick, desarrollándose las campañas de Flandes y de Cataluña, siendo sitiada Barcelona, que al fin capitula, y otorgándose la citada paz en que el rey de Francia devolvió todo lo conquistado. Durante este tiempo su suceden varios jefes en concepto de virreyes, y el duque de Escalona sustituye al de Medinasidonia, así como á éste el marqués de Castañaga, que es sustituído por D. Francisco de Velasco. No es rara la generosidad de Luis XIV, al firmar la paz de Ryswick como preparación para realizar los planes concebidos para la sucesión á la corona de España.

Por eso, y teniendo en cuenta que ni de su primera, ni de su segunda mujer había tenido Carlos II sucesión alguna, surgieron para el porvenir multitud de pretendientes á dicha corona, siendo entre ellos los principales Luis XIV que la quería para su nieto el hijo del Delfín, y el emperador de Alemania Leopoldo, que deseaba fuese nombrado su hijo el archiduque Carlos; así como en la corte de España, había otro tercer partido que prefería al elector de Baviera. Los dos primeros, trataron de reunir adeptos en Madrid, y los tenían, llamándose al uno partido francés, y al otro austriaco, y siendo defendido el terceropor el mismo rey y la reina madre.

Cada uno de los pretendientes alegaba su derecho, obstentando los franceses que el Delfín era hijo de María Teresa, primogénita de Felipe IV; el austriaco fundaba su derecho de representar la segunda línea varonil de la dinastía austriaca española, y el príncipe de Baviera, en ser nieto de Margarita, hija menor de Felipe IV. El partido francés fué ganando en preponderancia en la corte, aunque el rey se oponía á ello, lo que visto por Luis XIV concibió el indigno tratado de repartición de

España entre los tres pretendientes, con el fin de mantener el equilibrio europeo.

Y ante tal atentado á la dignidad y á la grandeza española, la nación y el rey se rebelaron contra tal arbitraria disposición, y Carlos II, después de quejarse diplomáticamente de este insulto, declaró solemnemente que el sucesor de todos sus estados, era el príncipe José Leopoldo de Baviera.

Mas ocurre la muerte de éste en 1699, cuando sólo contaba 6 años y con circunstancias extrañas, que hicieron creer no era natural. Con este suceso quedaron sólo luchando para la sucesión á la corona, el partido francés, representado por el Cardenal Portocarrero, y el austriaco, á cuya cabeza se colocó entonces el conde de Oropesa.

En tal estado aumentó la enfermedad del rey y el descontento popular contra Oropesa, que al fin tuvo que caer odiado por la muchedumbre. El pueblo creía que el primer ministro era responsable sólo de las desgracias que afligían al país, y al grito de *¡pan, viva el rey*, y *muera Oropesa!* hicieron una formidable revolución, que hizo caer al ministro, y crecer en valer y preponderancia el partido francés.

El rey Carlos II, que había tenido una terrible y continuada dolencia durante su vida, se agravó en último término con convulsivos estremecimientos y grande debilidad, haciéndose creer por todos que el rey estaba hechizado. El mismo monarca lo supo con terror, y en secreto consultó el caso con el inquisidor general Rocaberti, que crédulo en demasía, pretendió que por los medios acostumbrados se procurase hacer salir á los demonios del cuerpo del infeliz Carlos II.

Al inquisidor general ayudaron en esta tarea, el confesor del rey Fray Froilán Díaz, y el exorcista alemán Fray Mauro Tenda, el uno para dirigir la manera de destruir los hechizos del rey, y el otro para realizar él mismo la operación. El Padre Froilán Díaz, consultó el caso con el Padre Argüelles, confesor de un convento de monjas de Asturias, el que declaró que el rey estaba hechizado desde muy niño, y le recetó un brevaje, que puso en inminente peligro su vida. Por otro lado, Tenda con sus conjuros, exorcismos y voces, aterró al paciente é hicieron que todos parasen su atención en estos sucesos, y públicamente los denunciasen.

Habiendo muerto el inquisidor general director de aquellos exorcismos, y nombrándose en su lugar al Obispo de Segovia D. Baltazar de Mendoza, que era de condición enteramente distinta á su antecesor, cambió la situación de las cosas en palacio, y fueron perseguidos aquellos dos frailes fanáticos, que con sus exorcismos acortaban la vida del monarca.

En efecto, el nuevo inquisidor denunció los hechos á la inquisición, y el Padre Froilán y su auxiliar el alemán Mauro Tenda, fueron procesados por ello, separándose al primero del cargo de confesor del rey. Este proceso tuvo una larga tramitación, que trajo consigo hasta separación y jubilación de los inquisidores, y aunque terminó con los ridículos exorcismos en la Cámara Real, se dictó al fin sentencia absolu-

toria para el Padre Froilán, reintegrándosele en todos los puestos que antes disfrutaba.

Y en tanto que España se ocupaba de los supuestos hechizos de su rey, Francia, Holanda é Inglaterra, realizaban un segundo tratado de partición de los dominios españoles. Por él Flandes, Cerdeña y las Indias como España, se daban al archiduque Carlos; la Lorena se agregaba á los dominios del Delfín, y con el Milanesado se compensaba la pérdida que sufría el duque de Lorena.

Los españoles, con su rey á la cabeza, se mostraron tan indignados cuando supieron se realizaba este nuevo atentado, que Cárlos II recriminó fuertemente á los soberanos que en el mismo habían intervenido, rompiéndose el concierto entre Inglaterra y España, y retirándose de ambos paises los respectivos embajadores.

Como quiera que la salud del monarca estaba cada vez más quebrantada, las aspiraciones de todos para sucederle se revelaban de contínuo, capitaneando el partido francés en contra de la voluntad real, el cardenal Portocarrero. Este obligó al rey á consultar el caso á teólogos y jurisconsultos, así como al pontífice, y aunque la contestación de todos fué favorable al Delfín, no se satisfizo el monarca, que por afecto de familia estaba íntimamente ligado con el partido austriaco.

Pero siguen las intrigas en contra de España, fuera y dentro de la nación, y la corte era un contínuo batallar por los partidos francés y austriaco, para ver cada uno de ellos de ganar el favor del rey.

Por entonces, Luis XIV de Francia publicó un manifiesto, por el que se indicaba que el único medio porque se conseguía la paz europea, era llevar á cabo el tratado de repartición de España. Estos sucesos, y la cruel manera con que diariamente se recordaba al rey Cárlos II la gravedad de su enfermedad y la proximidad de su muerte, le pusieron en grande aprieto, agravando de día en día su pertinaz dolencia.

Aumentándose su enfermedad, y retenido por ella en el lecho, se vió obligado, después de recibir los Sacramentos de la iglesia, á hacer testamento, en el que contra su voluntad dejaba la corona de España, en primer término, á Felipe de Anjou, hijo segundo del Delfín, y nieto de Luis XIV; en segundo, al hermano de éste el duque de Berry, y en tercero, al archiduque Cárlos. Este testamento se hizo, arrancándolo violentamente el Cardenal Portocarrero, que le aconsejó lo hiciera como descargo á su conciencia, por obediencia al Pontífice, y para evitar mayores males en lo sucesivo.

Al fin, y después de un mes de sufrimientos, desde que otorgó su testamento, murió Cárlos II el 1.° de Noviembre de 1700, proclamándose solemnemente en Madrid á su heredero, á los 24 días de muerto aquél, y con el nombre de Felipe V.

Así concluyó la dinastía austriaca en España después de contar en ella á Cárlos I, que fué general y rey; Felipe II, que fué el más grande monarca de su tiempo, Felipe III y IV que no supieron ser reyes, y el desgraciado Cárlos II, que ni siquiera supo ser hombre, y desapareciendo los Pirineos con la proclamación de Felipe V, según la expresión de Luis XIV al despedirle, para ceñir la corona de España.

Crítica.—La regente y privados del rey Carlos II no merecen á la Historia juicio alguno lisonjero, pues que todos no satisfacían con sus pretensiones más que ambiciones personales y no el bien del país; luchando unos con otros, ya en la menor edad del rey, ya después de conocida la terrible enfermedad que minaba su existencia.

También merecen el calificativo de inoportunas la mayor parte de las guerras que sostuvo este monarca, pues que si algunas tuvieron razón de ser, en todas no se llevó acertada dirección, ni se supo sacar partido de éllas.

La Historia también juzga desapasionadamente la ambición francesa, con respecto al trono español, pues que no se reparó en medio alguno para lograr sus fines, aprovechándose de la situación del monarca, y haciéndose entrar en complot á personajes elevados y altas dignidades de la iglesia, antes que consentir que el partido austriaco venciese en la contienda y continuase aquella dinastía entre nosotros.

Los hechizos del rey son símbolo de su pertinaz dolencia, pues que la debilidad de su cerebro le puso en condiciones de creer cuanto le decían los que le rodeaban y prestarse á exorcismos y conjuros, cual si realmente pudiera estar hechizado.

De estos sucesos se ocupó la leyenda, á propósito de los últimos años del reinado de Carlos II, llevándose hasta el teatro para ridiculizar al infeliz monarca, teniendo la Historia, con fría imparcialidad, que señalar la verdad desnuda de todos estos acontecimientos.

El testamento de Carlos II, ante la sana crítica, hay que considerarlo como impuesto por la diplomacia, y no como hijo de la voluntad del que lo otorgaba, pues que lo firmó sólo ante el temor de morir en pecado, y diciendo que Dios únicamente era quien daba y quitaba los imperios.

La situación de España, al concluir la dominación de la Casa de Austria, no podía ser más triste, pues que la monarquía aparece impotente, llegando el Estado á un grande grado de abatimiento, y todo el pueblo á una extrema decadencia moral, lo que hizo que viendo Europa nuestra situación, y que no teníamos ejércitos, tesoros ni alientos para resistir, y estando el pueblo español minado por grande indiferentismo, se pensase primero en la repartición de nuestros Estados, y se nos impusiese después una nueva dinastía, para ver si con nueva savia de poder y de gobierno se regeneraba la nación.

LECCIÓN 67.

CASA DE BORBÓN.—REINADOS DE FELIPE V Y LUIS I.

Tercera época de la Edad Moderna de la Historia de España.—La casa de Borbón.—Tiempo que comprende su dominación.—Reyes españoles de la casa de Borbón durante la Edad Moderna.—El absolutismo ilustrado.—Reinado de Felipe V.—División general de este reinado.—Primer reinado de Felipe V.—Períodos que comprende.—Influencia francesa con el primero.—Influencia italiana con el segundo.—Primeros ministros de Felipe V.—María Luisa de Saboya.—La princesa de los Ursinos.—La guerra de sucesión.—Felipe V en Italia.—La grande alianza.—Los ingleses en Cádiz y la reina María Luisa.—D. Felipe en España.—Guerra de Portugal.—Pérdida de Gibraltar.—Salida de la princesa de los Ursinos.—El archiduque en España.—Ciudades que le defienden.—Proclamación del archiduque en Madrid.—Recobra D. Felipe á Madrid.—La guerra fuera de España.—Victoria de Almansa.—Abolición de los fueros de Aragón.—Campaña de 1708.—La guerra general.—La guerra en la frontera y en España.—Batallas de Almenara y Zaragoza.—Victorias que favorecen la causa de D. Felipe.—El archiduque Carlos, emperador.—Paz de Utrech.—Abolición de los fueros de Cataluña.—Muerte de la Reina.—Segundo casamiento de D. Felipe V con Isabel de Farnesio.—Caída de la princesa de los Ursinos.—El abate Alberoni y sus planes.—Alberoni cardenal.—La triple alianza.—Caída de Alberoni.—Expedición á Ceuta.—Abdicación de Felipe V.—Proclamación de su hijo Luis I.—Las dos Cortes.—La Reina Isabel.—Muerte de Luis I.—Segundo reinado de Felipe V.—Ley sálica.—El barón de Riperdá.—Tratado de Viena.—Segundo sitio de Gibraltar.—Tratado de Sevilla.—Conquista de Orán.—Conquista de Nápoles.—Paz de Viena.—Campañas de Italia.—Guerra con Inglaterra.—Felipe V y la Santa Sede.—Concordato.—Regalismo.—Fundaciones de Felipe V.—Su muerte.=*Crítica.*—Cómo se explica la influencia francesa é italiana en España durante el reinado de Felipe V.—La princesa de los Ursinos ante la Historia.—Juicio acerca de los derechos del archiduque á la corona de España.—Crítica imparcial sobre la abdicación de la corona por Felipe V, y acerca de su segundo reinado.—Carácter del Rey.

La tercera época de la Edad moderna de la Historia de España, comprende la dominación de la Casa de Borbon en nuestra patria, ó sea, desde el año 1700 hasta 1808 en que verdaderamente se inicia la guerra de la independencia.

La Casa de Borbón viene á España representando nuevos ideales, en gobierno y en administración. Durante esta dinastía se transportó á nuestra nación el principio político que dominaba en Francia, dejándose sentir esta influencia en todos los órdenes de la vida social hasta el religioso, y preparándose de este modo las revoluciones y trastornos de la Edad contemporánea en el presente siglo.

Durante la Edad moderna son reyes de la Casa de Borbón Felipe V, Luis I, Fernando VI y Carlos III, en el período de grandeza, y Carlos IV, en el de la decadencia.

Con la influencia francesa que representan los reyes de la Casa de

Borbón en España durante la Edad moderna, se desarrolló el absolutismo ilustrado, toda vez que aunque los principios políticos continuaron siendo absolutos para el gobierno, se procuró desde el principio de esta dinastía la ilustración general, creándose desde luego academias y centros literarios y científicos bajo la protección oficial.

Felipe V tiene un reinado bastante largo y accidentado, y todo él lo dedicó al bien de la monarquía, aunque por triste providencial destino comienza á desvaratarse en su tiempo el vastísimo poder de los Austrias que dominaban en el mundo.

Felipe V, como rey, tiene dos períodos distintos en su vida, separados por el cortísimo reinado de su hijo Luis I. El primer reinado dura 24 años, y los pocos meses que reina su hijo interrumpen su mando, continuando después otros 22 años, hasta su muerte.

El primer reinado de Felipe V comprende desde el año 1700 al 1724, siendo muy distinta la política que al principio y al fin de este reinado siguió Felipe V en España.

Comprende el primer reinado del nieto de Luis XIV dos períodos completamente distintos, el uno desde 1700 á 1714 y el otro desde esta fecha hasta 1724.

El primero se determina por la influencia eminentemente francesa y el predominio absoluto de gustos y determinaciones venidas de aquella nación, como que en él predomina la decidida influencia de la princesa de los Ursinos, y comprende la guerra de sucesión y el primer matrimonio del monarca.

En el segundo se deja sentir de una manera decidida la influencia italiana, debido al segundo casamiento del rey, pues que Isabel Farnesio y el cardenal Alberoni, traen una nueva política y nuevos gustos á nuestra patria.

Al comenzar á reinar Felipe V, recibido con júbilo por el país, por sus bellas condiciones personales, nombró como primeros ministros al cardenal Portocarrero, á D. Manuel Arias y al conde de Harcourt. Estos acometieron atrevidas reformas, en las que se marcaba la influencia francesa, pretendiendo arreglar la Hacienda española con violentas medidas, como disponer de la plata de las Iglesias, que pugnó desde luego con los sentimientos y modo de ser de nuestro país.

En 1701 contrajo el rey matrimonio con María Luisa, hija del duque de Saboya, de condiciones inapreciables, impropias de su corta edad, pues que contaba sólo 14 años, y su prudencia y discreción se mostró bien pronto, cuando al marchar su esposo á Italia, al año siguiente de casada, se quedó encargada de los negocios públicos, resolviéndolos con rara facilidad y oportuno acierto.

Era su consejera la princesa de los Ursinos, que con ella vino á España en concepto de aya y de camarera mayor, y que antes se había dado á conocer por su talento y condiciones particulares en la corte de Luis XIV, por lo que determinó la influencia francesa en nuestro país, así como su enérgico carácter y condiciones palaciegas, le tenían reservada una directa intervención en todos los negocios públicos.

La guerra de sucesión comienza porque después de la proclamación

de Felipe V, no le reconoció el imperio, Inglaterra, ni Holanda, para que no creciese el poder colosal de Luis XIV. Por esto el rey invadió los Países Bajos y se apoderó de las plazas poseídas por los holandeses, y mientras tanto el emperador había provocado una sublevación en Nápoles, que fué sofocada á tiempo, pero que indicó el camino que debía seguirse.

Por eso D. Felipe decide marchar á Italia, y allí comenzada la guerra, toma parte en élla personalmente, y sale herido, lográndose victorias sobre los imperiales, como fueron las de Santa Victoria de Crustolo y la de Luzara, en la que ambos combatientes creyeron haber vencido.

Viéndose crecer el poder de Francia y España, se formó en 1701 la grande alianza de la Haya, en la que Holanda, Inglaterra, Dinamarca y Rusia se pusieron en nuestra contra. Esto dió lugar á que se formasen ejercitos considerables que en Flandes obtuvieron triunfos contra los franceses, y que todas las naciones se alarmasen contra el posible crecimiento del poder de España, desde que Luis XIV no había hecho renunciar á su nieto sus derechos eventuales á la corona de Francia.

Por entonces llegó á Cádiz una escuadra anglo-holandesa, para apoderarse de la plaza, no lográndolo, ni el plan ideado contra D. Felipe, pues que la heróica reina D.ª María Luisa ofreció sus joyas para la guerra, y cundió el entusiasmo entre las tropas, haciendo que los aliados saliesen de España, después de cometer mil tropelías, pero sin lograr sus infames deseos, aunque en Vigo la escuadra enemiga destruyó la flota nuestra que de América nos traía inmensas riquezas.

D. Felipe, en vista de estos sucesos, vino á España y puso en plan de guerra un ejército defendiendo nuestras fronteras. Durante su ausencia, quien verdaderamente llevó la dirección de los negocios públicos fué la princesa de los Ursinos, anulando á Portocarrero y á Arias en el gobierno, y quedándose ella sóla con la reina, directora de los asuntos del Estado.

Por entonces estalló la guerra en Portugal, al amparar al archiduque Carlos, como rey de España, con el nombre de Carlos III. Coincide con esto otras invasiones en nuestro territorio y la entrada de D. Felipe en Portugal, donde una carrera de triunfos coronó sus esfuerzos, volviendo vencedor á Madrid y siendo recibido con grande entusiasmo.

Cuando se celebraban estos triunfos, la escuadra inglesa logró apoderarse por sorpresa de la desguarnecida plaza de Gibraltar, y desde entonces la bandera inglesa ondea en aquellas fortalezas. Los ingleses, que al tomar á Gibraltar prometieron respetar la religión y los bienes de sus habitantes, no cumplieron nada de ello, lo que obligó á tentativas inútiles para recobrar aquella plaza, pero sin resultados, porque fué perdida definitivamente para la monarquía española.

El creciente poder en España, y cerca de la reina, de la princesa de los Ursinos, disgustó notablemente á Luis XIV, que obligó á D. Felipe á hacerla salir de España. Pero élla se dió tal maña con el rey de Francia, que logró volver á su gracia y regresar á España al año siguiente de su destierro.

El archiduque Carlos, contando con el apoyo de sus parciales de

Aragón y Cataluña, que odiaban á los franceses, se presentó en España, saliendo de Lisboa con una gran escuadra anglo-holandesa. No logró penetrar en Cádiz ni en Alicante, como eran sus deseos, por oponerse las tropas de D. Felipe á su desembarco.

Muchas ciudades le defendieron, especialmente de los antiguos reinos de Valencia, Cataluña y Aragón, entre ellas Barcelona, que fué el centro de operaciones y del poder del archiduque. Por eso D. Felipe tuvo que sitiarla, no logrando rendirla por el auxilio extraño que recibieron los sitiados, levantando el sitio y refugiándose en Perpiñán.

En tanto, y mientras la fortuna le era adversa á D. Felipe en Portugal, también la corte se rebelaba en su contra, y en Madrid se proclamaba al archiduque con toda solemnidad. No desmayó por eso el rey, y con varonil entusiasmo, contando con Castilla, Extremadura y Andalucía, se puso en pie de guerra y contra tres ejércitos, y sublevado todo Aragón, Cataluña y Valencia, trató de oponerse á éllos defendiendo sus derechos.

D. Felipe, con sus tropas y las francesas que le auxiliaban, buscó al enemigo, que no aceptó la batalla, pero logró rendir á Madrid, recobrándolo merced al entusiasmo del pueblo sublevado á su favor. Entonces el archiduque, viendo este triunfo, y el odio que empezaba á estallar en su contra, retrocedió hacia Valencia, logrando otras victorias las tropas reales, ganándole Elche y Cartagena, y quedando su partido tan mermado que el rey regresó á la corte, donde fué recibido como vencedor con gran entusiasmo.

La guerra no fué á D. Felipe tan favorable fuera de España, ni en Flandes, ni en Italia, permaneciéndole sólo fiel la Isla de Sicilia. Entonces se perdió toda la Flandes española, y en Italia nos conquistaron los aliados el Piamonte, el Milanesado y Nápoles.

En España seguía la guerra con poco entusiasmo, por parte de las tropas del archiduque, lo que hizo que viendo el duque de Berwick que los enemigos estaban cerca de Almansa les presentó batalla, que fué coronada con un grande triunfo. Aseguida se logró someter á Valencia, Zaragoza y casi toda Cataluña, quedando sólo para los rebeldes tres ciudades en la parte de Levante.

Como castigo á la rebeldía de Valencia y Aragón, se abolieron sus fueros mandando se rigieran por las leyes de Castilla. Y como Játiva había sido la ciudad más entusiasta del archiduque, se la mandó incendiar menos los templos y monasterios, edificando sobre sus ruinas la ciudad de San Felipe, con cuyo solo nombre no logró después ser conocida de todos.

En 1708 siguió la guerra conquistándose á Alcoy y Alicante, y perdiéndo á Orán. No así ocurría fuera de España, pues en los Paises Bajos, nos fué la fortuna adversa y, aunque por parte de Francia se intentó una avenencia, eran tan violentas las condiciones, que la guerra renació con más empeño.

La lucha se hace general, y todo el pueblo rivalizó en sacrificios, organizándose cinco ejércitos en Francia á más de los españoles, al que los aliados opusieron igual número de tropas. Entonces se recrudeció

la guerra de una manera violentísima, y lo que comenzó por representar sólo la sucesión á la corona de España, se trocó en una mortal lucha entre todas las naciones de Europa.

En la frontera francesa se desarrolló la guerra favorable á los aliados, así como en España obtuvimos triunfos, y sufrimos reveses de consideración. En Flandes, aunque ganaron grandes triunfos los partidarios del archiduque, se impidió su entrada en Francia defendiéndose las fronteras de la Alsacia, mientras que en España se ganaba la batalla de Gudiña, y uno y otro ejército se apoderaban respectivamente de las plazas de Balaguer y de Figueras.

Las batallas de Almenara y de Zaragoza fueron derrotas para el ejército real, entrando nuevamente el archiduque en Madrid. Pero don Felipe reunió nuevo ejército, venciendo á los aliados en Brihuega y Villaviciosa, que fueron las que realmente aseguraron el trono á Felipe V.

Con este triunfo y las victorias de Gerona, Morella y otras plazas, se favorece de un modo decisivo la causa de D. Felipe, quedando reducido el poder del archiduque, á poco más de Barcelona y Tarragona.

Por entonces ocurre la muerte del emperador de Alemania, y es elegido el archiduque para sucederle, con lo que los aliados se separan de la guerra ante el temor del gran poder de Austria y España unidas. Y entonces, separada Inglaterra antes que nadie de la alianza contra Francia y España y obteniendo la victoria de Denain contra los aliados, éstos quedaron ya sin fuerzas, y la suerte de la guerra se decidió á favor de D. Felipe.

Consecuencia de estos sucesos fué la paz de Utrech en 1713, á la que siguió la de Radstadt; las que pusieron término á la guerra fuera de España. Por ellas perdimos posesiones que antes nos pertenecían, pero se aseguró para el porvenir la tranquilidad del reino.

Como por el tratado de Utrech los alemanes salieren de Cataluña, los catalanes siguieron por su cuenta defendiendo sus fueros y privilegios hasta que al fin vencidos, se les quitaron todos en 1714. La guerra de Cataluña y el sitio de Barcelona, fueron tenacísimos, durando dos meses, y defendiendo los rebeldes palmo á palmo la ciudad, hasta que franceses y españoles se apoderaron de ella y de Cardona, terminando así aquella sublevación que tanta sangre costó á unos y otros.

Poco antes de la rendición de Barcelona, murió la reina María Luisa de Saboya, causando este suceso en España una general tristeza.

Y por razones de estado, tuvo el rey que contraer á poco en el mismo año de la muerte de su primera esposa, un segundo matrimonio con Isabel Farnesio, sobrina del duque de Parma.

La princesa de los Ursinos cayó de su privanza inmediatamente de celebrado este matrimonio, despidiéndola la nueva reina, que bien pronto ejerció gran influencia en el ánimo de su esposo. La princesa de los Ursinos estuvo un poco tiempo en Francia, Holanda, y otros puntos de Europa, y después de haber representado tan grande papel en la diplomacia, murió obscuramente en Roma en 1722.

El lugar que había ocupado en España la princesa de los Ursinos, lo

ocupó el abate Julio Alberoni, consejero de la reina, cuyos planes fueron desde el principio devolver á España, su antiguo poderío y su predominio en Italia. Como era hombre de grande entendimiento y cultura y de ambiciosas miras, comenzó á desenvolver este plan aconsejando al rey una política de paz por algún tiempo, restaurando la Hacienda y la industria pública, así como la agricultura y la marina nacional, haciendo venir familias extranjeras para introducir en España nuevas fabricaciones, y preparando de este modo nuestro florecimiento general.

De acuerdo con la Santa Sede y bajo falsas promesas de auxiliar la guerra contra los turcos, logró Alberoni el capelo cardenalicio, cambiando sus propósitos después que fué cardenal, convirtiendo sus fuerzas en contra del emperador, apoderándose de la Isla de Cerdeña, y preparando otras expediciones importantes que le hicieron alcanzar grande prestigio en nuestra nación.

Viendo el rey de Francia, que ya era Luis XV bajo la regencia del duque de Orleans, los preparativos de España, formó la triple alianza con Inglaterra y el imperio en nuestra contra. Esto no desconcertó á Alberoni que mandó la expedición á Sicilia y guerreó contra las naciones aliadas, teniendo la desgracia de que nuestra armada fuese derrotada por la inglesa en el canal de Malta, y que nuestras tropas solas contra muchas naciones, sufrieran también por tierra grandes descalabros.

Al fin el rey Felipe V tuvo que desistir de que Alberoni dirigiera los asuntos del Estado, y le mandó salir de la península complaciendo á todas las potencias que así lo exigían. Esta medida censurada por unos, y aplaudida por otros, permitió al rey de España adherirse al tratado de la cuádruple alianza, y firmar la paz de la Haya, por la cual renunciaba á la Sicilia y la Cerdeña.

Ya en 1720, estando el rey sin los cuidados de la guerra, mandó una expedición contra los moros de Marruecos, que bloquearon á Ceuta venciéndolos y salvándose la ciudad de aquel feroz enemigo.

A los cuatro años de este suceso, Felipe V, cansado de los negocios públicos, abdicó la corona en su hijo primogénito Luis, retirándose á descansar de la accidentada vida que hasta entonces había llevado. Este hecho inesperado causó gran sensación en todas las cortes europeas, atribuyéndose tan extraña determinación, al carácter melancólico del monarca, ó tal vez á su deseo de dejar con esta determinación más expedito el camino para poder ceñir si era preciso la corona de Francia.

Fué proclamado rey Luis I, cuando contaba 17 años de edad, siendo recibido con entusiasmo por el pueblo español, que le apellidó el *Bien amado*, y por el que tenía grandes simpatías dado su carácter franco y amable, y el decidido afecto que profesaba á todas las costumbres genuinamente españolas.

Pero aunque el rey padre se había retirado del trono, no así de intervenir con sus consejos en la dirección del gobierno, habiendo de este modo dos cortes y dos partidos, que luchaban por vivir separados, ocasionando esto grandes disgustos, especialmente en los secuaces de don

Luis, que no podían ver tranquilos que todo se disponía en la Granja y nada en el ministerio de Madrid.

En el poco tiempo que D. Luis I fué rey de España, tuvo graves disgustos producidos por la ligereza de su esposa la reina Isabel, educada libremente en la corte de Luis XIV, teniendo necesidad al principio de emplear con ella el enojo y el desvío, después las reconvenciones, y más tarde el castigo severo, hasta que logró desterrar aquellas vivezas pueriles de la reina.

Cuando solo llevaba Luis I siete meses escasos de reinado, murió súbitamente de viruelas malignas, dejando en su testamento el trono á su padre, de quien le había recibido.

En tal estado Felipe V duda en aceptar otra vez el trono, pero al fin lo acepta después de varias consultas, siendo el primer acto de su segundo reinado el reconocimiento de su hijo D. Fernando como sucesor y heredero á la corona.

Y entonces comienza á sonar en España la famosa ley Sálica, importada de Francia, que tanta importancia había de tener en nuestra nación en épocas posteriores.

Queriendo la esposa de Felipe V que su hijo D. Carlos ocupase los ducados de Parma y de Toscana, se valió ella y su esposo para lograr tal fin, (reconciliándose con el emperador) del astuto holandés Barón de Riperdá, que con condiciones grandes de talento y de actividad, y de vacilante fé religiosa, pensó negociar una paz que satisfaciese los deseos de los monarcas españoles.

Al fin se logró el tratado de Viena há mucho tiempo intentado, y por el que aunque se renunciaban los Paises Bajos y la mayor parte de los estados de Italia á favor del emperador, se reconocían sin embargo los derechos eventuales del príncipe D. Carlos á los estados de Toscana, Parma y Placencia. Este tratado disgustó á las potencias de la cuádruple alianza, pero España se vió satisfecha con él, siguiéndonos gobernando Riperdá, que por sus ligerezas proporcionó disgustos diplomáticos y severa actitud de varias naciones en nuestra contra, lo que hizo que el rey exonerase y prendiese á su primer ministro, que pudo huir de España, y que hecho musulmán, (como antes había sido protestante y católico), murió en Marruecos después de mil extrañas aventuras.

Felipe V, que tenía como idea fija la conquista de Gibraltar, puso por segunda vez sitio á esta plaza, no logrando resultado alguno. Este sitio costó muchos hombres y dinero á España, y por mediación de las potencias tuvo que levantarse, no resolviéndose nada sobre el particular en el congreso de Loissón, celebrado al efecto por intervención de las potencias.

Aunque el rey quiso abdicar segunda vez, la reina lo impidió siguiendo ella manejando los negocios públicos y logrando por el tratado de Sevilla el reconocimiento del infante D. Carlos como heredero de Parma y de Toscana. Las potencias tuvieron que consentir en este tratado, por el que 6000 españoles pasaban á Italia á favor de dicho príncipe, que al fin por todos fué acatado como heredero de aquellos esta-

dos, merced á la mediación del rey de Inglaterra y á la gran constancia de la reina de España Isabel Farnesio.

Luego con grande expedición guerrera, se acometió la conquista de Oran, que se logró fácilmente, siendo los héroes de aquella campaña el conde de Montemar y el marqués de Sta. Cruz, que al fin allí perdió la vida.

La sucesión del reino de Polonia complicó la situación de Europa, y excitó la guerra europea, lo que determinó á la reina de España á pensar en la conquista de Nápoles, yendo allí un ejército al mando del infante D. Carlos, que sin obstáculo alguno y aclamado por el pueblo, penetró en la ciudad. Siguen á esto otras conquistas decisivas y el aumento de la guerra general, en la que tuvo necesariamente que intervenir nuestra nación.

Termina esta guerra con la paz de Viena, por lo que D. Carlos fué reconocido rey de Nápoles y de Sicilia, Parma y Plasencia, y la Toscana se daría á Francisco de Lorena. Este arreglo disgustó mucho á Isabel Farnesio, pero no pudo oponerse á tales determinaciones por carecer de elementos y de persona que le ayudara en sus empresas, muerto por entonces su primer ministro D. José Patiño, que fué el consejero más importante de la época de Felipe V.

Deseando Isabel Farnesio colocar en algún trono á su segundo hijo D. Felipe, emprendió la campaña de Italia al mando del duque de Montemar, á quien suceden otros, y en la que desde 1745 que fué la época más gloriosa para nuestras armas, comenzaron nuestros descalabros en dicha empresa, suspendiéndose la guerra por la súbita muerte del rey de España.

También sostuvimos guerra con Inglaterra á propósito del comercio de América, y por el abusivo derecho de visita á nuestras naves por los ingleses, rompiéndose las hostilidades entre ambos paises, siéndonos la fortuna favorable, no logrando apoderarse la gran Bretaña de la Isla de Cuba como quería, y teniendo que suspender las expediciones militares.

La amistad de España y la Santa Sede en el reinado de Felipe V, se rompió por haber reconocido el pontífice al archiduque como rey, originando esto que saliese el Nuncio de España, agriándose las relaciones entre ambas potestades, llegándose al fin á una avenencia por mediación de Alberoni, quien fué causa más tarde de que otra vez se rompiese la correspondencia entre España y el Papa, y se retirara el Nuncio de Madrid.

En medio de esta situación tirante entre España y Roma, tuvimos un arreglo por una especie de concordia, mal llamada concordato, por la que se restablecía el comercio entre nuestra nación y la corte del pontífice, y las relaciones espirituales volvían á estar como antes de la ruptura.

Pero en este tiempo el regalismo se enseñoreó de la monarquía hasta el punto de querer subordinar al monarca la libertad de la iglesia avasallando las conciencias y pretendiendo que la absoluta soberanía del rey estaba por encima de todo.

En tiempo de Felipe V se fundó la Real Academia Española, la de la

Historia, la de Medicina, la Biblioteca Nacional, y el Seminario de Nobles de Madrid.

Víctima de una apoplegía, murió Felipe V el 9 de Julio de 1746, cuando contaba 66 años de edad y 46 de reinado.

Crítica.—La influencia francesa é italiana en España, se explica perfectamente, teniendo en cuenta que la princesa de los Ursinos primero, y la reina Isabel Farnesio después, implantaron cada una por su parte las reformas, gusto y modificaciones, que de Francia é Italia trajeran respectivamente á nuestra nación.

La princesa de los Ursinos, juzgada ante la Historia, merece crítica imparcial, pues que aunque á su capricho y por la influencia que ejercía con la reina María Luisa de Saboya, disponía de todo en la nación, hay que reconocer que con su talento y dotes políticas, logró implantar en España utilísimas reformas.

Han sido muy discutidos los derechos del archiduque Carlos á la corona de España, pero la guerra de sucesión que afianzó en el trono á Felipe V, y las vacilaciones de la corte romana protegiendo primero al nieto de Luis XIV, y reconociendo luego al archiduque como rey de nuestra nación, prueban que no estaban muy aclarados los derechos de uno y otro, aunque la continuación de la Casa de Austria, hubiera sido quizá perjudicial á nuestra patria, dada la decadencia á que llegó en sus últimos tiempos; y la implantación de la dinastía borbónica entre nosotros, vino á simbolizar á hombres nuevos é ideas nuevas, que mejoraron el bienestar del país.

Se ha censurado mucho á Felipe V, porque abdicara la corona en su hijo Luis I, sin causa que lo justificara, y después la aceptara nuevamente á la muerte de su hijo; pero esto no tiene nada de censurable, toda vez que el estado de ánimo del monarca, en determinado período de su vida, fué quien le llevó á tomar tal determinación; y la aceptación del trono muerto su hijo, nada tiene de censurable, pues que él lo rechazó desde el principio, á pesar de determinarse así en el testamento de Luis I, y sólo por el favorable dictámen de la consulta á que sometió este caso, del consejo de Castilla y los teólogos, fué como volvió á reinar en España.

El carácter del rey era franco y expresivo, de gran capacidad y con cariño á España y sus costumbres; aunque tuvo la desgracia por su indolencia y apatía, de ser esclavo de sus dos mujeres, pero oportuno para escoger ministros de hermosas virtudes domésticas, y protector de las letras y las artes.

LECCIÓN 68.

REINADO DE FERNANDO VI.

Reinado de Fernando VI.—Carácter de este Rey.—Doña Bárbara de Braganza.—Primeros actos de este reinado.—Deseos de paz del monarca.—Se retiran de Italia las tropas españolas.—Insurrección de Génova contra los imperiales.—Los ejércitos borbónicos penetran de nuevo en la Península.—Ultimas operaciones de la guerra.—Tratos entre España é Inglaterra.—Conferencias de Breda.—Tratado de Aquisgrán.—El infante D. Felipe, duque de Parma, Plasencia y Guastalla.—Tratado particular entre España é Inglaterra.—Los ministros Carvajal y el marqués de la Ensenada.—El padre Ravágo.—Farinelli.—Inglaterra y Francia en la Corte de Madrid.—Desvío entre España y Francia.—Tratado de Aranjuez.—Carlos de Nápoles y Felipe de Parma se unen con Francia.—Ocupaciones pacíficas del Gobierno español.—D. Fernando VI y la Santa Sede:—Concordato de 1753.—Muerte del ministro Carvajal.—Reformas interiores del reino.—Ministerio de D. Ricardo Wall.—Cambio de colonias entre España y Portugal.—Destrucción de las misiones del Paraguay.—Ataques contra Ensenada y su caída.—Su prisión y destierro.—Neutralidad de España.—Terremotos en nuestra nación.—Guerra de los siete años.—Los franceses conquistan á Menorca.—Fernando VI mantiene su sistema de neutralidad, á pesar de los ofrecimientos de Francia é Inglaterra.—Muerte de la reina D.ª Bárbara de Braganza.—Profundo dolor del Rey.—Se retira á Villaviciosa.—Su enfermedad y su muerte.—Portugal.—Pedro II sucede á Alfonso VI.—Tratado de Mathuen.—Juan V.—Sus relaciones con la iglesia.—Sus fundaciones.= *Crítica.*—Carácter particular del rey D. Fernando VI.—Juicio acerca de sus principales ministros.—Bienestar general en la nación durante el reinado de Fernando VI.—Justicia del dictado de *prudente* con que lo califica la Historia.

El reinado de Fernando VI en España dura 13 años, comprendiendo desde 1746 en que sucede á su padre Felipe V, hasta 1759 en que muere dicho monarca.

Era Fernando VI hijo de Felipe V, y de su primera mujer María Luisa de Saboya, teniendo un carácter honrado y justo, aunque carecía de grande entendimiento. A los 34 años comenzó á reinar, y teniendo el instinto de lo bueno y de lo recto, y arraigado el amor á la paz y á la justicia, fué uno de los mejores monarcas que ha tenido España.

Mucho ayudó al rey durante su gobierno, su esposa D.ª Bárbara de Braganza, hija del rey de Portugal, que ejerció una influencia notabilísima cerca de su marido. Identificada en absoluto con él, con hermosura moral, ya que carecía de belleza física, estuvo siempre inclinada á la paz, y fué un estímulo constante para que se realizasen en España las beneficiosas reformas de este reinado.

Los primeros actos como rey de Fernando VI, anunciaron la bondad de su carácter, confirmando las donaciones hechas á su madrastra, y dejando en sus cargos á los ministros de su padre. Por eso permitió

á Isabel de Farnesio que conservara el palacio de San Ildefonso, y dejó á los marqueses de Villarias y de la Ensenada, en el desempeño de los ministerios que tenían en tiempo de Felipe V.

Los deseos de paz de este monarca se manifestaron desde el principio, indultando á desertores y contrabandistas, y queriendo que cesaran las guerras y se aumentaran las obras en beneficio público. Deploraba los gastos hechos para asegurar el patrimonio de los hijos de Isabel, habiéndose aumentado por este motivo la deuda pública.

Aunque quiso sostener los compromisos con Francia, á propósito de la guerra de Italia, aprovechando los tratos de aquella nación con Holanda, dió orden de que se retiraran las tropas españolas de Italia.

Habiendo caído Génova en poder de los austriacos, estalló en la ciudad una gran sublevación en contra de los invasores, hasta que fueron expulsados de ella.

Esto obligó á los ejércitos borbónicos, á penetrar de nuevo en la península italiana, siendo derrotados los austriacos por éstos, y levantado el sitio de Génova en 1747.

Habiendo comenzado la campaña en el Piamonte, después de estos sucesos, se redujeron las últimas operaciones de la guerra, á la conquista y pérdida de varias plazas, sin que ocurrieran otros sucesos importantes.

Siguiendo los ingleses sus tentativas contra la Isla de Cuba, y los imperiales sus pretenciones en Italia, hubo que defenderse de unos y de otros, y deseando todos la paz, empezaron los tratos entre España é Inglaterra con este objeto.

Al efecto, después de cruzarse entre los gobiernos varias proposiciones, se celebraron las conferencias de Breda, en las que estuvo España representada por D. Melchor de Macanáz, sirviendo la corte de Portugal, como mediadora en las negociaciones de paz.

Al fin se firmó el tratado de paz de Aquisgrán en 1748 entre España, Francia, Inglaterra, el emperador, Cerdeña, las provincias unidas, el duque de Módena y la república de Génova.

Como consecuencia del tratado de Aquisgrán, se cedió Parma, Plasencia y Guastalla al infante D. Felipe, con títulos de ducados. Y con cláusula de reversión á las casas de Austria y de Cerdeña, en caso de morir sin hijos varones, ó de heredar el reino de España ó el de Nápoles.

Al año siguiente se celebró un tratado particular entre España é Inglaterra, á virtud del cual aquélla pagaba á ésta una indemnización, destinada á la Compañía del Sur. Concediéndose otras ventajas á los ingleses, en lo concerniente á la navegación y comercio de ellos en nuestros puertos.

Ya entonces dedicóse el rey á los negocios interiores, manteniendo la neutralidad entre Francia é Inglaterra, y promoviendo reformas que aseguraban la pública riqueza, merced á las acertadas condiciones de sus dos grandes ministros, Carvajal y el marqués de la Ensenada. El primero, hijo del duque de Linares, de gran probidad y excesiva modestia, formaba contraste con el lujo y obstentación del segundo, es-

tando equilibrados además hasta en sus afectos, siendo entusiasta el uno de Inglaterra, y ardiente partidario el otro de Francia.

El confesor del rey, padre Ravago, prestó señaladísimos servicios á la justa política iniciada por el monarca. Era este jesuita con muy buenas intenciones y con tacto exquisito, para rodearse de personas entendidas en los asuntos que él desconocía, y hacer después que don Fernando influido por sus consejos, tomara sabias determinaciones.

Auxilió también á éste en tan hermosa empresa, el músico napolitano Carlos Broschi, conocido por Farinelli, que traído á Madrid por Isabel Farnesio, para distraer la melancolía de Felipe V por medio de la música, siguió después y con grande valimiento en la corte de Fernando VI. Pero Farinelli fué un hombre modestísimo, que teniendo altísima influencia en la corte, jamás se desvaneció con los altos honores que le concedió el rey, entre ellos el hábito de Calatrava, no aprovechándose de nada nunca en beneficio propio, sino aprovechándolo todo para el bien público, siendo en toda ocasión sencillo y modesto, y burlándose de los orgullosos que sin ser nada, habían subido muy alto por los azares de la caprichosa fortuna.

Inglaterra y Francia, diariamente estaban en sorda lucha en la corte de España, aprovechando la rivalidad que existía entre Carvajal y Ensenada. Los diplomáticos no escaseaban sus recursos, para atraer á nuestra corte á su partido, convirtiéndose nuestra nación en foco de intrigas y maquinaciones, que prueban bien claro lo que valíamos entonces, cuando tanto se nos solicitaba.

En tanto cada día aumentaba más el desvío entre España y Francia, pues que el rey Fernando quería á todo trance, sacudir la especie de tutela en que habíamos vivido, con respecto á nuestros vecinos de allende los Pirineos. Por otra parte quería mantener intacta la neutralidad de Italia, para que sus hermanos conservaran sus Estados, entablando secretos manejos diplomáticos, para lograr tales fines.

Resultado de ellos fué el tratado de Aranjuez, celebrado en 1752, que se concertó con la emperatriz de Austria y su marido, como gran duque de Toscana, sin contar para ello en nada con la Francia, y por el que ambas partes se comprometían á mantener la neutralidad de Italia, cumpliendo los pactos de Aquisgrán, y determinándose el número de hombres que cada una de las partes contratantes, había de afrontar para sostener el sosiego de Italia.

Aunque el rey de Cerdeña admitió solemnemente el tratado de Aranjuez, Carlos de Nápoles se opuso á su aceptación, por considerar lastimados los derechos de sus hijos; así como Felipe de Parma, que casado con una hija del rey cristianísimo, se unieron á Francia en contra de lo pactado en el anterior tratado.

Por entonces España no tenía más que ocupaciones pacíficas, merced al sosiego en que reposaba, dedicándose el rey á abrir canales de riego, fomentar la agricultura y la industria, así como la marina nacional, y variándose los tributos, aumentándose las rentas públicas de modo extraordinario, atrayéndose sabios á Madrid de otras naciones, y dedicándose sólo al bienestar nacional.

También se aprovechó este período de sosiego, para poner fin á las contiendas que existían entre España y la Santa Sede, en materias de jurisdicción y en cuestiones sobre derecho del regio patronato. Por eso se pensó en modificar el convenio de 1737, siguiendo las negociaciones, hasta lograr una avenencia entre ambas potestades.

Al fin se firmó el concordato de 1753, redactado por el papa Benedicto XIV, por el que se reconoció en definitiva, el derecho de patronato de los reyes de España, y se reservó la curia romana la libre provisión de cincuenta y dos cargos eclesiásticos.

Aumentándose la rivalidad entre Francia é Inglaterra, y temiendo una nueva guerra, se quizo que España entrase en el pacto de familia, lo que cautelosamente rechazó el ministro Carvajal, hasta que en 1754 murió éste, dejando sin inmediato rival al marqués de la Ensenada, y pensando en quién había de sucederle.

Por entonces se realizan reformas interiores en España, lográndose que la Hacienda llegase á una situación tan desahogada, que se asegura hubo necesidad de apuntalar las arcas del tesoro por el excesivo numerario que contenían.

Para sustituir á Carvajal, fué nombrado ministro D. Ricardo Wall, representante en España de la causa de Inglaterra, y que simbolizando principios anti-religiosos y contrarios al catolicismo y españolismo del marqués de la Ensenada, fué el primero que desde las altas esferas del poder, introdujo entre nosotros las ideas jansenistas y de la enciclopedia, que más tarde se propagan en nuestra nación.

Desde el principio fueron ambos ministros enemigos, tomándose por pretexto el cambio propuesto á España por el gobierno portugués de la Colonia del Sacramento en el río de la Plata, por las misiones del Uruguay pertenecientes al Paraguay, y por la provincia de Tuy en Galicia. Esto produjo un levantamiento de los indios del Uruguay, cuya inspiración se atribuyó á los jesuitas, y una solemne protesta del rey de Nápoles D. Cárlos, por no contarse con él para verificar tal tratado que al fin se llevó á cabo en un convenio secreto.

Como esto perjudicara tanto á aquellos estados, el capitán general y los jesuitas de Buenos Aires y del Paraguay, representaron al rey contra tal medida, lo que no fué oído por el monarca á causa de los consejos de su primer ministro, y tropas españolas y portuguesas, destruyeron las misiones del Paraguay, bajo el falso pretesto de que aquel estado quería proclamarse en imperio independiente bajo la jefatura de un lego de la compañía con el título de Nicolás I. Todo esto fué obra de un infame libelo del marqués de Pombal, ministro del rey de Portugal, enemigo declarado de los jesuitas, é interesado en que prosperara la permuta de las anteriores colonias.

Tales sucesos trajeron consigo el que se dirigieran grandes ataques contra Ensenada, acusándole de connivencia en todos estos secretos manejos y de haber participado al rey de Nápoles lo convenido, acerca de la colonia del Sacramento, hasta que sus enemigos lograron cayese del poder.

No contentos éstos, se apoderaron de su casa y correspondencia, le

procesaron, le confiscaron sus bienes, y se le desterró á Granada en 1754, concediéndosele una pensión de 12000 escudos, para que de este modo pudiese sostene decorosamente la dignidad del Toisón de oro. Después de esto cayeron todos los amigos de Ensenada, entre ellos el padre Ravago.

Habiendo estallado la guerra entre Inglaterra y Francia, y queriendo ambas naciones atraerse á España para tenerla como auxiliar, el rey Fernando VI con muy buen acuerdo, permaneció neutral en la contienda, no lográndose nada con las influencias que se pusieron en juego, especialmente por Francia, y cerca de Farinelli, que con grande dignidad costestó al Embajador de aquella nación, que él era músico y no diplomático para mezclarse en la contienda.

En 1756 ocurrieron grandes terremotos en Andalucía, Galicia y Portugal, pereciendo en Lisboa más de 10,000 personas, y mandando el rey comisionados para que socorriesen á las víctimas de tantas desgracias como produjeron entonces aquellas espantosas trepidaciones de la tierra.

Pero la guerra siguió entre Francia é Inglaterra, y duró 7 años, ocasionando alianzas por una y otra parte, y en la que España se mantuvo completamente neutral, así como Holanda y Dinamarca que aceptaron tal aptitud.

Los franceses conquistan la isla de Menorca por una expedición marítima dirigida por el mariscal Richelieu, arrojando de allí á la guarnición inglesa, y sin que pudiera ser socorrida por otras fuerzas de aquella nación que iban en su auxilio, y que fué detenida por la armada francesa.

Entonces Francia vuelve á hacer grandes ofrecimientos á nuestra nación, prometiendo no sólo entregarnos esta isla conquistada, sino también colocar al infante D. Felipe en el Trono de Polonia, que muy en breve había de vacar. Pero ninguna de estas ofertas, hizo variar al rey Fernando VI en su sistema de neutralidad, á pesar de que la reina Isabel Farnesio y algunos altos cortesanos, opinaban porque debían aceptarse tan deslumbradores ofrecimientos.

En Agosto de 1758, la reina D.ª Bárbara de Braganza, murió en Aranjuez á consecuencia de crónica enfermedad, con cristiana resignación y grande piedad, en medio de los crueles dolores que le producían su pertinaz dolencia. Su cadáver fué sepultado en el monasterio de las Salesas Reales de Madrid, que ella había fundado, y donde por encargo suyo se había construído su sepulcro.

Tal suceso despertó en el rey tan profundo dolor y excitó tanto su habitual melancolía, que desde aquel momento murió moralmente, preparando con la vida especial que hacía y el abatimiento que le dominaba su próxima muerte material.

Retiróse á su palacio de Villaviciosa de Odón, y allí presa de grandes arrebatos, durmiendo en pobre cama, abandonando los negocios públicos, llegó su cuerpo á una completa extenuación, que en vano trataban de atajar los consejos de los médicos y de los más íntimos de su casa.

Al fin la extenuación anunciada, se convirtió en verdaderos ataques de alferesía, muriendo en 10 de Agosto de 1759, al año escaso de haber fallecido su amada esposa. También se le enterró en el monasterio de las Salesas Reales, dejando por heredero del trono de España á don Carlos, rey de Nápoles, y como regente del reino, hasta que él viniese, á la viuda de Felipe V, Isabel de Farnesio.

En Portugal hay que conocer ahora los sucesos realizados desde 1683 hasta 1750, ó sea desde la proclamación de Pedro I, hasta la muerte de Juan V.

Pedro I sucede á Alfonso VI como hermano suyo, aliándose á Francia al principio cuando la guerra de sucesión española, y después al Austria, no sacando ventajas ningunas de esta vacilante aptitud, por la paz de Utrech.

En su tiempo se celebró el tratado comercial de Mathuen entre Portugal é Inglaterra en 1705, y por el que la nación lusitana vino casi á ser una colonia de la absorbente y orgullosa Inglaterra.

A este monarca sucede Juan V, que dirigió acertadamente la nación portuguesa desde 1706 á 1750.

Fué hijo sumiso de la iglesia católica; siempre fueron cordialísimas sus relaciones con la Santa Sede, y el Papa, como premio á sus virtudes y lealtad, le concedió el dictado de fidelísimo.

Son fundaciones suyas en Portugal, la Academia Nacional y de la Historia, el convento de Máfra, y el Acueducto de Lisboa.

Crítica.=Del carácter particular del rey Fernando VI, y del modo acertado como dirigió la nación española, puede formarse un juicio muy lisonjero, diciendo que fué uno de los reinados más felices y pacíficos de España, y un monarca por todos reconocido como un verdadero padre de su pueblo, y un celoso administrador de sus Estados.

También sus ministros Carvajal, Ensenada y Wall, merecen juicio particularísimo, siendo sumamente honrados, religiosos y de grande amor á España los dos primeros y el tercero anti-religioso, poco afecto á la tradición española, y vendido torpemente á Inglaterra.

Durante el reinado de Fernando VI, se disfrutó en la nación de un bienestar general, pues que debido á su afán de no guerrear, y a su no interrumpida neutralidad, logróse el restablecimiento y aumento de la riqueza pública, y que aumentaran también de modo considerable el comercio, la industria y todos los intereses de la nación.

Con justicia mereció este monarca el dictado de Prudente, con que le califica la Historia, pues que su afán de no guerrear, no trajo desprestigios ningunos á nuestra nación, y en cambio procuró á los españoles todos los bienes que los hijos pueden prometerse de un padre cariñoso y amante de su prosperidad, gobernando honrada y cristianamente los dilatados estados de la nación española.

LECCIÓN 69

REINADO DE CARLOS III

Reinado de Carlos III.—Proclamación de este monarca.—Es el más importante de los príncipes reformistas.—Estado á que habían reducido la Europa las contiendas por la dominación universal.—Gobierno de Carlos III en Nápoles.—Su llegada á España y primeros actos de su reinado.—Muerte de la Reina.—Su corte.—Acertadas disposiciones con que inaugura en España su Gobierno.—Pacto de familia.—Guerra con Portugal.—Guerra con Inglaterra.—Paz de Paris.—Grimaldi y las posesiones americanas.—El motín de Esquilache y su caida.—El Conde de Aranda.—La conspiración anti-católica en Europa.—Expulsión de los jesuitas en España.—Extinción de la Compañía de Jesús.—Incorporación de la Luisiana.—Amagos de guerra.—Caída de Aranda.—Guerra con los berberiscos.—Sitio de Melilla.—Desgraciada expedición á Argel.—Guerra con Portugal.—Floridablanca.—Guerra de los Estados Unidos.—Intervención de Francia y España.—La Armada franco-española.—Bloqueo de Gibraltar.—Guerra en la América española.—Reconquista de Menorca.—Sitio de Gibraltar.—Tratado de Versalles.—Sublevación de las colonias españolas.—Tratado con los turcos.—Los piratas argelinos, y D. Antonio Barceló.—Reformas del tiempo de D. Carlos III.—Tratado de la honra y deshonra legal, y resultado que produce.—Colonización de Sierra Morena.—Disposiciones sobre los gitanos.—Creación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, y sus humanitarios fines.—La Junta de Damas.—La industria y el comercio.—Las obras públicas.—La administración.—La Beneficencia.—La Instrucción pública.—Su estado.—Su reforma.—Los colegios mayores.—El Ejército y la Marina.—La Junta de Estado.—Intrigas contra Floridablanca.—Proyecto de Aranda acerca de América.—Relaciones de Carlos III con la Santa Sede.—Iniciación de la desamortización civil y eclesiástica.—Últimos días de Carlos III.—Su muerte.—Portugal.—Reinado de José I.—Sus reformas.—Odio á los jesuitas.—*Crítica.*—Carácter de Carlos III.—Juicio sobre sus ministros.—Política de Carlos III.—Prosperidad material de España durante su reinado.—Las Sociedades Económicas juzgadas imparcialmente en su nacimiento y en la actualidad.—Crítica acerca de la expulsión de los jesuitas.—Carlos III y la Santa Sede.—Juicio sobre el principio de la influencia enciclopedista francesa en España.

El reinado particular de Carlos III en España comprende 29 años, ó sea, desde 1759 en que sucede á su hermano Fernando VI, que no había dejado sucesión, hasta 1788 en que tiene lugar la muerte de este rey.

Era Carlos rey de Nápoles y siendo el hijo mayor del segundo matrimonio de Felipe V, fué proclamado en Madrid como rey de España, encargándose de la regencia del reino á su anciana madre, mientras venía á posesionarse del trono.

Este rey es el más importante de los príncipes reformistas, por que atento más que nada al bienestar de la nación, dedicó á ello toda su atención, procurando en cuanto pudo, hacer que España prosperase en su vida interior.

Y esto lo hizo, no sólo porque comprendía que su pueblo únicamente

podía engrandecerse, por las reformas en el orden interior y económico, sino también porque tenía muy presente, el estado á que habían reducido á la Europa, las contiendas por la dominación universal, las guerras emprendidas con este motivo y el poco favorable resultado que al mezclarnos en ellas, habíamos sacado en épocas anteriores.

El gobierno de Carlos III en Nápoles había sido acertadísimo, haciendo de aquel ruinoso Estado, una nación rica y floreciente, dejando allí muy buenos recuerdos y siendo despedido con inmenso dolor por todos sus súbditos, no sin que antes, teniendo en cuenta el grado de imbecilidad de su primogénito Felipe, hiciese proclamar á su tercer hijo Fernando, como rey de Nápoles, reservando á su segundo hijo Carlos, la sucesión en el trono de España.

La llegada de Carlos III á nuestra nación, fué acogida con entusiasmo lo mismo en Barcelona que en Madrid, así como los primeros actos de su reinado, que todos demostraron la rectitud de su carácter, y que había de ser un rey muy amante de su pueblo. A los catalanes les restituyó algunos de sus privilegios, respetó los ministros de su hermano, aunque nombró para el departamento de Hacienda, al siciliano marqués de Esquilache, convocó Cortes generales del reino, en la que fué jurado príncipe de Asturias su hijo Carlos, y donde por su iniciativa y fervor especialísimo á la Santísima Virgen, se acordó tomar por patrona de España y de sus Indias, á la Inmaculada Concepción.

A poco de reinar, murió su esposa María Amalia de Sajonia, causando este suceso tan extraordinario pesar en el ánimo del rey, que resolvió á pesar de tener sólo 43 años, no volver á contraer otras nupcias, permaneciendo viudo el resto de su vida.

La corte de Carlos III en nuestra nación, estaba influída por los que se apellidaban filósofos, y que prestaron grande influencia á las reformas de este reinado, aunque dejando sentir sus opiniones avanzadas en religión é instituciones eclesiásticas; lo que contrastaba notablemente, con la bondad de carácter, recta conciencia y acendrada piedad del monarca, que no teniendo grande instrucción, ni clarísimo entendimiento, se dejó influir por su primer ministro traído de Nápoles, Bernardo Tanucci, y por Aranda, Campomanes y otros españoles, creyendo de buena fe, que siguiendo sus consejos, mejoraba cada vez más la situación del reino.

Las primeras disposiciones conque inauguró su gobierno en España, fueron muy acertadas, encaminándose todas á velar por las costumbres públicas, y por el ornato é higiene de las poblaciones. Así es, que prohibió las representaciones obscenas en los teatros, el uso de armas blancas y de fuego, el de los embozos que ocultaban los criminales, empedrando, embaldosando y alumbrando á Madrid, para el que también creó un cuerpo de vigilancia especial.

Atento al respeto que profesaba á su raza, firmó el pacto de familia en 1761, por el que Francia y España se unían, considerando á cualquiera nación enemiga de una de ellas, como enemiga de las dos. Esto lo hizo Carlos III, por el odio que profesaba á Inglaterra, y por el respeto que le inspiraba el jefe de su casa Luis XV, siendo funesto para

España, que estaba en paz y que bien pronto tuvo que sostener guerras, en cumplimiento de este tratado.

Consecuencia del pacto de familia, fué el que tuviéramos que intervenir en guerra con Portugal, por haberse negado esta nación á firmar aquel tratado, entrando un ejército español en Portugal y apoderándose de varias plazas, lo que despertó las iras de Inglaterra, que acudió á socorrer á sus aliados los lusitanos, y en cuya guerra, dirigida por el conde de Aranda, no sacamos los frutos que esperaba el rey y que eran de suponer, dados los primeros triunfos de dicha campaña.

En tanto, Inglaterra quiso vengar nuestra intervención en sus disensiones con Francia, y con poderosa escuadra, se apoderó primero de la ciudad de la Habana en la isla de Cuba, y después de Manila en Filipinas. No bastó la heróica defensa de nuestros generales, que alguno de ellos perdió la vida en aquellas apartadas regiones, defendiendo nuestro honor y nuestro derecho, pues que el desastre por entonces fué completo, únicamente compensado en parte, por la conquista que nosotros hicimos de la colonia del Sacramento.

Tales sucesos hicieron comprender á los contendientes la necesidad de la paz, que al fin se otorgó en París en Febrero de 1763, con mútuas concesiones de las partes contendientes. Por ella, á cambio de recobrar Manila y la Habana, cedimos la Florida Occidental á los ingleses, y la colonia del Sacramento á los portugueses, desprendiéndose también Francia de otras posesiones, en aras de la paz.

El italiano marqués de Grimaldi, sucede á Wall en el ministerio, y dicta acertadísimas mejoras para las posesiones americanas, que si para algunos merecieron censuras, el beneficio para la nación fué inmediato y de grandes resultados. Se crearon visitadores para inspeccionar la administración de las Indias, así como un cuerpo especial de Correos para aquellas posesiones, y unas milicias armadas que las defendiesen, lográndose á poco de implantarse tales medidas, que aumentasen considerablemente los rendimientos de aquellos países.

El marqués de Esquilache, que desconocía los usos y costumbres de España, trató de variar el traje de los españoles, lo que produjo el motín de capas y sombreros, y la caída del ministro. No tenía buena fama Esquilache, pues se le acusaba de comerciar con todo, y anduvo muy desacertado, al querer sustituir la antigua capa larga española, y el sombrero de alas anchas, por el de tres picos y la capa corta, llegando á tomar el motín popular de 23 de Marzo de 1766, grandes proporciones, á los gritos de *Viva el rey, Viva España* y *Muera Esquilache,* cuya casa saquearon las turbas, huyendo el rey á Aranjuez, temiendo mayores desmanes y destituyendo al ministro, que fué sustituído por el conde de Aranda.

Por entonces comenzó la conjuración anticatólica de Europa, que tomó por blanco de sus iras á los jesuitas, atribuyéndoles falsamente intentos de regicidios, y ser también causa de los frecuentes motines, de las diversas provincias españolas. Dominado el Gobierno español por el conde de Aranda, afiliado á la filosofía escéptica y sectario de las doctrinas de la enciclopedia, dictó severas medidas y con amañado

proceso, formuló cargos contra jesuitas, sacerdotes y personas piadosas afectas á ellos, expulsándose á muchos de la corte, y preparándose otras disposiciones de rigor, siguiendo así la doctrina de los ministros de todas las cortes borbónicas, que descaradamente se pusieron en frente de los ministros de la religión.

Expulsados los jesuitas de Portugal y de Francia, por amañados procesos, se verificó la expulsión de ellos en España, á virtud de órdenes reservadas, en Abril de 1767, saliendo todos al mismo tiempo de los dominios españoles. Esta labor la prepararon el conde de Aranda, el de Floridablanca y Campomanes, haciendo comprender al monarca que eran sus enemigos, y cayendo en el lazo Carlos III, decretándose la expulsión de todos hasta el número de 6,000, que resignados así en España como en América acataron la orden, habiendo entre ellos muchos ancianos, enfermos y moribundos, llevándoseles á Córcega y después estableciéndose en los estados pontificios.

No contentos con esto los enemigos de la Compañía de Jesús, pidieron su extinción, lo que al fin lograron por bula del Papa Clemente XIV, en 1769. Del marqués de Pombal ministro de Portugal, partió la idea, que fué acogida con entusiasmo, por los enemigos que tenía la Orden en España, y sobre todo, por el conde de Floridablanca, que de hijo de un modesto escribano de Murcia, había llegado á ministro, y entonces era embajador en Roma y que fué el verdadero verdugo del Pontífice, obligándole bajo amenazas de desórdenes y de cismas, á que firmase la Bula de expulsión.

Otros sucesos ocurrieron durante el ministerio del conde de Aranda, entre ellos la incorporación de la Luisiana, que habíamos tomado en anteriores guerras, en compensación de la Florida. No queriendo los habitantes de aquella región someterse á nosotros, se insurreccionaron lográndose al fin dominarlos por la fuerza de las armas.

Por la posesión de las islas Malvinas y la intervención en este asunto de Francia é Inglaterra, así como otros de carácter comercial, hubo amagos de guerra, que al fin no se formalizó, viniéndose á un arreglo en Enero de 1771. Según él, tuvimos la desgracia de restituir la referida islas á los ingleses, y firmar declaraciones nada decorosas, que hicieron estallar grande discrepancia en el ministerio español, entre Aranda y Grimaldi.

Venciendo el parecer del ministro italiano, que opinaba no debía lucharse contra Inglaterra, se hicieron incompatibles ambos ministros, cayendo Aranda del poder por solicitud propia, y siendo nombrado embajador en París.

Los berberiscos siempre estuvieron acechando ocasión de hostilizar á España, atacando contínuamente nuestras plazas fronterizas, y obligándonos á estar en guerra más ó menos formal con ellos, para contener sus incursiones.

Pero lo que hizo aumentarlas, fué el sitio que á la plaza de Melilla puso el emperador de Marruecos, en Diciembre de 1764. Mas la plaza se defendió heróicamente y con auxilio de una escuadra, tuvieron los africanos que levantar el sitio, así como el que habían puesto á Alhu-

comas, y al Peñón de Vélez de la Gomera, pidiendo una paz incondicional, después de sufrir grandes pérdidas.

No así fué afortunada nuestra expedición á Árgel, donde perecieron 1,500 españoles sin gloria alguna. Y es que Carlos III, alentado con los triunfos contra los berberiscos, dispuso con gran desconocimiento de causa esta expedición, al mando del inexperto general O'Reilly, que sin tener en cuenta las posiciones ventajosísimas de los moros, y en medio de los ardores de aquel clima abrasador, acometió á éstos, para ser completamente derrotado.

Por entonces, los portugueses tomaron varias fortalezas nuestras en Buenos-Aires, lo que nos obligó á acometerles y hacer nuestra la isla de Santa Catalina y la colonia del Sacramento. Todos creían que continuaría la guerra, que nos iba siendo favorable, pero habiendo sucedido en el trono lusitano la reina María I, ésta solicitó la paz, que se firmó en S. Ildefonso, y por la que sólo obtuvimos como consecuencia de aquella guerra, la colonia del Sacramento.

La desgraciada expedición á Argel, y el poco fruto que sacamos de la guerra de Portugal, determinaron la caída de Grimaldi, y su sustitución por D. José Moñino, que como premio á sus trabajos en Roma, para lograr la extinción de la Compañía de Jesús, se le había hecho conde de Floridablanca.

En 1774 comenzó en los Estados Unidos del Norte de América, la guerra por su independencia contra los ingleses, siendo el jefe de ella Jorge Washington, lográndose al fin, la independencia absoluta de aquellos estados, que ya comenzaban á demostrar su orgullo y ambiciones, nacidas de la importancia de su comercio y de su industria, y que rebeldes entonces á Inglaterra, de donde procedían, habían de apoderarse más tarde, por el imperio de la fuerza y contra toda ley, de otras posesiones extrañas, y en la actualidad de nuestras Antillas (Cuba y Puerto Rico) y las Islas Filipinas.

Con motivo de esta guerra, Francia se puso al lado de los americanos, y España contra la aparente neutralidad de Carlos III, siguió iguales derroteros. Esto fué solo por el amor á Francia y el odio á Inglatera, siendo en nosotros una gran torpeza, pues teniendo en América un gran imperio colonial, se vislumbraba las fatales consecuencias de esta empresa imprudente, cuya confirmación se ha visto tristemente realizada al cabo de poco más de un siglo.

Consecuencia de la alianza franco-española contra los ingleses, fué el marchar una armada de españoles y franceses contra Inglaterra, que sin desembarcar en la Gran Bretaña y casi sin combatir, regresó en 1779, diezmada su tripulación por crueles enfermedades.

Entonces se intentó bloquear á Gibraltar por mar y por tierra, sin resultado alguno, pues la victoria alcanzada por una gran escuadra inglesa que vino á socorrerles, destruyó todos los planes de franceses y españoles. De este suceso fué culpable Francia, que no mandó los refuerzos prometidos, lo que disgustó notablemente á Carlos III, que demostró á la nación vecina los justificados motivos de su resentimiento.

En la América española tuvimos también guerra por entonces, que nos fué favorable, y que ocasionó grandes pérdidas á los ingleses. En efecto, invadimos la Florida apoderándonos de varias plazas, hasta quedar todo el territorio por nosotros, logrando también otras victorias de importancia en Guatemala y en Honduras.

La suerte nos favoreció también, reconquistando la Isla de Menorca en 1782, que al cabo de 74 años de extraño yugo, volvió á nuestra dominación. El duque de Crillón, general francés al servicio de España, fué el jefe afortunado de esta atrevida empresa, logrando sorprender á la guarnición, y que al fin se rindieran los ingleses y abandonaran toda la isla.

La idea de tomar á Gibraltar no se abandonó por España, y después de la reconquista de Menorca, se puso formal sitio á la plaza, sin lograr el resultado apetecido. Dirigió la expedición el mismo general que había vencido en las Baleares con 40,000 hombres, y aunque hubo desastres que costaron la vida á 1200 españoles, siguieron el sitio sin resultado alguno, pues las tropas auxiliares inglesas, llevaron socorros á Gibraltar, continuando el sitio hasta que se entablaron las negociaciones de paz.

Firmose el tratado de Versalles en Septiembre de 1783, por el que Inglaterra reconocía la independencia de los Estados Unidos, y España obtuvo definitivamente Menorca y la Florida, pero no se nos devolvió á Gibraltar. Carlos III era partidario de la continuación de la guerra, al no obtener esta anunciada devolución, pero viendo la negativa rotunda de Inglaterra y sus aprestos militares, tuvo que ceder y firmar la paz, consolándose al considerar que este tratado era ventajoso para España, pues recobraba algunas de sus perdidas posesiones, y se enseñoreaba de todo el golfo mejicano.

En tiempo de Carlos III, se sublevaron las colonias españolas de América, especialmente las del Perú, siendo vencidos y ahogada la insurrección. El cacique José Tupac Aymaru, descendiente de los Incas, se puso en el Perú al frente de la sublevación, titulándose hijo del Sol y libertador de aquel país, cundiendo la insurrección por Buenos Aires, y logrando el capitán general de aquella región vencerlos, condenando á muerte á los instigadores de la misma.

A poco se firmó un tratado beneficioso para nuestro comercio, con el sultán de Turquía, por el que las naves turcas y españolas, podían entrar libremente en los referidos puertos, protegiendo además Turquía á los cristianos españoles, que fuesen en peregrinación á Jerusalém.

Los piratas argelinos y los de Tunez y Trípoli, no se concertaron para hacer las paces con España, por lo que hubo que expulsarlos del Mediterráneo, merced á los trabajos del experto marino jefe de la escuadra, D. Antonio Barceló. Estos piratas infestaban todo el Mediterráneo, teniendo su nido en las poblaciones antes citadas, que bombardeadas hicieron entrar en razón á los piratas, y á abandonar los mares de Levante, por donde libremente surcaron después las naves españolas, terminando la esclavitud y el cautiverio, á que con tanta frecuencia sometían los piratas á los cristianos.

El reinado de Carlos III se caracteriza por sus útiles reformas en todos los ramos de la administración pública, todas ellas muy acertadas, y que produjeron inmediatamente, el fomento y crecimiento de la prosperidad material en España.

Fué una de ellas, la rehabilitación de todos los oficios, considerándolos honrados y dignos, y consignándose estos principios en el tratado de la honra y deshonra legal, que produjo hermosos resultados con tan civilizadora idea, pues que se desterró para siempre, el principio consignado en antiguas leyes, de que los oficios mecánicos eran bajos, viles y hasta infamantes, proclamando la honradez del trabajo, y declarando que no había más deshonra legal que la del crimen, la vagancia y la repulsión al trabajo, con lo que se logró que nuestras industrias mecánicas adelantasen mucho, y no se mirase con desprecio, como antes ocurría, á los pobres trabajadores que merecían toda clase de consideraciones, como hermanos nuestros ante la ley cristiana, y como españoles.

Asimismo se realizó en este reinado, la colonización de Sierra Morena, que era una madriguera de ladrones, y donde se establecieron algunos poblados, de los que el más importante es La Carolina. Fué el director de esta empresa D. Pablo de Olavide, que al amparo de una Real cédula, logró en poco tiempo realizar trabajos de desmonte, en la agreste montaña, y construir trece poblados, que en cuatro años progresaron mucho, no sin que el director de estos trabajos, tuviese después una vida muy accidentada, delatándosele al Santo Oficio, que le condenó, huyendo á Francia y volviendo después, arrepentido de sus ideas anticristianas y publicando su hermosa obra del Evangelio en triunfo.

En 1783, se dió la pragmática de los gitanos, á quienes se prohibió darles tal nombre, y se les declaró de igual condición que los demás ciudadanos españoles, pues que el pueblo les consideraba de origen vil, viviendo vida errante, y cometiendo robos en los caminos, por lo que se les obligó á que en el plazo de tres meses, se domiciliasen en los pueblos, y se dedicasen á oficios honestos, siendo en caso contrario, tratados y condenados como vagos.

D. Javier Munive, conde de Peñaflorida, creó en la villa de Vergara una tertulia literaria, a que llamaron «de los amigos del país», y que prestó desde el principio humanitarios fines, para la educación popular en primer término, y para fomentar el comercio, las artes y la agricultura. Las Sociedades Económicas así nacidas, redactaron sus estatutos que fueron aprobados en 1775, para que fuesen academias de artes útiles, ilustrando á todos en cumplimiento de su deber principalísimo, y de su emblema de «socorre enseñando», creándose la de Madrid, y extendiéndose por las provincias y pueblos importantes de la Monarquía.

Ya en 1787, y como consecuencia de la creación de las Sociedades Económicas, se fundaron también las Juntas de Damas, para enseñar no sólo en las escuelas dedicadas á mujeres, sino también en las ramas industriales á que por su sexo, podían éstas dedicarse. En Madrid for-

maban parte de dicha Junta, las infantas y nobles señoras de la corte, y á poco se habían fundado hasta cincuenta y cuatro en diversos puntos de España.

También la industria y el comercio, así como la agricultura, merecieron preferente atención de las reformas de Carlos III, repartiendo los terrenos baldíos á los pueblos, quitando la tasa de granos, creando los Pósitos, rebajando los derechos de la fabricación, prohibiéndose la introducción en el reino de cierta clase de géneros extranjeros, y aumentando todas las industrias de España.

Las obras públicas se aumentaron considerablemente en este tiempo, abriéndose canales y construyéndose puentes, caminos y puertos. Ejemplo de esto, son el canal de Manzanares, el pantano de Lorca, la carretera de Madrid á Barcelona, y en Madrid, la Puerta de Alcala y el Museo del Prado.

También la administración se mejoró de un modo notabilísimo, creándose bajo bases firmes el ramo de correos, los padrones vecinales, el oficio de hipotecas, el Banco de San Carlos, etc., dictándose también severas medidas contra el juego y contra los vagos, y mandándose construir cementerios fuera de las poblaciones.

De igual modo se favoreció la beneficencia pública, con grandes fundaciones especialmente del clero, siendo Toledo, Tarragona, Málaga, Granada, Barcelona y otras poblaciones de las primeras, que al amparo de la iglesia crearon estos establecimientos de beneficencia.

La instrucción pública mereció también ser reformada, en tiempo de Carlos III, nombrándose visitadores para ella y señalándose oficialmente libros de texto para la enseñanza.

El estado de las Universidades era por entonces muy decadente, habiendo perdido todo su antiguo esplendor y grandeza, y haciendo una vida muy distinta á la que tuvieron en los pasados siglos.

Por eso se acomete la reforma de estos cuerpos de enseñanza, que fué por demás atrevida, pues que se introdujeron en ellos con absoluto imperio las ideas regalistas, desterrando el grande poder que el clero tuvo siempre en los mismos, y sometiéndolos inmediatamente á la autoridad real.

También los colegios mayores sufrieron grandes reformas, sometiéndoseles á los estatutos universitarios, y derogando sus constituciones y costumbres. Estos colegios fundados por el cardenal Mendoza, y de los que solo en Salamanca había seis, tenían pingües rentas y fueron instituídos para que los estudiantes pobres, siguieran en ellos los estudios universitarios. Pero se relajaron de tal modo, que llegaron á ser patrimonio de la aristocracia, que fué el pretexto que tomó el rey y sus ministros, para la reforma que llevaron á cabo en los mismos, y que preparó su muerte en épocas posteriores.

El ejército y la marina, fueron también objeto de la reformas de este monarca, procurándose su aumento, y oportunas reformas de las mismas. Los oficiales salidos de las escuelas militares, dieron lustre al ejército; el arma de artillería adquirió grandes prestigios, dándose mucho impulso á la fundación de cañones, creándose fábrica de armas

y de pólvora, é instituyéndose el Monte Pío militar. Nuestra marina llegó en aquel tiempo á contar 67 navíos de línea, 32 fragatas y 62 buques menores.

Durante este reinado, creóse también la llamada Junta de Estado en 1787, que no era otra cosa que la reunión periódica de los ministros en consejo, para que hubiese unidad en las opiniones de todos ellos, y que no apareciesen disposiciones contradictorias.

El nombramiento de esta junta aumentó las intrigas contra Floridablanca, á quien se le suponía con esta reforma, deseoso de acrecentar su autoridad personal, con merma de la del monarca. A todo esto, y á los libelos y calumnias lanzadas contra él, contestó con el destierro de sus enemigos y con un memorial dirigido al rey, en el que justificando su conducta, presentaba la dimisión de su cargo, que no le fué admitida por Carlos III.

El conde de Aranda presentó al monarca, un raro proyecto acerca de América, que consistía en crear en el Nuevo Mundo, tres reinos tributarios de España, bajo la absoluta dependencia de esta nación. Estos habían de ser Méjico, Perú y Costafirme, quedando el monarca español con el título de emperador, y conservando solo allí Cuba y Puerto Rico, y alguna otra posesión en la América meridional. El fundamento de esta medida que se consideró como irrealizable, era evitar la emigración á América, y al mismo tiempo que aumentaba los productos que de allí vinieran, evitar el establecimiento de otra potencia en aquel continente.

Las relaciones entre Carlos III y la Santa Sede fueron muy especiales, siendo en extremo condescendiente el Papa con el rey de España, no tratando sus ministros con igual correspondencia al Sumo Pontífice. Por entonces y como concesiones de la Santa Sede á España, se crearon el Tribunal de la Rota, la Agencia de Preces y el Fondo Pío Beneficial.

También en este tiempo se inicia la desamortización civil y eclesiástica, que había de tener su desarrollo en el siglo actual. Por eso tomando ya la desamortización eclesiástica el carácter de doctrina jurídica, comienza á prohibirse el adquirir bienes á las manos muertas, se reducen los beneficios y se refunden las cofradías eclesiásticas.

En los últimos días del reinado de Carlos III, no aparentaba tener el rey cercana su muerte, ocurriendo ésta el 14 de Diciembre de 1788, á los 72 años de su edad.

Una fiebre maligna que se le presentó en el real sitio de San Ildefonso, agravada en muy pocos días, le costó la vida, no sin que antes recibiera los sacramentos de la Iglesia con cristiana piedad, dejando un nombre respetado á la Historia como rey, como español y como católico.

En Portugal hay que ver en ligera síntesis ahora, los sucesos ocurridos desde el año 1750 al 1777. Este es un período importantísimo en aquel país, y que corre parejas con el que se desarrolló en España, en tiempo de Carlos III.

Reina en aquel pueblo José I, que sigue en todo la política y los

consejos de su primer ministro, el sectario enciclopedista marqués de Pombál.

En su tiempo se hicieron en Portugal grandes reformas, especialmente en la capital, reparando los desastres causados por el terremoto de 1755, y llevando á cabo otras reformas utilísimas para la administración del país.

El odio que el primer ministro lusitano sentía á los jesuitas, hizo que el rey de aquella nación antes que nadie, los expulsara de aquel país, y fuese aquel ministro descreído el alma de la conspiración tramada en Europa, en contra de la Compañía de Jesús.

Crítica.—El carácter del rey Carlos III, está representado por una piedad y devoción poco ilustrada, clara inteligencia, sin penetración ni profundidad, muy entendido en lo que se relacionaba con el fomento y prosperidad material del país, constante en lo que se refería al bien público, metódico en su vida, celoso de su autoridad, puro en sus costumbres, y afectuoso y benévolo para todos sus súbditos.

Los ministros de Carlos III todos fueron inteligentes y hábiles, lo que hizo que prosperaran las mejoras materiales en el reino, pero todos influídos por las ideas filosóficas antirreligiosas de la época. El rey tal vez inconscientemente simpatizaba con estas ideas, que no pudieron arraigar en su alma, porque él estaba verdaderamente posesionado de un ferviente sentimiento religioso, y porque además tenía una buena y recta condición.

La política de Carlos III fué digna del mayor elogio en el interior, y de la más acre censura en el exterior. En su tiempo llegó á su apogeo el absolutismo monárquico y el prestigio del poder, pero también nos vimos sujetos á la causa de Francia por odio á Inglaterra, llevándonos al descabellado proyecto de amparar la insurrección de los Estados Unidos americanos.

España durante el reinado de Carlos III, gozó del más alto grado de prosperidad material, recibiendo un grande impulso las ciencias y las letras, aunque desgraciadamente influídas por la equivocada dirección que por entonces tomaban en Europa.

Las Sociedades Económicas de Amigos del País, juzgadas imparcialmente en su nacimiento y en la actualidad, son instituciones siempre dignas del mayor aplauso. En efecto, aunque creadas por iniciativa de hombres educados á la francesa, fueron amparadas siempre por el monarca que introdujo en España el Patronato de María Inmaculada, y ni en sus estatutos, ni en sus actas, ni en sus certámenes, se transparentó nada contrario á la idea religiosa de España, dedicándose desde luego á la enseñanza popular, y al fomento de la agricultura y la industria, cuyos altos fines siguen cumpliendo hoy, al amparo de la Iglesia, las actuales Económicas del reino, pudiéndose citar como modelos en su afán de extender la enseñanza gratuita popular, entre otras, las de Madrid, Barcelona, Granada, Sevilla y Santiago.

La expulsión de los jesuitas de España, merece la más grande censura, no sólo por no haberse justificado en manera alguna, las razones que abonaran tal medida, sino también por la forma sigilosa y cruel

de llevarla á cabo, que revistió todos los caracteres de tiránica disposición y de violento decreto.

Entre Carlos III y la Santa Sede, puede formarse un paralelo especial, diciendo que Roma trató al monarca de España como un padre cariñosísimo, que satisface todos los deseos y aspiraciones de su hijo, y que en cambio, Carlos III influído por sus ministros, causó no pocos disgustos á la Santa Sede, no sólo con la expulsión de los jesuitas, sino con su afán de hacer imperar á todo trance, el regalismo en nuestra nación.

Por último, la influencia enciclopedista francesa en España, merece un juicio nada lisonjero, pues que tendió á descatolizar la nación y aunque sus entusiastas defensores atribuyan á ella el engrandecimiento material de nuestro pueblo en aquella época, en cambio, comenzamos á perder la preciada joya de la unidad de creencias, pues que al afiliarse muchos españoles á ideas filosóficas, contrarias al dogma católico, se echaban los cimientos de lo que más tarde había de traducirse en los códigos políticos, con el nombre de libertad de conciencia.

LECCIÓN 70.

REINADO DE CARLOS IV

Reinado de Carlos IV.—Carlos IV y la reina María Luisa.—Situación del conde de Floridablanca.—Cortes de Madrid.—La revolución francesa.—Carlos IV y Luis XVI.—Las potencias europeas ante los excesos de la revolución francesa.—Caída de Floridablanca.—Cambio de política.—D. Manuel Godoy.—Caída de Aranda.—Ministerio Godoy.—Actitud del Gobierno español ante el proceso y muerte de Luis XVI.—Declaración de guerra á Francia.—Primera campaña.—Sitio de Tolón.—Segunda campaña.—Toma de Figueras y ocupación de Guipúzcoa por los franceses.—Paz de Basilea.—Godoy, príncipe de la Paz.—Tratado de S. Ildefonso.—Guerra con Inglaterra.—Batalla naval del Cabo de S. Vicente.—Sitio de Cádiz.—Caída de Godoy.—Ministerio Saavedra-Jovellanos y otros que le suceden.—Servil actitud de la corte con respecto á Francia.—Segunda coalición contra Francia.—Guerra europea.—Proyectos cismáticos de Urquijo.—Guerra con Portugal.—Paz de Amiens.—Bonaparte y España.—Nueva guerra entre Inglaterra y Francia.—Costosa neutralidad de Carlos IV.—Pérfida conducta de los ingleses.—Guerra entre España é Inglaterra.—Plan de Napoleón.—Tercera coalición contra Francia.—Batalla de Finisterre.—Batalla de Trafalgar.—Discordias en la familia real española.—Intervención de Napoleón.—Tratado de Fontainebleau.—Tentativas de los ingleses contra nuestras posesiones de América.—Incitaciones á la rebelión.—Defensa de Buenos Aires.—Proclama del príncipe de la Paz.—Los franceses penetran en España.—Procesos de El Escorial.—Planes del príncipe D. Fernando.—El anónimo.—Prisión de Fernando.—Documentos encontrados.—Cargos contra Pernando.—Declaraciones del príncipe.—Perdón de éste.—Absolución de los reos.—Agitación contra Godoy.—Invasión francesa.—Preparativos de Napoleón.—Ocupación de Portugal por Junot.—Entrada de Dupont en España.—Salida de Murat para España.—Primeros actos de hostilidad.—Ocupación de Pamplona y otras capitales.—Proyecto de fuga de la familia real.—Motín de Aranjuez.—Destitución de Godoy.—Abdicación de Carlos IV, y fin de la Edad Moderna de la Historia de España.—Portugal.—Reinado de D.ª María.—Regencia del reino.—Los portugueses en el Brasil.—Los franceses en Portugal.=*Crítica.*—Juicio acerca del carácter y condiciones del rey D. Carlos IV.—Crítica acerca de la conducta de España ante la revolución francesa.—Juicio acerca del príncipe de la Paz.—Improcedencia é injustificación ante la Historia, de la invasión francesa.—La batalla de Trafalgar y nuestras desgracias marítimas.—Juicio acerca del estado de la familia real española, al ocurrir la invasión francesa.—Situación de España al terminar la Edad moderna.

El reinado de Carlos IV, comprende el espacio de tiempo que media entre el año 1788 al 1808, ó sea desde la muerte de Carlos III, hasta la abdicación de Carlos IV, que coincide con la invasión francesa en nuestra patria, y con el fin de la Edad moderna.

De débil carácter, y ya con 40 años de edad, ocupó el trono de España Carlos IV, dominado en absoluto por su esposa María Luisa, princesa de Parma. El rey estaba iniciado por su padre en los negocios pú-

blicos, y tal vez hubiera sido un buen monarca, á no ser porque su debilidad por un lado, y las poco recatadas costumbres de su esposa por otro, le hicieron realizar actos que colocan su nombre como rey, en un lugar nada envidiable.

Aunque Carlos IV conservó á Floridablanca como ministro, bien poco duraron sus prestigios y ascendientes, pues que dominando en todo la reina, no era este el ministro que convenía á sus intentos. Por eso, aunque dócil á los caprichos de la soberana, se le cercenaron sus poderes, y se le quitó uno de los dos ministerios que desempeñaba, se anuló á todos sus parciales, matando su dirección política, y en cambio, se encumbró á otras personas, que pudieran ser en absoluto serviles instrumentos de la reina.

En 1789, se celebraron Cortes en Madrid, y en ellas se reconoció y juró á D. Fernando como príncipe de Asturias y heredero de la corona. No sin que el presidente de aquella Asamblea, que lo era el renombrado Campomanes, pretendiese del monarca la derogación del auto acordado de Felipe V, por el que se excluía á las hembras, de la sucesión á la corona, lo que no se consiguió, quedando vigente la ley sálica.

Por entonces, estalló en la nación vecina la revolución francesa, inspirada en las ideas enciclopedistas, y en su odio á la religión y á la monarquía. Sus primeras víctimas fueron sacerdotes y nobles, personajes de representación y de altura, sellando la larga lista de crímenes realizados por aquellos bandidos, que torpemente se apellidaban representantes y redentores del pueblo, con el martirio de los infortunados últimos monarcas que Francia tuvo en la Edad moderna.

En tal estado, Carlos IV se interesó vivamente por el monarca francés y trabajó cuanto pudo para salvar la vida á aquel desgraciado príncipe de la nación vecina. Le ayudó en esta tarea el anciano conde de Floridablanca, que con el peso de los años había ido convenciéndose de los errores y maldades de los principios filosófico revolucionarios que antes sustentara, y sin valor para ponerse de frente á la revolución, ante el temor de agravar la situación del rey de Francia, cautelosamente excitó á las naciones europeas en contra de los revolucionarios que le consideraban entonces como el mayor de sus enemigos.

Y mientras tanto, la revolución francesa se desarrollaba con suma rapidez, sustituyendo la Asamblea legislativa á la constituyente, y luchando por el poder los girondinos y los de la Montaña, lo que provocó el que todas las naciones aliadas se dispusieran á luchar contra Francia é impedir los brutales excesos de la demagogía revolucionaria.

Cuando se creía más ardiente el entusiasmo contra la revolución, la reina María Luisa, enemiga de la lucha con Francia, produjo la caída de Floridablanca, evitándose la guerra por nuestra parte. Por eso sube al poder el conde de Aranda, partidario de política amistosa con los revolucionarios, con lo que empezó á crecer el poder, y el íntimo ascendiente de D. Manuel Godoy, que hasta entonces era desconocido, y se logró contra la voluntad del monarca la separación del cargo de Floridablanca, así como su proceso, y su prisión en la ciudadela de Pamplona.

Bien pronto se notó en las esferas oficiales el cambio de política, ya ahora favorable para la revolución francesa, hasta el punto que la prensa emitía juicios favorables á ella; se crearon partidarios de aquellos hechos reprobados, y hasta la misma Gaceta oficial daba noticias de las sangrientas escenas de Paris, cual si se tratara de referir hechos de una guerra justificada y con actos de relativa civilización y cultura.

A estos hechos siguieron el creciente poder del favorito de la reina D. Manuel Godoy, que de simple guardia de Corps, había llegado á ser el principal personaje de la corte, y el árbitro de los negocios de estado, donándosele el valle de Alcudia, que era del real patrimonio, haciéndosele grande de España, duque de Alcudia y Consejero de Estado, y preparando de este modo indirectamente la caída del conde de Aranda, á quien eclipsó desde el primer momento el apuesto joven que gozaba del real favor en el palacio de Madrid.

Al fin tuvo que caer de su vacilante poder el conde Aranda, que no pudo sostener por más tiempo su aparente neutralidad con los revolucionarios de Francia, y que destituído por el rey salió completamente desprestigiado del Ministerio, no sin que antes vergonzosa é insensatamente, casi hubiera pactado con los revolucionarios temeroso á la declaración de guerra que estos le anunciaban, y hasta pretendiera satisfacer descabelladas exigencias del representante que en España tenían los que asesinaran á Luis XVI.

Gran sorpresa causó en toda España, el ver que caído Aranda, le sucedía Godoy sin título alguno para tan alto cargo, y que justificaba su nombramiento de primer ministro, sólo el inmenso favor con que públicamente le distinguía la reina, sin tener condiciones personales, ni edad apropiada para el desempeño de tan difícil puesto.

En tanto la revolución francesa aumentaba de día en día, y sus secuaces, convertidos en verdugos, dieron muerte á Luis XVI y á su esposa, que en el cadalso murieron como mártires y como héroes. En tal estado España pensó romper las relaciones con Francia, pero no lo hizo antes del proceso de aquellos monarcas, por no agravar su situación.

Pero ejecutado el monarca francés, y mediando comunicaciones insultantes de la revolución hacia nosotros, fué preciso declarar la guerra á nuestros vecinos, interpretando Godoy el entusiasmo de toda la nación en contra de la regicida Francia, y secundando este pensamiento el clero y la nobleza española que con cuantiosos donativos contribuyeron á este noble esfuerzo de la católica y monárquica España en contra de los ateos y vandálicos asesinos de la nación vecina.

La primera campaña de la guerra contra Francia, se inauguró con victorias contra ellos á pesar de no ser crecido nuestro ejército. Solo el general Ricardos, fué el que en 1793 atravesó la frontera, y logró triunfos de importancia, mientras que se formaban dos ejércitos de observación en Navarra y Aragón, dispuestos á secundarle.

La ciudad de Tolón, sitiada por los revolucionarios, pidió auxilio á España é Inglaterra, que por de pronto la salvaron del furor de aquella demagogía. En dicha población se había proclamado á Luis XVII, y por eso los de la Convención, trataban de tomar la ciudad, como al fin lo

consiguieron, por el abandono de la escuadra inglesa y la obligada retirada de la española, distinguiéndose en aquellos sucesos, y siendo el alma de ellos y de la toma de la ciudad por los revolucionarios, el joven Corso Napoleón Bonaparte.

La segunda campaña de esta guerra, nos fué desfavorable, pues perdimos en ella todas las plazas conquistadas en la anterior. Esto fué debido á la impericia de nuestro general el conde de la Unión, que por muerte de Ricardos había sucedido en el mando del ejército, y también por el crecido número de franceses que acudieron á combatirnos.

Los resultados se sintieron bien pronto, pues que la ciudad de Figueras y casi toda Guipúzcoa, así como parte de Cataluña, cayeron en poder de los franceses. La primera victoria costó la vida á los generalísimos de ambos ejércitos, y la desgracia nos fué persiguiendo en todas las campañas, consecuencia de los triunfos que la Convención iba alcanzando en Europa, hasta que el Directorio con miras más templadas, facilitó planes más pacíficos con respecto á nosotros.

Y el entusiasmo que hubo en España contra los franceses, se enfrió súbitamente, á causa de las contínuas derrotas que sufríamos en la campaña, lo que hizo que se pensase inmediatamente en la paz, que al fin se firmó en Basilea en 1795, conviniéndose por ella en la restitución que Francia hacía de todos los territorios conquistados, y nuestra cesión de la parte que conservábamos de la isla de Santo Domingo. Esta paz, muy mal juzgada por los historiadores, no fué tan deplorable como se cree, pues merced á las negociaciones entabladas, Francia desistió de las bochornosas reclamaciones que nos hacía, y España solo entregó lo que representaba una carga para nosotros, y ningún verdadero producto.

La paz de Basilea, fué por eso y por las condiciones honrosas para nuestra nación, con que se celebró, recibida con júbilo inmenso en la península, dándose á Godoy como fautor de la misma, el pomposo título de príncipe de la Paz, y haciéndosele la donación espléndida del Soto de Roma, (muy cerca de Granada), que era una de las mejores fincas del patrimonio real de España.

Consecuencia de estos sucesos y de continuar la guerra entre Francia é Inglaterra, fué la celebración del tratado de San Ildefonso en 1796, por el que España se unía á Francia, reproduciéndose así el antiguo pacto de familia. Este tratado fué entonces muy mal mirado, y siempre se le ha juzgado muy severamente y como causa de posteriores desastres, pues que demostraba el rebajamiento de la corte de Carlos IV pactando con los asesinos de Luis XVI, cuando lo que convenía en aquella ocasión, era haber continuado en una neutralidad armada, sin inclinarnos á Francia ni á Inglaterra.

No tardó mucho en tener España que declarar la guerra á esta nación como obligada consecuencia del anterior tratado, ya que aquel país no consentía en manera alguna, que cediéramos á Francia la parte que poseíamos de la isla de Santo Domingo.

Entonces nuestra armada, que estaba en Italia apoyando á los franceses, vino hacia Cadiz y á la altura del Cabo de San Vicente, encon-

tró á la inglesa, y trabada batalla, sufrimos en ella una completa derrota. Este desastre, ocurrido en Febrero de 1797, y no esperado, pues que nuestra escuadra era superior á la inglesa, tiene solo explicación, por la inexperiencia de nuestro almirante D. José de Córdoba, los deterioros de nuestros buques en la navegación y la pericia por todos reconocida del almirante inglés, lo que hizo que el gobierno español, pensase y realizase inmediatamente la reorganización de nuestra escuadra.

No cesaron los ingleses de atacarnos cuanto pudieron, poniendo sitio á Cádiz, que se salvó milagrosamente, merced á nuestros corsarios, que hicieron ricas presas y ahuyentaron á los sitiadores, así como en Canarias y Puerto Rico, donde también tuvimos la fortuna de hacer que se retiraran las tropas inglesas, perdiendo un brazo el almirante Nelson, al atacar á Santa Cruz de Tenerife.

Todos estos sucesos, verdaderamente desagradables para España, y los impuestos crecidos que sufría la nación, fueron causa del descontento de todos en contra de Godoy, y de una conspiración en la que entraron sus mismos ministros, para lograr, como al fin lo consiguieron, que Carlos IV, aunque contra su voluntad, destituyera al favorito que dirigía los destinos de España. Se fundaban para ello en el desastre del Cabo de San Vicente, en la pérdida de la Isla de Trinidad, en América, y en el miserable estado de nuestra Hacienda, así como su escandaloso matrimonio, enlazándose con la familia real, lo que alentó á los ministros D. Francisco Saavedra y D. Gaspar Melchor de Jovellanos para ponerse enfrente de Godoy, auxiliados por Francia, que no olvidaba nunca haber sido éste la causa de nuestra declaración de guerra á la Convención.

Al ministerio de Godoy sucede el de Saavedra-Jovellanos, y á éste el de Caballero Urquijo, que poco hicieron, y durante los cuales el estado del tesoro público fué cada vez peor, consumiendo los gastos de la guerra todos los ingresos del mismo. En el primero se hicieron reformas en los estudios, y en el segundo se acometieron proyectos revolucionarios, vendiéndose bienes eclesiásticos y de beneficencia, estando toda la nación con un gran disgusto y paralizados todos los negocios.

Y en tanto, España seguía con Francia una actitud servil y baja, que la hizo esclava de todos los caprichos y deseos de aquella nación, y que demostraba el rebajamiento moral á que habíamos venido, hasta el punto de tener que lanzar de nuestro territorio á los emigrados franceses, y prohibirse á los sacerdotes que directa ni indirectamente aludiesen en el púlpito á los sucesos que se desarrollaban en Francia.

Por entonces toda Europa se conmovía ante los triunfos de Bonaparte, y los derroteros que en política seguían nuestros vecinos, formándose al efecto una segunda coalición contra Francia, en la que España no entró, siguiendo la vergonzosa política que le tenía unida á nuestros vecinos. En élla entraron Rusia, Austria, Turquía y los Estados meridionales de Alemania.

Por eso se declaró la guerra europea, en la que vence Bonaparte en Marengo, mientras que en España vencíamos á los ingleses en el Ferrol y en Cádiz.

Habiendo sido hecho prisionero por Bonaparte el Papa Pío VI, y muriendo éste á poco, el ministro Urquijo promulgó en España un decreto cismático para que los prelados tuviesen toda la plenitud de sus facultades, hasta que el rey les comunicara el nombramiento de nuevo Pontífice. Este decreto, que pretendía dar potestad eclesiástica al rey de España, fué rechazado por la mayoría del episcopado, y las reclamaciones del Nuncio en su contra, así como la protesta unánime de la nación, hicieron que Urquijo fuera destituído y nuevamente le reemplazara el príncipe de la Paz.

No queriendo España dar paso á los franceses para obligar á Portugal á que abandonara la alianza inglesa, hizo la guerra por sí, penetrandó en la nación vecina y venciendo á los descuidados lusitanos. El ejército iba mandado por el príncipe de la Paz, que con 60.000 hombres sometió bien pronto, en Mayo de 1801, todo el Alentejo, pidiendo éllos la paz, y celebrándose el tratado de Badajoz, por el que renunciaban á la alianza con Inglaterra y nos cedían la plaza de Olivenza.

Estos sucesos obligaron á Inglaterra á firmar la paz de Amiens, en Marzo de 1802, por la que se nos restituía la Isla de Menorca, y fué verdaderamente una tregua para la lucha encarnizada que sostenían Francia é Inglaterra.

Ya había llegado Bonaparte á ser cónsul perpétuo y dictador de Francia, y á esta altura siguió humillándonos con violentas exigencias, encontrando, desgraciadamente, un rey y unos ministros españoles que para nuestra vergüenza secundaban todos sus despóticos caprichos, con total olvido, hasta entonces, de lo que imponía la altivez y la dignidad española de siempre.

Pero surge nuevamente la lucha entre Inglaterra y Francia, en la que España, por temor ó humillante flaqueza, no quiso intervenir.

Y esta neutralidad nos fué en extremo costosa, pues que Napoleón, á más de otras condiciones vergonzosas, nos hizo pagar una contribución de 6.000.000 de francos al mes, é Inglaterra exigió á su vez una indemnización parecida y que España no interviniese en sus arsenales en el armamento de naves francesas.

Todo esto no era otra cosa que preparar acechanzas para el porvenir, y obligarnos Inglaterra, con su pérfida conducta, á que necesariamente interviniéramos en la contienda que sostenía con Francia. Por ello, dió orden de que nuestros buques fuesen acometidos en todos los mares, y al encontrar cuatro fragatas nuestras, cargadas de oro, en el Cabo de Santa María, fueron asaltadas por un crucero británico, siendo incendiada una de éllas y rindiéndose obligadamente las restantes.

Por eso Carlos IV no tuvo ya más remedio que declarar la guerra á Inglaterra, tomando otras determinaciones violentas, entre ellas el arresto y secuestro de las propiedades de cuantos ingleses estuviesen en España.

Esto satisfizo mucho á Bonaparte, que ya era emperador con el título de Napoleón I, en 1804, y que inmediatamente concibió el plan de que siendo nosotros instrumento de su grandeza, se uniesen la escuadra fran-

cesa y la española y de improviso hiciesen un desembarco en las costas de Inglaterra.

Las cortes extranjeras formaron entonces una tercera coalición contra el absorbente poder de Napoleón y de Francia, en la que entraron Inglaterra, Rusia y Austria, y que no impresionó lo más mínimo al coloso Napoleón, seguro de vencerles, por lo que dió orden de que la escuadra combinada pasase á Cádiz, y su ejército se dirigiera al Rhin, deseoso de aniquilar á tanto enemigo como se presentaba en su contra.

Consecuencia de la unión de las escuadras francesa y española, fué la batalla naval de Finisterre, el 22 de Julio de 1804, en la que no pudo declararse el vencimiento para ninguna de las partes combatientes. La armada francesa la mandaba el almirante Villeneuve y la nuestra don Federico Gravina; mas el primero, que era el jefe de ambas, no estuvo á la altura de las circunstancias, y la escuadra inglesa logró apresarnos dos navíos, no sin que tuvieran nuestros enemigos que retirarse maltrechos, después de la lucha, y sin poder atribuirse á nadie la victoria.

Manifestación de la llegada á Cádiz de la armada franco-española, fué el hacer una salida en busca de la inglesa, empeñándose la batalla frente al Cabo de Trafalgar, y siendo un gran desastre para nosotros y un triunfo notable para los ingleses. Aunque las escuadras eran iguales en número, era superior la inglesa por la calidad de sus buques y la pericia de su almirante Nelson, que murió en el combate, así como nosotros perdimos á Churruca, Gravina, Galiano y la mayor parte de nuestros marinos, debido á la impericia del almirante francés Villaneuve, que nos mandaba, y que aunque se suicidó más tarde, no pudo evitar los disgustos que esta gran derrota causó en España y la enemiga que por doquiera se dejaba sentir en contra de la alianza franco-española.

Por entonces, se acrecentaba más y más la lucha entre la familia real española, especialmente entre el príncipe de Asturias, enemigo irreconciliable de Godoy, y el rey Carlos IV. Alentaba al príncipe Fernando el canónigo Escoiquiz, que al fin fué desterrado de la corte, pero se aumentaron las rivalidades de la real familia, por el casamiento del heredero de la corona, con la infanta María Antonia de Nápoles, y la temprana muerte de la princesa de Asturias, atribuída sin razón, á causas violentas; con todo lo que fué creciendo el disgusto en el real palacio, y aumentando los partidarios del hijo, en contra del padre, así como aumentaba también el odio contra Godoy, á quien se le nombró con grande escándalo de todos, almirante de España é Indias.

Así las cosas, el uno y el otro partido se echaron en brazos de Napoleón, adulándole servilmente, y determinándose de este modo, su funesta intervención en los asuntos de España.

Y por ello, Napoleón traidoramente y de acuerdo con Godoy, celebra el tratado secreto de Fontainebleau, por el que se proyectaba la partición de Portugal, cuya mitad quedaría en propiedad para el príncipe de la Paz, y la otra mitad para el rey de Etruria, que al fin lo cedería al emperador. Para ello, España unida á los franceses, tenía que inva-

dir á Portugal, logrando de este modo, arrastrarnos al sistema del bloqueo continental, y á la guerra contra los ingleses.

La Gran Bretaña no cesaba un momento de perjudicarnos, dirigiendo sus tiros contra nuestras posesiones de América, ya enviando escuadras suyas para arrebatarnos aquellas posesiones, ó ya alentando en ellas el espíritu de la rebelión.

Por eso se valió del aventurero peruano Miranda, que pretendió declarar independiente toda la Colombia, lo que no logró merced á la lealtad de aquellos naturales, y de otros puntos de América, que varias veces le rechazaron, permaneciendo fieles á España.

Luego los ingleses, se apoderaron traidoramente de la ciudad de Buenos Aires, que al fin fué salvada y tomada por nosotros, merced al esfuerzo y pericia del atrevido marino D. Santiago de Liniers.

Creyendo el príncipe de la Paz que Napoleón le engañaba, dirigió á los españoles una proclama, llamando á todos á las armas, y anunciándoles una guerra inminente. Esto no obstante, el favorito y el rey felicitaron al emperador, por sus triunfos de Jena, poniéndose humildemente á su devoción, cual si fueran los últimos de sus súbditos.

Napoleón, habiendo declarado la guerra á Portugal, no tuvo presente para nada, las reclamaciones de la corte de España, é invadió con sus tropas nuestra nación, bajo el pretexto de las operaciones militares que tenia que realizar en el reino lusitano.

Y cuando España se sentía aterrada por la llegada de aquéllas tropas, se desarrollaba en el palacio de El Escorial un suceso escandaloso, que concluyó por procesar el rey á su primogénito hijo Fernando.

Este, dirigido por el canónigo Escoiquiz, y en su odio al favorito, redactó una solicitud demostrando á su padre y señor, los males de la administración de Godoy, así como su proyecto de aspirar al trono.

Estos planes del príncipe, fueron conocidos del rey por un anónimo que llegó á sus manos, y en el que al príncipe se le acusaba de cargos gravísimos contra sus padres, en su afán de ceñir la corona.

Entonces el rey decretó la prisión de su hijo, al ver los recelos conque le recibió en su cuarto, donde halló varios papeles sospechosos.

Allí, á más de las exposiciones antedichas, y la clave secreta para entenderse con su preceptor, se hallaron otros, por los que, queriendo Fernando parodiar la santa lucha del príncipe Hermenegildo contra su padre, intentaba derribarle del trono, y hasta atentar contra la vida de su madre, á quien hacía responsable de todas las desgracias del país.

Estos cargos tan severos contra el príncipe de Asturias, desprendidos según parece de aquellos documentos, en vez de haber quedado en el mayor sigilo, se hicieron públicos con escándalo de Europa, por medio de un manifiesto al país, y una carta particular al emperador Napoleón.

El príncipe, espontáneamente solicitó audiencia de la reina, declarando desde luego, que seducido por falsos consejeros, se había entendido con Napoleón, y hasta había nombrado el general que mandara todas las tropas de Castilla, á la muerte de su padre.

Este, no sin que arrestase á todos los cómplices en la conspiración

de su hijo, perdonó solemnemente á Fernando, publicándose este perdón en la *Gaceta*, como consecuencia de las cartas suplicantes dirigidas á sus padres por aquél, con tal objeto.

Sustanciada la causa contra los culpables, fueron éstos en definitiva absueltos y reintegrados en sus empleos. Esta sentencia causó á todos no poca extrañeza, pues que la petición fiscal era de pena capital, contra los principales comprometidos, y otras importantes contra los demás, atribuyéndose por todos esta discordancia y el resultado final de la causa, al gran temor que se tenía al emperador Napoleón, y la casi adoración que el pueblo profesaba al príncipe Fernando.

La agitación contra el favorito Godoy fué creciendo de día en día, atribuyéndosele todos los disgustos sufridos por el príncipe, que al acrecer en popularidad, justificó sus tratos con Napoleón y la entrada de los franceses en Madrid, como medio de derribar al príncipe de la Paz, y que Fernando fuese el árbitro de todo.

La dominación francesa que había invadido toda Europa, parecía haber olvidado á España, cuando fuera la nación que más provocara las iras de aquella desalmada revolución.

Sin embargo, Napoleón tenía su plan, é hizo sus preparativos para arrojar del trono de España á los Borbones, y al efecto, dispuso que sus tropas entrasen en nuestra patria, bajo el pretexto de ocupar á Portugal, reuniendo en los Pirineos un ejército considerable, que anunciaba los belicosos proyectos del emperador.

En tanto, Junot había ocupado á Portugal, disolviendo la Junta de Gobierno del mismo, declarándose que la casa de Braganza había dejado de reinar en el país lusitano, el que quedaba desde entonces bajo el amparo de Napoleón, que á su vez imponía á aquel reino una contribución enorme, y confiscaba los bienes del patrimonio real.

Mientras tanto, Dupont penetró en España por Irún, y tranquilamente llegó hasta Valladolid, donde estableció su cuartel general. Otros jefes hicieron lo mismo, violándose descaradamente el tratado de Fontainebleau, que prohibía entrar tropas francesas en España, sin la conformidad de ambas naciones, y contestando Napoleón con evasivas ó con el silencio, á las humildes cartas que sobre este asunto le dirigiera Carlos IV.

Estos hechos se justificaron todavía más, con la llegada de Murat á España, como generalísimo del ejército, y con órdenes de proceder cautelosamente con la corte, si bien procurando establecer cordiales relaciones con el pueblo español.

Los primeros actos de hostilidad, se realizaron en Febrero de 1808, en que los franceses que ya ocupaban nuestra patria, empezaron á realizar el plan desleal y traidor, concebido por Napoleón.

Así sin esfuerzo alguno, se apoderan de Pamplona, Barcelona, San Sebastián y otras poblaciones y plazas importantes, facilitándose de este modo el camino á Madrid, y realizándose con este hecho el acto más desleal que registra la historia de las naciones, y más, cuando éstas viven al amparo de una estrecha alianza y bajo la fe de los tratados.

Viendo bien claro Carlos IV y Godoy lo que pretendía el emperador, no teniendo valor para resistirlo, dejaron abandonado al noble pueblo español, y concibieron la idea de huir á América, para lo que ordenaron que las tropas fuesen á Aranjuez, para desde allí escoltar á la corte hasta Sevilla.

Conocido este propósito por el pueblo, estalló el motín de Aranjuez, para impedir la vergonzosa huída de la familia real, y que el valido pagara con la vida todas las desgracias que había ocasionado á la nación. Al efecto, se dirigieron los grupos frente la casa de Godoy, la que asaltaron, destruyendo todo lo que había allí de valor, que fué quemado en la plaza pública, y salvándose milagrosamente el favorito escondido en oculto pasadizo, entre un rollo de alfombras.

El motín terminó por que el rey pidió auxilio á su hijo para que lo conjurara, y asomándose éste á un balcón de palacio, prometió al pueblo la destitución del valido. Así se hizo por Real decreto á la mañana siguiente, exonerándole de todas sus distinciones y empleos, y siendo preso al ser descubierto por la multitud, que ya no se contentó con solo la caída de Godoy, sino que á grito herido pidió la abdicación de Carlos IV y la elevación al trono de su hijo Fernando, en quien tenía puesta España todas sus esperanzas.

Estos sucesos determinaron al rey á hacer abdicación de la corona de España en su hijo Fernando, y al efecto, así lo llevó á cabo en 17 de Marzo de 1808, concluyendo con este acontecimiento importantísimo, el reinado de Carlos IV y la Edad moderna de nuestra historia. Este acto realizado ante sus ministros, y revestido de la especial ceremonia de colocar la corona en las sienes de su hijo, no fué espontáneo en el rey de España, sino que fué determinación obligada ante el desamor de su pueblo, la actitud del ejército y el entusiasmo frenético por el príncipe heredero; y con él se da fin á un período histórico en nuestra patria, donde imperaron determinados procedimientos, para comenzar otro durante el cual éstos se cambian por completo y se manifiestan en nuestra nación derroteros distintos á los seguidos hasta entonces.

La historia de Portugal en este período comprende desde 1777 hasta 1816, en cuyo espacio de tiempo en aquella nación, se desarrollan sucesos extraordinarios y de grande importancia, por la intervención en aquel reino de las naciones europeas.

En efecto, después del reinado de José I y de haberse titulado monarca de Portugal el prior de Ocrato, ocupa aquel trono la reina doña María I casada con Pedro, hijo de Juan V, rey de aquella nación, reinando en ella desde 1777.

Habiendo tenido la desgracia de perder la razón á los dos años de reinar, recae la regencia del reino en el infante D. Juan II, hijo de aquella señora, que desempeñó el cargo desde 1799, y que más tarde es rey de Portugal con el nombre de Juan VI.

Este rey que desde su juventud obstentaba el título de príncipe del Brasil, estuvo allí por algún tiempo preparando la soberanía, que más tarde obstentó, y luego con el título de emperador ejerció su hijo

Pedro, mientras que él era jurado en Portugal como rey absoluto.

La nación lusitana, por el tratado de Fontainebleau, fué repartida entre franceses y españoles, determinándose especialmente la influencia francesa en aquel reino, hasta que Portugal cae en poder de Inglaterra, que lo gobernó durante la ausencia de D. Juan, que entonces reinaba en el Brasil.

Crítica.=No es nada lisonjero el juicio que puede formarse acerca del carácter y condiciones del rey Carlos IV, pues que éste era un monarca débil y apocado, en cuyo tiempo se abatió á la nación española, cubriéndola de vilipendio y siendo objeto de burla y explotación de las demás naciones.

La conducta de España ante la revolución francesa, también merece acre censura, pues que con vacilaciones unas veces, con temores y servilismos otras, contemporizó Carlos IV al principio con los horrores de aquella revolución, y fué preciso que el pueblo español, herido en sus sentimientos monárquicos y religiosos, se opusiese al torrente devastador de la nación vecina, y todos se alzaran como un solo hombre contra la regicida Francia, aunque la fortuna no nos fuese favorable.

Tampoco es digna de alabanza la extraña conducta del príncipe de la Paz, explotando miserablemente á un rey apocado y á una reina liviana, y haciendo juguete de sus caprichos, altanero orgullo, é insensata ambición, al noble pueblo español.

No tiene justificación ante la historia, la atrevida invasión de los franceses en nuestra patria, pues que el futil pretexto que dieron para llevarla á cabo, no era otra cosa que el camino para apoderarse Napoleón de España, como lo hubiera conseguido á no ser por que milagrosamente el heroismo de nuestro pueblo y el valor de nuestros soldados, hizo que aquí comenzara á eclipsarse la refulgente estrella de sus continuados triunfos por el mundo.

Asimismo en este reinado hay que formar juicio, acerca de la desgraciada batalla de Trafalgar, que si fué gloriosa para nuestros marinos, dá á conocer la inexperiencia conque se dirigió la acción, nuestra inferioridad con respecto á los ingleses, el poco tacto de unirnos á Francia contra la tercera coalición, y fué otro ejemplo tristísimo de la desgracia que siempre ha perseguido á nuestra armada, en todas las épocas históricas.

También es doloroso el cuadro que ofrece la familia real española, al ocurrir la invasión francesa en nuestra patria, pues que la privanza absoluta de Godoy, la depravada conducta de la reina, la insensata debilidad del monarca, y las clandestinas aspiraciones del príncipe de Asturias, sirvieron mucho para que Napoleón se aprovechase de todo ello, y pensase en hacerse dueño de nuestra nación.

Al concluir la Edad moderna, no es nada lisonjera la situación que presenta nuestra patria, pues que el pueblo que estaba regido por tal monarca, sufría resignado tan torpe poder, permaneciendo algún tiempo en ese adormecimiento, pero conservando puros é intactos, los no-

bles sentimientos de religiosidad y heróica independencia, mostrando en los momentos mismos en que concluía aquella edad histórica, que eran dignos hijos de los héroes de nuestras épicas grandezas, y que no se someterían nunca como no fuera por la fuerza bruta, á la dura ley del conquistador extranjero.

LECCIÓN 71

EDAD MODERNA

Historia interna

GOBIERNO INTERIOR DEL REINO.—DESARROLLO INTELECTUAL Y DE TODO GÉNERO EN ESPAÑA, DURANTE EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS

Plan para su ordenado estudio.—Períodos que comprende en su relación con la Historia externa.—Elementos que informan cada uno.—Historia interna de España durante la época del reinado de los Reyes Católicos.—Minuciosa atención de los Reyes Católicos á todos los asuntos del gobierno interior del reino.—Transformación interior de España.—Cómo se verificó ese cambio.—Pragmáticas, leyes, ordenanzas y provisiones sobre todos los ramos de la administración pública.—La nobleza.—El estado llano.—La autoridad real.—Los Consejos.—Unificación política.—Movimiento intelectual.—Talento é instrucción de la reina Isabel.—La educación de sus hijos y de la nobleza.—Los grandes y cortesanos se aficionan á la cultura intelectual.—Progresos que hicieron.—Nobles y damas enseñando en las Universidades.—Decidida protección de D.ª Isabel á las letras y á los estudios.—Renacimiento de la literatura clásica.—Maestros extranjeros.—Idem españoles.—Universidades y escuelas.—Privilegios en favor de la librería.—Invención de la imprenta y su uso en España.—Obras literarias.—Traducciones, diccionarios y gramáticas.—Bellas letras.—Poetas.—Carácter de la poesía.—Literatura dramática.—Principio del teatro.—Comedia y tragedia.—Bellas artes.—Dibujo.—Escultura.—Arquitectura.—Música.—Ciencias.—Astronomía.—Cosmografía.—Física.—Matemáticas.—Historia Natural.—Medicina.—Historia.—Archivo público.—Ciencias sagradas y eclesiásticas.—Industria, agricultura y comercio.—Arte militar.—Progresos que hizo.—Sistemas de campaña.—Fortificaciones.—Pólvora.—Artillería.—Hospitales de campaña.—Organización de la milicia.—Caballería.—Infantería.=*Crítica.*—Sólo á la hábil política de los Reyes Católicos, se debió en su tiempo el engrandecimiento de España.—Los adelantos de los ciencias, las letras y las artes, determinan gran influencia en el progreso material.—Los adelantos del arte militar, favorecen muchísimo sus empresas guerreras.

La historia interna de la Edad moderna de España, hay que estudiarla bajo un plan ordenado y metódico como en las demás edades históricas, con el fin de que puedan fácilmente apreciarse las manifestaciones de civilización y de cultura de nuestra patria, en este espacio de tiempo.

Para ello la dividiremos en tres épocas ó grandes períodos comprensivos del reinado de los reyes Católicos, la dominación de la casa de Austria y la de Borbón, hasta la abdicación de Carlos IV, que sólo así podrá hacerse el estudio ordenado y sistemático, y en la verdadera re-

ación y dependencia con la historia externa, que detalladamente hemos reseñado.

Cada uno de estos períodos se vé informado por elementos distintos, pues al paso que el primero, lo absorve todo la preferente atención de los Reyes Católicos, á la gobernación de su pueblo, siendo su ejemplo el gran factor para el desarrollo de la cultura patria, durante la casa de Austria, el absolutismo monárquico impera en todo, y tiene carácter distinto de cultura en cada uno de sus reyes, y por último en la de Borbón, se ven ya influencias extrañas que determinan el giro que había de tomar la cultura y civilización española.

La historia interna de España durante la época del reinado de los Reyes Católicos, es de las más florecientes de nuestra nación como consecuencia obligada de la grandeza de aquel reinado, y de las reformas oportunísimas de todo género, que implantaron en nuestra patria aquellos monarcas insignes.

Por eso D. Fernando y D.ª Isabel, con minuciosa y universal atención, cooperan á resolver todos los asuntos del gobierno interior del reino, ya en los variados ramos de la administración, ya protegiendo la literatura, el arte, el comercio y la industria, así como abatiendo el poder de la nobleza, y restableciendo el del trono, no sin que también se aumentara la importancia de la legislación y nuestras relaciones con otros paises.

Por eso se asegura por todos los historiadores, que hubo entonces una verdadera transformación de España, apareciendo una vida nueva, religiosa y moral, estando la sociedad española completamente reanimada con creciente importancia de la clase popular, y con un engrandecimiento del pais, que es el mayor timbre de gloria, y la obra particularísima de los Reyes Católicos.

Este cambio se verificó con la reforma de las leyes, la importancia del estado llano, la recta aplicación de la justicia, y la unificación política en España, que favoreció también el desarrollo de la cultura general y de los intereses materiales.

Y no hubo un asunto que no mereciese la atención de aquellos monarcas, siendo innumerables las pragmáticas, leyes, ordenanzas y provisiones, sobre todos los ramos de la administración pública, lo mismo al ordenar los tribunales y los centros de enseñanza, como para el comercio y la navegación, y para asuntos, al parecer pequeños y de escasa importancia, pero que no escaparon al cuidado y ordenada dirección de aquellos reyes.

Como la nobleza venía siendo por lo levantisca y altiva, un elemento temible y digno de estudio, se le colocó en sus justos límites, reduciendo su grande poder, no humillándola ni abatiéndola, y logrando que al cabo fuese una clase dignísima y por todos alabada, por su hidalguía no desmentida, su valor siempre acreditado, y su lealtad monárquica, hermanada con su caballerosidad.

También se fijó por entonces la atención en el estado llano, enalteciéndole y elevándole de la condición que antes tenía. Para ello le consideraron siempre como apoyo de la corona, y concedieron altos cargos

eclesiásticos á hombres de condición humilde, pero de gran valer, dando entrada á los hijos del pueblo en la representación nacional.

Consecuencia de ello fué el grande aumento de la autoridad real en este período histórico, pues cuando más perdía en prestigios la nobleza, más los ganaba el trono, máxime si las relaciones internacionales se iban extendiendo, y el amor y la gratitud del pueblo, iba siendo el lazo de unión entre éste y la monarquía.

Más como no querían aquellos reyes hacerlo todo por sí, de aquí que crearan varios cuerpos consultivos con el nombre de consejos, que son el origen y raiz de algunos de los existentes, que tuvieron entonces su oportuna razón de creación y existencia, por la dilatada extensión del imperio español, y que se conocieron con los nombres de consejo de Indias, consejo real, consejo de la suprema, consejo de Aragón, y consejo de órdenes, donde se resolvían por vía de consulta todas las cuestiones relacionadas con España y América, así como lo relativo á las órdenes militares y á la inquisición.

Pero nada se habría realizado, si los Reyes Católicos no hubieran procurado y consumado á todo trance, la unificación política de España, pues que así pudieron vencer al mahometano en su último baluarte, extender por todas partes la fé de Cristo, y hacer de todas las regiones españolas un solo pueblo. sin cercenar en lo más mínimo la libertad de las mismas, ni amenguar sus franquicias especiales.

Comprendiendo que el principal elemento de la civilización, es el fomento de la cultura nacional, se puso especial empeño en acrecentar el movimiento intelectual de nuestra patria, no perdonando medio alguno para que España adelantase notablemente en cultura, civilización y arte.

El principal factor para esta empresa, fué la buena voluntad y el talento é instrucción de la reina Isabel, que heredó de su padre D. Juan II, la afición á las letras, y que con propio ejemplo fué el espejo en que todos se miraron para aprender é ilustrarse. La reina conocía varios idiomas, entre ellos el latín, que lo estudió bajo la dirección de su amiga Beatriz Galindo (La Latina), é hizo tales progresos en estos estudios, que al cabo de poco tiempo escribía indistintamente lo mismo en latín que en castellano, manejando á diario muchos libros de literatura clásica que adornaban su biblioteca.

Siguiendo este camino la reina, dedicó todo su afán á la educación de sus hijos, y á hacer que los nobles se dedicaran también al cultivo de las letras y de las ciencias, hasta entonces sólo ocupados en el noble ejercicio de las armas. Era notable ver á las infantas dedicadas á los estudios, especialmente á Catalina, después reina de Inglaterra, sin descuidar por eso las labores de su sexo, aún las más humildes, poniéndose especialísimo cuidado en la educación científica, artística y literaria del príncipe D. Juan, que parecía destinado á suceder á sus padres en el gobierno de España.

Los grandes y cortesanos fueron aficionándose á la cultura intelectual, merced no sólo al ejemplo de la reina, sino también á los atinados consejos y sabias enseñanzas de sus maestros; entre ellos estaban los

extranjeros Pedro Mártir de Angleria y Marineo Sículo, así como el humanista Antonio de Nebrija, que honró á nuestra nación por sus trabajos y sabias enseñanzas.

Y estos nobles hicieron tales progresos, que de aquellas escuelas salieron después hombres eminentes que honraron á su nación y á sus maestros, los que tenían á orgullo el decir que casi toda la nobleza ilustrada se había educado en sus academias literarias.

Pero es tanto el entusiasmo de los nobles y de las damas por los estudios, que unas y otros llegaron á enseñar, teniendo cátedra en nuestras Universidades, y fueron profesoras públicas en las aulas de la primera casa de estudios de Alcalá y Salamanca, la hija del gramático Nebrija y D.ª Luisa Medrano, así como lucieron por su saber, á más de la latina, D.ª María Pacheco, la marquesa de Monteagudo y otras señoras de la Corte. Explicaron también en Salamanca y Alcalá los hijos del duque de Alba y los de los condes de Haro y de Paredes.

Pero no paró aquí la protección real á la pública cultura, sino que también D.ª Isabel amparó entusiastamente las letras y los estudios, haciendo que pasaran á otras naciones para ilustrarse más y más los señores de la corte, creándose al mismo tiempo en España las Universidades de Valladolid, Granada, Sevilla, Toledo y otras. También se dieron por entonces pragmáticas y ordenanzas sobre los estudios y las Universidades, donde no sólo se determinaron las condiciones de profesores y de alumnos, sino que se echaron las bases de una organización general universitaria.

En este tiempo se cultivó con entusiasmo la literatura clásica, renaciendo el amor por los autores griegos y latinos, y brillando en España hombres eminentes en concepto de humanistas. Entre éllos son notables, á más de Nebrija, Arias Barbosa, cultivador del griego, y muchos otros que hicieron honor al renacimiento de la literatura clásica en España.

Los maestros extranjeros que enseñaron en nuestras Universidades, fueron de lo más notable que existía por entonces en las demás naciones, y con sus doctrinas y atinadas explicaciones determinaron un especial gusto literario y una influencia extraña que bien pronto se refleja, especialmente en la poesía.

No hicieron menos que los maestros extranjeros los españoles, educados la mayor parte en las escuelas de Italia, donde tan adelantada estaba la literatura y el arte; y otros aprendieron aquí de los profesores venidos de fuera, y siendo el Nebricense el patriarca de todos y el que introdujo en España una sana y pura erudición, y fué el maestro universal de los hombres estudiosos de su tiempo.

Este movimiento literario se exteriorizó bien pronto, ya en la nueva Atenas, como se le llamaba á la Universidad de Salamanca, ya también en las otras escuelas, pobladas todas de los jóvenes de la más alta nobleza española, y que en crecido número, con el nombre de Universidades, Escuelas y Academias literarias, se extendieron con profusión por toda la península.

Como prueba también de la protección que la reina Isabel dispensó

en sus estados á la cultura y al saber, puede citarse la notable pragmática de 1480, sobre privilegios á favor de la librería, por la que concedía libre de derechos la introducción de libros extranjeros, con el fin de que de este modo fuese aumentando la civilización y la cultura de nuestro pueblo; siendo esta providencia una de las que más honran á la reina Isabel y á sus discretos consejeros.

Coincidió con estas plausibles determinaciones la invención de la imprenta, pues que el año mismo que ocupó el trono la reina Isabel fué su introducción en España. Y por carta orden de 1477, dirigida á la ciudad de Murcia, se concedía exención de tributos al impresor Teodorico Alemán, que fué de los primeros en propagar en España el maravilloso arte de Guttenberg.

La imprenta fué generalizándose en nuestra patria en este tiempo, publicándose en élla multitud de obras literarias, de que son ejemplo la Biblia Políglota, la Gramática arábiga del Padre Alcalá, los Cantares á la Virgen, y muchas otras en las principales ciudades de España, que muchas de ellas eran dedicadas á la reina, como amparadora de los hombres de letras y de toda clase de trabajos literarios y artísticos.

Como primeras manifestaciones del ansia de saber que se desarrolló entre nosotros, pueden citarse la multitud de traducciones clásicas y de obras italianas que se hicieron por entonces, así como la formación de gramáticas y diccionarios para facilitar la riqueza y brillantez de nuestro idioma. Se hicieron traducciones de griegos y latinos, así como del Dante y de Petrarca, y eran tan conocidas las gramáticas y los diccionarios, que era gentileza y galanura entre damas y caballeros saber hablar el castellano con grande pureza.

Los cancioneros son otra manifestación por entonces del grande cultivo de las bellas letras y producciones poéticas de imaginación y de recreo, debidas á los muchos trovadores y poetas que había en la corte de Castilla. Estos eran no sólo de los principales personajes de la corte, como el almirante de Castilla, el duque de Alba, y el marqués de Villena, sino también otros de humilde prosapia, como Gabriel el Músico y algunos más, que alternaban con los nobles en el cultivo de la literatura y las bellas artes.

Los poetas, cual ocurriera en la corte anterior de D. Juan II, eran de la nobleza, aunque variando la forma y los conceptos que caracterizaban á los poetas contemporáneos de Juan de Mena y el marqués de Santillana.

En tiempo de los Reyes Católicos tuvo la poesía un carácter eminentemente nacional, patriótico y vigoroso, desechándose las formas pueriles y los hinchados conceptos de la época anterior, lo cual no era extraño, por la terminación de la reconquista y los adelantos de la lengua nacional, que anunciaban para el siglo XVI un renacimiento tal, que en el se desarrollara la dorada época de nuestra literatura.

La literatura dramática castellana nace verdaderamente en este período histórico, pues que antes no había tenido carácter propio y adecuado, y sólo había aparecido imperfecto el arte escénico bajo la forma de misterios sagrados, pantomimas, diálogos ó églogas.

El teatro, pues, principia entonces con la tragicomedia de Calisto y Melibea, ó sea, la Celestina del toledano Rodrigo de Cotta, que bella, aunque con grandes imperfecciones, se tradujo á todas las lenguas europeas, y á poco de publicada se habían hecho de élla hasta treinta ediciones.

La comedia y la tragedia se fueron generalizando en nuestra patria, teniendo por principio las églogas de Juan de la Encina, con forma pastoril, apareciendo ya la verdadera comedia española con las composiciones del extremeño Torres Naharro y las tragedias del cordobés Pérez de Oliva. Ya en las comedias aparece la división en jornadas, precedidas dichas obras de prólogo ó introducción, y en las tragedias se siguió á los trágicos antiguos; siendo el año de la conquista de Granada y del descubrimiento del Nuevo Mundo, aquel en que por vez primera las compañías dramáticas representaron públicamente obras de este género, y en el que en la poesía española se separa la escuela antigua de la moderna.

Las bellas artes, como hijas de la imaginación, se desarrollaron asimismo con esplendidez durante este período, por la influencia italiana y por la decidida protección que á todos los artistas prestara la egregia señora que ocupaba el trono de Castilla.

El dibujo entró merced á los trabajos de Berruguete y á la revolución, que obró en las artes por derroteros distintos, desterrando las formas del dibujo de la Edad media, adaptándolo á la escuela italiana de Miguel Angel, que bien pronto fué seguida por todos los artistas españoles.

La escultura también tomó nuevos derroteros con novedades artísticas introducidas en España por los escultores Miguel Florentín y Pedro Torrigiano, que vinieron á Castilla atraídos por el espíritu de ilustración que la distinguía y por los muchos aficionados que empezaron á cultivar este arte en el reinado de la primera Isabel.

No quedó sin adelantar también por entonces el arte arquitectónico, á pesar de que es más difícil en él la introducción de novedades y de variantes artísticas. Rompiéronse los moldes de las imitaciones de tiempos cercanos, y se aceptó por nuestros arquitectos el sistema griego, como expresión de la solidez, belleza y sencillez.

También se cultivó el divino arte de la música, ya por distinguidos aficionados de la nobleza castellana, ya también por poetas y escritores de gran fama; por eso á los nombres de los esclarecidos próceres don Bernardino Manrique y Garcilaso de la Vega, que la cultivaron con esmero, pueden añadirse los de Juan de la Encina y Francisco Peñalosa, que al ser maestros de capilla dieron señaladas muestras de sus talentos musicales.

Todo el brillo que tuvieron en este tiempo las bellas artes, faltó, y no pudieron desarrollarse, como parecía iba á suceder, á las ciencias, que no tuvieron lucidez alguna en el siglo que estamos estudiando. Y esto se explica, no sólo porque siempre es más lento el progreso de las ciencias que el de las obras de imaginación, sino también porque la influencia extranjera había determinado un grande entusias-

mo por el cultivo de las poesía y las demás artes bellas, no cultivándose trabajos más serios con el entusiasmo de éstas.

Sin embargo, la astronomía tuvo sus profesores en las Universidades de Salamanca y Alcalá, aunque no alcanzamos en esta ciencia los prestigios y renombres de otras naciones de Europa.

Igual puede decirse de la cosmografía, que si también se enseñaba en nuestras Universidades, nunca llegó á alcanzar el renombre que obtuvo en Portugal, desde los trabajos y oportunísima protección del infante D. Enrique.

También puede afirmarse que la física quedó estacionada en nuestra patria, aguardando otros tiempos mejores, en que por propios descubrimientos ó por importaciones de otros pueblos más adelantados, se lograse aquí que esta ciencia de tan útiles aplicaciones, adelantase más y más en el camino de su desenvolvimiento.

Las matemáticas asimismo, aunque se cultivaron por entonces en nuestra patria, no lograron salir del reducido círculo en que vivían, ni ser como después fueron y en otros tiempos lo habían sido, estudios importantísimos y de universales aplicaciones.

La historia natural en todas sus ramas, que había estado muy descuidada y casi desconocida hasta entonces, adelantó rapidísimamente, habiendo sabios que de ella se ocupaban, y profesores que directa ó indirectamente la enseñaban en las aulas. Esto se explica por el descubrimiento del Nuevo Mundo, que obró una revolución material y científica, con los objetos y producciones venidos de aquellas regiones, lográndose que en las cátedras y en los escritos, se comentase á Plinio el naturalista y á otros escritores de esta ciencia en la antigüedad.

No quedaron sin ser estudiadas tampoco las ciencias de observación y las propiamente prácticas, siendo de las más cultivadas entre ellas, la medicina y la agricultura. De la primera se escribieron obras importantes; se creó escuela propia castellana precursora del médico notable Vallés, que fué apellidado el *divino;* y de la segunda antes conocida como plebeya y vulgar, se la significó con la aparición del tratado agrícola de Gabriel de Herrera.

En las ciencias morales y políticas se notó también un grande adelanto, comenzando á estudiarse la historia bajo principios más sólidos y científicos que se hacía anteriormente. Y es que no se conocía solo el hecho histórico aislado, sino que se empezaba á buscar ya los fundamentos históricos, borrando toda la forma de crónica que antes tenía la historia, aunque desgraciadamente todavía continuaran vivas las leyendas y fábulas de los tiempos anteriores.

A esto coadyuvó mucho la creación del archivo público de Burgos, de cuya dirección se encargó el sabio Alonso Ruiz de la Mota, cuyo establecimiento oficial tuvo muy corta existencia, pues fué quemado en la guerra de las comunidades. La creación de este archivo público, fué el primer anuncio de la importancia que más adelante habían de tener para esclarecer la verdad histórica y fortalecer la crítica, los diplomas y documentos originales, así como toda clase de escritos antiguos, que vinieran más tarde á ilustrar la historia.

La enseñanza y propagación de las ciencias sagradas y eclesiásticas, fué notable en este tiempo, merded á la piedad de la reina Isabel, que á todo trance quería que se difundiese en las Universidades y fuera de ellas, la doctrina y la instrucción en materias de dogma, de teología y de disciplina eclesiástica. A ello ayudó mucho el nombramiento de los tres grandes prelados, Mendoza, Talavera y Cisneros, que ya promovieron el estudio de estas ciencias, ya alentaban á la juventud para el estudio, ó ya ilustraban al mundo, con ediciones tan famosas como la de la Biblia Políglota.

Se desarrolló prodigiosamente en España en este reinado, la industria, la agricultura y el comercio, siendo ejemplos de ello los productos debidos á la industria en Toledo, Segovia y Granada, los frutos del cultivo agrícola de Andalucía y las ferias de Medina del Campo, como manifestación embrionaria, aunque muy fructífera del desarrollo del comercio en España.

El arte militar fué lo que más progresó en el reinado de los Reyes Católicos, efecto de las grandes luchas guerreras que en él tuvieron lugar, y muy particularmente las guerras de Granada, pues que la situación especial de aquella ciudad y las grandes defensas que le rodeaban, justifican el largo tiempo que duró aquella guerra, y como se acreditaron no solo de valientes, sino de tácticos experimentados, desde el rey Fernando hasta el último de los capitanes que á ella asistieron.

Grandes fueron los adelantos que hizo el arte militar en este reinado, á pesar de que aún con los que alcanzó de la artillería, se estaba comenzando en sus progresos. Pero todavía en este estado, era inmenso el número de personas que concurrían para facilitar la construcción de los instrumentos de guerra, (como artesanos, auxiliados de bueyes y carros), lo que explica la facilidad de abrir caminos donde no existían, é improvisar ciudades como Santafé, y campamentos como el de Baza.

Y todo pudo hacerse en aquel tiempo, merced á un plan de campaña perfectamente combinado, salvo los momentos en que por impetuoso arranque de arrojo, se conquistaban algunas plazas. Después el bloqueo general sirvió para interceptar al enemigo los víveres y municiones que recibía del continente africano, y que sin ellos era impotente para resistir la avalancha de los cristianos.

Asimismo se fueron éstos fortificando de un modo admirable, que era imposible imitar por los enemigos, á los que también se les acometía, traspasando sus fortificaciones, y destruyendo sus mieses y arbolados, y todo medio de su existencia.

La pólvora unas veces se traía de Valencia, Barcelona, Portugal ó Flandes, y las más de ellas se fabricaba en los campamentos, así como las balas, depositándose en subterráneos á propósito, y exigiendo el concurso de multitud de operarios.

La artillería española estuvo adelantadísima, merced á la atinada dirección del capitán español Francisco Ramirez de Madrid, que con los directores de artillería venidos de Italia, Francia y Alemania, se mejoró notablemente, multiplicándose los cañones, aumentándose el nú-

mero de los disparos, empezándose á usar los cuerpos arrojadizos é incendiarios, y siendo notables nuestras *lombardas*, como anuncio de lo que habían de ser pasados cinco siglos nuestros actuales cañones.

Los hospitales de campaña, nacieron al amparo de la reina Catalina, que por sus cuidados para con enfermos y heridos, mereció el honroso título de *Madre de los Reales*. Y es que D.ª Isabel hizo llevar al campamento tiendas de campaña, costeando por su cuenta médicos, cirujanos, boticarios y medicinas, y creándose el primer hospital de campaña con el título de Hospital de la Reina.

La organización de la milicia se realizó de tal modo en tiempo de los Reyes Católicos, que fué el golpe de gracia dado á la turbulenta aristocracia, creándose la Santa Hermandad como un ensayo y anuncio de lo que á mediados del siglo XIX había de ser nuestra moderna guardia civil, y como base también del orden, dentro y fuera de las poblaciones.

Pero no les bastaba á aquellos monarcas con estas reformas, sino que también crearon cuerpos ordinarios y permanentes de caballería, obligando á la duodécima parte de los vecinos útiles de 20 á 45 años, á formar parte de estas milicias.

Hay que añadir á esto la creación de las milicias de á pie, imitación de la infantería suiza, como el gran nervio de los ejércitos, de que dan gran ejemplo después, los famosos tercios españoles en Nápoles y en Flandes, y que prueban el gran error de la Edad media, no comprendiendola importancia de la infantería, y demuestran los grandes adelantos del arte militar, con la revolución que en él se obra, en ordenanza, táctica y disciplina, y con el anuncio de la creación de los ejércitos permanentes.

Crítica.—Sólo á la hábil política de los Reyes Católicos, se debió el engrandecimiento en su tiempo, de la nación española, pues que comprendiendo las reformas que necesariamente debían iniciar, y estirpando los vicios que en altos y bajos minaban nuestra organización política, es como pudieron, estimulados por su grande entusiasmo y fe religiosa, realizar la gigantesca empresa que llevaron á cabo.

Y también el progreso material adelanta muchísimo, merced al desarrollo grande que en aquel tiempo tienen las letras y las artes, á las que protegieron de modo inusitado aquellos monarcas insignes, teniendo en cuenta que los prestigios intelectuales, y el desarrollo en este género de trabajos, tiene siempre una influencia notoria enel progreso material de las naciones.

Por último; las empresas guerreras llevadas á cabo por D.ª Isabel I de Castilla y D. Fernando II de Aragón, pudieron tener más favorables resultados, á causa también de los adelantos del arte militar en aquel tiempo, que todos fueron estudiados por ellos, y traídos á España, poniéndolos en práctica en sus continuadas luchas guerreras.

LECCIÓN 72.

COSTUMBRES, RELIGIÓN Y POLÍTICA DE ESPAÑA, EN TIEMPO DE LOS REYES CATÓLICOS

Sigue el estudio del estado interior de España, durante el reinado de los Reyes Católicos. —Costumbres españolas.—Sistema económico.—Medidas restrictivas.—Leyes suntuarias.—Reforma del lujo.—El principio religioso en los Reyes y en el pueblo.—El fanatismo y la inmoralidad.—El clero y sus reformas —Regalía de la corona.—Errores políticos y económicos en la administración colonial de América.—Abundancia de oro y plata en España y pobreza de la nación.—Hombres ilustres de España en esta época.—Manejo y política de los Reyes Católicos en negocios eclesiásticos.—Instrucciones sobre materias de jurisdicción á sus embajadores en Roma.—Su celo por mantener la conveniente división entre las potestades eclesiástica y civil.—Reforman, además del clero, las comunidades religiosas.—Toman la administración de los grandes maestrazgos de las órdenes militares.—La Inquisición en sus primeros tiempos.—El Papa y la inquisición española.—Relaciones exteriores.—Hábil política de los Reyes Católicos.—Las embajadas permanentes.—Pensamientos y proyectos de la reina Isabel, sobre la unión de Portugal y Castilla.—Importancia de la unión de Navarra á Castilla.—Diferente conducta de Isabel y Fernando, con los grandes hombres de su tiempo.—Estado general de la monarquía española, al ocupar el trono la Casa de Austria.=*Crítica.*—Las reformas interiores de los Reyes Católicos, aumentan la grandeza de este reinado.—Causas de la pobreza de la nación, á pesar de las riquezas de América.—Armonía entre el fervor religioso de los Reyes, y la defensa de las regalías de la Corona.

Siguiendo el estudio del estado de España, durante el reinado de los Reyes Católicos, hay necesidad de conocer ahora, otros asuntos importantísimos para la gobernación del Estado, que no escaparon á la gran penetración y exquisito celo de aquellos monarcas, por todo cuanto se relacionaba con nuestra nación.

Por eso, vemos que se fijaron también en las costumbres españolas, para lo que, y con el fin de moralizar éstas, y evitar algunos escándalos públicos, así como aumentar la instrucción y la cultura del pueblo, se dictaron varias pragmáticas, ordenanzas y provisiones, que las reglamentaron, como entonces era absolutamente preciso.

Asimismo, el sistema económico de aquellos monarcas, basado en las medidas restrictivas necesarias en aquella época, y generales á todas las naciones, no merecen censura alguna, antes bien, simbolizan un grande espíritu de progreso, y demuestran el deseo de que hubiese uniformidad económica en toda España, cesando los monopolios, y facilitándose así el adelanto material en toda la nación.

Tomaron, pues, medidas restrictivas, entre ellas la de la expulsión de los judíos, que si perjudicó á la industria y al comercio, no puede calificarse de verdadero error económico de aquellos reyes, toda vez que sacrificaron los intereses temporales á la realización de su pensamiento político, y al arrojar á los hebreos de España para siempre, si-

guieron el ejemplo de otras naciones, que con más crueldad los lanzaron de su seno.

Sí fué error económico, el afán de la reina Isabel de promulgar leyes suntuarias, para reformar el lujo desmedido de la nación, que no dieron resultado alguno, antes bien, concedieron valor ficticio á determinados objetos, y el orgullo humano llevó á los españoles por otros caminos, donde pudieron hacer ostentoso alarde de un lujo escandaloso y una vanidad sin límites.

Pero no negaremos que era preciso reformar el lujo escandaloso de la corte, y que los Reyes Católicos con su prudente ejemplo y su modestia personal, hicieron más que todas las disposiciones legislativas, publicando diariamente su deseo, de que cuanto se había de gastar en lujo, ostentación y espectáculos de recreo, se invirtiese en hospitales é iglesias, centros de educación y reformas sociales; sin poder prever que sus inmediatos descendientes, al implantar la dinastía austriaca en España, habían de continuar con ceremoniosas profusiones, las escandalosas prodigalidades de la corte de Enrique IV.

El principio religioso se hallaba perfectamente arraigado, no solamente en los reyes, sino en el pueblo, que como hermanado con la idea de independencia y de libertad, habían sido siempre los móviles que les animaran en la gigantesca empresa de la reconquista; para ello, los monarcas católicos procuraron armonizar siempre los principios religiosos, con el ejercicio y práctica de las virtudes en toda su vida, siendo el hermoso ejemplo que los súbditos podían diariamente imitar, si había de conseguirse el ansiado empeño de mejorar las públicas costumbres.

Mas como el fanatismo y la inmoralidad, estaban á veces unidos en aquella sociedad, con la superstición y la hipocresía, de aquí que pusiesen D. Fernando y D.ª Isabel todo su cuidado, en extirpar de sus reinos aquellos vicios, ya con su propio ejemplo, ya con oportunísimas disposiciones.

El clero español, estaba desgraciadamente contaminado y corrompido, como las demás clases sociales, y á evitar los males que esto producía, se encaminaron los esfuerzos de la reina Isabel, con oportunas reformas, ya del clero regular, como del secular, y haciendo ver al sacerdote piadoso y ejemplar, así como instruído, que en las gradas del trono podían encontrar amparo y protección, y enérgica corrección y duro castigo, para aquél que faltase á sus deberes.

En cuanto á las regalías de la corona, no permitieron nunca perder un ápice en sus derechos, defendiéndolas con entereza, y sin dejar que se menoscabara el régio patronato de la iglesia española; aunque en la forma seguían distinto camino ambos esposos, pues que D.ª Isabel se resistía á las pretensiones pontificias con entereza, pero con respeto, y D. Fernando lo hacía con la dureza propia de su carácter.

Verdaderamente se cometieron errores políticos y económicos en la administración colonial de América, aunque abultados por los sectarios enemigos del catolicismo, y realizados casi todos después de la muerte de D.ª Isabel; pero que todos ellos demuestran que no se trató á los in-

dios con la consideración que se debiera, conduciéndose con ellos como conquistadores, lo que evitó en gran parte que aquellos colonos desde el principio, se hubiesen identificado con nosotros, realizándose más fácilmente nuestra obra civilizadora y cristiana, y se hubiera evitado que naciese entonces y se conservara latente por espacio de los siglos, y hasta nuestros días, el espíritu de odio que nos tenían y su afán de independencia.

No fué tampoco pequeño error económico, el no haberse sabido aprovechar España de las inmensas riquezas que encontró en América, dándose el caso tristísimo de estar pobre la nación, cuando más oro y plata venía de aquellas colonias, lográndose que se extinguiera la actividad industrial en nuestra patria, aumentándose el valor de las mercancías, y creciendo el del oro, sin que pudiéramos aprovecharnos, como debió hacerse, del comercio de cambio entre España y América. Estos errores tienen su explicación por la falta de conocimiento entonces de los más elementales principios de la economía política, y por imperar en todas partes el sistema restrictivo, creyéndose era rica la nación que poseía más numerario.

En este tiempo parece que brotaban del suelo español los hombres ilustres en virtud, letras y ciencias, siendo nuestro pueblo el que por ello excitaba la admiración de todos, y servía de modelo á las más cultas naciones de Europa. Los nombres del Gran Capitán, Hernán Pérez del Pulgar, y el marqués de Cádiz, entre los guerreros, Talavera, Mendoza y Cisneros, entre los sacerdotes; el conde de Tendilla, Garcilaso de la Vega y Fonseca, entre los diplomáticos; Nebrija, el Cura de los Palacios, y Fernando del Castillo, entre los gramáticos, historiadores y poetas, son un hermoso ejemplo de aquella pléyade de hombres ilustres en todos sentidos, que dieron honor y gloria al reinado de los Reyes Católicos.

Estos monarcas tuvieron un oportuno manejo y hábil política en los negocios eclesiásticos, pues como decíamos antes, defendieron siempre con entusiasmo, energía y entereza las prerrogativas reales contra todo intento de parte del clero, que tendiera á disminuirlas, estableciendo una verdadera línea divisoria, entre las potestades civil y eclesiástica.

Por eso, y después de dictar las sabias disposiciones á que antes aludíamos sobre reformas de la vida interior del clero en sus estados, se fijaron también en dar instrucciones oportunísimas sobre materias de jurisdicción á sus embajadores en Roma, en las que con piedad ilustrada se demostraba un grande amor á los españoles, y un ferviente deseo de mantener vivos sus derechos para la presentación de obispos á la corte Romana, sosteniendo siempre el patronato régio de la iglesia española en estos asuntos.

Su celo era extremado por mantener la conveniente división entre las potestades eclesiástica y civil, sin que para ello faltasen nunca al respeto y veneración que se debe á la autoridad pontificia, y procurando marchar siempre de acuerdo ambas potestades, pero sin que permitiesen ni por un momento que la corte romana tuviera intrusiones en

la de España, ni en lo más mínimo se mermaran los derechos y prerrogativas reales.

Y no sólo acometen y llevan á cabo la reforma del clero, que había llegado á adulterarse y corromperse, amparados en su inmunidad eclesiástica, sino que también realizaron la de las comunidades religiosas, que según escritores que no pueden tacharse de impiedad, apenas resplandecía en éllas algún rastro de sus primitivos y santos fundadores. Para ello, el conde de Tendilla, embajador en Roma, logró de Su Santidad las necesarias autorizaciones para la reforma de las licenciosas costumbres del clero, y la facilidad con que amparados en su inmunidad escapaban á la justicia, obligándoles á cumplir determinadas obligaciones y á vestir traje especial para gozar de los beneficios eclesiásticos, así como también se propusieron la reforma y mejora de la disciplina de las órdenes monásticas, donde no se cumplía con los primitivos estatutos, ya en la vida particular de los monjes y monjas, como en la administración de las rentas de los conventos.

Las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, que tan señalados servicios habían prestado á la causa de la cristiandad durante el largo período de la reconquista, tenían á su cabeza grandes maestres, revestidos de tan extraordinario poder que rivalizaban con el mismo rey. Para evitar las ambiciones de éstos y la merma del poder real, los Reyes Católicos tomaron la administración de los grandes maestrazgos de las órdenes militares, con cuya medida se abatió aquella clase poderosa y levantisca. Y no lo hicieron antes aquellos monarcas, porque ocupados con las guerras de Granada, no querían disgustar á aquellas mesnadas de soldados que tan útiles les eran en la campaña; pero conquistada aquella ciudad, les dieron el golpe de gracia proclamándose grandes maestres de aquellas órdenes, incorporándolos á la corona y tomando la administración de sus bienes, primero de modo vitalicio, y después perpetuo, amparados por las bulas de los Pontífices Inocencio VIII y Alejandro VI.

La inquisición existía en España desde 1232, estableciéndose primero en Cataluña y pasando después á Aragón, hasta que en 1483 fué constituído el santo oficio en Castilla, y siendo en los primeros tiempos muy distinta á lo que fué después, toda vez que al principio fué un poderoso auxiliar para la lucha de la reconquista, prestando alientos al entusiasmo guerrero religioso de nuestra guerra contra los árabes. Más tarde varió de carácter, y aunque siempre prestó señaladísimos servicios á la santa causa del catolicismo, y evitó en su día que la doctrina protestante se enseñorea de España, favoreció, sin embargo, el despotismo político y se arrogó facultades de que nunca estuvo investida; pero esto no es culpa de aquella institución, oportunamente introducida en nuestra patria, sino de los abusos de los hombres y de las exageradas ambiciones de ciertas personalidades.

Las relaciones entre el Papa y la inquisición española, se manifiestan en determinados momentos, cuando al exagerar ésta sus funciones se dirigieron quejas á la corte romana, que dieron por resultados los Breves de Sixto IV y de Alejandro VI, y la determinación tomada por

este Pontífice en 1494 de nombrar cuatro inquisidores más, que fuesen como el contrapeso del autoritario poder del inquisidor general. Todo esto, unido á la conducta especial de la reina Isabel y á su repugnancia, al principio, al establecimiento de la inquisición en Castilla, nos prueban de modo clarísimo que aunque prestó muy señalados servicios contra moros y judíos en nuestra patria, y evitó la introducción de otras herejías, tuvo siempre un justo contrapeso en la corte romana y en la natural dulzura de la reina católica.

También fijaron muy detenidamente su atención D. Fernando y doña Isabel en las relaciones exteriores llevadas á cabo con otras naciones, merced á hábiles diplomáticos, que lograron fuese respetado en todos los países, como lo era en España, el nombre y las figuras esclarecidas de los Reyes Católicos.

Estos desplegaron una hábil política en todos los asuntos, y especialmente en las pretensiones, siempre vivas, de Portugal á la corona de Castilla, en cuyo asunto, á pesar de la destreza diplomática de D. Fernando, la mayor gloria correspondió á D.ª Isabel, que con arte y suma maestría supo darle cima, defraudando las aspiraciones de D.ª Juana la Beltraneja, que salida del convento de Coimbra, no cesaba, ayudada de sus parciales, de molestar con sus insensatas pretensiones á los reyes de España. Por eso también la reina católica negoció el matrimonio de su hija D.ª Isabel con el príncipe heredero de Portugal D. Alfonso, que se realizó en 1490, y cuya muerte desató el lazo que iba á unir en una sola monarquía toda la península ibérica.

D. Fernando y D. Isabel acreditaron también su alto concepto de diplomáticos, estableciendo, por vez primera, las embajadas permanentes, ya que hasta entonces no se había acostumbrado otra cosa que nombrar éstas cuando el caso ó las circunstancias especiales la exigían.

Asimismo la reina Isabel tuvo oportunos pensamientos y hábiles proyectos para lograr ó preparar la unión de Navarra y Castilla, proponiendo á la condesa de Fois, madre del monarca navarro, la boda de su hijo con la princesa D.ª Juana, lo que por fuerza de las circunstancias no pudo efectuarse, siendo más tarde reina de Castilla, y casándose con el archiduque de Austria D. Felipe el Hermoso. También pensaron, á la muerte del rey Francisco Febo de Navarra, á quien sucede su hermana D.ª Catalina, que ésta se casara con el príncipe D. Juan, muerto después, preparando así la incorporación que más tarde se realiza con Castilla y que tanta importancia tiene para la definitiva realización de la unidad nacional española.

No fué igual la conducta de Isabel y Fernando con los grandes hombres de su tiempo, pues que la primera protegió de una manera decidida á todas las ilustres personalidades que le rodeaban, mientras que el rey no siempre recompensó con tanta largueza á sus leales servidores, ni amparó á tanto hombre ilustre como descollaron en letras, ciencias y artes en aquella época.

España, al finalizar el reinado de los Reyes Católicos y comenzar á regir en élla la Casa de Austria, se encuentra en un estado de alta

grandeza que facilita la inmortal obra realizada más tarde por Carlos V y Felipe II, haciendo de nuestra nación la primera del mundo.

Crítica.—Las reformas interiores de los Reyes Católicos aumentan la grandeza de este reinado, pues que matando las ambiciones de los nobles robustecieron el poder real, y con sus útiles disposiciones y mudanzas de todo género hicieron que España entrara por el camino del adelantamiento material á que no había podido llegar antes, fraccionada en distintos reinos, con variadas aspiraciones y ocupada constantemente en la guerra contra los árabes.

No es extraño que nuestra nación fuese pobre entonces, á pesar de las grandes riquezas venidas de América, pues que entre otras causas el lujo y los errores económicos evitaron que supiéramos aprovecharnos de aquellos inmensos capitales que venían del Nuevo Mundo.

A pesar de que ha habido quien quiera encontrar contradicciones entre el fervor religioso de los Reyes Católicos y la gran defensa que éstos hicieron siempre de las regalías de la corona, no existe ninguna, pues que en toda ocasión defendían con empeño lo que creían legítimos derechos del trono, pero también hacían sus peticiones y reclamaciones á la corte romana, con la veneración y piedad de hijos obedientes y sumisos del romano Pontífice.

LECCIÓN 73

EL DERECHO ESPAÑOL EN TIEMPO DE LOS REYES CATÓLICOS

Desenvolvimiento del Derecho español durante el reinado de los Reyes Católicos.—Ordenanzas revocando las mercedes enriqueñas consignadas en las ordenanzas reales de Castilla.—Colección de bulas pontificias favorables á la autoridad real.—Las leyes de Toro.—Su razón de ser.—Destruyen la anarquía de la legislación.—Á pesar de ser inspiradas por los Reyes se publican después de la muerte de la Reina Católica.—Quienes intervienen en su formación.—Las leyes de Toro no son un verdadero código.—Para qué se dieron las leyes de Toro.—Su gran eficacia en la época de su promulgación y en las posteriores.—Elementos que las informan.—Disposiciones sobre el derecho civil español, relativas á los derechos reales, á las obligaciones, al derecho de familia y á las sucesiones.—Disposiciones sobre el Derecho penal.—Idem sobre el Derecho procesal.—Comentarios que se han hecho de estas leyes.—Su incorporación en las recopilaciones posteriores.—Carácter literario de las leyes de Toro.—Su laconismo.—Aspecto externo é interno de las leyes de Toro.—La enseñanza del Derecho en las Universidades españolas por este tiempo.—Jurisconsultos y letrados importantes de este período histórico.=*Crítica.*—Las leyes de Toro no fueron nunca un cuerpo legal sistematizado.—Dejaron en pie la legislación anterior.—Implican un sistema de transacción.—Originalidad de las leyes de Toro.—Las leyes de Toro y los mayorazgos.—Juicio de escritores ilustres sobre las leyes de Toro.

El Derecho español durante el reinado de los Reyes Católicos, se desenvuelve de modo especial, y al mismo tiempo que va formándose la unidad nacional, se unifica el derecho, pues ya no va á haber más que una legislación para toda España, presentándose la codificación española en esta época, bajo la forma de ordenamientos y recopilaciones, con lo que se representan trabajos más prácticos que científicos, donde se expone algo de lo legislado, hasta que se publican las leyes de Toro, que habían de cumplir una misión importantísima en la historia del Derecho español.

Entre estas ordenanzas y pragmáticas, hay que citar las que dieron aquellos monarcas revocando las mercedes enriqueñas, que están consignadas en las ordenanzas reales de Castilla, y por las que, siguiendo el plan de buscar la unidad del derecho, mataran las ambiciones de la levantisca nobleza, conquistándose el aplauso general del país y ofreciendo á éste recopiladas después en 1503, la colección de pragmáticas, leyes y ordenanzas de los diez y ocho años anteriores.

También publicaron en su tiempo y al comenzar la reforma legislativa del país, una colección de bulas pontificias favorables á la autoridad real, recopiladas por el consejo de orden de los reyes, y con una real cédula sancionando dicha colección.

Pero de todas las reformas legislativas realizadas en tiempo de los Reyes Católicos, ninguna tiene tanta importancia como las leyes de Toro

publicadas en el mismo, y como producto de las reclamaciones de las cortes de Toledo en 1502, en las que se pidió la formación de leyes aclaratorias de fueros y ordenamientos, para que se evitasen los encontrados pareceres de tribunales y jurisconsultos, al fijar la doctrina legal en determinadas cuestiones.

Es, pues, la razón de ser de esta colección de leyes, la necesidad de evitar el desconcierto legislativo que existía en España, y el deseo de que hubiese algo legislado, para asuntos de que no se habían ocupado los legisladores anteriores, y lográndose con estas nuevas leyes que se supliese el derecho anterior en lo que era deficiente, se resolvieran las dudas por oposición ó distinta interpretación del derecho en la práctica, y se restableciese el orden de prelación del ordenamiento de Alcalá que antes no se observaba.

Se destruye con ellas la anarquía de la legislación, y se redactan por las Cortes del reino, después de asíduos trabajos de varios jurisconsultos, y con el fin de disponer la observancia del decreto de prelación de leyes caído en desuso, y ordenar bajo nueva forma el exacto cumplimiento del anterior precepto legal.

A pesar de ser inspiradas las leyes de Toro por los reyes, no se publicaron hasta 1505 después de muerta la reina D.ª Isabel; primero por la ausencia de D. Fernando, y después por la enfermedad y muerte de su egregia esposa, promulgándose cuando al jurarse en Toro á doña Juana como reina de Castilla, las cortes las discutieron y por la soberana se promulgaron como leyes generales del país que iba á regir, publicándose así é incluyéndose más tarde en la nueva y novísima recopilación.

Intervinieron en su formación, redactándolas minuciosa y ordenadamente doctores del consejo, príncipes de la iglesia y jurisconsultos notables, como lo fueron Galindez de Carvajal y Palacios Rubios, el obispo de Córdoba y los licenciados Tello, Santiago, Moxica y Zapata.

Pero las leyes de Toro no son un verdadero código, ni un ordenamiento, ni colección de leyes, concebida y organizada del modo que anteriormente se recopilaban los cuerpos legales, pues no fué ese el objeto del legislador, y hubiera sido mejor que figuraran como complemento del derecho parcial que corregían ó como apéndice y adición de la legislación anterior.

Diéronse, pues, las leyes de Toro, para dirimir la discordia de leyes, para expresar y aclarar lo que sólo estaba indicado en Códigos anteriores, y para legislar sobre lo que tenía realidad práctica en la vida civil, sin tener disposición legal que lo reglamentase. Así todo lo contradictorio del Fuero real y de las Partidas se aclaró en éllas, se desarrolló la materia del testamento y se legisló expresamente para los mayorazgos.

Tuvieron una gran eficacia en la época de su promulgación y en las posteriores, porque fueron desde luego el arsenal jurídico al que todos acudieron para resolver las cuestiones legales, prefiriendo el derecho nacional al de las Partidas, y siendo base principalísima del derecho posterior y del derecho vigente.

Los elementos que las informan, consultados por el legislador al re-

dactarlas, fueron los propiamente españoles, prefiriéndolos á los tomados del derecho romano y desenvolviendo todas las doctrinas emanadas del fuero real y de los fueros municipales, aunque en algunas ocasiones se procurara adaptar en éllas un temperamento medio, conciliando las tendencias encontradas de los fueros y de las Partidas, y comprendiendo en las ochenta y tres leyes de que se compone esta obra legislativa, que no está dividida por orden de libros, títulos ni materias, sino simplemente numeradas, varias disposiciones legales sobre derecho civil, penal y procesal.

Las disposiciones sobre el derecho civil español, se refieren, ante todo, al orden de prelación de Códigos, y se fija la capacidad jurídica, según la forma del nacimiento del individuo, así como se dictan determinaciones relativas á los derechos reales, á las obligaciones, al derecho de familia y á las sucesiones. En cuanto á derechos reales, se dan oportunísimas reglas legales sobre prescripción y censos; en las obligaciones se determinan las causas del retracto y los años necesarios para la prescripción; en el derecho de familia se reforma notablemente el matrimonio, prohibiéndose el clandestino, se dan disposiciones sobre las donaciones en estos contratos, que á la vez son Sacramentos, y sobre gananciales, así como también sobre la personalidad de la mujer casada; y en las sucesiones se conceden derechos especiales á determinadas personas, se reglamenta la herencia abintestato, y las mejoras, se dá sanción legal al testamento por comisario, y se legisla por vez primera sobre la importante cuestión de los mayorazgos.

En cuanto al derecho penal se dictan por estas leyes prescripciones especiales, ya respecto á las penas pecuniarias, ya á la prisión por deudas, ya al delito de falso testimonio, que todas éllas demuestran un grande adelanto en nuestras costumbres jurídicas y una total variación en la doctrina penal que hasta entonces había regido en España.

En materia procesal son muy escasas las manifestaciones de las leyes de Toro, quedando casi todo reducido á reproducir la ordenanza de Madrid de 1502 sobre procedimientos, determinando las condiciones con que la ejecución puede prosperar, la manera de prestar fianza, y desapareciendo las fórmulas simbólicas del juramento antiguo.

De las leyes de Toro se han hecho muchos comentarios y estudios particulares sobre las mismas, en los que por unos se les ha considerado en alto grado y por otros se les ha hecho cargos gravísimos. Los comentarios principales á estas leyes son los del maestro Antonio Gómez, los de Sancho de Llamas y Molina y los de D. Joaquín Francisco Pacheco.

Estas leyes, de las que algunas han sido reformadas por otras del siglo actual, forman parte del derecho que existía á la publicación del moderno Código civil, y todas éllas fueron incluídas en la nueva y novísima recopilación, de cuyo libro 10 son elemento esencialísimo.

Bajo la forma literaria no vemos en éllas plan general ni organización científica, pero ofrecen un conjunto de doctrinas que las hace aparecer como un cuerpo casi completo del derecho civil en aquella época.

Es carácter distintivo también de las leyes de Toro, el grande laconismo de las mismas, sin más epígrafe en éllas que el número de ordenación, y confundiendo en la exposición unas materias tras otras, sin relación alguna de asunto, ni tratados particulares, como ocurre en toda clase de códigos, habiendo necesidad de que los tratadistas posteriores, para hacer su estudio, hagan de las materias que comprenden un análisis ordenado y metódico como era preciso.

Estas leyes hay que considerarlas, ya con respecto á su oportunidad histórica y constituyente, ya en cuanto al grado de bondad científica de su contenido, ó sea, los aspectos externo é interno de las mismas. En el primer concepto no fué política ó constituyente la formación de las Leyes de Toro, pues que dejaron en vigor todas las antiguas colecciones legales; y en cuanto al segundo, ofrecen un conjunto de doctrinas de gran bondad científica, que poderosamente contribuyeron á la necesaria rehabilitación del derecho nacional ó germano que tan olvidado había ido quedando.

La enseñanza del derecho en las Universidades españolas, estaba generalizada en éllas, con una tendencia particular que había servido de base al Código de las partidas, pero olvidando hacer el estudio de nuestras leyes y sus fuentes, por la exclusiva preferencia que se daba al estudio de los derechos canónico y romano. Por eso los Reyes Católicos, viendo el mal gravísimo que se producía con que los jóvenes salidos de nuestras Universidades tomaran puesto en la carrera judicial, ignorando las instituciones patrias, ordenaron en la segunda Ley de Toro que todos los que desempeñaran cargos judiciales tenían que haber estudiado oficialmente todas las leyes de nuestro derecho nacional.

En este período histórico brillaron muchos jurisconsultos y letrados importantes, retratándose en sus obras las dos tendencias marcadas en los estudios jurídicos, siendo unos defensores del romanismo y otros del derecho español, desempeñando los primeros puestos de la nación en los Consejos de los Reyes, en la magistratura y en el público profesorado, hasta en Universidades extranjeras, siendo de todos éllos el más importante representante del reinado de los Reyes Católicos, Alonso Díaz de Montalvo, que de orden de aquellos monarcas escribió las ordenanzas reales de Castilla.

Crítica.—Las Leyes de Toro no fueron nunca un cuerpo legal sistematizado, y con el que pudieran satisfacerse todas y cada una de las necesidades jurídicas, al menos de las civiles, por lo que dichas leyes, como trabajo legislativo, merecen una crítica acre y desfavorable, toda vez que dada la anarquía legislativa que existía entonces, había necesidad de algo más capital y decisivo que las soluciones transitorias que vienen á representar estas leyes.

Dejaron en pie la legislación anterior, en la misma forma en que se estableció por el ordenamiento de Alcalá, lo cual quiere decir tanto como que aquel código tuvo más carácter teórico que práctico, pues si quedaban vivas y en observancia todas las leyes anteriores, no era absolutamente precisa la redacción de este cuerpo legal.

Implican también un complemento al sistema de transacción, inaugurado por Alfonso XI, aunque realmente no lograron el fin apetecido, toda vez que no eran iguales las circunstancias en España en 1348 y en 1505, por lo que el mayor defecto de estas leyes es haber dejado en pie la legislación anterior sin razón ni motivo alguno, aunque dieron solución á muchas dudas que diariamente se provocaban en los Tribunales, supliendo y reformando el gran número de las anteriores.

Sin embargo, las Leyes de Toro tienen un carácter de originalidad distintivo y de bondad científica indudable, que las hacen superiores á los Códigos anteriores; siendo, aunque sin plan general ni organización, un cuerpo legal cuyo conjunto de doctrinas presenta casi completa toda la legislación civil, regulándose con profundo sentido científico la mayor parte de las instituciones de este género.

Mucho se ha censurado á las Leyes de Toro, por la importancia que en éllas dan á los mayorazgos, siendo Jovellanos el que más arrecia en sus censuras, olvidando que las vinculaciones de carácter civil existían ya arraigadas en el espíritu del país en aquella época, no siendo posible abolirlas, é imponiéndose la reglamentación de las mismas, como lo hicieron las leyes que analizamos.

Muchos escritores ilustres, entre éllos los doctores Asso y De Manuel, emiten sobre las Leyes de Toro juicios favorabilísimos, diciendo que fueron tan veneradas desde su publicación, que con razón se les dió el primer lugar de valimiento entre todas las del reino. Conforme con esta opinión están las de otros escritores, y como justificación de tales asertos, el que después de formar parte de la nueva y novísima recopilación estuviesen subsistentes al formarse el actual Código civil.

LECCIÓN 74.

ESTADO SOCIAL, POLÍTICO, RELIGIOSO É INTERIOR DE ESPAÑA DURANTE LA DOMINACIÓN DE LA CASA DE AUSTRIA.

Estado social, político, religioso y literario de España durante la dominación de la Casa de Austria.—Ojeada general.—Grandeza de la nación durante los dos primeros reinados de la Casa de Austria.—Cómo se inicia la decadencia y cuáles son sus causas.—Política de la Casa de Austria en el exterior.—Política interior.—Estado de la monarquía.—Gobierno de los varios dominios españoles.—España, Italia, los Paises Bajos, América, etc.—La iglesia durante este período histórico.—Disciplina de la iglesia española.—Patriarcado de las Indias.—Jurisdicción castrense.—Concilios.—Herejías.—El protestantismo.—Los iluminados.—El quietismo.—Órdenes religiosas.—Su reforma.—Santa Teresa de Jesús.—Congregaciones regulares.—Los jesuitas.—San Ignacio de Loyola.—Trabajos de los jesuitas.—La Casa de Austria y la unidad religiosa.—Estado de las Cortes del Reino en este período histórico. El régimen foral por este tiempo.—Estado de la nobleza.—Descenso de población.—Estado de la agricultura durante este período.—Idem de la industria.—Idem del comercio.—La marina.—El arte militar.—Costumbres del pueblo español en esta época.—Estado de la hacienda pública.—La inquisición durante la Casa de Austria.—La moral pública.=*Crítica.*—Causas que favorecieron el engrandecimiento de la nación española durante los primeros reyes de la Casa de Austria.—Rápida decadencia con los otros monarcas.—Carácter del absolutismo en este período histórico.—La iglesia, la inquisición y el trono durante el mismo.

Al estudiar el estado social, político, religioso y literario de España, durante la dominación de la Casa de Austria, vemos á nuestra nación llegando al colmo de su grandeza, para después venir á parar á la ruina y al abatimiento mayor que puede imaginarse.

Y basta sólo dirigir una ojeada general por nuestra historia durante este período histórico y veremos el caballeresco y brillante reinado de Carlos V, las gigantescas empresas de Felipe II por defender la civilización cristiana, la grandeza, todavía exterior, del reinado de Felipe III, la indolencia y decadencia interior y exterior en tiempo de Felipe IV y la agonía de la raza austriaca en el miserable reinado de Carlos II.

La nación española durante los reinados de Carlos V y Felipe II ofrece al mundo una envidiable grandeza, que no puede compararse con ninguna otra época histórica, debido más que nada al temple de acero que caracterizó á estos monarcas insignes. Por eso aparece caballeresca, brillante y guerreadora en tiempo del primero, venciendo siempre en las lides de la guerra y en los torneos de la diplomacia, y con grande austeridad y temido respeto en tiempo de Felipe II, que sin

conatos de monarquía universal, la logra al estar siempre enfrente de turcos y herejes y de las naciones de Europa que en su contra se congregaron, excitadas por su odio al catolicismo.

Se inicia la decadencia española en tiempos de Felipe III, despeñándose por la pendiente en los de Felipe IV y Carlos II, siendo su causa, entre otras, las largas guerras sostenidas sin notables capitanes, el aumento de los tributos y la alteración de la moneda. Nada de eso hubiera pasado si se hubiese seguido la tradición de los reinados anteriores, si los favoritos cercanos á los reyes no los hubieran desacreditado, y si guerras insostenibles no hubieran agotado nuestras riquezas; todo esto, unido á la mala inversión de las rentas públicas, el lujo, la rapacidad de los funcionarios y otras causas, fueron, y no la intolerancia religiosa, el fundamento de la decadencia española durante los tres últimos reinados de la Casa de Austria.

La política en el exterior estuvo circunscrita, desde Carlos I á Carlos II, á la defensa de la unidad católica en Europa, á la extensión de esta salvadora doctrina por América y Oceanía, y á la conservación de sus extensos dominios, sin pensar nunca en aumentarlos. Esto prueba que nunca soñaron con la monarquía universal, sino que siendo tan extensos sus territorios y tan diseminados por el mundo, su política tenía que influir en todas las naciones; pero en cambio todos los príncipes que con éllos combatieron llevaban el ideal de mermar nuestros dominios, y se amparaban en no muy sanos principios de moral social y cristiana.

Respecto á política interior todo el poder se reconcentra en el rey, mediando mucha distancia entre él y la nobleza, y el estado llano. Y como eran tan distintas las regiones españolas y tan distintos también sus elementos sociales, no podía el rey gobernar con Cortes de cada región, cayendo éstas de su antiguo poder, en tanto que acrecía el del monarca y el de los Consejos, por vez primera establecidos en tiempo de los Reyes Católicos.

La monarquía española en tiempo de la Casa de Austria se hallaba en un estado de propia robustez y de propio poder, pero ejerciendo su autoridad sin formas despóticas ni absolutos cesarismos. Vivía al amparo de las leyes, rodeada del amor de los súbditos, y siendo padres de su pueblo sus reyes, sin querer nunca ser señores, que de otro modo no hubieran podido fundarse para el gobierno, en su política española y cristiana, y siempre muy distinta á la que Luis XII implantó en la nación vecina.

El gobierno de los varios dominios españoles era distinto, según los variados pueblos que se rigen dentro y fuera de la nación, pues que cada uno de éllos tiene su forma propia de administración, logrando que no existiera en absoluto la centralización administrativa y política, como se realiza más tarde, al iniciarse la dinastía borbónica en España.

Al estudiar el gobierno en España y en los dominios sujetos á su corona, observamos que en Castilla estaba el poder central y en Madrid la corte, conservándose dejos de las antiguas libertades, con Cortes

y capítulos, y pesando con todas las cargas de la monarquía, pues Navarra y las Vascongadas vivían con leyes propias y propias franquicias, así como Cataluña, Aragón y Valencia, gobernadas por virreyes, lo mismo que los dominios españoles fuera de la península, ya en Italia, ya en los Países Bajos, ya en América, contribuyendo algo á levantar las cargas del Estado y asumiendo los gobernadores supremos toda clase de potestad en el gobierno.

Durante este período histórico, la iglesia no vivió con el esplendor que fuera de desear, siendo como era la creadora y maestra de la sociedad europea, comenzando su decaimiento y su aislamiento de los altos centros europeos, para venir á parar más tarde á aquellos tristísimos tiempos, de ciega enemistad y declarada persecución.

Y esto ocurrió en la iglesia española algo contenido al principio, modificando también la disciplina eclesiástica, á merced de aceptarse por Felipe II el último concilio general como ley del reino. En efecto, los esfuerzos de Carlos I y de su hijo, continuadores de la obra de los Reyes Católicos, hicieron que el clero tuviera en su tiempo gran poder, aunque ellos, salvadores de la pura doctrina, no permitieron nunca las intrusiones de aquel poder, habiendo opuestas pretensiones y grandes controversias entre la corte de Roma y el gobierno de Madrid, sobre determinados asuntos eclesiásticos, que si algunos se cortan con el Concilio Tridentino, en otros nada se logra, y en alguno como en la cuestión del matrimonio, llegan sus decisiones á ser ley del reino.

Por este tiempo se establece en España por Clemente VII, la institución del Patriarcado de las Indias, debida á las repetidas instancias que á la Santa Sede dirigieron varios monarcas, especialmente Carlos V, y lográndose en tiempo de Felipe II que aquel título honorífico, se uniese al de capellán mayor de la Real Capilla.

Ya en 1664 se creó en España la jurisdicción castrense, á la que se sujetaron todos los individuos que gozaban del fuero de guerra, y estando encargado, hasta hace poco, el patriarca de las Indias, de la suprema dirección de esta jurisdicción especial.

Consecuencia del Concilio de Trento, fué renacer en España la extinguida práctica de la celebración de los concilios provinciales y episcopales. De acuerdo con la disposición de aquel concilio general, aquestos otros debían reunirse cada tres años, y para su cumplimiento dictó Felipe II su cédula de 1553, celebrándose aquellos sínodos con frecuencia y mostrando en ellos su ilustración y piedad una gran parte del clero español, hasta que por la fuerza de las circunstancias, esta disposición cayó en desuso.

Durante este período histórico, afligieron á la iglesia católica varias herejías, siendo de todas ellas la base y fundamento la que predicada por Lutero en Alemania, se extendió bien pronto por todas las naciones de Europa, teniendo España la fortuna de que no se aclimatara en nuestro suelo.

El protestantismo, que tiene por base el libre examen y que es incierto en sus creencias é intolerante en su doctrina, se extendió bien pronto por nuestro continente, debido á la necesidad que había de re-

formas en la disciplina de la iglesia, que á tiempo debió acometerse, evitando así el que bajo el pretexto de la predicación de las indulgencias, naciese el protestantismo como hecho común en la historia de la iglesia, y que perfectamente aniquiló el Concilio de Trento.

Pero si el protestantismo no logró extenderse en la católica España, perturbó algo los entendimientos é hizo aparecer entre nosotros algunas sectas, como la de los iluminados, que tuvo su nacimiento en Lanera, pueblo de Extremadura, en tiempo de Felipe II, siendo los autores de ella ocho sacerdotes, que se proclamaban iluminados por la eterna luz, y que se fingían santos mezclando los ayunos y la penitencia, con la más grosera lascivia; no durando mucho tal engaño, que terminó con la prisión y castigo por el Santo Oficio de los principales sectarios.

Al siglo siguiente, nació en las cercanías de Zaragoza la secta de los quietistas, iniciada por Miguel Molinos, y fundada en el error de que la perfección espiritual se alcanza, cuando nuestra alma está quieta y sin movimiento. Esta herejía opuesta en absoluto al dogma cristiano, que mezclaba en su exposición errores panteistas, destruyendo la sensación y la actividad humana, y presentando al hombre entregado á Dios sin conocimiento reflexivo de sí mismo, fué condenada por el Papa Inocencio XI, desapareciendo bien pronto de entre nosotros.

Las órdenes religiosas que anteriormente habían sido modificadas, para cortar los abusos originados por la flaqueza humana, necesitaban á todo trance una nueva y radical reforma, ya fundada en los cánones del Concilio de Trento, ya también en el afán constante de la iglesia, de restituirlas á su primitiva pureza.

Por eso al mismo tiempo que nacen nuevos institutos religiosos, se reforman la de los menores observantes, la de los alcantarinos y otros al mismo tiempo que los capuchinos, forman su primer convento en Barcelona en 1578.

De todas estas reformas la más importante es la realizada por Santa Teresa en los conventos de la Orden carmelitana, iniciada primero por ella para los conventos de monjas, y secundada más tarde por San Juan de la Cruz para los de hombres, llamándose desde entonces carmelitas descalzos, á los que siguieron la reforma de la Orden.

Otras congregaciones regulares experimentaron también su oportuna reforma, ya en las órdenes existentes como agustinos y trinitarios descalzos, ya en los mercenarios, creándose también con tales auspicios otras nuevas, como la de los hermanos de la Caridad, por San Juan de Dios en Granada, en 1545, pero todas con la tendencia en aquel tiempo de adoptar la forma de congregaciones regulares.

De todas ellas la más fecunda y oportuna, fué la de los jesuitas nacida entonces, y que al amparo de una gran erudición y ciencia profundísima, mezclada con santas y ejemplares virtudes, se aprestó desde luego para combatir enérgicamente el protestantismo, haciéndose notable en el mundo no bien nacida, pues que sin infancia, ni vejez, se dió á conocer con su exuberante poder, en los rudos ataques que desde el principio dirigió contra el protestantismo.

La Compañía de Jesús, fundada por aquel heróico caballero guipuz-

coano Ignacio de Loyola, llamado á Dios cuando fué herido en el sitio de Pamplona, y de quien nos ocupamos al relatar estos sucesos históricos, se formó por este heróico defensor del catolicismo y otros seis más. que le nombraron general de la Orden, escribiendo él mismo las constituciones fundadas en el fin de la Compañía. que es la mayor gloria de Dios, predicando para la conversión de los que no pertenecen á nuestra religión, luchando contínuamente por medio de la controversia con los sectarios del error, y estando siempre sometidos por voto especial á la obediencia del Pontífice.

Los trabajos de los jesuitas se dejan sentir bien pronto, especialmente contra el protestantismo, y Baviera, Alemania, Italia, Portugal, Francia y España en Europa, así como las misiones de Asia y América, son prueba evidente del incesante trabajo de estos soldados de Cristo, que con celo incansable llevan por todo el mundo las verdaderas ideas de la civilización y de la doctrina católica.

Durante el dominio de la Casa de Austria, el principal ideal que se perseguía siempre, fué el mantener la unidad católica en España, y para ello se valieron ante todo los gobernantes, de proteger y amparar la Inquisición, que contra judíos, mahometanos y protestantes, dirigió sus tiros, no inventando castigos nuevos, ni persiguiendo sabios ilustrados, como falsamente aseguran escritores sectarios de este siglo, sino persiguiendo y castigando con las penas consignadas en nuestras leyes españolas, á los enemigos del Catolicismo.

En este período histórico las cortes del reino ocupan un lugar secundario, aunque al principio se reunieron con extraordinaria frecuencia. Sin embargo, pierden toda su importancia, porque atendían solo á los intereses del reino, sin tener la protección real de que antes disfrutaban, iniciándose una especie de antagonismo entre el pueblo y la corona, desde el momento en que las Cortes representaban por su interés peculiar una parte sola de la monarquía, y el rey la monarquía toda; por eso aquellas decaen y sobre su decaído poder, se levanta el de los nuevos consejos del rey.

Contra lo que aseguran y predican los enemigos del esplendoroso poder de la Casa de Austria en España. hay que afirmar que durante la dominación de ella, se conservó el régimen foral en nuestra patria. Lo que es que se modificó por las necesidades de los tiempos, aunque la acción real era en alguno de ellos difícil y lenta, pero sin que ni por un momento se pensara por entonces en la extinción, ni menos aniquilamiento de aquellas preciadas franquicias y privilegios, de que disfrutaban algunas regiones españolas.

También cambió mucho la condición y modo de ser de la nobleza, pues que aunque quebrantada por los duros golpes de los Reyes Católicos, se convirtió en palaciega, viviendo alrededor de los monarcas posteriores y muy halagada por éstos, acrecentándose su poder con la institución de los mayorazgos, pues que absorbieron casi todas las propiedades españolas, y poseyendo muchos nobles inmensos dominios, que casi eran pequeños reinos, viviendo al amparo de aquellos señores multitud de colonos y dependientes.

La población española mantúvose más bien en aumento hasta el reinado de Felipe III, descendiendo después por la expulsión de los moriscos y otras causas, y habiendo necesidad de que por Felipe IV se dictaran disposiciones para evitar este descenso, llamándose también á extranjeros católicos para que aumentaran el contingente de nuestros dominios.

La agricultura estuvo muy próspera en los primeros tiempos de la Casa de Austria, decayendo mucho desde la expulsión de los moriscos, cuya medida, aunque necesaria para mantener la unidad católica, por entonces fué muy perjudicial para la agricultura, dejando sentir sus efectos en toda España, y especialmente en la parte de Valencia, Murcia y Granada.

La industria también decayó mucho del siglo XVII en adelante, por las causas anteriormente apuntadas, perdiendo en grandeza el floreciente estado que tenía en el siglo XVI, y de que eran notable muestra las fábricas de curtidos, paños, sederías y armas de Alava, Segovia, Toledo, Sevilla y Barcelona.

También el comercio, que tan próspero se presentó en un principio, decae, no haciéndose ya aquellas transacciones de productos nacionales y extranjeros y perdiendo su esplendor las notables ferias de Burgos, Valladolid y Medina del Campo.

Asimismo la marina, especialmente la mercante, que había sido muy superior á la de las demás naciones, fué decayendo notablemente cuando decaía el comercio, y Sevilla, que había logrado ser el punto donde afluía la riqueza del mundo entero, fué perdiendo poco á poco su pasada riqueza comercial.

El arte militar varió notablemente en este período histórico, estableciéndose ejércitos bajo una organización permanente, siendo su primera manifestación los guardias de Castilla, creados por Felipe II, y los famosos tercios españoles, que tanto prestigio dieron á nuestra infantería. Se organizó el personal desde capitán general abajo, se ordenó la caballería, á semejanza de la infantería, así como el cuerpo de ingenieros y el de artillería, variándose la fundición de piezas para nuestros cañones, y como consecuencia de ésto obrándose una revolución completa en el sistema de ataque y de defensa de las plazas sitiadas.

Las costumbres públicas fueron perfeccionándose de día en día, ya en la vida interior de los ciudadanos, ya en los actos exteriores, ya en los trajes, ya en todas las manifestaciones de la vida pública, de que son verdadera expresión las representaciones teatrales de aquella época.

La Hacienda pública, que durante los primeros tiempos de la Casa de Austria aparecía en situación poco halagüeña, á pesar del engrandecimiento exterior de la nación, fué cada vez marchando á su ruina, debido especialmente á los desaciertos financieros que consumían la vitalidad de la nación.

La inquisición durante la Casa de Austria, tuvo un gran período de esplendor en el tiempo de Felipe II, decayendo algo en los posteriores, si bien fué siempre el baluarte inexpugnable en que se estrellaron los

sectarios del error, y debiéndose á ella más que á nada, el que subsistiera viva en España la preciada joya de la unidad católica.

La moral pública estaba algo decaída, así como el noble ejercicio de la justicia, en los reinados de los últimos monarcas de la Casa de Austria, de lo que nos dá vivo ejemplo Cervantes en sus inmortales obras.

Crítica.—Varias fueron las causas que favorecieron el engrandecimiento de la nación española, durante los primeros reyes de la Casa de Austria, pues que el carácter caballeroso, guerreador y potente de Carlos V, guerrero y diplomático á la vez, así como la austeridad y energía de Felipe II defendiendo los fueros de la civilización cristiana, dieron orígen á que los grandes territorios encomendados á su dirección y á su gobierno, crecieran en importancia engrandeciéndose de modo rapidísimo la nación española.

La creciente decadencia de esta grandeza, no debe achacarse á la pretendida monarquía universal, á que se dice por algunos escritores que aspiraron Carlos V y Felipe II, (que solo querían extender ilimitadamente por todas partes la idea salvadora del catolicismo), sino á la triste desgracia de que sus sucesores no tuvieran aquellas hermosas condiciones de éstos, y en el siglo XVII comenzara con Felipe III la ruina de la nación, que tras penosa agonía había de realizarse en tiempo de Carlos II.

El absolutismo en este período histórico, tiene un carácter particular, pues fué impuesto por las circuntancias, y á merced de la ilimitada extensión de territorios de que gozaba España, lo que obligaba al monarca en vista de la multitud, diversidad y oposición de los elementos sociales, á concentrar en sí todo su poder, dejando á larga distancia la nobleza y el estado llano, y no siendo nunca el absolutismo austriaco, verdadero cesarismo, ni irritante despotismo.

La iglesia, la inquisición y el trono, formaron durante este período histórico un admirable conjunto, pues que estos tres importantísimos elementos, unidos y compenetrados entre sí, no tuvieron más fin siempre, que procurar en cuanto pudieran la grandeza de la nación, y sostener á todo trance la unidad católica en España.

LECCIÓN 75

LA LITERATURA, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES, DURANTE LA DOMINACIÓN DE LA CASA DE AUSTRIA EN ESPAÑA

Desarrollo de la Literatura, las Ciencias y las Artes, durante la dominación de la Casa de Austria en España.—Los siglos XVI y parte del XVII, son el período brillante de nuestra cultura literaria.—La cultura general.—Desarrollo de la instrucción pública.—Creación de centros de enseñanza.—Magnificencia y esplendor de la lengua castellana en este período.—Reseña sumaria de los teólogos españoles durante la Casa de Austria.—Idem de los místicos.—Filósofos notables.—Médicos ilustres.—Adelantos de las Ciencias físicas.—La Historia y sus más esclarecidos cultivadores, ya de Historias generales, como de sucesos particulares, relación de descubrimientos, é Historias eclesiásticas.—Decadencia de los estudios históricos al fin de esta época.—Célebres humanistas de este período histórico.—Poetas líricos.—Idem épicos.—Idem meramente religiosos.—El culteranismo y su escuela.—La novela y sus amplias manifestaciones.—La literatura dramática.—Siglo de oro del teatro español.—Influencia de nuestra literatura en Europa.—Caracteres de la erudición en el presente período.—Manifestación de las Bellas Artes en esta época.—Arquitectura.—El renacimiento.—Escultura.—Influencia italiana.—Corrupción del arte.—Trabajos de madera.—La pintura.—Escuelas que se fundan en España.—Su decadencia.—La música sagrada.—Decaimiento de este Arte.=*Crítica.*—Causas que determinaron el que fuese este período el siglo de oro de las letras patrias.—La dramática española durante la Casa de Austria.—Gran desarrollo que adquieren las Bellas Artes durante este período histórico.

La Literatura, las Ciencias y las Artes, se desarrollan en España durante la dominación de la Casa de Austria de modo esplendoroso, no habiendo trabajo intelectual que no se cultivase, ni arte bella á que no se rindiese admiración en todas sus manifestaciones.

Son el siglo XVI y la primera mitad del XVII, la edad de oro de nuestras letras y ciencias; el período brillante de nuestra cultura literaria, figurando nuestra nación por este concepto á la cabeza de todas las de Europa, como figuraba también á la cabeza en las armas y en la política. Las glorias militares de España en Europa y América, se hermanaban con los triunfos científicos, literarios y artísticos que alcanzábamos, así como el que lográbamos merced al grande incremento que adquirieron nuestra industria y nuestro comercio.

La cultura general se desarrolla de un modo rapidísimo en los reinados de Carlos V y Felipe II, fomentándose mucho con las academias poéticas importadas de Italia, y de que son ejemplo la imitatoria, la salvaje y la de los nocturnos; hermanándose este creciente entusiasmo literario (que decae á mediados del siglo XVII), con la incesante formación

de bibliotecas públicas y particulares, y las ricas colecciones y museos de arte, que se multiplicaban como por encanto.

La instrucción pública se extendió también por toda la nación, haciéndose de ésta la más culta de Europa, teniendo en cuenta que el principal engrandecimiento de los pueblos, se alcanza difundiendo por todas partes la ilustración y la ciencia.

Por entonces se crean multitud de centros de enseñanza, lo mismo para el estudio del latín y las humanidades, que para los conocimientos superiores en todos los ramos del saber humano. En este período se crean quince Universidades, ó supremas casas de estudios, que subsisten por mucho tiempo, y de las que solo aún se conservan las de Granada y Oviedo en la Península, y la de Méjico fuera de los dominios españoles.

Con grande magnificencia y esplendor, se presenta la lengua castellana en el espacio de tiempo que analizamos, con caracteres tan especiales y con tal riqueza y variedad, que se hizo tan universal en Europa como el latín. Se hablaba en Italia, Francia, Alemania y los Países Bajos, y nuestra nación pudo ofrecer nombres tan esclarecidos como Fray Antonio de Guevara, Cervantes de Salazar, Francisco de Villalobos, y otros que cultivaron todos los ramos de las ciencias y las letras.

El Concilio de Trento presenta nombres ilustres, de esclarecidos teólogos españoles que asistieron al mismo, entre ellos Melchor Cano, Diego Lainez y Alfonso Salmerón, así como brillaron también como teólogos esclarecidos, los granadinos Padre Suarez, Fray Luis de León y de Granada, y los ilustres sabios Arias Montano, Cobarrubia y don Antonio Agustín.

Entre los místicos hemos de citar al Padre Juan de Ávila, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y San Ignacio de Loyola, que con Fray Hernando de Zárate, Malón de Chaide y el Padre Nieremberg, completan el hermoso cuadro de los principales místicos españoles, durante la dominación de la Casa de Austria en España.

La filosofía tiene también su siglo de oro en este período histórico, descollando con todas sus grandezas y llegando á su apogeo la filosofía escolástica, con nombres tan esclarecidos como los del Padre Suarez, Luis Vives, El Brocense, Sepúlveda y otros, que aplicaron los principios de la más sana filosofía, á toda clase de estudios.

La medicina adelantó notabilísimamente en los tiempos que venimos estudiando, no tan solo por los trabajos de los que á ella se dedicaron, sino también por la protección decidida que le prestaran los monarcas de la Casa de Austria, especialmente Felipe II. Estos cultivadores de la medicina eran á la vez literatos de altos vuelos, y los nombres de Francisco Vallés y Luis Mercado, y el del célebre antequerano Francisco Solano de Luque, son gloria de la ciencia médica y de España, escribiéndose obras notables sobre el pulso, la circulación de la sangre y la acción médica de la quinina, que prueban la importancia que por entonces alcanzó la medicina en España.

Las ciencias físicas y las naturales, tuvieron también por entonces grande incremento, formándose la academia famosa de matemáticas,

dirigida por Juan de Herrera, y haciéndose varias exploraciones, especialmente botánicas, que favorecieron mucho á la medicina. Las matemáticas, la astronomía, la física, la zoología y la mineralogía, todos estos estudios fueron cultivados con empeño, mereciendo citarse como modelos á Diego Pérez de Mesa, por sus obras de matemáticas, Alonso de Santa Cruz, que inventó las cartas esféricas, Pedro Chacón, que lleva á cabo de orden del Papa la reforma del Calendario, Fernando Pérez de la Oliva, que inició los primeros estudios y descubrimientos sobre el telégrafo magnético, Francisco Hernández, que escribió una historia zoológica de la India, y Alonso Barba, que hizo un estudio muy profundo sobre los metales.

La historia propiamente dicha, adelantó de modo rapidísimo, teniendo cultivadores ya en historias generales, en sucesos particulares, en relación de descubrimientos y en asuntos eclesiásticos, pudiendo citarse como modelos de autores de historias generales, á Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales y el Padre Mariana; entre los de sucesos particulares, Hurtado de Mendoza, Moncada y Solís, entre otros; respecto á relación de descubrimientos, son notables las obras de Gonzalo de Oviedo, el Padre Las Casas y el Inca Garcilaso; figurando por último, entre los escritores religiosos, el Padre Sigüenza, Fray Diego de Yepes y el Padre Roa, que todos mostraron en sus obras su basta erudición y señalada elocuencia.

Pero al fin de esta época decaen de modo lastimoso los estudios históricos, por olvidarse en la segunda mitad del siglo XVII, los hermosos derroteros seguidos en el anterior, despreciándose las fuentes históricas, la crítica y la útil aplicación de la arqueología, que unido todo esto al maléfico influjo que con sus fábulas ejercieron los falsos cronicones, obscurecieron la historia patria y obligaron á la creación de una nueva escuela histórica, para depurar estas falsedades, á cuyo frente se puso el erudito D. Nicolás Antonio.

El estudio de las humanidades alcanzó grandes prestigios también en esta época, despertándose mucha afición por las lenguas clásicas, y siendo los nombres de Luis Vives, el Brocense y otros, los que en estos estudios dieron gloria á España, y pudieron competir con los humanistas más notables de otras naciones.

La poesía alcanzó también grandes vuelos, dominando en España durante el siglo XVI la escuela italiana, con verdaderas manifestaciones líricas de los que, el más genuino representante es Garcilaso de la Vega, á los que siguieron como grandes maestros de esta poesía, Fray Luis de León, Fernando de Herrera, Francisco de Rioja y los hermanos Argensolas.

Como poetas épicos, merecen citarse durante la dominación de la Casa de Austria en España, á D. Alonso de Ercilla, Balbuena y Ojeda, que lucieron en sus obras todas las galas y grandiosos arranques de los cantos épicos.

Poetas meramente religiosos, también los tuvimos y muy notables por cierto, de que pueden dar prueba evidente las obras de Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Pero los caminos seguidos hasta entonces por los poetas, se variaron más tarde por los continuadores de la primitiva escuela poética, y buscando pensamientos alambicados é imágenes y metáforas muy atrevidas, crearon las escuelas del culteranismo y el conceptismo, que se manifestaron en obras de todas clases y sobre toda clase de asuntos. El cordobés D. Luis de Góngora fué el iniciador de estos extravíos literarios, al que siguieron el jesuita Baltasar Gracian, el conde de Villamediana y el padre Ortensio Paravicino.

No podía dejar la novela de ser cultivada también, pero con formas especiales, ya que había decaído tanto en España la afición á los libros de caballería, revistiendo primero la forma de novela pastoril, y luego la picaresca, hasta que recibe forma amplia y definitiva. Como modelo de las primeras imitadas de Italia, tenemos las de Jorge Montemayor y Gil Polo; como pruebas de las segundas, las de Hurtado de Mendoza, Mateo Aleman y Quevedo; y como fijación de la gran novela crítico-española, el inmortal Quijote de Cervantes.

La literatura dramática, que nace á principios del siglo XVI, estuvo en su infancia por algún tiempo, manifestándose en las obras de Torres Naharro, Gil Vicente, Lope de Rueda y Juan de la Cueva, notándose que se intentó poner en armonía las reglas del arte clásico, con las del uso moderno, pero estando nuestro teatro todavía en grande atraso, cuando apareció la gran figura de Lope de Vega.

Con él comienza el siglo de oro del teatro español, que es el primero del mundo, pues que logró reunir todos los escritores que representaran la extensión del conocimiento, la fuerza cómica, el estilo fácil, la profundidad, la sencillez y la grandeza dramática, para empezar después de Calderón de la Barca, la verdadera decadencia del teatro español. Los nombres de Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Ruiz de Alarcón y Calderón de la Barca, son la hermosa representación del siglo de oro de nuestra dramática, cuyas obras á pesar de los siglos transcurridos se representan hoy, causando la misma admiración y entusiasmo que en vida de sus autores.

Nuestra literatura exuberante y rica en este período histórico, ejerció una gran influencia en todas las literaturas europeas; y Francia, Portugal é Inglaterra, imitaron nuestras obras literarias y científicas, y especialmente nuestro teatro dejó sentir sus huellas en las obras dramáticas de aquellos países, que, ó traducían nuestras comedias, ó las imitaban, acomodándolas á sus condiciones propias de localidad.

La erudición y la crítica, así como el espíritu filosófico, que aún continua, comenzó á dominar en nuestras obras literarias, naciendo la controversia y la polémica, y analizándose todo, se desenterraban monumentos estudiándolos con ahinco, difundiéndose el conocimiento de las lenguas y empezando á poseerse noticias más ciertas y claras, acerca de la historia, al pretender separar lo verdadero de lo falso.

Siendo esta época el siglo de oro de las letras patrias, también las artes se manifiestan en ella con esplendor y con vida exuberante y rica, ya desarrollándose merced á los propios alientos de nuestra nacion,

ya también recibiendo de Italia, siempre asiento del Arte, sus gérmenes de desarrollo y su grande inspiración.

La arquitectura tomó de Italia el estilo del Renacimiento, modificado entre nosotros por la influencia del gótico y del mudéjar, que produjo el llamado plateresco, que se presentaba con grandes adornos y recibía el nombre de plateresco propiamente dicho, ó carecía de ellos y se le llamaba desornado. Son modelo de estas construcciones la casa Ayuntamiento de Sevilla, una de las puertas de la Catedral de Granada y el convento de San Marcos de León.

El Renacimiento en toda su pureza, se manifiesta en España con las obras de Diego de Siloe, el palacio de Carlos V, de Granada; la escalera del Alcázar de Toledo y el grandioso monumento de El Escorial. Machuca, Covarrubias, Juan de Toledo y Herrera, son entre otros los verdaderos representantes en España de la pura manifestación de la arquitectura del Renacimiento, que ya en el siglo XVII comienza á decaer, presentándose con la forma del estilo Borrominesco de Alonso Cano, y el de Churriguera, en que se inicia el mal gusto arquitectónico que después se extiende por toda la nación.

La escultura también se desarrolla de modo admirable, con perfecto conocimiento del ideal clásico, que aún nos admira en las obras de aquella época, siendo entonces cuando el poder mágico de los artistas, creó reales y visibles ideas que hasta entonces habían sido puras é invisibles.

El arte italiano ejerció entre nosotros verdadera influencia, y nuestros escultores fueron á Italia á estudiar en las escuelas del buen gusto, establecidas allí por Ticiano y Correggio, Miguel Angel y Rafael de Urbino. La grandeza escultórica en España se manifiesta durante el siglo XVI, con las obras notables de Berruguete, Montañés y Alonso Cano.

Pero ya en el siglo XVII comienza la decadencia de este arte, adoptando los escultores la obscuridad de las ideas, la exageración en las actitudes, y se pusieron de moda las alegorías, sustituyendo la exageración á la sencillez antigua y dominando en la escultura todos los vicios que dominaban en las escuelas literarias.

Durante este tiempo, se hicieron también notables trabajos de madera en sillerías de catedrales, puertas, muebles y papeleras, que hoy son tan apreciadas y cuya restauración é imitación se hacen con arreglo á los antiguos modelos. Son ejemplos de estos trabajos las sillerías de la catedral de Valladolid y de Sevilla, así como el coro de la Cartuja de Miraflores.

También la pintura que estaba muy adelantada entre nosotros, como lo demuestran las obras de Castro, Dello y Rincón, recibió también la influencia italiana, apareciendo las obras pictóricas con aire más suelto y más libre, llegando por último, á la independencia y la originalidad.

Fundáronse entonces cuatro escuelas principales, que fueron: las de Valencia, Toledo, Sevilla y Madrid. La primera, fundada por Vicente ó Juan de Juanes, tuvo su gloria con el Españoleto; y con las escuelas de Córdoba, Granada y Murcia, se incorporó más tarde á la sevillana;

la de Toledo fué fundada por el Greco, y le dieron nombre las obras de Juan Tristán: la de Sevilla es la más esplendorosa y aunque tuvo muy dignos representantes, el más notable de todos fué Murillo: y por último, la de Madrid, fundada por Berruguete, tuvo su grande gloria con Velázquez, creador de la pintura histórica y grande intérprete de la Naturaleza.

El arte pictórico en España, comienza á decaer de una manera lastimosa, en los últimos años del reinado de Felipe IV, hallándose en lamentable estado en los de Carlos II, y ofreciéndose sólo las obras de Claudio Coello, como recuerdo del esplendor del arte pictórico en España.

Asimismo, la música española, sencilla, grande y patética, tuvo en el siglo XVI su manifestación floreciente y rica, especialmente en el orden sagrado. Las catedrales y las iglesias tuvieron maestros de este divino arte, y aún todavía se escuchan en nuestros templos y en la Capilla Sixtina y en otras iglesias de Italia, los melodiosos acordes de las obras de Pérez, Morales y Salinas.

Pero este arte decayó mucho en la mitad del siglo XVII, por la influencia de cultistas y concertistas, que abandonaron las claras melodías por las sutilezas, llegando por este camino hasta la extravagancia y la ridiculez.

Crítica.—Varias fueron las causas que determinaron el que fuese este período el siglo de oro de las letras patrias, siendo la principal, la protección que á ellas se les dispensó por el Trono y por los magnates, viviendo con grandes aspiraciones y desarrollándose por la especial situación de nuestra nación, al amparo del Catolicismo y sin influencia alguna de las doctrinas erróneas que dominaban á toda Europa.

La dramática española llegó en este tiempo á su mayor altura, siendo su siglo de oro el primero del mundo, y pudiendo ofrecer seis nombres ilustres que á todos los superan por su grandeza, los de Lope de Vega y Calderón de la Barca, lográndose que esta literatura ejerciese grande influencia en toda Europa, y que las obras de todos ellos fuesen traducidas á todas las literaturas.

De igual modo, las bellas artes adquieren un grande impulso durante este período histórico, porque no sólo con sus propios esfuerzos se fueron éstas desarrollando, sino que también recibieron y aceptaron cuanto bueno encontraron en otras naciones, y que podía servirles para su prestigio y engrandecimiento.

LECCIÓN 76

EL DERECHO ESPAÑOL DURANTE LA DOMINACIÓN DE LA CASA DE AUSTRIA.

El Derecho español durante la Casa de Austria.—Estado del derecho, la legislación y la administración de justicia durante la dominación de la Casa de Austria en España.—Estado social de nuestra nación en este tiempo.—Decadencia de las cortes del reino.—Sus causas.—Autoritario poder de la Monarquía.—El absolutismo imperante.—¿Qué se hizo para reformar nuestro derecho?—Preponderancia del Consejo real de Castilla.—Sus funciones gubernativas y judiciales.—Creación de la Cámara de Castilla ó Consejo de la real Cámara.—Otros consejos que se crean después.—La nueva Recopilación como cuerpo legal español.—Causas que prepararon su formación.—Sus autores.—Autos acordados sobre resoluciones del Consejo.—Elementos que integran la nueva Recopilación.—Asuntos de que se ocupa.—Doctrina que sustenta sobre Derecho civil.—Idem sobre Derecho público.—Idem sobre Derecho mercantil.—Idem sobre Derecho penal.—Idem sobre Derecho procesal.—Idem sobre Derecho eclesiástico.—Fuerza legal de este Código.—Recopilación de leyes de los reinos de Indias.—Elementos que la informan referentes al Derecho civil, al público, al mercantil, al penal y al procesal.—La administración de justicia en Ultramar, según la Recopilación de las leyes de Indias.—Juicio sobre este Código.—Ventajas y defectos del mismo.—Las Audiencias y las Chancillerías.—Las Universidades y el estudio del Derecho.—Jurisconsultos españoles durante la dominación de la Casa de Austria.= *Crítica.*—La situación de España durante la dominación de la Casa de Austria, determina el estado decadente de nuestro Derecho.—El Consejo real de Castilla y su misión en esta época.—Juicio imparcial acerca de la nueva Recopilación.—Idem sobre la Recopilación de las leyes de Indias.

El Derecho español durante la dominación de la Casa de Austria, hay que verlo desarrollarse en forma particular, y teniendo en cuenta el estado de España en los siglos XVI y XVII, merced al cual se desenvuelve en nuestra patria bajo formas particulares, muriendo unos organismos, para predominar otros de nueva creación.

El estado del Derecho, la legislación y la administración de justicia en este período histórico, se manifiesta bajo forma distinta á la que tuviera en el período anterior, toda vez que la organización política de ahora es enteramente distinta á la de antes, y este cambio radical se dejó sentir inmediatamente, tanto en el desarrollo general de la jurisprudencia, como en la manera de aplicar á toda clase de negocios sus sabios preceptos.

En efecto; el estado social de nuestra nación en este tiempo, descansa sobre elementos muy distintos á los de los dos períodos anteriores, pues si en el de la reconquista se hermanan y compenetran de

modo admirable la autoridad real, la nobleza, el clero y el pueblo, ya en tiempo de los Reyes Católicos la corona acrece en poder, y con los sucesos posteriores, este poder es superior durante la Casa de Austria, perdiendo en significación los otros elementos, cuanto acrecía la autoridad única y potente del monarca.

Por eso, lo primero que decaen son las Cortes del reino, que venían á hermanar todos los elementos sociales: y que ya en épocas anteriores habían sido mermados muchos de sus privilegios, llegándose en casos dados á no convocarse á todos los estamentos ó brazos de las mismas.

Son causas importantísimas que contribuyen á la decadencia de las Cortes del reino, el que el monarca no oyó siempre con agrado las representaciones de los procuradores, así como los antagonismos de ciudades y la muerte de las aspiraciones de los pueblos en la batalla de Villalar, pues que, con todo esto se miraba con recelo la representación en Cortes, creyéndose que era una carga para el erario municipal, ganando mucho el prestigio y grandeza de la corona, que como recuerdo sólo de lo que desaparecía, y como auxiliares de su creciente poder, se rodearon de determinados cuerpos consultivos, en los que se inspiraba siempre en medio de su grandeza, para tomar determinaciones en asuntos legales y administrativos.

El poder de la monarquía aparece por eso entonces grande y exuberante, y por algunos se le llama autoritario, aunque como hemos visto, aun en los mismos tiempos de Felipe II, no imperó nunca en España el despótico cesarismo de otras naciones.

Es cierto, sí, que dominó el absolutismo, pero en tanto en cuanto condujera á la realización de los hermosos ideales político-religiosos, que tuvieron los dos primeros monarcas de la Casa de Austria, que olvidados, ó no pudiendo seguirlos sus sucesores, la obra comenzada no pudo continuarse y se esterilizó al finalizar esta dinastía en nuestra patria.

Desgraciadamente, esta falta de continuidad de nobles aspiraciones en todos los monarcas austriacos, impidió que se realizase por entonces la codiciada reforma de nuestro Derecho, no lográndose la unidad legislativa, antes bien, dificultándola, merced al establecimiento de esos nuevos organismos á que antes nos referíamos.

El Consejo real de Castilla adquiere una grande preponderancia, aunque durante este tiempo recibe tres modificaciones, pues que al principio tuvo una organización particular, volviéndose luego á la que tenía antes de esta época, y modificándose más tarde con arreglo á los principios que dominaron entonces.

Sus funciones eran gubernativas y judiciales, encontrándose en las primeras todo lo que se relacionaba con asuntos eclesiásticos, enseñanza pública y fomento nacional, y las segundas, en la resolución de asuntos importantes, recursos de fuerza y juicios de reversión á la corona, correspondiendo por separado al gobernador del consejo atribuciones especiales, entre otras, la de autorizar el testamento del rey, y por delegación del mismo, convocar las Cortes.

En tiempo de Felipe II se creó otro cuerpo supremo, llamado Cáma-

ra de Castilla ó Consejo de la real Cámara, con funciones cerca del rey, y despachando los indultos de penas graves, concediendo privilegios, gracias y títulos de nobleza y otros de este género, y siendo verdaderos sucesores del poder de las Cortes, aunque sin independencia alguna, pues sus miembros eran nombrados por el rey y directamente influídos por el monarca.

Créanse después los consejos supremos de Hacienda, de Indias y de las Ordenes militares, que despachaban todos los asuntos relativos á estas concesiones de nobleza, á los relacionados con las que entonces eran nuestras extensas posesiones ultramarinas, y los que hoy se comprenden en grupo especial y se resuelven por nuestro actual Ministerio de Hacienda.

Aunque se habían publicado anteriormente varios cuerpos legales, con el fin de mejorar nuestra legislación, no se logró el resultado apetecido y crecieron las dificultades para la buena administración de justicia, lo que dió origen á que las Cortes de Valladolid y las de Madrid, pidieran que se aclarara nuestro Derecho, formándose una nueva Recopilación de las leyes de España.

Las causas que prepararon su formación, fueron el no estar copiladas las leyes de fueros y ordenamientos, así como haberse corrompido en la práctica la aplicación de las disposiciones del Ordenamiento de Montalvo, por lo que los jueces daban con frecuencia sentencias varias, y á veces contradictorias.

Por eso Carlos I y Felipe II se ocuparon de la formación de este Código de leyes, encargando su redacción, primero, en tiempo del rey emperador, á los jurisconsultos López de Alcocer, Guevara y Escudero, y más tarde, en el del sucesor de aquel monarca, al consejero Arrieta y al doctor Bartolomé Atienza, durando su formación, según unos, desde 1523, y según otros, desde 1544 hasta el 1562, en que se termina la nueva Recopilación, donde se procura determinar las necesarias reformas de nuestro Derecho, publicándose y haciéndose general su observancia en tiempo de Felipe II, en 1567.

La nueva Recopilación fué objeto de nueve ediciones sucesivas, donde se iban aumentando las leyes en el intermedio promulgadas, y en la edición de 1745 se añadió un tercer tomo, que llevó el nombre de Autos Acordados ó resoluciones del Consejo, donde se comprendían todas las pragmáticas, cédulas, órdenes y decretos publicados á propuesta del Consejo de la Real Cámara.

Los elementos que integran la nueva Recopilación, proceden de leyes del Fuero real, del Ordenamiento de Alcalá, de las del de Montalvo, de las de Toro (que todas se trasladan) y de las publicadas después de este Código, así como también los autos acordados hasta 1745.

Los asuntos de que se ocupa, se refieren á negocios eclesiásticos, organización de tribunales y procedimientos, instituciones civiles, reglas sobre derecho político y penal y otros particulares, especialmente de Hacienda pública.

La doctrina que sustenta sobre Derecho civil, se refiere, ante todo, á los derechos reales y luego á los de obligación, derecho de familia y de

sucesión. Se instituye el Registro de hipotecas y los derechos reales de transmisión de bienes, se regula toda la contratación, se da derecho para administrar sus bienes al casado mayor de diez y ocho años, (al que durante dos años se le exime de tributos), se determina la condición de los gananciales, y por último, se establecen reglas ordenadas sobre la sucesión testada é intestada.

Sobre Derecho público se determina la condición de la nobleza, convocación de Cortes, embajadas en país extranjero, bienes de propios, consejo real é instrucción pública, en la que se estatuye el fuero académico, aunque sin perder sus prestigios la jurisdicción ordinaria.

Muy poco encontramos en dicho Código acerca del Derecho mercantil, y esto casi siempre mezclado con lo que se legisla acerca de Derecho público, siendo referente á marina mercante, y las ferias y mercados, de carácter puramente administrativo.

También el Derecho penal se encuentra muy confundido con el procesal en este Código, ocupándose en él de los delitos eclesiasticos, la usura y el desafío, el hurto y el robo, el homicidio, los delitos contra la castidad y algunos más.

Acerca de Derecho procesal ya es más explícito este cuerpo de leyes, ocupándose primero de la organización de los tribunales, y después de cada uno de los procedimientos en particular. Por eso señala, ante todo, las atribuciones de las Chancillerías de Valladolid y Granada, de las demás Audiencias y tribunales de justicia, y de las jurisdicciones especiales, entrando después en las formas del enjuiciamiento con todos sus trámites, así en el juicio ordinario como en los recursos de apelación y de súplica, embargos, recusaciones de jueces y otros asuntos.

En derecho eclesiástico trata de las penas contra los herejes, se sanciona el respeto á los templos y á los sacerdotes, ocupándose después de beneficios, diezmos y patronato real de España, así como se fijan las atribuciones de los jueces eclesiásticos, y de las jurisdicciones extraordinarias.

La fuerza legal de la Nueva Recopilación se determinó por la Real cédula de 14 de Marzo de 1567, declarándose preferente á todos los anteriores, si bien se respetó el orden de prelación del Ordenamiento de Alcalá y de las leyes de Toro.

Como se habían dado desde el descubrimiento de América, multitud de disposiciones legales para la administración y gobierno de aquellos países, y llegó un tiempo en que eran tantas que se hacía difícil su aplicación, se pensó en coleccionarlas, recibiendo al fin este trabajo el nombre de Recopilación de leyes de Indias. Esta colección se pensó hacerla primero en Méjico, realizándose por fin en España, después de muchos estudios preparatorios, por una junta especial del Consejo de Indias, que definitivamente publicó su obra en 1680, reinando Carlos II.

A esta Recopilación la informan varios elementos referentes al Derecho Civil, al Público, al Mercantil, al Penal y al Procesal, siguiendo en la exposición de la doctrina, un orden muy parecido al Código anteriormente estudiado. En efecto, respecto á Derecho Civil se ocupa de

la esclavitud en las Indias, y la forma de darles libertad á los esclavos; ocupándose después del derecho de familia y del de sucesión; de Derecho Público, confiere poder á los virreyes y determina la forma de construcción de poblaciones, dando también reglas sobre la Real Hacienda; en Derecho Mercantil, regula el comercio de Indias bajo la tutela del Estado, y por medio de la casa de contratación de Sevilla; y en Derecho Penal y Procesal, determina que en nuestras posesiones ultramarinas se guarden las leyes de Castilla, en lo no decidido por las de la Recopilación.

La Administración de justicia en Ultramar, se encomienda como en la península á los mismos funcionarios en primera instancia, y en última á las Audiencias de aquellos territorios, siendo contados los casos de última apelación para el Consejo de Indias.

El código de Recopilación de leyes de Indias, merece un juicio imparcial, concediendo que hubo una gran sabiduría, elevación de miras y abnegación al redactarlo, así como que sus autores se inspiraron en una profunda fé religiosa.

Encontramos en él ventajas y defectos, siendo las primeras el reducir á un cuerpo de leyes ordenado y metódico todo lo legislado parcialmente para aquellos paises, y como defectos, hallamos entre otros la contradicción de autorizarse la esclavitud de los negros, al mismo tiempo que se prohibía la venta de los indios, así como el considerar la moneda como mercancía, y al oro como la única riqueza, lo que hizo que solo se buscasen los metales preciosos, y no se protegiesen las manufacturas y las industrias.

Las instituciones judiciales reciben también por este tiempo un grande impulso, modificándose su organismo, y aumentándose el número de ellas. La Audiencia de Segovia se traslada á Valladolid, y la de Ciudad Real á Granada, siendo éstas el origen de las dos grandes Chancillerías con extenso territorio y extraordinario número de negocios, lo que obligó á la creación de otras Audiencias más, cuyo número se fué sucesivamente aumentando.

En esta época se fundaron nuevos centros superiores de enseñanza, entre ellos las Universidades de Valladolid, Sevilla, Granada y Alcalá, dándose en todas ellas el estudio del Derecho. Este se encontraba muy atrasado bajo el aspecto nacional, por la importancia que para todos tenía el estudio del Derecho Romano, lo que impulsó á los monarcas á hacer obligatorio para todos el Derecho patrio, cuya prueba únicamente daría opción á los destinos del órden jurídico; lo que desde luego no dió resultado, siendo precisas más apremiantes disposiciones posteriores.

Las dos escuelas de Romanistas y Cultivadores del Derecho patrio, están representadas en este período histórico, por notables jurisconsultos que ocupan altos puestos en la nación, y que lucen sus aptitudes en el foro, ó que enseñan en la cátedra. Los nombres de Gregorio López, Palacios Rubios, Posadilla, Covarrubias y otros, son digna muestra por sus trabajos jurídicos, de los jurisconsultos notables de este tiempo.

Crítica.—La situación de España en los últimos años de la dominación de la Casa de Austria, determina también la decadencia de nuestro Derecho, pues que los últimos monarcas de esta dinastía, no fijaron como debían su atención en las reformas jurídicas, y el grande poder de la monarquía por un lado, y la creciente significación de los Consejos por otro, fueron causa de que no se adelantara mucho en la reforma de nuestro Derecho.

El Consejo Real de Castilla, aumentado en cuatro plazas de Letrados en tiempo de Felipe II, tiene cerca de los monarcas una misión que cumplir, cual es la de asesorarle en todo como el más alto Cuerpo consultivo, adquiriendo por entonces una preponderancia extraordinaria, y siendo el más alto cuerpo de la nación.

La Nueva Recopilación merece un juicio imparcial, casi en toda ella de censura, lo mismo en su fondo que en su forma, pues que la ambigüedad de sus doctrinas y su desacertada organización, hizo que fuera recibida en las escuelas con grande indiferencia, naciendo desautorizada y sin prestigios, desde el momento mismo de su publicación.

Y en cuanto á la recopilación de las leyes de Indias, á pesar de sus defectos, hay que reconocer sin embargo, la sabiduría, la elevación de miras, la abnegación y la profunda fé religiosa en que se inspiraron los autores de tan renombradas leyes.

LECCIÓN 77.

ESTADO RELIGIOSO, POLITICO Y SOCIAL DE ESPAÑA, DURANTE LA CASA DE BORBÓN, EN LA EDAD MODERNA

Estado religioso, social, político y literario de España, durante la dominación de la casa de Borbón.—Esfuerzos para sacar al país del estado de postración en que se hallaba.—Influencias francesas.—La iglesia española durante este período.—Predominio de la escuela regalista.—Tratos entre Roma y España, durante el reinado de Felipe V.—Bula *apostolici ministerii*.—Concordato de 1737.—Concordato de 1753.—La Capilla Real.—El vicariato general castrense.—El pase regio.—Tribunal de la Rota.—Nuevas diócesis.—El Derecho de asilo.—La desamortización eclesiástica.—La Monarquía durante la casa de Borbón.—La política.—Se acentúa el régimen absoluto.—Los ministerios.—La Inquisición durante este período histórico.—El Ejército.—Las ordenanzas.—Las fuerzas navales.—La marina mercante.—Las leyes suntuarias.—Las rentas del Estado.—Los fueros.—Las Cortes.—El Rey y los Consejos.—Abolición del Consejo de Aragón.—Monopolio de los empleos y cargos públicos.—La instrucción pública en España.—La primera enseñanza.—Colegios para la segunda.—Arreglo de las Universidades.—La educación popular.—La creación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, favorecen la cultura popular.—La Beneficencia pública.—Medidas contra los vagos.—Principio de las enseñanzas de artes y oficios.—Supresión de los oficios viles é infamantes.—Las mujeres en las fábricas.—Los cementerios públicos.—La imprenta y la librería.—La Academia de la Historia y sus útiles fines.—El teatro y el reglamento general para el mismo.—Las órdenes religiosas.—Industria y agricultura.—Escuela de agronomía.—Pósitos.—Baldíos.—Colonización.—Reformas del privilegio de la mesta.—Jardín de aclimatación.—Comercio.—Bancos.—Compañías mercantiles.—Aduanas.—Consulados.—Comunicaciones.—Costumbres públicas.—La propiedad.—Registro de Hipotecas.= *Crítica.*—Durante el período de la dominación borbónica en España en la Edad moderna, se inicia la verdadera regeneración de nuestra nación.—Estado de la iglesia en este período.—Juicio acerca de las reformas de enseñanza durante el mismo.—Crítica imparcial acerca de la creación y fines de las Sociedades Económicas de Amigos del País.—Juicio acerca de las costumbres españolas en aquella época.

El estado religioso, social y político de España durante los primeros Borbones en la Edad moderna, varía notablemente al que tenía en el período anterior, pues que, desde la llegada á nuestra nación de Felipe V, se notó un cambio radical en la política y en el orden social, con ideas reformistas, si bien la monarquía absoluta llegó á un punto, hasta entonces desconocido.

Viendo el primer Borbón el estado de postración en que se hallaba España á la muerte de Carlos II, hizo esfuerzos inauditos para sacarla de este estado tristísimo, sometiéndola á una administración regular,

aplicando todos sus recursos á su vida interior, y lográndose, que con las mejoras que se implantan, recobre nuestra patria parte de su perdido esplendor.

Pero en todo esto se dejó sentir la influencia francesa, pues que nuestra política cambió de rumbos, y de enemigos irreconciliables de Francia, nos convertimos en sus aliados, viniendo de allende los Pirineos, todos los gustos, costumbres y reformas, que habían de hacer de España una nueva nación, más rica y floreciente sí, pero perdiendo en parte su carácter y condición distintiva y particular de los siglos anteriores.

La iglesia española durante este período histórico, se nos presenta de modo distinto á como estaba antes, pues si bien es cierto que el pueblo español no aceptó ciertas ideas venidas de Francia, y que aunque iniciadas por el protestantismo hallaron cabida en el gobierno, variaron notablemente los principios en que se asentaba la disciplina de la iglesia española, perdiendo en importancia el poder eclesiástico, por las concesiones sin límite que se fueron otorgando al poder temporal.

De ahí nació el triunfo de la escuela regalista en nuestra patria, cuyo último fin no era otro que introducir en el dominio de las conciencias los mismos avasalladores absolutos principios, que querían hacerse prevalecer en las relaciones políticas.

Por eso comienzan durante el reinado de Felipe V, los tratos entre Roma y España, después de la ruptura de relaciones entre el primer Borbón y Clemente XI, y los escandalosos sucesos casi cismáticos, por haber amparado el pontífice las pretensiones del Archiduque Carlos, y determinar Felipe V que los obispos gobernasen en España sólo con sujeción á los cánones. Estas luchas siguieron largo tiempo, y no se atajaron por el Concordato de 1717, pues que las pretensiones regalistas iban cada día en aumento.

Más tarde, en 1723, se establece una especie de concordia entre Felipe V y el papa Inocencio XIII, y se expide al fin la Bula *Apostolici ministerii,* que tenía por objeto restablecer varios cánones importantes de disciplina decretados en el Concilio de Trento, que no estaban en observancia como debieran, aunque nunca dejaron de ser obligatorios en nuestra nación.

Pero surgen nuevas contiendas con motivo de las regalías de la corona, extendidas á otros puntos de gobierno y disciplina de la iglesia española, y vuelven á ser tirantes las relaciones entre las potestades civil y eclesiástica, hasta que se firmó el Concordato de 1737, que tuvo la desgracia de disgustar al clero, no satisfacer á los regalistas, y que se consideró gravoso para todos, lo mismo en Roma que en España.

Después de ajustarse este Concordato, siguieron las cuestiones por espacio de quince años sin venir á un arreglo sobre los negocios del regio patronato, hasta que se ajustó el Concordato de 1753, entre Benedicto XIV y Fernando VI, que causó una revolución casi completa en la disciplina de la iglesia española, pues que la corona quedó en posesión del patronato universal, llegando á la mayor latitud posible las concesiones de la Santa Sede, pudiendo el rey de España nombrar y

presentar para todos los cargos eclesiásticos, salvo las limitaciones de este Concordato, y el derecho concedido á los obispos.

Después de esto, se arregló también de acuerdo con el Pontífice, el órden y demarcación de la Real capilla, confirmándose las concesiones anteriores, declarándosela exenta de la jurisdicción ordinaria, y nombrándose al arzobispo de Santiago y al patriarca de las Indias, rector y procapellán mayor de la misma, este último también con facultades episcopales.

No se olvidó tampoco por los reyes españoles, concentrar en una sola mano la jurisdicción castrense, ya que desde Felipe V se había arraigado en España la institución de los ejércitos permanentes; para lo que se creó el Vicariato general castrense, acumulándose en una sola persona la jurisdicción militar de mar y tierra, que desde entonces y con prórrogas setenales, ha venido ejerciéndose hasta hace muy pocos años por el patriarca de las Indias, que hoy ya no existe, y cuyo cargo de Vicario, llevaba anexas todas las prerrogativas episcopales.

En el reinado de Carlos III, á pesar de las grandes virtudes y notoria piedad de este monarca, tuvo que pasar por días de prueba amarga la iglesia española, á causa de las exageradas ideas regalistas de sus ministros, exteriorizándose con varios hechos que dieron origen á transacciones con la corte romana, entre ellas la prohibición de publicar Bulas, Breves y Rescriptos de Roma desde 1762 en adelante, sin que recibiera la sanción del monarca, á lo que se le llamó Pase regio, ó *Regium exequatur*.

Al tribunal de la Nunciatura, se le sustituyó entonces con otro puramente español, que se le llamó de la Rota de la Nunciatura, el cual, compuesto de seis jueces numerarios y dos supernumerarios, había de conocer de las apelaciones que se interpusieran á las sentencias dadas por los metropolitanos y otros jueces eclesiásticos.

También se resucitó por entonces la idea de creación de nuevas diócesis, sin que le inspirara el pensamiento ordenado, general y grandioso, que Felipe II tuvo sobre este particular y que no pudo realizar. Por este arreglo de diócesis, se crearon las de Santander, Ibiza, Tudela y Menorca, y la de la Habana, en nuestra perdida posesión de la Isla de Cuba.

Consecuencia de las ideas regalistas que dominaban en España, sufrió también grandes modificaciones el Derecho de asilo eclesiástico en este tiempo, mermándose los privilegios de los que hasta ahora á él se acogían, y extendiéndose los de la jurisdicción ordinaria con desprestigio de la iglesia y de los derechos que desde su aparición en el mundo, tenía sobre este particular.

Igualmente y por entonces se echaron los cimientos de la desamortización eclesiástica más tarde realizada, empezando á sonar el nombre de manos muertas, y pensando en incautarse de los bienes de las iglesias, bajo el pretexto, siempre seguido en este particular, de que no permanezca la propiedad estancada é improductiva.

La monarquía durante la Casa de Borbón, se ofrece bajo caracteres especiales, pues que con Felipe V se entroniza la monarquía absoluta, llegando el poder del monarca á un punto hasta entonces desconocido.

Consecuencia de esto, fué que la ley dependió solo de la voluntad del rey, y que los pueblos todos fueron perdiendo sus últimas franquicias y hermosas libertades, erigiéndose en principio fundamental, la unidad de gobierno en todas las provincias.

La política española cambia de rumbos merced á la influencia decidida de la Francia, y porque habiendo perdido casi todas sus posesiones de Europa, va desvaneciéndose como por encanto su antigua é inmensa influencia, y ya no pueden tener práctica realización los grandes planes políticos de la Casa de Austria.

El régimen absoluto se va acentuando cada vez más, merced á la mayor extensión del poder central, que dió á éste una organización más potente y robusta. El rey gobernaba por medio de sus ministros y con auxilio del consejo de Castilla, que siguió organizado como en los tiempos anteriores, expidiendo de orden del rey sus disposiciones con el nombre de autos acordados.

Los ministerios se ordenaron en forma regular, gobernando el rey con ellos y creándose tres al principio, que sucesivamente se fueron aumentando para atender á las necesidades del gobierno.

Durante este período histórico, continuó viviendo la inquisición en España, y en tiempo de Felipe V, Fernando VI y Carlos III se celebraron autos de fe, no permitiendo el último monarca que se suprimiera este tribunal, porque los españoles querían conservarlo. Pero entonces el Santo Oficio estaba supeditado al poder real, y tenía limitadas sus atribuciones, especialmente por el examen y aprobación de los procesos que se formaran á determinadas altas personalidades.

El ejército español que no existía al advenimiento de Felipe V, toma grande incremento después de la guerra de Sucesión, teniendo desde entonces ya una verdadera importancia. Creáronse los guardias de Corps, las guardias españolas, los ingenieros militares y otros, llegando á existir 80,000 hombres sobre las armas y en pie de guerra.

Para su mejor dirección y gobierno se dictaron ordenanzas y reglamentos, siendo uno de los más importantes el de 1762, por el que se crearon cuatro departamentos de artillería y se fundaron escuelas de este arma y de infantería y de caballería, así como fábricas de pólvora, y se reglamentó también quedando por cuenta del Estado, la fábrica de armas de Toledo.

Las fuerzas navales se aumentan con Felipe V, siendo el período de su mayor grandeza el de Fernando VI y Carlos III, y comenzando á decaer de una manera lastimosa en el de Carlos IV. Durante este período se construyeron los arsenales de Cádiz, el Ferrol y Cartagena, llegando á tener España un gran número de buques de guerra, y siendo la tercera potencia marítima de Europa.

De igual modo que crecía la marina de guerra por este tiempo, aumentaba en gran manera también la mercante, hasta el punto de llegar á tener una marina de este género que podía competir con cualquiera del mundo, por el excesivo número de buques, con porte de inmenso número de toneladas y con un verdadero ejército de pilotos, calafates, oficiales de mar, patrones y marineros.

Las costumbres españolas y las leyes suntuarias, continuaron apegadas á los antiguos usos del pueblo español, aunque las altas clases se contaminaron algo de las ideas antirreligiosas y del lujo venido de Francia, pero el ejemplo de la corte de Felipe V y sus inmediatos sucesores, de limpia y honesta vida, dieron motivo á que la nación no se desbordase en licenciosas costumbres, como ocurre en tiempo de Carlos IV, cuya vida privada y la de su corte transcendió bien pronto al pueblo español, influído en absoluto por la revolución francesa, habiendo necesidad de que se dicten determinadas leyes suntuarias, y se determine el modo de vestir y el arreglo de las viviendas, de forma y manera enteramente distinta al que tuviéramos anteriormente.

Las rentas del Estado fueron modificadas también en este tiempo, especialmente durante el reinado de Carlos III, desapareciendo las rentas provinciales, y creándose la única contribución, bajo las bases del derecho real, industrial y mercantil, que si no se llevó á cabo por completo, modificó los antiguos impuestos, aumentándose también las rentas del Estado con la creación de la lotería primitiva.

Los fueros que como franquicias particulares tenían algunas regiones españolas, fueron desapareciendo, quedando sólo los de Navarra y las Vascongadas, ante el principio, más tarde generalizado, ya á mediados del siglo XIX, de uniformidad de gobierno en todas las provincias españolas.

Las Cortes también perdieron muchísimo de su prestigiosa grandeza, pues que cuanto aumentaba la Corona lo perdían éllas, hasta quedar reducidas á un mero recuerdo de lo que habían sido en tiempos pasados. Y esto ocurre en las Cortes de todas las regiones españolas, significándose en algunas más que en otras su rebelde aptitud para con el monarca.

El rey no necesita ya para nada de las Cortes del Reino; le basta con los Consejos de su propia creación, y por eso á éllos les confía todo, seguro de que de este modo podrá así más fácilmente realizar los ideales de absoluto poder y de supremo gobierno, que caracterizan á esta época histórica.

Y como quiera que desde el entronizamiento de la dinastía borbónica en España, Aragón, Valencia y Cataluña mantuvieron al principio gérmenes de rebeldía en contra de la misma, esto dió origen á que perdieran estas regiones sus fueros, Cortes y privilegios, y á que más tarde se aboliese también el Consejo de Aragón, dando el golpe de gracia á las libertades y franquicias de aquel antiguo reino.

Como quiera que los empleos y cargos públicos estaban monopolizados en jóvenes de altas clases sociales, que al salir de las aulas, y por el solo hecho de pertenecer á determinados colegios, obtenían los cargos públicos más importantes de todo género, hubo necesidad de atajar este mal, disponiendo que cesara dicho monopolio, y que todas las clases sociales tuvieran derecho, mediante determinadas condiciones, á la obtención de dichos empleos y cargos retribuídos por el Estado.

La instrucción pública en tiempo de los Borbones que reinan en España, durante la edad moderna, alcanzó el arreglo y prestigio que de

antiguo se venía reclamando, mejorando los estudios, reformando provechosamente la enseñanza, y propagando los centros de instrucción con el orden, método más conveniente para la instrucción de la juventud.

La primera enseñanza mereció verdadera solicitud de aquellos monarcas, concediendo privilegios, exenciones y preeminencias á los maestros, normalizando la instrucción, proveyéndose por oposición todas las plazas, y creando casas ó colegios de educación ó pupilaje para los jóvenes, separando á los niños y niñas en las escuelas, y empezando á señalarse los libros de texto.

Asimismo se establecieron colegios para la segunda enseñanza, y ante todo, y con este fin, se crearon los Seminarios Conciliares, encomendada su dirección á los obispos, y cumpliendo lo mandado en el Concilio de Trento, así como se crearon también los reales estudios de San Isidro con quince profesores, que se encargaran de todas las enseñanzas de latín, humanidades, filosofía y ciencias, así como derecho natural y de gentes, disciplina eclesiástica, liturgia y ritos sagrados.

De igual modo se llevó á cabo el arreglo de las Universidades españolas, dándoles grandes prestigios, nombrándose directores de las mismas, y extendiéndose la enseñanza con arreglo á los adelantos modernos. Todo el prestigio que alcanzaban las Universidades, lo perdían los colegios mayores, dándose también los primeros pasos para un plan general de estudios, si bien se dejó por lo pronto á cada Universidad el derecho de proponer á la sanción real el plan de enseñanza que más le conviniese.

La ilustración popular fué tambien apadrinada en las altas esferas, por este tiempo, creándose centros, á más de los de primera y de segunda enseñanza, donde se dieran conocimientos generales sobre artes é industrias, favoreciendo así de modo ilimitado la cultura popular, y siendo este el primer anuncio de lo que en la actualidad ha recibido el nombre de nuestras Escuelas de Artes y Oficios.

La creación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, favoreció muchísimo la cultura popular, pues que á su amparo se creó el célebre, real y patriótico Seminario de Vergara, extendiéndose la enseñanza por todas las poblaciones donde se formaban estas Sociedades, cuyo hermoso lema de *Socorre enseñando*, era demostración de que su principalísima misión debía ser siempre la educación popular.

Entre las reformas útiles llevadas á cabo por entonces, se cuentan las referentes á la beneficencia pública, que tenían no sólo por objeto socorrer al desvalido, sino también desterrar la holganza é inspirar á todos el amor al trabajo. Por eso empiezan por crearse asilos en los sitios reales, extendiéndose éstos por todas partes y creándose el Hospicio de Madrid, recogiéndose todos los mendigos, y ordenándose la distribución de limosnas por la Junta general de Caridad, auxiliada por varias entidades, especialmente por la Económica Matritense.

Por eso también se dictaron varias medidas contra los vagos y los ociosos, para que no se confundieran nunca los verdaderos necesitados con los que fingían serlo, ó los que lo eran por holganza, y al efecto se

dispuso que los Alcaldes de barrio tuviesen mucha escrupulosidad en las matrículas de vecindad, mudanzas de domicilio y visitas de posada, con el fin de que solo recogieran el fruto de la pública caridad los que realmente lo merecieran.

Entonces también se crean escuelas gratuitas de niños y niñas pobres, al amparo de las Sociedades Económicas y de las Juntas de Damas, donde se les enseñaban labores y rudimentos de artes y oficios, celebrándose públicos exámenes, y saliendo de esos colegios con cristiana y útil educación, y con oficio propio en que ganarse la vida.

La supresión de los oficios viles é infamantes fué una grande y civilizadora idea de la época, con la que se logró formar ciudadanos laboriosos y honrados, promoviendo la afición al trabajo, y declarándose que los oficios de curtidor, herrero, sastre, zapatero, carpintero y otros, antes de envilecer, como se creía, honraban al que los ejercía, no impidiéndole, como antes ocurría, el obtener cargos y destinos públicos.

Asimismo se dictaron disposiciones sobre los trabajos de las mujeres en las fábricas, reconociéndose que éstas podían tener en ellas ocupaciones propias y compatibles con el decoro y fuerzas de su sexo, siempre que trabajasen con regularidad y sin exceso, lográndose de este modo sustituir á muchos hombres que desempeñaban estos trabajos, y atraerlos á la agricultura que tan necesitada estaba de ellos.

Fué también medida muy plausible por entonces, la que determinó se crearan cementerios públicos, disponiéndose que éstos se estableciesen fuera de las poblaciones, de acuerdo siempre entre la autoridad civil y la eclesiástica, y prohibiéndose en absoluto volver á enterrar los cadáveres en las iglesias.

La imprenta y la librería se extendieron muchísimo durante los primeros Borbones en España, dictándose disposiciones importantes sobre el arte de imprimir, y fomentándose mucho las Bibliotecas públicas, especialmente la de Madrid con el título de Real Librería, base de nuestra actual Biblioteca Nacional, donde se reunieron multitud de libros nacionales y extranjeros, y donde se congregaban multitud de literatos sabios de aquella época, para discutir asuntos de importancia que hacían relación con toda clase de estudios.

Siendo la historia el asunto predilecto de estas reuniones literarias, de ella nació pedir al rey Felipe V que se creara la Real Academia de la Historia, lo que se efectuó en 1738, siendo muy protegida por todos los sucesores de este rey, especialmente por Carlos III, viniendo á sustituir por sus estatutos á los antiguos cronistas de España é Indias, y encargándosele desde su creación, de la dirección custodia y conservación de los monumentos nacionales.

El teatro y las representaciones escénicas, también fueron reglamentados en este período histórico, dándose disposiciones acertadísimas para evitar los escándalos que venían dándose con anterioridad, siendo notables las ordenanzas de 1753, las que no solo se referían á que las representaciones fueran de día, sino también á determinar sitios especiales para las mujeres, y á que las obras que se representasen fuesen

correctas y recatadas, ya que la censura eclesiástica determinaba lo que pudiera representarse.

Las órdenes religiosas fueron perdiendo en significación é importancia, desde que la desamortización eclesiástiva tuvo carácter formal de doctrina jurídica, y por una real cédula se prohibió dar curso á las instancias de manos muertas para adquirir bienes, lo que hizo que las instituciones religiosas fuesen decayendo, no sólo por la falta de recursos, sino también porque secularizada la enseñanza en tiempo de Carlos III, muchas órdenes religiosas perdieron su principal razón de ser, ó sea la educación de las clases necesitadas.

En cambio la agricultura, el comercio y la industria, adelantaron muchísimo, pues que todos los esfuerzos del poder en esta época se dedicaron á fomentar el adelanto material de la nación.

La agricultura se protegió en alto grado, y se le dirigió por útiles derroteros, creándose una escuela práctica de agricultura y ganadería en el Real Sitio de Aranjuez, destinándose las tierras á los frutos mas acomodados á su calidad, y haciéndose venir de todas partes las semillas que hasta entonces eran desconocidas.

Al mismo tiempo se creaban los pósitos con el fin de que todos los pobres pudiesen tener granos disponibles para sus siembras, dando un módico interés al año, y evitando así que los labradores necesitados cayesen en manos de infames usureros.

No olvidóse tampoco con este fin de aquellos campos eriales que con el nombre de baldíos existían en España, y que merced á grandes privilegios, se logró que el arado les rompiese, sembrándose y fertilizándose merced á muchos canales de riego que se establecieron en aquella época.

El sistema de colonización ideado por Carlos III, favoreció también mucho la agricultura nacional, y en las fragosidades de Sierra Morena, que hasta entonces eran abrigo de malhechores, se levantaron poblaciones como la Carolina, que empezaron á ser centros de vida de producción y de nuevas rentas para el Estado.

Los privilegios de la Mesta fueron abolidos, prohibiéndose la tasa de granos, y concediéndose la venta libre de los mismos, así como se evitó que los ganados entraran en viñas, olivares y sitios cultivados, quedando en libertad los propietarios de cerrar y acotar sus fincas como suprema manifestación del derecho de propiedad.

Con el fin de favorecer también la agricultura y floricultura, se creó en Madrid el jardín de aclimatación, donde todas las plantas de distintos paises y hemisferios, se ensayaba su cultivo, viéndose como podia irse acomodando al clima de España, é introduciéndose en nuestra nación los productos agrícolas de todos los paises.

También el comercio se desarrolló muchísimo en este período histórico, especialmente el interior, apoyado por el monarca; se dictaron atinadas medidas sobre comercio de granos y otros géneros, y con las facilidades en los medios de comunicación, se aumentó notablemente el desarrollo del comercio en toda la nación y fuera de ella.

El comercio exterior especialmente con nuestras posesiones de Amé-

rica y Asia, adelantó muchísimo, merced al libre tráfico con nuestras posesiones ultramarinas, donde se hacían grandes reformas, favoreciéndose también todo el comercio por medio de la creación de Bancos, como el de crédito de S. Carlos, imitado de los existentes en Inglaterra y Holanda, y base y fundamento de nuestro actual Banco de España.

El afán de mejorar nuestras posesiones ultramarinas especialmente de Asia, hizo crear compañías mercantiles como la de Filipinas, que reunió todos los capitales de la deshecha Compañía de Caracas, y que explotó aquel Archipiélago durante 20 años bajo la forma puramente comercial, devolviendo á la nación aquellas provincias eriales convertidas en colonias ricas y florecientes.

Las aduanas españolas no dejaron tampoco de ser modificadas y reformadas, desapareciendo el arancel vario que cada provincia tenía, y estableciéndose uno general que marcaba el 15 por 100 á la importación de géneros extranjeros, aunque éstos pagaban otros derechos especiales, que todo hacía aumentar las rentas del Estado.

Con el fin de facilitar también el comercio exterior, se crearon los consulados en los principales puertos de mar, para que toda cuestión de extrajeros en nuestra patria, pudiese ser resuelta con intervención de representantes de su país, y también para la fijación de aranceles para la entrada y salida, carga y descarga de los buques.

Las comunicaciones en el interior fueron modificadas abriéndose caminos donde antes no existían, iniciándose entonces la apertura de carreteras con los cuatro caminos reales, mandados abrir por Carlos III, que habían de facilitar las relaciones mercantiles entre Madrid y la Coruña, Barcelona, Valencia y Sevilla, así como otros caminos provinciales para el resto de España, todos conservados después por cuenta del Estado.

Las costumbres públicas variaron notablemente de como eran antes, siendo en la corte más abiertas y expansivas, que lo eran durante el reinado de Carlos II, y sustituyendo á la cautelosa reserva y sombrío retraimiento de aquella corte, otras disposiciones que tendían á obrar una gran revolución en la vida social bajo el aspecto moderno, pero manteniendo en cierto modo la rigidez en las costumbres cortesanas.

La propiedad individual quedó garantizada perfectamente en este período histórico, y las leyes nuevamente dictadas se encargaron de ello, determinándose reglas que habían de guardar los escribanos, para la titulación de las fincas y la organización de los archivos públicos, concediéndose á los funcionarios que otorgaban esta clase de documentos, grandes franquicias y privilegios de que antes carecían.

Por último, como medida importantísima para garantizar la propiedad individual, se establecieron también los oficios ó registros de hipotecas donde se anotaban y tomaban razón de todas las escrituras, cuyos libros se habían de guardar en las casas capitulares con seguridad y precaución para que no desapareciesen los documentos, y siendo estas primeras medidas el anuncio y origen de los actuales registros de la propiedad.

Crítica.=Durante el período de la dominación borbónica en España

en la edad moderna, se inicia la verdadera regeneración de nuestra patria, pues que los tres primeros Borbones y especialmente Carlos III, trajeron á España las ideas reformistas del país de donde procedían, lográndose que nuestra nación en reformas materiales ganase mucho y entrase por el camino de la vida moderna, separándose del que en este particular se había seguido entre nosotros anteriormente.

Pero si adelantaba la nación en mejoras materiales, la iglesia española atravesó un período de verdadera lucha, y constantemente hubo diferencias con la corte romana que terminaban en concordias ó concordatos, pues aunque los tres primeros monarcas eran piadosos, estaban adornados de virtudes y hacían vida cristiana y ejemplar, se hallaban encastados en las ideas del regalismo francés, y de buena fe lo defendían ó inconscientemente se dejaban guiar por ministros inficionados de las ideas poco religiosas de la nación vecina.

Las reformas en materia de enseñanza durante este período histórico, merecen un juicio crítico imparcial, pues si bien es cierto que á esta se le secularizó, también lo es que la Instrucción pública en España se organizó bajo un plan general, estuvo al alcance de todas las clases sociales, y no se olvidó tampoco en dichos planes, el que la iglesia tuviese su necesaria intervención en la inspección de la enseñanza.

La creación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, merece también crítica imparcial y grande defensa contra sus detractores, pues que no hay que mirar para impugnarlas las opiniones más ó menos exaltadas de los ministros de Carlos III, sino tener en cuenta el fin patriótico y humanitario que presidió á la formación de las mismas, y ver en sus primitivos reglamentos que ni por un momento se pensó en ellas en hacer propaganda antireligiosa, sino que por el contrario como las juntas de damas procuraban instruir honestamente á las clases desheredadas, proporcionándoles para después medios honrosos de subsistencia y de vida.

Así mismo las costumbres españolas en esta época, merecen juicio favorable, pues que la rigidez de la Corte de Felipe V, y las atinadas disposiciones de sus dos sucesores, evitaron muchos escándalos que frecuentemente se realizaban en el misterio, desterrándose por medio de públicas disposiciones la fea tradición de las encubiertas ó tapadas, reflejándose en las costumbres públicas, la gran rigidez que se observaba en el palacio de los reyes.

LECCIÓN 78.

LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES ESPAÑOLAS DURANTE LA DOMINACIÓN BORBÓNICA EN ESPAÑA EN LA EDAD MODERNA.

Estado de las letras españolas durante la dominación borbónica en España en la Edad Moderna.—La influencia francesa en el idioma.—Carácter distintivo del movimiento científico y literario de España durante este tiempo.—Protección á las Ciencias y á las Letras.—Creación de academias.—La Española.—La de la Historia.—La de Medicina y Cirugía.—Las reuniones literarias.—El diario de los literatos.—Publicaciones notables.—Las obras por suscripción y por entregas.—Medidas para enriquecer la biblioteca real.—La academia de la Historia inspectora de los monumentos de la nación.—Progreso de las Ciencias y de las Letras.—Teólogos importantes.—Escritores de ciencias médicas.—Idem de ciencias naturales.—Botánicos notables.—Escritores de filosofía.—Historiadores célebres de este período histórico.—Literatos importantes de esta época.—La oratoria sagrada.—La poesía en general y sus cultivadores.—Periódicos españoles.—El teatro.—Comedias de figurón.—Abatimiento de la escena.—Autores dramáticos.—Actores célebres.—Desarrollo de las bellas artes.—La arquitectura.—Los arquitectos extranjeros.—La real academia de San Fernando.—La escultura y sus cultivadores.—La pintura y los suyos.—Músicos españoles en este período histórico.—Damas ilustres.- La Doctora de Alcalá y la duquesa de Arcos.=*Crítica.*—Juicio acerca de la influencia francesa en nuestra lengua, y en nuestra literatura en este período histórico.—Las reales academias, é importantísimo papel que desempeñan en España favoreciendo la pública ilustración.—Crítica imparcial acerca del estado en que se presentan la literatura y las bellas artes, durante la dominación borbónica en España.

La Literatura española, tan decaída á fines del reinado de Carlos II, comenzó un período más favorable al advenimiento de los Borbones, llegando á su apogeo y mayor grandeza en tiempo de Carlos III, para descender nuevamente, al fin de la Edad moderna en el reinado de Carlos IV, en el que se pierde toda nuestra grandeza literaria y política.

Por lo que respecta al lenguaje, la influencia francesa por este tiempo se dejó sentir de un modo particularísimo, perdiendo nuestro idioma mucho de su hermoso carácter, y cayendo en desuso muchas voces propias del mismo, así como desaparecieron sus giros especiales, y su valentía y rotundidad, á lo que no contribuyó muy poco el afán inmoderado, de traducir todas las obras filosóficas y literarias de la nación vecina.

El carácter distintivo del movimiento científico y literario de España durante este tiempo, es imitación del que predominaba en Europa, dando preferencia á los estudios que servían para fomentar la riqueza

material. Por eso las ciencias se fijaban más en el mundo físico, haciendo aplicación de sus principios á las artes industriales, al comercio y á la navegación, y estudiándose con predilecto afán, la náutica, la física, las ciencias naturales, y las ciencias exactas.

Todas las ciencias y las letras, así como las artes, fueron protegidas de modo admirable en los reinados de los tres primeros Borbones en España, procurándose á todo trance que éstas adelantaran cuanto pudieran, ya con la protección real, ya también con las acertadas medidas, que para ello en este tiempo se dictaron.

Al efecto, favoreció mucho este pensamiento, la creación de varias Academias con carácter oficial y dependientes del Estado, que fuesen á la vez que guardadoras de la pureza del idioma, de la verdad histórica, de los progresos de las ciencias médicas, y de los adelantos artísticos, el punto á donde todos acudieran para ilustrarse, resolviendo las dudas que en estos asuntos pudieran ocurrirse, y fijando con sus decisiones la verdadera normal legal, á que todos en los mismos debían atenerse.

Por eso, después de haberse creado en 1711 la Real Librería, fundamento de nuestra biblioteca nacional, se creó la Real Academia Española en 1714, para que fuese la guardadora de las puras tradiciones del idioma, publicando en 1726 la primera parte de su Diccionario, que contínuamente se está aumentando, y que con la Gramática de la lengua, forman los verdaderos códigos de nuestro lenguaje. A esta Academia se agregaron como correspondientes después, las de Buenas Letras de Barcelona y de Sevilla, complementándola también la grecolatina de la época de Carlos III.

En 1738 se fundó asimismo por Felipe V, la Real Academia de la Historia, en la que tuvieron asiento desde luego, los más esclarecidos cultivadores de esta ciencia, que sustituyeron con sus trabajos, publicaciones y notables informes, á los antiguos cronistas, dictaminando también y procurando fijar la verdad histórica, en toda clase de descubrimientos arqueológicos.

De igual modo se creó en 1734 la Real Academia de Medicina y Cirugía, adelantando de este modo dichos estudios, discutiéndose ampliamente en ella, los trabajos que referentes á éstas ciencias, se publicaban dentro y fuera de España, y siendo el centro científico á cuyo amparo se habían de crear más tarde otras Academias de menos importancia, en determinados puntos de nuestra nación.

Por este tiempo comenzaron en la Corte las reuniones literarias, donde se discutían y analizaban toda clase de asuntos de este género, y que fueron el origen de nuestros modernos centros literarios, conocidos con los nombres de Ateneos y de Liceos.

Estas reuniones literarias no esterilizaron sus trabajos, dejándolos ocultos en el local donde los literatos se reunían, sino que acordaron para exteriorizarlos y generalizarlos, la publicación de un periódico literario, con el título de Diario de los Literatos, que fué la primera manifestación en España, de esa multitud de publicaciones de este género, dadas á luz posteriormente.

Y entonces, la semilla literaria germinó notablemente en nuestra patria, citándose de aquella época publicaciones notables, lo mismo de bella y amena literatura, que de las ciencias más abstractas, y de los asuntos religiosos, lo que hizo crecer el entusiasmo por el cultivo de las letras, y que por este tiempo renaciesen en España, aunque con determinado carácter, el gusto y las aficiones literarias.

Desarrollándose de este modo el cultivo de las ciencias y de las letras, y aumentándose por tanto, las publicaciones científicas y literarias en nuestra patria, se introdujo en ella por vez primera el sistema de adquirir dichas obras por suscripción y por entregas, facilitándose de este modo el extender más y más la cultura literaria por toda la nación, ya que así paulatinamente y sin grandes dispendios, todos pudieran adquirir dichas obras.

De igual modo se pensó que la Real Librería no podría cumplir muy bien sus fines, si no se enriquecía con lo que á diario se publicara, original ó traducido, y al efecto se determinó la obligación en que todos estaban de donar un ejemplar para dicha Biblioteca Central, con cuya medida y los donativos particulares en grande escala, se enriqueció bien pronto la primer Biblioteca de la nación.

Conociendo los primeros Borbones, la gran importancia que tenían los hermosos monumentos existentes en las capitales y pueblos de España, determinaron desde luego que la Real Academia de la Historia fuese la inspectora oficial de los mismos, para lo que con determinadas instrucciones delegaba en personas amantes de estos estudios, que más tarde y con funciones permanentes quedaron encargados de la custodia de los monumentos históricos y artísticos de nuestra patria, y fueron el origen de las actuales Comisiones de monumentos que existen en todas las provincias.

Durante este período histórico progresan grandemente las ciencias y las letras, y si bien á las primeras se dan preferente atención, no por eso quedan en olvido los demás ramos del saber humano, pudiendo presentarse notables cultivadores de todas ellas, desde la teología hasta la medicina y el derecho, y la poesía en todas sus manifestaciones, aunque con carácter decadente, así como el arte, en todas sus formas bellas.

Nada importante fué el desarrollo de la teología en este período histórico, siendo pocos los que escribieron de ella, y aunque hubo algunos de verdadero mérito, no se adelantó en la forma literaria, formando contraste con el gran desarrollo que por entonces adquirió el Derecho canónico. Las obras del jesuita P. Cuadros, del monje jerónimo Ceballos y del P. José de Castro, así como las del cardenal Lorenzana y don Vicente González Arnau, prueban el cultivo de la teología y el Derecho canónico por entonces en nuestra patria.

Las ciencias médicas adelantaron mucho por este tiempo, siendo de notar las obras de Martín Martínez, médico de cámara de Felipe V, sobre anatomía, las de Piquér, sobre medicina antigua y nueva en tiempo de Fernando VI, y las de Salvá y Campillo en el de Carlos III.

Todas las ciencias naturales se cultivaron con grande empeño, vi-

niendo profesores extranjeros para enseñarlas aquí, y yendo españoles pensionados fuera de España para ilustrarse en ellas. Todo esto tuvo su complemento, con la creación de escuelas, gabinetes y jardines, con la protección real, que despertaron en todos la afición á estos estudios.

Como botánicos notables puede citar España en este tiempo, D. José Quer con su Flora española, Palau con su Curso de botánica, y con las del eclesiástico valenciano Cavanilles, á quien tanto debe la botánica española.

Las humanidades y las ciencias filosóficas y políticas, ocupan lugar no muy distinguido en el renacimiento literario de este tiempo, pudiéndose solo citar las obras de los PP. Ceballos y Concina, la titulada Dios y la Naturaleza de D. Juan Francisco de Castro, y el Nuevo sistema filosófico de D. Antonio Javier Pérez y López.

En cambio se despertó mucho la afición á los estudios históricos, y se comenzó á ilustrar documentalmente la historia, recorriendo los eruditos los archivos del reino. Son historiadores célebres de este período histórico, el P. Enrique Flores con su España sagrada, el jesuita Masdeu con su historia crítica de España, el eclesiástico Ferreras con su Sinopsis histórica de España, y otros.

Entre los literatos notables de este tiempo, hemos de mencionar á D. Diego Torres Villarroel, con sus famosos Sueños, que con las obras de Gerardo Lobo, la Poética de Luzán, los Eruditos á la violeta de Cadalso, y la Historia literaria de los PP. Mohedanos, prestan señalados servicios á la literatura patria, y presentan el cuadro y la dirección del movimiento literario de España, durante la dominación de los tres primeros Borbones.

La oratoria sagrada que estaba inficionada del mal gusto del culteranismo, fué reaccionándose en buen sentido, no tan solo por la afortunada sátira del P. Isla en su Fray Gerundio de Campazas, sino también por el trabajo de muchos prelados y celosos misioneros, como el arzobispo de Toledo y el santo Fray Diego de Cádiz, que predicaron con sencillez y vigor, pero con formas tan convincentes y claras, que sacaron á esta oratoria del estado lamentable en que se encontraba.

También la poesía en general se hallaba inficionada del mal gusto del culteranismo, y fueron precisas las obras literarias anteriormente señaladas para restaurarla, así como la aparición del gran poeta don Nicolás Fernández Moratín, que con D. Tomás de Iriarte, Fray Diego González, y D. Juan Meléndez Valdés, levantaron á la poesía española de su postración y abatimiento, y anunciaron otras hermosas épocas posteriores de gran renacimiento literario.

No poco contribuyó á este fin la aparición de los primeros periódicos españoles, que tuvieron su origen en 1737, con la publicación del Diario de los Literatos antes mencionado, al que siguieron con el título de papeles periódicos, el Mercurio histórico y político, el Erudito Investigador, el Semanario Económico, El Correo de los Ciegos de Madrid, y otros, saliendo el periodismo ya de la corte y extendiéndose por Barcelona, Valladolid y Cartagena en tiempos de Carlos III.

El teatro español estaba muy decaído al comenzar este período histórico, á causa de que las representaciones escénicas habían sido prohibidas en los últimos años del reinado de Carlos II, no volviendo éstas á gozar favor en la escena hasta la época de Fernando VI, merced á los esfuerzos del cantor Farinelli, que reclamó del monarca la protección para las mismas, empezando á darse en palacio funciones líricas y coreográficas, con compañías traídas de fuera de España.

Y más tarde, á principios del siglo XVIII, se inicia en nuestra patria la llamada comedia de figurón, que fué el anuncio de nuestras comedias de caracteres, y que no era otra cosa que una imitación de las obras francesas de Moliere, con sátiras contra los vicios de la época, y con el fin de acabar con la ciega credulidad de otros tiempos en brujas y hechicerías, así como para destruir la fatua vanidad de los hidalgos, que no admitían otra distinción que su rancia ejecutoria de nobleza.

Pero con esto sólo se logró matar, por entonces, los destellos que aun resplandecían de nuestro hermoso teatro clásico, y que fuera en progresiva decadencia abatiéndose nuestra escena, y llegando á la más lastimosa situación con obras disparatadas, que son una mezcla informe de elementos extraños, y elementos propios, que arrastraron á nuestro teatro al mayor grado de corrupción y envilecimiento.

Como autores dramáticos de este tiempo podemos citar á D. Antonio Zamora y á D. José Cañizares, que dieron los primeros pasos en este género literario, y á Moratín, Huerta y D. Ramón de la Cruz, que con sus comedias, zarzuelas, tragedias y sainetes, trataron de contener el desquiciamiento porque caminaba la literatura dramática en nuestra patria.

Muy pocos actores, de fama reconocida, podemos citar en España durante la edad moderna, y sólo pueden nombrarse como astros refulgentes de la escena española, el gran trágico Isidoro Maiquez, que aclimató en España este género dramático, así como Rita Luna, Prieto y el gracioso Blanco.

Las bellas artes españolas se desarrollan también de modo admirable en este tiempo, pudiéndose citar como ejemplo de la manifestación de las mismas el real sitio de San Ildefonso y el real palacio de Madrid, en tiempo de Felipe V, y otra multitud de monumentos de la época de Fernando VI, y especialmente de Carlos III, que son una de tantas manifestaciones de los tres primeros Borbones.

En la arquitectura, al comenzar el siglo XVIII, predominaba en élla el estilo churrigueresco, y á desterrar este mal gusto se encaminaron las tendencias de estos monarcas españoles, preparando una restauración del arte en armonía con las tendencias que existían en Italia, Francia y otras naciones de Europa.

Al efecto, Felipe V llamó á arquitectos extranjeros de reconocido mérito, entre éllos Felipe Jubara, de nación italiana, que vino á España para reconstruir el real palacio de Madrid y el de Aranjuez, y á quien sucedió Sacheti, á cuya dirección se debe el palacio tal como hoy existe en la plaza de Oriente, y la fachada del de San Ildefonso. En esta escuela se inspiraron los arquitectos españoles, entre éllos Fray

Juan Asconde, que imitó á Herrera, y más tarde el célebre D. Ventura Rodríguez, Sabatini y Villanueva, que embellecieron con monumentos notables toda la nación.

A todo esto contribuyó no poco el gran trabajo de nuestros reyes, creando primero una Junta preparatoria para el estudio de la arquitectura, establecida en Madrid en 1744, y más tarde en 1752 con la creación de la Real Academia de San Fernando, á cuyo ejemplo se fundó en Valencia la de San Carlos, presentando toda la nación notables arquitectos que la embellecieron con hermosos monumentos, especialmente en la época de Carlos III.

La escultura también tuvo cultivadores notables en nuestra patria en los tiempos de Fernando VI y Carlos III, y desde mediados del siglo XVIII dan prueba evidente de los adelantos escultóricos los nombres de Felipe Castro, Alvarez, Pascual de Mena y Antonio Primo, cuyas obras, especialmente las estátuas de Trajano y Teodosio, en el patio del real palacio, y las fuentes del paseo del Prado, son prueba evidente de los adelantos que por entonces adquirió la escultura en España.

La pintura también tomó grandes vuelos por este tiempo, creándose escuela propia en tiempo de Carlos III, á cuya cabeza figura el reputado bohemio Rafael Mengs, espléndidamente recompensado por el monarca, y sus discípulos Maella, Bayen y Ramos, cerrando el cuadro de pintores notables de España, al finalizar la edad moderna, las obras siempre originales del inmortal Goya.

La música española en este período histórico no alcanza grandes vuelos en nuestra patria, pudiendo sólo citarse en música profana, en el siglo XVIII, los cantos de las tonadillas y zarzuelas, insulsos ó triviales de suyo, y en la música sagrada, que tenía asiento en nuestras catedrales, se veían en éllas perdidas las tradiciones antiguas, dominando sólo las agudezas del contrapunto, en vez de las sutilezas del genio.

El movimiento literario y artístico desarrollado por este tiempo, no fué solo exclusivo para los hombres cuyas obras dieron fama y prestigio á nuestra nación, sino que damas ilustres de nuestra aristocracia, emulando los hermosos tiempos de la egregia reina D.ª Isabel la Católica, en las Universidades primero, y en la Junta de Damas creadas al amparo de las Sociedades Económicas después, dieron señaladas muestras de su valer y de sus reconocidas aptitudes para la literatura y el arte.

Entre estas nobles señoras, son notables la doctora de Alcalá, doña María Isidra Guzmán y la Cerda, hija de los condes de Oñate, y la duquesa de Arcos, que por aclamación fueron admitidas socias de nuestras primeras Económicas del reino, cuyo nombramiento tuvo después la real sanción, llamándoselas Socias de Honor y Mérito, y siendo el tronco de aquellas primeras damas españolas, que con la princesa de Asturias y las infantas organizaron las Juntas de Damas, que tomó á su cargo la dirección de las escuelas de mujeres y el fomento de los ramos industriales, para dar ocupación útil á ellas, y que tuvieron el hermoso pensamiento religiosamente cumplido por entonces, de obligarse

á no gastar en sus vestidos y adornos otros géneros de seda, que los fabricados en el reino.

Crítica.=La influencia francesa en nuesta lengua y en nuestra literatura en este período histórico, merece un juicio imparcial, teniendo en cuenta que si produjo bienes en las abatidas letras españolas, produjo también grandes males en cuanto al lenguaje, pues si bien es cierto que la literatura se sacó del decadente estado en que estaba á la muerte de Carlos II, también lo es que con la influencia francesa que desde la Corte trascendió á todas las clases, comenzaron á quebrantarse las leyes de nuestra gramática, lo cual unido á los vicios antiguos, hirió de muerte á la lengua castellana.

La creación de las reales Academias en España, es un suceso importantísimo que favorece la pública ilustración, toda vez que desde el principio marcaron la verdadera dirección que debe darse en nuestra patria á toda clase de estudios, ya para fijar la pureza del idioma, ya para extender los trabajos médicos, así como para depurar la verdad histórica, y echar los sólidos cimientos del movimiento artístico.

Por último, sin apasionamiento de ningún género podemos asegurar, que con relación á los últimos tiempos de la pasada dinastía, fué muy favorable por regla general el estado en que se encontró la literatura y el arte, pues aunque se resentían de la falsa dirección que éstas tomaban por entonces en Europa, sin embargo llegaron á un alto grado de apogeo que honran la memoria y los buenos deseos de los tres primeros Borbones que reinaron en España.

LECCIÓN 79.

EL DERECHO ESPAÑOL DURANTE EL REINADO DE LOS BORBONES HASTA EL FIN DE LA EDAD MODERNA.

Examen del estado de la legislación española, durante el reinado de los Borbones hasta el fin de la Edad Moderna.—Prosperidad nacional en los reinados de los tres primeros monarcas de la dinastía de Borbón.—Diversas ediciones que durante este tiempo se hacen de la nueva Recopilación.—El derecho nacional y su importancia en tiempo de Fernando VI.—Los autos acordados y el suplemento á la nueva Recopilación.—La junta de Recopilación.—Aparece la novísima Recopilación de las leyes de España.—División de la misma.—Elementos que la integran.—De Derecho civil.—De Derecho público.—De Derecho mercantil.—De Derecho penal.—De Derecho procesal.—De Derecho eclesiástico.—Autoridad legal del Código de la novísima Recopilación.—¿Es un verdadero Código?—Juicio que mereció desde su aparición á los tratadistas de Derecho.—Principios que dominan en esta colección.—Su fuerza y autoridad.—Estado de las Cortes como poder legislativo en este período histórico.—Las Cortes de Castilla.—Las de Aragón y de Valencia.—Las de Cataluña.—Las de Navarra.—El Consejo real y la Cámara de Castilla como instituciones administrativas.—Las Audiencias y Chancillerías, como instituciones judiciales.—Las Universidades y la enseñanza del Derecho.—Jurisconsultos notables de esta época.—Espíritu práctico que domina en la Jurisprudencia por este tiempo.= *Crítica.*—Juicio acerca del estado de la legislación durante la dominación borbónica en España en la Edad Moderna.—Crítica imparcial acerca del Código de la novísima Recopilación.—Idem acerca de los trabajos jurídicos de este período histórico.

La legislación española durante el reinado de los Borbones en la Edad moderna, presenta un estado especial debido á los esfuerzos de estos monarcas, para unificar no sólo la Constitución política de la monarquía, sino la de la legislación Civil, merced á prolijos estudios y trabajos y á que las legislaciones particulares de los diversos reinos de España, sólo tuviera fuerza en cuanto no se opusiera á la legislación general.

Y esto se explica, porque hubo gran prosperidad nacional en los reinados de los tres primeros monarcas de la dinastía de Borbón en nuestra patria, ya que ésta, sometida á una administración regular, pudo consagrar á su vida interior todos sus recursos, colocándose en sitio distinguido ante las naciones de Europa, y siendo productivas durante todo el siglo XVIII sus múltiples fuentes de riqueza.

Durante este tiempo y trabajando por el desarrollo de nuestra legislación, se hacen cinco ediciones de la nueva Recopilación por los monarcas Felipe V y Carlos III, que con cuatro que antes se habían he-

cho en los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV, forman las nueve ediciones oficiales hechas de este Código, sin más novedad unas de otras, que ir agregando sucesivamente las leyes ultimamente publicadas.

El Derecho nacional, adquiere y tiene grande importancia en tiempo de Fernando VI, pues que su primer ministro el marqués de la Ensenada, se propuso con el concurso de sabios escritores y jurisconsultos notables, la reforma del derecho patrio, bajo el criterio que lo intentara Alfonso X, lográndose que el Derecho nacional ocupase lugar preferente en nuestras Universidades, á pesar de la resistencia de éstas, queriendo seguir las tradiciones antiguas, para propagar las legislaciones Romana y Canónica.

Pero estos esfuerzos de aquel monarca y de sus entusiastas consejeros, fracasaron por completo, y ya en tiempo de Carlos III se publicó primero el libro de Autos acordados, que se unió á la Nueva Recopilación, encargándose más tarde á un jurisconsulto notable la formación de un suplemento á este Código, que no llegó á ser aprobado.

Y ya queda en suspenso la reforma legislativa, hasta que en tiempo de Carlos IV, al tener que hacer una nueva edición del Código antedicho, se encarga al relator de la Chancillería de Granada, D. Juan de la Reguera Valdelomar, la formación del suplemento á la Nueva Recopilación, utilizando todos los trabajos de la Junta de este nombre y cuantos antecedentes existiesen en los archivos públicos y en la Secretaría de Cámara.

Así nace la Novísima Recopilación de las leyes de España, publicada en 1805, y en la que se incluyen los libros de la Nueva Recopilación y las leyes posteriores, mereciendo la sanción real antes de ser publicada.

Este Código, consta de doce libros que á su vez se van subdividiendo en títulos y leyes, para su más fácil estudio y comprensión.

Los elementos que le integran, son los mismos que componen la Nueva Recopilación, toda vez que no viene á ser más que una reproducción de aquella, presentada bajo un plan más metódico, aunque poco científico, suprimiendo algunas leyes y añadiendo otras publicadas posteriormente á la última edición de la misma.

Respecto á Derecho Civil, se ocupa de censos é hipotecas, y de los derechos de obligación y de familia, en donde con respecto al matrimonio se admite como ley la reforma Tridentina, ocupándose también de las sucesiones, en las que se restablece el antiguo testamento privilegiado de los militares por razón del fuero.

En cuanto al Derecho Público, es casi todo reproducción del Derecho anterior, con ligeras modificaciones y con gran amplitud tratadas todas las materias, presentándose la novedad de la Ley Sálica para la sucesión de la corona, llamando sólo á los varones á ocupar el trono de España, cuyo fin era excluir para siempre en dicha sucesión á la Casa de Austria, y cuya Ley Sálica, se intentó derogar por Carlos IV, no lográndose esto hasta después en tiempo de Fernando VII.

En cuanto al Derecho mercantil, se crea una junta general de co-

mercio, así como consulados terrestres y marítimos, y con la creación del Banco nacional de San Carlos, se establecen las obligaciones de comerciantes y corredores, y se fijan las reglas para aceptar y pagar las letras de cambio.

De Derecho penal, nada nuevo se hace en la Novísima Recopilación, pues que solo se reproduce íntegramente en ella el cuadro de los delitos y penas del Código anterior.

Ya en Derecho procesal se modifica algo la pasada legislación organizándose el poder judicial, y dándose reglas para el procedimiento, distinguiéndose en el Civil, el ordinario del ejecutivo, y uniformándose en todo el reino, el procedimiento criminal.

Por último, el Derecho eclesiástico es también asunto de este Código, ocupándose particularmente del Derecho de asilo, y forma de su ejercicio, de los tribunales eclesiásticos, y capellanías y patronatos, todo con arreglo al Concordato celebrado entre Fernando VI y Benedicto XIV.

La autoridad ó fuerza legal de este Código, es superior á la de todos los anteriores, pues que, según la Real Cédula de 15 de Julio de 1805, no se debían anteponer á sus leyes, más que las publicadas con posterioridad á la promulgación del mismo, de las que, se irían haciendo suplementos anuales que incorporados en posteriores ediciones á la Novísima, formarían parte integrante de la misma.

La Novísima Recopilación, no es un verdadero Código de carácter civil, mercantil, procesal, político, penal ni religioso, y sin embargo se ocupa de todas estas materias y de algunas más, y tiene pretensiones de haber realizado la necesidad de codificación que en aquella época se dejaba sentir, y á la que ayudaban valiosísimos elementos por el movimiento filosófico en todas partes desarrollado.

No ha sido muy lisonjero el juicio que esta compilación legal ha merecido á los tratadistas de Derecho, pues que, según todos ellos, no sirvió para otra cosa que para aumentar el caos legislativo que antes existía, como lo prueba el precepto del mismo, dejando subsistente la prelación de los códigos anteriores.

Los principios que dominan en esta colección, son los mismos que los de la anterior, toda vez que el objeto del legislador no fué otro que el de prescindir de las disposiciones inútiles ó caídas en desuso de la Nueva Recopilación, y formar con las restantes y posteriores la que se llamó la Novísima Recopilación de las leyes de España.

La fuerza y autoridad de ésta, ha sido hasta hace poco, por regla general, de obligatoria observancia para todos, salvo algunas disposiciones que sucesivamente se fueron derogando por otras posteriores.

Las Cortes, como poder legislativo en este período histórico, van perdiendo en prestigio y autoridad, cuanto va ganando la corona, hasta llegar á ser solo un mero recuerdo de lo que habían sido en las épocas anteriores.

Las Cortes de Castilla que tanta importancia tuvieron antes, la pierden por completo desde el advenimiento al trono de Felipe V, que casi en absoluto prescinde de ellas, y desde entonces solo se convocaron

para la coronación de los reyes, y reconocimiento del inmediato sucesor á la corona.

Las de Aragón y de Valencia, al venir á reinar en España la Casa de Borbón, pierden por completo todos sus antiguos prestigios, pues que, como estas regiones apoyaron la causa austriaca en contra de Felipe V, al ser éste vencedor, les quitó sus fueros y franquicias, y de allí en adelante los representantes en Cortes que nombraban lo eran con arreglo á la legislación de Castilla y para asistir á las Cortes de este reino.

Igual suerte, y por idénticas razones, cupo á las Cortes de Cataluña, pues que este principado fué enemigo declarado del primer Borbón, el que inauguró su vencimiento en la lucha guerrera, aboliendo sus Cortes y fueros en todo lo relativo á la parte política de los mismos.

De muy distinta manera se condujo Navarra, por lo que, siendo obediente á Castilla desde su incorporación á este reino en tiempo de D. Fernando el Católico, sus fueros y privilegios no les fueron cercenados nunca, y sus Cortes han venido celebrándose hasta principios del siglo XIX, presididas por el virrey.

El Consejo Real y la Cámara de Castilla, como instituciones administrativas, fueron objeto de resoluciones por parte de los primeros reyes de la Casa de Borbón en España, aumentándose el número de consejeros hasta el de veinticuatro, y creándose otros auxiliares para el pronto despacho de los negocios, y en cuanto á la Cámara, fué suprimida por Felipe V, restableciéndola después.

Las Audiencias y Chancillerías, como instituciones judiciales, siguieron viviendo con grandes prestigios durante este tiempo, y aumentándose su personal, hasta que en la época de Carlos IV, se organizaron bajo la forma y condiciones que determina la novísima Recopilación.

Las Universidades y la enseñanza del Derecho, merecieron también que aquellos monarcas se fijaran en éllas, y desde 1713, en que Felipe V empezó las reformas de enseñanza jurídica, hasta 1770 en que se hizo absolutamente preciso el estudio del Derecho patrio, se fueron dictando disposiciones á este fin, coronadas por las que disponían, en 1802, la creación de cátedras, cuya misión directa fué la enseñanza de nuestro Derecho, según disponían las recopilaciones y leyes españolas.

Son jurisconsultos notables de este período histórico, el marqués de la Ensenada, Macanaz, Campomanes, Lardizabal, Jovellanos y el conde de Floridablanca, que con sus trabajos jurídicos, no sólo sembraban los gérmenes de las posteriores reformas, sino que lograron que ganase en estima el derecho nacional y se marcara gran interés por su particular estudio.

El espíritu que domina en la jurisprudencia por este tiempo, es eminentemente práctico, y todo él tendía, no sólo á la necesaria reforma de nuestra legislación, sino también á que fuera realizándose la idea de codificación verdadera, hacía tiempo sentida, para facilitar de este modo la solución de las cuestiones que se ventilaran ante los Consejos y Tribunales.

Crítica.—El estado de la legislación española durante la dominación

borbónica en nuestra patria, en la edad moderna, merece un juicio especial, toda vez que si hubo tendencias de formar un Código general y metódico que pusiera fin al desorden que en la misma dominaba, todo se redujo á publicar ediciones de la nueva Recopilación y á promulgar la novísima, publicándose también pragmáticas y disposiciones especiales sobre determinados asuntos.

El Código de la novísima Recopilación, merece crítica imparcial, pues que ha sido objeto de graves y quizás demasiado severas censuras, toda vez que abandonado el sistema de la pasada Recopilación, con el cual no se hubiera hecho más que aumentar el desorden de nuestras leyes, se vé en éllas la aspiración á refundirlas en una obra única, y esto ya es de celebrar y merece se la califique como lo hace un escritor ilustre, llamándola tesoro de la jurisprudencia nacional y rico monumento de la legislación española.

También son dignos de no pocos elogios los trabajos de los jurisconsultos españoles de esta época, pues que sólo á sus esfuerzos é incesante batallar, se debió el que se modificara algo nuestra confusa legislación, y se dejase vislumbrar el día en que ésta había de entrar por el camino de su gran desarrollo, progresivo adelanto y posible codificación.

LECCIÓN 80.

EDAD CONTEMPORÁNEA.

Historia externa.

PRINCIPIO DEL REINADO DE FERNANDO VII HASTA EL FIN DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Extensión de la Edad contemporánea.—Su carácter general.—Épocas, períodos y subperíodos que comprende.—Examen de la primera época.—Reinado de Fernando VII.—Su proclamación.—Los franceses en Madrid.—Negativa de Napoleón á reconocer á Fernando VII. —Fernando en la Corte y sus primeros actos.—La Junta suprema.—La familia real en Bayona.—Resístese Fernando á renunciar la corona.—Disgusto de los españoles contra los franceses.—El 2 de Mayo.—Abdicación de los reyes.—El Rey intruso y la guerra de la independencia.—Alzamientos.—Asturias.—Regiones que le siguen.—El Alcalde de Móstoles. Levantamiento general.—Los afrancesados.—La Junta de Madrid.—La Junta de Bayona.—Iníciase la idea constitucional para el Gobierno de España.—Ministerio del llamado José I. —La guerra de Cataluña.—Primer sitio de Gerona.—La guerra en Castilla y en Aragón.—Bonaparte en Madrid.—La guerra en Andalucía.—Batalla de Bailén.—Bonaparte en el Norte.—Primer sitio de Zaragoza.—Sitio de Gerona.—La guerra en Portugal.—Capitulación de Cintra.—La Junta suprema central.—Napoleón en España.—Napoleón en Madrid.—Sus disposiciones.—Napoleón y los ejércitos francés y español.—Marcha Napoleón á Francia. —Segundo sitio de Zaragoza.—Decretos del Rey intruso.—Los guerrilleros.—Heróica defensa de Gerona.—El granadino Álvarez de Castro.—Derrota de Ocaña.—Nuevo ejército francés.—Andalucía, invadida por el Rey intruso.—Consejo supremo de regencia.—Cortes de 1810.—Sucesos posteriores.—Cortes de 1811.—Retirada de los franceses.—Hechos de la guerra.—Campaña de 1812.—Los aliados.—Victoria de Arapiles.—La isla de León.—Primera manifestación del Derecho constitucional en España.—Vuelve el Rey intruso á Madrid.—Campaña de 1813.—Batallas de Vitoria y San Marcial.—Término de la guerra de la independencia.—Tratado con Fernando VII.—Los aliados en Francia.—Caída de Napoleón. —Definitiva expulsión de los franceses de España, y fin de la guerra de la independencia.= *Crítica.*—Juicio acerca de la triste situación por que atravesaba España al subir al trono Fernando VII.—El heroismo español y el 2 de Mayo.—Nunca podrá aparecer como rey legítimo de España José I.—Juicio acerca de la conducta de Napoleón para con España.

La edad contemporánea de la Historia de España, comprende en extensión el espacio de tiempo que media desde la proclamación de Fernando VII y guerra de la independencia, (Marzo de 1808), hasta nuestros días.

El carácter general que distingue á esta edad, es el espíritu eminentemente revolucionario y de transición que la informa, las reformas

sociales que se desenvuelven en la misma, y el gran desarrollo que en ella adquieren las ciencias, las letras y las artes.

Esta edad, se divide en cinco épocas, con los nombres de continuación de la casa de Borbón, el interregno, la casa de Saboya, la República y la Restauración Borbónica; dividiéndose también cada una de ellas en períodos y subperíodos, de los que nos ocuparemos detalladamente.

La primera época, se divide en dos períodos comprensivos del reinado de Fernando VII, y el de D.ª Isabel II, abarcando el espacio de tiempo que media entre 1808 á 1868.

El período primero de esta época, que se ocupa del reinado de Fernando VII y que comprende desde 1808 hasta 1833, se subdivide en cinco subperíodos especiales, ocupándose el primero del principio del reinado de Fernando VII, titulándose al segundo el rey intruso y la guerra de la independencia, llamándose al tercero primera época del absolutismo, apellidándose el cuarto período constitucional, y recibiendo el quinto la denominación de segunda época del absolutismo.

La proclamación del rey Fernando VII en España, como consecuencia de la abdicación en él de la corona por Carlos IV en 17 de Marzo de 1808, se caracterizó por el entusiasmo con que dicho acto fué recibido por el pueblo, y por el odio generalmente demostrado al favorito Godoy y á sus parciales. El retrato de este fué quemado así como alguna de sus posesiones, mientras que el nuevo rey, siguiendo al parecer derroteros distintos á los de su padre, confiscaba todos los bienes al privado, alzando el destierro á los perseguidos por él, y encomendaba los Ministerios á las personas más señaladas entre sus leales partidarios.

Coincide con la proclamación del rey y con los trasportes de alegría de sus súbditos, la entrada en Madrid de 25.000 franceses al mando de Murat, así como la acogida afectuosa que se les hizo, y la pública manifestación de agasajo por medio del periódico oficial, que daba esta noticia, fundándose en la estrecha amistad que unía á Francia y á España.

También contrastó notablemente con la alegría del pueblo de Madrid al entrar Fernando en la Corte, la negativa de Napoleón y en su nombre Murat, á reconocerle como rey de España, escudándose en que violentamente se había arrancado á Carlos IV la abdicación de la corona, aparentando estar dispuesto á restablecer á aquel en el Trono, y dándose el vergonzoso espectáculo en la Corte de España, de que estuviesen maniobrando las tropas francesas en medio de la carrera que había de seguir D. Fernando á su entrada en Madrid.

Ya en la Corte éste, sus primeros actos fueron de irresoluta decisión, y á las indicaciones del general francés para que con el Infante D. Carlos fuese á Bayona para ver al Emparador y celebrar con él una conferencia, de la que resultaría su reconocimiento por aquél, como rey de España, accedió al fin, marchando donde le indicaba el enviado de Napoleón, dispuesto á congraciarse con él, y á demostrarle que sus sentimientos de amistad para con el César francés, eran iguales á los del rey su padre.

Pero antes de marchar, nombró una Junta suprema que gobernara

el reino durante su ausencia, y que la componía el infante D. Antonio como presidente, y sus ministros, saliendo despues de Madrid para Francia, el 10 de Abril de 1808.

Llegó en unión de sus consejeros á Bayona á los diez días, y allí encontró al Emperador en aquélla población y á la familia real española, sin que el desgraciado monarca acabase de presumir cuales eran las redes que se le tendían, ni que apesar de las peripecias del viaje y de la extraña carta que en él recibió de Napoleón, pudiera comprender que caminaba ciegamente á entregarse él y los suyos, como prisioneros de éste.

Y siguió el engaño durante la primera entrevista, al parecer afectuosa, entre ambos monarcas, hasta que, arrojada la máscara por el emperador, mandó un emisario á Fernando VII, exigiéndole obligadamente que renunciase la corona, haciéndole saber, que los Borbones habian dejado de reinar en España, lo que fué rechazado por aquél, quedando entonces rotas entre ambos todas las negociaciones, para comenzarlas Napoleón con el insensato Carlos IV, á quién creía más fácil de someter, para que fuese ciego instrumento de sus planes.

Entre tanto, iba creciendo de modo alarmante el disgusto de los españoles contra los franceses, que en su satánico orgullo, continuamente estaban haciendo en Madrid alardes de poder, siendo frecuentes los altercados en la Corte, entre unos y otros, y subiendo de punto la santa indignación de los españoles, cuando supieron que también marchaban á Bayona los dos vastagos que quedaban en Madrid de la familia real.

Entonces tuvo lugar el glorioso alzamiento del dos de Mayo, provocado por el grito de una anciana al ver que salían para Francia los Infantes, y se desarrollaron en la Corte aquéllas escenas de épica grandeza que inmortalizaron los nombres de los jefes de artillería Daoiz y Velarde, y del teniente Ruiz, de infantería, que á la cabeza del pueblo murieron peleando en defensa de su independencia, contra crecidísimo número de franceses, excitando las iras del general Murat, que después de ametrallarlos en las calles, fué apresando multitud de indefensos españoles, que inmediatamente eran fusilados sin formación de proceso.

Ya no hubo impedimentos para la traslación de la familia real á Bayona, auxiliando los planes de Napoleón la falaz conducta de Carlos IV, que desde el Escorial donde protestó solemnemente de su abdicación, se trasladó á Francia, recibiéndole allí con regios honores el Emperador, y desarrollándose vergonzosas escenas entre la familia real española, más agriadas aún, al tenerse noticia del glorioso alzamiento de Madrid, que concluyeron por la renuncia de D. Fernando á la corona de España, y la abdicación de padre é hijo en Napoleón.

Así termina por entonces, la dinastía Borbónica en nuestra nación, y al ser nombrado por el Emperador su hermano mayor José Bonaparte, como rey de España, (que entonces ocupaba el trono de Nápoles) aceptó éste aunque á disgusto; y siendo reconocido en Bayona como tal monarca, el 7 de Junio por unos cuantos españoles incalificables, se

dispuso para venir á tomar posesión de esa corona, que contra toda ley y todo derecho iba á ceñir sobre sus sienes, preparando con su presencia la verdadera lucha por la independencia de toda la nación, que siempre le consideró como rey intruso, no figurando nunca en el catálogo de nuestros reyes.

Bien pronto trocóse en España la confianza y el entusiasmo, que por un sólo instante despertara Napoleón, creyéndosele el hombre destinado para arreglar nuestros asuntos, y las diferencias de la familia real, por noble y hermosa indignación, como consecuencia del disgusto y el enojo que produjera la conducta de los franceses, y las luctuosas escenas del dos de Mayo; así como al conocerse las torpes renuncias á la corona, y pérfidos hechos de Bayona, lanzóse por toda la nación un grito general de indignación y de guerra contra el francés, que se tradujo inmediatamente por alzamientos de todas las provincias, en contra del invasor.

Asturias, que había sido con Pelayo, la cuna de la Reconquista en contra de los árabes, fué la primera en secundar el grito de guerra lanzado contra el extranjero, siendo allí los apóstoles de aquella idea de redención y libertad, el marqués de Santa Cruz del Marcenado y el entusiasta canónigo Llano y Persi.

Este hermoso ejemplo le siguen inmediatamente varias regiones españolas; y León, Galicia, Extremadura, Valencia, Aragón, Cataluña, las Baleares y Andalucía, secundaron enseguida el alzamiento, nombrándose juntas de gobierno en cada una de ellas, y ofreciéndose dignos rasgos de ardoroso entusiasmo en todas partes, de que son muestra el batallón literario de Santiago y el ejército particular que por sí formó Granada, al mando de D. Teodoro Reding.

El grito de alarma en esta sublime defensa de toda una nación, en contra de la gente extraña que la invadía y la deshonraba con sus actos de vandálica fiereza, fué dado por un obscuro aldeano, el alcalde de Móstoles, que dirigiéndose á todas las provincias, haciéndoles ver que la patria estaba en peligro, provocó la indignación general, y fué el alma de la sublime idea de independencia desarrollada en toda la nación.

El levantamiento se hizo general en poco tiempo, y el alzamiento tuvo un carácter de hermosa unanimidad, nacida al calor del sentimiento que á todos animaba; y entrando en él todas las clases sociales, pues que todos, lo mismo el sacerdote que el labriego, el noble que el plebeyo, el militar que el pacífico habitante de la ciudad, todos estaban conformes al ver ultrajado el vivo amor á la religión, á la patria y á la monarquía, ardiendo todos en el generoso propósito de recobrar la perdida independencia.

Sin embargo, hubo algunos que de buena ó mala fe, no secundaron el movimiento contra el invasor, ya creyendo que íbamos á ser impotentes para resistir la avalancha de aquel ejército, ó por que, educados en nuevas ideas, pensaron sin malicia alguna, que dado el estado en que se encontraba la nación, aquella invasión extranjera pudiera ser por vía de intervención, de provechosos resultados para España. Estos recibieron el significativo nombre de afrancesados, y muchos de ellos

pagaron con su vida la demostración de tales opiniones, pereciendo á manos del pueblo embravecido, que les sacrificó ante el altar de la patria.

Conforme con aquellas ideas y discorde con tan noble actitud, se hallaba la Junta de Madrid, que, tímida, irresoluta, cobarde y servil pretendía sofocar aquel público sentimiento de indignación; que ante los horrores de una guerra civil publicaba vergonzosas proclamas, que tendían á facilitar el triunfo del invasor, creyendo que de este modo terminarían las diferencias entre Carlos IV y su hijo Fernando, y que al fin éste ocuparía tranquilamente el trono de España.

Entre tanto, en Bayona muchos indignos españoles de los más afrancesados de la nación, se reunían allí bajo la presidencia de D. Miguel José de Azanza para celebrar un simulacro de Cortes, convocadas de orden de Napoleón, y que la historia solo conoce con el nombre de Junta de Bayona.

Pero en aquella parodia de asamblea se inició por vez primera para el gobierno de nuestra nación, la idea constitucional, redactándose por aquellos desleales hijos de España, un proyecto de carta constitucional, que nunca llegó á observarse, pero dándose el vergonzoso ejemplo de que el pretendido rey José jurase la observancia del nuevo Código ante el arzobispo de Burgos, cuya conducta siguieron con humillación todos los miembros de la legítima familia real española, que había sido destronada por el emperador, al que felicitaban cordialmente, por colocar en este trono á su hermano José Bonaparte.

El rey intruso, una vez jurado rey de España, eligió como sus ministros, á Urquijo, Ceballos, Azanza, el conde de Cabarrús y otros afrancesados, saliendo para Madrid á tomar posesión del trono, que graciosamente le había concedido su hermano.

Mientras tanto, la guerra de la independencia había comenzado en España, empezando en Cataluña, donde al amparo de sus fragosos riscos, habían de comenzar á caer abatidas las águilas francesas. Y allí, en el paso del Bruch, sufrieron los invasores el primer descalabro, perdiendo su bandera, que gloriosamente le arrebataron los paisanos reunidos al toque de somatén, teniendo que refugiarse precipitadamente en Barcelona el general francés Schwartz, que mandaba la expedición.

Irritado el francés con este descalabro, continuó la campaña en aquella región, y siendo nuevamente vencidos en el Bruch, y vencedores en Mataró, cometieron mil horrores y atropellos, dirigiéndose á sitiar por vez primera á Gerona, cuyos habitantes se defendieron heróicamente, rechazando á los sitiadores, que al fin tuvieron que levantar el cerco de la ciudad sitiada.

Bien pronto la guerra se extendió por Castilla y Aragón, y después de mil peripecias prósperas y adversas, los franceses entraron en Valladolid, siendo afortunados también en Aragón, y dándose la desgraciada batalla de Rioseco, donde á pesar de los talentos militares del general Blake, fuimos vencidos por las tropas que mandaba el general Bessieres.

La victoria de Rioseco, llenó de júbilo á los imperiales, que la consideraron como el triunfo que colocaba en el trono de España, al mal

llamado José I, el que desde Burgos donde se encontraba, se dirigió á Madrid, donde entró el 2 de Julio de 1808, siendo recibido en medio de sepulcral silencio y de la actitud hostil de todos sus habitantes.

El general Dupont, uno de los más esclarecidos mariscales del imperio, fué elegido para dirigir la guerra de Andalucía. Atravesó la Mancha y Sierra Morena, encontró resistencia en el puente de Alcolea, llegó á Córdoba y Jaen, donde cometió grandes horrores, y fueron tales las crueles represalias del paisanaje, que el general francés, no creyéndose seguro, emprendió la retirada.

Aguardó los socorros que esperaba, y reunidos todos en Andújar, con un ejército respetable, se encontraron cerca de Bailén con las tropas españolas que mandaba el general Castaños, donde éste derrotó y envolvió á los franceses en aquella memorable batalla, obligándoles á capitular y á rendirse á discreción el 22 de Julio, coronándose tan hermoso triunfo con copar y hacer prisionero un ejército de 17.000 hombres.

Inmediamente se dejaron sentir los efectos de esta victoria (por la que se concedió á Castaños el título de duque de Bailén), pues que Bonaparte, no creyéndose seguro en Madrid, se retiró al Norte llevándose las alhajas y los tesoros de los sitios reales, y estableciendo su cuartel general en Miranda de Ebro, no sin que antes saquearan é incendiaran todos los pueblos por donde pasaban.

Mientras esto ocurría, los franceses, al mando del general Lefevre, sitiaban á Zaragoza, que resistiendo con empeño aquel primer ensayo de las tropas enemigas, y después de jurar solemnemente ante la Virgen del Pilar defenderse hasta morir, dieron la célebre batalla de las Eras, en que los franceses fueron derrotados, volviendo nuevamente contra la ciudad, que se defendió con grande entusiasmo, siendo cada habitante un héroe entonces y cuantas veces se vieron atacados, teniendo los franceses que abandonar el cerco, ante la entereza del general Palafox y de todos los zaragozanos, entre los que ganó inmortal renombre la esclarecida heroina Agustina de Aragón.

En Cataluña se representaban por entonces iguales escenas, sitiándose nuevamente á Gerona, que segunda vez resistió heróicamente el ataque, logrando desordenar á los sitiadores, que viendo imposible realizar sus planes, ordenaron la retirada del ejército, en la que perdieron multitud de hombres, víveres y enseres de guerra.

En Portugal, igualmente había estallado la lucha, y allí tampoco era favorable la suerte á los franceses, pues que los del país, auxiliados por el refuerzo inglés, al mando de lord Wellington, lograron que aquellos desalojaran á Ebora, y les vencieran en el combate de Torres-Vedras, derrotando completamente á Junot, que se vió obligado á capitular en condiciones desventajosas para él.

Y entonces se firmó la famosa capitulación de Cintra, á virtud de la cual el ejército francés tuvo que evacuar á Portugal, siendo transportado á Francia por la marina británica, y quedando por este convenio libre de franceses el reino lusitano y disueltas todas las Juntas, restablecióse la regencia.

La salida de Napoleón de Madrid, hizo que se nombrara una Junta suprema central, como Gobierno que diese unidad al movimiento nacional contra el invasor, instalándose ésta en Aranjuez, en la que descollaban Floridablanca y Jovellanos, siendo secretario de la misma el ardiente poeta D. Manuel José Quintana, y no correspondiendo esta Junta, que se atribuyó la soberanía, á las esperanzas que había hecho concebir al formarse.

Los pasados sucesos decidieron á Napoleón á dirigir por sí mismo las operaciones en España, y reuniendo un ejército de las tropas experimentadas por sus triunfos en toda Europa, se puso al frente de él, y atravesando el Bidasoa llegó á Vitoria, comenzando una serie de combates parciales en Burgos, Tudela y otros puntos, que dada la inmensidad del número del ejército francés y la pequeñez del nuestro, que se defendía de la invasión, dió por resultado, el que fuésemos siempre vencidos en éstos primeros encuentros, siguiendo al vencimiento la devastación y las más atroces crueldades.

Entonces Napoleón decidió marchar sobre Madrid, no sin que antes repartiera su gente, al mando de expertos generales, por toda la nación, viendo fácil el camino hacia la Corte, una vez vencidos los españoles en Somosierra, y retirada de Aranjuez la Junta central, logrando que capitulara la capital de España, después de heróica resistencia.

Instalado Napoleón en Chamartín, comenzó á dar disposiciones como soberano, sin contar para nada con su hermano José, ni tener en cuenta la capitulación que acababa de firmar. Y al efecto, abolió la inquisición, redujo los conventos, destituyó á los individuos del Consejo de Castilla, etc., y entre tanto reinaba la anarquía en todos los pueblos, aunque no decaía el entusiasmo patrio, cada vez más alentado por la Junta suprema central ya establecida en Sevilla.

Los ejércitos inglés y español unidos, mandados por el marqués de la Romana, en número de unos 25.000 hombres, atreviéronse á tomar la ofensiva, y el emperador, con 600.000 de los suyos, les persiguió, acercándose á éllos en el Guadarrama; y entonces, ante el temor á tan crecido número de combatientes, se retiraron unos y otros, embarcándose los ingleses en la Coruña y refugiándose los españoles en Portugal.

Y cuando todos creían que Napoleón iba á continuar su carrera de triunfos por España, se le vió abandonar esta nación y marchar á Francia, imponiendo terribles castigos á su paso, especialmente en Valladolid, por la muerte de algunos franceses. Este hecho, que se consideró como un inesperado triunfo nuestro, nos llenó de júbilo, no sabiendo que Napoleón tomaba esta determinación por las noticias alarmantes que había recibido del Norte de Europa, donde Austria, viendo desguarnecida á Alemania de las tropas francesas, se disponía nuevamente á la guerra.

Entretanto continuaba ésta en España, y en Uclés se dió una batalla en que fuimos completamente derrotados, volviendo José Bonaparte á Madrid, disponiendo que sus tropas pusiesen segundo sitio á Zaragoza, la que, y á pesar de la epidemia que diezmaba sus habitantes, se resis-

tió con esforzado empeño, al mando de Palafox, sobresaliendo por su bizarría Manuela Sancho, hasta que, enfermo el general, una Junta que le sustituyó trató de capitular con los franceses, lo que al fin logró con condiciones honrosas, que no fueron cumplidas por los invasores, pues cuando entraron en la ciudad, cuya mitad de sus habitantes había muerto, se entregaron al pillaje y al saqueo, y cometieron los más denigrantes excesos.

Este suceso alentó al rey intruso, que se dedicó á promulgar decretos, con los que se captó todavía más el profundio odio de los españoles, como la supresión de las órdenes militares y la incautación de la plata de las iglesias. En cambio, la Junta de Sevilla contaba con la adhesión de toda España y de las provincias de América y Oceanía, que le mandaban sus recursos; mas á pesar de todo, la fortuna nos siguió siendo adversa en los combates parciales que sostuvimos con los franceses.

Pensóse entonces en imitar en toda España la conducta de Cataluña, y se organizó el sistema de guerrillas por partidas sueltas, en que tanta fama alcanzaron el Empecinado, Mina, el presbítero granadino Merino, y el Alcalde de Olívar, y que distrayendo los ejércitos franceses, prepararon nuestros triunfos en Portugal y en Galicia, coronados todos por la hermosa batalla de Talavera de la Reina, en que logramos una completa victoria.

Viene después la heróica defensa de la ciudad de Gerona, que á pesar del gran número de enemigos que la sitiaba, se defendió con desesperada resistencia, y ni el bloqueo que sustituyó al asedio les hizo ceder en su heroismo, hasta que casi moribundo su heroico gobernador, y sustituyéndole una Junta de defensa, tuvo que capitular con honrosísimas condiciones, saliendo de la ciudad la mermada guarnición con todos los honores de la guerra, y respetándose la vida de todos sus habitantes.

El héroe de esta hermosa jornada, fué el granadino D. Mariano Alvarez de Castro, que á no enfermar gravemente hubiera emulado en Gerona las heróicas hazañas de Sagunto y de Numancia, y que al entrar los franceses en la ciudad faltando á la capitulación, le asesinaron villanamente en un calabozo.

A fines de 1809, y por entusiasta acuerdo de la Junta Central, que quería á todo trance recobrar á Madrid, se puso en armas un cuerpo de ejército, que encontrándose en Ocaña con el francés, muy superior en número, nos hicieron experimentar una gran derrota que envaneció á Bonaparte y le hizo entrar ostentosamente en la Corte.

Ya en 1810, Napoleón, que había vencido á los austriacos en Wagrán, envió á España un nuevo ejército de más de cien mil hombres, anunciando que pronto vendría á la península á ponerse al frente de los suyos.

Y Andalucía toda es invadida por el rey intruso, que sin dificultad atravesó Sierra Morena, penetrando sin obstáculos en Jaén, Córdoba, Granada y Sevilla, de donde tuvo que huir la Junta Central para refugiarse en la Isla de León.

Allí renunció ésta, nombrándose una regencia de cinco individuos,

acordando varias medidas de defensa mientras seguía la guerra por toda España lo mismo que en Portugal, siendo notable por entonces la heróica resistencia de la plaza de Ciudad Rodrigo, que la defendió con empeño el valiente granadino, D. Andrés Pérez de Herrasti.

El 24 de Septiembre de 1810, se verificó la solemne apertura de las Cortes generales y extraordinarias en la Isla de León, en la que se distinguieron Muñoz Torrero, D. Agustín Argüelles y D. Juan Nicasio Gallego, aceptándose la dimisión á la antigua regencia y nombrándose otra presidida por el general D. Joaquín Blake, votándose en las primeras sesiones la libertad de imprenta, y nombrándose una comisión para que preparara el proyecto de una constitución española.

Posteriormente ocurren otros sucesos al continuar la guerra, tomando los franceses á Badajoz y dándose las batallas de Fuentes de Oñoro y de Albuera, en que quedaron vencidos los imperiales, verificándose el sitio de Tarragona, que al fin es tomado por estos, y yendo Bonaparte á París á conferenciar con su hermano, volviendo á España y sitiándose á Murviedro (hoy Sagunto), que después de heróica defensa tuvo que capitular.

En 1811, continuaron funcionando las Cortes trasladadas á Cádiz, donde por primera vez se presentó un presupuesto de gastos de la Nación, que ofrecía un cuadro desconsolador del estado de nuestra hacienda, y dónde se dió un golpe de gracia á los restos que quedaban del antiguo feudalismo, presentándose reformas en sentido más amplio y liberal, y leyéndose el proyecto de Constitución española, precedido de un erudito discurso de D. Agustín Argüelles.

Acometidos entre tanto los franceses, por ingleses y españoles, no pudieron sostenerse por más tiempo, y perseguidos por Wellington, se retiraron al fin muchos de ellos, traspasando la frontera, después de seis meses de padecimientos y de perder treinta mil hombres.

Los hechos de la guerra, se señalan entonces por los triunfos de Wellington y las victorias de Chiclana y otras, que dan aliento grande á los españoles, y les hacen seguir las operaciones con gran esfuerzo.

La campaña de 1812, se inicia con la toma de Valencia por los franceses y su entrada en Murcia, y por la defensa heróica que se hizo de varias ciudades y pueblos, entre ellos Tarifa, así como por las correrías que por toda España hacían los guerrilleros, entreteniendo con su especial modo de combate á las fuerzas enemigas.

Al mismo tiempo, el general Castaños se unió con los aliados anglolusitanos, logrando triunfos en Extremadura, en Cataluña, Valencia y Andalucía, y siendo de todas las victorias por nuestra parte, la más notable, la toma de Ciudad Rodrigo por el duque de Wellington, (que como recompensa obtuvo de las Cortes el título de duque de la ciudad tomada), dirigiéndose después á Badajoz, que también la rindió después de un furioso asalto.

Luego el duque de Wellington, que había sido nombrado generalísimo del ejército, adelantó hacia la parte de Salamanca, y en los campos de Arapiles se encontró con los franceses en igual número que los suyos, derrotándolos completamente, lo que facilitó el que bién pron-

to entrasen los aliados en Madrid, entre entusiastas aclamaciones de júbilo.

Entre tanto, en la isla de León seguía la discusión del proyecto de carta constitucional, presentado á la asamblea, y después de empeñadas discusiones en que se vislumbraban ya dos tendencias opuestas, fué al fin votado este código, que había de ser en adelante la enseña de los reformistas y liberales, y por cuya defensa se habían de realizar más tarde, tantas revoluciones en nuestra patria.

Este código, que aparece en España como la primera verdadera manifestación del derecho constitucional, empezó á discutirse en Agosto de 1811, y se terminó en Marzo de 1812, proclamándose en él la soberanía nacional, la religión católica como la única del Estado y los derechos de los españoles, con algunos principios especiales, que todos eran copia de las ideas que en esta materia regían á la nación que tanto se odiaba entonces, y que sin embargo desde el derecho político, hasta los usos, modas y costumbres, desgraciadamente nos está sirviendo de modelo.

El rey intruso, que con el ejército del centro se dirigía hacia las riberas del Tormes, en cuanto tuvo noticia del desastre de Arapiles, retrocedió violentamente y se volvió á la corte, que bién pronto abandonó, dejando en el Retiro una guarnición de 2000 hombres, que á poco fué hecha prisionera por los aliados, mientras que públicamente se juraba la nueva Constitución. Bonaparte volvió otra vez á Madrid, donde sólo estuvo cinco días, saliendo después en busca de los aliados creyendo seguro su triunfo, y sin saber que mientras tanto su hermano el emperador, había sido vencido en Rusia, volviendo precipitadamente á París al terminar el año 1812.

Se inicia la campaña de 1813, dividiéndose los aliados en varios cuerpos de ejército, en tanto que Bonaparte se había establecido en Valladolid, retirándose después á Burgos en su afán de proteger las provincias del Ebro, que quería agregar á Francia. Pero el rápido avance de las tropas de Wellington hicieron que se encaminara Bonaparte hacia Vitoria, verdaderamente perseguido por el ejército de los aliados.

Y entonces diéronse las célebres batallas de Vitoria y S. Marcial, verdaderamente las últimas decisivas de la guerra de la independencia, en que fueron completamente vencidos los franceses, mientras que estos eran también derrotados en Cataluña, Aragón y Valencia, y se rendían S. Sebastián y Pamplona.

Estos sucesos pusieron verdaderamente término á la guerra de la independencia, pues que el emperador, culpando á los desaciertos de su hermano y del general en jefe estos descalabros, dió orden de que el rey intruso regresase á Francia, coincidiendo estos sucesos con ir terminando el poderío del César francés en la batalla de Leipzig, todo lo cual dió alientos al ejército de los aliados, que por el Norte se dirigía á Francia, resuelto á avanzar hasta París.

Y llega el momento en que comprende Napoleón que le es enojosa la guerra de España, y queriendo tener en Fernando VII un aliado,

celebró con él un tratado, que el legítimo rey de España aceptó si lo ratificaba la regencia, por el que se les devolvía la corona que violentamente le arrebatara, y pagándose á los reyes padres una pensión. La regencia y las cortes de nuestra nación no ratificaron el tratado, y no reconocían nuevamente á D. Fernando como rey mientras no jurase la Constitución, fundándose en ser nulos todos los actos realizados por aquél durante su cautiverio.

Los aliados llevaron la guerra á Francia, atacaron á Bayona y se dirigieron á Burdeos, donde llegaron á entrar á los gritos entusiastas de «Viva el Rey.»

Mientras se desarrollaban estos sucesos, Napoleón realizaba su última campaña, siendo vencido por Alejandro de Rusia, que obligó á capitular á París, decretando el Senado la deposición de Bonaparte, que al fin abdica y recibe un asilo en la pequeña isla de Elba, proclamando poco después los suyos como rey á Luis XVIII.

Con estos sucesos, las pocas tropas francesas que aún quedaban en España tuvieron que evacuar las contadas plazas que conservaban y marchar á su país, siendo definitivamente expulsados los invasores de España y terminando al fin la guerra de la Independencia, después de seis años de heróica lucha por nuestra parte y mientras el rey Fernando VII entraba por Figueras en territorio español, entre las demostraciones del más delirante entusiasmo.

Crítica.=La triste situación por que atraviesa España al subir al trono Fernando VII, merece un juicio imparcial, teniendo en cuenta que vino á reinar en momentos difíciles y engañado, y que á tener otras condiciones nunca hubiera salido de Madrid para celebrar su entrevista con Napoleón, con lo que demostró muy poco tacto y se hizo esclavo del César francés.

El 2 de Mayo de 1808 es la página más brillante de nuestra historia, y demuestra el heroismo español, pues que al verse el pueblo abandonado de sus reyes y con el odio innato al invasor, sólo pensaron en defender sus patrias libertades, sin reparar en el crecido número de franceses que ya ocupaban la capital de España y otros puntos.

Nunca podrá aparecer el titulado José I como rey legítimo de España, pues que ciñó la corona contra la voluntad de toda la nación, fué nombrado rey de un modo violento y arbitrario, y estando prisionero el monarca legítimo de España, por lo que ni ha figurado ni figurará nunca en la cronología de nuestros reyes.

La conducta de Napoleón para con España solo merece acres censuras, pues que aprovechándose de las críticas circunstancias por que atravesaba nuestra nación, y de las disensiones de la familia real española, quiso encadenarnos á su carrera de triunfos, recibiendo aquí los primeros reveses de la que después fué su adversa fortuna, y siendo la guerra de la independencia, por decirlo así, el prólogo de su caída y del hundimiento de su prestigioso poder en Europa.

LECCIÓN 81.

CONTINUACIÓN DEL REINADO DE FERNANDO VII DURANTE EL PRIMER PERIODO DEL ABSOLUTISMO.

Sucesos ocurridos en España después de terminada la guerra de la independencia.—Regreso de Fernando VII.—Primera época del absolutismo.—El general Elío en Valencia y Martínez de la Rosa en Madrid.—Representación llamada de los persas.—Disolución de las Cortes.—Prisiones.—Manifiesto del Rey.—Medidas de rigor.—El Ministerio del Duque de San Carlos.—Se restablece el antiguo orden de cosas.—La camarilla.—Insurrecciones.—Espoz y Mina.—Renuncia de Carlos IV en el Congreso de Viena.—Triste estado de la Hacienda.—Muerte de doña Isabel y nuevas nupcias de D. Fernando.—La guerra en América y el ejército expedicionario en Andalucía.—La insurrección en Caracas, Buenos Aires, Chile y el Perú.—Creación de la orden americana de Isabel la Católica.—Bolivar representante de la independencia americana.—Guerra de América.—Espíritu revolucionario en el ejército.—Sucesos posteriores.—Toma de Montevideo por los portugueses.—Cesión de las Floridas al Gobierno de los Estados Unidos.—Muerte de los Reyes padres.—Matrimonio de Fernando VII con la princesa María Josefa Amalia de Sajonia.—La frac-masonería.—El ejército expedicionario de América.—Riego en las Cabezas de San Juan.—Consternación en la Corte.—Fernando jura la Constitución.—Primeros decretos revolucionarios.—Triunfo del partido liberal y principio del período constitucional.=*Crítica.*—¿Pudo tener disculpa la implantación del régimen absoluto de España, después de la guerra de la independencia?—Juicio acerca del principio de independencia de nuestras posesiones americanas.—Los masones y su influencia en los posteriores destinos de España.—El ejército y la libertad de la patria.—Crítica acerca del vacilante carácter de Fernando VII.

Después de terminada la guerra de la Independencia, ocurren en España multitud de sucesos con motivo de la llegada de Fernando VII, y su vacilante conducta con unos y con otros, pero dando siempre preferencia á los partidarios del absolutismo, y mostrándose enemigo de la nueva constitución, y de las Cortes tal como estaban constituídas.

Regresa Fernando VII en 1814, marchando desde Figueras á Gerona, y de allí atravesando Aragón, entró en Valencia, donde casi con descortesía recibió al presidente de la Regencia, Cardenal Borbón, mientras que lo hacía con grandes agasajos al general Elio, como signo evidente al ser éste enemigo de las Cortes, del camino que había de seguir en la gobernación del Estado aquel rey, que llamado el Deseado por su pueblo, había de desvanecer bien pronto todas las esperanzas en él concebidas.

Y desde entonces comienza la primera época del absolutismo, que aseguraba ser la expresión unánime de las clases populares, que al fe-

licitarle por todos los puntos del tránsito, mezclaban entre sus gritos de entusiasmo otros airados contra las Cortes y la Constitución, decidiéndose luego á publicar su primer famoso decreto, disolviendo la representación nacional.

El general Elio en Valencia y Martínez de la Rosa en Madrid, eran representantes de dos tendencias políticas enteramente distintas, como lo prueba el que el primero hiciese jurar á los oficiales de su ejército, mantener siempre al rey en la plenitud de sus derechos, en tanto que el segundo presentaba á las Cortes una proposición, pidiendo se considerara traidor y se condenara á muerte, al que antes de los 8 años primeros de haberse puesto en práctica, intentase la reforma de la constitución.

En cambio 69 diputados enemigos de ella, dirigieron al rey la famosa representación llamada de los Persas, porque empezaba diciendo *que era costumbre de los antiguos Persas etc.*, y en la que pintando los inconvenientes de la democracia y de la soberanía nacional, se pedía al rey que no jurase la Constitución, y que convocara nuevas Cortes del reino con arreglo á los antiguos usos y costumbres de la nación.

Estas manifestaciones fueron aceptadas por el rey, disolviendo las Cortes, y comenzando un período grande de rigor contra todos los partidarios del sistema constitucional, que había de iniciar esta primera época del absolutismo con que comenzara su verdadero reinado el hijo de Carlos IV.

Al efecto y en cumplimiento del decreto de disolución, la fuerza armada ocupó el palacio donde las Cortes celebraban sus Asambleas, verificándose al mismo tiempo la prisión de los más caracterizados entusiastas del sistema constitucional, entre ellos los regentes Agar y Ciscar, y los diputados Muñoz Torrero, Argüelles, Martínez de la Rosa, Quintana y otros, teniendo muchos que huir al extranjero ante el temor de ser encarcelados.

El rey Fernando publicó un manifesto desaprobando todos los actos de las Cortes y anunciando que no juraría la Constitución, entrando en Madrid nueve días después en medio de una gran muchedumbre que entusiastamente le vitoreaba, y pasando por bajo de los arcos de triunfo, que sus fieles súbditos y entusiastas por sus ideas de gobierno, habían levantando en la Corte.

Entonces comenzaron Fernando VII y los suyos á tomar medidas de rigor contra los que creían sus enemigos, mandando á presidio á cuarenta diputados que proclamaron la soberanía de la nación; se condenó á muerte á los ausentes y las comisiones militares funcionaban sin descanso, contra los que se creían enemigos del rey, cerrándose las puertas de la patria á los afrancesados, y dándose el espectáculo inconcebible de que el que tanto adulara á Napoleón y á su hermano, persiguiera ahora tenazmente á los que antes le habían imitado.

Una vez Fernando VII en Madrid, constituyó su primer ministerio bajo la presidencia del duque de San Carlos, con otros entusiastas partidarios del régimen absoluto y del sistema de persecuciones para los contrarios, que se inauguraba en la nación.

Se restableció desde luego el régimen antiguo, haciendo que las cosas volviesen al estado que tenían antes de 1808, y por eso se restauró el Santo Oficio, se abrieron de nuevo los conventos y se devolvieron sus bienes á los religiosos, se limitó la libertad de imprenta, se dió á los capitanes generales omnímodo poder y se suprimieron las Diputaciones provinciales.

Comenzó entonces á tener grande influencia una reunión de personas de poco valer, que anulaban el ministerio con sus contínuas adulaciones al rey, y que recibió el nombre de la camarilla, evitando con sus torpes consejos, algunos planes de mejora material y moral para el país. Esta la componían el duque de Magón, el adulador D. Antonio Ugarte de humilde cuna, y el bufón Collado apellidado Chamorro, que con sus gracias de mala ley entretenía diariamente al monarca.

Y estas medidas de rigor imprudentemente planteadas entonces contra el partido liberal, dieron por resultado una serie de conspiraciones en contra del régimen político que se implantaba en la nación, que al cabo de algunos años tuvieron su triunfo y lograron represalias contra sus enemigos.

De todas ellas la principal fué la de Espoz y Mina en Pamplona, la de Porlier en la Coruña, la del triángulo en Madrid, la de Lazi en Galicia, la de Vidal en Valencia y la de Riego en Cabezas de San Juan, que ocupan el espacio de tiempo que media desde 1814 á 1820, que estaban alentadas por las sociedades secretas importadas á España por los franceses, y que con la máscara de las reformas políticas, fueron siempre enemigas declaradas de la religión y de la monarquía.

En 1815 renuncia la corona el rey Carlos IV en su hijo, en el congreso de Viena, y se retira á pasar tranquilo sus últimos días en Roma, y entonces Fernando VII creyéndose más seguro, arrecia la persecución contra los liberales, no dejó más periódicos que la Gaceta y el Diario de Madrid, prohibió las diversiones públicas, y tomó otras medidas que excitaron la general indignación, citándose como digna de alabanza, la orden abriendo las Universidades y multiplicando las escuelas, debida á la iniciativa de los ministros que sucedieron al duque de San Carlos.

El estado de la Hacienda española era entonces por demás tristísimo, presentándose planes rentísticos que fracasaron, y decayendo el crédito del tesoro español de tal manera, que no hubo quien prestase al gobierno, que se vió obligado á imponer á la nación un empréstito forzoso de 3.000,000 de duros, que excitó la indignación general y alentó los trabajos de los fracmasones, cuyo número se aumentó considerablemente hasta con personas de alta jerarquía social y jefes del Ejército.

Fernando VII que siendo príncipe de Asturias, casó con la infanta María Antonia, hermana del heredero del trono de Nápoles, contrajo más tarde segundo matrimonio con D.ª Isabel de Braganza, que también murió el 26 de Diciembre de 1818, pensándose á seguida en nuevo enlace, para asegurar la sucesión al trono.

Por entonces empiezan á desarrollarse los sucesos producidos por la guerra de América y por el ejército expedicionario de Andalucía, que

habían de cambiar en día no lejano, la situación del orden político de España.

Desde hacía mucho tiempo germinaba en América la idea de rebelión contra España, fomentada por agentes franceses, anglo-americanos é ingleses, y secundada por sectarios españoles afiliados á las sociedades secretas, iniciándose primeramente en Caracas en 1810, y propagándose bien pronto por Buenos Aires, Chile y el Perú, alcanzando tantos vuelos la insurrección, que ya en 1819 estaba potente en América, y fué preciso tomar grandes medidas de represión contra la idea separatista, que tanto había crecido en nuestras colonias americanas.

Como premio esclusivo á los servicios que se prestaban en América, y como recompensa á los leales en aquellos paises insurreccionados, creóse la condecoración titulada Orden Americana de Isabel la Católica en 1816, que al principio muy parcamente se concedía, y de la que tanto se ha abusado después, para premiar servicios de todo género, desnaturalizando su primitivo origen. Al mismo tiempo se creó también la orden de S. Hermenegildo, para recompensar los actos puramente militares.

Al aventurero Miranda que inició en Caracas la rebelión separatista, siguieron otros en Buenos Aires, Montevideo y Paraguay, lo mismo que en Chile, con distintas alternativas en la campaña, siendo en el Norte la figura de Simón Bolivar la más importante de todas, y el propagador de la doctrina de que toda América debía ser solidaria del alzamiento de cada provincia, siendo el verdadero representante de la independencia americana, por lo que más tarde se le llamó el *Libertador*, y se creó una condecoración especial titulada del «Busto del libertador».

La guerra de América fué seguida por España desde 1812 á 1820 con grande empeño, y desde Liniers y Gutiérrez de la Concha, que perecieron en Buenos Aires, víctimas de su lealtad á España, hasta los últimos jefes españoles que sucumbieron antes de ver desgarrada la unidad de nuestras colonias, medió ese espacio de tiempo, durante el cual empiezan á declararse independientes Buenos Aires, Montevideo y Chile, preparándose otras insurrecciones que estallaron posteriormente.

Entretanto acá en España se fraguaba una conspiración en el ejército, por derrocar la monarquía y proclamar la Constitución. Y tropas expedicionarias que estaban en Cádiz, eran de los más entusiastas por este pensamiento, dispuestas á que prosperara la idea de abandonar la defensa de nuestras posesiones americanas, sublevándose en la península en contra del rey, y á favor de la constitución.

Los sucesos posteriores vinieron á justificar estos hechos, que si al principio se trató de contenerlos, sustituyendo á la Bisbal en el mando de aquellas tropas por el conde de Calderón, la semilla estaba germinando y había de dar su fruto en día no muy lejano.

Por entonces ocurren dos sucesos que se relacionan con España, aunque realizados en pais extranjero: fué el uno la pérdida de los privilegios que disfrutábamos en las dos Sicilias, y el otro la toma por los portugueses de la plaza de Montevideo, que ocupaban los insurrectos de Buenos Aires, como en prenda de la plaza de Olivenza y su territo-

rio que estaba en posesión de España. Esto dió lugar á que las potencias aliadas á quienes nos quejamos, determinasen se solucionase el conflicto en la conferencia de Paris, lo que no se logró al cabo, pues que el resultado de la misma, no nos satisfizo, toda vez que se determinó en ella, el que Montevideo continuase provisionalmente en poder de los portugueses.

En 1819 y cuando más iba desarrollándose la insurrección en América y más regiones de aquel continente se iban declarando independientes, España celebró un tratado con los Estados Unidos, cediéndole á esta república las dos Floridas, y fijando los límites de la Luisiana en sus confines con Nueva España.

En este mismo año murieron los reyes padres, ocurriendo el fallecimiento de la reina María Luisa en Roma el 2 de Enero, y el de Carlos IV en Nápoles el 19 del mismo mes, cuyo hecho tuvo para los españoles poca resonancia, teniendo en cuenta las escasas simpatías que entre nosotros supo captarse aquel inepto monarca.

Poco tiempo hacía que enviudara Fernando VII de su segunda esposa D.ª Isabel de Braganza, y el 20 de Octubre de 1819 contrajo su tercer matrimonio, anheloso de tener sucesión, con la princesa María Josefa Amalia, hija de Maximiliano de Sajonia. Este suceso fué celebrado con grandes fiestas en toda la nación, y la nueva reina, virtuosa, tímida y modesta, no estaba en condiciones por su carácter de brillar en la Corte, ni ejercer influencia decidida en el ánimo de su esposo.

Por este tiempo adquirieron gran popularidad las sociedades secretas, especialmente la de los fracmasones, de importación francesa, que tomaba pretestos en los desaciertos y absolutismo del monarca, para extenderse por todas partes, amparando según decían la libertad política, y encubriendo con esta máscara hipócrita, su odio descarado á la monarquía y á la religión, y cuyo gran oriente estaba en Granada, desde donde dilataba sus ramificaciones á todo el reino.

Estas doctrinas, la miseria del tesoro público, la falta de fondos y las intrigas de los agentes americanos, hicieron que penetrase el espíritu revolucionario en el ejército expedicionario de América, que estaba en Cádiz, á pesar de los trabajos de Fernando VII para devolverle su antiguo espíritu religioso, lo que no dió resultado alguno, puesto que aquellas tropas con su conducta, fueron el principal auxiliar de la independencia de nuestras posesiones americanas, que esperaban aquí los gritos á favor de la Constitución de 1812, como señal del afianzamiento de su independencia.

Este grito no tardó en darse, pues que el comandante D. Rafael de Riego, acuartelado en las Cabezas de San Juan, dió el grito de insurrección y proclamó la Constitución el 1.° de Enero de 1820. Al principio fué sofocado el movimiento, pero luego tomó vuelos en Galicia, Zaragoza y Navarra y hasta en la misma Andalucía, siguiendo á Riego, Espoz y Mina, el marqués de Lasán y el conde de la Bisbal.

Tal suceso produjo gran consternación en la Corte, donde se veían con asombro que la revolución había minado á todo el reino, y que no podía contarse con el ejército, estando el rey y la monarquía á

merced de los revolucionarios. Y el 7 de Marzo una comisión del partido liberal pidió al rey que jurara la Constitución, lo que, prometido por el monarca, llenó de gozo á los defensores de las nuevas ideas, que como recuerdo de este día, colocaron una lápida en la entrada de la Plaza Mayor, y que ciegos en su fanático entusiasmo, iban por las calles con el libro de la Constitución en la mano, haciendo que se arrodillaran ante él, y le besaran cuantos transeuntes se encontraban.

El rey al fin jura la Constitución, y así lo manifestó por un Decreto especial que llenó de gozo á todo el pueblo, que en sus entusiasmos saqueó la inquisición y dió suelta á los presos de todas las cárceles, así como facilitó la deserción de multitud de soldados, que á bandadas huían de los cuerpos donde estaban sirviendo.

Los primeros decretos revolucionarios, amparados al parecer por el rey, que siempre quería estar al lado de la fortuna, y que dió un manifiesto constitucional á toda España, fueron la reposición del Ayuntamiento de 1814, que en palacio recibió el juramento del rey, la abolición del Santo Oficio y de cuanto se relacionaba con el pasado régimen absoluto, y la instalación en todas las provincias españolas, de Ayuntamientos constitucionales.

Con esto se señaló el triunfo del partido liberal, y el principio del período constitucional, estableciéndose sociedades patrióticas en todas partes, creándose milicias nacionales, volviendo los afrancesados á España, persiguiéndose á los que no juraban la Constitución, y lo que es más triste aún, disolviéndose el ejército expedicionario de Cádiz, y dejándose en absoluto abandonada nuestra causa en América.

Crítica.=Ha sido objeto de mucha controversia, el si Fernando VII puede tener disculpa al implantar el régimen absoluto en España, después de la guerra de la independencia. Y aunque son muy distintas las opiniones sobre este particular, solo podremos afirmar que tal acto lo realizó el rey, no solo porque encajaba en sus particulares aficiones de gobierno, sino también para contener la avalancha de ideas demasiado expansivas venidas de Francia, y que habían obtenido ya carta de naturaleza entre nosotros durante la dominación napoleónica, cuya semilla fructificó más tarde, aun contra la voluntad del monarca.

El principio de independencia de nuestras posesiones americanas, iniciado en 1810 y tristemente terminado en nuestros días, merece un juicio de verdadera censura, pues no se fundaba como el de las colonias de otros paises, en causas justificadas, sino que obedeció entonces y siempre ha obedecido, á inspiraciones masónicas y extranjeras, siendo desde entonces aquellas colonias ciego instrumento de tales manejos, y con punible olvido de que á España debían cuanto eran, pues que nuestra religión sacrosanta, les había sacado de las tinieblas del error en que vivían, y al amparo de nuestra hermosa lengua castellana que no abandonaron, fueron desarrollando progresivamente su cultura literaria, artística y de todo género.

Los masones y todas las sociedades secretas que por entonces comenzaron á exteriorizarse en nuestra patria, no presentan tampoco ninguna nota simpática de españolismo, pues que hijas de la enciclopedia y la

revolución francesa, se inspiraron siempre como aquellas, en su eterno odio al altar y al trono, y fueron y han seguido siendo, al acogerlas más ó menos descaradamente el pueblo y el ejército, la causa principal de la pérdida de nuestras posesiones americanas y oceánicas, ejerciendo dañada influencia en los posteriores destinos de nuestra nación, y siendo el fundamento de todas nuestras revoluciones.

El ejército español que unido al pueblo levantó un altar de grandeza y heroismo al defender la verdadera libertad de la patria en la grandiosa epopeya de la guerra de la independencia, confundió después lastimosamente lo que habían sido antes sus hermosos ideales de libertad de la nación, y al amparar después las llamadas libertades políticas, perdió su propio carácter, y más de una vez, engañado por torpes halagos y seductoras doctrinas, secundó la revolución del pais, haciendo el juego inconscientemente, de los que á su amparo escalaban posiciones políticas, trayendo el trastorno y la perturbación de España.

El rey Fernando VII, nos presenta hasta aquí un carácter vacilante y sin criterio propio y determinado, pues entusiasta al parecer, con el régimen absoluto, con el que estaba identificado, no vacila después en echarse en brazos de los liberales y jurar la Constitución que les amparaba, esperando hipócritamente y sin verdaderas convicciones, el momento de restaurar el régimen absoluto para el gobierno de nuestra nación.

LECCIÓN 82.

FIN DEL REINADO DE FERNANDO VII EN LOS ÚLTIMOS PERIODOS DE SU HISTORIA.

Sigue el reinado de Fernando VII en España.—Período constitucional.—Ministerio Argüelles.—Las Cortes y su influencia.—Moderados y exaltados.—Riego en Madrid.—Se le envía de cuartel á Oviedo.—Crece la anarquía.—Insurrección realista.—Cortes de 1822.—Partidas realistas.—Sublevación de los guardias.—Fernando VII solicita el auxilio de Francia.—Intervención francesa.—El rey en Sevilla.—La regencia.—Los franceses en Andalucía.—El Duque de Angulema.—Excesos de liberales y realistas.—Prisión de Riego.—Sitio de Cádiz.—Medida contra los revolucionarios.—Regresa á Francia el Duque de Angulema.—Vuelve Fernando VII á Madrid.—Ejecución de Riego.—Vuelve á entronizarse el régimen absoluto.—La guerra en América.—Independencia del Perú.—Independencia de México.—Segundo período del absolutismo.—La reacción.—Sistema político del rey.—Ministerios.—Amnistía.—Purificaciones.—Comisiones militares.—Las juntas de la fe.—La sociedad del Ángel exterminador.—Tentativas revolucionarias.—Nuestras posesiones en América quedan reducidas á Cuba, Puerto Rico y otras pequeñas islas.—Los voluntarios realistas.—Divisiones entre ellos.—D. Carlos.—Período de Prosperidad.—El despotismo ilustrado.—Calomarde.—El Empecinado.—Los apostólicos.—Muerte de la reina Amalia.—Cuarto matrimonio de Fernando VII.—Derogación de la ley Sálica.—Caída en Francia de Carlos X.—Esperanza de los liberales.—Nacimiento de la princesa Isabel.—Revolucionarios en España.—Torrijos.—Su suplicio.—La reina Cristina encargada del despacho de los negocios.—Decreto sobre las Universidades.—El ministerio de Fomento.—Aptitud del partido realista.—Grave enfermedad del rey.—Restablece la ley Sálica.—Mejoría del rey.—Cambio de situación.—Calomarde y D.ª Luisa Carlota en la cuestión de sucesión.—Ministerio de Zea Bermúdez.—Decretos de Cristina.—Fernando VII anula su codicilo.—Destierro de D. Carlos á Portugal.—Jura de D.ª Isabel como princesa de Asturias.—Muerte de Fernando VII.—Portugal desde Juan VI.—Pedro IV.—D.ª María de la Gloria.—D. Miguel le disputa la corona.=*Crítica.*—Juicio acerca del período constitucional en el reinado de Fernando VII.—Idem acerca de las persecuciones políticas.—El segundo período de este reinado y su crítica imparcial.—Juicio acerca de la personalidad de D.ª Cristina en esta época.—Legitimidad del derecho de D.ª Isabel II, á suceder en el trono de España.

Sigue el reinado de Fernando VII en España, y después de los sucesos anteriormente apuntados, comienza para nuestro pueblo un corto período durante el cual se inicia verdaderamente el gobierno representativo, y se cambian de raiz todos los procedimientos de gobierno.

Empieza entonces el período constitucional que comprende desde 1820 hasta 1823, en que se desarrollan sucesos tan extraordinarios en nuestra patria, que hacen precisa la intervención de Francia ya que el pueblo español sin precedentes ni educación apropiada quiso hacer uso

de ciertos derechos, pasando á la licencia más espantosa y creciendo la anarquía en nuestra patria á merced de aquellas demasiado expansivas manifestaciones del entusiasmo popular.

Como consecuencia del triunfo de la revolución, se nombró el primer ministerio constitucional presidido por D. Agustín Argüelles, con otros muchos liberales acabados de salir de las prisiones en que estaban, convocando inmediatamente las Cortes del reino con arreglo al nuevo código político, no sin que desde el principio se abusara notablemente del derecho de asociación, y las logias masónicas por un lado, y las Sociedades patrióticas por otro, comenzaron sin saberlo, á minar el régimen constitucional, al mismo tiempo que los absolutistas fraguaban sus conspiraciones en contra del nuevo órden de cosas.

Las Cortes reunidas en 9 de Junio de 1820 ejercieron, desde luego una decidida influencia en los negocios públicos, se atrevieron á dar á Fernando VII el título de Grande y en su fanático entusiasmo revolucionario, intentaron obligar á los párrocos á que explicaran desde el púlpito la constitución, dirigiendo sus tiros contra las comunidades religiosas, en las que se prohibieron nuevas profesiones, decretándose también la supresión de la Compañía de Jesús.

Desde las primeras sesiones de estas Cortes se notó en ellas la verdadera división del partido liberal, pues si bien todos los diputados estaban conformes en los principios que informaban este partido, eran diferentes los medios de gobierno que unos y otros intentaban poner en práctica. Por eso hubo desde el principio un partido liberal moderado dirigido por el granadino Martínez de la Rosa, y otro exaltado que recibía las inspiraciones de Romero Alpuente, y que uno y otro tenían diversa misión que llenar en aquella Asamblea.

Frente al Ministerio existía en España otro poder representado por el ejército libertador de Cádiz, mandado por Riego y que era ciego instrumento de las Sociedades secretas, por lo que el Gobierno pensó en disolver aquel ejército é hizo que su jefe viniese á Madrid bajo el pretexto de encomendarle la capitanía general de Galicia.

Pero una vez Riego en la Corte cometió tales imprudencias y demostró cuán vanidoso era su carácter, y cuán escaso su entendimiento, haciendo mil ridiculeces en el teatro y coreando él mismo la gritería del populacho, que el gobierno, viendo que aquel jefe militar hacía el ridículo ante todos cuando pretendía ser un héroe popular, lo envió de cuartel á Oviedo, mientras que las Cortes iban dando muestra de grande exaltación, llegando hasta á pretenderse que la palabra rey era anticonstitucional, aboliéndose los mayorazgos, patronatos y capellanías y comenzando á marchar por la pendiente que había de conducirles á la más espantosa anarquía.

Crece ésta, á causa del nombramiento de capitán general de Castilla la Nueva, decretado por el rey que estaba hecho prisionero de las turbas, y que con frecuencia le insultaban, obligándole á disolver su guardia, y siendo tal la falta de respeto del pueblo para con el monarca, que este se quejó á las Cortes que creyeron solucionar el conflicto haciendo un cambio de Ministerio.

Mientras tanto en el Norte comenzaron las insurrecciones realistas, que para lograr sus fines, pidieron auxilio á Rusia y á Austria, para sacar, según decían, á la familia real del cautiverio en que se encontraba. Al mismo tiempo, la anarquía se extendía por todo el país exteriorizada por su odio al clero, y alentada por las sociedades secretas, que en su insensato delirio publicaba por todas partes que era preciso purificar la atmósfera política, degollando á multitud de ciudadanos en Madrid y provincias, y mostrando su airada enemistad á Martínez de la Rosa y los suyos, por hacerles responsables de que no adelantase como debía la obra constitucional.

Una vez terminadas las Cortes extraordinarias, reuniéronse las ordinarias de 1822 que compuestas todas ellas de exaltados, eligieron presidente á Riego tomando especiales acuerdos, entre otros declarar propiedad de la nación el sable que usara el presidente en su primer alzamiento, y marcha nacional el Himno de Riego, así como otras medidas verderamente antirreligiosas, como el prohibir se confiriesen órdenes sacerdotales, hasta que las Cortes determinasen el número fijo de ministros del Señor que debía haber en España.

Con tales excesos alentaban sin saberlo las tentativas de los partidarios del absolutismo, creciendo en todas partes el número de los realistas, habiendo una intentona en Valencia para proclamar al rey absoluto, que costó la vida al general Elío, (que con heróico valor murió entre sus enemigos), multiplicándose al mismo tiempo las partidas realistas, entre las que se distinguieron las del Barón de Eroles, Coll y el Trapense, que en Cervera formóla Junta apostólica, mientras que en Tolosa (Francia) se organizaba una regencia solicitando el auxilio del rey de Francia, y alentando á los soldados del absolutismo, que empezó á llamarse el ejército de la fe.

Al mismo tiempo los guardias reales formaron una conspiración para proclamar al rey absoluto, la cual no pudo prosperar, siendo vencida por los liberales en las calles de Madrid, después de obstinada lucha y teniendo que escapar la mayor parte, quedando los restantes muertos ó prisioneros.

Al ministerio Martínez de la Rosa sucede el de D. Evaristo San Miguel, y siguiendo los desórdenes en Madrid y provincias, Fernando VII se vió obligado á solicitar el auxilio de Luis XVIII de Francia, en carta particular al mismo dirigida.

Los realistas iban progresando y disponían de un grueso ejército, así como se habían apoderado de algunas poblaciones catalanas, y mientras tanto se reunían las potencias en el congreso de Verona, y acordaron la intervención armada de Francia en España, auxiliada por todas ellas, lo que dió origen á notas diplomáticas y altanera contestación del ministerio, negando derecho á ninguna nación á intervenir en nuestros asuntos, saliendo los embajadores extranjeros de Madrid, mientras que las Cortes se disponían á resistir y resolvían que el rey fuese á Sevilla.

El monarca se oponía á abandonar la Corte, pero al fin tuvo que acceder después de un furioso motín, marchando á la capital de Anda-

lucía custudiado por la milicia nacional, y estableciéndose también en dicha ciudad las cortes del reino, mientras que el duque de Angulema sobrino del rey de Francia, penetraba en España con sus tropas, siendo recibido con alegría por todas partes, apoderándose de toda la línea del Ebro y llegando hasta Madrid entre entusiastas aclamaciones.

Consecuencia de estos sucesos, fué nombrar á seguida un gobierno central con el nombre de regencia, cuyo presidente fué el duque del Infantado y secretario D. Francisco Tadeo Calomarde.

El ejército francés no se detuvo en su paso; atravesó Despeñaperros venciendo á los que le impedían el paso, y penetró en Andalucía, decretando entonces los liberales la traslación del rey á Cádiz, á lo que éste se opuso, y entonces le declararon incapacitado, nombrándose una regencia provisional que decretó la traslación intentada, mientras que los franceses entraban en Sevilla.

Entre tanto el duque de Angulema se apoderó casi de España, nombrando su ministerio y continuando una lucha empeñada, en que casi siempre iban perdiendo los constitucionales, cuyo régimen político parecía por entonces destinado á desaparecer de nuestro suelo.

Sin embargo, aún agonizante el partido liberal, se entregaba á desesperados excesos, haciendo blanco de sus iras á obispos y religiosos, así como á sus enemigos políticos, mientras que los realistas á despecho de Angulema y de la regencia, en la embriaguez de la victoria, llenaban de presos políticos las cárceles, y cometían por todas partes multitud de excesos, con crueles escenas de venganza y de muerte.

Mientras esto pasaba, Riego que había desembarcado en Málaga, se puso al frente de una pequeña división; se apoderó de la plata de las iglesias y cometió otros excesos, frustrándose su tentativa de sobornar al jefe enemigo y de engrosar sus filas, dirigiéndose á Jaén, que pretendió saquear, pero vencido por los franceses fué preso, y en tal condición llevado á la Carolina, donde fué convenientemente custodiado.

Ya entonces las tropas francesas se dirigieron á Cádiz, donde se encontraba el rey y funcionaban las Cortes, y como quiera que éstas se negaran en absoluto á decretar la libertad de Fernando VII, se puso sitio á la ciudad, se tomó el Trocadero, se rindió el castillo de Santi Petri y negándose el duque de Angulema, á pactar con los revolucionarios de la ciudad sitiada, éstos dejaron salir al rey con dirección al Puerto de Santa María, imposibilitados como estaban de resistir más, y ante el temor de que la guarnición de la plaza, levantase bandera contraria á las Cortes.

Entonces el rey, encontrándose en completa libertad, dió su primer decreto en 1.° de Octubre de 1823, declarando nulos todos los actos realizados por el gobierno constitucional, toda vez que en el tiempo de su mando se había encontrado prisionero de los rebeldes. A seguida dictó severísimas medidas contra todos los individuos de la regencia de Cádiz, los diputados y todos los liberales, publicando después otros decretos en Jerez y en otras poblaciones, por los que se restauraba nuevamente para el gobierno de España el régimen absoluto.

Tal sistema que se iniciaba nuevamente para el gobierno de España, disgustó mucho al rey de Francia y á su representante aquí el duque de Angulema, que ambos querían que se implantase un sistema constitucional, prudente y templado, por lo que el generalísimo del ejército salió de España, disgustado con el monarca que ni siquiera en Sevilla se dignó contestarle á las palabras que le dirigía en favor de los liberales, y quedando aquí un ejército de ocupación francesa, hasta que completamente se tranquilizase el país

Pocos días después marchó Fernando VII á Madrid, donde hizo su entrada triunfal, en medio de la muchedumbre que locamente le aclamaba, iniciándose con más violencia que antes el segundo período del régimen absoluto en nuestra patria, y comenzando las persecuciones y suplicios de los enemigos del actual orden de cosas, con tal encarnizamiento, que en solo diez y ocho días fueron ahorcadas ó fusiladas en Madrid, 112 personas.

Antes de la entrada del rey en Madrid, se condujo al general Riego á la Corte, y después de proceso en forma, se le condenó á la pena de horca, que heroica y cristianamente sufrió en la Plaza de la Cebada, no sin que antes en la capilla diese muestras de grande arrepentimiento, confesase sus extravíos y en declaración de su puño y letra, abjurase de sus errores masónicos y antirreligiosos, y rechasase el suicidio cobarde que le proponían sus antiguos parciales.

Y entonces se entroniza ya de una manera violenta el sistema absolutista en nuestra patria, distinguiéndose con el nombre de negros á los liberales, á los que y á sus familias se les perseguía con crueldad suma, temeroso el rey de que nuevamente volviera á entronizarse en España el régimen constitucional.

Las consecuencias de la revolución de 1820, se dejaron bien pronto sentir en nuestras posesiones de América, que abandonadas por la rebeldía del ejército expedicionario, comenzaron á proclamar su independencia, y á las primeras separaciones debidas á los triunfos de Bolívar, siguió la guerra del Perú, donde aunque mucho se hizo para evitar su independencia, ésta se encontraba casi realizada al finalizar el año de 1823.

En Méjico se había ésta ya llevado á cabo en 1821, proclamándose el fugaz imperio del traidor D. Agustín Iturbide, que un año después con escándalo público ceñía la corona imperial, rompiendo los lazos que le unían con España, y faltando á los pactos por él propuestos, de que aquel imperio estaría siempre bajo la autoridad del monarca español.

Aquí verdaderamente comienza el segundo período del absolutismo en este reinado, que comprende 10 años, desde 1823 hasta 1833, en que muere Fernando VII.

La reacción se inicia verdaderamente en el gobierno por ser la mayoría del país, enemiga de la revolución, que comenzó furiosa y destemplada con el primer ministerio de D. Víctor Saez, lo que dió origen á nueva intervención de las potencias, y á la venida de un embajador de ellas en demanda de que se modificase algo el sistema de gobierno, á lo que

accedió Fernando VII en contra de muchos exaltados absolutistas, que creyendo débil al monarca, se pusieron al lado del infante D. Carlos, presunto heredero del trono, por no haber tenido hasta entonces descendencia el rey.

Bien comprendió éste que verdaderamente estaba dividido el campo realista, y desde entonces todo su sistema político consistió en contrapesar el uno y el otro bando, halagando á uno y á otro, y empleando en unas ocasiones el rigor, y en otras la templanza, pero logrando que siempre quedase incólume su absoluta autoridad, y siendo por ello este período de su gobierno, una eterna contradicción con disposiciones que anulaban lo decretado en las anteriores.

Al marques de Casa Irujo, sucede en el ministerio D. Luis Lopez Ballesteros, que como gran hacendista levantó el crédito público, siguiendo en los ministerios el conde de Ofalia y Calomarde, que tan equilibrista como el rey, duró en el poder por su facilidad en secundar la flexibilidad de su soberano.

La intervención del embajador de Rusia, rechazando la violenta reacción subitamente iniciada para el gobierno de España, dió sus frutos aunque no muy lisonjeros, cual fué el decreto de amnistía para los liberales publicado en Mayo de 1824, y que disgustó notablemente á los realistas, porque creían ver de este modo destruída su obra y alentada nuevamente la revolución, y á los liberales porque había en él tantas excepciones, que casi resultaba ilusoria dicha gracia.

Consecuencia de todo esto y del nuevo entronizamiento del régimen absoluto, fué el sistema de varias medidas de represión, entre las que figuraban las purificaciones que no venía á ser otra cosa que una especie de juicio, por el cual habían de aparecer purificados para lograr la gracia del monarca, todos aquellos que á los mismos eran sujetos, por resultar más ó menos afectos á la Constitución.

También se establecieron por entonces comisiones militares, ejecutivas y permanentes en todas las capitales de provincia, para conocer á un mismo tiempo de los delitos de conspiración y de robo, lo que disgustó á todos, por esa mezcla informe que se hacía de actos de tan distinta naturaleza.

Alentaban todos estas medidas las llamadas Juntas ó milicias de la Fé, inspiradas por el bando contrario, ó sean los exaltados, y contra los que los ministros tomaron medidas enérgicas hasta hacerles deponer las armas, creyendo así asegurar la pública tranquilidad y el desarrollo del nuevo sistema de gobierno, creandose el escudo de fidelidad para condecorar á los que se hubieran distinguido en defensa de la real persona.

También alentaba á las turbas frenéticas entonces por estos ideales, la Sociedad titulada el «Angel exterminador» dirigida por el prelado de Osma, y la misma Gaceta de Madrid, que en unión del periódico «El Restaurador», publicaba mil dicterios contra los constitucionales, y secundaba entusiastamente la obra del monarca y de sus secuaces.

Pero los liberales que no se habían satisfecho con el decreto de amnistía, y que estaban irritadísimos por las medidas de represión que se

dictaban, comenzaron á hacer varias tentativas revolucionarias, siendo de ellas la más importante, la dirigida por el coronel D. Francisco Valdés, que logró apoderarse de Tarifa, y que vencido al fin como los otros revolucionarios, dejaron el campo libre al verdadero entronizamiento del absolutismo en este período histórico.

Por entonces ya en 1824, nuestros desastres en América no tuvieron límite, y á los triunfos sucesivos de Bolívar y los suyos, sucedió al finalizar el año el terrible desastre de Ayacucho, en que vencidas nuestras tropas y prisionero nuestro virrey, una dolorosa capitulación terminó nuestro poder en el Perú, concluyendo casi todo nuestro imperio colonial en América, pues que sólo quedaron reducidas nuestras posesiones en aquel continente, á Cuba, Puerto Rico y otras pequeñas islas, que desgraciadamente también habíamos de perder con Filipinas, antes de finalizar el siglo XIX.

Los voluntarios realistas provocaban continuamente sublevaciones á favor de la reacción, y ya la de Bessieres produce la caída del ministro Aymerich, ó ya se suprimen unos organismos para establecer juntas consultivas de gobierno, ó ya en Cataluña el alzamiento toma carácter más general, lo que hizo que el mismo rey tuviera que marchar allí haciéndoles un llamamiento general para que depusieran las armas.

Pero siempre se notó entre los realistas una notable división, pues que unos conservando aun pequeña huella de las doctrinas liberales que habían sido vencidas, expresaban sus ideales políticos con moderación de sentimientos é ideas de transacción, así como con grande fidelidad á la persona del rey. Los otros, en mayor número, no transigían con nada, eran siempre violentos en sus determinaciones y dudaban de que Fernando VII pudiese sacar incólume el prestigio de su bandera.

Estos últimos veían en D. Carlos hermano del rey, el bello ideal de su política; pues que su grande fé religiosa, la austeridad de sus costumbres, su amor á las letras y su valor temerario, hicieron de él un tipo ideal de príncipe español y cristiano, poniéndose á la cabeza de los descontentos, entusiastamente ayudado por su esposa la Infanta D.ª María Francisca, alentando ambos la conjuración para el día de mañana, pues que por entonces sólo pretendían que el monarca dejase el vacilante carácter político que le distinguía, y se inclinase decididamente á la más exaltada reacción.

Como quiera que el rey en su viaje á Cataluña había logrado la paz por entonces, y para algún tiempo, de aquí que comenzara en aquella ocasión un período de prosperidad para nuestra nación, del que hacía tiempo se carecía, mejorándose la administración pública, marchando admirablemente la Hacienda, estando al corriente todas las atenciones del Estado, promulgándose el Código de Comercio, y preparándose el Penal, así como dándose el decreto autógrafo de Fernando VII prohibiendo las recomendaciones para la provisión de los destinos públicos, que todos habían de recaer en cesantes con buena y justificada conducta.

Y entonces comienza en España el período que se llamó después del

despotismo ilustrado, que como sistema político venía á simbolizar algo de rectificación de los planes antiguos, y que pretendía modificar la instrucción, formando un plan de enseñanza, que á pesar del pomposo nombre con que se bautizó este período, ha sido muy impugnado por la mayor parte de los historiadores.

El alma de esta situación era el ministro Calomarde, que perteneciente al bando exaltado, quería dar el golpe de gracia á los realistas moderados, haciendo todos sus nombramientos en los que más se habían distinguido por su exaltación en los pasados sucesos, rodeándose para ello de un numeroso personal adicto á su causa, siendo un mero instrumento de la voluntad del rey, cuyos deseos estudiaba ansioso de tenerle siempre propicio para la realización de sus planes y para la continuación de su medro personal.

Predominando el poder de los exaltados, se llevaron á cabo suplicios contra los enemigos del orden y del sistema político reinante, siendo entre ellos notable el de Juan Martín el Empecinado, que fué condenado á muerte por el corregidor de la villa de Roa, acusándosele de haber permanecido con las armas en la mano, y oprimir á los partidarios del rey. Después de prolongado martirio, murió en la horca el 19 de Agosto de 1825, produciendo al pié del patíbulo tristísima y desgarradora escena.

Por entonces también las conspiraciones del partido apostólico y sus exagerados intentos, fueron reprimidos por el monarca, prohibiéndoseles que como fuerzas armadas representasen al gobierno, y excitando á los obispos á que predicasen la paz, lo que si por estos fué cumplido, los apostólicos continuaron en sus excitaciones guerreras, pero sin que el rey abandonase por ello la marcha especial de gobierno que se había impuesto, y con la que creía más fácilmente conciliar las opiniones de todos.

Más tarde, el 17 de Mayo de 1829, murió á la edad de 26 años, la reina Amalia, cuya salud hacía algún tiempo se hallaba alterada por dolencia crónica, y con cuyo suceso se alentaron mucho y cobraron grande ánimo todos los partidos políticos, pues los moderados esperaban un nuevo enlace que hiciera variar el orden de la política, y los exaltados creían que dado el estado valetudinario del rey, éste no pensaría en contraer nuevo matrimonio, quedando asegurada la sucesión y el triunfo de sus ideales en la persona de D. Carlos.

Pero Fernando VII defraudó las esperanzas de éstos, pues á los pocos meses, en 9 de Diciembre de aquel año, contrajo su cuarto matrimonio con la princesa de Nápoles María Cristina de Borbón, sobrina carnal suya, hija de los reyes de las dos Sicilias, de quien perdidamente se enamoró al conocer su retrato, y saber la gracia, talento y discreción que le caracterizaban.

Al año siguiente de contraído este matrimonio, empezaron á vislumbrarse esperanzas de sucesión, y entonces el rey derogó la ley sálica, mandando que se publicara la de 1789, que derogaba el auto acordado de Felipe V, y restableciendo la de Partida sobre sucesión al trono, con arreglo á la cual, podían también ocuparlo las hembras.

Es llegado el año 1830, y en Francia la revolución de Julio, arroja de aquel trono al rey Carlos X, y coloca en él á Luis Felipe de Orleans.

Este suceso prestó alientos á los liberales de España, que con Valdés, Mina, Chapalangarra y otros, hicieron intentonas revolucionarias con tiempo reprimidas, y no secundadas por los pueblos, lo que dió origen á que los rebeldes huyesen á Francia, y en España comenzasen necesarias medidas de represión para evitar nuevas revoluciones.

La faz de los negocios públicos en nuestra patria cambió bien pronto con el nacimiento de una princesa, ocurrido el 10 de Octubre de 1830 y que recibió el nombre de Isabel, con lo que los realistas exaltados veían perder sus esperanzas de que el príncipe D. Carlos ocupara el trono, y los liberales cobraron grandes alientos, seguros de que con el nuevo vástago real, habría más facilidades en algún día de que sus doctrinas triunfasen para la gobernación del Estado.

Al año siguiente comenzaron los revolucionarios á agitarse en España siendo los jefes D. José María Torrijos, y D. Salvador Manzanares, estando la revolución muy ramificada por todas partes, animados por las sociedades secretas, siendo vencidos en sus primeras intentonas, asesinando los rebeldes al gobernador de Cadiz, y sublevándose la brigada real de marina, pero sin lograr resultados positivos, pues que todos los principales jefes tuvieron que huir precipitadamente á Tánger, donde para ser admitidos renegaron de su Dios y de su patria, y sujetos al culto de Mahoma y á las leyes de aquel país, esperaban bien pronto ocasión de implantar en España sus procedimientos políticos.

Esto obligó al gobierno á emplear medidas de represión, si bien con poco tacto, pues que se abusó notablemente del sistema de las delaciones, que á muchos costó la prisión y á otros la vida, entre ellas á la jóven granadina D.ª Mariana Pineda, muerta en el patíbulo el 26 de Mayo de 1831, por haber mandado bordar una bandera con los emblemas de la revolución; y que más tarde arreció la persecución contra Torrijos y los suyos, temiendo que desde Marruecos viniesen nuevamente á España á alentar á los revolucionarios.

En efecto, el 11 de Diciembre de este año, el emigrado Torrijos hizo otro desembarco cerca de Málaga, creyendo que aquélla ciudad iba á secundar el alzamiento; pero siendo cogido con los 52 que le acompañaban, casi todos jefes del ejército, fueron fusilados junto á la ciudad como reos de alta traición y declarados enemigos de las instituciones.

Y entonces, agravada la crónica enfermedad del rey Fernando, y creyéndose en un inminente peligro de muerte, se pensó en una regencia para el caso de morir éste, en la que se ofreció un puesto al infante D. Carlos, que por razones de conciencia no aceptó. El nacimiento de otra infanta á principios de 1832, y que recibió el nombre de D.ª María Luisa Fernanda, dejaba en pié la cuestión de sucesión, toda vez que no siendo varón este segundo vástago del rey, seguían los alientos y las esperanzas de los partidarios de D. Carlos. Durante la enfermedad de Fernando VII se encargó su esposa D.ª Cristina del despacho de

los negocios públicos, cobrando con ello grandes esperanzas el partido liberal, en el que la reina veía en lontananza el sostén del trono y la defensa de los derechos de su primogénita hija Isabel.

El primer decreto de la reina Cristina, fué un indulto general á todos los presos, abriendo después las Universidades cerradas desde 1830, para extirpar de este modo la ignorancia que á manera de plaga se había derramado por todas las clases del estado, no librándose ninguna de su contagio, siguiendo con otras medidas, entre ellas la exoneración de generales y otras autoridades, que eran enemigas del nuevo orden de cosas.

A poco creó un nuevo ministerio con el título del fomento general del reino, según el monarca lo tenía resuelto en 1830, para acrecentar en España el desarrollo de la cultura, el comercio, la agricultura y la industria, y encargándose del mismo desde luego, el conde de Ofalia, nuestro embajador entonces en París.

El partido realista, con todos estos sucesos conspiraba sordamente á favor de D. Carlos, por creerle el único con derecho á suceder en la corona de España, aunque el hermano del rey nada quería por medios violentos mientras que viviera D. Fernando, y preparándose si le sobrevivía á defender con las armas en la mano, lo que creía cuestión de conciencia y de derecho.

Durante la grave enfermedad del rey, y con los temores de muerte próxima, temióse también que estallara la guerra civil, alentada por los partidarios de D. Carlos, que contaba entonces con mucha parte del ejército y del país, tomándose inmediatamente medidas para evitar si llegaba el caso, que España se viese envuelta en los horrores de una guerra fratricida.

Pero al mismo tiempo, y cuando casi estaba perdida la razón del monarca víctima de una grave dolencia, burlando la vigilancia de la reina, el obispo de León, Calomarde y el conde de Alcudia, escribieron un codicilo en forma de dereto el 18 de Septiembre de 1832, que con trémula mano firmó el monarca, y por el que restablecía la sucesión á la corona de España con arreglo á la Ley Sálica, derogando por tanto la pragmática sanción de 19 de Marzo de 1830. Este hecho produjo grande excitación en la cámara real, llegando el caso de que la infanta D.ª Luisa Carlota insultase de palabra y hecho al astuto ministro, principal autor de todo, y cogiendo el original del codicilo lo rompió airada en medio de la estupefacción de todos.

Mejora de pronto el rey en su grave dolencia, y comprendiendo la triste situación en que dejaba á su esposa é hijos, y entonces alentado por su mejoría, declaró no haber tenido verdadero conocimiento de cuanto hiciera anteriormente, verificándose un grande movimiento de reacción en todos á favor de la reina y de sus hijas, y formándose entre los jóvenes de la nobleza una sociedad caballeresca con el nombre de Cristina, para defender si fuera preciso con sus vidas á la reina y á las hijas.

Y cambia por completo la situación de las cosas en el palacio y en la nación, y se destituye el ministerio exonerándose á Calomarde y á

sus compañeros, y nombrándose á Zea Bermúdez para que le sustituyera, encargando por poco tiempo á la reina del despacho de los negocios públicos, tomando el nuevo gobierno una dirección esencialmente distinta, y volviendo á los pocos meses el rey á encargarse del gobierno para evitar que los realistas tuviesen pretexto alguno para sus antiguas rebeldías.

Durante los pasados sucesos se presentan como personajes importantes en la cuestión de sucesión el ministro Calomarde y la Infanta doña Luisa Carlota, apareciendo el primero con política falsa y rastreros procedimientos, queriendo ayudar la causa de los exaltados realistas; y la segunda siendo la defensora enérgica de los derechos de sus sobrinas y presentando la batalla con varonil entereza, hasta vencer á sus traidores enemigos.

El ministro Zea Bermúdez, aunque absolutista acérrimo por naturaleza, desempeñó entonces un papel especial, persistiendo en su política neutral, y mientras desterraba á Calomarde y reducía á prisión á los principales personajes realistas de la Corte, quitaba las armas á los jóvenes cristinos no sin que halagara á los liberales por otros medios y para asegurar en todas partes su poder, establecía la dictadura militar.

Este plan como hemos visto anteriormente se complementó con los decretos de Cristina en el corto tiempo que estuvo encargada del despacho de los negocios públicos, pues el indulto general que dictó era un llamamiento general muy acertado para preparar por este medio el que se asegurara la pública tranquilidad.

Y como complemento de todo ello, el rey en 31 de Diciembre de 1832, anuló el codicilo que traidoramente le arrancaron los realistas cuando casi estaba sin vida, firmando una declaración solemne que se publicó en la Gaceta, en la que hacía historia de todo lo ocurrido y sereno su espíritu y sano su cuerpo, anulaba con plena voluntad y propio movimiento, según sus mismas palabras, el referido codicilo torpemente arrancado á su insegura voluntad, y al que declaraba de ningún valor por ser opuesto á las leyes fundamentales de la monarquía, y á las obligaciones que como padre y como rey, debía á su augusta descendencia.

Como los realistas exaltados en vista de todo esto quisieran conquistar la corona por medio de la fuerza, y el obispo de León primero y los secuaces de aquel régimen en Barcelona, Madrid y Toledo después, intentaran sublevaciones, se hizo preciso que el Gobierno mandase á don Carlos desterrado á Portugal marchando allí el Infante en Marzo de 1833.

Más como á los pocos meses determinara Fernando VII, que en Junio de aquel año se verificase la solemne jura de su hija como princesa de Asturias por los prelados, grandes, títulos de las ciudades y villas, de voto en Cortes, en el Monasterio de San Jerónimo de Madrid, D. Carlos, á pesar de ser invitado por su hermano para este acto y de mediar entre ambos larga y expresiva correspondencia, no asistió á él; antes bien, protestó del mismo y del reconocimiento de D.ª Isabel como heredera del reino, teniendo por ello que salir de Portugal por orden del Gobierno.

Un nuevo ataque de gota terminado por apoplegía fulminante, acabó con la vida de Fernando VII el 29 de Septiembre de 1833, cuando solo contaba 49 años de edad, nombrando á su esposa regente del reino, asistida de un Consejo de gobierno.

Durante este período histórico que comprende desde 1777 hasta 1816, con respecto á Portugal ocurren en aquel reino sucesos importantes, muy relacionados con los que tenían lugar en España y que arrancan desde el reinado de Juan VI, hasta el de D.ª María de la Gloria.

Juan VI, después que D.ª María había perdido el juicio y ocupó la regencia su segundo hijo D. Juan, y después también de que este reinara en el Brasil, cuando franceses españoles é ingleses, dominaron en Portugal, volvió á este reino una vez proclamada la constitución democrática, siendo aclamado rey absoluto en 1823.

Su hijo D. Pedro, que era emperador del Brasil, heredó el trono de Portugal en 1826, con el nombre de Pedro IV reinando muy poco, pues bien pronto abdicó la corona en su hija D.ª María de la Gloria.

Esta comenzó á reinar bajo la regencia de su tío D. Miguel, que desleal para con su hermano y para con su sobrina, se hizo proclamar rey en las Cortes de Lamego de 1828.

Tal deslealtad obligó á D. Pedro á venir del Brasil dejando allí á su hijo como emperador, y puesto al frente de los liberales expulsó del trono lusitano á D. Miguel, que disputaba y había arrebatado la corona á D.ª María de la Gloria, la que repuesta como soberana, gobernó unas veces como reina constitucional, y otras como absolutista, ocupando todo el espacio de tiempo de su mando, en la enconada lucha entre moderados y exaltados.

Crítica.=El período constitucional en el reinado de Fernando VII, no merece entusiastas aplausos toda vez que se desarrolló al amparo de las Sociedades secretas, y de eternas conspiraciones, dando por resultado la opresión de la religión, el pueblo armado con la milicia nacional, y la realización de varios crímenes en nombre de lo que llamaban libertad, que llegó á veces á ser la más espantosa tiranía.

Buena prueba de ello fueron las persecuciones políticas, que ensangrentaron todo este período, en el que con odios de raza se buscaban los partidarios del opuesto sistema político, para saciar en ellos instintos de venganza, olvidando entonces, como se olvidó después, que todos eran españoles, y que debía disculparse el entusiasmo, con que cada uno defendía sus propios ideales.

También merece gran censura el segundo período del absolutismo, durante este reinado, pues que fué producto todo él de una reacción hecha sin tino, orden ni concierto, y sin principio fijo de gobierno, sucediendo á la revolución anterior, y como consecuencia del auxilio que Francia nos prestara entonces para reponer en el trono á Fernando VII y amparar los ideales de la España católica y monárquica, cuando este rey con su egoista equilibrio no supo equilibrar verdaderamente la política española, siendo causa de que á su muerte la guerra civil y la revolución se enseñorearan nuevamente de nuestra patria.

Son exageradas las censuras que por algunos se dirigen contra doña Cristina, pues que esta señora, dotada de penetración y de talento, tuvo forzosamente que amparar á los liberales mientras vivió su esposo, pues que comprendía que solo así aseguraba en el trono á su hija Isabel, y por eso tuvo siempre que estar al lado de aquel partido político, y enfrente de los entusiastas sectarios de D. Carlos, enemigos declarados del derecho á reinar que ostentaba su hija.

Esta reinó después á despecho de sus enemigos amparada en la legitimidad de su derecho, que era el que fijaba la Ley de Partida y la antigua legislación española, mucho más cuando su padre derogó con perfectísima razón las disposiciones que á ello se oponían, de importación extranjera, no nacidas del sentimiento nacional, y que pugnaban con nuestras antiguas y genuinas tradiciones en cuanto á la sucesión á la corona.

LECCIÓN 83.

REINADO DE D.ª ISABEL II DURANTE SU MENOR EDAD.

Segundo período de la primera época de la Edad contemporánea de la Historia de España.—Primer subperíodo.—Menor edad de D.ª Isabel II.—Regencia de D.ª María Cristina.—El despotismo ilustrado.—Insurrecciones carlistas y liberales.—Ministerio Martínez de la Rosa.—El Estatuto real.—Exaltados y moderados.—Matanza de los frailes.—Cardero en la Casa de Correos.—Entrada de D. Carlos en España.—Ministerio Toreno.—Juntas en las provincias.—Incremento de la guerra civil.—Muerte de Zumalacárregui.—D. Ramón Cabrera.—Ministerio Mendizábal.—Extinción de las órdenes religiosas y venta de bienes eclesiásticos.—Guerra carlista.—Expedición de Gómez.—Ministerio Isturiz.—Motín de la Granja.—Ministerio Calatrava.—Se proclama la Constitución del año XII.—Batalla de Luchana. D. Carlos á las puertas de Madrid.—Paz y fueros.—Triunfos de Cabrera.—El ejército de reserva.—Narvaez y Espartero.—El partido clerical y el militar, en la corte de D. Carlos.—Intrigas cortesanas.—Convenio de Vergara.—Últimos esfuerzos de Cabrera.—D.ª María Cristina y Espartero.—Fin de la guerra civil.—Espartero duque de la Victoria.—Revolución de 1840.—D.ª María Cristina abdica la regencia.—Manifiesto de D.ª María Cristina.—Cortes de 1841.—Cuestiones sobre la regencia.—Unitarios y trinitarios.—Regencia de Espartero.—Insurrección á favor de D.ª Cristina.—Fusilamiento del general León.—Coalición en las Cortes.—Disolución de estas.—Los ayacuchos.—La frase de Olózaga.—Sublevación contra Espartero.—Acción de Torrejón de Ardóz.—Caída del regente.—Declaración de la mayor edad de D.ª Isabel II.=*Crítica.*—Juicio acerca de la regencia de D.ª María Cristina.—Crítica acerca de la revolución liberal contra los frailes y la desamortización eclesiástica.—Juicio acerca de los pretendidos derechos de D. Carlos.—Idem de la regencia de Espartero.

El segundo período de la primera época de la edad contemporánea de la Historia de España, comprende todo el reinado de D.ª Isabel II, desde que murió su padre Fernando VII, el 29 de Septiembre de 1833, hasta el 28 de Septiembre de 1868, en que por consecuencia de la batalla de Alcolea, consideró perdido el trono y salió de España para Francia.

Este período se divide á su vez en dos subperíodos, comprensivo el primero de la menor edad de D.ª Isabel, que dura diez años, desde 1833 á 1843, y el segundo de su mayor edad, que abarca desde esta fecha hasta la revolución de Septiembre.

Durante la menor edad de esta reina, fué gobernada España por espacio de siete años, con la regencia de su madre D.ª María Cristina, y otros tres con la del general Espartero, hasta que es declarada mayor de edad.

Visto á la muerte de Fernando VII su testamento, y dejando por él á la viuda, regente y gobernadora del reino, encargóse ésta desde luego de la regencia, en unión del consejo de gobierno indicado por el

testador para que, con sus luces y experiencia le aconsejase en los asuntos sometidos á su cuidado.

Viendo la regencia el estado de la nación á la muerte de Fernando VII, la reina gobernadora ratificó sus poderes al ministerio Zea Bermúdez, que en 4 de Octubre de 1833, dió un manifiesto á la nación queriendo mantenerse bajo la base del absolutismo anterior, con protección decidida á la religión y á sus ministros, empleando el sistema de lo que se llamó el despotismo ilustrado, en el que, aún haciendo concesiones á los liberales, estos le rechazaron, así como los absolutistas tampoco lo aceptaron, creyendo se variaban los antiguos moldes de gobierno.

Los absolutistas y los liberales, cada uno por su parte, con los nombres de «carlistas» y de «isabelinos», intentaron insurrecciones armadas ú oposición dentro del gobierno, poniendo en grande aprieto al ministerio Zea Bermúdez, que fué impotente para oponerse á las aspiraciones de todos, especialmente de los partidarios de D. Carlos, que desde la muerte de Fernando VII había sido proclamado rey por los suyos, en la Rioja y en las Vascongadas.

Y entonces tiene que sucederle otro ministerio, presidido por Martínez de la Rosa, como contrapeso al absolutismo del anterior, y que procedente de las cortes de Cádiz, más moderado entonces, representa el partido liberal dinástico y es el primer ministro que sustituye con la monarquía constitucional, la monarquía absoluta, empezando por decretar la libertad de imprenta, creando la milicia urbana, y dando importancia á la representación nacional.

Mucho satisfizo á los liberales las primeras medidas tomadas por éste, pero al promulgarse la pragmática llamada «Estatuto Real», en Abril de 1834, por la que se mandaba convocar Cortes según este código político, y después la ley electoral, no se satisfacieron ya las aspiraciones de los que querían á todo trance el predominio de la constitución del año 12, y veían sólo en el nuevo código una mezcla informe de las antiguas cortes españolas, ó una constitución imperial.

Por eso surge inmediatamente una división entre los isabelinos, resucitándose los antiguos nombres de moderados y exaltados, según se conformasen con los procedimientos del ministerio, ó aspirasen á más ámplias concesiones en sentido liberal.

Estos, que no podían disimular su odio al clero y á las órdenes religiosas, tomaron pretexto de los grandes estragos que hacía en la corte la epidemia colérica de 1834, y propalando la falsa especie de que esto ocurría por haber envenenado los frailes las fuentes públicas de Madrid, dieron rienda suelta al populacho, que dirigido por encubiertos sectarios, acometieron al colegio de Jesuítas, Santo Tomás, la Merced y Atocha, cuyos edificios saquearon, dando muerte cruel á más de ciento cincuenta religiosos, casi á presencia de las autoridades y sin que por estas se tomasen medidas para impedirlo.

Mientras tanto, y funcionando ya las Cortes del Estatuto en su primera legislatura, los exaltados hicieron al ministerio una ruda oposición en sentido ampliamente liberal, pidiendo que se votara la tabla de

derechos, que no era otra cosa que una imitación de los derechos del hombre de la revolución francesa, y que venía á matar el código político que poco tiempo hacía se había promulgado; minándose parte del ejército con estas doctrinas, y comenzando esa serie de motines tan frecuentes en el reinado de D.ª Isabel II, siendo el primero la sublevación del teniente Cardero, que con seiscientos de los suyos se posesionó de la casa de correos en la Puerta del Sol, pretendiendo derribar el ministerio, lo que al fin consigue por las debilidades de Martínez de la Rosa, que aún después de saber que los amotinados habían ocasionado la muerte de Canterac, capitán general de Madrid, capituló con ellos y los dejó salir del sitio donde se parapetaban, y después de la Corte, con aires y orgullo de vencedores.

Por entonces, los partidarios de D. Carlos habían hecho que la guerra tomara proporciones extraordinarias, merced á los talentos militares del jefe D. Tomás Zumalacárregui, que hizo adelantar la empresa guerrera, á pesar de la cuádruple alianza en que entramos, y con lo que se creyó terminada la guerra civil, no ocurriendo así, sino que los carlistas fueron animándose cada vez más, y sobre todo, cuando D. Carlos disfrazado vino de Londres atravesando Francia, y penetró en España por la parte de Navarra, alentando grandemente á los suyos y exasperando la guerra, á pesar de que Martínez de la Rosa, creía que el pretendiente en nuestra patria, era solo «*un faccioso más*».

Todos estos sucesos, así como la revolución latente en España, empiezan á gastar el prestigio de la reina gobernadora, teniendo que suceder en el gobierno el conde de Toreno, á mediados del año 1835, que formó un ministerio especial con hombres de talento y de prestigio, pero que fué tan desgraciado en sus gestiones como su antecesor, toda vez que los motines populares se reprodujeron como antes, y el furor del populacho se exteriorizó más que nunca contra los frailes, en Madrid, Valencia y toda Cataluña, así como en Murcia, acompañando el incendio al asesinato de aquellos indefensos religiosos, y creyendo el ministerio apaciguar aquellas hordas levantiscas y desalmadas, aboliendo la Compañía de Jesús y suprimiendo los conventos donde no hubiera doce religiosos profesos.

La revolución fué cundiendo por todas partes en contra del Gabinete Toreno, presentándose de una manera clara y patente la lucha entre el principio autoritario y el principio popular, surgiendo una rebelión general en todas las provincias que establecieron Juntas Supremas, y que se declararon independientes del poder Central, haciendo caer sin prestigio alguno al ministerio.

La guerra civil, merced á las cualidades de Zumalacárregui, y á su talento organizador, había tomado proporciones extraordinarias y tal incremento, que lograron los parciales de D. Carlos formar aguerridas huestes en las provincias Vascongadas y Navarra, resistiendo con éxito á los generales isabelinos, que sucesivamente iban á combatirles.

Y hubieran adelantado mucho más aprovechando aquellos triunfos, á no ser porque herido y muerto Zumalacárregui en el sitio de Bilbao

en 1835, hubo necesidad de reaccionar aquellas huestes, y pensar en quien inmediatamente se encargara de la dirección de la causa del pretendiente, y de la guerra civil por parte de éste.

Como quiera que ya en el Maestrazgo había dado, así como en Aragón, grandes muestras de su valor guerrero el general D. Ramón Cabrera, este fué desde entonces el alma del carlismo en España, estableciendo un régimen administrativo especial en los pueblos que dominaba, y distinguiéndose entre todos por su sagacidad y valor, así como por su crueldad contra los liberales.

Con la dimisión del conde de Toreno, se entroniza un nuevo período en el gobierno de España, al ser nombrado presidente del consejo don Juan Alvarez Mendizábal, que entró en el Ministerio precedido de gran fama de hacendista, y que llevó al Gobierno las doctrinas revolucionarias de las Juntas provinciales, sometiéndolas al poder central, alcanzando grande popularidad en un principio, obteniendo de las Cortes un voto de confianza para arbitrar recursos y decayendo su poder hasta extinguirse por completo, cuando se fraccionó la minoría progresista que había llevado á las Cortes, y perdió la confianza de la reina gobernadora.

El voto de confianza que Mendizábal obtuvo de las Cortes, lo aprovechó en extinguir las órdenes religiosas y vender sus bienes, lo que no benefició en nada la hacienda pública, pero sí hizo crear varias fortunas particulares á la sombra de estos decretos revolucionarios, no logrando el primer ministro tampoco acabar como prometiera la guerra carlista, siendo esto causa de su grande desprestigio hasta entre sus partidarios, no quedando de su tiempo otro recuerdo subsistente, que la supresión por él decretada, del antiguo traje de sotana y manteo que usaban los escolares de nuestras universidades, y que siempre repugnó al ministro por cierto parecido que tenía con el traje de nuestros sacerdotes.

Todos estos desconciertos del gobierno y los ataques á las creencias religiosas del pueblo español, así como la indisciplina existente en el ejército liberal, fueron causas ocasionales de que aumentara considerablemente la guerra carlista, no solo en el Norte, sino también en Aragón, Cataluña y Valencia, anunciándose su extensión á otras regiones españolas.

Y entonces el jefe carlista Gómez, hizo una expedición afortunada, invadiendo primero Asturias y Galicia, y después Castilla, reuniéndosele Cabrera, y dirigiéndose luego á Andalucía, donde logró sembrar el pánico entrando en Córdoba, invadiendo después á Extremadura, y librándose acciones militares importantes entre los dos jefes carlistas, y Narváez en representación del ejército de la reina.

El Ministerio Mendizábal iba decayendo en popularidad, y los sucesos relacionados con el gobierno, así como los íntimamente ligados con la guerra, le obligaron á presentar la dimisión, sustituyéndole Isturiz, que era más moderado en sus tendencias, pero que encontrándose en oposición con las Cortes, tubo que disolverlas, lo que fué causa de sublevaciones en todas partes, alarmándose mucho el ministerio al

verse dominado por la milicia nacional, y sin recibir socorros de Francia, á quien se había pedido interviniese en los asuntos de España.

Las sublevaciones cundieron rápidamente, empezando por Málaga, que proclamó la constitución de 1812, siguiendo por toda Andalucía, Aragón, Cataluña y Valencia, llegando á Madrid, y dándose el caso inaudito, de que estando la reina en la Granja, se verificase allí el motín de este nombre, dirigido por el sargento Higinio García, que á los gritos de «viva la constitución», invadió el palacio, y obligó á la soberana á jurar el referido código político, como medio de solucionar aquella crisis.

Este hecho determinó la subida al poder de los progresistas, y que estando en plena revolución comenzase un período de persecución contra los moderados, los carlistas y el clero. Ocupó el ministerio Calatrava, que pertenecía á los exaltados, volviendo después Mendizábal para darle todavía tinte más liberal al ministerio.

La milicia nacional ejerce entonces decidido influjo en los negocios públicos, y las insurrecciones militares van secundando á las del pueblo, no sin que solemnemente se hubiese jurado la constitución del año 12, como ley del reino en 1836, y que el general Córdoba, de antecedentes absolutistas, pero leal á la reina, dejase el mando de las tropas, sustituyéndole Espartero, de abolengo liberal y con grandes simpatías entre los soldados. Durante el ministerio Calatrava, se promulgó la constitución de 1837, hecha en las Cortes con carácter esencialmente revolucionario; y se desbordó la prensa, sonando por primera vez la palabra *socialismo*.

Mientras tanto, D. Carlos había puesto nuevamente sitio á Bilbao, el que pudo salvarse segunda vez del asedio, no sólo por el sublime esfuerzo de sus moradores, sino también por los oportunos movimientos de Espartero en auxilio de la plaza, y después de alguna escaramuza logró un triunfo decisivo sobre los carlistas en el puente de Luchana, recobrando todas las posiciones que ocupaban aquéllos, y libertando la ciudad sitiada.

Este descalabro enardeció á D. Carlos, que puesto al frente del ejército logró triunfos en Aragón y Valencia, y ya en 1837 acampó cerca de Madrid, llenando de consternación al Gobierno, al Congreso y á la milicia, pero no tuvo suficiente serenidad para concluir la empresa, y por temor á Espartero se retiró á las Vascongadas, no sin que antes sufriese algún descalabro en su retirada.

La traición había entrado ya en el real de D. Carlos, y esto más que nada comenzó á hacerle vivir prevenido, justificándose sus temores por la indisciplina militar que empezó á cundir en su ejército, dándose á conocer también esta situación por el grito de «paz y fueros», que resonó en Guipúzcoa, dada por el escribano de Berastegui, llamado Muñagorri, alentado por el gobierno de la reina, el que bién pronto fué vencido por los carlistas, no volviendo á figurar más por entonces en estos acontecimientos.

Los triunfos de Cabrera le fueron dando grande renombre en el ejército carlista, y el sitio de Morella, que le valió el título de «conde» de

este nombre, y el vencimiento del general Pardiñas, le hicieron acrecer en importancia militar, cuyos prestigios casi siempre manchó con sangre, fusilando en una sola ocasión á noventa y seis sargentos prisioneros, mereciendo el título de «azote de la humanidad», y que la guerra apareciese entonces, más una lucha de fieras que de hombres.

A los ministerios anteriores sucedieron otros, entre ellos el de el conde de Ofalia, que dispuso la creación de un ejército de reserva para Andalucía, mandado por el general D. Ramón María Narvaez, con el fin de que estuviese pronto para reparar cualquier desastre, que los azares de la guerra ocasionasen en los ejércitos de operaciones, y amparase á ser preciso, la capital de la monarquía, cuyo proyecto, puesto en ejecución, experimentó grandes contrariedades, que más tarde produjeron su disolución.

Mas siendo distintas las aspiraciones de Narvaez y Espartero, y aumentando los motines hasta en Madrid, se dispuso que el primero fuese á la capital de España, lo que disgustó á Espartero, y ocasionó el que se diseminaran los cuerpos de ejército, y se retirara Narvaez á Loja, no sin que después intentase en Sevilla un movimiento revolucionario, que fué vencido, y que le obligó á marchar al extranjero, sucediendo el ministerio Pérez de Castro, al del duque de Frías, que relevara al conde de Ofalia, en el despacho de los negocios públicos.

Entre tanto, en la corte de D. Carlos y en su ejército, iban apareciendo los gérmenes de descomposición del partido, con la jefatura del general Maroto, los pronunciamientos en aquel campo, y la sorda lucha sostenida entre el partido clerical, y el militar del mismo.

Las intrigas cortesanas fueron aumentando, al mismo tiempo que Maroto fusilaba muchos de los suyos, y mientras que sus enemigos querían que D. Carlos le declarase traidor, aquél seguía con Espartero los preliminares para ajustar una paz honrosa, pretendiendo interesar á su titulado rey en estas negociaciones, que rechazó el pretendiente, pero que dió por resultado en plazo próximo el fin de la guerra, toda vez, que al partido teocrático, había sucedido el de los militares y el de los absolutistas ilustrados.

Y al fin, en 1839, convencido Maroto de la impopularidad del príncipe, por quién se habían sacrificado tantas vidas, se entendió con Espartero, desentendiéndose de su titulado rey, y se entablaron los preliminares para un acomodamiento que pusiese fin á la guerra civil, firmándose la paz y convenio de Vergara, el 31 de Agosto de aquel año, abrazándose los generales de ambos ejércitos, y los batallones isabelinos y carlistas, ofreciéndose en dicho convenio, que las Cortes concederían ó modificarían los fueros de las provincias Vascongadas y de Navarra, reconociéndose todos los grados y empleos del ejército carlista.

D. Carlos, perseguido por Espartero, huyó cobardemente traspasando la frontera, dándose casi por terminada la guerra civil, aunque Cabrera hizo durante un año sus últimos esfuerzos en el Maestrazgo y en Cataluña, sin resultados positivos, pues que el 6 de Junio de 1840,

tuvo que abandonar la lucha que por su cuenta sostenía, y entrar en Francia seguido de algunos jefes, y de un ejército de 20,000 hombres.

D.ª María Cristina, recompensó con largueza los servicios de Espartero, por sus triunfos contra el ejército carlista; pero cuando terminaban estos sucesos, tuvo de él recelos, encariñada como estaba entonces con los ideales moderados, cuyo partido creía podía ser más que ningún otro, el sostén del trono de su augusta hija.

Pero finalizada la guerra civil, con el convenio de Vergara, y la retirada de Cabrera á Francia, los partidos se aprestaron á la lucha, poniendo los moderados sus ojos en los generales Córdoba y Narvaez, y los progresistas en Espartero, afortunado vencedor en la pasada guerra.

Este había recibido como premio á sus hazañas, el título de duque de la Victoria, y fué el alma del movimiento revolucionario que comenzó á iniciarse, y que más tarde había de hacer caer de la regencia á D.ª María Cristina.

En efecto, comienza la revolución de 1840, y después de negarse Espartero á sofocar el primer movimiento revolucionario, es encargado por la Regente de la formación de ministerio, que desde luego empezó á explanar en el gobierno su sistema particular, con el fin de consolidar su triunfo guerrero, con su triunfo político y social.

Los derroteros que comenzó á seguir el nuevo gobierno, disgustaron notablemente á la reina gobernadora, que se vió obligada por fuerza de las circunstancias, á tomar una resolución extrema, abdicando la regencia en 17 de Octubre de 1840: y embarcándose en el puerto del Grao, con el título de condesa de Vista-alegre, llegó á Marsella, mientras que Espartero, con el ministerio regencia, acompañaba á la reina Isabel á Madrid, donde publicaba un manifiesto á la nación, dándole cuenta de los derroteros que iba á seguir el nuevo gobierno, para la dirección de los negocios públicos.

Al llegar á tierra extranjera, publicó D.ª Cristina un manifiesto explicando las causas que le habían obligado á abandonar la regencia, y las humillaciones y padecimientos que habían acibarado los últimos días de su gobierno, quejándose amargamente de la ingratitud de todos. A este documento, contestaron los enemigos de la regente, que no debía llorar su ausencia de la patria, cuando en país extranjero iba á disfrutar sus tesoros, en unión de su segundo esposo, el guardia de Corps, don Fernando Muñóz, después duque de Rianzares. El Nuncio en Madrid, y el Papa en Roma, censuraron su gobierno durante la regencia.

Las Cortes de 1841 se reunieron, investigando el estado económico del Real patrimonio, y tomando disposiciones administrativas, rompiendo también con la Corte de Roma por diferencias surgidas con ella, al cerrar el Tribunal de la Nunciatura, y cometer actos de persecución y arbitrariedad contra la iglesia.

Al ocuparse el Parlamento de la regencia definitiva, para que terminase sus poderes el ministerio regencia, comenzaron las diferencias de apreciación entre los diputados, casi todos progresistas, de los que na-

die se oponía á la personalidad de Espartero, para que formase parte de la regencia del reino.

La cuestión sólo giraba acerca de si debían ser uno ó tres los regentes, dividiéndose desde luego los representantes del país, en unitarios entusiastamente defendidos por D. Salustiano Olózaga, y los trinitarios, que los amparaba D. Joaquín María López.

Al fin, conocida la opinión del duque de la Victoria, que no quería llevar más que el sólo, el cargo y responsabilidad del mismo caso de ser elegido, votóse la clase de regencia que iba á ejercerse, resultando vencedora la única, y después, en cuanto á la persona que había de ejercerla, obtuvo Espartero 179 votos, 103 D. Agustín Argüelles, y 5 D.ª María Cristina, siendo nombrado el primero, jurando inmediatamente su cargo, y dimitiendo el ministerio de la regencia provisional.

Esto ocurría en Mayo de 1841, y en Julio es nombrado tutor de la reina, el respetable anciano D. Agustín Argüelles, lo que hizo á doña Cristina protestar desde el extranjero, asegurando que lo hecho por las Cortes respecto á la tutela, era una usurpación, y cuyo manifiesto enardeció los ánimos de sus parciales, haciendo que se fraguara una conspiración á favor de Cristina, por el partido moderado, defendiéndola los generales O'Donnell, Concha, León y otros, mientras que el ministerio primero del regente Espartero, había empezado á poner en práctica sus principios de exagerada libertad, atacando á la iglesia, y llegando el ministro de justicia D. José Alonso, á provocar el cisma en la nación española, publicando una circular en que se negaba hasta el primado del Papa.

Estas intentonas revolucionarias, fueron ahogadas en sangre por el regente, pues que mandando tropas contra los rebeldes, les venció, y preso el general León y otros, fueron sujetos á consejo de guerra permanente, y condenados á muerte, de la que no les salvó, ni los ruegos de la jóven reina, muriendo el conde de Velazcoin, fusilado en Madrid con entereza inaudita, dando él con grande valor las voces de mando para su ejecución, y siendo también pasados por las armas en Zaragoza y Vitoria, los generales Borso de Carminati y Montes de Oca.

Se forma entonces una coalición en las Cortes, donde había tres fracciones, la de los ministeriales, la de los trinitarios y la de los disidentes, (y en la que por primera vez apunta la idea republicana), presentándose una proposición de coalición parlamentaria, que con su voto de censura hace caer el ministerio, desbordándose ya la oposición contra Espartero, que toma medidas enérgicas bombardeando á Barcelona que se había rebelado contra la regencia, no sin que también tuviera que variar de ministerios.

Después de estos sucesos, y de dar Espartero un manifiesto al país para que no se dejase alucinar por los enemigos de la libertad, al ver que prensa, pueblo y ejército se habían unido contra él, disolvió las Cortes en 3 de Enero de 1843, convocando otras nuevas para el 3 de Abril de aquel año, nombrando presidente del consejo de ministros á D. Joaquín M.ª López.

Bien pronto aquellas Cortes no pudieron ser contenidas por el regente y los ministros, y el grupo de los Ayacuchos, ó sea de los que culpaban falsamente á Espartero de que, después de haber vendido á América en la batalla de este nombre, iba ahora á vender á España á los ingleses, arreciaron sus ataques contra el Regente, encontrando apoyo en los demás lados de la Cámara.

Luego los Ministerios se suceden por estar en desacuerdo con el regente, y el 20 de Mayo de aquel año, la representación nacional escarnece y silba en el Congreso al ministerio Gómez Becerra, disolviendo nuevamente las Cortes Espartero, y dando los diputados la señal de combate contra la regencia por boca de Olózaga, al decir este: «Dios salve al país,» «Dios salve á la reina».

No basta que Espartero dé un manifiesto explicando su conducta, pues que la sublevación se hace general, y Prim en Cataluña, Narváez, Concha y Pezuela, en otras partes, (todos moderados entonces), se alzan frente al regente que sale á campaña en contra de los rebeldes, de los que era alma el general Narváez.

Los moderados llegan a bloquear á Madrid; Narváez se sitúa en Fuencarral, y ya se hace precisa una acción guerrera, confiando los liberales en los socorros que esperaban para defender la capital del reino, y en los planes de Espartero, de quien creían que llegaría á tiempo el auxilio necesario.

Pero no ocurrió así, y dándose la acción de Torrejón de Ardóz, en que Narváez venció á las tropas del regente, capitula Madrid, entrando reunidos los dos ejércitos, disolviéndose la milicia nacional, y nombrándose un Gobierno provisional, bajo la presidencia del referido don Joaquín M.ª López.

Ya se hace inminente la caída de Espartero, que de Albacete donde se situó al principio marchó á Andalucía, disolviendo su ejército en Utrera, después de defenderse en Sevilla contra los moderados, y embarcándose en el Puerto de Santa María, con rumbo á Londres, dimitió la regencia á bordo del vapor Betis, y se salvó milagrosamente de una muerte segura, á haberle alcanzado á tiempo el general Concha.

Estos sucesos tenían lugar en Julio de 1843, é inmediatamente el ministerio provisional destituyó de la regencia á Espartero, expidiendo un decreto declarándole traidor, y privándole de sus títulos, empleos y condecoraciones, y anunciándose solemnemente, que dado el fracaso de la regencia, se hacía preciso anticipar la mayoría de la reina, aún en contra de lo que debía ser, y de lo que, previsoramente, determinaba Fernando VII en su testamento.

Crítica.=La regencia de D.ª María Cristina, merece un juicio imparcial, pero no elogios, pues qué, vacilante y temerosa en sus determinaciones, se echó en brazos de unos y otros partidos durante su mando, realizándose en ella algunos actos que pugnaban con la opinión general del país, y adulando en alguna ocasión por determinación propia á los exaltados, cuando había comenzado absolutista, y sus ideales eran verdaderamente los del partido moderado. También es censurable

su segundo matrimonio, durante la regencia que al hacerse público, disgustó mucho al país.

La revolución liberal contra los frailes en este tiempo, y la desamortización eclesiástica, solo merecen agrias censuras, pues en la primera no respondió el pueblo español á sus hermosos y tradicionales principios de hidalguía, asesinando indefensos religiosos con falsos pretextos, y en la segunda, con disfrases jurídicos, se cometió un verdadero atentado á la propiedad legítima de la iglesia y de las comunidades religiosas.

Los pretendidos derechos de D. Carlos al trono de España, no tienen ni han podido tener nunca seria defensa, pues que se fundaban solo en los preceptos de una ley venida de fuera de España, inconvenientemente implantada en nuestra nación, y derogada por quien podía hacerlo, recordando no solo sus deberes de padre, sino también la no interrumpida tradición española en cuanto á la sucesión á la corona.

La regencia de Espartero fué desgraciadísima en nuestra patria, pues toda ella se cifra solo en el entronizamiento del partido progresista, y de su propio poder, y los alzamientos contínuos en su contra, así como su divorcio de la Corte romana, son prueba de que no llegó á identificarse con el pueblo español, aunque no sea lícito dudar de la rectitud de sus intenciones y de su acendrada fe monárquica.

LECCIÓN 84.

REINADO DE DOÑA ISABEL II EN SU MAYOR EDAD, HASTA LA REVOLUCIÓN DE 1854.

Segundo subperíodo del período segundo de la primera época de la Edad contemporánea de la Historia de España.—Mayor edad de D.ª Isabel II.—Rápida sucesión de ministerios. —Ministerio de Olózaga.—Los moderados en el poder.—Ministerio de González Bravo.—Insurrecciones de Alicante y Cartagena.—Desarme de la milicia nacional.—Vuelve á España la Reina madre.—Constitución de 1845.—Abdicación de D. Carlos en favor del conde de Montemolín.—Su manifiesto.—Insurrección en Galicia.—Tratos para el enlace de la Reina y de la Infanta.—Matrimonios de éstas.—Reformas.—Los puritanos.—Nuevos ministerios. —Nueva guerra carlista.—Intervención española en Portugal.—Ministerio Narvaez.—La república en Francia.—Es expulsado de Madrid el embajador inglés.—Cabrera en Cataluña.—Reconciliación entre Roma y España.—Expedición á Italia.—Pacificación de Cataluña.—Ministerio relámpago.—Tentativas de los Estados Unidos contra Cuba.—Ministerio de Bravo Murillo.—El Concordato de 1851.—Otra tentativa contra Cuba.—Nacimiento de la Infanta D.ª María Isabel.—El cura Merino.—Otros sucesos.—Proyecto de reforma constitucional.—Nuevos ministerios.—Medidas represivas.—Se inicia la revolución.—Motines.—El campo de Guardias y Vicálvaro.—Espartero y O'Donnell suben al poder.=*Crítica.*—Juicio acerca de los primeros actos del Reinado de D.ª Isabel II en su mayor edad.—Crítica de la influencia del partido moderado.—La expedición á Italia y sus efectos.—Juicio acerca de la actitud de los Estados Unidos sobre Cuba.

El segundo subperíodo del período segundo de la primera época de la edad contemporánea de la Historia de España, comprende desde la declaración de D.ª Isabel II como mayor edad, en 10 de Noviembre de 1843, hasta el 28 de Septiembre de 1868, en que, los ejércitos de la reina fueron vencidos en la batalla de Alcolea, marchando á Francia D.ª Isabel.

Después de la salida de Espartero de España, y de vencido el pronunciamiento de Zaragoza, anticonstitucionalmente es declarada mayor de edad Isabel II, jurando la constitución y dimitiendo el ministerio provisional.

Entonces comienza una rápida sucesión de ministerios, en que se dibujan las tendencias políticas del país, y en que los motines parece no han desaparecido de nuestra patria.

Es el primero el de D. Salustiano Olózaga, que sucede á López, pero quedando formando parte del mismo el general Serrano que tenía grande ascendiente en palacio. Durante este ministerio se dá un decreto, revalidando todos los empleos, gracias, honores y condecoraciones concedidas por el gobierno de la regente, hasta que salió de España.

Coincidiendo el no tener mayoría en las Cortes este ministerio, y el vivo deseo de los moderados de subir al poder, al ver aparecer en la Gaceta el decreto de disolución, hicieron correr por Madrid la noticia de que se había arrancado violentamente la firma de este decreto á la joven reina, por lo que, le acusaron públicamente ante la representación nacional, logrando se exonerase á Olózaga y ellos le sucediesen en el poder, no sin que aquel, se defendiese con entereza en las Cortes antes de ser desterrado por sus enemigos.

Sucede en el ministerio D. Luis González Bravo, que comienza á dar un tinte esencialmente moderado á todos sus actos, renegando de su pasada historia, y que después de hacer que el Congreso dirigiese á la reina un mensaje acerca de los pasados sucesos, suspendió las sesiones de Cortes, rehabilitó el pago de la asignación á D.ª María Cristina, disminuyó el poder de Diputaciones y Ayuntamientos, y trató con gran benevolencia al clero.

Entre tanto, al comenzar el año 1844, los progresistas celebraban una reunión electoral, proclamando la unión de todos sus correligionarios, lo que les hizo triunfar en las elecciones de Madrid, y que en vista del giro que tomaba el ministerio, hubiese pronunciamientos en Alicante y Cartagena, que fueron vencidos con mano fuerte por las tropas del gobierno.

Y como quiera que todos los alientos y todo el apoyo lo recibían los progresistas de la milicia nacional, á ella se le culpó de haber sostenido y llevado á cabo los pasados alzamientos, por lo que, se acordó desde luego el desarme de la misma, comenzando por su disolución en Zaragoza y continuando en las demás provincias españolas.

Otro de los actos característicos del ministerio González Bravo, fué el haber abierto las puertas de España á la desterrada D.ª María Cristina, que entró en ella entre las aclamaciones de sus partidarios, y á cuyo suceso siguió una modificación parcial en el orden político, cayendo del ministerio González Bravo, y sucediéndole Narváez.

Durante su ministerio, se disuelven las Cortes, se dá la Constitución de 1845 como reforma radical de la de 1837, á pesar de la división del partido moderado, (entre reformistas y antirreformistas), venciendo los primeros y eliminándose en ella todos los principios democráticos, si bien subsistió la libertad de imprenta y fué más amplia en cuestión religiosa. De este tiempo es el plan de estudios de D. Pedro José Pidal, base de los posteriores y la creación de nuevos impuestos, entre ellos el de consumos, así como el arreglo de Ayuntamientos y Diputaciones provinciales, la ley de culto y clero, y la creación de la guardia civil.

Mientras tanto, se suceden grandes diferencias entre los moderados, que al principio de 1846 tiene que caer Narváez, sustituyéndole otros ministerios, en tanto que D. Carlos renuncia todos sus derechos en su hijo el conde de Montemolín, que para ver de realizar el pensamiento que había concebido, cambia en absoluto de conducta y se muestra tolerante con las opiniones políticas de los demás, leyendo libros y periódicos de diferentes ideas.

Consecuencia del plan que había concebido, publicó un manifiesto

al país, que más parecía una pretensión á la mano de D.ª Isabel, que un manifiesto político, pues que invocando sus derechos, se deducía no se había de conformar con solo el título de rey consorte, y aspiraba á la gobernación del reino en unión de D.ª Isabel si hubiese llegado á ser su esposa, con el fin de que se lograse durante su mando y en su descendencia, la fusión de ambas ramas monárquicas.

Por este tiempo, y durante el ministerio Isturiz, estalla en Galicia una sublevación en sentido progresista, dirigida por el comandante Solís, que al fin es sofocada por el general D. José de la Concha, haciendo prisionero á su jefe y fusilándolo en 26 de Abril de 1846.

La cuestión del matrimonio de la reina y los tratos para realizarlo, ahondó cada vez más las diferencias en el partido moderado, apadrinando D.ª María Cristina y Narváez al conde de Trápani, que fué rechazado por todo el pueblo español, y pensándose después en los Infantes D. Enrique y D. Francisco de Asís, ó en un hijo de Luis Felipe de Francia. Este último fué descartado bien pronto por temor de no despertar las iras de Inglaterra, así como D. Enrique se hizo antipático al partido moderado, por las imprudencias políticas que había cometido, quedando solo el Infante D. Francisco de Asís.

Por eso, con este se verifica el matrimonio de la reina el 10 de Octubre de aquel año, así como en el mismo día tiene también lugar el enlace de su hermana D.ª Luisa con el duque de Monpensier, hijo de Luis Felipe, lo que excitó las iras del conde de Montemolín, que inmediatamente publicó un manifiesto al país, anunciando su resolución de acudir á las armas para defender los que creía sus derechos.

Mientras tanto, el ministerio había acometido reformas de todo género en la administración del país, y merced á nuestro embajador en Roma, se habían echado las bases para un nuevo concordato, desentendiéndose también de la protesta del gobierno inglés, por el matrimonio de la Infanta D.ª María Luisa con el duque de Monpensier, publicándose así mismo una amnistía para los progresistas emigrados.

Al ministerio Isturiz, sucedió el del duque de Sotomayor, y á este bien pronto reemplazó el que representaba la fracción puritana, presidido por D. Joaquín Francisco Pacheco, que bien pronto se desacreditó por su marcha vacilante y su apatía, si bien se dispuso el ministerio á intervenir en Portugal, siendo el alma de aquel, D. José de Salamanca.

Se suceden otros ministerios, siendo el más importante el de Goyena, que mejor debiera llamarse de Salamanca, pues aunque no lo presidió, era el verdadero director de los negocios públicos, y á su caída el ministerio Narváez-Arrazola; ocurriendo por entonces el advenimiento al pontificado de Pío IX, que en sus primeros pasos, y solo momentáneamente, empieza con respecto á España una política de atracción, para concluir si hubiera podido, con las luchas civiles.

La nueva guerra carlista, surge como hemos dicho anteriormente, por haber desaparecido con el matrimonio de la reina, toda esperanza de reconciliación entre las dos ramas borbónicas, provocándose un alzamiento carlista, capitaneado por Tristany y el Ros de Eroles, que fueron presos y fusilados, aunque no con esto terminó la guerra, cuya

primera intentona fué muy desgraciada para los carlistas, y en la que, con grande previsión, no quiso entrar el general Cabrera.

La intervención española en Portugal, tuvo por causa la revolución que allí estallara en contra de D.ª María de la Gloria, por lo que, ante los temores de que Inglaterra fuese solo árbitra en los negocios de aquel reino, y que aquella rebelión se extendiese á España, de acuerdo con los ministros lusitanos, se mandó allí una expedición armada de doce mil hombres, á cuyo frente iba el general D. Manuel de la Concha, que con habilidad suma, y sin disparar un tiro, logró matar aquella revolución, recibiendo por ello el título de marqués del Duero.

Y ahora, en 1848, comienza la verdadera dictadura de Narváez y el dominio de la reacción en nuestra patria, que se distingue por las medidas de represión dictadas por aquel grande hombre, que en su exquisita penetración, quiso evitar que la revolución imperante en Europa, penetrase en España.

En efecto, la revolución triunfó en Francia, donde fué arrojado del trono Luis Felipe, en Febrero de 1848, proclamándose allí la república, en tanto que en Roma, Pío IX estaba como cautivo de las turbas, y reclamaba el auxilio de todos los países católicos.

A pesar de la dictadura de Narváez, hay conatos de rebeliones en España, que obligan al presidente del consejo á suspender las garantías constitucionales, á levantar un crecido empréstito y á dictar un decreto, destituyendo al infante D. Enrique de todos sus honores, matando también todos los movimientos revolucionarios intentados por entonces en España, y teniendo el arranque Narváez, aún á costa de arrostrar las iras de Inglaterra, de entregar los pasaportes al embajador inglés Mister Bulwer, indignado al ver que este se mezclaba en nuestros asuntos políticos, favoreciendo á los revolucionarios.

La guerra carlista toma nuevos giros á mediados de 1848, presentándose Cabrera en Cataluña animando á sus parciales, y secundando los trabajos del general Elío en las provincias Vascongadas, que no dieron resultado por entonces, teniendo el conde de Morella á los pocos meses que retirarse á Francia.

Pensóse entonces en la reconciliación con la Santa Sede, y al efecto, estando ya en España el Nuncio de su Santidad, con poderes de embajador, se acordaron las bases del arreglo tratando de dotar á algunas Iglesias de pastores, que por tantos años estuvieron privados de ellas, quedando reanudadas nuestras relaciones con Roma, cuyo acto se celebró con acciones de gracias en todas las Iglesias de España.

Las cuestiones que surgieron en la capital de los estados pontificios por los revolucionarios de Italia, sitiando el palacio del Quirinal, y asesinando al ministro del Papa Rossi, con abandono del cuerpo diplomático, hicieron que se reclamase por el pontífice el apoyo de las naciones católicas, mandando allí Narváez en 1849, una expedición dirigida por el general Córdoba, para amparar al pontífice, siendo recibido por el Papa con muestras de grande afecto, pero no pudiendo hacer nada en favor suyo, á causa de que Napoleón se había adelantado á los sucesos, sitiando á Roma y colocando á Pío IX en su trono, el que dió las

gracias más expresivas á la nación española por cuanto había hecho en su obsequio.

En Junio de 1849, nuestras tropas terminan de modo satisfactorio la campaña de Cataluña, merced al género de guerra allí implantado por el general D. Manuel de la Concha, que dió por resultado la detención de Montemolín en la frontera y la huída de Cabrera á Francia.

Mientras tanto, cunde por Madrid la noticia de haber caído Narvaez del poder, sucediéndole el conde de Cleonard, cuyo ministerio tiene tan pocas horas como producto de un golpe de Estado mal dirigido, que se le conoce en la historia con el título del «Ministerio relámpago», subiendo nuevamente al poder Narváez, por las indicaciones de la reina madre.

Y entonces empiezan á exteriorizarse los deseos de los radicales de los Estados Unidos, para arrebatarnos la Isla de Cuba, poniéndose al frente de una expedición armada el general emigrado, D. Narciso López, cuyo plan quedó frustrado, apesar de su desembarco en Cárdenas, pues las tropas y los naturales les obligaron á retirarse, sirviendo esto de aviso al gobierno español para conocer cuáles eran las aspiraciones de los Estados de la Unión en nuestra contra.

Por cuestiones de hacienda surgen diferencias en el ministerio, que obligan á Narváez á dimitir, sucediéndole en él D. Juan Bravo Murillo en Enero de 1851, el que respondió muy bien á su programa, pues basado en el sistema de economías con sus acertadas medidas económicas, dió nuevo impulso á la agricultura, industria y comercio, fomentó las obras públicas, proyectando también el definitivo arreglo de la deuda española.

En su tiempo también se arregló con Roma un Concordato en 16 de Marzo de 1851, por el cual se sancionaba la exclusiva existencia del catolicismo en España, se fijaba la dotación del clero, se reconocía en la iglesia el derecho de adquirir, y se declaraba la admisión y restablecimiento de las órdenes religiosas.

En Agosto del mismo año, tiene lugar otro atentado contra Cuba, por los fugitivos de Cárdenas dirigidos por el mismo López, que después de vencido con los suyos y hecho prisionero, fué ejecutado, muriendo en vil garrote en la plaza de la Habana, con otros de los comprometidos en aquella intentona, y viéndose obligado el gobierno de los Estados Unidos á dar satisfacciones á España, no haciéndose solidario de estos sucesos.

El 20 de Diciembre de este año, dió á luz la reina una princesa, que recibió los nombres de María Isabel Francisca de Asís, y que aseguraba desde luego la sucesión directa de la corona.

El 2 de Febrero de 1852, cuando la reina salía á presentar la recién nacida en el templo de Nuestra Señora de Atocha, en los corredores de palacio, fué agredida D.ª Isabel por el anciano sacerdote D. Manuel Martín Merino, fanático y sectario revolucionario, que al clavar su puñal en el pecho de la soberana, no pudo consumar su infame obra por detenerse el arma en los bordados del vestido, que debilitaron el golpe, y solo hirieron levemente á la augusta señora. Este hecho causó

gran indignación en toda España, y el regicida fué inmediatamente condenado á muerte, exonerándosele antes de ser ejecutado de su dignidad sacerdotal.

Realizarónse después otros sucesos que obligaron al gabinete Bravo Murillo, á tomar medidas represivas contra la prensa, presentándosele una ruda hostilidad en las Cámaras, y haciéndosele difícil su continuación en el gabinete.

A principios de Diciembre se anuncia el proyecto de reforma de la Constitución, y considerado esto como un golpe de Estado, se coaligaron todos, en unión de los militares, en contra del gobierno.

Siendo imposible su continuación, tiene que caer Bravo Murillo, sucediendo varios ministerios, de Roncali. Lersundi y el Conde de San Luis, que estuvieron en lucha constante con la creciente oposición de los progresistas y los descontentos del partido moderado.

Estos, para sostenerse, tuvieron que tomar medidas represivas poniendo en acción todos los medios de una autoridad sin límites, exasperando á la nación, y provocando contínuas algaradas por todas partes.

Pero llega el momento en que verdaderamente se inicia la revolución y ya el poder se ve en grande aprieto, teniendo que reprimir con mano fuerte una sublevación militar en Zaragoza, y otra producida por diferencias, entre fabricantes y obreros en Barcelona.

Los motines se sucedían en todas las provincias de España, y el gobierno no cesaba un momento, á fin de contener aquel movimiento de insurrección, que se decía era amparado por el ejército.

Al fin, á mediados de 1854, O'Donnell, que con otros generales habían sido los jefes del movimiento revolucionario, se subleva en Madrid en el campo de guardias, al frente de tres regimientos de caballería y uno de infantería, dándose una acción en los campos de Vicálvaro, donde, ó fueron venci dos, ó la acción quedó indecisa, retirándose O'donell á Andalucía y publicandoel programa ó manifiesto de Manzanares, en que, se llamaba á los progresistas y se pedían reformas, naciendo de aquí el partido, que después se llamó de la unión liberal.

Los progresistas acuden al llamamiento de O'Donnell, se sublevan en Barcelona, San Sebastian y Zaragoza, el movimiento se hace general, el ministerio de San Luis tiene que dimitir, Espartero es el jefe de todos, y con O'Donnell forma ministerio, quedando desde luego triunfante la revolución de 1854.

Crítica.=Los primeros actos de D.ª Isabel II en su mayor edad, merecen un juicio especialísimo, pues que la reina, por su corta edad é inexperiencia, tiene que echarse en brazos de unos y de otros, siendo entonces como siempre lo fué, su verdadero escudo y defensa el partido moderado, y teniéndose que vencer multitud de intentonas revolucionarias, que si no iban contra su persona, no dejaban consolidarse un plan estable de gobierno.

Mucho se ha criticado la influencia del partido moderado en este período histórico, y sobre todó, de su jefe Narváez, olvidando que á las condiciones inapreciables de energía y valor militar de este ilustre estadista, se debió más que á nada el afianzamiento en el trono de doña

Isabel, y el completo aniquilamiento de las tropas del pretendiente.

La expedición á Italia en apoyo del romano pontífice, merece á nuestro juicio grandes alabanzas, pues que no era posible que una nación tan católica como España, abandonase en situación tristísima al Padre Común de los fieles. estrechando así los lazos de unión, algún tiempo desatados, entre nosotros y la Corte romana, y siendo sus efectos, el que, de acuerdo con ella, pudieran arreglarse definitivamente en nuestra patria todo los asuntos eclesiásticos.

Por último, la actitud de los Estados Unidos sobre Cuba, á pesar de las manifestaciones especiales de aquel gobierno, después de vencidas las dos intentonas contra la gran Antilla, merecen justificadas censuras, pues que prueban el constante deseo de los norteamericanos, de apoderarse como al fin lo han conseguido desgraciadamente, de las últimas posesiones que nos quedaban en aquel continente.

LECCIÓN 85.

FIN DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II.

Sigue el reinado de D.ª Isabel II.—Revolución de 1854.—Cortes Constituyentes.—Partida de la Reina madre.—El bienio.—Espartero.—O'Donnell.—Constitución de 1854.—La base segunda constitucional.—Ley de desamortización.—Rompimiento con Roma.—Síntomas de insurrecciones carlistas.—Cuestión con Méjico.—Espartero y O'Donnell.—El centro parlamentario y el centro progresista.—Caída del Duque de la Victoria.—La Unión liberal.—Supresión de la milicia nacional.—Se disuelven las Cortes Constituyentes.—Se restablece la Constitución de 1845.—Acta adicional.—Ministerio Narvaez.—Reforma constitucional.—Insurrección en Andalucía.—Ministerio O'Donnell.—Nacimiento del príncipe D. Alfonso.—Procesos célebres.—Sucesos de Italia.—Tratado con Roma.—Guerra de África.—Sus causas.—Declaración de la guerra.—Actitud de la Gran Bretaña.—Acciones de Sierra Bullones y Castillejos hasta la rendición de Tetuán.—Victoria de Wad-Rás.—La paz.—Conspiración carlista en San Carlos de la Rápita.—Tentativa republicana.—Expedición á Méjico.—Otros ministerios.—La noche de San Daniel.—O'Donnell en el poder.—Pronunciamiento de Prim.—Los sargentos en el cuartel de San Gil.—Muerte de O'Donnell.—Vuelta al poder de Narvaez.—Coalición revolucionaria para destruir la monarquía de D.ª Isabel II.—Muerte de Narvaez.—Ministerio de González Bravo.—Revolución de Septiembre de 1868.—Batalla de Alcolea.—Triunfo de los revolucionarios.—Caída de D.ª Isabel y su retirada á Francia.—Portugal.—Pedro V.=*Crítica.*—Juicio acerca de la situación de España en el reinado de D.ª Isabel II desde 1854 hasta el mando de los moderados.—La política moderada en España.—Crítica acerca de la guerra de África y sus consecuencias.—Juicio imparcial acerca del origen y fines de la revolución de 1868.

Siguiendo el estudio del reinado de D.ª Isabel II, hay que ver ahora los sucesos realizados desde la revolución de 1854, hasta la batalla de Alcolea, (Septiembre de 1868), en que concluye este reinado.

Triunfante la revolución de 1854, se encargó inmediatamente del ministerio el duque de Rivas, y á poco estalló en Madrid también la revolución, pidiendo fuese poder Espartero y O'Donnell, siendo la dictadura del general D. Evaristo San Miguel, la que salvó durante dos días la pública tranquilidad en la Corte del reino.

Pero se hacía preciso que se fijara el sentido de este movimiento, en cuanto á las instituciones políticas, y por eso se convocan desde luego Cortes constituyentes, para que una sola asamblea, con arreglo á la ley de 1837, modificase la constitución existente, ó mejor dicho, hiciese una nueva, con arreglo á las circunstancias del momento.

Y mientras que Espartero entraba en Madrid, con grueso ejército, y entre las aclamaciones del pueblo, se hacía imposible la continuación de la reina madre en el palacio de Madrid, poniendo en grave aprieto al duque de la Victoria, la enemiga del pueblo, á aquella señora, que

al fin tuvo que partir para Portugal, excitando este hecho las iras de los revolucionarios, que la querían tener en la Corte, como prenda de su triunfo, y que al saber su marcha, estalló un motín en Madrid, vencido en un sólo día por el gobierno.

Entonces comienza el período histórico, que se conoce con el nombre del bienio, en que se cambió la faz política de España, predominando ámpliamente la libertad, lo que hizo que se desbordara la prensa, creciendo los partidarios de la república, cuya idea había sido hasta entonces, muy poco popular en España.

El alma de todo este período, es Espartero, que venía á ser la encarnación de todos los principios políticos que había guiado en sus empresas, en la pasada revolución, si bien siempre se escudaba para todos sus actos de gobierno, en su deseo de que se cumpliera la voluntad nacional.

En el primer ministerio que por órden de la reina formó el duque de la Victoria, se encargó O'Donnell de la cartera de guerra, como premio á los trabajos y auxilios, que para la revolución había prestado la naciente unión liberal, empezando su gestión en medio del torrente revolucionario, y en una triste situación, á causa de que el cólera azotaba la mayor parte de las provincias españolas.

Las Cortes constituyentes se reunen, y muchos asuntos son objeto de grande discusión, pues que al formar la constitución de 1854, se llegó hasta discutir la monarquía, proclamándose los principios de soberanía nacional, libertad de imprenta y otros.

Pero donde hubo más empeñados debates, fué en la base segunda constitucional, referente á las condiciones religiosas de la península, defendiéndose por las oposiciones la unidad católica, y por los radicales, la absoluta libertad de cultos, y predominando al fin el criterio de la tolerancia religiosa, quedando el catolicismo como religión de los españoles, mantenida y amparada por el Estado.

Esto produjo grandes disgustos en la nación, y protestas de los Obispos, que se aumentaron al discutir la ley de desamortización eclesiástica, pues que el católico pueblo español, no podía ver tranquilo el despojo que iba á hacerse á la iglesia, de sus bienes, así como á las instituciones religiosas. La reina misma se opuso al principio á sancionar esta ley, excitada por su piedad, y creyendo que se provocaba con ello al carlismo; pero al fin, y contra su voluntad, tuvo pública sanción.

Todos estos sucesos, y el destierro de algún Obispo, y la protesta de otros que veían con ellas roto el Concordato de 1851, provocaron un rompimiento entre España y la Santa Sede, protestando el Papa de la ley desamortizadora, saliendo el Nuncio de Madrid, y cerrándose el tribunal de la Rota.

Los temores de la reina se vieron bien pronto confirmados, pues empezaron á notarse síntomas de insurrección carlista, en Aragón, Castilla, Cataluña y el Maestrazgo, que por fortuna fueron prontamente sofocados, así como algunos desórdenes socialistas, en Valladolid y otras provincias.

También por entonces surgió una cuestión con la república de Méjico, con motivo del arreglo de las deudas españolas, lo que provocó, después de ágria discusión en las Cortes, la salida de una expedición naval de Cuba, para Vera Cruz, terminando el conflicto con un convenio entre ambos paises, preparado por la intervención oficiosa de Francia.

Entre tanto, iba notándose que no eran muy cordiales las relaciones entre Espartero y O'Donnell, fluctuando el duque de la Victoria entre los progresistas puros y los unionistas, surgiendo crisis ministerial, hasta que, estos hechos obligan á suspender las Cortes, en su primera legislatura, después de promulgar muchas leyes, y de introducir el desconcierto en la hacienda pública, creándose cargas más onerosas que las que antes existían.

Y ya no hubo barrera que separaran al centro parlamentario, y al centro progresista, que al abrirse nuevamente las Cortes, comenzó la airada oposición contra el creciente poder que iba alcanzando el general O'Donnell, y el dualismo que existía en el gobierno, lo que provocó á mediados de 1856, que dimitiese Espartero, creyendo no le admitiría la reina la dimisión, en lo que se equivocó lastimosamente, pues que D.ª Isabel encargó á O'Donnell la formación de nuevo ministerio.

Con esto, cae estrepitosamente el duque de la Victoria, y mueren violentamente las Cortes constituyentes, arreciando la enemiga, entre progresistas y unionistas, amparados los primeros por la milicia nacional y por noventa y un diputados que se pusieron enfrente del nuevo ministerio, provocándose desde luego una encarnizada lucha, entre la milicia nacional y el ejército.

Entra por fin triunfante en el poder, la unión liberal, con procedimientos enteramente contrarios á los de los progresistas, con sus predominantes tendencias conservadoras, y terminando así el bienio; porque de las dos revoluciones que durante dos años calladamente se disputaban el poder, venció la liberal moderada del general O'Donnell, y quedaba vencida la del general Espartero.

Mas como la caída de éste había excitado el ánimo de sus parciales, ayudados por la milicia nacional, provocaron un alzamiento en Madrid, que fué secundado por varias provincias, sofocándolo O'Donnell, ayudado por los generales Concha y Serrano, mientras que los rebeldes de la asamblea continuaban en sesión permanente, teniendo el duque de la Victoria que marchar á Logroño, quedando suprimida la milicia nacional en todo el reino, y entronizándose el poder del jefe de la unión liberal.

Completóse la obra de éste, con cerrar y disolver las Cortes constituyentes, convocando otras nuevas, y sin que ensangrentara su triunfo con ninguna persecución á sus enemigos, empezando aquí el principio de la reacción militar, y el verdadero mando de la unión liberal, con política de conciliación entre todos los partidos.

Por eso el ministerio O'Donnell, que se decía intérprete de las tendencias más afines de los partidos progresista y moderado, y lazo de unión de varias fracciones, en aras de la libertad práctica, restableció inmediatamente la constitución de 1845, de modo provisional, no sin que luego las Cortes, corrigiesen los defectos de este código político,

llenando los vacíos del mismo, y lo modificase con arreglo á las circunstancias.

Y mientras tanto, se proponía la famosa acta adicional que no era, otra cosa que una serie de disposiciones en sentido liberal, puestas inmediatamente en vigor, lo que no satisfizo á nadie, y combatido O'Donnell por las dos corrientes, moderada y progresista, sin base ni partido suficiente para resistir, y falto de apoyo en la Corte, tuvo que caer en Octubre de 1856, subiendo al poder los moderados con su jefe Narváez.

Así vuelve á dominar la reacción por poco tiempo, para que después se entronice por cinco años el imperio de la unión liberal. En efecto, es nombrado presidente del consejo de ministros el duque de Valencia, acompañado de Nocedal, Moyano, Pidal y otros representantes del partido moderado, que comenzaron á borrar las huellas de la revolución, especialmente todo lo contrario al Concordato, y tomaron medidas restrictivas.

Convocan inmediatamente Cortes, siendo empeñados los debates en ellas, y dando á conocer su obra de reforma constitucional, cuyo principal fundamento era la modificación del Senado, con individuos que habían de ostentar tal cargo por derecho propio, y otros por designación del monarca, con lo que, y el anuncio de otras leyes represivas, surgieron discordias en el seno mismo del partido moderado, alejándose también del ministerio á los liberales conservadores.

Bien pronto tuvo que dimitir el ministerio Narváez, sucediéndole el de Armero, que empleó un sistema mixto en su política especial de represión, y á este el de Isturiz, considerado como de transición, para que ocupara el poder la unión liberal. Mientras tanto, hubo una insurrección en Andalucía, especialmente en las provincias de Jaén y Sevilla, con carácter republicano-socialista, que bien pronto fué sofocada de modo enérgico por las tropas del gobierno.

Al fin tienen que caer estos ministerios y subir al poder nuevamente la unión liberal, con O'Donnell y Posada Herrera, que fué desarrollando su sistema de equilibrio en el gobierno, consolidando su partido con elementos salidos del moderado y progresista, no sin que, en las nuevas Cortes por él convocadas, encontrase ruda oposición.

Las instituciones parecían hallarse aseguradas con un suceso acaecido poco tiempo antes, cual fué el nacimiento del príncipe Alfonso, ocurrido en 28 de Noviembre de 1857, que vino á desvanecer todo los planes de fusión dinástica, y que fué muy celebrado en la nación, dándose por ello gracias al ejército y concediendo indultos y amnistías para toda clase de procesos y para los emigrados políticos.

La oposición fué arreciando en las Cortes contra el poder del ministerio O'Donnell, ocurriendo sucesos particulares que demostraban la antipatía entre el ministerio y la oposición conservadora. Entre ellos son notables los célebres procesos formados contra el presbítero, D. Manuel López Santaella, por mala inversión de fondos de la santa cruzada y la acusación del ministro de Fomento, Esteban Collantes, por los cargos de piedra para el canal de Manzanares, cuyos procesos terminaron sin declaración de culpabilidad para los acusados.

Por entonces estalló la guerra de Italia promovida por Napoleón III, y en la que la política del gabinete consistió en la neutralidad, si bien se aumentó considerablemente nuestro ejército, mostrándose en la nación opiniones encontradas, pues unos querían favorecer la causa del Romano Pontífice, y otros no deseaban ampararle.

Por fin, en interregno parlamentario se llevó á cabo un nuevo arreglo ó tratado con Roma, merced á los trabajos de nuestro embajador cerca de la Santa Sede, D. Antonio de los Ríos Rosas, por el cual la iglesia española había de transferir al estado todas sus propiedades, recibiendo en cambio inscripciones de rentas intransferibles, obligándose el gobierno á aumentar en el presupuesto, la suma destinada al clero.

Cuando más violenta era la lucha entre los partidos, un suceso inesperado vino á unir las aspiraciones de todos, cual fué la guerra de Africa, que hizo pensar á los españoles en asunto más importante que las luchas políticas, y que á todos les reanimó con el fuego santo del patriotismo.

Fueron causas de la guerra de Africa, el que los moros riffeños de las tribus ó kábilas de Anghera violaron el territorio de Ceuta, destruyendo unas fortificaciones que levantaban los ingenieros españoles, y pisotearon el escudo de nuestras armas.

Entablarónse por tanto las oportunas reclamaciones diplomáticas, á las que solo contestaron los marroquíes con evasivas y dilaciones, lo que obligó al gobierno en 22 de Octubre de 1859, á declarar la guerra á Marruecos, en medio del grande entusiasmo del país, que con olvido de todas las discordias políticas, hizo que los partidos se pusiesen al lado del ministerio O'Donnell para ayudarle, aplaudiendo este acto de virilidad del ministerio.

Pero la Gran Bretaña, interesada en que no tuviéramos influencia en Africa, trató de entorpecer todos nuestros esfuerzos, apelando á ruines exigencias, propias solo de una nación de mercaderes, cuales fueron el pago de cuarenta y cuatro millones de la deuda que habíamos contraído durante la pasada guerra civil (que fueron satisfechos en el acto), así como el prohibir á sus maquinistas de guerra que sirvieran en nuestros buques, enviar una numerosa escuadra á Gibraltar, y exigir que si ocupabámos alguna ciudad marroquí, esta ocupación había solo de ser con carácter temporal.

Formalizóse la guerra, constando nuestro ejército de 40.000 hombres, yendo de general en jefe O'Donnell, y como generales de división, Echagüe, Ros de Olano, Ríos, Zabala y Prim, dándose inmediatamente acciones como la de Sierra Bullones, al mando de Echagüe, en que logramos apoderarnos de las alturas que dominan á Ceuta, y la de Castillejos, en que también vencimos, por el temerario arrojo y heróico valor del general Prim, caminando hacia Tetuán, cuya ciudad al fin es rendida por capitulación, el 4 de Febrero de 1860, no sin que nuestro ejército tuviese que pasar grandes amarguras por el cólera que diezmaba nuestras tropas, y por un fuerte temporal, que le tuvo incomunicado y sin víveres, en el sitio llamado el «campo del hambre».

Después de ocupar á Tetuán nuestro ejército, marchó sobre Tánger,

dándose en el valle de Wad-Rás una cruenta batalla en 23 de Marzo, seguida como todas, de una completa victoria.

Estos sucesos, decidieron al emperador de Marruecos á pedir la paz, que fué aceptada en 26 de Abril, por la que, se nos concedía algún territorio y veinte millones de duros, en cambio de la plaza de Tetuán, terminando con esta paz nuestra campaña en Africa, y apellidándose á este convenio, que nunca fué popular en España, «menguado epílogo de brillantes páginas».

Durante la guerra con el imperio de Marruecos, ocurrió la denigrante conspiración del capitán general de las Islas Baleares, D. Jaime Ortega, que en San Carlos de la Rápita (Tarragona), intentó una sublevación carlista, fracasada inmediatamente, y que le costó la vida, siendo fusilado por las tropas del Gobierno, y ocasionando el que el conde de Montemolín, que había entrado en España con su hermano, fuera preso, y después de renunciar los derechos que alegaba á la corona de España, se le pusiese en libertad. Este hecho insensato, excitó las iras de todos en contra del carlismo, y le hizo perder mucho á sus partidarios, sobre todo, después que el Pretendiente, al pasar la frontera, se retractó de la renuncia que había hecho en España, y faltó descaradamente á su palabra de honor, de no acatar lo hecho, ni consentir nuevos alzamientos en su favor.

Concluída la guerra de Africa, volvió á recrudecerse la lucha intestina de los partidos, iniciándose en Andalucía una tentativa republicana en 1861, dirigida por el veterinario Pérez del Alamo, que fué sofocada por el general Serrano, desapareciendo como por encanto todos los partidarios de aquella abortada conspiración.

Al año siguiente, se mandó á Méjico una expedición dirigida por el general Prim, con el fin de reclamar indemnización de antiguos daños, y reparación de recientes agravios, y donde demostró nuestro general verdaderas condiciones, pues que, conociendo la intervención de Inglaterra y de Francia, y el plan de colocar como Emperador de Méjico, al príncipe Maximiliano, vió era infructuosa su expedición, y se volvió á España, después de celebrar en Orizaba una conferencia, y comprender que no debían secundarse los propósitos de Francia sobre aquellos territorios.

Entre tanto, el gabinete O'Donnell, que por todos era ya combatido, tuvo que dimitir en Marzo de 1863, sucediéndole otros, presididos por Miraflores, Arrazola, y Mon, durante los que hubo varias tentativas revolucionarias y revueltas políticas, que obligaron á la reina á llamar nuevamente al partido moderado, á fines de 1865, formando ministerio Narváez con González Bravo. En 1864 perdimos parte de la Isla de Santo Domingo, que voluntariamente se había anexionado á nosotros en 1861.

En Abril de 1866, con motivo del expediente instruído al jefe de la secta krausista y catedrático de la Universidad central, D. Julián Sanz del Río, y el nombramiento de rector de D. Juan Manuel Montalbán, entusiastamente agasajado por sus alumnos, se originó un motín de estudiantes, severamente reprimido por las tropas del Gobierno, que

enfáticamente se ha querido pase á la historia, con el pomposo nombre de la «noche de San Daniel», y en el que tomaron parte muy activa algunos jóvenes, que después figuraron como políticos de renombre, en los partidos avanzados.

Estos sucesos y otros de política exterior, ocasionaron que volviese al poder nuevamente el generel O'Donnell, con la unión liberal, siendo su primer acto político el reconocimiento del reino de Italia, y los triunfos de Víctor Manuel, cuyo acto causó grande disgusto a los católicos españoles, y al que nunca quiso prestarse el general Narváez, considerando que tal hecho era un ataque á la Santa Sede, y un reconocimiento ó sanción de la usurpación injusta de los estados del Papa, por los revolucionarios de Italia.

El nuevo ministerio vióse bién pronto combatido, no sólo por el retraimiento electoral de los progresistas, sino también con la resistencia armada, pues que ya á principios de Enero de 1866, el general Prim se levantó en Villarejo de Salvanes (Madrid), en contra del poder constituído, al frente de dos escuadrones, fracasando esta intentona revolucionaria, pues que combatido por una columna al mando del general Zabala, fué deshecha la conspiración, y su jefe traspasó la frontera portuguesa el 21 de Enero. Por entonces, ocurrió la guerra con Chile y el Perú, originada por atropellos á inmigrantes españoles en aquellos territorios, mandándose allí una escuadra á cuyo frente iba el general de marina D. Casto Méndez Núñez, teniendo que bombardear á Valparaíso, y dándose en 2 de Mayo de 1866, la célebre batalla del Callao, en que obtuvimos señalado triunfo aunque los americanos también se atribuyeron la victoria, diciendo quedó indeciso el vencimiento.

Poco después reprodújose el movimiento revolucionario, pero ya en la Corte, y el 22 de Junio tiene lugar la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil, en unión de varios paisanos, que dirigidos por los generales Prim, Pierrad y Contreras, y los políticos Rivero, Martos y otros, acometieron dando muerte en el cuarto de banderas á los jefes que allí había, haciéndose preciso que el general O'Donnell, con valor y serenidad extraordinarios, y en unión de los generales Serrano y Zabala, les combatiese duramente venciéndolos después de rudo combate, y tomando el cuartel centro de la insurrección, después de ocasionarse multitud de víctimas y de rendirse quinientos de los sublevados, así como vencieron también á los rebeldes en los barrios bajos de la Corte, que abandonados por sus jefes, defendían con el ardor de la desesperación sus posiciones.

A pesar de que había salvado el trono de D.ª Isabel, de esta intentona revolucionaria, y cuando más asegurado parecía en el poder, tuvo que dimitir casi por indicaciones de su soberana, sustituyéndole Narváez, y saliendo el jefe de la unión liberal para Francia, donde estuvo unos meses, hasta que el 5 de Noviembre de 1867 falleció en Biarritz, trayendo su cadáver á Madrid, donde públicamente fué expuesto, depositándosele en una bóveda del templo de Atocha, y erigiéndosele más tarde en las Salesas un suntuoso mausoleo.

Vuelto al poder el general Narváez, inició una política de grande re-

presión, lo que originó que desde principios de 1868 se declarase ya verdaderamente en España, la lucha encarnizada entre la reacción y la revolución.

Y unidos progresistas y demócratas, conspiraron dentro y fuera de España, en contra del gobierno y de las instituciones, amparando esta coalición revolucionaria, que para unos, solo aspiraba á variar los procedimientos del gobierno, y para otros, á destruir la monarquía de doña Isabel II, el centro revolucionario establecido en Bruselas, bajo la presidencia del general Prim, que desde allí dirigió algunas intentonas, que fracasaron, aumentándose luego los elementos de esta coalición, con los que les aportó la unión liberal, y con formar parte de la conspiración los generales Serrano, Dulce y otros, que con el Duque de Montpensier, y algunos paisanos de alto renombre y de significación en las letras y en la política, fueron perseguidos, porque descaradamente trataban ya de derrocar la monarquía.

Cuando más necesario era el esfuerzo del poder y de la acrisolada lealtad al trono, del general Narváez, que por tanto tiempo estuvo conteniendo la avalancha revolucionaria, y salvando con su propio poder y sus propios alientos el trono de D.ª Isabel, murió aquél el 23 de Abril de 1868, trasladándose su cadáver desde la presidencia á la basílica de Atocha, y de allí al panteón de familia, en la ciudad de Loja, su pueblo natal.

En el acto mismo de morir Narváez, nombróse presidente del consejo de ministros á D. Luis González Bravo, que sin las condiciones de su antecesor, y mal aconsejado por determinados elementos políticos á él unidos, trató de contener, sin grande acierto, á los revolucionarios, tomando medidas que precipitó á aquellos, cuales fueron la prisión y destierro de varios generales y políticos, que desde Canarias, donde la mayor parte de ellos fueron trasladados, prepararon ya la revolución, que estalló antes de tres meses.

Entonces esta se exterioriza de modo violento, saliendo Prim desde Londres y Serrano y los generales desterrados, de Canarias, dirigiéndose á Cádiz, donde contaban con la marina de guerra. Y una vez llegados allí, el 18 de Septiembre, el jefe de marina D. Juan Bautista Topete, dió el grito revolucionario, al que respondióuna parte de la nación, especialmente las guarniciones de Andalucía, que dirigidas por el general Serrano, formaron un cuerpo de ejército, y decididos tomaron el camino de Madrid, para realizar allí el plan que habían concebido.

Impotente para resistir este movimiento González Bravo, le sustituye en la presidencia del consejo de ministros, el marqués de la Habana, que ordena salga el marqués de Novaliches, con grueso ejército al encuentro de los revolucionarios, encontrándose las tropas de uno y otro bando, en el puente de Alcolea (Córdoba), donde se dió la batalla de aquel nombre, en la que, por varias causas, y especialmente por haber caído herido el general Novaliches, quedó el triunfo por los sublevados, el 28 de Septiembre de 1868.

Vencedor el duque de la Torre y los revolucionarios, la revolución se extendió por toda España, y llegó á la corte, donde se arrancaron las coronas reales de edificios públicos y particulares, armándose el

pueblo y entregándose á una grande expansión, que bien pudiera llamarse desenfrenada licencia.

La reina D.ª Isabel, que se encontraba en el Norte de España, tomando baños en Lequeitio, se trasladó á San Sebastián cuando tuvo noticia del principio de la revolución, y después de la batalla de Alcolea, tuvo un varonil arranque, no secundado por los que le acompañaban, pensando dirigirse á Madrid y arengar á sus tropas; pero viéndose al fin sola con su tímido esposo, y mal aconsejada por los generales Concha y su torpe favorito D. Carlos Marfori, comprendió desgraciadamente que su causa era perdida, que no podía luchar ya con todos, y que había caído del trono, y abandonó el reino que le legaron sus antepasados, internándose en Francia el 30 de Septiembre, no sin que se despidiera con lágrimas en Hendaya, de la leal fuerza de ingenieros, que como escolta, le acompañó hasta la frontera.

La historia de Portugal desde 1853 hasta 1861, se desarrolló con gran tranquilidad, haciendo contraste con lo que por entonces ocurría en España.

Pedro V dió orden al país, y arregló la situación financiera, reinando tranquilo hasta la muerte de su esposa, cuyo suceso le llenó de pena, muriendo él á poco tiempo, y dos de sus hermanos, y sucediéndole el que le quedaba, con el nombre de Luis I.

Crítica.— La situación de España en el reinado de D.ª Isabel II, desde 1854, hasta la revolución de Septiembre, es especialísima, pues que durante todo este espacio de tiempo, se disputan el triunfo la reacción y la revolución, y solo sucesos especiales como la guerra de Africa, son capaces de detener el rápido camino de la revolución, que al fin estalla por la coalición de todos los partidos en contra del trono, minado hasta por sus propios parientes.

La política moderada en España, aunque tuvo sus defectos, y por sus últimas intransigencias con la unión liberal, ayudó indirectamente á la revolución en su último período, fué sin embargo la más firme guardadora del trono á D.ª Isabel, y á no haber muerto el general Narváez, tal vez la revolución no hubiera estallado ni vencido, pues este grande hombre, sostuvo él solo sobre sus hombros y con su propio esfuerzo y su propio valer, por mucho tiempo el vacilante trono en este último período, de la hija de Fernando VII.

La guerra de Africa merece también una crítica imparcial. pues si tuvo la fortuna de aunar todas las voluntades en contra del enemigo de nuestra patria y de nuestra religión, y demostró una vez más nuestro legendario valor, sus consecuencias no respondieron á lo que era de esperar, y nos vimos obligados á no terminar tan gloriosa guerra, por temor á las amenazas de la orgullosa Inglaterra, dando lugar, á que empresa tan hermosa, se atribuyese por algún malicioso, á manejos del general O'Donnel, para sostenerse en el poder.

Por último, al tratar de formar un juicio imparcial acerca del origen y fines de la revolución de 1868, nos encontramos con que no están conformes todas las opiniones, respecto á la finalidad de la misma, pues que unos creen, que solo se intentaba matar de una vez y para

siempre, el absoluto imperio de la reacción en España, pero respetando el trono, y otros tal vez con más razón, creen que se aspiraba á destruir la forma monárquica en España, ó por lo menos, á arrebatar la corona á D.ª Isabel, lo cual se justifica por el origen y causas de esta revolución, el afán de implantar en nuestra patria grandes libertades, y ser uno de los elementos con que contaba, y á la que facilitó grandes recursos el desleal cuñado de la reina, duque de Montpensier.

LECCIÓN 86.

EL INTERREGNO.

Segunda época de la Edad Contemporánea de la Historia de España.—El Interregno.—Período y subperíodos que comprende.—Justificación del nombre de revolucionario que recibe este período.—Los días de la revolución.—Consecuencias inmediatas de la batalla de Alcolea.—Juntas supremas revolucionarias.—Los derechos individuales.—Excesos cometidos.—Gobierno provisional, con carácter de nacional.—Convocatoria de Cortes constituyentes.—Enemiga á las órdenes religiosas.—Insurrecciones republicanas en la península.—Sublevación separatista en Cuba y Puerto Rico.—Cortes Constituyentes elegidas por sufragio universal.—Se constituyen, cesa el gobierno provisional, y empieza el poder ejecutivo.—Discútese la Constitución.—Se vota ésta, y se promulga el 6 de Junio de 1869.—Motines en las provincias.—La Regencia de Serrano.—Política de la Regencia.—Estado de la insurrección americana.—Los Estados Unidos.—Situación de Filipinas.—Nuestras colonias al terminar el año 1869.—Alzamiento carlista en el Norte.—Sublevación republicana.—Se piensa que las Cortes elijan Rey para España.—Tentativas para implantar la forma republicana en nuestra Nación.—Abdicación de D.ª Isabel II.—Continúan las Cortes sus tareas.—Candidatos regios.—Siguen los trabajos carlistas.—Muerte del Conde de Montemolín.—Sumisión de D. Juan.—El pretendiente D. Carlos.—Juntas carlistas.—Conferencias para la fusión de las dos ramas borbónicas.—Manifiesto de D. Carlos.—Partidas carlistas.—Elección de D. Amadeo de Saboya como rey de España.—Asesinato del general Prim.=*Crítica.*—Juicio acerca de los sucesos realizados en España desde la batalla de Alcolea hasta la constitución del Gobierno provisional.—Expansiones demasiado liberales del Gobierno provisional.—Crítica sobre las tendencias opuestas en las Cortes al discutirse la Constitución de 1869.—La Iglesia y el Estado.—El matrimonio civil.—Otras libertades imparcialmente juzgadas.—La Regencia y su crítica.—Elección de Rey.—Juicio acerca del general Prim y sus proyectos sobre España.

La segunda época de la edad contemporánea de la historia de España, comprende desde el 30 de Septiembre de 1868, en que quedó vacante el trono, por vencimiento de los revolucionarios y marcharse la reina á Francia, hasta el 2 de Enero de 1871, en que Amadeo I inauguró su reinado, y se implantó en nuestra patria por un poco tiempo la dinastía de Saboya.

Esta época, que como hemos dicho, duró dos años, tres meses y tres días, recibe ante la historia el nombre del interregno, y es el primero que ha habido en la nación, desde que toda ella constituyó una sola monarquía.

Comprende un solo período, con el nombre de revolucionario, que á su vez se divide en cuatro subperíodos, con las denominaciones de Días de la revolución, desde el 30 de Septiembre, al 8 de Octubre de 1868; Gobierno provisional, desde ese día al 26 de Febrero de 1869; Poder

ejecutivo, desde entonces hasta el 15 de Junio de aquel año, y la Regencia desde dicha fecha, hasta el 2 de Enero de 1871, en que comienza el reinado de Amadeo.

Este período, recibe justificadamente el nombre de revolucionario, pues que desde su principio y en sus procedimientos, todo se ampara en la revolución, variándose en absoluto el organismo de España, é implantándose en nuestra patria amplias y desconocidas libertades, á que no estábamos acostumbrados, y que pugnaban con la tradición del país.

Los días de la revolución fueron esos momentos supremos, durante los cuales el pueblo español, después de destruir seculares instituciones, se entrega á demasiado expansivas manifestaciones de entusiasmo, que hacen preciso el que los mismos caudillos de la revolución, traten de contener aquellas manifestaciones ordenando la administración y el gobierno, si España había de continuar siendo una nación civilizada y ordenadamente dirigida por el poder público.

Las consecuencias de la batalla de Alcolea se dejaron sentir bien pronto en la capital de la nación, entregándose el pueblo á frenética algazara, recorriendo las calles en grandes grupos, dando mueras á la pasada dinastía, y derribando las coronas reales de los escudos que existían en los edificios públicos, y en los comercios de los particulares.

Fué necesario que inmediatamente se formaran lo que se llamaron Juntas revolucionarias, de las que se constituyeron dos en Madrid, presidida la una por D. Nicolás M.ª Rivero, y la otra por D. Amable Escalante, que fundidas en el mismo día de su constitución en un sola, con el nombre de *suprema,* dió la norma de lo que habían de ser las que se constituyeran en las capitales de provincia.

La primera idea de estas, fué proclamar los derechos individuales, así como crear la milicia nacional, y marcar su odio á las instituciones religiosas.

Durante estos nueve días, se cometieron grandes excesos en Madrid y provincias, causando muchas víctimas el afán de armarse inmediatamente el pueblo, apareciendo indecorosos letreros contra la dinastía destronada, que la maledicencia atribuyó á un revolucionario, más tarde ministro de D. Alfonso XII, mezclándose todos estos desenfrenados entusiasmos con el de recibir á Serrano y á Prim, triunfantes en la capital de España, al mismo tiempo que se demolían templos y conventos que atesoraban preciosidades históricas y arqueológicas. En estos días también D.ª Isabel, desde Pau (Francia), publica una protesta contra su destitución.

Tal situación no podía sostenerse, y de ahí, que inmediatamente la Junta revolucionaria de Madrid, encomendó al duque de la Torre la formación de un ministerio, que empezó sus funciones en 8 de Octubre de 1868, que recibió el nombre de gobierno provisional, con carácter de nacional, y en el que entraron los principales caudillos de la revolución. Este gobierno lo primero que hizo, fué dar á las potencias explicaciones por medio de un Memorándum, acerca del origen y fines de la revolución, así como dirigir un manifiesto al país, exponiendo las tendencias de esta.

Inmediatamente también se convocaron Cortes constituyentes para el 11 de Febrero de 1869, al mismo tiempo que se dirigía á los gobernadores una circular, para que se incautaran de los edificios, libros, dinero, muebles y papeles de los monasterios é iglesias.

Así se exteriorizó la enemiga de la revolución á las órdenes religiosas, demoliéndose en Madrid y en provincias multitud de conventos, costando la vida al gobernador de Burgos, la ejecución de estos decretos.

Como quiera que los flamantes revolucionarios, asustados por su triunfo, ó no encariñados con libertades demasiado expansivas, querían tener á todo trance unidas la libertad con el orden, disgustaron al pueblo que creía debía traducirse de otro modo el triunfo de la revolución, y á seguida estallaron insurrecciones republicanas en el puerto de Santa María, en Cádiz y en Málaga, enérgicamente reprimidas por el general Caballero de Rodas.

Casi al mismo tiempo, la sublevación separatista que en Cuba y Puerto Rico, había empezado sin grandes vuelos, en el verano anterior, toma ahora otras proporciones, poniéndose al frente de ella Carlos Céspedes, tratando de separarse del gobierno de la península, y empezando á sonar con la insurrección de Lare y de Yara, los dictados de filibusteros, laborantes y separatistas, como nombre de guerra, á los que amparaban y ayudaban aquella criminal insurrección.

Elegidas Cortes constituyentes, tenía que cesar el gobierno provisional y comenzar el Poder ejecutivo, ya que el legislativo había de residir en las Cortes que habían sido elegidas por sufragio universal, y que estaban funcionando desde el 11 de Febrero de 1869.

Pero estas Cortes no se constituyen definitivamente hasta el 26 de aquel mes, en que el gobierno provisional dió á ellas cuenta de sus actos, y de ellas recibió un voto de gracias, cesando por tanto aquel pasajero poder, y comenzando el del Poder ejecutivo.

En el mismo día, nombróse una comisión que formara la nueva constitución, cuyo proyecto fué discutido ampliamente en las Cortes, dirigiéndose rudos ataques por los carlistas y republicanos á los demócratas monárquicos, y empeñándose también serias discusiones acerca de la forma de gobierno, la cuestión religiosa, el matrimonio civil y otros asuntos.

A pesar de las luchas empeñadas, sobre todo, por querer los verdaderos católicos que continuara la unidad del catolicismo en la nación, y los revolucionarios, la libertad de cultos ó la tolerancia religiosa, predominó esta última, votándose al fin la nueva carta constitucional, y promulgándose el 6 de Junio de 1869.

Durante este tiempo se verificaron motines en Madrid y provincias, ya por los defensores de ideas extremas políticas, ya también revelándose en contra de las quintas, de cuya desaparición tenía el pueblo promesas, llegando estos excesos á revestir proporciones extraordinarias en Jerez de la Frontera.

Y ya que teníamos constitución, era preciso formar á su amparo un gobierno mas estable, y por ello, al Poder ejecutivo sustituye el de la

regencia, nombrándose regente del reino con el título de Alteza, al general Serrano, duque de la Torre, mientras que hubiese un candidato á la corona de España, ya por ponerse de acuerdo los partidos, que cada uno tenía el suyo, ó por la solemne declaración de las Cortes, eligiendo al que obtuviera mayor número de sufragios.

La política de la regencia, secundada por los ministerios, de los que el primero fué presidido por D. Juan Prim, fué siempre proceder de acuerdo con las Cortes, procurar sostener la tranquilidad del país, combatiendo las insurrecciones de dentro y fuera de la península, interin se elegía el rey y cesaba él en el poder de verdadera interinidad que le había concedido la representación nacional, para el gobierno de España.

La insurrección americana siguió adelantando por este tiempo, siendo necesario mandar allí nuevos generales y sustituyendo á Dulce, Caballero de Rodas, que á pesar de sus esfuerzos nada pudo hacer de provecho, pues la crísis metálica y los apuros del tesoro favorecían la insurrección, engrosada con los campesinos, que con el nombre de «gibaros», tomaron las armas, y tanto en Cuba como en Puerto Rico, proclamaron la idea de libertad é independencia.

El gobierno español, que no veía los manejos que desde entonces traían los Estados Unidos para dominar en las Antillas, ya bajo la forma de anexión, ó de dominio absoluto, tuvo el descabellado pensamiento que no llegó á realizarse, de contratar con aquel estado un fuerte empréstito garantizándolo las rentas y propiedades de la nación en Cuba, lo cual equivalía á su venta, continuando con grande incremento la insurrección separatista, ayudada por los correligionarios que desde los Estados de la Unión les animaban y protegían.

También en Filipinas tuvieron que tomarse determinaciones para extirpar vicios y abusos en aquellas islas, é introducir mejoras en su administración, procurando perfeccionar en cuanto se pudiera allí nuestro sistema colonial, protegiendo el comercio, y garantizando la propiedad rural.

Tal era el estado de nuestras colonias al terminar el año de 1869, en que ya se proponía por los Estados Unidos á Madrid, la abolición de la esclavitud en Cuba, y el reconocimiento de su independencia, continuando en igual estado la situación de las Antillas donde se pedían reformas sociales y políticas, que más tarde se fueron concediendo.

Los carlistas, entre tanto, habían verificado un alzamiento en el Norte, siendo derrotadas las partidas que se habían levantado, y pareciendo que aquellas intentonas no tenían verdadero asiento en la nación.

Al mismo tiempo, ocurren sublevaciones á favor de la república queriendo defender la forma federal de la misma, y tomando pretextos para ellas, ya de la cuestión obrera, ya del deseo de aumentar en la práctica las libertades públicas, provocándose desórdenes en Cataluña, Zaragoza, Andalucía y Valencia, que obligan al gobierno á reprimir estas intentonas con mano fuerte, y á que las Cortes voten la suspensión de las garantías constitucionales.

Ya era de todo punto preciso que el ministerio de la regencia pensase en que las Cortes eligieran rey de España, pues que por entonces estaba descartada la forma republicana, del gobierno de nuestra nación, y para hacer frente á todas las aspiraciones que pudieran oponerse á estos designios de continuación de la monarquía en nuestra patria.

Sin embargo, entonces y poco después, se hacen tentativas para implantar la forma republicana en nuestro país, no solamente por las predicaciones de Orense, Castelar y otros apóstoles de aquella idea, y la petición en este sentido de cuarenta diputados á las Cortes, sino también porque de Francia, después del desastre de Sedán, se reciben proposiciones, que son rechazadas, para organizar la república en España, con la presidencia del general Prim, á cambio de un ejército auxiliar y de una alianza entre ambas naciones.

D.ª Isabel II, que veía el camino que llevaba la política en España, y que la forma monárquica no desaparecería en nuestra nación, abdicó en su hijo D. Alfonso, deseosa de que ya que élla no pudiera ceñir nuevamente la corona, la tuviese su hijo, por los derechos que con aquella abdicación le legaba su augusta madre.

Continúan las Cortes sus tareas, y en éllas se presentan proposiciones y se toman acuerdos especiales, entre otros la venta de los bienes de la corona, la intimación al clero para que jure la nueva Constitución, la ley del matrimonio civil y otras.

Siguiendo los trabajos para el nombramiento de rey de España, son varios los candidatos á la corona, después que Espartero no quiso aceptarla, al ofrecérsela Prim, en nombre del Ministerio. Después se le ofreció á D. Fernando de Portugal, á D. Tomás, joven duque de Génova; á D. Leopoldo de Houenzolleru, de la familia real de Prusia, y á don Amadeo, duque de Aosta, hijo segundo de Victor Manuel, rey de Italia, que fué el que la aceptó, pues que los demás, por distintas causas la rechazaron, y siendo la candidatura del príncipe alemán, causa ocasional de la guerra franco-prusiana.

Siguen los trabajos carlistas en el Norte, y las provincias Vascongadas y Navarra, van á ser el centro de la insurrección, donde ya parecía no iban á defenderse los antiguos ideales carlistas, pues el conde de Montemolín, desde la intentona de San Carlos de la Rápita, había entrado por un camino casi constitucional, admitiendo la libertad, pero no la licencia; con pocas leyes, pero bien observadas; con imprenta, sin censura, pero con sujeción á la Ley de Cortes, y con respeto á las leyes y reglamentos existentes, hasta que la necesidad obligase á su reforma.

Pero la muerte destruyó los propósitos del pretendiente, pues que un tifus agudo acabó con su vida, y con la de su esposa y hermano don Fernando, despertándose la maledicencia con estos sucesos, que no tuvieron nada de criminales, según se demostró después con documentos auténticos.

Su hijo D. Juan, siguió combatiendo los ideales encarnados en la pureza de la doctrina política que defendió su abuelo, y fué rechazado por la mayoría de los carlistas, por sus opiniones claramente liberales

y por su deseo de que España entrase verdaderamente en el camino del progreso. Pero al fin tuvo que someterse á las exigencias de sus parciales, renunciando á todos sus derechos en su hijo D. Carlos, que de allí en adelante había de ser el que siguiera los trabajos por la causa carlista.

Ya desde entonces, el titulado Carlos VII empezó á representar su papel de rey, dirigiendo cartas autógrafas al Papa, á varios reyes y emperadores de Europa, comenzando por organizar convenientemente el partido, que ya contaba con Cabrera para su dirección.

Las juntas carlistas se multiplicaron en España, bajo la dirección suprema de Aparici y Guijarro, que era el jefe civil del pretendiente, creándose muchos casinos carlistas, y gran número de periódicos defensores de aquella causa.

En tanto, se celebraba en París una conferencia entre D.ª Isabel y D. Carlos, para efectuar la fusión de las dos ramas borbónicas, y resultando imposibles cuantas proposiciones se hicieron, terminaron sin resultado alguno aquellas entrevistas, más que todo, por las intransigencias del pretendiente.

Entonces éste, en 30 de Junio de 1869, publica su carta manifiesto, por el cual hacía un llamamiento á todos los españoles, planteando su programa político, en carta dirigida á su hermano, que redactó Aparici y Guijarro, ofreciendo con las Cortes dar á España una ley fundamental y definitiva, conservar la unidad católica y dar vida propia al municipio y la provincia.

Organizóse á seguida un empréstito para arbitrar recursos, y aumentaron las partidas carlistas en Navarra, las Vascongadas, y otros puntos, siendo Cabrera el director de todo, y celebrándose la junta de Vevey (Suiza), en 18 de Abril de 1870, donde se obtuvo una cuestación de dos millones de reales en favor de la causa, y donde se dió á conocer la disidencia que minaba al carlismo entre los partidarios de Cabrera y los de Aparici y Guijarro.

Mientras tanto, siguen las Cortes en España desempeñando sus tareas, y al llegar el mes de Noviembre, el 16 del mismo, tuvo lugar la votación de monarca, obteniendo 191 votos D. Amadeo de Saboya, 60 la república federal, 27 el duque de Montpensier, 8 el duque de la Victoria, 3 la república española, 2 D. Alfonso de Borbón y 1 la duquesa de Montpensier, resultando en blanco 19 papeletas. El presidente de la Cámara, D. Manuel Ruiz Zorrilla, proclamó al primero rey de España, y con una comisión salió para Florencia á ofrecer la corona al hijo del rey de Italia.

Mientras esto ocurría, el 27 de Diciembre de 1870, por la noche, yendo el general Prim en su coche, desde el Congreso á su casa, recibió en la calle del Turco varios trabucazos de una descarga que le hizo un grupo de asesinos, encargándose en el acto de la presidencia del Consejo de ministros y del ministerio de la Guerra, el general Topete, muriendo Prim el 30 de aquel mes, embalsamándose su cadáver y exponiéndose al público en la gran basílica de Atocha, donde en lujoso mausoleo descansan sus cenizas.

Crítica.—No es muy entusiasta el juicio que puede formarse de los sucesos realizados en España desde la batalla de Alcolea hasta la constitución del gobierno provisional, pues que el tránsito de lo que desaparecía á lo que se implantaba en la nación, era violentísimo, y este corto período, eminentemente revolucionario, no merece más que acerva crítica, pues que en él sólo se ocupó el pueblo en indecorosas demostraciones contra la dinastía destronada, y en actos de licencia y desenfreno, como primer ensayo del ejercicio de los derechos individuales que se implantaban.

También los actos que realiza el gobierno provisional, no son muy alhagüeños para la sana crítica, pues ante el deseo de dar expansiones demasiado liberales al poder, manifiesta su enemiga declarada á las instituciones monásticas y á los bienes de las iglesias, ocurriendo escandalosos sucesos en los actos de incautación de éllos por los delegados del gobierno, y marcándose ya el divorcio por este concepto entre el poder y la nación, que siempre ha sido eminentemente católica.

También al comenzar las Cortes constituyentes la discusión de la Constitución de 1869, se marcaron opuestas tendencias que han merecido crítica distinta de los historiadores, según el criterio que las informaba y según también el asunto á que se referían, sobre todo, al tratar de las cuestiones religiosas y de la forma de gobierno para nuestra nación, siendo doloroso que la energía entonces desplegada para sostener la monarquía en España, no se hubiera empleado también para que á todo trance hubiera continuado en nuestra patria la preciada joya de la unidad católica, que hasta los legisladores de Cádiz respetaron, en medio de sus expansiones liberales.

Y consecuencia de estas tendencias fué el aparecer ya en verdadera pugna y casi separación, la Iglesia y el Estado, en tales discusiones, que hasta entonces habían vivido en admirable consorcio, como que la idea de unidad católica y de religión, siempre amparada por el Estado, con exclusión de otro culto extraño, había sido permanente en todas las épocas de nuestra historia.

Asimismo, el matrimonio civil, como manifestación también de las libertades que entonces nacían, fué una creación de los poderes públicos, que si para casos determinados de extranjeros, ó de los pocos que no profesaran el catolicismo en España vino á llenar alguna necesidad y á legalizar en nuestra patria determinados enlaces, por regla general no hacía falta alguna en nuestra vida social, y lo que hizo fué amparar alguna vez la inmoralidad y dar carta de naturaleza en nuestra patria á ciertas uniones reprobadas por la Iglesia, cuando conjuntamente no se realizaban con el matrimonio canónico.

Al mismo tiempo se proclamaron y empezaron á ejercitar otras libertades, al amparo de los derechos individuales, como la de enseñanza, la de imprenta, la de asociación y otras, que aunque se implantaron con laudables propósitos, su ejercicio ha demostrado después ser mayores los abusos, á su sombra cometidos, que los beneficios que tan alto pregonaban sus entusiastas defensores.

No está exento de esta crítica el período de la regencia, pues que

aunque el general Serrano procuró, en cuanto pudo, no abusar de su poder y ser el contrapeso entre el desenfreno popular y las Cortes, tuvo sin embargo que permitir ciertas medidas altamente revolucionarias, que colocan la época de su mando casi al nivel de todo el período revolucionario.

La elección de rey para implantar en nuestra patria la monarquía democrática, es otro hecho de nuestra historia que merece juicio imparcial, pues que dada la situación de España y los desaires que se nos hicieron por los que fueron invitados á ceñir esta corona, prueban que los 71 votos de mayoría que D. Amadeo obtuvo en la votación real, sobre todas las manifestaciones distintas de la Cámara, no eran la verdadera expresión de la nación, como podía esperarse de un pueblo que por tradición tenía la fe monárquica, algo entibiada entonces con las doctrinas demasiado expansivas de la revolución.

En último término, el general Prim, como caudillo revolucionario y como *facedor de reyes democráticos* para nuestra nación, no merece muy entusiastas aplausos, pues que en todas sus intentonas y en los trabajos hasta la elección de D. Amadeo, mostró gran desagradecimiento, así como otros jefes revolucionarios, á D.ª Isabel II á quien tanto debían; y el plan del héroe de los Castillejos, de instaurar entre nosotros una monarquía democrática, merece disculpa, pues que franco enemigo de la república, cuya presidencia rechazó al serle ofrecida, prueba que conocía la resistencia de nuestra nación á esta forma de gobierno y quería á todo trance que continuase la monarquía en España.

LECCIÓN 87.

REINADO DE D. AMADEO I

Tercera época de la Edad contemporánea de la Historia de España.—La Casa de Saboya.—Reinado de D. Amadeo I.—Diputación española que va á Italia en busca de éste.—Llegada de Amadeo á la Península.—Su entrada en Madrid.—Su primer ministerio.—Primeras Cortes.—Protesta republicana.—Rompimiento de la coalición.—Carácter eminentemente democrático de la monarquía de D. Amadeo.—Su deseo de fraternizar con el pueblo de Madrid.—Democracia conservadora.—Democracia radical.—Lucha constante entre ambas.—La reina D.ª María Victoria.—Disolución de Cortes.—Cambios de ministerio.—Atentado contra los reyes.—Trabajos carlistas.—González Bravo y Nocedal.—Manifiesto de D. Carlos.—Levantamiento carlista.—La batalla de Oroquieta.—Sigue el movimiento carlista.—Convenio de Amorevieta.—Fundación del Asilo de las lavanderas.—Visita de Amadeo á Logroño.—Situación de Cataluña.—Los fueros catalanes.—Jefatura carlista de Dorregaray.—Nuevo alzamiento carlista.—Política liberal.—Manifiesto á favor de Alfonso XII.—La internacional en Cataluña.—Huelga de obreros.—Sigue la insurrección en América.—Se decreta la emancipación de los esclavos en Cuba y Puerto Rico.—Trabajosa organización de la guerra civil.—La cuestión de los artilleros.—Estado de la Hacienda española.—Aumenta la guerra carlista.—Amadeo renuncia la corona, el 11 de Febrero de 1873.—Su salida de España.—*Crítica.*=Resistencia de los españoles á todo rey extranjero.—La lucha entre radicales y conservadores hizo imposible el reinado de Amadeo.—Juicio acerca de D.ª María Victoria.—D. Amadeo I juzgado ante la Historia.

La tercera época de la edad contemporánea de la Historia de España, comprende próximamente dos años, desde el 2 de Enero de 1871, hasta el 11 de Febrero de 1873.

Durante este tiempo reina la Casa de Saboya, á virtud del nombramiento que las Cortes habían hecho, eligiendo para rey de nuestra nación al duque de Aosta, hijo segundo de Victor Manuel, rey de Italia.

El reinado de D. Amadeo I, abarca el espacio de tiempo que media desde que entró en Madrid y prestó juramento en el Congreso de los diputados (2 Enero 1871), hasta que ante las mismas Cortes presentó la abdicación de la corona, y con su esposa y demás familia salió de Madrid (11 Febrero 1873).

Ya digimos anteriormente, que una vez proclamado D. Amadeo Fernando, por las Cortes, rey de España, salió D. Manuel Ruiz Zorrilla presidiendo una comisión para ofrecerle la corona, yendo á Florencia, y desde allí trayéndose á España al nuevo rey que había aceptado el difícil cargo de regir nuestra nación.

Una vez llegado el duque de Aosta á nuestra patria, tuvo noticia de que acababa de morir asesinado el amparador de su candidatura, don

Juan Prim, y en Cartagena, donde desembarcó, tuvo un solo momento de natural vacilación, pero al fin se decidió á cumplir caballerosamente la palabra empeñada, y marchó á Madrid con la comisión que desde Italia le venía acompañando.

Entró en la corte el 2 de Enero de 1871, dirigiéndose desde el ferrocarril á la basílica de Atocha, contemplando allí y orando ante los restos mortales del general Prim, marchando después al Congreso de los diputados, donde prestó juramento de guardar la Constitución de 1869, siendo proclamado como rey. De allí pasó á visitar á la duquesa viuda de Prim, yendo después á palacio, desde cuyos balcones el general Serrano le presentó al pueblo, que con entusiasmo aclamó al joven rey constitucional.

A los tres días nombró su primer ministerio, bajo la presidencia del duque de la Torre, y en el que entraron los principales caudillos revolucionarios, como Martos, Sagasta, Ruiz Zorrilla y Moret.

Convocáronse inmediatamente las primeras Cortes de aquel reinado, para el 3 de Abril próximo, y en las que fué muy numerosa la minoría antidinástica, á pesar de los esfuerzos hechos para impedirlo. En éllas se coaligaron todos los elementos monárquicos, en contra de los enemigos de la naciente monarquía.

Ocupó la presidencia de esta Cámara D. Salustiano Olózaga, siendo el primer acto de élla el de la protesta republicana, presentando una proposición para la reforma de la Constitución, que no era otra cosa que una petición contra la Casa de Saboya y la elección de D. Amadeo como rey de España. Al fin fué desechada esta proposición, triunfando la mayoría, después de grandes tumultos y de verdaderos alborotos.

Comenzó aseguida la contestación al discurso de la corona, y ya se dieron á conocer las dos tendencias que dividían á la mayoría, pues que los antiguos unionistas creían consolidar la nueva monarquía con medidas conservadoras, y los progresistas opinaban que sólo las reformas podían arraigar en España la Casa de Saboya, rompiéndose, por tanto, á poco de nacer, la coalición representada por el ministerio y haciéndose inevitable una crisis.

Pero como D. Amadeo quería darle un carácter eminentemente democrático á su monarquía, se inclinó al lado de los radicales, después de conferenciar con los presidentes del Congreso y del Senado, y llamó para formar ministerio á D. Manuel Ruiz Zorrilla, para que pudiese ir implantando reformas democráticas, y porque siendo ya estimado éste por los republicanos, podía contar con la benevolencia de éstos.

Al mismo tiempo, comenzó á manifestar su deseo de fraternizar con el pueblo de Madrid, y rompiendo antiguas etiquetas palaciegas, visitaba los barrios bajos de la corte, y entraba en comercios, cafés y otros establecimientos, creyendo de buena fe, y con honrados propósitos, que esta era la manera más adecuada para captarse las simpatías de las masas y de toda la nación.

Poco tiempo duró el ministerio presidido por Ruiz Zorrilla, pues que en Octubre de 1871 tuvo que dimitir, á causa de haber sido derrotado su candidato, el Sr. Rivero, para la presidencia del Congreso. Enton-

ces se entroniza la democracia conservadora, y bajo la protección de Sagasta, que la representaba, se forma ministerio, durante el cual hay empeñadas discusiones en las Cortes, acerca del proyecto presentado por los demócratas, y que siempre había apadrinado Prim, de vender la Isla de Cuba á los Estados Unidos.

Entre tanto, la democracia radical representada por Ruiz Zorrilla, no descansaba un momento, y su enemiga personal á los que seguían á Sagasta, se iba manifestando en todo, labrando la ruina de aquella monarquía, fundada por los revolucionarios, y amparada especialmente por los jefes de estas dos fracciones.

Durante todo el reinado de Amadeo, hubo lucha constante entre la democracia radical y la conservadora, mantenida más que nada por el mútuo odio que se profesaban los jefes de estas banderías políticas, que á haber estado unidas, hubieran formado un núcleo de poder, contrapesándose el uno al otro, y haciendo posible aquella monarquía esencialmente democrática.

La reina D.ª María Victoria, esposa del monarca, entró en Madrid algunos meses después que éste, el 19 de Mayo de 1871, y dotada de cualidades inapreciables de talento y virtud, comprendió desde luego la situación de España, con respecto á la nueva dinastía, dedicándose en el corto tiempo que permaneció entre nosotros, á hacer el bien en cuanto pudo, y á inclinar á su marido por el camino que le había de llevar á la abdicación de la corona de España.

Durante el año 1871, hubo necesidad de disolver las Cortes, porque Sagasta, combatido por todos los progresistas y demás oposiciones, tuvo que lograr del monarca aquel decreto, que disgustó á unos y á otros, y que pugnaba con el espíritu de la naciente monarquía.

Consecuencia de todo esto es la variación de ministerios, sucediendo á Malcampo el Sr. Sagasta, continuando esa lucha tenaz entre demócratas y conservadores, y siguiendo también la aspiración constante del partido carlista y del republicano contra la dinastía.

Y este odio se manifestó después más claramente, pues que en Julio de 1872 un grupo de hombres intentaron asesinar á los reyes en la calle del Arenal, haciendo una descarga contra el carruaje que les conducía, é hiriendo sólo á uno de los caballos del mismo. En el acto fueron presos los autores de aquel atentado, que todos eran conocidos republicanos, tal vez ciegos instrumentos de personales ambiciones. Este hecho, realizado en pleno poder de la democracia radical, excitó la ruda oposición de los conservadores, que llamaban impotente al ministerio para reprimir tales desmanes.

Cuando se estaban verificando las elecciones para las Cortes de 1872, los radicales, en su enemiga á los conservadores, se unieron, para la lucha electoral, con republicanos y carlistas, lo que hizo que el ministerio Sagasta redoblase sus esfuerzos para sacar triunfantes sus candidatos, siendo esto calificado por sus enemigos de arbitrariedades en la elección, y dió origen á los trabajos carlistas, que comenzaron con encomendar D. Carlos toda la dirección al general Elio, secundado por poderosos auxiliares del elemento civil.

Entre éllos, tomaba parte muy activa el último primer ministro de D.ª Isabel, D. Luis González Bravo, que ahora estaba al servicio de don Carlos, siendo entusiasta por la guerra, desde luego; así como era enemigo de que inmediatamente comenzase ésta, D. Cándido Nocedal, director de la prensa carlista, y que quería lograr sus fines pacíficamente, y sin otros medios que los que les concedía la Constitución y las leyes.

Al fin D. Carlos sigue las indicaciones del primero, que era su propia opinión, y el 21 de Abril de 1872, dió un manifiesto, que publicó la Junta central de Madrid, llamando á las armas á sus partidarios, y determinando que en aquel mismo día comenzasen las operaciones guerreras.

En efecto, verifícase inmediatamente el levantamiento carlista, estallando en Cataluña, las Vascongadas y Navarra, y dando principio por forzar las fuerzas del general carlista Rada, el paso del Bidasoa y penetrar en Navarra, siendo nombrado el general Serrano, duque de la Torre, para combatirle, ya que estaban tan alentados con el número, y con que su titulado rey hubiera penetrado en España el 2 de Mayo de aquel año.

A los tres días de estos sucesos, el general Moriones se encontró en Oroquieta con las fuerzas de D. Carlos, que tranquilamente, con 3.000 ó 4.000 hombres se dirigían al interior de Guipúzcoa, y que denunciados por unos pastores, pudo atacarles prontamente el general de las tropas liberales, y merced á esta sorpresa, hábilmente calculada, hacerles 700 prisioneros, dispersarle toda su gente, y lograr que el mismo D. Carlos saliese huyendo á todo escape y repasara la frontera, hasta sin sus ayudantes, ocultándose de tal modo que por algún tiempo se le creyó muerto.

Sin embargo, el movimiento carlista siguió en Navarra y en las provincias Vascongadas, sin darse acciones de ninguna importancia, y notándose que ya iba introduciéndose entre los rebeldes el germen de la desunión, y que se aspiraba á honrosas transacciones.

Por ello, el duque de la Torre entabló negociaciones con los rebeldes para formar un convenio con éllos, que al fin se suscribió en 24 de Mayo de 1872, en Amorevieta, por el cual se indultaba á los carlistas y se les admitía en nuestro ejército, reconociéndoles los grados que tuvieran en el arma de donde procedían. Tales sucesos excitaron las iras de los radicales, que hicieron caer á su autor de la presidencia del Consejo de Ministros, sustituyéndole el Sr. Ruiz Zorrilla, y convocando nuevas Cortes.

Por entonces, y por iniciativa de la reina D.ª María Victoria, se construyó en Madrid el Asilo de las lavanderas en el río Manzanares, fuera de la Puerta de San Vicente, cuyo edificio, que aún continúa prestando humanitarios servicios, se hizo por aquella señora para recoger y custodiar los niños de las lavanderas, mientras éstas se entregaban á sus duras faenas en el río.

D. Amadeo había decidido hacer un viaje á las provincias del Norte, y á pesar del atentado contra su vida, lo llevó á efecto, dirigiéndose ante todo á Logroño, donde por consejos de sus ministros, visitó al ge-

neral Espartero, considerándole como el patriarca de las ideas progresistas en España, y como el modelo de los hombres honrados y desinteresados de nuestra patria.

La guerra carlista, que se creía concluida, continuaba latente, especialmente en Cataluña, siendo continuamente combatidas todas las partidas por el ejército liberal.

Pero el espíritu guerrero de los rebeldes iba decayendo, y entonces D. Carlos, para alentar á los suyos, publicó en 16 de Julio de 1872 un manifiesto ó proclama, dirigido á toda la antigua corona de Aragón, invitándoles á pelear por su causa, y prometiéndoles devolverles sus antiguas libertades, ó sean sus preciados fueros, destruídos por Felipe V para castigar la revolución catalana.

Poco se adelantó en el camino de la guerra con este manifiesto, y habiendo una verdadera crisis carlista, se formó en el extranjero una nueva Junta, escandalizados de que Cabrera les abandonara por hacerse alfonsino, y nombraron jefe absoluto militar á Dorregaray, que comenzó á organizarlo todo para que volviese á encenderse la guerra civil.

Y en efecto, tiene lugar un nuevo alzamiento carlista en las Vascongadas, Navarra, Valencia y Castilla, á fines de aquel año, satisfaciéndole mucho á D. Carlos los planes de Dorregaray, que aprovechando el descontento del clero y de los pueblos por la declaración de soldados y otras medidas del Gobierno, iban engrosando sus filas.

La política liberal atravesaba entonces circunstancias críticas, pues que en élla la pasión era la principal consejera, y el país era presa de aquella perturbación política, verificándose por entonces las elecciones de diputados á Cortes, en que los federales llevaron un gran contingente al Congreso, y los radicales la mayoría, lo que dió el triunfo á la política de éstos, que bien pronto se desacreditó, con el gran número de soldados que llamaba para combatir á los carlistas, y sus nuevos presupuestos ruinosos para la Hacienda pública.

Entretanto, el partido alfonsino procuraba hacer adeptos, y en Junio de 1872 publicó una carta-manifiesto proclamando la monarquía de D. Alfonso, si bien dicho documento lo aceptaron unos, para que si el príncipe llegaba á reinar antes de cumplir la mayor edad, lo fuese con la regencia del duque de Montpensier, y otros, á cuya cabeza estaba D.ª Isabel, no queriendo nada con aquél, haciéndole responsable de su caida del trono, y aceptando la renuncia de éste, pero rompiendo con él toda clase de relaciones.

Por entonces también se agita la internacional en Cataluña con caracteres alarmantes, que es necesario reprimir con mano fuerte, dirigiendo el gobierno una enérgica circular contra la misma, y procurando arreglar la huelga de obreros en Barcelona y Madrid, relacionado con todo esto.

También seguía la insurrección en Cuba, especialmente en las montañas y en el departamento oriental, lo que hizo precisas medidas de represión desde la península, y que allí aumentasen con más fuerza las operaciones guerreras. Coetánea con estos sucesos, era una insurrec-

ción republicana en el Ferrol, que prontamente fué sofocada por las tropas del Gobierno.

Entre los medios que se emplearon para ver de calmar la insurrección Antillana, puede citarse el proyecto de emancipación de los esclavos en Cuba y Puerto Rico, aprobado para esta última isla, y suspendido para la de Cuba, por estar en armas, y cuya ley se votó después que había dejado el trono la casa de Saboya.

La guerra civil llevaba una trabajosa existencia, especialmente en su organización, á fines de 1872 y principios de 1873, aumentando el alzamiento, especialmente en Cataluña, dónde D. Alfonso, hermano de D. Carlos, se encarga del mando de todas las partidas, y su esposa D.ª Nieves, con varonil esfuerzo, alienta á los soldados que en aquella región, como en las provincias y Navarra, la desunión iba siendo el signo característico de la guerra carlista, lo que facilitó los triunfos del general Moriones, á quién se le nombró entonces general en jefe de las tropas del Gobierno, en el Norte de España.

Y cuando más se trabajaba para vencer la guerra carlista, surgió un serio conflicto, que se conoce con el nombre de la «cuestión de los artilleros», originada porque al ser nombrado el general Hidalgo, capitán general de las provincias Vascongadas, todos los jefes y oficiales de aquél arma se resistieron á servir bajo sus órdenes, por hacerlo responsable de los asesinatos del cuartel de San Gil en 1866. La cuestión tomó tal importancia, que el Gobierno y las Cortes decretaron la supresión del cuerpo de artillería, sustituyendo el personal con otros jefes y oficiales del ejército, y ascendiendo á oficiales á los sangentos de dicha arma. D. Amadeo no estaba conforme con tal medida, pero al fin firmó el decreto de disolución de la misma.

La hacienda española por aquel tiempo, se hallaba en un estado deplorable, pues que se habían suprimido muchas rentas, pero no se habían rebajado cargas, y apesar de los trabajos de algunos entusiastas ministros del ramo, continuaba siendo muy tirante el estado de aquella cuya mejora impedían los mismos partidos políticos con sus intransigencias.

Todo esto hace, que á principios de 1873, tome gran incremento el movimiento carlista, pues que los partidarios del pretendiente, al ver el desenlace de la cuestión artillera, tomaron nuevos bríos y se creyeron vencedores, mucho más, cuando notaban que á pasos agigantados concluía la monarquía de D. Amadeo, y se vislumbraba para el país, la alternativa de echarse en brazos del absolutismo ó de la república.

Por fin el rey, viendo la situación de España, la lucha carlista, su impopularidad, apesar de sus esfuerzos para ganarse adeptos, y su aislamiento al ver que los unionistas se habían ido con D. Alfonso, que Sagasta estaba frío con él, por resentimientos al creerse abandonado por el monarca, y que el Sr. Ruiz Zorrilla simpatizaba demasiado con los republicanos, hasta el punto de concertarse con ellos para que las Cortes y el Gobierno se pusieran enfrente de él, provocando así el advenimiento de la república, tomó pretexto de la cuestión artillera, y queriendo ser rey constitucional hasta el último instante, firmó el de-

creto disolviendo el cuerpo de artillería, aunque no simpatizaba con él, y á seguida dirigió un mensaje á las Cortes, en 11 de Febrero de 1873, abdicando la corona por sí, y por sus hijos y descendientes.

Este grave acontecimiento produjo gran alarma en el pueblo, y no pequeña agitación en las cámaras, que aceptaron dicha renuncia, (constituída en una sóla asamblea, el Senado y el Congreso de los diputados), saliendo Amadeo de España, á pesar de hallarse muy enferma la reina D.ª María Victoria, y de la crudeza del tiempo, y marchando á Lisboa, donde toda la familia real se embarcó en una fragata, que para conducirles á su patria, les mandó el rey de Italia.

Crítica.—La causa principalísima de haber fracasado la monarquía de D. Amadeo, fué la eterna resistencia de los españoles á todo rey extranjero, siquiera aquel estuviese adornado de las caballerosas condiciones que distinguían á este monarca, que quiso siempre presentarse ante el pueblo que le eligiera rey, con una hidalguía parecida á la española.

La lucha entre los demócratas radicales y los conservadores, y más aún, el odio y mútuos recelos de Sagasta y Ruiz Zorrilla, hicieron imposible el reinado de Amadeo, pues que queriendo cumplir éste el papel que se había impuesto de rey constitucional, alternaba entre unos y otros, sin comprender hasta última hora, que uno y otro sólo aspiraban á la hegemonía del poder.

La personalidad de la reina D.ª María Victoria, en el corto tiempo que fué reina de España, no merece más que justos elogios, por su dignidad y por su acrisolada virtud, reconocida hasta por sus enemigos. Pasó mientras fué reina un período tristísimo de continuos sobresaltos, viéndose siempre amenazada por la internacional y el carlismo, y separada de la aristocracia española, que nunca simpatizó con élla, á pesar de sus hermosas cualidades morales; todo lo que le hizo estar incesantemente rogando á su marido que renunciase la corona. Son recuerdo del corto tiempo que estuvo entre nosotros, además del Asilo de las lavanderas, ya citado, la creación de la orden civil de María Victoria, que tuvo muy corta vida, para premiar los servicios eminentes prestados á la nación por profesores, artistas y literatos.

D. Amadeo I juzgado ante la historia, no merece censuras, pues hizo cuanto pudo por procurar el bien de la nación, que no pudo lograrlo, por encontrarse enfrente de todos los partidos, faltarle el apoyo de su amparador el general Prim, y tener que desarrollar su gobierno entre los dos jefes de bandería que le rodeaban, celosos el uno del otro. Por eso, su reinado no dejó huella alguna en la nación, pues hasta la ley de emancipación de los esclavos en Puerto Rico, se votó después de su salida de España. En otro pueblo menos entusiasta de los suyos y menos enemigo de los extranjeros, ó en éste, con otros hombres y en otras circunstancias, su reinado hubiera pasado á la historia con caracteres muy distintos á los que ésta le señala.

LECCIÓN 88.

LA REPÚBLICA.

Cuarta época de la Edad contemporánea de la Historia de España.—La República.—Proclamación y primeros actos de la República.—República unitaria.—Presidencia de D. Estanislao Figueras.—Situación difícil del país.—Conflictos.—Cortes Constituyentes.—Insurrecciones federales, socialistas y carlistas.—El Ministerio y la Asamblea.—El estado catalán y la Diputación de Barcelona.—Indisciplina del ejército.—Clausura de las Cortes.—Tratos para el arreglo del cuerpo de Artillería.—Anarquía en la Nación.—Trabajos de los alfonsinos.—Sucesos de Andalucía.—Cartagena.—Pretensiones para que se constituyera la República federal.—Primeras Cortes republicanas.—Constitución de la República federal en España.—Presidencia de Pí y Margall.—Insurrecciones en las provincias.—Los cantonales.—El cantón andaluz.—El cantón catalán.—Excesos en Málaga, Alcoy y otros puntos.—La insurrección en Cartagena.—El general Contreras.—Presidencia de la República de don Nicolás Salmerón.—Continúa el desorden general.—Aumenta la agitación carlista.—Peligra la unidad nacional.—El general Pavía es nombrado para pacificar á Andalucía.—Trabajos de Salmerón para mantener el orden.—Presidencia de la República de D. Emilio Castelar.—Correrías carlistas.—Comités alfonsinos.—D. Carlos en España.—Vandalismo en la guerra.—Trabajos para la Restauración.—Vencimiento de los cantonales.—Arreglo del cuerpo de Artillería.—Suspensión de las sesiones de Cortes.—Dictadura de Castelar.—Conflicto con los Estados Unidos.—Aumenta la guerra carlista.—Planes rentísticos de los republicanos.—El capitán general de Madrid.—Situación de la Asamblea al comenzar el año 1874.—Escenas tumultuosas.—El golpe de Estado.—El 3 de Enero de 1874.—La República conservadora, ó el poder ejecutivo de la Republica.—Presidencia del general Serrano.—Mejora la situación de la guerra carlista.—Primeras disposiciones del general Serrano como Presidente de la República.—Marcha al Norte á combatir la insurrección.—El general Zavala encargado del gobierno.—Crecimiento del partido alfonsino.—El general Martínez Campos.—Proclamación de D. Alfonso XII, como Rey de España.—*Crítica.*=Juicio acerca del desarrollo de la República en España.—Crítica acerca de la conducta seguida por sus presidentes enfrente de la revolución.—Salmerón y Castelar con sus particulares criterios de gobierno, mataron la República y favorecieron indirectamente la restauración borbónica.—El espíritu monárquico enemigo siempre en España de la idea republicana.

La cuarta época de la Edad contemporánea de la Historia de España, comprende próximamente dos años, ó sea desde el 11 de Febrero de 1873 hásta el 29 de Diciembre de 1874, que fué el espacio de tiempo que medió desde la proclamación de la república en España, hasta que fué aclamado D. Alfonso XII como rey de esta nación.

Esta época recibe la denominación de la «de la república», y aunque tan corta, se divide en tres períodos, pues que como fugaz meteoro re-

corrió todas las formas en brevísimo espacio de tiempo, siendo unitaria primero, federal después, y más tarde conservadora, ó poder ejecutivo de la república, como verdadero puente levadizo para la restauración borbónica en España.

Una vez que en el Congreso se dió cuenta de la abdicación de don Amadeo, se reunió la Cámara popular con el Senado, presidiendo el Sr. Rivero, como más antiguo, y votándose la proposición del Sr. Figueras, proclamando la república española.

Entonces se pensó en la forma que esta había de tener, acordándose fuese unitaria, á pesar de la encarnizada ojeriza de muchos diputados, que recordando antiguas predicaciones, creían debía implantarse desde luego en nuestra patria la república federal.

Constituída la república unitaria, es nombrado presidente de la misma el consecuente republicano D. Estanislao Figueras, nombrándose inmediatamente ministerio, que fuese representante del poder ejecutivo, y en el que entraron cuatro que acababan de serlo con la monarquía.

En situación difícil del país ocupó la presidencia de la república Figueras, pues que inmediatamente se desencadenó contra él una sostenida insurrección de federales, socialistas y carlistas, sin contar con la que latente existía ya á favor de D. Alfonso, y con el estado general de la nación, que creía un golpe de Estado la rápida proclamación de la república, sin haber mediado antes un gobierno provisional, y que unas nuevas Cortes, libremente elegidas, hubiesen determinado cual era la forma de gobierno que debía implantarse en España.

No fueron pequeños los conflictos con que desde el principio tuvo que luchar la república española, dentro y fuera de la nación, pues que, por un lado, Inglaterra y Francia se negaban á sostener relaciones oficiales con la misma, por no considerarla constituída, y al mismo tiempo la situación del país era gravísima, por las contínuas rebeldías que diariamente se exteriorizaban por todas partes, ya por la cuestión de quintas, ya por las aspiraciones de parciales independencias del poder central.

Aumentando la gravedad de las circunstancias, se hace precisa la disolución de las Cortes, convocándose las constituyentes para 1.° de Junio de 1873, que fueron las sextas de esta clase en el siglo XIX, y las que más tarde redactaron un proyecto de Constitución republicana que no llegó á ser aprobado. Estas Cortes las presidió el Sr. Orense, como premio á su consecuente republicanismo.

Pero las insurrecciones de federales, socialistas y carlistas, no se daban reposo para combatir la naciente república, y en verdad que el estado del ministerio era tristísimo, enfrente de tanto enemigo, teniendo que contener las aspiraciones violentas de unos y de otros, deseoso el Sr. Figueras de consolidar ordenadamente la república que presidía.

Y si violenta era su situación con respecto á los rebeldes, no lo era menos con respecto á la Asamblea que proclamó la nueva forma de gobierno, donde contínuamente se estaba dando el caso de quererse sobre-

poner al ministerio, lo que hizo pensar en la clausura del Parlamento si bien por algún tiempo quedara un resto de él que fuese su representación ante el país.

De todos los puntos donde se había enarbolado la bandera de la rebelión en contra del Gobierno, en ninguna parte se alteró el orden público como en Barcelona, donde la Diputación provincial quiso establecer el estado catalán, procurando por todos los medios quitarle fuerzas al Poder central y poniendo en grave aprieto al ministro de la Gobernación Pi y Margall, que asustado de que se proclamase el estado catalán, y que la federación se hiciese de abajo arriba, comprometiendo la suerte de la república, pactó con los revoltosos, bajo la promesa de que el señor Figueras iría inmediatamente á la capital del principado para arreglar tan grave asunto.

Pero la semilla de cantonalismo y de indisciplina sembrada por el orgulloso estado catalán, dió bien pronto sus frutos, pues que siendo su principal objetivo indisponer á los soldados contra los jefes, para que no obedeciesen al Poder que residía en Madrid, y ser la Diputación de Barcelona el verdadero jefe del ejército que había en Cataluña, la indisciplina más desordenada se introdujo en él, llamando tiranos á los jefes, y al revolucionario grito de «abajo los galones», tiraron por tierra todo el prestigio del ejército, y nos colocaron ante las demás naciones como un pueblo sin organización y sin gobierno fuerte y decidido para reprimir tales desmanes.

Todos estos sucesos, y otros más de carácter político, desarrollados en Madrid, fueron la causa de la clausura de la Asamblea, quedando una Comisión permanente, compuesta de la Mesa y veinte representantes más de todas las fracciones de la Cámara.

Como quiera que hacía falta reorganizar el indisciplinado ejército, y aumentarlo para combatir á todos los enemigos del gobierno se entró en tratos para arreglar el disuelto cuerpo de Artillería, lo que sabido por el flamante estado catalán, declaró solemnemente que se oponía á tales negociaciones, por indicar una deplorable abdicación de poder, en el gobierno de la república. Este, temiendo á los catalanes, suspendió las negociaciones con vergonzosa timidez, lográndose con esto que fueran acreciendo entre los artilleros, y en otros cuerpos del ejército los partidarios de D. Carlos.

El ejemplo de Barcelona cundió bien pronto por toda la nación, y la más espantosa anarquía se fué enseñoreando de España, llegándose hasta el caso de que la milicia por un lado, y los federales por otro, quisiesen disponer de los destinos del país, y que aquella penetrase airada en el Congreso, y con grandes gritos pretendiese saciar en algunos diputados sus criminales deseos. Esto obligó á que el gobierno disolviese las fuerzas de milicia que no inspiraban confianza, y se disolviese también la Comisión permanente de la Asamblea, quedando el Poder ejecutivo como único árbitro de los destinos de España.

Entretanto, los alfonsinos menudeaban sus trabajos, no solamente en Madrid sino en provincias, nombrándose comités en todas partes, y estando dispuestos para provocar un movimiento al grito de «ejército

y orden», estando unidos los defensores del joven príncipe con los carlistas en contra de república, que para ellos era el enemigo común.

Andalucía fué, después de Cataluña, la región española donde por entonces se verificaron mayores excesos, habiendo conatos, en varias partes, de independencia, especialmente en Sevilla, Granada, Málaga, Jeréz y Cádiz, que á todo trance querían constituirse en cantones independientes, y que continuamente estaban en abierta lucha con el ejército, cometiéndose los mayores excesos, y siendo el gobierno impotente para reprimirlos, no sólo por su falta de fuerza moral y material, sino también porque el Sr. Pi y Margall no podía olvidar sus eternas predicaciones, y consideraba que el reducir á obediencia á aquellas provincias era tanto como matar el credo republicano.

También en Cartagena pretendieron hacerse independientes los federales, invadiendo el Ayuntamiento y enseñoreándose de la población.

Estos hechos dieron á conocer que la república unitaria estaba muerta, y que pidiendo la mayor parte de la nación la república federal, era preciso que las nuevas Cortes satisfaciesen estas pretensiones, proclamándola desde luego.

En las primeras Cortes republicanas, donde sólo hubo dos votos contrarios á esta forma de gobierno, depositó el Sr. Figueras el poder que había recibido de los suyos, manifestando verdadera impotencia para reprimir el estado anárquico de la nación, y pidiendo la constitución de un gobierno enérgico y con unidad de miras, mucho más cuando no sólo había que combatir á los federales y socialistas, sino que dado el estado del ejército y la nación, de día en día habían ido aumentando las fuerzas de D. Carlos.

Entonces, el 8 de Junio de 1873, sin más formalidades, se proclama por las Cortes la república federal como forma de gobierno, no sin que el Sr. Orense, presidente de la Asamblea, tuviera que dimitir el cargo, asombrado ó asustado de lo que veía en la representación nacional y lo que esperaba después en todo el país.

Es elegido primer presidente de la república federal española, don Francisco Pi y Margall, nombrándose bajo su presidencia un ministerio en que estuvieran representadas todas las tendencias de las Cortes, y presentando el presidente su programa, que había de desarrollarse en una Constitución, si no había de morir bien pronto la república federal que entonces nacía.

Pero las insurrecciones continuaron en las provincias, no contentas con este nuevo orden de cosas, y los ministerios se fueron sucediendo, llegando el caso de presentar una proposición ante las Cortes, que fué desechada, declarando la Cámara en convención nacional, la cual elegiría una Junta de salud pública que sería el poder ejecutivo de la república.

Entretanto, los cantonales seguían sus trabajos por las provincias, no contentos con que el Poder central fuera el que decretase su constitución, sino que éllas, creyéndose con poder bastante, querían constituirse por sí, haciendo alarde de su autonomía.

El orden se turba verdaderamente en Andalucía, y se constituye de-

finitivamente el cantón andaluz, haciéndose preciso que el gobierno, para reprimir estas insurrecciones, decretase la suspensión de los derechos individuales, ocurriendo hechos tristísimos, como la del desarme de los carabineros en Granada, la batalla en las calles, entre las tropas y el pueblo, en Málaga, y las escenas vandálicas en Sevilla, donde quedaron vencedores los rebeldes y formaron una Junta de salud pública.

El cantón catalán seguía entre tanto funcionando, y quiso obtener la suprema sanción, bajo la forma de establecimiento en Barcelona de una Junta suprema de salvación y defensa, á lo que resueltamente se opuso Pi y Margall, prestándose sólo á consentir, como ayuda á su poder, la creación de una junta auxiliar de armamento y defensa.

Los excesos cantonales fueron en aumento por toda España, y en Málaga, Alcoy y otros puntos, se cometieron tales hechos, especialmente en esta última población, que revistieron todos los caracteres de una ferocidad salvaje, profanándose templos, atropellándose mujeres y asesinándose autoridades y ciudadanos indefensos, al mismo tiempo que se incendiaban casas y fábricas, al grito de cantonalismo, dado por seres que, sin opinión política, y sólo con crueles instintos, ultrajaron á la humanidad y deshonraron á España con los crímenes incalificables que cometieron.

La insurrección que se había iniciado en Cartagena, tomó grandes vuelos dirigida por el diputado D. Antonio Gálvez, apoderándose del castillo de Galeras, y siendo dueños los federales de arsenal y fragatas, y proclamando el cantón murciano, con su gobierno particular, y siendo dueños de casi toda la escuadra española.

El general Contreras fué el jefe militar de esta insurrección cantonal, cuyo arresto decretó el gobierno, acordando la salida para Cartagena del ministro de Marina. Sobre los medios de vencer esta insurrección, no estaban conformes todos los ministros, y por ello, Pi y Margall, viéndose impotente para resistir, y no secundándole sus compañeros para vencer la insurrección por medio de un convenio, vióse obligado á dimitir la presidencia del Poder ejecutivo.

Por eso, el 18 de Julio de 1873, es nombrado presidente de la república española D. Nicolás Salmerón Alonso, como representante de los elementos republicanos de la derecha de la Cámara, y al presentarse ante élla, elogió el patriotismo de todos, monárquicos y republicanos, para la salvación de la patria, y anunció que sería inexorable para el castigo de todos los rebeldes, cualquiera que fuese el campo político de donde procedieran.

Pero el desorden general continúa, y se imponen medidas de rigor, y sobre todo la reorganización del ejército, tomando por base la del cuerpo de Artillería y el aumento de la Caballería, disolviéndose los regimientos que habían fraternizado con los cantonales, y tomándose el absurdo acuerdo de declarar piratas á la tripulación de los buques sublevados.

Aumenta cada vez más la agitación carlista, entusiasmados los partidarios del pretendiente por la entrada de D. Carlos en España, el 15 de Julio de aquel año, lo que obliga á Salmerón á tomar medidas re-

presivas, y entre otras, á pedir autorización á las Cortes para que las Diputaciones provinciales pudieran imponer contribuciones á los carlistas, y se embargaban bienes á los partidarios de D. Carlos, sin fundamento ni razón legal que apoyase tal medida.

Siguiendo el gran desbarajuste que había en la nación, acordando el cantón de Granada acuñar moneda, suprimir el ejército é imponer tributos á los ricos y al alto clero, declarando Sevilla la propiedad comunal y Valencia francos sus puertos, el cantonalismo se iba enseñoreando de todo, y la unidad nacional estaba verdaderamente en peligro; se nombró entonces jefe militar de Valencia y del ejército de operaciones á D. Arsenio Martínez Campos, que con rara fortuna logró apaciguar la ciudad y destruir el cantón valenciano.

Pero en Andalucía continuaba el desorden, y para pacificarlo es nombrado el general D. Manuel Pavía, con apremiantes instrucciones del ministerio, logrando también posesionarse de Sevilla, después de tres días de lucha, entrando en Cádiz, Algeciras, Córdoba y Granada, y preparándose para ir á Málaga, donde el cantonalismo satisfacía las aspiraciones de muchos que se aprovechaban para hacer á su sombra un grande contrabando.

Salmerón hizo esfuerzos inauditos para mantener el orden, mediando una verdadera campaña telegráfica entre el gobierno y el general Pavía y luchando entre el convencimiento de la razón que asistía al jefe militar de Andalucía y la presión política que sobre el gobierno ejercía la oposición de la Cámara, é impotente, como su antecesor, para resistir la oposición que contra él existía dentro y fuera del Parlamento, no queriendo ponerse en contradicción con sus personales opiniones políticas y de gobierno, dimitió el cargo, dejando paso franco á otros hombres que pudieran de un modo dictatorial vencer aquella insurrección y salvar la unidad de la patria.

En tal estado, en 8 de Septiembre de 1873, es nombrado presidente de la república española D. Emilio Castelar, que convencido ya de la impopularidad é imposible práctica de su anterior federalismo, comprendía que era necesario llevar á la república por otros derroteros, venciendo antes á todos los rebeldes, si no había de morir á manos de los monárquicos coaligados y de todos los hombres de orden, que con el ejército se unirían á éllos para salvar la nación del cataclismo que le amenazaba.

Mientras se desarrollaban estos sucesos, las correrías carlistas habían ido en aumento, y aprovechándose de las circunstancias lograban grandes triunfos especialmente en las provincias Vascongadas y Navarra, así como también en Cataluña, consiguiendo al fin en 24 de Agosto de 1873, tomar á Estella, é ir asegurando en todas partes sus posiciones, rechazando en muchos sitios á los ejércitos del gobierno.

Al mismo tiempo, los comités alfonsistas seguían aumentando de día en día, y valiosos elementos se aprestaban á realizar sus planes, uniéndose con otros partidos, enfrente de la república española.

D. Carlos por su parte, no cesaba en sus trabajos desde Julio de aquel año, y publicaba un manifiesto, prometiendo salvar al país, lo

que se tradujo en tomar la guerra un incremento desconocido, aumentando la violencia y ferocidad de la campaña.

Y entonces la guerra reviste caracteres de verdadero vandalismo, y el cura Santa Cruz, por un lado, y varios guerrilleros desalmados por otro, hicieron del Norte y Cataluña un verdadero campo de destrucción y de saqueo, perdiendo la campaña los caracteres de guerra civilizada, á pesar de los esfuerzos que muchos ilustrados jefes carlistas, hacían para impedirlo.

Todo esto, impone el que se aumenten los trabajos para la restauración borbónica en España, que hasta la misma D.ª Isabel, se consideraba capaz de hacerla por sí sola valiéndose de personajes revolucionarios, enemigos declarados de la república, y con algunos jefes militares, que seguramente habían de ayudar al movimiento.

Pero la elevación de Castelar á la presidencia de la república, y el ser su nombre garantía de orden y una esperanza para que hubiese gobierno y tranquilidad, recató por lo pronto tales trabajos, y solo se pensó por todos, en concluir con la insurrección cantonal. Y al efecto, sofocada la revolución socialista de Ecija, fué Pavía á Málaga, donde entró sin dificultad alguna, siguiéndose luego la decidida campaña contra los cantonales de Cartagena, que con la escuadra de que se habían apoderado, llegaron hasta á bombardear á Alicante y Almería, y por lo que el Gobierno tuvo necesidad también de bombardear á Cartagena, donde mandaba Contreras, que se titulaba general en jefe de los ejércitos federales de mar y tierra.

Castelar, comprendiendo que de seguir así las cosas se caminaba al descrédito de la nación y al triunfo de los carlistas, y que era necesario á todo trance la reorganización del ejército, y especialmente del cuerpo de artillería, renovó los tratos algún tiempo antes iniciados, y tuvo efecto el arreglo de dicho cuerpo, reintegrándose á los jefes y oficiales del mismo, en los puestos que tenían, antes de su disolución, y nombrándose jefe del mismo, al general Zavala.

También, y para dar más facilidades á todos los ordenados proyectos del último presidente federal, se suspendieron las sesiones de Cortes el 30 de Septiembre de 1873, hasta el 2 de Enero de 1874, para que Castelar fuese desarrollando en ese espacio de tiempo su plan de gobierno, aún prescindiendo de la constitución y de los derechos individuales, si había de concluirse con la guerra carlista y con los restos de sublevaciones en España.

Entonces comienza la dictadura amplia y absoluta de Castelar, de la que verdaderamente no abusó, aunque suspendió las garantías constitucionales, teniendo el apoyo más ó menos sincero de conservadores y de radicales, y empezando á despertarse contra él el odio y la oposición de los republicanos, que viendo se dejaba conspirar en favor de la monarquía en Biarritz, temían que aquella confianza que á todos inspiraba el jefe del gobierno, facilitase en día no lejano la muerte de la república, y la restauración Borbónica.

Una seria dificultad se presentó á Castelar, cuando desarrollaba sus planes de gobierno. Esta fué el apresamiento del buque «Virginius»,

que fletado y pertrechado en los Estados Unidos, intentó desembarcar en la Isla de Cuba, generales y tropas insurrectas, y que siendo visitado y detenido por nuestro buque el «Tornado», de acuerdo con las ordenanzas, se probó la culpabilidad y rebeldía de sus cincuenta y siete tripulantes, que fueron sentenciados á muerte y ejecutados, lo que hizo que reclamaran los Estados Unidos, pidiendo la devolución del buque y la indemnización á las familias de los fusilados, á todo lo que, tuvimos vergonzosamente que acceder, ante el temor de una guerra imposible por nuestra parte, dada la triste situación de España.

Con estas y otras cosas la guerra carlista iba en aumento, viéndose los generales del ejército obligados muchas veces á suspender los operaciones por falta de recursos, lo que impedía, no solo terminar la guerra, sino continuarla, y facilitaba á los carlistas el reponerse de sus fatigas, y aumentar los ejércitos.

La situación rentística de España era por entonces tristísima, llegando el desnivel del presupuesto á hacerse superior á la riqueza tributaria del país, lo que obligó á los ministros de Hacienda á imponer grandes economías, simplificando los servicios, y á adoptar otros planes rentísticos, entre ellos, imponer la circulación forzosa de los billetes del Banco y la emisión de un empréstito forzoso también de ciento setenta y cinco millones de pesetas, reintegrables en diez años.

El capitán general de Castilla la Nueva, D. Manuel Pavía, poco satisfecho de la situación del país al finalizar el año de 1873, y temeroso de que pudiera ocupar el poder un gobierno federal-cantonal, propuso á Castelar prorrogase la suspensión de sesiones de las Cortes, á lo que el presidente se opuso, deseoso de no salir de la legalidad, y afirmando, que si era derrotado en la Cámara, se retiraría á su casa á llorar las desdichas de la patria. Viendo esto Pavía, y que la Cámara era impotente para gobernar, concibió la idea de realizar un acto de violencia contra la Asamblea, y el poder que de ella recogiese, entregarlo á los jefes de todos los partidos políticos, excepción de los rebeldes, para que nombrasen un gobierno provisional que encauzase al país, en aquellos críticos momentos.

En el 2 de Enero de 1874, la situación de la Asamblea no podía ser más especial al reanudarse las sesiones de Cortes, pues que allí solo se veía un antagonismo de personas y de tendencias, especialmente entre el presidente de la Cámara y el del consejo de ministros.

En aquel día se registraron en las Cortes escenas tumultuosas, cuando se dió á conocer el triste estado de la nación, y con motivo de ello, se proponía una fórmula de conciliación y de paz, si había de continuar la república en España, lo que dió origen á que se mostrara la disidencia más completa entre Salmerón y Castelar, pidiendo éste se aplazara el establecimiento de la república federal por diez años, pues que el programa de aquel partido le habían quemado los cantonales en Cartagena. Esto ocurría á las cinco de la mañana del 3 de Enero, y derrotado en la votación el ministerio, pidió Castelar que se le sustituyera, decidiéndose la mayoría por D. Eduardo Palanca, que no llegó á ejercer el cargo.

Pero visto esto por Pavía, decidió inmediatamente poner en ejecución el golpe de Estado que había concebido, y sacando las tropas de los cuarteles, rodeó el palacio de la representación nacional con un cuerpo de artillería é infantería, y desde la plaza de las Cortes envió al presidente del Parlamento un atento aviso, para que en término perentorio se desalojase el palacio del Congreso.

Esto ocurría en los momentos mismos en que se verificaba el escrutinio de votos para la elección de presidente del Poder ejecutivo, y poco tiempo después penetró en el edificio una compañía de Guardia Civil y otra de Cazadores, sonaron algunos tiros, y aunque el presidente excitó á los diputados á que permaneciesen en sus puestos, estos no quisieron resistir á la tropa, y todos huyeron quedando disueltas de hecho aquellas Cortes el 3 de Enero de 1874.

Entonces el general Pavía, que pudo ser dictador, y no quiso serlo, llamó al Congreso á los representantes de los partidos, y á los capitanes generales de ejército residentes en Madrid, y les entregó el poder que había recogido de la Asamblea. Estos no pudieron entenderse fácilmente, rechazando formar parte del gobierno que iba á formarse los conservadores y los amigos de Castelar, formándose al fin un ministerio de constitucionales y radicales, bajo la presidencia del duque de la Torre, que á su vez fué nombrado presidente de la república conservadora, ó Poder Ejecutivo de la república, para ejercer la dictadura militar, que si no hubiera aceptado, la hubiera ejercido irremisiblemente el general Pavía, dando un segundo golpe de Estado, y erigiéndose en dictador.

La presidencia del general Serrano en el gobierno, inicia un período reorganizador y de relativo orden, dejándose sentir su influencia desde el principio, suspendiendo las garantías constitucionales, y dando un manifiesto al país explicando el hecho del 3 de Enero, disolviendo las constituyentes, y ofreciendo convocar nuevas Cortes, cuando el país estuviera pacificado.

Aunque aparentemente había mejorado la situación de la guerra carlista, sin embargo bien pronto tomaron grandes bríos los partidarios del pretendiente, que estableció su cuartel general en Balmaseda, alentados por ser superiores sus fuerzas á las de los liberales.

De las primeras disposiciones que tomó el general Serrano, fué procurar á todo trance acabar con la insurrección cantonal de Cartagena, para lo qué, se encomendó al general López Domínguez la rendición de esta plaza que al fin se logró, entrando las tropas del gobierno en dicha ciudad el 12 de Enero de 1874.

Viendo también que los carlistas atacaban á Bilbao, y que era preciso combatirles con energía y procurar acabar de una vez la insurrección, el general Serrano se ofrece á ir al Norte para combatirla y reforzar las tropas del general Moriones, que á fines del año anterior habían sido rechazadas por los carlistas de Estella.

Mientras el presidente del Poder Ejecutivo de la república, iba de general en jefe de los ejércitos liberales del Norte, quedó encargado el general Zabala de la presidencia del consejo de ministros, costándole gran trabajo formar un ministerio de conciliación, y comenzando el

plan de regeneración del país, que habían concebido. Entre tanto, Serrano arroja á los carlistas de las posiciones cercanas á Bilbao, y secundado por D. Manuel de la Concha, que había sustituído á Moriones, logra penetrar en dicha ciudad, siendo herido y muerto aquel en la acción de Monte Muro, cerca de Estella, mientras que por otra parte, los carlistas van logrando algunos triunfos, que obligan al gobierno á aumentar el ejército, y extremar las operaciones militares.

En tanto que se realizaban estos sucesos, se devolvía por el gobierno validez al matrimonio canónico, y se iniciaban otras reformas, sustituyendo Sagasta á Zabala en la presidencia del consejo de ministros, y perdiendo mucho la fuerza moral de los carlistas, con grandes triunfos que obtuvieron los liberales, en el otoño de 1874. Mientras tanto, los alfonsinos iban aumentando considerablemente su partido, tomando la dirección de estos, D. Antonio Cánovas del Castillo, que á todos admitía en el mismo, acentuándose esta opinión, especialmente en el ejército, conspirándose ya descaradamente á favor de D. Alfonso, y saludándole la mayor parte de los grandes de España, como rey legítimo de esta nación al cumplir la mayor edad, el 28 de Noviembre de aquel año, á lo que contestó el joven príncipe, con un manifiesto al país.

El general Martínez Campos, ardía en deseos de verificar un pronunciamiento militar para proclamar á D. Alfonso rey de España, intentándolo varias veces, en unión del conde de Balmaseda, por lo que fueron perseguidos, así como los comités alfonsinos de Madrid y provincias, no pudiéndoseles probar nada en definitiva.

Pero al fin estos trabajos tienen cima, pues que mientras que el general Serrano estaba en el Norte combatiendo á los carlistas, y las operaciones guerreras mejoraban bastante, el general Martínez Campos, el 29 de Diciembre de 1874, en las afueras de Sagunto, (antes llamado Murviedro), al frente de la brigada Dabán, proclamó á D. Alfonso XII como rey legítimo de España, dirigiéndose al presidente del consejo de ministros, participándole lo ocurrido, para que el ministerio tomase como programa de gobierno, el manifiesto del príncipe, á lo que contestó Sagasta al día siguiente, con una proclama contra los alfonsinos, que no tuvo eco en el país.

Crítica.—El desarrollo de la república en España, merece un juicio imparcial, pues que, contra todos los anuncios y predicaciones anteriores, nació unitaria, se llamó federal despues, sin serlo nunca, y por último, fué conservadora, como sombra de aquella forma de gobierno, y representada por hombres que nunca fueron republicanos, y que parecía tenían solo el encargo de matar pacíficamente en España esta forma de gobierno, convencidos de su impopularidad, y de que nunca podía arraigar entre nosotros.

También merece una crítica especial, la conducta de sus presidentes, enfrente de la revolución, pues que Figueras se declaró impotente para combatirla; Pi y Margall, se asustó del exagerado fruto de sus predicaciones; Salmerón, no tuvo fuerzas para resistir á la presión política que sobre él ejercía la asamblea; Castelar, no quiso nunca, ni aún enmedio de la dictadura de que se vió investido, abusar de ella ni tras-

pasar la legalidad; y Serrano, terminando la insurrección cantonal, no creyó tenía más compromiso, como presidente de la república conservadora, que combatir á los carlistas.

Salmerón y Castelar, con sus particulares criterios de gobierno, mataron verdaderamente la república, y favorecieron indirectamente la restauración borbónica, pues que, con olvido de todo lo que, desde hacía muchos años predicaron á las masas sobre la manera de constituirse la república en España, no permitieron que esta se desarrollase bajo la forma federal, que era la que siempre se había ofrecido, convencidos por los insensatos conatos de cantonalismo, que era imposible por entonces su implantación, bajo el régimen federal, y atentos con honrado proceder, más al bien público, que á la consecuencia ciega en sus ideales, y al modo de ser de toda su vida.

Por último, el verdadero enemigo que tuvo en España la idea republicana, á más de sus desaciertos y presentarse con formas socialistas, é hiriendo los sentimientos católicos del país, fué el espíritu monárquico, profundamente arraigado en todos los españoles, y á cuya sombra se habían registrado los hechos más hermosos de nuestra brillante historia.

LECCIÓN 89.

PRINCIPIO DEL REINADO DE D. ALFONSO XII, HASTA 1880.

Quinta época de la Edad contemporánea de la Historia de España.—Restauración borbónica.—Proclamación de D. Alfonso XII como Rey de España.—Siguen el grito de Sagunto los ejércitos del centro y del Norte de España.—La Restauración en Madrid.—Diversas tendencias en el campo dinástico.—Triunfa el criterio conservador de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Ministerio Regencia.—Desembarco de D. Alfonso en Barcelona.—Su llegada á Madrid.—Marcha al Norte á combatir á los carlistas.—Las fracciones monárquicas.—La Constitución del 45 y del 69.—Proyecto constitucional.—Manifiesto de Castelar.—Primeras Cortes de la Restauración.—Término de la guerra civil.—Los fueros de las provincias vascongadas.—Manifiesto de Salmerón y de Ruiz Zorrilla.—Reforma de las leyes municipal y provincial.—La Ley de Instrucción pública.—Estado de la Hacienda.—Viaje del Rey por las provincias.—Retraimiento de los constitucionales.—Se prepara el primer matrimonio del Rey.—Nuevas Cortes.—Casamiento del Rey con su prima D.ª Mercedes de Orleans.—Discusiones de Cortes.—Muerte de la Reina Mercedes.—Fin de la insurrección cubana.—Paz del Zanjón.—Primera tentativa de regicidio.—Proyecto de ley electoral y de imprenta.—La fusión.—Los posibilistas.—Ministerio Martínez Campos.—Los moderados históricos.—Viaje del Rey á las provincias inundadas de Levante.—La subscripción nacional.—Proyecto de ley de la abolición de la esclavitud.—Segundo casamiento de D. Alfonso con D.ª María Cristina de Austria.—Segundo atentado de regicidio.—Ley para la abolición de la esclavitud.—Manifiesto de los demócratas progresistas.= *Crítica.*—Juicio imparcial acerca de la manera de verificarse la Restauración borbónica.—Simpatías de D. Alfonso XII en la nación.—Los matrimonios reales.—Crítica imparcial acerca del reinado de D. Alfonso en este primer período.

La quinta época de la edad contemporánea de la historia de España, comprende el espacio de tiempo que media desde el 29 de Diciembre de 1874 en que fué proclamado D. Alfonso XII como rey legítimo de España, hasta nuestros días *(principios de 1900)*.

Se le dá el nombre de la restauración borbónica á esta época, porque en ella la dinastía destronada en 1868, vuelve al poder, representando D. Alfonso los derechos que le legara su madre, cuando de ellos hizo abdicación en 25 de Junio de 1869.

Verificada la proclamación de D. Alfonso XII como rey de España, en Sagunto, por el general Martínez Campos, desapareció el poder ejecutivo de la república, y el general Serrano pasó á Francia, viendo imposible contrarrestar aquel movimiento militar, y para dejar libre el paso al desarrollo de los nuevos acontecimientos, que seguramente para él, no eran inesperados.

Inmediatamente después, todas las tropas de los ejércitos del Centro y del Norte de España, se adhirieron á este movimiento, siendo el primero el general Jovellar, que lo hizo á seguida, para que se conservase unido el ejército en contra del enemigo común, cuyo ejemplo siguieron inmediatamente las tropas en todas las provincias españolas.

También en Madrid, verificóse la restauración en contra de los esfuerzos de radicales y republicanos, y no sin que en los primeros momentos se prendiera al Sr. Cánovas del Castillo y á otros caracterizados políticos, pero imponiéndose á todos el capitán general de Madrid, Primo de Rivera, la proclamación de D. Alfonso fué ya un hecho entusiastamente aceptado en la capital de España, hasta por algunos jefes, que al darse el grito de Sagunto, protestaron de él.

Diversas eran las tendencias que había en el campo dinástico, pues que unos pretendían que con la restauración borbónica viniese una dictadura que arreglase los destinos de España, y otros, que era necesario entrar por el camino de útiles reformas, mejor que seguir una política descaradamente reaccionaria.

Triunfa sobre todas estas tendencias el criterio conservador y conciliador de D. Antonio Cánovas del Castillo, que desde el principio se puso al frente de los negocios públicos, y con su tendencia á la magnanimidad y su enemiga á las violencias, comenzó á ejercer una política de atracción y de tolerancia, que había de ser muy beneficiosa para asegurar en el trono al joven rey.

El último día del año de 1874, formóse el ministerio regencia, que había de gobernar el reino hasta la llegada á Madrid de D. Alfonso, que fué presidido por Cánovas, y en el que entraron no solo políticos de antiguo abolengo conservador, sino algunos que habían simpatizado con las pasadas situaciones revolucionarias. El primer acto de este ministerio, fué participar á los gobiernos extranjeros, la nueva fase en que habían entrado los negocios de España.

El rey D. Alfonso XII, que acabababa de cumplir los diez y ocho años, desembarcó en la capital del Principado el 9 de Enero de 1875, siendo recibido con grande entusiasmo, y contestando á aquellas aclamaciones, con asegurar que le enorgullecía más que todos sus títulos, el de conde de Barcelona. En aquella capital dió un Real decreto, nombrando ministros responsables á las mismas personas que formaban el ministerio regencia, saliendo á los dos días de su llegada á Valencia, donde también fué entusiastamente recibido.

El día 14 de Enero llegó á Madrid donde el delirio de sus paisanos dió prueba evidente de la alegría que les embargaba, al ver colocado en el trono á D. Alfonso, en cuyo entusiasmo no dejaron de tomar parte las damas madrileñas, que,como prueba de su españolismo y del que representaba el nuevo monarca, ostentaban la tradicional mantilla, la peineta y las flores de lis.

A los cinco días marchó el joven rey al Norte, para ponerse al frente de las tropas y combatir á los carlistas, siendo aclamado á su paso por Zaragoza con grandes vítores, y dirigiendo á las provincias insurrectas una proclama, invitándolas á deponer las armas, ofreciendo á todos per-

dón, y olvido de lo pasado; lo que dos meses después secunda el general Cabrera, excitando á los carlistas, á reconocer á D. Alfonso.

Durante los dos primeros meses del reinado del joven príncipe, se toman por su gobierno acertadas medidas, conteniendo ó derogando las revolucionarias decretadas en anteriores períodos, restableciéndose el pago de la renta señalada al clero, restringiéndose las libertades de la prensa y de la enseñanza, prohibiéndose á los militares tomar parte en reuniones de carácter político, y derogándose con relación á los católicos, la ley del matrimonio civil, de 1870. Pero las distintas fracciones monárquicas, empezaron desde luego á presentar divergencias fundamentales de doctrina, que al fin se funden con el hecho de reconocer todos la monarquía de D. Alfonso XII, lo mismo del duque de la Torre, que de Sagasta y de todos los liberales, robusteciéndose también por entonces aquella monarquía, con el acto de presentarse el general Cabrera en la embajada de España en París, á prestar obediencia y fidelidad al nuevo rey.

Para realizar legalmente la aproximación de los constitucionales á la nueva monarquía, se iniciaban dos caminos, cuales eran el de modificar en sentido liberal la Constitución de 1845, ó reformar en sentido conservador la de 1869, lo que hizo preciso una grande abnegación en unos y otros, para venir á una transacción, especialmente en la cuestión religiosa, sin lastimar mucho las conciencias ni las doctrinas políticas de los que venían á sumarse con los antiguos defensores de la restauración.

El proyecto constitucional que se formó para presentarlo á las primeras cortes, venía á satisfacer las aspiraciones de unos y de otros, especialmente en lo relativo á la monarquía, reservándose á leyes especiales, la reforma en cuanto á la organización de la provincia y del municipio.

Siguen desarrollándose los sucesos en el gobierno, ocurre la primera crisis ministerial de la restauración, se logran triunfos en el Norte, se pacifica Cataluña, y se da la nueva ley de imprenta, combatida por los liberales y defendida entusiastamente por el gobierno, y á poco D. Emilio Castelar, que con otros había sido separado del profesorado por resistencias á cumplir disposiciones ministeriales, publicó un manifiesto en 11 de Enero de 1876, dirigido á los electores de Barcelona y de Valencia, en que proclamaba la idea de que se desterrara el sistema de abstención, en los partidos oposicionistas.

Verificadas las elecciones, se reunen las primeras Cortes de la nación con mayoría alfonsina, aunque el elemento avanzado de los conservadores llevó un gran contingente de Diputados, formándose desde luego dos grandes partidos de la monarquía, conociéndose con los nombres de conservador y de liberal.

La guerra carlista que había seguido decayendo, merced al esfuerzo de nuestro ejército, alentado por la presencia de D. Alfonso, y secundado por los trabajos de los generales Loma, Quesada, y Martínez Campos, terminó felizmente, y á los triunfos de Bilbao, y de Durango, de Santa Bárbara y de Estella, siguen la rendición de 16.000 carlistas

en Pamplona y el que Dorregaray y D. Carlos huyan al territorio francés, coronando todo esto una amnistía á los carlistas que se presentaran inmediatamente después de terminada la guerra, y la entrada triunfal de D. Alfonso con el ejército en la capital del reino.

Mientras que las Cortes discutían con empeño muchas cuestiones y especialmente la religiosa, otro asunto de grande importancia se suscitó entonces, cual fué el de los fueros de las provincias Vascongadas, defendidos por unos y atacados por otros, concluyendo todo por suprimirse aquellos, amparándose en la misma Constitución que obligaba á todos los españoles por igual, á sostener las cargas del Estado.

En 25 de Agosto de 1876, y después de promulgada la Constitución en 6 de Junio de aquel año, publicaron en París D. Manuel Ruiz Zorrilla y D. Nicolás Salmerón, un manifiesto republicano reformista que produjo grande alarma en la nación, por sus tendencias socialistas, y por el radicalismo de su criterio político.

Reanudando las Cortes sus tareas en 16 de Noviembre, se inició las reformas de las leyes provincial y municipal, donde se dieron á conocer las opiniones de todos, especialmente en lo referente al municipio, en cuyo fondo, ministeriales y oposicionistas, venían á estar conformes.

También fué muy empeñada la discusión sobre las bases para una ley de Instrucción pública, verdaderamente desorganizada al querer reformar la notable ley de 1857, y con las reformas revolucionarias, que borraban toda intervención eclesiástica en la enseñanza, relajando la disciplina escolar y rompiendo los vínculos de unión y compañerismo, con la implantación de la libertad de enseñanza. Esta discusión fué muy empeñada, y el proyecto de ley, no llegó á votarse.

El estado de la Hacienda pública española era muy deplorable, perdiéndose la confianza en el crédito público, y sin que se tomaran medidas acertadas para remediar tan triste estado de cosas.

A principios de 1877, se estableció el servicio militar obligatorio, admitiendo la redención á metálico, verificándose las elecciones municipales, y anunciándose las de diputaciones provinciales. En 21 de Febrero emprendió el rey un viaje por las provincias, donde fué entusiastamente aclamado, estando muy satisfecho el gobierno de la acogida que había tenido el rey por todas partes, en su largo viaje.

Abiertas las Cortes el 25 de Abril de aquel año, notóse el retraimiento de los constitucionales, disgustados por ciertos nombramientos de senadores vitalicios, así como los moderados históricos se mostraban resentidos de que el jefe del gobierno les juzgara muertos, como colectividad política.

A fines de 1877 empezó á hablarse de la próxima boda de D. Alfonso con su prima D.ª María de las Mercedes de Orleans, ocupándose la prensa de la misma, y creyéndose que algún partido político, especialmente los moderados históricos, habían de oponerse á tal enlace. Pero no ocurrió así, sino que todos lo aceptaron, acatando la voluntad del Rey, que así lo deseaba.

A este fin y para dar cuenta del proyectado matrimonio, convocáronse Cortes para el día 10 de Enero de 1878, cumpliendo así el arti-

culo 56 de la Constitución de 1876, que obligaba al Monarca á dar cuenta á la representación nacional, de su matrimonio. Reunidas estas Cortes, aprobóse la determinación del monarca, y señalaron á la futura reina la asignación que había de disfrutar, para el caso de que enviudase.

El casamiento de D. Alfonso con su prima, se verificó el 23 de Enero de 1878 en la gran Basílica de Atocha, siendo satisfactoriamente recibido por todos, pues que el rey lo realizaba movido por las simpatías que siempre le inspiró la joven reina, hija de los duques de Montpensier.

Las Cortes nuevamente se reunen el 15 de Febrero, y entonces ya los constitucionales abandonan el retraimiento, y los partidos liberales hacen reclamaciones ocupándose también de los apuros del Tesoro y de la crísis industrial, así como de la ratificación del tratado de comercio franco-español.

Apenas cumplidos cinco meses del primer matrimonio de D. Alfonso y teniendo solo diez y ocho años de edad, la reina D.ª María de las Mercedes, se vió aquejada de grave enfermedad, muriendo de ella el 26 de Junio, y dejando sumido en la más grande pena á su amante esposo, y á toda la familia real, que como la nación apreciaban las hermosas cualidades que adornaban á la joven reina.

Casi al mismo tiempo terminaba la insurrección cubana, merced á los esfuerzos del general Martínez Campos, sin pensar entonces, que aquella rebeldía que se creía muerta, había de resucitar más tarde, potente y decidida, pretendiendo la independencia de las colonias.

Como término de esta insurrección, se firmó la paz del Zanjón, que la opinión pública atribuyó mas que al triunfo de las armas, al de los tratos y arreglos entre los jefes de ambos ejércitos.

Con el fin de distraer un poco la tristeza del rey, éste hizo un viaje á las provincias del Norte, visitando en Logroño al general Espartero, y al volver á la Corte, y después del Te Deum cantado en la Basílica de Atocha, al pasar el monarca por la calle Mayor para dirigirse á Palacio, tuvo lugar la primera tentativa de regicidio, pues que un joven de oficio tonelero, llamado Juan Oliva Moncosí, le disparó un tiro de pistola, sin conseguir herirle, resultando estar afiliado á la Internacional, y siendo garrotado bien pronto, convicto y confeso de la ejecución del crimen, aunque D. Alfonso mostró deseos de concederle el indulto. Con este motivo recibió el rey entusiastas pruebas del cariñoso afecto que le profesaba su pueblo, y la consideración que merecía á las Cortes extranjeras. Pocos meses antes había muerto el Pontífice Pío IX, y la abuela del rey D.ª María Cristina, así como después falleció en Logroño el general Espartero.

Siguen las Cortes sus discusiones, y al efecto se ocupan de los proyectos de ley electoral y de imprenta, que originaron serias discusiones, pues que la primera suprimía el sufragio universal, aunque creaba el sistema de acumulación, así como la segunda, que tuvo rudos ataques de liberales avanzados y republicanos, siendo aprobada una y otra.

Luego volvió á aparecer la unión que se decía estrecha entre centra-

listas y constitucionales, bajo el nombre de «fusión», formándose así un partido, que pudiera en su día turnar en el poder con los conservadores.

También los republicanos posibilistas celebran una reunión casa de su jefe el Sr. Castelar, y acuerdan tomar parte en los comicios, demostrando su deseo de ejecutar pacíficamente su propaganda política, consecuentes con el sistema de evolución, que siempre habían defendido.

Como quiera que había llegado á España el general Martínez Campos, y que se le suponía en disidencia con el Sr. Cánovas del Castillo, á propósito de las reformas que aquel había prometido para Cuba, no conforme con ellas, el Presidente del Consejo de Ministros hizo dimisión del cargo, formando Ministerio el pacificador de la gran Antilla, el 7 de Marzo de 1879.

El partido moderado, no se daba por muerto ni mucho menos y su incansable jefe el Sr. Moyano; pero, con ocasión de ciertas declaraciones, surgió una división en el mismo, rechazando unos la tolerancia religiosa y aceptándola otros, si habían de ser consecuentes con los hechos consumados, y con los antecedentes del mismo partido.

Ocurre en Octubre de aquel año una espantosa inundación en Murcia, Lorca y Orihuela, y el rey determina ir á visitar estos puntos, no sin que antes enviaran socorros para remediar tamaños males y que todos procuraran con sus esfuerzos, hacerlos más llevaderos. D. Alfonso recibió entonces grandes demostraciones de cariño en aquella región, especialmente en Murcia, siendo aquella excursión para el monarca, un viaje triunfal.

En aquellos puntos se registraron rasgos de heroismo inconcebibles, y al conocerse tan inmensa desgracia, se inició la suscripción nacional que produjo tan magnífico resultado secundada especialmente en la Corte y en Barcelona, siendo de notar que también traspasó las fronteras de la patria, y que hubo espléndida liberalidad en favor de los inundados, en Francia, Alemania y otras naciones.

Por entonces púsose á discusión el proyecto de ley para la abolición de la esclavitud en la Isla de Cuba, que originó grandes discusiones entre los políticos, queriendo unos que la abolición fuese inmediata, y otros que fuera gradual, lo que dió por resultado la vuelta al poder del Sr. Cánovas del Castillo.

En Noviembre de 1879, se anunció á las Cortes el proyecto de segundo casamiento de D. Alfonso con D.ª María Cristina Raniero de Habsburgo Lorena, aprobando las Cortes este matrimonio y señalando la asignación anual á la nueva reina. Verificóse el matrimonio del rey el 29 de aquel mes, con la joven princesa, sobrina del emperador de Austria, en la gran Basílica de Atocha, con las mismas solemnes ceremonias que se celebrara el anterior.

Al mes escaso de celebrarse el segundo matrimonio de D. Alfonso, tuvo lugar un segundo atentado de regicidio al entrar los reyes en Palacio, disparando contra ellos una pistola de dos tiros, que por fortuna no hicieron blanco, confesando el autor del crimen llamarse Francisco Otero González, de oficio pastelero, sin que pudiera probársele que es-

tuviera afiliado á alguna secta contraria á la Monarquía, y siendo ejecutado en cumplimiento de la Ley el 14 de Abril próximo, muriendo muy contrito y arrepentido de la comisión de su nefando crimen.

Ya al principio de 1880, se recrudecen las discusiones á propósito del proyecto de ley sobre la abolición de la esclavitud, que al fin es votado, con solo diez votos en contra, de los más encarnizados enemigos de la misma.

Y en Abril de aquel año, todas las fracciones liberales forman una coalición en contra de los conservadores, y se publica el manifiesto del partido democrático-progresista, proclamando como bandera de su política, la Constitución de 1869, el sufragio universal, el Jurado y la completa libertad de enseñanza.

Crítica.=La manera de verificarse la restauración borbónica en España, merece un juicio imparcial, toda vez, que si bien es verdad que fué producto de una conspiración militar y de un pronunciamiento por las tropas del gobierno de entonces que se titulaba «república conservadora» ó «poder ejecutivo de la república», es lo cierto que este hecho no hizo otra cosa que completar los trabajos que para realizarlo se venían haciendo mucho tiempo atrás, y fué una verdadera protesta por la repulsión que el país sentía en contra de la anarquía que había pretendido gobernarnos, con el nombre de república.

También se justifica este acto, por las simpatías que D. Alfonso siempre tuvo en la nación, desde niño, como lo prueba el entusiasta recibimiento que se le hizo, y el cariñoso afecto con que siempre le trataron, como rey eminentemente español y amante de su pueblo.

Los dos matrimonios que contrajo este monarca, tienen su racional explicación, pues que el primero, se debió solo al afecto que desde niño profesaba á su augusta prima, no concediéndole el cielo más que cinco meses para que disfrutara de las venturas de aquel enlace; y el segundo lo realiza el rey también, no solo atento á razón de Estado, sino noticioso de las inapreciables condiciones de virtud y talento que adornan á la reina Cristina, que porcierto no ha desmentido ni un solo momento.

El reinado de D. Alfonso XII en este primer período, merece una crítica especial y muy favorable, pues que durante los seis primeros años del mismo, no dejó un solo momento de inspirarse para todos sus actos como rey en la constitución y en el amor á sus súbditos; y si solo en ese espacio de tiempo confió el poder al partido conservador, fué teniendo en cuenta, que no estaba todavía perfectamente organizado el otro partido, más liberal, para turnar con él, como lo hace á partir de 1880, hasta su muerte.

LECCIÓN 90.

FIN DEL REINADO DE D. ALFONSO XII.—D. ALFONSO XIII Y LA REGENCIA.

Sigue el reinado de D. Alfonso XII.—Unión de los monárquicos liberales y fundación del partido fusionista.—La coalición conservadora.—Ministerio Sagasta.—Medidas liberales para la península y colonias.—Proyecto de Código civil y juicio oral y público.—Proyectos de hacienda.—Formación de la Izquierda dinástica.—La anarquía y la Mano negra.—Restablecimiento del Jurado.—Sublevaciones militares.—Alfonso XII en el extranjero.—Entusiasta recibimiento á D. Alfonso á su regreso.—La Izquierda dinástica en el poder.—Ministerio Posada Herrera.—Ministerio Cánovas.—Terremotos de Andalucía.—D. Alfonso en Málaga y en Granada.—El cólera en España.—D. Alfonso en Aranjuez.—La cuestión de las Carolinas.—Enfermedad del Rey.—Se retira al Pardo.—Su muerte.—Situación política de España á la muerte de D. Alfonso XII.—El partido liberal conservador.—Los constitucionales.—Los posibilistas.—Los federales.—Los zorrillistas.—Los tradicionalistas.—Á la muerte de D. Alfonso XII quedan sus hijas D.ª Mercedes y D.ª María Teresa.—Después de muerto aquél nace su hijo el 16 de Mayo 1886, que le sucede con el nombre de Alfonso XIII y bajo la regencia de su madre D.ª María Cristina.—Sumaria reseña de los más importantes sucesos del reinado de D. Alfonso XIII hasta el día.—Mapa de España desde la desmembración de Portugal en tiempo de Felipe IV hasta nuestros días.—Portugal.—Reinado de D. Luis I.—Reinado actual de D. Carlos I.=*Crítica.*—Juicio imparcial acerca del segundo período del reinado de D. Alfonso XII.—Crítica acerca de la política de conservadores y liberales durante el mismo.—Idem de las aspiraciones de los políticos españoles en este tiempo.—La regencia y el reinado de D. Alfonso XIII.—Estado actual.

Sigue el reinado de D. Alfonso XII, haciéndose coalición de los partidos liberales, con el fin de fundar uno que pueda turnar en el poder con el conservador que acaudilla el Sr. Cánovas del Castillo.

En efecto, se unen los monárquicos liberales, fundándose así el partido fusionista, presidido por D. Práxedes Mateo Sagasta, y en cuya junta directiva entran Martínez Campos, Alonso Martínez, Posada Herrera y Vega Armijo, atacándose rudamente por éllos al Ministerio conservador en el Congreso y en el Senado, y haciéndose propaganda liberal por las provincias.

En tal estado, el Sr. D. Alejando Pidal propone se forme asimismo una coalición conservadora, en frente de la fusión liberal, haciendo un llamamiento á las honradas masas carlistas para que ingresaran en el partido de D. Alfonso, pareciendo que anunciaba la formación de una monarquía pura, por lo que se excitaron las iras de los liberales; cuando después todo quedó reducido á gobernar ambos partidos, con

los mismos principios políticos y con el mismo código fundamental.— El 11 de Septiembre de 1880, dió á luz la reina su primera hija, que recibió los nombres de María de las Mercedes, Cristina, Alfonsa, y á la que los conservadores llamaron infanta y los liberales princesa de Asturias.

Los planes de coalición liberal dieron bien pronto sus frutos, y en Febrero de 1881, al dimitir el ministerio Cánovas, por los nuevos exagerados derroteros que iba tomando la política conservadora, el rey llama á los fusionistas, y con Sagasta forma ministerio, comenzando con él el turno pacífico de ambos partidos en el poder.

Dictanse inmediamente amplias medidas para la península y las colonias en sentido eminentemente liberal, no sólo en los asuntos relacionados con la enseñanza, permitiendo toda clase de doctrinas en las explicaciones de cátedra, sino también en Derecho penal, Ley de imprenta y derecho de asociación, resultando que de una política esencialmente conservadora, se pasó rápidamente á un verdadero desenfreno de reformas liberales, que hicieron decir al Sr. Castelar que Sagasta había realizado todo su programa, apareciendo España como el pueblo más liberal de la tierra.

El Sr. Alonso Martínez, ministro de Gracia y Justicia, cumpliendo anteriores promesas, y satisfaciendo los deseos de la opinión, presenta inmediatamente su proyecto de Código Civil, que al ser aprobado, siete años más tarde, había de inmortalizar su nombre; así como también puso á discusión el proyecto de juicio oral y público en asuntos criminales, como término medio entre el antiguo modo de enjuiciar en estas materias, y el que después se restablece con el Jurado.

También el ministro de Hacienda D. Juan Francisco Camacho, presentó grandes proyectos en su departamento, ya referentes á la conversión de la deuda pública, ya rebajando el tipo contributivo territorial á las poblaciones que cumplieran con determinados preceptos, ya otros relacionados con los impuestos de cédulas personales y de consumos, y con el descuento de las asignaciones de los empleados públicos.

En 1882, se reorganiza el ministerio con nuevos elementos de verdadera conciliación, estallando disidencias entre los ministeriales, declarándose la prensa democrática contraria al Gobierno, y votándose el tratado de comercio con Francia, que levanta grandes manifestaciones de protesta en Cataluña.—En 13 de Noviembre de aquel año, da á luz la reina su segunda hija que recibe en el bautismo los nombres de María Teresa, Isabel, Eugenia. En 1883 el general Serrano forma el partido de la izquierda dinástica, cuyo objeto era hermanar la monarquía con la democracia, basándose en la Constitución de 1869.

También en 1883 se descubrió en Andalucía una sociedad secreta, de carácter comunista, titulada la «Mano negra», la que contaba con multitud de afiliados, teniendo su principal centro de acción en Jerez de la Frontera. Son presos la mayoría de los jefes, y al declarar en el proceso que se formara, atribuyeron el ejercicio de las doctrinas que profesaban á las predicaciones de Castelar y otros republicanos, y á las revistas y periódicos que libremente circulaban por España, al amparo

de las exageradas libertades proclamadas por aquéllos. Asimismo se descubrió en el mismo punto otra sociedad secreta, titulada el «Tribunal popular», con carácter también colectivista, y con el fin de sentenciar y castigar los crímenes de la burguesía. De los procesados, quince fueron ejecutados, y otros condenados á distintas penas, como castigo á la defensa de la anarquía y el ataque á la sociedad y la propiedad, que pretendían fuese colectiva.

En aquel mismo año, después de una reñidísima discusión que dura cerca de dos meses, se vota la ley del restablecimiento del jurado, dándose otra vez carta de naturaleza á la justicia popular, que tan pocos favorables resultados había dado en la época anterior de su establecimiento, y que desgraciadamente la experiencia ha demostrado [illegible] pre ser mayores en España los inconvenientes que las ventajas de la misma.

El ministerio liberal presidido por Sagasta, va perdiendo prestigio rápidamente, y en Agosto de 1883 acaba de desprestigiarse, pues los zorrillistas y liberales, con algunas fuerzas de ejército, se sublevan en sentido republicano en Badajoz, así como al mismo se revelan contra la monarquía el regimiento de Numancia en Santo Domingo de la Calzada, y la guarnición de la Seo de Urgel, siendo sofocados estos alzamientos, pero perjudicando mucho estas rebeliones al gobierno de los liberales.

Consecuencia de estos sucesos, fué el hacer D. Alfonso XII una visita á las principales plazas fuertes de España, aplazándose la crisis latente en el ministerio, porque el monarca había concebido espontáneamente la idea de hacer un viaje á Alemania, en su deseo de presenciar las grandes maniobras militares que allí habían de tener lugar. Al fin realiza el rey su viaje, recibiendo en Berlín el título de coronel honorario de hulanos, que le concede el emperador Guillermo, yendo después á Viena para visitar á la familia real, compuesta de tan cercanos parientes de su esposa, donde fué espléndidamente agasajado, pero á su vuelta por Francia es objeto en París de groseros insultos por parte del populacho.

Estos acontecimientos dan origen á un incidente diplomático y á grandes manifestaciones de desagravio, así como á juicios muy lisonjeros para el joven rey por la prensa de todas las naciones, tributándosele á D. Alfonso y á su esposa una entusiasta aclamación al llegar éste á Madrid, en la que se mezclaron todos los españoles, y á la que prestaron hermoso colorido la presencia de las señoras de la corte y de las obreras de los barrios bajos de Madrid.

Poco tiempo después de estos sucesos, en Octubre de 1883, dimite el ministerio Sagasta y entra la izquierda dinástica en el poder, que por muy poco tiempo había de dirigir los negocios públicos.

Fué el presidente del ministerio de la izquierda dinástica el Sr. Posada Herrera, que tuvo empeño en que aquél representase la coalición, realizándose por entonces la venida á España del príncipe imperial de Alemania, con el objeto de devolver, en nombre de su padre el emperador Guillermo, la visita que D. Alfonso le había hecho. De este tiempo también

es el haberse creado una comisión para estudiar los medios de mejorar la condición de las clases obreras y el proyecto de ley para la conservación de las antigüedades españolas. Pero después de un interesantísimo debate parlamentario, se rompe la coalición, es derrotado el ministerio en la contestación al discurso de la corona, y tiene que caer, volviendo al poder los conservadores.

Esto era en Enero de 1884, y D. Antonio Cánovas forma inmediatamente ministerio, dibujándose desde luego la actitud de los partidos avanzados respecto al mismo, disolviéndose las Cortes, y preparándose todos para la lucha electoral. Por entonces era muy especial el estado de la política española, y hay que perseguir una expedición filibustera en la isla de Cuba, así como los conatos de insurrección militar en Navarra y Cataluña. Abierto el Parlamento, se proyecta un tratado de comercio con Inglaterra, y se reforma la ley de montes. Suspensas las sesiones de Cortes, el rey hace un viaje á Vetelí, y después por Asturias y Galicia, para buscar alivio á una dolencia, que parecía pequeña y pasajera, sin presumirse siquiera entonces que pasado un año se había de agravar considerablemente hasta privarle de la vida.

A fines de 1884 se dejaron sentir en Andalucía terribles y repetidos terremotos, que destruyeron pueblos enteros en las provincias de Granada, Málaga y Almería, y que duraron hasta bien entrado el año de 1885, lo que obligó á que se hicieran viviendas provisionales en el campo y en las plazas de las poblaciones, para poderse resguardar de aquella inmensa catástrofe, que costó la vida á multitud de personas.

El gobierno tuvo necesidad de socorrer inmediatamente á los damnificados, abriéndose desde luego la suscripción nacional, que bien pronto alcanzó á respetable suma, aumentada con las cantidades venidas del extranjero. El rey D. Alfonso, á pesar de su ya delidado estado de salud, visitó las provincias de Málaga y Granada, en el crudo mes de Enero de 1885, no arredrándole los rigores de la estación, ni las dificultades de aquella expedición, socorriendo con largueza á todos los perjudicados, y recibiendo entusiastas aclamaciones de aquellos pueblos.

No bien habían terminado los primeros trabajos para socorrer y albergar á los perjudicados por los terremotos de Andalucía, otro azote no menos terrible tuvimos en nuestra nación, cual fué la presentación, con caracteres alarmantes desde el principio, del cólera morbo asiático que hacía veinte años no había invadido á España. Comenzó por las provincias de Murcia y de Valencia, y bien pronto se extendió por toda la nación, registrándose en los sitios más castigados por la epidemia millares de víctimas, á pesar de que se hizo cuanto se pudo para atajar tales estragos, que procuró en parte impedir el médico catalán Doctor Ferrán, con sus inoculaciones, como medio preservativo para ser invadido, ó amenguar los efectos de tan fatal dolencia.

El rey D. Alfonso, que siempre estaba dispuesto á acudir en socorro de la desgracia, quiso desde el momento marchar á Murcia para prestar sus consuelos á aquella población, donde con gran violencia se cebaba el cólera, pero oponiéndose á ello abiertamente todo el ministerio,

y no aceptando la responsabilidad de tal viaje tuvo que desistir del mismo. Sin embargo, más adelante, sin dar cuenta á nadie de sus proyectos, acompañado de un solo ayudante, se dirigió á Aranjuez, donde visitó hospitales y casas de coléricos, siendo aclamado al conocerse en la Cámara este hecho, y recibido en la tarde de aquel día con grandes aclamaciones de entusiasmo al regresar á Madrid.

A poco de estos sucesos, encontróse España sumida en un gravísimo conflicto internacional, pues que los alemanes se habían apoderado de las islas Carolinas, estableciendo en éllas el protectorado del imperio. Mediaron negociaciones diplomáticas, y al fin se sometió l[a] cuestión al arbitraje del pontífice León XIII.

En esto, y ya en Agosto de 1885 el rey D. Alfonso XI[I] [mo]stró nuevos síntomas en su enfermedad, agravados en el r[igor] aunque para los optimistas, sólo padecía una fiebre [ga]stro algunos que, para su cura, debía hacer un viaje á las [cos]tas terráneo, ó á la ciudad de Niza.

Pero bien pronto se desecharon estos proyectos, resolvi[éndose] fuese á pasar un mes para restablecerse en el real sitio del Par[do] así se verificó, y aparentemente mejoró el rey, haciéndose liso[nje]ros augurios de su curación y de su próximo regreso á Madrid, aunque el público aseguraba que la enfermedad de D. Alfonso era un grave catarro á la laringe.

Las esperanzas de curación que se anunciaban á mediados de Noviembre, se desvanecieron bien pronto, pues que la enfermedad iba en aumento, aunque el paciente no tenía grande aprensión ni perdió la serenidad un sólo momento, hasta que al fin, un pequeño enfriamiento agravó considerablemente la dolencia del joven rey, y el 25 de Noviembre, acometido de un fuerte acceso de disnea, murió en el Pardo, cuando sólo le faltaban tres días para cumplir veinte y ocho años, siendo su muerte verdaderamente sentida por todos, pues estaba dotado de inapreciables condiciones como rey, y siempre demostró un grande amor á su pueblo.

Difícil por todos conceptos era la situación de España á la muerte de D. Alfonso XII, temiéndose y con razón, en los peligros que pudiera ocasionar una minoría y una regencia, y sin poderse hacer desde luego la proclamación del nuevo monarca, toda vez que quedando embarazada la reina, era preciso aguardar á su alumbramiento para realizar tan solemne acto.

Además los partidos políticos estaban también en una situación particular, que ligeramente analizaremos, para ver en qué condiciones tan difíciles tomó la regencia del reino, la viuda del monarca, D.ª María Cristina de Austria. El partido liberal conservador, que bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo había sabido vivir con gran espíritu de tolerancia, se encontraba en un estado especial al morir don Alfonso XII, viéndose obligado á dimitir el poder, y sustituyéndole el Sr. Sagasta.

Los constitucionales ó fusionistas, siguiendo el plan que habían concebido, de hermanar, según su programa, la libertad con el orden, lo-

graron inspirar confianza á la monarquía y al ocurrir la muerte de don Alfonso XII fueron el escudo y defensa de la regencia.

El partido posibilista, verdaderamente nacido en la noche del 3 de Enero de 1874, renegó de sus exagerados principios republicanos, prestando apoyo indirecto á los liberales, y siendo con su especial política apoyo también de la monarquía, atento sólo al espíritu gubernamental que informaba todos sus actos.

Los federales, por su parte, sin haber aprovechado las lecciones de la experiencia, continuaban impertérritos en sus predicaciones, creyendo que alg[illegible] habían de realizar en la práctica sus ideales de gobierno.

Lo[illegible]as, asimismo, fueron revolucionarios por accidente, cre-ye[illegible]te modo podrían llegar alguna vez á ser poder y lograr [illegible]a de la Constitución, atribuyéndose que á su actitud [illegible]quistas democráticas realizadas hasta entonces y las [illegible] realizaran.

[illegible], el tradicionalismo tomó un nuevo rumbo por la muerte [illegible]uido Nocedal, dirigiendo desde entonces por sí á sus huestes [illegible]endiente D. Carlos.

[illegible]uerto el rey D. Alfonso XII, quedaron sus hijas D.ª Mercedes y [illegible]ª María Teresa en situación espectante hasta que se realizara el alumbramiento de la reina viuda, y si daba á luz una niña, fuese proclamada como reina de España la primera de éllas, y si fuese un varón, éste, como determinaba la ley vigente para la sucesión á la corona.

Entretanto, el 26 de Noviembre de 1885, acabado de morir el rey, y por dimisión del gabinete Cánovas, forma ministerio el Sr. Sagasta, y después, ante las Cortes, el 30 de Diciembre de aquel año, presta D.ª María Cristina juramento como regente del reino, empezando á ejercer su cargo. El 16 de Mayo de 1886 dá esta á luz un niño, que recibe el nombre de Alfonso, y que al ser proclamado rey al día siguiente, bajo la regencia de su augusta madre, ocupa el número *trece* entre los de su nombre, y por la razón de haber nacido después de muerto su padre se le empezó á apellidar con el calificativo de el «Póstumo».

En los catorce años escasos transcurridos del reinado de D. Alfonso XIII y la regencia, se han realizado multitud de hechos, turnando pacíficamente en el poder los conservadores y los fusionistas, dirigidos los primeros, hasta su muerte, por D. Antonio Cánovas, y después por D. Francisco Silvela, y los segundos por D. Práxedes Mateo Sagasta. Durante este período, los otros partidos políticos han seguido su vida activa, separándose del conservador, primero el Sr. Romero Robledo, que forma alianzas después con López Domínguez, para separarse más tarde de él; y Silvela se separa también de D. Antonio Cánovas, formando el partido de la Unión conservadora, que á la muerte de aquél recoge la bandera de dicho partido, y más tarde ocupa el poder, en 3 de Marzo de 1899. En el partido carlista se obró también una grande escisión, por la separación de D. Ramón Nocedal, que fundó uno nuevo titulado el «Integrismo», más tarde dividido en otros dos de «Puros» y «Contemporizadores». Los carlistas han seguido con contínuas amenazas de rebelión armada y los integristas con pacífica propaganda de sus

ideales. Los republicanos han continuado de cuando en cuando intentando sublevaciones, siendo la más notable la dirigida por el brigadier Villacampa, en Madrid, en Septiembre de 1886, surgiendo después de la muerte de D. Manuel Ruiz Zorrilla, una división en este partido, y estándose desde entonces trabajando por la concentración republicana y la unión de todos los partidarios de este sistema político, bajo una idea común. Los socialistas y anarquistas han dado también señales de vida durante este período, ya bajo la forma de reuniones de propaganda, ya en criminales atentados como los de Barcelona, y el asesinato de D. Antonio Cánovas, en Santa Agueda, por el anarquista Angiolillo. Son también sucesos de la época de la regencia, las disposiciones tomadas sobre la cuestión obrera, la del monopolio de fabricación y venta del tabaco, la reglamentación de las escuelas de comercio y la enseñanza de idiomas en los Institutos de 2.ª enseñanza, la reforma de las escuelas normales, la publicación del Código Civil y el de Justicia Militar, la celebración de la exposición universal de Barcelona en 1888, la coronación del poeta Zorrilla en los alcázares de la Alhambra de Granada en 1889 y el centenario de Colón y del descubrimiento del nuevo mundo, en Madrid en 1892. A más de esto, se registra la violenta insurrección de las colonias, que intentadas reprimir con mano fuerte por el gobierno, mandando á ellas crecidísimo ejército, no pudo ser vencida á pesar de concederse á Cuba y Puerto Rico la autonomía, por que, amparadas por las sociedades secretas, enemigas de España, y por los Estados Unidos de América, estos nos quisieron obligar á conceder la absoluta independencia de las colonias, provocándose por ello una guerra con aquel país, en que á pesar de nuestros esfuerzos, tuvimos descalabros como los de Cavite en Filipinas, y el de Santiago en Cuba, aceptando como fin de esta guerra, una paz desgraciadísima para nosotros, y después de las conferencias celebradas en París, perdimos á Filipinas. Cuba y Puerto Rico, ya bajo el concepto de cesión, de indemnización de guerra ó de enajenación forzada, concediéndonos por la posesión del archipiélago Filipino, una indemnización de veinte millones de dollars. Las Cámaras de Comercio, que en 1899, celebraban su solemne Asamblea, después de los desastres de la guerra con los Estados Unidos, y bajo la idea de arbitrar medios para la regeneración del país, se pusieron enfrente del gobierno y se reunieron en Zaragoza, á lo que siguió otra reunión de la «Liga nacional de productores», realizándose luego la fusión de ambas, después de reunirse aquellas en Valladolid, y de proclamarse el partido de la unión nacional, dirigido hasta hoy por el comerciante D. Basilio Paraíso, y el Notario D. Joaquín Costa, que aspiran, bajo la base de exageradas economías, á regenerar á España con procedimientos distintos á los seguidos por los partidos que han gobernado hasta hoy. Cataluña que siempre ha demostrado desde la época de Felipe IV, sus conatos de independencia, se muestra ahora intranquila, y bajo un especial regionalismo, encubre ideas que algunos exaltados, quieren traspasen los límites de la prudencia, y de la sumisión y obediencia al poder central. Tales son en resumen los sucesos más importantes del período de la Regencia.

El mapa de España, desde la desmembración de Portugal, en tiempo de Felipe IV hasta nuestros días, es el que comunmente conocemos comprendiendo España y sus Islas adyacentes.

La historia de Portugal, en este período histórico, abarca desde 1861 hasta nuestros días, y es una época en la que, la nación lusitana está identificada como nunca con sus reyes, que han sabido captarse la voluntad de sus súbditos.

A la muerte de D. Pedro V, ocupó el trono portugués, D. Luis I su hermano, que bien pronto casó con D.ª María Pía de Saboya, y cuyo reinado se recuerda con grande entusiasmo por aquel pueblo.

Sucedió á estos el actual rey D. Carlos I, casado con D.ª Amelia de Borbón y Orleans, que por sus especiales cualidades, son muy respetados y queridos de los portugueses.

El segundo período del reinado de D. Alfonso XII, puede [illegible] juicio todavía más favorable que del primero, pues que con [illegible] más conocimiento de la nación que gebernaba, demostró en [illegible] arranques, con ocasión de terribles calamidades por que [illegible] España, el vivísimo interés que le inspiraba su pueblo, despreciando el peligro, si su presencia había de amortiguar en parte, las desgracias de sus súbditos.

La política de conservadores, y de liberales durante este tiempo, está encauzada por los senderos que le marca la constitución y turnando en el poder, sin hacerlo de modo violento, facilitan al joven rey la gobernación del Estado, encargándose los liberales de hacer reformas para la administración del país, que después respetan y conservan casi en absoluto los conservadores.

No merecen el mismo juicio lisonjero las aspiraciones de los partidos políticos en este tiempo, pues que atentos solo al deseo de conseguir la realización práctica de sus ideales, carlistas y republicanos estuvieron siendo un constante enemigo de las instituciones, que hicieron al gobierno estar siempre en guardia y á la defensiva contra ellos, aunque uno y otro no contaban con las simpatías del país.

También ha de formarse juicio muy halagüeño sobre la regencia de D.ª María Cristina en lo que va del reinado, de su augusto hijo D. Alfonso XIII, pues que aquella Señora, dotada de virtudes inapreciables, que todos le reconocen, ha sabido, inspirándose en las leyes del reino, procurar defender los derechos que le están encomendados, sin olvidar un solo instante, que su cargo tenía que ejercerlo siempre de acuerdo con la constitución que nos rige, y asociándose en los sentimientos y aspiraciones del pueblo español.

No es muy halagüeño el estado actual de la nación, esperándose con afán llegue el rey á la mayor edad dentro de dos años, y que, después de las pasadas guerras, nos conceda Dios medios para regenerarnos, y que luzcan días más venturosos para la patria.

LECCIÓN 91.

EDAD CONTEMPORÁNEA.

Historia interna.

ESTADO POLÍTICO Y SOCIAL DE ESPAÑA, DURANTE LA EDAD CONTEMPORÁNEA.

Estado político, religioso, social, literario y artístico de España durante la Edad contemporánea.—Cambio que se verifica en la situación política de España, durante la guerra de la Independencia.—Influencia francesa.—Sentimientos y opiniones de los españoles.—Las doctrinas revolucionarias.—El régimen tradicional y el régimen liberal.—Partidos reformistas y antireformistas.—Las Cortes de Bayona y las Cortes de Cádiz.—La regencia del reino.—La soberanía nacional y el juramento.—La libertad de imprenta y la prensa.—Tránsito de la revolución á la reacción.—El período constitucional.—Nuevo imperio del absolutismo.—La monarquía de D.ª Isabel II.—Los partidos.—Las camarillas.—El militarismo.—Cambio en la situación del país con la revolución de Septiembre de 1868.—Los partidos políticos durante los reinados de Alfonso XII y Alfonso XIII.—El turno pacífico en el gobierno.—Decaímiento de las condiciones políticas al acabar el siglo XIX.—El siglo actual es de revolución y de transición.—La monarquía absoluta y la monarquía templada.—Cuándo termina el período revolucionario.—El partido republicano y el carlista en la actualidad.—Reformas sociales de la Edad contemporánea.—Abolición de señoríos y vinculaciones.—Abolición de fueros y de la esclavitud.—La cuestión social.—El capital y el trabajo.—La internacional en España.=*Crítica.*—Juicio acerca de la variación política de España al principio de la Edad moderna.—Idem en los reinados de Isabel II y su descendencia.—Crítica imparcial acerca de las reformas sociales verificadas en el presente siglo.—Idem sobre el conflicto entre el capital y el trabajo.

El estado político, religioso, social, literario, artístico y jurídico de España, durante la Edad contemporánea, se presenta con caractéres enteramente distintos á los que tuviera en edades anteriores, merced á elementos extraños que le informan, y á novedades que se introducen en la nación, desconocidas hasta entonces.

Ante todo, se opera un grande cambio en la situación política de España durante la guerra de la independencia, pues que, entre el contínuo batallar de los ejércitos, una minoría que no representaba ni con mucho á la gran masa de la nación, fiel guardadora de sus tradiciones puramente españolas, enamoróse del modo de ser de los que entonces vinieron á dominarnos por la fuerza, y pretendiendo copiar sus instituciones y organización, prepararon ese cambio radical y profundo en nuestra vida política, y nos lanzó por nuevos y peligrosos derroteros.

La influencia francesa se dejó sentir bien pronto entre nosotros, pues

que los amantes de las nuevas ideas, entusiasmados con la palabra «libertad», no como la predica el cristianismo, sino como la acogía el jacobinismo francés, hicieron de ella la enseña de su sistema político, bajo el pretexto de que estábamos sumidos en el régimen que amparaba el despotismo y la ignorancia, y que era preciso encaminarnos por los nuevos ideales del progreso moderno. Con esto solo lograron destruir en absoluto todo el régimen antiguo y tradicional puramente español, católico y monárquico, sustituyéndole por el que se basaba en la soberanía nacional y el indiferentismo religioso, que á no dudarlo, han sido las causas de todas las revoluciones del presente siglo.

Esto se verificó, contra la voluntad de la mayoría de los españoles, cuyos sentimientos y opiniones eran enteramente contrarias á los nuevos principios sociales y políticos. Los españoles eran, salvo excepciones muy contadas, católicos fervientes, y monárquicos entusiastas, profesando á sus reyes, á quienes creían padres y no tiranos, una profunda veneración; y considerando en su profundo fervor religioso, como el más horrendo de los crímenes, cualquier ofensa, por pequeña que fuese al catolicismo.

Por eso las doctrinas revolucionarias hijas de la filosofía enciclopedista y de la impiedad, que produjeron la criminal revolución francesa, eran tan odiadas en nuestro pueblo, desde que se pretendió su introducción, porque bien claro se veía, que con ellas se iba á matar los sentimientos católico y monárquico de España, y á desquiciar todo el orden social en nuestra nación.

Más como quiera que algunos de buena ó de mala fe, fueron partidarios más ó menos ciegos de estas novedades, quizá por el afán de aparecer ilustrados, ó encantados por las nuevas ideas que daban libertad á las manifestaciones todas del espíritu, es lo cierto, que creyeron estar en ellas el remedio de nuestros males, en contra de otros, que á todo trance, querían estar rindiendo culto al modo de ser político, con cuyo amparo habíamos logrado tanta grandeza. Desde este momento se dibujan ya las dos tendencias políticas en nuestra patria, de los defensores del régimen puro tradicional y de los entusiastas del nuevo sistema liberal, para el gobierno de España.

Y ya suenan los nombres de los partidos reformista y antirreformista, nacido el primero en la Junta suprema central, formada por heterogéneos elementos en 1808, para la defensa nacional y representando al segundo los partidarios de todo lo existente; y aunque ambos estaban conformes en el odio al invasor, discordaban mucho en los procedimientos de gobierno, siendo Jovellanos el paladín de las reformas y de la celebración de nuevas Cortes, y Floridablanca el enemigo de ellas y de toda la reforma que pugnara con nuestra tradición. La muerte de este último, y el entronizamiento del bando contrario, fué la causa de la convocatoria de nuevas Cortes, y del nacimiento del sistema constitucional en España.

Como quiera que en Bayona se había celebrado una junta á que pomposamente le dieron los afrancesados el nombre de Cortes, y allí redactaron una sombra de Constitución, que nunca llegó á observarse en

España, y que fué donde por vez primera sonó en las discusiones la idea de tolerancia religiosa, los españoles, al año siguiente, queriendo oponerse á ello, pero copiándolas en el fondo, convocaron las antiguas Cortes para el año 1810, con el fin de que resolviesen lo necesario para el gobierno del reino, las que, separándose de la hermosa tradición española, publicaron la primera Constitución para nuestro pueblo, donde se desarrollaron todos los principios liberales que habían de servir más tarde para la gobernación del país, pero quedando á salvo la unidad católica y la idea monárquica.

La regencia del reino, en la Isla de León, se vió desde el principio instigada por los reformadores, siendo sus instigaciones, más que la presencia del enemigo, la causa ocasional de aquellas Cortes, que bajo el disfraz de continuación de las antiguas españolas, se convirtieron en constituyentes, y en las que predominó un gran número de jóvenes reformistas, á causa de que no pudiendo llegar al lugar de su celebración la mayor parte de los diputados elegidos, por el estado de la nación, se convino en nombrar suplentes de ellos, que fueron los que verdaderamente ejercieron el cargo, pertenecientes á una juventud entusiasta de las nuevas ideas.

La primera manifestación de que el sistema liberal, iba imperando en aquellas Cortes, fué el que, desde luego proclamaron la soberanía nacional y el juramento, reconociendo aquella asamblea, á propuesta del sacerdote D. Diego Muñoz Torrero, (entusiasta por las ideas Jansenistas) que solo en las Cortes residía la soberanía nacional, recibiendo aquella el título de Majestad, y exigiendo el juramento á la regencia, que todos sus individuos lo prestaron, á excepción del obispo de Orense, pues creía que de este modo se mermaba la autoridad real, procesando al prelado, que en aras de la libertad que entonces se hizo regla de todo, proclamaba su libertad de acción, y por no ir en contra de la mayoría, renunciaba su cargo de regente y de diputado.

Al amparo de estas nuevas doctrinas nace también la libertad de imprenta y la abolición de la censura prévia, dándose á la prensa desde entonces extraordinaria importancia, y naciendo los partidos de «liberales» ó afectos á las doctrinas que proclamó la revolución francesa, y de «serviles», á los que eran fieles á la exclusiva autoridad del rey y á la tradición inveterada del pueblo español, y llegando el caso, al aparecer entonces la mal llamada libertad de la prensa, de ser esta sólo para los defensores de las nuevas ideas, pues que, á los que publicaban doctrinas contrarias, se les perseguía con encarnizamiento. Todas estas opuestas tendencias y las luchas entre ambos ideales, ocasionaron sucesivos cambios en la ergencia del reino, y varios decretos de las Cortes, en que vino á demostrarse su enemiga contra las instituciones eclesiásticas.

Pero concluída la labor de las Cortes extraordinarias, lanzado el invasor de nuestra patria, convocadas las Cortes ordinarias y abiertas estas en Madrid, comenzó la lucha para que el rey Fernando VII, colocado en su trono, jurase la Constitución, á lo que en absoluto se negó el monarca, disolviendo las Cortes, y habiendo un tránsito violentísimo

de la revolución á la reacción, en la que, el rey y los enemigos de las reformas, se vengaron de todos los que las habían apadrinado, ocasionando con estas destempladas violencias, que vayan aumentando los partidarios del sistema liberal, y que la revolución, oculta al principio, se exteriorice al fin, hasta triunfar de sus enemigos.

Entonces comienza el período constitucional de los tres años (de 1820 al 1823), durante el cual, son tan vivas y tan entusiastas las expansiones liberales, que volvemos al período de las violencias y de las persecuciones, entrando la nación en una grande anarquía, comenzando las insurrecciones de los realistas, y teniendo que venir una intervención francesa, al mando del duque de Angulema, para arreglar el desconcierto de España.

Consecuencia de todo esto, es la violentísima reacción del régimen absoluto desde el 1823 hasta la muerte de Fernando VII, que despiertan las conspiraciones liberales, y cuya reacción, hecha sin tino, sin prudencia, y sin principio fijo de gobierno, dió un poder omnipotente á aquel monarca, que no era el hombre que entonces exigían las circunstancias, pues que con su egoista sistema de equilibrio, no logró matar como quería á la revolución, y á su muerte, esta por un lado, y la guerra civil por otro, fué el triste legado, que sin él quererlo dejó á su hija D.ª Isabel II.

La monarquía de esta, tiene también caractéres especiales distintos á los de la de su padre, pues que con ella se implantó en España la monarquía constitucional, desarrollándose durante su reinado códigos ó cartas constitucionales, y restableciéndose por algún tiempo la constitución de 1812, que fué el modelo que sirvió para la redacción de las demás.

Durante su vida, especialmente desde que fué declarada mayor de edad, los partidos políticos se definieron con mayor precisión y aspiraron á la dirección de los negocios públicos, luchando siempre por esto los progresistas y los moderados, con sus respectivos jefes Olózaga y Narváez. Más tarde, fórmase el partido de la unión liberal, donde ingresaron los más conservadores de los liberales y los más avanzados de los conservadores. En los últimos tiempos del reinado de D.ª Isabel, hubo una segregación del partido moderado, formando el grupo neocatólico, que imperó en los últimos días de aquella monarquía, y á cuyas exageraciones se debió en gran parte la caída de doña Isabel.

Esta señora, heredó de su padre la afición á rodearse de determinadas personalidades, que formando camarillas, engendraban la aparición de privados y de favoritos, que no tenían grandes simpatías en el pueblo español, y que perjudicaron notablemente á aquella reina de gran corazón, pero que se dejaba imprudentemente guiar por los que, adulándole, eran sin ella saberlo, los enemigos que sordamente minaban su monarquía, en su incesante afán de influir más ó menos directamente en la gobernación del Estado.

Otro factor importante de esta época fué el militarismo, que si bien fué necesario siempre, para sostener en el trono á D.ª Isabel, y que, á no ser por los esfuerzos especialmente de Narváez y O'Donnell, aquel

reinado hubiera revestido otros distintos caractéres, sin embargo dió exagerada importancia al elemento militar en su época, y por ello, con tanta frecuencia se repitieron en ella los pronunciamientos y colisiones entre la tropa y el pueblo, hasta que por último, este mismo militarismo, quizá sin quererlo, lanzó del trono de España á aquella reina.

La situación del país, cambia de modo absoluto con la revolución de 1868, y una juventud, educada en ideas de política más liberal y progresiva, fué un elemento de grande importancia para aquella revolucion, que no solo momentáneamente derrocó la monarquía en España, sino que, uniendo á progresistas, unionistas y demócratas, hicieron la Constitución de 1869, que casi de puro liberal no cabe en ella la monarquía, y á su amparo reinó Amadeo I, lanzado indirectamente del trono por la ola revolucionaria que le obligó á dimitirlo, para dar lugar al fugaz período de la república, en que la anarquía se enseñoreó de nuestra patria, teniendo los republicanos más sensatos que darle á esta el golpe de gracia, preparando el camino á la restauración borbónica.

Durante los reinados de Alfonso XII y en la menor edad de Alfonso XIII, los partidos políticos han estado en perpetuo trabajo, ya para mantener la monarquía, ó ya para derribarla, y los republicanos con sus predicaciones é intentonas, y los carlistas con sus contínuas aspiraciones y su eterno anuncio de guerra civil, han sido la constante amenaza que desde el principio ha tenido la dinastía reinante.

Pero los defensores entusiastas de la monarquía, ó sean los hombres que han transigido con los representantes del antiguo poder personal y herederos de los realistas templados y de los moderados, son los actuales conservadores liberales, que aceptan solo para conservarlas, las reformas implantadas por los liberales; y estos se llaman fusionistas, por haber logrado la fusión de progresistas, unionistas y demócratas monárquicos. Entre ambas agrupaciones no hay diferencias esenciales, pues aceptado por los conservadores el sufragio universal, no tiene ya más razón de ser la existencia de estos dos partidos, que el turno pacífico y legal en el gobierno, suponiendo al liberal en incesante afán de progresivas reformas.

Verdaderamente al terminar el siglo XIX, presenta España un grande decaimiento en sus condiciones políticas, pues que ya los partidarios de una idea no la defienden con el ciego ardimiento de otras veces, y en la mayor parte de los casos, más se atiende al afecto personal, para ingresar en un partido, que á las bondades del mismo ó á las aptitudes de su jefe para dirigir los negocios públicos; es decir, que la política española en la generalidad de sus adeptos, solo está inspirada en un triste y desconsolador egoismo.

El siglo actual debemos calificarlo en España, como de revolución y de transición. De revolución, porque los españoles se dividen en dos partidos irreconciliables en un principio, pero que poco á poco se van aproximando para poder gobernar. Pero esto lo hacen á merced de transacciones, en que se olvida el régimen antiguo, para dar lugar á la nueva vida política en la gobernación del Estado.

Por eso, la monarquía absoluta, representación del poder personal,

se va abandonando, para aceptar la monarquía templada ó constitucional, como representación del triunfo de las ideas liberales, puestas enfrente de las tradicionales, que por tanto tiempo rigieron en España.

El período revolucionario dentro de la monarquía, puede afirmarse, que definitivamente ha concluído, y fué la gran conquista de la revolución de Septiembre de 1868, pues que después de ella, el fantasma de la revolución, y el pronunciamiento, ha desaparecido de nuestra patria; y si algo ha ocurrido en sentido revolucionario, ha sido únicamente obra del partido republicano, que solo cree ser poder, empleando los medios más violentos.

El partido republicano y el carlista, en la actualidad, viven una vida especialísima en España. El primero, tiene perdida toda su fuerza y prestigio, por las múltiples divisiones en él introducidas, por su falta de cohesión y por la disconformidad de pareceres, acerca de los medios que debe emplear para obtener el poder. El carlista, es hoy una verdadera degeneración del partido absolutista, y el pretendiente con sus manifiestos, ha demostrado, que después de todo, si pudiera ser colocado en el trono, sería ni más ni menos un rey constitucional, y como tal le recibirían el mayor número de sus partidarios.

También es la edad contemporánea en España, la época de las grandes reformas sociales, pues que al implantarse al principio del siglo, ideas nuevas de gobierno, y tomar carta de naturaleza entre nosotros, instituciones y organismos enemigos del régimen tradicional que nos había regido, tuvieron que morir todas aquellas que eran consecuencia obligada del pasado régimen.

Por eso, en Agosto de 1811, decretan las Cortes la abolición de los señoríos y de todos los privilegios de clase; y en 27 de Septiembre de 1820, se suprimen todos los mayorazgos y vinculaciones de cualquier clase y condición que sean; disfrazando con mentidos principios económicos y soñadas regeneraciones para nuestra patria, el imperio de las ideas democráticas, y el profundo odio que los revolucionarios de este siglo, tuvieron siempre á la nobleza.

Amantes ellos también hasta la exageración, de las ideas de libertad é igualdad, rompieron todos los privilegios de que gozaban algunas regiones en nuestra patria, aboliéndose los fueros especiales, y rompiéndose las cadenas del esclavo, en las que fueron nuestras posesiones antillanas de Cuba y Puerto Rico, donde al desaparecer la esclavitud, aumentó cada vez más el partido separatista y de absoluta independencia de España.

En este siglo también, especialmente al final de él, preocupa mucho los ánimos, y con razón, en nuestra patria, la cuestión social, pues ya se ha visto que puede dar lugar á serios trastornos, que con frecuencia comprometen la tranquilidad de la nación.

Esta cuestión, está representada por el conflicto entre el capital y el trabajo, toda vez que la población obrera, cuyo número é importancia ha aumentado considerablemente en estos tiempos, aspira á emanciparse de modo definitivo del capital.

La «Internacional,» que modestamente nació como sociedad coope-

rativa, ha echado raices en Cataluña, y en otras regiones de España, y con huelgas y paros ensaya sus fuerzas, haciendo que trascienda también esta agitación social, á las regiones agrícolas, donde pone frente á frente á los grandes propietarios y á los míseros operarios, que ganan incierto y reducido jornal.

Crítica.—La variación política verificada en España, al principio de la edad moderna, merece un juicio especial, toda vez que rompe con las tradiciones inveteradas de todo un pueblo, y al hacerlo, los menos se imponen á los más, siendo una contradicción el aceptarlas, por un lado, sabiendo que procedían de Francia, y por otro demostrar á este pueblo nuestro odio, al mismo tiempo que quedábamos cobardemente ligados al mismo, que desde entonces nos ha impuesto la ley, desde la política hasta las modas.

Las variaciones políticas introducidas en los reinados de D.ª Isabel II y de su descendencia, tienen explicación, viendo que la primera solo podía asentar su trono sobre determinados elementos, que fueron su amparo, y los segundos, tuvieron para vivir, que transigir con ciertas innovaciones, hijas del período revolucionario que les había precedido.

Las reformas sociales del presente siglo, tambien merecen crítica imparcial, mirándolas solo como consecuencia obligada del entronizamiento del principio democrático, y del odio á todo lo que tuviera relación con el régimen tradicional y absoluto, que había muerto con Fernando VII.

Por último, ese conflicto entre el capital y el trabajo, que como constante amenaza vive entre nosotros, es hijo también de la idea revolucionaria, y es muy difícil contener por medio de leyes represivas, siendo el catolicismo con sus sabias enseñanzas, quien verdaderamente puede encauzar esta temida cuestión por derroteros de orden, aconsejando á los capitalistas naturales concesiones, y ámplio ejercicio de caridad, y volviendo al obrero á la racional y nunca interrumpida dependencia con el patrono, exhortándole también á que una cristiana humildad, sustituya á la altanera actitud con que hoy se presenta, alentado por falsos consejos y perniciosas predicaciones.

LECCIÓN 92.

LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA DURANTE LA EDAD CONTEMPORÁNEA.

La nacionalidad española durante la Edad contemporánea.—Recuerdo histórico sobre su estado antes de comenzar el presente siglo.—Durante la época moderna adquiere mayor vigor el espíritu nacional.—Dos reinos había en la península durante la Casa de Austria.—Varias nacionalidades.—Triunfo de la política de absorción preparada en los siglos XIII, XIV y XV.—Las regiones dentro de nuestra península.—Conquista y pérdida de Portugal, modificando el territorio.—Otras pérdidas en la guerra de sucesión.—En la de la Independencia se demuestra el espíritu de la unidad nacional.—El regionalismo y la unidad nacional.—Los Pirineos y su separación de la península española.—Las fronteras de España y su situación estratégica actual para asegurar la unidad nacional.—Las costas y su importancia, bien defendidas, para sostener la integridad del territorio.—La estrategia militar bien dirigida y combinada con nuestra situación geográfica puede defender contínuamente la integridad de la nación. = *Crítica.*—Juicio sobre la idea de nacionalidad en todas las épocas de la Historia de España.—Crítica imparcial acerca del verdadero y el falso regionalismo.—Idem acerca de los medios de defensa terrestres y marítimos que en la actualidad tiene España para asegurar la independencia de su territorio.

La nacionalidad española en nuestro siglo, se ofrece con verdaderos caracteres, muy distintos á los que tuviera en las otras edades históricas, apareciendo como verdadera nación y sin que haya nada en realidad, que destruya su verdadera unidad.

Para justificar tal aserto, hay necesidad de hacer un ligero resumen por vía de recuerdo histórico, sobre el estado de la nacionalidad española, antes de comenzar el presente siglo, que sólo así podrá comprenderse fácilmente su estado actual, y como por vía de elaboración sucesiva, se ha ido constituyendo nuestra nacionalidad, hasta colocarse en el estado en que hoy se encuentra.

Durante la época moderna, adquiere mayor vigor el espíritu nacional, lo cual se explica por el trabajo de preparación de las épocas anteriores, que vinieron matando con laudables esfuerzos la idea de separación de territorios que antes existía, y consolidando aquella obra de la unidad nacional, por la que tanto pelearon los Reyes Católicos.

Al advenimiento de la Casa de Austria, había en la península, como hoy existen, sólo dos reinos: España y Portugal. Pero todavía pertenecían á nuestra nación, el Rosellón y la Cerdaña, que por algún tiempo estuvieran en poder de la vecina nación francesa, y que Fernando el Católico recuperó en 1493. Pero no sólo formaba esto parte, no de la

nación española, sino de los dominios de la corona de España, si que también pertenecían á ella Nápoles, Sicilia, Milán y otros países.

Era, pues, España un estado con varias nacionalidades y un pueblo, como verdadera nación, todavía incompleta. No podía entenderse que la completa unidad nacional estaba realizada, sin la incorporación de Portugal, de Andorra y los pueblos catalanes y aragoneses del Norte de los Pirineos. En tiempo de Felipe II, en 1580, se conquista á Portugal, quedando los otros pueblos antes mencionados, dependiendo del condado de Barcelona, y de la monarquía aragonesa y Navarra; y estando unidos todos los estados españoles, bajo una sola Corona.

Este era el triunfo de la política de absorción por herencia y por conquista, iniciada y preparada en los siglos XIII, XIV y XV, donde más que la idea de unidad, movía á los príncipes españoles, durante la Edad media, sólo la idea de su engrandecimiento. Viene después el triunfo del absolutismo, y la necesidad de conservar la unidad política y la unidad de acción y de gobierno, hizo que instintivamente los monarcas aspirasen á la unidad nacional, y para ello derogaron las legislaciones especiales y los fueros, privilegios y libertades de los pueblos, perdiéndolos Castilla, Cataluña y Aragón, sin que éstos se opusieran á la unión nacional, pues que existía el mútuo consentimiento para realizarla, aunque sin grandes entusiasmos, siendo preciso que la acción del tiempo, ayudase á la unión formal externa, creada por los Reyes, y consentida por los pueblos.

A pesar de todo esto, las regiones continuaron existentes en nuestra patria con entera independencia, y viviendo con el exclusivo egoismo de sus propios intereses, dándose el caso de que ni Aragón auxilió á Castilla durante la guerra de las Comunidades, ni los castellanos á los aragoneses, cuando estos se alzaron en defensa de sus fueros, en tiempo de Felipe II. Pero donde la tradición arraigó más en recuerdo de la pasada independencia, fué en los extremos de la península, al Oeste, en Portugal, y al Este, en Cataluña.

Esto se explica, porque las relaciones de Portugal con Castilla, habían sido menos íntimas, que las de ésta con las demás regiones de la península. Además, aunque Portugal había adquirido grandes prestigios por sus viajes y descubrimientos, la fuerza de las armas hizo que Felipe II pudiera allí imponer sus derechos, y por eso, considerándose siempre los lusitanos como pueblo conquistado, estuvieron pensando en su independencia, así como los catalanes, que sólo por razones no justificadas, se rebelaron más tarde cegándoles la pasión hasta entregarse á Francia, que siempre había sido su tradicional enemigo. Estas rebeliones tuvieron distinto fin en tiempo de Felipe IV, y Portugal triunfó en sus conatos de independencia, rompiéndose la obra de Felipe II y no habiendo estado unido á nosotros, formando un todo nacional de la península ibérica, más que sesenta años, ó sea, desde el 1580, hasta el 1640. Por el contrario, la revolución catalana fué al fin vencida, pero como consecuencia de ella, perdimos parte de Cataluña, el Rosellón y la Cerdaña.

Viene después la guerra de sucesión, en los primeros años del siglo

XVIII, al advenimiento de la dinastía borbónica, y entonces, los españoles se dividen en dos bandos contrarios, apoyando la antigua corona de Aragón al archiduque Carlos, siendo Cataluña la más entusiasta enemiga de la nueva dinastía, lo que obligó á Felipe V al vencer en aquella guerra, á quitarles sus fueros y franquicias. Sin embargo, realmente, la guerra de sucesión redujo nuestro territorio nacional, pues que perdimos á Gibraltar, y á la isla de Menorca, que si ésta se recuperó en tiempos de Carlos III, aquél no pudimos lograr que volviera á ser nuestro.

Y así hemos llegado al presente siglo; teniendo quebrantada la unidad nacional, pues dentro de la península existen, además del reino de España, el de Portugal, la República de Andorra, y el territorio ingles de Gibraltar. Sin embargo, existía siempre vivo el espíritu de unidad de todos los pueblos españoles, pues que en nuestras guerras de Italia contra el imperio, y en los mares y en las colonias contra Inglaterra, luchaban unidos por el honor español en sus ejércitos y en sus escuadras, el aragonés y el vasco, el castellano y el catalán. Por eso al llegar la guerra de la independencia, se demuestra en ella como en ninguna otra, el espíritu de la unidad nacional, porque todos los antiguos reinos y pueblos de España, estaban animados por el espíritu de unidad, por la conciencia de la propia nacionalidad y por la comunidad de intereses y aspiraciones, que se traducían en el único pensamiento santo y grandioso, de odio al invasor, y de defensa de la patria.

Hoy, verdaderamente, en todos los territorios que forman la monarquía, existe una nación, que es la nación española. Y ni el provincialismo, con sus tradiciones y sus recuerdos, pueden alterar esta unidad, que la garantizan su tradición, su lengua y sus costumbres, siendo sólo esos conatos de regionalismo, una aspiración á sostener y conservar los prestigios de propia raza, que sólo podrán considerarse como criminales, cuando se encubran bajo la idea separatista, no nunca, cuando solo sean una aspiración noble, de conservar el hermoso legado de sus gloriosas tradiciones y de sus grandezas históricas.

Los Pirineos, al separar otra nación de España, no fueron nunca linde ni separación de razas ni de pueblos, antes al contrario, toda aquella zona montañosa, fué el núcleo de una gran nacionalidad, dividida y subdividida en multitud de señoríos, que vinieron á refundirse en el condado de Barcelona, en el reino de Aragón y en el de Navarra.

Las fronteras de España y su situación estratégica actual, son factores importantes, para asegurar la unidad nacional, pues que, tenemos la mejor situación geográfica del mundo, colocados en el Occidente de Europa, viviendo en una península, y como límites divisorios de otras naciones, los Pirineos, la frontera portuguesa y el mar, que por su propia condición, nos colocan en una situación estratégica muy favorable, para racionalmente ser defendidos, y evitar cualquier invasión extranjera.

Lo mismo ocurre con nuestras costas, que tienen una importancia grandísima, si se saben defender, para asegurar la integridad del territorio, y que requieren un plan ordenado y metódico, combinando las

defensas terrestres y marítimas, para asegurar en todo tiempo, de acuerdo con los esfuerzos que pueda hacerse en los mares, el medio de evitar cualquier extraña invasión, que por sorpresa ó á viva fuerza, pudiera acometer á nuestra patria.

Por último, la estrategia militar bien dirigida y combinada con nuestra situación geográfica, puede defender contínuamente la integridad de la nación. Por eso se hace preciso, á más de las imperiosas reformas de nuestra marina, tener muy en estudio nuestra geografía militar, y ver los puntos por donde más fácilmente podría entrar el enemigo, mirando siempre las líneas de avance hacia Madrid, estudiando todas las de invasión y operaciones militares, no descuidando ni un momento las costas, asegurando todas las fortificaciones, y defendiendo con empeño todas las poblaciones fronterizas, y las islas adyacentes, que habían de jugar un papel importantísimo, en el triste caso de una una guerra extranjera.

Crítica.—La idea de la nacionalidad en todas las épocas de la historia de España, merece un juicio muy favorable, pues que está encarnada en el espíritu del país, y es compañera inseparable del de independencia, como lo prueba el que, desde las primeras edades históricas, se ha aspirado á formar nación con independencia y libertad, y todos los esfuerzos de los habitantes de España, desde el principio, han ido encaminados á defender con empeño este pueblo, que como patria querida, siempre constituyó un todo nacional, aún en medio de especiales fraccionamientos, que al fín se consolidan, para formar la verdadera unidad del territorio.

La idea regionalista, que hoy aparece de nuevo con caracteres especiales, hay que mirarla bajo dos aspectos enteramente distintos, ya bajo la forma verdadera, ya bajo la falsa, expresión del regionalismo. La primera, es casi un amor tan santo, como el que pueda tenerse á la gran patria española. Es el amor á la patria chica, y engendra hermosas manifestaciones, ya de desarrollo industrial, que se traduce por el sello característico de sus trabajos, ya por la manifestación literaria que se expresa en sus recuerdos propios tradicionales, formando el foklore particular de la región, ó se significa por esas hermosas manifestaciones de cultura, que con el nombre de juegos florales, y cantando á los tres ideales de la patria, la fe, y el amor, vienen á simbolizar el desarrollo y adelanto de las literaturas regionales. Este regionalismo es solo el verdadero, que en nada perjudica á la unidad nacional, y que puede llegar en caso extremo, hasta la descentralización administrativa, prévio concierto con el poder central. Pero el falso regionalismo, el que trata de romper los lazos que le unen con la madre patria, y destruir la verdadera unidad nacional, renegando hasta del santo nombre que siempre se tuviera, para tomar uno propio de la región á quien constituyen en nación separada é independiente, ese sí es verdaderamente criminal y censurable por todos conceptos.

No es muy favorable el juicio que pueda formarse acerca de los medios de defensa terrestres y marítimos, que en la actualidad tiene España para asegurar la independencia de su territorio, pues que la

triste enseñanza, nos ha venido á demostrar después de las pasadas guerras, que nuestro ejército y nuestra marina (especialmente esta última), así como nuestras fortificaciones, necesitan una reforma radicalísima, para que no se repitan los tristes ejemplos no hace mucho realizados, y nuestro territorio pueda defenderse, artillando convenientemente nuestras costas, haciendo marina, y modificando el modo de ser de nuestro ejército, logrando que uno y otro tengan siempre una vida activa de experimentación y de campaña, y solo así, podrá creerse sin grandes pesimismos, asegurado el territorio de nuestros ya escasos dominios.

LECCIÓN 93.

LA INQUISICIÓN, LA IGLESIA, LA AGRICULTURA, LA INDUSTRIA, EL COMERCIO, ETC., DURANTE LA EDAD CONTEMPORÁNEA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

La inquisición y la iglesia durante la Edad contemporánea de la Historia de España.—La inquisición durante la época de Fernando VII.—Abolición de la inquisición.—Reforma de las comunidades religiosas.—Reducción de terrenos baldíos y comunes á dominio particular.—Supresión de los conventos.—El clero durante la época liberal.—El Nuncio de Su Santidad.—La Iglesia durante el reinado de D.ª Isabel II.—Leyes de desamortización eclesiástica.—Concordato de 1851.—Nuevas diócesis.—Actual división del territorio eclesiástico.—La Iglesia y el Estado en los dos últimos reinados.—Las comunidades religiosas y facilidades que hoy tienen para su establecimiento en España.—Relaciones de España con la Santa Sede.—Desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio, durante la Edad contemporánea.—Libertad de industria y fabricación.—Establecimiento de cátedras de agricultura.—Medidas de protección á la clase agrícola.—Las vías de comunicación.—Su gran desarrollo en el presente siglo.—Ferrocarriles, tranvías, etc.—Sistema de correos.—Telégrafos.—Teléfonos.—El comercio en España.—Comercio interior y exterior.—El arte militar.—Modificaciones.—La marina.—Su estado actual.—La deuda del Estado.—Los empleados públicos.—Reformas económicas.—Las contribuciones.—Los impuestos.—Presupuestos.—Costumbres públicas.=*Crítica.*—Juicio acerca de la situación porque ha pasado la Iglesia española en lo que va de siglo.—Crítica acerca del desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio en España, durante la Edad contemporánea.—Las costumbres públicas y la vida social española en el siglo XIX.

La inquisición y la Iglesia durante la Edad contemporánea de nuestra historia, presenta caracteres particulares en España, pues que la primera tiene muy corta existencia en nuestro siglo, hasta su definitiva abolición, y la segunda vive unas veces mas protegida que otras, según los elementos de gobierno que predominan, y las ideas políticas que se ponen en práctica, con relación á este asunto.

La inquisición durante la época de Fernando VII, tuvo una vida muy especial, pues que, aunque aquél la quería como elemento auxiliar religioso, y como instrumento de su política, los sucesos ocurridos y la influencia liberal de los reformadores de las Cortes de Cadiz, evitaron se realizaran los deseos del monarca. Y aunque en las mismas Cortes se hicieron tentativas para establecer la inquisición, por ellas suprimida, es lo cierto, que después de grandes trabajos y de empeñada discusión, los reformadores vencieron, dándose un famoso decreto y manifiesto, aboliendo el tribunal del Santo Oficio, que se mandó leer durante tres días en todas las iglesias del reino. Como prueba del entu-

siasmo que el rey Fernando tenía por la inquisición, se presenta el caso de que, una vez vuelto de su cautiverio, la restableciese inmediatamente en 1814.

Así siguió funcionando en sus agonías, hasta que comenzó el periodo constitucional de 1820 á 1823, y entonces se abolió para siempre este tribunal, que el rey á su regreso había restablecido, mandándose que inmediatamente fueran puestos en libertad todos los presos que hubiera en las cárceles del Santo Oficio, por opiniones políticas ó religiosas, y que las causas de estos últimos pasasen á los reverendos obispos de sus respectivas diócesis, así como se declararon bienes nacionales los que fueron de la inquisición, dictándose medidas sobre ello, y sobre el sueldo y destino de los individuos de este tribunal.

También es del tiempo de Fernando VII la reforma que se hizo de las comunidades religiosas, pues que habiendo desaparecido muchos conventos durante la invasión francesa, se incautó el Estado de sus bienes, y llevado el asunto á las Cortes, se acordó en 1813, la reunión de determinadas comunidades, para que nunca hubiera conventos con menos de doce religiosos profesos, y la reunión de varios de un mismo instituto en uno solo, que bien poco duró, pues que imperando la reacción en 1814, se anuló todo lo hecho sobre este particular.

Así mismo es de este tiempo el decreto sobre reducción de terrenos baldíos y comunes á dominio particular, disponiéndose que la mitad de éstos sirvieran de hipoteca para el pago de la deuda nacional, y obligando á los que poseyeran el resto, á no vincularlos nunca, ni pasarlos á manos muertas.

La reforma antes iniciada sobre las comunidades religiosas, fué más tarde ampliada, suprimiéndose en absoluto todos los conventos, como manifestación de las ideas liberales que después imperaron, y bajo fútiles pretextos se extinguieron todas las comunidades religiosas, incautándose el Estado de sus bienes.

El clero, durante la época liberal, se vió en situación muy triste, infiriéndole los más exaltados grandes agravios, siendo perseguido, vendiéndose los bienes de las iglesias como bienes nacionales, no solo por la enemiga que los políticos muy liberales han tenido siempre á la iglesia, sino también por la que el clero se acarreó, favoreciendo la causa carlista en la guerra civil.

Y entonces el Nuncio de su Santidad en Madrid, tuvo necesidad de entablar reclamaciones y solemnemente protestar de tales actos, preparando si necesario fuese el abandono de su cargo, antes que consentir en absoluto, una resolución tan contraria á los intereses que representaba.

También la situación de la iglesia española durante el reinado de D.ª Isabel II, fué muy especial, porque el pontífice al principio observó una prudente reserva, no reconociéndola como reina de España, siendo difíciles nuestras relaciones con Roma, hasta que al fin se restablecieron, preparándose la obra que luego había de traducirse en un Concordato.

Las leyes de desamortización eclesiástica, eran el punto difícil para solucionar estos conflictos, y lo que hizo trabajar más á los comisiona-

dos para este arreglo, que tal vez no hubiera podido realizarse al no ocupar la silla de San Pedro un pontífice como Pío IX.

Consecuencia de estos trabajos, fué el que, al cabo de diez y ocho años de estar desavenidos con la corte romana desde la muerte de Fernando VII, se enviase un Delegado Apostólico en 1847, reconociéndose así indirectamente á D.ª Isabel II, y preparándose el camino para que Roma, sancionase la venta de los bienes del clero, y se dotase á éste de medios para su decorosa subsistencia. Esta fué la obra del Concordato de 1851, por el que, se consigna la unidad católica en España, y la intervención de la iglesia en la enseñanza y en las publicaciones de la prensa.

Por él se establecen nuevas diócesis, se suprimen colegiatas, se fija el número de capitulares y beneficiados, se manda establecer seminarios generales para dar más extensión al estudio de la ciencia teológica, se reforman los conventos de misioneros de Ultramar, y se fija la dotación de culto y clero, sancionándose implícitamente la venta de los bienes de este, cuyo capital se convertiría en títulos del tres por ciento para atender á su sostenimiento.

La actual división del territorio eclesiástico, se acomoda en un todo á este Concordato, estableciéndose la Silla primada de Toledo, y los arzobispados de Sevilla, Valencia, Granada, Santiago, Burgos, Tarragona, Valladolid y Zaragoza con sus respectivas sufragáneas en número de cuarenta y seis.

Las relaciones entre la iglesia y el Estado en este siglo, se ofrecen con distinto carácter, siendo muy tirantes durante el predominio político de los exaltados liberales en el corto tiempo que dominaron al comenzar las ideas reformistas, y luego en el período constitucional en tiempo de Fernando VII, así como en el exagerado mando de los progresistas en tiempo de Isabel II, y también en el anárquico período de de la revolución y de la república; siendo muy cordiales en las otras épocas y teniendo la particularidad los reinados de Alfonso XII y de su hijo, de mantenerse estas relaciones de un modo especial, al amparo de las leyes.

Las comunidades religiosas que en el reinado de Isabel II, estaban solo representadas por los conventos de mujeres, y por alguno que otro de hombres, de órdenes dedicadas á la instrucción y á la beneficencia, tienen hoy, y á partir desde la restauración borbónica, toda clase de facilidades para su establecimiento en España, viviendo religiosos de todas clases al amparo de la libertad de asociación y del sentimiento católico, que felizmente aún domina en la nación española.

Las relaciones de España con la Santa Sede, que como hemos visto estuvieron interrumpidas en parte del reinado de D.ª Isabel II, se reanudaron más tarde, y como símbolo de la armonía entre ambas potestades, llegó el caso de recibir aquella reina la «Rosa de Oro» como señalada distinción pontificia; y después del período revolucionario, éstas han seguido y siguen siendo muy cordiales durante los dos últimos reinados, mirando á España y á la familia reinante con suma consideración y verdadero cariño, el sabio y santo pontífice León XIII.

La agricultura, la industria y el comercio, han adelantado mucho en lo que va de siglo, haciéndose cuanto se ha podido, con el fin de que aumentase con útiles reformas, la importancia material de nuestra nación, iniciadas ya especialmente, desde la época de Carlos III.

Una de las reformas más importantes del presente siglo, es aquella por la que, se concedió libertad á todos los españoles, para establecer fabricas y ejercer sus industrias sin necesidad de examen, y sin que se sujetasen más que á las reglas de policía adoptadas ó que se adoptasen, para la salubridad de los pueblos. Posterior á todo esto, ha aumentado en España la industria minera, la de paños, la de fabricación del papel, la del hierro, la de algodones y otras, habiendo regiones que en sus industrias y fabricaciones, pueden competir con las del extranjero.

También fué mejor y de importancia con el fin de difundir la instrucción y fomentar la agricultura, principal manantial de la riqueza de nuestra nación, la creación por las Cortes de Cádiz de escuelas prácticas de agricultura en todas las capitales de provincia, así como de economía civil en las Universidades, y también el que las Sociedades Económicas amparasen con sus trabajos y escritos el desarrollo agrícola de España, formando cartillas rústicas y presentando trabajos sobre aclimatación de semillas, cría de ganados y mejora de los trabajos agrícolas.

Todo esto se completó con medidas dictadas para proteger á los agricultores, como el poder acotar las propiedades particulares y el libre derecho de cultivo y arrendamiento, libertad de tráfico interior de granos, exención del embargo de mieses, etc. Esto se aumentó más tarde con la creación de cátedras de agricultura en los Institutos de segunda enseñanza, y la del Instituto Agrícola y la Escuela de Agricultura, formándose de este modo peritos y profesores en este ramo, así como licenciados en administración rural, que con propietarios curiosos y cultos, van sacando á la agricultura española de la rutina en que antes vivía.

Las vías de comunicación han adelantado mucho en el presente siglo, pues que á los antiguos caminos han sustituído nuevas carreteras, á pesar de que por mucho tiempo estuvieran éstas muy descuidadas en España.

Aunque en la actual centuria han obtenido un gran desarrollo, es sólo á partir de 1840, pues que hasta entonces bien poco se había hecho, y desde esta fecha hasta la conclusión del siglo, es cuando se le ha dado un grande impulso, dividiendo las carreteras en tres clases, de 1.°, 2.° y 3.er orden, y encargándose el Cuerpo facultativo de Obras públicas del Estado, de la apertura y conservación de todas éllas, así como las Diputaciones de las provincailes y los Ayuntamientos de los caminos vecinales.

Cuando España se encontraba desarrollando un plan de carreteras, se vió sorprendida por el planteamiento repentino de los ferrocarriles en todas las naciones de Europa, aceptándolos desde luego, y empezando su implantación, que hoy une en diversos ramales á toda la nación, uniendo también los territorios productores con el mar, y generalizándose tanto las vías férreas en nuestra patria, que desde 1848 en que se

inauguró la primera de Barcelona á Mataró, se ha generalizado de modo sorprendente, no sólo bajo la forma común de vía ancha, sino de vía estrecha, aplicándose también la electricidad á los tranvías eléctricos, que van sustituyendo ya á los antiguos tranvías de sangre en el interior de las grandes poblaciones.

Asimismo se ha aumentado de modo considerable, en la época contemporánea, el sistema de correos, sustituyendo al antiguo y tardío medio de comunicación entre las poblaciones, que antes existía, el permanente que hoy existe, encargándose el Gobierno de la dirección de estos asuntos, creándose una Dirección especial del ramo, con administraciones provinciales en las capitales y subalternas en los pueblos, y determinándose por precepto de la ley la inviolabilidad de la correspondencia.

Otro medio de comunicación de nuestro siglo es la telegrafía, que también ha hecho considerables progresos en España desde su invención hasta la fecha, y que se cree originaria de los trabajos del español D. Francisco Salvá, aplicando á principios de siglo la electricidad á la telegrafía, y presentando el modelo del primer telégrafo eléctrico, llegando hoy, bajo la suprema dirección del Gobierno, en igual forma y ramificación oficial que los correos, á establecer una inmensa red telegráfica, que une toda la nación entre sí, y ésta con todo el mundo civilizado, siendo un poderoso auxiliar del comercio y un agente importantísimo para solucionar todos los asuntos de la vida.

Así mismo los teléfonos de muy reciente creación, son un auxilio eficacísimo para las crecientes necesidades de la vida moderna, aplicándose ya, no sólo para el interior de una población determinada, sino que va poniéndose en práctica la comunicación telefónica entre Madrid y algunas poblaciones importantes de España.

Respecto al comercio, no ha continuado por el camino de grandeza que se iniciara á fines del siglo anterior, pues si bien es cierto que ha adelantado algo, no es todo lo que se creía esperar del incesante tráfico que hemos tenido con nuestras perdidas colonias.

En el comercio interior hemos ganado más que en el exterior, quedando en éste muy por bajo del de otras naciones, á pesas del sistema liberal aplicado á él en el presente siglo. Sin embargo, hay una gran actividad mercantil en España, habiendo adquirido gran importancia los bancos y las sociedades de crédito, así como el comercio ha logrado nuevos prestigios en nuestra patria, ya que perdió sus tribunales especiales, con la creación muy reciente de las Cámaras de Comercio, que prestarán grandes beneficios á la clase que las forman, si extraviadamente no quieren dedicarse á otros asuntos ajenos á su instituto.

El arte militar ha variado notablemente en la época contemporánea, no sólo en el número de las fuerzas militares y su organización, sino en la táctica general del mismo ejército, que á fines del pasado siglo adoptó la prusiana, generalizándose asimismo el sistema de guerrillas.

Los diversos Cuerpos del ejército han sufrido varias modificaciones en este siglo, siendo las principales, la creación de la artillería montada, las variaciones en las armas de fuego, desde el antiguo fusil de

chispa hasta el moderno Maüser, la creación de los cuerpos de Carabineros y de la Guardia Civil, como institutos militares, las reservas y otra multitud de reformas que sería prolijo enumerar.

Nuestra marina, que tan graves desastres sufrió á fines del reinado de Carlos IV, continuó decadente durante medio siglo, haciéndose preciso, desde 1845 en adelante, esforzarse por reformarla, creándose el Colegio Naval y los estudios de Infantería, Artillería é Ingenieros navales, y procurándose en cuanto se pudo, aumentar la marina nacional, principalmente desde que empezaron á dibujarse las aspiraciones separatistas de nuestras colonias de América. En cambio la marina mercante adelantó todo lo que decaía la de guerra, y á falta de otros ejemplos, la Compañía Trasatlántica y otras por el estilo, son prueba clara de este aserto.

El estado actual de nuestra marina de guerra es tristísimo, y los desastres que ha sufrido en nuestra última guerra con los Estados Unidos de América, nos prueban la necesidad imperiosa de su posible aumento y reforma, siquiera sea para defender nuestras costas de cualquier invasión extranjera.

La deuda del Estado ha sido siempre una de las preocupaciones de la nación, teniendo en cuenta, que del pago de la misma dependía el crédito de España, y por eso en las diversas situaciones de la edad contemporánea, hasta en las más revolucionarias, se ha hecho cuanto se ha podido para salvar el crédito de la nación, autorizándose á los gobiernos para subvenir á estas necesidades, siendo tristísimo por las contínuas guerras del presente siglo, y especialmente por las últimas, el considerable aumento que ha tenido la deuda pública, que desde el principio se mandó liquidar y clasificar para su pago.

Los empleados públicos, que al empezar esta edad eran irresponsables, se les exigió desde entonces la responsabilidad y castigo por los delitos que cometiesen en el desempeño de su cargo, estableciéndose disposiciones á este fin en las leyes penales, y procurando moralizarlos, dándoles estabilidad, ya estableciéndose el ingreso por oposición en determinadas carreras, ó ya fijando la inamovilidad en las otras.

En cuanto al sistema económico y á sus reformas, se ha hecho mucho en la edad contemporánea, como la creación de la Dirección de Hacienda pública, la supresión de la Contaduría general de Propios y la Ordenación de todos los ramos de Hacienda en distintas direcciones centrales, que tienen sus ramificaciones en las delegaciones de Hacienda de provincia, que á su vez se subdividen en administraciones y negociados especiales.

Las contribuciones, como medio de arbitrar recursos para atender á las necesidades del país, se han ido modificando en todo este siglo, y aumentando en número é importancia de su cuantía; y al pensamiento de una contribución única que facilitara su exacción y su pago, han sustituído varias desde 1812, y especialmente desde 1822, en que las Cortes por sí empezaron á establecer la contribución directa sobre predios rústicos y urbanos, y otras modificadas posteriormente, lo mismo en el período revolucionario que en los posteriores, y siendo de todas

la más odiosa la de consumos, que aún subsiste, á pesar de que por todos se pide su desaparición, ó que se sustituya por otra, también indirecta, pero menos gravosa para los pueblos.

Y desde la misma fecha comenzaron á crearse otros impuestos, como el del papel sellado, el de patentes, el del timbre y otros, y también el de derechos reales, el de descuentos á sueldos de empleados, etc., aumentados en nuestros días con algunos más, como único medio de mejorar el triste estado de la hacienda pública.

Anualmente se han venido haciendo los presupuestos generales de la nación, dividiéndose en de ingresos y de gastos, aprobados casi siempre por las Cortes, rigiendo los anteriores cuando no se lograba obtener la dicha autorización, y dándose el caso tristísimo, la mayor parte de las veces, de que hubiera verdadero déficit en los mismos, por lo que van acometiéndose economías en los gastos públicos, si ha de mejorarse en algo la condición de nuestra hacienda.

Las costumbres españolas en el presente siglo, tienden al cosmopolitismo que arrastra á todas las naciones de Europa, conservándose poco de lo antiguo propio de la tierra española, y sólo en los pueblos y en los campos; con gran libertad en las costumbres, pero alzándose siempre la pública conciencia en contra del naufragio de la moral privada, oponiéndose fuertemente al descaro de la corrupción, y con tendencia irresistible á mejorar el estado de las clases numerosas, obedeciendo siempre á un secreto impulso de amparar á la debilidad y socorrer al infortunio. A pesar de todo, nuestra nación conserva el sentimiento religioso y el de la patria, y mejorando la educación general, bien dirigida al amparo del catolicismo, podrá llegar á moralizar del todo nuestras costumbres y entrar por buena senda en el camino del verdadero progreso, sin exageraciones de secta, ni locos entusiasmos de escuela.

Crítica.—La iglesia española en el presente siglo, ha pasado por situación especialísima, de la que puede formarse juicio particular, afirmando que durante todas las dominaciones exageradas del liberalismo se le han dirigido rudos ataques, mermando sus justificados privilegios, y persiguiendo con verdadera crueldad á los ministros del Señor y á las comunidades religiosas; siendo más pacífica dicha situación cuando no predominaban aquellos exagerados procedimientos de gobierno, como ha ocurrido en algunos períodos de los reinados de Fernando VII é Isabel II, y durante los tiempos de Alfonso XII y la regencia.

Muy favorable es la crítica acerca del desenvolvimiento de la agricultura, la industria y el comercio de España durante la edad contemporánea, pues que éstas han alcanzado extraordinarios vuelos, y nunca la riqueza pública excedió á la actual, por más que sea susceptible de mayores incrementos; consiguiendo la minería, sobre todo, prodigioso desarrollo, y creándose importantísimas industrias desconocidas en España, como la de fabricación de azúcar de remolacha, que es de las más productivas.

En último término, las costumbres públicas en nuestra patria en el

siglo XIX, han recorrido todos los caminos, presentándose el español unas veces con alardes de religiosidad ó de indiferentismo, y otras con grande recato ó desenfrenada licencia, viniendo á aparecer en nuestros días de modo especial, no olvidándose, por regla general, el sentimiento religioso, pero siendo más franca y expansiva la manera de ser de la vida social; y rechazando airada, lagran masa sana de nuestra sociedad, todo lo que en las costumbres públicas y privadas ve atentatorio á su sentimiento religioso, su dignidad y su decoro, pero copiando, casi siempre en todo, el modelo francés, que nos hace olvidar, las más de las veces, nuestro modo de ser genuinamente español y cristiano.

LECCIÓN 94.

LAS CIENCIAS, LAS ARTES Y LA ENSEÑANZA, DURANTE LA EDAD CONTEMPORÁNEA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Desarrollo de las Ciencias, las Letras y las Artes, durante la Edad contemporánea de la Historia de España.—Las Ciencias naturales y su desarrollo.—Comisiones del mapa geológico y forestal de España.—Sociedades geográfica de Madrid y de Geografía comercial.—Cultivo de la Botánica entre nosotros.—Ídem de la Geología.—Las matemáticas y su cultivo.—Las Ciencias exactas y las físicas son las menos cultivadas en nuestro país.—Las históricas y filosóficas atraen la atención de todos.—La ingeniería y sus distintas ramas.—Academias de este género.—Su gran desarrollo en el presente siglo.—Ingenieros industriales.—La Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.—Escuela de Diplomática.—Escuelas de Comercio.—Escuelas filosóficas en nuestra patria.—Desarrollo de las Artes en nuestro país, en el presente siglo.—Renacimiento de nuestra pintura.—Exposiciones de Bellas Artes.—Clasicismo, idealismo y eclecticismo.—La pintura realista.—Desarrollo de la escultura.—Escultores célebres en el siglo actual.—La arquitectura.—Novedad en la forma arquitectónica.—Recuerdo de los antiguos estilos.—Monumentos arquitectónicos célebres destruidos en el siglo XIX y restos notables de ellos que se conservan en los Museos.—La música española.—Corriente nacional y clásica.—Música popular.—Imitaciones extranjeras.—Sociedades de conciertos, orfeones y sociedades corales.—La cultura pública en España, en la Edad contemporánea.—Leyes de instrucción pública.—Universidades.—Institutos de segunda enseñanza.—Escuelas especiales.—Escuelas normales.—Escuelas de primera instrucción.—Enseñanzas populares.—Centros de instrucción popular, no costeados por el Estado.=*Crítica.*—Juicio acerca del desarrollo de las Ciencias en nuestra patria, durante la Edad contemporánea.—Crítica acerca de la tendencia de las artes españolas en este siglo.—Juicio acerca del estado actual de la Instrucción pública en España.

Las ciencias, las letras y las artes, durante el siglo XIX, han alcanzado grandes vuelos en nuestra patria pues que, á todas ellas se les ha dado mucho incremento, ya siguiendo trabajos anteriores del pasado siglo, ya fomentando la pública instrucción ó recibiendo y adaptando los adelantos extranjeros, ó protegiendo á literatos y artistas que han sido gloria de nuestra patria en estos tiempos.

Ya desde principio de la Edad contemporánea, comenzaron á prosperar algo las ciencias naturales, tomando nuestros sabios parte con los extranjeros en investigaciones y empresas científicas, sufragadas muchas de ellas por los reyes, que se interesaron por el progreso de dichas ciencias.

Son dignos de citar como prueba de estos adelantos y de la pública protección á las mismas, las publicaciones de la Sociedad Española de Historia Natural, y de las comisiones del mapa geológico y forestal de

España, que con los trabajos oportunísimos del moderno Instituto Geográfico y Estadístico, prueban bien á las claras, como se estudia hoy en España la naturaleza y la tierra bajo todos sus aspectos.

Asimismo las sociedades Geográfica de Madrid, y Española de Geografía Comercial, y otras de análoga naturaleza, señalan también el grande impulso que se le vá dando á estos estudios y los nuevos horizontes verdaderamente científicos porque vá entrando nuestra geografía y nuestro comercio.

En Botánica, á principios de la Edad contemporánea, pueden citarse los trabajos de D. José Ortega, sub-director del jardín Botánico de Madrid, los de Gomez Ortega y los de Ruiz, adelantando bien poco esta ciencia en los tiempos posteriores.

Lo mismo puede decirse de la Geología, salvo alguno que otro trabajo de verdadera importancia, que han honrado á los sabios españoles. Y esto se explica, porque durante este tiempo ha predominado en nuestra patria, más que á nada la afición á los estudios literarios, filosóficos é históricos.

Igual fenómeno se observa con respecto al cultivo de las ciencias matemáticas, de las que se han escrito varios tratados elementales y muy pocos magistrales, pudiéndose citar los nombres, entre otros, de Vallejo, Lista y Odriozola.

Pero las ciencias exactas y las físicas, son las menos cultivadas en nuestro pais, citándose el nombre á principios del siglo, de la obra de Física esperimental de D. Antonio Gutiérrez, y después los de Archilla, Vicuña y otros, siendo raro no se progrese en estos estudios, como en otros, en nuestro tiempo y que la mayor parte de las obras de texto en estas ciencias en las academias civiles y militares, sean extranjeras ó traducidas, á pesar de la brillante enseñanza que se dá en las facultades de ciencias, y en las escuelas de ingenieros civiles y militares.

Y es que las ciencias históricas y filosóficas atraen la atención de todos, atentos más al desarrollo verdaderamente crítico y filosófico de la historia y á la evolución de los sistemas filosóficos, con sus distintas aplicaciones á toda clase de cuestiones sociales, que al desarrollo de las ciencias exactas, físicas y naturales.

Merced á los adelantos modernos, la ingeniería ha ganado muchísimo, siendo un auxiliar muy poderoso para el desarrollo de nuestra vida material en todas sus manifestaciones, y un grande aliciente para que prospere notablemente nuestra nación con las útiles aplicaciones de estos estudios.

Al efecto, existen academias oficiales lo mismo para los ingenieros militares y navales, que para los civiles, subdividiéndose estos últimos en las tres clases, de caminos, canales y puertos, minas y montes, concediendo títulos especiales para el ejercicio de estas profesiones, y disponiéndose por reciente disposición, que los ingenieros militares prévio título especial que se les concede, puedan actuar también como ingenieros civiles.

A todo esto se debe el gran desarrollo que ha adquirido la ingeniería en el presente siglo, multiplicándose las vías de comunicación de todo

género en nuestra patria, explotándose convenientemente dirigida la riqueza minera, y custodiándose y explotándose también los pocos montes que quedan del Estado.

Una rama importantísima de la ingeniería que ha adquirido grande significación en la Edad contemporánea es la aplicada á la industria, existiendo escuelas de ingenieros industriales en Madrid y Barcelona desde 1855 en que se creó la primera como verdadera carrera y profesión científica, y adquiriendo gran importancia también en nuestra patria, los estudios particulares de ingenieros electricistas. También por modernas disposiciones se concede á los oficiales y jefes de artillería que puedan actuar como ingenieros industriales, proveyéndoles del correspondiente título.

Menos desarrollo tendrían todavía los estudios relacionados con las ciencias, exactas, físicas y naturales, á no ser por los incesantes trabajos de la Real Academia de este nombre, que con frecuencia publica concursos y premia los trabajos á ellos presentados, alentando de este modo al estudio, y procurando que vayamos progresivamente adelantando en el completo conocimiento de estas ciencias, y en los múltiples inventos relacionados con las mismas, como ocurre en el extranjero.

En 1856, se creó la escuela de Diplomática en Madrid, con el fin de dar conocimientos en ella de todo lo que se refería á archivos, bibliotecas y museos, expidiéndose allí el título correspondiente, y sirviéndose por los que los obtenían los destinos de archivos, bibliotecas y museos de la nación, que al principio se concedieron libremente ó por concurso, y desde hace tiempo, el ingreso en dicho cuerpo es por oposición, pudiendo tomar parte en ella. no solo los que siguieran su carrera en la Escuela de Diplomática, sino también los licenciados en cualquier facultad, con tal de que tuviesen probadas algunas asignaturas técnicas en la referida Escuela.

Asimismo es creación también del reinado de D. Isabel II. las Escuelas de Comercio, que iniciadas con grandes vuelos á mediados del siglo XIX, fueron decayendo despues, incorporándose sus estudios como de aplicación en los Institutos, y renaciendo más tarde, hace no muchos años, como verdaderas escuelas especiales, y divididas en superiores y elementales, que conceden respectivamente los títulos de profesores y de peritos mercantiles.

Durante la edad contemporánea, estuvo en mucha decadencia el estudio de la Filosofía en la primera mitad del siglo XIX. Decadente el escolasticismo, se manifiesta con las obras del padre Amat y de otros, así como el sensualismo de Condillac, es seguido por los afrancesados y liberales, como lo prueban las obras de Reinoso y de Nuñez en el orden de la moral. Más adelante, Balmes y Donoso Cortés, son en España representantes de la verdadera escuela católico-filosófica, y el primero, con su *criterio* y su *protestantismo comparado con el catolicismo*, y el segundo con su *ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo* y *el socialismo*, forman dicha escuela, que tanto prestigio alcanzó en su tiempo. En la última etapa del siglo que analizamos, la Filosofía se halla muy dividida en varias escuelas, habiendo tenido muchos adeptos

el Krausismo importado de Alemania por Sans del Río, para dar lugar al grosero positivismo, seguido por filósofos no católicos. Los ordodoxos están digna y numerosamente representados por los escolásticos que con afán estudian las obras inmortales del sábio arzobispo Fray Ceferino González, gloria inmarcesible de la España contemporánea. La Teología ha seguido los pasos de la Filosofía, no teniendo en este siglo período tan brillante como en los anteriores.

En el siglo XIX las artes han tomado grandes vuelos, especialmente desde su mitad en adelante, pues que á principio del siglo bien poco se hizo en pró de su desarrollo, viniendo después un gran período de esplendor que hace de nuestro tiempo uno de los más importantes en la vida artística de España.

Antes de 1850, no se había iniciado y desarrollado el novísimo renacimiento de nuestra pintura, pues que en el primer período de esta centuria, solo pueden citarse los retratos de D. Vicente López y las rapsodias del falso clasicismo de David, para entrar después en el período de su grande esplendor.

Este gran adelanto de la pintura española, se debe más que nada, á la multitud de exposiciones de dentro y fuera de España, á que con grande afán concurrían á ellas los pintores, formándose de este modo notables artistas, premiados con justicia en aquéllos certámenes de dentro y fuera de España.

Y se forman las escuelas del clacisismo, idealismo y eclecticismo, viviendo muy poco la primera, pues que bién pronto se rompen los lazos dèl clasicismo académico, entrando resueltamente en la senda romántica, que no tuvo grandes vuelos, y que produjo la escuela catalana y la sevillana, según imitaran á los italianos ó á nuestras antiguas escuelas, marcándose así la verdaderamente idealista, enamorada de nuestros antiguos maestros, y viniendo por último el eclecticismo, en que descollaron Madrazo y Rivera.

Luego aparece la pintura verdaderamente realista, y se completa el cuadro del gran florecimiento de este arte en la última parte del siglo XIX, con los nombres gloriosos, entre otros, de Rosales, Fortuny y Casado del Alisal.

El desarrollo de la escultura, es más tardío que el de la pintura en la edad que examinamos, siguiendo también el mismo camino que aquélla, y fué precisa la reacción artística de fines de siglo, para que la escultura, como representación plástica de la belleza, ofreciese obras notables en nuestra patria.

Entre los escultores célebres del siglo XIX, pueden citarse al principio, á Alvarez, á Canova y á Solá, como representantes del clasicismo escultórico y de las escuelas intermedias, realizándose á fines de este siglo el verdadero renacimiento de la escultura, y del que son digna representación los nombres de Benlliure, Suñol, Gandarias y otros.

La arquitectura no comenzó á tener importancia hasta mucho después de mediar la Edad contemporánea, ofreciéndose el triste ejemplo de construir edificios vulgares, prosáicos y sin carácter propio, prescindiendo, casi siempre al principio la arquitectura del importantísimo

auxilio de la pintura y viviendo en un período de transición y de duda, sin verdaderas decisiones artísticas.

Lo único de notable que se encuentra en la arquitectura contemporánea, es la novedad en la forma, predominando en general la sencillez en las construcciones arquitectónicas, que es la tendencia indudablemente señalada por los maestros en la escuela de arquitectura.

Sin embargo, se ha procurado imitar algo los antiguos estilos, recordándose el ojival en los edificios religiosos, y el árabe y algunos otros, en los profanos, siendo notables multitud de éstos construídos en los últimos 20 años, especialmente en Madrid, Barcelona y otras grandes poblaciones.

Por cada edificio moderno que se edificaba, destruía la piqueta revolucionaria una docena de ellos, siendo innumerables los monumentos arquitectónicos célebres destruídos en el siglo XIX, de los que, se conservan multitud de restos notables en los museos arqueológicos de Madrid y provincias. Por fortuna, el grosero afán de destruir pasó felizmente ya de moda, y desde la restauración borbónica en adelante especialmente se restauran y se conservan con grande celo los que nos quedan, cuidando de ello con exquisito afán, las comisiones de monumentos.

La música española continuó mucho tiempo al principio de la Edad contemporánea en grande abatimiento, creándose más tarde para reanimarla, el Conservatorio de María Cristina, que al principio no dió los resultados apetecidos.

Este divino arte, tan sentido por el pueblo español, sigue dos corrientes enteramente distintas; el de la puramente nacional, con sus inspiraciones propias y puramente españolas, y el de la clásica, inspirada especialmente en la italiana, que con avasalladora fuerza ha dominado no sólo en nuestra escena, sino en nuestros templos.

La corriente eminentemente nacional se ha inspirado siempre en nuestras dulces y sentidas melodías populares, manifestándose en canciones inimitables, que tienen un tinte particular y un sentimiento propiamente español.

En los últimos años, ilustres maestros de España imitan á los grandes autores italianos y alemanes, desarrollándose notablemente la afición musical en composiciones sueltas de altos vuelos, y en zarzuelas del género serio, con carácter puramente nacional, iniciándose muy recientemente la verdadera creación de la ópera española.

Ayuda mucho al renacimiento del arte musical en estos tiempos, la creación de las sociedades de conciertos, orfeones y sociedades corales que á ejemplo de Alemania y de Francia se iniciaron primeramente en Cataluña y después en Madrid, dando las primeras alhagüeños espectáculos que prueban el adelanto de este arte en nuestra patria y las segundas compuestas por regla general de gente trabajadora, logran ilustrarla y muestran un hermoso ejemplo, de cómo todas las clases sociales en España, sienten de corazón el arte musical.

La cultura pública se ha desarrollado con gran rapidez en la Edad contemporánea, merced á las sucesivas reformas en la enseñanza que

sacaran á ésta del lamentable estado en que se encontraba á principios del siglo, organizándose la instrucción en todos los ramos del saber humano.

Ya en 1824, se publicó un plan general de instrucción pública, dividiéndose la enseñanza en sus distintos grados, creándose escuelas especiales, y haciéndose el nombramiento de una Dirección general del ramo. Pero la obra importante realizada en esta Edad á propósito para desarrollar ordenadamente la cultura pública en España, se realizó en el reinado de D.ª Isabel II, con el plan de estudios de 1845 de D. Pedro José Pidal, y la Ley de Instrucción pública de 1857 debida al celo y trabajos de D. Claudio Moyano, cuya ley, á pesar de las múltiples reformas que ha sufrido, aún no está derogada y con modificaciones parciales se sigue observando, á pesar de que desde los principios del reinado de D. Alfonso XII se está intentando la formación de una nueva ley.

A su amparo, y desaparecidas la multitud de Universidades que existieron en España á principios de este siglo, se organizaron convenientemente las diez que hoy existen, donde se establecieron las facultades de Filosofía, Derecho, Teología, Medicina y Farmacia, dividiéndose después la de Filosofía, en las de Filosofía y Letras y Ciencias, con sus tres secciones, dándose completas todas hasta el período del Doctorado en Madrid, y todas ó algunas de ellas hasta la Licenciatura, en provincias, y suprimiéndose la Facultad de Teología en 1868 de las Universidades, cuya enseñanza quedó á cargo de los Seminarios Conciliares.

Al mismo tiempo se crearon los Institutos de 2.ª enseñanza en todas las capitales de provincia, á los que se añadieron luego algunos locales sostenidos por los municipios, como aquéllos lo eran por las Diputaciones provinciales, encargándose hace poco el estado del pago de sus atenciones, y donde se ha venido dando con multitud de modificaciones en sus planes de estudio la enseñanza intermedia entre la primaria y la facultativa, en la que no se puede ingresar sin la presentación del título de Bachiller en Artes, que es el término de los estudios de la 2.ª enseñanza.

También se han venido creando escuelas especiales de todo género, que de muchas de ellas ya nos hemos ocupado, siendo de las últimas las de artes y oficios, que con otras análogas hay tendencia muy acentuada á generalizarlas en el afán de matar la constante aspiración de todos á obtener títulos facultativos, y con el fin de que se generalicen otra clase de estudios que puedan inclinar á la juventud al cultivo de las artes é industrias.

Las Escuelas Normales son también creación de la Edad contemporánea para que de ellas saliera el personal profesional que había de ilustrar á la juventud de ambos sexos en la educación primaria. Estos centros de enseñanza han sufrido muchas modificaciones desde su creación y desde una enseñanza muy poco extensa con que comenzaron, han alcanzado hoy un grande desarrollo, exigiéndose gran número de conocimientos en dichas escuelas, que á más de las Centrales que residen en Madrid y que conceden títulos de maestros y maestras nor-

males, existen también Superiores y Elementales de varones y de hembras en las capitales de provincia. Asimismo existió á mediados del siglo la Escuela Normal de Filosofía para crear profesorado de Universidades é Institutos, que desapareció al crearse las Facultades de Letras y de Ciencias.

La instrucción primaria ha sido objeto de atención preferente también en esta Edad, sacándosele del rudimentario estado en que antes se encontraba, dividiéndola en Superior, Elemental y de Párvulos, para ambos sexos, y aceptándose para la enseñanza cada vez más el método cíclico y el objetivo, y así como para los párvulos el de Froebel, con sus jardines de la infancia, aunque por desgracia, todos estos adelantos aplicables á la educación primaria en todos sus grados, no se han generalizado mucho en la nación. Los cargos de maestros y maestras oficiales, se obtienen por oposición directa, ó según reciente disposición, por reválida especial que sustituye á aquélla, y que dá opción prévia formación de listas de aprobadas en dicha reválida, para obtener las plazas vacantes, corriendo el pago de las mismas á cargo de los Ayuntamientos, y siendo el ideal de todos los gobiernos que se satisfagan estas atenciones por cuenta del Estado. También hay en algunas poblaciones, sostenidas por los Municipios escuelas nocturnas de adultos, así como multitud de colegios privados para la enseñanza primaria, en las que también ejerce el Estado su tutela.

A más de estas enseñanzas, existen otras en España, que reciben el nombre de populares, y que como su nombre lo indica, tienen por fin generalizar toda clase de conocimientos, especialmente en las clases menos acomodadas, cuya enseñanza la reciben gratuitamente, así como es gratuita también la primaria oficial.

Existen multitud de centros de instrucción popular, no costeados por el Estado, donde se dan variada clase de estudios, y de que son ejemplo los Círculos Católicos de Obreros, las asociaciones apellidadas Fomentos de las Artes, las Sociedades escursionistas, los estudios creados por varias Sociedades Económicas del reino y otros. Entre ellos, merecen especial mención, por lo particular de su enseñanza y la forma en que están instituídas, las escuelas Manjón para la enseñanza primaria y para artes y oficios, que con el hermoso título del Ave María ha creado, dirige y sostiene el virtuoso sacerdote y celoso profesor de la Universidad de Granada, D. Andrés Manjón y Manjón.

Crítica.—El desarrollo de las ciencias en nuestra patria durante la Edad contemporánea, merece un juicio especial, pues si bien es cierto que no todas ellas han prosperado al nivel de otras naciones, también lo es que se ha hecho cuanto se ha podido para engrandecerlas, y que en la última parte de esta centuria se han redoblado nuestros esfuerzos, hasta el punto de que hoy pueden presentarse de una manera decorosa en el concierto científico de las naciones.

Las artes españolas en el siglo XIX se han desarrollado de modo prodigioso, especialmente desde 1850 en adelante, con tendencia en unas á la imitación de los antiguos estilos y con corriente en otras á las reformas venidas del extranjero, pero siempre con el noble afán de que

nuestra patria pudiera competir en el cultivo artístico con los demás pueblos de Europa.

Por último, la instrucción pública en España ha adelantado muchísimo durante la Edad contemporánea, sacándola del estado en que se encontraba, popularizando toda clase de enseñanzas, creando muchos centros de educación y de estudio y reformando la enseñanza superior, secundaria, especial y profesional, de modo tal, que hoy puede nuestra nación presentarse dignamente en materia de enseñanza ante el mundo civilizado, si bien todavía le resta mucho que hacer para alcanzar al progresivo adelanto de otras naciones.

LECCIÓN 95.

LA LITERATURA ESPAÑOLA, EN EL SIGLO XIX.

La Literatura española en el siglo XIX.—Se continúa el renacimiento literario del siglo anterior.—Estado de la Literatura durante el reinado de Fernando VII.—Escuelas literarias que se forman en España.—Escuela romántica al comenzar el reinado de D.ª Isabel II.—Otras escuelas.—La escuela idealista y la naturalista en nuestros días.—Florecimiento literario en nuestro siglo.—Causas que lo prepararon.—El movimiento intelectual á mediados del siglo.—Los periodistas literarios.—El entusiasmo literario de Madrid, se difunde por las provincias.—Los periódicos.—Las costumbres literarias.—El apoyo de los partidos.—La protección de la aristocracia á las letras patrias.—Escritores de poesía lírica.—Idem de poesía épica.—Idem de poesía dramática.—Prosa histórica.—Novela.—Prosa didáctica.—Escritores de costumbres.—Escritores satíricos y epigramáticos.—Críticos notables.—Moralistas.—Escritores políticos.—Conferencias públicas.—El periodismo y su extraordinario desarrollo.=*Crítica*—Juicio acerca del desarrollo literario de España en el presente siglo.—Las escuelas literarias y crítica de las mismas.—Las costumbres públicas y su influencia en el cultivo literario.—Los centros de cultura favorecen el desarrollo de las letras españolas en el siglo XIX.—Crítica imparcial acerca del desarrollo creciente de la literatura española en la actualidad

La literatura española en la edad contemporánea, alcanza grandes vuelos, comenzando el verdadero prestigio literario de nuestra patria casi desde principio del siglo, pues que desde entonces comenzó á protegerse el cultivo de las «Bellas Letras», preparándose así el extraordinario desarrollo que éstas alcanzan, y la transformación que en ellas había de obrarse, desde mediados del siglo en adelante.

Verdaderamente continúa en este siglo el renacimiento literario del anterior, con nuevas tendencias y con nuevas formas, merced á la introducción de elementos extraños, como los que aportó la escuela clásico-francesa, que dominó en absoluto en un principio, para dar lugar más tarde á la introducción de la poesía romántica, y luego al desarrollo general y amplísimo de todos los géneros literarios, y á la adopción de la escuela idealista primero, combatida después por la realista y naturalista, haciendo del siglo actual otro siglo de oro de la literatura patria.

Falsamente se dice por algunos escritores, que estaban muy decadentes las letras españolas durante el reinado de Fernando VII, cuando es lo cierto que en todos los períodos de su vida, descollaron autores eminentes, que fueron gloria de nuestra patria, como lo prueban los nombres de D. Manuel José Quintana, D. Juan Nicasio Gallego, don Juan Bautista Arraza y otros, que como poetas líricos y prosistas, alcanzaron merecido renombre.

Durante este reinado, aparecen varias escuelas literarias, pertene-

ciendo á la salmantina los dos primeros poetas antes mencionados, que con otros, dieron grande fama al grupo literario que representaba dicha escuela. Asímismo se formó la escuela sevillana, que seguían los modelos del divino Herrera, con poesía algo artificiosa, siendo los principales representantes de ésta, D. Alberto Lista, Arjona, Reinoso y el Abate Marchena. Al mismo tiempo aparece la escuela granadina, que entre otros, está representada por D. Francisco Javier de Burgos y por Martínez de la Rosa. En estas escuelas se cultivaron casi todos los géneros literarios, preparando así el gran florecimiento de las letras españolas en nuestro siglo.

Al comenzar el reinado de D.ª Isabel II, la literatura experimenta una transformación profundísima, y sin desaparecer en absoluto la escuela clásico-francesa, que hasta entonces había dominado entre nosotros, aparece la escuela romántica, donde se comprendían todos los movimientos de la independencia literaria, lo mismo encarnados en la historia y la tradición de España, que en los elementos y tendencias de la moderna literatura europea.

Aunque la escuela romántica fué recibida con simpatía y casi con impresión de grito nacional, y que siguen muchos de los escritores antes mencionados, sin embargo, en todos los géneros van después creándose otras, que más tarde habían de hacer olvidar los destellos de esta escuela literaria, dando lugar á dirigirse los literatos por otros caminos, conforme iban variando las condiciones políticas del país, y las aficiones de nuestro pueblo.

Y así llegamos al último tercio del siglo XIX, en que, la escuela idealista ha sustituído á las antiguas, levantándose bién pronto en contra de esta, el realismo ó el naturalismo, torpemente amparado en el arte que se nutre en la misma naturaleza humana, y que solo alcanzó favor en determinadas clases sociales, pues que la generalidad siguió apadrinando á los escritores encastados en los principios que caracterizaban las otras escuelas, ó siguieron la verdaderamente filosófica, característica de nuestros modernos tiempos.

Pero es lo cierto, que en este siglo se ha realizado un singular florecimiento literario, ya por influencias extrañas, ya por propios entusiasmos, aunque estando siempre divididos los escritores en dos bandos principales, según siguieran la tradición española, ó las novedades literarias venidas de otras naciones.

Muchas son las causas que prepararon este florecimiento, siendo las dos principales, la protección concedida á las letras en los últimos años de Fernando VII, y la propia vida interior espiritual de España, que simpatizaba con todo lo que venía á representar adelanto y desarrollo en la cultura patria.

De ahí que á mediados del siglo, se verifica un grande movimiento intelectual, cultivándose todos los géneros literarios, dándose importancia á la crítica y ofreciéndose en este período, nombres tan importantes como los de D. Antonio Gil de Zárate, el duque de Rivas, don Mariano José de Larra y otros.

Fué un principal aliciente para el desarrollo de nuestra cultura lite-

raria desde mediados del siglo, el crecimiento del periodismo ilustrado y los trabajos de los periodistas literarios, que en forma de artículos de este género, de crítica y de costumbres, marcaban un nuevo derrotero á la vida literaria, y favorecían de modo admirable, el desarrollo de la misma. Mesonero Romanos y Estévanez Calderón, ocultos bajo los pseudónimos de «El Curioso Parlante» y «El Solitario», con sus *escenas matritenses y las escenas andaluzas*, son los verdaderos representantes de este movimiento intelectual, y de la gran importancia que entonces tuvieron los que escribieron en dichos periódicos.

El entusiasmo literario de Madrid se difunde por las provincias, y la fiebre de poesía romántica se extiende por todas partes, obrándose una gran revolución literaria en toda la nación, aunque el centro de la vida literaria estaba en la Corte, y á ella acudían ganosos de gloria, cuantos se creian inspirados y sentían ambición de que su nombre figurara entre los escritores notables de aquel tiempo.

Todas las obras literarias que en grande número se escribieron desde mediados del siglo XIX en adelante, se divulgaban más que en los libros, en los periódicos literarios, que ya desde 1831, se iniciaron con las «Cartas españolas», y que fueron continuados con el semanario pintoresco español «La Revista de España», «La Abeja» y otros, que pregonaban por doquiera las obras de aquellos literatos, que tanto debieron en dicha época, á las repetidas publicaciones.

Asímismo favoreció el creciente número de poetas y prosistas que florecieron en la citada época, las costumbres literarias que ya desde los últimos años del reinado de Fernando VII, empezaron á manifestarse, con la fundación de un club ó círculo de poetas y literatos, que estrechaban las relaciones entre unos y otros, leyendo sus trabajos, y que instalado en el pequeño café del «Príncipe», recibió el nombre de «Parnasillo», pasando por allí todos los que descollaron en la política, en las letras, en el foro, en la tribuna y en las artes. Allí se ideó la creación de un Ateneo y de un Liceo, inaugurado el primero en 1835, bajo la presidencia del duque de Rivas, y en 1837, el Liceo, que tuvo sus mejores esplendores al año siguiente, siendo ambos centros literarios, especialmente el Ateneo, el más decidido apoyo de los escritores españoles de este siglo.

Al mismo tiempo, todos los partidos políticos favorecieron directamente el cultivo literario en nuestra patria, amparándose á todos los escritores, y fundándose muchos centros de instrucción lo mismo por iniciativa de los reyes, que por la de los jefes de las agrupaciones políticas.

De igual modo, la aristocracia prestó grande apoyo á las letras patrias, ya dando y fomentando las reuniones literarias, ya también siendo poetas y escritores muchos de ellos, como lo prueban los nombres de los duques de Rivas, de Frías y de Ahumada, el marqués de Villahermosa, el conde de Campoalenge y otros.

Analizando ahora los escritores por los distintos géneros literarios que cultivaron, veremos en la Edad contemporánea como, poetas ante todo, representantes de la poesía lírica en España, además de los ya

mencionados á principios del siglo, á Espronceda, Zorrilla, Arolas y otros, sin contar los muchos que hoy existen y que dan días de gloria á esta poesía en nuestra patria.

La poesía épica aparece muy decaida en los comienzos de este siglo, desarrollándose algo después en los géneros épicos menores con el duque de Rivas y otros, y sin que haya llegado ni aún en nuestros tiempos á alcanzar grandes vuelos en la Edad contemporánea.

La poesía dramática empieza á renacer en esta Edad, tomando grande incremento desde 1830 en adelante, como lo prueban los nombres de Bretón de los Herreros, el duque de Rivas, García Gutiérrez y otros, dignamente secundados por los notables dramáticos de nuestros días, en que no sólo se cultiva con éxito el drama propiamente dicho y la comedia, sino también el drama lírico y la zarzuela.

Viniendo á la prosa, veremos en primer término la histórica, que dignamente la representa el conde de Toreno, en el primer período, teniendo después poco desarrollo á mediados del siglo, para adquirir luego grande importancia con los trabajos de D. Modesto Lafuente, Gebhardt, y los de la Real Academia de la Historia.

La novela se desarrolla muy poco al principio de esta Edad, tomando después distantas tendencias con las obras de Larra, «La Abellaneda» y otros, cultivando Martínez de la Rosa la novela histórica, renaciendo de modo nacional este género poético con los trabajos de verdadera novela filosófica é histórica que se están publicando en nuestros días.

La prosa didáctica bajo las manifestaciones del cultivo de todas las ciencias, ya hemos visto bajo la forma que se presentaba en nuestra patria al estudiar el desarrollo de las ciencias naturales, exactas y filosóficas en España. A mediados del siglo toma un carácter particular bajo el carácter de estudios críticos, históricos y arqueológicos, como lo prueban los nombres de Piferrer, Milá-Fontanals y otros, cuya dirección mezclada con obras propiamente didácticas, lleva en la actualidad.

Los escritos de costumbres aparecen á mediados del siglo, y como hemos visto, son sus verdaderos representantes Larra, Estévanez, Calderón y Mesonero Romanos.

La sátira y el epígrama se han desarrollado también, siendo los verdaderos representantes del uno y del otro, D. Mariano José de Larra y D. Juan Martínez Villergas.

La crítica literaria se ha cultivado también y con grande empeño, especialmente en nuestro días, en que se representa por dos escuelas enteramente distintas, según sea reposada, tranquila y verdaderamente filosófica, ó mordaz, virulenta y despiadada para con los autores.

Entre los moralistas que durante el siglo XIX dedicaron sus afanes á escribir obras de este género con grande sabor filosófico, pueden citarse las de D. Nicomedes Pastor Díaz, Balmes y Donoso Cortés.

También descuellan como escritores políticos, entre muchos otros, D. Joaquín Francisco Pacheco, el conde de Toreno, y D. Antonio Cánovas del Castillo.

Uno de los elementos que más han favorecido el desarrollo de la pública cultura en los últimos tiempos de la Edad contemporánea, es la

celebración de conferencias públicas sobre todos los ramos del humano saber, cuyo pensamiento, generalizado por toda España, ha sido un grande aliciente para el estudio, y para que á su sombra se publicaran trabajos particulares que han sido de gran valer para el sucesivo desarrollo de las letras patrias.

Por último, el extraordinario incremento que en nuestros días ha alcanzado el periodismo en España, ha ayudado al crecimiento de nuestra literatura, por la publicidad dada á todas las obras, la generalización de la crítica más ó menos apasionada, y la profusión de artículos literarios que se publican en la multitud de revistas y semanarios ilustrados que hoy existen, si bien ha dado origen á que se escriba mucho á la ligera, y sin todas las condiciones de pulcritud y detalle que para toda clase de obra literaria señalan los preceptistas.

Crítica.—El desarrollo literario de España en el siglo XIX, merece un alto concepto, pues que desde el principio se ha ido caminando á engrandecer nuestra literatura, llegándose á cultivar todos los géneros literarios, y creándose subgéneros especiales en prosa y poesía, que tienen ya la pública sanción en cuanto á su nombre y su concepto literario.

Las escuelas literarias formadas en nuestra patria en esta Edad, tiene cada una un sello particular y distintivo con relación á la época en que tuvieron su aparición y desarrollo. Por eso á la del neo-clasicismo francés, que es puramente imitativa, sucede la romántica, encarnada en las condiciones propias de nuestro pueblo, y á ésta la idealista y naturalista que hermanaban más con las aspiraciones españolas al fin del siglo, aunque nunca se olvidó el genio característico nacional, y hoy va habiendo gran reacción, favoreciendo todo aquello que literariamente trate de conservar nuestras patrias tradiciones.

Las costumbres públicas muy variadas en la Edad contemporánea, han sido factor principalísimo para influir de modo decidido en el cultivo literario, toda vez que al sistema de aislamiento en que vivíamos á principios del siglo, sustituyó una vida más exterior y de amplia comunicación, lo que unido á las reuniones literarias, á la protección de todos á los trabajos de literatos, y á la extraordinaria publicidad de nuestros días, ha hecho que la literatura llegue en ellos á su apogeo, y que nuestro siglo sea uno de los más gloriosos en el cultivo literario de España.

Si á esto se añade la multitud de centros de cultura creados en el siglo XIX, no se extrañará los grandes adelantos literarios del mismo, pues que adelantando rápidamente la pública instrucción y la general cultura, se despertaba más y más el reciente afán de producir obras literarias en nuestra patria.

Sin apasionamiento alguno puede juzgarse de modo muy favorable el creciente desarrollo de la Literatura Española en la actualidad, y especialmente en lo que se refiere á estudios sociológicos, históricos y filosóficos por que estos trabajos encarnados en buena idea, patriótica y moral, pueden perfectamente dirigir á nuestra nación por caminos que conduzcan á nuestro necesario engrandecimiento, lo que puede esperarse de un pueblo ilustrado y culto, ya que hoy la ilustración domina en absoluto en todas las naciones civilizadas.

LECCIÓN 96.

EL DERECHO CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA

El Derecho constitucional de España en el siglo actual.—No hay antecedentes de este Dereeho en España antes de la Edad contemporánea.—Constitución de Bayona de 1808 como precedente de todas las constituciones españolas.—Formación de esta Constitución.—Su carácter.—Su no observancia como Constitución española.—Españoles que concurrieron á su formación.—Este código despertó la idea de formar una Constitución eminentemente española.—Constitución de 1812.—Su formación.—Su carácter.—Preámbulo de la misma.—Su parte dogmática.—Su parte orgánica.—Nuevos principios que se introducen en ella.—Importancia de esta Constitución.—Su falta de método.—Observancia de esta Constitución El Estatuto real.—Su formación.—Su carácter.—Sus modificaciones, especialmente respecto á las Cortes.—Observancia del Estatuto real.—Constitución de 1837.—Su formación.—Su carácter.—Aparece como revisión y enmienda de la de 1812.—Su parte dogmática.—Su parte orgánica.—Constitución de 1845.—Formación de esta Constitución.—Su carácter.—Principio notable de la misma.—Parte dogmática.—La unidad católica.—Parte orgánica.—Las Cortes.—El Poder judicial.—Reformas de esta Constitución.—Constitución nonnata.—Acta adicional.—Reforma de 1857.—Su derogación en 1864.—Constitución de 1869.—Su formación.—Su carácter.—Idea democrática que la informa.—Parte dogmática.—Parte orgánica.—Reformas de la misma.—Proyecto de carta republicano-federativa.—Caracteres de este proyecto.—Ni se discutió, ni se sancionó.—Constitución actual de 1876.—Su formación.—Su carácter.—Elementos que la informan.—Pretensiones de modificación.=*Crítica.*—Juicio acerca de la implantación del Derecho constitucional en nuestra patria.—Crítica acerca de los principios que informan, y transcendentales reformas que llevó á cabo, la Constitución de 1812.—Idem sobre las posteriores hasta la de 1869.—Radicales reformas de esta Constitución.—Crítica imparcial sobre la Constitución actual.

El derecho constitucional, aparece en España en el siglo actual, como una encarnación de las ideas revolucionarias que en política y en gobierno, se importaron de Francia, y que nuestro pueblo aceptó, precisamente en los momentos en que la nación estaba invadida por el extranjero á quien tanto odiábamos, á causa de las violencias y excesos que cometió entre nosotros.

Por mucho que se trate de investigar en los antiguos tiempos, no podrá hallarse antes de la edad contemporánea, código alguno ni colección completa, donde de una manera especial y ordenada, se compendiara todo el derecho político positivo constitucional de España.

Después de la revolución francesa y de que erigido más tarde Napoleón emperador de Francia, invade nuestro territorio y arrebata la corona al rey legítimo, para colocar en este trono á su hermano José, queriendo infiltrar los principios políticos de su gobierno en nuestro

territorio, convoca Cortes en Bayona, y en 7 de Julio de 1808, se firma la primera constitución dada para nuestro pueblo, y que aunque rechazada por todos, fué sin embargo el tronco y raíz de todas las de España.

Formóse esta constitución por los individuos que componían la junta española, durando su discusión doce días, y siendo producto el proyecto de la misma, de personas ajenas á nuestra nación.

El carácter de este código político, es el de una carta constitucional, donde aparentemente se conservaban algo de las tradiciones españolas, pero procurando infiltrar los principios políticos y revolucionarios venidos de Francia, reconociéndose Senado y Cortes, con formas especiales para su nombramiento, y consignándose en la misma la estrecha alianza que había de existir entre Francia y España.

Esta constitución, nunca fué observada como nacional, y la rechazó el pueblo, como ley impuesta y hecha también en territorio extranjero, sin libertad alguna para su discusión, y con principios que pugnaban con nuestra tradiciones políticas y de gobierno.

Noventa y tres españoles constituyeron la Junta de Bayona y autorizaron con su firma esta Constitución, siendo todos afrancesados y entusiastas de las nuevas ideas, que con la invasión de este pueblo, se predicaban en el nuestro, y que aún teniendo en contra á la mayoría del país, bien pronto habían de tener eco en él, y por una exigua minoría, se habían de imponer en nuestra nación.

Este código de Bayona, que no logró adquirir nunca carta de naturaleza entre nosotros, despertó la noble ira de varios españoles, y en defensa de sus tradiciones y del legítimo derecho de sus reyes, y queriendo vengar la opresora dominación en que vivían, retiráronse poseídos de santa indignación á la Isla de León, junto á Cádiz, y celebraron Cortes, de las que había de salir una constitución eminentemente española.

Al efecto, después de muchas discusiones, y de luchar con encarnizado empeño los grupos de las Cortes, reformista y antirreformista, formaron el código de Cádiz, que lleva por fecha de su aprobación, el 18 de Marzo de 1812.

La formación de este Código, probó desde el principio las contrarias tendencias de los congregados en la Isla de León, y la violenta imposición de unos jóvenes diputados, encentados en las ideas revolucionarias de Francia, que á todo trance querían romper con nuestras tradiciones, é introducir novedades para la gobernación del reino.

El carácter de la misma, es el de un código político á la francesa, aunque se procuró en cuanto se pudo, no romper en absoluto con los recuerdos y tradiciones esenciales del pueblo español.

En efecto, desde el preámbulo de dicha constitución, que sanciona con la unidad católica y con la monarquía, la fe religiosa y la tradición monárquica de España, y presenta la necesidad de dar una constitución á nuestro pueblo, desde allí se marca la manera especial de la redacción de este código.

La parte dogmática del mismo, sanciona de un modo evidente los

derechos de nacionalidad, libertad civil y propiedad individual, se reconoce la soberanía nacional, se consignan de manera precisa los derechos de los españoles, y se establece como única religión de España la Católica Apostólica Romana, fijándose también las garantías constitucionales, y aboliéndose el tormento y la antigua pena de confiscación de bienes, obrándose con esto gran reforma en nuestro derecho, pues que las penas tendrían desde entonces carácter individual y personal.

Si en la parte dogmática de esta constitución se trazan nuevos horizontes desconocidos hasta entonces, en la parte orgánica se determinan los poderes del Estado, con grande extensión para aquella época, figurando al lado de los principios fundamentales, muchos que eran propios de las leyes orgánicas, cuya legislación especial se desconocía por completo en aquellos tiempos.

Al analizar los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, se introducen nuevos principios, reconociendo una sola cámara elegida por el voto indirecto de tres grados (la parroquia, el partido y la provincia), y con comisión permanente de estas Cortes, que siempre había de estar funcionando; el Poder Ejecutivo se presenta embarazado en sus atribuciones por las mismas Cortes, y en cuanto al Judicial, se decreta la unidad de fueros (menos el militar y el eclesiástico), y se sanciona la inviolabilidad de jueces y magistrados.

Esta primera constitución genuinamente española, tiene una grande importancia en nuestras costumbres políticas, pues qué, con los principios que la informan, echó los cimientos de todas las posteriores libertades, y mató el absolutismo por entonces.

Imitación de la francesa de 1791, pero apropiada á nuestra nación y á las circunstancias, tiene el gran defecto de carecer de un verdadero método científico, y ofrecer aparentemente oposición entre el criterio democrático que la informa, y la base monárquica hereditaria de la misma.

La constitución de 1812 vivió hasta 1814, volviendo después el período absolutista hasta 1820, en que nuevamente se proclama esta Constitución, para caer más tarde en desuso, si bien en alguna ocasión, se pretendió su restablecimiento.

Muerto el rey Fernando VII y ocupando el trono de España su hija D.ª Isabel II en 1833, los absolutistas provocan la guerra civil, que dividiendo las familias y separando los ánimos, trazó de entonces y para siempre en España la línea divisoria entre las escuelas reaccionarias y liberales. Y en 1834, la reina gobernadora D.ª María Cristina, se vió obligada á hacer que se redactase el llamado «Estatuto Real», como medio de satisfacer las tendencias de sus partidarios, que querían resucitar las antiguas Cortes de los reinos de España.

A esto se debió su formación y á la creencia de que así atajarían los proyectos de los partidarios de D. Carlos, que ambicionaban el poder, teniendo como principales lemas de su bandera política, la pureza de la religión y la integridad de la fe monárquica.

El carácter de este Estatuto, era el de un código que representara

algo de las antiguas Cortes de España, estableciendo principios que pugnaban con los consignados en la constitución anterior y que no satisfacieron tampoco á los defensores de los antiguos ideales políticos de nuestra nación.

Las modificaciones del Estatuto fueron especialmente dirigidas con respecto á las Cortes, dividiéndolas en dos Estamentos, el de Próceres y el de Procuradores, siendo el primero compuesto de altas dignidades de todo género, con renta de tres mil duros anuales, y otros por derecho propio hereditario y renta de diez mil duros ánuos, así como el Estamento de Procuradores fijaba también la renta de doce mil reales al año, y tener cumplidos treinta años para ser elegido.

Este Estatuto no realizó el fin que se propusieron sus autores y bien poco tiempo estuvo en observancia, pues que la guerra civil continuó, sucediendo después la insurrección de la Granja, pretendiendo se proclamase por tercera vez el código de Cádiz, cuya revisión se intentó y dió lugar á la formación por las Cortes, de una nueva constitucion.

Esta fué la de 1837, que en circunstancias especiales vino á hacerse, ante el afán de que rigiese la de 1812, pero con algunas modificaciones.

Por eso se forma desde luego, afirmándose en el preámbulo, que era producto de la voluntad y soberanía de la nación, y que en nada se variaban los principios esenciales de la que le había servido de modelo.

El verdadero carácter de este código político, era el establecer una especie de transacción entre los partidarios de los sistemas absolutistas y liberales, lo que realmente no se logró, pues queriendo contentar á ambos, se les disgustó separadamente.

Aparece este código político, como revisión y enmienda del de 1812, afirmándose que no se modificaban en nada los fundamentos de aquél, cuando lo que se hizo fué, disfrazando el plan, dar entrada en esta constitución á los principios nada liberales del Estatuto.

Su parte dogmática, con la declaración de quienes son los españoles y sus derechos políticos, supresión de la censura para la imprenta, creación del jurado para dichos delitos, igualdad de fueros y de deberes en el ciudadano, así como las garantías de la persona y del domicilio, y la indicación religiosa en favor del catolicismo sin adjetivo alguno que le distinga, son rasgos que demuestran la vacilación del legislador, y el deseo de armonizar encontrados intereses.

Lo mismo ocurre en la parte orgánica. La potestad legislativa reside en las Cortes con el rey; la especial manera de constituir el Senado, dando entrada á unos por medio de elección de lista formada por los diputados á Cortes, y la directa elección de estos diputados por dos años, son puntos que manifiestan el espíritu de transacción que preside en este código.

Esta constitución vivió sin esfuerzo alguno, lo mismo después de verificado el convenio de Vergara, que en la regencia de Espartero. Pero declarada mayor de edad D.ª Isabel II, sus consejeros responsables sienten la necesidad de reformarla, y entonces se hace la de 1845.

Se forma este código político, pretendiendo armonizar y poner consonancia las necesidades de la época moderna con los fueros

y libertades de los antiguos reinos de España, demostrando así cuán infructuosos al parecer, habían sido los ensayos anteriores.

Se le quiere dar como carácter diferencial el ser una modificación de la de 1837, según se afirma en su preámbulo, cuando su verdadero carácter era ser la encarnación absoluta de los ideales políticos del partido moderado, que no se avenía á gobernar con los principios liberales de las constituciones anteriores.

El principio notable de la misma es aparecer autorizada á nombre de la voluntad Real y de las Cortes, omitiéndose en absoluto el principio de la soberanía nacional. De este modo, no se rompe en absoluto con la idea popular, ya encarnada en nuestra nación, y se satisfacen las aspiraciones de los gobernantes.

En su parte dogmática, al determinar quiénes pueden ser españoles, nótase casi completa paridad con la constitución de 1837, ocurriendo lo mismo en cuanto á la fijación de los derechos y deberes políticos de los ciudadanos, que los señalan en igual forma y con las mismas condiciones que en el pasado código, como asimismo en la determinación de las garantías constitucionales, bajo el crisol restringido, que hasta entonces se venían éstas concediendo.

Al consignar la religión de los españoles, se establece la unidad absoluta de la católica apostólica romana, declarándose ésta religión del Estado, que tendría obligación precisa de sostener el culto y sus ministros. Nada se dice acerca de tolerancia religiosa.

Comienza la parte orgánica con la clasificación de los poderes del Estado, examinando separadamente el legislativo, el ejecutivo y el judicial.

Al examinar el primero, se ocupa detenidamente de las Cortes, dividiendo en dos los Cuerpos colegisladores; el Senado y el Congreso de los diputados. Respecto al primero, había de formarse solo de senadores vitalicios y de los de nombramiento Real, pero entre determinadas clases y con especiales antecedentes de con dición y fortuna. Concédese al Senado como siempre facultades especiales, independientes de las legislativas, y resplandece en su organización un carácter particular, que distingue á su época, y que ni por asomo nos deja anticipar la idea del Senado completamente electivo de la siguiente constitución. Se forma el Congreso de una manera análoga al sistema de elección, consignado en la constitución de 1837, así en las condiciones y capacidad del elegido, legislaturas é iniciativa en los proyectos de ley, como en las facultades especiales de las Cortes. En toda ella vemos continuación de las antiguas doctrinas, no notándose esfuerzo alguno en pró de reforma, antes bien, se restringen muy mucho, las franquicias de los anteriores.

Respecto á los poderes ejecutivo y judicial, la potestad real aparece en toda su plenitud, y la administración de justicia deja vislumbrar algo de lo que había de ser después, con las posteriores reformas. En suma, esta constitución, tiene más homogeneidad de doctrina, y más unidad de criterio que las anteriores.

Este código político es el timbre de gloria del partido moderado, y fué siempre su bandera de guerra; y merced al imperioso esfuerzo del

genio dominador de aquel partido, vivió por algunos años, sin provocar conflictos. Pero pasan algunos más, se enardecen los ánimos, ocurre el pronunciamiento militar de 1854, y se convoca á Cortes constituyentes para destruir la constitución, ó por lo menos reformarla.

Y se anuncia la constitución *nonnata*, que como su nombre lo indica, no llegó á tener vida, y que estaba basada en la anterior, pero inspirándose en los principios políticos de la unión liberal.

Dos años después, en 1856, se publica la famosa «Acta adicional», que por sus incoherencias y falta de fijeza, se le apellidó en son de burla *precioso remiendo* á la constitución de 1845, no satisfaciendo á ninguno de los bandos políticos que por entonces militaban en España.

No pueden seguir así las cosas, y en 1857, se reforma la constitución antedicha de una manera radical y profunda, viviendo de este modo siete años, no sin que contínuamente se estuviera iniciando la idea de otra reforma en el referido código político.

Esta se lleva á cabo en 1864, bajo la forma de derogación de lo hecho anteriormente, á impulsos del partido contrario, y restituyéndola á su primitiva pureza y tal como la querían para su gobierno, los secuaces del partido moderado.

Pero más tarde, ocurren los sucesos de 1866 y otros que preparan la revolución de Septiembre de 1868, que precipitando á España en una corriente liberal demasiado expansiva, hacen que se convoquen Cortes constituyentes en 1869, las que promulgaron una constitución, que de puro liberal, casi no cabe dentro de ella la monarquía, y que fué despues el escudo de los monárquicos escapados de la república.

Se formó con el fin de evitar los excesos de las demagogias que aspiraban á imperar en España, y para implantar en nuestra nación una monarquía esencialmente democrática, tal como la concibieron algunos de los prohombres de la pasada revolución.

Por eso su carácter es condensar en ella el espíritu de la misma, y se resiente de su origen, pretendiendo transigir entre las tendencias individualista y conservadora de la política que concluía y la que empezaba á imperar, notándose cierta oposición interna en este código, caracterizado por la magnitud y extraordinario desarrollo de su parte dogmática.

Así, desde el preámbulo, donde se afirma ser esta constitución producto de las Cortes elegidas por sufragio universal, nótase una tendencia democrática, demasiado exagerada, pues parece ser un código para un país esencialmente republicano.

La parte dogmática, señalando quiénes son españoles y la manera de adquirir y perder este derecho, fijando después los derechos individuales de seguridad personal, inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia y otros, satisfacieron las aspiraciones que reclamaba la exaltada opinión de entonces. Lo mismo ocurrió con la fijación de las garantías constitucionales y la determinación de los derechos políticos que comprendían todas las libertades posibles, lo que dió origen en la práctica á grandes exageraciones, y á que se notara un antagonismo perfecto, entre este código y las costumbres monárquicas de España.

Ya en la parta orgánica, arrancando de la soberanía nacional, se de-

termina la forma monárquica como garantía de la historia patria, y siguen los poderes públicos en igual forma que siempre los conocimos, en cuanto al número, si bien el legislativo se modifica con la introducción del método electoral para el senado, el ejecutivo se encontraba muy restringido al limitarse la autoridad del rey, y el judicial se modificó también mucho introduciéndose el jurado, unificándose los fueros, y variando por completo la organización judicial.

Muchas más son las reformas que encarna esta constitución, pues que con ella sufren modificación también los ayuntamientos y diputaciones provinciales, á quienes desde luego se les considera como cuerpos populares y se modifican sus especiales organismos. Todas las reformas de este código fueron políticas, jurídicas y hasta religiosas, pues que, de la intolerancia en materia de religión, se llegó hasta la casi libertad de cultos.

Al amparo de esta constitución, reinó D. Amadeo I, y después de la renuncia que hizo de la corona en las Cortes y al proclamarse la república española, que en muy poco tiempo recorrió todas las formas, hubo sus conatos de dar una carta republicano-federativa en 1873 con grandes novedades, para el gobierno de nuestra patria.

Los caracteres de este proyecto se señalan viendo que toda su parte dogmática se ocupa con demasiada extensión de los derechos naturales asegurados á toda persona, sancionándose en alto grado las libertades de conciencia, enseñanza, asociación etc., y señalándose á seguida los derechos y garantías de los españoles, que traducidos de la constitución de 1869, se consignan de igual modo en el código republicano federal. En su parte orgánica, señala los mismos poderes conocidos (legislativo, ejecutivo y judicial) y sus relaciones entre ellos y el presidente de la república, estaban asimiladas á las que se marcaban antes, entre éstas y el rey. La nación española se proyectaba dividir en diez y siete estados ó cantones, con asambleas particulares y dependencia especial, sin desentenderse del poder central.

Los sucesos ocurrieron de manera en España, que esta constitución no pudo ni discutirse ni sancionarse. La idea republicana como forma efectiva de poder, cayó á impulsos del militarismo de entonces, y por el incesante clamoreo de la mayoría del país, que era de convicción monárquica. Esto hizo, que después de un corto espacio de tiempo, se proclamase la monarquía de D. Alfonso XII, y entonces se procurase dar al país una constitución donde se ampara la monarquía y la libertad, sin grandes exageraciones, promulgándose este código político que hoy nos rige, en 30 de Junio de 1876.

En su formación se tuvo presente, restringir mucho la constitución anterior, y por eso en su parte primera se consignan los derechos inherentes á la personalidad humana de una manera ordenada y sin exageraciones de ningún género.

Se caracteriza, porque aunque, como en todos los códigos anteriores, la potestad de hacer las leyes, reside en las Cortes con el rey, el organismo del Senado, es formado de elementos distintos, senadores por derecho propio, de nombramiento real ó de elección de las provincias y

corporaciones, por el método mixto del nombramiento de compromisarios, que á su vez eligen estos senadores; lo que pretende satisfacer las aspiraciones de todos, ejerciéndose la elección, por el método indirecto del sufragio. El Congreso de los diputados se forma, según este código, tomando por base las circunscripciones y los distritos con relación al número de almas y de electores, y por un método y bajo la inspección de una junta de censo, cuyas funciones (teóricamente consideradas), parecen ser el ideal de la perfección electoral.

Todo el tratado relativo á la persona del monarca, la sucesión á la corona, menor edad del rey y la regencia del reino, son puntos, que en la constitución actual están tratados con grande mesura, é inspirándose casi siempre en la legislación tradicional en este punto, de los antiguos reinos de León y de Castilla. Los elementos que informan este código, se completan examinando la administración de justicia bajo el criterio armónico de unidad de fueros é inamovilidad judicial; concluyendo esta constitución como las anteriores, con los tratados sobre las diputaciones provinciales y ayuntamientos, contribuciones, fuerza militar y gobierno de las que fueron nuestras colonias, que exigiendo leyes especiales, han ido dándose sucesivamente y variándose sus respectivos organismos.

Esta constitución viene rigiendo durante los reinados de D. Alfonso XII y D. Alfonso XIII y la regencia, pretendiéndose algunas veces cuando ha ocupado el poder el partido más liberal dentro de la monarquía, su modificación ó anulación, ya volviendo á regir la de 1869, ó informando con un espíritu altamente expansivo nuestro actual código político; lo que felizmente no se ha realizado, pues de haberse llevado á cabo, hubiera tal vez podido ser el puente levadizo para acontecimientos de no dudoso desenlace.

Crítica.=Acerca de la implantación del derecho constitucional en nuestra patria, puede afirmarse que fué un hecho, que rompió con todas las tradiciones del país, y que venido de extraña tierra, cambió por completo las condiciones políticas de España, sustituyendo á la antigua monarquía secular, la eminentemente constitucional, que ejerce su poder en forma enteramente distinta á la conocida en todas las épocas de nuestra historia.

Los principios que informan la constitucion de 1812, y las trascendentales reformas que llevó á cabo, obraron una radical transformación en nuestro modo de ser y nos llevaron por caminos para los que no estábamos convenientemente preparados, aceptando principios políticos demasiado avanzados, y que originarios de Francia, venían con el ropaje revolucionario, que tanto predominó en aquella nación á fines del pasado siglo.

Las otras constituciones hasta la de 1869, representan la tenaz lucha sostenida en España entre el principio tradicional y las nuevas reformas, siendo la de 1845, la verdadera encarnación del ideal político español en aquella época, pues que transigiendo con ciertas innovaciones para el gobierno de España, se dejaba á salvo la preciada joya de nuestras creencias católicas.

En cambio, la constitución de 1869 llevó á cabo tan radicales reformas en nuestro modo de ser, que pugnaba abiertamente con nuestra tradición y con nuestras creencias, y solo pudo vivir y por corto tiempo, cuando el sentimiento revolucionario y la idea eminentemente democrática, fué el único norte que hubo para el gobierno de España.

La constitución actual de 1876, aunque con algunos defectos, ha huído de exageraciones, y es lo cierto, que á su amparo, la monarquía ha vivido en nuestra patria, y dentro de los modernos ideales de gobierno, se ha armonizado en lo posible el orden con la libertad que en ella se consigna, estableciéndose el especial consorcio entre la autoridad real y el ejercicio de los ordenados derechos políticos del pueblo español.

LECCIÓN 97.

REFORMAS JURIDICAS DE ESPAÑA EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA, REFERENTES Á DERECHO PENAL, MERCANTIL Y PROCESAL.

Estado del Derecho español durante la Edad contemporánea.—Fin del período de consumación de nuestro Derecho.—Tendencias á la unidad legislativa.—Los sucesos políticos la preparan.—La colección legislativa de 1810.—Modificaciones de esta colección desde 1846.—Trabajos legislativos sobre la misma.—Reformas que en el presente siglo se han hecho en el Derecho administrativo.—La provincia y el municipio.—Leyes provinciales y municipales.—Jurisdicción contencioso-administrativa.—El Consejo de Estado.—Reformas en Derecho penal.—Precedentes del Código penal.—Idea de la codificación desde 1810.—Trabajos realizados posteriormente.—Código penal de 1848.—Reformas del mismo.—Su estado actual.—Principios que dominan en los libros que componen este Código.—Fuerza y autoridad del mismo.—Reformas en el Derecho mercantil.—Precedentes históricos.—Código de 1829.—Idem de 1885.—Otras disposiciones en materia de comercio.—Análisis de los elementos que informan cada uno de los libros del Código mercantil vigente.—Reformas en el Derecho procesal.—Precedentes en la Constitución de 1812.—Reglamento de 1835.—Ley de Enjuiciamiento civil.—Precedentes.—Su estado actual.—Análisis de dicha ley.—Elementos que la informan.—Su fuerza y autoridad.—Ley de Enjuiciamiento criminal.—Precedentes de la misma.—Análisis de ella.—Principios que la informan y su fuerza y autoridad.—Leyes complementarias á la de Enjuiciamiento criminal.—El Juicio oral y público.—El Jurado.—Organización de los tribunales de justicia.—Reformas en la legislación de Ultramar.=*Crítica.*—Juicio acerca de las primeras reformas legislativas del presente siglo.—Crítica imparcial acerca del actual Código penal.—Idem del vigente Código mercantil.—Idem de los Códigos procesales.—Juicio acerca de la organización actual en España de los tribunales de justicia.

El estado del Derecho español durante la edad contemporánea, se presenta con distinto carácter al que tuviera anteriormente desde las Cortes de Cádiz en adelante, á causa de la influencia francesa que produjo un cambio radicalísimo en nuestra organización política y jurídica.

En este siglo se termina el período de consumación de nuestro derecho, porque habiéndose reconstituído en los anteriores la unidad territorial y preparada la legislativa, se realiza ahora, con el fin de que desaparezca el estado de fraccionamiento que desde la reconquista, ofrece nuestro Derecho.

Hasta aquí también la tendencia á la unidad legislativa se había traducido en reunir en compilación cronológica ó por orden de materias, todas las leyes y pragmáticas vigentes en un solo cuerpo legal.

Ahora los sucesos políticos la preparan, pero desde las Cortes de Cádiz, se quiere llegar á la unidad del Derecho por procedimiento distinto

al seguido anteriormente, cual es el de la codificación separada de cada una de las ramas del Derecho. Esto se vá realizando con trabajo, pero al fin se logra, siendo el espíritu codificador, el patrimonio y distintivo especial jurídico del siglo XIX.

Los primeros trabajos sobre colección legislativa, se hacen en 1810, ante el afán de comprender en un solo volúmen todas las disposiciones jurídicas que se fueran publicando, formándose con ellas cuatro tomos con el título de «Colección de decretos y órdenes de las Cortes», y llamándosela después con otros calificativos según la política que imperaba, hasta 1846, que ya recibió el nombre con que hoy se le conoce, de «Colección legislativa».

De entonces acá, ha sufrido algunas modificaciones, siendo la más importante, el aumentarla con una sección especial en que se comprenden las sentencias del Tribunal Supremo de justicia, en materia civil primero y en criminal también después, y las del consejo de Estado, en materia administrativa.

Como era un inmenso caos pasados muchos años esta Colección, hubo necesidad de hacer sobre ella trabajos importantes, que extractándola y ordenándola facilitasen su conocimiento, pudiendo citarse como más útiles y notables, los de Casas y Moral, Alcubilla y Freixa.

El Derecho administrativo ha sido también uno de los que más reformas ha sufrido en el presente siglo, dominando en todas las leyes de esta clase un espíritu de generalidad que caracteriza la legislación en la época contemporánea, y estando todas las leyes que regulan la administración pública, en íntima relación con la constitución política, vigente al tiempo de promulgarse aquellas.

La provincia y el municipio que habían tenido carácter especial durante las épocas anteriores, se convierten en verdaderas entidades jurídicas, merced á leyes que sucesivamente las organizan, adquiriendo como tales entidades, derechos propios y personal representación.

Estas leyes se inician aunque no con forma determinada, en la constitución de 1812, pasando por mil variedades, tanto en lo referente á los municipios, como después á las diputaciones provinciales, y dándose para los primeros las leyes de 1823, 45 y 70, hasta la reforma actual que hoy nos rige de 2 de Octubre de 1877; y en cuanto á las segundas, haciéndose también sucesivas variaciones, hasta que se promulgó la Ley orgánica provincial de aquella fecha, modificada en 1882, que es la que rige con la posterior modificación de adaptación de la ley del sufragio, con lo que quedó completo el código administrativo en materia provincial.

También la jurisdicción contencioso-administrativa para amparar á los particulares, municipios y provincias en contra del Estado, ha sufrido grandes modificaciones en la edad contemporánea, ejerciéndose hoy por la ley de 1875, y modificaciones posteriores, por los abogados letrados de las diputaciones provinciales y las audiencias, y por la sección de lo contencioso-administrativo, en el consejo de Estado.

Este consejo, que no es otra cosa que una continuación de la cámara de Castilla y del consejo real, es hoy un cuerpo consultivo del go-

bierno, dividido en varias secciones, y que además de los asuntos contenciosos, se ocupa en la formación de los reglamentos para la ejecución de las leyes, y en los demás asuntos que le marca su ley orgánica.

Así mismo, el Derecho penal español ha sufrido modificaciones importantísimas en la edad contemporánea, pues que era una de las partes del Derecho que más necesitaba las reformas.

Ni en los códigos generales, ni en los fueros, ni en parte alguna de nuestra legislación, estaba organizado el Derecho penal, á la altura que exigían los adelantos científicos, no encontrándose anterior al siglo XIX, precedente alguno con relación á la codificación del Derecho penal.

La idea de esta codificación nació en las Cortes de 1810, y desde entonces en adelante, se siguió con empeño trabajando sobre este particular, hasta lograr la publicación de un código ordenado, sobre esta materia.

Por eso se trabaja en materia penal y con buenos resultados en 1819, que produjeron el código do 1822, que no llegó á prosperar, quedando por muchos años en suspenso todas estas reformas, hasta que, veinte y seis años más tarde se reanudan, y producen un código penal, ya verdaderamente ordenado y metódico.

En 1848, se promulga este Código, donde se tuvo muy presente para sus bases fundamentales, todas las conocidas y aceptadas por las legislaciones modernas, exponiéndose en él los caracteres del delito, determinándose los grados de responsabilidad de los criminales, y señalando proporcionalmente la penalidad con que estos debían ser castigados.

Varias fueron las reformas que sufrió este código, especialmente en 1850 y 1870, con modificaciones parciales en algunos artículos, y en vista de lo que aconsejaba la experiencia, y procurándose irlo poniendo en armonía según las circunstancias, con la ley fundamental del reino.

Ultimamente, se reformó en 17 de Julio de 1876, y á esta han seguido modificaciones parciales en algunos de sus artículos, como en lo referente á la legislación penal de montes, en 1884, rigiendo en la actualidad con estas pequeñas variantes.

Dividido este código en tres libros, dominan en ellos como principios fundamentales, el elemento moral combinado con la importancia del mal causado por el delito, y huyendo de la exageración que envuelve el exclusivismo de un solo sistema.

La fuerza y autoridad del mismo, arrancó de su solemne promulgación, aplicándose para toda clase de delitos, que no fuesen penados por legislación especial.

El Derecho mercantil ha sido objeto de reformas importantísimas en la edad contemporánea, pues que antes de comenzar este siglo, aunque esta parte de la legislación española estaba organizada, no lo era en los términos que debiera haberlo sido.

Las ordenanzas de Bilbao y el libro del «Consulado de Mar», eran como precedentes históricos, las únicas fuentes del Derecho mercantil español, que existían y que en su deficiencia, se completaban con reglas establecidas por la costumbre.

Pero en 1829, reinando Fernando VII, se publicó un código comprensivo del Derecho mercantil, que tenía por base los principios fundamentales del civil, y que repetía lo que el Derecho común ordenaba, siendo muy escasas sus disposiciones en materia supletoria y privativas al propio Derecho mercantil.

Por eso se hacía preciso reformarlo, como al fin se hizo, dando verdadera extensión á la materia puramente mercantil, é incluyendo en el código comercial muchas disposiciones que estaban comprendidas en leyes especiales, y publicándose el código que hoy nos rige, en 22 de Agosto de 1885, cuya vigencia arranca del día 1.° de Enero del año siguiente.

Además de este código, se han publicado también como principales reformas en sentido comercial, la ley de Enjuiciamiento mercantil de 1830, la de Bolsas de 1831, la de Bancos y sociedades de crédito de 1848, reformada en 1849, y alguna otra de menos importancia.

El código mercantil cuya legislación afecta carácter cosmopolítico, tiene disposiciones no solo hijas de nuestra propia historia, sino muchas también importadas de países extranjeros, siendo estas y el carácter supletorio ó excepcional á las disposiciones del derecho común, los elementos integrantes á cada uno de los cinco libros de que se ocupa este código, al tratar de los comerciantes en general, de sus obligaciones, contratos, etc.

El Derecho procesal ha tenido también importantísimas reformas en la edad contemporánea, y á las antiguas formas de enjuiciar de los pasados tiempos, sustituyeron otras expresadas en códigos separados, y en armonía con las necesidades y costumbres jurídicas de nuestros tiempos.

Como precedentes á esta materia, pueden encontrarse las disposiciones especiales contenidas en el título 5.° de la constitución de 1812, sobre administración de justicia, creándose el Tribunal Supremo, que como aquel código político, siguió todas sus vicisitudes, y que, de modo especial aparece en 1834, cuando se hace una división nueva judicial del territorio de España, y la administración de justicia se organiza en todas sus instancias, sucediendo sucesivas apelaciones á las sentencias dictadas.

También el reglamento provisional para la administración de justicia, formado en 1835, así como las ordenanzas del Tribunal Supremo y de las audiencias, dictadas aquel año y otras posteriores, prepararon la codificación procesal en España, y las notables variaciones que habían de introducirse en el Enjuiciamiento.

Y ya en 1.° de Enero de 1856, comenzó á regir la ley de Enjuiciamiento civil, como código ordenado y metódico que organizaba toda clase de procedimientos en materia civil.

Tuvo este código por precedentes, el decreto de 30 de Septiembre de 1853, precisando los trámites de los juicios ordinarios, ejecutivo é interdictos, así como la ley de 13 de Mayo de 1855, ordenando la compilación de todas las reglas sobre el Enjuiciamiento civil, armonizando las bases cardinales de los juicios consignados en nuestras antiguas leyes

con las reformas útiles, que la ciencia y la experiencia aconsejasen.

La ley de Enjuiciamiento civil tuvo muchas modificaciones desde su aparición en adelante, especialmente desde 1868, sobre unificación de fueros, recurso de casación, organización del Poder judicial y otras, hasta que se publicó la hoy existente, que lleva la fecha de 3 de Febrero de 1881.

En dicha ley se trata primero de la jurisdicción contenciosa y después de la voluntaria, tratándose de las competencias, actuaciones judiciales y toda clase de juicios á que puede dar lugar las reclamaciones particulares y su sustanciación regular, en cada una de las instancias.

Los elementos histórico y filosófico, han sido en dicha ley, los principios que la informan, no olvidándose los antecedentes que traían su origen de todas las legislaciones que han regido en España.

Esta ley tiene fuerza y autoridad desde la fecha de su promulgación, con las modificaciones más ó menos importantes que sucesivamente en ella se han ido introduciendo.

El Procedimiento criminal, no podía ser menos que el civil, y especialmente desde las radicales reformas del mismo, posteriores á la revolución de 1868, se hacía precisa la formación de una ley especial, que al fin se hizo en 22 de Diciembre de 1872, y que comenzó á estar en vigencia, desde 1.° de Enero del siguiente año.

Los precedentes de esta ley eran las disposiciones poco uniformes, nacidas en épocas bien distintas, y que representaban civilaciones muy diferentes; siendo de citar á más de la legislación de partida, la ley provisional para la aplicación del código de 1848 y la del de 1870, con tendencia á preparar el recurso de casación en asuntos criminales.

Esta ley, en los libros de que consta, se ocupa de las acciones que nacen de los delitos y faltas, defensa de los procesados, principio del juicio criminal, juicio oral hasta su fallo y tratado sobre las faltas.

En ella, aunque en parte se respetan los precedentes históricos, se introducen grandes innovaciones con relación á los adelantos jurídicos de nuestros tiempos, que son los principios que la informan; sufriendo algunas alternativas su fuerza y autoridad, por las modificaciones que ha sufrido desde su aparición, hasta la época actual.

Pero no hubiera tenido grande importancia, á no ser por la publicación de otras leyes complementarias de la misma, y que regulaban cierta clase de juicios desconocidos hasta entonces.

El juicio oral y público era la gran modificación de nuestros tiempos, que iniciado por el decreto de 1870, sobre reformas en el procedimiento criminal, fué después completamente variado.

El jurado, como manifestación de la justicia popular, tuvo su ensayo en aquella ley, suspendiéndose más tarde por el decreto de 3 de Enero de 1875, para restablecerse después, en la forma que hoy se le conoce, y entendiendo de cierta clase de delitos, y aplicándose á otros el juicio oral y público.

Los tribunales de justicia, recibieron una organización especial en estos tiempos, por la ley provisional para la organización del mismo, de 30 de Agosto de 1870, que ha sido complementada y modificada por la

llamada «Ley adicional», promulgada por real decreto de 14 de Octubre de 1882.

Asímismo, la legislación para nuestras perdidas posesiones de Ultramar, se ha modificado también en la edad contemporánea en todas las ramas del Derecho, dándose para aquellas posesiones leyes especiales, lo mismo en materia civil y mercantil, que en Derecho penal, público y procesal.

Crítica.=Las primeras reformas legislativas del siglo XIX, merecen grandes alabanzas, pues que á todo trance se trató de desterrar con ellas el caos legislativo que antes existía, sustituyendo á él el ordenado racional y filosófico sistema de la codificación, y dando disposiciones importantes también en materia administrativa, que organizaban de modo conveniente. el municipio y la provincia.

El actual código penal, como producto de las reformas legislativas de la época actual, marca también un grande adelanto en nuestras costumbres jurídicas, sustituyendo á la antigua legislación, poco ordenada y racional de los antiguos tiempos, otra justificada y filosófica, y en armonía con las aspiraciones de nuestros días.

Igual juicio puede merecer el código mercantil, que inspirado no solo en nuestras necesidades, sino también en los principios que informan á las legislaciones extranjeras, ha hecho que salgamos de la antigua rutina, y nos pongamos en verdadera relación comercial, con todas las naciones de Europa y América.

Los códigos procesales, como símbolo de la nueva manera de enjuiciar, han hecho que España entre en esta materia por otros derroteros, iniciándose el hermoso principio de la publicidad de la prueba y pretendiéndose aclimatar entre nosotros la justicia popular, que ciertamente, aunque está inspirada en muy buena idea, aún todavía no ha logrado echar raíces en nuestra patria.

Por fin la organización actual de nuestros tribunales de justicia, se inspira en fundamentos altamente racionales, y con oportuna escala ascendente para facilitar la tramitación de todos los juicios y sus diversas instancias, siendo una gran conquista de nuestros días, el principio consignado en la ley de la inamovilidad judicial.

LECCIÓN 98.

LEYES ESPECIALES DICTADAS EN ESPAÑA EN EL SIGLO XIX.— INSTITUCIONES ADMINISTRATIVAS, JUDICIALES Y POLITICAS EN EL MISMO.

Leyes especiales dictadas en España en lo que va de siglo sobre distintos asuntos.—Ley de matrimonio civil.—Ley de protección de los niños.—Ley sobre las vinculaciones.—Ley sobre comunidades religiosas.—Ley sobre interdicción civil.—Ley de registro civil.—Ley sobre la reforma notarial.—Ley sobre abolición de señoríos.—Ley sobre acotamiento de heredades.—Legislación de minas.—Legislación de caza y pesca.—Idem sobre bienes mostrencos.—Ley de expropiación forzosa.—Ley de aguas.—Ley de propiedad intelectual.—Idem de propiedad industrial.—Ley de imprenta.—Ley hipotecaria y sus reformas.—Dirección de los registros de la propiedad y del notariado.—Ley de inquilinatos.—Ley sobre el interés del dinero.—Ley del discenso paterno.—Instituciones administrativas en el siglo actual.—Instituciones políticas en España, en lo que va de siglo.—La Monarquía pura y la constitucional.—Las Cortes.—Las Diputaciones provinciales y los Municipios, como entidades administrativas.—El Consejo de Estado y sus precedentes en España.—Instituciones judiciales.—Tribunal Supremo de justicia.—Chancillerías.—Audiencias.—Juzgados.—Consejos que se suprimen en el presente siglo.—Derecho y literatura jurídica.—Instituciones científicas para el estudio de Derecho.—Las Universidades y las Facultades de Derecho.—Universidades libres.—Establecimientos no costeados por el Estado, donde se enseña hoy el Derecho con carácter oficial ó privado.—Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.—Real Academia de Ciencias morales y políticas.—Progreso de los estudios jurídico en Espaàa.—Bibliotecas jurídicas.—Jurisconsultos más notables del presente siglo.=*Crítica*—Juicio acerca de la variedad de leyes que se dictan en España sobre distintos asuntos en lo que va de siglo.—Crítica acerca de las instituciones políticas, administrativas, judiciales y científicas de España en el siglo XIX.—Idem acerca del estudio del Derecho en nuestra patria, en la época actual.

Además de las disposiciones legales de que nos hemos ocupado anteriormente y que en forma de códigos presentan la verdadera tendencia reformista y codificadora que en materia jurídica distingue á la edad contemporánea, se dieron otras verdaderamente complementarias á aquellos códigos, de que vamos á hacer ligerísima enumeración.

Es una de ellas, la ley de matrimonio civil, de 18 de Junio de 1870, é institución del registro para las personas, dando efectos civiles al matrimonio, y siendo modificado en Febrero de 1875, quedando solo subsistente para los no católicos y modificándose también, con arreglo á estas tendencias después en el moderno código civil.

En 26 de Julio de 1878, dictóse la ley especial sobre protección de los niños, que más tarde fué modificada y ampliada en beneficio de

ellos, y con prohibiciones especiales para que fuese excesivo su trabajo, yá en las fábricas, yá en los ejercicios gimnásticos y escénicos.

Acerca de las vinculaciones, se han dado varias leyes, siendo la primera la de 11 de Octubre de 1820, con carácter de desvinculadora, siguiendo á ella otras disposiciones, ya anulándola ó restableciéndola en 1823 y en 1836 y algunas más, quedando en definitiva abolidas todas las vinculaciones en España, y prohibiéndose vincular.

Las comunidades religiosas fueron objeto de la ley de 29 de Julio de 1837, suprimiéndolas y ordenando la venta de sus bienes, modificadas ó ampliadas por las leyes posteriores de 1851, 1869 y 1876, hasta venir á parar á establecer la capacidad jurídica de las religiosas profesas, para la adquisición y enajenacion de bienes inmuebles y derechos reales.

En 18 de Junio de 1880, se dictó también la ley de Interdicción civil, que fijó de manera clara y precisa los casos especiales en que quedaban en entredicho los derechos civiles de los españoles.

La ley del Registro civil de 17 de Junio de 1870, referente á la inscripción en el mismo, de los que nacieren en nuestro territorio, sufre distintas modificaciones en 1872, 1875 y 1877, hasta venir á parar al estado actual, en que se inscriben en dicho registro, todos los nacimientos, matrimonios y defunciones, con carácter supletorio para los católicos, y definitivo para los que no lo son.

El Notariado sufrió reformas notables en su organización por la ley de 28 de Mayo de 1862, modificada después en 1873 y 1874, en la forma que hoy se encuentra, aclarada convenientemente por el real decreto arancelario de 1880.

Los señoríos y su abolición definitiva, fueron objeto de varias disposiciones especiales, desde el decreto de las Cortes de 6 de Agosto de 1811, que los incorporaba todos al Estado, hasta las leyes dictadas en 1837, complementando y ampliando aquellas disposiciones.

También las Cortes de 1813, legislaron para permitir el cierre y acotamiento de heredades, facultando á sus dueños para disponer de ellas como estimasen conveniente.

La propiedad minera ha merecido asimismo la atención de los legisladores de la época contemporánea, y desde 1825 hasta 1877, se han dado leyes y disposiciones complementarias, libertando la explotación de las minas, de las trabas á que hasta entonces había estado sujeta.

Sobre caza y pesca, se empezó á legislar en 3 de Mayo de 1834, siendo la legislación vigente la de 1879, por la que se determina el derecho y ejercicio de cazar y pescar, se fijan las penalidades contra los contraventores á estas disposiciones, y se encarga á la Guardia civil el cumplimiento de las mismas.

En 16 de Mayo de 1835 se dió la ley de Bienes mostrencos, calcada en un todo en la legislación de Partida, y con un tratado especial sobre el hallazgo de tesoros, y el reparto de los mismos.

La expropiación forzosa por causa de utilidad pública, en que se tiende á armonizar los derechos del Estado, provincia ó pueblo y los de los particulares, se reguló primero por la ley de 17 de Julio de 1836, mo-

dificada más tarde en 1869 y 1877, hasta venir á parar á la de 1879 que es la vigente.

Las aguas han sido también objeto para su dominio y aprovechamiento, de legislación especial, durante la última edad de la historia de España, dictándose la ley de 3 de Agosto de 1866, sobre propiedad y disfrute de ellas, modificada en 1879 y ampliada en 1880.

La propiedad intelectual dió motivo á disposiciones especiales, dictándose primero la ley de 10 de Junio de 1813, y después otras, hasta la de 10 de Enero de 1879, que es la vigente, y por la que se concede dicha propiedad á los autores, durante suvida, y á sus herederos por ochenta años, después de muertos aquéllos.

Asimismo, la propiedad industrial se garantizó por las leyes de 1826, 1829 y 1850, regularizándose hoy por la de 1878, que organiza esta clase de propiedad y es la vigente, bajo el nombre de patentes de invención.

La ley de imprenta, de que empezaron á ocuparse los legisladores á principios del siglo XIX, ha sufrido muchas modificaciones, hasta la de 26 de Julio de 1883, que es la que rige en la actualidad.

Las leyes sobre hipotecas, que al principio regulaban las antiguas contadurías de hipotecas, obran una transformación radical con la ley hipotecaria y su reglamento, vigentes desde 1.° de Enero de 1863, que ha sufrido multitud de modificaciones, en que parcialmente se reformaba la ley general, hasta nuestros días.

Y con el fin de que hubiese un centro supremo donde se resolviesen todas las cuestiones relacionadas con dicha ley y con los actos notariales, se creó una dirección especial llamada de los Registros de la Propiedad y del Notariado, sobre la que se dictaron disposiciones especiales en 1874 y 1880.

La ley de inquilinatos, que fija las reglas para los arrendamientos de las fincas urbanas, es otra de las disposiciones legales, que con carácter particular se ha dictado en el siglo XIX, llevando dicha ley la fecha de 9 de Abril de 1842.

El interés del dinero, que antes estaba tasado por disposiciones legislativas, se modificó en la edad contemporánea por ley de 14 de Marzo de 1856, aboliendo la tasa legal del mismo, y determinando que se cobre el 6 por 100 anual, cuando no haya estipulación expresa, lo que se ha modificado en sentido más favorable, por muy recientes disposiciones.

En 20 de Junio de 1862, se dictó la ley llamada de «Discenso Paterno», por la cual se establece la necesidad que tienen los hijos de familia de implorar, según su edad, el consentimiento ó consejo de los padres, y en su defecto de otras personas, para contraer matrimonio.

También han sido varias las modificaciones introducidas en instituciones administrativas en la edad contemporánea, que complementando las políticas y con las judiciales y científicas, obran una grande transformación en la organización española del siglo XIX.

En este siglo han atravesado por varias vicisitudes las instituciones

políticas, habiéndose llegado á conocer por la práctica todas las formas de gobierno que nos enseña la ciencia, y dentro de cada una de ellas, las variantes posibles en su modo de ser.

Por eso, la monarquía pura que se limita por la constitución de 1812, y que después vuelve á su apogeo, cesa en España al comenzar el reinado de D.ª Isabel II, y toma el carácter de monarquía constitucional, que ni un momento pierde, sustituyéndola el gobierno provisional y la regencia del general Serrano, para dar paso á la monarquía exageradamente democrática de D. Amadeo de Saboya, y después á la república bajo todas sus formas, á la que sucede la verdadera monarquía constitucional que ahora nos rige.

También las Cortes del reino y su celebración, han estado sujetas en la edad contemporánea á las determinaciones constitucionales, siendo siempre generales para toda la nación, exceptuando las que se reunieron en Navarra por última vez con carácter regional, en el primer tercio del siglo. A estas Cortes han concurrido representantes de todas las provincias españolas, funcionando separadamente el Congreso y el Senado, en el que tienen representación todas las clases sociales.

Asimismo, el municipio y la provincia de acuerdo con la ley fundamental, han vivido y se han desarrollado en esta edad bajo la forma de corporaciones electivas, y viviendo ordenadamente al amparo de leyes especiales, que regulan el ejercicio de sus funciones.

El consejo de Estado, es hoy una modificación del antiguo consejo real y cámara de Castilla, suprimidas en los primeros años de esta época. Dicho consejo, es cuerpo consultivo del gobierno, dividido en varias secciones, con relación á los ministerios que ha habido en la nación, interviniendo en los asuntos que determina su ley orgánica, y ejerciendo también, como hemos visto anteriormente, la jurisdicción contencioso-administrativa.

Las instituciones judiciales de nuestra patria, sufren grandes modificaciones en el siglo que analizamos, sucediendo á cargos que desaparecen, otros de nueva creación, y á instituciones que mueren, otras más encarnadas en el espíritu de la época.

El Tribunal Supremo de justicia, es hoy el superior de la nación, y á él acuden en última apelación y recurso, todos que se creen perjudicados con los fallos de los tribunales inferiores, en asuntos civiles y criminales.

Las Chancillerías de Valladolid y Granada, que habían abarcado la resolución de toda clase de asuntos civiles, viven hasta que en este siglo desaparecen, con el fin de generalizar más el conocimiento y resolución de los pleitos que ante ellas pendían.

Y por ello se divide toda la nación en varias porciones, creándose las audiencias territoriales, que entienden de asuntos civiles y criminales, y luego se crean las audiencias de lo criminal, que solo se ocupan de esta clase de asuntos, así como las que hoy en menor número reciben el nombre de audiencias provinciales de lo criminal, y á las que se pretenden acumular también por algunos, los asuntos civiles, con lo que desaparecerían las audiencias territoriales.

A los antiguos alcaldes y corregidores, han sucedido los actuales jueces de primera instancia y de instrucción, que divididos en tres categorías de entrada, ascenso y término, resuelven ó preparan toda clase de asuntos civiles y criminales, ínterin se lleva á cabo la creación de tribunales de partido, hace tiempo anunciada.—Los jueces municipales que existen en todos los pueblos de España, entienden á su vez de los asuntos que taxativamente señalan las leyes.

En la edad contemporánea, han desaparecido el Consejo real, la cámara de Castilla, el consejo de Indias, el de la Inquisición, el de Hacienda, el de Castilla y otros, cuyas facultades asumen los organismos existentes.

El Derecho ha tomado un grande incremento en el siglo XIX, reformándose y ampliándose estos estudios de una manera conveniente y con arreglo al desarrollo que adquieren en otras naciones, así como la Literatura jurídica alcanza grandes vuelos, y su conocimiento tiene carácter obligatorio para los que aspiren á hacerse doctores en esta facultad.

Para el estudio del Derecho, que se ha hecho en este siglo con tendencias distintas á los anteriores, y siempre con el ideal de darle más importancia que á nada al Derecho patrio, se crearon desde 1802, cátedras para su enseñanza, con el fin de que legalmente éste se estudiase, de modo oficial, ordenado y metódico.

Las Universidades, que en gran número existieron en España en la mitad del siglo XIX, quedaron reducidas á diez por el plan de estudios de 1847, existiendo en todas ellas facultades de Derecho, y expidiendo títulos ya bajo la denominación de doctores y licenciados en Jurisprudencia, en Derecho civil y canónico, en Derecho administrativo, ó solo en Derecho, según la legislación que ha regido en las distintas épocas de esta edad.

Al amparo de la libertad de enseñanza, proclamada en 1868, las Universidades oficiales de provincias, confirieron por poco tiempo los títulos de doctor, que solo ha conferido siempre la Central de Madrid, y se crearon otras instituciones libres de enseñanza que también se apellidaron Universidades, y que no tuvieron larga vida, si bien hoy se piensa en la existencia de alguna de ellas, al amparo de la ley.

Igualmente existen hoy establecimientos, no costeados por el Estado, donde se enseña el Derecho con carácter privado é incorporando ó no, según los casos, estos estudios en las Universidades oficiales del reino, de que son digno ejemplo los estudios de Derecho establecidos en Deusto (Vizcaya), bajo la dirección de los P. P. Jesuítas, y los del Escorial, que regentan los frailes Agustinos. Existe además la facultad de Derecho, con carácter oficial, establecida hace cinco años en el colegio-abadía del Sacro-Monte de Granada, donde, por legislación especial, y con tribunales mixtos de examen, se verifican éstos, y los grados de Licenciado.

Ha aumentado también el desarrollo jurídico en España, en esta edad, con la creación de la Real Academia de jurisprudencia y legislación, establecida en Madrid, donde á diario se discuten toda clase de

cuestiones jurídicas, y donde se forma un hermoso plantel de jurisconsultos.

Igualmente favorece este creciente desarrollo la Academia de Ciencias morales y políticas, que en su sección jurídica anuncia concursos y premia trabajos, alentando cada día más el creciente afán por desarrollar esta clase de estudios.

Por eso no es extraño el gran progreso que han alcanzado los estudios jurídicos en nuestra patria, en la edad contemporánea, siempre bajo la base de admitir como elemento esencialísimo la vigente legislación española, y como elementos históricos el estudio de los Derechos romano y canónico.

Organízanse además bibliotecas esencialmente jurídicas, como la de la Academia de Jurisprudencia, y otras, y á ellas acuden preferentemente, todos los que quieren ilustrarse y conocer el verdadero estado de los estudios jurídicos en España.

Por último, han sido muchos los jurisconsultos esclarecidos de este siglo, siendo entre ellos los más notables, D. Joaquín M.ª López, don Joaquín Escriche, D. Lorenzo Arrazola, D. Joaquín Francisco Pacheco, que con el marqués de Gerona, Ortiz de Zúñiga, García Goyena, Gómez de la Serna, y otros que justificadamente brillan en nuestros días, forman la inmensa falanje de sabios jurisconsultos que en la edad contemporánea, honran á nuestra patria.

Crítica.=No debe extrañar la variedad de leyes que se dictan en España sobre distintos asuntos en el siglo XIX, pues que el carácter esencialmente reformista del mismo y el afán de codificar y legislar, sobre todo, explican esta fiebre legislativa, como contrapuesta al espíritu que sobre esta materia guiaba á los gobiernos en las pasadas edades, y por el afán de que todo esté ordenado y reglamentado en la presente.

Las instituciones políticas, administrativas, judiciales y científicas de España en este siglo revisten también el mismo carácter que distingue á todas las creaciones del mismo, y están informadas por el espíritu especial que á todo imprimió la idea reformadora y constitucional que le distingue, bajo cuyo criterio se han ido creando, modificando ó complementando las referidas instituciones.

El estudio del Derecho en nuestra patria en la época actual, merece juicio muy lisonjero, pues que á la rutina de otros tiempos, ha sustituído un plan ordenado y metódico en armonía con las corrientes generales de la época moderna; si bien es cierto que aún nos falta mucho que hacer, para colocarnos en este particular, á la altura de otras naciones.

LECCIÓN 99.

PRECEDENTES Á LA CODIFICACIÓN CIVIL EN ESPAÑA.

Estado del Derecho civil en España en la Edad contemporánea.—Necesidad de la codificación civil española.—Precedentes históricos.—Confusión en el Derecho civil.—Las legislaciones distintas impedían la uniformidad de nuestro Derecho.—Diversos criterios para unificar la codificación civil.—Unidad y uniformidad.—Criterio opuesto.—Centralización y descentralización.—Historia de la codificación civil española.—Período de preparación.—Constitución de 1812.—Proyectos de código civil.—Creación de la comisión de códigos.—Proyecto de código civil de 1851.—Elementos que le informan.—El Derecho de Castilla.—Las doctrinas de los jurisconsultos.—Elementos extranjeros.—Reformas más importantes del mismo.—Sobre paternidad y filiación.—Registro de estado civil.—Actos jurídicos.—Propiedad.—Derecho de obligación.—Derecho de familia.—El consejo de familia.—Donaciones matrimoniales.—Los gananciales.—Otras doctrinas en el Derecho de familia.—Derecho de sucesión.—Nueva clase de testamento.—Reformas en el Derecho antiguo.—La sucesión intestada.—Modos de adquirir la propiedad y división de los bienes.—Otros nuevos principios que dominan en el proyecto del código civil.—Se fija más en la legislación castellana que en la foral.=*Crítica.*—Juicio acerca de la legislación civil española desde principios del siglo actual hasta el proyecto del código civil.—Crítica imparcial acerca del mismo.—Espíritu que le preside.—Organización científica de su contenido.

El estado del Derecho civil español en la edad contemporánea, se caracteriza por su falta de uniformidad, no solo en el de Castilla, sino también en el foral, y haciéndose necesariamente precisa la formación de un código para coleccionar todo lo dispuesto, si había de cesar ese caos legislativo y ese fraccionamiento de nuestro derecho, y si se había de realizar el ideal de toda reforma de este género, que es la codificación.

Esta necesidad era por todos comunmente sentida, si había de haber la ansiada uniformidad de nuestras leyes, y en la que se venía pensando desde la Edad media.

En efecto, consultando precedentes históricos hallaremos que desde la legislación de Partida se acariciaba la idea de lograr la unificación del Derecho civil castellano, obra que continuó el ordenamiento de Alcalá, y cuya labor no siguieron los legisladores en tiempos posteriores, á pesar de reclamarse la ansiada unidad por los gobernantes.

La confusión en el Derecho civil era extraordinaria, á causa de haberse ido aumentando volúmenes, leyes y colecciones, que hacían de la legislación de Castilla un intrincado laberinto, y que obligaban á los legisladores á determinar ante todo, cual había de ser el orden de prelación de nuestros códigos.

Las causas principalísimas que impedían la uniformidad de nuestro

Derecho, eran las seis legislaciones distintas, que con carácter general se dividían la autoridad del país, aparte de algunas especiales, lo que producía gran vaguedad de elementos en la vida civil, y grandes dificultades para el estudio y aplicación de sus leyes; éstas se caracterizaban por su anárquica multiplicidad, su falta de armonía con la realidad histórica y la vaguedad é incertidumbre de las mismas.

Conformes en la necesidad de realizar la codificación civil, se han seguido distintos criterios para ello, ya que la necesidad de la reforma se imponía, y no era posible resistirla.

La unidad y la uniformidad, han sido siempre las dos notas características y expresivas de la sublime perfección del Derecho escrito de un país, refiriéndose á la organización externa é interna del mismo; y por eso pensóse en aceptar estos criterios para la reforma legislativa que había de matar la variedad de nuestro Derecho.

Pensóse por otros en seguir un criterio opuesto, ó sea el ir haciendo la reforma como medida menos violenta, modificando y uniformando cada institución, con la publicación de leyes sueltas, lo que se vió no era aceptable pues esta reforma carecía de la base esencialísima de unidad, que toda reforma general exige.

Más como las diferencias de legislaciones existentes en España, eran un grande óbice para su codificación, se plantearon al pensar en ella dos tendencias enteramente distintas, centralizadora la una, y descentralizadora la otra, aunque conformes ambas en la necesidad de la reforma, pero discutiendo acerca de los medios para llevarla á cabo, ya que todos estaban conformes en que se imponía la codificación civil española.

Esta tiene su historia, que arranca del afán reformista que se apoderó de España con la invasión francesa al comensar el siglo XIX, y que al fin tuvo su gloriosa cima, con la publicación del código civil que hoy nos rige, en 1888.

En efecto, hay un período de preparación para la misma, que se caracteriza por una serie de hechos de índole distinta, y que producen resultados distintos también, inspirados todos ellos en el pensamiento nacional, de que era precisa la codificación civil de nuestra patria.

Arrancan todos los trabajos para realizarla, de la constitución de 1812, que consignó el armónico precepto legislativo, de que un solo código civil había de regir, en todos los dominios de la monarquía española, arrancando de aquí el que en 1813 se nombrase la primera comisión de códigos en que figuraban hombres tan eminentes como Argüelles, Quintana, Calatrava y otros.

Todos estos trabajos quedan en suspenso, por la reacción absolutista de 1814, reproduciéndose en el período constitucional, y presentándose dos proyectos de código civil, desde esa fecha, hasta 1839.

Y yá entonces se forma la comisión de códigos, que publica un proyecto del mismo, modificándose esta comisión en 1843, y dividiéndose en secciones, proponiendo la de Derecho civil, el proyecto del de esta materia, que lo remite al gobierno.

Dicho proyecto, tiene fecha de 8 de Mayo de 1851, en el que, se te-

nían en cuenta los precedentes histórico-legales de cada artículo, y se concordaban con el Derecho anterior.

Varios son los elementos que informan este trabajo jurídico, siendo los principales, el Derecho de Castilla, las doctrinas de los jurisconsultos, y algunos principios de legislación extranjera, especialmente del código francés.

El Derecho de Castilla se aceptó en este proyecto, como elemento importantísimo y verdaderamente absorbente, pues que solo se le dió en él muy escasa intervención á algunas instituciones del Derecho Foral.

También figuran en el mismo como elemento de gran significación, las doctrinas de los expositores y jurisconsultos, aclarando, explicando y completando la legislación civil castellana.

Por último, figuran en él como novedades, algunos principios ó instituciones de legislación extranjera, que más tarde habían de ser aceptadas, en el vigente código civil.

Y á esto principalmente se debieron las más importantes reformas de este proyecto, que con doctrinas nuevas, y nuevas instituciones, borraban doctrinas que rechazaba la opinión, y aceptaban otras implantadas yá en las naciones que caminaban á la cabeza del desenvolvimiento jurídico.

Es importante la reforma sobre paternidad y filiación, prohibiéndose en absoluto las investigaciones sobre este particular y declarando la mayor edad de los hijos á los veinte años, si bien el hombre, según aquel proyecto, podía administrar sus bienes desde aquella edad, saliendo de la casa paterna, y la mujer no podía hacerlo, hasta que hubiera cumplido veinte y cinco.

Por el mismo proyecto, se establece la institución del registro del estado civil, con el fin de que nunca pueda dudarse de él; ocupándose también de una doctrina hasta entonces desconocida sobre la ausencia, concediendo derechos á los herederos, en representación del ausente.

Los actos jurídicos se regulan bajo la forma especial de modos de adquirir la propiedad, ya entre vivos, ya por causa de muerte.

La propiedad la define, dándole gran amplitud, y especificando novedades respecto á los modos primarios de adquirirla.

En cuanto á los derechos de obligación, los determina bajo la forma de contratos, aceptando algo de lo iniciado en el ordenamiento de Alcalá, é introduciendo grandes novedades, y echando por tierra algunas instituciones de historia secular en nuestras leyes.

En cuanto al derecho de familia, se varía de modo radical algo de lo dispuesto sobre él derogándose los esponsales y acomodándose exclusivamente la celebración del matrimonio, á lo que dispone el derecho canónico.

Se crea el consejo de familia, copia directa del código francés, para intervenir en todos los asuntos del menor que carece de padres, y á quienes como novedad también se le había de nombrar un pro-tutor, que ejercería sus funciones, de acuerdo con el citado consejo.

Asimismo, al tratar de los efectos civiles del matrimonio, se ocupa

de las llamadas donaciones matrimoniales, verificadas antes de celebrarse éste, así como de la dote, en la que no admite tasa legal alguna en cuanto al maximum de la misma.

La existencia de la sociedad legal de gananciales, se admite por este proyecto, organizándola amplia y extensamente.

Se ocupa también de exponer otras doctrinas en el derecho de familia, referentes á la legitimación, adopción, emancipación y tutela, con determinaciones nuevas en algunos puntos, y que difieren de lo conocido hasta entonces.

Respecto al derecho de sucesión la admite como hereditaria, y bajo la forma testada é intestada, siendo compatibles ambas, y como uno de los modos de adquirir la propiedad.

Fijanse las formas del testamento, admitiéndose el abierto y el cerrado, que antes se conocía, y creándose uno nuevo con el nombre de ológrafo, que precisamente había de estar escrito de puño y letra del testador, fechado y rubricado por el mismo y extendido en papel sellado.

Como reformas en el derecho antiguo, en esta materia de sucesiones testadas, se derogan los testamentos de mancomún, los llamados por comisario, las memorias testamentarias y otras de esta naturaleza, como el de delegar en persona extraña, para el nombramiento de herederos.

En cuanto á la sucesión intestada, pocas modificaciones hacía el proyecto del código civil que analizamos, expresándose que se regule ésta con arreglo al Derecho de Castilla, sin más novedad que la de que en la sucesión de ascendientes, desaparece la preferencia lineal, y se atiende solo á la proximidad del grado.

Los modos de adquirir la propiedad y la división de los bienes, son objeto también de dicho proyecto, regulando aquéllos y dividiéndolos en universales y particulares, y clasificando estos en muebles é inmuebles, con detalle minucioso en una y otra materia.

Otros nuevos principios dominan también en el proyecto del código civil, que si aparecen como nuevos en la época en que aquel se redactó, realmente no lo son, como ocurre con el acortamiento de la mayor edad, la patria potestad de la madre en defecto del padre, y algún otro, que no son sino la primitiva y pura legislación española consignada en nuestros antiguos fueros.

Del ligero examen que hemos hecho de este proyecto, se puede desprender, que sus autores tuvieron presente para hacerlo, más la legislación castellana, que la foral, y esta fué á no dudarlo, la causa principalísima de que no prosperase, y que hasta muchos años después, no se aprobara el Código civil hoy vigente.

Crítica =La legislación española en materia civil desde principios del siglo XIX, hasta que se publica el proyecto del código, no merece verdadero nombre de propia legislación, pues que en esta materia no hubo más que aspiración constante á la codificación, manifestada por iniciativas parlamentarias, comisiones nombradas á este fin, y continua propaganda de estos ideales.

El proyecto de código civil de 1851, merece juicio imparcial, pues fué indudablemente el trabajo más importante que se realizó hasta en-

tonces, y que preparó ciertamente, la obra posterior de definitiva codificación civil española.

El espíritu que le preside, tiene un carácter estrecho y exclusivista, que hizo estéril esta reforma, que bien pronto cayó en el olvido, y no pudo llevarse á la práctica.

Por último, la organización científica de su contenido, es muy defectuosa, introduciendo en nuestra patria, al tomar por modelo el código Napoleónico, instituciones sin precedentes en nuestro país, aunque áparte de esto, marca la redacción de dicho proyecto un grande progreso científico en el desarrollo jurídico de España, durante el siglo XIX.

LECCIÓN 100.

EL CÓDIGO CIVIL ESPAÑOL DE 1888, COMO TÉRMINO Á LAS REFORMAS JURIDICAS DE LA HISTORIA INTERNA DE ESPAÑA, EN LA EDAD CONTEMPORÁNEA.

El código civil español vigente.—Sus precedentes.—Nueva comisión de códigos en 1880. —La legislación foral no se olvida por la nueva comisión.—Congresos regionales de jurisconsultos.—Congreso jurídico español.—Proyecto de bases para el código civil.—Discusión de las mismas.—Publicación del código civil de 1888.—Enmiendas y adiciones de 1889.—Promulgación definitiva de dicho código.—Análisis del mismo.—Sección preliminar.—Sujeto del Derecho.—Objeto del Derecho.—Causa eficiente del Derecho.—Derechos reales.—Derechos de obligaciones.—Derecho de familia.—Derecho de sucesión.—Criterio de transición que predomina en todas las disposiciones del vigente código civil español.—Precedentes para su formación.—Plan del código civil.—Procedimientos para la formación del mismo.—Aspectos bajo los que puede estudiarse el actual código civil.—Deficiencias de este código.—Transformaciones que obró en nuestro Derecho civil.—Espíritu y tendencias del mismo.—Dos ediciones de él.—Aplicación de este código á Ultramar.—Orden de prelación de las distintas fuentes legales en el Derecho civil de Castilla y en el foral, anteriores al código civil. —Estado actual de la legislación civil española.=*Crítica.*—Juicio acerca de las reformas introducidas en la legislación española por el código civil.—Crítica desapasionada acerca del mismo.—Ventajas de la codificación general en España durante la Edad contemporánea.

El Código civil español vigente, que vino á representar la suprema aspiración codificadora de nuestra patria en esta materia, llegó al fin á promulgarse, despues de muchos trabajos posteriores al proyecto de 1851, de que nos ocupamos anteriormente.

En efecto, los precedentes de nuestro Código civil, se encuentran no solo en el referido proyecto, sino en los trabajos particulares y en las publicaciones de leyes especiales, que si fueron antecedentes para la codificación general, bién pronto se dejó sentir la improcedencia y larga duración de estos trabajos, y se pensó en realizar la codificación civil, y por eso en 1880, se nombró una nueva comisión de Códigos, en la que, teniendo por base el proyecto de Código civil de 1851, se redactase otro en que se tuvieran presentes todas las circunstancias y todas las necesidades de la nación, sin hacer pretericiones de ningún género, ni marcar predilección en determinado sentido.

Por eso en dicha comisión, entran representantes de todas las regiones españolas, y á los que procedian de provincias forales, se les dió el encargo de que redactasen una memoria sobre las instituciones de este género más importantes de su respectiva región, con el fin de

que la legislación foral no se olvidase por esta comisión, ni en el nuevo Código, que algunas instituciones regionales tuvieran cabida en él, y á ser posible se generalizaran á todas las demás provincias de nuestra patria.

Y con el fin de favorecer estas tendencias, se generalizó la idea de reunir Congresos regionales de jurisconsultos para discutir estas materias, celebrándose varios, de los que los más importantes, son el catalán, que defraudó las esperanzas de todos, y el aragonés, que con muy buen sentido, se ocupó de estos asuntos.

Asimismo, el Congreso jurídico español, celebrado en Madrid y Barcelona en 1886 y 1888, prestó señaladísimos servicios á la obra codificadora, discutiendo temas de alta importancia, y que mucho sirvieron para la redacción de nuestro Código civil.

En 1881 presentóse á los cuerpos colegisladores el proyecto de bases para el Código civil, que al año siguiente se amplió con la presentación del libro 1.° y 2.° del Código, con arreglo á dichas bases, bajo la iniciativa del ministro de Gracia y Justicia, D. Manuel Alonso Martínez.

Más tarde, en 1885, el entonces ministro de Gracia y Justicia, don Francisco Silvela, pidió autorización á las Cortes, para publicar un nuevo Código civil con arreglo á un nuevo proyecto de ley de bases, que despues de larga discusión, y de pasar tres años, fué aprobado como ley del reino.

En efecto, en 1888, se publicó en 6 de Octubre el Código civil, si bién quedó autorizado el Gobierno, para hacer en el mismo las enmiendas ó adiciones que se creyeran convenientes, teniendo en cuenta las discusiones habidas en los cuerpos colegisladores.

Y por eso, en Mayo de 1889, se determina que el Gobierno hiciera una nueva edición del Código civil, con las enmiendas y adiciones propuestas, y que reemplazara é inutilizara la edición anterior.

Entonces, en 24 de Julio de 1889, se promulga el definitivo texto legal del Código civil, que en el fondo, es una reforma del anterior, y por eso la edición oficial correspondiente, se titula reformada.

Haciendo ligerísimo análisis de este Código, lo encontraremos dividido en título preliminar y cuatro libros, subdivididos á su vez, en títulos, capítulos y secciones, con disposición final, transitorias y adicionales, referentes á la reforma periódica de este Código, de diez en diez años.

La sección preliminar, trata de la promulgación de las leyes y de su aplicación, determinando principios nuevos y desterrando otros antiguos, dándose á veces á este Código, el carácter de Derecho supletorio.

Respecto al sujeto del Derecho, se ocupa de la nacionalidad, personas naturales y jurídicas, determinación de la mayor edad, institución del Registro civil y declaración de ausencia, admitiendo nuevos principios, ya iniciado en los proyectos de Código civil.

En cuanto al objeto del Derecho, clasifica las cosas, determina la división de los bienes en públicos y privados, y hace sección aparte de los del patrimonio real, llamando de uso público y patrimoniales, á los de las provincias y los pueblos.

Analizando la causa eficiente del Derecho, reglamenta los diversos actos jurídicos, según su naturaleza, estableciendo doctrinas generales sobre sus elementos naturales y accidentales, y su prueba, nulidad y y rescisión, cuando se ocupa de los contratos.

Todo esto es referente á lo que el Código llama parte general, y entrando en la especial, se fija ante todo en los derechos reales, definiendo la propiedad y los modos de adquirir, ocupándose de algunas propiedades especiales, de la posesión y la servidumbre, así como del Registro de la propiedad.

En los derechos de obligaciones, hay verdaderas novedades, modificando la Ley de partida, y con preceptos que aclaran multitud de cuestiones, y evitan litigios, lo mismo en la contratación general que en la particular, admitiendo la presunción como medio probatorio, y suprimiendo una clase de retracto, que se sustituye con otro nuevo.

En cuanto al derecho de familia, determina el Código las formas del matrimonio, negando eficacia legal á los esponsales, ocupándose de los actos civiles relativos al matrimonio, los bienes parafernales, dotes y gananciales, determinándose la manera de legitimar los hijos naturales, con nuevos preceptos sobre la patria potestad, así como también la nueva doctrina de alimentos entre parientes, y la general sobre tutelas, con la novedad del registro de ellas, creándose también el consejo de familia, y el pro-tutor, como nueva institución legal.

También contiene grandes innovaciones respecto al derecho de sucesión, suprimiendo el testamento de mancomún, las memorias testamentarias, los codicilos y otras formas de testar, reconociendo los testamentos abierto y cerrado, con formas especiales para su celebración, y creando para los mayores de edad el nuevo testamento ológrafo, como lo presentaba el proyecto de Código. Además, hay otras modificaciones en materia testamentaria, respecto á mejoras, desheredación, legados, nombramiento de albaceas y sucesión intestada, que en gran parte modifican lo resuelto anteriormente por nuestras leyes.

En todas las disposiciones del vigente Código civil español, predomina un criterio de transición entre él y la legislación anterior, con el fin de ir salvando los derechos adquiridos, y pasar de lo establecido anteriormente, á lo que en el mismo se preceptúa, por medio de reglas transitorias que hagan más fácil y expedito el camino entre la antigua y la nueva legislación, y eviten el tránsito violento de la una á la otra.

Juzgando desapasionadamente los precedentes que hubo para la formación de este Código, observaremos que son los principales los contenidos en los debates parlamentarios y en el dictamen de la comisión del Senado, donde se determinaban las bases que se habían tenido presentes para la redacción del mismo.

Por eso, todo el plán de este Código se atiene á la ley de bases, que unos son de carácter general y otros particular, que se refieren á instituciones determinadas, de las que forman el contenido del Derecho civil, si bien el plan del mismo bajo la consideración formal, inspirándose en el modelo romano-francés, ha sido juzgado desfavorablemente por la crítica.

Respecto al procedimiento seguido para la formación de este Código, hay que ver el legislativo y el ejecutivo, ó sea el externo y el interno, siendo muy deficiente el primero y tampoco de grandes resultados el segundo, por la exagerada ligereza de su redacción y el abuso constante, al reproducir casi íntegramente, muchos artículos del Código que le sirvió de modelo.

Bajo varios aspectos puede estudiarse el Código civil, ya en su redacción muy defectuosa, careciendo también de exposición de motivos para la reforma y con poco carácter práctico, así como también bajo el aspecto de fondo y contenido, y porque, desgraciadamente, aumenta la pluralidad legislativa de nuestro Derecho.

Por eso se le señalan multitud de deficiencias, por el limitado alcance del mismo, que á la vez resulta poco orgánico, nada sistemático y menos armónico.

Obró indudablemente grandes transformaciones en nuestro Derecho, pues que introdujo instituciones nuevas y varió otras del Derecho antiguo, para las que ciertamente no estábamos preparados, y que desde luego empezaron á ocasionar dificultades, para la práctica aplicación de las mismas.

El espíritu y tendencia de este Código no están muy bien definidos, lo cual no es extraño, pues formado por paternidades muy heterogéneas, no descuella en él un criterio general y uniforme, como formado con elementos, ideas y tendencias doctrinales, de muy distinto criterio.

Y bien se notó todo esto, cuando para suplir deficiencias ó errores de la primera edición de 1888, hubo necesidad de publicar otra en el año siguiente, que la reformó fundamentalmente y en una gran extensión, haciéndose de esta edición oficial varias impresiones, con algunas diferencias en los textos respectivos.

También se hizo extensivo este Código para nuestras perdidas posesiones de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, con carácter de total aplicación para unas provincias, y parcial para otras.

Antes de la promulgación del Código civil, el orden de prelación de las distintas fuentes legales, arrancaba de la Colección Legislativa, siguiendo despues la Novísima y la Nueva Recopilación, el Fuero Real, Fuero Juzgo, Fueros Municipales y Partidas, en cuanto al Derecho de Castilla y en cuanto al Derecho Foral, el usado en cada uno de los territorios regidos por leyes especiales.

El estado actual de la legislación civil española, se determina por el orden de prelación de las leyes, después de publicado el actual Código, que no es otro que este, en primer término y después, las leyes que en él se declaran subsistentes, las costumbres del lugar y los principios generales del Derecho.

Crítica.—Algunas de las reformas introducidas en la legislación y en la vida social española por el moderno Código civil, merecen juicio desapasionado, considerándolas como no muy adecuadas para nuestro pueblo, y como importación de legislaciones extranjeras, sin atender para nada á la hermosa tradición legal y social de nuestra patria.

Sin embargo, aunque violentamente sea juzgado este Código, seña-

lándole más defectos que ventajas, con crítica imparcial, hay que reconocer la importancia del mismo, y que á más de ser un monumento de significación y altura en los últimos años del siglo XIX, ha obrado una gran transformación en nuestro modo de ser, y ha coronado la obra, más ó menos defectuosa, pero siempre plausible, de la codificación general española.

Por último, la codificación general en España, durante la edad contemporánea, ofrece más ventajas que inconvenientes, y cierra dignamente el hermoso cuadro progresivo y de grande adelantamiento con que se distingue, la historia interna de nuestra patria, en la edad que acabamos de analizar.

ÍNDICE.

Preliminares.

		Páginas.
LECCION 1.ª	—Preliminares generales	9
LECCION 2.ª	—Preliminares á la Historia de España . . .	14

Edad primitiva.

Historia externa.

LECCION 3.ª	—Epoca protohistórica ó de los aborígenes. .	21
LECCION 4.ª	—Epoca mítica ó tradicional	28
LECCION 5.ª	—Principio de la constitución de la nacionalidad española	34
LECCION 6.ª	—Epoca colonial	41

Edad primitiva.

Historia interna.

LECCION 7.ª	—Cultura y civilización de los españoles en la 1.ª y 2.ª época de la Edad primitiva . .	47
LECCION 8.ª	—Cultura y civilización de España en la 3.ª y 4.ª época de la Edad primitiva	52
LECCION 9.ª	—Orígenes del derecho español en la Edad primitiva.	58

Edad antigua.

Historia externa.

LECCION 10.	—Primeras empresas de los cartagineses en España.	63
LECCION 11.	—Primeras guerras de los cartagineses en España.	69
LECCION 12.	—Ultimas guerras de los cartagineses, hasta el fin de su dominación en España. . . .	75
LECCION 13.	—*Dominación romana en España durante la República.*—Guerras de Viriato y de Numancia	81
LECCION 14.	—*España bajo la República romana.*—Guerras de Sertorio y de César en nuestra península.	88
LECCION 15.	—España bajo los Emperadores romanos, desde Augusto hasta Constantino	94
LECCION 16.	—España desde Constantino hasta el fin del imperio romano.	100

Páginas.

Edad antigua.

Historia interna.

LECCION 17.—Cultura y civilización de España durante la dominación cartaginesa 106
LECCION 18.—Cultura y civilización de España durante la dominación romana. 112
LECCION 19.—Orígenes y progresos del cristianismo en España. 120
LECCION 20.—El Derecho español durante la Edad antigua. 126

Edad media.

Historia externa.

LECCION 21.—Infancia de la monarquía visigoda, desde su principio hasta Alarico II 131
LECCION 22.—Progreso de la monarquía visigótica, desde Gesaleico hasta Liuvigildo 138
LECCION 23.—Esplendor de la monarquía visigótica en España, desde Recaredo hasta Wamba . . 144
LECCION 24.—Período de decadencia y ruina de la monarquía visigoda en España, desde Ervigio hasta Don Rodrigo 151
LECCION 25.—Preliminares sobre la historia de los árabes para estudiar este período histórico. . . 159
LECCION 26.—El emirato dependiente en España, hasta el entronizamiento de los Omeyas, y la independencia de este gobierno 165
LECCION 27.—*España cristiana.*—Principios de la reconquista, desde Don Pelayo hasta Alfonso el Católico 171
LECCION 28.—El emirato independiente en España, desde Abderramán I hasta la proclamación del Califato 177
LECCION 29.—El Califato independiente de Córdoba, desde Abderramán III hasta el fin de este gobierno en tiempos de Hixem III 184
LECCION 30.—España cristiana.—Monarquía asturiana desFruela I hasta Alfonso III, y orígenes del condado de Aragón, reino de Navarra y condado de Cataluña 191
LECCION 31.—*España Cristiana.*—Reino de León, desde Don García hasta Bermudo III.—Navarra, Castilla y Cataluña en este tiempo 199
LECCION 32.—*España árabe.*—Los Estados de Taifas y los Almoravides y Almohades en nnestra patria, hasta la ruina casi completa de la dominación musulmana, por las conquistas de S. Fernando y Jaime I. 206

Páginas.

LECCION 33.—*España cristiana.*—Castilla y León unidos, desde Fernando I hasta Alfonso VII.—Navarra hasta su unión con Aragón . . . 212
LECCION 34.—Reyes privativos de Castilla y de León, desde Sancho III y Fernando II hasta Fernando el Santo 219
LECCION 35.—Castilla y León unidos en tiempo de Fernando III.—Cataluña y Aragón unidos.—Portugal hasta Dionisio I 225
LECCION 36.—El reino moro de Granada desde su fundación con Alhamar hasta Muley-Hacem. . 232
LECCION 37.—*España cristiana.*—Desde Alfonso X el Sabio, hasta D. Alfonso XI el justiciero . . 238
LECCION 38.—*España cristiana.*—Reinados desde D. Pedro I de Castilla hasta D Enrique IV el Impotente 246
LECCION 39.—Monarquía aragonesa, desde D. Pedro III el Grande hasta D. Martín el Humano . . 256
LECCION 40.—Dinastía de Castilla en Aragón.—Historia de Navarra y de Portugal, hasta la terminación de este período histórico. 262

Edad media.

Historia interna.

LECCION 41.—Organización general, religiosa, política, de clases sociales y costumbres del pueblo godo 269
LECCION 42.—Agricultura, industria, marina, bellas artes, literatura y civilización de los godos . . 276
LECCION 43.—Desarrollo de la legislación en la época visigoda 283
LECCION 44.—Razas, religión, relaciones con los vencidos, costumbres y organización social de los árabes en España 289
LECCION 45.—Cultura y civilización arábigo-española . . 296
LECCION 46.—Desarrollo de las bellas artes durante la dominación de los árabes en España . . . 302
LECCION 47.—Historia interna de la España cristiana en la Edad media. Monarquía, nobleza, concejos, cortes, etc., en Castilla, Barcelona y Aragón 307
LECCION 48.—La Iglesia durante la España cristiana en la Edad media 317
LECCION 49.—Cultura literaria, artística é industrial de la España cristiana en la Edad media . . . 326
LECCION 50.—La legislación española, desde el principio de la reconquista, hasta el fuero viejo de Castilla. 334

Páginas.

LECCION 51.—La legislación española, en los reinados de D. Fernando III y Alfonso X el Sabio . . 340
LECCION 52.—Legislación española desde D. Fernando IV el emplazado hasta los Reyes Católicos. . 345

Edad moderna.

Historia externa.

LECCION 53.—Principio del reinado de los Reyes Católicos hasta las guerras de Granada. 350
LECCION 54.—Las guerras de Granada hasta el crecimiento de las luchas civiles en esta ciudad. . . 357
LECCION 55.—Siguen las guerras de Granada hasta la toma de la ciudad por los Reyes Católicos, y consecuencias de este suceso histórico . . . 363
LECCION 56.—Cristóbal Colón y sus descubrimientos en América 371
LECCION 57.—Granada después de su conquista por los Reyes Católicos. 378
LECCION 58.—Las guerras de Italia, y últimos años de la vida de la Reina Católica 383
LECCION 59.—Las Regencias 389
LECCION 60.—Casa de Austria.—Reinado de Carlos I hasta el levantamiento de Nápoles 396
LECCION 61.—Fin del reinado de Carlos I 404
LECCIÓN 62.—Reinado de Felipe II hasta las guerras de Flandes 411
LECCION 63.—Terminación del reinado de Felipe II . . . 420
LECCION 64.—Reinado de Felipe III 430
LECCION 65.—Reinado de Felipe IV 439
LECCION 66.—Reinado de Carlos II 449
LECCION 67.—Casa de Borbón.—Reinados de Felipe V y Luis I 458
LECCION 68.—Reinado de Fernando VI. 467
LECCION 69.—Reinado de Carlos III 473
LECCION 70.—Reinado de Carlos IV 484

Edad moderna.

Historia interna.

LECCION 71.—Gobierno interior del reino.—Desarrollo intelectual y de todo género en España.—Durante el reinado de los Reyes Católicos. 496
LECCION 72.—Costumbres, religión y política de España en tiempo de los Reyes Católicos . . . 505
LECCION 73.—El Derecho español en tiempo de los Reyes Católicos 511
LECCION 74.—Estado social, político, religioso é interior de España durante la dominación de la casa de Austria. 516

Páginas.

LECCION 75.—La literatura, las ciencias y las artes, durante la dominación de la casa de Austria en España. 523
LECCION 76.—El Derecho español durante la dominación de la casa de Austria 529
LECCION 77.—Estado religioso, político y social de España, durante la casa de Borbón, en la Edad momoderna 535
LECCION 78.—Las letras, las ciencias y las artes españolas durante la dominación borbónica en España en la Edad moderna 545
LECCION 79.—El Derecho español durante el reinado de los Borbones hasta el fin de la Edad moderna. 552

Edad contemporánea.

Historia externa.

LECCION 80.—Principio del reinado de Fernando VII hasta el fin de la guerra de la independencia. . 557
LECCION 81.—Continuación del reinado de Fernando VII durante el primer período del absolutismo. 568
LECCION 82.—Fin del reinado de Fernando VII en los últimos períodos de su historia 575
LECCION 83.—Reinado de D.ª Isabel II durante su menor edad 588
LECCION 84.—Reinado de D.ª Isabel II en su mayor edad, hasta la revolución de 1854 598
LECCION 85.—Fin del reinado de D.ª Isabel II 605
LECCION 86.—El interregno 615
LECCION 87.—Reinado de D. Amadeo I 623
LECCION 88.—La República 630
LECCION 89.—Principio del reinado de D. Alfonso XII, hasta 1880 641
LECCION 90.—Fin del reinado de D. Alfonso XII.—D. Alfonso XIII y la Regencia 648

Edad contemporánea.

Historia interna.

LECCION 91.—Estado político y social de España, durante la Edad contemporánea 656
LECCION 92.—La nacionalidad española durante la edad contemporánea 663
LECCION 93.—La inquisición, la iglesia, la agricultura, la industria, el comercio, etc., durante la Edad contemporánea de la Historia de España 668
LECCION 94.—Las ciencias, las artes y la enseñanza, durante la Edad contemporánea de la Historia de España. 676

Páginas.

LECCION 95.—La literatura española en el siglo XIX. . . 684
LECCION 96.—El Derecho constitucional de España en la Edad contemporánea 689
LECCION 97.—Reformas jurídicas de España en la Edad contemporánea, referentes á Derecho penal, mercantil y procesal 698
LECCION 98.—Leyes especiales dictadas en España en el siglo XIX. — Instituciones administrativas, judiciales y políticas en el mismo . . . 704
LECCION 99.—Precedentes á la codificación civil en España. 710
LECCION 100.—El código civil español de 1888, como término á las reformas jurídicas de la Historia interna de España, en la Edad contemporánea 715

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro de las Tradiciones de Granada, obra premiada con medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, informada favorablemente por la Real Academia Española, y declarada de mérito por el Real Consejo de Instrucción pública.—Un tomo en 4.° de de 560 páginas.—(Edición agotada).

Hernán Pérez del Pulgar y *las guerras de Granada*, (2.ª edición).—Obra declarada de mérito por el Real Consejo de Instrucción pública. —Un tomo en 4.° de 344 páginas.

Estudios literarios, filosóficos é históricos, (Folleto).—Premiado con medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona de 1888.—(Edición agotada).

Programa razonado y bibliográfico de Historia Universal, (1.° y 2.° curso), que ha estado de texto en la Universidad de Granada desde 1885 hasta 1898.—Un tomito en 4.° de 81 páginas.—(Edición agotada).

La educanda de Vergara, Novelilla corta.—(Edición agotada).

Los dos hermanos, Novelilla corta.—(Edición agotada).

Crónica de la coronación del poeta Zorrilla en Granada, (Folleto).—(Edición agotada).

Cual és, y cual debe ser la educación é instrucción de la mujer española, (Folleto).—(Edición agotada).

La mujer pagana y la mujer cristiana, (Folleto).—(Edición agotada).

Origen, carácter é importancia de la colonización portuguesa, (Folleto). —(Edición agotada).

La colonización española en América, (Folleto).—(Edición agotada).

Tres princesas Lusitanas, (Folleto).—(Edición agotada).

Programa de Historia crítica de España, de texto en la Universidad de Granada.—Un tomito de 84 páginas en 4.°.

EN PUBLICACIÓN.

De todo un poco, colección de artículos de Literatura, Ciencias, Artes, Derecho y Pedagogía.—(Va publicado un cuaderno).

Plan razonado de un curso completo de Literatura latina, con un estudio crítico acerca del aspecto esencial y formal de esta enseñanza.—(Van publicados dos cuadernos).

EN PREPARACIÓN.

Historia general de la ciudad de Granada, y de los 204 pueblos de su provincia.